

STEVEN ERIKSON



DOBLAN
POR LOS
MASTINES

MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS - VIII



Doblan por los mastines

Malaz: El libro de los caídos - 8

Steven Erikson

Traducción de Silvia Schettin



Título original: *Toll the Hounds*

Traducción: Silvia Schettin

1.ª edición: abril 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-689-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Mapa: Coral Negro y alrededores](#)

[Dramatis Personae](#)

[Prólogo](#)

[LIBRO PRIMERO. Voto al sol](#)

[Esta criatura de palabras](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[LIBRO SEGUNDO. Virtudes de ojos fríos](#)

[En sus costillas](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[LIBRO TERCERO. Morir en el presente](#)

[Empújalo al siguiente momento](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[LIBRO CUARTO. Doblan por los mastines](#)

[Como pizarra rota](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Mapa: Darujhistan](#)

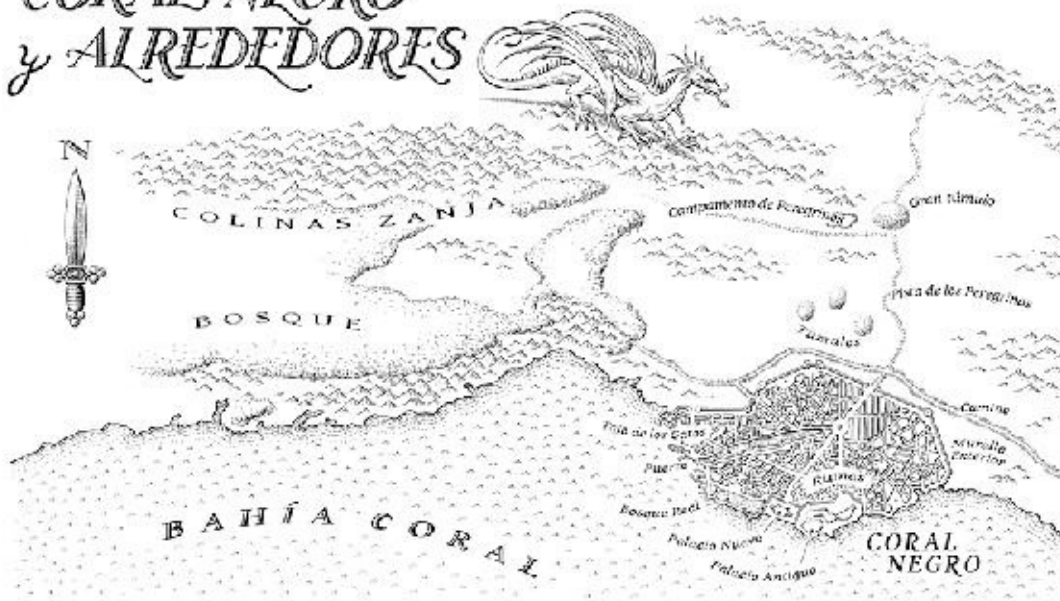
*Esta novela está dedicada
a la memoria de mi padre,
R. S. Lundin, 1931-2007.
Te echamos de menos.*

Agradecimientos

Como siempre, agradezco a los primeros lectores de la obra: Boken, Rick, Mark y Chris, y especialmente a Bill y a Hazel por sus palabras de aliento en lo que resultó un año difícil para mí. Quiero asimismo expresar mi gratitud al personal del Black Stilt Café y el Pacific Union Café por su generosidad al prestarme su espacio.

Y a Clare y Bowen, mi amor, por todo.

CORAL NEGRO y ALREDEDORES



Dramatis Personae

Cutter: asesino

Scillara: su compañero

Iskaral Pust: mago y sacerdote supremo del templo de Sombra, dios de los bhokarala

Hermana Rencor: soletaken

Mogora: esposa ocasional de Iskaral

Barathol Mekhar: turista

Chaur: hombre amable

Mappo Runt: trell

Rapiña: abrasapuentes retirada y socia del Bar K'rul's

Mezcla: abrasapuentes retirada y socia del Bar K'rul's

Azogue: abrasapuentes retirado y socio del Bar K'rul's

Mazo: abrasapuentes retirado y sanador

Perlazul: abrasapuentes retirado

Pescador: bardo, habitual del Bar K'rul's

Duiker: Historiador Imperial del imperio malazano

Bellam Nom: joven estudiante de la escuela de esgrima

Rallick Nom: asesino taciturno

Torvald Nom: primo de Rallick

Tiserra: esposa de Torvald

Coll: miembro del Consejo de Darujhistan

Estraysian D'Arle: miembro del Consejo de Darujhistan

Hanut Orr: miembro del Consejo de Darujhistan, sobrino del fallecido Turban Orr

Shardan Lim: miembro del Consejo de Darujhistan

Murillio: consorte

Kruppe: hombre pequeño y rollizo

Meese: propietario de la taberna del Fénix

Irlta: habitual de la taberna del Fénix

Scurve: tabernero de la taberna del Fénix

Sulty: camarero de la taberna del Fénix

Cáliz: esposa de Vidikas, hija de Estraysian D'Arle

Gorlas Vidikas: el más reciente miembro del Consejo de Darujhistan, antiguo Héroe del Festival

Krute de Talient: agente del Gremio de los Asesinos

Gaz: asesino

Thordy: mujer de Gaz

Maese Quell: navegante de la Asociación Comercial de Trygalle y hechicero

Vahído: accionista

Reccanto Índole: accionista
Dulcícima Angustia: accionista
Glanno Tarp: accionista
Amby Tronco: mariscal retirado de los Irregulares de Mott y reciente accionista
Jula Tronco: mariscal retirado de los Irregulares de Mott y reciente accionista
Preciosa Dedal: mariscala retirada de los Irregulares de Mott y reciente accionista
Rezongo: guardia de caravana
Piedra Menackis: dueño de una escuela de esgrima
Harllo: un chico
Bedek: «tío» de Harllo
Myrla: «tía» de Harllo
Snell: chico
Bainisk: trabajador de las minas
Venaz: trabajador de las minas
Chamusquino: nuevo guardaespaldas contratado
Leff: nuevo guardaespaldas contratado
Madrun: nuevo guardia contratado para el complejo
Lazan Puerta: nuevo guardia contratado para el complejo
Estucerrojo (o Estudioso Cerrojo): castellano
Humilde Medida: una presencia misteriosa en el submundo criminal de Darujhistan
Chillbais: demonio
Baruk: miembro de la Cábala T'orrud
Vorcan: Señora del Gremio de Asesinos
Seba Krafar: Maestro del Gremio de Asesinos
Apsal'ara: uno de los caídos en Dragnipur
Kadaspala: uno de los caídos en Dragnipur
Derudan: bruja de Tennes
K'rul: dios ancestral
Draconus: uno de los caídos en Dragnipur
Korlat: tiste andii soletaken
Orfantal: tiste andii soletaken, hermano de Korlat
Kallor: desafiador
Dama Envidia: espectadora
Anomander Rake: Hijo de la Oscuridad, Caballero de la Oscuridad, regente de Coral Negro
Spinnock Durav: tiste andii
Endest Silann: hechicero tiste andii
Caladan Brood: señor de la guerra
El Embozado: Dios de la Guerra
Fosa: uno de los caídos en Dragnipur
Samar Dev: bruja
Karsa Orlong: guerrero teblor toblakai
Viajero: extranjero
Tronosombrío: Dios de Sombra
Cotillion, La Cuerda: dios de los Asesinos
El Profeta, sumo sacerdote del Caído, en otro tiempo un artista mediocre llamado Munug

Silannah: una eleint
Arpía, Gran Córvida
Raest: tirano jaghut (retirado)
Clip, Espada Mortal
Nimander Golit: tiste andii
Garrapata de piel: tiste andii
Nenanda: tiste andii
Aranatha: tiste andii
Kedeviss: tiste andii
Desra: tiste andii
Sordiko Reparó: suma sacerdotisa
Salind: sumo sacerdote
Vidente: habitante de Coral Negro
Gradithan: matón
Ratamonje: mago
Baran: Mastín de Sombra
Yunque: Mastín de Sombra
Ciega: Mastín de Sombra
Cruz: Mastín de Sombra
Shan: Mastín de Sombra
Pálido: Mastín de Sombra
Cerrojo: Mastín de Sombra
Caminante del Filo: viajero
Paseadoras de perros: dos testigos

Prólogo

Di la verdad, permanece quieto, hasta que el agua entre nosotros fluya clara.

Meditaciones del tiste andii

No tengo un nombre para este pueblo —dijo el hombre harapiento, tirando con las manos de los dobladillos deshilachados de lo que había sido una vez una opulenta capa. Enroscada y metida en su cinturón trenzado había una correa de cuero, podrida y hecha jirones—. Necesita un nombre, creo —continuó, levantando la voz por encima de la feroz lucha de los perros—, pero ando un poco falto de imaginación y nadie parece muy interesado.

La mujer que estaba de pie a su lado, a quien ofrecía en tono amigable esos comentarios, apenas acababa de llegar. De su vida en un tiempo anterior muy poco quedaba.

Jamás había tenido un perro, pero se había encontrado tambaleándose por la calle principal de este decrepito y extraño pueblo agarrando una correa de la cual tiraba una bestia de infame carácter que arremetía contra todo el que pasaba. El cuero podrido acabó rompiéndose y dejó suelta a la bestia que se había lanzado como un rayo a atacar al perro de ese hombre.

Los dos animales estaban ahora tratando de matarse en medio de la calle, sin más espectadores que sus supuestos dueños. El polvo había dado paso a la sangre y a desgarrones de pellejo.

—Hubo una guarnición antes, tres soldados que no se conocían entre sí —dijo el hombre—. Pero uno a uno se marcharon.

—Jamás había tenido un perro antes —contestó, y fue con un sobresalto que se dio cuenta de que estas eran las primeras palabras que había pronunciado desde..., bueno, desde antes.

—Tampoco yo —admitió el hombre—. Y hasta ahora el mío era el único perro de la ciudad. Por extraño que parezca, jamás me encariñé de esta miserable bestia.

—¿Cuánto tiempo lleva..., bueno, aquí?

—No tengo ni idea, pero parece una eternidad.

La mujer miró a su alrededor, después asintió.

—Igual que yo.

—Ay, ¡creo que su mascota ha muerto!

—Vaya. Así es. —Miró con el ceño fruncido la correa rota de su mano—. Supongo entonces que ya no necesitaré una nueva.

—No esté tan segura de eso —dijo el hombre—. Parece que aquí somos dados a repetir las cosas. Día tras día. Pero, escuche, puede quedarse la mía. Nunca la uso, como ve.

La mujer aceptó la correa enroscada.

—Gracias.

La llevó hasta donde yacía su perro muerto, prácticamente despedazado. El vencedor se estaba arrastrando hacia su amo e iba dejando un reguero de sangre a su paso.

Todo tenía un aspecto extraño y retorcido, incluyendo, pensó, sus propios impulsos. Se agachó y levantó con delicadeza la cabeza machacada de su perro, le puso la correa alrededor del cuello desgarrado. Después volvió a dejar en el suelo la cabeza cubierta de sangre y babas y se irguió, con la raída correa colgando de su mano derecha.

El hombre se puso junto a ella.

—Ay, todo es bastante complicado, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y pensábamos que la vida era complicada.

Ella le lanzó una mirada.

—Entonces, ¿estamos muertos?

—Eso creo.

—Pues si es así, no entiendo. A mí debían enterrarme en una cripta. Una elegante y sólida cripta; la vi con mis propios ojos. Con suntuosos muebles y a prueba de ladrones, con toneles de vino y carnes sazonadas y fruta para el viaje... —Señaló los harapos que vestía—. Habían de vestirme con mis mejores ropas y ponerme todas mis joyas.

El hombre la estaba mirando.

—Rica, entonces.

—Sí. —Miró de nuevo al perro muerto al final de la correa.

—Ya no.

Ella le lanzó una mirada furiosa, después se dio cuenta de que esa rabia era, en fin, inútil.

—Nunca había visto esta ciudad antes. Parece que se esté cayendo a pedazos.

—Sí, toda ella se está cayendo a pedazos. Eso sí lo ha entendido.

—No sé dónde vivo... Vaya, eso suena extraño, ¿verdad? —Volvió a mirar a su alrededor—. Todo es polvo y podredumbre y ¿eso que se acerca es una tormenta? —Señaló a la calle principal hacia el horizonte, donde unas nubes cargadas de una luminosidad extraña se amontonaban ahora sobre colinas desnudas.

Ambos se las quedaron mirando un tiempo. Las nubes parecían estar llorando lágrimas de jade.

—En otro tiempo fui sacerdote —dijo el hombre, mientras su perro se acercaba a sus pies y se quedaba allí, jadeante, con sangre goteándole de la boca—. Cada vez que veíamos llegar una tormenta, cerrábamos los ojos y cantábamos más alto.

Ella lo observó un tanto sorprendida.

—¿Fue sacerdote? Entonces... ¿por qué no está con su dios?

El hombre se encogió de hombros.

—Si supiera la respuesta a eso, ese espejismo que me guio una vez, el de la iluminación, sería de verdad mío. —Se enderezó de pronto—. Mire, tenemos visita.

Acercándose con andares torpes llegaba una alta figura, tan reseca que sus miembros no parecían más que raíces de árbol, el rostro poco más que podrido, piel ajada extendida sobre hueso. El pelo largo y gris flotaba suelto sobre un pálido y despellejado cráneo.

—Supongo —murmuró la mujer— que tengo que acostumbrarme a ver este tipo de cosas.

Su compañero no dijo nada, y los dos observaron a la demacrada, renqueante criatura pasar de largo entre tambaleos, y cuando se giraron para seguir su avance vieron otra más extraña, cubierta con una capa raída de color gris oscuro, encapuchada, de altura parecida a la anterior.

Ninguna pareció reparar en su público, pues la encapuchada dijo: «Caminante del Filo.»

—Tú me has llamado a este lugar —dijo el llamado Caminante del Filo— para... mitigar.

—Así es.

—Se ha hecho esperar.

—Puedes pensarlo así, Caminante del Filo.

—¿Por qué ahora? —preguntó el hombre de pelo gris, que claramente llevaba mucho tiempo muerto, después de ladear la cabeza.

La figura encapuchada se giró apenas y la mujer pensó que podría estar mirando al perro muerto.

—Por asco —dijo.

Una suave y áspera risa de Caminante del Filo.

—¿Qué abominable lugar es este? —siseó una nueva voz, y la mujer vio una forma, apenas una emborronada mancha de sombras, susurrar desde un callejón, aunque parecía renquear con la ayuda de un bastón, y de repente había enormes bestias, dos, cuatro, cinco, amontonándose silenciosas alrededor del recién llegado.

Un gruñido del sacerdote alrededor de la mujer.

—Mastines de sombra. ¡Si mi dios pudiese presenciar esto!

—Quizá lo hace, a través de tus ojos.

—Oh, lo dudo.

Caminante del Filo y su encapuchado acompañante observaron cómo se acercaba aquella forma imprecisa de baja estatura; vacilante, después se fue haciendo más sólida. El palo negro a modo de bastón golpeaba la calle de tierra, levantando pequeñas nubes de polvo. Los perros se dispersaron, con las cabezas bajas para olisquear el suelo. Ninguno se acercó al cadáver del perro de la mujer, tampoco a la bestia jadeante a los pies de su recién descubierto amigo.

—¿Abominable? Supongo que lo es. Una suerte de necrópolis, Tronosombrío —dijo el encapuchado—. El pueblo de los desechos. Atemporal y, sí, inútil. Esta clase de lugares es omnipresente.

—Habla por ti —dijo Tronosombrío—. Míranos, esperando. ¡Esperando! Ah, si me importaran el decoro y la propiedad. —Una súbita risita—. ¡Si nos importaran a alguno de nosotros!

Los perros regresaron todos a la vez, con los pelos del pescuezo erizados, las miradas atentas a algo lejano, en la calle principal.

—Uno más —susurró el sacerdote—. Uno más y el último, sí.

—¿Esto volverá a ocurrir? —le preguntó la mujer cuando un miedo repentino la sobrecogió. *Alguien viene. Dioses, alguien viene*—. ¿Mañana? ¡Dígamelo!

—Diría que no —dijo el sacerdote después de un momento. Giró su mirada al cadáver del perro que yacía en el polvo—. No —repitió—. Diría que no.

De las colinas, el trueno y la lluvia de jade caían como flechas de diez mil batallas. Calle abajo retumbaba el ruido repentino de las ruedas de un carruaje.

La mujer se volvió al oír esto último y sonrió.

—Vaya —dijo aliviada—, aquí llega mi transporte.

En otro tiempo había sido mago en Pale, empujado a la traición por desesperanza. Pero Anomander Rake no había hallado interés alguno en la desesperanza, ni en cualquier otra excusa que Fosa y sus camaradas pudieran haberle dado. Los traidores al Hijo de la Oscuridad besaban la espada Dragnipur, y en algún lugar de esta región, bregando en la penumbra perpetua, había rostros que reconocía, ojos que podían encontrar los suyos. ¿Y qué podía él ver en ellos?

Solo lo que él devolvía. La desesperanza no bastaba.

Aquellos eran pensamientos infrecuentes, ni más ni menos inoportunos que otros, que se burlaban de él con esa forma de ir y venir a su antojo; y cuando no andaban cerca, bueno, quizá flotaban por extraños

cielos, cabalgando templados vientos suaves como la risa. El que no podía escapar era el propio Fosa y lo que veía por todas partes. El aceitoso barro y sus afiladas piedras negras que le atravesaban las corroídas suelas de las botas; el terrible aire húmedo que dejaba sobre la piel una película mugrienta, como si hasta el mundo estuviera febril y bañado de sudor. Los débiles gritos —por extraño que fuera, siempre lejanos a oídos de Fosa— y, mucho más cerca, el gemido y crujido de la enorme máquina de madera y bronce, el apagado chillido de las cadenas.

Hacia delante, hacia delante, a pesar de que tras ellos acechaba la tormenta, nube amontonada sobre nube, plateada y turbia y atravesada por retorcidas lanzas de hierro. Había empezado a lloverles ceniza encima, de forma incesante ahora, cada mota tan fría como la nieve, aunque este era un lodo que no se fundía, sino que más bien se mezclaba con el barro hasta que parecía que caminaban por un campo de escoria y residuos.

Aunque mago, Fosa no era ni pequeño ni frágil. Había en él una dureza que evocaba en los demás la imagen de matones y asaltantes de callejón, allá en la vida anterior. Tenía unas facciones duras, angulosas y, sí, animales. Había sido un hombre fuerte, pero esto no era ninguna recompensa, no aquí, no encadenado a la Carga. No en el interior del alma oscura de Dragnipur.

La presión era insoportable, pero la soportaba. El camino que tenía por delante era infinito,apestaba a locura, pero se aferraba a su cordura como el ahogado se aferraría a una raída cuerda, y se arrastraba hacia el frente, paso a paso. Los grilletes de hierro le hacían sangrar las extremidades sin esperanza de alivio. Unas figuras embarradas avanzaban pesadamente a cada lado y, a lo lejos, apenas un contorno borroso en la penumbra, otro sinfín más.

¿Había consuelo en ese destino compartido? Ya solo la pregunta suscitaba una risa histérica, un desplomarse en elpreciado olvido de la locura. No, claro que no había semejante consuelo, más allá del reconocimiento mutuo del disparate, la mala suerte y la obstinada estupidez, y esos rasgos en nada ayudaban a la camaradería. Además, los compañeros que iban a cada lado tenían por costumbre cambiarse sin previo aviso, un desventurado idiota ocupando el lugar de otro en un remolino granuloso y emborronado.

Agitándose en las cadenas, para mantener la Carga en movimiento, aquella pesadillesca huida no dejaba ni fuerzas ni tiempo para la conversación. Y por eso Fosa hizo caso omiso una primera vez de la mano que le zarandó un hombro, también una segunda. A la tercera, en cambio, el zarandeo fue lo bastante fuerte como para desequilibrar al mago, que se tambaleó a un lado. Entre juramentos, se volvió para lanzar una mirada furiosa al que ahora caminaba a su lado.

Una vez, hace mucho, quizá se habría estremecido al ver una aparición como esta. El corazón le habría dado un vuelco por el espanto.

El demonio era inmenso, masivo. Su otrora sangre real no le otorgaba privilegio alguno, aquí, en Dragnipur. Fosa vio que la criatura estaba acarreando a los caídos, los fracasados, reuniendo sobre sí una veintena o más de cuerpos junto a las cadenas que los ataban. Músculos tensos, arracimados y retorcidos mientras el demonio se impulsaba hacia delante. Cuerpos escuálidos que colgaban inertes, apiñados como haces de leña bajo cada brazo. Una, aún consciente, aunque le colgaba la cabeza, trepó por la enorme espalda como una cría de simio, con la mirada vidriosa deslizándose por la cara del mago.

—Eh, tú, idiota —gruñó Fosa—. ¡Échalos ahí dentro!

—No hay sitio —gorjeó el demonio con la voz aguda y aniñada.

Pero al mago se le había acabado la compasión. El demonio debería haber dejado a los caídos atrás por su propio bien; claro que, por supuesto, todos sentirían el peso añadido, la patética resistencia de las cadenas. Aun así, ¿y si este cayese? ¿Y si cediesen esta extraordinaria fuerza física y voluntad?

—¡Maldito sea el necio! —rugió Fosa—. ¿Por qué no mata a unos pocos dragones más, el condenado?

—Estamos fracasando —dijo el demonio.

A Fosa le entraron ganas de aullar al oírlo. ¿Acaso no resultaba obvio para todos? Pero la voz trémula sonaba a un tiempo divertida y desolada, y eso lo conmovió.

—Lo sé, amigo. Ya no queda mucho.

—¿Y después?

Fosa sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—¿Quién lo sabe?

De nuevo el mago no tenía respuesta.

El demonio insistió.

—Debemos encontrar a alguien que lo sepa. Ahora me marchó, pero regresaré. No me compadezcas, por favor.

Un súbito remolino, gris y negro, y ahora una bestia parecida a un oso estaba a su lado, demasiado cansada, demasiado aturdida como para lanzarse sobre él, como seguían haciendo algunas criaturas.

—Llevas aquí demasiado tiempo, amigo —le dijo Fosa.

¿Quién lo sabe?

Una pregunta interesante. ¿Sabía alguien lo que ocurriría cuando el caos los atrapara? ¿Alguien aquí, en Dragnipur?

Al poco de besar la espada, entre sus frenéticos intentos de escapar, sus gritos de desesperación, había lanzado preguntas a todo el mundo; más aún, incluso había intentado abordar a un Mastín, pero había estado demasiado ocupado arremetiendo contra sus propias cadenas, con la espuma burbujeante cayendo de sus inmensas mandíbulas, y casi lo había pisoteado, y él no lo había vuelto a ver.

Pero alguien había respondido, alguien le había hablado. Sobre algo... vaya, no recordaba más que un nombre. Un único nombre.

Draconus.

Había presenciado muchas cosas en el interminable interludio de su carrera, pero ninguna más frustrante que la de la huida de dos Mastines de Sombra. Para alguien como Apsal'ara, Señora de los Ladrones, aquella laboriosa indignidad de tirar de una cadena por toda la eternidad era mancillar su existencia. Los grilletos habían de ser arrancados, las cargas habían de ser arteramente evitadas.

Desde el momento de su tambaleante llegada, se había propuesto romper las cadenas que la ataban a ese espantoso reino, pero era una tarea casi del todo imposible cuando una estaba condenada a tirar de la maldita carreta por toda la eternidad. Y ella no tenía el más mínimo deseo de presenciar de nuevo el horrible séquito que había justo al final de las cadenas, los corroídos pedazos de carne aún con vida que se arrastraban por el terreno fangoso lleno de brechas, el destello de un ojo abierto, el coleteante muñón de un miembro estirándose hacia ella, un terrible ejército de fracasados, los que se rendían y los que veían flaquear sus fuerzas.

No, Apsal'ara se había abierto camino hasta acercarse a la enorme carreta, y al fin consiguió caminar con el paso pesado junto a una de las enormes ruedas de madera. Después se había rezagado hasta quedar justo detrás de esa rueda. Desde allí fue colándose hacia el interior, escurriéndose debajo del chirriante fondo de la carreta, con su incesante lluvia de agua marrón, sangre y despojos de carne putrefacta pero viva. Arrastrando la cadena tras ella se había conseguido meter bajo un saliente de la parte inferior, justo encima del eje frontal, donde se encajó con las piernas levantadas y la espalda pegada a la viscosa madera.

El fuego había sido el regalo, el regalo robado, pero en este anegado inframundo no podía haber llama alguna. Cuando eso falla queda la... fricción. Había empezado a frotar un tramo de cadena contra otro.

¿Cuántos años habían pasado? No tenía ni idea. No había hambre, ni sed. La cadena serraba adelante y atrás. Hubo un indicio de calor, que ascendió eslabón a eslabón hasta sus manos. ¿Se había ablandado el hierro? ¿Había unas nuevas muescas plateadas como indicio de que el metal se desgastaba? Ya hacía mucho que no lo comprobaba. El esfuerzo bastaba. Había bastado durante mucho tiempo.

Hasta que aparecieron aquellos malditos Mastines.

Aquello y la ineludible verdad de que la carreta iba más despacio, de que ahora había tantos yaciendo en el fondo como fuera en la penumbra, tirando desesperadamente de sus cadenas. Pudo oír los lastimosos gemidos, filtrándose desde el fondo que quedaba justo encima de ella, de los atrapados por el peso de un sinfín más.

Los Mastines se habían abalanzado contra los flancos de la carreta. Los Mastines se habían zambullido en las fauces de la oscuridad que había justo en el centro. Había habido un extraño, un extraño sin cadenas. Provocando a los Mastines... ¡Los Mastines! Recordó su rostro, ay, sí, su rostro. Incluso después de que hubiese desaparecido...

Tras todo aquello, Apsal'ara había intentado seguir a las bestias, pero el inclemente frío de aquel portal la hizo retroceder; un frío tan intenso que podía destruir la carne, más frío incluso que Omtose Phellack. El frío de la negación. *El rechazo.*

No hay mayor maldición que la esperanza. Una criatura inferior habría llorado entonces, se habría rendido, arrojándose ella misma bajo las ruedas, solo una pieza más de restos de hueso machacado y carne retorcida, arañando y dando vueltas en el barro pedregoso. En cambio ella había regresado a su saliente privado y había retomado su lucha con las cadenas.

Había robado la luna una vez.

Había robado el fuego.

Había recorrido en silencio los salones abovedados de la ciudad que había en el interior de Engendro de Luna.

Ella era la Señora de los Ladrones.

Y una espada le había arrebatado la vida.

Esto no bastará. Esto no bastará.

Tumbado en su lugar habitual sobre la roca plana junto al arroyo, el perro sarnoso levantó la cabeza y el movimiento agitó los insectos que echaron a volar entre zumbidos. Un segundo después la bestia se levantó. Tenía el lomo cosido a cicatrices, algunas lo bastante profundas para retorcer los músculos de debajo. El perro vivía en la aldea pero no era oriundo de ella. Tampoco pertenecía a la jauría de la aldea. No dormía fuera de la entrada de ninguna cabaña; no permitía que nadie se acercase. Ni siquiera los caballos de la tribu lo hacían.

Todos convenían en que en sus ojos había una profunda amargura, incluso un dolor si cabe más profundo. Tocado por el dios, decían los ancianos uryd, y esa afirmación garantizaba que el perro jamás se moriría de hambre y que jamás sería expulsado. Lo tolerarían, de igual modo que a todas las cosas tocadas por el dios.

Con una agilidad sorprendente a pesar de la cadera maltrecha, el perro atravesó trotando la aldea, descendiendo a lo largo de la avenida principal. Cuando llegó al extremo sur continuó, cuesta abajo,

serpenteando entre los peñascos cubiertos de musgo y las pilas de huesos que señalaban los despojos de los uryd.

Su marcha fue advertida por dos niñas a las que aún les quedaba un año o más para sus noches de pasaje a la edad adulta. Parecidas de rasgos y con edades muy próximas, apenas unos días separaban las fechas de sus nacimientos. Ninguna de ellas podría llamarse locuaz. Compartían el lenguaje silencioso común entre gemelos, aunque no lo fuesen, y parecía que, para ellas, ese lenguaje bastaba. Y así, al ver que el perro marchaba de la aldea, intercambiaron una mirada, se dispusieron a recoger cuantas provisiones y armas encontraron a mano y después partieron tras el rastro del animal.

La marcha de las niñas fue advertida, y eso fue todo.

Al sur, bajando las grandes montañas de su tierra natal, donde los cóndores volaban en círculos entre las cumbres y los lobos aullaban al llegar los vientos del invierno.

Al sur, hacia las tierras de los aborrecidos niños de los nathii, donde moraban los portadores de la guerra y la pestilencia, los asesinos y los esclavizadores de los teblor. Donde los nathii se reproducían como *lemmings* hasta que parecía que no iba a quedar espacio en el mundo para nada ni nadie salvo ellos.

Como el perro, las dos niñas eran valientes y decididas. Aunque no lo sabían, esas características las habían sacado de su padre, al que nunca habían conocido.

El perro no miró atrás, y cuando las niñas lo alcanzaron el animal mantuvo su indiferencia. Estaba, como los ancianos habían dicho, tocado por el dios.

Allá en la aldea, una madre y su hija fueron informadas de la huida de sus niñas. La hija lloró. La madre, no. En vez de eso, sintió calor en un lugar de la parte baja de su cuerpo, y, por un momento, se perdió entre sus recuerdos.

—Oh, frágil ciudad, donde los extraños han de llegar...

Una llanura vacía bajo un vacío cielo nocturno. Un fuego solitario, tan débil que casi se lo tragaban las ennegrecidas y agrietadas piedras que lo rodeaban. Sentado en una de las dos rocas planas cerca de la hoguera, un hombre rechoncho con el pelo ralo y grasiento. Un chaleco rojo descolorido, sobre una camisa de lino con los puños ablusados, antes blancos, pero ahora sucios, que despuntaban alrededor de las rollizas manos. Tenía la cara redonda sonrojada y reflejaba las llamas titilantes. De la estrecha barbilla prominente colgaban unos pelos largos y negros —no lo bastante para trenzarlos, muy a su pesar— que en su recién adquirida afectación gustaba de retorcer y acariciar cuando se hallaba sumido en profundos pensamientos, o incluso cuando estos eran apenas superficiales. De hecho, cuando ni tan siquiera pensaba, pero deseaba dar una impresión de sesuda meditación, por si alguien lo observaba con interés.

Y los acariciaba y retorció en ese momento mientras miraba con el ceño fruncido el fuego que tenía delante de él.

¿Qué había cantado ese bardo de cabello gris? Antes durante esa noche en el modesto escenario del Bar K'rul, cuando lo había visto, satisfecho con su lugar en la gloriosa ciudad que había salvado más de una vez.

—Oh, frágil ciudad, donde los extraños han de llegar...

—Tengo que contarte algo, Kruppe.

El hombre rollizo alzó la mirada y encontró la figura cubierta sentada en la otra piedra plana, con las manos delgadas y pálidas extendidas hacia las llamas. Kruppe se aclaró la garganta, después habló.

—Ha pasado mucho tiempo desde que Kruppe se encontrara encaramado como lo ves ahora. En

consecuencia, Kruppe hace mucho que ha deducido que querías decirle algo de tan magna importancia que nadie salvo Kruppe era digno de escucharlo.

Un débil brillo en el interior de la capucha.

—Yo no estoy en esta guerra.

Kruppe se acarició las colas de rata de su barba, saboreando el no decir nada.

—¿Esto te sorprende? —preguntó el dios ancestral.

—Kruppe siempre espera lo inesperado, viejo amigo. ¿Cómo?, ¿acaso podrías esperar otra cosa?

Kruppe está pasmado. Sin embargo, una idea llega, impulsada hacia el cerebro por un tirón en esta apuesta barba. K'rul afirma que no está en la guerra. Sin embargo, Kruppe sospecha, es en cambio su trofeo.

—Solo tú entiendes esto, amigo mío —dijo el dios ancestral, con un suspiro. Después ladeó la cabeza

—. No había reparado en ello antes, pero parece triste.

—La tristeza tiene muchos sabores, y parece que Kruppe los ha probado todos.

—¿Deseas hablar de tales cosas? Soy, creo, de los que saben escuchar.

—Kruppe ve que son muchos pesares los que te aquejan. Quizás este no es el momento.

—Eso no importa.

—A Kruppe, sí.

K'rul miró a un lado de reojo, y vio que se acercaba una figura de pelo gris, demacrada.

—«Oh, frágil ciudad, donde los extraños han de llegar» —Kruppe cantó—. ¿Y el resto?

El recién llegado respondió con voz grave.

—«... y se adentran en grietas en busca de cobijo».

Y el dios ancestral suspiró.

—Únete a nosotros, amigo —dijo Kruppe—. Siéntate junto a este fuego; esta escena dibuja la historia de nuestra especie, como sabes. Una noche, una chimenea y un cuento que tejer. Querido K'rul, queridísimo amigo de Kruppe, ¿habéis visto alguna vez bailar a Kruppe?

El extraño se sentó. Un rostro pálido, una expresión de dolor y de pena.

—No —dijo K'rul—. No lo creo. Ni en cuerpo ni en palabra.

Kruppe esbozó una sonrisa silenciosa y algo brilló en sus ojos.

—Entonces, amigos míos, acomodaos para esta noche. Y sed testigos.

LIBRO PRIMERO



Voto al sol

Esta criatura de palabras
Hierde en lo más profundo y jadea, vuela
El rocío de la lluvia roja
Debajo del cielo azul
Espanto ante lo que se revela
¿De qué sirve ahora esta armadura
Cuando las palabras se infiltran con tanta facilidad?

Este dios de las promesas se ríe
De las cosas equivocadas, inoportuno
Deshaciendo todos esos sacrificios
Con deliberada malicia
Retrocede como un soldado en retirada
Incluso cuando la retirada está prohibida
Ante cadáveres amontonados en lo alto de los muros

Sabías que esto llegaría
Al final y nada finges, ninguna sorpresa
Al encontrar esta copa llena
Con el dolor de otra persona
Nunca es tan malo como parece
El sabor más dulce de lo esperado
Cuando te agazapas en el sueño de un loco

Así que llévate esta beligerancia
Donde te plazca, el porfiado canalla
Es la carga de mi alma
Al centro de la calle
Dando vueltas a colmillo desnudo
Lanzando bocados a sedientas lanzas
Que se arrojan frías y purgadas de tus manos

Palabras de caza
Brathos de Coral Negro

Capítulo 1

¡Oh, frágil ciudad!
Donde los desconocidos han de llegar
Y se adentran en grietas
En busca de cobijo

¡Oh, ciudad azul!
Viejos amigos recogen suspiros
A los pies de los muelles
Cuando la marea se ha ido

¡Ciudad sin corona!
Donde los gorriones montan nidos
Entre rastros de arañas
Sobre alféizares y altillos

¡Ciudad condenada!
Se acerca la noche con sigilo
La historia despierta
En busca de cobijo

Frágil Era
Pescador kel Tath

Rodeada en una ciudad de fuego azul, estaba de pie sola en el balcón. Algo apartaba la oscuridad del cielo, un invitado no bien recibido en esta la primera noche del Festival de Gedderone. Las multitudes llenaban las calles de Darujhistan, dichosamente desenfrenados, recibiendo de buen humor la calamidad del año que acababa y el año que empezaba. El aire de la noche era húmedo y acre, y traía una infinidad de aromas.

Se habían celebrado banquetes. Se habían retirado los velos de los muchachos y doncellas núbiles. Las mesas cargadas con frutas exóticas, las damas envueltas en sedas, hombres y mujeres en ridículos uniformes llenos de reflejos dorados; una ciudad sin un ejército en pie engendraba una plétora de milicias privadas y una caótica proliferación de altos mandos ostentados, más o menos con exclusividad, por la nobleza.

Entre las celebraciones a las que había atendido esa noche, del brazo de su marido, no había visto ni una sola vez un verdadero oficial de la Guardia de la Ciudad de Darujhistan, ni un solo soldado auténtico, con el dobladillo de la capa polvoriento, con las botas lustrosas marcadas de rasponazos, con

la empuñadura de la espada de cuero sencillo y un pomo lleno de grietas y bruñido por el uso. En cambio, había visto, en la parte superior de brazos blandos y bien alimentados, torques a la manera de soldados condecorados en el ejército malazano; soldados de un imperio que, no hacía mucho, había provisto a las madres de Darujhistan de estremecedoras amenazas para niños díscolos. *¡Malazanos, niño! ¡Merodeando en la noche para robar a los niños insensatos! ¡Para convertirlos en esclavos de su terrible Emperatriz...! ¡Sí! ¡Justo aquí en la ciudad!*

Pero los torques que había visto esta noche no eran del bronce sencillo o la plata apenas grabada de las auténticas condecoraciones e insignias de rango, como esas reliquias de algún culto largo tiempo desaparecido que se veían en los puestos del mercado de la ciudad. No, los que ella había visto eran de oro, tachonados de gemas, el azul del zafiro, el tono más común incluso entre los cristales coloreados, azul como el fuego azul por el que era famosa la ciudad, azul para proclamar algún noble y valiente servicio a la propia Darujhistan.

Sus dedos habían tocado uno de esos torques, allí en el brazo de su marido, aunque debajo había músculo de verdad, una dureza que casaba bien con la desdeñosa mirada de sus ojos cuando inspeccionaba los grupos de nobles en el inmenso salón vibrante de sonidos, con ese aire de propietario que había adoptado desde que consiguiera asiento en el Consejo. El desprecio llevaba con él desde mucho antes y si acaso había crecido desde su última y más triunfal victoria.

Los gestos daru de congratulación y respeto se habían arremolinado alrededor de ellos en su regio paso a través de las multitudes, y con cada reconocimiento, el rostro de su marido se había vuelto aún más duro, el brazo debajo de sus dedos, más tenso, los nudillos de las manos, cada vez más blancos por encima del cinturón de la espada, donde había metido los pulgares en unos ojales trenzados a la última moda entre duelistas. Oh, cómo se deleitaba ahora en ser uno de ellos; y lo que es más, en estar por encima de muchos de ellos. Lo que, para Gorlas Vidikas, no significaba que tuviera que gustarle ninguno. Cuanto más lo adulaban, más intenso era su desprecio, pero que él se hubiera sentido ofendido sin sus lisonjas era una contradicción, sospechaba ella, que un hombre como su marido no era dado a contemplar.

Los nobles habían comido y bebido, se habían levantado, posado, deambulado, desfilado y bailado hasta la veloz extenuación, y ahora en los salones de banquetes y las habitaciones de lujo solo quedaban los ecos de las deshilvanadas ministraciones de los sirvientes. Más allá de los altos muros de las haciendas, sin embargo, la plebe aún se divertía en las calles. Enmascarados y medio desnudos, bailaban sobre los adoquines —los alborotados pasos del Desollamiento de Fander con los que giraban y giraban— como si el amanecer no fuese a llegar nunca, como si hasta la calinosa luna fuese a quedarse inmóvil en el abismo como asombrada testigo de su jolgorio. Las patrullas de la Guardia de la Ciudad simplemente se quedaban al margen y observaban, ciñéndose las capas polvorientas alrededor de sus cuerpos, con el frufrú de los guanteletes cuando descansaban las manos sobre las espadas y las porras.

Justo debajo del balcón donde ella se encontraba, la fuente del jardín sin iluminar gorgoteaba y borboteaba para sí, amortiguada por los muros altos y sólidos de las estruendosas festividades que habían presenciado durante el tortuoso regreso a casa en carruaje. La embadurnada luz de la luna se debatía en las aguas que se arremolinaban suavemente en el estanque que rodeaba la fuente.

El fuego azul era demasiado intenso esa noche, demasiado intenso incluso para la lúgubre luna. La propia Darujhistan era un zafiro, brillando en el torque del mundo.

Pero su belleza, con todo su indiferente orgullo y su voz multitudinaria, no la conmovía esa noche.

Esta noche, lady Vidikas había visto su futuro. Todos y cada uno de sus años. Allí, del duro brazo de su marido. Y la luna, ay, parecía una cosa del pasado, un recuerdo ensombrecido por el tiempo, pero que la había transportado a otra época.

A un balcón muy parecido a este en un tiempo que ahora parecía muy lejano.

Lady Vidikas, que antes había sido Cáliz Estraysian, acababa de ver su futuro. Y estaba descubriendo, allí, en esta noche, y de pie apoyada en ese barandal, que ese pasado era un lugar mejor.

Menuda noche para quedarse sin tortas de harina rhivi. Maldiciendo por debajo de su aliento, Rapiña se abrió paso a través del gentío del mercado de Paseo del Lago, de la turba de borrachos juerguistas con hambre canina, con ayuda de los codos si era precio y fulminando con la mirada a cualquiera que le dirigiese una delirante sonrisa, hasta que por fin salió a la boca de un sórdido callejón tan lleno de basura que le llegaba hasta el tobillo. En algún lugar al sur del parque Borthen. No era la ruta de vuelta al bar que habría preferido, pero los festejos aún estaban en pleno apogeo.

Con un paquete envuelto de tortas de pan bajo el brazo izquierdo, Rapiña se detuvo para soltar los enredos de su pesada capa, frunció el ceño al ver la mancha fresca que le había dejado un descuidado transeúnte —algún tipo de dulce gadrobi— y trató de limpiarla sin conseguir otra cosa más que extenderla, y, de peor humor si cabe, avanzó por el detrito.

Con el tirón de la Dama, a Perlazul y Azogue seguro que les había ido mejor al encontrar el vino saltoano y probablemente ya habían regresado al K'rul. Y allí estaba ella, a doce calles y dos pasajes amurallados de distancia, con veinte mil o treinta mil majaderos en medio. ¿La esperarían sus compañeros? Ni en sueños. ¡Maldita Mezcla y su adicción a las tortas rhivi! Eso y su esguince de tobillo habían conspirado para obligar a Rapiña a salir de ahí la primera noche del festival; si es que aquello era un esguince de verdad, y tenía sus dudas, puesto que Mazo acababa de examinar el apéndice infractor con ojos entornados y después se había encogido de hombros.

También es cierto que aquello era todo cuanto habían llegado a esperar de Mazo. Se había sentido miserable desde su retiro, y la posibilidad de que el sol se alzara en cualquier momento en el futuro del sanador era tan probable como que el Embozado se olvidase de llevar las cuentas. Y tampoco es que él estuviese solo en su dolor, ¿no?

Pero ¿de qué servía alimentar su mal humor regurgitando aquellos pensamientos?

Bueno, servía para hacerla sentir mejor, para eso sí.

Dester Thrin, embozado en una capa y capucha negras, observaba a la mujer del enorme culo que se abría paso a patadas a través de la basura en el otro extremo del callejón. La había pillado saliendo de la puerta trasera del K'rul, la culminación de cuatro noches apostado en ese estratégico punto en la oscuridad cuidadosamente escogido desde el cual podía observar la angosta portezuela trasera.

El maestro de su clan había avisado de que los objetivos eran todos ex soldados, pero poco había visto Dester Thrin que sugiriese que ninguno de ellos se hubiese mantenido saludable y en forma. Eran viejos, con las carnes flácidas, raramente sobrios, y esta, bueno, llevaba esa enorme y espesa capa de lana porque estaba engordando y eso claramente la acomplejaba.

Seguirla a través de la multitud había sido relativamente fácil: era una cabeza más alta que la media de los gadrobi, y la ruta que había tomado hacia el destartado mercado rhivi en Paseo del Lago parecía evitar adrede las calles daru, una extraña costumbre que, en un corto período de tiempo, sería fatal.

La sangre daru de Dester le había permitido distinguir con claridad a su objetivo, que se abría camino con resolución a través del hervidero de celebrantes.

Se dispuso a atravesar el callejón en cuanto su objetivo salió por el extremo opuesto. Con el paso ágil y silencioso de un cazador, llegó a la boca del callejón y salió con cuidado, a tiempo de ver a la mujer

entrar en el pasadizo que atravesaba la muralla de Segundafila, con el túnel de la Tercerafila justo más allá.

Las guerras de sucesión del Gremio, que estallaron tras la desaparición de Vorcan, habían terminado al fin, con el mínimo derramamiento de sangre. Y Dester estaba más o menos satisfecho con el nuevo Gran Maestro, que era tan sanguinario como astuto en vez de solo sanguinario como habían sido casi todos los demás aspirantes. Por fin, no hacía falta ser idiota para que un asesino del clan sintiese algo de optimismo respecto al futuro.

Este contrato era un caso ilustrativo. Sin complicaciones, pero que seguro que les granjearía a Dester y al resto del clan un prestigio considerable tras el sumario cumplimiento.

Frotó las manos enguantadas en el pomo de sus dagas; las armas colgaban de los tahalíes bajo sus brazos. Siempre lo reconfortaban, esas hojas gemelas de acero daru con sus férulas llenas del denso, pastoso veneno de tralb moranthiano.

El veneno era ahora el medio preferido por la mayoría de los asesinos callejeros del Gremio, y desde luego para esos tantos que se escabullían por el Camino de los Ladrones que atravesaba los tejados de la ciudad. Había habido un asesino, íntimo de la propia Vorcan, quien, una noche de traición contra su propio clan, demostró la letalidad de luchar sin magia. Al usar veneno, el asesino había demostrado la superioridad de esas mundanas sustancias en una única y ahora legendaria noche sangrienta.

Dester había oído que los iniciados de algunos clanes habían levantado santuarios ocultos para honrar a Rallick Nom, que habían creado una suerte de culto y que sus seguidores empleaban gestos secretos de reconocimiento mutuo dentro del Gremio. Por supuesto, Seba Krafar, el nuevo Gran Maestro, había ilegalizado el culto en uno de sus primeros pronunciamientos, y se habían ordenado sacrificios selectivos en los que cinco sospechosos de ser líderes recibieron el amanecer con una sonrisa en la garganta.

Fuera como fuese, Dester ya había oído bastantes detalles que le sugerían que el culto distaba mucho de estar muerto. Solo estaba más escondido.

En realidad, nadie sabía qué venenos había usado Rallick Nom, pero Dester creía que era tralb moranthiano, dado que hasta la mínima cantidad en el torrente sanguíneo provocaba inconsciencia, y después un coma más profundo que, por lo general, conducía a la muerte. Las dosis mayores solo aceleraban el proceso y eran un camino seguro para atravesar la Puerta del Embozado.

La mujer del enorme trasero avanzaba con pesadez.

A cuatro calles desde el bar K'rul —si estaba siguiendo la ruta que él creía que estaba siguiendo— habría un callejón estrecho y largo por el que habría de pasar, la cara interna de la Muralla de la Armería de la Tercera Grada a la izquierda, y a la derecha, el alto muro de la casa de baños, grueso y sólido, con apenas unas pocas ventanitas dispersas en los pisos superiores, que hacían que el pasaje sin iluminar fuese más oscuro.

La mataría allí.

Encaramado al florón de un poste de la esquina en un extremo del alto muro, Chillbais miraba con los ojos pétreos los desastrados páramos. Detrás de él había un jardín selvático con un estanque poco profundo de reciente construcción pero descuidado ya, y columnas derruidas que salpicaban el suelo aquí y allá, revestidas de musgo. Ante él, árboles retorcidos y ramas enredadas cubiertas de hojas oscuras y arrugadas que colgaban como carcasas de insecto, el suelo estriado y apelmazado con hierbas grasientas; un camino serpenteante de inclinadas piedras que llevaban hasta una casa achaparrada y siniestra que no guardaba ningún parecido con ningún otro edificio de toda Darujhistan.

La luz era escasa entre las aberturas de esas nudosas persianas, y cuando salía era débil, intermitente.

La puerta nunca se abría.

Entre los suyos, Chillbais era un gigante. Pesado como un tejón, de músculos esculpidos debajo del espinoso pellejo. Las alas plegadas eran casi demasiado pequeñas para izarlo y cada batida de esos correosos abanicos arrancaba un gruñido de la garganta del demonio.

Esa vez sería peor que la mayoría. Habían pasado meses desde que se moviera por última vez, oculto como estaba de miradas escrutadoras en la penumbra de una rama caída del fresno que se alzaba en el jardín de la hacienda que tenía detrás. Pero cuando vio el destello de agitación delante de él, aquella susurrante corriente de movimiento, salida de la sarmentosa y negra casa, que atravesó el camino, al tiempo que la tierra erupcionaba a su paso y abría una serie de hoyos hambrientos, mientras que las raíces se retorcían para atrapar a este fugitivo, Chillbais supo que la vigilancia tocaba a su fin.

La sombra se deslizó y se agachó contra el muro bajo de la Casa Azath, luego, por un largo momento, pareció ver que esas raíces se acercaban reptando, después se puso en pie y, como un río de noche líquida sobre el muro de piedra, desapareció.

Con un gruñido, Chillbais extendió sus chirriantes alas, sacudió los pliegues en las membranas de entre las varillas que tenía por dedos, dio un salto y salió de debajo de la rama; hizo acopio de aire y empezó a aletear frenéticamente, con otros gruñidos cada vez más furiosos, hasta que se estrelló contra el mantillo del suelo.

Escupiendo ramitas y hojas, el demonio retrocedió a gatas por el muro de la hacienda, escuchando cómo giraban esas raíces, que restallaban en su busca. Hincó las garras en la argamasa y volvió a encaramarse a su posición inicial con la ayuda de las uñas. Por supuesto, no había habido nada que temer. Las raíces nunca llegaban más allá del propio muro de Azath, y una furtiva mirada a su espalda le aseguró que...

Con un estridente chillido, Chillbais se lanzó al vuelo otra vez, ahora hacia el exterior, por encima del jardín de la hacienda.

Ay, ¡a nadie le gustaban los demonios!

Sintió el aire frío por encima de la fuente, después, con un enérgico batir de las alas, levantó el vuelo hacia el cielo, hacia la noche.

Una palabra, sí, para su amo. Una de lo más extraordinaria. ¡Tan inesperada!, ¡tan incendiaria!, ¡tan peligrosa!

Chillbais sacudió sus alas con toda la fuerza que pudo reunir, un demonio obseso en la oscuridad sobrevolando la ciudad de intenso azul.

Zechan Arrojo y Giddyn *el Rápido* habían encontrado el lugar perfecto para la emboscada. Veinte pasos hacia abajo, por una angosta calle dos pórticos encajados quedaban frente a frente. Unos pocos momentos antes cuatro borrachos habían pasado tambaleantes y ninguno de ellos había visto a los asesinos inmóviles en la oscuridad negra como la tinta. Y ahora que habían pasado y el camino estaba despejado... un simple paso adelante y correría la sangre.

Los dos objetivos se acercaron. Ambos llevaban jarras de arcilla y zigzagueaban ligeramente. Parecían estar discutiendo, pero no en un idioma que Zechan comprendiera. Malazano, probablemente. Una rápida mirada a la izquierda. Los cuatro borrachos estaban saliendo ya por el lado opuesto, zambulléndose en una abigarrada multitud de juerguistas.

Zechan y Giddyn habían seguido a aquellos dos desde que salieran del Bar K'rul, alerta cuando encontraron a una mercader de vino, a la que regatearon el precio de las jarras y con la que acordaron un pago para después emprender el regreso.

En algún momento del camino tenían que haberle quitado los tapones a las jarras, porque ahora la discusión sonaba más fuerte; el que era un poco más alto, caminaba con pie equinvaro y tenía la piel

azul —Zechan podía distinguirlo desde donde estaba— se detuvo para apoyarse contra un muro como si estuviera a nada de echar la cena.

Se enderezó enseguida y pareció que la discusión se terminaba de repente. El más alto se irguió y se unió al otro y, a juzgar por el ruido que hacían las botas en la basura, echó a andar a su lado.

Simplemente, perfecto.

No iba a ser un trabajo de mancharse mucho, ni un poco. Zechan vivía para noches como esa.

Dester se movió deprisa, los mocasines silenciosos sobre los adoquines, apresurándose tras la mujer que marchaba delante de él con el paso largo, ignorante de su presencia. Doce pasos, ocho, cuatro...

Ella se giró, la capa hizo un remolino.

Un borroso rayo de acero azulado, trazando un arco fulminante. Dester resbaló al tratar de alejarse de la trayectoria del arma —*una espada larga, ¡que Beru me proteja!*— y algo le cortó la garganta. Se giró y se agachó hacia su izquierda, con las dos dagas extendidas para ahuyentarla en caso de que buscara acercarse.

¡Una espada larga!

El calor le chorreaba por el cuello y le bajaba por el pecho bajo la camisa de piel de venado. El callejón pareció oscilar delante de él, la oscuridad se combaba. Dester Thrin se tambaleó, agitando las dagas. Una bota o un puño envuelto en cota de malla le golpeó en la sien y se oyeron salpicaduras sobre los adoquines. Ya no podía sujetar las dagas. Las oyó escabullirse sobre la piedra.

Ciego, aturdido, tendido sobre el duro suelo. Estaba frío.

Una extraña lasitud llenó sus pensamientos, expandiéndose, llevándose lejos.

Rapiña estaba de pie sobre el cadáver. La mancha roja sobre la punta de su espada relucía, atrayendo su mirada, y le recordó, por extraño que fuera, a las amapolas después de la lluvia. Soltó un gruñido. El muy bastardo había sido rápido, estuvo a punto de esquivar su cuchillada. Si lo hubiera hecho le habría dado trabajo. De todos modos, a no ser que el idiota fuera habilidoso en lanzar esas esmirriadas dagas, lo habría liquidado antes o después.

Atravesar las multitudes de gadrobi no entrañaba más peligro que el de los rateros. Eran una gente singularmente apacible. En cualquier caso, hacía más fácil saber si alguien la seguía; cuando ese alguien no era gadrobi, por supuesto.

El hombre muerto a sus pies era daru. Solo le habría faltado ponerse un farol sobre la capucha, con esa forma que tenía de andar casi a brincos entre la gente.

Mas con eso y con todo... lo contempló con el ceño fruncido. *Tú no eras ningún matón. No, si tenías unas dagas como esas.*

Por el aliento del Mastín.

Envainó la espada y se ciñó la capa de nuevo para asegurarse de que ocultaba bien su arma enfundada, porque si la descubría la Guardia, ella terminaría en una celda con una multa condenadamente alta de pagar; después se guardó de nuevo la pila de tortas bajo el brazo izquierdo y continuó su camino.

Mezcla, resolvió, estaba en un buen lío.

Zechan y Giddyn, en perfecta sincronía, se abalanzaron desde el escondrijo de sus nichos, con las dagas alzadas dispuestas para asestar el golpe. El más alto dejó escapar un grito cuando las dagas de

Giddyn se hundieron en él. Las rodillas del malazano cedieron y de su boca salió vómito al desmoronarse, dejando caer la jarra que se rompió entre chorros de vino.

Las armas de Zechan atravesaron el cuero, los filos rechinaron en las costillas. Una para cada pulmón. Al desclavar las dagas, el asesino dio un paso atrás para ver cómo caía el pelirrojo.

Una espada corta se hundió en un lado del cuello de Zechan.

Murió antes de caer sobre los adoquines.

Giddyn, que se cernía sobre el malazano arrodillado, levantó la mirada.

Dos manos se cerraron alrededor de su cabeza. Una le tapó con fuerza la boca y de repente sus pulmones estaban llenos de agua. Se ahogaba. La mano hizo más presión, unos dedos le pinzaron la nariz. La oscuridad se apoderó de él y el mundo se marchó lentamente.

Azogue resopló al liberar el arma de un tirón, después le dio una patada al rostro del asesino, que acentuó su congelada expresión de sorpresa.

Perlazul le sonrió desde el otro lado.

—¿Viste cómo hice que saliera ese chorro de vómito? Si eso no es una genialidad no sé qué...

—Cállate —le espetó Azogue—. Estos no eran ladrones buscando bebida gratis, por si no te habías dado cuenta.

Con el ceño fruncido, Perlazul bajó la mirada hacia el cuerpo que tenía delante de él, al que le salía el agua por la boca y por la nariz. El napaniano se pasó una mano sobre la coronilla afeitada.

—Así es. Pero eran unos simples aficionados. Por el Embozado, si vimos el rastro de su aliento, ahí, abajo, que desapareció cuando cruzaron esos borrachos, lo que nos indicó que no eran el objetivo. Lo que significa...

—Que lo éramos nosotros. Así es, es lo que yo digo.

—Volvamos —dijo Perlazul, nervioso de repente.

Azogue se tiró del bigote, después asintió.

—Vuelve a generar esa ilusión, Perlazul. Nosotros, diez pasos por delante.

—Fácil, sargento...

—Que yo ya no soy sargento.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué vas dando órdenes?

Para cuando Rapiña estuvo cerca de la entrada principal del Bar K'rul, su ira era fulgurante. Se detuvo, examinó la zona. Vio a alguien entre las sombras al otro lado de la puerta del bar. Con la capucha echada, las manos ocultas.

Rapiña fue hacia la figura.

Esta se dio cuenta de su presencia cuando estuvo a diez pasos de distancia, y Rapiña vio cómo el hombre se enderezaba, vio su creciente intranquilidad traicionada por un movimiento de los brazos ocultos, el ondular de la capa. Media docena de celebrantes pasaron entre ellos dando bandazos, y cuando se fueron Rapiña dio la última zancada que necesitaba para llegar hasta el hombre.

Fuera lo que fuese que estaba esperando (quizá que ella lo abordara con alguna clamorosa acusación) estaba claro que no se esperaba la patada que le dio entre las piernas. Mientras el hombre caía ella se acercó más y le atestó un golpe en la nuca con la mano derecha, lo que aceleró la caída. Cuando la frente golpeó sobre los adoquines se oyó un frágil crujido. El cuerpo empezó a convulsionar en el suelo.

Alguien que en ese momento pasaba por allí se detuvo y miró con curiosidad el cuerpo que se agitaba.

—¡Tú! —bramó Rapiña—. ¿Tienes algún problema?

Sorpresa, luego un encogerse de hombros.

—Nada, preciosa. Bien empleado le estuvo, por estar allí así. Oye, ¿te quieres casar conmigo?

—Largo.

Cuando el extraño se marchó, sin prisa, lamentando su fracaso en el romance, Rapiña miró a su alrededor, por si había alguien más a punto de salir como un rayo de algún escondite cercano. Si eso ya había ocurrido se le había escapado. Lo más seguro era que los ojos invisibles que estaban viendo todo esto estuvieran observando desde algún tejado.

El hombre del suelo había dejado de agitarse.

Se dio la vuelta y se dirigió a la entrada del Bar de K'rul.

—¡Rapi!

A dos zancadas de la maltrecha puerta, se giró y vio a Azogue y a Perlazul —que cargaban con jarras de vino saltoano— saliendo a su encuentro. La expresión de Azogue era salvaje. Perlazul se quedó un paso atrás, con los ojos fijos en el cuerpo inmóvil al otro lado de la calle, donde una granuja gadrobi estaba ahora ocupada robando cuanto pudiese encontrar.

—Venid aquí —ordenó Rapiña—, ¡los dos! Mantened los ojos abiertos.

—Ya no se puede salir a comprar sin que te maten —dijo Azogue—. Perlazul nos tuvo envueltos en una ilusión durante todo el camino de vuelta después de que nos oliéramos una emboscada...

Con una última mirada furiosa hacia la calle, Rapiña agarró a ambos por los brazos y tiró de ellos sin contemplaciones hacia la puerta.

—Adentro, idiotas.

Increíble, una noche como esta, en la que se me ha puesto un humor tan de perros que va y rechazo la primera propuesta decente de matrimonio que me han hecho en años.

Mezcla estaba sentada en el lugar en la que se sentaba cada vez que olía problemas. Una mesita en penumbra justo al lado de la puerta, haciendo esa cosa suya de camuflarse con el entorno, solo que esta vez tenía las piernas extendidas, lo justo para que cualquiera que entrara se tropezara. Atravesando la puerta, Rapiña asestó a esas botas negras un buen puntapié.

—Ay, ¡mi tobillo!

Rapiña dejó caer la pila de tortas de pan en el regazo de Mezcla.

—¡Uf!

Azogue y Perlazul se adelantaron. El ex sargento resopló.

—Y aquí tenemos nuestra aterradora guardaespaldas en la puerta. «Ay, uf», eso dice.

Pero Mezcla ya se había recuperado y estaba desenvolviendo las tortas.

—No sé si lo sabes, Mezcla —dijo Rapiña al acomodarse en la barra—, pero las viejas arpías rhivi que las hacen escupen en la sartén antes de aplastar la masa. Una antigua bendición de los espíritus...

—No es por eso —la interrumpió Mezcla, doblando los rebordes del envoltorio—. El chisporroteo les dice que la sartén está lo bastante caliente.

—Eso va a ser —farfulló Perlazul.

Rapiña frunció el ceño, después asintió.

—Sí. Vayamos de vuelta a la oficina, todos... Mezcla, ve a buscar a Mazo, también.

—Llegas tarde —dijo Mezcla.

—¿Cómo?

—Eje ya ha salido a hacer ese peregrinaje.

—Mejor para él.

—¿Duiker? —dijo Mezcla después de levantarse, con la boca llena de torta.

Rapiña dudó.

—Pregúntale —dijo después de un momento—. Si quiere, de acuerdo.

Mezcla parpadeó despacio.

—¿Has matado a alguien esta noche, Rapi?

La falta de respuesta bastó. Rapiña observó con desconfianza a la pequeña congregación que se reunía en el bar, aquellos demasiado borrachos como para salir a la calle con la duodécima campanada, como era la costumbre. Todos eran parroquianos, sin excepción. *Eso bastará*. Hizo un gesto con la mano para que la siguieran y fue hacia las escaleras.

Al extremo opuesto de la habitación principal, ese condenado bardo estaba balando una de las estrofas más crípticas del *Anomandaris*, pero nadie escuchaba.

Los tres se veían como la nueva estirpe del Consejo de Darujhistan. Shardan Lim era el más delgado y alto, con un rostro apergaminado y los ojos de azul deslucido. Nariz ganchuda, la boca sin labios como una tajada, siempre vuelta hacia abajo como si no pudiera esconder su desprecio por el mundo. Los músculos de su muñeca izquierda tenían el doble de tamaño que los de la derecha, surcados por cicatrices que mostraba con orgullo. Encontró los ojos de Cáliz como un hombre a punto de preguntarle a su marido si ya por fin le tocaba su turno con ella, y ella sintió la mirada como la mano fría de la posesión alrededor de la garganta. Un momento después los descoloridos ojos se apartaron de ella y hubo el destello de una media sonrisa cuando alargó el brazo para coger su cáliz del lugar en el que reposaba sobre la chimenea.

De pie enfrente de Shardan Lim, al otro lado del fuego casi consumido, con dedos largos que acariciaban las antiguas piedras de tallar incrustadas de la chimenea, estaba Hanut Orr. Juguete para la mitad de las mujeres nobles de la ciudad, siempre y cuando estuviesen casadas o despojadas de otro modo de su doncellerz, presentaba sin duda la más seductora combinación de peligroso encanto y dominante arrogancia —rasgos que seducían a mujeres por lo demás inteligentes— y era bien sabido cómo se deleitaba en ver a sus amantes arrastrarse de rodillas hacia él para mendigar una migaja de atención.

El marido de Cáliz estaba más que cómodamente sentado en su silla favorita, a la izquierda de Hanut Orr, con las piernas extendidas, mirando pensativo el interior de su copa, el vino con sus tonos de sangre azul girando despacio cuando movía su mano en perezosos círculos.

—Querida esposa —dijo con su habitual habla lenta y pesada—, ¿te ha reanimado el aire del balcón?

—¿Vino? —preguntó Shardan Lim, alzando las cejas como si servirla fuera la vocación de su vida.

¿Debería un marido sentirse agraviado por esa apenas contenida lascivia de sus supuestos amigos? Gorlas parecía indiferente.

—No, gracias, Consejero Lim. Solo he venido para desearles a todos buenas noches. Gorlas, ¿estarás mucho tiempo aquí?

Su marido no alzó la mirada de su vino, aunque movió los labios como si no dejara de probar el último sorbo y hallara en los posos un regusto amargo.

—No es necesario que me esperes, esposa.

Una mirada involuntaria a Shardan reveló a la vez una mueca divertida y la clara afirmación de que él no sería tan desdeñoso con ella.

Y con una súbita y oscura perversidad, ella dejó que su mirada encontrara la de él y sonrió como respuesta.

Si bien se podría decir, sin titubeos, que Gorlas Vidikas no presencié aquel intercambio, Hanut Orr sí

que lo vio, aunque su divertimento fue de un tipo más salvaje, más despectivo.

Sintiéndose mancillada, Cáliz se dio la vuelta.

Su doncella la acompañó afuera y la siguió mientras subía el ancho tramo de escaleras, como único testigo de la rigidez de su espalda mientras la noble iba a su dormitorio.

En cuanto la puerta se cerró, se despojó de la capa corta.

—Dispón mis joyas —ordenó.

—¿Señora?

Se dio la vuelta hacia la anciana.

—¡Deseo ver mis joyas!

La mujer agachó la cabeza y se apresuró a hacer lo que se le ordenaba.

—Las piezas antiguas —dijo en alto detrás de ella. De aquel tiempo anterior a todo esto. Cuando había sido poco más que una niña que se maravillaba con los regalos de los pretendientes, con esos sobornos a sus atenciones aún húmedos y pegajosos de las manos sudorosas que los llevaron. Ay, tantas habían sido las posibilidades entonces.

Entrecerró los ojos cuando estuvo delante del tocador.

Bueno, quizá no solo entonces. ¿Significaba algo? ¿Importaba ya acaso?

Su marido tenía ya lo que quería. Tres duelistas, tres hombres duros de voces duras en el Consejo. Ya era uno de los tres, sí, lo que él quería.

Pero ¿y qué había de lo que ella quería?

Pero... ¿qué es lo que quiero?

No lo sabía.

—Señora.

Cáliz se dio la vuelta.

Expuesto sobre la superficie gastada del tocador, el tesoro de su doncellez tenía un aspecto... barato. Ordinario. La mera visión de esas baratijas le revolvió las tripas.

—Ponlas en una caja —le ordenó a la doncella—. Las venderemos mañana.

Nunca debería haberse entretenido en el jardín. Su amorosa anfitriona, la viuda Sepharla, había caído en un ebrio sopor sobre el banco de mármol, con una mano aferrada aún a su copa, mientras, con la cabeza colgándole hacia atrás y la boca abierta, unos estruendosos ronquidos atronaban en el sofocante aire nocturno. La fallida empresa había divertido a Murillio, que se había quedado allí por un tiempo, tomando a sorbos su vino y aspirando los fragantes aromas de las flores, hasta que un sonido le alertó de que alguien llegaba en silencio.

Al darse la vuelta se encontró mirando de cara la hija de la viuda.

Tampoco debería haber hecho eso jamás.

Era la mitad de joven que él, pero esa demarcación ya no separaba lo indecoroso de lo que no lo era. Ya hacía tres años, o quizá cuatro, que había dejado atrás su rito de paso y se acercaba a esa edad entre las jóvenes en la que a un hombre le es imposible saber si tiene veinte o treinta años. Y en ese caso todo juicio nacía del más obstinado autoengaño y poco importaba ya.

Quizá había bebido demasiado vino. Lo bastante para debilitar una cierta voluntad, la que tenía que ver con reconocer su propia madurez, esa hueste de años a sus espaldas que tenía siempre presente dado el menguante número de miradas codiciosas que recibía. Ciertamente, podría llamarse experiencia, podría conformarse con las mujeres lo bastante listas como para apreciar esos rasgos. Pero la mente de un hombre saltaba rápidamente de cómo eran las cosas a cómo quería que fuesen, o, peor incluso, a cómo

habían sido. Como decía el refrán, cuando se trataba de la verdad, todo hombre era un duelista bañado en la sangre de diez mil cortes.

Nada de esto pasó por la mente de Murillio en el momento en el que sus ojos se clavaron en Delish, la hija casadera de la viuda Sepharla. El vino, se diría después. El calor y el vapor de los festejos, los dulces aromas de los capullos en flor en el húmedo y templado aire. El hecho de que prácticamente estaba desnuda, llevando nada más que una fina seda. Su cabello castaño claro, peinado muy corto a la última moda entre las doncellas. La piel clara como la nata, con los labios carnosos y la suavísima pendiente de su nariz. Los ojos castaños claros y resplandecientes, grandes como los de una huerfanita, sin que en sus manos hubiese un bol agrietado mendigando limosna. La necesidad de esta pilla era de otra clase.

Tranquilizado por los ronquidos que llegaban del banco de mármol (y horrorizado de sentir ese alivio) Murillio hizo una reverencia ante ella.

—Llegas en buena hora, querida —dijo, enderezándose—. Estaba pensando cuál sería la forma más adecuada de llevar a tu madre hasta la cama. ¿Alguna sugerencia?

Un meneo de esa cabeza de formas perfectas.

—Duerme así la mayoría de las noches. Tal cual está.

La voz sonaba joven, pero ni nasal ni aguda como parecía el estilo de tantas doncellas en este tiempo, así que no pudo recordarle el inmenso abismo de años que los separaba.

Ah, en retrospectiva, ¡tantos arrepentimientos de aquella noche!

—Nunca pensó que aceptarías la invitación —prosiguió Delish, mirando al suelo donde se había quitado una de las sandalias y con la que jugueteaba ahora con uno de sus delicados deditos—. Tan deseado. Solicitado, quiero decir, y más en una noche como esta.

Qué artera, cómo acariciaba ese ego suyo ya un tanto arrugado y casi flácido.

—Pero, querida, ¿por qué estás aquí? Tus pretendientes deben de ser legión, y entre ellos...

—Entre ellos ninguno digno de llamarse hombre.

¿Se rompieron mil corazones empapados de hormonas con esa desdeñosa afirmación? ¿Alguna cama sintió una sacudida en la noche y apartaron los pies unas sábanas empapadas de sudor? Bien podía creerlo.

—Y eso incluye a Prelick.

—Disculpa, ¿quién?

—El borracho e inútil idiota que se desmayó en el vestíbulo. Tropezando toda la noche con su espada. Fue execrable.

Execrable. Sí, ahora lo entiendo.

—Los jóvenes son propensos al entusiasmo exacerbado —observó Murillio—. No me cabe duda de que el pobre Prelick lleva anticipando esta noche durante semanas, si no meses. Naturalmente, sucumbió a la agitación nerviosa, traída por la proximidad de tu encantadora presencia. Compadécete de esos jóvenes, Delish; se merecen eso al menos.

—No me interesa la compasión, Murillio.

Ella nunca debería haber dicho su nombre de esa forma. Él nunca debería haber escuchado nada de lo que dijo.

—Delish, ¿toleras un consejo en una noche como esta, de alguien como yo?

Su expresión fue de paciencia apenas momentánea, pero asintió.

—Busca a los callados. No a los que se pavonean, o que demuestran una arrogancia inapropiada. Los callados, Delish, los que gustan de observar.

—No describes a nadie que conozca.

—Oh, pero los hay. Solo hace falta mirar dos veces para verlos.

Ahora se había quitado las dos sandalias, y ella desestimó sus palabras con el ademán de una mano pálida que de algún modo la acercó un paso más. Alzó la mirada con una timidez repentina, pero sostenida por tanto tiempo que diríase que no había verdadera insolencia.

—Nada de callados. Nada de dignos de compasión. No... ¡niños! No esta noche, Murillio. No bajo esta luna.

Y la encontró entre sus brazos, un cuerpo suave y demasiado ansioso cubierto con nada más que vaporosa seda, que parecía deslizarse sobre él, una sílfide, y pensó: *¿Bajo esta luna?*

Aquel fue su último gesto poético, ay de él, puesto que ya le estaba arrancando la ropa, esa boca de labios carnosos, ahora húmeda y abierta, y una lengua aleteante mientras le mordisqueaba los labios. Y ahí estaba él, con una mano en uno de sus pechos, la otra bajando hacia las nalgas, alzándola mientras ella abría las piernas y trepaba para anclarse en sus caderas, y oyó cómo caía la hebilla del cinturón entre sus botas sobre el suelo enlosado.

No era una mujer corpulenta. Nada pesada, sino sorprendentemente atlética, y cabalgó sobre él con tanta violencia que sintió cómo le crujían las lumbares con cada frenética zambullida. En ese momento se sumergió en su habitual desapego, y se tomó un momento para asegurarse de que a su espalda los ronquidos continuaban. De repente aquel resonante ruido le impactó con un sentido de disolución profética, de rendición de los años de la lucha que era el coro de la vida (*y así terminaremos nuestros días*) una punzada momentánea que, si la hubiera dejado seguir, le habría amedrentado por completo. Delish, mientras, se estaba agotando, sus jadeos eran más fuertes, más rápidos, y los temblores empezaban a recorrer su cuerpo, así que se rindió —justo a tiempo— a las sensaciones. Y se unió a ella en un último e involuntario resuello.

Delish se aferró a Murillio y él pudo sentir su acelerado corazón mientras la dejaba con cuidado en el suelo; después se apartó de ella con suavidad.

Fue, bien mirado, el peor momento para vislumbrar el contorno borroso de una hoja de hierro ante sus ojos. Una agonía abrasadora cuando la espada se clavó en su pecho, la punta entrando por completo, haciendo que el estúpido borracho que la blandía tropezase hacia delante, casi en los brazos de Murillio.

Que a su vez comenzó a caer hacia atrás, mientras la espada se desasía de su carne y le arrancaba un reacio gemido.

Delish gritó, y la expresión en el rostro de Prelick fue triunfal.

—¡Ja! ¡El violador muere!

Después, más pasos que salían corriendo de la casa. Un clamor de voces. Perplejo, Murillio se levantó del suelo, tirando de sus pantalones, ajustándose las cinchas del cinturón. Su camisa de seda de color verde lima empezaba a llenarse de manchas moradas. Tenía sangre en la barbilla, que se le acumulaba espumosa entre las débiles y trémulas toses. Unas manos tiraron de él, pero las apartó y avanzó a trompicones hacia la verja de la hacienda. Remordimientos, sí, que forcejeaban con las distraídas multitudes en la calle. Momentos de lucidez, indeterminados períodos de tenue neblina roja, de pie con una mano sobre un muro de piedra, escupiendo hilos de sangre. Miles de remordimientos.

Por suerte, no creía que fueran a acosarlo por mucho más tiempo.

¿Era por costumbre o por alguna peculiaridad en los rasgos de la familia que Chamusquino tenía esa expresión de perpetua sorpresa? No había forma de saberlo, puesto que cada palabra que pronunciaba el hombre salía con tonos de perplejo descrédito, como si no pudiese estar seguro nunca de lo que le transmitían sus sentidos acerca del mundo exterior, e incluso mucho menos seguro de cualesquiera que

fueran los pensamientos que clamaban en su cabeza. Miraba ahora a Leff, con los ojos como platos y la boca pasmada, cuando no se relamía nervioso los labios, mientras Leff, en cambio, miraba a Chamusquino con los ojos entornados como si tuviera reiteradas sospechas de la aparente estupidez de su amigo.

—¡Que estos no van a esperar pa siempre, Leff! No deberíamos habernos apuntao a esto. Yo digo que subamos al próximo carguero que salga. ¡A Dhavran, o a la costa! ¿Tú no tienes un primo en Mengal?

Leff parpadeó despacio.

—Así es, Chamusquino. Pues no le dejaron arreglarse la celda a su gusto y todo, del tiempo que pasa ahí dentro. ¿Quieres que vayamos allí y nos pongamos con su cochiguera también? Además, entonces seríamos nosotros los que acabaríamos en la lista.

El asombro y el espanto cubrieron la cara de Chamusquino. Él miró a otro lado, susurró.

—La lista es lo que ha acabao con nosotros. La lista...

—Sabíamos que no sería fácil —dijo Leff, quizá por tratar de aplacarlo—. Estas cosas nunca lo son.

—¡Pero no hemos llegao a na!

—Solo ha pasado una semana, Chamusquino.

Había llegado el momento de hacer un discreto carraspeo, de pasarse suavemente el pañuelo de seda por la grasienta frente, un tirarse pensativo de aquella barba como cola de ratón.

—¡Caballeros! —Ah, por fin tenía su atención—. Presenciad a los Escaramuzadores en el campo y acullá la Moneda del Mercenario, brillando siempre tan dorada como los dorados señuelos acostumbran a brillar... en todas partes. Pero aquí sobre todo, y las tabas aún moran en la sudorosa mano del sorprendido Chamusquino, ya demasiado tiempo apretada y plegada. ¡Interminable se ha vuelto este juego, con Kruppe paciente apostado en el mismísimo borde de la gloriosa victoria!

—¡Pero de qué vas a ganar tú, Kruppe! —dijo Leff con el ceño fruncido—. Si vas perdiendo, y por mucho, con Moneda o sin Moneda! Y de qué sirve de todos modos... No veo yo a ningún mercenario en el campo, así que ¿a quién está pagando? ¡A nadie!

Sonriendo, Kruppe se reclinó.

La multitud era alborotadora esta noche en la Posada del Fénix, y a trompicones llegaban más y más y más borrachos tras su placentera incursión en las polvorientas y mugrientas calles. Kruppe, por supuesto, se sintió magnánimo hacia todos ellos, como correspondía a su naturaleza naturalmente magnánima.

Chamusquino tiró las tabas, después clavó la mirada en la media docena de huesos grabados como si deletrearán su muerte.

Y eso era lo que habían hecho. Kruppe se inclinó hacia delante de nuevo.

—Hete aquí que el Camino Recto se revela, ¡y contemplad cómo estos seis mercenarios marchan al campo! ¡Masacrando a diestro y siniestro! ¡Una tirada de tabas y el universo cambia! Contemplad esta sombría lección, estimados compañeros de Kruppe. Cuando la Moneda es revelada, ¿cuánto tarda la mano en extenderse hacia ella?

Prácticamente ninguna tirada en la Ronda de Contraataque podría salvar a los dos desventurados reyes y sus igualmente desventurados jugadores, Chamusquino y Leff. Con un rugido, Leff barrió el campo con un brazo, lo que esparció las piezas por todas partes. Al hacerlo escamoteó la Moneda y se la habría metido en su pretina de no ser por un meneo de cabeza de Kruppe y una de sus regordetas manos que se extendía con la palma hacia arriba.

Maldiciendo por lo bajo, Leff dejó caer la Moneda en esa mano.

—Para el saqueador, la victoria —dijo Kruppe, sonriente—. Ay del pobre Chamusquino y del pobre Leff, esta sola moneda no es más que una fracción de las riquezas que ahora pertenecen al victorioso Kruppe. Dos concejos cada uno, ¿verdad?

—Eso es una semana de pagas de una semana que no ha llegado aún —dijo Leff—. Te lo dejamos a deber, amigo.

—¡Indignante precedente! Kruppe, no obstante, entiende cómo esos reveses pueden coger a cualquiera desprevenido, lo que tiene perfecto sentido, pues reveses son. Por tanto, dada la necesidad de una semana de noble empeño, a Kruppe le complace ampliar la fecha límite para dicho pago a una semana desde hoy.

Gruñendo, Chamusquino se recostó.

—La lista, Leff. Ya estamos otra vez en la maldita lista.

—Muchos son los deudores —dijo Kruppe, con un suspiro—. E impacientes aquellos que exigen compensación, tanto que forman una espantosa lista, y en el momento en el que disminuyen los nombres que allí aparecen remiten, generosamente a aquellos que hacen cumplir la recaudación, ¿sí?

Los dos hombres le clavaron la mirada. La expresión de Chamusquino era la del que acababa de recibir un fuerte golpe en la cabeza y aún no había recuperado el sentido. Leff se limitaba a mirar con hosquedad.

—Ea, sí, esa lista, Kruppe. Cogimos el trabajo porque no teníamos na más que hacer después de la imprevista... digamos que desaparición de Boc. ¡Y ahora se ve que nuestros nombres podrían acabar en ella!

—¡Bobadas! O, mejor, Kruppe tiene a bien explicarse, no si tal amenaza acecha como el resultado de algún futuro incumplimiento en las cantidades que se le deben a Kruppe. Listas de esa naturaleza son desde luego perniciosas y con probabilidad contraproducentes, y a Kruppe su existencia le parece reprobable. Un sabio consejo es relajarse de algún modo en esa materia. A no ser, por supuesto, que a uno le parezca que la fecha límite se acerca rápidamente con nada más que pelusa en el morral. Aventuro otro consejo, y es domeñar esa lista, recibir la debida recompensa, compensar de inmediato a Kruppe y reparar la modesta deuda. La alternativa, ay, es que procedamos con una solución por completo distinta.

Leff se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué solución sería esa?

—Oh, la humilde ayuda de Kruppe en lo que respecta a dicha lista, por supuesto. Por un porcentaje minúsculo.

—¿Por un pellizco nos ayudarías a dar con los de la lista?

—Hacerlo iría a favor de los mejores intereses de Kruppe, dada la deuda que hay entre él y vosotros dos.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Caramba, pues el treinta y tres, claro está.

—¿Y a eso lo llamas modesto?

—No, dije minúsculo. Mis queridísimos socios, ¿habéis encontrado siquiera a una persona de esa lista?

Un miserable silencio le dio la respuesta, aunque Chamusquino seguía con un gesto de sumo aturdimiento.

—No hay —dijo Kruppe, inflando el pecho de tal manera que hizo peligrar los dos robustos botones de su chaleco— nadie en Darujhistan que Kruppe no pueda encontrar. —Se recostó en la silla y los aguerridos botones brillaron victoriosos.

Gritos, una conmoción en la puerta, después Meese gritando el nombre de Kruppe.

Sobresaltado, Kruppe se puso de pie, pero no logró ver nada por encima de las cabezas de todos estos parroquianos particularmente altos (menudo fastidio), así que rodeó la mesa y se abrió paso a codazos, gruñidos y jadeos hacia la barra, donde Irlta estaba medio arrastrando a un Murillio cubierto de sangre hacia el mostrador, apartando con un brazo cálices y jarras de metal.

Ay, *cielos*. Kruppe encontró la mirada de Meese, sintió el miedo y la alarma.

—Meese, corre a avisar a Coll.

Ella asintió, pálida.

La multitud la dejó pasar. Porque, como se dice entre los gadrobi, incluso un borracho reconoce a un necio, y, borracho o no, nadie era lo bastante necio como para entrometerse en el camino de la mujer.

La espada de Rapiña estaba sobre la mesa, la punta manchada de sangre seca. Azogue había puesto también su espada corta, con una hoja mucho más manchada. Juntas eran mudos testigos de la agenda de esta reunión improvisada.

Perlazul estaba sentado en un extremo de la larga mesa, curando su dolor de cabeza con un pichel de cerveza; Mezcla estaba junto a la puerta, cruzada de brazos y apoyada en el marco. Mazo estaba sentado en una silla a la izquierda de Perlazul, con todos los nervios crispados en una pierna que no paraba de agitarse, el muslo y la rodilla temblorosos, aunque su rostro era inescrutable, pues se negaba a mirar a nadie a los ojos. De pie, cerca del raído tapiz que databa del tiempo en el que ese lugar era aún un templo, estaba Duiker, antes, un Historiador Imperial, ahora, un viejo achacoso.

De hecho, Rapiña estaba ligeramente sorprendida de que hubiera aceptado la invitación. Quizá quedasen aún vivos unos rescoldos de curiosidad en las cenizas del alma de Duiker, si bien parecía más interesado en la descolorida escena del tapiz, con su flotilla aérea de dragones acercándose a un templo muy parecido a ese en el que estaban.

Nadie parecía dispuesto a ser el primero en hablar. Típico. La tarea siempre recaía en sus manos, como una paloma herida.

—El Gremio de Asesinos ha acordado un contrato —dijo, con buscada dureza—. ¿El objetivo? Como mínimo, yo, Azogue y Perlazul. Lo más probable es que lo seamos todos nosotros. —Hizo una pausa, esperando alguna objeción. Ninguna llegó—. Azogue, ¿rechazamos alguna oferta para este sitio?

—Rapiña —dijo el falari en idéntico tono—, nadie ha hecho nunca una oferta por este sitio.

—Bien —contestó—. Entonces, ¿a alguien le ha llegado algún rumor de que el viejo culto de K'rul haya resucitado? ¿Algún sacerdote supremo por la ciudad que quiera el regreso del viejo templo?

Perlazul resopló.

—¿Qué se supone que nos dice eso? —exigió Rapiña, echándole una mirada furiosa.

—Nada —murmuró el mago napaniano—. No he oído nada de eso, Rapi. Ahora que si Ganoes Paran alguna vez llega a volver de dondequiera que haya ido, conseguiríamos una respuesta segura. De todos modos, no creo que haya ningún culto tratando de restablecerse.

—¿Cómo lo sabes? —exigió saber Azogue—. ¿Es que los hueles o algo?

—Venga, ahora no —se lamentó Perlazul—. No más preguntas por esta noche. Ese mockra me hace papilla el cerebro. Odio a los mockra.

—Son los fantasmas —dijo Mazo con esa voz extraña y gentil. Le lanzó una mirada fugaz a Perlazul—. ¿Verdad? No están susurrando nada que no hayan estado susurrando desde que nos mudamos. Los gemidos, peticiones de sangre y las cosas de siempre. —La mirada se dirigió ahora a las espadas que estaban sobre la mesa frente a él—. Me refiero a sangre derramada aquí. La que venga de fuera no cuenta. Por suerte.

—Pues intenta no cortarte mientras te afeitas, Azogue —dijo Mezcla.

—Abajo ha habido las peleas de siempre —dijo Rapiña, mirando con el ceño fruncido a Mazo—. ¿Estás diciendo que eso ha estado alimentando a los malditos fantasmas?

El curandero se encogió de hombros.

—No como para que fuese algo de importancia.

—Necesitamos un nigromante —declaró Perlazul.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Rapiña—. Es del condenado contrato de lo que tenemos que preocuparnos. Tenemos que averiguar quién está detrás de eso. Lo encontramos, le lanzamos un maldito tipo por la ventana de su dormitorio y asunto terminado. —Por eso —continuó, mirando a los demás— tenemos que dar con un plan de ataque. Información, para empezar. Vamos a ver qué proponéis.

Más silencio.

Mezcla se apartó un paso de la puerta.

—Alguien viene —dijo.

Ahora todos podían oír el sonido de las botas en las escaleras, con siseantes protestas tras ellas.

Azogue recogió su espada, Perlazul se levantó despacio y Rapiña pudo oler el repentino despertar de la hechicería. Levantó una mano.

—Esperad, por el amor del Embozado.

La puerta se abrió de golpe.

Entró con decisión un hombre grande y bien vestido, sin aliento, y sus ojos azul claro examinaron cada uno de los rostros hasta que se posaron en el de Mazo, que se levantó.

—Consejero Coll. ¿Qué ocurre?

—Necesito su ayuda —dijo el noble daru, y Rapiña notó angustia en la voz del hombre—. Alto Denul. Lo necesito, ahora.

Antes de que Mazo pudiera responder, Rapiña dio un paso al frente.

—Consejero Coll, ¿ha venido aquí solo?

El hombre frunció el ceño. Después un vago gesto señalando detrás de él.

—Una modesta escolta. Dos guardias. —Solo entonces vio la espada sobre la mesa—. ¿Qué está pasando aquí?

—Rapiña —intervino Mazo—, iré con Perlazul.

—No me gusta...

Pero el curandero la interrumpió.

—Necesitamos información, ¿no? Coll puede ayudarnos. Además, no habrían puesto a más de un clan sobre nosotros para empezar y tú te has encargado de ese. El Gremio necesita recuperarse, reconsiderar las cosas; tenemos un día como poco.

Rapiña miró al Consejero, quien, si no entendía lo que estaba pasando, ahora tenía lo suficiente como para aventurar una razonable suposición.

—Parece que alguien nos quiere muertos —le dijo, con un suspiro—. Puede que no quiera verse involucrado con nosotros ahora mismo...

Él, sin embargo, meneó la cabeza, con la mirada fija en Mazo una vez más.

—Sanador, por favor.

Mazo le hizo un gesto a un ceñudo Perlazul.

—Guíe el camino, Consejero. Vamos con usted.

«... se encontró con Osserick, aliado incondicional, destrozado y con sangre en su rostro, golpeado hasta la inconsciencia. Y Anomander cayó de rodillas y clamó a los Mil Dioses que miraban desde lo alto a Osserick y vieron la sangre en su rostro. Con piedad lo despertaron y así se levantó.

Y también se levantó Anomander y se miraron el uno al otro, Luz y Oscuridad, Oscuridad y Luz.

Ahora había rabia en Anomander. “¿Dónde está Draconnus?”, exigió saber a su aliado

incondicional. Pues cuando Anomander había partido, el malvado tirano Draconnus, Asesino de Eleint, había sido golpeado de mano del propio Anomander, que había quedado inconsciente y tenía sangre en su cara. Osserick, que había asumido el cargo de proteger a Draconnus, cayó de rodillas y llamó a los Mil Dioses, buscando su piedad ante la furia de Anomander. “¡Fui vencido!”, exclamó Osserick en respuesta. “¡La hermana Rencor me cogió desprevenido! Oh, los Mil Dioses se apartaron y así yo caí inconsciente y mira la sangre de mi rostro!”

“Algún día”, juró Anomander, y entonces era la oscuridad de una terrible tormenta, y Osserick se acobardó como el sol detrás de una nube, “esta alianza nuestra habrá de acabar. Nuestra enemistad se reanudará, oh, Hijo de la Luz, Retoño de la Luz. Rivalizaremos por cada palmo de tierra, por cada tramo de cielo, cada manantial de agua dulce. Un millar de veces batallaremos y no habrá piedad entre nosotros. Enviaré la desgracia sobre los tuyos, sobre tus hijas. Asolaré sus mentes con Inconsciente Oscuridad. Los dispersaré en su confusión a reinos desconocidos y no habrá piedad en sus corazones, pues entre ellos y los Mil Dioses habrá siempre una nube de oscuridad”.

Tal era la furia de Anomander, y aunque estaba solo, Oscuridad sobre Luz, persistía una dulzura en la palma de una mano, del toque engañoso de la Dama Envidia. Luz sobre Oscuridad, Oscuridad sobre Luz, dos hombres, empuñados como armas por dos hermanas, hijas de Draconnus. Que permanecían invisibles para cualquiera y estaban satisfechas de lo que habían visto y de lo que habían escuchado.

Fue decidido entonces que Anomander partiría de nuevo para cazar al malvado tirano. Para destruirlo a él y a su maldecida espada, que es una abominación a los ojos de los Mil Dioses y de cuantos se arrodillan ante ellos. Osserick, se decidió, partiría para dar caza a Rencor y para cobrar justa venganza.

Del juramento hecho por Anomander, sabía Osserick la rabia que lo había engendrado, y en silencio hizo voto de responderlo en el momento oportuno. De pelear, batirse en duelo, rivalizar por cada palmo de tierra, por cada tramo de cielo y cada manantial de agua dulce. Pero esas cuestiones necesariamente deben reposar en tierra serena, una semilla aguardando la vida.

Este asunto con Draconnus quedaba entre ellos, después de todo, y ahora Rencor también. ¿No exigían castigo, los Hijos de Tian? Había sangre en los rostros de demasiados eleint, así que Anomander y Osserick habían cargado sobre sus hombros esta malhadada caza.

De haber sabido los eleint lo que vendría de todo esto, habrían retirado su aliento de tormenta de encima de Anomander y de Osserick. Pero tales destinos no habían de conocerse entonces, y es por eso que los Mil Dioses lloraron...».

El alquimista supremo Baruk se frotó los ojos y se reclinó. La versión original de esto, sospechaba, no era el relamido galimatías que acababa de leer. Esas pintorescas pero sobreutilizadas expresiones pertenecían a una edad intermedia, cuando el estilo de los historiadores buscaba resucitar cierto legado oral en un intento de ratificar la veracidad del testimonio de los acontecimientos descritos. El resultado le había dado dolor de cabeza.

Nunca había oído hablar de los Mil Dioses, y ese panteón no podía ser hallado en ningún otro compendio salvo el *Oscuridad y luz* de Dillat. Baruk sospechaba que Dillat sencillamente se lo había inventado, lo que le suscitó la siguiente pregunta: ¿cuánto más se había inventado aquella mujer?

Inclinándose hacia delante una vez más, ajustó la mecha del farol, después pasó las quebradizas páginas hasta que otro fragmento llamó su atención.

En este día había guerra entre los dragones. Los Primogénitos habían, todos menos uno,

agachado la cabeza ante el trato de K'rul. Sus hijos, despojados de todo lo que habían heredado, echaron a volar desde las torres hacia los cielos como un torbellino, pero ni siquiera estos estaban unidos más allá de su rechazo a los Primogénitos. Se formaron distintas facciones y la lluvia roja cayó sobre todos los Reinos. Mandíbulas que apresaron cuellos. Garras que desgarraron vientres. El aliento del caos fundió la carne de los huesos.

Anomander, Osserick y otros tantos ya habían probado la sangre de Tiam, y ahora llegaban más con enfurecida sed y muchas fueron las demoniacas abominaciones que se engendraron de este néctar carmesí. Mientras las Puertas de Starvald Demelain estuviesen abiertas, desguarnecidas y sin nadie que las protegiera, la guerra no acabaría, y así la lluvia roja descendió sobre todos los Reinos.

Kurld Liosan fue el primer reino que selló el portal que lo separaba de Starvald Demelain, y el relato que sigue cuenta la matanza de Osserick al limpiar su mundo de todos los aspirantes y rivales, los soletaken y los purasangres salvajes, incluso hasta el punto de apartar a los primeros d'ivers de su tierra.

Esto comienza en el tiempo en el que Osserick luchó con Anomander por decimosexta vez, y los dos tenían sangre en sus rostros antes de que Kilmandaros, la que habla con los puños, asumiera ella la tarea de separarlos...

Baruk levantó la mirada, después se giró en la silla para mirar a su invitada, que estaba ocupada acicalándose en la mesa de mapas.

—Arpía, las inconsistencias de este texto son exasperantes.

La Gran Córvida ladeó la cabeza, el pico abriéndose por un momento para reírse.

—¿Y qué? —dijo después—. Muéstrame una historia escrita que tenga sentido, y yo te mostraré auténtica ficción. Si eso es todo lo que quieres, ¡busca en otra parte! Mi maestro llegó a la conclusión de que las tonterías de Dillat serían un buen regalo para tu colección. Si tan descontento estás, hay otras muchas sandeces en esta biblioteca, aquellas que se molestó en extraer de Engendro de Luna, a esas me refiero. Dejó habitaciones enteras llenas de esa basura, ¿sabes?

Baruk parpadeó despacio, luchando por alejar el terror de su voz cuando habló.

—No, no lo sabía.

Desilusionada, Arpía se rio a carcajadas.

—A mi amo le parecía de lo más divertida la idea de caer de rodillas y clamar a los Cien Dioses.

—Mil. Los Mil Dioses.

—Los que sean. —Agachó la cabeza y extendió un poco las alas—. O incluso de hacer un juramento para combatir a Osserc. Su alianza se disolvió por un creciente desagrado mutuo. El desastre con Draconus probablemente fuera lo que le dio el golpe de gracia. Figúrate, dejarse engañar por los trucos de una mujer... ¡y por una hija de Draconus nada menos! ¿Es que Osserc no sospechaba ni un poco de sus motivaciones? ¡Ja! Los machos de todas las especies son tan... predecibles.

Baruk sonrió.

—Si recuerdo el *Anomandaris* del Pescador, la dama Envidia consiguió casi lo mismo con tu maestro, Arpía.

—Nada de lo que no fuera consciente en ese momento —dijo la Gran Córvida con un extraño cloqueo para recalcar esa afirmación—. Mi maestro siempre ha entendido la necesidad de ciertos sacrificios. —Se ahuecó las plumas de ónice—. ¡Piensa en el resultado después de todo!

Baruk hizo una mueca.

—¡Tengo hambre! —exclamó Arpía.

—No he terminado mi cena —dijo Baruk—. En ese plato...

—¡Lo sé!, ¡lo sé! ¿O qué te crees que me ha dado hambre? ¡Maravíllate de mi paciencia, alquimista supremo! ¡Incluso mientras sigues leyendo eternamente!

—Come ahora y rápido, vieja amiga —dijo Baruk—, no sea que mueras de malnutrición.

—Antes no eras un anfitrión tan desatento —apreció la Gran Córvida, que saltó sobre el plato y arponeó una tajada de carne—. Estás preocupado, alquimista supremo.

—Por muchas cosas, sí. Los rhivi dicen que los rostros blancos barghastianos han desaparecido. Por completo.

—Así es —contestó Arpía—. Casi inmediatamente después de la caída de Coral y la investidura de los tiste andii.

—Arpía, eres una Gran Córvida. Tus hijos surcan los vientos y lo ven todo.

—Quizá.

—¿Por qué entonces no me dices dónde fueron?

—Bueno, los Espadas Grises marcharon al sur como sabes, hacia Elingarth —dijo Arpía, dando vueltas al plato en cortos saltitos—. Y allí compraron barcos. —Una pausa y un ladear de cabeza—. ¿Podían ver la estela delante de ellos? ¿Supieron que debían seguirla? ¿O es quizás un gran agujero en el océano del mundo, arrastrando a cada barco a sus mortíferas fauces?

—¿Los rostros blancos se hicieron a la mar? Extraordinario. Y los Espadas Grises los siguieron.

—Nada de esto es relevante, alquimista supremo.

—¿Relevante para qué?

—Tu inquietud, claro. Le lanzas preguntas a tu pobre y embarrada invitada para distraerte.

Habían pasado meses desde la última visita de Arpía, y Baruk había llegado a creer, con cierto pesar, que sus cordiales relaciones con el Hijo de la Oscuridad estaban llegando a un final, no por una disputa, sino sencillamente por el hastío crónico de los tiste andii. Se decía que las tinieblas permanentes de Coral Negro casaban bien con los habitantes de la ciudad, tanto andii como humanos.

—Arpía, haz llegar por favor a tu amo mi más sincero agradecimiento por este regalo. Ha sido inesperado y generoso. Pero quisiera preguntarle, si no es muy atrevido por mi parte, si está reconsiderando la petición oficial del Consejo para comenzar las relaciones diplomáticas entre nuestras dos ciudades. Los delegados solo esperan la invitación de tu amo, y ya se ha reservado un lugar idóneo para la construcción de una embajada, no lejos de aquí, de hecho.

—La hacienda aplastada por la ignominiosa descendencia de un demonio soletaken —dijo Arpía, que hizo una pausa para reírse antes de ensartar con el pico otro pedazo de comida—. Puj, ¡esto es verdura! ¡Qué asco!

—Así es, Arpía, esa misma hacienda. Como he dicho, no lejos de aquí.

—El amo está considerando dicha petición, y continuará haciéndolo, sospecho.

—¿Por cuánto más tiempo?

—No tengo ni idea.

—¿Hay algo que le preocupe?

La Gran Córvida, inclinándose sobre el plato, ladeó la cabeza y contempló a Baruk por un momento.

Baruk sintió un poco de náuseas y apartó la mirada.

—Entonces tengo razones para estar... preocupado.

—El amo pregunta: ¿cuándo empezará?

El alquimista supremo miró la pila de pergaminos precariamente atados que componían el regalo de Anomander, e hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Pero no respondió.

—El amo pregunta: ¿deseas ayuda?

Baruk hizo una mueca de dolor.

—El amo pregunta —prosiguió Arpía, incansable—: dicha ayuda, ¿te serviría mejor de encubierto que de forma oficial?

Por los dioses del inframundo.

—El maestro pregunta: ¿debería la dulce Arpía quedarse por la noche como invitada de Baruk para aguardar las respuestas a estas preguntas?

Repiqueteos en la ventana. Baruk se levantó deprisa y se acercó a ella.

—¡Un demonio! —exclamó Arpía, medio extendiendo sus enormes alas.

—Uno de los míos —repuso Baruk, que abrió el marco de hierro y después retrocedió al ver a Chillbais trepar y luego colarse dentro entre gruñidos de esfuerzo.

—¡Amo Baruk! —chilló—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Baruk había tenido náuseas un momento antes. Ahora de repente estaba helado hasta los huesos. Lentamente cerró la ventana, después encaró a la Gran Córvida.

—Arpía, ya ha empezado.

El demonio la vio y le enseñó los colmillos, siseando.

—¡Grotesca monstruosidad!

Arpía hizo ademanes de apuñalar con el pico.

—¡Sapo hinchado!

—¡Callaos!, ¡los dos! —soltó Baruk—. Arpía, desde luego que serás mi invitada esta noche. Chillbais, búscate un lugar en el que quedarte. Tengo más trabajo para ti y te llamaré cuando sea el momento.

Meneando hacia Arpía una lengua bífida, el achaparrado demonio avanzó hacia la chimenea con andares de pato. Trepó sobre el carbón encendido, después desapareció subiendo por la chimenea. Cayeron nubes negras de hollín, que se amontonaron en el hogar.

Arpía tosió.

—Menudos sirvientes tan maleducados, alquimista supremo.

Pero Baruk no estaba escuchando. *Fuera.*

¡Fuera!

Esa única palabra resonaba en su mente, repiqueteando con estruendo como la campana de un templo, anegando todo lo demás, aunque sí que captó un eco que se desvanecía rápidamente...

«*Aliado incondicional, destrozado y con sangre en el rostro...*»

Capítulo 2

Anomander no diría una mentira, tampoco viviría una,
y si esa sordera pudiera
bendecirlo en los días y en las noches
más allá de las negras lluvias del Coral Negro.
Ay, eso no iba a ser.

...

Así que elegimos no oír nada
Del pavoroso crujido, el deslizarse y quebrarse
De las ruedas de madera, el estremecerse en la piedra
Y el amonestante repiqueteo de las cadenas, como si
Fuese de algún otro mundo del que saliese la oscuridad
Latiendo desde alguna maldita forja etérea
Y no se alza ningún sol sobre la ondulada hipocresía
Del horizonte —algún otro mundo que no el nuestro—
Sí, bendecirnos así Anomander, con su
Santurronería, esa mentira y blando consuelo,
Y los esclavos no somos nosotros, este peso
Solo una ilusión, estas cadenas podrían romperse
Con un pensamiento, y todos estos llantos
Y lamentos son menos que los murmullos
De un corazón quedo; no es más que un cuento,
Amigos, este alto negador de adoración
Y la espada que porta nada tiene,
Ningún recuerdo, y si hubiera un lugar
En el acogedor plan para las almas perdidas
Que tiran hacia delante de un templo desarraigado
Solo reside en una defectuosa imaginación
Y desalineada con sobria complejidad;
Nada es tan engorroso como ese engorroso mundo
Y el consuelo que nos deja esperando
En paz sordos y ciegos y privados de sentido
Dentro de nuestro lugar imaginado, este precioso orden...

Soliloquio
Anomandaris, Libro IV
Pescador kel Tath

La torre del dragón se alzaba como una antorcha sobre Coral Negro. El chapitel, que se erguía desde la esquina noroeste del nuevo palacio Andiian, era de sólido basalto negro, revestido de obsidiana facetada y fracturada, reluciente en la oscuridad eterna que envolvía la ciudad. Sobre el tejado plano se agazapaba un dragón de escamas carmesí, con las alas plegadas, su cabeza cuneiforme colgándole a un lado de modo que parecía tener la mirada fija en el sombrío y delirante retal de edificios de abajo, con los callejones y las calles más al fondo.

Aún había habitantes en Coral Negro —entre los humanos— que creían que el feroz centinela era la pétreo creación de algún maestro artesano entre los líderes tiste andii, y esa noción provocaba en Endest Silann una hilaridad amarga. Sí, entendía lo obstinada que esa ignorancia podía ser. La idea de un auténtico dragón vivo lanzando su torva mirada sobre la ciudad y su multitud de apresuradas vidas era para muchos verdaderamente terrorífica y, desde luego, de haber estado lo bastante cerca como para ver la refulgente ansia de los multiformes ojos de Silannah, hace mucho que habrían huido de Coral Negro en un pánico ciego.

Que el eleint permaneciera así, prácticamente inmóvil, día y noche, por semanas y meses y ahora casi un año entero, no era algo insólito. Y Endest Silann sabía eso mejor que casi nadie.

El tiste andii, en otro tiempo un formidable si bien envejecido hechicero en Engendro de Luna y ahora un apenas competente gobernador del nuevo palacio Andiian, caminaba despacio por la calle de la Espada que bajaba hacia el sur por el parque sin árboles conocido como la Colina Gris. Había dejado el intensamente iluminado distrito de Pez, donde el mercado del Lejano Piélagó abarrotaba cada avenida y camino de tal manera que aquellos que traían carros de dos ruedas para cargar con las compras estaban obligados a dejarlos en una plaza justo al norte de la Colina Gris. Los infinitos ríos de portadores de alquiler, que se reunían cada amanecer cerca de la plaza de los Carros, añadían más caos entre los puestos, abriéndose paso con los fardos envueltos que llevaban hacia los carros y se escurrían, agachándose y deslizándose como anguilas en la multitud. Aunque el mercado del Lejano Piélagó adquirió su nombre debido a que la mayoría del pescado que se vendía allí procedía de los mares allende Noche —la perpetua oscuridad que envolvía la ciudad y el área circundante a lo largo de casi un tercio de legua—, también podían encontrarse las criaturas pálidas y de ojos como gemas de Aguas Nocturnas en bahía Coral.

Endest Silann había ordenado el pedido de la semana siguiente de anguilas cadáver a un nuevo proveedor, puesto que el último arrastrero había sido hundido por algo demasiado grande para su red, con la consiguiente pérdida de toda la tripulación. Aguas Nocturnas no era simplemente una oscura extensión de mar en la bahía, por desgracia. Era Kurald Galain, una auténtica manifestación de la senda, con toda probabilidad sin fondo, y una oportunidad para que las bestias se asomaran a las aguas de bahía Coral. Había algo ahí abajo ahora, algo que obligaba a los pescadores a usar sedal y anzuelo en vez de redes, un método posible solo porque decenas de miles de anguilas se arremolinaban justo debajo de la superficie, guiadas hasta allí por el terror. La mayoría de las anguilas recogidas a bordo no eran más que unos desgarrones.

Al sur de Colina Gris los faroles callejeros empezaban a escasear a medida que Endest Silann se adentraba en el distrito Andiian. Por lo general, había pocos tiste andii por las calles. No se veían en ninguna parte figuras sentadas en las escaleras de las casas, o en los puestos, inclinadas sobre el mostrador pregonando a viva voz sus mercancías o simplemente viendo a la gente pasar. En lugar de ello, las extrañas figuras que se cruzaban con Endest iban todas de camino a alguna parte, probablemente a casa de algún amigo o pariente, para participar en los pocos rituales sociales que quedaban. O para regresar a casa de tales calvarios, tan tenues como el humo de un fuego consumiéndose.

Ningún otro tiste andii se encontró con los ojos de Endest Silann al pasar como fantasmas a su lado. Esto, por supuesto, se debía a algo más que a la insólita indiferencia, pero se había acostumbrado a ello. Un anciano tiene que tener la piel dura, ¿y acaso no era él el más anciano con diferencia? Excepto Anomander Dragnipurake.

Pero Endest recordaba su juventud, una visión de sí mismo vagamente desdibujada por el paso del tiempo, poniendo un pie en este mundo una inclemente noche de tormentas que asolaban los cielos. *Oh, las tormentas de esa noche, el agua fría en su rostro... Ese momento, aún lo veo.*

Se enfrentaban a un mundo nuevo. La rabia de su señor iba amainando, aunque despacio, goteando como la lluvia. Caía sangre de una herida de espada en el hombro izquierdo de Anomander. Y aquella expresión en sus ojos...

Endest suspiró mientras subía por la pendiente de la calle, pero fue un suspiro entrecortado y abrupto. A su izquierda estaba el montón de escombros del viejo palacio. Unos pocos muros mellados quedaban aquí y allá, y las cuadrillas habían abierto caminos en la mole de ruinas, recogiendo piedras y alguna viga que no se había quemado. El ensordecedor colapso del edificio temblaba aún en los huesos de Endest, y ralentizó su ascenso, tuvo que poner una mano en un muro para apoyarse. La presión estaba regresando, haciendo que le crujiera la mandíbula al rechinar los dientes, y el dolor le atravesó el cráneo.

Otra vez no, por favor.

No, no podía ser. El tiempo había pasado, se había acabado. Había sobrevivido. Había hecho lo que su señor había ordenado y no había fallado. No, claro que no podía ser.

Endest Silann se quedó de pie, con el sudor en el rostro y los ojos cerrados con fuerza.

Nadie lo miraba jamás a los ojos, y era por esto. Por esta... debilidad.

Anomander Dragnipurake había guiado a la veintena de seguidores supervivientes a la orilla de un nuevo mundo. Detrás de la fulgurante ira de sus ojos había habido triunfo.

Esto, se dijo Endest Silann, era lo que valía la pena recordar. A lo que merecía la pena aferrarse.

Asumimos la carga como es nuestro deber. Triunfamos a pesar de todo. Y la vida sigue.

Un recuerdo más reciente saltó a su memoria. La insoportable presión de las profundidades, el aplastante peso del agua por todas partes. *Eres mi último mago supremo, Endest Silann. ¿Puedes hacer esto por mí?*

El mar, ¿mi señor? *¿Debajo del mar?*

¿Puedes hacerlo, viejo amigo?

Mi señor, lo intentaré.

Pero el mar había querido a Engendro de Luna, oh, sí, lo había deseado con salvaje e incansable avidez. Había clamado contra la piedra, había sitiado la fortaleza del cielo con su aplastante abrazo, y al final no había forma de cortar el paso a sus turbulentas legiones oscuras.

Oh, Endest Silann los había mantenido con vida durante bastante tiempo, pero las paredes se colapsaban incluso cuando su señor había convocado las últimas reservas de poder de la fortaleza flotante, para elevarla de las profundidades, elevarla, sí, de vuelta al cielo.

Tan pesada, la carga, tan inmensa...

Herido más allá de toda recuperación, Engendro de Luna ya estaba muerto, tan muerto como el poder de Endest Silann. *Los dos nos ahogamos ese día. Los dos morimos.*

Iracundas cataratas de agua negra caían tronando, una lluvia de lágrimas desde la piedra, oh, cómo lloró Engendro de Luna. Las grietas se hicieron más grandes, el trueno interior del derrumbamiento de la belleza...

Debería haberme ido con Engendro de Luna cuando al final lo dejó marchar a la deriva, sí, debería

haberlo hecho. Agachado entre los sepultados vivos. Mi señor me honra por mi sacrificio, pero cada una de sus palabras es como ceniza cayendo en mi rostro. Por el abismo del inframundo, ¡sentí el desgajamiento de cada habitación! Las fisuras que se abrían eran como cuchilladas en mi alma, ¡y cómo lloramos, cómo gemimos, cómo se derrumbó nuestro interior con las heridas mortales!

La presión no cedería. Ahora estaba dentro de él. El mar buscaba venganza y ahora podría asaltarlo dondequiera que estuviese. La hibris había enviado una maldición, grabando a fuego una marca en su alma. Una marca que ahora se había vuelto séptica. Ya estaba demasiado destrozado para luchar por quitársela.

Ahora soy Engendro de Luna. Aplastado en las profundidades, incapaz de alcanzar la superficie. Desciendo y la presión crece. ¡Cómo crece!

No, no podía ser. Con un silbido de aliento se apartó de la pared de un empujón, avanzó tambaleante. Ya no era un mago supremo. No era nada. Un mero gobernador, preocupándose del equipamiento de cocina y alimentos, turnos de vigilancia y leña para el fuego. Cera para los candeleros de ojos amarillos. Tinta de calamar para los tintados escribas...

Ahora, cuando estaba delante de su señor, hablaba de cosas insignificantes, y ese era su legado, todo lo que quedaba.

Pero ¿acaso no estuve con él en esa tierra? ¿No soy el último que queda para compartir con mi señor esa memoria?

La presión descendió despacio. Y una vez más había sobrevivido al estrujón. ¿Y la próxima vez? No había forma de decirlo, pero no creía que pudiera durar mucho más. El dolor le oprimía el pecho, el trueno en su cráneo.

Hemos encontrado un nuevo suministro de cadáveres de anguilas. Eso es lo que le diré. Y él me sonreirá y asentirá, y quizá ponga una mano en mi hombro. Un suave y cuidadoso apretón, lo bastante ligero para asegurarse de que nada se rompe. Él mostrará su gratitud.

Por las anguilas.

Era una medida de su valor y de su fortaleza que el nombre no hubiese negado ni una sola vez haber sido un vidente del Dominio Painita; que hubiese servido al loco tirano en la misma fortaleza ahora reducida a escombros que quedaba a menos de un tiro de piedra detrás de la Taberna del Rastreador. Que se aferrase al título no era prueba de un inapropiado sentido de lealtad maniaca. El hombre de mirada expresiva entendía la ironía, y si de vez en cuando algún humano en la ciudad se sentía agraviado al oírle identificarse así, bueno, el vidente podía cuidar de sí mismo y ese legado no era causa de vergüenza.

Eso y poco más era lo que Spinnock Durav sabía del hombre, más allá de su impresionante talento para el juego que ahora jugaban: un antiguo juego de los tiste andii, conocido como el *Kef Tanar*, que se había popularizado por toda la población del Coral Negro y también, así había oído, a más ciudades lejanas, incluso la propia Darujhistan.

Había tantos reyes y reinas como jugadores. Un campo de batalla que se expandía a cada vuelta y que jamás se repetía dos veces. Soldados, mercenarios, magos, asesinos, espías. Spinnock Durav sabía que la inspiración original para el *Kef Tanar* podía encontrarse en las guerras de sucesión entre los Primogénitos de Madre Oscuridad, y cierto era que una de las figuras de rey lucía unos trazos de pintura plateada en su cabellera, mientras que otra era de madera de hueso decolorada. Había una reina de fuego blanco, con corona de ópalo; y otros a los que Spinnock podría, si se molestara, dar nombre, asumiendo que alguien estuviera remotamente interesado, algo que sospechaba que no era el caso.

La mayoría sostenían que la cabellera blanca era un atavío reciente, como un saludo burlón al lejano

regente de Coral Negro. Las baldosas del campo estaban todas decoradas con elementos de Oscuridad, Luz y Sombra. Las losas de la gran ciudad y la fortaleza se estimaban pertenecientes a Coral Negro, aunque Spinnock Durav sabía que la gran ciudad del juego, siempre en expansión (había más de cincuenta losas solo para la ciudad y el jugador podía hacer más si lo deseaba), era de hecho Kharkanas, la Primera Ciudad de Oscuridad.

Pero aquello daba lo mismo. Era el juego lo que importaba.

El único tiste andii de toda la taberna, Spinnock Durav estaba sentado con otros cuatro jugadores, con una multitud reunida ahora para observar esa titánica batalla que ya llevaba cinco campanadas. Volutas de humo flotaban en lo alto, oscureciendo los travesaños bajos de la estancia principal de la taberna, opacando la luz de las antorchas y las velas. Toscos pilares aquí y allá sostenían el techo, construido con fragmentos del viejo palacio y de la propia Engendro de Luna, todos encajados con poca pericia, algunos inclinados ominosamente y dejando ver grietas en la argamasa. Sobre las desiguales losas del suelo había charcos de cerveza derramada por donde se deslizaban salamandras de piel dura, en un ebrio intento de aparearse con los pies de los presentes y que habían de ser apartadas a puntapiés una y otra vez.

Vidente estaba sentado enfrente de Spinnock. Dos de los demás jugadores habían sucumbido a los roles de vasallo, los dos ahora sometidos a la reina de corona de ópalo de Vidente. Las fuerzas del tercer jugador habían sido arrinconadas en una esquina del campo, y él estaba pensando si unirse a Vidente o Spinnock Durav.

Si se uniese al primero, entonces Spinnock estaba en apuros, aunque tampoco acabado. Era, después de todo, un jugador veterano con más de veinte mil años de experiencia.

Spinnock era grande para ser tiste andii, de hombros anchos y con un aspecto extraño que recordaba al de un oso. El pelo largo y suelto tenía un leve tinte rojizo. Los ojos muy separados sobre un rostro ancho y casi plano, los pómulos salientes y pronunciados. El tajo de su boca estaba fijo en una sonrisa, una expresión que raramente desaparecía.

—Vidente —dijo ahora, mientras el jugador arrinconado actuaba a la evasiva, hostigado por el consejo de los amigos que se apiñaban detrás de su silla—, tienes un talento singular para el *Kef Tanar*.

El hombre tan solo sonrió.

En la ronda previa, una tirada de tabas había entregado una moneda de mercenario a las cámaras reales de Vidente. Spinnock se esperaba una incursión por el flanco con las cuatro figuras mercenarias restantes, bien para poner presión sobre el tercer rey si elegía seguir independiente, o bien para unirse a Spinnock, tal vez llevarlos hasta el interior del territorio de Spinnock. Sin embargo, con solo unas pocas losas restantes y sin seleccionar aún la Puerta, lo más sensato sería que Vidente se reprimiese.

Todos contuvieron el aliento cuando el tercer jugador metió la mano en la talega para coger una losa. Este sacó la mano cerrada en un puño, después miró a Spinnock a los ojos.

Nervios y avaricia.

—Tres monedas, tiste, y soy tu vasallo.

La sonrisa de Spinnock se endureció y sacudió la cabeza.

—Yo no compro vasallos, Garsten.

—Entonces perderás.

—Dudo que tampoco Vidente compre tu lealtad.

—Ven a mí ahora —le dijo Vidente al hombre—, y que sea arrastrándote.

Los ojos de Garsten se movieron de un lado a otro, calibrando cuál de las víboras tendría la mordida menos dolorosa. Después de un momento gruñó por lo bajo y enseñó una losa.

—¡Puerta!

—Encantado de verte sentado a mi derecha —dijo Spinnock.

—¡Me retiro por ella!

Cobarde, pero predecible. Este era el único camino que le quedaba a Garsten para seguir teniendo las monedas en su cámara acorazada. Spinnock y Vidente observaron cómo Garsten hacía marchar a sus piezas fuera del campo.

Y entonces fue el turno de Spinnock. Con la Puerta en juego podía invocar a los cinco dragones que había acumulado. Volaron por encima de las elaboradas defensas terrestres de Vidente, que resistieron con la pérdida de solo un dragón a manos de la frenética hechicería de uno de los dos magos supremos sobre las torres de la fortaleza suprema de Vidente.

El asalto derribó dos tercios de la corte interior de Vidente, aislando casi por completo a su reina.

Con las defensas terrestres en súbita confusión tras la caída del mando, Spinnock hizo avanzar una punta de lanza de sus propios mercenarios, así como su regimiento de Caballería de Élite, bisecando las fuerzas enemigas. Ambos vasallos se levantaron en armas después y cada uno de ellos permaneció en el campo lo suficiente para atacar con más furia las asediadas fuerzas de Vidente antes de retirarse por la Puerta. Para cuando le llegó el turno, a Vidente no le quedaba más opción que alargar una mano y derribar a su reina.

Las voces se alzaron en ambos lados, cuando se saldaron las apuestas.

Spinnock Durav se inclinó hacia delante para recoger sus ganancias.

—¡Resto! ¡Una jarra de cerveza para esta mesa!

—Cuánta generosidad demuestras con mi dinero —dijo Vidente con risueña amargura.

—Ese es el secreto de la generosidad, amigo.

—Agradezco ese bálsamo.

—Lo sé.

Como era costumbre, los otros tres jugadores, después de retirarse, no podían participar de ningún gesto de celebración por la victoria del jugador. Por tanto, Spinnock y Vidente eran libres de compartir la jarra de cerveza y eso pareció una conclusión de lo más satisfactoria para tan magistral campaña. La multitud se había marchado, dispersándose aquí y allá, y los sirvientes volvían a afanarse en sus tareas.

—El problema con nosotros, las criaturas nocturnas... —dijo Vidente, encorvándose sobre su jarra. Cuando parecía que no iba a decir nada añadió—: Ni una sola vez una mirada hacia ese emborronado cristal revela el beso de amapola del amanecer.

—¿Amanecer? Ah, para anunciar la clausura de la noche —dijo Spinnock, asintiendo—. Es una fuente constante de sorpresa entre nosotros, los tiste andii, que se hayan quedado tantos humanos. El peso de la incesante oscuridad es una carga sobre vuestras almas, o eso he oído.

—Así es, si no hay escapatoria puede retorcer una mente hasta la locura. Pero un corto viaje al otro lado de la puerta del norte, hacia el Túmulo, y el reluciente día te recibe. Lo mismo con los pescadores que navegan el Piélagó. Sin esas opciones, Spinnock, desde luego que vosotros los andii estarías solos en Coral Negro. Engendro de Luna proyecta una sombra mucho después de su muerte, o eso cantan los poetas. Pero te digo lo siguiente —Vidente se inclinó hacia delante para llenar su jarra—: yo acojo con agrado esta eterna oscuridad.

Spinnock ya sabía eso, pues el hombre sentado frente a él cargaba con un dolor más pesado que cualquier sombra, y más oscuro; y quizá en eso era más tiste andii que humano, salvo por una cosa, y era justo aquella cosa por la que Spinnock Durav podía llamar a aquel hombre amigo con facilidad. Vidente, a pesar de todo su dolor, de alguna forma se resistía a la desesperación, desafiando al asedio que largo tiempo atrás había derrotado a los tiste andii. Un rasgo humano, desde luego. Más que un rasgo, una cualidad de intensa resiliencia, una virtud, que si bien Spinnock no lograba hallar dentro de él mismo —y tampoco, a decir verdad, entre cualquiera de los suyos— era algo en lo que podía hallar, no obstante, un

cierto sustento. A veces se sentía un parásito, tan vital se había vuelto su vicario alimento, y a veces temía que eso era lo único que lo mantenía con vida.

Vidente ya tenía bastantes cargas y Spinnock estaba decidido a que su amigo nunca comprendiera lo importante que se había vuelto: estas partidas, estas noches en la eterna Oscuridad, esta sórdida taberna y las jarras de cerveza barata y llena de gas.

—Esta me ha dejado hecho polvo —dijo el hombre ahora, dejando la jarra vacía en la mesa—. Pensé que te tenía... Sí, sabía que la Puerta aún no había salido. Dos losas para sobrepasarte y todo habría sido mío.

No había mucho que decir a eso. Los dos entendían que se había decidido el juego con esa única apuesta. Lo que no era habitual era esa insólita necesidad de Vidente por explicarse.

—Duerme un poco —le dijo Spinnock.

Vidente sonrió con ironía. Dudó, como indeciso de si decir algo o sencillamente seguir el consejo de Spinnock y volver a tumbos a su casa.

No me hables de debilidad a mí. Por favor.

—He adquirido la costumbre —dijo el hombre, siguiendo con la mirada de ojos entornados un pequeño revuelo en el bar— de ascender por las ruinas. De otear desde allí Aguas Nocturnas. Recuerdo los viejos hombres gato y sus familias, sí, parecen que se están reproduciendo de nuevo, pero está claro que no volverá a ser lo mismo, ni mucho menos lo mismo. —Se quedó en silencio por un momento, después le lanzó a Spinnock una mirada rápida e intranquila—. Veo a tu amo.

El tiste andii levantó las cejas.

—¿Anomander Rake?

Un asentir con la cabeza.

—La primera vez fue hace un par de semanas. Y ahora... siempre que llega la hora de la duodécima campana. Está en el muro de la nueva fortaleza. Y, como yo, tiene la mirada puesta en el mar.

—Siente inclinación por... la soledad —dijo Spinnock.

—Siempre oigo con recelo esa afirmación —replicó Vidente.

Sí, ya imagino por qué.

—Son las consecuencias del feudo, del liderazgo. La mayoría de su corte ha desaparecido. Korlat, Orfantal, Sorrit, Pra'iran. Desaparecidos o muertos. Eso no lo hace más fácil. Aun así, quedan unos pocos. Endest Silann, para empezar.

—Cuando lo veo, así solo... —Vidente apartó la mirada—. Me perturba.

—Según tengo entendido —observó Spinnock— es algo que solemos provocar, a vosotros, los humanos. Por el modo en el que nos aparecemos en esta ciudad, como fantasmas.

—Centinelas sin nada que vigilar.

Spinnock pensó en eso un momento.

—¿Y también con el Hijo de Oscuridad? ¿Tu gente no se irrita bajo este gobierno indiferente? —preguntó después.

Vidente hizo una mueca.

—Ojalá todos los gobernantes fuesen tan indiferentes. No, «indiferente» no es la palabra adecuada. Él está donde hace falta. La administración y la autoridad, ninguna de ellas puede cambiarse, ni hay razón para hacerlo. El Hijo de la Oscuridad es... benigno.

Spinnock pensó en la espada que su señor llevaba atada a la espalda, lo que añadía una nota mordaz de involuntaria ironía a las palabras de su amigo. Y entonces pensó en las ciudades muertas al norte. Maurik, Setta, Lest.

—No es como si ninguno de los reinos vecinos estuviesen viendo el premio que es Coral Negro. Están

muerdos o, como en el sur, sumidos en un verdadero caos. Así pues, no existe amenaza de guerra. ¿Qué le queda, por tanto, a un gobernante? Como dices, administración y autoridad.

—No me convences, amigo —dijo Vidente, entrecerrando los ojos—. El Hijo de la Oscuridad, ¿es ese el título de un burócrata? No lo parece. ¿El Caballero de la Oscuridad para limpiar las calles de matones?

—Es la maldición de una larga vida —replicó Spinnock— que el prestigio aumente y decaiga, una y otra vez. Antes de esto, hubo una extensa y costosa guerra contra el dominio painita. Y antes de eso un feudo mucho más largo y letal con el imperio malazano. Y antes, Jacuruku. Vidente, Anomander Rake se ha ganado este descanso. Esta paz.

—Entonces quizá sea él quien se irrita. Con la mirada fija en las violentas aguas del Tajo, la duodécima campana tañendo como un canto fúnebre en la oscuridad.

—Poético —dijo Spinnock, sonriente, pero había algo frío en su corazón, como si la imagen evocada por las palabras de su amigo fuera algo demasiado conmovedor. La idea le despejó—. Ignoro si mi señor se irrita. Yo nunca he sido tan importante; poco más que un guerrero entre miles. Creo que no hemos hablado en siglos.

La mirada de Vidente reflejaba incredulidad.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Lo es? Mírame, Vidente, soy demasiado caprichoso. Es mi maldición eterna. Nunca estuve hecho para el mando, ni siquiera de un pelotón. Me perdí en el bosque Mott, cinco días tropezando a través de zarzas y arbustos. —Spinnock se rio, movió una mano en círculos—. Una causa perdida hace mucho, amigo.

—Existe la creencia extendida, Spinnock, de que todos los tiste andii que quedan, supervivientes de todas aquellas guerras, son por fuerza la élite, los más formidables de todos.

—Tú fuiste soldado, así que lo sabes mejor. Oh, entre las filas de los andii abundan los héroes. Pero también muchos de nosotros que solo tuvimos suerte. Así es como son las cosas. Perdimos muchos grandes héroes en nuestras batallas contra los malazanos.

—Una causa perdida, la llamas. —Vidente hizo una mueca—. Pero un sobresaliente estratega en el *Kef Tanar*.

—Con soldados de madera tallada soy de lo más formidable. Los vivos ya son otra cosa.

El hombre gruñó y pareció satisfecho de dejarlo así.

Quedaron sentados en amigable silencio durante un rato; Resto trajo otra jarra de cerveza, y Spinnock quedó aliviado de que, con el fluir de la cerveza de la jarra al jarro y luego a la garganta, no surgiera más conversación sobre hechos pasados en campos de batalla lejanos que pudiera trastocar el relato de medias verdades y completas mentiras que acababa de pronunciar.

Y cuando llegó el momento de que el amanecer desplegara su rubor de amapola al este, en el lejano horizonte, un momento desapercibido por todos los que estaban en el interior de la ciudad de Coral Negro, Spinnock Durav asintió, pero, sobre todo, para sí mismo. Con oscuridad eterna o no, un tiste andii sabía cuándo llegaba la luz. Otra ironía, pues, que solo los humanos dentro de Noche ignoraran el comienzo del día, el paso del invisible sol detrás de la penumbra, de su interminable viaje a través del cielo.

Antes de que los dos estuvieran demasiado borrachos, acordaron la hora para un nuevo juego. Y cuando Vidente, por fin, se levantó tambaleante, agitando con descuido una mano a Spinnock antes de salir zigzagueante por la puerta de la taberna, Spinnock se descubrió deseándole al hombre un buen viaje de vuelta a casa.

Una despedida de lo más generosa, pues, aunque no se articulara palabra alguna.

Anomander Rake estaría saliendo en ese momento al salón del trono, armándose de valor para encarar las colosales exigencias del día: la asignación de estipendios, el arbitraje de las reclamaciones de los mercaderes, informes en el estado de los suministros, algún que otro emisario de lejanas ciudades libres buscando acuerdos de comercio y pactos de protección mutua (unos cuantos de esos había, sí).

Desde luego, el Caballero de la Oscuridad combatía toda clase de bestias y demonios, ¿verdad?

La oscuridad se rindió. Si bien lo hacía siempre. No había forma de saber cuánto duraba el viaje a esa hora dentro de Kural Galain, ni las extensas distancias cubiertas, zancada a zancada a zancada. Todo estaba en discordia, sin alivio ni consuelo. Una y otra vez, Nimander Golit parecía despertarse sobresaltado, dándose cuenta entre escalofríos que había estado caminando como un autómatas entre sus compañeros, relucientes con una luz tan pálida que diríase que flotaban en un vacío etéreo, con el que se llamaba Clip unos cuantos pasos más adelante, marchando con una resolución que ninguno de ellos podía emular. Nimander entonces comprendía, una vez más, que se había abstraído por completo.

Redescubrir dónde estaba no le procuraba ninguna satisfacción. Redescubrir quién era mucho menos. El joven llamado Nimander Golit era poco más que una acumulación de recuerdos, entumecida por una concatenación de sensaciones rememoradas: una bella mujer muriendo en sus brazos. Otra mujer moría a sus manos, con el rostro oscurecido, como la nube de una tormenta que no descarga, los ojos abultados, y él que no dejaba de apretar con las manos. Un cuerpo sacudiendo brazos y piernas salía disparado por los aires, atravesando una ventana, perdiéndose en la lluvia.

Las cadenas podían girar por toda la eternidad, las anillas brillaban con alguna clase de vida. Las botas gastadas podían avanzar sin interrupción, una después de la otra como los filos de unas cizallas. Se podían articular promesas, la aquiescencia forzada como una mano hinchada que trataba de enfundarse un guante estrecho. Todos podían caminar a cuestas con su incertidumbre. O sentir que los llevaba como un viento que sabía dónde iba. Todos podían desear la calidez de ese abrazo.

Pero esas eran cosas vacías, cabeceando delante de sus ojos como marionetas atadas en cuerdas enredadas. Tan pronto como alargaba un brazo para tratar de desenredar esas cuerdas, para darle un sentido a todo aquello, se distanciaban para siempre fuera de su alcance.

Garrapata de Piel, que parecía tener una sonrisa preparada para todo, caminaba a su lado, pero con medio paso por delante. Nimander no podía ver bien del todo el rostro de su primo para saber cómo había recibido Garrapata de Piel la oscuridad que se extendía por siempre delante de ellos, pero a medida que el impenetrable abismo se desvanecía y comenzaban a emerger delante los troncos de unos pinos, su primo se giró con una sonrisa decididamente irónica.

—No fue para tanto —murmuró, haciendo de cada palabra una mentira, claramente deleitado en su propia farsa.

El aire húmedo se arremolinaba a su alrededor ahora, una caricia fresca, y los pasos de Clip se habían ralentizado. Cuando se giró todos vieron la magnitud de su agotamiento. Los anillos giraron una vez en la cadena que llevaba en una de sus manos, que luego se tensó de golpe.

—Acamparemos aquí —dijo con la voz ronca.

Alguna batalla previa había dejado la armadura y las ropas hechas jirones, con viejas manchas de sangre sobre el cuero oscuro. Tantas heridas que, si las hubiese recibido de golpe probablemente lo habrían matado. Poco de esto había sido visible aquella noche en la calle en el Fuerte de la Segunda Doncella, donde los había llamado por primera vez.

Nimander y Garrapata de Piel vieron a los suyos establecerse sobre la blanda marga del bosque dondequiera que estuviesen, la mirada vacía y con aire perdido. *Sí, las explicaciones son efímeras, y*

depués de ellas se esconde una motivación. Las explicaciones luchan por encontrar la debilidad, y de la explotación de la debilidad sale la conformidad y la posibilidad de la rendición absoluta. Así había escrito Andarist, hacía mucho, en un tratado titulado *Combate y negociación*.

Garrapata de Piel, su largo rostro de bufón ligeramente crispado por el cansancio, hizo un gesto con la cabeza y después se echó a un lado, introduciéndose entre los árboles. Después de un momento, Nimander lo siguió.

Su primo se detuvo unos treinta pasos pasado el campamento improvisado, donde se puso de cuclillas.

Enfrente de él, Nimander hizo lo mismo.

El sol empezaba a levantarse, filtrando la luz en la penumbra del bosque. Con él llegaba el tenue olor del mar.

—Heraldo de Madre Oscuridad —dijo Garrapata despacio, como sopesando el valor de las palabras—. Espada Mortal. Audaces títulos, Nimander. Vaya, yo también he pensado en uno para todos nosotros, no tengo mucho más en lo que ocupar el tiempo durante esta interminable caminata. Garrapata de Piel, el Bufón Ciego de la Casa Oscuridad. ¿Te gusta?

—No estás ciego.

—¿No lo estoy?

—¿De qué quieres hablar? —preguntó Nimander—. No de estúpidos títulos, me imagino.

—Eso depende. Ese Clip reivindica el suyo con orgullo, después de todo.

—¿No le crees?

Una media sonrisa.

—Primo, pocas cosas hay en las que crea de verdad. Aparte del oxímoron de que la gente supuestamente inteligente parece regodearse en ser estúpida. Culpo de eso al caótico tumulto de emociones que devoran la razón como el agua devora la nieve.

—«Las emociones son el producto de motivaciones auténticas, ya sean conscientes o no» —dijo Nimander.

—El hombre recuerda lo que lee. Eso lo hace verdaderamente peligroso, por no mencionar tedioso en ocasiones.

—¿Qué tenemos que discutir? —preguntó Nimander, un tanto exasperado—. Él puede reclamar cualquier título que desee, no podemos hacer nada al respecto, ¿no?

—Bueno, podemos seguirlo, o no seguirlo.

—Incluso para eso es demasiado tarde. Ya lo hemos seguido. Hasta Kurald Galain, y ahora aquí. Y en lo que nos queda por delante, hasta el mismísimo final del viaje.

—Para presentarnos ante Anomander Rake, sí. —Garrapata de Piel señaló al bosque circundante—. O podemos marcharnos. Dejar a Clip en su dramático cara a cara con el Hijo de la Oscuridad.

—¿Y dónde iríamos entonces, Garrapata? Ni siquiera sabemos dónde estamos. ¿Qué reino es este? ¿Qué mundo hay al otro lado del bosque? Primo, no tenemos otro lugar al que ir.

—A ningún lugar, y a cualquier lugar. En las circunstancias, Nimander, lo primero lleva a lo último, como alcanzar una puerta que todo el mundo cree obstruida, cerrada a cal y canto, y, oh, milagro, se abre de par en par solo con tocarla. Ningún lugar y cualquier lugar son estados mentales. ¿Ves el bosque que nos rodea? ¿Es una barrera, o diez mil caminos que llevan al misterio y la maravilla? Decidas lo que decidas, el bosque sigue siendo el mismo. No cambia para adaptarse a tu decisión.

—¿Y cuál es el chiste, primo?

—Reír o llorar, simples estados de mente.

—¿Y?

Garrapata de Piel apartó la mirada, de vuelta al campamento.

—A mí, Clip me resulta... divertido.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Ha creado un momento inmenso, portentoso, el momento en el que se presenta al fin cara a cara ante el Hijo de la Oscuridad. Escucha música marcial, el trueno de los tambores, o el aullido de los cuernos volando por encima de la alta y cimbreante torre donde el malhadado encuentro tendrá, sin duda, lugar. Ve el miedo en los ojos de Anomander Rake, en respuesta a su propia furia.

—Entonces, es un necio.

—Nosotros, la gente joven, solemos serlo. Deberíamos decírselo.

—¿Decirle, qué? ¿Que es un necio?

La sonrisa de Garrapata de Piel se ensanchó fugazmente, entonces miró de nuevo a los ojos de Nimander.

—Algo más sutil, yo creo.

—¿Como qué?

—El bosque no cambia.

Ahora fue Nimander quien apartó la mirada, para entrecerrar los ojos en el gris del amanecer, las volutas de bruma envolviendo los pies de los árboles. *Murió en mis brazos. Entonces Andarist murió, desangrándose sobre las piedras. Y Phaed fue arrancado de mis manos. Arrojado por una ventana, al encuentro de su muerte. Encontré los ojos del asesino y vi que la había matado... por mí.*

El bosque no cambia.

—Hay cosas —dijo Garrapata de Piel en voz baja— que vale la pena considerar, Nimander. Somos seis tiste andii y Clip. Así que siete. Sea donde sea que estemos ahora, no es nuestro mundo. Pero estoy convencido de que es el mismo mundo que conocemos, que pensamos, como el nuestro. El mundo de Deriva Avalii, nuestra primera isla prisionera. El mundo del imperio malazano, consejera Tavore, y la isla que era nuestra segunda prisión. El mismo mundo. Quizás esta sea la tierra que espera a Anomander Rake... ¿Por qué Clip nos llevaría a través de Kurald Galain a algún lugar lejos del Hijo de la Oscuridad? Debemos encontrarlo otra legua más adelante por el bosque.

—¿Por qué no hasta su misma puerta?

Garrapata de Piel sonrió complacido.

—Justo, ¿por qué no? En cualquier caso, Anomander Rake no estará solo. Habrá otros tiste andii con él. Una comunidad. Nimander, nos hemos ganado ese regalo, ¿no es cierto?

Ante eso, Nimander quiso llorar. *No he ganado nada. Más allá de la reprobación. De la condena. El desprecio de cada uno de ellos. De Anomander Rake. Por todos mis fracasos, la comunidad me juzgará, y eso será todo.* La autocompasión lo llevaba más lejos pero se la sacudió de encima. Para esos que le seguían, por Garrapata y Desra y Nenanda, Kedeviss y Aranatha, sí, podía darles su último regalo.

Que no era ni siquiera suyo de dar, sino de Clip. *Clip, mi usurpador.*

—Y entonces —dijo al final—, volvemos al principio. Seguiremos a Clip hasta que nos lleve a nuestra gente.

—Supongo que tienes razón —dijo Garrapata de Piel, como si estuviera satisfecho con la naturaleza circular de la conversación, como si se hubiera conseguido algo con el esfuerzo, aunque Nimander no podía imaginar qué podría ser.

Los cantos de pájaros despertaban la luz del cielo, una mohosa calidez se insinuaba en las suaves neblinas que se alzaban del humus en el suelo. El aire olía imposiblemente limpio. Nimander se frotó el rostro, luego vio que los ojos en forma de almendra de Garrapata de Piel miraban detrás de él, así que se dio la vuelta al tiempo que una rama caída crujió bajo una pisada que anunciaba la llegada de alguien.

Garrapata de Piel alzó la voz.

—Únete a nosotros, prima.

Aranatha avanzó como una niña perdida, siempre trémula, siempre reticente. Con los ojos cada vez más abiertos —como siempre cuando se despertaba al mundo exterior— avanzó paso a paso.

No podía dormir —dijo—. Nenanda estaba preguntándole a Clip todo tipo de cosas, hasta que Desra le dijo que se marchara.

Garrapata de Piel alzó las cejas.

—¿Desra? Ya está acechando a Clip, ¿verdad? Bueno, mi única sorpresa es que haya pasado tanto tiempo, no es que hubiera mucha posibilidad dentro de Kurald Galain.

—¿Consiguió Nenanda una explicación de Clip sobre dónde estamos? —le preguntó Nimander—. ¿Y cuánto más tenemos que seguir?

Ella siguió avanzando despacio. La luz tenue del amanecer la hacía parecer un objeto de plata y obsidiana, su pelo negro y largo reluciente, su negra piel levemente cubierta de polvo, los ojos plateados insinuando un hierro que nunca aparecía. Como una Diosa de la Esperanza. Pero una cuya única fuerza radicaba en un optimismo inmune a la derrota. Inmune a toda realidad, de hecho.

—Hemos salido en algún lugar al sur de donde se supone que deberíamos. Hay, según ha dicho Clip, «capas de resistencia». —Se encogió de hombros—. No entiendo qué significa, pero esas fueron sus palabras.

Nimander se encontró un instante con la mirada de Garrapata de Piel, después sonrió a Aranatha.

—¿Dijo Clip cuánto falta?

—Más de lo que esperaba. Decidme, ¿a alguno de vosotros le llega un olor a mar?

—Sí —respondió Nimander—. No puede estar lejos, tampoco. Al este, creo.

—Deberíamos ir hacia allá, quizás haya pueblos.

—Tus reservas son impresionantes, Aranatha —dijo Garrapata de Piel.

—Si no está lejos...

Con una irónica sonrisa, Garrapata de Piel se enderezó.

Nimander hizo lo mismo.

Era tan sencillo como caminar en dirección al sol que se alzaba, trepando por encima de árboles caídos y esquivando hondonadas. Los únicos rastros que cruzaron fueron los dejados por las presas —nada más alto que un venado así que las ramas colgaban bajas sobre ellos— y ninguno llevaba hacia el mar. El aire se hizo más templado después, de repente, más frío, y delante se oía el sonido del viento silbando entre las ramas y las hojas, y después el romper de las olas. El inclinado lecho de roca sobresalía entre los árboles y los obligó a trepar, con ayuda de las manos, por una pendiente pronunciada.

Emergieron encima de un acantilado de roca erosionada por el viento y árboles raquíuticos y retorcidos. El mar estaba delante de ellos, brillando con fiereza bajo el sol. Llegaban olas enormes, golpeando la escarpada e implacable línea de costa allá abajo. La costa al norte y al sur era prácticamente idéntica allá hasta donde era visible. Bastante lejos de la costa, explosiones de espuma traicionaban la presencia de arrecifes y aguas poco profundas.

—No encontraremos pueblos allí —dijo Garrapata de Piel—. Dudo que encontremos algo, y sobre rodear esta costa, bueno, eso parece casi imposible. A no ser, claro —añadió con una sonrisa— que nuestro glorioso líder pueda convertir una roca en escombros de una patada y hacernos una playa. O convocar demonios alados para que nos lleven por encima de todo esto. A falta de eso sugiero que regresemos al campamento, nos escarbemos una madriguera en las agujas de los pinos y nos echemos a dormir.

Nadie se opuso, así que regresaron sobre sus pasos para deshacer la ruta.

Ver cómo siempre se contenía la rabia, borboteando bajo la superficie, del joven guerrero de nombre Nenanda era un constante consuelo para Clip. Con este siempre podía trabajar. Podía darle forma. Su confianza en Nimander, por otro lado, era casi inexistente. Aquel hombre había sido forzado al rol de líder y estaba claro que no encajaba. En exceso sensible, demasiado, Nimander era de aquellos a los que el mundo y sus brutales realidades destrozaban, y era un milagro que no lo hubieran hecho ya. Clip ya había visto criaturas así de patéticas antes; quizás era un rasgo de los tiste andii. Vivir durante siglos terminaba siendo un tormento, una carga imposible. Esas criaturas se quemaban rápido.

No, Nimander no merecía su tiempo. Y el compañero más cercano de Nimander, Garrapata de Piel, no era mejor. Clip admitía ver algo de sí mismo en él —esa ironía burlona, el rápido sarcasmo—, sí, otros rasgos comunes entre los andii. Lo que a Garrapata de Piel le faltaba, sin embargo, era el corazón duro y despiadado que él poseía en abundancia.

Las necesidades existían. Estas habían de ser reconocidas y era en función de ese reconocimiento como debían comprenderse también todas las tareas requeridas para conseguir justo lo que era necesario. Las decisiones difíciles eran las únicas elecciones que podían considerarse virtuosas. Clip ya estaba bien familiarizado con esas decisiones difíciles, y con la tolerable carga de la virtud. Estaba preparado para soportar esa carga durante el resto de lo que anticipaba que sería una vida muy, muy larga.

Nenanda bien podría ser alguien digno de estar a su lado durante todo aquello que estaba por venir.

Entre las jóvenes mujeres de ese séquito, solo Desra parecía útil en potencia. Ambiciosa y sin duda implacable, ella podía ser el cuchillo oculto en su vaina. Además, las atenciones de una mujer atractiva ya suponían una recompensa, ¿no es así? Kedeviss era demasiado frágil, rota por dentro igual que Nimander, y Clip ya podía ver la muerte en su sombra. Aranatha seguía siendo una niña detrás de esos ojos asustados, y quizá siempre lo sería. No, de todo ese grupo que había reclutado en Isla, solo Nenanda y Desra le eran de utilidad alguna.

Había albergado unas expectativas más altas. Después de todo, estos eran los supervivientes de Deriva Avalii. Habían estado junto al mismísimo Andarist, habían cruzado las espadas con los guerreros tiste endur. Y con demonios. Habían probado su ración de sangre, de triunfo, de alivio. Ya deberían ser curtidos veteranos.

Bueno, con peores se las había arreglado.

Por el momento solo, con Aranatha vagando lejos y probablemente ya perdida; con Nenanda, Desra y Kedeviss por fin dormidos, y con Nimander y Garrapata de Piel en alguna parte en los bosques —sin duda discutiendo decisiones extraordinarias sobre cosas que solo eran relevantes para ellos—, Clip aflojó una vez más la cadena y los anillos que llevaba enrollados alrededor de una mano. Se oyó un suave tintineo cuando los relucientes anillos encontraron el final de la cadena colgante, los dos dando vueltas despacio ahora, uno dándole la réplica al otro como prueba del poder que contenían. Portales en miniatura aparecieron, desaparecieron y volvieron a aparecer, todos contenidos en el frío metal.

La fabricación de estos objetos había acabado con la mayor parte de los poderes de los andii que habitaban la fortaleza subterránea que era —o había sido— el Andara. Había dejado a los suyos, como se vio después, con una vulnerabilidad mortal a los cazadores letherii. La cacofonía de almas que habitaba el interior de esos anillos era ahora cuanto quedaba de este pueblo, su patética familia de inadaptados. Y estaban bajo su dominio.

A veces, por lo visto, incluso cuando las cosas no salían como planeaba, Clip terminaba cosechando recompensas.

Prueba, sí, de que soy un elegido.

La cadena giró, los anillos se alzaron y se extendieron. Giraron con un gemido como los llantos de las

miles de almas atrapadas, y Clip sonrió.

El viaje de vuelta desde la taberna del Rastreador hacia el nuevo palacio rodeaba las ruinas de la gran fortaleza, cuyo derrumbamiento había traído el fin del dominio painita. Sin iluminar y ahora perpetuamente envuelto en tinieblas, el montón de escombros de piedra negra aún olía a muerte y fuego. El borde irregular de este derruido monumento quedaba a la izquierda de Spinnock Durav mientras caminaba por la calle que ahora llevaba el nombre de Tambaleo Marginal. Delante y ligeramente a la derecha se levantaba la Torre del Dragón y podía sentir los ojos carmesíes de Silanah sobre él desde lo alto de su enorme altura. La mirada de un eleint nunca era bienvenida, por más acostumbrados que estuviesen los tiste andii de Rake a la presencia de Silanah.

Spinnock recordaba bien las últimas veces que había sido testigo de la furia de la dragona. Las llamas desgarraban la selva que era el Bosque Mott, descargando en un diluvio, con la ensordecedora conmoción que ahogaba cada grito agónico, al perecer un sinfín de criaturas invisibles. Entre ella, quizás unos pocos guardias carmesíes, una docena o así de Irregulares de Mott. *Como usar un hacha para matar hormigas.*

Entonces, desde cada corazón de ese torbellino de fuego, se desató una virulenta hechicería que golpeó a Silanah en una ola destellante. El trueno martilló en el aire, el dragón chilló de dolor. La enorme bestia se retorció, abriéndose paso con tajantes garrazos, dejando un rastro de sangre, y voló de regreso a Engendro de Luna.

Recordó la ira de Anomander Rake, y cómo podía retenerla en sus ojos como un demonio encadenado a su voluntad, incluso de pie e inmóvil, incluso cuando hablaba en un tono calmado, casi aburrido. Una sola palabra, un nombre.

Cogulla.

Y con ese nombre, oh, cómo fulguraba la ira en esos ojos draconianos.

Había empezado, pues, una caza. Una a la que solo un insensato escogería unirse. Rake en busca del más mortífero mago de entre la guardia carmesí. En un momento dado, Spinnock recordó estar sobre el alto saliente encarando a Engendro de Luna, observando las tormentas de magia en la noche llenar la mitad del cielo septentrional. Destellos, el fragor del trueno a través de un cielo envuelto en humo. Se había preguntado entonces si el mundo estaba al borde de desgarrarse, y de las profundidades de su alma se había levantado un retorcido y maligno pensamiento. *Otra vez...*

Cuando los grandes poderes pisaban el campo de batalla todo encontraba la forma de descontrolarse.

¿Había sido Cogulla el primero en titubear? ¿En retirarse, ceder terreno, huir?

¿O había sido el Hijo de la Oscuridad?

Spinnock dudaba que fuera a saberlo alguna vez. Esas preguntas no se le hacían a Anomander Rake. Algún tiempo después, según descubrieron los tiste andii, Cogulla había reaparecido, esta vez en Darujhistan. Causando más problemas. Su estancia allí había sido felizmente breve.

Otra visión de Silanah, tendiéndole la trampa al tirano jaghut en las colinas gadrobi. Más heridas, más magia feroz. Dando vueltas sobre la llanura asolada. Cinco soletaken de los tiste andii arremolinándose alrededor de ella como cuervos escoltando a un águila.

Quizá fuera el único, reflexionó Spinnock, a quien intranquilizase la alianza entre los tiste andii y los eleint. Había habido un tiempo, después de todo, cuando Anomander Rake había guerreado contra los dragones purasangres. Cuando tales criaturas se liberaron de su larga servidumbre a K'rul; cuando habían buscado sus propias formas de aferrarse al poder. Los motivos por los que Rake se oponía a ellos eran, como de costumbre, oscuros. La llegada de Silanah —mucho más tarde— fue otro acontecimiento más

envuelto en misterio.

No, Spinnock Durav distaba mucho de sentirse entusiasmado por la mirada exangüe de Silanah.

Se acercó a la entrada abovedada del Palacio Nuevo, ascendiendo por la rampa enlosada. No había guardias afuera. Nunca los había. Abrió una de las idénticas puertas, se adentró con decisión. Delante de él, un pasillo con muros de contrafuerte que los humanos encontrarían anormalmente estrecho. Veinte pasos más al interior, otro arco que se abría hacia una espaciosa cámara abovedada con un suelo de madera oscura pulida incrustada con los veintiocho *terondai* helicoidales de Madre Oscuridad, todos en plata negra. La parte interior de la bóveda era una imagen espejo. Este homenaje a la diosa que se había alejado era, en opinión de Spinnock, extraordinario; abominablemente fuera de lugar.

Oh, bien podían debatir los sabios quién se había apartado de quién, pero ninguno negaría la terrible inmensidad del cisma. ¿Era este un esfuerzo demorado por curar la antigua herida? Spinnock creía que aquello era insondable. Y, sin embargo, el propio Anomander Rake había encargado los *tendonai*, el Sol Invisible y los salvajes rayos de llama de ónice que giraban a su alrededor.

Si Kurald Galain tenía un corazón en la manifestación de la senda de ese reino, estaba allí, en esa cámara. Pero no sintió ninguna presencia, ningún aliento fantasmal de poder, mientras avanzaba hacia la escalera de caracol de un blanco óseo. Al final del último tramo vacilaba el cerco de luz de un farol.

Dos sirvientes humanos estaban fregando los escalones de alabastro. A su llegada, se apartaron con la cabeza gacha.

—Cuidado, está mojado —murmuró uno.

—Me sorprende —dijo Spinnock cuando pasaba despacio a su lado— que sea necesario limpiar esto. No hay más de quince personas viviendo en este palacio.

—Así es, señor —replicó el hombre, asintiendo.

Los tiste andii se detuvieron y miraron atrás.

—Entonces ¿por qué os molestáis? Me resulta difícil creer que el castellano os encargara esta tarea.

—No, señor, nunca hizo tal cosa. Solo estábamos... eh... aburridos.

Tras un momento de perplejidad, Spinnock reanudó el ascenso. Esas criaturas efímeras lo desconcertaban.

El trayecto a las habitaciones donde moraba el Hijo de la Oscuridad fue un largo y solitario recorrido. Reverberantes pasillos llenos de ecos, puertas sin cerrojos y sin guardias. El modesto grupo de escribas y burócratas diversos trabajaba en despachos de la planta principal; el personal de cocina, los que frotaban y escurrían la ropa, los que atendían las chimeneas y encendían las candelas, todos ellos vivían y trabajaban en los niveles inferiores. Aquí, en las plantas superiores, la oscuridad gobernaba un reino casi deshabitado.

Al llegar a la habitación alargada que daba a Aguas Nocturnas, Spinnock Durav encontró a su señor.

Frente a la ventana de cristal que ocupaba todo el largo del muro de Aguas Nocturnas, su cabello largo de blanco plata brillaba tenuemente bajo la luz velada y refractada que el cuarzo facetado proyectaba en la habitación. La espada Dragnipur no se veía por ninguna parte.

Spinnock avanzó tres pasos y se detuvo.

Sin girarse, Anomander Rake dijo:

—¿El juego, Spinnock?

—Ganó de nuevo, señor. Pero estuvo reñido.

—¿La Puerta?

Spinnock sonrió con ironía.

—Cuando todo parece perdido...

Quizá Anomander Rake asintió al oírlo, o quizá fue que su mirada, fija en algún punto del exterior

donde batían las olas de Aguas Nocturnas, bajó hacia algo más cercano. Un barco de pesca, o la cresta de algún leviatán alzándose momentáneamente del abismo. En cualquier caso, el suspiro que vino después fue perfectamente audible.

—Spinnock, viejo amigo, qué bien que hayas regresado.

—Gracias, señor. A mí también me complace que mi vagabundeo llegue a su fin.

—¿Vagabundeo? Sí, imagino que quizá lo has visto así.

—Me enviasteis a un continente, Señor. Para descubrir la miríada de verdades que lo cubrían hizo falta... no poco vagabundeo.

—He pensado mucho en los detalles de tu relato, Spinnock Durav. —Rake seguía sin darse la vuelta—. El fruto de mis reflexiones se reduce a una única pregunta. ¿Debo viajar allí?

Spinnock frunció el ceño.

—¿A Assail? Señor, la situación allí...

—Sí, entiendo. —Por fin el Hijo de la Oscuridad comenzó a girarse poco a poco, y pareció como si sus ojos hubiesen robado algo del cristal de la ventana, pues refulgieron y se opacaron después como un recuerdo.

—Pronto, entonces.

—Señor, en mi último día, a una legua del mar...

—¿Sí?

—Perdí la cuenta de aquellos a los que maté para alcanzar esa playa desolada. Señor, para cuando me sumergí profundamente, lo bastante para desaparecer debajo de las olas, la bahía misma era de color carmesí. Que sobreviviera a todo eso es...

—Poco sorprendente —le interrumpió Anomander con una débil sonrisa—, al menos para tu señor. —La sonrisa se desvaneció—. Ay, pero he abusado en exceso de tus habilidades, amigo.

Spinnock no pudo evitar sino ladear la cabeza.

—¿Y es por eso que tengo permiso para empuñar soldados de piedra y madera en una mesa manchada de vino? Día tras día, mis músculos son cada vez más blandos, y mi ambición, más escasa.

—¿Es eso lo que tú llamas un merecido descanso?

—Algunas noches son peores que otras, Señor.

—Escucharte hablar de ambición, Spinnock, me trae a la memoria otro lugar, hace mucho, mucho tiempo. Tú y yo...

—Donde descubrí, al fin —dijo Spinnock, sin nada de amargura—, mi destino.

—Invisible para todos. Hazañas sin testigos. Esfuerzos heroicos que tan solo se granjean la gratitud de un hombre.

—Un arma debe ser usada, Señor, o de otro modo se oxidará.

—Un arma sobreutilizada, Spinnock, se vuelve roma. Mellada.

A eso, el corpulento tiste andii inclinó la cabeza a modo de reverencia.

—Quizá, entonces, Señor, un arma así deba ser apartada. Encontrar una nueva.

—Ese momento aún está por llegar, Spinnock Durav.

Spinnock inclinó la cabeza de nuevo.

—No hay, en mi opinión, Señor, un momento en el futuro próximo en el que deba viajar a Assail. La locura allí parece bastante... contenida.

Anomander Rake examinó el rostro de Spinnock por un momento, después asintió.

—Sigue jugando, amigo mío. Apoya al rey. Hasta que... —Y volvió una vez más la cabeza al cristal de la ventana.

No hubo necesidad de pronunciar el final de esa frase, bien lo sabía Spinnock. Se inclinó por tercera

vez, después se marchó de la habitación y cerró la puerta tras él.

Endest Silann renqueaba pasillo arriba. Ante la aparición de Spinnock, el viejo gobernador alzó la mirada.

—Ah —dijo—, ¿está nuestro Señor dentro?

—Sí.

La sonrisa de respuesta del anciano tiste andii no fue ningún regalo para Spinnock, tan forzada estuvo, una criatura de la pesadumbre y la lástima. Y aunque quizás Endest se había ganado el derecho al primer sentimiento —un mago otrora poderoso ahora roto— no se había ganado el segundo. Pero ¿qué podía decir Spinnock para aliviar la carga? Nada que no sonara trivial. Quizás algo más... cáustico, algo que desafiara la autocompasión...

—Debo hablar con él —dijo Endest, acercándose a la puerta.

—Lo recibirá con agrado —logró decir Spinnock.

Otra vez la sonrisa.

—Estoy seguro. —Una pausa, una mirada a los ojos de Spinnock—. Tengo grandes noticias.

—¿Sí?

Endest Silann levantó el pasador de la puerta.

—Sí. He encontrado un nuevo proveedor de anguilas cadáver.

—Señor de esto, Hijo de aquello, qué más da, ¿no? —El hombre peló la última monda de la fruta con su navaja, después la tiró sobre los adoquines—. Lo que quiero decir —siguió diciéndole a sus compañeros—, es que ni siquiera es humano, ¿verdad? Solo otro de esos peludos demonios de piel negra, con los ojos tan inexpresivos como el resto.

—Hay que ver lo bien que se te da quitarle la cáscara al mundo, ¿no? —dijo el segundo hombre en la mesa, guiñándole un ojo al tercero que tenía enfrente, que aún no había dicho nada.

—Se me dan bien muchas cosas, que lo sepas —murmuró el primer hombre, que ahora estaba cortando trozos de fruta y llevándose cada uno a la boca en equilibrio sobre la hoja.

El camarero se acercó en ese momento para subir un poco la mecha del farol que había sobre la mesa, después se perdió de nuevo en la penumbra.

Los tres estaban sentados en uno de los nuevos restaurantes callejeros, aunque «restaurante» quizás era una palabra demasiado noble para esa tosca línea de mesas y de sillas de madera desparejadas. La cocina era poco más que un carro reutilizado con un trozo de lona por techo, debajo del cual una familia se afanaba alrededor de una parrilla que en otro tiempo había sido el abrevadero de un caballo.

De las cuatro mesas, tres estaban ocupadas. Todos humanos, los tiste andii no eran dados a comer en público, mucho menos a entablar ociosas conversaciones sobre humeantes tazas de kelyk de Baluarte, un acre brebaje cada vez más popular en Coral Negro.

—Te gusta hablar —le aguijoneó el segundo hombre, alargando el brazo para coger su taza—. Pero las palabras nunca cavaron una zanja.

—Pues no soy el único que tiene razón en esto —replicó el primer hombre—. No soy el único para nada. Está más claro que el agua que si el Señor Hijo estuviera muerto y enterrado, toda esta condenada oscuridad se largaría y volveríamos a la normalidad, con sus días y sus noches.

—No hay garantías de eso —dijo el tercer hombre, con el tono adormilado.

—Como el agua, te digo. Clarito, y si no lo ves es tu problema, no el nuestro.

—¿Nuestro?

—Ea, sí.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿clavarle el pelafrutas en el corazón?

El segundo hombre soltó una risa resoplante.

—Vivirán todo lo que quieras —dijo el primer hombre con un leve refunfuño—, pero sangrar, sangran como todos.

—No me digas —dijo el tercer hombre, reprimiendo un bostezo— que eres el genio detrás de lo que estás diciendo, Bucch.

—Yo no —concedió el primer hombre, Bucch—, pero fui de los primeros en dar mi palabra y jurar por ella.

—Entonces, ¿quién?

—No puedo decirlo. No lo sé. Estas cosas se organizan así.

El segundo hombre estaba ahora rascándose la barba de varios días.

—Oye —se arriesgó a continuar—, no es que haya un millón de esos, ¿no? Caramba, la mitad de los adultos que hay entre nosotros fuimos soldados en el Dominio, o incluso antes. Y nadie nos quitó ni las armas ni la armadura, ¿no?

—Más idiotas son ellos —dijo Bucch, asintiendo—. Menuda arrogancia, deberían pagar por ella, te digo.

—¿Cuándo es la siguiente reunión? —preguntó el segundo hombre.

El tercer hombre, que estaba repantigado en el asiento, se irguió.

—Pues a eso íbamos ahora, Harak. ¿Quieres venir?

Cuando los tres hombres se levantaron y se alejaron, Vidente terminó su kelyk, esperó otra media docena de latidos, después se levantó, ciñéndose su capa, al tiempo que metía la mano debajo y aflojaba la espada en su vaina.

Después se detuvo un momento y encaró el norte con un gesto formal. Cerró los ojos y recitó una plegaria en voz baja.

Después, caminando con largo y despreocupado paso, partió más o menos en la dirección que los tres hombres llevaban.

En lo alto de la torre, los ojos de una dragona de escamas rojas lo miraban todo, con el reflejo de cada calle en las facetas, cada callejón, la ajetreada actividad en los mercados, las mujeres y los niños que aparecían en los tejados para tender la colada, siluetas que vagaban aquí y allá entre los edificios. En esos ojos la ciudad hervía.

En algún lugar, más allá de Noche, el sol desataba una mañana de luminosidad insolente e intoxicante calor. Le daba forma al humo de las hogueras en los campamentos improvisados que se habían levantado en las rutas transitadas que bajaban serpenteantes desde el norte, hasta que los peregrinos emergían para formar una fila ininterrumpida en los caminos, y después iluminó de reluciente dorado una serpiente de polvo que cabalgaba los vientos todo el camino hasta el Gran Túmulo.

Los más desamparados de entre ellos llevaban conchas brillantes recogidas en la costa y en pozas de marea, o piedras pulidas o pepitas de cobre puro. Los acomodados llevaban joyas, vainas de espada tachonadas de joyas, tiras de excepcional seda, lino de Delantine, concejos daru de oro y plata, botín recogido de los cadáveres en el campo de batalla, mechones de pelo de los familiares reverenciados y los héroes imaginados, o cualquier otro objeto de valor de entre el sinfín que había. Ahora, a un día de marcha del Gran Túmulo, la amenaza de bandidos y ladrones había pasado, y los peregrinos cantaban mientras se dirigían hacia la inmensa nube baja de oscuridad que tenían al sur.

Debajo de ese enorme túmulo de tesoro, como todos sabían, yacían los restos mortales del Redentor.

Protegido para siempre jamás por Noche y sus sombríos, silenciosos centinelas.

La serpiente de polvo viajaba, pues, a un lugar de salvación.

Entre los rhivi de Genabackis del norte había un dicho. *Un hombre que despierta a la serpiente es un hombre sin miedo. Un hombre sin miedo ha olvidado las leyes de la vida.*

Silannah oía sus canciones y plegarias.

Y lo contemplaba todo.

Era cierto que a veces los mortales olvidaban. A veces, los mortales necesitaban... que les hiciesen recordar.

Capítulo 3

Y supo que estar allí
Sería una tarea implacable
Incesante como los sacrificios hechos
Y los votos de sangre
Sabía lo suficiente para esperar solo
Antes de la carga del calor de la furia
Los cánticos de venganza
Donde se encontrarán las espadas
Y donde una vez hubo mortales
Siguen quedando sueños de hogar
Si solo una puerta dorada
Pudiera ser forzada y abierta.
¿Desperdió acaso el aliento en negociaciones
O se apartó en el momento
Acaso sonrió con placer
En busca de reprimendas?

(Míralo allí quieto, allí de pie
Mientras tú permaneces, implacable
El poeta te maldice
El artista clama
El que llora
Vuelve la cara
Tu mente
Por lo intrascendente
Anotando los detalles
De lo minúsculo
Y cada medida
De lo que no significa nada
A nadie

Él que te roba toda la ira
Todos los crímenes...
Lo quieras
O no
Los sacrificios hechos
Los votos

Está solo
Porque ninguno de vosotros se atreve
A estar a su lado)

El desafío del pescador a sus oyentes,
que abre el relato de *La melena del caos*

En esta mañana, tan clara y fresca con la templada brisa que bajaba del lago, hubo llegadas. ¿Era una ciudad algo vivo? ¿Poseía ojos? ¿Podían despertarse sus sentidos con el contacto de unos pasos? Aquella bella mañana, ¿devolvió Darujhistan la mirada a quienes la posaron sobre ella? Las llegadas, majestuosas o modestas, los pasos menos que un susurro, mientras otros hacían temblar hasta los mismísimos huesos de la Diosa Durmiente. ¿Era aquello el latido del corazón de la ciudad?

Pero no, las ciudades no poseían ojos, ni ningún otro sentido. La piedra tallada y el yeso endurecido, las vigas de madera y fachadas con cornisas, los jardines amurallados y plácidos estanques bajo el agua que manaba de las fuentes, nada de ello era sensible al tránsito erosivo de sus ciudadanos. Una ciudad no sabía del hambre, no despertaba del sueño, ni se revolvía inquieta en su tumba.

Dejad ese tipo de cosas, pues, a ese hombre rotundo y de estatura baja, sentado en una mesa al fondo de la posada del Fénix, hacer en una pausa en mitad de su opíparo desayuno, con la boca llena de hojaldre y manzana especiada, y atragantarse de repente. Los ojos se le salen de las órbitas, el rostro se torna escarlata, después lanza salpicones de tarta al otro lado de la mesa, sobre el rostro lamentablemente resacoso de Meese, quien, con la cara embadurnada de la misma tarta que había horneado el día anterior, se limitó a levantar la mirada soñolienta y le dedicó una mirada de basilisco al hombre de tos bronca y sibilante.

Si las palabras fueran necesarias, Meese las habría usado.

El hombre siguió tosiendo, las lágrimas cayendo a mares de sus ojos.

Sulty llegó con un trapo y empezó a limpiar, con cuidado, el desastre de una inmóvil, casi estatuaria Meese.

En la estrecha e inclinada calle que había a la derecha del bar de Quip, los desperdicios del jolgorio de la noche anterior ulularon con una fuerte ráfaga de viento. Donde apenas un instante antes no había habido ningún tipo de movimiento sobre el adoquinado camino, ahora había gritos, caballos cubiertos de espuma, los cascos restallando contra la piedra irregular como mazos de hierro. Caballos —dos, cuatro, seis— y detrás de ellos, con un zarandeo que lo llevó a resbalar medio de lado, un enorme carruaje, cuya parte de atrás chocó contra la fachada de un edificio en un estallido fulminante de yeso, aristas y marcos de ventanas. Unas siluetas huyeron de aquella desenfrenada monstruosidad justo cuando se inclinó, a punto de volcar, y se enderezó después con el estrépito de un caballo que caía al suelo. Impactos de cuerpos en la calle, que rodaban desesperadamente para esquivar esas ruedas del tamaño de un hombre.

Los caballos cayeron de morros, remolcando el armatoste durante un buen trecho pendiente abajo, arrastrando piezas rotas, fragmentos de yeso y otras cosas más desagradables de ver, antes de que los animales consiguieran frenar y al fin detener el descontrolado impulso, en buena medida gracias al repentino apretarse de los frenos de madera en las seis ruedas.

Encaramado sobre el carruaje, el conductor se vio impulsado hacia delante y voló muy por encima de las alteradas cabezas de los caballos, aterrizando en un carro de basura casi sepultado bajo los restos del

festival. Fueron estos desperdicios los que probablemente le salvaron la vida, aunque, cuando todo volvió a la calma, de él solo asomaron las suelas de las botas, inmóviles durante un momento como era de esperar en un hombre inconsciente.

Desparramados tras la estela del carruaje, entre ordinarios detritos, había restos humanos en varias fases de descomposición; algunos abultados de carne a medio pudrir, otros nada más que piel extendida sobre el hueso. Algunos aún temblaban o trataban de aferrarse sin éxito a los adoquines, como las extremidades arrancadas de un insecto. Empotrada en la parcialmente derruida pared de la tienda acoplada en la parte derecha trasera del transporte se encontraba la cabeza de un cadáver, hundida tan adentro que solo se veían un ojo, una mejilla y un lado de la mandíbula. El ojo se movió con pesadez. La boca se crispó, como si las palabras pugnasen por salir, después se curvó en una extraña sonrisa.

Aquellas figuras más completas, las que habían salido despedidas en varias direcciones, estaban ahora tratando de levantarse o, en el caso de dos de ellos, estaban completamente inmóviles; y por la torsión de su cuello y de sus extremidades, parecía claro que sus infortunados dueños jamás volverían a moverse por iniciativa propia, ni siquiera para respirar.

Desde una ventana en el segundo piso del edificio de viviendas, una anciana se asomó por la ventana para echar un vistazo a la carnicería de abajo, después se retiró, cerrando a manotadas las contraventanas de madera.

Del interior de la parcialmente derruida tienda llegaron sonidos repiqueteantes, después un apagado grito que no se repitió para el rango de audición de un humano, aunque en la calle contigua un perro se puso a aullar.

La puerta del carruaje se abrió con un chirrido, osciló una vez sobre sus goznes, después se desprendió, cayendo con un repiqueteo sobre los adoquines.

Con los pies y las rodillas en el suelo a quince pasos de allí, la accionista Vahído levantó su dolorida cabeza y la giró con cuidado hacia el carruaje, a tiempo de ver cómo maese Quell aparecía de repente trastabillando como una muñeca rhivi por la calle. Dejó una estela de humo tras de sí.

Más cerca se levantó Reccanto Índole dando tumbos, después parpadeó estúpidamente antes de que sus ojos se posaran sobre el maltrecho cartel encima de la puerta del bar Quip. Trastabilló en esa dirección.

Vahído se puso de pie de un brinco, se sacudió el polvo de sus ropas salpicadas de carne, y frunció el ceño al oír el tintineo de unas escamas de armadura que cayeron como monedas sobre las piedras. De una de las fisuras de su larga cota de malla desincrustó un dedo en garra, lo miró por un momento y después lo tiró a un lado mientras iba hacia donde estaba Reccanto.

Antes de llegar a la puerta se le unió la rolliza y bajita Dulcísima Angustia, que se acercó con el paso anadeante pero brioso, y extendió las dos manos hacia la puerta del bar.

Glanno Tarp forcejeaba por desenterrarse del carro de basura.

Maese Quell, a cuatro patas, alzó la mirada, después habló.

—Esta no es nuestra calle.

Vahído agachó un instante la cabeza para adentrarse en la penumbra del bar Quip, se detuvo unos segundos hasta que oyó una conmoción en el extremo opuesto, donde Reccanto se había desplomado sobre una silla, barriendo con un brazo los restos que algún otro había dejado sobre la mesa. Dulcísima Angustia acercó otra silla arrastrándola y se dejó caer en ella como un saco.

Los otros tres borrachos que componían el resto de la clientela observaron a Vahído atravesar la habitación, y cada uno se llevó una mirada de desprecio.

Quip el Joven, cuyo padre había abierto ese lugar en un arrebatado de ambición y optimismo que le había durado una semana, se acercó desganado con el mismo arrastrar de pies de su anciano padre, y llegó a la mesa al mismo tiempo que Vahído.

Nadie habló.

El tabernero hizo una mueca de disgusto, después se dio la vuelta y volvió a la barra.

Maese Quell llegó, junto con Glanno Tarp, que apestaba aún a basura.

Unos momentos después, los cuatro accionistas y un mago supremo, también navegante de la Asociación Comercial de Trygalle, se sentaron alrededor de la mesa. Ni un intercambio de miradas. Ni una palabra.

Quip el Joven, que largo tiempo atrás había estado enamorado de Vahído, mucho antes de que nadie ojera hablar de la Asociación Comercial de Trygalle y mucho antes de que se uniera a este grupo de locos, llegó con cinco picheles y el primer jarro de cerveza.

Cinco manos temblorosas se alargaron hacia los picheles y los asieron con fuerza.

Quip vaciló; después, poniendo los ojos en blanco, levantó el jarro y empezó a verter la amarga y barata bebida.

Kruppe bebió un buen sorbo al vino de color magenta oscuro —un concejo una botella, ahí es nada— y le dio vueltas en la boca hasta que todos los pedazos de tarta abandonaron las innumerables grietas que tenía entre los dientes, después de lo cual se echó a un lado y escupió en el suelo.

—Ah. —Sonrió a Meese—. Mucho mejor, ¿verdad?

—Cobraré esa botella ahora mismo —dijo—. De esa forma puedo marcharme antes de que tenga que presenciar otro maltrato como este a un vino de tan excelente cosecha.

—¿Cómo? ¿Acaso el crédito de Kruppe se ha evaporado tan rápido? ¿Una decisión tomada por la indecorosa interrupción del ayuno de esta mañana?

—Son los insultos, puerco obeso, uno encima de otro hasta que parece que me esté ahogando en despojos. —Enseñó los dientes en una mueca—. Despojos vestidos con chaleco rojo.

—Huy, qué pulla cruel. Kruppe se siente herido en el corazón... y —añadió, alcanzando de nuevo la polvorienta botella— no tiene elección más que aflojar esa opresión de su alma con otro suave trago.

Meese se inclinó hacia delante.

—Como escupas ese, Kruppe, te retuerzo el cuello.

Tragó apresuradamente, después resolló.

—Kruppe casi se ahoga una vez más. ¡Qué mañana! ¡Pasteles y presagios! ¡Vagidos y vinos!

Unos pasos pesados descendieron del piso de arriba.

—Ah, aquí llega el salvador malazano. Mazo, querido amigo de Kruppe, ¿podrá Murillio, dulce príncipe del desencanto, recuperarse y volver a ser el mismo? Ven, toma conmigo de este pasajero fermento. Meese, dulce muchacha, ¿le traerías a Mazo una copa?

Ella entrecerró los ojos hasta que no eran más que dos rendijas.

—¿Y qué tal una para ti, Kruppe?

—Deliciosa sugerencia. —Kruppe limpió la boca de la botella con una mugrienta manga, después le dirigió una radiante sonrisa.

Ella se levantó y se marchó colérica sin pronunciar palabra.

El sanador malazano se sentó con un hondo suspiro, cerró los ojos y se frotó enérgicamente la pálida y redonda cara, después miró a su alrededor.

—¿Dónde están todos?

—A tu compañero de la noche ya pasada, Kruppe lo acaba de enviar a casa, con la garantía de que tu persona está a salvo de todo daño. Es el amanecer, amigo, o mejor dicho el fresco pisoteo de la mañana en los talones dorados del amanecer. Los barcos se acercan a los amarraderos, las rampas de

desembarco resuenan y retumban formando efímeros puentes entre un mundo y el siguiente. Los caminos dan bruscos giros, ¡y allá ruedan macabros mecanismos que escupen pedazos de carne como oscuras semillas de fatalidad! Ojos encapuchados observan a los extraños, los alcaudones gritan por encima de las aguas humosas y tranquilas del lago, los perros se rascan con fruición detrás de las orejas... ¡Albricias, Meese nos ha traído sus mejores copas! Un momento, mientras Kruppe limpia de ellas las telarañas, vainas de insectos y demás surtidas pruebas del preciado valor de dichas copas; ya está, ahora reclinémonos y contemplemos con ojos satisfechos, mientras Meese llena estas reliquias hasta su rebosante gloria. Pero si...

—Por el amor del Embozado —le interrumpió Mazo—, es demasiado temprano para sufrir tu compañía, Kruppe. Deja que beba este vino y que luego me escape con mi cordura intacta, te lo ruego.

—Caramba, amigo Mazo, es que esperamos tu valoración sobre el estado físico de Murillio.

—Vivirá. Pero nada de bailar en una o dos semanas. —Vaciló, mirando con el ceño fruncido su copa, como sorprendido de hallarla vacía de repente una vez más—. Eso si se le pasa el abatimiento, claro. Una mente enmarañada puede ralentizar la recuperación del cuerpo. Incluso revertirla.

—No te apures por la mente pequeña pero clara de Murillio, amigo —dijo Kruppe—. Esos problemas siempre encuentran solución bajo los sabios cuidados de Kruppe. ¿Continúa Coll junto a su lecho?

Mazo asintió, dejó la copa y se levantó.

—Voy a casa. —Fulminó a Kruppe con la mirada—. Y con la ayuda de Oponn, puede que incluso llegue.

—Los nefarios incordios prosperan con más vigor en el caos nocivo de la noche, estimado sanador. Kruppe te asegura un regreso de lo más anodino a tu atípica morada.

Mazo gruñó, después habló.

—¿Y cómo planeas asegurar eso?

—Pues con una escolta digna, ¡solo faltaría! —Se sirvió lo que quedaba del vino y sonrió al malazano—. ¿Ves aquella puerta y a la sin par Irlita delante de ella? Esos viles sicarios que buscan vuestras tristes muertes son hartamente intolerables. ¡Kruppe cede sus formidables recursos para garantizar vuestras vidas!

El curandero seguía mirándolo fijamente.

—Kruppe, ¿sabes quién lo paga?

—Las resonantes revelaciones son inminentes, apreciado amigo. Kruppe lo promete.

Otro gruñido, después Mazo giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta y hacia su escolta, que esperaba de pie sonriente con los musculosos brazos cruzados.

Kruppe los vio marchar, y menuda pareja hacían.

Meese se sentó encorvada en la silla que Mazo había dejado libre.

—Un contrato del Gremio —susurró—. Podría ser simplemente alguna clase de limpieza del imperio, ya me entiendes. La nueva embajada está ya en funcionamiento después de todo. Podría ser que a alguien de dentro le llegara algo sobre unos desertores malazanos que llevan un condenado bar. La desertión supone la pena de muerte, ¿no?

—Demasiado grande el riesgo, dulce Meese —replicó Kruppe, que sacó su pañuelo de seda y se secó la frente—. El imperio malazano, por desgracia, cuenta con sus propios asesinos, de los cuales dos están presentes en dicha embajada. Pero, según todos los testigos, fue una Mano del Gremio de Krafar la que está detrás del intento de anoche. —Alzó un dedo rechoncho—. Un misterio, quién busca la muerte de los inofensivos desertores malazanos, pero un misterio que no durará mucho, ¡vaya que no! ¡Kruppe descubrirá todo lo que haga falta descubrirse!

—Estupendo —dijo Meese—, ahora descubre ese concejo, Kruppe, por la botella.

Con un suspiro, Kruppe metió una mano en la saquita que llevaba atada al cinturón, rebuscó en el

morrall de cuero y después alzó las cejas en súbita consternación.

—Mi estimada Meese, otro descubrimiento más...

Con los ojos irritados, Chamusquino miró con desaprobación al bullicioso muelle.

—Son los pesqueros de la mañana —dijo—, que llegan ahora. No tie sentido que nos quedemos, Leff.

—La gente que huye llega bien temprano —señaló Leff, abriendo con su cuchillo la concha de agua dulce que había comprado hacía un momento. Engulló un bocado de carne blanca y brillante—. Para esperar a los primeros barcos de Gredfallan. A media mañana, ¿no? Con las nuevas esclusas de Dhavran lo han hecho todo regular, predecible, vaya. Un día entero con un empujón final a Gredfallan, noche allí, y de vuelta a aquí al amanecer. La gente desesperá es la primera en ponerse a la cola, Chamusquino, porque están desesperaos.

—Odio sentarme en un sitio donde los pies me quedan colgando —se lamentó Chamusquino, revolviéndose inquieto sobre la pila de cajas.

—Pero hay buena visibilidad —dijo Leff—, estaré contigo en menos de na.

—No sé cómo te pues comer eso. La carne tie que tener sangre. Una carne sin sangre no es carne.

—Claro, como que es una caracola.

—Es una cosa con ojos al final de los tentáculos que te miran mientras le troncas el cuerpo... ¿No ves que esas antenas se giran pa tu boca sin perder de vista cada boca? ¡Te está viendo comértela!

—¿Y qué?

Las gaviotas chillaron en un enjambre de nubes sobre los embarcaderos donde los pescadores estaban arrastrando cestas de peces astilla hasta la limosa piedra, los niños correteando de acá para allá con la esperanza de ser contratados para ensartar el coleteante pescado en cuerdas antes de que empezara el mercado de la mañana. Los gatos gadrobi de lomo gris, salvajes desde hacía ya mil generaciones, saltaban en emboscadas para matar gaviotas. A eso le sucedían batallas furibundas, plumas silbando, mechones de pelo de gato flotando en la brisa como cabezuelas de cardo.

Debajo de los muelles unas ancianas deambulaban entre los pilones en penumbra, usando unos espetones largos, delgados y con púas para recoger los peces astilla pequeños, del tamaño de una mano, que lograban escurrirse de las cestas y caer en una lluvia reluciente mientras la captura era llevada a la orilla. Cuando la cosecha era escasa, las viejas arpías tenían querencia por usar los espetones dentados las unas contra las otras.

Chamusquino podía verlas desde donde estaba, formas arrebujadas que se movían de aquí a allá, con los espetones volando como flechas en las perpetuas sombras.

—Juré no volver a comer nunca na de lo que saliese de este lago —farfulló—. Abuelica que estás ahí arriba —añadió en un ronco susurro—, ya sabes que recuerdo los cortes y los agujeros en tus bracos flacuchos. Macuerdo, abu, y por eso juré.

—¿Qué dices? —preguntó Leff desde abajo.

—Namás que estamos perdiendo el tiempo...

—Paciencia, Chamusquino. Tenemos una lista. Tenemos problemas. ¿No oímos que Brokul se largaba?

—El sitio este está hasta arriba, Leff.

—En lo que tenemos que fijarnos es en las colas que se forman.

—Es que no hay ninguna, Leff.

Leff tiró el molusco al final del muro del lago, donde repiqueteó hacia abajo sobre otros diez mil.

—Aún no —dijo—. Pronto.

Justo pasada la bifurcación de Urs, los maltrechos restos de la caravana se dirigían hacia el sur de Ciudad Miserias. Los pastores y canteros que iban de camino hacia Cuervos se echaron a los lados de la carretera, después se detuvieron y miraron fijamente a los cuatro carromatos carbonizados y sucios de humo que pasaban bamboleantes. Un solo caballo se afanaba en un improvisado yugo delante de cada carreta.

Del surtido habitual de vigilantes que se podría esperar, incluso para una caravana tan pequeña como parecía ser esta, solo uno era visible, agachado en una montura gadrobi, y casi completamente oculto debajo de la polvorienta capa y su capucha.

De las aberturas recosidas en la desteñida capa marrón, justo encima de los omóplatos del hombre, sobresalían los pomos y las empuñaduras de dos alfanjes idénticos. Los guanteletes de cuero que cubrían las manos que reposaban en el cuerno de la silla estaban manchados y casi hechos jirones, y dejaban ver a aquellos que estuvieran lo bastante cerca una piel tatuada hasta ser de un negro casi sólido.

Desde la sombra de la capucha, unos ojos extrañamente felinos miraban con fijeza la carretera que tenían delante. Las primeras barracas destartaladas al sur de Ciudad Miserias emergían de la niebla matutina como nidos desaliñados de alguna enorme ave carroñera, flanqueando el camino de tierra a cada lado. De las grietas y los agujeros en las paredes inclinadas, ojos brillantes observaban la estrepitosa reata que guiaba el guardia.

Al poco estuvieron todos dentro del laberinto y sus multitudes de refugiados de la vida, moviéndose como fantasmas entre las sombras, alzando débiles voces para implorar dinero y comida. Pocas caravanas que subían del sur escogían esa ruta a Darujhistan, puesto que el camino por los descuidados aledaños de la ciudad era estrecho y tortuoso. Y los que no estaban lo bastante protegidos podían ser víctimas de la cruda y desesperada necesidad que se acercaba cada vez más en todas partes.

Un centenar de pasos más al sur del camino principal, conocido como Congoja de Jatem, parecía que tal destino caería sobre la desventurada caravana y su único guardia.

Cuando unas manos codiciosas y mugrientas se extendieron para cerrarse alrededor de los radios de las ruedas del carro, y otras se aferraron a las correas de los caballos, el hombre encapuchado miró de reojo aquella creciente osadía y tiró de las riendas. Al hacerlo pareció que se henchía de repente al enderezarse en su sillín.

Los ojos fijos en él, furtivos y recelosos y con menguante apocamiento. Un hombre vestido de harapos subió junto al conductor del primer carro, quien, al igual que el vigilante, estaba encapuchado y envuelto en una capa de cuero. Cuando el miseriano agarró el hombro del conductor y le dio la vuelta de un tirón, la capucha cayó hacia atrás.

Y reveló la cara consumida de un hombre muerto. La cabeza pelona se giró, con las cuencas de los ojos vacías puestas en el hombre acuclillado en el pescante.

Tan pronto el miseriano chilló, girándose para tirarse del carro, el vigilante de la caravana sacó sus alfanjes, dejando ver unas hojas anchas de hierro teñidas con un dibujo de fulgurantes pinchos negros y naranja pálido. La capucha cayó hacia atrás y desveló un rostro ancho tatuado del mismo modo, la boca abierta mostró unos largos caninos al esbozar el guardia una sonrisa. No había humor en esa sonrisa, solo la promesa del caos.

Aquello fue suficiente para la multitud. Con gritos y aspavientos de terror, huyeron de allí.

Momentos más tarde, las cuatro carretas y su único guardia reemprendieron su viaje.

Hacia la Congoja de Jatem, adentrándose en el tráfico que avanzaba hacia la puerta de la ciudad, donde el solitario y tatuado guardia volvió a enfundar sus armas.

El cadáver sin capucha que llevaba la carreta principal parecía renuente a ajustarse la cobertura de su

cabeza, y ese conductor sin vida no tardó en adquirirla compañía ondeante y graznante de tres cuervos, que lucharon todos por agarrarse a la gris y raída coronilla. Para cuando la caravana llegó a la puerta, el conductor lucía un cuervo sobre la cabeza y uno a cada hombro, empeñados sin excepción en arrancarle tiras de piel seca de la cara.

Un guardián de la puerta salió y miró con los ojos entornados a aquel guardia de aspecto tan pinchudo y fiero que se acababa de detener bajo del arco.

—Rezongo, ¿no? Qué pinta de baqueteado, chico. ¿Es esta la caravana de Sirik...? ¡Por los dioses del inframundo! —Esa última exclamación anunció el descubrimiento del conductor de la primera carreta.

—Mejor déjanos pasar —dijo Rezongo en una voz áspera y grave—. No estoy de humor para más de una conversación, y es para Sirik. ¿Supongo que ya se ha mudado a su nueva hacienda?

El hombre asintió, con el rostro pálido y los ojos un tanto desorbitados. Dio un paso atrás y le indicó a Rezongo que avanzara con una señal de la mano.

El viaje a la hacienda de Sirik fue felizmente breve. Tras pasar la Barbacana del Déspota, giraron a la izquierda, rodearon la Colina del Cadalso Alto antes de llegar al muro recién enlucido y a la amplia puerta de arco alto que llevaba al interior del recinto del mercader.

Las noticias tenían que haber volado pues el propio Sirik esperaba de pie, protegido del sol de la mañana por un criado con un parasol. Una media docena de hombres armados de su guardia personal se apiñaban a su alrededor. La cara del mercader se descompuso enseguida al ver solo cuatro carretas en sus instalaciones. El aire cargado de polvo fue atravesado por las maldiciones de los guardias al avistar al primer conductor, cuyo cuervo de la cabeza decidió en ese momento extender a medias sus alas para recuperar el equilibrio cuando las manos marchitas tiraron de las riendas para detener la carreta.

Rezongo tiró de las riendas y desmontó despacio.

Sirik agitó las manos con ademán impotente.

—Pero... pero...

Al apartar la capa, Rezongo mostró el daño hecho en la cota de malla, los cortes a través de los negros eslabones de hierro, las astillas y agujeros, la sangre incrustada.

—Saqueantes de Morada —dijo con la voz cavernosa, sonriendo una vez más.

—Pero...

—Dimos buena cuenta de ellos —prosiguió Rezongo, mirando a los guardias detrás del comerciante—. Y si nos hubieras dejado a unos pocos más de tus pimpollos lo habríamos hecho mejor. El grupo de asalto era considerable, un centenar de salvajes gritones. Los idiotas les prendieron fuego a las otras carretas incluso cuando las saqueaban.

Uno de la guardia personal, el capitán de Sirik con cicatrices en la cara, dio un paso al frente y miró ceñudo las carretas.

—¿Un centenar, dices? ¿Contra cuántos?, ¿ocho guardias a tu mando, Rezongo? ¿Nos tomas por idiotas? Si hubieran sido cien moradores, tú no estarías aquí.

—No, Kest, idiota no eres —concedió Rezongo—. Un poco duro de mollera y un matón, pero idiota no.

Cuando el capitán y sus hombres levantaron airados los mentones, Sirik alzó una mano temblorosa.

—Rezongo, Gisp conduce esa carreta pero está muerto.

—Lo está. Igual que los otros tres.

—Pero... ¿cómo?

El ademán de desconocimiento de Rezongo fue un ominoso y masivo encogimiento de hombros.

—No estoy seguro —reconoció—, pero aceptaron mis órdenes de todos modos... Cierto, yo estaba desesperado y gritaba cosas que normalmente no diría, pero para entonces era el único que quedaba y con

cuatro carretas supervivientes y otros tantos caballos... —Volvió a encogerse de hombros, después dijo: —Me llevaré mi paga ahora, Sirik. Tienes la mitad del kelyk de Baluarte que querías y eso es mejor que nada.

—¿Y qué hago yo con cuatro conductores no muertos? —chilló Sirik.

Rezongo se dio la vuelta, miró con furia a Gisp.

—Id al Embozado, los cuatro. Ahora.

Los conductores se desplomaron enseguida, escurriéndose o tambaleándose de sus pescantes. Los tres cuervos que picoteaban la cabeza andrajosa de Gisp se pusieron a graznar indignados, después volaron hacia el suelo para proseguir con su comida una vez que el cuerpo estuvo sobre el polvo del recinto.

Sirik se había recompuesto lo suficiente para mostrar irritación.

—En lo referente al pago...

—La totalidad —interrumpió Rezongo—. Te avisé de que no teníamos suficientes. Puede que Kest no sea un idiota, pero tú sí, Sirik. Y dieciséis personas han muerto por ello, por no mencionar un centenar de moradores. Estoy a punto de hacer una visita al Gremio, según lo establecido. Con el pago completo me guardaré las opiniones para mí. De otro modo... —Rezongo sacudió la cabeza—, no volverás a contratar más guardias de caravana. Jamás.

El rostro cubierto de sudor de Sirik se crispó durante un momento hasta que sus ojos encontraron un gesto de resignación.

—Capitán Kest, pague al hombre.

Tan solo un poco después, Rezongo salió a la calle. Se detuvo, miró el cielo de la mañana, después partió hacia casa. A pesar del calor, se puso su capa y se echó la capucha de nuevo. Las condenadas marcas de su piel se encarnaban con la batalla, y tardaban semanas en desvanecerse hasta el tono fantasmal de siempre. Mientras eso pasaba, cuanto menos visible se hiciera mejor. Sospechaba que el tugurio que llamaba hogar estaría cercado por una bandada de acólitos que esperaban su regreso. La mujer de piel de tigre que se proclamaba suma sacerdotisa del templo local habría oído el fiero grito de guerra de la espada mortal de Trake, incluso a una distancia de unas treinta leguas en la llanura del Asentamiento. Y ella estaría frenética... de nuevo, desesperada como siempre por su atención.

Pero a Rezongo le importaban un bledo ella y los sarnosos seguidores que había traído al templo. Matar a esos saqueadores no había sido una tarea muy grata. No hallaba placer en derramar sangre, ningún agrado en su propia ira salvaje. Había perdido amigos de esa forma, incluso el último par, que habían estado con él desde Capustan. Esas heridas eran mucho más profundas que las que aún marcaban su piel, y tardarían mucho más tiempo en sanar.

Con un humor de perros a pesar de la abultada bolsa de concejos de su cinturón, no tenía ningún deseo de sufrir los empujones a los que había que recurrir siempre para moverse por las avenidas y calles principales de la ciudad: un empujón o rugido de más y lo más probable es que sacase las espadas y tuviese que abrirse camino a tajadas a través del gentío, y entonces no tendría más remedio que escapar de Darujhistan o arriesgarse a colgar de una soga en la colina del Alto Cadalso; así que una vez que pasó por la Puerta de la Hacienda al sur del parque Borthen y bajó la rampa hacia el distrito del Lago, Rezongo tomó una ruta indirecta por estrechos y tortuosos callejones y caminos llenos de basura entre los edificios.

Las pocas personas que encontró en su recorrido se apartaban rápidamente, como si un instinto de autoconservación las amansase.

Giró por un camino apenas un poco más ancho y se encontró con que estaba bloqueado por un alto

carruaje que parecía como si hubiese sufrido un motín, lo que le recordó a Rezongo que seguían los festejos, aunque, cuando se acercó y vio que estaba pisando cuerpos desmembrados y vetas de sangre que se estaba secando lentamente, y cuando vio el enorme agujero en el carruaje donde debería haber habido una puerta, con la oscuridad de dentro inerte y gris por una neblina inmóvil, y los caballos con la piel cubierta de espuma y sudor incrustados (todo aquel desastre sin vigilancia y, por lo visto, inmune al saqueo) reconoció uno de esos malditos carruajes de la Asociación Comercial de Trygalle, tristemente célebre por sus llegadas repentinas, inexplicables y siempre violentas.

Igual de irritante resultaba que el Trygalle era un claro rival del Gremio de la ciudad, de los Caravasares, con su sistema de participación accionaria, insólito hasta entonces. Algo que los Caravasares deberían haber pensado hace mucho, aunque si lo que Rezongo había oído se acercaba lo más mínimo a la verdad, el índice de abandono entre los accionistas del Trygalle era monstruosamente alto, más alto de lo que cualquier guardia sensato aceptaría.

Por otro lado, reconsideró, aquí estaba él, el único superviviente de la caravana de Sirik, y a pesar de los concejos que llevaba ahora en la bolsa, su rendimiento financiero no era casi nada comparado con los beneficios que Sirik sacaría del kelyk, sobre todo ahora que no tenía que pagar a sus conductores. Por supuesto, tendría que comprar nuevas carretas y reparar las que él había entregado, pero tenía un seguro que se haría cargo de parte de los gastos.

Cuando rodeó despacio el carruaje de la calle pudo verlo más de cerca y sacó la agria conclusión de que el Trygalle construía aquellos mostrencos para aguantar casi cualquier cosa. Abrasados, horadados como por las garras de osos de las llanuras, mordidos y picados, la pintura estridente desconchada como si la hubieran rociado con ácido. Tan maltrecho como un carro de guerra.

Pasó al lado de los caballos. Después, cinco zancadas más adelante, Rezongo se dio la vuelta sorprendido. Así de cerca los animales deberían haberse aterrorizado, siempre lo hacían. Incluso aquellos que había domado para que se acostumbraran a su olor temblaban descontroladamente debajo de él hasta que el puro nerviosismo embotaba su miedo. Pero estos... Frunció el ceño, buscando la mirada de uno de los líderes y encontrando en ella nada más que un hastiado desinterés.

Sacudió la cabeza y reemprendió el viaje.

Sí que era curioso. Por otro lado, le vendría bien un caballo como ese.

O mejor aún: ¿y qué tal uno muerto? ¿Muerto como Gisp?

Ese pensamiento le había devuelto a ciertos temas desagradables en los que ahora no le apetecía mucho pensar. *Como que yo sea capaz de mandar a los muertos.*

Él era, pensó, demasiado viejo para descubrir nuevos talentos.

La barquilla de piel de morsa se bamboleaba peligrosamente en las aguas picadas entre dos gabarras mercantes, y corría el riesgo de verse aplastada entre ellas antes de que el único ocupante pudiera hacer una desesperada maniobra con la espadilla para propulsarla hacia delante y aparecer así momentos después en un amarre embarrado y lleno de trampas para cangrejos. El hombre que trepó desde la barquilla estaba empapado de cadera abajo y la alforja que le colgaba de un hombro sonó a agua encharcada, y luego empezó a chorrear sin parar mientras su dueño subía por el embarcadero hacia los gastados escalones de piedra que ascendían hasta el puerto.

Tenía un aspecto desaliñado, con una barba de dos o tres días, y los cueros que vestía parecían una extraña mezcla de los que se solía llevar bajo la armadura y con los que un pescador nathii se abrigaría durante una borrasca. El sombrero de ala ancha y piel de foca que le cubría la cabeza estaba deformado, descolorido por el sol y salpicado de sal. Además de la alforja llevaba una curiosa cimitarra en una

vaina partida sujeta por deshilachadas tiras de cuero. La cabeza de serpiente del pomo mostraba unas cuencas vacías donde en otro tiempo hubo gemas en lugar de ojos, los colmillos y el cuello. Alto, nervudo, nada más alcanzar el puerto avanzó con una prisa un tanto furtiva, atajando entre la multitud hacia uno de los callejones que salían al otro lado de la calle Fachada.

Se escuchaban unos gritos desde el amarraje en el agua, que exigían saber quién había dejado una barquilla medio inundada junto a sus cajones.

Llegó a la boca del callejón y se adentró unos pocos pasos, después se detuvo en la sombra entre los almacenes de altos muros. Se quitó el sombrero y se limpió la mugre de la frente. Su pelo negro, aunque le raleaba en la frente, estaba sujeto en una larga coleta que había llevado debajo del sombrero pero que ahora caía hasta la parte baja de su espalda. Su frente y su rostro estaban cosidos a cicatrices, y le faltaba la mayor parte de la oreja izquierda, arrancada de un tajo hacía ya un tiempo. Rascándose un momento la barba, se volvió a poner el sombrero, y avanzó por el callejón.

Se detuvo a menos de veinte pasos después, cuando dos siluetas se acercaron a él desde sendos huecos a cada lado. El que estaba a su izquierda apretó la punta de una daga contra sus costillas, al tiempo que agitaba con la otra una espada corta frente a sus ojos para acorralar al hombre contra una mugrienta pared.

Mudo, el hombre obedeció. En la penumbra miró con ojos entrecerrados al que llevaba la espada, después frunció el ceño.

—Leff.

Una sonrisa de dientes sucios.

—Ey, viejo compañero, qué bien que aparecieras.

El que llevaba el cuchillo resopló.

—Creías que nunca te reconoceríamos con ese estúpido sombrero, ¿eh?

—¡Chamusquino! Que me alegro de veros. Por los dioses del inframundo, habría jurado que ya habíais encontrado hace mucho un final espantoso los dos. Pero ¡qué agradable sorpresa, amiguitos! Si tuviera una moneda, una siquiera, vaya, os invitaba a un trago...

—Cállate —dijo Leff con un gruñido sin dejar de menear la espada delante de la cara del hombre—. Estás en nuestra lista, Torvald Nom. Oh, sí, muy por debajo porque la mayor parte de la gente se pensaba que hacía mucho que te habías ido y que llevabas casi el mismo tiempo muerto. Pero te escapaste con una deuda, una bien gorda y ahora todavía más gorda, ya te digo si es gorda, por no mencionar que te escapaste de Chamusquino y de mí...

—¡Qué dices! Creo recordar que disolvimos nuestra sociedad formalmente, después de la noche en la que...

Chamusquino siseó.

—¡Calla, maldito! ¡Nadie sabe na deso!

—Lo que quiero decir —se apresuró Torvald a explicar—, es que nunca me escapé de vosotros dos.

—Da igual —dijo Leff—, porque no es por eso por lo que estás en la lista, ¿no?

—Pues sí que tenéis que estar desesperados, para liaros con una de esas...

—Igual lo estamos —dijo Chamusquino—, o quizá no. Eso sí, que nos digas que estás sin blanca son malas noticias, Torvald. Más pa ti que pa nosotros, porque ahora tenemos que entregarte. Y anda que no se va a poner Lender Gareb contento.

—¡Esperad! Puedo conseguir el dinero... Puedo limpiar esa deuda. Pero necesito tiempo...

—No te queda tiempo —dijo Leff, sacudiendo la cabeza—. Lo siento, viejo amigo.

—Una noche, solo pido eso.

—Una noche pa que te largues todo lo lejos que puedas.

—No, lo juro. Dioses, ¡si acabo de volver! ¡Para saldar todas mis deudas!

—¿En serio?, ¿cómo piensas hacerlo?

—Será mejor que me guarde los detalles, Chamusquino, para preservar tu inocencia y la de Leff. Así que estoy muy abajo en la lista, y tengo que estarlo, porque han pasado años. Eso significa que nadie espera que vayáis a encontrarme, ¿verdad? Dadme una noche, solo una, no pido más. Podemos quedar aquí, mañana a esta hora. No me escaparé de vosotros, lo prometo.

—Nos tomas por idiotas —dijo Leff.

—Escucha, una vez que haya pagado la deuda de Gareb puedo ayudaros. ¿Quién mejor que yo para esas cosas?

La expresión de incredulidad de Chamusquino le estiró tanto el rostro que parecía que sus ojos se le iban a salir de las órbitas. Se pasó la lengua por los labios, le lanzó una mirada a Leff.

Torvald Nom vio todo eso y asintió.

—Sí, los dos estáis en un lío, de acuerdo. Esas listas se terminan tragando a todo el que se ocupa de ellas. Tengo que deciros que me sorprende y, bueno, me decepciona profundamente ver que vosotros habéis caído tan bajo desde que me fui. Dioses, si lo hubiera sabido, bueno, habría pensado si quedarme...

Leff resopló.

—Eso sí que es una condenada mentira.

—Bueno, quizás una exageración. ¿Y qué dice Gareb que le debo ahora?

—Diez mil concejos de plata.

Torvald Nom se quedó boquiabierto y el color le abandonó el rostro.

—¡Por el amor del Embozado!, ¡si solo me invitó a cenar una vez y a un jarro o dos! Y pensé que simplemente estaba siendo generoso. Quería que hiciera un trabajo para él o algo. Me sentí insultado cuando me envió la cuenta de aquella noche...

—Intereses, Torvald —le dijo Leff—. Ya sabes cómo va.

—Y además —añadió Chamusquino— fuiste y te largaste. ¿Dónde has estado metío todo este tiempo?

—Nunca me creerías.

—¿Eso de las muñecas son cicatrices de grilletes?

—Sí, y peor. Un corral de esclavos nathii. Traficantes de esclavos malazanos... Todo el camino hacia las Siete Ciudades. Que Beru nos proteja, amigos, nada de eso fue bonito. Y en cuanto al largo camino de vuelta, vaya, ¡si fuera un bardo haría una fortuna tejiendo ese relato!

La espada que se cernía sobre su cabeza había vacilado, bajado un poco y por último se había apartado; la punta de cuchillo que le pinchaba las costillas se había aflojado. Torvald miró rápidamente las dos caras que tenía delante, luego habló.

—Una noche, viejos amigos, y todo esto se habrá resuelto. Y podré empezar a ayudaros con esa lista.

—Ya tenemos ayuda —dijo Leff, aunque no parecía satisfecho con esa confesión.

—¿Ajá? ¿Quién?

—Kruppe. ¿Te acuerdas de él?

—¿Ese grasiento y seboso perista que se pasa la vida en la Posada del Fénix? ¿Estáis locos?

—Es nuestro nuevo bar, Torvald, desde que Bormen nos echó por... —dijo Chamusquino.

—¡No le cuentes esas cosas, Chamusquino!

—Una noche —dijo Torvald, asintiendo—. ¿Trato? Bien, no os arrepentiréis.

Dando un paso atrás, Leff envainó la espada.

—Yo ya lo estoy. Escucha, Torvald. Tú escapas y nosotros vamos a por ti, estés donde estés. Da igual que te largues de un salto a uno de esos corrales de esclavos nathii que nos tendrás allí contigo. ¿Me

entiendes?

Torvald frunció el ceño al hombre por un momento, después asintió.

—Claro, Leff. Pero ahora he vuelto y no me marchó a ninguna parte, nunca más.

—Una noche.

—Sí. Ahora será mejor que volváis a vigilar el puerto; nunca se sabe quién podría estar preparando la huida en el siguiente barco que zarpe.

Los dos hombres parecieron nerviosos de repente. Leff le dio a Torvald un empujón cuando pasó a su lado, con Chamusquino pisándole los talones. Torvald vio cómo se escabullían hacia la boca del callejón, después zambullirse en la multitud en la calle Fachada.

—¿Cómo es —se preguntó en voz baja— que los tontos de remate siempre, siempre, siempre sobreviven?

Se ajustó su capa de lluvia moranthiana, comprobando que ninguno de los objetos escondidos en sus bolsillos interiores se hubiesen soltado o, los dioses no lo quisieran, roto. Nada que gotease. Ninguna sensación de quemadura, ninguna presencia culebreante de... lo que fuera. *Bien*. Se ajustó mejor el sombrero y partió de nuevo.

Esto de Gareb era muy irritante. Bueno, tendría que hacer algo al respecto, ¿verdad? *Una noche. Bien. Que así sea. El resto puede esperar.*

Espero.

Nacido en la ciudad del Gato Tuerto hace veintisiete años, Humilde Medida era mestizo. Una mujer rhivi, vendida a un mercader local a cambio de una docena de lingotes de hierro enfriado, dio a luz un hijo bastardo un año después. Adoptado por la casa de su padre a los ocho años, el niño empezó de aprendiz de ferretero y habría heredado la empresa de no ser por aquella terrible noche en la que su mundo de amparo y estabilidad se derrumbó.

Había llegado un ejército extranjero y había comenzado el asedio de la ciudad. Fueron días y noches de grandes emociones para el muchacho, las calles ardían de rumores sobre la gloria que prometía la incorporación de la ciudad al grandioso y opulento imperio malazano, si tan solo los necios de palacio capitularan. Los ojos de su padre habían brillado con esa imaginada promesa, y fue sin duda arrastrado por la creciente marea de esas visiones por lo que el anciano comerciante conspiró con los agentes del Imperio para abrir las puertas de la ciudad una noche, un intento que terminó en un catastrófico fracaso, pues el mercader fue arrestado y después ejecutado, y su finca, invadida por una guarnición de soldados a punta de espada.

El asalto había dejado recuerdos de pesadilla que nunca abandonarían a Humilde Medida. Presenció la violación y el asesinato de su madre, y el de sus hermanastras. Gritos, humo y sangre, sangre por todas partes, como el amargo regalo de algún dios oscuro. Cómo olvidar esa sangre. Golpeado y encadenado, lo habían arrastrado a la calle y habría sufrido el mismo destino de los demás de no ser por la presencia de una compañía mercenaria aliada de la ciudad. Su comandante, un hombre alto y guerrero feroz de nombre Jorrick Lanzafilada, había asumido el mando de los pocos prisioneros supervivientes.

Esa compañía fue expulsada de Gato Tuerto por los paranoicos gobernantes de la ciudad, y zarpó en barcos atravesando Lago del Viejo Rey, poco antes de que otro acto de traición resultase más exitoso que el primer intento. Otra noche de matanza, esta vez a mano de los sangrientos asesinos de la Garra, y Gato Tuerto cayó a merced del imperio malazano.

Jorrick Lanzafilada se había llevado a sus prisioneros con él y los había dejado libres en la salvaje costa del sur del lago, a los mismos pies de la cordillera Tuerta, con víveres suficientes para atravesar

los pasos de montaña hacia la meseta del Viejo Rey. Desde allí, Humilde Medida había llevado a los supervivientes de su hogar, esclavos y ciudadanos libres por igual, por las rutas comerciales hasta la ciudad de Oso. Una breve estancia allí, después al sur hacia Remiendo y, desde allí, a la ruta rhivi.

Una breve parada en Pale, escapando de otro asedio malazano, hasta Darujhistan en medio de una decrepita columna de refugiados.

Tras lo cual, Humilde Medida se había instalado en la última oficina superviviente del negocio de su padre, donde comenzó un largo y cuidadoso proceso de reconstrucción que pulió sus habilidades tácticas y, desde luego, su fortaleza.

Un viaje tan largo y difícil había garantizado la lealtad de su equipo. Los esclavos fueron liberados en recompensa y ni tan siquiera uno rechazó la oferta de empleo. Su negocio en el comercio del hierro floreció. Por un tiempo pareció que la maldición que era el imperio malazano podría localizarlo de nuevo, pero había habido una ofrenda, una ofrenda de sangre que ahora comprendía bien, y la vida de la ciudad había sido perdonada.

¿Por cuánto tiempo? Humilde Medida conocía bien la forma de proceder del Imperio. La infiltración, los astutos actos de desestabilización, los asesinatos, el fomento del pánico y la desintegración del orden. Que ahora tuvieran una embajada en la ciudad no era más que un medio de traer a sus mortíferos agentes a Darujhistan. Pues bien, él ya no quería seguir huyendo.

Los antepasados de su padre habían comerciado con el hierro durante doce generaciones. Aquí en la oficina en el distrito gadrobi, en las criptas muy por debajo del nivel de la calle, había encontrado registros escritos que databan de hacía casi seiscientos años. Y entre los más antiguos de esos rollos de pergamino, Humilde Medida había hecho un descubrimiento.

Darujhistan no caería a manos del Imperio de Malaz, había encontrado la forma de asegurarlo. De garantizar, sin duda, que ningún poder extranjero pudiera volver a amenazar la ciudad que ahora llamaba hogar, que jamás volviera a poner en peligro a su familia, a sus seres queridos.

Para lograrlo, Humilde Medida sabía bien que necesitaría de toda su perspicacia para que sus complejos planes dieran sus frutos. Necesitaría extensas sumas de dinero, que ahora tenía a su disposición. Y, por desgracia, tendría que ser implacable.

Fastidioso, sí, pero un sacrificio necesario.

La oficina central de los comerciantes de hierro de Eldra era un complejo de edificios en expansión, almacenes y patios justo al norte de la puerta de Dos Bueyes. Todo el complejo estaba amurallado y era prácticamente independiente. Tres juegos de forjas daban a una fundición alargada de una única planta que descansaba sobre el muro occidental. Debajo corría un río subterráneo que proporcionaba una salida al río Maiten. Las aguas residuales y los vertidos que surgían de ese río le daban a la bahía el nombre de Aguaspardas y la mayor parte de los días la mancha llegaba tan lejos como hasta el lago Celeste, una desgraciada consecuencia de trabajar el hierro, como le decía a menudo a los oficiales de la ciudad cuando las protestas de los pescaderos gadrobi se volvían demasiado airadas para ignorarlas. Las ofertas de compensación solían acallar dichas protestas, y por lo que respectaba a la ironía algo amarga que Humilde Medida sentía cuando pagaba estas sumas —una ironía basada en el frío hecho de que todos necesitaban hierro, pues la demanda era continua, desde los anzuelos y los arpones hasta las armaduras y espadas—, bueno, eso lo guardaba sabiamente para sí.

El edificio de la administración se alzaba contra la pared sur del complejo y servía tanto de oficina como de residencia. Las dependencias de los empleados dominaban el ala más cercana al extremo sur de la fundición. El bloque central albergaba los registros y las oficinas de los escribanos. La última ala era la parte más antigua de la estructura, sus cimientos databan de una era en la que el bronce era el metal primario, y la civilización, tan solo una promesa en bruto. Allí, muy por debajo del nivel del suelo, unas

antiguas y sinuosas escaleras bajaban a través de capas y capas de caliza y se abrían hasta una sucesión de cámaras abovedadas de tosco labrado destinadas al almacenamiento durante generaciones. Mucho antes de tan mundano uso, sospechaba Humilde Medida, estas criptas habían albergado un propósito más oscuro.

Recientemente había convertido tal cripta en un escritorio secreto donde poder trabajar a solas, protegido por una miscelánea de salas que llevaban mucho tiempo en letargo, y pasaba allí buena parte de sus noches, extrañamente infatigable, como si la misma nobleza de su causa lo bendijera con fuerzas sobrehumanas, lo que interpretaba como otra prueba de que sus esfuerzos habían comenzado a dar sus frutos, una especie de reconocimiento de unos poderes que pocos sospechaban que existiesen aún.

Tales eran sus cavilaciones incluso diurnas, y tal día como aquel su sirviente más leal —el único que conocía las criptas secretas y, desde luego, el plan maestro de Humilde Medida— entró en su oficina, dejó un librito de cera sobre su escritorio y después se marchó.

El repentino avivarse de la expectación fue aplastado de súbito nada más abrir el libro y leer el mensaje grabado en la cera.

De lo más desafortunado. Cuatro asesinos, todos fracasaron. El Gremio le aseguraba que ese fracaso no se repetiría.

Parecía que los objetivos habían resultado ser tan peligrosos como Humilde Medida había sospechado. Un amargo consuelo, por desgracia. Volvió a dejar el librito en la mesa y alcanzó el rodillo que estaba sobre el plato caliente. Con cuidado, derritió el mensaje.

El Consejo tendría que hacerlo mejor. A no ser que él perdiera la fe y buscara... otros medios.

En los patios de fuera resonaba el sonido metálico de las barras de hierro al rodar desde los palés a las bases de los carriles que llevaban al almacén, como el repentino choque de unos ejércitos en el campo de batalla. El ruido arrancó una mueca de disgusto a Humilde Medida.

Lo que fuera necesario. *Lo que sea necesario.*

Apenas tardó el barco extranjero que se acercaba despacio al embarcadero de Piedrabaja en captar la atención de las multitudes en el muelle, lo suficiente para disminuir el constante clamor de los vendedores ambulantes, estibadores, videntes, prostitutas, carreteros y pescadores. Todos lo vieron ojipláticos. Las conversaciones murieron al tragar aire los pulmones y dejarlo retenido en helado espanto. Se oyó el alarido de una súbita carcajada, a la que enseguida siguieron otras.

De pie en la proa de aquel barco bajo, en una mano pálida y perfecta reposada sobre el mascarón de proa con forma de caballo, había una mujer. Si no fuera por su epatante belleza, aquella pose tan regia y altiva habría rayado lo caricaturesco. Iba envuelta en una diáfana blusa verde esmeralda que ondeaba como el agua en un río glacial. Llevaba un cinturón ancho de cuero negro donde portaba tres dagas con las hojas al descubierto y debajo de ello unas ajustadas calzas de cuero curtido que bajaban hasta unas mallas de piel sin curtir. Detrás de ella, en la cubierta y en las jarcias, se arremolinaba una veintena de bhokarala, mientras que otros tres se peleaban con el timón de espadilla.

En todos los puertos del mundo se contaban historias de llegadas insólitas y estrambóticas, pero ninguna como aquella, o eso afirmarían los testigos en las tabernas y en los hogares en los años venideros. Cuando el barco se deslizó más cerca del muelle el desastre pareció inminente. Los bhokarala no eran más que simios, después de todo, quizá tan listos como el común de los perros. ¿Pilotar una nave? Absurdo. ¿Entrar en el atracadero con diestra precisión? Imposible. Y, sin embargo, en el último momento, las tres criaturas que luchaban por el control del timón consiguieron de milagro escorar el barco. Los parachoques de paja apenas se comprimieron entre el casco y la piedra cuando la nave tocó el

muelle. Las maromas salieron volando en caótica profusión y solo unas pocas alcanzaron a los operarios del muelle, aunque bastaron para darle rapidez al barco. En lo alto del mástil principal, la gavia orzó y chasqueó, entonces la verga se aflojó y la lona se dobló al caer, atrapando por un instante a un bhokaral, que chilló y forcejeó con vigor para librarse de ella.

Abajo, en la cubierta principal, los bhokorala corrieron desde todas partes para pelearse con la rampa de desembarco, y todo el mundo en el puerto vio cómo el tablón gris y combado era descendido a tirones, retumbando en las piedras del muelle, una tarea que terminó con la caída al agua de tres o cuatro de aquellas bestezuelas negras y aladas, entre chillidos lastimeros.

Una docena de pasos más allá esperaba un escribano de la oficina del capitán del puerto, que dudó por mucho tiempo si acercarse a exigir las tasas de amarre. El bhokaral empapado trepó de vuelta a cubierta con un enorme pescado en la boca, lo que provocó al resto, que se apresuraron a pelear por el premio.

La mujer se había retirado de su atalaya en la proa, pero, en lugar de cruzar la cubierta principal para desembarcar, desapareció por la escotilla de las cabinas.

El empleado se adelantó y retrocedió enseguida en cuanto media docena de bhokarala agolpados en el pasamanos junto a la rampa le enseñaron los colmillos.

Como suele ocurrir entre las multitudes, la fascinación de la novedad tuvo una vida muy corta, y al poco, ya que no ocurrió nada reseñable más allá de los fútiles intentos del empleado de conseguir las tasas de amarre de una veintena de monos alados que no hacían más que enseñarle los dientes y hacerle muecas —tanto que incluso uno de ellos le tiró una cabeza de pescado fresca—, así que la mirada fija se abstraigo y desapareció, de vuelta a cualesquiera que fuesen las tareas o exigencias que hubieran requerido su atención antes de que apareciera el barco. Las noticias de la gloriosa mujer y su ridícula tripulación volaron e infestaron la ciudad, tan veloces como estorninos de calle en calle, a medida que avanzó la tarde.

En la cabina del capitán a bordo del barco, Scillara contemplaba mientras hermana Rencor, con una débil sonrisa en sus labios carnosos, servía copas de vino y las dejaba antes de que sus invitados se sentaran alrededor de la mesa de mapas. La sonrisa se desmoronó y se convirtió en una triste mueca —apenas un tanto exagerada—, cuando Navaja se retorció en su silla, demasiado frustrado para aceptar el gesto de paz.

—Venga, vamos —dijo Rencor—, un poco de madurez de tu parte sería de alivio ahora mismo. Nuestro viaje ha sido largo, sí, pero insisto en que retrasar nuestro desembarco hasta el atardecer sigue siendo el proceder más sabio.

—No tengo enemigos aquí —dijo Navaja en un beligerante gruñido—. Solo amigos.

—Quizá sea verdad eso —concedió Rencor—, pero te aseguro, joven asesino, que Darujhistan no es la ciudad que dejaste años atrás. Cargada de tensión, al borde de un grave peligro...

—¡Eso ya lo sé! Lo noto... ¡Lo noté incluso antes de que subiera a bordo de tu maldito barco! ¿Por qué creéis que estar aquí sentado sin hacer nada me parece la peor decisión posible? Tengo que ver a unas personas, tengo que advertirles...

—Venga ya —interrumpió Rencor—, ¿de verdad crees que eres el único consciente del peligro? ¿Que todo pende de la punta de tus dedos? ¡Qué arrogante es la juventud!

Scillara llenó su pipa con hoja de roya y se tomó un tiempo en encenderla. Intensas y sombrías emociones llenaban el camarote. No es que eso fuera una novedad, desde luego. El viaje entero había resultado caótico y adverso desde el momento en el que a ella, Navaja, Barathol y Chaur los habían pescado de los mares mientras el cielo lanzaba gigantes esquirlas de fuego por todas partes. Devotos

bhokarala, una mula miserable, una vieja bruja que se convertía en un montón de arañas solo con que alguien la mirase de soslayo. Un sumo sacerdote de Sombra, escuálido y loco de atar, y un trell con el corazón roto. Y aunque Rencor tenía los aires de una princesa mimada, era desde luego una hechicera soletaken, con poderes espantosos y el sobrenatural peligro de una Antigua Diosa. No, Scillara no creía que hubiese un cargamento más dispar de tripulación y pasajeros.

Y ahora aquí estamos. ¡Pobre Darujhistan!

—No falta mucho —le dijo a Navaja—. Será mejor que tratemos de pasar tan desapercibidos como podamos.

Iskaral Pust, sentado en su silla con las piernas recogidas de forma que su rostro de sapo quedaba entre las rodillas, pareció atragantarse con ese comentario; después, enrojecido y con los ojos saltones, miró con enojo la mesa.

—¡Tenemos una tripulación de monos chalados! —Ladeó la cabeza y miró ansioso a Scillara—. Podríamos ahumar pescado desecado con ella... ¡solo con ponérselo en el pelo! Claro que el pescado acabaría envenenándonos a todos, ¡pero igual ese era su plan desde el principio! Que no se acerque a la comida ni a la bebida... Sí, sí, la he calado. ¡A un sumo sacerdote de Sombra no se le engaña así como así! Desde luego que no. Bueno, ¿qué iba yo a decir? —Juntó las cejas y después se alzó amenazante dirigiéndole una mirada furiosa—. ¡Desapercibidos! ¿Y qué tal si nos escondemos en esa nube tuya, mujer?

Ella le lanzó un beso de humo.

Rencor dejó la copa en la mesa.

—Las decisiones a las que nos enfrentamos merecen ser discutidas, ¿no os parece?

Esa pregunta, dirigida a todos, solo cosechó miradas en blanco.

Rencor suspiró.

—Mappo Runt, ese a quien buscas no está en este continente. Sea como sea, mi consejo es que cruces aquí por tierra, quizás hasta Lamatath, donde deberías conseguir procurarte un pasaje al imperio bárbaro de Lether.

El trell la examinó por debajo de las profusas cejas.

—Entonces no me rezagaré.

—Oh, él no debe rezagarse —susurró Iskaral Pust—. No, no, no. Demasiada ira, demasiado dolor. El gigante patán no debe rezagarse, o peor, hacerse el rezagado. Hacerse el rezagado sería terrible, y probablemente en contra de la ley. Sí, quizá podría hacer que lo arresten. Encerrado, olvidado en alguna mazmorra infausta. Vaya, debo meditar esta posibilidad, ¡y todo mientras sonrío benévolutamente! —Y sonrió.

Mogora resopló.

—Marido —dijo con dulzura—, he adivinado tu futuro. En Darujhistan encontrarás a tu némesis, un encuentro catastrófico. Devastación, miseria para todos, el desencadenarse de terribles maldiciones y feroces poderes. La ruina, una ruina tal que sueño cada noche con la bienaventurada paz, segura de que el universo está de nuevo en equilibrio.

—Me cuesta imaginar —dijo Rencor—, a la Sombra imponiendo ningún tipo de equilibrio. Este marido tuyo sirve a un dios diabólico, un dios de lo más desagradable. En cuanto a tus dotes adivinatorias, Mogora, resulta que sé que tú no tienes esa clase de poderes...

—Pero siempre queda la esperanza, ¿no?

—No es mundo este para vivir de ilusiones, querida.

—¡No me llames «querida»! ¡Eres de las peores brujas que hay!, ¡de las guapas! Prueba de que el atractivo no es más que un hechizo...

—Venga, esposa —dijo, cantarín, Iskaral Pust—, anda que a ti no te vendría bien un poco de hechizo. Sí, ponerle fin a mi náusea...

Con un gruñido, Mogora se convirtió en una turba de arañas que se derramó sobre la silla y el suelo de tablones y que después se desperdigó en todas direcciones.

Iskaral Pust soltó una risita a los demás.

—Por eso es que me siento de esta forma, idiotas. Os morderá a todos, ¡a la mínima oportunidad! —Le dio un golpecito con un dedo nudoso a Scillara—. Menos a ti, claro, ¡porque tú la pones enferma!

—Bien —respondió Scillara, después le echó una mirada a Barathol. El inmenso hombre de piel negra sonreía de lado mientras observaba al resto. Detrás de él estaba Chaur, su estúpida sonrisa inalterable incluso cuando trataba de pisotear las arañas—. ¿Y tú, herrero? ¿Deseoso de explorar esta grandiosa ciudad de fuego azul?

Barathol se encogió de hombros.

—Creo que sí, aunque hace ya algún tiempo que no estoy entre multitudes. Imagino que incluso podría disfrutar del anonimato.

Pareció mirarse las manos que reposaban sobre la mesa delante de él, y vio algo en la madeja de cicatrices que le hizo fruncir el ceño, después las retiró despacio de la vista. Apartó sus oscuros ojos de los de ella, diríase que con timidez.

No era nada dado a grandes confesiones, bien lo sabía Scillara. Un solo remordimiento podía aplastar cien mil orgullosas hazañas, y Barathol Mekhar tenía más remordimientos de los que la mayoría de los mortales eran capaces de digerir. Tampoco era lo bastante joven para afrontarlos con descaro, asumiendo, en tal caso, que la juventud fuese de verdad un momento para el audaz atrevimiento, esepreciado desinterés por el futuro que permitía, bueno, casi cualquier cosa, siempre y cuando sirviese a una necesidad inmediata.

—Reconozco —dijo Rencor— que siento algo de melancolía cuando visito ciudades tan vibrantes como Darujhistan. Una vida larga le enseña a uno lo efímero de la próspera gloria. Es más, he regresado a ciudades que conocí bien en su época de esplendor y lo que encontré fueron muros derruidos, polvo y desolación.

Navaja hizo una mueca que dejó ver dientes.

—Darujhistan se ha mantenido en pie durante dos mil años y lo seguirá estando durante otros dos mil... o más.

Rencor asintió.

—Exacto.

—Bueno, nosotros no es que dispongamos del tiempo para vivir milenios, Rencor...

—Está claro que no estabas escuchando —interrumpió—. El tiempo no es una idea relevante. Considera el agotamiento que suele afectar a los tuyos, en sus últimos años. Ahora multiplica eso innumerables veces. Esa es la carga de una vida tan larga.

—Espera un momento que llore por ti —espetó Navaja.

—¡Qué ingratitud! ¡Pues muy bien, jovencito, haz el favor de irte ya y si es la última vez te veo al fin sabré lo que es obrar en calma!

Navaja se frotó el rostro y pareció a nada de tirarse del pelo. Respiró profundamente, exhaló despacio.

—Esperaré —murmuró.

—¿De verdad? —Rencor alzó sus delgadas y perfectas cejas—. ¿Significa eso que ahora viene una disculpa?

—Lo siento —masculló Navaja entre dientes—. Es solo que, con lo que temo que está a punto de ocurrirle a mi ciudad, perder el tiempo... por poco que sea... bueno, no es fácil. —Se encogió de

hombros.

—Las disculpas con salvedades son inútiles, ya lo sabes —dijo Rencor, levantándose—. ¿Ha atardecido ya? ¿No podéis arrastraros todos a vuestros catres? ¿O daros un paseo por la bodega? Por más que el maleducado de Navaja se agite con cosas que escapan a su control, yo misma siento la presencia de... personajes que residen en Darujhistan, de una naturaleza que me alarma incluso a mí. Por tanto, debo pensar un poco... y mejor si es a solas.

Scillara se levantó.

—Vámonos, Navaja —le dijo, tomándolo del brazo.

Con Chaur detrás, Barathol siguió al guerrero trell hasta la bodega. En el barco no había literas lo bastante grandes para acomodar a Mappo, así que este había improvisado una especie de habitación entre fardos de provisiones. Barathol vio que el trell ya había empaquetado su equipo, hamaca, armadura y armas metidas en un saco de lona anudada con una cinta de cuero sin curtir y ahora estaba sentado en un contenedor, con la mirada levantada hacia el herrero.

—¿Quieres hablar de algo, Barathol?

—Rencor me ha dicho que los trell fueron expulsados de este continente hace mucho.

—Mi gente ha sido perseguida durante miles de años. —Encogió sus enormes hombros—. Quizá para los demás seamos tan horrorosos que hasta nuestra propia existencia sea inaceptable.

—Te queda un viaje muy largo por delante —dijo Barathol—. Creo que...

Pero Mappo levantó una mano.

—No, amigo mío. Debo hacerlo solo.

—Cruzar un continente entero, enfrentado a la hostilidad, posiblemente de todos los bandos... Mappo, alguien tiene que guardarte las espaldas.

Los ojos oscuros y hundidos del trell lo examinaron durante una docena de latidos.

—Barathol Mekhar, hemos llegado a conocernos bien en este viaje. No se me ocurre quién mejor que tú para guardarme las espaldas. —Sacudió la cabeza—. No tengo intención de cruzar el continente. Hay... otros caminos. Quizás incluso más peligrosos, pero te aseguro que no soy fácil de matar. El fallo fue mío, y arreglarlo, en fin, es responsabilidad mía y solo mía. No aceptaré, no puedo hacerlo, que otros arriesguen sus vidas por mí. No tú, amigo. No el bendito Chaur. Por favor, deja que vaya solo.

Barathol suspiró.

—Entonces pones sobre mí la carga de una elección más terrible.

—¿Cómo?

Una sonrisa irónica.

—Sí. Qué hacer con mi vida.

Mappo soltó una risa.

—Yo a eso no lo llamaría «terrible», al menos no desde mi perspectiva.

—Entiendo lo que significa tener un impulso —dijo Barathol—. Creo que eso es lo único que entiendo. Allá en las Siete Ciudades, bueno, casi me había convencido de que lo que había encontrado era cuanto necesitaba, pero me estaba mintiendo. Hay gente, ahora lo creo, que sencillamente no es capaz de... retirarse. Lo sienten demasiado como una rendición.

—Eras herrero...

—Por necesidad. Era un soldado, Mappo. Un espada roja.

—Aun así, trabajar el hierro es una profesión digna. Quizás antes eras soldado, pero dejar las armas y encontrar otra profesión no es rendirse. Pero si tú lo sientes así, bueno, está ciudad sin duda está llena de

haciendas, muchas de las cuales recibirían de buen agrado un guardia de tu experiencia. Y siempre hay mercaderes, caravanas que operen por aquí. La ciudad tiene que tener su propia guarnición, ningún guerrero teme estar desocupado, pues sus habilidades siempre están solicitadas.

—Una triste revelación.

El trell volvió a encogerse de hombros.

—Lo que sí creo, Barathol, es que si hay alguien que necesita que le guarden las espaldas ese es Navaja.

Barathol suspiró frustrado.

—Dice poco de lo que planea hacer. Esta es su ciudad, en cualquier caso. Encontrará a aquellos que lo conozcan lo bastante como para protegerlo. Además, debo admitir que después de haber visto a Navaja practicar con esos cuchillos suyos... vaya, quizá sea Darujhistan quien deba temer su regreso.

—Es demasiado irreflexivo.

—Confío en que Scillara sabrá contenerlo.

—Barathol, despidámonos ahora. Pretendo marcharme pronto.

—¿Y si no hubiera venido yo aquí?

—No se me dan bien las despedidas. —Apartó la mirada.

—Se lo transmitiré al resto, de tu parte. Navaja se sentirá... molesto. Él es quien te conoce desde hace más tiempo.

—Lo sé, y lo siento... En muchas cosas soy un cobarde.

Pero Barathol lo comprendía bien. Esto no era cobardía. Era algún tipo de vergüenza, iba más allá de cualquier razón posible, de cualquier justificación imaginable.

Si Icarium Robavida aún no se había descontrolado lo haría pronto. Mappo llegaría demasiado tarde para prevenir eso. Era difícil, entonces, dejar al trell a todo lo que le esperaba, simplemente darse la vuelta, pero ¿qué otra cosa podía hacer cuando los deseos de Mappo estaban tan claros?

—Te dejaré entonces a tus... caminos, Mappo. Y te deseo lo mejor: un viaje en paz, que concluya con provecho.

—Gracias, amigo mío. Ojalá encuentres en Darujhistan un hogar digno. —Se levantó para estrechar la mano del herrero, después avanzó y abrazó a Chaur, quien se rio encantado y trató de comenzar un baile con el trell. Con un mohín, Mappo se apartó—. Adiós, Chaur. Cuida de Barathol.

Cuando Chaur por fin entendiera que no volvería a ver a Mappo de nuevo, derramaría lágrimas. Había una belleza simple en esas respuestas transparentes e infantiles. Quizá, pensó Barathol, solo Chaur recorriese el verdadero camino en la vida.

Poniendo una mano sobre el musculoso hombro de Chaur, le sonrió a Mappo.

—Él es un regalo que no merezco.

El trell asintió.

—Un regalo que este mundo no merece. Ahora quisiera estar solo, en estos últimos momentos.

Barathol hizo una reverencia, después guio a Chaur de regreso a la escalera que llevaba a la escotilla.

Iskaral Pust subió a su litera, situada en medio de las tres que se amontonaban contra el casco curvado. Se raspó la cabeza contra la de arriba y maldijo entre dientes, después maldijo otro poco más cuando tuvo que sacar de debajo de su almohada un puñado de asquerosas ofrendas que los bhokarala habían dejado: cabezas de pescado podrido, grumos de heces escamosas, baratijas que le habían robado a Rencor y una pipa de kaolín que le habían birlado a Scillara. Al arrojarlos se amontonaron con estrépito en el pasillo de dos tablonés de ancho a los pies de su mula, que había cogido la costumbre de ponerse al

lado de su litera a intervalos aleatorios, pero todos lo bastante inoportunos, como era de esperar de un animal descerebrado pero calladamente leal.

Del catre de arriba llegó un estentóreo resoplido.

—La escotilla es muy pequeña, ¿sabes? —dijo Mogora—. Contigo resulta muy evidente, marido.

—Quizá es que me apellido evidente, ¿es que no lo has pensado? No, qué va. Ella jamás piensa. Tiene diez mil ojos y ninguno de ellos ve más allá de los pelos de su nariz. Escúchame bien, mujer. Todo el mundo sabe que las mulas son mucho mejores que los caballos en todos los aspectos. Incluida la navegación de escotillas. Vaya, mi bendita sirvienta prefiere usar las letrinas en lugar de hacer sus cosas en cualquier sitio de la carretera. Ella tiene decoro, cosa que no se puede decir de ti, ¿verdad?

—¿No deberías estar hurgándote la nariz o algo? Tus devotos están esperando una señal, ya sabes.

—Al menos yo tengo devotos. Tú solo los asustas. Asustas a todo el mundo.

—¿También a ti?

—Claro que no. Por los dioses del inframundo, ¡ella me aterroriza! Mejor que no lo sepa, eso sí. Eso no sería bueno. Tengo que hacer algo pronto. ¡Quizá retorcerle las piernas y arrancárselas! Sí, eso bastaría. Dejarla tumbada boca arriba, rascando el aire y gimoteando como un patético cachorrito. Ay, qué cosa maravillosa es la imaginación, ¿verdad que sí?

—Cuando es lo único que tienes.

—¿Cuando es lo único que tienes? ¿De qué memez estás hablando ahora? Eso ha sido siniestro. Casi como si pudiera leerme la mente. Menos mal que no puede, claro.

—Un momento —bufó Mogora—. ¡Esa mula era un macho! ¡Lo habría jurado!

—Le habías echado el ojo, ¿eh?

—Sigue por ahí, marido, y te mataré con mis propias manos.

—Je, je. Vaya mente terrible y asquerosa que tienes, esposa.

—No, esta vez no me despistas. El mulo acaba de cambiar de sexo y conociéndote podría verla como una rival, pero ¿sabes qué? Toda para ti. Tenéis mi bendición, ¡claro que sí!

—Cría fama... —dijo Iskaral, estirándose con las manos detrás de la nuca y fijándose en las cuerdas tirantes que había sobre su cabeza—. Pero ella qué sabrá de eso. Será mejor que visite el templo local, imponga mi tiránico dominio sobre los acólitos y los sacerdotes y sacerdotisas faquir. ¡Sacerdotisas! Lo mismo hay un par de buen ver. Como sumo sacerdote tengo derecho a elegir. Hacer ofrendas en la oscuridad entre sus piernas, sí...

—Yo lo sabría, Iskaral Pust —le soltó con brusquedad Mogora, revolviéndose en la cama de arriba—. Lo sabría y entonces una noche mientras duermes sacaría mi cuchillo y chas, chas, después cantarías como un niño y te agacharías para mear y ¿qué mula o mujer te iba a querer entonces?

—¡Sal de mi cabeza, mujer!

—No es difícil saber qué piensas.

—¡Eso es lo que tú te crees! Se está volviendo más peligrosa, necesitamos un divorcio. Pero ¿no es por eso por lo que rompen la mayoría de las parejas? ¿Cuando la mujer se vuelve más peligrosa? Tiene que serlo. Estoy seguro. Bueno, entonces sería libre, ¿no? ¡Libre!

La mula rebuznó.

Mogora rio tan fuerte que se meó encima, si podía tomarse como indicio la hilera de gotitas que caían de arriba.

Scillara y Navaja habían cogido las literas más cercanas a la popa en un intento de tener algo de privacidad, y habían extendido un telón de lona sobrante por el pasillo. A pesar de ello les llegó la risa

casi histérica de Mogora, provocando otro mohín de disgusto de Navaja.

—Si esos dos se dieran cuenta de que están hechos el uno para el otro podríamos tener al fin un poco de paz.

Scillara sonrió.

—Estoy convencida de que lo saben. La mayoría de los matrimonios se amenazan con matarse de tanto en tanto.

Él le echó una mirada.

—Tienes unas ideas extrañas, Scillara. Sobre todo tipo de cosas.

—Me preguntaba si, cuando salgas esta noche, ¿querrás mi compañía? ¿O preferirías ir solo?

Navaja no fue capaz de sostenerle la mirada y disimuló estirando la espalda antes de reclinarsse en el catre.

—Claro que no —dijo—. Te gustará la Posada del Fénix. Meese, Irlita, Murillio, Coll y Kruppe. Bueno, Kruppe quizá no, él suele sacar un poco de quicio a la gente, pero es bastante inofensivo... creo.

—Rebuscó un poco en el morral de su cinturón, después sacó una única moneda. Un cetro azul de plata moranthiano que movió ágilmente entre los dedos—. Menuda sorpresa se van a llevar al verme.

Ella forzó una sonrisa.

—El demorado regreso de Navaja.

—Bueno, «Navaja» no es el nombre por el que me conocían. Por entonces era Azafrán Jovenmano.

—¿Y dónde está ahora? El tal Azafrán Jovenmano.

Pasó un momento mirando la moneda con los ojos entornados antes de responder.

—Muerto. Muerto desde hace mucho.

—¿Y qué les parecerá eso a tus amigos?

Se puso de pie, inquieto de repente y aún reacio a mirarla a los ojos.

—No lo sé. No les hará felices.

—Creo que dejaré que vayas solo, Navaja —dijo Scillara—. Iré con Barathol y Chaur a dar una vuelta por los mercados nocturnos y demás... Ahora se celebran unas fiestas, ¿verdad? Suena tentador. En cuanto a lo de conocer a tus amigos, será mejor esperar un día o dos.

Navaja le dirigió una mirada fugaz.

—¿Estás segura? No tienes...

—Estoy segura —le interrumpió—. Necesitas esta noche para ti solo. Tendrás demasiadas preguntas que responder y mi presencia embrollaría más las cosas.

—De acuerdo —dijo, y a pesar de su esfuerzo por disimularlo el alivio era palpable—. Pero ven mañana, todo el mundo sabe dónde está la Posada del Fénix, no tienes más que preguntar.

—Claro —respondió, levantándose de donde estaba sentada al borde de su catre—. Será mejor que vaya a buscar a Barathol para que no se marche sin mí.

—Debe de estar a punto de anochecer.

—Así es, Navaja. Que el tirón de la Señora te acompañe esta noche.

—Gracias. —Pero fue una respuesta distraída.

Mientras avanzaba, obligada a apartar a la maldita mula a un lado, Scillara se dijo que el dolor que estaba sintiendo era injustificado. Él había hallado consuelo en sus brazos porque no había nadie más. No había amor de por medio. No se mencionó ni una vez, ni se susurró o murmuró en los momentos somnolientos y espesos después de hacer el amor. Poco más que satisfacción mutua, consuelo y conveniencia. Y ahora, bueno, el tiempo había pasado. El reencuentro con sus amigos reclamaba a Navaja, aquel viejo mundo en el que había conocido su lugar. Ya era lo bastante difícil que no encajase de nuevo: explicar quién era esa ex prostituta fumadora de pipas y con sobrepeso que estaba a su lado

solo lo avergonzaría.

Él la había cambiado, comprendió cuando se detuvo dentro de la escotilla. Como si hubiera absorbido alguna esencia de su indecisión, de su falta de confianza. Ya no sentía que fuese aquella persona descarada y escandalosa. Ya no tenía una mueca o palabra de desprecio en los labios, ya no estaba blindada contra los caprichos de este condenado mundo. Aquí, a una docena de pasos de la ciudad más grande que jamás había visto, no era ni el tiempo ni el lugar para esa clase de debilidades.

Bueno, la sólida presencia de Barathol podía responder a sus necesidades. Por un tiempo, de todos modos.

Cuando salió a la cubierta principal se encontró en medio de una tormenta creciente. Los bhokarala llenaban el pasamanos junto al muelle y correteaban de un lado a otro cuan largo era, mientras al otro lado de la pasarela había un representante del capitán del puerto junto con media docena de guardias de la ciudad, ya con las porras en la mano, preparándose para asaltar el barco.

Barathol y Chaur acababan de subir de la bodega y el herrero estaba abriéndose paso a la fuerza entre los berreantes y gargajeantes monos.

Scillara comprendía bien el deseo de Barathol de evitar que la situación empeorara. Rencor no era la mujer con más temple que Scillara hubiera conocido. Una discusión que se torciera podía terminar con un enfurecido dragón devastando el puerto y la mitad de la ciudad. Todo por un malentendido en las cuotas de amarre.

Adiós a nuestra tranquila llegada.

Scillara se apresuró hacia delante, apartando a patadas los bhokarala y abriendo la saquita de monedas.

Un golpe en la sien y rodó, despierto de repente, llevándose los dos cuchillos a las manos y arañando con las hojas el arenoso suelo adoquinado que tenía a sus pies. Uno de sus hombros chocó contra la pared y él parpadeó en la penumbra.

Una silueta alta lo miraba desde arriba, vestida de cuero negro y tiras de hierro hechas jirones, con el brillo apagado de costillas partidas que se traslucía por una piel desgarrada y verde. Un rostro en sombras, las cuencas de los ojos picadas, la boca era un amplio tajo que dejaba ver unos colmillos sollevantados.

Rallick Nom examinó la aparición, los cuchillos le parecieron inútiles en las manos enguantadas. La sien aún le zumbaba. Bajó la mirada al cuero rígido de la punta de los mocasines medio podridos del demonio.

—Me has dado una patada.

—Sí —fue la bronca respuesta.

—¿Por qué?

El demonio dudó.

—Me pareció lo que había que hacer —dijo al fin.

Estaban en un estrecho pasillo. A la izquierda de Rallick había una robusta puerta de madera negra y bisagras de bronce. A su derecha, justo detrás del demonio, había una intersección en forma de T y puertas de doble hoja que daban al cruce. La luz proyectada por el farol, que la criatura llevaba en una mano marchita de dedos largos, era pálida y fría, arrojaba sombras difusas e indefinidas en las paredes de piedra. El techo de arriba dibujaba un arco irregular, las piedras más pequeñas y más finas hacia el ápice, al parecer encajadas sin argamasa. El aire olía a polvo y podredumbre, seco y sin vida.

—Parece... No recuerdo nada —dijo Rallick.

—Ya lo harás.

Tenía todas las articulaciones rígidas; incluso incorporarse con la espalda contra la pared dejaba a Rallick con los músculos temblorosos. Le dolía la cabeza por algo más que solo los ecos de esa maldita patada.

—Tengo sed... Si me vas a dar una paliza de muerte, demonio, tráeme algo de beber.

—No soy un demonio.

—Esas cosas nunca son fáciles de saber —replicó Rallick con un gruñido.

—Soy jaghut. Raest, antes tirano, ahora prisionero. «Aquel que se alza caerá. Aquel que cae será olvidado.» Así decía Gothos, aunque por desgracia parece que todos tenemos que esperar una eternidad antes de que su nombre desaparezca en el olvido.

Las extremidades empezaban a recobrar su fuerza.

—Recuerdo algo... Una noche de sangre, el festival de Gedderone. Malazanos en la ciudad...

—Acontecimientos portentosos ahora tan despojados de significado como lo estuvieron entonces. Has dormido, asesino, un largo tiempo. Incluso el veneno de tus armas ha perdido toda su potencia. Aunque el otataral de tus venas fluye sin que el paso del tiempo disminuya su efecto, pocos habrían hecho lo que tú, algo que, supongo, es una suerte.

Rallick envainó sus cuchillos y se fue enderezando despacio. Todo le dio vueltas y cerró los ojos hasta que se le pasó el vértigo.

Raest continuó.

—Dejo caer mis pasos por esta casa... pocas veces. Quizás hubiera pasado algo de tiempo antes de que me diera cuenta de que ella no estaba.

Rallick entornó los ojos hacia el hombre alto y encorvado.

—¿Ella? ¿Quién?

—Un demonio de verdad. Ahora responde al nombre de Vorcan, creo. Yaciste a su lado, inmune al paso del tiempo. Pero ahora ha despertado. Ha escapado, de hecho. Uno podría considerarlo... perturbador. Si le importase, claro.

Vorcan, Señora del Gremio de Asesinos, sí, ahora se acordaba. Estaba herida, moribunda, y él luchó por llevarla, sin saber por qué, sin saber qué estaba buscando. Hacia la casa, la casa que había crecido de la propia tierra. La casa que los malazanos llaman una Azath. Nacida del tirano Finnest... Rallick frunció el ceño a Raest.

—La casa —dijo—, también es tu prisión.

Un reseco encogerse de hombros que hizo que le crujieran los huesos.

—Las tensiones de tener propiedades.

—Así que has estado aquí desde entonces. Solo, sin tan siquiera poner un pie fuera. Con dos cuerpos casi cadáveres amontonados en tu pasillo. ¿Cuánto tiempo, Raest?

—No soy al que preguntar. ¿Se alza el sol en el cielo ahí fuera y después se pone de nuevo? ¿Suenan las campanas para proclamar un control donde no existe? ¿Siguen midiendo los necios mortales los incrementos que les acercan a sus muertes, sopesando los placeres y los costes, persistiendo en el engaño de que las hazañas tienen valor, de que el mundo y todos los dioses se sientan a juzgar cada decisión que se tomó o dejó de tomarse? ¿Acaso...?

—Basta —respondió Rallick, enderezándose con solo una mano apoyada en la pared—. Pregunté «cuánto tiempo», no «por qué» o «para qué». Si no conoces la respuesta solo dilo.

—No conozco la respuesta. Pero debería corregir una de tus asunciones. No moré aquí en solitario, aunque ahora sí que lo haga, salvo por ti, claro, pero no espero que tu compañía dure. No cabe duda de que esa legión de necios irreflexivos a los que tú llamas tu gente sin duda anhelan tu regreso. La sangre

espera tus dagas, tu morral está sediento de las monedas que lo llenarán con cada vida que robes. Y todo lo demás.

—Si antes no estabas solo, Raest...

—Ah, sí, me distraje con las ideas de la futilidad humana. El maestro de la baraja de los Dragones fue, por decirlo en lenguaje común, un ocupa aquí en casa, durante un tiempo.

—¿Y luego?

—Se marchó.

—No era un prisionero, entonces, ese maestro.

—No. Como tú, indiferente a mi miserable destino. ¿Aprovecharás ahora tu privilegio, asesino?

—¿A qué te refieres?

—¿Te marcharás ahora para no regresar nunca más? ¿Abandonándome a la soledad eterna, con nada más que telarañas en mi cama y armarios vacíos en la cocina, con burlonas corrientes de aire y el ocasional y débil repiqueteo de las ramas muertas contra las ventanas? Y con los gritos que se oyen de tanto en tanto cuando la tierra y las raíces del patio devoran algo desagradable. ¿Me dejarás sin más en este mundo, asesino?

Rallick Nom miró fijamente al jaghut.

—No tenía ni idea de que mi presencia inconsciente calmara tanto tu soledad, Raest.

—Tal insensibilidad por tu parte no me sorprende.

—Mi respuesta es sí, desde luego que te dejaré en tu mundo.

—Careces de gratitud.

Rallick se echó la capa sobre los hombros y comprobó su equipo. Había sangre vieja pero se desprendió como nieve negra.

—Perdóname. Gracias, Raest, por el golpe en la cabeza.

—No hay de qué. Ahora vete... me he aburrido.

La puerta se abrió con un crujido estridente y quejumbroso. Al otro lado era de noche, aunque la oscuridad se había retraído, arrinconada en el cielo por los desafiantes fuegos azules de Darujhistan. En algún lugar que no alcanzaba a ver desde el rellano en el que estaba, las calles eran un hervidero de ebria y bulliciosa diversión. Otro festejo, otra absurda celebración de la supervivencia.

El pensamiento acicateó en el alma de Rallick Nom una cierta expectación que barrió de un soplo la última capa de polvo de lo que sospechaba que había sido un sueño muy muy largo. Antes de que la puerta se cerrara a su espalda se dio la vuelta y logró distinguir la alargada silueta de Raest, aún de pie en el pasillo.

—¿Por qué me despertaste? —preguntó.

En respuesta, el jaghut dio un paso adelante y cerró la puerta con un estruendoso portazo que despertó el pánico de los pájaros e hizo que levantaran el vuelo despavoridos hacia el cielo nocturno.

Rallick regresó al camino y vio que en el mantillo a ambos lados había raíces retorciéndose como serpientes.

Comprobó sus cuchillos una vez más, se ajustó más la capa y después partió a redescubrir su ciudad.

Y así, los habitantes de Darujhistan se volvieron más escandalosos, lo bastante para darle a la ciudad una especie de vida. Imprudente, desde luego, sin tan siquiera un pensamiento para el futuro, ya fuera el instante después o el año siguiente. El gas silbaba en una llama azul, los acróbatas y los comediantes daban vueltas entre la multitud, cien mil instrumentos musicales se declaraban la guerra en las explanadas de la canción, y si algunos estudiosos decían que el sonido mismo era imperecedero, que cabalgaba

infinitas corrientes sin hallar costa fatal alguna, ni en el tiempo ni en el espacio, entonces la vida misma podría ser medida por su clamor. En los momentos de libre y azul claridad, y en los momentos de nubes amontonadas, en los coros de pronunciamientos que cantaban... llegadas, los mundos perduraban, tan inmortales como un sueño.

En el techo de una torre del baluarte, en esta noche, había una mujer vestida toda de negro. Los ojos fríos como un ave de rapiña mirando la extensión de tejados, chimeneas encendidas en los suburbios lejanos del distrito Gadrobi, y flotando en silencio sobre todo eso, la mujer pensó largo y tendido en el futuro.

En una calle cercana a la hacienda de Coll, un hombre envuelto en una capa se detuvo, se quedó anclado como una piedra mientras los festejos se arremolinaban a su alrededor, y al tiempo que decidió que un regreso en público, como el que había pensado hacer en un principio, sería poco sensato, pasó otro hombre caminando —más joven pero con la misma mirada en sus endurecidos ojos— hacia la Posada del Fénix.

Lejos de la estela de este último, allá en el puerto, un herrero, su lelo sirviente y una mujer cuyas generosas curvas atraían miradas de admiración de todos, caminaban tranquilamente hacia los mercados nocturnos de los gadrobi, observando todo con el asombro y el placer que solo un extranjero lograba experimentar cuando llegaba por primera vez a una de las ciudades más grandiosas del mundo.

Más cerca del barco del que habían desembarcado, un Sumo Sacerdote de la Sombra se escabulló hacia la oscuridad más cercana, perseguido casi sin ser visto por arañas que flotaban en la brisa del lago, y tras sus huellas correteaba un grupo de bhokarala —muchos de ellos cargados con nuevas ofrendas y baratijas que reclamaban como legítimas posesiones— una ráfaga de colmillos que volaba por la multitud acompañada de gritos de sorpresa, terror e imprecaciones (a medida que su colección de posesiones crecía con cada saca, monedero y joya que quedaba al alcance de sus zarpas).

A bordo del barco quedaba la capitana. Ahora llevaba unas túnicas sueltas y vaporosas de sedas negras y carmesíes, su rostro tan blanco como la luna mientras contemplaba con las cejas fruncidas la ciudad que tenía delante. Un aroma en el aire, un persistente perfume impregnado de recuerdos... sí, de todos los lugares, pero ¿era esto de verdad una casualidad? Rencor no creía en las casualidades.

Así que vaciló, sabiendo lo que revelaría el primer paso en roca sólida, quizá, decidió, sería mejor esperar un poco.

No demasiado.

Solo lo suficiente.

En otra parte de Darujhistan, un comerciante de hierro enviaba otro mensaje más al Maestro del Consejo de Asesinos, después se retiraba a su biblioteca secreta para enfrascarse en lecturas antiguas e inquietantes. Mientras que no muy lejos de allí se sentaba el guardia de un comerciante con desvaídos tatuajes de alambres, mirando con el ceño fruncido una taza llena de vino caliente y especiado que sostenía con sus enormes manos llenas de cicatrices, y de la habitación contigua llegó la risa de un niño, y ese sonido le crispó.

Abajo entre las nuevas haciendas pertenecientes a prestamistas que en otros tiempos habían sido criminales, pero que ahora habían comprado la respetabilidad, un desposeído Torvald Nom se acercó sigilosamente al muro alto y rematado de pinchos de una de esas haciendas. Así que deudas, ¿eh? Bien, de acuerdo, eso era fácil de solucionar. ¿Había perdido alguna de sus habilidades? Ni por asomo. En todo caso, esos talentos habían sido afinados por los rigores de un viaje legendario alrededor de medio condenado mundo. Su glorioso regreso a Darujhistan le aguardaba aún. Cuando llegara la mañana, sí,

cuando llegara la mañana...

En ese momento, en una pequeña habitación encima del bar de la Posada del Fénix, un hombre estaba echado en la cama, aún débil por la pérdida de sangre, recorriendo con el pensamiento el cementerio de su pasado, acariciando con los dedos la parte superior de las ajadas tumbas y lápidas, viendo los nudos de la maraña de hierba trepar por los lados de urnas polvorientas mientras detrás de él se extendía la sombra de su juventud, más velada, más larga, deshilándose en los contornos. Aún no levantaría la mano para palpar su rostro, para sentir las arrugas y los pliegues que escribían en deslucidos glifos su edad, su menguante vida.

Ah, la carne puede sanar, sí...

Abajo entre una turba de mugientes y tambaleantes borrachos y berreantes prostitutos y prostitutas, un hombre pequeño y redondo, sentado como siempre en su mesa privada, se detuvo con la boca llena de pan untado en miel y, al oír la décima campana tañer en la ciudad, ladeó la cabeza y posó sus ojos pequeños y brillantes en la puerta de la Taberna del Fénix.

Llegadas.

Gloria y presagio, encantadora reunión y terrible inminencia, alado esto y alado lo otro y escapadas y liberaciones y disputas pendientes e infames exigencias de recompensa por un único trago escupido de vino, ¡menuda noche!

¡Menuda noche!

Capítulo 4

Nos ahogábamos entre pétalos y hojas
En la Llanura de Sethangar
Donde los sueños se agitan como ejércitos en las planicies
Y cantar la belleza de estas flores
Era olvidar la sangre que alimentaba cada raíz
En la Llanura de Sethangar
Clamamos por un refugio de esta fecunda tormenta
Los tirones y empujones de la vida en los erosivos vientos
Era seco como la voz de un sacerdote en abrasador tormento
En la Llanura de Sethangar
Y ninguna sabia palabra llegó a oírse en el rugido
De las risas de las flores que buscaban el horizonte
Mientras el aliento acre nos dejaba ebrios y tambaleantes
En la Llanura de Sethangar.
¿Acaso debemos siempre morir en la opulencia de nuestro despilfarro
Sucumbiendo a la tierra fría y oscura cada vez
Solo para liberarnos con los ojos bien abiertos en inocente nacimiento
En la Llanura de Sethangar?
¿Qué dios pisa este campo guadaña en mano
Para cortar la grandiosa pantomima con afilado juicio
Llevándose de nuestras almas toda voluntad en atados fardos
En la Llanura de Sethangar
Para alimentar como corresponde a las onerosas bestias?
Del árbol las flores venerarán su veleidosa bendición de luz
Los bosques llegan hasta la dulzura de un cielo intocable
Al tiempo que los ríos hacen su peregrinaje al mar
Y la lluvia busca reunirse con la carne y la sangre
Las colinas se aferrarán sobre cada llanura, incluso Sethangar
Y así soñamos con el fin de la inequidad
Como si estuviera en nuestro poder
Allá en la llaneza y nuestra mirada
Tan pobremente ciega a la belleza...

Declamación (fragmento)
(?) Keneviss Brot
Siglo Primero del Sueño de Ascuá

Gruñendo como una bestia en sus últimos estertores, la nave pareció escalar las rocas negras antes de que la quilla se partiera y el casco se quebrara con un lamento de astillas. Cadáveres cercenados y desangrados rodaron y se escurrieron por la cubierta, desparramándose en la agitada espuma donde los pálidos miembros se sacudieron y se agitaron en el tumulto antes de que la resaca los arrastrara y se derrumbaran sobre el fracturado suelo marino, arrastrándolos hasta las profundidades. La única silueta con vida, que se había atado a la caña del timón, estaba ahora enredada en deshiladas cuerdas en la popa, forcejeando para alcanzar su cuchillo antes de que la siguiente ola enorme estallara sobre el naufragio. Una mano blanqueada por la sal, en cuya palma la piel le colgaba en tiras marchitas, logró liberar el arma de hoja ancha. Cortó las cuerdas que lo ataban a la caña del timón justo cuando el casco tronó con el impacto de otra ola y la espuma blanca cayó en cascada sobre él.

Cuando el último cabo se partió, el hombre cayó de costado y se escurrió hacia la baranda aplastada, y la colisión le dejó sin aire en los pulmones al salir despedido sobre las rocas incrustadas y doblarse después, blando como cualquier cadáver, en las aguas revueltas.

Otra ola descendió hacia el barco en ruinas como un enorme puño que aplastó la cubierta bajo su poder irracional y arrastró todo el casco hacia aguas más profundas, dejando una estela de madera astillada, cuerdas y velas raídas.

Allá donde el hombre se había perdido en el mar, las olas chocaron contra la roca negra y nada salió del azote de la corriente.

En el cielo chocaron entre sí nubes oscuras, desplegando sus enfermizos miembros para un abrazo mutuo, y aunque en esta costa no se alzaba ningún árbol del suelo devastado, y nada sino hierbajos pelados por el viento asomaba aquí y allá, en los hoyos entre la roca, la grava y la arena, del cielo herido cayeron otoñales hojas secas silbando como la lluvia.

Más cerca de la costa se alzaba una extensión de agua en su mayor parte guarecida del mar embravecido al otro lado del arrecife. El fondo era una superficie de arena coralina, tan agitada que ocultaba los bajíos.

El hombre emergió chorreando agua. Echó los hombros hacia delante, escupió sangre y arenilla, después caminó por el agua hasta la arena. Ya no llevaba su cuchillo, pero en la mano izquierda tenía una espada en una vaina. Esta se componía de dos largas tiras de madera clara reforzadas con hierro ennegrecido y estaba claramente llena de grietas, pues el agua se filtraba por numerosas fisuras.

Con la lluvia de hojas que arreciaba por todas partes, el hombre atravesó la línea de la marea, se agachó sobre un montón de conchas rotas y se sentó, con los antebrazos sobre las rodillas, la cabeza baja. El extraño diluvio se espesó hasta convertirse en ráfagas de vegetación podrida, como negra aguanieve.

La imponente bestia que se estrelló contra él habría pesado el triple de no estar famélica. Tampoco habría atacado jamás, temerosa siempre de los humanos, pero se había perdido en una tormenta de polvo y entonces se había visto expulsada de las llanuras varias leguas al interior hasta esa costa baldía e inerte. Si alguno de los cadáveres del barco hubiera alcanzado la playa, el oso de las llanuras habría preferido buscar su alimento en la carroña. Mísero de él, no veía el fin de su plaga de infortunios.

Unas enormes fauces se cerraron en torno a la nuca del hombre, los caninos le desgarraron la cabellera y se le clavaron en el cráneo, pero el hombre ya se estaba agachando, retorciéndose, y el pelo empapado y el maremagno de sangre resultaron ser lo bastante escurridizos para que se liberara de la mordida del oso.

La espada estaba tirada en el suelo, todavía en la agrietada vaina, a dos pasos de distancia, y cuando se abalanzó hacia ella, el enorme peso del oso lo aplastó contra el suelo. Las zarpas rastrillaron su cota de malla, las anillas saltaron como escamas arrancadas. El hombre se medio giró al tiempo que le golpeaba

con el codo derecho en la sien, lo bastante fuerte para frustrar el segundo intento del oso de morderle el cuello. El golpe hizo que salpicara sangre del labio desgarrado del animal, manchándole un lado de la mandíbula.

El hombre golpeó otra vez al oso con el codo, esta vez en el ojo derecho. Un balido de dolor y el animal se tambaleó a la izquierda. Continuando su giro, el hombre levantó las dos piernas, después se las clavó, talones por delante, a la bestia en las costillas. Se oyó el chasquido de los huesos.

Otro grito de agonía. Un chorro de sangre espumosa salió de la boca del animal.

El hombre se apartó de una patada y alcanzó el arma. Moviéndose tan rápido que apenas era un borrón, desenvainó la espada, se puso de cuclillas y hendió la hoja en un lado del cuello del oso. La espada antigua con filigranas penetró el duro músculo, después mordió el hueso, lo atravesó y salió por el otro lado rasgando la carne. Sangre y bilis salieron a borbotones cuando la cabeza cercenada del oso cayó sobre la arena. El cuerpo se desplomó sobre sus patas traseras, sin dejar de vomitar fluidos, después cayó de costado, con las piernas temblando de espasmos.

El calor abrasador le hervía al hombre en la nuca, los oídos le zumbaban, y cuando se logró poner de pie cayeron por las trenzas de su negra cabellera hilos de espesa saliva ensangrentada.

En la hoja de la espada la sangre hirvió, se volvió negra, después se desprendió como si fueran escamas.

Del cielo seguían cayendo hojas muertas.

Volvió al mar tambaleándose, cayó sobre sus rodillas en el bajío y metió la cabeza en el agua caliente.

Sentía la parte de atrás de la cabeza entumecida. Cuando volvió a enderezarse vio el color rojo de la sangre en el agua, una mancha arrastrada por la corriente en una profusión espantosa. Podía sentir más cayéndole por la espalda.

Se arrancó rápidamente la cota de malla, después la camisa sucia y llena de sal cristalizada que llevaba debajo. Rasgó la manga izquierda de la camisa, la dobló como un pañuelo ancho y se la ató con fuerza alrededor de la cabeza, apretándola hacia la piel y la carne desgarradas tanto como pudo con solo el tacto por guía.

El zumbido estaba desapareciendo. Un dolor espantoso le recorría los músculos del cuello y de los hombros y ahora sentía que la cabeza le retumbaba como un tambor, con un latido pulsátil que parecía reverberar en los huesos del cráneo. Trató de escupir de nuevo, pero de su garganta reseca no salía nada; llevaba ya casi tres días sin agua. Una sensación de sacudida le asaltó la visión de pronto, como si estuviera en medio de un terremoto. Logró volver a la playa a trompicones, recogiendo la espada por el camino.

Se arrodilló de nuevo, esta vez junto al cadáver sin cabeza. Usó la espada para abrir el torso, después metió la mano para llegar hasta el corazón caliente del oso. Lo arrancó, lo levantó en una mano y se lo llevó a la boca, después lo apretó como si fuera una esponja. De la mayor de las arterias el agua manó hacia su garganta.

Bebió con ansia, apretando incluso los labios alrededor de la arteria, y chupó hasta la última gota de sangre del órgano.

Cuando acabó de beber mordió el músculo y empezó a comérselo.

Poco a poco la vista empezó a estabilizarse y vio por primera vez la lluvia de hojas, el aguacero que amainaba ahora que las pesadas nubes en disputa se marchaban despacio hacia el mar.

Cuando terminó de comerse el corazón se lamió los dedos. Desolló toscamente al oso, se levantó de nuevo y recuperó la funda, luego envainó la espada. El latido empezaba a desaparecer, aunque el dolor le hostigaba aún el cuello, los hombros y la espalda: los músculos y los tendones que empezaban a lamentarse del tormento al que habían sido sometidos. Se lavó la camisa de una sola manga y después la

estrujó, con mucho cuidado, puesto que estaba raída y tenía facilidad para desintegrarse si se le administraban unos cuidados muy rigurosos. Se la puso y después aclaró la cota de malla, la enrolló y se la colgó en un hombro.

A continuación, echó a andar hacia el interior.

Al llegar al punto más alto de la costa encontró un páramo frente a él. Roca, matorrales, vientos de ceniza y, a lo lejos, barrancos y afloramientos de roca quebrada, un paisaje rugoso de caóticos pliegues que se levantaban en peladas y abruptas colinas.

Lejos a su izquierda, hacia el norte, una calima granulosa y difusa ensombrecía el cielo y las colinas de más allá.

Entornó los ojos, examinó la brisa durante treinta latidos.

En el cielo ahora había manchas de azul deslucido, la tormenta avanzaba hacia el oeste sobre el mar y el torrente de hojas dejaba un rastro como de marcas de garra en el aire, ensuciando las olas espumosas más allá del arrecife. El viento perdió parte de su fría dentellada cuando el sol terminó de despuntar, con la promesa de una arremetida en la carne mortal.

La piel del hombre era oscura, ya que había nacido en una sabana. La suya era la constitución de un guerrero, un cuerpo de músculos fibrosos y bien definidos. Tenía una estatura normal, aunque algo en su postura le hacía parecer más alto. La privación había hecho estragos en sus armónicas facciones, pero la succulenta carne del corazón del oso había empezado a llenar esa expresión de una indómita e imperturbable fuerza.

Aun así, las heridas le ardían con un calor feroz. Supo entonces que la fiebre no tardaría en llegar. No veía nada cerca en lo que refugiarse, donde protegerse del sol. Entre los barrancos, quizá, la promesa de cuevas, salientes. Pero... a mil quinientos pasos de distancia, si no más.

El olvido o el tormento de un viaje sin final: no había forma de saber qué destino esperaba a un hombre así.

¿Lograría llegar tan lejos?

Tendría que hacerlo.

Morir era impensable, y eso no era una exageración. Cuando un hombre ha renunciado al Embozado, la última puerta se cierra.

En cualquier caso, Viajero no tenía prisa por descubrir la respuesta. No, invitaría al Embozado para que la encontrara él mismo.

Era lo menos que podía hacer.

Se echó al hombro izquierdo la cuerda que servía de cinturón de la funda de la espada y comprobó que *Venganza* estaba dentro, la sencilla empuñadura al alcance de la mano, después se dispuso a atravesar la inhóspita llanura.

Tras su estela caían de las cargadas nubes unas ramas desnudas que giraban y daban vueltas, zambulléndose en las olas, como si hubieran sido arrancadas de la mismísima luna.

En el claro se veían los inconfundibles surcos de los arados bajo las hierbas altas hasta la cintura, las briznas se le enredaban en los pies mientras avanzaban con pesadez por entre los espesos tallos. Las ruinas de un granero se alzaban por encima de los matorrales al otro extremo, con el tejado derrumbado por un árbol joven que se alzaba desde el suelo, tan exuberante como cualquier conquistador. Pero esas señales eran, por ahora, todo lo que quedaba de la tribu que hubiese habitado ese bosque. Fragmentos de voluntad intencionada excavados en la naturaleza salvaje, pero voluntad quebrada. Nimander sabía que en otros cien años no quedaría ningún rastro de aquello. ¿Era el rostro efímero de la civilización una

razón para el miedo? ¿O quizá para el alivio? Que todas las victorias al final fuesen transitorias a ojos de la paciente naturaleza bien podría ser una causa de optimismo. No había herida tan profunda que no sanase. Ninguna atrocidad demasiado horrenda que con el tiempo no terminase siendo irrelevante.

Nimander se preguntó si había descubierto el rostro del único dios verdadero. Nada más que tiempo, ese tirano cambiante pero inmutable al que ninguna criatura podía vencer. Ante quien incluso los árboles, la piedra y el aire deberían inclinarse algún día. Habría un último amanecer, un último crepúsculo, cada uno arrodillándose en la rendición final. Sí, el tiempo era sin duda un dios, desplegaba el mismo juego con los humildes insectos que con las montañas y con los necios que excavaban fortalezas en ellas. En paz con cada escala, contento con el rápido tamborileo del corazón de una rata y el lento suspiro del viento voraz contra la piedra. Satisfecho con la luz expansiva de una estrella y la rápida muerte de una gota en el suelo del desierto.

—¿A qué se debe esa sonrisa, primo?

Miró de reajo a Garrapata de Piel.

—Bendecido por la revelación, supongo.

—Un milagro, entonces. Creo que yo también me he convertido.

—Puede que quieras cambiar de opinión... No creo que a mi recién descubierto dios le importe algo la devoción, ni dar respuestas a cualquier plegaria, por ferviente que sea.

—¿Qué tiene eso de único?

Nimander refunfuñó.

—Supongo que me lo merecía.

—Bueno, es que te lanzas enseguida al camino de lo hiriente, aunque no tuvieras intención de herir. Yo sigo abierto a sumarme al culto de ese recién descubierto dios, Nimander. ¿Por qué no?

Desra resopló detrás de ellos.

—Os diré a lo que tenéis que adorar. Al poder. Cuando es tan grande que te deja libre para hacer lo que quieras.

—Esa libertad no es más que una ilusión, hermana —replicó Garrapata de Piel.

—Es la única libertad que no es un engaño, idiota.

Nimander esbozó una mueca de disgusto.

—No recuerdo que Andarist fuera muy libre —dijo.

—Porque su hermano era más poderoso, Nimander. Anomander fue libre de dejarnos, ¿o no fue así? ¿Qué vida elegirías tú?

—¿Qué tal ninguna? —respondió Garrapata de Piel.

Aunque caminaba detrás de él, Nimander podía ver en su mente el rostro de su hermana, y el desprecio que mostraba, sin duda, al mirar con desdén a Garrapata de Piel.

Clip caminaba en algún lugar más adelante, visible solo en ocasiones; cuando entraban en otro claro medio recubierto de maleza, lo veían esperar al final, como si se impacientara con unos niños rezagados y díscolos.

Detrás de Nimander, Garrapata y Desra guiaban al resto, y Nenanda había decidido proteger la retaguardia como si esta fuera una especie de incursión en territorio enemigo. Rodeado de sospechosas aves cantoras, de nerviosos roedores, irritados insectos, Nenanda pisaba sin hacer ruido con una mano puesta en el pomo de su espada, mirando amenazante a cada sombra. Así iba a pasar todo el día, sabía Nimander, almacenando su asco y su rabia para cuando de noche estuvieran todos sentados alrededor del fuego, un fuego que Nenanda consideraba imprudente y peligroso y que toleraba solo porque Clip no decía nada, Clip, con esa sonrisa torcida y esos anillos giratorios con los que le daba a Nenanda migajas de aprobación hasta que el joven guerrero se consumía con la necesidad de un adicto, desesperado por

conseguir la siguiente irrisoria ración.

Sin eso podría desmoronarse, derrumbarse por dentro como una vejiga desinflada. O agredir, también, a cualquiera de los suyos. A Desra, que había sido su amante. A Kedeviss y a Aranatha, que eran unas inútiles. A Garrapata de Piel, cuya actitud burlona solo ocultaba su cobardía. Y a Nimander, que tenía la culpa de..., bueno, no hacía falta entrar en detalles, ¿verdad?

No te inquietes, mi amado. Te espero. Sé fuerte y comprende esto: eres más tenaz de lo que crees. Piensa...

Y, de repente, otra voz resonó en su mente, más enérgica, agria de veneno: *Ella no sabe nada. Te miente.*

Phaed.

Sí, no puedes librarte de mí, hermano. No cuando tus manos aún arden. Aún sienten el calor de mi garganta. No cuando mis ojos abultados siguen fijos en ti, como clavos, ¿verdad? Las puntas de hierro entrando despacio en tus ojos, tan frías, tanto dolor, y no puedes sacártelas, jamás logras escapar.

¿Niego mi culpa? ¿Acaso me aparto por miedo a esas verdades?

Eso no es valentía, hermano. Eso es desesperación. Rendición patética. ¿Te acuerdas de Asimismo? ¿Cómo cargó sobre sus hombros lo que debía hacerse? Me recogió como una muñeca de trapo... ¡Qué fuerza tan impresionante! ¡Sí! ¡El recuerdo me enciende, Nimander! ¿Me lamerías los labios? Y se echó a reír. Asimismo, sí, él sí que sabía qué hacer, porque no le dejaste elección. Porque fracasaste. Tan débil que no podías asesinar a tu hermana. Vi todo eso en tus ojos; en el último momento, ¡lo vi!

Algún sonido debió de escapar de Nimander, porque Garrapata de Piel se giró enarcando las cejas.

—¿Qué ocurre?

Nimander meneó la cabeza.

Rodearon unos árboles de corteza clara, pisando marga blanda entre ramas extendidas. Luz veteada y el parloteante sobresalto de una ardilla a la carrera por una rama enjuta en lo alto. Las hojas sonaban como voces; sí, solo era eso, hojas susurrantes de su desbordada imaginación...

Phaed resopló. «A veces está bien ser malo. A veces la tenebrosa lujuria arde como la madera seca. A veces, mi amor, despiertas el deseo en el dolor de otro.» ¿Recuerdas aquella poeta, Nimander? ¿La mujer de Kharkanas? Andaris era reacio a hablar de ella, pero encontré en los Antiguos Pergaminos todos sus escritos. «Y con la punta de tus dedos todo esto puedes enseñar.» ¡Ja! ¡Ella sabía! Y todos la temían, y ahora no pronuncian su nombre, un nombre prohibido, pero yo lo sé... Quieres...

¡No!

Y las manos de Nimander se apretaron en un puño, como si estuviera de nuevo apretando la garganta de Phaed. Y él vio sus ojos, sí, redondos e hinchados hasta que se volvían enormes y a punto de estallar. En su cabeza, sí, sofocó de nuevo la vida de su interior.

Y de las hojas llegó el susurro del oscuro placer.

Súbitamente frío, súbitamente aterrorizado, oyó la risa cómplice de Phaed.

—Pareces enfermo —dijo Garrapata de Piel—. ¿Quieres que paremos para descansar?

Nimander negó con la cabeza.

—No, dejemos que la impaciencia de Clip nos arrastre hasta donde sea, Garrapata. Cuando antes acabemos... —Pero no logró seguir, no quería terminar ese pensamiento.

—Mira allí —dijo Desra—. Clip ha llegado al límite del bosque, y ya iba siendo hora.

No había ningún motivo para aquella impaciencia, apenas un reflejo distorsionado y turbio de la de Clip. Esa era su forma de seducir a los hombres, devolverles una versión de sí mismos, prometerles su proteica identidad como un precioso regalo que alimentara sus placeres narcisistas. Parecía capaz de robar corazones casi sin esfuerzo, pero Nimander sospechaba que la obsesión de Clip por sí mismo sería

demasiado fuerte, que estaría blindada a prueba de cualquier incursión. No dejaría que entrara en sus zonas débiles. No, se limitaría a usarla, como ella tan a menudo había usado a los hombres, y de esto nacería un veneno de lo más mortífero.

Nimander no tenía ninguna intención de advertir a Clip. Que sigan con sus juegos y las heridas que traerán.

Sí, déjalos, hermano. Nosotros ya tenemos el nuestro, después de todo.

¿Es que tengo que ahogarte otra vez para que te calles, Phaed?

Si eso te agrada.

El claro que se abría delante se extendía y bajaba en pendiente hacia un río o arroyo lejano. Los campos del banco opuesto habían sido plantados con hileras de una purpúrea y extraña cosecha de plantas de hojas anchas. Los espantapájaros colgaban de cruces en tal profusión que parecía que formasen como una cohorte de soldados por rangos. Inmóviles, cada fila llena de siluetas envueltas en harapos separadas por apenas unos pasos de distancia. El efecto era escalofriante.

Clip entornó los ojos al examinar el campo lejano y sus andrajosos centinelas. Sacó la cadena, hizo girar los anillos tan rápido que de ellos solo se distinguía un destello.

—Hay un camino, creo —dijo Garrapata de Piel—, arriba y allá en el otro extremo.

—¿Qué tipo de plantas son esas? —preguntó Aranatha.

Nadie tenía la respuesta.

—¿Por qué hay tantos espantapájaros?

Tampoco para esto hubo sugerencias.

Con Clip de nuevo abriendo el paso, todos echaron a andar.

El agua del arroyo era de color verde oscuro, casi negro, con un aspecto tan nauseabundo que ninguno se detuvo a beber y todos encontraron piedras en las que salvarlo en lugar meter los pies en aquellas aguas poco profundas. Ascendieron hacia el campo donde nubes de insectos revoloteaban alrededor del tallo central de cada planta, moviéndose como enjambres alrededor de las flores de color verde pálido antes de levantarse como una ráfaga y zambullirse en las siguientes.

Al acercarse, sus pasos se hicieron más lentos. Incluso Clip se detuvo al fin.

Los espantapájaros habían sido antes humanos con vida. Los andrajos estaban firmemente atados y les cubrían todo el cuerpo; piernas, brazos, cuellos, rostros, todo estaba envuelto en paños rugosos de los que parecían gotear negros fluidos, empapando la tierra. Las cabezas envueltas estaban echadas hacia delante e hilos de la espesa sustancia oscura se extendían de la gasa que cubría las narices de las víctimas.

—Alimento para las plantas, creo —dijo Garrapata de Piel despacio.

—¿Sangre? —preguntó Nimander.

—No parece sangre, aunque puede que esté mezclada.

—Entonces siguen vivos.

Eso, sin embargo, parecía poco probable. Ninguna de las siluetas se movía, ninguna levantaba la cabeza vendada al oír sus voces. El aire mismo hedía a muerte.

—Ya no están vivos —dijo Clip. Había dejado de hacer girar la cadena.

—Entonces, ¿qué es lo que sale de ellos?

Clip avanzó por el estrecho camino que subía por el campo. Nimander se obligó a seguirlo, y oyó que los demás empezaron a seguirlo en fila. Una vez que estuvieron en el campo, rodeados por los cadáveres y las plantas del tamaño de un hombre, el aire acre se volvió de repente espeso por los diminutos insectos de alas arrugadas que se deslizaban fríos y húmedos contra sus caras.

Corrieron sin parar hacia delante, atragantándose, tosiendo.

Los surcos estaban empapados bajo sus pies y el barro negro se les pegaba en los mocasines, lo que les añadía un peso que los hacía tropezar y escurrirse mientras trepaban pendiente arriba con manos y piernas. Alcanzaron al fin la cima, salieron de las hileras, se adentraron en una zanja y subieron después a un camino. Más allá otros campos iguales, a cada lado de una pista, y, alzándose de ellos como un ejército, más cadáveres. Un millar de cabezas colgadas, un incesante caudal de lágrimas negras.

—Que la Madre nos proteja —susurró Kedeviss—, ¿quién haría una cosa así?

—«Todas las crueldades posibles son inevitables» —dijo Nimander—. «Todo crimen imaginable ha sido cometido.» —Citando a Andarist de nuevo.

—Intenta tener tus propias ideas para variar —le dijo Desra con aspereza.

—Él verdaderamente vio...

—Andarist vendió su alma y pensó que eso le había dado sabiduría —interrumpió Clip, acentuando su afirmación con un chasquido de los anillos—. En este caso, no obstante, probablemente acertó de pleno. Aun así, esto tiene el aspecto de la... necesidad.

Garrapata de Piel resopló.

—La necesidad, ahora hay una palabra para alimentar cada atrocidad que se comete contra la decencia.

Más allá del espantoso ejército y de las macabras plantas de hojas moradas se levantaba un pueblo achaparrado, pintoresco e idílico, recortado contra un fondo de colinas bajas y arboladas. El humo se alzaba sobre los tejados de paja. Unas pocas figuras resultaban visibles en la calle principal.

—Creo que deberíamos evitar encontrarnos con nadie —dijo Nimander—. No me agrada la idea de terminar en una estaca encima de una planta.

—Eso no va a pasar —le rebatió Clip—. Necesitamos provisiones y podemos pagarlas. En cualquier caso, ya nos han visto. Vamos, con suerte habrá alguna fonda o posada.

Un hombre con una túnica de color borgoña se estaba acercando, subiendo por el sendero que daba al camino elevado. Debajo del raído dobladillo de su túnica se veían unas piernas desnudas y pálidas, pero los pies estaban manchados de negro. El pelo gris y largo le ondeaba en la cabeza, descuidado y enredado. Tenía unas manos tan grandes en comparación con su cuerpo que resultaban casi cómicas, y también ellas estaban teñidas de negro.

El rostro estaba surcado de pliegues, los ojos de azul pálido bien abiertos mientras observaba a los tiste andii que avanzaban por el camino. Gesticulando con las manos, empezó a gritar en una lengua que Nimander jamás había escuchado antes. Después de un momento, pareció claro que maldecía; les habló con un andii imperfecto.

—¡Comerciantes de Coral Negro siempre bienvenidos! ¡Pueblo de Morsko feliz por visitantes y parientes del Hijo de la Oscuridad! ¡Venid!

Clip le hizo un gesto a su grupo para que le siguieran.

El hombre de la túnica, sonriendo aún como un lunático, se dio la vuelta y se apresuró de vuelta al sendero.

La gente de la ciudad se estaba reuniendo en la calle principal, observando en silencio mientras se acercaban. La veintena o así de los que estaban se marcharon cuando el grupo llegó al límite del pueblo. Nimander vio en sus rostros una desolada falta de vida, en sus ojos, las tierras baldías de sus calcinadas almas, tan expuestas, tan desguarnecidas, que tuvo que apartar la mirada.

Tenían pies y manos manchados y en más de unos pocos la negrura bordeaba sus bocas entreabiertas, haciendo que el agujero de sus rostros pareciera demasiado grande, demasiado vacío y demasiado insondable.

El hombre de la túnica estaba hablando. «Una nueva era, comerciantes. ¡Riqueza! Baluarte. Páramo. Incluso Panorama se alza en cenizas y huesos. Saemankelyk, gloria del Dios Moribundo. Muchos de los

sacrificios. De los que se ofrecen, vaya, sí, los que se ofrecen. ¡Y tanta sed!»

Llegaron a una amplia plaza en cuyo centro había un pozo de ladrillos en una plataforma de losas de caliza desgastadas por el agua. Por todos lados había estantes de los que colgaban las plantas recolectadas para secarlas boca abajo, con los cepellones del tamaño de un cráneo alineados como hileras de cabezas de niño, con las caras deformadas por el sol. Las ancianas estaban junto al pozo, sacando agua en una cadena que pasaba por entre las plataformas hacia un achaparrado templo, del que volvían los cubos vacíos.

El hombre de la túnica señaló hacia el templo, probablemente el único edificio de piedra de la ciudad.

—Antes santificado en nombre del Painita. ¡No más! El Dios Moribundo ahora, cuyo cuerpo, sí, yace en Baluarte. Lo he visto. Sus ojos. ¿Querréis probar las lágrimas del Dios Moribundo, amigos míos! ¡Qué petición!

—¿Qué clase de espantosa pesadilla gobierna este sitio? —preguntó Garrapata de Piel en un susurro.

Nimander meneó la cabeza.

—Dime, ¿parecemos comerciantes?

—¿Cómo iba yo a saberlo?

—Coral Negro, Nimander. Hijo de la Oscuridad... ¡Nuestra gente se ha convertido en mercaderes!

—Sí, pero ¿mercaderes de qué?

El hombre de la túnica —una especie de sacerdote— les guiaba ahora hasta una posada situada a la izquierda del templo que parecía medio en ruinas.

—Pocos comerciantes tan lejos al este, entender. Pero tejado ser fuerte. Mandar doncellas, cocinero. Haber taberna. Abre la medianoche.

La planta baja de la posada estaba cubierta de polvo, los tablones crujían bajo los pies y sobre ellos había esparcidas bolitas de excrementos de ratones. El sacerdote se quedó junto a la puerta principal con las enormes manos entrelazadas, moviendo la cabeza arriba y abajo con la sonrisa aún en los labios.

Clip se dirigió al hombre.

—Esto bastará —dijo—. No hacen falta doncellas, pero encuentra un cocinero.

—Sí, cocinero. ¡Venir medianoche a taberna!

—Muy bien.

El sacerdote se marchó.

Nenanda empezó a caminar de un lado a otro, apartando los desperdicios a patadas.

—No me gusta esto, heraldo. No hay suficiente gente para lo que es el pueblo... Tienes que haberte fijado.

—La suficiente —musitó Garrapata de Piel al dejar su mochila sobre una polvorienta mesa— para plantar y recolectar.

—Saemankelyk —dijo Nimander—. ¿Es ese el nombre de este dios moribundo?

—Me gustaría verlo —dijo Clip, con la cadena girando de nuevo mientras miraba a través del enrejado de plomo de la sucia ventana—, ese dios moribundo.

—¿Está ese sitio llamado Baluarte de camino a Coral Negro?

Clip miró fugazmente a Nimander, una mirada cargada de desprecio.

—Dije que me gustaría ver a este dios moribundo. Eso basta.

—Pensé... —comenzó a decir Nenanda, pero Clip lo interrumpió bruscamente.

—Ese es tu error, guerrero. Pensar. Hay tiempo. Siempre hay tiempo.

Nimander miró de reojo a Garrapata de Piel. Su primo se encogió de hombros; entonces, con los ojos entornados, sonrió de repente.

—¿Tu dios, Nimander?

—Sí.

—No es probable que muera pronto, entonces.

—No, nunca.

—¿De qué habláis vosotros dos? —exigió saber Clip, después, ignorando cualquier respuesta posible, se volvió hacia la ventana de nuevo—. Un dios moribundo tendrá que morir en algún momento.

—¿Pensando en la piedad, Clip el Grande? —preguntó Garrapata de Piel.

—No para ti.

—Me da igual, no soporto la gratitud.

Nimander observó que Desra se levantaba en silencio para ponerse al lado de Clip. Se quedaron de pie mirando por la ventana, como marido y mujer, como aliados contra el mundo. Su brazo izquierdo casi lo tocaba, cerca del codo, pero no se acercaría más. Los anillos en movimiento lo impedían, una barrera de metal en rotación.

—Esta noche —dijo Clip levantando la voz— que nadie beba.

Nimander pensó en aquellas bocas manchadas de negro y los ojos desfigurados que estaban encima de ellas y sintió escalofríos.

La niebla bajaba del bosque, más parecido a un parque, al norte del Gran Túmulo, mezclándose con el humo de los fuegos que habían encendido los peregrinos para cocinar, acampados como un ejército alrededor del enorme y circular collado. El alba hacía palidecer el cielo, como si empujara la antinatural oscuridad al sur, aunque esa era una guerra que el sol no podía ganar.

De la puerta de la ciudad salía un camino adoquinado que discurría entre túmulos más pequeños donde cientos de cadáveres habían sido enterrados después de la conquista. Malazanos, espadas grises, rhivis, tiste andii y k'chain che'malle. Más allá, hacia el oeste, se levantaban túmulos más altos, el último hogar de los ciudadanos y los soldados caídos de la ciudad.

Vidente atravesaba el camino en penumbra. Un camino a través de fantasmas, tantos que eran inabarcables, pero él pensó que podía oír los ecos de sus gritos de muerte, sus voces de dolor, sus desesperadas súplicas por madres y seres queridos. Una vez que dejara ese lugar, ¿quién quedaría para escuchar los ecos? Nadie, y fue esa verdad la que le golpeó con más fuerza. Se enroscarían con nada más que sí mismos, cayendo inadvertidos sobre la hierba allanada por el rocío.

Salió a la luz de la mañana, como si atravesara una cortina, acariciado de repente por la calidez, y se dirigió a la pendiente que llevaba al extenso campamento. Para tal propósito vestía el viejo uniforme, una especie de penitencia, una especie de autoflagelación. Era necesario, en su cabeza, llevar esta culpa a la vista, con osadía, indefenso e indefendible. Así era como veía su peregrinaje diario hacia el Gran Túmulo, aunque sabía bien que algunas cosas jamás se purgarían y que la redención era el sueño de los ilusos.

De los campamentos a cada lado notó miradas que se clavaban en él mientras avanzaba hacia la inmensa pila de tesoros, una riqueza de tal medida que solo podía pertenecer a un hombre muerto, que no podía poner la avariciosa mirada en su fortuna, que no sentiría su inmenso peso noche y día, que no sufriría bajo su terrible maldición. Le seguían, pues, unos ojos sin duda endurecidos, la fijación del odio, el desprecio, quizá incluso el deseo del asesinato. No importaba. Entendía esos sentimientos, la pureza de tales deseos.

La armadura tintineaba, la cadena crujía delante de sus muslos mientras se acercaba.

La gran inmensidad de la riqueza estaba ahora sepultada bajo triviales baratijas, pero eran estas exiguas ofrendas las que parecían tener una importancia más cargada de significado para Vidente. Tenían

un valor más alto en comparación, después de todo. El sacrificio debía sopesarse según el dolor de lo que se entregaba, y solo con esto podía calcularse de verdad el auténtico valor de una virtud.

Veía ahora el brillo del sol en el rocío aferrado a monedas de cobre, el brillo resbaladizo sobre las piedras pulidas por el mar en un despliegue de patrones y colores apagados. Los fragmentos de cerámica vidriada de alguna edad de oro de alta cultura. Plumas ya desaliñadas, cintas de cuero anudadas de las que colgaban fetiches, sonajeros de calabaza para bendecir a los recién nacidos y a los niños enfermos. Y desde hace poco, esparcidas aquí y allá, las calaveras peladas de los recién fallecidos, un subculto, según averiguó Vidente, dentro de los t'lan imass, de los que se arrodillaban delante del Redentor y así se convertían en sus inmortales sirvientes. Vidente sabía que la verdad era más recóndita que eso, más sobrecogedora, y que la servidumbre no era un voto que los t'lan imass pudieran hacer, a nadie salvo a la mujer conocida como Zorraplateada. No, ellos se habían arrodillado por gratitud.

Esa idea aún lograba dejarlo helado, y la maravilla se despertaba en su corazón como una bocanada de aliento sorprendido.

Sin embargo, esas calaveras de mirada fija parecían casi profanas.

Se adentró en la vía ligeramente accidentada y se aproximó más. Más adelante, otros peregrinos dejaban sus ofrendas y daban media vuelta después para regresar sobre sus pasos, dedicándole miradas furtivas al pasar despacio a su lado. Vidente oyó algo más tras de él, un murmullo de rezos susurrados y cánticos en voz baja que eran como una suave ola que le empujase hacia delante.

Al llegar al final irregular y abarrotado del túmulo se hizo a un lado, lejos del acceso principal, después se colocó de rodillas delante del santuario, bajó la cabeza y cerró los ojos.

Oyó que alguien se ponía a su lado, una suave respiración, pero nada más.

Vidente rezó en silencio. La misma oración, cada día, cada vez, siempre la misma.

Redentor. No busco tu bendición. La redención nunca será mía, ni debería serlo, no de tu mano, ni de la de nadie más. Redentor, no traigo regalo que dejar en tu túmulo. Traigo nada más que a mí mismo. Los devotos y los peregrinos no oirán nada de tu soledad. Te acorazan contra todo lo que es humano, pues así es cómo te convierten en un dios. Pero una vez tuviste un alma mortal. Y es por eso que vengo así, con mi compañía como único regalo. Es insignificante, lo sé, pero es lo único que tengo y lo único que ofrecería.

Redentor, bendice a estos peregrinos que me rodean.

Bendícelos con la paz en su necesidad.

Abrió los ojos, después se puso despacio de pie.

Una mujer habló a su lado.

—Oscurantista.

Se sobresaltó, pero no se giró hacia ella.

—No ostento tal título.

Hubo un sutil tono divertido en su voz cuando respondió.

—Vidente, entonces. Hablamos de ti a menudo, de noche, de fuego a fuego.

—No huyo de vuestro veneno, y si algún día hubiera de llevarse mi vida, que así sea.

Todo humor se desvaneció de su voz cuando pareció ahogar un grito de sorpresa, y después habló

—Hablamos de ti, sí, pero no con veneno. El Redentor nos bendiga, eso no.

Desconcertado, al final miró en su dirección. Le sorprendió encontrarse un rostro joven, sin arrugas — la voz le había parecido más vieja, con un timbre más grave, casi ronca— enmarcado por un cabello negro y brillante, corto por detrás y cayendo recto hacia sus hombros. Tenía los ojos de un marrón oscurísimo, las esquinas surcadas de pequeñas arrugas que no pertenecían a alguien de tan pocos años. Llevaba una túnica de lana de color bermejo de la que colgaban tiras verdes, pero la túnica colgaba

abierta, sin cinturón, y dejaba ver una blusa de lino verde claro lo bastante corta como para dejar al descubierto una tripa ligeramente abultada. Por sus pequeños pechos asumió que no estaba embarazada, simplemente no había dejado atrás la blandura redondeada de la adolescencia.

Lo miraba con una timidez que lo sorprendió una vez más.

—Te llamamos el Oscurantista, en deferencia. Y se le habla de ti a todos cuantos llegan, y de esta forma nos aseguramos de que no haya robos, ni violaciones, ni ningún crimen. El Redentor te ha escogido para proteger a sus hijos.

—Eso no es cierto.

—Quizá.

—Había oído que ningún daño acaecía a los peregrinos cuando estaban tan cerca del Gran Túmulo.

—Ahora ya sabes por qué.

Vidente estaba estupefacto. No se le ocurría qué decir ante semejante idea. Era una locura. Era, sí, injusto.

—¿Acaso no es el Redentor quien nos muestra —dijo la mujer— que las cargas son el destino que nos aguarda a todos? ¿Que debemos acoger en nuestras almas tales exigencias, pero permanecer a un tiempo valientes, abiertos y receptivos?

—Desconozco lo que el Redentor muestra... a nadie. —Su tono resultó más duro de lo que pretendía—. Llevo ya bastantes cargas propias. No aceptaré las tuyas... No seré el responsable de tu seguridad, ni la de cualquier otro peregrino. Esto... esto... —*¡No es por lo que estoy aquí!* Pero, por más que hubiera deseado gritar eso, se dio la vuelta y regresó de camino a la vía.

Los peregrinos se apartaban de él, alimentando su ira.

Atravesó del campamento, sin apartar la mirada de la oscuridad que tenía delante, ansiando reencontrarse en su frío abrazo, y en la ciudad, también. Los húmedos muros grises, los adoquines arenosos de las calles, la mohosa cueva de una taberna con su entorno de rostros pálidos y miserables... sí, de vuelta a su propio mundo. Donde nada se le pedía, nada se le exigía, ninguna expectación más allá de sentarse en una mesa con el juego dispuesto delante de él, los giros y bailes de un torneo sin sentido.

Bajó por el camino, se adentró en el remolino de voces perdidas de un sinfín de fantasmas inútiles, con las botas resonando en las piedras.

¡Condenados necios!

Abajo, en la calzada que atravesaba el foso de la Ciudadela, la sangre goteaba de los cadáveres esparcidos a lo largo de su recorrido, y en el cielo septentrional algo terrible estaba ocurriendo. Espeluznantes destellos como un arcoíris enloquecido, expandiéndose en olas que devoraban la oscuridad. ¿Era el dolor lo que estrangulaba el aire? ¿Era algo más lo que despertaba a la vida, haciendo añicos el universo?

Endest Silann, un simple acólito del Templo de Madre Oscuridad, serpenteaba ebriamente por los cuerpos hacia la puerta exterior, deslizándose en charcos de sangre coagulada. Podía divisar la ciudad a través del arco en punta, los tejados como los engranajes de innumerables mecanismos, engranajes que podían encajarse con el mismísimo cielo, con toda la creación. Así era Kharkanas, primogénita de todas las ciudades. Pero el cielo había cambiado. La máquina perfecta de la existencia se había roto... *¡Mira el cielo!*

La ciudad temblaba, los tejados tenían ahora los bordes quebrados. Un viento había empezado a aullar, la voz de la policromática tormenta de luz que arreciaba con un fulgurante fuego atronador. *Desamparados. ¡Estamos desamparados!*

Alcanzó la puerta, cayó contra un pilar y se arañó las lágrimas que caían de sus ojos. La suma sacerdotisa, vate cruel, chillaba en la nave de su templo, chillaba como una mujer a la que estuviesen violando. Otras, todas mujeres, se retorcían en el suelo de mármol, convulsionando al unísono, una danza postrada de macabra sensualidad. Los sacerdotes y los acólitos masculinos habían intentado frenar con promesas vacías las convulsivas extremidades, calmar los gritos desgarrados que salían de las atormentadas gargantas, pero entonces, una a una, empezaron a retroceder cuando las baldosas se volvieron resbaladizas debajo de las mujeres, el llamado Néctar del Éxtasis, y no, ningún hombre que estuviera allí podía fingir otra cosa, no podía sino verlo como era, la verdad de todo.

Huyeron, enloquecidos de espanto, sí, pero ahuyentados por algo más, ¿y acaso no era envidia?

La chispa de la guerra civil se había encendido, mortífera como esa tormenta en el cielo. Las familias destrozadas, desde la Ciudadela misma a los hogares más humildes de los plebeyos. La sangre andii teñía Kharkanas y no había donde escapar. Atravesó la puerta y, después, cuando la desesperación le arrancaba la vida a Endest Silann, lo vio acercarse. Desde la ciudad de abajo. Sus antebrazos enfundados en brillantes escamas negras, su pecho desnudo como una armadura natural. La sangre de Tiam corría con fuerza por sus venas, avivada por la combinación de la caótica hechicería, y sus ojos brillaban con voluntad feroz.

Endest cayó de rodillas en el camino de Anomander. «¡Señor! ¡El mundo se derrumba!»

—Levántate, sacerdote —le respondió—. El mundo no se derrumba. Solo se transforma. Te necesito. Ven.

Y así siguió avanzando, y Endest se encontró a sí mismo de rodillas, mientras la voluntad del Señor Anomander se cerraba sobre su corazón como un guante de hierro, forzándolo a girarse y a ir tras la estela del guerrero.

Se frotó los ojos.

—Señor, ¿dónde vamos?

—Al templo.

—¡No podemos! ¡Se han vuelto locas!, ¡las mujeres! Están...

—Sé lo que las aflige, sacerdote.

—La sacerdotisa suprema...

—No es de mi interés. —Anomander hizo una pausa, le dirigió una mirada fugaz—. Dime tu nombre.

—Endest Silann, acólito de tercer nivel. Señor, por favor...

Pero el guerrero continuó, callando a Endest con el gesto de una mano en forma de garra cubierta de escamas.

—El crimen de este día, Endest Silann, recae en la propia Madre Oscuridad.

Y, entonces, en ese preciso momento, el joven acólito comprendió lo que pretendía el Amo. Y sí, Anomander iba a necesitarlo. Su alma misma —*Madre, perdóname*— para abrir el camino, para llevar al Amo hacia el Camino Invisible.

Y él estará frente a ella, sí. Alto, inquebrantable, un hijo que no tiene miedo. Ni siquiera de su propia ira. La tormenta, ay, la tormenta acaba de empezar.

Endest Silann estaba sentado a solas en su habitación, las desnudas paredes de piedra tan sólidas y frías como las de una tumba. Una pequeña lámpara de aceite descansaba sobre la mesa solitaria, testimonio de sus ojos cansados, de la mancha de Luz en su alma, una mancha ya tan vieja, tan incrustada en el tejido cicatrizal de su corazón, que lo sentía como cuero correoso en su interior.

Al ser anciano tenía el privilegio de revivir remotos recuerdos, de resucitar en su piel y en sus huesos

la remembranza de la juventud, el tiempo anterior a que el dolor se metiera en sus articulaciones, antes de que las frágiles verdades debilitaran su cuerpo y lo dejaran doblado y tambaleante.

—*Mantén el camino abierto, Endest Silann. Se encolerizará contigo. Tratará de alejarme, de cerrarse a mí. Resiste. No cedas.*

—*Pero, Señor, he jurado mi vida a ella.*

—*¿De qué vale eso si no se le exige que rinda cuentas por sus actos?*

—*¡Ella nos ha creado a todos, Señor!*

—*Sí, y responderá por ello.*

La juventud era un tiempo de juicios severos. Esos fuegos se apagaban con la edad. La certeza misma se marchitaba. Los sueños de salvación morían en la vid y ¿quién podría desafiar esa desdichada verdad? Habían atravesado a pie una ciudadela habitada por los muertos, los abiertos en canal, los desperdigados. Como ese violento desgarrarse de los cuerpos, las tensiones, rivalidades y enemistades ya no podían ser contenidas. Un caos parido en un nacimiento descarnado y sangriento y ahora el niño se hallaba acuclillado entre sus juguetes destrozados, con ojos llameantes.

El idiota se conformaba. El idiota siempre se conformaba. El idiota seguía al primero que alzaba la voz. El necio cedía —con cobarde alivio— todo derecho a pensar, a elegir, a encontrar su propio camino. Y así, Endest Silann caminaba por los pasillos carmesís, los pasajes hediondos, a solo dos pasos de Anomander.

—*¿Harás lo que pido, Endest Silann?*

—*Sí, Señor.*

—*¿Resistirás?*

—*Resistiré.*

—*¿Me esperarás hasta ese día?*

—*¿Qué día, Señor?*

—*El día al final mismo de todo, Endest Silann. ¿Me esperarás hasta ese día?*

—*Dije que resistiría, Señor, y así será.*

—*Resiste, amigo, hasta entonces. Hasta entonces. Hasta el momento en el que has de traicionarme.*

No... nada de protestas, Endest. Sabrás cuando llegue el momento, lo sabrás y lo sabes bien.

Era lo que le mantenía con vida, sospechaba. Esa frágil espera, tan larga que todo estaba incrustado, duro y casi informe por la acumulación de los siglos.

—*Dime, Endest, ¿qué se agita en el Gran Túmulo?*

—*¿Señor?*

—*¿Es Itkovian? ¿Presenciamos de verdad el nacimiento de un nuevo dios?*

—*No lo sé, Señor. Esas cosas me están vedadas. —Como lo han estado desde ese día en el Templo.*

—*Ah, sí, lo había olvidado. Lo siento, viejo amigo. Quizás hable con Spinnock entonces. Algunas preguntas discretas, quizá.*

—*Te servirá como hace siempre, Señor.*

—*Sí, una de mis cargas.*

—*Señor, las lleva bien.*

—*Endest, mientes mal.*

—*Sí, señor.*

—*Spinnock habrá de ser, pues. Cuando te marches, por favor, manda a buscarlo; sin urgencia, cuando disponga de tiempo.*

—*Señor, espérelo de inmediato.*

Y, entonces, Anomander suspiró, porque no había otra respuesta posible, ¿o sí? Y yo también soy una

carga tuya, Señor. Pero será mejor que no hablemos de eso.

Mírame, Señor. Mira como sigo esperando.

Una luz incandescente se derramaba de las puertas medio abiertas del templo, recorriendo el vestíbulo como el flujo de la marea, lo bastante fuerte como para mover los cadáveres cuyos ojos lechosos tenían la mirada petrificada y cuyas cabezas colgaban bamboleantes.

Cuando se pusieron en camino a través de la extensión, esa luz los sumergió hasta las espinillas, sorprendentemente fría. Endest Silann reconoció los cuerpos de los andii muertos más cercanos. Sacerdotes que se habían demorado demasiado, atrapados en la conflagración que Endest había sentido pero no visto cuando corrió por los pasadizos de la Ciudadela. Entre ellos, seguidores de varias facciones. De Silchas Ruina. De Andarist, y del propio Anomander. De Drethdenan, de Hish Tulla, de Vanut Degalla... ay, había habido oleadas de combate en ese vestíbulo, sobre esas santificadas losas.

En el alumbramiento habrá sangre. En la muerte habrá luz. Sí, ese era el día del alumbramiento y de la muerte, de la sangre y la luz.

Se acercaron a las puertas del templo, ralentizaron el paso para observar cómo las olas de luz bajaban rodando los anchos escalones. Las tonalidades eran ahora más intensas, como si estuvieran mezcladas con sangre vieja, pero el poder estaba menguando. Aun así, Endest Silann sintió una presencia dentro, algo contenido, algo a la espera.

Por nosotros.

¿La suma sacerdotisa? No. De ella, el acólito no percibía nada.

Anomander puso un pie en las escaleras de piedra.

Y quedó allí retenido, porque la voz de ella los llenó a ambos.

No. Advertido quedas, Anomander, querido hijo, de la sangre andii ha nacido un nuevo mundo. Entiéndeme. Tú y los tuyos ya no estáis solos, ya no sois libres de jugar vuestros crueles juegos. Ahora hay... otros.

Anomander habló.

—Madre, ¿pensabas que me sorprendería? ¿Que me horrorizaría? Nunca podría ser suficiente, no ser más que una madre, crear con las manos cerradas sobre nadie. Dar tanto de ti para luego ver que nosotros somos tu única recompensa; nosotros, los asesinos; nosotros, los traidores.

Hay en ti sangre nueva.

—Sí.

Hijo mío, ¿qué has hecho?

—Como tú, Madre, he elegido abrazar el cambio. Sí, hay otros ahora. Los percibo. Habrá guerras ente nosotros, pero así yo uniré a los andii. La resistencia termina. Andarist, Drethdenan, Vanut Degalla. Silchas escapa, al igual que Hish Tulla y Manalle. El conflicto civil ha terminado, Madre.

Has matado a Tiam. Hijo mío, ¿te das cuenta de lo que has iniciado? Silchas huye, sí, ¿y dónde crees que va? Y el recién nacido, los demás, ¿qué rastro los atraerá ahora?, ¿qué sabor a poder caótico? Anomander, en el asesinato buscas la paz, y ahora la sangre fluye y no habrá paz, nunca más.

Renuncio a ti, Anomander Sangre de Tiam. Reniego de todos mis primeros hijos. Vagarás por los reinos, sin propósito alguno. Todos tus actos serán en vano. Tus vidas engendrarán nada más que muerte. La Oscuridad —mi corazón— está cerrada para ti, para todos vosotros.

Y mientras Anomander permanecía inmóvil, Endest Silann gritó detrás de él, cayendo de rodillas en un golpe magullante. Una mano poderosa penetró en su interior, arrancó algo, después desapareció... algo, sí, que algún día llamaría por su nombre: *Esperanza*.

Estaba sentado con la mirada fija en la llama oscilante del farol. Preguntándose cómo era posible que la lealtad tomara tan fácilmente el lugar de la desesperación, como si colocar esa desesperación sobre otro, un líder elegido, fuese eximirse de todo lo que causase dolor. La lealtad, sí, el intercambio que era una rendición en ambas direcciones. De uno, toda voluntad, del otro, toda libertad.

De uno, toda voluntad.

Del otro...

La espada, de un brazo de longitud y de hierro cobrizo, había sido forjada en Oscuridad, en la propia Kharkanas. La única reliquia de la Casa Durav, el arma había sido empuñada por tres manos desde el día en el que fue templada en la Forja de Hust, pero de la estirpe de quienes la sostuvieron antes de Spinnock Durav no quedaba ningún rastro: ningún borde desgastado o desigual en la empuñadura de cuerno, ningún alambre enrollado en el pomo para ajustar el peso o el equilibrio; ninguna anomalía de bruñido en los filos. La espada parecía haber sido hecha por un maestro armero solo para Spinnock, a medida de su uso, de su preferencia y particularidad de estilo.

Así que en su estirpe veía versiones de sí mismo y, como el arma, él no era más que alguien en un continuo, inmutable, a pesar de que sabía que él sería el último. Y ese día, quizá no muy lejano, algún extraño se arrodillaría y quitaría la espada de dedos inconscientes, la levantaría para inspeccionarla más de cerca. La hoja grabada al agua, los filos casi carmesíes con el extremo posterior muy inclinado y el anterior más ahusado. Entornaría los ojos, pues, y vería los glifos borrosos inscritos en la férula a lo largo de toda la hoja. Y podría sorprenderse de las extrañas marcas. O no.

El arma sería guardada, como un trofeo, o un botín para vender en algún mercado, o descansaría de nuevo en una funda colgada de la cadera o de un tahalí, recobrando su propósito de segar vidas, derramar sangre, acabar con el aliento de las almas mortales. Y las generaciones de quienes la sujetasen podrían maldecir la empuñadura de cuerno mal ajustada, las extrañas rugosidades del uso y el otrora perfecto bruñido que ningún herrero local podía igualar.

Lo que resultaba inconcebible para Spinnock era la imagen de la espada tirada y perdida, oculta entre los pastos, con la pátina de aceite casi desgastada y descolorida por el polvo, y luego la hoja manchada de óxido como si fueran llagas abiertas; hasta que, como los huesos podridos y descompuestos del último que la empuñara, la espada se hundiera en el suelo, desmenuzándose, descomponiéndose en una masa costrosa e informe.

Sentado en la cama con el arma sobre los muslos, Spinnock Durav frotaba el aceite restante en el hierro, contemplaba el relucir de los glifos como si estuvieran vivos, mientras despertaba una hechicería ancestral poco poderosa que blindaba la espada contra la corrosión. Magia antigua que poco a poco perdía su eficacia. *Igual que yo*. Sonriendo, se levantó y deslizó la espada en el interior de la funda, después colgó el tahalí de cuero en un gancho de la puerta.

—La ropa no te hace justicia, Spin.

Se dio la vuelta, miró a la mujer echada sobre la manta, los brazos extendidos a los costados, las piernas aún bien abiertas.

—Has vuelto.

Ella gruñó.

—Cuánta arrogancia. Mi temporal... ausencia no tenía nada que ver contigo, como bien sabes.

—¿Nada?

—Bueno, poco, entonces. Sabes que camino en la Oscuridad y cuando me lleva viaje desde luego muy lejos.

Él la miró durante media docena de latidos.

—Más a menudo en los últimos tiempos —dijo.

—Sí. —La suma sacerdotisa se incorporó, hizo una mueca por algún dolor en las lumbares y se frotó allá donde le dolía—. ¿Te acuerdas, Spin, cómo de fácil era todo esto antes? Nuestros jóvenes cuerpos parecían hechos justo para eso, la belleza envuelta en un nudo de necesidad. Cómo mostrábamos nuestra disposición, cómo nos engalanábamos igual que las flores de plantas carnívoras. Recuerdas cómo nos convertía, de cara a nosotros, en lo más importante del mundo, tal era la seducción de ese nudo de necesidad, seduciéndonos primeros a nosotros y luego a otros, tantos otros...

—Habla por ti —dijo Spinnock, riéndose, aunque aquellas palabras le agujonearon algo dentro de él, un atisbo de dolor al que no tenía sentido prestar atención, o eso se dijo, manteniendo aún la sonrisa mientras se acercaba a la cama—. Esos viajes a Kurald Galain te estuvieron negados durante mucho tiempo, hasta que los rituales de apertura parecían carentes de propósito. Más allá del crudo placer del sexo.

Ella lo examinó por un momento debajo de sus pesados párpados.

—Sí.

—¿Nos ha perdonado, entonces?

La risa de ella sonó amarga.

—Lo preguntas con tanta llaneza, ¡como si preguntaras por un familiar enfurruñado! ¿Cómo puedes hacer esas cosas, Spin? Debería haberte llevado la mitad de la noche sacar ese tema.

—Quizá la edad me haya vuelto impaciente.

—¿Después de la tortura a la que me has sometido? Tienes la paciencia de un liquen.

—Pero con algo más de atractivo, espero.

Ella se movió hacia el borde de la cama, puso los pies desnudos en el suelo y siseó al sentir el frío tacto de la piedra.

—¿Dónde está mi ropa?

—Se quemó hasta convertirse en cenizas por el calor de tu deseo.

—Allí... acércamelas, si no te importa.

—¿Y ahora quién está impaciente? —Pero recogió sus sacerdotales hábitos.

—Las visiones se están volviendo más... débiles.

Asintiendo, le extendió la túnica.

Ella se levantó, se dio la vuelta y deslizó los brazos dentro de las mangas, después se relajó en su abrazo.

—Gracias, Spinnock Durav, por acceder a mi... necesidad.

—El ritual no puede ser negado —respondió, acariciándole su pelo corto y tan negro como la medianoche—. Además, ¿acaso pensabas que iba a negar una petición como esta viniendo de ti?

—Me cansé de los sacerdotes. Su tedio es tal que la mayoría de ellos tienen que tragarse espantosas hierbas para despertar a la vida. Últimamente los tenemos más para complacernos mientras se quedan ahí tumbados, flácidos como plátanos podridos.

Él se rio, dando un paso atrás para encontrar sus propias ropas.

—Plátanos, sí, una fruta de lo más maravillosa para recompensarnos en este extraño mundo. Eso y el kelyk. En cualquier caso, la imagen que describes es por injusta poco apetecible.

—Estoy de acuerdo, y por eso, gracias de nuevo, Spinnock Durav.

—Basta de gratitud, por favor. A no ser que quieras que exprese la mía propia y abrumarte así con el

patetismo de mi apuro.

Al escuchar eso ella solo sonrió.

—Quédate desnudo, Spin, hasta que me marche.

—¿Otra parte del ritual? —preguntó.

—¿Lo habría preguntado con tanta humildad si así fuera?

Cuando la sacerdotisa se hubo marchado, Spinnock Durav se puso la ropa de nuevo, pensando en su propio ritual, sirviendo su espada con el toque de una amante, como para recordarle al arma que la mujer a la que acababa de hacerle el amor no era más que una distracción, un entretenimiento pasajero, y que solo había sitio para un amor en su corazón, como correspondía a un guerrero.

Cierto, un ritual absurdo, una idea que era sin duda patética. Pero con tan poco a lo que aferrarse, bueno, un tiste andii se agarraba con uñas y dientes a cualquier cosa con sentido, por cuestionable o totalmente disparatada que fuese.

Vestido de nuevo, partió.

La partida le esperaba. La mirada atormentada de Vidente, allí frente a él, con trozos de madera ingeniosamente tallados pero al fin y al cabo inertes, entre ellos cuerno y hueso sobre la mesa. Fantasmales e irrelevantes jugadores a cada lado.

Y cuando acabara, cuando la victoria y la derrota se hubiesen llevado a cabo, se quedarían sentados por un tiempo bebiendo del jarro, y Vidente podría hablar de nuevo de algo sin llegar a decir de qué, dando un rodeo con cada palabra sobre lo que le importunaba, ambigüedad en cada observación y comentario. Y todo cuanto Spinnock deduciría es que estaba relacionado con el Gran Túmulo al norte de Coral Negro. Con su reciente negativa a viajar allí había puesto fin a su peregrinaje y a Spinnock le había hecho preguntarse por las crisis de fe de Vidente, dejado con el temor de que llegase la auténtica desesperación, cuando todo cuanto Spinnock necesitaba de su amigo podría marchitarse, incluso morir.

Y, entonces, ¿hallaría esperanza?

Recorrió las oscuras calles, camino de la taberna, y se preguntó si había algo que pudiese hacer por Vidente. El pensamiento ralentizó sus pasos y le hizo alterar la ruta. Bajó por un callejón, salió a otra calle, esta por una pequeña pendiente que hacía que los edificios a cada lado se viesan más bajos a medida que descendía la cuesta, una cascada de puertas pintadas con colores vivos... Pero ¿quién se molestaba en hacer algo así en esta Noche eterna?

Llegó a una puerta a su izquierda, de superficie desconchada con un tosco sigilo grabado, el contorno del Gran Túmulo de perfil; debajo, la marca irregular de una mano abierta.

Allá donde nacía la adoración, los sacerdotes y las sacerdotisas aparecían con tanta espontaneidad como el moho en el pan.

Spinnock golpeó la puerta.

Después de un momento se abrió apenas una rendija y al bajar la mirada encontró un único ojo que lo examinaba.

—Quisiera hablar con ella —dijo.

La puerta se abrió con un chirrido. Dejó ver a una chica joven vestida con una túnica deshilachada que ahora no paraba de inclinarse en una reverencia tras otra.

—Se-señor —tartamudeó—, está arriba... es tarde...

—¿Lo es? Y yo no soy ningún «señor». ¿Está despierta?

Asintió, indecisa.

—No le robaré mucho tiempo. Dile que es el guerrero tiste andii que conoció una vez en las ruinas.

Ella estaba recogiendo madera. Yo... haciendo poca cosa. Ve, esperaré.

La muchacha se apresuró escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos, con las plantas de los pies sucias destellando a cada salto.

Oyó que se abría la puerta, la oyó cerrarse, volverse a abrir, y la muchacha reapareció al final de las escaleras.

—¡Suba! —siseó.

La madera crujió bajo sus pies mientras subía al piso de arriba.

La sacerdotisa —de edad proveyta, inmensamente obesa— se había colocado sobre una otrora lujosa silla delante de un altar de amontonados dijes. Los braseros derramaban una luz naranja a cada lado, desprendiendo volutas de humo que colgaban del techo espesas y acres. Los ojos de la anciana reflejaban ese mudo resplandor, turbio por las cataratas.

En cuanto Spinnock entró en la pequeña habitación, la muchacha salió, cerrando la puerta tras ella.

—No has venido —comenzó a hablar la sacerdotisa— para abrazar la nueva fe, Spinnock Durav.

—No recuerdo haberte dado mi nombre, Sacerdotisa.

—Todos conocemos a aquel que de entre los tiste andii nos acompaña a los humildes humanos. Además del viejo que regatea en los mercados, y tú no eres Endest Silann, que habría sufrido para subir hasta aquí y se habría ido doblando en cada escalón hasta que pareciera que el peso lo iba a partir en dos.

—La notoriedad me intranquiliza.

—Claro que intranquiliza. ¿Qué quieres de mí, guerrero?

—Quiero preguntarte algo. ¿Hay una crisis entre los creyentes?

—Entiendo. Hablas de Vidente, que ahora nos niega en nuestra necesidad.

—¿Lo hace? ¿Cómo? ¿Qué necesidad?

—No es de tu incumbencia. Ni de los tiste andii, o del Hijo de la Oscuridad.

—Anomander Rake gobierna Coral Negro, Sacerdotisa, y nosotros, los tiste andii, le servimos.

—El Gran Túmulo queda fuera de Noche. El Redentor no se arrodilla ante el Hijo de la Oscuridad.

—Estoy preocupado por mi amigo, Sacerdotisa. Eso es todo.

—No puedes ayudarlo. Tampoco, ahora queda claro, puede ayudarnos él.

—¿Por qué necesitáis ayuda?

—Esperamos al Redentor, para que acabe con aquello que aflige a sus adeptos.

—¿Y cómo logrará el Redentor algo así, salvo con unos elegidos mortales?

Ladeó la cabeza, como si la pregunta la hubiera sorprendido; después sonrió.

—Pregúntate eso de tu amigo, Spinnock Durav. Cuando acabe el juego y tu Señor resulte victorioso de nuevo, y pidas cerveza y vosotros dos, con más parecidos de lo que imaginas, bebáis y halléis paz en vuestra compañía.

—Tu saber me consterna.

—El Redentor no tiene miedo a la Oscuridad.

Spinnock se sobresaltó, los ojos se le abrieron de par en par.

—Abrazar el dolor de los t'lan imass es una cosa, sacerdotisa. El de los tiste andii... No, puede que no haya miedo en el Redentor, pero sería mejor si su alma despertase a la sabiduría. Sacerdotisa, déjalo claro en tus plegarias. Los tiste andii no están para servir al Redentor. Dios o no, ese abrazo lo destruirá. Por completo. —*Y, por el aliento de la Madre, nos destruirá también a todos.*

—Vidente te espera —le dijo— y se extraña, pues eres siempre puntual.

Spinnock Durav vaciló, después asintió. Esperó que el dios de esta mujer tuviera más sabiduría que ella; esperó, también, que el poder de la plegaria no pudiera doblegar al Redentor a deseos mal concebidos que lo llevaran demasiado lejos, que le hicieran buscar lo que solo podría destruirlo, todo

con esa ferviente fiebre de efusiva generosidad tan común en los nuevos creyentes.

—Sacerdotisa, yerras en tu afirmación de que el Gran Túmulo queda fuera de las responsabilidades de mi Señor. Si los peregrinos están en apuros, el Hijo de la Oscuridad dará respuesta...

—Y así reclamar lo que no es suyo.

—No conoces a Anomander Rake.

—No necesitamos nada de tu Señor.

—Entonces, quizá yo pueda ayudar.

—No. Márchate, tiste andii.

Bueno, lo había intentado, ¿no? Tampoco esperaba ganar más terreno con Vidente. Quizá fuera preciso algo más extremo. *No, Vidente es un hombre reservado. Déjalo tranquilo. Presta atención, sí, como haría cualquier amigo. Y espera.*

Si había caminado por la costa más cercana, la figura solitaria que cruzaba las praderas del norte de Lamatath habría viajado unas cien leguas de llanuras deshabitadas. Sin ningún lugar donde encontrar comida más allá de un poco de caza dispersa, toda ella tristemente veloz de pata y pezuña. Estaba demacrado, aunque siempre lo había estado. Su pelo fino y gris estaba desaliñado, y le ondeaba a la espalda. Tenía la barba apelmazada, enredada por la suciedad. Los ojos, de un gélido azul, eran tan salvajes como los de cualquier bestia de la llanura.

Una larga cota de malla crujía, balanceándose sin rozarle las espinillas a cada enérgico paso. La sombra que proyectaba era tan estrecha como una espada.

En el cielo sin nubes volaban en círculos buitres o cuervos, o ambos, tan alto que no eran más que motas, aunque seguían el rastro de la figura solitaria allá abajo. O quizá solo chillaban en el vacío azul buscando los restos de alguna criatura moribunda, debilitada.

Pero este hombre no era ni débil ni moribundo. Caminaba con la rígida resolución propia de los locos, los trastornados. La locura, él mismo habría observado, no pertenece al alma comprometida con el mundo, con cada colina o mata de hierba, con las viejas lomas de la playa de guijarros de caliza que se abrían paso a través de la fina capa remendada de líquen y quebradizo musgo. Con el burlón tajo de sombra que rotaba despacio siguiendo la dirección del sol que atraviesa el cielo. Con los sonidos de su propia respiración, que eran la prueba de que seguía vivo, que el mundo aún había de llevárselo, de destruirlo, de arrebatarle el calor de su vieja carne. La locura hostigaba solo en el tormento interior y Kallor, el rey supremo, el emperador supremo de una docena de terribles imperios, era, en su fuero interno, un hombre de paz.

Por el momento. Pero ¿qué importaba además de eso? Ese único momento, que se precipitaba de cabeza hacia el siguiente, una y otra vez, tan firme y verdadero como cada paso que daba, el suelo duro reverberando por los tacones desgastados de sus botas. Lo táctil confirmaba la realidad, y nada más importaba ni lo haría nunca.

Un hombre de paz, desde luego. Y que había gobernado una vez las vidas de cientos de miles, que había gobernado sus inútiles e insignificantes existencias; que había una vez, con un único gesto, condenado a muerte a un ejército ya rendido de quince mil soldados; y que se había sentado en un trono de oro, plata y ónice, como un glotón lleno hasta reventar de tanta riqueza material que había perdido todo el significado, todo el valor... ah, bueno, cuanto quedaba de aquellos tiempos, de aquella gloria, era el hombre mismo, su espada, su armadura, y un puñado de monedas antiguas en su talego. Incontables traiciones, un mar de rostros que el paso de los siglos volvía confuso e impreciso, sin que quedase nada más que el brillo avaricioso, envidioso de sus ojos como imagen nítida en su mente; la devastación del

humo y el fuego y los débiles gritos al derrumbarse los imperios, uno detrás de otro; el caos de las brutales noches huyendo de un palacio en llamas, huyendo de una marea de idiotas vengativos que ni siquiera Kallor podía matar —por más que quisiera, y desde luego que quería—, ninguna de esas cosas despertaba ni la amarga cólera en su alma. Aquí en este páramo que nadie quería, era un hombre en paz.

Una verdad así no podía cuestionarse, y si ahora alguien se levantara de la mismísima tierra y presentase tal desafío, oh, lo cortaría en pedazos. Sin dejar de sonreír para demostrar su apacible calma.

Por lo que a Kallor respectaba, se concedía demasiada importancia a la historia. La historia de uno mismo; la de las gentes, culturas, perspectivas. ¿De qué valía juzgar los errores pasados, los infortunios, los descuidos, cuando la única recompensa después de todo ese esfuerzo era el remordimiento? ¡Bah! El remordimiento era el refugio de los necios, y Kallor no lo era. Había hecho realidad cada una de sus ambiciones, después de todo, había vivido todas ellas hasta apurar su intensidad, hasta que no quedó nada más que el conocimiento pálido y descolorido de que no había nada más en la vida que valiese la pena conseguir. Que las recompensas resultaban efímeras; no, fútiles.

Cualquier emperador en cualquier reino, con el tiempo, descubriría pronto que la nobleza del título y todo el poder que conllevaba era una existencia sin gracia. Incluso el exceso y las indulgencias terminaban aburriendo. Y los rostros de los muertos, de los torturados, bueno, todos eran iguales, y ninguna de esas retorcidas expresiones concedía destello alguno de revelación, ni el descubrimiento de ningún secreto profundo, de último suspiro, que respondiera las grandes preguntas. No, cada rostro simplemente se encerraba en sí mismo, encogido y replegado incluso a pesar de que el sufrimiento tirase de él, lo estirase, y lo que fuese que los ojos desorbitados viesan en el último momento era, ahora Kallor lo entendía, algo completamente... banal.

Ese sí que era un enemigo: la banalidad. La heredad de los mentecatos, la orgullosa torre de los estúpidos. No hacía falta ser emperador para verlo, escudriñar los rostros de la gente que rodeaba un carro volcado, el brillo en sus ojos mientras se estiraban y se retorcían para poder ver un poco de sangre, unos miembros amputados, para deleitarse en una tragedia sin sentido que rellenara los turbios tinteros de sus vidas. Observar, sí, esos buitres del dolor, y hablar entonces de la noble humanidad, tan sabia y virtuosa.

Inadvertido por los cuervos o los cóndores, Kallor ahora había enseñado los dientes en una negra sonrisa, como si buscara emular el rostro de ese idiota que cayó trágicamente, allí atrapado debajo de la rueda del carro, viendo lo último que vería, y encontrándolo en los rostros de los que miraban boquiabiertos y pensando, *pero miraos todos. Tan banal. Tan... banal.*

Sobresaltó a una liebre escondida en un arbusto, a veinte pasos de allí, y sacó la mano izquierda como un látigo, por debajo del hombro, y un cuchillo salió volando, apenas una sombra y, sorprendiendo a la liebre en medio de un salto, le dio la vuelta en el aire antes de que cayera.

Solo un leve cambio de dirección y se detuvo junto al cuerpo pequeño e inmóvil, y vio las gotitas de sangre derramada. El animal tenía el cuchillo clavado hasta el mango, justo en los cuartos traseros... la tripa, en fin, no servía. Una chapuza.

Se agachó, sacó el cuchillo para abrir el vientre y cortó y desgarró los intestinos calientes de la liebre. Sostuvo aquellos brillantes cordones con una mano, los examinó y susurró: «banal».

Un ojo de la liebre miraba sin ver, todo cuanto había al fondo estaba velado, desaparecido.

Pero ya había visto todo eso antes. Más veces de las que podría contar. Liebres, personas, no había diferencia. En el último momento no había nada que ver, así que ¿qué podía hacerse salvo marcharse?

Echó las tripas a un lado, recogió el cadáver por los elongados miembros traseros y reanudó su viaje. La liebre iría con él. No es que a ella le importase. Más tarde, se sentarían a cenar.

En lo alto del cielo, las motas negras emprendieron un descenso. Sus ojos, igual de vacíos, habían visto

las entrañas, extendidas en grumosos cordones grises sobre los pastos amarillos, ahora detrás del hombre solitario. Los ojos vacíos, pero un vacío diferente. No el de la banalidad de la muerte, no, sino el de la banalidad de la vida.

Ojos iguales a los de Kallor.

Y esa fue la misericordia de la muerte de la liebre, porque a diferencia de incontables cientos de miles de humanos, lo último que vio la criatura no fueron los ojos profundamente vacíos de Kallor, una visión que inspiraba terror en el rostro de todas las víctimas.

El mundo, dijo alguien una vez, devuelve lo que se le da. En abundancia. Sin embargo, como señalaría Kallor, siempre había alguien diciendo cosas. Hasta que se hartaba y los mandaba ejecutar.

Capítulo 5

Os lo imploro, no me habléis del tiempo
Ni del sol, ni las nubes, ni de los lugares
Donde nacen las tormentas
No quiero saber del viento que hace temblar el brezo
Ni del aguanieve, ni la lluvia, ni las viejas huellas sobre la piedra gris y gastada
Os lo imploro, no agasajéis las dificultades de la mala salud
Ni del ego, ni de la estirpe, ni de la anciana
Al final del camino
No escatimaré tiempo ni amasaré riqueza con la piedad
Ni pensamiento, ni sentimiento, ni mortajas tejidas
Que tienten el fin de la suerte
Os lo imploro, habládme de los abismos cruzados
No de los abandonados, ni de los sorteados, tampoco de las traiciones
Que se reproducen como gusanos
Quiero que gritéis vuestra ira contra lo que está perdido
Ahora fortaleza, ahora llanto, ahora cerrar el puño y clamar sobre tierra tan firme
Os lo imploro, cantad sobre las infelices glorias del amor
Ahora dolor, ahora ebriedad, ahora arrancada toda razón
En risas y lágrimas
Quiero que regateéis con los sobrenaturales dioses del cielo
Sin preocupación, sin coste, sin cambio de estación
Por los miedos invernales
Cantadme esto y os hallaré inquebrantables
Ahora cómplices, ahora lúcidos, ahora mirando de cara
La aullante tormenta
Cantad vuestras vidas como si no tuviesen fin
Y vuestro amor, el fuego más intenso del sol, en su paso celestial
Donde nace la verdad

Os lo imploro, un final para lo insustancial
Baedisk de Nathilog

Darujhistan. ¡Glorias sin fin! ¿Quién diría de un simple acto que es insustancial? Ese presuroso joven con los brazos llenos de verduras, los gritos del puesto en el mercado tras de él, el ojo avizor de un guardia a treinta pasos de él, valorando la mísera posibilidad de atrapar al pillo. ¿Insignificante? ¡Tonterías! Bocas hambrientas alimentadas, orgullo entusiasta, unas pocas monedas para el vendedor

ambulante, quizá, pero diríase que para lo único que servía el dinero era para llenar el pichel de su borracho marido, a ver si se moría de sed el cerdo, ¡como si a ella le importase! El corazón de un guardia, afectado de un defecto congénito, seguía latiendo sin verse forzado al colapso por una ardua persecución a través del concurrido mercado, así que vive unas semanas más, lo bastante para completar sus veinte años de servicio y garantizar a su mujer y a sus hijos una pensión. Y, por supuesto, ese último beso estaba por llegar, el beso que susurraba grandes cantidades de devoción y todo lo demás.

La alfarera en la cabaña detrás de la tienda con las manos y los antebrazos manchados de arcilla, soñando, sí, con los años en los que una vida cobraba forma, cuando con cada apretar de la yema de un dedo dejaba una huella sobre una superficie que antes era lisa, cambiando el futuro, remodelando el pasado, ¿y acaso no era tanto casualidad como diseño? Porque, aunque la intención pudiese marcar un camino, aunque las ondulaciones hacia arriba y hacia abajo, hacia afuera, pudiesen inferirse gracias a décadas de experiencia, ¿acaso el resultado era verdaderamente predecible?

Bueno, claro que no estaba pensando ninguna de esas cosas. Un dolor en la muñeca izquierda borraba todo pensamiento más allá del persistente dolor, y lo que pudiese presagiar y las hierbas que necesitaría hervir para aliviar su malestar y... ¿acaso esas preocupaciones eran irrelevantes?

Y qué decir de la niña sentada que miraba de hito en hito el lastimero ojo de un buey uncido fuera de *Los encantos femeninos de Corb* donde ahora estaba su madre y donde llevaba ya casi una campanada, aunque, al menos su madre tenía de compañía al tío secreto Doruth, ¿y acaso eso no era mejor que un buey que no hacía nada más que mugir? El enorme, blando (y oscuro, tan oscuro) ojo le devolvió la mirada, y pensar que aquello sucedía en ambas direcciones era evidente, pero ¿qué estaba pensando el buey salvo que el yugo era muy pesado y el carro más pesado aún y que estaría bien poder tumbarse?, ¿y qué podría estar pensando la niña sino en estofado de buey? Así que no nació ningún filósofo, aunque en los años venideros ella tendría su propio tío secreto y, así, como su madre, disfrutaría de todos los placeres del matrimonio con pocos de sus molestos inconvenientes.

¿Y qué decir del sol alto en el cielo, rebosante de gozosa luz que bañaba la espléndida ciudad como una bendición de todo lo que es trascendente? Cuán imperiosa es la necesidad, tan súbita, tan apremiante, de alzar las manos, cerrar los dedos en torno al ardiente orbe, de acercarlo, ¡acercarlo más!, hacia la noche y su expansión de oscuridad, donde todo tipo de cosas trascendentes han hecho temblar los cielos y las raíces mismas de la Tierra, o estuvieron a punto.

Regresemos, pues, exige el hombre bajo y rechoncho, pues este es su relato, su saber, su grito de «¡sed testigos!» del que aún se oyen los ecos. La noche de llegadas, los actos de los que llegan, ¡incluso mientras llega la noche! Que nada relevante sea olvidado. Que nada irrelevante sea considerado así, aunque cómo podría alguien imaginar que tales cosas existen al recordar con un sabio gesto de asentimiento al pillo ladrón, el vendedor ambulante, el guardia. El alfarero y la niña y el buey y el tío Doruth con el rostro entre las piernas de la esposa de otro hombre, unas partes (¡perdón!) que estaban por llegar.

Recordad, también a quien cuenta este cuento, con su sabio guiño. ¡Estamos en la mitad!

La noche, las sombras superpuestas, un borrón indefinido que no atraería la atención de nadie, salvo de ese fastidioso gato en el umbral de la hacienda, cuyos ojos ambarinos seguían una sombra que abandonaba su escondite provisional. Allá va esta sombra errante, atravesando el patio, hacia unas sombras más oscuras en el muro de la hacienda.

Agachándose, Torvald Nom levantó la mirada y vio la cabeza del gato, que lo miraba fijamente. Un segundo después la cabeza se retiró llevándose con ella su intensa mirada. El hombre se dirigió

sigilosamente a un rincón del fondo, se detuvo una vez más. Podía oír a los guardias en la entrada, un par de ellos, discutiendo sobre algo, tonos de sospecha seguidos de acusaciones que eran respondidas por protestas y desmentidos, pero...

—*Maldita sea, Doruth, es que no confío en ti...*

—*No hay razón para desconfiar, Milok. ¿Alguna vez te la he dado? No...*

—*Por el Embozado que no. Mi primera mujer...*

—*No me dejaba en paz, ¡lo juro! Me perseguía como un gato a una rata...*

—*¡Una rata! Cierto, ahí sí que llevas razón...*

—*Lo juro, Milok, prácticamente me violó...*

—*¡La primera vez! Lo sé porque ella me lo contó, ¡con los ojos tan brillantes!*

—*Por lo visto te puso cachondo como un espectro negro del Embozado...*

—*Eso no es asunto tuyo, Doruth.*

Y algo suave se frotó con la pierna de Torvald. El gato, ronroneando como blanda gravilla, el lomo arqueado, la cola retorcida. Él levantó un pie, lo dejó en el aire encima del animal. Dudó, después lo volvió a dejar en el suelo. Por el dulce beso de Apsalar, los ojos y las orejas de aquel gato podía ser una bendición, bien pensado. Eso, si el bicho tuviera el descaro de seguirlo.

Torvald miró el muro, las cornisas, las metopas con volutas, las falsas columnas trenzadas. Se limpió el sudor de las manos, las secó con la arenilla de la base del muro, después buscó unos asideros y empezó a escalar.

Llegó al alféizar de la ventana del piso superior, se encaramó hasta él y se mantuvo en equilibrio de rodillas. Cierto, nada sensato, pero la caída no lo mataría, ni siquiera se haría un esguince, ¿verdad? Sacó una daga y metió la punta entre las contraventanas, buscó a tientas el pestillo.

El gato, posándose junto a él, estuvo a punto de tirarlo del alféizar, pero consiguió mantener el equilibrio, maldiciendo entre dientes al tiempo que retomaba su trabajo con el pestillo.

—*Ella aún te quiere, lo sabes...*

—*Pero qué...*

—*Te quiere. Solo le gusta un poco de variedad. De verdad, Milok, esta última no fue una conquista fácil...*

—*¡Lo juraste!*

—*Eres mi mejor y más viejo amigo. ¡Nada más de secretos entre nosotros! Y cuando lo juro, como estoy haciendo ahora, lo digo de verdad. Tiene apetito, así que compartir no debería ser problema. No soy mejor que tú, solo diferente, nada más. Diferente...*

—*¿Cuántas veces a la semana, Duroth? ¡Dime la verdad!*

—*Bueno, cada dos días o así...*

—*¡Pero si yo también cada dos días!*

—*Pares, impares, supongo. Como decía, un apetito...*

—*Diré que...*

—*Vayamos a emborracharnos, después del turno.*

—*Sí, podemos comparar y contrastar...*

—*Me encanta, Solo eso, ¡ja! Oye, Milok...*

—*¿Sí?*

—*¿Cuántos años tiene tu hija?*

El pestillo hizo clic y saltó de las contraventanas justo cuando una espada siseó al ser desenvainada y, entre enloquecidos gritos, una lucha había empezado en la puerta.

—*¡Que es de broma! ¡En serio! ¡Solo una broma, Milok!*

Las voces llegaban ahora de la parte delantera de la casa, mientras Torvald introducía la hoja de la daga entre las ventanas de plomo y levantaba el pestillo de dentro. Se coló en el interior de la habitación a oscuras, mientras unas botas resonaban en el recinto y estallaban más gritos en la verja principal. Un farol se estrelló y la espada de alguien voló por los aires y rodó por los adoquines.

Torvald cerró rápidamente las contraventanas, después la ventana.

Oyó ese ronroneo infernal a su lado, una suave mandíbula frotándose en su rodilla. Alargó una mano hacia el gato, con los dedos crispados, vaciló, retiró la mano. Presta atención al maldito bicho, sí, para que cuando oiga lo que no puedes oír y vea lo que no puedes ver, sí...

Girando sin cambiar de postura, examinó la habitación. Una especie de estudio, aunque con las estanterías casi vacías. Qué ambición desmesurada la de esta habitación, un salto repentino hacia la cultura y la sofisticación que, por supuesto, estaba condenado al fracaso. El dinero no era suficiente. La inteligencia ayudaba. El gusto, una mente despierta, interés en otras cosas, cosas que no estaban al alcance de la vista, cosas que no tenía nada que ver con todo eso. No bastaba con mandar un sirviente para que se recorriera una tienda de pergaminos y decir «me llevaré esa estantería y esa otra, también». El amo no es un entendido. El amo probablemente no sepa leer, así que ¿qué más da?

Avanzó con sigilo hacia una estantería en la que se amontonaban una veintena o así de pergaminos, junto a un libro encuadernado en cuero. Todos los pergaminos estaban bien enrollados, atados con la etiqueta del vendedor: justo lo que había pensado. Torvald se puso a leerlos.

Tratado sobre los canales de drenaje en las alcantarillas de piedra del distrito gadrobi. El decimonoveno informe en el año de la musaraña Sujetos extraordinarios. El gremio de los ingenieros de minas. Autor: miembro 322.

Los cuentos de Melindroso Valeroso y en el mundo dentro del baúl (con ilustraciones de un hombre muerto).

Los versos perdidos de Anomandaris, con anotaciones. Torvald enarcó las cejas, ya que ese igual tenía algún valor. Quitó la cuerda rápidamente y desenrolló el pergamino. La vitela estaba en blanco salvo por una breve anotación que decía: «No es posible realizar un estudio erudito por el momento.» Y una marca de la editorial que indicaba que ese manuscrito formaba parte de la serie Obras Perdidas, publicada por el gremio de Pale de los fabricantes del papel vitela.

Enrolló de nuevo aquel chisme inútil y sacó otro.

Una guía ilustrada de los cascos de los zapateros de Genabris en el siglo cuarto, Sueño de ascua, por Ratero Dienteroto, autoconfeso coleccionista en serie y azote de los zapateros, encarcelado de por vida. Una publicación de la biblioteca del Pozo del Prisionero, Nathilog.

No tenía duda de que las ilustraciones eran abundantes y meticulosas, detalladas hasta la exageración, pero, de algún modo, su curiosidad no estaba a la altura del desafío que presentaba una atenta lectura.

En ese momento la conmoción de la entrada ya se había calmado. Varios miembros de la guardia habían regresado de la reyerta entre muchos refunfuños y juramentos que cesaron en cuanto entraron en la casa principal, de camino a sus habitaciones, indicios que le indicaron a Torvald que el amo estaba sin duda en casa y probablemente dormido. Lo que resultaba un tanto problemático, dado lo paranoico que era el malnacido y que el escondite más probable de su tesoro se hallaría en su maldito dormitorio. Bueno, el mundo presentaba sus desafíos, y, sin los desafíos, la vida era algo inútil, estéril y, lo más importante, nada interesante.

Fue hacia la puerta que llevaba al pasillo, deteniéndose para ponerse un trapo alrededor de la cara que dejaba a la vista solo sus ojos. El gato miraba con atención. Levantó el pestillo, tiró de la puerta para abrirla y echó un vistazo al pasillo. A la izquierda, la pared del fondo, más lejana, estaba a solo tres pasos de distancia. A la derecha, el pasillo que atravesaba toda la casa. Puertas y un descansillo central

para la escalera. Y un vigilante, sentado frente al descansillo. El cabello negro, una nariz roja y bulbosa, el labio inferior prominente y tal cantidad de músculos embutidos en una gigante hechura como para llenar dos o tres Torvald Nom. El idiota estaba tejiendo, moviendo la boca y arrugando la frente mientras contaba las puntadas.

Y el repelente gato, que caminaba sin hacer ruido hacia él.

Torvald cerró con cuidado la puerta.

Tendría que haber estrangulado al bicho.

Del pasillo oyó una maldición resoplante, después botas que bajaban con estruendo las escaleras.

Abrió la puerta de nuevo y miró hacia fuera. El guardia se había ido, el tejido estaba en el suelo y un hilo caía por las escaleras.

¡Ja! ¡Qué gato más listo! Vaya, si volviera a verlo le daba un beso, pero no cerca de donde se lamía, que todo tenía un límite, y allá donde un gato se lamiera no era sitio que él pensase besar.

Torvald cerró la puerta detrás de él y fue de puntillas pasillo arriba. Una cautelosa mirada a la amplia escalera central. Adondequiera que el gato hubiese escapado con la madeja de lana no se le veía por ninguna parte, ni tampoco al guardia. Encaró las ornamentadas puertas dobles que había justo detrás de la silla de madera vacía.

¿Cerrada?

Sí.

Desenvainó la daga y deslizó la fina hoja entre las puertas.

La decoración ornamentada solía ir acompañada de un descuido en los mecanismos indispensables y por lo visto esa cerradura no era una excepción, pues sintió que el pestillo se levantaba. De abajo llegaba el sonido de unas botas. Abrió la puerta con un pequeño tirón y entró rápidamente, agachándose de nuevo. Un salón, una especie de oficina, donde un único farol con un pabilo corto alumbraba con una débil luz el escritorio y su desordenado montón de hojas de papiro. Detrás de la silla afelpada y de respaldo ancho del escritorio había una segunda puerta, estrecha y más pequeña.

Torvald Nom avanzó de puntillas hacia ella.

Hizo una parada en el escritorio para apagar la lámpara, esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, se agachó aún más para mirar por el hueco de debajo de la puerta y le agradó no encontrar ningún hilo de luz. Se acercó a la madera panelada con adornos de pan de oro, ahora sin brillo en la oscuridad. Esta vez no había cerradura. Los goznes parecían bien engrasados. Despacio, consiguió abrir la puerta.

Entró, cerró la puerta sigilosamente detrás de él.

De la enorme cama con dosel salió una suave respiración. Después un suspiro.

—Dulce pescadito, ¿eres tú?

Era la voz ronca y susurrante de una mujer, seguida de unos movimientos agitados desde la cama.

—¿El acosador nocturno esta vez? Qué bien, eso es divertido... Dejaré los ojos cerrados y lloriquearé un montón cuando me amenaces para que me quede quieta. Date prisa, estoy aquí tumbada, petrificada. ¡Hay alguien en mi habitación!

Torvald Nom dudó, dividido entre la necesidad y..., bueno, la necesidad.

Se desató el cinturón de cuerda.

—Primero el tesoro. ¿Dónde está, mujer? —preguntó con tono imperioso en una voz sibilante.

Ella ahogó un grito.

—¡Qué buena voz! ¡Una nueva! El tesoro, ¡ah! Tú ya sabes dónde está, ¡qué horrible criatura! ¡Justo aquí entre mis piernas!

Torvald puso los ojos en blanco.

—Ese no. El otro.

—¿Y si no te lo digo?

—Entonces haré contigo lo que me plazca.

—¡Oh! ¡No pienso decir nada! ¡Por favor!

Mierda, ahí había metido la pata hasta el fondo. Era imposible que la mujer no supiera que él no era aquel por quien se estaba intentando pasar, incluso cuando ese aquel estaba haciéndose pasar por otro. ¿Cómo arreglar eso?

—Ponte boca abajo. Ahora, a cuatro patas. Sí, así.

—¡Eres peor que un animal!

Torvald se detuvo a los pies de la cama. ¿Peor que un animal? ¿Qué quería decir eso? Sacudiendo la cabeza, trepó a la cama. Bueno, pues qué le vamos a hacer.

Tras un breve momento:

—¡Pescadito! ¿El nuevo elixir? Cielos, ¡es espectacular! Vaya, ya no puedo llamarte pescadito, ¿a que no? Más como... ¡un salmón! ¡Nadando contracorriente! ¡Oh!

—El tesoro, o usaré este cuchillo. —Y apretó la fría hoja de la daga en la parte exterior de su muslo derecho.

Ella volvió a ahogar un grito.

—¡Debajo de la cama! ¡No me hagas daño! ¡Sigue empujando, maldito seas! De esta va a salir un bebé, ¡lo sé! ¡Esta vez habrá bebé!

Bueno, él hizo lo que le tocaba, metió sus monedas en el cáliz del templo y todo eso, y ojalá que las plegarias de la mujer la llevasen al venturoso cielo de la maternidad. Ella se derrumbó sobre la cama, gruñendo, y él se retiró, se arrodilló sobre el suelo de madera y buscó debajo de la cama, hasta que se raspó los nudillos con una enorme caja larga y no muy alta. A tientas, encontró un asa y tiró de ella.

Ella soltó un gemido de protesta.

—Venga, no empieces a contar otra vez, querido. Por favor. ¡Lo estropeas todo cuando lo haces!

—Contar no, mujer. Robar. Quédate donde estás. Con los ojos cerrados. No te muevas.

—Eso ahora queda un poco tonto, que lo sepas.

—Cállate o lo hago de nuevo.

—¡Caray! ¿Cuál decías que era el elixir?

Forzó la cerradura con la punta de la daga. Dentro, convenientemente guardadas en sacos de arpillera etiquetados con las cantidades exactas, había una fortuna de gemas, joyas y concejo de mucho valor. Recogió el botín a toda prisa.

—¡Estás contando!

—Te lo advertí. —Se volvió a subir a la cama. Miró hacia abajo y vio que con promesas no bastaba. *Dioses del inframundo, ya podríais estar de verdad ahí abajo.*

—Escucha —dijo—. Necesito más elixir. En la oficina. No te muevas.

—No lo haré. Lo prometo.

Salió deprisa, se escabulló por el salón y se detuvo en las puertas del pasillo para pegar la oreja contra el panel.

El suave deslizarse y entrechocarse de agujas de tejer de bambú.

Torvald deslizó la daga en el interior de su vaina, la empuñó al revés, abrió la puerta, miró la coronilla de la cabeza peluda del hombre y golpeó con fuerza. El pomo crujió. El hombre se hundió en su asiento, después se dobló como un montón de carne a los pies de la silla.

El gato estaba esperando en la puerta de la biblioteca.

Tío Uno, Tío Dos, Padre Ninguno. Tía Uno, Tía dos, Madre Ninguna.

Presente y de servicio, Tío uno, Tía uno y Primos Uno, Dos, Tres. Primo Uno se acercaba muy poco a poco, casi lo bastante cerca para otro codazo fuerte y cortante cuando Uno hacía amago de coger otra cebolla del montón que había en la mesa. Pero se conocía los juegos de Uno, tenía una lista de un año de heridas para probarlo, y así, como si por casualidad, se alejó medio paso, dejando en su rostro una radiante sonrisa mientras Tía Uno miraba embobada esta repentina abundancia y Tío Uno se sentaba enfrente, listo para hacerle un guiño en cuanto él mirara en su dirección, lo que no iba a hacer aún porque la búsqueda del momento propicio, como Tío Dos había dicho siempre, lo era todo. Además, tenía que estar atento a Primo Uno, sobre todo ahora que el primer plan había sido desbaratado.

Uno, cuyo nombre era Snell, tendría que darle más a la cabeza, trabajar esa astucia que no parecía venirle de ninguna parte y que no formaba parte de la pavisosa estupidez del cerebro de Uno, así que igual eran demonios después de todo, que le cloqueaban y cacareaban todas sus crueles ideas. Snell no iba a dejarlo estar, lo sabía. No, lo recordaría y haría planes. Y el daño sería mucho peor por eso.

Pero justo ahora le daba igual, le daban igual Primo Uno o lo que pasase más tarde esa noche o mañana. Había traído comida a casa, después de todo, todo un brazado de comida, había entregado su tesoro ante jubilosos gritos de alivio.

Y el hombre cuyo nombre le habían dado, el hombre muerto hace mucho cuyo nombre no era ni Tío Uno ni Tío dos pero que había sido Tío Tres y no, claro, Padre Uno, bueno, ese hombre estaría orgulloso de que el chico con su nombre estuviera haciendo lo que hacía falta para mantener unida a la familia.

El niño llamado Harllo recogió su cebolla y se abrió paso hacia un rincón seguro de la única habitación y, momentos antes de darle un mordisco, alzó la mirada en busca de los ojos de Tío Uno para atrapar el guiño, después asentir en respuesta.

Justo como siempre había dicho Tío Dos, la búsqueda del momento propicio era la forma en la que un hombre medía el mundo y el lugar que ocupaba en él. La coordinación del tiempo no era un mundo de quizás, era un mundo de sí o no, de esto sí pero no aquello otro. Ahora, no más tarde. El momento propicio era algo propio de todos los animales de la naturaleza que cazaban a otras criaturas. Pertenece al tigre y a sus ojos fijos y vigilantes. Pertenece, también, a la presa, cuando el cazador se convertía en cazado, como con Primo Uno, cada momento una contienda, una batalla, un duelo. Pero Harllo estaba aprendiendo las maneras del tigre, gracias a Tío Dos, cuya misma piel podía cambiar en la de un tigre, cuando la furia se despertaba fría y mortal. Que tenía los ojos de un tigre y era el más valiente y sabio de todo Darujhistan.

Y el único, aparte del propio Harllo, que sabía la verdad sobre Tía Dos, que en realidad no era Tía Dos, sino Madre Uno. Incluso aunque no quisiera admitirlo, aunque no quisiera decirlo, y no quería tener apenas nada que ver con su único hijo, su «hijo de la violación». Una vez Harllo había pensado que Violación era el nombre de su padre, pro ahora sabía que era una cosa que la gente le hacía a otra gente, tan malo como un codo en las costillas, quizá peor. Y por eso era que Madre Uno se quedaba como Tía Dos, y por lo que, en las extrañas veces en las que venía de visita, evitaba la mirada de Harllo por más que él lo intentara, y por lo que ella no quería decir nada salvo con una voz que era todo rabia.

«La tía Piedra odia las palabras, Harllo», le había explicado Rezongo, «pero solo cuando esas palabras se le cuelan demasiado dentro, allí donde se esconde, ¿entiendes?».

Sí, entendía. Entendía montones de cosas.

Snell encontró su mirada e hizo una mueca perversa mientras profería atroces promesas. Su hermana pequeña, Prima Dos, que se llamaba Miau, estaba mirando desde donde esperaba en el borde de la mesa, mirando sin entender porque ¿cómo podría?, si solo tenía tres años; mientras Prima Tres, otra chica pero

esta llamada Hinty, estaba bien arrebujaada en la cuna y a salvo allí dentro, a salvo de todo, como debían estar los pequeños.

Harllo tenía cinco años, quizá cerca de seis, pero ya era alto; *larguirucho*, se reía Rezongo, *larguirucho y flaco porque es así como crecen los chicos*.

La tía Myrla tenía el resto de las verduras en un pote humeante en el fuego de la chimenea, y Harllo vio que le lanzaba una mirada cómplice a su marido, que asintió, sin detenerse a masajear los muñones debajo de sus rodillas, donde casi todo el mundo tenía pantorrillas, tobillos y luego pies, pero el tío Bedek había tenido un accidente —que era algo como Violación, pero no a propósito—, así que no podía caminar, lo que hacía la vida difícil a todos y significaba que Harllo tenía que hacer lo que hubiera que hacer porque Snell no parecía muy interesado en hacer nada. Salvo atormentar a Harllo, claro.

El aire en la abarrotada habitación olía dulce y térreo, pues Myrla iba echando más estiércol en el pequeño fuego debajo del pote. Harllo sabía que tendría que salir y recoger más al llegar mañana, y eso podría significar salir de la ciudad, por la costa oeste del lago, lo que era una aventura.

Snell se terminó su cebolla y se fue acercando poco a poco a Harllo, con las manos en un puño.

Pero Harllo ya había oído las botas en el callejón de fuera, crujiendo sobre las hojas de helecho muertas del tejado derrumbado de enfrente, y un momento después Tío Dos echó a un lado los cortinajes y metió la cabeza en la habitación, las púas de su cara parecían recién pintadas, de tan definidas que estaban, y sus ojos brillaban como las llamas de una vela. Su sonrisa dejó ver los colmillos.

Bedek saludó.

—¡Rezongo! ¡Pasa, viejo amigo! ¡Mira qué festín está preparando Myrla!

—Llego en buen momento, entonces —respondió el hombre enorme, entrando en la habitación—, porque he traído caballo ahumado. —Al ver a Harllo le hizo una señal con la mano para que se acercara. —Hay que ponerle un poco de músculo a este.

—Ya —dijo Myrla—, no para quieto, ese es su problema. ¡Es que ni un segundo!

Snell estaba frunciendo el ceño, se escabullía en retirada y miraba a Rezongo con una mezcla de odio y miedo.

Rezongo levantó a Harllo, después lo sostuvo con un brazo mientras este último trataba de zafarse, y dio dos pasos hacia el fuego para darle un paquete envuelto en papel de arpillera a Myrla.

Bedek estaba mirando a Rezongo.

—Me alegro de que consiguieras volver —le dijo en voz baja—. Me enteré de lo tuyo en la puerta y ese momento en Ciudad Miserias... maldita sea, pero ojalá yo no fuera tan... inútil.

Rezongo dejó a Harllo en el suelo y suspiró.

—Quizá tus días de viajar con caravanas se han acabado, pero eso no significa que seas inútil. Estás criando una gran familia, Bedek, una gran familia.

—Que voy a estar yo criando nada —farfulló Bedek, y Harllo ya se sabía esa, demasiado bien se la sabía, y podrían pasar días, quizás incluso una semana, antes de que Tío Uno saliera del agujero profundo y oscuro en el que estaba ahora. El problema era que a Bedek le gustaba ese lugar, le gustaba cómo Myrla lo arropaba, todo caricias y abrazos y dulces susurros, y así seguiría hasta que llegara la noche en la que hacían ruidos en la cama y, llegada la mañana, vaya, Bedek estaría sonriendo.

Sin embargo, cuando Myrla se comportaba así, cuando solo estaba pendiente de su marido y de nadie más, recaía en Harllo la tarea de atender a las niñas y hacer todo lo que hubiera que hacer, y lo peor de todo, significaba que no había nadie que pudiera controlar a Snell. Las palizas eran tremendas, entonces.

Myrla no podía trabajar mucho, no después del último bebé, cuando se había hecho daño dentro de la tripa y ahora se cansaba muy fácilmente, e incluso esta gloriosa cena que estaba preparando la dejaría exhausta y débil y con dolor de cabeza. Cuando se sentía capaz, remendaba la ropa, pero eso no ocurría

mucho últimamente, lo que hacía que los saqueos de Harllo en los mercados locales fueran de vital importancia.

Se quedó cerca de Rezongo, que ahora se sentaba frente al Tío Bedek, quien había sacado de alguna parte una jarra de vino, y esto mantenía a Snell a raya por el momento, aunque eso, claro está, empeoraría las cosas luego, pero no pasaba nada. No podías elegir a tu familia, después de todo, ni a tus primos, ni a nadie. Eran los que eran y punto.

Además, podría marcharse mañana por la mañana, tan temprano que Snell ni siquiera estaría despierto, y saldría de la ciudad, por la costa del lago donde el mundo se alargaba, donde más allá de las chozas había colinas sin nada más que cabras y pastores y más lejos aún no había nada sino tierra vacía. La existencia de algo así era un susurro de oportunidades para Harllo, unas para las que ni tenía nombres ni palabras que ponerle, pero que estaban en una vida futura que parecía nebulosa, fantasmal, pero que, así y todo, era una promesa. Tan brillante como los ojos de Rezongo, esa promesa, y era a eso a lo que Harllo se aferraba cuando se le echaban encima los puños de Snell.

Bedek y Rezongo hablaron de los viejos tiempos, cuando los dos habían trabajado en las mismas caravanas, y a Harllo le pareció que el pasado —un lugar que nunca había visto porque era de antes de la Violación— era un lugar de grandes hazañas, los atardeceres eran más intensos, las estrellas resplandecían en el cielo negro y la luna se veía sin brumas, y los hombres se erguían más altos, más orgullosos y nadie tenía que hablar del pasado entonces porque estaba ocurriendo en ese momento.

Quizás él vería así el futuro, un tiempo nuevo en el que sentirse orgulloso. Un tiempo hacia el que crecer.

Frente a Harllo estaba Snell agachado en un oscuro rincón, con los ojos llenos de su propia promesa mientras sonreía a Harllo.

Myrla sirvió platos rebosantes de comida.

Las hojas de papiro, hechas jirones, prendieron de prisa, enviando escamas negras por el tiro de la chimenea, y Duiker observó cómo se marchaban, viendo cuervos, miles de cuervos. Ladrones de la memoria, robando todo lo que pudiera haber pensado alguna vez, lo que podría haber resucitado para calmar el sinsentido de su vida presente. Había renunciado a toda batalla para recordar los rostros y todos sus esfuerzos por escribir esta espantosa historia habían fracasado. Las palabras eran planas y sin vida, las escenas estaban descritas con la voz de los muertos.

¿Quiénes eran los camaradas que estaban a su lado por entonces? ¿Quiénes eran aquellos wickanos y aquellos malazanos, aquellos hechiceros y aquellos guerreros, aquellos soldados y víctimas sacrificiales que se encaramaban en el camino, como centinelas de la futilidad, mirando con fijeza desde lo alto sus propias sombras marchantes que se desplegaban abajo?

Bastión. Tregua. Sormo Enath.

Coltaine.

Nombres, sí, pero no caras. El caos y el terror de combatir, de tambalearse de agotamiento, de las heridas sangrantes abiertas en la carne rasgada, del polvo y el hedor de los desperdicios desparramados... No, no podía escribir eso, no podía relatar la verdad de todo aquello, de nada de aquello.

La memoria falla. Por siempre condenados a buscar cómo moldear las escenas, encuadrarlas, cada acto descrito, razonado y razonable, irracional y descabellado, pero en algún lugar debajo de todo debería estar el sedimento espeso y sólido de la motivación, de la significancia, del sentido... eso tiene que estar. La alternativa es... inaceptable.

Pero esto era a lo que sus intentos le llevaban, una y otra vez. Las verdades inaceptables, aquellas a las que ninguna persona cuerda podía enfrentarse, mirar a la cara. Que no había nada que mereciese ser venerado, ni siquiera el simple hecho de la supervivencia, y desde luego no la infinita cascada de fracasos, de muertes incontables.

Incluso aquí, en esta ciudad de paz, él miraba a los ciudadanos en sus danzas diarias, y su desprecio se acentuaba a cada momento. No le gustaba la forma en la que sus pensamientos se volvían cada vez más insensibles, cada vez más perplejos ante las innumerables escenas de una existencia aparentemente mecánica, inútil, pero no parecía haber una salida para esa progresión y sus observaciones desvelaban la insignificancia de la vida, las batallas mudas o lo contrario con esposas, maridos, amigos, hijos, padres, con el hervidero de una calle atestada, cada uno encerrado en sí mismo, con su vida recta e indiferente a los extraños, gente enfrascada por completo en sus propias vidas. Pero ¿acaso no debía deleitarse en esas cosas? ¿En la profunda libertad de la gente, en su lujo extraordinario al imaginarse al control de sus propias vidas?

Por supuesto que no lo tenían. En su libertad, como la que cada uno poseía, levantaban sus propias barreras, llevaban grilletes fabricados con sus propias manos. Haciendo sonar las cadenas de las emociones, de los miedos y preocupaciones, del miedo y el rencor, de la beligerancia que clamaba contra el esencial anonimato que atrapaba a una persona. Sí, una verdad a todas luces inaceptable.

¿Era esa la fuerza impulsora que estaba detrás de la búsqueda de poder? ¿Rasgar el velo del anonimato, sostener en alto la fama y la infamia como un escudo fulgurante y una espada reluciente? ¿Lanzar un grito que se oiga más allá de las puertas de la vida de uno?

Pero Duiker había oído ya muchos de esos gritos. Había estado, encogido de miedo, en mitad de esos aullidos de triunfo y desafío, y todos ellos se volvían amargos por la desesperación, por la absurda ira. Los ecos del poder eran, sin duda, uniformes en su esencial vacío. Cualquier historiador digno de tal título era capaz de ver eso.

No, no había valor en la escritura. No tenía más efecto que los puños de un bebé golpeando un silencio que hacía caso omiso a cada llanto. La historia no significaba nada, porque la única continuidad era la estupidez humana. Sí, había momentos de grandeza, de brillantes hazañas, pero ¿cuánto tiempo perduraba la luz de esa gloria? Desde una respiración a la siguiente, claro, y poco más. Poco más. *Por lo que respecta al resto, ábrete paso a patadas entre los huesos y las ruinas pues es cuanto queda, lo que permanece hasta que todo se convierte en polvo.*

—Pareces pensativo —observó Mazo, inclinándose hacia delante con un resoplido para rellenar el pichel de Duiker—. Lo que supongo que no debería sorprenderme, puesto que has quemado los esfuerzos de la mayor parte de un año, por no mencionar papiros por valor de un buen concejo.

—Te reembolsaré el coste —dijo Duiker.

—No seas ridículo —dijo el curandero, reclinándose—. Solo he dicho que parecías pensativo.

—Las apariencias engañan, Mazo. No me interesa pensar en nada más. Sobre nada.

—Bien, entonces nos hallamos ante un verdadero consenso.

Duiker siguió mirando el fuego, los cuervos negros que ascendían por la chimenea.

—Qué poco sensato por tu parte —le dijo—. Tienes asesinos en los que pensar.

Mazo resopló.

—Asesinos. Azogue ya está hablando de desenterrar una docena de malditos. Mezcla está ahí fuera buscando el cuartel general del Gremio, y rapiña y Perlazul trabajan con el Consejero Coll para rastrear la fuente del contrato. Dales una semana y el problema dejará de serlo. Para siempre.

Duiker esbozó una media sonrisa.

—Deja tranquilos a los marines malazanos, retirados o no.

—Sería de esperar que la gente ya lo supiera, ¿no?

—La gente es estúpida, Mazo.

El curandero hizo una mueca.

—No todos nosotros.

—Cierto. Pero el Embozado los espera a todos, los estúpidos, los listos, los sensatos y los insensatos.

Espera con la misma sonrisa cómplice.

—No me extraña que quemaras tu libro, Duiker.

—Sí.

—Entonces, si no vas a seguir escribiendo historia, ¿qué vas a hacer?

—¿Hacer? Hacer, nada.

—Mira, de eso lo sé todo... Venga, no te opongas. Sí, curo a alguien de tanto en tanto, pero antes fui soldado. Ahora, no. Ahora me paso el día sentado poniéndome gordo, y la grasa está envenenada con alguna clase de bilis cínica. Perdí a todos mis amigos, Duiker. No muy distinto de ti. Los perdí a todos, ¿y para qué? Que me aspen si lo sé, que me aspen una y otra vez, pero no, no tengo ni idea del porqué, del porqué de nada.

—Sí que tenemos consenso, sí —dijo Duiker—. Pero, Mazo, parece que estás en guerra de nuevo. Contra el enemigo implacable y letal de siempre.

—¿El Gremio? Supongo que tienes razón. Pero no durará mucho, ¿verdad? No me gusta estar retirado. Es como declarar el final de tu valía, valiera lo que valiese, y cuanto más sigues más te das cuenta de que esa valía no tenía el valor que pensabas que tenía, y eso hace que todo sea peor.

Duiker dejó la jarra y se levantó.

—El Alquimista Supremo me ha invitado a comer mañana. Será mejor que me vaya a la cama y duerma un poco. Vigila tus espaldas, alquimista. A veces el chico empuja y la dama no está por ninguna parte.

Mazo se limitó a asentir, pues había asumido la tarea de ser él quien mirase fijamente el fuego ahora que Duiker se marchaba.

El historiador se alejó del calor y atravesó capas y corrientes de aire frío de camino a su habitación. El frío se hacía más intenso con cada paso.

En algún lugar de ese infame templo, los cuervos danzaban con las escamas sobre la boca de una chimenea, prácticamente invisibles en la oscuridad. Cada uno llevaba una palabra, pero las escamas eran sordas. Estaban demasiado ocupadas en el espectáculo de su brillante y cegador fuego. Al menos hasta que se apagaran.

Gaz se marchó pronto hecho una furia, en cuanto se dio cuenta de que no iba a ganar lo bastante ese día para pagarse una noche de bebida. Thordy vio cómo su marido se marchaba, con esa patética forma de caminar suya inclinando el cuerpo que tenía siempre que estaba encolerizado, vio las erráticas zancadas adentrarse en la noche. Hacia dónde iba, no tenía ni idea, ni tampoco, la verdad sea dicha, le importaba.

Dos veces ya durante la semana pasada ese granuja canijo y escuálido había asaltado su puesto de verduras. Dioses, ¿qué hacían ahora los padres? El renacuajo tenía probablemente cinco años, no más, seguro, y ya era tan rápido como una anguila en el agua... ¿y por qué no iba de la correa como tendrían que ir los niños? Sobre todo a una edad en la que había montones de personas que lo robarían, lo usarían o lo venderían a la mínima oportunidad. Y si lo usaban con esas malas intenciones luego le retorcerían el cuello, lo que a Thordy no le importaría tanto salvo que era un pensamiento cruel y una imagen cruel y algo más propio de su marido que de ella. Aunque en lo único en lo que su marido había estado pensando es en cuánto dinero podría sacar ella si no hubiera robos. Y quizá lo que él sería capaz si alguna vez le

ponía las manos encima del renacuajo.

Le entraron escalofríos con ese pensamiento, pero luego la distrajo *Nou*, el perro guardián del huerto contiguo al suyo, que andaba con un arrebatado de ladridos inusual, pero después se acordó de su marido y de que se había marchado y de que *Nou* odiaba a Gaz, sobre todo cuando caminaba de esa forma. Cuando Gaz se tambaleaba de vuelta a casa, borracho e inútil, el perro sarnoso no profería ni un sonido, de hecho, ignoraba a Gaz por completo.

Los perros, Thordy lo sabía, eran capaces de oler las malas intenciones. También les pasaba a otros animales, pero los perros sobre todo.

Gaz no le ponía la mano encima a Thordy, ni siquiera un empujón o una bofetada, porque sin ella y sin el huerto que ella cuidaba para él las cosas iban a ir mal, y eso su marido lo sabía de sobra. La tentación la había tenido, muchas veces, desde luego, pero de repente había un brillo en sus ojos, una sorpresa que se encendía con un parpadeo. Y entonces sonreía y se marchaba, reservando ese puño desfigurado y todo lo que iba por encima del puño para otra persona. A Gaz le gustaban las buenas peleas, en los callejones de detrás de las tabernas. Le gustaba destrozar caras a patadas, siempre y cuando la víctima fuera más pequeña que él y estuviera más borracha. Y que no tuviera amigos que fueran a intervenir o a sorprenderlo por la espalda. Así era como aguantaba las miserias de su vida, o eso decía a menudo.

Thordy no tenía muy claro qué era eso de las miserias, aunque se hacía una idea. Ella era una, por ejemplo. También el ridículo terreno que tenía para las verduras. Su vientre estéril. La forma en la que la edad y el trabajo la estaban ajando, robándole el brillo que tuvo alguna vez. Vamos, había un buen puñado de cosas de ella que lo hacían miserable. Y, bien pensado, ella había sido afortunada de haberlo tenido durante tanto tiempo, sobre todo cuando había trabajado en las redes del pesquero, las redes, qué desdicha, que se habían llevado todos sus dedos aquella noche en la que algo grande esperaba debajo, inmóvil e inadvertido mientras la tripulación izaba la red a bordo. Entonces estalló con fuerza salvaje y se abalanzó hacia el río como un ariete. Los dedos de Gaz, que estaban todos metidos en la red, saltaron como zanahorias a las que les hubieran cortado la punta y ahora no tenía nada más que pulgares y una fila de nudillos.

Puños hechos para luchar, solía decir con el acto reflejo de enseñar los dientes. *Eso y nada más.*

Y eso era cierto y una buena razón, suponía Thordy, para emborracharse a la menor oportunidad.

Últimamente, en cambio, se había sentido un poco menos generosa; no, más bien no había estado sintiendo casi nada. Incluso la compasión había menguado, se había marchado como el susurro de una hoja seca en el viento de otoño. Y era como si él hubiera cambiado, justo delante de sus ojos, aunque ahora entendía que lo que había cambiado estaba detrás de ellos y no delante: no el objeto de la mirada sino el sujeto. Ella ya no se achantaba frente a la furia de su marido. Ya no se asustaba de ese cuerpo echado hacia delante ni de su inútil ira, y ahora la examinaba y comprobaba su futilidad, veía la autocompasión en ese cabeceo herido.

Estaba vacía, entonces, y al principio había pensado que se quedaría así, probablemente para el resto de su vida. Sin embargo algo había empezado a llenar el vacío. Al principio llegó con un sobresalto, una punzada de culpa, pero ya no. Ahora cuando los pensamientos asesinos llenaban su cabeza era como sumergirse en un baño perfumado.

Gaz se sentía miserable. Él mismo lo decía. Se sentiría más feliz si estuviera muerto.

Y, la verdad sea dicha, ella también.

Todo este amor, toda esta necesidad desesperada, y él era un inútil. Su mujer tendría que haberlo echado de su vida hacía mucho tiempo, eso lo sabía. Aferrarse a él de esa forma era una tortura. Él solía

decirle que solo se peleaba con enclenques. Estúpidos y cosas peores. Le decía que lo hacía para mantener la fuerza de sus brazos, para endurecer sus nudillos, para aferrarse (ja, esta sí que era buena) a alguna razón para mantenerse con vida. Un hombre necesitaba una habilidad, sí, y lo mismo daba si era buena o mala, no importaba en absoluto. Pero la verdad era que él escogía a los malnacidos más grandes y malos que encontraba. Para probar que podía, para probar esos nudillos y sus formas de matar.

Matar, sí. Cuatro hasta la fecha, que él supiera seguro.

Tarde o temprano, Gaz lo sabía, se volverían las tornas y sería su frío cadáver el que yacería boca abajo en un callejón. Así eran las cosas. Cuando gastas más de lo que vales, una y otra vez, al final viene alguien a cobrar.

Ella no le lloraría, eso lo sabía. Un hombre enamorado veía cuándo su amada había dejado de quererlo. No la culpaba, y no la quería menos por eso; no, su necesidad solo empeoraba.

La Taberna de la Pelota Azul ocupaba una esquina de un decrepito y enorme montón de viviendas que apestaban a orín y a basura en descomposición. En medio de los festejos, la anarquía nocturna en estas callejuelas que estaban por encima de los muelles alcanzaban nuevas cotas, y Gaz no era el único que merodeaba por los callejones en busca de gresca.

Se le ocurrió que quizás él no era tan raro como creía. Que quizás era solo uno entre los miles de matones inútiles de esta ciudad, todos con odio hacia sí mismos, que salían para olisquear rastros como muchos perros sarnosos. Aquellos que lo conocían le dejaban espacio, apartándose cautelosamente de su camino mientras él acechaba por sus campos de batalla favoritos, detrás de la Pelota Azul. Aquel fugaz pensamiento —acerca de otros, acerca de los rostros en sombras que veía a su alrededor— se marchó pronto, huyó con el primer olor a sangre que descubrió en el húmedo y sofocante aire.

Alguien se le había adelantado, y ese alguien podría estar escapando con aires de gallito por el otro extremo del callejón. Bueno, igual el idiota daba toda la vuelta y entraba de nuevo y él podía darle al cabrón lo mismo que le había hecho al otro... Allí estaba el cuerpo, la forma acurrucada e inmóvil. Gaz lo empujó con una bota al pasar. Oyó un resuello de sangre y espuma. Clavó el tacón en las costillas solo para oír el chasquido y el crujido. Una tos, salpicando sangre, un débil gruñido, después una última exhalación.

Listo, así de fácil.

—¿Estás contento, Gaz?

Giró sobre sus talones ante el sonido de la suave y profunda voz, poniendo los brazos en guardia sin esperanza de éxito; pero el puño que esperaba no llegó nunca y, maldiciendo, retrocedió hasta que sus hombros se golpearon con el muro, y le lanzó una mirada furiosa aunque amedrentada a la alta figura oculta por los ropajes que ahora tenía delante de él.

—No tengo miedo —dijo con un gruñido beligerante.

Una expresión divertida le recorrió entero como una ola.

—Ábrete, Gaz. Tu alma. Acoge a tu nuevo dios.

Gaz podía sentir el aire entre sus dientes, podía sentir sus labios estirándose hasta que se abrían grietas por las que rezumaba la sangre. El corazón le martilleaba en el pecho.

—Yo no tengo dios. Solo estoy lleno de maldiciones, y no te conozco. De nada.

—Claro que sí, Gaz. Me has ofrendado sacrificios, seis veces con esta. Y las que están por venir.

Gaz no lograba distinguir el rostro debajo de la capucha, pero notó que el aire entre ellos se había cargado de repente con un aroma acre y empalagoso. Como el barro frío, de la clase que baja en espesas corrientes desde detrás de los mataderos. Le pareció oír zumbidos de mosca, pero el sonido provenía de algún lugar en el interior de su propia cabeza.

—Yo no mato para ti —dijo con un débil hilo de voz.

—No tienes por qué. Yo no exijo los sacrificios. No hay... necesidad. Sois vosotros los mortales quienes consagrais cada suelo que elegís, incluso este callejón. Basta con vaciar una vida en él. No se precisa nada más. Ni intención, ni plegaria, ni invocación. A mí se me invoca, sin cesar.

—¿Qué quieres de mí?

—Por ahora solo que sigas cosechando almas. Cuando llegue el momento de algo más, Gaz de los gadrobu, se te mostrará lo que ha de hacerse.

—Y si no quiero...

—Lo que tú deseas no importa.

No conseguía quitarse ese infernal zumbido de dentro del cráneo. Sacudió la cabeza, apretó los ojos con fuerza por un momento. Cuando los volvió a abrir el dios se había ido.

Las moscas. Las moscas están en mi cabeza. Dioses, ¡largaos!

Alguien había entrado en el callejón, serpenteando, balbuceando, con una mano extendida para esquivar cualquier obstáculo.

Yo puedo hacer que se marchen. ¡Sí! Y, de repente, supo la verdad de aquello, supo que matar acallaría esas malditas moscas. Se dio la vuelta y se abalanzó hacia delante con las manos levantadas y marchó deprisa hacia el estúpido borracho.

Que levantó la mirada en el último momento, a tiempo de ver aquellos terribles nudillos.

Krute de Talient aminoró el paso al acercarse a la entrada empotrada de la vivienda que habitaba ahora. Había alguien en las sombras, bloqueando la puerta. Se detuvo a diez pasos de distancia.

—Buen trabajo, ese —dijo—. Todo el camino detrás de mí y casi me hiciste pensar que no valías nada, pero ya ves, aquí estás.

—Hola, Krute.

Krute se sobresaltó al oír esa voz, después se inclinó hacia delante tratando de perforar la oscuridad. Nada más que una forma, pero era, concluyó, la forma adecuada.

—Por los dioses del inframundo, nunca pensé que volverías. ¿Tienes alguna idea de lo que ha ocurrido desde que desapareciste?

—No. ¿Por qué no me lo cuentas?

Krute sonrió.

—Puedo, pero no aquí.

—Antes vivías en un barrio mejor, Krute.

Observó a Rallick Nom salir del hueco y su sonrisa se ensanchó.

—No has cambiado nada. Y sí, he conocido tiempos mejores... y odio decirlo, pero es por tu culpa, Rallick.

El alto y demacrado asesino se volvió para examinar el edificio de viviendas.

—¿Vives aquí? ¿Y es culpa mía?

—Venga —dijo Krute—, vayamos dentro. Último piso, claro, la esquina de un callejón... fácil llegar al tejado, oscuro como el sobaco del Embozado. Te encantará.

Un rato después estaban sentados en la habitación más grande de las dos que había, una mesa llena de marcas sobre la que había una vela rechoncha con una mecha que humeaba profusamente y una jarra de arcilla de cerveza agria. Los dos asesinos sostenían tazas de estaño, las dos con fugas.

Krute no había dicho nada desde que había servido la cerveza, pero ahora lanzó un gruñido de divertida sorpresa.

—Acabo de pensar en algo. Que hayas aparecido, sano y salvo, acaba de conseguir lo que Krafar no

pudo. Teníamos un culto, Rallick Nom, que veneraba tu memoria. Krafar lo proscribió en el Gremio, después trató de erradicarlo... Nos obligó a ocultarnos más. Se ve que yo no me escondí lo suficiente, así que estoy bajo sospecha y ellos se han ido y me han aislado, como si ya estuviera muerto. Los viejos contactos... Mírame bien, Rallick. Ha sido muy difícil.

—¿Krafar?

—Seba, el retoño de Talo. En la disputa sobre quién iba a hacerse cargo después de Vorcan fue él el que salió ileso... respirando aún, mejor dicho. El Gremio está diezmado, Rallick. Luchas internas, muchos buenos asesinos asqueados que se hartan y se largan. A Elingarth, sobre todo, unos pocos a Coral negro, como lo oyes. Incluso me han llegado rumores de que algunos fueron a Pale para unirse a la Garra malazana.

Rallick levantó una mano manchada de rojo.

—Un momento, maldita sea. ¿A qué idiota se le ocurrió eso del culto?

Krute se encogió de hombros.

—Ocurrió sin más, Rallick. No tanto como venerarte... fue una mala elección de palabras. Era más como... una filosofía. Una filosofía del asesinato. Nada de magia, para empezar. Veneno, mucho veneno. Y polvo de otataral, cuando se podía conseguir. Pero Seba Krafar quiere que volvamos a esa magia, por más que tú demostraras cuál era el mejor camino, el más seguro. Es un hombre obstinado... le viene de familia, ¿eh? —Krute dio un manotazo en la mesa, lo que estuvo a punto de tirar la vela, que se apresuró a enderezar antes de que se apagara la insignificante llama—. No puedo esperar a ver el rostro de Krafar cuando entres por la puerta...

—Pues tendrás que esperar —replicó Rallick—. Y algo más, amigo. No digas ni palabra, a nadie.

Krute sonrió con complicidad.

—Planeas una emboscada, ¿a que sí? Tú, pasando por encima del cuerpo de Krafar, para tomar el control del Gremio. Y tienes que hacer planes... y yo puedo ayudarte con eso, decirte quiénes te han sido leales, los que te apoyarán...

—Calla —dijo Rallick—. Hay algo que tienes que saber.

—¿El qué?

—La noche en la que desaparecí, ¿te acuerdas?

—Claro.

—Alguien más desapareció esa noche también.

Krute parpadeó.

—Bueno, sí...

—Y yo ahora estoy de vuelta.

—Así es.

Rallick dio un trago a la cerveza. Luego otro.

Krute lo miró fijamente, después lanzó una maldición.

—¿Ella también?

—Sí.

Krute apuró su taza, la rellenó enseguida y después se reclinó.

—Por los dioses del inframundo. Pobre Krafar. ¿Estás trabajando en esto con ella, Rallick?

—No.

—No es que ella necesite ayuda...

—No sé dónde está, Krute. No sé lo que planea. Si es que planea algo. No lo sé, no lo puedo imaginar, y tú tampoco puedes.

—Entonces, ¿qué hacemos, Rallick?

—Tú nada, sigue con tu rutina.

Krute resopló.

—¿Qué rutina? ¿Morirme de hambre poco a poco?

—Tengo dinero, lo bastante para los dos. Oculto por aquí y por allá. —Rallick se levantó—. Asumo que los tejados están tranquilos estas noches.

—Salvo por los ladrones, que salen como ratones sin un solo búho a la vista... Como te he dicho, el Gremio está de rodillas.

—Muy bien. Volveré antes del amanecer. Por ahora, Krute, no hacemos nada.

—Eso se me da bien.

Rallick hizo una mueca, pero no dijo nada, sino que se giró hacia la ventana y abrió las contraventanas.

No hacía falta que dijese nada, por lo que respectaba a Krute. Era cierto, a Krute se le daba bien no hacer nada. Pero no a Rallick Nom. Eso a él no se le daba nada bien. *Vaya, esto va a ser divertido, ¿verdad?*

Los murmullos lo persiguieron por el callejón, sonidos guturales que salían de una veintena de bocas llenas de colmillos, retorciendo la lengua y levantando los negros labios. El brillo y el resplandor de unos ojos en la oscuridad. Mirando por encima de un hombro, Iskaral Pust, mago y sacerdote supremo del Templo de Sombra, dios de los bhokarala, les hizo muecas a sus fieles. Los maldijo con gorjeos, meneó la lengua. Enseñó los dientes y agrandó los ojos.

¿Y acaso esto los ahuyentó? ¡Pues claro que no! Justo lo contrario, si es que tal locura resulta creíble. Se acercaron más si cabe, aferrados aún a los botines que habían arrebatado a sus desafortunadas víctimas en los mercados, con los rostros crispados en una angustia recalcitrante o algo igual de terrible. ¡Exasperante!

—Ni caso, no les hagas ni caso. Tengo tareas, misiones, acciones de suma importancia. Tengo cosas que hacer.

Así que se apresuró, a patadas por entre la basura, oyendo cómo las criaturas que lo seguían le daban patadas a la misma basura. Se detuvo en la boca de cada callejón, lanzó rápidas miradas de arriba a abajo a las calles, después partió deprisa hacia la siguiente abertura. Tras él los bhokarala se reunían en las bocas de los callejones, miraron a un lado, miraron al otro, y luego se lanzaron a la persecución.

Muy poco tiempo después frenó dando un resbalón y el sonido de sus talones reverberó en eco con un sinfín de garras que arañaron los adoquines. Iskaral Pust se tiró de los pelos y se giró en redondo. Todos los bhokarala, agachados, se habían llevado los nudosos puños a ambos lados de sus minúsculas cabezas.

—¡Dejadme en paz! —bufó.

Ellos le bufaron como respuesta.

Él escupió.

Y recibió una ducha de gargajos de asquerosa saliva.

Se golpeó la cabeza.

Ellos se aporrearon la suya con las garras llenas de joyas y esféricas frutas.

Con los ojos entrecerrados (ojos que se entrecerraban), Iskaral Pust se puso despacio sobre una pierna. Vio que los bhokarala se tambalearon todos a la pata coja.

—Por los dioses del inframundo —masculló—, se han vuelto locos de atar.

Giró en redondo de nuevo y lanzó una mirada al templo octogonal y achaparrado que se situaba a cincuenta pasos en la calle que bajaba a su derecha. Los muros eran una caótica colección de nichos y ángulos deformes, una verdadera plétora de sombras. Iskaral Pust suspiró.

—Mi nueva morada. Una choza modesta, pero se adapta a mis necesidades. Pienso redecorarla, claro está, cuando haya oportunidad. ¿Así que te gustan los cubiertos de oro y las servilletas de seda? Nada, solo algo que he improvisado, pero me ha quedado bien. ¿Arañas? No, no, nada de arañas por aquí, claro que no. No se les permite la entrada. Horrorosas criaturas, sí, asquerosas. Nunca se bañan, figúrate. Horrorosas.

A su espalda, sonsonetes sin palabras.

—Oh, ni caso. Parientes de mi ex mujer... Si lo hubiera sabido, vaya, desde luego que no habría dado el salto, ya me entiendes. Pero es lo que hay, te casas y terminas cargando con toda la fauna familiar. Y aunque ella ya no está, no es nada más que una cáscara seca patas arriba, bueno, confieso sentirme responsable de su malhadada parentela. No, no, no se parecía en nada a ellos. Era peor, de hecho. Confieso que sufrí un raptó pasajero. La maldición de la juventud, supongo. ¿Que cuándo nos casamos? Ah, hace cuatro, cinco años, sí. Pero parece una eternidad y me siento tan, tan contento de que se haya acabado. ¿Más vino, dulzura?

Iskaral Pust se dirigió al templo con una sonrisa.

Pasos en las sombras que llevaban a un descansillo en las sombras debajo de un dintel de piedra agujereado; bonitos acabados, sí, sí. Las puertas dobles eran inmensas, casi como portones, con paneles de bronce bruñido moldeados a la imagen de mastines a la carga. ¡Qué detalle tan delicioso! De encantadora factura, con todo ese amenazante terror en forma de dientes.

—Sí, las puertas fueron idea mía, fabricadas con mis propias manos... es que hago mis pinitos. Escultura, tapicería, retrato, caricatura, alfaratura, perdón, alfarería. Es que estaba usando el nombre técnico. Fíjate en esta urna funeraria, qué exquisita. Ella está dentro. Sí, mi difunta amada, mi queridísima difunta, mi benditísima difunta, ji, ji... Sí, doblar sus patas no fue una tarea fácil, permíteme que lo diga, no es que hubiera mucho espacio. Ya, sé que es difícil de creer que esté allí, en una urna poco más grande que una jarra de vino. Tengo muchas habilidades, sí, como corresponde al sirviente mortal más glorioso de la Alta Casa de Sombra. Pero una cosa sí te diré: ¡vaya si presentó batalla hasta que conseguí meterla!

Se acuclilló frente a las puertas de bronce, con la mirada hosca puesta en las fauces abiertas de los sabuesos. Alzó una mano y dio unos golpecitos con los nudillos en la nariz de Baran.

Una suave y hueca reverberación.

—Lo sabía —dijo, asintiendo.

Los bhokarala se revolvían inquietos en las escaleras, se golpeaban unos a otros en los hocicos, después asentían con gesto sabio.

La puerta a la izquierda se abrió una rendija. Una cabeza encapuchada se asomó hacia la altura del pecho, el rostro hacia arriba, escudriñando, impreciso y borroso.

—No nos interesan —dijo la voz de una mujer, débil y susurrante.

—¿Interesar el qué?

—Ensuciarán los muebles.

Iskaral Pust refunfuñó.

—Esta está loca. ¿Por qué todo el mundo que conozco está loco? Escucha, acólita miserable, apártate. Frota con tu granujienta frente las losas del suelo y besa mis preciados pies. Soy nada menos que Iskaral Pust.

—¿Quién?

—¡Iskaral Pust! Sumo sacerdote de Sombra. Mago de la Gran Casa. ¡El sirviente más favorecido, valorado y de confianza de nuestro dios! Y ahora apártate, ¡déjame entrar! ¡Reclamo este templo por derecho de antigüedad, de legítima jerarquía, de natural superioridad! ¡Quiero hablar de inmediato con la sacerdotisa suprema! Despiértala, lávala, apuntálala. Lo que sea que tengas que hacer para traerla a mi

presencia.

La puerta se abrió del todo con un crujido y la acólita se irguió de repente, descubriendo así ser ridículamente alta. Se deslizó la capucha hacia atrás y expuso un rostro de exquisitas facciones rodeado de un cabello largo, liso y cobrizo. Habló con una voz profunda y melódica.

—Yo soy la suma sacerdotisa Sordiko Reparó del Templo de Sombra de Darujhistan.

—Ya veo, una maestra del disfraz. Igual que yo.

—Sí, eso ya lo veo.

—¿Lo ves?

—Sí.

—Mira, qué gracia. —Ladeó la cabeza—. No, no tiene nada de gracia. —Después esbozó una sonrisa victoriosa—. ¿Y qué crees que soy yo, querida?

—Una especie de sapo chamuscado por el sol, creo.

—Justo lo que quiero que pienses. Ahora invítame a pasar, antes de que pierda la temperatura.

—Querrás decir la templanza.

—No, la temperatura. Aquí te congelas.

Sus ojos de color ámbar se dirigieron a las escaleras detrás de él.

—¿Y qué hay de tus retoños?

—Ja, ja. No son mis retoños. Ni mirarlos. Ya pueden llorar, gimotear, arrastrarse, ya...

—Ahora mismo están moviendo las manos como una perfecta copia tuya, Iskaral Pust. ¿Por qué harían algo así?

—Olvídalos, te digo.

La sacerdotisa se encogió de hombros y retrocedió.

Iskaral Pust se precipitó al interior.

Sordiko Reparó cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Bien, dices ser un sumo sacerdote. ¿Y de dónde?

—Las Siete Ciudades, el monasterio secreto.

—¿Qué monasterio?

—Pues el secreto, claro. Tú no necesitas saberlo y yo no necesito decírtelo. Muéstrame cuáles son mis aposentos, estoy cansado. Y hambriento. Me gustaría una cena de siete platos, vino caro y exquisito en abundancia a la altura del festín, y unas sirvientas núbiles dispuestas a satisfacer mi ufano capricho.

—Mucho me temo que no se me ocurre ni una sola sirvienta que quisiera tocar tu capricho, como tan pintorescamente lo llamas. Por lo demás, no quiero que se diga de mí que soy negligente en dispensar a otros senescales las gentilezas que corresponden a cualquier invitado de mi templo.

—Tu templo, ¿eh? —Iskaral Pust soltó una risilla disimulada—. No por mucho, pero no digas nada por el momento. Déjala con sus patéticos delirios. Sonríe, sí, y asiente, y... ¿cómo, por todo el Abismo, han conseguido entrar estos?

Los bhokorala ahora se arremolinaban detrás de la sacerdotisa suprema, moviendo las cabezas arriba y abajo.

La mujer se dio la vuelta.

—No lo sé. Hay protecciones..., debería ser imposible. Resulta sin duda muy perturbador.

—No importa —dijo Iskaral Pust—. Ve tú delante, subordinada.

Una fina ceja se enarcó.

—Dices ser el mago de la Gran Casa de Sombra... Esa es una afirmación importante. ¿Tienes alguna prueba?

—¿Prueba? Soy lo que digo ser y ya está. Reza, reza, reza, quiero decir, reza y por ventura te azotará la

revelación, te postrará, te reducirá a una sobrecogedora adoración. Ay, sí, —añadió—, ¡espera a que lo haga! El son será otro entonces, ¡verás! Nada de sirvientas para complacer mi capricho, ¡será esta gloriosa mujer!

Ella lo miró fijamente un poco más y luego, en un remolino de túnicas, se dio la vuelta y le hizo señas para que la siguiera. La gracia que sin duda buscaba se vio ensuciada casi de inmediato por las patadas y tropezones que obstaculizaron su camino para zafarse de la tormenta de bhokorala, cada uno de los cuales enseñaba los dientes en desenfrenada pero silenciosa risa. Ella lanzó una mirada relámpago a Iskaral Pust, pero no, de eso estuvo seguro, a tiempo de ver su propia risa silenciosa.

Y se dirigieron al santuario.

—No por mucho —susurró Iskaral Pust—. Esas puertas hay que pintarlas, sí. No queda mucho ya...

—Por los dioses del inframundo —exclamó el guardia—, ¡eres más grande que un barghastiano!

Mappo Runt agachó la cabeza, avergonzado de haber sorprendido de tal forma a ese centinela. El guardia había trastabillado hacia atrás y se había llevado la mano al pecho por un momento; sí, lo cierto era que el hombre ya había dejado atrás sus mejores años hacía mucho, pero parecía que el gesto había sido solo eso, un gesto, y el súbito miedo del trell de que, sin pretenderlo, hubiera enviado al primer ciudadano que había encontrado a cruzar la puerta del Embozado dejó paso a la vergüenza poco a poco.

—Lo lamento, señor —dijo al fin—. Solo quería hacerle una pregunta... nada más.

El guardia levantó más el farol.

—Entonces, ¿es que eres un demonio?

—¿Encuentra demonios en las patrullas con regularidad? Qué ciudad tan extraordinaria.

—Claro que no. Es decir, no es algo común.

—Ah. Soy trell, de las llanuras y colinas al este de Nemil, que queda al oeste de Jhag Odhan en las Siete Ciudades.

—¿Cuál era entonces tu pregunta?

—Busco el Templo de Ascuá, señor.

—Creo que lo mejor es que te escolte hasta allí, trell. Esta noche solo has ido por los callejones, ¿verdad?

—Me pareció lo mejor.

—Y bien estuvo. Y tú y yo haremos lo mismo. En cualquier caso, estás en el distrito gadrobi, pero el templo que buscas está en el distrito daru. Hay un trecho hasta allí.

—Es muy generoso con su tiempo, señor.

El guardia sonrió.

—Trell, si apareces en una calle llena de gente lo más probable es que provoques un altercado. Si me ocupo de ti espero evitar eso. Así pues nada de generoso. Solo cumpliendo con mi deber.

Mappo se inclinó con deferencia.

—Le doy las gracias de todos modos.

—Un momento mientras apago esta luz, después sígueme... cerca, por favor.

Los celebrantes del festival en este barrio parecían concentrarse en las calles principales, bañados por el brillo azul de las lámparas de gas. No era difícil evitar esos lugares con el centinela guiándole por tortuosos y serpenteantes callejones y callejuelas. Y las pocas figuras que encontraban se escabullían nada más ver el uniforme del guardia (y, quizá, la inmensa mole que era Mappo).

Hasta que, detrás de una especie de taberna destartalada, encontraron dos cadáveres. Maldiciendo entre dientes, el guardia se agachó junto a uno, tratando de encender a tientas su farol.

—Esto empieza a ser un problema —farfulló mientras subía la mecha, y un resplandor dorado llenó la zona, dejando ver adoquines manchados de suciedad y el brillo de la sangre encharcada. Mappo vio cómo el guardia hacía rodar el primer cuerpo—. Esto es una clara paliza. Puños y botas... Lo conocía, pobre hombre. Estaba perdiendo la batalla contra el alcohol..., bueno, la batalla ya ha terminado, que Beru bendiga su alma—. Ah, sí. Que Beru se lleve a quien hizo esto... otros cuatro igual. De los que sepamos. Aún no somos capaces de determinar el arma que usa..., quizás el mango de una pala. Dioses, qué brutalidad.

—Señor —se atrevió a decir Mappo—, parece que tiene tareas más urgentes esta noche. Con que me indique...

—No, te llevaré, trell. Los dos llevan muertos un par de campanas ya..., un poco más no importará. Creo que ya es hora —añadió, poniéndose de pie— de que un mago o un sacerdote se encargue de esto.

—Le deseo suerte —dijo Mappo.

—Nunca logro entenderlo —dijo el guardia mientras guiaba al trell hacia delante—. Es como si la paz no fuera suficiente. Alguien tiene que salir del pozo con las manos manchadas de sangre. Repartiendo el conflicto. La miseria. —Sacudió la cabeza—. Si pudiera hacer entrar en razón a estas abominaciones. Qué necesidad hay. Nadie los quiere y nadie quiere lo que hacen. ¿Qué se necesita? Eso es lo que me gustaría saber. Qué necesitan ellos, quiero decir. ¿Qué les falta?, ¿qué quieren? ¿Es acaso el sabor dulce del poder? ¿La dominación? ¿La sensación de control, sobre quién vive y quién muere? Dioses, ojalá supiera qué tienen dentro de la cabeza.

—No, señor —dijo Mappo—, siéntase bien de no saberlo. Incluso los animales sucumben a esa agresividad. Los asesinos entre los de su especie, entre la mía, son solo eso: el salvajismo de las bestias acoplado a la inteligencia, o lo que pasa por inteligencia. Moran en un mundo turbio, señor, confundidos y temerosos, manchado de envidia y malicia. Y, al final, mueren como han vivido. Asustados y solos, y todos sus recuerdos de poder se les revelan como una ilusión, una farsa.

El guardia se había detenido, se había dado la vuelta para mirar al trell mientras hablaba. Justo al otro lado de la boca del callejón había un muro y, a la izquierda, la caverna de un túnel o un pórtico. Tras un momento, el hombre gruñó, después guio a Mappo hacia delante, por el pestilente pasadizo que atravesaba el muro, donde el guerrero trell tuvo que agacharse.

—Tenéis que ser una tribu formidable allá en tu tierra natal —observó el guardia—, si los tuyos son así de grandes y fornidos.

—Ay, nosotros, por lo general, no somos asesinos, señor. Si lo hubiéramos sido quizá nos habría ido mejor. Tal como están las cosas, la gloria de mi gente ha decaído. —Entonces Mappo se detuvo y miró hacia el pórtico que acababan de cruzar. Vio que el muro no era más que un fragmento, una extensión de poco más que cincuenta pasos de longitud. A ambos extremos unos edificios inclinados penetraban en los espacios donde debería haber continuado.

El guardia rio.

—Sí, ya no queda mucho del Muro de Gadrobi. Solo esta entrada, y quienes la usan son en su mayor parte ladrones y gente de la misma calaña. Sigamos, no queda mucho.

El Templo de Ascua había visto mejores días. Unas pintadas cubrían los sencillos muros de caliza, de las cuales algunas eran listas de rezos dibujados más o menos en bloque, otras, sigilos de forma elíptica y oscuros símbolos locales. Unas pocas eran ordinarias maldiciones, o eso sospechaba Mappo por el empeño que se habían tomado en desfigurar los mensajes. La basura atascaba la alcantarilla que rodeaba los cimientos y las ratas se paseaban tranquilamente por ella.

El guardia le llevó siguiendo el muro, a la derecha, donde salieron a una calle un poco más ancha. La entrada formal del templo estaba bajando unas escaleras, hacia un rellano que parecía estar cubierto con

un palmo de agua de lluvia. Mappo lo contempló con cierta consternación.

El guardia pareció darse cuenta.

—Sí, el culto está desapareciendo. Ella lleva demasiado tiempo dormida, supongo. Sé que no es asunto mío, pero ¿qué buscas aquí?

—No estoy seguro —admitió Mappo.

—Ah. Bueno, que Ascuá te bendiga, entonces.

—Gracias, señor.

El guardia se marchó para desandar el camino, sin duda hacia el callejón donde estaban los cadáveres. Ese recuerdo no abandonaba a Mappo, le había dejado una persistente inquietud. Había podido ver algunas de las misteriosas heridas en el segundo cuerpo. Una brutalidad, sin duda. Ojalá aquello terminara, sí. Una auténtica bendición de paz.

Bajó las escaleras. Caminó haciendo salpicar los charcos hasta las puertas.

Se abrieron antes de que él llamara.

Un hombre demacrado y de rostro triste estaba frente a él.

—Tenías que saber, Mappo Runt de los trell, que no podía durar. Te presentas frente a mí como una extremidad amputada, y la sangre que derramas mancha el éter, un torrente que parece sin fin.

—Habrá un final —replicó Mappo—. Cuando lo haya vuelto a encontrar.

—Él no está aquí.

—Lo sé.

—¿Caminarías por las venas de la tierra, Mappo Runt? ¿Es por eso que has venido a este templo?

—Sí.

—Escoges un camino de lo más peligroso. Hay veneno. Frío extremo. Hielo, manchado con sangre extranjera. Fuego que ciega a aquellos que lo manejan. Hay viento que aúlla un eterno grito de muerte. Hay oscuridad y está saturada. Hay dolor, más del que eres capaz de soportar. Hay rendición y aquello que no se rendirá. Presiones demasiado grandes incluso para alguien como tú. ¿Caminarás aun así el Sendero de Ascuá, Mappo Runt?

—Debo hacerlo.

El rostro triste se entristeció aún más.

—Eso pensaba. Podría haber alargado mi lista de advertencia, lo sabes. Podríamos haber pasado la noche en la misma posición en la que estamos, tú en ese charco empapado, yo aquí de pie pronunciado detalles horribles. Y, aun así, al final, tú dirías «debo hacerlo» y habríamos perdido todo el tiempo. Yo con la voz ronca y tú dormido de pie.

—Pareces casi arrepentido, Sacerdote.

—Quizá lo esté. Era una lista muy poética.

—Entonces no dudes en registrarla al completo cuando escribas en tu cuaderno de bitácora esta noche mortal.

—Me gusta esa idea. Gracias. Ahora entra y límpiate los pies. Pero date prisa... Hemos estado preparando el ritual desde que tu barco atracó.

—El alcance de tu conocimiento es impresionante —dijo Mappo cuando entró, agachándose.

—Sí, lo es. Ahora sígueme.

Atravesaron un pasillo corto, el techo goteante, y después entraron en un transepto más amplio, por un deslucido suelo de mosaico, bajaron por un segundo pasillo, este flanqueado de nichos, cada uno el hogar de un objeto sagrado: deformes trozos de mineral en bruto, cristales de cuarzo y amatista blancos, rosas y morados, piedras estelares, ámbar, cobre, sílex y huesos y madera petrificados. Al final de este pasaje el pasillo se abría en una estancia principal, más amplia y con columnatas, y aquí, dispuestos en dos filas,

esperaban los acólitos, cada uno vestido con túnicas marrones y con una antorcha en alto.

Los acólitos cantaron en alguna lengua arcana cuando el Sacerdote Supremo guio a Mappo entre las filas.

Donde debería haber habido un altar, en el otro extremo, había en su lugar una grieta en el suelo, tragándose el altar y la tarima sobre la que se erguía. De la fisura salía un humo caliente y penetrante.

El Sumo Sacerdote del rostro triste avanzó hacia el borde y después se giró hacia Mappo.

—La puerta de Ascuá te espera, trell.

Mappo se acercó y miró hacia abajo.

Y abajo vio roca fundida a veinte palmos de distancia, un río hirviente cruzándola.

—Por supuesto —dijo el Sumo Sacerdote— lo que ves no está en este reino. Si lo estuviera, Darujhistan ahora no sería nada más que una bola de fuego brillante como un sol nuevo. Las cavernas de gas y todo eso.

—Si salto aquí —dijo Mappo— me achicharraré vivo.

—Sí. Sé lo que debes estar pensando.

—¿Eh?

—Menuda puerta.

—Ah, sí. Bastante preciso.

—Tienes que estar blindado contra esas fuerzas. Este es el ritual del que te hablé antes. ¿Estás listo, Mappo Runt?

—¿Queréis lanzarme alguna clase de hechizo protector?

—No —contestó, con una expresión próxima al llanto—, queremos bañarte en sangre.

Barathol Mekhar podía ver el dolor en los ojos de Scillara, cuando volvía la mirada hacia el interior en un momento privado, y vio cómo Chaur se ponía cerca de ella, con el instinto protector de un perro con un amo herido. Cuando sorprendía a Barathol observándola, ella se apresuraba a esbozar una amplia sonrisa, y todas esas veces sentía que algo golpeaba su corazón, como un puño contra una puerta cerrada. Ella era sin duda una mujer de lo más hermosa, el tipo de belleza que emergía la segunda vez que la contemplabas, o incluso una tercera, abriéndose como una oscura flor en una selva de sombras. El dolor en aquellos ojos solo acrecentaba su angustia.

Navaja era un condenado estúpido. Sí, había habido otra mujer —su primer amor, seguramente— pero ya no estaba. Ya iba siendo hora de cortar la cadena del ancla. Nadie podía ahogarse para siempre. Esto es lo que acompañaba la juventud, y la destreza con los cuchillos era un pobre reemplazo para la habilidad de sobrevivir a todo lo que el mundo pudiera ponerle por medio. Anhelar lo que jamás podía encontrarse era inútil, una pérdida de tiempo.

Barathol había dejado atrás el anhelo, en algún lugar de las arenas de Siete Ciudades. Una expansión de cuerpos inmóviles, risas burlonas disfrazadas de viento incesante, un lagarto posado como un regalo en una estúpida mano con costras negras. Momentos de locura —oh, mucho antes de la locura de los t'lan imass en Aren— cuando él había clamado contra el tiempo implacable, contra lo demasiado tarde que llegaba algo que no podía cambiarse, ni con sangre derramada a los pies de un dios, ni con un cuchillo dispuesto a forjarse su propio corazón. Y aquel «demasiado tarde» simplemente le sonreía, sin vida, demasiado conmovedor para la cordura.

Esas dos palabras habían iniciado un cántico, después, paso a paso, un eco jubiloso, y se habían convertido en un clamor en el campamento de los saqueadores, entre los gritos y el fragor del hierro; se habían convertido, sí, en un ensordecedor torbellino que se estrellaba dentro del cráneo de Barathol, una

marea que se levantaba sin tener a donde ir. Y el «demasiado tarde» era imposible de esquivar. Canturreaba con cada intento de parada fallido, con cada finta truncada ante un arma segadora. Estallaba en los ojos mientras la muerte regresaba atronadora a casa, estallaba con sangre y fluidos. Avanzaba a la estela de los cuerpos derribados. Garabateaba mensajes (siempre el mismo mensaje) en las arenas por las que los moribundos se arrastraban.

Él podría haber entonado salmodias para siempre, pero no había dejado a nadie con vida. Bueno, unos cuantos caballos que le regaló a una caravana algunos días después, un regalo por aceptar al guerrero medio muerto, por tratar su virulenta fiebre, por limpiar sus heridas y cauterizar la infección. Ellos no querían aceptar ningún pago por sus esfuerzos; no podían hacer nada por la desoladora angustia de su alma, le explicaron, así que solicitar algo a cambio sería deshonesto. Pero un regalo, bueno, eso era distinto.

En el desierto nada disfracaba el cruel rostro del tiempo. La piel estaba pegada al hueso. El ojo solitario quemaba el cielo y la boca abierta era fría y sin viento como el pico de una montaña. Los comerciantes entendían esto. Eran como cualquier tribu del desierto. Le daban odres de agua, la suficiente para llevarlo hasta la siguiente guarnición de la avanzadilla más cercana. *Sí, eso hay que reconocérselo a los mezclas... Saben cómo construir puestos avanzados y equiparlos bien. No le prohíben la entrada a nadie, amigo.*

Le dieron el más fuerte de los caballos de los salteadores, una buena montura, carne y fruta desecadas. Le dieron el forraje de cuatro días para su montura y, por último, le enseñaron qué camino tomar, el que engañaba a la muerte y sí, ese era el único.

La muerte lo perseguía, dijeron. Por el momento esperaba más allá del resplandor de los fuegos de estiércol, pero cuando Barathol por fin saliera cabalgando, el segador de las largas piernas partiría tras él, cantando del tiempo, cantando del hambre que nunca terminaba, nunca disminuía, nunca hacía nada sino devorarlo todo en su camino.

Cuando el anhelo llegue a ti, amigo, no entres en su trampa, pues el anhelo es el cebo mortal: si caes en su trampa serás arrastrado, arrastrado durante todo el tiempo que tenías concedido, Barathol Mekhar, y nada a lo que te aferres permanecerá, será arrancado de tus dedos. Todo cuanto veas pasará rápidamente, borroso. Todo cuanto saborees será menos que una gota, te será arrebatado enseguida. El anhelo te arrastrará a los huesudos brazos del perseguidor y tendrás un solo momento para mirar atrás por última vez, a tu vida, un momento de claridad que solo puede ser el más amargo de los regalos de algún dios desconocido, y entenderás, de repente, todo cuanto has perdido, todo cuanto dejaste escapar, todo lo que podrías haber tenido.

Y ahora cabalga, amigo. Y ten cuidado con las trampas de tu mente.

Demasiado tarde. Esas dos palabras lo atormentaban, quizá lo atormentarían siempre. El cruel cántico había llenado su cabeza al ver el rostro ahogado de Chaur. ¡Demasiado tarde!

Pero había escupido ante aquel jubiloso grito. Aquella vez, sí, lo había hecho. Había dicho que no y había ganado.

Aquellas victorias no tenían parangón.

Bastaban para retener a un hombre un poco más. Bastaban para darle el valor de mirar a los ojos a una mujer, para enfrentarse inquebrantable a lo que allí veía...

Bajo la luz juguetona y deslumbrante, los rostros pasaban como borrones entre la multitud. Canciones jubilosas en la lengua local, jarras y petacas que les lanzaban en ebria generosidad. Saludos a gritos, extraños apretados junto a los muros, manos toqueteantes debajo de ropa desarreglada. El olor del sexo por todas partes... Barathol se detuvo y se giró un poco.

Scillara estaba riéndose.

—Nos llevas a los lugares más insólitos, Barathol. Esta calle te estaba llamando a gritos, ¿verdad?

Chaur estaba mirando a la pareja más cercana con la boca abierta, colgando, mientras su cabeza empezaba a moverse inconscientemente arriba y abajo al compás de sus rítmicos empujones.

—Por los dioses del inframundo —murmuró Barathol—, no estaba prestando demasiada atención.

—Eso dices tú. Claro, estuviste en ese barco durante mucho tiempo, apostarí a que prácticamente solo, a no ser que Rencor decidiera...

—No —le interrumpió en seco—. Rencor no decidió nada de eso.

—Ah, bueno, ¡entonces la ciudad atrae con todos sus placeres carnales! Esta misma calle, de hecho...

—Déjalo ya, por favor.

—¿No te creerás que me voy a ablandar contigo, Barathol?

Contrajo el rostro en un rictus y miró a Chaur con los ojos entornados.

—Esto lo está molestando...

—¡Claro que no! Lo está excitando, ¿y cómo no iba a hacerlo?

—Scillara, puede que tenga el cuerpo de un hombre, pero la suya es la mente de un niño.

La sonrisa de ella se apagó y asintió pensativa.

—Lo sé. Es incómodo.

—Será mejor que lo dejemos —dijo Barathol.

—Está bien. Busquemos algún sitio donde cenar... podemos hacer los planes allí. Pero el tema va a seguir ahí, sospecho que ya ha sentido el olor, después de todo.

Se pusieron uno a cada lado de Chaur, le dieron la vuelta y se lo llevaron. Él se resistió apenas un momento, pero después se dejó guiar, unió su voz a la de un coro cercano que emitía estruendosos sonidos sin palabras que no igualaban los más atinados intentos de otros cantantes.

—Nosotros sí que somos los descarriados, ¿verdad? —dijo Scillara—. Necesitamos encontrar un propósito... para nuestras vidas. Vamos, abracemos nuestro mayor y más flagrante defecto, ¿de acuerdo? Da igual lo que hagamos mañana o pasado mañana. Lo que hagamos con el resto de nuestras vidas, eso sí que es una cuestión importante.

Barathol gruñó.

—Lo digo en serio. Si pudieras tener cualquier cosa, lo que fuera, Barathol, ¿qué sería?

Una segunda oportunidad.

—La pregunta no tiene sentido, Scillara. Me conformo con una forja y buen día de trabajo, todos y cada uno de los días. Me conformo con una vida honrada.

—Entonces empezaremos con eso. Una lista de lo que hace falta. Equipamiento, localización, impuestos del Gremio y todo eso.

Lo estaba intentando de verdad, eso lo veía. Intentando dejar a un lado sus sentimientos en ese momento y en los momentos que vendrían, por tanto tiempo como lograra hacerlo.

No acepto ningún pago, Scillara, pero aceptaré tu regalo. Y te daré uno a cambio.

—Muy bien. Tu ayuda en esto sin duda me viene bien.

—Bien. Mira, allí hay un patio con mesas y veo que hay comida y gente comiendo. Podemos quedarnos de pie junto a una mesa hasta que el pobre idiota que esté sentado en ella se marche. No debería llevarnos mucho.

Mezcla quitó su pie descalzo de la entrepierna de Rapiña y se enderezó despacio.

—Sé sutil —murmuró—, pero échale un vistazo al trío que acaba de venir.

Rapiña frunció el ceño.

—¿Es que siempre tienes que hacerme sentir incómoda en público, Mezcla?

—No seas tonta. Si tienes hasta un brillo...

—Sí, ¡de vergüenza! Y mira a Azogue... Tiene la cara como el caparazón de un cangrejo quemado por el sol.

—Siempre está así —repuso Mezcla.

—Me da igual —dijo Azogue, pasándose la lengua por los labios—. Me da totalmente igual lo que hagáis, en público o en esa habitación favorita vuestra, la que tiene las paredes delgadas y el suelo que cruje y la puerta que no cierra bien...

—La puerta que se supone que tienes que arreglar —le espetó Rapiña, girándose solo un poco para ver a los recién llegados. Dio un respingo y después se agachó debajo de la mesa—. Por los dioses del inframundo. El canoso ese me resulta muy familiar.

—He intentado arreglarla, lo prometo. Trabajo en ella todo el tiempo...

—Y bien que trabajas, con un ojo puesto en la grieta —dijo Mezcla—. ¿Es que crees que no sabemos que estás ahí, sudando y gruñendo mientras te...?

—¡Callaos! —ordenó Rapiña en un susurro—. ¿Es que no me habéis oído? He dicho...

—Es igual que Kalam Mekhar, sí —dijo Azogue, tocando el pellejo del pollo de la bandeja que estaba en el centro de la mesa—. Pero no es Kalam, ¿verdad? Demasiado alto, demasiado grande, un aspecto demasiado amigable. —Frunció el ceño y se tiró del bigote—. ¿Quién dijo que deberíamos comer aquí esta noche?

—El bardo ese —respondió Rapiña.

—¿Nuestro bardo?

—Durante lo que queda de semana, sí.

—¿Lo recomendó él?

—Dijo que deberíamos comer aquí esta noche, es lo que dijo. ¿Eso cuenta como recomendación? Puede ser. Pero quizá no. Es un tipo extraño. En fin, dijo que estaría abierto hasta el amanecer.

—El pollo no era más que huesos. Y no sé a quién habrán puesto a pelar esa cosa, pero sigo masticando plumas.

—Se supone que tenías que evitar las patas, Azogue —dijo Mezcla—. Esas ni los han lavado.

—¡Claro que las lavaron! —protestó Azogue—. Eso era salsa...

—La salsa era roja. Lo que había en las patas era marrón oscuro. Si quieres algo de lo que sentirte avergonzada, Rapiña, saca a Azogue a cenar.

—Pues las patas eran la mejor parte —dijo el falari.

—Es de Siete Ciudades, seguro —dijo Rapiña—. Apostaría que los tres lo son.

—A la gorda le gusta la roya.

—Si está gorda, Azogue, entonces yo también.

Azogue apartó la mirada.

Rapiña le dio un coscorrón en un lado de la cabeza.

—¡Ay!, ¿a qué ha venido eso?

—Llevo armadura y protectores acolchados, ¿o no te acuerdas?

—Bueno, pero ella no, ¿o sí?

—Ella es deliciosa —comentó Mezcla—. Y apuesto que no es de las de avergonzarse por casi nada.

Rapiña le lanzó una dulce sonrisa.

—¿Por qué no le clavas el pie y lo compruebas?

—Hay que ver, cuántos celos.

Azogue se levantó, animado de repente.

—Si tuvieras las piernas lo bastante largas, Mezcla, ¿podrías hacérselo a las dos! Y yo podría...

Dos cuchillos se clavaron en la mesa enfrente del ex sargento. Levantó de golpe pobladas cejas, abriendo mucho los ojos.

—Era solo una idea —murmuró—. Tampoco es para ponerse así.

—Puede que sea otro Kalam —dijo Rapiña—. De la Garra.

Azogue se atragantó con algo, tosió, escupió, después consiguió tragar aire. Se inclinó hacia adelante hasta que estaba casi echado en la mesa de pecho para arriba. Se mordisqueó el bigote un momento, cambiando la mirada entre Rapiña y Mezcla.

—Escuchad, si lo es, entonces tendríamos que matarlo.

—¿Por qué?

—Puede que vaya a por nosotros, Rapiña. Puede que haya venido a acabar con los Abrasapuentes de una vez por todas.

—¿Y por qué les iba a importar? —preguntó Rapiña.

—Puede que el bardo nos haya tendido una trampa, ¿o no has pensado en eso?

Mezcla suspiró y se levantó.

—¿Por qué no voy y se lo pregunto?

—Tú lo que quieres es meterle mano a una teta —dijo Rapiña, sonriendo de nuevo—. Pues venga, Mezcla. Vamos. A ver si te tira un beso.

Mezcla se encogió de hombros y se fue hacia la mesa que acababan de ocupar los tres recién llegados.

Azogue volvió a atragantarse, tiró de la manga de Rapiña y ahogó un grito.

—¡Que está yendo directa!

Rapiña se pasó la lengua por los labios.

—Tampoco pretendía que...

—Ya casi ha llegado..., la han visto... ¡No te des la vuelta!

Barathol vio a la malazana abrirse paso hacia donde ahora estaban sentados. Ni el tono de la piel, ni el tipo de facciones, no había nada distintivo que se pudiese encontrar en esa mujer que la diferenciase de los daru o genabarii locales; pero lo supo, al instante. Una malazana, y veterana. Una condenada marine.

Scillara se dio cuenta de la atención que le prestaba y se giró un poco en su silla.

—Buen gusto, Barathol, y parece que le gustas...

—Calla —murmuró Barathol.

La mujer delgada se acercó, con los ojos marrón claro fijos en Barathol. Habló en malazano.

—Conocí a Kalam.

Él resopló.

—Sí, es un hombre popular.

—¿Primos?

Se encogió de hombros.

—Algo así. ¿Estás con la embajada?

—No. ¿Y tú?

Barathol entrecerró los ojos. Después meneó la cabeza.

—Hemos llegado hoy. Nunca he servido directamente a tu imperio.

Ella pareció pensar en lo que había dicho. Después asintió.

—Nosotros nos hemos retirado. No le causamos problemas a nadie.

—Suen a retirarse, desde luego.

—Llevamos un bar. El K'rul, en el distrito de las haciendas, cerca de Puerta Miserias.

—¿Y cómo va?

—La cosa empezó despacio, pero ya estamos instalados. Sobreviviendo.

—Eso está bien.

—Pasaos, os invitaré a la primera ronda.

—Puede que lo hagamos.

Miró de reojo a Scillara entonces, y guiñó un ojo. Luego se dio la vuelta y volvió a su mesa.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Scillara después de un momento.

Barathol sonrió.

—¿Te refieres al guiño o al resto?

—Lo del guiño ya me lo he imaginado, gracias. Al resto.

—Son desertores, esa es mi apuesta. Preocupados de que seamos imperiales. De que yo pudiera ser de la Garra y que hubiera venido para entregar un mensaje de la emperatriz; la clase de mensaje que se les suele dar a los desertores. Conocían a Kalam Mekhar, pariente mío, que fue Garra y luego Abrasapuentes.

—Abrasapuentes. He oído hablar de ellos. La compañía más peligrosa de todas. Empezó en las Siete Ciudades y después se marchó con Dujek.

—Justo.

—Así que pensaban que estabas aquí para matarlos.

—Sí.

—Y por eso una de ellos decidió levantarse y hablar contigo. Eso parece de una valentía increíble o de una estupidez mayúscula.

—Lo primero —dijo Barathol—. Lo que esperarías de un Abrasapuentes, desertor o no.

Scillara se dio la vuelta, muy a propósito, para examinar a las dos mujeres y el hombre de la barba roja que estaba en la mesa al otro lado de la plaza. Y no movió un músculo ante la mirada fija que le dedicaron.

Divertido, Barathol esperó hasta que Scillara terminara de darse la vuelta despacio y alcanzara la jarra de vino.

—Hablando de valentía...

—Bueno, yo no soy de las de agachar la cabeza.

—Lo sé.

—Y ahora ellos también lo saben.

—Correcto. ¿Nos unimos a ellos entonces?

Scillara sonrió de repente.

—Escucha esto, les invitamos a un jarro y vemos si se lo beben.

—Dioses, mujer, sí que te gustan los juegos.

Scillara sonrió de repente.

—Qué va, solo estoy tanteando.

—¿El qué?

Su sonrisa se hizo más amplia y le indicó por gestos a una muchacha que se acercara.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Azogue.

—Supongo que tienen sed —dijo Rapiña.

—Es ese tipo callado el que me preocupa —continuó Azogue—. Tiene esa mirada perdida, como la de

los peores asesinos.

—No es más que un pánfilo, Azogue —dijo Mezcla.

—La peor clase de asesinos que puede haber.

—Ya, claro. Está aturdido, el cerebro de un niño... Fíjate en cómo lo mira todo. Fíjate en esa sonrisa de bobo.

—Probablemente sea una pose, Mezcla. Díselo, Rapi, es una pose. Ese es un Garra, el que nos va a matar a todos empezando por mí, que yo nunca he tenido mucha suerte, salvo para tentarla. Ya tengo la piel fría y viscosa, como si estuviese practicando para ser un cadáver. No es divertido ser un cadáver, os lo digo yo.

—Eso explica lo de las uñas —dijo Mezcla.

Azogue le frunció el ceño.

La moza que había estado en la otra mesa llegó en ese momento y les dejó una enorme jarra de arcilla.

—Vino —dijo—. Por cortesía de aquellos tres de allí.

Rapiña resopló.

—Mira, qué simpáticos. Y ahora quieren ver si bebemos de ella. Vuelve a traer a la chica aquí, Mezcla. Invítales a una botella de néctar de albaricoque blanco. Para devolverles el favor.

Mezcla puso los ojos en blanco.

—Esto igual nos sale caro —dijo al levantarse.

—No bebo de nada que no haya comprado yo mismo —protestó Azogue—. Deberíamos haber traído a Perlazul, él podría haber olido lo que sea. O a Mazo. Tienen venenos tan secretos que no tienen ni sabor, ni olor, la gota que te mata ni siquiera está mojada. Vamos, ¡solo falta que mires en su dirección!

—¿Pero de qué narices estás hablando, por el nombre del Embozado, Azogue?

—Me has oído, Rapi...

—Échame un poco de vino entonces. A ver si sabe bien.

—No pienso tocar la jarra, podrían haberla rociado con...

—Solo si la moza estuviera conchabada. Si no lo estuviese y se lo hubieran echado estaría muerta, ¿verdad?

—No me parece que tenga buen color.

—Tú tampoco tendrías muy buena pinta si tuvieras todos los quistes que tiene en la cabeza y en el cuello.

—Algunos venenos daru se manifiestan como bultos protuberantes...

—¡Por los dioses del inframundo, Azogue! —Rapiña alargó el brazo, cogió la jarra y llenó su copa. Echó un buen trago al líquido ambarino—. Hale. No está mal. Tenemos mejores en nuestra bodega, me alegra decirlo.

Azogue la observaba con ojos ligeramente abultados.

Mezcla regresó, se apoltronó en la silla.

—De camino va —dijo—. ¿Qué tal el vino, Rapi?

—Pasable. ¿Quieres un poco?

—Todo este trajín de ir y venir me ha dado una sed terrible, así que sí, hasta arriba, cielo.

—Sois unas suicidas —dijo Azogue.

—No somos nosotras las que nos sentimos frías y viscosas, ¿no?

—Hay algunos venenos —dijo Rapiña— que matan a la persona sentada al lado del que lo tomó.

El ex sargento dio un respingo en la silla.

—Maldita, he oído hablar de esos... ¡Me has matado!

—Cálmate —interpuso Mezcla—. Te estaba tomando el pelo, Azogue. Palabra. ¿Verdad, Rapiña?

—Bueno...

—Si no quieres tener su cuchillo en tu garganta, Rapiña, díselo rápido.

—Sí, una broma. Una chanza. Tomadura de pelo, nada más. Además, si eres de naturaleza fría y viscosa eres inmune.

—Debes de pensar que soy un idiota, Rapi. ¡Las dos! —Al ver que ninguna de las dos negó aquella afirmación, el falari gruñó enseñando los dientes y le arrebató la jarra a Mezcla, se la llevó desafiante a su boca y bebió el resto del contenido en una cascada de tragos consecutivos, con su enorme nuez subiéndolo y bajándolo como si estuviera tratando de tragarse un corcho.

—Pero un idiota valiente —dijo Mezcla, meneando la cabeza.

Azogue se metió en la boca las puntas del bigote, después dejó la jarra sobre la mesa con fuerza. Eructó.

Todos ellos miraron cuando la moza dejó una botella de néctar de albaricoque blanco en la otra mesa. A eso le siguió una breve conversación con la mujer, que hizo un aspaviento con su sarmentosa cabeza. La mujer de rollizo atractivo y el mekhar se sirvieron una buena cantidad del licor. Con un descarado brindis en dirección de los malazanos, bebieron.

—Mira eso —dijo Mezcla, sonriente—, qué hermosos tonos de verde.

Y la mujer se puso de pie y avanzó.

Azogue llevó una mano a la empuñadura de su espada corta.

La mujer, con un gesto ceñudo, habló con un malazano impregnado del acento de las Siete Ciudades.

—¿Estáis tratando de matarnos o algo? ¡Estaba malísimo!

—Luego mejora —dijo Mezcla con un guiño inocente.

—¿De verdad? ¿Y eso cuándo?

—Bueno, a los embalsamadores les encanta.

La mujer resopló.

—Malditos mezcla. Esto es la guerra, lo sabéis.

Y al decir eso se dio la vuelta y regresó, un poco desequilibrada, de vuelta a su mesa.

La camarera por lo visto aguardaba entre bastidores, porque llegó a la mesa poco después de que la mujer de las Siete Ciudades se dejara caer sobre la silla. Más conversación. Otra sacudida de cabeza y allá que marchó, tambaleante.

La botella con la que apareció era de un cristal de exquisitas y variadas tonalidades, con la forma de un enorme insecto.

—¡Esta es para vosotros! —dijo secamente—. Y yo ya no juego más a vuestros jueguitos por más propina que me deis. ¿Es que creéis que no sé lo que pasa? ¡Dos mujeres y un hombre aquí!, ¡una mujer y dos hombres allí! Me repugnáis todos y cuando se lo diga al encargado, bueno, prohibirle la entrada a los de vuestra calaña no va a hacerle daño a nadie, ¿verdad que no? —Un remolino, con la nariz levantada, y un paso de lo más impresionante a las profundidades del restaurante o dondequiera que los encargados se escondieran en la nerviosa melancolía propia de los de su clase.

Los tres malazanos no dijeron nada durante un tiempo, cada uno con los ojos fijos sobre la amorfa botella.

Después Rapiña se pasó la lengua por los labios secos y aventuró una pregunta.

—¿Macho o hembra?

—Hembra —respondió Azogue con una voz débil y chillona, como si se la comprimieran en la garganta—. Debería oler... dulce.

Mezcla se aclaró la garganta antes de hablar.

—Acaban de ganar la batalla, ¿verdad?

Rapiña la miró.

—Y una buena paliza.

Azogue gimió.

—Tenemos que beberla, ¿no?

Las dos mujeres asintieron.

—Bueno —dijo él—, una vez arremetí contra una patrulla de la Guardia Carmesí...

—Te caíste de un árbol...

—... y salí con vida. Y hubo otra vez que estaba debajo de un jabalí salvaje que iba a atacar...

—No era salvaje, Azogue. Era la mascota de Trote y tú lanzaste un gruñido que sonó igual que una cerda salvaje...

—Y en el último momento salté encima de él...

—Te arrojó contra un muro.

—... así que si alguien tiene el valor para empezar soy yo. —Y al decir eso alargó un brazo hacia la botella de leche de quorl. Se detuvo para examinar el sigilo del tapón—. Moranthiana verde. La marca barata. Era de esperar.

La medida normal era un dedal. Se vendía exclusivamente a mujeres que querían quedarse embarazadas. Quizá funcionaba, quizá no. Quizá lo único que hacía era que el cuerpo se quedara embarazado del susto..., cualquier cosa con tal de no volver a probar otro trago de esa cosa.

Rapiña sacó un pañuelo claro y se lo pasó por la frente. Tendrían que ofrecerles habitaciones ahora, al menos para una semana de estancia, pensó. *Estos mezla nos acaban de dar una paliza. Dioses, ya va siendo hora de que conozcamos a gente que merezca la pena conocer.*

Hace que casi merezca la pena beber leche de quorl.

Azogue bebió un trago y después dejó la botella. Y enseguida se desmayó. Se desplomó como un hombre sin huesos, salvo por su cabeza que crujió sonoramente sobre los adoquines.

Casi. Con un suspiro, alcanzó la botella.

—Qué bien que tengas el pie castrado, amor —le dijo a Mezcla.

—¿No querrás decir estéril?

—No deliro tanto —replicó Rapiña—. Asegúrate de que te prometen alquilarnos un carruaje antes de ponerte a beber, Mezcla.

—Lo haré. Te veo mañana, cielo.

—Sí.

Arpía rodeó el borde, con un ojo y luego el otro puesto en la extraña aparición que se arremolinaba sobre la tarima encantada. El poder de la magia del alquimista supremo era tan dulce y embriagador como el polen de las amapolas de de'bayang, pero el que venía del demonio era nauseabundo, extraño; pero, la gran córvida sabía, no tan extraño como debería. Es decir, ni para ella ni para su especie.

—Eres audaz —le dijo a Baruk, que estaba de pie frente a la tarima con las manos entrelazadas—. Y el alcance de tu poder, y tu voluntad, es de lo más impresionante.

—Gracias —le respondió el alquimista supremo, mirando con los ojos entrecerrados al demonio que había invocado y atrapado—. Nuestras conversaciones han sido de lo más... esclarecedoras. Por supuesto, lo que vemos aquí no es una auténtica manifestación física. Un alma, diría, desconectada de su yo corpóreo.

—Con ojos de jade —observó Arpía, abriendo el pico en una risa silenciosa. Vaciló, después preguntó—. ¿Qué te ha dicho?

Baruk sonrió.

En la repisa de la chimenea Chillbais resolló con un soplado burlón e hizo unos gestos ofensivos con sus manos rechonchas.

—Deberías clavar esa cosa en una pared —siseó Arpía—. O como poco devolverlo a la chimenea y así dejarlo fuera de mi vista.

Baruk habló como si no hubiera oído la queja de Arpía.

—Su cuerpo está sin duda muy muy lejos. Pude ver una imagen de la carne: un humano, por lo que pude ver, lo que resulta ya por sí mismo bastante extraordinario. Logré capturar el alma gracias a su intenso estado meditativo, uno en el que la separación es casi absoluta. Dudo que el cuerpo original respire diez veces cada campana. Un individuo de lo más espiritual, Arpía.

La gran córvida volvió a dirigir su atención a la aparición. Examinó sus ojos de jade, las desiguales tracerías de filamentos crepitantes, que latían como un corazón ralentizado.

—Y lo sabes, entonces —dijo.

—Sí. El demonio es del reino del Caído. Su lugar de nacimiento.

—Meditando, dices. ¿En busca de su dios?

—Parece probable —susurró Baruk—. Buscando, palpando..., replegándose.

—De la agonía, de los feroces fuegos del dolor.

—Lo mandaré a casa, pronto.

Arpía medio extendió las alas y saltó a las baldosas. Ladeó la cabeza, fijó un ojo en el alquimista supremo.

—Esto no es mera curiosidad.

Baruk parpadeó, después se dio la vuelta.

—Tuve un invitado, no hace mucho.

—¿De verdad?

El alquimista supremo se detuvo, después sacudió la cabeza.

—Medio verdad.

—¿Se sentó en una silla?

—Bueno, vaya, eso no habría sido muy correcto, Arpía.

Ella rio.

—Tronosombrío.

—Por favor, no te hagas la sorprendida —dijo Baruk—. Tu amo está bien al tanto de estas cuestiones. Dime, ¿dónde están los demás?

—¿Los demás?

—Los dioses y diosas. Los que se encogen de miedo cada vez que el dios tullido se aclara la garganta. Tan ansiosos por esta guerra, siempre y cuando sea otro el que combata. Nada de esto debería ponerse a los pies de tu Señor. No sé lo que le ha ofrecido Tronosombrío a Anomander Rake, pero harías bien en advertir a tu amo, Arpía. Con Sombrío nada es lo que parece. Nada en absoluto.

La gran córvida graznó, después habló.

—Muy cierto, muy cierto. —Y ahora le tocaba a él, observó, contemplarla con creciente sospecha—. Ay, Baruk, la gente levanta monolitos, uno tras otro, solo para derribarlos uno a uno. ¿No es siempre así? Cavan hoyos y los llenan de nuevo. Y nosotros, los grandes cuervos, bueno, construimos nidos y los destruimos a la siguiente estación, todo porque el lagarto demente en nuestras calaveras lo exige. Mira tu demonio en la tarima. No cuesta nada ser espiritual cuando es la carne la que siempre exige atención. Así que devuélvelo, sí, para que pueda empezar a reparar todos los tendones cercenados, mientras sus camaradas presencian la distancia de su mirada, y se maravillan, y anhelan encontrar el mismo estado

supraterrenal para ellos mismos, insensatos como son.

»¿Acaso le has exhortado para rezar con más ganas, Baruk? Yo pensé lo mismo, pero no sirve de nada, te lo digo, y ¿quién mejor para hacer tal juicio? Y piensa esto: mi amo no es ciego. Nunca lo ha sido. Está delante de un enorme monolito, sí, y le gustaría ver cómo se derriba. Así, viejo amigo, asegúrate de mantenerte a una distancia segura.

—¿Cómo? —quiso saber el alquimista supremo.

—Devuelve el alma a su hogar —le dijo de nuevo Arpía—. Mira el peligro que incluso ahora acecha cada vez más en la noche, esos momentos de arrancar los hilos de tus mayores protecciones; para anunciar su llegada, sí, para demostrar su... desesperación. —Dio un saltito hacia el alféizar de la ventana más cercana—. Y yo, yo debo partir ahora, sí, alejarme con premura batiendo mis alas.

—Un momento. Te has demorado, Arpía, en busca de algo. Y parece que lo has encontrado.

—Así ha sido —contestó, riendo de nuevo con un graznido.

—¿Bien?

—Solo confirmación, para tranquilizar la mente de mi amo.

—¿Confirmación? Ah, de que Tronosombrío dijo la verdad.

Una tercera risa estridente desde el alféizar —porque las tripletas siempre era preferible a los pares, aunque por supuesto no es que Arpía fuese supersticiosa, pero de ser solo dos entonces una tercera sonaría en algún lugar, y ¿quizá no lo sería a costa de ella misma? ¡De eso nada, no!, ¡de eso nada!

—¡Adiós, Baruk!

Momentos después de que cerrara la ventana tras el vuelo de esa gallina aceitosa y negra como el alquitrán, Chillbais levantó la cabeza y gritó.

—¡Viene ella! ¡Viene!

—Sí —dijo Baruk con un suspiro.

—¡Mujer letal!

—No esta vez, pequeño. Ve volando a buscar a Derudan, rápido. Dile, de mi parte, que aquella que una vez iba tras nosotros ha regresado. Para discutir unos asuntos. Además, Chillbais, invita a Derudan a unirse a nosotros tan pronto como le sea posible. Entenderá, estoy convencido, la necesidad.

Chillbais revoloteó (bueno, más bien cayó) al suelo frente a la chimenea, después gateó por las ascuas y desapareció chimenea arriba.

Baruk miró con el ceño fruncido al demonio invocado que giraba sobre la tarima; después, con un solo gesto, liberó el espíritu, observando cómo el remolino de energía menguaba hasta no ser más que un guiño que desaparecía. *Ve a casa, perdido. Con mi bendición.*

Y después se levantó, miró a la pared que ella atravesaría.

Se levantó y esperó a Vorcan.

Ya no le tenía miedo.

No, el terror que sentía en realidad era debido a la razón por la que la mujer venía a verlo. En cuanto a la Señora de los Asesinos, maldita fuera, tenía duras palabras para ella.

Mataste a los demás, mujer. A todos menos a mí y a Derudan. Sí, solo quedamos nosotros tres. Solo tres.

Para detener, si podemos, el regreso del Tirano.

Oh, Vorcan, derribaste demasiadas piedras aquella noche.

¿Deberíamos haber pedido ayuda a Anomander Rake? Por los dioses del inframundo, había estado todo lo cerca posible de que se la ofrecieran, si es que entendía a Arpía y estaba seguro de que lo hacía, al

menos en esa materia. Y si accedía a aceptar el ofrecimiento, ¿debería decírselo a Derudan y a Vorcan? ¿Cómo podía negarse?

Ninguno de ellos estaría contento, estaba seguro. Sobre todo Vorcan. Y su frágil (y sí, sería de lo más frágil) alianza podría morir en el mismo momento de nacer.

Oh, Baruk, sé franco, sé sincero con ellos. Pregúntales. Tan simple como eso.

Pero, cuando vio el muro delante de él volverse más difuso, como si se derritiera, y una figura que lo atravesaba despacio y con cautela, sabía que no lo haría. No podía.

Ahora quedaban tres de ellos. No bastaban para detener el regreso del Tirano. Incluso con la ayuda de Rake... no bastaban.

Lo que significa que uno de nosotros escogerá traicionar a los demás. Ganándose el favor para cuando Él regrese. El favor, bueno. Negociando para seguir con vida sería más acertado.

Uno de nosotros traicionará al resto.

Quizá Derudan. Quizá esta de aquí.

Cielos, quizá yo.

Estaba a treinta pasos calle arriba. Debajo de la capucha, sus ojos fijos en la entrada mal iluminada de la taberna del Fénix. En los viejos escalones, en el desvencijado letrero que colgaba desalineado sobre la puerta incrustada. Durante un centenar de latidos había observado cómo entraban unas figuras, otras salían, ninguna aún conocida para él, como si en esta ausencia lo único que había conocido se hubiera desvanecido, disuelto, y ahora eran extraños los que se sentaban donde él se había sentado alguna vez. Sostenían jarras que él había sostenido. Sonreían a las camareras y les lanzaban ofertas demasiado descaradas.

Navaja se imaginó dentro, imaginó el resentimiento en su rostro mientras observaba una veintena o más de intrusos, invasores de sus propios recuerdos, todos intentando empujarlo, intentando echarlo. Todavía más lejos, a cualquier otra nueva vida que hubiera encontrado, que no estaba en la taberna del Fénix. Ni tampoco en Darujhistan.

No había vuelta atrás. Eso lo había sabido todo el tiempo, al menos de forma intelectual, pero solo ahora, allí de pie, se dio verdadera cuenta de ello, una carga de una emoción tan intensa que se sentía aplastado por ella. ¿Y no era igual de cierto que el hombre detrás de esos ojos era el mismo hombre de aquellos pasados años? ¿Cómo no iba a verlo de forma diferente, con todo lo que había pasado, con todo lo que había visto y sentido?

El corazón le retumbaba en el pecho, ahora sabía que cada percusión una vez acabase, no regresaría. Incluso la repetición no era en realidad más que una ilusión, un ardid de la similitud. Podría ser un consuelo pretender que la maquinaria nunca cambiaba, que cada palpitación y cada volteo eran idénticos, que un hombre podría saltar hacia atrás y hacia delante en su mente y, acabase donde acabase, todo cuanto viera seguiría siendo idéntico. Fijado como la certeza.

Las ásperas piedras de los húmedos y oscuros muros. La calidad de la luz amarillenta que se filtraba por los cristales picados de la ventana. Incluso el susurro de un sonido, las voces, el tintineo del estaño y la arcilla cocida, hasta la mismísima risa que salía cuando se abría la puerta, que para Navaja tenía un sabor agrio como la bilis.

¿Quién quedaba allí que él pudiese reconocer? Los rostros algo más envejecidos, los hombros algo más gibosos, los ojos enmarcados en el arrugado mapa de los exhaustos. ¿Se iluminarían al verlo? ¿Lo reconocerían siquiera? Y en tal caso, después de las palmadas en la espalda y los abrazos, ¿vería él alguna mirada escrutadora en esos ojos que dejara sus palabras descoloridas, que ensanchara la distancia

con cada interminable momento que la siguiese?

El levísimo roce de una bota a dos pasos detrás de él. Se dio la vuelta, agachándose, las dagas brillaron en ambas manos. La hoja izquierda medio levantada, con la punta hacia abajo, en posición de guardia. La hoja derecha salió disparada en un movimiento contraofensivo...

... y la figura se inclinó hacia delante con un suave gruñido de sorpresa, un cuchillo tjaluk salió de debajo de la capa para bloquear la daga...

Navaja torció la muñeca para amoldarse a ese bloqueo, girando rápidamente la hoja para rebanar la palma de la mano enguantada del atacante, al tiempo que se abalanzaba hacia su enemigo, agachado aún, y asestaba una cuchillada con la daga izquierda en el hueco debajo de la rótula.

Burlar ese ataque estuvo a punto de provocar que el hombre tropezara justo a los brazos de Navaja, pero Navaja ya lo había esquivado, y apuntó ambas hojas hacia el muslo, la cadera después, mientras pasaba como una flecha a la izquierda del hombre.

Sorprendentemente, el pesado tjaluk detuvo cada arremetida, y otro de los enormes cuchillos en forma de gancho apareció en la otra mano del hombre, que se enderezó y echó los cuchillos hacia atrás en posición de contraataque por si Navaja se daba la vuelta para atacarlo por detrás. Navaja se vio obligado a inclinarse más para evitar aquella maldita defensa, y, en equilibrio sobre una pierna, lanzó la daga de su mano izquierda, por el lateral, arrojando el arma justo al rostro en sombra del hombre...

Chispas cuando, imposible de toda imposibilidad, el hombre apartó de un golpe el arma que volaba en su dirección.

Con otro cuchillo ya en esa mano, Navaja se dispuso a lanzar otro ataque, después se deslizó sobre sus talones y se inclinó hacia atrás en una defensa apresurada al ver que el hombre avanzaba, con los pesados cuchillos girando como una madeja delante de él.

¿Dos de esos? ¿Dos?

—¡Espera! —chilló Navaja—. ¡Espera! ¿Rallick? ¿Rallick?

Los tjaluks retrocedieron. La sangre cayó salpicando del que tenía en la mano derecha, donde la palma había estado abierta. Unos ojos oscuros brillaron desde debajo de la capucha.

—Rallick... soy yo. Nava... ¡Azafrán Jovenmano!

—Como había pensado al principio —fue la resonante respuesta—, pero cambié de prisa de opinión. Pero ahora, sí, eres tú. Más viejo..., dioses, sí que he estado tiempo fuera.

—Te he cortado la mano... lo siento...

—Ni la mitad de lo que lo siento yo, Azafrán. Estás en el Gremio ahora, ¿verdad? ¿Quién te ha entrenado? Seba Krafar, no, eso se ve a la legua. No reconozco en absoluto el estilo...

—¿Qué? No, nada de Gremio. Nada de eso, Rallick. He estado... Espera, ¿dices que habías estado fuera? ¿De Darujhistan? ¿Dónde? ¿Por cuánto tiempo? ¿No de esa noche detrás de lo de Coll? Pero...

—Sí —interrumpió Rallick—, está claro que eres tú.

—Por los dioses del inframundo —dijo Navaja—, pero me alegro de verte, Rallick Nom. Es decir, si hubiera sabido que eras tú desde el principio... No deberías acercarte a un hombre por la espalda de esa forma. ¡Podría haberte matado!

El asesino se quedó examinándolo.

Temblando de repente, Navaja envainó los cuchillos, después se puso a buscar a su alrededor el que había lanzado.

—Dos de esos como para descuartizar cerdos... ¿Quién más iba a usarlos? Me tendría que haber dado cuenta al ver el primero. Lo siento mucho, Rallick. Me pudo el instinto. Es que... me pudo.

—No atendiste a mi advertencia, entonces.

Hace años, aquellas palabras airadas, pero Navaja no necesitó preguntar «¿qué advertencia?». Lo

recordaba demasiado bien.

—Lo habría hecho —dijo, deteniendo su búsqueda—. De verdad, Rallick. Fui con los malazanos, ya entiendes, y Apsalar. Violín, Kalam, nosotros cuatro, a Siete Ciudades. Donde todo... cambió.

—¿Cuándo regresaste, Azafrán?

—Hoy. Esta noche. —Miró con pesar la entrada de la taberna del Fénix—. Ni siquiera he entrado aún... Ha... cambiado, ay, esa palabra ya me está atormentando. —Retomó su búsqueda—. Supongo que era de esperar... Maldita sea, ¿dónde se ha metido ese cuchillo, en nombre del Embozado?

Rallick se recostó contra el muro.

—¿Ese que lanzaste hacia mi garganta?

—Ese... lo sien...

—Ya, lo sientes. Bueno, no lo encontrarás ahí abajo. Mira a ver en mi hombro izquierdo.

—Oh, ¡la espesura de la sangre! Darujhistan y sus cien mil corazones y cada uno de ellos late por nadie más que este robusto y de lo más generoso residente de la taberna del Fénix! Sentado aquí en la más espléndida de las mesas, aunque a buen seguro que Meese debería ocuparse de esta pata tambaleante, no, no la mía, aunque eso sería desde luego delicioso y estaría muy por encima del servicio habitual de dicho establecimiento, con..., ¿por dónde iba, Kruppe? Ah, sí, ¡con ninguna cruel compañía que desvelase la noche con sus zangoloteos! Decidle al clarividente Kruppe, amigos, ¿por qué los radiantes rostros son traicionados por ojos inquietos? ¿Acaso Kruppe no había prometido bendiciones en abundancia? ¿El alivio de las presiones? ¿La prevención del pánico? ¿Bolsos llenos de valiosas y rutilantes fruslerías? Bebed, oh, mis más humildes disculpas, pediremos más sin demora, es una promesa de lo más pertinente si es que alguno eligiera brindar por esto, aquello y, por ventura, ¡lo otro!

—Tenemos noticias —dijo Chamusquino, con aire sorprendido ante sus propias palabras— y si te callaras la boca igual te enterarías.

—¡Noticias! Caramba, si Kruppe es la noticia personificada. Detalles, análisis, reacciones de la gente común en la calle, todo en un santiamén y en un periquete, ¿quién necesita más? Esta locura de noticias que debemos presenciar ahora cada semana y todos los rollos de tela de arpillera malgastados en los parloteos de cualquier idiota florido sobre horrendos cotilleos, ay, no es nada más que harapos para el harapiiento, trapos para el limpiaculos o incluso tinta para el limpiatintas, benditas sean sus femeninas artimañas... ¡Kruppe clama contra este encumbramiento de circunstancias y episodios! Una profesión, dicen ahora los petimetres, ¡como si los mastines aulladores necesitasen una certificación para justificar sus babeantes rugidos y ladridos! ¿Qué ha sido de la decencia común? ¿De los decentes comunes? ¿Qué hay de decente en lo poco común? Esto es lo bastante cierto, aunque en el anverso está lo perverso en toda su espinosa ironía, ¿no os lo parece? A Kruppe, sí, siendo como es un tipo parecido...

—¡Hemos encontrado a Torvald Nom!

Kruppe miró perplejo a Leff, después a Chamusquino, después, viendo tal vez la incredulidad reflejarse en el rostro del último, otra vez a Leff.

—¡Extraordinario! ¿Y lo entregasteis con horror al hirsuto Gareb el Prestamista?

Chamusquino rugió entre dientes.

—Hemos hallado un trato mejor —dijo Leff, pasándose la lengua por los labios—. Torvald pagará a Gareb, todo, y, bueno, para hacerlo tenía que pagarnos a nosotros por la prerrogativa, ¿verdad? Bueno, pues Torvald nos paga, Gareb nos paga. ¡Nos pagan dos veces!

Kruppe levantó un dedo rechoncho, en el que vio con pasajera consternación, que había una mancha de algo indistinguible.

—Un momento, por favor. ¿Torvald ha regresado y os ha sobornado? Entonces ¿por qué está Kruppe pagando las bebidas esta noche? ¡Ah, dejad que Kruppe responda él mismo a su propia pregunta!

Caramba, porque a Torvald aún tiene que pagar a los confiados Leff y Chamusquino, ¿cierto? Lo suplicó, sí, por una noche. ¡Una noche! ¡Y todo quedaría zanjado y demás!

—¿Cómo lo sabes?

Kruppe sonrió.

—Queridos y estúpidos amigos, si Gareb se enterase pronto de esto, si averiguase que habéis tenido al nefando Torvald Nom en vuestro puño, bueno, veríais vuestros nombres en la misma lista que tenéis entre manos, lo que os obligaría a entregaros a cambio de una gran recompensa, que de nada os serviría si Gareb desuella y descuartiza a los pobres Chamusquino y Leff. Ay, ¡qué de calamidades aguardan!

—Torvald Nom fue nuestro socio —dijo Leff, aunque ahora bañado de sudor—. Nos ha dado su palabra, lo hizo. Y si no la cumple, hacerle mal a Chamusquino y a Leff nunca es una buena idea, para nadie. Así que ten tú también eso presente, Kruppe, no se te ocurra ir largándole a Gareb o algo por el estilo.

—Que Beru me guarde. ¡Kruppe no haría nada de eso, mis queridos y temperamentales amigos! No, el miedo de Kruppe tiene que ver con esos nuevos libeluchos que abundan estos días en las mugrientas manos de los pillos que pululan en cada esquina, ¡una plaga sobre Darujhistan! Tales libeluchos son de una perfidia y rapidez infames en lo que chismorreos se refiere, y ¿quién sabe qué multitud de dudosas fuentes los nutren? ¡A Kruppe le preocupa lo que asegurará el libelo de mañana!

—Mejor será que no asegure na —espetó Chamusquino, con aire aterrorizado y beligerante a la vez.

—Y ahora, benditos amigos —dijo Kruppe con un gesto de manos de florida indiferencia—, ¡debemos terminar con esta debacle por esta noche! Planean sobre nosotros circunstancias espantosas. Kruppe presiente formidables acontecimientos inminentemente... inminentes. Un sabor en el aire, un aleteo en el viento, un temblor en la luz del farol, una agitación en los aguados charcos de cerveza, un ruido en las escaleras..., una traqueteante revelación de puertas principales... ¡Mirad! ¡Nom y flores! ¡Cuchillos y pobres diablos! ¡Consternados rostros de lo más cenicientos! ¡Largo de la mesa de Kruppe, espantajos recientes de fortuita concurrencia! ¡Una reunión de lo más preciada espera!

Rallick tenía casi todo el cuerpo apoyado en Navaja para cuando llegaron a la entrada de la taberna del Fénix. *Dioses, como lo haya matado, a mi amigo, dioses, no...*

Empujó la puerta y al abrirla medio arrastró a Rallick al interior.

Y vio, detrás del mostrador, a Meese. Detrás de ella, a Irlta.

Y allí, a su izquierda, congelada en mitad de un paso y mirando fijamente con los ojos muy abiertos...

—¡Sulty! Rallick está herido..., necesitamos una habitación... y ayuda...

Y, de repente, Meese estaba quitándole al asesino de los brazos a Navaja.

—Por el aliento del Embozado, ¡está hecho pedazos!

—Lo siento... —empezó a decir Navaja.

Pero Irlta ya estaba allí, tomándole la cara entre sus manos, que olían a cerveza y a ajo picado. Los labios enormes y amenazantes al plantarle un beso en la boca, retorciendo un momento la lengua en su interior como un gusano en un agujero.

Navaja retrocedió, después encontró a Sulty en sus brazos, agarrándolo con fuerza, con una fuerza increíble después de una docena o así de años de jarras y bandejas, tan fuerte que le arrebató el aire de sus pulmones.

—Vivirá —anunció Meese agachada sobre Rallick, que estaba tendido en el suelo detrás del mostrador—. Una vez que detengamos la hemorragia. Tienen que haberlo asaltado entre tres o cuatro, por la pinta que tiene—. Se enderezó y tiró la daga sangrienta en el mostrador. Se había congregado una multitud, y

las cabezas se asomaban para ver más de cerca el arma de factura extranjera.

—¡Malazana! —siseó uno.

Zafándose de los brazos de Sulty, Navaja se abrió paso entre la gente.

—¡Dejadme pasar! ¡No toquéis ese cuchillo! Es mío.

—¿Tuyo? —preguntó con aire inquisitivo Irlita—. ¿Qué se supone que significa eso, Azafrán?

—Se acercó a mí por detrás, en silencio, como un asesino. Pensé que me estaba defendiendo, todo fue un error, ¿estás segura de que va a estar bien, Meese?

—¡Tú eras ese ladrón delgaducho de hace unos años! —exclamó un hombre de rostro vagamente familiar, con una mueca que mudaba entre la incredulidad y la acusación.

—Azafrán, ha dicho Irlita —añadió el hombre junto a él—. Hizo algo la noche que bajó la Luna, he oído. Derribó una columna o algo. Te acuerdas, ¿verdad, Chamusquino?

—Intento recordar solo lo que me hace falta, Leff. Aunque a veces se me quedan más cosas. El caso es que era un ratero, uno de los chicos de Kruppe.

—Pues ya no lo es, ¿no? —dijo Leff con un medio gruñido—. ¡Ahora es un asesino del Gremio!

—No, ¡no lo soy! —gritó Navaja, sintiéndose de repente como el chico desgarrado que había sido años atrás. Furioso por su propio rostro enrojecido se volvió hacia Meese—. ¿Dónde está el resto? Me refiero...

Meese levantó una mano, manchada con un poco de la sangre de Rallick.

—Está esperando, Azafrán. En su mesa de siempre... Vamos, ve. —dijo—. ¡Eh! —le gritó a la multitud—, ¡dejadle paso! ¡Volved a vuestras mesas!

Y así sin más, Navaja pensó, lo había estropeado todo. Su espléndido regreso. Todo. Alargó un brazo al pasar y recogió su cuchillo, sin mirar a Meese a los ojos. Entonces. Entonces, cuando los cuerpos se apartaron, vio...

Allí, en su mesa de siempre, el hombre pequeño y redondo de pelo grasiento y sonrisa radiante y querúbrica. Puños con volantes sucios, un chaleco rojo manchado y desgastado. Una jarra brillante sobre la mesa encharcada, dos picheles.

Un simple ladrón. Un ratero. Uno que asaltaba dormitorios de mujeres. ¿No era yo el que se quedaba sin aliento? Un idiota de ojos pasmados. Oh, Kruppe, mírate. Si había alguien que no iba a cambiar, ese eras tú.

Navaja se descubrió ya en la mesa, desplomándose en la silla vacía, alargando un brazo hacia la jarra.

—Abandoné mi viejo nombre, Kruppe. Ahora soy Navaja. Más apropiado, ¿no crees? —¿Entonces por qué tengo ganas de llorar?—. Sobre todo después de lo que acabo de hacerle a Rallick ahora mismo.

Kruppe enarcó las cejas.

—Kruppe simpatiza, sí, vaya si simpatiza. La vida se traba, si bien la excepción de eso es nada menos que Kruppe, para quién la vida danza. Qué extraordinario, cómo esa verdad irrita a muchos; caramba, ¿puede la simple existencia de uno granjearle una furia tan hostil? Por lo visto sí, qué duda cabe. Siempre hay de esos, querido amigo, esos para quienes un guiño es un insulto, una sonrisa una burla. Para quienes el mero humor es causa de sospecha, como si la risa fuese un maquiavélico desprecio. Dile a Kruppe, querido Navaja, ¿crees que somos todos iguales?

—¿Iguales? Pues...

—Una idea laudable, ¿no estamos de acuerdo? Pero... —y levantó un dedo muy sucio— ¿no es cierto que, de un año al siguiente, cada uno de nosotros es capaz de cambios tan fundamentales que nuestras identidades presentes no pueden considerarse de ningún modo iguales a nuestras identidades pasadas? Si la regla no se aplica ni siquiera a nuestras vidas individuales, ¿cómo atrevernos a creer que pertenece a

la colectividad?

—Kruppe, ¿todo esto qué...?

—Hace años, Navaja a quien antes llamaban Azafrán, no habríamos tenido esta conversación, ¿verdad? Kruppe lo entiende y lo entiende muy bien. Entiende la tristeza y la sabiduría. El dolor y las heridas aún abiertas. El amor encontrado y el amor perdido. Una cierta desesperación que sigue girando como una moneda, ¿de qué lado caerá? Una pregunta aún sin responder, un futuro aún sin resolver. Así que, viejo amigo que has regresado, bebamos, convirtamos los siguientes momentos en un amistoso silencio. —Y al decir eso Kruppe recogió su pichel y lo levantó bien alto.

Con un suspiro, Navaja hizo lo mismo.

—¡La moneda que da vueltas!

Y palideció.

—¡Por los dioses del inframundo, Kruppe!

—¡Bebe, amigo! ¡Apura lo desconocido y el futuro incognoscible!

Y eso hizo.

La rueda había dejado de girar, un agua lechosa caía por los flancos y se acumulaba en la cloaca que la rodeaba. Los brillantes faroles se habían bajado casi al mínimo y bañaban la habitación con una suave luz; ahora ella caminaba hacia la cama, secándose las manos con una toalla.

En uno o dos días encendería el horno.

Ya era tarde y no era momento de estar rumiando aquellos profundos y rimbombantes pensamientos que amenazaban con atraparla y apoderarse de su fatigada mente. El remordimiento tiene un sabor, y es rancio, y ni todas las tazas de té del mundo podían quitar ese regusto.

Unos arañazos en la puerta la hicieron darse la vuelta; algún borracho extraviado en la puerta incorrecta, sin duda. No estaba de humor para abrir.

Ahora unos nudillos, llamando con amortiguada urgencia.

Tiserra dejó caer la toalla, se frotó distraídamente su muñeca dolorida, después recogió uno de los palitos de remover más pesados que había sobre la mesa vidriada y se acercó a la puerta.

—Te equivocas de casa —dijo en alto—. ¡Largo de aquí!

Un puño golpeó la puerta.

Levantando el palo, Tiserra descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

El hombre que dio un paso hacia el umbral tenía una sonrisa estúpida.

Una que conocía bien, desde hacía años, aunque había pasado tiempo desde que la viera por última vez. Bajó el palo, suspiró.

—Torvald Nom. Llegas tarde.

—Lo siento, amor —respondió—. Me entretuvieron. Traficantes de esclavos. Viajes oceánicos. Toblakai, dhenrabi, tortura y crucifixión, un barco hundido.

—No tenía ni idea de qué ir a por una hogaza pan fuese tan peligroso.

—Bueno —dijo—, todo ese lío empezó cuando me enteré de algo de una deuda. Una que no sabía que tenía. Ese malnacido de Gareb me ha tendido una trampa, dijo que yo le debía cuando no es el caso, pero eso no es algo de lo que se pueda discutir, no sin un defensor, algo que no nos podíamos permitir...

—Ya sé lo de Gareb —replicó Tiserra—. Sus matones venían a verme a menudo cuando desapareciste, y sí, necesitaba un defensor... para que Gareb me dejara en paz.

—¿Te estaba amenazando?

—Aseguró que tu deuda era mi deuda, querido esposo. Claro que eso es ridículo. Incluso después de

que yo consiguiera recusarla, hizo que me siguieran. Durante meses. Sospechaba que estabas escondido en algún lado y que yo te llevaba comida y todo eso. Supongo. No tengo palabras para decirte lo divertido que fue. ¿Y por qué no las tengo, Torvald? Porque no lo fue. Divertido, quiero decir. No fue nada divertido.

—Ya he vuelto a casa —dijo Torvald—, tratando de sonreír de nuevo—. Y rico, además. Nada de deudas... Me ocuparé de eso por la mañana, lo primero de todo. Se acabó la baja temperatura para tu arcilla. Y tendrás un reabastecimiento completo de hierbas, tinturas y demás..., hablando de lo cual, solo para estar seguros, probablemente deberíamos preparar un ritual o dos...

—¿Ah, sí? Conque has vuelto a robar, ¿eh? Conque has hecho saltar unas cuantas guardas, ¿eh? Así que tienes una bolsa de monedas de reluciente magia, ¿eh?

—Y piedras preciosas y diamantes. Ha sido de lo más correcto, amor, te lo prometo. Una deuda injusta saldada con medios injustos, ¡la una invalida la otra y queda una situación justa!

Ella resopló, después dio un paso atrás y lo dejó pasar.

—No creo que me trague todo esto.

—Tú sabes que nunca te miento, Tis. Nunca.

—¿Y a quién has robado esta noche?

—Pues a Gareb, claro. Lo he dejado limpio, de hecho.

Tiserra lo miró fijamente.

—Ay, marido.

—Lo sé, soy un genio. Bueno, y sobre esas guardas... tan pronto como pueda traeré unos magos para rastrear dónde está su botín.

—Sí, Torvald, entiendo bien la situación. Ya sabes dónde está el agujero secreto... Tira la bolsa allí, por favor, mientras yo me pongo con el resto.

Pero él no se había movido.

—¿Aún me quieres? —preguntó.

Tiserra se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—Siempre, maldito idiota. Ahora date prisa.

¡Glorias sin fin esta noche en Darujhistan! Y ahora el amanecer se agita en su despertar, una luz que aparta el brillo azul de la ciudad que no duerme. Ved cómo los jaraneros marchan dando tumbos hacia sus camas, o las camas de sus nuevos amigos o incluso a la cama de un desconocido, ¿qué importa de dónde procede el amor? ¿Qué importan las enmarañadas hebras de la amistad tan estiradas y llenas de nudos?

¿Qué importan las cargas de la vida cuando el sol arde en el cielo y las gaviotas abandonan sus puestos en la bahía, cuando los cangrejos corretean en busca de aguas más oscuras y profundas? No todos los caminos están hollados, queridos amigos, no todos los caminos están dispuestos con adoquines uniformes y señales inequívocas.

Posad vuestros ojos al estilo de ese ladrón que ya no lo es, mientras mira con la más profunda compasión el rostro dormido de un viejo amigo, allí en una pequeña habitación en el piso superior de la taberna del Fénix; que ve también a un noble consejero roncando despatarrado en aquella silla. Mientras que en la habitación de al lado se sienta un asesino que, quizá, ya no lo es, los ojos opacados por el dolor mientras reflexiona sobre todo tipo de cosas, de formas seguro que misteriosas y sorprendentes, si es que alguien pudiera penetrar su oscura mente.

En otro lugar, un niño, abandonado hace mucho por su madre, se agita en sueños, perseguido por un rostro de pesadilla que lleva el absurdo nombre de Snell.

Y dos guardias corren, con los corazones palpitantes, se alejan de la puerta que lleva a la hacienda cuando las alarmas suenan con estruendosa insistencia, porque un hombre malvado ha perdido toda su riqueza conseguida de viles modos, un hecho que le arranca las garras como las tenazas de un torturador, puesto que el mal solo medra en un pozo de poder, y cuando la moneda de la crueldad es arrebatada, bueno, también el poder desaparece.

Un hombre sin dedos vuelve a casa tambaleante, bendecido por un dios y con los nudillos magullados goteantes de sangre, mientras su mujer duerme sin soñar, con una expresión tan plácida que incluso el menos sentimental de los escultores sería incapaz contener las lágrimas.

Y, en una calle no merecedora de ningún interés especial, hay un buey pensando en el desayuno. Qué otra cosa queda, después de todo, cuando el amor y la amistad y el poder, y el remordimiento y la pérdida y el reencuentro lo bastante fiero como para desgarrar todo cuanto podría haber sido agridulce, cuando todo, todo, se ha acabado y se ha marchado, ¿qué queda sino las necesidades del estómago?

¡Comed! ¡Apurad los placeres y saboread la dulce vida!

¿Irrelevante? ¡Bobadas!

Como dice siempre Kruppe, es el buey sabio el que consigue el yugo.

Capítulo 6

El milagro de la retrospectiva es cómo convierte los grandes genios militares del pasado en idiotas incompetentes, y a los idiotas incompetentes del presente en genios militares. Ahí está la puerta, y aseguraos que os lleváis todos vuestros pomposos engaños y conjeturas al salir...

Emperador Kellanved,
con motivo de la conquista del
Gran Consejo de Falari
(El juicio de Costra)

Había habido un terremoto. Un penacho de roca de casi una legua de longitud había caído sin más, abriendo una entrada al mar. No había ceno batido de este cataclismo, puesto que el penacho era una conglomeración sin vida de obsidiana y piedra pómez, legados de pasadas erupciones. En su cima, el penacho era marcadamente anguloso, las caras de roca escarpada. Ese ángulo se ensanchaba en su salida al mar, flanqueado en la entrada por idénticas elevaciones de roca a una distancia de un cuarto de legua.

El suelo de la ensenada estaba inclinado. El agua en la cima no tenía más de quince palmos de profundidad, era cristalina y dejaba ver un revoltijo de piedras como bloques y huesos blancos que abarrotaban el fondo: restos de tumbas tholos y de los k'chain che'malle que habían sido sepultados en ellas.

Las ruinas eran visibles en cada lado del corte, incluida una casi derruida torre jaghut. En el cielo, por encima de una tortuosa fila de colinas amontonadas, justo al norte, se cernía la mancha de una puerta, una cicatriz abigarrada en el aire mismo. Todo cuanto rezumaba era dolor, un rancio y persistente hedor que parecía tan sediento como el devastado paisaje que se extendía por todas partes.

Viajero se quedó mirando el paso de montaña durante un largo rato. A dos días del lugar al que el mar lo había arrastrado y aún no había encontrado agua fresca. La sangre del oso que lo había atacado lo había calmado por un tiempo, pero aquel había sido un néctar salado y ahora pagaba por haberlo bebido.

En lo que llevaba de vida había sufrido tantas conspiraciones que buscaban su muerte, que un hombre con menos temple se hubiera desesperado hacía mucho, hubiera caído en la locura o el suicidio, y claudicado así al ansia de dioses y mortales. Sería, quizá, hasta de justicia que ahora fuese a fracasar por carecer de las necesidades más básicas para mantenerse con vida.

Pero no se rendiría, porque podía oír la risa de un dios, tan irónica como un susurro amoroso en su oído. En algún lugar del interior, estaba seguro, esta tierra yerma y marchita se desmenuzaba en barreduras de tierra polvorienta, y luego pastos, una pradera agitada por el viento que se transformaba al fin en estepas. Si tan solo conseguía aguantar lo suficiente para llegar hasta allí.

Había despellejado al oso y ahora llevaba la piel en un fardo envuelto que se había colgado a un hombro. Aunque no era particularmente agradable le proporcionaba un aroma que escondía el suyo propio y que ahuyentaría a la mayoría de los carnívoros. Quizá necesitaría seguir el rastro de la caza, si

es que encontraba alguna pieza, poniéndose contra el viento, pero eso habría tenido que hacerlo incluso sin la piel.

Estaba en la costa de Alborada. Lejos de donde había previsto recalar en el continente genabackeño. Le esperaba una larga caminata, pero no había nada de nuevo en aquella perspectiva. Como tampoco lo había, tenía que admitirlo, en la amenaza del fracaso.

Viajero giró hacia el interior y marchó, haciendo crujir el vidrio negro de burbujas bajo las botas. El sol de la mañana se reflejaba de la superficie moteada con cegadores destellos, y el calor empezó a apretar de tal modo que terminó empapado de sudor. Podía ver el otro extremo, a unos miles de pasos de distancia (o creía que podía, pues sabía que era fácil engañar a la vista), un tramo más oscuro, como una playa de arena negra elevada que se extendía en el horizonte, sin que más allá hubiera nada visible.

Un tiempo después estaba seguro de que la cresta no era una ilusión. Un montículo ondulado de obsidiana aplastada depositado por el viento, un brillo diamantino que se le clavaba en los ojos. Cuando se acercó pensó que podía oír un débil gemido, como de un viento aún imperceptible. Y ahora podía ver más allá, otra vasta extensión de monótona llanura, sin ningún fin visible a través del calor deslumbrante.

Mientras ascendía la pendiente, con las botas hundidas en la arena, Viajero oyó el gemido del viento una vez más y al levantar la mirada vio que algo había aparecido en la llanura que quedaba delante de él. Un trono de respaldo alto, con una figura sentada en él en un borroso despliegue de sombras. De pie, quizás a diez pasos a la derecha, había una segunda figura, esta envuelta en una capa de color gris oscuro, con la capucha echada hacia atrás que revelaba un perfil quemado por el viento y un espeso manto de cabello negro y corto.

De detrás del trono salieron unos Mastines, avanzando sin hacer ruido, pero levantando con las zarpas pequeñas nubes de polvo que flotaban tras ellos. Baran, Yunque, Ciega. Shan, Cruz y otros dos que Viajero no había visto nunca. Los dos de color blanco hueso, con ojos de ónice. Más flacos que el resto, con el cuello más largo, y cubiertos de cicatrices que mostraban una piel de un sorprendente azul oscuro debajo del pelo blanco y corto. Moviéndose en pareja, avanzaron hacia el extremo derecho, hacia el interior, y levantaron las narices en el aire.

Los otros Mastines fueron directamente hacia Viajero.

Él bajó a su encuentro.

Shan fue la primera en llegar, se detuvo a un lado y después se escabulló como un gato para aparecer en el otro. Viajero puso su mano izquierda en el lustroso cuello negro del animal. El viejo Baran fue el siguiente, y Viajero tendió la otra mano para ponerla en un musculoso carrillo, palpando la madeja de rugosas cicatrices fruto de siglos de feroz combate, la insinuación de unos poderosos molares debajo de la piel irregular pero suave. Al mirar a los ojos marrón claro de la bestia descubrió que no podía aguantar la mirada mucho tiempo: demasiado dolor, demasiado anhelo de paz al que no era capaz de dar bendición. Baran inclinó la cabeza hacia esa caricia y después raspó con una lengua gruesa el antebrazo de Viajero.

Con las enormes bestias todas a su alrededor ahora —salvo las dos blancas— Viajante fue hacia el trono. Cuando estuvo cerca, Cotillion por fin se dirigió a él.

—Tienes un aspecto terrible, viejo amigo.

Viajero sonrió, sin molestarse en responder lo mismo. El rostro de Cotillion traicionaba su agotamiento, más de lo que había visto cuando el hombre había sido mortal, cuando su nombre era Danzante, cuando había compartido el gobierno de un imperio. ¿Dónde estaban los dones de la divinidad? ¿Qué valor tenían, cuando asir cada uno era encogerse de dolor y sangrar por ambas manos?

—Vosotros dos —dijo Viajante con los ojos ahora en Tronosombrío— disipáis todos mis pesares.

—Eso no durará, estoy seguro —dijo el dios con un tono de desaprobación—. ¿Dónde está tu ejército,

Primera Espada? Solo veo polvo tras de ti.

—Y tú ahí sentado, reivindicando el dominio de un erial.

—Ya basta de reconocimiento mutuo. Te hostiga el peligro, viejo amigo... Je, je, lo mucho que uso esas palabras ahora, ¿eh? Viejos amigos, vaya, ¿dónde están ahora? ¿Cómo de lejos cayeron? Desperdigados por los vientos, tropezando desesperadamente sin guía y ciegos...

—Nunca tuviste tantos amigos, Kellanved.

—Hostigado, como decía. Por la noche estarás muerto de deshidratación, quedan cuatro días o más hasta el primer manantial en la llanura de Lamatath.

—Ya veo.

—Claro que poco importa dónde mueras al final, tu viejo amigo acabará encontrándote.

—Sí, sé que lo hará.

—Para regodearse en la victoria.

—El Embozado no se regodea.

—Vaya, qué idea tan decepcionante. Bueno, entonces llegará para no regodearse. Lo mismo da. La cuestión es que habrás perdido.

—¿Y mi éxito o falta de él es algo que te importa?

—Sorprendentemente, sí —replicó Cotillion.

—¿Por qué?

Aquella pregunta directa pareció tomar por sorpresa a ambos dioses. Entonces, Tronosombrío resopló.

—¿Importa? Poco. En absoluto, de hecho. Estamos aquí para ayudarte, maldito patán. Terco, obstinado, necio beligerante. ¡Que te haya considerado alguna vez un viejo amigo es algo que no entiendo! Eres demasiado estúpido para haberlo sido, ¡siempre! Mira, incluso a Cotillion le exaspera tu mentecatez.

—En realidad me divierte —le corrigió Cotillion, sonriendo ahora a Viajero—. Me acordé de nuestras, eh, discusiones en la tienda de mando cuando estaba de campaña. Quizá la verdad más reveladora de la vieja amistad es que las dinámicas nunca cambian.

—Incluidas las afirmaciones zalameras —dijo Tronosombrío secamente—. Escucha, Viajero o cómo sea que te llames ahora. Mis Mastines te llevarán a tu salvación, ja, ¿cuántas veces se habrá dicho eso? Mientras tanto, te daremos pellejos de agua, fruta desecada y cosas así, la miríada de irritantes necesidades de la mortalidad, según creo recordar. Vagamente. Lo que sea.

—¿Y qué quieres a cambio de este regalo?

Una docena de latidos pasaron sin que hubiera una respuesta.

El rostro de Viajero poco a poco fue adquiriendo un gesto torvo.

—No pienso apartarme de mi tarea. Ni siquiera retrasarme...

—No, claro que no. —Tronosombrío levantó una mano fugaz—. Todo lo contrario, de hecho. Te apremiamos. Te exhortamos. Apresúrate, atina el rumbo, ve a la busca de tu confrontación. No dejes que nada ni nadie se ponga en tu camino.

El gesto de Viajero se volvió más torvo.

Una suave risa de Cotillion.

—No es necesario. Dice la verdad, Primera Espada. Es nuestro placer darte apoyo en este particular asunto.

—No negociaré con él.

—Lo sabemos.

—No estoy seguro de que lo comprendáis bien...

—Lo hacemos.

—Quiero matar al Embozado. Quiero matar al Dios de la Muerte.

—¡Mucha suerte! —dijo Tronosombrío.

Más silencio.

Entonces, Cotillion se adelantó con provisiones que no habían estado allí un momento antes y las dejó en el suelo.

—Shan te guiará —dijo en voz baja al tiempo que retrocedía.

Viajero miró a los dos nuevos Mastines.

—¿Y esos?

Cotillion siguió su mirada, por un momento pareció inquieto, pero luego se encogió de hombros.

—Difícil de decir. Digamos que... aparecieron, sin más.

—¡Los invoqué yo, por supuesto! —dijo Tronosombrío—. El blanco se llama Pálido. El más blanco se llama Cerrojo. Siete es el número deseado, el número necesario.

—Tronosombrío —dijo Cotillion—, tú no los invocaste.

—¡Debo haberlo hecho! ¿Por qué otra razón estarían aquí? Estoy seguro de que los convoqué, en algún momento. Un deseo, quizá, mientras contemplaba las estrellas. O una aspiración, sí, ¡de un poder tan abrumador que ni siquiera el Abismo podía negármela!

—Los otros parecen haberlos aceptado —observó Cotillion con otro encogimiento de hombros.

—¿Se os ha pasado por la cabeza —empezó a decir Viajero en voz baja al dios que tenía delante de él— que podrían ser los legendarios Mastines de Luz?

—¿En serio? ¿Por qué ibas a pensar eso? —Y en ese momento, cuando Cotillion encontró su mirada y le guiñó un ojo, todo el agotamiento, la propia inmortalidad de la supremacía, se desvaneció y Viajero vio una vez más (después de lo que parecía toda una vida) al hombre al que una vez había llamado amigo.

Pero fue incapaz de hallar una sonrisa, de responder a ese gesto y la invitación que ofrecía. No podía permitirse esa... debilidad. No en ese momento, quizá ya en ningún otro. Desde luego no después de en lo que esos dos viejos amigos se habían convertido. *Son dioses, y en los dioses no se puede confiar.*

Bajó las manos y recogió los pellejos de agua y la alforja.

—¿Cuál de ellos condujo al oso hacia la costa? —preguntó.

—Yunque. Necesitabas comida, o no habrías llegado ni siquiera hasta aquí.

—Casi me convierto en su cena, Cotillion.

—Siempre hemos tenido fe en ti, Primera Espada.

La siguiente (y con toda probabilidad última) pregunta que tenía Viajero para el dios era la más difícil de articular.

—¿Y cuál de vosotros destrozó mi barco y mató a mi tripulación?

Cotillion alzó las cejas.

—Nosotros, no. Dassem, nosotros no haríamos eso.

Viajero estudió los ojos del dios —siempre más suaves de lo que sería de esperar, aunque ya hacía tiempo que se había acostumbrado a eso— luego se giró.

—De acuerdo.

Pálido y Cerrojo se colocaron en reticente y fortuita retaguardia mientras los Mastines escoltaron a Viajero hacia el interior. Tronosombrío se las había arreglado para darle la vuelta a su trono de modo que pudiera observar cómo Primera Espada y su séquito desaparecían poco a poco hacia el noreste.

De pie, no muy lejos, Cotillion levantó las manos y se miró las palmas, donde vio el sudor brillante que las empapaba.

—Ha estado cerca.

—¿Cómo? ¿El qué?

—Si hubiera resuelto que estábamos detrás del naufragio, en fin, no quiero pensar lo que habría ocurrido aquí.

—Muy sencillo, Cotillion. Nos habría matado.

—Y los Mastines no habrían intercedido.

—¡Salvo quizá mis nuevas mascotas! ¡Ahí no hay viejas lealtades! ¡Je, je!

—Cerca —insistió Cotillion.

—Podrías haberle dicho la verdad. Que Mael lo buscaba y lo buscaba con ganas. Que tuvimos que intervenir y sacarlo a rastras... Se habría mostrado mucho más agradecido.

—La gratitud es un lujo inútil en este caso, Tronosombrío. Nada de distracciones, ¿recuerdas? Nada ni nadie que aparte a Viajero de su predestinada suerte. Deja a Mael para otra ocasión.

—Sí, muy bien. Un detalle que le podemos contar a Viajero cuando la necesidad que tengamos de él sea inmediata y, eh, urgente. Profundizamos, seguimos la sugerencia que nos dio en este día, en este lugar, y ¡oh, milagro! ¡Si el culpable era nada menos que el dios ancestral de los Mares! ¡Ahora ven aquí, saca esa maldita espada y despedaza a estos enemigos!

—No es eso en lo que tenemos que profundizar ahora mismo —dijo Cotillion.

—Bueno, claro que no. ¡Eso ya lo sabemos! ¿En qué hay que profundizar?

Cotillion miró a Tronosombrío.

—Mael podría haberlo matado sin problemas, ¿no te parece? Pero en vez de eso decidió retrasar a Viajero. Tenemos que pensar en eso. Tenemos que averiguar por qué.

—Sí, empiezo a entender. Afloran las sospechas... Fui descuidado por un momento, inconsciente. Retrasar, sí, ¿por qué? ¿De qué le sirve?

—Me acabo de dar cuenta de algo.

—¿Qué? ¡Rápido, dímelo!

—Da igual lo que Mael tuviese en mente. No funcionará.

—¡Explícate!

—Mael cree que es una presa a la huida, después de todo...

—Sí, debe de pensarlo, claro, no hay otra posibilidad. ¡Mael no lo entiende! ¡El muy idiota! ¡Je, je! Bueno, vamos a salir de este montón de ceniza, se me está irritando la garganta.

Cotillion se quedó mirando a los Mastines y a su protegido, entornando los ojos contra la luz brillante del sol.

—Sincronización, Tronosombrío...

—Perfección.

—Hasta ahora.

—No fallaremos.

—Más nos vale.

—De entre nuestros recién descubiertos aliados, ¿cuál crees que es el eslabón más débil?

Cotillion volvió la cabeza y miró a Tronosombrío.

—Pues tú, claro.

—Quiero decir, aparte de mí.

Cotillion se quedó mirando. Tronosombrío esperó. Revolviéndose inquieto en el trono.

Aquella medianoche en la única taberna de Morsko proporcionó a Nimander recuerdos que nunca

olvidaría. Aldeanos de ojos caídos y bocas negras que avanzaban tambaleantes, chocando con él y con el resto. Botellas sucias pegadas en sus rostros. Los ojos embadurnados de algo turbio y amarillento. El brebaje era lo bastante fuerte como para entumecer las lenguas, si acaso los gemidos suplicantes eran en verdad invitaciones a participar de la bebida.

Incluso a pesar de la anterior advertencia de Clip, Nimander tampoco se habría sentido inclinado a aceptar aquella hospitalidad; ni tampoco, descubrió con cierto alivio, lo estaban ninguno de los suyos. Se quedaron allí, todavía apelotonados en la entrada, perplejos e inquietos. La cargada atmósfera de aquella estancia de techo bajo tenía un aire dulzón, impregnado de notas de sudor acre y algo parecido a una descomposición en vida.

Garrapata de Piel se puso junto a Nimander y los dos observaron a Clip —con Desra a su lado— abrirse paso hasta la barra.

—¿Una simple jarra de vino? ¿En este sitio? Me parece que no.

Nimander sospechaba que Garrapata de Piel tenía razón. Lo único que él veía, en cada mesa, en cada mano, era el mismo frasco de cuello largo con la boca ennegrecida.

Los gemidos se hicieron más altos, cacofónicos como los mugidos de las bestias en el matadero. Nimander vio a un hombre —una criatura anciana, encorvada, ajada— caer de bruces en el suelo de listones de madera y romperse sonoramente la nariz. Alguien que pasaba cerca retrocedió y aplastó con el tacón los desventurados dedos del hombre.

—Bueno, ¿y dónde está el sacerdote? —preguntó Nenanda desde detrás de Nimander y Garrapata de Piel—. Al fin y al cabo, la invitación fue suya.

—Por una vez, Nenanda —dijo Garrapata de Piel sin volverse—, me alegro de tenerte aquí con la mano en la espada. Esto no me gusta.

—Ninguno de estos puede hacernos daño —afirmó Nenanda, pero su tono dejó claro que las palabras de Garrapata de Piel habían sido de su agrado—. Escuchadme —dijo—, mientras Clip no anda cerca... nos desprecia a todos.

Nimander se giró despacio.

—Ya lo habíamos notado —dijo Garrapata de Piel—. ¿Qué piensas de eso, hermano?

—Ve lo que prefiere ver.

Nimander se dio cuenta de que Kedeviss y Aranatha escuchaban, la docilidad de cervatilla del rostro de esta última desapareció de inmediato, sustituida por un vacío escalofriante que Nimander conocía bien.

—No tiene importancia —dijo Nimander, a quien el sudor empezaba a picarle bajo la ropa—. Déjalo, Nenanda. No tiene importancia.

—Pero la tiene —replicó Nenanda—. Necesita saberlo. Por qué nosotros sobrevivimos a nuestras batallas cuando todos los demás cayeron. Necesita entenderlo.

—Eso ya se acabó —insistió Nimander.

—No —dijo Garrapata de Piel—. Nenanda tiene razón esta vez, Nimander. Tiene razón. Clip quiere llevarnos hasta ese dios moribundo, después de todo. Sea lo que sea lo que planea, no nos tiene en cuenta, como si no existiéramos. Sin voz...

—Inútiles —interpuso Nenanda.

Nimander apartó la mirada. Se estaban desplomando más aldeanos, y los que habían caído sobre los tablones habían empezado a convulsionar, se retorcían entre charcos de sus propios desechos. Ojos privados de visión se movían en éxtasis en las cuencas hundidas.

—Si he hecho que no tengamos... voz, lo siento.

—Basta de bobadas —dijo Garrapata de Piel en tono distendido.

—Estoy de acuerdo —dijo Nenanda—. Antes no lo estaba; estaba enfadado contigo, Nimander, por no decírselo a esa supuesta Espada Mortal de Oscuridad. Por no hablarle de nosotros, por no decirle quiénes éramos. Todo lo que hemos pasado. Así que intenté hacerlo yo mismo, pero es inútil. Clip no escucha. A nadie salvo a sí mismo.

—¿Qué hay de Desra? —preguntó Nimander.

Nenanda soltó un bufido.

—Ella codicia su propio misterio.

Aquella fue una observación tan perspicaz por parte de Nenanda que sorprendió a Nimander, pero no era una respuesta a lo que él había buscado saber con su pregunta.

Garrapata de Piel, sin embargo, lo había entendido.

—Sigue siendo una de nosotros, Nimander. Cuando sea necesario, no tendrás que dudar de su lealtad.

—La lealtad no es una de las virtudes de Desra, hermanos. No contéis con ella —apostilló Kedevis con brusco desdén.

—¿Con cuál de las virtudes de Desra deberíamos contar entonces, Kedevis? —El tono de Garrapata de Piel sonó jocoso.

—Cuando se trata de autopreservación —respondió ella—, el criterio de Desra es certero. Nunca se equivoca, de hecho. Hace de la supervivencia el producto de una claridad profunda; Desra ve mejor y con más perspicacia que ninguno de nosotros. Esa es su virtud.

Clip volvía ya con Desra aferrada a su brazo izquierdo, como haría una mujer que lucha por aplacar el terror.

—El Dios Moribundo está a punto de llegar —dijo Clip. Había guardado la cadena y los anillos, y de su inquietud palpable surgía, como una nube oscura, una promesa de violencia—. Deberíais ir todos. No quiero tener que cubriros si esto se complica. No tendré tiempo y tampoco pienso hacerme responsable si empezáis a morir. Así que, por vuestro bien, salid de aquí.

Fue entonces, recordaría más tarde Nimander, cuando podría haberse ofrecido, cuando podría haber mirado a Clip a los ojos, sin vacilar, haber dejado al descubierto su desobediencia y la promesa que ocultaba. En lugar de eso se volvió hacia los demás.

—Vayámonos —dijo.

Nenanda abrió mucho los ojos, un músculo le hizo temblar la mejilla. Luego giró en redondo y salió con decisión de la taberna.

Con una expresión que podría haber sido vergüenza, Garrapata de Piel alargó el brazo para separar a Desra de Clip y la sacó de allí. Aranatha encontró la mirada de Nimander y asintió, si bien no logró descifrar el significado de aquel gesto, tan inmenso era el vacío de sus ojos; después ella y Kedevis salieron del bar.

Dejando solo a Nimander y a Clip.

—Me complace —dijo Clip— que aceptes órdenes tan bien, Nimander. Y que los demás aún elijan escucharte a ti. No es que crea —añadió— que eso vaya a durar mucho más.

—No te enfrentes a ese dios moribundo —dijo Nimander—. Aquí no, ahora no.

—Excelente consejo. No tengo intención de hacerlo. Solo quiero verlo.

—¿Y si no le agrada que alguien como tú lo vea, Clip?

Este sonrió.

—¿Por qué crees que os he dicho que os marchéis para vuestra protección? Y ahora, vete, Nimander. Regresa a las habitaciones. Consuela a tus asustados conejitos.

Fuera, bajo una esplendorosa extensión de brillantes estrellas, Nimander encontró a los suyos apretados en el centro de la calle principal. *¿Conejos? Sí, era una forma de verlo.* En la taberna se oían

los frenéticos gemidos que comenzaban a alcanzar un feroz volumen, el sonido estaba levantando ecos y parecía rodar desde las colinas y campos que circundaban la aldea.

—¿Oís eso? —preguntó Garrapata de Piel—. ¿Nimander? ¿Lo oyes? Los espantapájaros... están cantando.

—Madre Oscuridad —dijo Kedeviss sin aliento, horrorizada.

—Quiero ver uno de esos campos —dijo de repente Garrapata de Piel—. Ahora. ¿Quién está conmigo?

—Tú y yo, Garrapata de Piel —dijo Nimander cuando nadie contestó—. El resto, a las habitaciones; Nenanda, vigila hasta que regresemos.

Nimander y Garrapata de Piel observaron mientras Nenanda se llevaba a los otros con decisión.

Después se metieron por un callejón lateral, las pisadas resonando en aquel terreno polvoriento, compacto. Otra voz se había unido a todas las demás, una voz que surgía del templo, un grito de dolor creciente, un grito de un sufrimiento tan desgarrador que hizo tambalearse a Nimander, como si tuviera las piernas sobre agua. Vio que Garrapata de Piel daba un traspié, caía de rodillas y después se erguía de nuevo.

Aunque sus ojos exprimieron unas lágrimas, Nimander se obligó a seguir.

Antiguas huertas a cada lado, llenas de yuntas abandonadas, arados y otras herramientas, los surcos repletos de malas hierbas como cabello decolorado a la luz de las estrellas. *Dioses, han dejado de comer. Está todo en la bebida. Los alimenta al tiempo que los mata.*

El gemido sepulcral estaba menguando, pero se alzaría otra vez, lo sabía, con el siguiente aliento. Medianoche en la taberna, bebiendo ese néctar vil, invocando al dios con su terrible dolor, forzando la puerta de su atormentada alma. Alimentados por un dolor inmortal, los postrados devotos sufrían espasmos de éxtasis, veía sus bocas ennegrecidas, las lenguas negras enroscadas, los ojos en los pozos emborronados; podía ver a ese viejo de la nariz aplastada y los dedos rotos...

Y Clip continuaba dentro. Testigo de la locura, del rostro contraído de la criatura, cuando los ojos se abrieron y se clavaron en los suyos...

—Date prisa —gimió Nimander cuando chocó contra Garrapata de Piel, pero cuando se dispuso a adelantarle, su primo alargó el brazo, lo agarró por la túnica y lo detuvo.

Estaban al borde de uno de los campos.

Ante ellos, bajo la fría luz argéntea, las filas de espantapájaros estaban todas en movimiento, los miembros se retorcían como serpientes envueltas en gasa o gusanos ciegos. La sangre negra manaba como un arroyo. Las flores de las horribidas plantas se habían abierto y exudaban nubes de polen que destellaban como fosforescencia y cabalgaban en las corrientes de aire nocturno.

Y Nimander quería precipitarse hacia ese campo, adentrarse en el centro de las víctimas crucificadas. Quería saborear ese polen con la lengua, sentirlo en la garganta. *Quería bailar en el dolor del dios.*

Garrapata de Piel, entre lágrimas, lo arrastraba hacia atrás, aunque se diría que él también estaba librando su propia batalla, de tan tensos que estaban sus músculos, tan contradictorios sus esfuerzos, que caían uno contra otro. Al suelo.

Arrastrándose boca abajo, regresaron por la pista de tierra.

El polen... *El polen está en el aire. Lo hemos respirado, y ahora, dioses del inframundo, estamos hambrientos de él.*

Otro chillido terrible, la voz de algo físico que intentaba trepar al cielo; pero no había nada a lo que aferrarse, ningún asidero donde poner las manos o los pies, así que salió disparada hacia los lados y apretó las gargantas con sus gélidos dedos. Y una voz que les chillaba a la cara.

¡Bailáis! ¡Bebéis toda mi agonía! ¿Qué clase de alimañas sois? ¡Parad! ¡Dejadme! ¡Liberadme!

Un millar de pasos cruzaron como en una marcha el cerebro de Nimander, bailarines incesantes,

incapaces de detenerse aunque hubiesen querido, pero no querían, no, querían que siguiese, sin parar... dioses, ¡para siempre!

Allí, en la trampa de su mente, vio al anciano y su rostro manchado de sangre y néctar, vio el regocijo en sus ojos, vio la agilidad de sus miembros, la espalda erguida, sin el menor rastro de esos nudos y protuberancias incapacitantes. Los tumores se habían desvanecido. Bailaba en la multitud, uno con el resto, exaltado y perdido en esa exaltación.

Nimander se dio cuenta de que Garrapata de Piel y él habían llegado a la calle principal. Cuando calló el segundo grito del dios, algo de cordura regresó a su mente. Se puso de pie de un empujón y levantó a Garrapata de Piel con él. Juntos corrieron, a tumbos, a toda prisa hacia la posada. ¿Los llamaba la salvación? ¿O Nenanda y los otros también habían caído? ¿Estaban bailando en esos momentos en los campos, rotos por dentro, arrojados a ese negro y crecido río?

Un tercer grito, más intenso si cabe, más exigente.

Nimander cayó al suelo, derribado por el peso de Garrapata de Piel. Demasiado tarde... Iban a darse la vuelta, a levantarse y echar a andar hacia el campo... El dolor los retenía en su letal, delicioso abrazo... Ya era demasiado tarde...

Oyó que la puerta de la posada se abría de golpe tras ellos.

Y Aranatha estaba allí, con la mirada vacía, la piel oscura casi azul, estirando los brazos para agarrarlos a los dos por las capas. La fuerza que ocultaba se desplegó de repente y se vieron arrastrados hacia la puerta, donde más manos los cogieron y tiraron de ellos hacia el interior...

Y, al momento, la compulsión desapareció.

Jadeante, Nimander se encontró echado de espaldas, la vista clavada en la cara de Kedeviss, preguntándose por aquella expresión calculadora, pensativa.

Una tos de Garrapata de Piel, a su lado.

—¡Que Madre Oscuridad nos salve!

—No ha sido ella —interpuso Kedeviss—. Solo Aranatha.

Aranatha, que flaquea ante las sombras, que se agacha al oír el grito de un halcón cazando. Oculta esa otra parte de su ser detrás de un muro que ningún poder puede remontar. Lo oculta. Hasta que hace falta.

Sí, ahora la sentía, una emanación de voluntad que llenaba la estancia entera. Asediada pero en pie. Como quería.

Como debía.

Otra tos de Garrapata de Piel.

—Oh, dios...

Y Nimander comprendió. Clip estaba allí fuera. Clip, cara a cara con el Dios Moribundo. Sin protección.

Espada mortal de la oscuridad. ¿Es eso protección suficiente?

Pero él temía que no lo fuera. Lo temía porque no creía que Clip fuera la espada mortal de nada. Miró a Garrapata de Piel.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Puede que ya esté... perdido.

Nimander miró a Aranatha.

—¿Podemos llegar a la taberna?

La chica negó con la cabeza.

—No deberíamos haberlo dejado —declaró Nenanda.

—No seas idiota —le espetó Kedeviss.

Garrapata de Piel seguía sentado en el suelo, de vez en cuando se arañaba la cara, roto de estremecimiento.

—¿Qué clase de hechicería aflige este lugar? ¿Cómo puede la sangre de un dios hacer esto?

Nimander meneó la cabeza.

—Jamás he oído hablar de algo como lo que está pasando aquí, Garrapata de Piel. El Dios Moribundo. Sangra veneno. —Luchó por contener las lágrimas. Todo parecía estar estirado al límite, a punto de hacerse pedazos, una realidad de repente hecha jirones, arrancada por un viento furioso.

Garrapata de Piel suspiró entrecortadamente.

—Veneno. ¿Entonces por qué tengo sed de más?

No había respuesta para eso. ¿Acaso es esto una verdad manifiesta? ¿Nos alimentamos todos del dolor de otros? ¿Reímos y bailamos con el sufrimiento, solo porque no es el nuestro? ¿Puede algo así ser adictivo? ¿Una necesidad insaciable?

El gemido distante cambió de tono de improviso, se convirtió en chillidos. Terribles, descarnados: los sonidos de la masacre. Nenanda saltó a la puerta de repente con la espada en la mano.

—¡Espera! —exclamó Kedeviss—. ¡Escucha! No es él. ¡Son ellos! Él los está asesinando a todos... ¿Quieres ayudar con eso, Nenanda? ¿Quieres?

Nenanda pareció hundirse. Dio un paso atrás, conmocionado, perdido.

Los alaridos no duraron mucho. Y cuando el último se apagó y se hundió en el silencio, incluso los gritos del Dios Moribundo se habían acallado. Más allá de la puerta de la posada no había nada, como si la aldea, el mundo exterior entero, se hubiera desgarrado.

Dentro nadie dormía. Cada uno apartado de los otros, sin codiciar más que sus propios pensamientos, escuchando solo la voz demasiado familiar de la conversación de un alma consigo misma. En los rostros de sus parientes, Nimander vio una conmoción embotada, una desolación en la fijeza de unos ojos que miraban sin ver. Sintió la rendición de la voluntad de Aranatha, de su poder, a medida que la amenaza pasaba, a medida que ella se replegaba de nuevo tan al interior que su expresión se iba reblandeciendo, casi inerte, la tímida y huidiza mirada incapaz de despertar de nuevo.

Desra estaba de pie junto la ventana, las contraventanas interiores echadas en los lados, con la mirada fija en la desierta calle mayor por la que se deslizaba la noche; Nimander se preguntó por la naturaleza del diálogo interno de su pariente, si es que tal cosa existía, si es que era algo más que una criatura de sensaciones que cabalgaba las corrientes del instinto, cada elección reformulada como simples exigencias de la necesidad.

—*Hay crueldad en tus pensamientos.*

Phaed. *Déjame en paz, fantasma.*

—*No me interpretes mal. Lo apruebo. Desra es una ramera. Tiene cerebro de ramera, de los que confunden dar con tomar, regalo con pérdida, invitación con entrega. Es la furcia del poder, Nimander, por eso se queda allí, esperando para verlo, esperando para ver a ese asesino arrogante que le gustaría llevarse a la cama. Confusión, sí. De la muerte con la vida. La desesperanza con la celebración. Temor con necesidad y lujuria con amor.*

Lárgate.

—*Pero en realidad no es eso lo que quieres, porque entonces te dejaría a merced de esa otra voz en tu cabeza. La mujer dulce que murmura todas esas encantadoras palabras, ¿te las he oído yo acaso cuando estaba viva?*

Basta.

—*En la jaula de tu imaginación, dichosamente inmune a todo lo que era real, la indiferencia cruel, sí; haces tanto de tan poco, Nimander. Una sonrisa casual. Una mirada. En tu jaula ella yace en tus*

brazos, y este es el amor más puro, ¿verdad? Inmaculado, eterno...

Basta, Phaed. No sabes nada. Eras demasiado joven, estabas demasiado obsesionada contigo misma para ver nada de nadie, a no ser que fuera una amenaza para ti.

—¿Y ella no era una amenaza?

—Tú nunca me quisiste de esa manera, no seas absurda, fantasma. No inventes...

—¡No me invento nada! ¡Tú estabas demasiado ciego para ver lo que tenías delante de las narices! ¿Y murió ensartada por la lanza de un tiste edur? ¿Murió así de verdad? ¿Dónde estaba yo en ese momento, Nimander? ¿Recuerdas verme en algún momento?

No, eso era demasiado.

Pero ella no cejaba.

—¿Por qué crees que la idea de matar a Sandalath me resultó tan fácil? Ya tenía las manos manchadas...

¡Basta!

Una carcajada resonó en su cabeza.

Tuvo voluntad de no responder, esperó a que esos espeluznantes estallidos de alegría menguaran, fueran desvaneciéndose.

Cuando la voz femenina habló otra vez en su cabeza, no había humor alguno en su tono.

—Nenanda quiere ocupar tu lugar. Quiere el dominio que tú tienes, el respeto que los otros sienten por ti. Se apoderará de él en cuanto vea la oportunidad. No confíes en él, Nimander. Golpea tú primero. Un cuchillo por la espalda, igual que actuaste para detenerme a mí, así debes hacerlo de nuevo, y esta vez no puedes fallar. No habrá ningún Asimismo para terminar la tarea. Tendrás que hacerlo tú solo.

Nimander alzó los ojos y miró a Nenanda, la espalda recta, la mano apoyada en el pomo.

No, estás mintiendo.

—Engáñate si quieres, pero no por mucho más tiempo. El lujo debe ser efímero. Habrás de mostrar tu... firmeza, y pronto.

¿Y cuántos más de los tuyos quieres ver muertos, Phaed?

—Mis juegos han terminado. Tú acabaste con ellos de una vez por todas. Tú y ese fabricante de espadas. Ódiame si quieres, pero tengo talentos, y te los regalo, Nimander, fuiste el único que me escuchabas, el único al que le abrí mi corazón...

¿Corazón? Ese vil estanque de rencor en el que te encantaba nadar, ¿eso era tu corazón?

—Me necesitas. Doy fuerza allí donde eres más débil. Oh, haz que esa furcia murmure de amor, llena su boca de todas las palabras adecuadas. Si es que eso te ayuda. Pero ella no puede ayudarte con las decisiones difíciles que un líder ha de tomar. Nenanda cree que él puede hacerlo mejor... míralo en sus ojos, tan dispuestos al desafío.

—Se está haciendo de día —dijo Desra desde la ventana. Se volvió—. Creo que deberíamos salir. A la taberna. Puede que esté herido. Puede que necesite nuestra ayuda.

—No recuerdo que la pidiera —rezongó Nenanda.

—No es todopoderoso —respondió Desra—, aunque puede que lo finja, como ocurre cuando se es tan joven.

Nimander la miró fijamente. ¿De dónde vino aquella intuición?

—¿Clip, vulnerable? —preguntó Kedeviss con fingida y burlona sorpresa—. Corre, Desra, aprovéchate de eso.

—El acoso interminable de tu envidia empieza a resultar tedioso, Kedeviss.

Kedeviss se puso pálida y no contestó.

Vaya, menudo hatajo de despiadados que somos, ¿verdad? Nimander se frotó la cara.

—Vamos —dijo después—, veamos por nosotros mismos lo que ha sido de él.

Desra fue la primera en salir por la puerta.

Allá afuera, en la pálida luz plateada, bajo un cielo cerúleo y sin nubes que por alguna razón parecía moteado de grava. Las plantas cosechadas se inclinaban en sus rejillas, empapadas de rocío, los bulbos como cabezas hinchadas estaban dispuestos en filas sobre el enrejado. Nimander vio, cuando se detuvo un momento en la calle, que las puertas del templo estaban entreabiertas.

Clip estaba tirado en la acera de madera delante de la taberna, acurrucado, tan cubierto de sangre seca que podría haber sido una figura moldeada en barro negro.

Echaron a andar hacia él.

Los ojos de Clip estaban abiertos, con la mirada fija (Nimander se preguntó si estaba muerto, hasta que vio que su pecho subía y bajaba lentamente), pero no parecía ser consciente de nada, ni siquiera cuando cerraron un círculo a su alrededor, ni siquiera cuando Nimander se arrodilló delante de él.

Garrapata de Piel se acercó a las puertas de la taberna, las abrió y entró. Salió tambaleándose un momento después, con la cara oculta entre las manos, trastabilló hasta la mitad de la calle y se quedó allí, dándoles la espalda a los demás.

Una masacre. Los masacró a todos. La espada de Clip estaba tirada cerca, cubierta de sangre coagulada, como si el arma hubiera recorrido las entrañas de una bestia enorme.

—Se llevaron algo de él —dijo Aranatha—. Desaparecido. Lejos.

Nenanda echó a correr y se fue directo hacia el templo de enfrente.

—¿Para siempre? —le preguntó Nimander a Aranatha.

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo puede vivir así?

La joven negó con la cabeza.

—Hay que hacer que coma y beba, mantener las heridas limpias...

Largos momentos en los que nadie habló, cuando parecía que no se podía hallar ni una sola pregunta, nada que se pudiera limpiar y articular en nombre de la normalidad.

Nenanda regresó.

—Han huido, los sacerdotes, han huido todos. ¿Dónde se suponía que estaba el Dios Moribundo?

—Un lugar llamado Baluarte —dijo Kedeviss—. Al oeste de aquí, creo.

—Tenemos que ir allí —dijo Nimander, irguiéndose para mirar a los otros.

Nenanda hizo una mueca que enseñaba los dientes.

—Para vengarlo.

—Para recuperarlo —replicó Nimander—. Para devolverle lo que sea que se llevaron.

Aranatha suspiro.

—Nimander...

—No, nos vamos a Baluarte. Nenanda, mira a ver si hay algún caballo, o mejor aún, un buey y una carreta; había un establo grande detrás de la posada. —Bajó la cabeza y miró a Clip—. No creo que tengamos tiempo de ir a pie.

Cuando las tres mujeres se fueron a recoger el equipo del grupo, seguidas de momento por Nenanda, Nimander se volvió para estudiar la entrada de la taberna. Vaciló, incluso desde allí podía ver algo: formas oscuras tiradas por el suelo, sillas derribadas, y ahora de la penumbra del interior salía el zumbido de unas moscas.

—No entres —dijo Garrapata de Piel tras él—. Nimander. No.

—No es la primera vez que veo muertos.

—Como estos no.

—¿Por qué?

—Están todos sonriendo.

Nimander miró a su mejor amigo, estudió su descompuesto rostro y luego asintió.

—¿Qué hizo huir a los sacerdotes? —preguntó tras un momento.

—Aranatha, creo —respondió Garrapata de Piel.

Nimander asintió, él pensaba lo mismo. Se habían llevado a Clip, incluso con todos los aldeanos muertos, los sacerdotes se habían llevado a Clip, quizá su alma misma, como ofrenda para el Dios Moribundo. Pero no habían podido hacer nada contra el resto de ellos, no mientras Aranatha resistiese. Temiendo el castigo, habían huido durante la noche, se habían ido, con toda probabilidad a Baluarte, en busca de la protección de su dios.

—Nimander —dijo Garrapata de Piel en voz baja y cavernosa—, nos obligan.

—Sí.

—Nos han despertado de nuevo.

—Sí.

—Yo esperaba que... no ocurriese nunca más.

Lo sé, Garrapata. Tú preferirías sonreír y bromear, como corresponde a tu bendita naturaleza. En cambio, el rostro con el que encararás lo que está por venir... no será diferente del nuestro, ¿y no nos hemos fijado los unos en los otros aquellas veces? ¿No nos hemos convertido en el espejo de los demás? ¿Y acaso no hemos hecho una mueca de espanto?

Nos han despertado.

Lo que yacía en la taberna era solo el comienzo. Allí solo era Clip y su fracasado y fugaz frenesí.

De ahora en adelante, lo que ocurra será cosa nuestra.

Ante eso, hasta Phaed se quedó callada. Mientras que en algún lugar de las brumas de la mente de Nimander, tan leve que casi se perdía, una mujer lloró.

Era solo por un capricho de ciego optimismo que se pensaba que alguien destrozado podía, con el tiempo, sanar, que podía recoger de nuevo los pedazos y resurgir entero, quizás incluso fortalecido después de la ordalía. Desde luego más sabio, ¿qué si no podía recompensar el sufrimiento? La idea a la que nadie se avenía tan bien era que alguien así de dolorido pudiese continuar de aquella forma, sin morir —lo que borraría la indignante prueba del fracaso ante los ojos mortales—, ni mejorar. Un alma rota no debería ser obstinada, no debería aferrarse a lo que era a todas luces una existencia miserable.

Los amigos los rehúyen. Los conocidos se apartan. Y el que ha caído encuentra un mundo solitario, un mundo en el que no se puede hallar refugio de la soledad cuando la soledad era la verdadera recompensa de la supervivencia para siempre cercenada y marchita. Pero ¿quién no elegiría ese destino si la alternativa era la compasión?

Claro que la compasión era un sentimiento prácticamente extinto entre los tiste andii, cosa que Endest Silann veía como una extraña bendición entre los de su raza. Él no habría podido sufrirla por mucho tiempo. En cuanto al tormento de sus recuerdos, bueno, resultaba extraordinario el tiempo que uno podía tolerar ese hostigamiento. Aunque sabía que él no era el único: era la carga de todo su pueblo, después de todo. ¿Suficiente para mitigar la soledad? Quizá.

La Oscuridad llevaba tanto tiempo en silencio que los sueños en los que oía el susurro de su reino —de su lugar de nacimiento— eran poco más que cenizas. Por tanto, no era de extrañar que estuviera sentado en la penumbra de su aposento, bañado en sudor, cada gota que caía como si se tragase el calor de su

carne. Sí, habían manifestado a Kurald Galain allí, en esa ciudad, un acto de voluntad colectiva. Pero era un poder anónimo; Madre Oscuridad los había abandonado y, por más que lo desearan, eso no iba a cambiar.

Entonces, ¿qué es esto?

¿Quién habla con tanto poder?

No un susurro, sino un grito, un lamento preñado de... ¿de qué? *De ofensa. Indignación. Ultraje.*

¿Quién es?

Sabía que no era el único que sentía aquel acoso, también otros debían de sentirlo por todo Coral Negro. Todos los tiste andii debían de estar inmóviles en ese momento, ya sentados o de pie, con el corazón martilleándoles en el pecho, los ojos muy abiertos con una expresión de miedo y asombro. Y, quizá, de esperanza.

¿Podría ser?

Pensó en ir al templo, oír de labios de la propia sacerdotisa suprema... algo, un dictamen, el anuncio de un reconocimiento. En su lugar, se descubrió saliendo a tumbos de su habitación y, precipitándose pasillo arriba, subió las escaleras, vueltas y más vueltas como si estuviera atrapado en un febril remolino. Salió a la morada meridional de su señor, entró con un traspíe y se encontró a Anomander Rake sentado en su silla de respaldo alto, delante de la ventana alargada, y allí, en el fondo, mares embravecidos en negro y plata, azotados por corrientes profundas, desconocidas.

—Mi señor —dijo Endest, sin aliento.

—¿Tenía alguna elección? —preguntó Anomander Rake, la mirada aún fija en el tumulto distante.

—¿Mi señor?

—Kharkanas. ¿Estabas de acuerdo con su... valoración? ¿Endest Silann? ¿Acaso no vi en realidad lo que iba a ocurrir? Antes de la llegada de la Luz librábamos una guerra civil. Vulnerables ante las fuerzas que pronto iban a surgir. Sin la sangre de Tiamatha, yo jamás podría haber impuesto la... paz. La unificación.

—Señor —dijo Endest Silann, luego se dio cuenta de que no podía continuar.

Rake pareció entenderlo, porque suspiró y siguió hablando.

—Sí, una paz muy dudosa. Para tantos, la paz de la muerte. En cuanto a la unificación, bueno, resultó ser deplorablemente efímera, ¿no es cierto? Con todo, me pregunto, si lo hubiera conseguido, conseguido de verdad, ¿habría hecho aquello que cambiara de opinión?

—Mi señor, está ocurriendo algo.

—Sí.

—¿Qué debemos hacer?

—Ah, amigo mío, buena pregunta. Qué más da la suma sacerdotisa y su respuesta, ella siempre da la misma, ¿verdad? ¿Quién exhala el grito de guerra de Kurald Galain? Busquemos la respuesta entre sus piernas. Incluso eso puede volverse aburrido con el tiempo. Pero no le repitas mis palabras a Spinnock Duray, no querría perturbar su placer ocasional.

Endest Silann quiso chillar, abalanzarse contra su señor, agarrarlo por el cuello y arrancarle... ¿arrancarle, qué? No lo sabía. El Hijo de la Oscuridad era, en su opinión, la criatura más inteligente (mortal, inmortal, no importaba) que había conocido. Sus pensamientos recorrían un millar de caminos a la vez, y ninguna conversación con él podía predecirse, ningún sendero podía considerarse definitivo.

—Yo no puedo dar una respuesta esta vez —dijo entonces Anomander Rake—. Ni, me temo, puede hacerlo Spinnock. Se le necesitará... en otra parte. —Volvió la cabeza y clavó los ojos en Endest Silann—. Debe recaer sobre ti de nuevo. Una vez más.

Endest sintió que su alma se replegaba de terror, se encogía y se metía en la cueva de la que había

salido trepando con garras y dientes, una cueva excavada en el fondo del pozo seco de su corazón.

—Mi señor, no puedo.

Anomander pareció reflexionar un rato, diez mil senderos que cruzó danzando, y después surgió algo nuevo que despertó una leve sorpresa en sus rasgos. Y sonrió.

—Entiendo. No lo pediré otra vez, entonces.

—Entonces... ¿entonces qué, quién? Mi señor, yo no...

La ironía de la voz de Anomander Rake desentonó terriblemente con sus palabras.

—Renacido a la furia, oh, ojalá pudiera verlo. —Luego su voz se hizo más sobria—. Tenías razón, no puedes ponerte en mi lugar. No intercedas de ningún modo, Endest Silann. No te interpongas entre dos fuerzas, ninguna de las cuales puedes soportar. Es muy posible que sientas la necesidad, pero desafiála con toda tu voluntad. No debes perderte.

—Señor, no comprendo.

Pero Anomander Rake levantó una mano.

Y sí, la emanación desapareció. La Oscuridad quedó en silencio una vez más. Lo que fuera que había entrado en su mundo se había desvanecido.

Endest descubrió que estaba temblando.

—¿Re... regresará, mi señor?

El Hijo de la Oscuridad lo estudió con esos extraños ojos velados, luego se levantó y se acercó a la ventana.

—Mira, los mares se calman de nuevo. Una gran lección, creo. Nada dura para siempre. Ni la violencia, ni la paz. Ni la pena, viejo amigo, ni la rabia. Contempla con atención este mar negro, Endest Silann, en las noches venideras. Para que calme tus miedos. Para que te sirva de guía.

Y así, sin más, supo que lo habían mandado marchar.

Perplejo, temeroso de un futuro que sabía que no era lo bastante inteligente para comprender aún, hizo una reverencia y salió. Pasillos y escaleras, y no quedaba ni un simple eco. Recordó una vieja plegaria, la que se susurraba antes de la batalla.

*Que Oscuridad reciba de mí cada aliento
con el suyo
que nuestras vidas hablen en respuesta a la muerte
nunca solas*

Pero ahora, justo en aquel momento, él jamás se había sentido tan sumamente solo. Los guerreros ya no pronunciaban aquella plegaria, bien lo sabía. La Oscuridad no esperaba para recibir un aliento, ni el último aliento que unía la vida y la muerte. Un guerrero tiste andii luchaba en silencio y cuando caía, caía solo. Con una soledad más intensa de lo que nadie que no fuera tiste andii era capaz de comprender.

Se vio asaltado entonces por una visión, que lo sobresaltó y lo paralizó a mitad de las escaleras. La suma sacerdotisa, con la espalda arqueada, gritando en medio del éxtasis... o la desesperación, ¿acaso había alguna diferencia?

Su búsqueda. Su respuesta que no era ni por asomo una respuesta.

Sí, ella habla por nosotros, ¿no es así?

—Está afligido —murmuró Salind, solo en ese momento sacudiéndose el violento frío que se había apoderado de ella—. El Redentor se despertó entonces, por alguna razón desconocida y, para nosotros,

incognoscible. Pero yo lo sentí. Está muy afligido.

La media docena de peregrinos reunidos alrededor del fuego asintieron todos, aunque ninguno poseía su perspicacia en esos asuntos, pues estaban aún demasiado inmersos en la confusa obstinación de las constantes exigencias de la mortalidad y, por supuesto, también aquel pavor, el que los había acechado a cada momento desde el abandono del Oscurantista, un abandono que ellos veían como un rechazo, si bien lo estimaban justo, dado que ninguno de ellos se había mostrado digno de Vidente ni de la protección que ofrecía. Sí, había hecho bien en rechazarlos. Todos le habían fallado. De algún modo hasta ahora indeterminado.

Salind entendía todos aquellos pensamientos, e incluso, hasta cierto punto —y ya solo eso resultaba sorprendente, dada su corta edad—, comprendía la naturaleza de la abnegación que los suscitaba. Quienes pasaban grandes necesidades no dudaban en culparse, no tardaban en asumir la carga de la culpa por cosas sobre las que, en realidad, no tenían ningún control y no podían esperar cambiar. Era, como ella había empezado a comprender, una parte integral de la propia naturaleza de la creencia, de la fe. Una necesidad a la que el yo no podía responder y se entregaba a alguien o a algo más grande que uno mismo, y esa forma de entrega era como levantar un peso enorme y terrible.

En la fe se podía hallar la liberación. El alivio.

Y de esta forma queda al descubierto esta enorme contradicción. Los creyentes lo entregan todo a los brazos del Redentor, quien, por su propia naturaleza, no puede liberar nada, no puede encontrar nada a modo de alivio, y por tanto jamás puede rendirse.

¿Dónde queda entonces la recompensa del Redentor?

Esas preguntas no eran para ella. Quizás incluso escapaban a toda respuesta. Por el momento tenía ante ella una preocupación más mundana, una de lo más sórdida. Una docena de antiguos soldados, con toda probabilidad de los tenebrii painitas, tenían ahora aterrorizado el campamento de los peregrinos. Robaban a los recién llegados antes de que pudieran colocar sus tesoros en el túmulo. Había habido palizas e incluso una violación.

Esta asamblea informal, presumiblemente de los representantes del campamento, había ido en su busca y le había rogado que los ayudara, pero ¿qué les podía decir ella? *Nos equivocamos al creer en el Oscurantista. Lo siento. No era lo que pensábamos que era. Me miró a los ojos y se negó. Lo siento. No puedo ayudarlos.*

—Dices que el Redentor está afligido, sacerdotisa —dijo el portavoz, un hombre enjuto de mediana edad que había sido en otro tiempo mercader en Capustan; tras huir al oeste antes del asedio, se había refugiado en Saltoan y había visto con sus propios ojos la Expulsión, la noche en la que se había echado de esa ciudad a los agentes avanzados del Dominio Painita. Había estado entre los primeros peregrinos en llegar al Gran Túmulo y parecía que se iba a quedar, quizá para el resto de su vida. La fortuna que una vez poseyó ya formaba parte del túmulo, ahora como ofrenda a un dios que en otro tiempo fue humano, un hombre que él había visto con sus propios ojos—. Seguro que es por culpa de Gradithan y sus matones. El Redentor fue soldado en vida. ¿Acaso no nos tenderá la mano y castigará a quienes acosan a sus seguidores?

Salind extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Amigo, nosotros no conversamos. Mi único don es esta... sensibilidad. Pero no creo que la fuente de la inquietud del Redentor se encuentre en las obras de Gradithan y sus esbirros. Ha brotado... algo. No cercano, pero de tal poder que hace temblar al éter. —Vaciló, después dijo—: Tenía el sabor de Kurald Galain, la senda de los tiste andii. Y —frunció el ceño—, algo más que ya he sentido antes. Muchas veces, de hecho. Como si arreciase una tormenta en el lejano sur, una que siempre regresa.

Rostros inexpresivos la miraban con fijeza.

Salind suspiró.

—¿Veis las nubes que llegan del mar?, ¿podemos detener su progreso? ¿Podemos, alguno de nosotros, hacer que retrocedan los vientos y la lluvia?, ¿el granizo? No. Esas fuerzas están muy por encima de nosotros, muy lejos de nuestro alcance, y se enfurecen a voluntad, libran guerras en los cielos. Eso, amigos míos, es lo que estoy sintiendo, cuando algo atraviesa el éter con una ondulación, cuando una tormenta se levanta al sur, cuando el Redentor se revuelve intranquilo y se siente afligido.

—Entonces no somos nada para él —dijo el mercader con los ojos rebosantes de dolor—. Yo lo entregué todo, toda mi riqueza, por otro dios indiferente más. Si él no puede protegernos, ¿de qué sirve?

Ojalá Salind tuviera una respuesta a tales preguntas. ¿Acaso no eran estas la sustancia misma de los empeños sacerdotales? ¿Ofrecer unas respuestas aceptables, indicar los caminos prometedores hacia la auténtica salvación? ¿Mostrar un semblante benévolo otorgado por la sabiduría divina, resplandeciente como si lo avivara un aliento sagrado?

—A mi juicio —replicó la mujer, titubeante—, una fe que da respuestas perfectas a cada pregunta no es una auténtica fe, pues su único propósito es complacer, apaciguar la mente y, por tanto, poner fin a su búsqueda. —Alzó una mano para acallar las objeciones que veía despertarse entre esos seis creyentes serios, honrados—. ¿Es la fe la que ha de dar la paz cuando la injusticia campa libre en todas partes? Pues campará libre cuando los benditos pasen junto a ella dichosamente ciegos, contentos con su propia pureza moral, con la paz que llena sus almas. Oh, podríais entonces alargar una mano hacia los miserables que hay junto al camino y brindarles vuestras propias huellas y quizá veáis que el número de los benditos se multiplica, se convierte en una multitud, hasta que seáis como un ejército. Pero habrá, siempre habrá, los que os darán la espalda. Los que buscan porque está en su naturaleza, los que temen la seducción de la autocomplacencia, los que recelan de las respuestas fáciles. ¿Son entonces esos vuestros enemigos? ¿Se encoleriza ahora el ejército? ¿Ataca a los no creyentes? ¿Los pisotea?

»Amigos míos, ¿acaso no describe eso el terror al que esta tierra acaba de sobrevivir? —Clavó la mirada en el mercader—. ¿No es eso lo que destruyó Capustan? ¿No es eso lo que los gobernantes de Saltoan rechazaron con tanta violencia cuando expulsaron a los monjes painitas? ¿No es aquello por lo que murió luchando el Redentor?

—Nada de eso —rezongó una mujer— alivia el dolor de mi hija. La violaron, y ahora no hay nada que ver en sus ojos. Ha huido de sí misma y quizá nunca regrese. Gradithan la tomó y la destruyó. ¿Escapará a todo castigo después de algo así? Se rio de mí cuando levanté a mi hija. Cuando lo encaré, con ella colgando sin fuerzas en mis brazos, ¡se rio de mí!

—El Oscurantista tiene que regresar —dijo el mercader—. Tiene que defendernos. Tiene que explicarnos en qué le fallamos.

Salind estudió las caras que tenía ante ella, vio el miedo y la rabia, el dolor y la creciente desesperación. Era incapaz de rechazarlos, pero ¿qué podía hacer ella? No había pedido convertirse en sacerdotisa, ni siquiera estaba segura de cómo había pasado. ¿Y qué había de su propio dolor? ¿Su propia historia rota? ¿Qué había de la carne que se había llevado a la boca? No la carne ensangrentada de un desconocido, no. Los Primogénitos de los Tenescowri, Hijos de la Semilla Muerta, ah, debían de ser especiales, sí, muy especiales, dispuestos a comerse a los suyos, y ¿no era eso prueba de lo especiales que eran? ¿Qué pasaba, entonces, con la terrible necesidad que la había llevado a ella hasta allí?

—Tienes que ir a verlo —dijo el mercader—. Sabemos dónde encontrarlo, en Coral Negro... yo puedo llevarte hasta él, sacerdotisa. Juntos exigiremos su ayuda, fue uno de los videntes, una de las espadas elegidas del tirano. ¡Nos lo debe! Nos lo debe a todos.

—He tratado de...

—Yo te ayudaré —insistió el mercader—. Le demostraré nuestro deseo de enmendarnos. De mostrarle al Oscurantista el respeto que merece.

Otros asintieron y el mercader siguió hablando al verlo.

—Te ayudaremos. Todos los que estamos aquí permaneceremos a tu lado, sacerdotisa. Una vez que le hagamos comprender lo que está pasando, una vez que nos enfrentemos a él, allí, en esa maldita taberna con esos malditos tiste andii con los que juega... ¿cómo va a darnos la espalda otra vez?

Pero ¿qué hay de la ecuanimidad? ¿Qué hay de Vidente y sus propias heridas? Observa el celo que hay en tus compañeros, observa el tuyo propio y luego pregúntate: ¿dónde está mi compasión si me presento ante él con exigencias a gritos?

¿Por qué ninguno de vosotros quiere defenderse a sí mismo?

—¡Sacerdotisa!

—Muy bien. —Se levantó y se ciñó la túnica de lana—. Llévanos, pues, mercader, a donde se le puede encontrar.

Un hombre acurrucado contra la barra, estornudando tan fuerte como para que se le soltaran los dientes, y durante ese aluvión nadie en la mesa intentó hablar. Las manos alcanzaban los picheles, el kelyk resplandecía en los labios y los ojos brillaban, turbios, con la mirada absorta en el campo de batalla.

Spinnock Durav esperó a que Vidente moviera, que intentara algo inesperado para apuntalar sus mermadas defensas; aquel hombre siempre daba una sorpresa o dos, una chispa de genio táctico que bien podría detener el avance de Spinnock, incluso hacerlo tambalear. ¿Y no era ese el corazón mismo de la competición, su brillante toque de gloria?

El ataque de estornudos terminó, ataque que, como resultaba evidente, fue provocado por un exceso de kelyk. Un flujo repentino en los senos nasales, seguido por una secreción de un alarmante tono oscuro; Spinnock había empezado a ver manchas en las paredes, en los adoquines y el empedrado de toda la ciudad. La bebida extranjera se estaba vendiendo más incluso que la cerveza y el vino. Y entre los bebedores había ahora incipientes adictos, trastabillando con la mirada vidriosa, las bocas entreabiertas y las lenguas como gusanos negros. Hasta entonces, Spinnock no había visto algo así entre los tiste andii, pero quizá solo fuera cuestión de tiempo.

Dio un sorbo a su copa de vino, le complació ver que el temblor de sus dedos había cesado al fin. El estallido de poder de Kurald Galain que lo había cogido tan desprevenido se había evaporado sin dejar más que una vaga inquietud que amargaba apenas un poco el sabor del vino. Extraños alborotos en estas noches; ¿quién podría decir lo que auguraban?

La suma sacerdotisa quizá tuviera alguna idea, sospechaba, aunque la puntuación de sus enunciados nunca cambiaba, ¿no? Esbozó una media sonrisa y tomó otro sorbo.

Vidente frunció el ceño y se echó hacia atrás.

—Este es un ataque al que no puedo sobrevivir —declaró—. El engaño del Bufón estuvo bien jugado, Spinnock. No había forma de anticiparlo.

—¿De veras? —preguntó Spinnock—. ¿Con estos aliados aquí?

Vidente les hizo una mueca a los otros dos jugadores y luego gruñó una risa amarga.

—Ah, sí, ya sé de lo que hablas. Ese kelyk se apodera de sus mentes, creo.

—Las afina, para tu información —dijo Garsten pasándose la lengua por los labios manchados—. Aunque juraría que algunas noches es más potente que otras veces, ¿no te lo parece a ti, Fuldit?

—¿Eh? Ya, supongo. ¿Cuándo vas a mover, Vidente? ¿Eh? ¡Resto, tráenos otra botella!

—Quizá —murmuró Vidente— es mi mente la que no está muy fina. Creo que debo rendirme.

Spinnock no dijo nada, aunque se sintió decepcionado; no, conmocionado. Había visto un contraataque decente, había asumido que su oponente lo había visto enseguida pero se había entretenido buscando algo mejor, más descabellado. Otras noches el talento de Vidente surgía de golpe en momentos como ese, una maniobra audaz que parecía hacer pivotar el mundo sobre esa misma mesa.

Quizá si espero un poco más...

—Me rindo —dijo Vidente.

Palabras articuladas, una crisis pronunciada.

—Resto, tráenos un jarro, si eres tan... —Vidente no dijo más. Pareció sufrir una sacudida en la silla, como si una mano invisible le acabara de dar un golpe seco en el pecho. Tenía los ojos clavados en la puerta de la taberna.

Spinnock se giró en su asiento y vio que unos desconocidos habían llegado al Rastreador. Una mujer joven que vestía una túnica bermeja de tejido tosco, el cabello muy corto —más corto incluso que el de la suma sacerdotisa—, aunque igual de negro como la medianoche. Un rostro pálido tan suave como exquisito, ojos de un castaño intenso, que ahora escudriñaban la penumbra y encontraban al fin a quien buscaban: Vidente. Tras ella se apiñaban otros, todos vistiendo poco más que harapos, los rostros demacrados y tirantes con algo parecido al pánico.

La mujer que iba a la cabeza del grupo se acercó.

Vidente parecía clavado a la silla. Todo el color había abandonado su rostro un momento antes, pero estaba empezando a oscurecerse, los ojos llameando de cólera.

—Oscurantista...

—Este es mi refugio —dijo él—. Marchaos. Ahora.

—Nosotros...

—¿«Nosotros»? Mira a tus seguidores, sacerdotisa.

La joven se volvió a tiempo de ver que el último de ellos salía a toda prisa por la puerta de la taberna.

Vidente resopló.

De forma admirable, la joven se mantuvo firme. La túnica se abrió —le faltaba el cinturón— y Spinnock Durav calculó que apenas era una adolescente. ¿Sacerdotisa? *Ah, el Gran Túmulo, el Redentor.*

—Oscurantista —continuó la joven con una voz que pocos les costaría escuchar largo y tendido—, no estoy aquí por mí misma. Los que estaban conmigo insistieron, y aunque les haya faltado el valor al final no por ello su necesidad es menos legítima.

—Vinieron con exigencias —dijo Vidente—. No tienen ningún derecho, y se han dado cuenta en cuanto me han visto. Tú deberías hacer ahora lo mismo, e irte como han hecho ellos.

—Debo intentarlo...

Vidente se levantó de golpe, un movimiento tan brusco que sobresaltó a Garsten y a Fuldit a pesar de la ofuscación de tener los sentidos embotados; los dos hombres lo miraron con los ojos muy abiertos y asustados.

La sacerdotisa no se inmutó.

—Debo intentarlo —repitió— por ellos y también por mí. En nuestro campamento estamos asediados...

—No —interpuso Vidente—. No tienes derecho.

—¿Quieres hacer el favor de escuchar?

El cariz duro de esas palabras a todas luces sorprendió a Vidente. Garsten y Fuldit recogieron sus picheles y botellas y dejaron a toda prisa la mesa.

Spinnock Durav se levantó, hizo una ligera reverencia ante los dos y se dirigió a la salida. Cuando pasó junto a Resto —que permanecía inmóvil con un jarro en la mano— le habló en voz baja.

—Ponlo en mi cuenta, por favor, todo lo de esta noche. Vidente ni se acordará de ti cuando se marche.

Resto lo miró con desconcierto y asintió.

En la oscuridad, frente a la puerta del Rastreador, Spinnock Durav esperó. En parte había pensado que vería a los peregrinos aguardando afuera, pero en la calle no había nadie; habían huido de verdad, a la carrera, seguramente, hasta el campamento. Los seguidores del Redentor tenían poca entereza.

Con una excepción al menos, se corrigió cuando salió la sacerdotisa.

Incluso a diez pasos de distancia vio a la joven abatirse un poco, como si de repente le fallaran las piernas. La chica se ciñó bien la túnica y dio tres, cuatro zancadas, luego frenó el paso y al fin se detuvo, se giró y miró a Spinnock Durav.

Que se adelantó.

—Mis disculpas, sacerdotisa —dijo.

—Su amigo tomó ese jarro para bebérselo él solo —respondió la joven—. Prepárese para una larga noche. Si él le importa, puede recogerlo dentro de unas campanadas... Yo preferiría que no pasara la noche en la que va a estar inconsciente, tirado en ese suelo mugriento.

—Me habría figurado que la posibilidad te complacería —dijo Spinnock.

La chica frunció el ceño.

—No. Es el Oscurantista.

—¿Y qué significa eso?

Ella vaciló y después contestó.

—Cada día, hasta hace muy poco, venía al Gran Túmulo y se arrodillaba frente a él. No para rezar, tampoco para dejar una baratija.

—Entonces, ¿para qué? —preguntó Spinnock Durav, confuso.

—Sospecho que él preferiría que eso siguiera siendo un secreto.

—Sacerdotisa, es amigo mío. Su angustia es bien visible para mí...

—¿Y por qué le preocupa tanto? Más de lo que podría sentir un amigo... lo noto. La mayoría de los amigos ofrecerían comprensión, incluso algo más, pero dentro de ellos permanece la firme convicción de que agradecen no tener que compartir el tormento de su amigo. Pero no hay nada de eso en su interior, no con Vidente. No —la chica se acercó un paso más, la mirada inquisitiva—, él responde a una necesidad, y de tan herido como se encuentra él ahora, es usted quien sangra.

—¡Madre Oscuridad, mujer!

La joven retrocedió ante esa exclamación y apartó los ojos.

—Lo siento. Señor, el Caballero se arrodilla ante el Gran Túmulo y le entrega al Redentor la ofrenda más valiosa de todas. Compañía. A cambio de nada. Viene a aliviar la soledad del Redentor. —La sacerdotisa se pasó una mano por el corto cabello—. Intenté decirle algo, pero no quiso escucharme.

—Yo podría...

—Lo dudo. Intenté decirle lo que estoy percibiendo del Redentor. Señor, echa en falta a su amigo. —La joven suspiró y se volvió—. Si todos los devotos veneraran sin sentir necesidad. Si todos vinieran a su salvador no por su título y su carga, si vinieran como amigos... —volvió la cabeza y lo miró—, ¿qué cree que pasaría entonces? Me pregunto...

Spinnock vio cómo se alejaba y sintió que lo embargaba la humildad, estaba demasiado conmocionado para ir tras ella, para arrancarle las respuestas, los detalles que más necesitaba. Para averiguar qué podía hacer. Por Vidente. Por ella.

¿Por ella?

¿Por qué habría de importarme ella? Por el Abismo, ¿qué me ha hecho esa mujer?

Y en el nombre de la Madre, ¿cómo puede Vidente resistirse a ella?

¿Cuántas mujeres había habido? Había perdido la cuenta. Habría sido mejor, quizá, si al menos una vez hubiera optado por compartir su don de la longevidad. Mejor, sí, que observar a las pocas que habían permanecido con él durante un tiempo perder toda su belleza, entregar su juventud hasta que Kallor no le quedó otra que deshacerse de ellas, encerrarlas, una por una, en una torre erigida sobre alguna loma azotada por el viento. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Llevaban renqueantes vidas de miseria y esa miseria era una afrenta para su sensibilidad. Demasiada amargura, demasiada malicia en esos ojos ardientes, envejecidos, que se clavaban en él. ¿No envejecía él también? Ciertamente, un año para ellas no era más que un latido para Kallor, pero las arrugas de su rostro, el deterioro lento del músculo, el tono herrumbroso de su cabello...

No era solo cuestión de elegir la madera que se quemaba más despacio, después de todo, ¿verdad? Y con ese pensamiento dio una patada a los carbones de la hoguera y observó las chispas que se agitaron hacia la noche. A veces, las acuciantes llamas de las vidas rápidas y fugaces emitían un calor especial. Madera dura y lenta quemarse, madera blanda y ardiente reticencia antes de que se derrumbaran las cenizas. Madera resinosa, y ¡oh, cómo llameaba! Cegadora, sí, una gloria de la que ningún hombre era capaz de renegar.

Qué lástima que hubiera tenido que matar a cada niño que había engendrado. Sin duda eso dejaba a la mayor parte de sus esposas y amantes un tanto desahucadas. Pero no había sido tan cruel como para dudar, ¿verdad? No. Él arrancaba a esos espeluznantes recién nacidos de los brazos de sus madres apenas momentos después de que se soltaran del útero, ¿y no era aquella una auténtica señal de piedad? Nadie sentía apego por las cosas muertas, ni siquiera las madres.

El apego, sí, eso sí que era una pérdida de tiempo y, lo que era más relevante, una debilidad. Para gobernar un imperio (para gobernar un centenar de imperios) hacía falta cierta objetividad. Todo debía utilizarse, todo debía rehacerse como a él le complacía. Es más, él había emprendido inmensos proyectos de construcción para glorificar su gobierno, pero pocos entendían que no era la completitud lo que importaba, sino el trabajo en sí y todo lo que implicaba: el dominio que ejercía sobre sus vidas, la lealtad que le profesaban, el trabajo que hacían para él. Vaya, él podía hacerlos trabajar durante décadas, ver pasar generaciones de idiotas una a una, trabajando cada día de sus vidas y, aun así, seguían sin entender lo que significaba para ellos darle a él —a Kallor— tantos años de su existencia mortal, tantos, de hecho, que cualquier alma racional aullaría ante la cruel injusticia de una vida así.

Ese era, por lo que a él respectaba, el verdadero misterio de la civilización, y por mucho que se aprovechase de ello, al final tampoco estaba más cerca de entenderlo. Aquella predisposición por parte de personas por otro lado inteligentes (bueno, de una inteligencia discreta) a embalar y luego vender por un precio ridículo porcentajes asombrosos de sus más que limitadas vidas, todo al servicio de otra persona. ¿Y la recompensa? Bueno, quizá cierta seguridad. El cemento que es la estabilidad. Un techo sólido, algo en el plato, la prole amada, cada uno destinado a repetir aquel trabajo entero. ¿Y eso era un intercambio justo?

No lo habría sido para él. Lo sabía, lo había sabido desde el principio. Él no regalaría nada de su vida, no serviría a nadie, no entregaría nada de su trabajo para edificación y amasamiento de riqueza de un idiota que imaginaba que su parte del trato era de una inmensa generosidad, que era, de hecho, el más valioso de los regalos. Que trabajar para él o para ella era un auténtico privilegio... ¡dioses! ¡Qué arrogancia! ¡Qué mentira, tan exasperante y cargada de ostentoso descaro!

¿Cuántas reglas de comportamiento social fueron pensadas para perpetuar esas atroces maquinaciones

de poder y control de unos pocos sobre la mayoría? Reglas defendidas hasta la muerte (por lo general la muerte de la mayoría, rara vez la de los pocos) con leyes y guerras, con amenazas y una feroz represión, ah, qué tiempos aquellos, ¿verdad? ¡Cómo se había regocijado él en aquel ultraje!

Jamás sería uno entre muchos. Y lo había demostrado una y otra vez, una y otra vez. Y seguiría demostrándolo.

Había una corona a su alcance. Un reinado que esperaba que alguien lo reclamara. El dominio no sobre algo tan mundano como un imperio —aquel juego se había quedado obsoleto mucho tiempo atrás—, sino sobre un reino. Una entidad que consistía en todas las fuerzas posibles de la existencia. El poder de la carne terrenal, cada elemento desligado, la centelleante voluntad de la fe, la madeja de la política, la religión, el acuerdo social, las sensibilidades, tejidas a partir de las habituales raíces trágicas de épocas doradas lejanas y libres de dolor, y nuevas épocas que brillaban con absurdas promesas. Mientras sobre todo ello caían las lluvias del olvido, la cascada del fracaso y la muerte, el sufrimiento y la desdicha, un dios roto y condenado para siempre a permanecer así; oh, Kallor sabía que podía usurpar a una criatura semejante, dejarla tan indefensa como el más despreciable de sus súbditos.

Y todo, todo aquello, estaba a su alcance.

Dio otra patada a las brasas, las ramas demasiado pequeñas que habían conformado esa fugaz hoguera, vio un sinfín de ramitas caer convertidas en ceniza blanca. Entre los carbones se veían unos cuantos huesos limpios, lo único que quedaba de la patética criatura que había devorado esa noche.

Una mancha de nubes atravesaba la superficie de las estrellas y la luna velada por el polvo aún no había salido. Allí fuera, en la llanura, los coyotes reñían con la noche. Había encontrado rutas comerciales ese último día, caminos que giraban en dirección noroeste-sureste. Surcos transitados de carretas, las pisadas de bueyes uncidos. Basura esparcida a ambos lados. Bastante decepcionante, dadas las circunstancias; se había acostumbrado a la soledad, donde la única señal de actividad humana había sido algún que otro incendio al oeste en el horizonte —nómadas de las llanuras y sus misteriosas costumbres—, algo que tenía que ver con los rebaños de bhederin y la necesidad de diversos pastos, sospechaba. Si lo espiaban, mantenían prudentemente la distancia. Al pasar se las arreglaba para molestar a viejos espíritus, un detalle que en otro tiempo habría encontrado lo bastante irritante como para perseguirlos y matarlos, pero ya no. Mejor dejarlos gimotear y crisparse, revolcarse y lloriquear atenazados por timoratas pesadillas y todo eso. Mejor dejar a sus hijos mortales agazaparse entre las hierbas altas hasta que él pasase y desapareciese de una vez.

El rey supremo tenía otras preocupaciones. Y otros asuntos en los que ocupar su mente.

Se sentó más erguido, cada sentido aguzado de repente por una eclosión de poder al norte. Kallor se puso en pie despacio y se quedó mirando la oscuridad. Sí, algo que se despertaba echando espuma, ¿qué podría ser? Y... sí, otra fuerza más, y esa la reconoció sin duda: tiste andii.

El aliento siseó entre los dientes desgastados. Por supuesto, si continuaba por ese sendero habría hecho un círculo completo y habría regresado a ese horrendo lugar, ¿cómo se llamaba? Sí, Coral. Todo ese desastre con el Dominio Painita, ¡oh, cuánta estupidez! ¡La miserable y patética idiocia de ese día!

¿Podrían ser esos dos malditos cazadores? ¿Acaso lo habían rodeado? ¿Se estaban dirigiendo al sur para enfrentarse a él por fin? Bueno, quizá lo agradeciera. Había matado unos cuantos dragones, tanto de pura sangre como soletaken. *De uno en uno, claro. Dos a la vez... eso sí que podría ser un reto.*

Durante todo ese tiempo su persecución había sido torpe, estúpida. Había sido tan fácil engañarlos, despistarlos; podría haberles tendido una emboscada un sinnúmero de veces, y quizá debería haberlo hecho. Como poco, igual habría llegado a entender la fuente de su implacable persistencia, sí, patológica. ¿De verdad había encolerizado tanto a Rake? Parecía ridículo. El Hijo de la Oscuridad no era alguien dado a obsesionarse; de hecho, ninguno de los tiste andii lo era, ¿y no era esa su debilidad fundamental?

¿Esa falta de voluntad?

¿Cómo había hecho enfadar tanto a Korlat y Orfantal? ¿Había sido porque no se había quedado, porque ese día escogió no luchar junto a todos esos condenados idiotas? *¡Que sangren los malazanos! ¡Eran nuestros enemigos! ¡Que los t'lan imass traicionen a Zorraplateada, se lo merecía!*

No era nuestra guerra, Brood. No era nuestra guerra, Rake. ¿Por qué no me escuchasteis?

Bah, venid a enfrentaros a mí, Korlat. Orfantal. ¡Venid, terminemos con esta tontería de una vez!

Los dos centelleos idénticos de poderes refluieron de pronto.

Al este, lejos de allí, los coyotes reanudaron sus gritos frenéticos.

Kallor miró al cielo, vio el brillo de la luna naciente, su ceño devastado de luz solar reflejada y el polvo desolador de su agitado sueño. *Mírate. Tu cara es mi cara, seamos sinceros al menos en eso.*

Golpeados y maltratados, pero nos levantamos una y otra vez, para reanudar nuestro camino.

Al cielo no le importas nada, querida. Las estrellas ni siquiera te ven.

Pero seguirás adelante, porque eso es lo que haces.

Una última patada a las brasas. Que ardieran las hierbas y señalasen su estela, lo mismo le daba. No, no completaría el círculo, nunca lo hacía, y eso era lo que lo había mantenido con vida tanto tiempo. No tenía sentido cambiar nada, ¿verdad?

Kallor echó a andar. Hacia el norte. Había, si no recordaba mal, asentamientos y caminos, y una ruta comercial importante que serpenteaba por el oeste y el norte, cruzaba los Desiertos de Canela y llegaba hasta Darujhistan.

Donde él tenía una cita a la que acudir. Un destino que reclamar por derecho, el derecho de la espada y la indómita voluntad.

La luz de la luna se apoderó de su sombra y la descompuso. Kallor siguió caminando, ajeno a tales detalles.

Tres caballos flacos, un buey desatendido y una carreta con un eje torcido y un freno agrietado: la amasada riqueza hereditaria de la aldea de Morsko comprendía solo eso. Cuerpos abandonados en el suelo de la taberna para que se pudrieran: tendrían que haberle prendido fuego a aquel sitio, comprendió Nimander. Ya era demasiado tarde, demasiado virulento el empujón con el que se apartaba de esa escena horrenda. ¿Y qué había de las víctimas en sus cruces, vendadas y supurando icores negros que caían sobre la tierra embarrada? A ellos también los habían abandonado.

Inmóvil bajo una manta en el suelo de la carreta, Clip miraba los tablones sin verlos. Motas de las gachas que le habían obligado a tragar esa mañana le tachonaban la barbilla. Las moscas se arrastraban y zumbaban en torno a su boca. De vez en cuando un leve temblor le sacudía el cuerpo entero.

Se lo habían llevado.

Mediodía, el tercer día por ese camino bien pavimentado y con cunetas. Acababan de pasar al sur del pueblo de Brezal, que en otro tiempo había sido un asentamiento más grande, quizá una ciudad, y que bien podría volver a disfrutar de esa gloria pasada, esa vez gracias a las riquezas del kelyk, una forma diluida del saemankelyk, la sangre del Dios Moribundo. De todos esos detalles y más se habían enterado por las reatas de mercaderes que transitaban ese camino de arriba a abajo, decenas de carretas que emprendían el viaje prácticamente vacías y se dirigían a aldeas y pueblos al este de Baluarte (hacia la propia Panorama) y que luego regresaban cargadas de ánforas de aquella nauseabunda bebida, con las carretas gimiendo bajo el peso, de vuelta a una especie de foco de distribución central en Baluarte.

El camino en sí pasaba al sur de esos asentamientos, todos los cuales se acurrucaban junto a la costa del lago Peregrino. Cuando el camino llegaba frente a una aldea, había un cruce con una pista o senda que

llevaba al norte. Otra encrucijada más importante marcaba la intersección de caminos allanados que conducían a las revitalizadas ciudades de Brezal, Kel Tor y, un poco más adelante, Sarn.

Nimander y su grupo no viajaban disfrazados, no fingían ser otra cosa que la que eran y estaba claro que los sacerdotes, que huían por delante de ellos, habían hecho correr la voz a todos los suyos por el camino y, a partir de ahí, era de suponer que también a los pueblos y aldeas. En los cruces, en las posadas desvencijadas del borde del camino y en los cobertizos, los aguardaba comida, agua y forraje para los animales.

El Dios Moribundo (o sus sacerdotes) los había bendecido, al parecer, y estaban aguardando su voluntad en Baluarte. El que había sacrificado su alma al Dios Moribundo estaba bendecido por partida doble y se anticipaba algún tipo de consumación definitiva, que con toda probabilidad llevaría a que el alma de Clip fuera devorada por completo por una entidad que estaba condenada a sufrir eternamente. Con semejante maldición, no era de extrañar que la criatura agradeciera la compañía.

Dadas las circunstancias, era bueno que su viaje fuera fácil y cómodo. Nimander sospechaba, en cambio, que su grupo habría preferido bastante más tener que abrirse paso a machetazos entre hordas de enfebrecidos fanáticos, suponiendo que hubieran estado en condiciones de hacerlo.

Tras confirmar que el estado comatoso de Clip no había sufrido ningún cambio, se bajó de la carreta y regresó a la desaliñada yegua que llevaba montando desde Morsko. Las costillas de la pobre bestia parecían al principio los barrotes de una jaula bajo una hoja raída de papel vitela, los ojos abúlicos y el pelaje canela ralo y deslustrado. En los tres días transcurridos, a pesar del viaje sin descanso, el animal se había recuperado un tanto bajo los cuidados de Nimander. No es que él fuera un gran amante de los caballos, pero ninguna criatura merecía sufrir.

Cuando se montó en la desgastada silla vio a Garrapata de Piel de pie, subiéndose al pescante de la carreta, donde estaba sentado Nenanda sujetando las riendas y protegiéndose los ojos para mirar al sur, a través de la llanura vacía.

—¿Ves algo?

—Sí —dijo tras un momento—. Alguien... a pie.

¿Que venía del sur?

—Pero no hay nada ahí fuera.

Kedeviss y Aranatha se irguieron sobre los estribos.

—Venga, vamos —dijo Desra desde el fondo de la carreta—. Hace demasiado calor para quedarnos parados aquí.

Nimander vio entonces la figura, alta para ser humana. El cabello gris despeinado, enredado, le rodeaba la cabeza como un aura. Parecía vestir una larga cota de malla que le llegaba a medio camino entre las rodillas y los tobillos y que estaba partida por delante. La empuñadura de palmo y medio de un espadón le sobresalía por encima del hombro izquierdo.

—Ese malnacido es muy viejo —murmuró Garrapata de Piel— para ir caminando así.

—Quizás haya perdido su caballo —dijo Nenanda sin mucho interés—. Desra tiene razón, deberíamos irnos.

Con paso largo y enérgico como alguien enfebrecido bajo el sol, el desconocido se fue acercando. Había algo en él que cautivaba a Nimander, una especie de fascinación oscura, cuya razón no sabía explicar. Una cascada de imágenes cayó por su mente. Como si estuviera observando una aparición salida a golpes de una vieja leyenda, de una época en la que los dioses luchaban, apresándose con las manos las gargantas unos de otros, cuando la sangre caía como lluvia y el cielo mismo retumbaba y se estrellaba contra las costas del Abismo. Todo esto, cabalgando por el aire polvoriento que los separaba mientras el viejo ascendía hacia el camino. Todo esto, escrito en las arrugas profundas de su semblante

demacrado, en los yermos lúgubres de sus ojos grises.

—Es como el invierno —murmuró Garrapata de Piel.

Sí, y algo... más frío.

—¿Qué ciudad se encuentra hacia allá? —preguntó el hombre.

Un momento de sobresalto cuando Nimander se dio cuenta de que el desconocido había hablado en tiste andii.

—Brezal.

El hombre se volvió hacia el oeste.

—Por aquí, entonces, se encuentra Baluarte y la Ruta de Canela.

Nimander se encogió de hombros.

—¿Sois de Coral? —preguntó el desconocido mientras examinaba al grupo—. ¿Sigue acampado allí, entonces? Pero no, no reconozco a ninguno de vosotros y eso no sería posible. Aun así, decidme por qué no debería mataros a todos.

Eso captó el interés de Nenanda, que se giró en su asiento y miró con desdén al anciano desde allí arriba.

Pero a Nimander se le había helado la sangre.

—Porque, señor, no nos conoce.

Unos ojos pálidos se posaron en él.

—En eso tienes razón. Muy bien, en su lugar me gustaría viajar con vosotros. Sí, montar en vuestra carreta... He gastado las botas cruzando esta miserable llanura. Decidme, ¿tenéis agua?, ¿comida decente?

Nenanda se giró un poco más para mirar con furia a Nimander.

—Echa a este estúpido de aquí. Que se beba nuestro polvo.

El anciano observó a Nenanda por un momento, luego se volvió de nuevo hacia Nimander.

—Ata a este con una correa y todo irá bien. —Se acercó a la carreta, apoyó un pie en un rayo de la rueda de atrás y se aupó. Allí hizo una pausa y frunció el ceño mientras examinaba la forma postrada de Clip—. ¿Está enfermo? —le preguntó a Desra—. ¿Os ha sorprendido la peste? No, eso no, vuestra raza pocas veces sucumbe a ese tipo de cosas. Deja de mirarme así, niña, y dime qué le pasa.

—No es asunto tuyo —le soltó ella, como Nimander había sabido que haría—. Ya que vas a ocupar espacio al menos siéntate aquí y dale un poco de sombra.

Se alzaron unas cejas finas, luego una sonrisa leve que destelló en los labios curtidos y llenos de grietas. Y sin una sola palabra más se acercó al lugar que le había indicado Desra, se acomodó allí y estiró las piernas.

—Un poco de agua, querida, si tienes la bondad.

La tiste andii se lo quedó mirando un momento, luego sacó un odre y se lo pasó.

—No es agua —le dijo con una dulce sonrisa—. Se llama kelyk. Un brebaje local. Muy popular.

Nimander permanecía sentado, inmóvil, observándolo todo. Vio que Garrapata de Piel y Nenanda estaban haciendo lo mismo.

Al oír las palabras de Desra, el anciano hizo una mueca.

—Preferiría agua —dijo, pero alargó el brazo y cogió el cuero de todos modos. Soltó el tapón y olisqueó el líquido.

Y se echó hacia atrás.

—¡Polvo imperial! —rezongó. Volvió a poner el tapón y lanzó el cuero al fondo de la carreta—. Si no quieres compartir un poco de agua, me da igual, zorra. Ya saldaremos tu falta de hospitalidad más tarde.

—Desra —dijo Nimander mientras cogía bien las riendas—, dale al hombre un poco de agua.

—¿Después de que me llamara zorra?

—Después de que intentaras envenenarlo con kelyk, sí.

Emprendieron el viaje hacia el oeste. Dos días más, había dicho el último mercader junto al que habían pasado esa mañana. Pasando Sarn y el lago menor. Hacia Baluarte, la ciudad junto al mar interior, un mar tan lleno de sal que ningún marinero ni pescador podía ahogarse en él, y donde no se encontraba pez alguno salvo una enorme anguila con las mandíbulas de un lobo. Una sal que no había allí hace una generación, pero el mundo cambiará, amén.

El Templo Abyecto de Saemankelyk los aguardaba en Baluarte.

Dos días, por tanto, para conocer al dios Moribundo. Y, de un modo u otro, arrancarlo del alma de Clip. A Nimander no le parecía que los sacerdotes se fueran a apartar con tanta facilidad.

Nimander, que iba a caballo junto a la carreta, se puso a hablar con el anciano.

—Si va a Baluarte, señor, quizá quiera replantearse la decisión de permanecer con nosotros.

—Y eso por qué. —Había poco en ese tono que sonara siquiera remotamente a pregunta.

—No creo que pueda explicarle la razón de forma adecuada —respondió Nimander—. Tendrá que aceptar mi palabra.

Pero en lugar de eso el anciano se descolgó el arma y la colocó entre él y Clip, luego puso las manos tras la cabeza con los largos dedos entrelazados, se acomodó y cerró los ojos.

—Despertadme cuando sea hora de comer —dijo.

La empuñadura gastada y el pomo mellado del espadón, la cruz amplia y la vaina de madera llena de marcas, todo despertaba el interés de Nimander. *Todavía puede usar esa maldita arma, por anciano que sea.*

Leyendas macabras, el estruendo de dioses en guerra, sí, de allá provenía ese guerrero demacrado.

Recogió las riendas.

—Como quiera, desconocido. —Arreó a la yegua para que se pusiera al trote y alzó los ojos para encontrarse con la mirada de Garrapata de Piel cuando pasó cabalgando. Y no vio nada de su acostumbrado regocijo burlón, sino algo macilento, afligido.

Cierto, no había mucho de lo que reírse, ¿verdad?

Mi infeliz parentela.

Adelante, pues, a Baluarte.

Una sucesión de riscos descendía hacia la cuenca del valle, cada uno marcando el momento en el que el río había sido más ancho y sus aguas frías se habían alejado revueltas de los últimos glaciares y los lagos formados por la fusión de la nieve. Un barranco estrecho y retorcido serpenteaba por el fondo lejano, ribeteado de álamos. De pie sobre el risco más alto, Viajero miró abajo, al siguiente nivel, donde se alzaban media docena de tipis sin llegar a interrumpir el alto perfil del suelo. Figuras que se movían entre las tiendas, vestidas con cueros curtidos y pieles, unos cuantos perros, estos últimos salieron sin ruido al borde del campamento, junto a la ladera, las orejas en punta y las narices levantadas alertados por su presencia, aunque ni uno solo ladró.

Una manada de caballos pastaba más abajo, una raza pequeña y sólida de las estepas que Viajero no había visto jamás. Flancos de color ocre que se oscurecían a un tono marrón en los cuartos traseros, con las crines y colas casi negras.

En el fondo del valle, a cierta distancia a la derecha, había unas aves carroñeras posadas, encaramadas a islas de carne muerta bajo las ramas de los álamos. Otros caballos paseaban por allí, estos más familiares, arrastrando riendas y paciando en las hierbas altas.

Dos hombres fueron a la base de la ladera. Viajero echó a andar hacia ellos. Su escolta de Mastines lo había dejado esa mañana, se habrían ido de caza o para siempre, quién sabía.

Unos rostros quemados por el sol observaron mientras se acercaba. Ojos hundidos en pliegues epicánticos que el viento estiraba. Cabello negro como la noche en melenas recogidas con ataduras flojas en las que habían entrelazado (de forma bastante dulce) unas flores blancas. Largos cuchillos curvos de hojas estrechas metidos en unos cinturones adornados con cuentas, de hierro negro salvo en los afilados bordes. La ropa estaba magníficamente cosida con hilo de tripa teñido de rojo, tachonado aquí y allá con remaches de bronce.

El más anciano, a la derecha, alzó ambas manos y mostró las palmas. Cuando habló, lo hizo en un daru arcaico.

—Señor de los caballos-lobo, bienvenido. No nos mates. No violes a nuestras mujeres. No robes a nuestros hijos. No nos contamines de enfermedades. Déjanos nuestros caballos g'athend de la roca, nuestros perros mudos, nuestra comida y nuestros refugios, nuestras armas y nuestras herramientas. Come lo que te demos. Bebe lo que te demos. Fuma lo que te demos. Agradécenos las tres cosas. Concede tu semilla si una mujer viene a ti durante la noche, mata a todas las alimañas que encuentres. Besa con pasión, acaricia con ternura, concédenos la sabiduría de tus años, pero no su amargura. No juzgues y no serás juzgado. No odies, no temas, y ni te odiamos ni te temeremos. No invites a tus caballos-lobo a nuestro campamento, no sea que nos devoren a nosotros y a todas nuestras bestias. Sé bienvenido, pues, peregrino, y te hablaremos de algunos asuntos y te mostraremos otros. Somos los kindaru, guardianes de los caballos de la roca, el último clan que queda en todo Lama Teth Andath: las praderas que hemos hecho para que los árboles no se eleven tanto como para robar el cielo. Bienvenido. Necesitas un baño.

Ante semejante recibimiento, Viajero no pudo más que quedarse allí, de pie, perplejo, sin saber si reír o llorar.

El más joven de los dos hombres (de unos veintitantos años) sonrió con ironía.

—Cuanto más forasteros nos encontramos, más palabras añadimos a nuestro discurso de bienvenida —dijo—. Todo lo cual nace de la experiencia, en la mayor parte de los casos triste, desagradable. Si tus intenciones son malas, te pedimos que hagas caso de las palabras dadas y te vuelvas. Por supuesto, si lo que pretendes es traicionarnos, no hay nada que nosotros podamos hacer. El engaño no está en nosotros.

Viajero hizo una mueca.

—El engaño está en todos.

Dos expresiones de consternación, tan parecidas que quedó claro que eran padre e hijo.

—Sí —dijo el hijo—, eso es cierto. Si viéramos que quieres entrar en nuestro campamento y estar con nosotros, pero que planeas una traición, bueno, nosotros planearíamos lo mismo y trataríamos de hacerte primero lo que tú pensabas hacernos a nosotros.

—¿De verdad sois el último campamento que queda?

—Sí, estamos esperando morir. Nuestras costumbres, nuestros recuerdos. Y los g'athend correrán libres una vez más, hasta que ellos también desaparezcan, pues los caballos que cuidamos son también los últimos de su raza.

—¿Los montáis?

—No, los veneramos.

Sin embargo, hablaban daru. ¿Qué extraña historia los apartaba y aislaba de todos los demás? ¿Qué los había hecho abandonar granjas, y aldeas, ciudades y riquezas?

—Kindaru, con toda humildad acepto vuestra bienvenida y haré cuanto esté en mi mano por ser un huésped digno.

Los dos hombres sonrieron entonces. Y el más joven hizo un gesto con una mano.

Un sonido leve a su espalda hizo volverse a Viajero, que vio cuatro nómadas alzarse como de la nada en la ladera, armados con lanzas.

Viajero se volvió y miró a padre e hijo.

—Me parece que sabéis mucho de forasteros.

Bajaron caminando al campamento. Los silenciosos perros se habían adelantado y a su encuentro salió un pequeño grupo de niños, todos adornados con flores blancas. Unas sonrisas brillantes se alzaron como un destello hacia Viajero, manos diminutas que tomaron las suyas para conducirlo hasta las hogueras, donde las mujeres estaban preparando la comida del mediodía. Unas ollas de hierro llenas de una sustancia lechosa humeaban sobre el fuego, el olor intenso, dulce y un tanto alcohólico.

Se dispuso un banco bajo, con cuatro patas y acolchado, la colcha tejida era un arcoíris de hilos de colores que dibujaban patrones zigzagueantes. Las patas de madera estaban talladas en forma de cabezas de caballo, las narices casi tocándose en el medio, las crines volando al viento en curvas abiertas, todas manchadas de un ocre lustroso y un marrón profundo. La habilidad del tallado era extraordinaria, las cabezas tenían tanto detalle que Viajero podía ver las venas en los pómulos, las líneas de los párpados y los ojos cenicientos opacos y a la vez insondables. Solo había un banco así y comprendió que sería suyo durante el tiempo que durase su estancia.

El padre, el hijo, otros tres de la banda, dos mujeres y un hombre muy anciano se sentaron con las piernas cruzadas en un semicírculo frente al fuego. Los niños le soltaron al fin las manos y una mujer le ofreció una calabaza llena de la leche escaldada, en la que flotaban tiras de carne.

—Skathandi —dijo el padre—. Acampados junto al agua. Vinieron aquí para tendernos emboscadas y robar nuestros caballos, pues la carne de los g'athend es muy apreciada por la gente de las ciudades. Había treinta en total, asaltantes y asesinos... Nos comeremos sus caballos, pero puedes quedarte con uno si lo deseas.

Viajero sorbió la leche, y cuando el vapor le llenó la cara abrió mucho los ojos. Fuego en la garganta, luego un maravilloso entumecimiento. Viajero parpadeó para espantar las lágrimas e intentó concentrarse en el hombre que había hablado.

—Así que sorprendisteis a los emboscados. ¿Treinta? Debéis de ser guerreros formidables.

—Este era el segundo de los campamentos que encontrábamos. Todos asesinados. No por nosotros, amigo. Hay alguien, al parecer, al que le gustan los skathandi incluso menos que a nosotros.

El padre vaciló y el hijo aprovechó la pausa para comentar algo.

—Nosotros pensamos que estabas siguiendo a ese alguien.

—Ah. —Viajero frunció el ceño—. ¿Alguien? ¿No hay más que uno... uno que ataca campamentos skathandi y asesina a todo el mundo?

Asentimientos de respuesta.

—Un demonio, creemos, que camina como una tormenta, oscuro, con una rabia terrible. Uno que sabe ocultar bien sus huellas. —El hijo hizo un gesto extraño con una mano, una ondulación de los dedos—. Como un fantasma.

—¿Cuánto hace que ese demonio pasó por aquí?

—Tres días.

—¿Esos skathandi son una tribu rival?

—No. Asaltantes que atacan a las caravanas y a todos los que viven en la llanura. Han jurado lealtad, según se dice, a un hombre maligno al que se conoce solo como el Capitán. Si ves un carruaje de ocho ruedas, tan alto que hay un piso arriba y un balcón con una balaustrada dorada, arrastrado, según se dice, por mil esclavos, habrás encontrado el palacio de ese tal Capitán. Envía al mundo a sus asaltantes y engorda comerciando con el botín.

—No sigo a ese demonio —dijo Viajero—. No sé nada de él.

—Lo más probable es que sea mejor así.

—¿Se dirige al norte?

—Sí.

Viajero pensó en ello mientras tomaba otro sorbo de aquella pestilente bebida. A lomos de un caballo empezaría a avanzar a buen ritmo, pero también podría llevarlo directamente hasta ese demonio, y no le entusiasmaba la idea de batirse con una criatura que podía asesinar a treinta bandidos y no dejar una sola huella.

Un niño, que había estado arrodillado a su lado apilando puñados de tierra sobre la bota de Viajero, le trepó por el muslo, metió la mano en la calabaza y sacó una tajada de carne que luego agitó delante de la boca del hombre.

—Come —dijo el hijo—. La carne es de una tortuga que hace túneles, muy tierna. La leche de miska la ablanda y elimina el veneno. La miska no suele beberse porque puede llevar la mente a un viaje muy largo del que nunca regrese. Si tomas demasiado, te abre agujeros en el estómago y mueres entre grandes dolores.

—Vaya. Podrías haberlo mencionado antes. —Viajero cogió la carne que le ofrecía el niño. Estaba a punto de metérsela en la boca cuando se detuvo—. ¿Algo más que debería saber antes de ponerme a masticar?

—No. Esta noche soñarás con hacer túneles por la tierra. De lo más inofensivo. Toda comida tiene recuerdos, eso nos enseña la miska; lo cocinamos todo en ella, para no probar amargura de la muerte.

Viajero suspiró.

—Esta miska, ¿es leche de yegua?

Un estallido de carcajadas.

—¡No, no! —exclamó el padre—. Una planta. Un bulbo. La leche de yegua es para los potrillos, claro está. Los humanos tienen su propia leche, después de todo, y no la beben los adultos, solo los bebés. ¡El tuyo, forastero, es un mundo extraño! —Y se rio un poco más.

Viajero comió la tajada de carne.

Muy tierna; deliciosa, de hecho. Esa noche, mientras dormía bajo unas pieles en un tipi, soñó que hacía túneles por una tierra compacta, llena de piedras, contento con la calidez que lo rodeaba y la seguridad de la oscuridad.

Lo despertó poco antes del amanecer una mujer joven, de miembros suaves y húmeda de deseo que le envolvió el cuerpo con el suyo. Lo sobresaltó cuando la mujer le abrió la boca con la suya y le introdujo un trago entero de saliva que había especiado con algo fuerte, sin apartar la boca hasta que él tragó la saliva de la joven. Para cuando ella y la droga que le había dado hubieron terminado, no quedaba una sola semilla en el cuerpo de Viajero.

Por la mañana, Viajero y el padre bajaron hasta los caballos skathandi abandonados. Con la ayuda de los perros mudos pudieron capturar a uno de los animales, un robusto picazo castrado de dieciséis palmos o más con malicia en los ojos.

A los asaltantes muertos, observó mientras su compañero iba en busca de una silla decente entre los restos del campamento, los habían hecho pedazos. Aunque el trabajo de los carroñeros había reducido la mayoría de los cuerpos a mechones de pelo, tendones desgarrados y huesos rotos, quedaban pruebas suficientes de miembros amputados y decapitaciones para sugerir que aquello había sido obra de un arma con un filo inmenso. Allí donde los huesos habían sido atravesados con limpieza, el corte era preciso, sin señal alguna de aplastamiento.

El padre se acercó con los mejores arreos que pudo hallar y Viajero vio con cierta sorpresa que era

una silla de Siete Ciudades, con marcas militares malazanas en las cinchas de cuero.

Estaba terminando de apretar bien las correas (después de que el castrado ya no pudiera seguir aguantando la respiración) cuando oyó gritos en el campamento kindaru y tanto él como el padre se volvieron.

Había aparecido un jinete en el mismo risco por el que había llegado Viajero el día anterior, un jinete que hizo una pausa antes de guiar su montura hasta el campamento.

Viajero se subió a su caballo y recogió las riendas.

—¡Mira la bestia que monta la amazona! —jadeó el hombre a su lado—. ¡Es un jhag'athend! ¡Es una bendición para nosotros! ¡Una bendición! —Y de repente echó a correr de regreso al campamento.

Viajero clavó los talones en el castrado y partió tras el hombre.

Sí, el jinete era una mujer, y Viajero vio casi de inmediato que su ascendencia era de Siete Ciudades. Parecía preocupada, con aspecto raído y cansado, pero un fuego feroz llameó en sus ojos cuando se posaron en Viajero, que acababa de entrar en el campamento.

—¿Es que no hay lugar en el mundo donde no me vaya a tropezar con los malditos malazanos? —preguntó la mujer.

Viajero se encogió de hombros.

—Yo tampoco esperaba encontrarme aquí a una mujer ugari a lomos de un semental jhag, en la llanura de Lamatath.

La mujer frunció aún más el ceño.

—Me han dicho que hay un demonio atravesando estas tierras, camino al norte. Matando a todo el que se interpone en su camino y disfrutando sin duda de cada instante.

—Eso parece.

—Bien —soltó la mujer.

—¿Por qué? —preguntó Viajero.

La mujer frunció el ceño de nuevo.

—¡Porque así podrá devolverle su maldito caballo!, ¡por eso!

LIBRO SEGUNDO



Virtudes de ojos fríos

En sus costillas y en cabellos de mujer
Se ve nadando en ríos tibios por el sol a la luz del estío
En frentes tranquilas y ojos despiertos y resueltos
Que escudriñan desde las ventanas de las torres cuando cae la noche

En manos que envuelven cazoletas de pipas en alabastro talladas
Cuando veladas invitaciones cohibidas como capullos de flor bajo la sombra
Invitan al baile de una virgen un amor tan hambriento de rosas moteadas
Donde se ve a una ruda matrona no lista aún para desvanecerse

Y los altos huesos de piernas bajo redondas vasijas encaramadas
Meciéndose lujuriosos cual tormenta tropical sobre blancas arenas coralinas
Donde en todas estas evocaciones por mí buscadas
Para rehacer este amor con la tierra que mis manos tanto han trabajado

Y al enrejado donde bajan flotando pétalos tejidos en guirnaldas
Ronda el recién hallado rostro extraño y familiar de una mujer
Pues en esta tierra la soledad jamás es bienvenida cuando la encuentras
Y aquella que se va debe ser a su vez reemplazada

Y por la expresión de sus ojos yo soy un hombre compuesto
Ensamblado de piedra, rama y agitados sedimentos
Los amantes perdidos y todos aquellos que podrían haber sido
No deberíamos clamar ni atizar ardientes resentimientos
Pues los ríos de este mundo desembocan todos en el mismo sitio.

Amor por lo frágil
Breneth

Capítulo 7

Comprendo tus motivos, amor mío. Pero ¿no pasarás sed?

Inscripción hallada bajo la tapa
del pozo de una casa,
distrito del Lago, Darujhistan

Tan rápido como lo podían llevar sus piecillos, el niño atravesó a la carrera la Puerta de Dos Bueyes y salió a la calzada de adoquines que, si quisiera darse más y más prisa, lo llevaría hasta el mismísimo confín del mundo, y vería allí la orilla y contemplaría absorto el océano insondable, tan inmenso que se tragaba el sol cada noche. Pero, ay, tan lejos no iba a llegar. Solo hasta las colinas que había justo detrás del poblado de cabañas, para recoger estiércol, una bolsa entera, lo que fuera capaz de llevar sobre la cabeza sin que se le cayera.

Los poetas sabios y sentimentales dicen que los ojos de un niño ven mucho más allá que los de un adulto, ¿y quién afirmaría lo contrario tras dedicarle un segundo pensamiento? Detrás de la cresta de la montaña aguarda un paisaje preñado de posibilidades, cada una de ellas más improbable que la anterior, según dirían esos vejesterios de dientes rechinantes, ansiosos por recitar una letanía de fracasos personales a cualquiera que se molestase en escucharlos, aunque nadie lo hace, y si eso no es prueba de que el mundo se ha echado a perder, ¿qué lo es? Por otra parte «improbabilidades» es una palabra que pocos niños conocen, y, de conocerla, lo cierto es que desdeñarían ese concepto agitando una mano por encima de la cabeza sin detener su danza rumbo al horizonte. Porque de nada sirve arrastrarse timoratos hacia el futuro, no, hay que dar un salto y surcar el aire entre canturreos, y es que ¿quién sabe dónde se posarán por fin los pies en este territorio firme y desconocido?

El niño siguió avanzando deprisa, seguido por los ojos apagados de los leprosos que se acuclillaban delante de sus chozas, desolados y desdeñados, envueltos todos en un nido de moscas cuando las moscas, con singular patetismo, exponen las pruebas con una indiferencia de patas frías. Y furtivamente salieron los famélicos perros medio salvajes para seguirlo durante un trecho, calibrando con hambre animal si aquella criatura estaría debilitada, si podrían abatirla. Pero el niño recogió piedras y cuando uno de los perros se acercó demasiado se las arrojó. Rabos encogidos, gañidos de miedo, y los perros se desvanecieron como fantasmas bajo las chozas construidas sobre pilotes y por callejones estrechos y tortuosos alejados de la calle principal.

El sol en lo alto contempló todo aquello con su impasible omnipotencia, y continuó hurtando la humedad de cada superficie para alimentar su insaciable sed. Y había aves zancudas brincando en las marismas inundadas de residuos justo detrás de la bahía Aguaspardas, picoteando pulgas y a saber qué más, mientras los patos lagarto anidaban en unas islas en las que flotaba la mierda, transmitiéndose unos a otros los anuncios de cada campanada en perfecta sincronía con los relojes de agua de la ciudad, sonoros repiques flotando sobre el lago, aunque la razón de que los patos lagarto estuviesen

obsesionados con semejante segmentación artificial del tiempo era una pregunta aún sin respuesta, incluso tras siglos de eruditos estudios; y tampoco era que a aquellas malolientes criaturas les importasen un bledo las profesiones que habían inspirado, más preocupadas como estaban por sacar del agua turbia alguna anguila que se tragase sus huevos, y ver después que los cascarones eran inmunes a toda forma de digestión y que las monstruosidades escamadas del interior se preparaban para ir saliendo a picotazos y alimentarse con glotonería de las entrañas de las anguilas.

¿Qué importancia, por tanto, podían tener esos detalles del mundo natural cuando el niño se limitaba a seguir caminando, el largo cabello descolorido por el sol y mecido como una cabellera por la brisa fresca? Nada menos que el valor de la indiferencia, bajo la cual un niño puede pasar desapercibido, puede volar tan libre como una esponjosa semilla en las cálidas corrientes del aire estival. Con apenas un escurridizo recuerdo del sueño de la noche anterior —el mismo que el de la noche anterior, y de la anterior, y de todas las demás—, de ese rostro tan cruel, de aquellos ojos tan cáusticos que lo abrasaban con sus oscuras intenciones, un rostro que podría perseguirlo cada día con todo cuanto es contrario a la indiferencia, y cuán letal podría ser ese olvido para el niño que se apresuraba ahora por una pista de tierra que ascendía serpenteante por las suaves colinas en las que unas torvas cabras se agrupaban al abrigo de algún árbol disperso.

Pues la bendición de la indiferencia se puede hilar sin fin, dando a escoger por un momento la lobretez de la maldición, porque lo que para un niño es un bien para otro puede ser un mal. Dedicar, entonces, un momento a la asustada bestia llamada Snell, y los crueles impulsos que lo empujan a agredir, a atormentar al hermano que nunca quiso tener. Él también se crece con la indiferencia, ese pequeño tirano arrogante, rechoncho y de hombros redondeados ante quien los perros salvajes del asentamiento de chozas se amedrentaron cuando su instinto les dijo que aquel era uno de los suyos, y el más vil de la jauría; y el niño, con el pecho henchido de poder, continuó su camino, siguió a su víctima con algo en su alma que esta vez iba mucho más allá de una simple paliza, mucho más. Aquello que anidaba en su interior extendió sus patas negras y peludas como una araña, y las manos metamorfosearon justo al final de las muñecas, arañas, sí, con garras como garfios, con colmillos y ojos de ónice, capaces de apretarse en huesudos puños a voluntad, o de inyectar veneno, o ¿por qué no las dos cosas?

Él también llevaba piedras. Para tirárselas a los leprosos junto a los que pasaba y reírse después cuando los desventurados se encogían de miedo o gritaban de dolor, y subido a la estela de sus infructuosas maldiciones se alejó camino arriba.

Mientras tanto, por toda la ladera de la colina, el sol había hecho su trabajo y el niño llenó la bolsa de estiércol seco como yesca para la fogata de esa noche. Encorvado como un anciano, vagó de un lado a otro. Ese tesoro complacería a la mujer que no era su madre, la que lo cuidaba como se esperaba de una madre, aunque, todo hay que decirlo, desprovista de algo primordial, un instinto materno que despertara en ella el persuasivo convencimiento de que su hijo adoptivo vivía en serio peligro; y cuando el saco se llenó en su mano, el niño pensó en parar y descansar un rato, allí, en la cima de la colina. Y contemplar así el lago, observar las hermosas velas de las falúas y los barcos de pesca.

Permitir que su mente vagara libre, sí, los recuerdos estaban hechos de momentos como ese.

Y, por desgracia, también del que estaba a punto de suceder.

Pero permitámosle esos momentos de libertad, tan preciados por su escasez. No le envidiéis este regalo de la despreocupación.

Podría, después de todo, ser el último día en el que gozase de esa libertad.

Pista abajo, en la base de colina, Snell ha visto a su presa. Las arañas de los extremos de sus muñecas abrieron y cerraron sus terribles patas negras. Y como un monstruo que retuerce los pescuezos de las cabras solo por puro placer, escala, ayudado de pies y manos, los ojos fijos en aquella pequeña espalda y

la cabeza de enmarañados cabellos que asomaba, al borde del risco.

En un templo que se iba hundiendo poco a poco se sentaba un trell, cubierto por completo de sangre seca y ennegrecida, y aunque en su alma había compasión suficiente para abarcar un mundo entero, en sus ojos la mirada era de piedra. Cuando lo único que queda es agarrarse para evitar la caída, sufrir es soportar un diluvio que ni siquiera un dios puede aplacar.

Bajo la sangre, las sutiles tracerías del tatuaje de telaraña marcaban su oscura piel. Escocían como si tuviera alambres ardientes alrededor del cuerpo, de los miembros; lo envolvían por todas partes y parecían ir apretándose cada vez más con cada estremecimiento que lo atravesaba.

Tres veces ya lo habían pintado con la sangre de Ascuá, la diosa Dormida. La telaraña había resultado ser una madeja de resistencia, una red que lo atrapaba dentro y no dejaba entrar el bendito don de la diosa.

Atravesaría la Puerta de Ascuá y penetraría en los fuegos líquidos del inframundo, algo para lo que los sacerdotes se habían preparado, pero ahora parecía que no iban a hallar la forma de proteger su carne mortal. ¿Qué podía hacer entonces?

Bueno, podía alejarse de ese lugar y de sus tristes y encorvados sacerdotes. Encontrar otro modo de cruzar un continente y luego un océano. Podría, quizá, intentarlo en otro templo, tratar de negociar con otro dios o diosa. Podría...

—Te hemos fallado, Mappo Runt.

Volvió la mirada y se encontró con los ojos angustiados del sumo sacerdote.

—Lo siento —continuó el anciano—. La telaraña que en su día te sanó está resultando ser muy... egoísta. Te reclama para sí, Ardatha jamás cede sus premios. Te ha atrapado por razones que solo ella conoce. Es de lo más aborrecible, en mi opinión.

—Entonces me voy a lavar esto —dijo Mappo al tiempo que se ponía en pie; sentía la sangre agrietándose, arrancándole pelos de la piel. La telaraña entonaba una canción de agonía por su cuerpo—. La que me sanó en nombre de Ardatha está aquí, en la ciudad, creo que será mejor que la busque. Quizá pueda averiguar por ella la intención de la diosa de las arañas, qué quiere que haga.

—No te lo aconsejo —dijo el sumo sacerdote—. De hecho, Mappo, yo huiría. Lo antes posible. De momento, al menos, la telaraña de Ardatha no intenta apartarte del sendero que has escogido. ¿Por qué arriesgarse a un enfrentamiento con ella? No, debes encontrar otro modo, y rápido.

Mappo pensó en el consejo un momento, luego lanzó un gruñido.

—Veo la sabiduría de tus palabras —dijo—; gracias. ¿Tienes alguna sugerencia?

La expresión del hombre se marchitó.

—Por desgracia, sí. —Hizo un gesto y tres jóvenes acólitos se acercaron con sigilo—. Estos te ayudarán a quitarte la sangre. Entretanto, enviaré un mensajero y, acaso, pueda haber algún arreglo. Dime, Mappo Runt, ¿eres rico?

Dulcísima Angustia —quien recibió ese nombre de una madre resignada a los rigores de la maternidad, o, al contrario, envenenada por la ironía— parpadeó a toda prisa como acostumbraba a hacer cuando regresaba a la realidad. Miró a su alrededor con aire perplejo, vio a los demás supervivientes sentados con ella, separados por una mesa que era una caótica confusión de tazas, pichetes, platos, cubiertos y las sobras de por lo menos tres comidas. Sus suaves ojos castaños saltaron de un objeto al siguiente, y luego se alzaron poco a poco, dejaron atrás los rostros de ojos vacíos de sus compañeros y asimilaron la sala

del Bar de Quip.

Quip el Joven apenas era visible sobre el mostrador, espatarrado encima con el torso y la cabeza apoyados en un antebrazo. Dormía con la boca abierta y húmeda de baba. A un palmo de distancia del hombre había una rata agazapada en la barra, que de tanto en tanto levantaba una de las zarpas delanteras al tiempo que parecía estudiar la cara que tenía enfrente y, sobre todo, el enorme agujero oscuro de la boca de Quip el Joven.

Había un borracho tirado junto a la puerta, desmayado o muerto, el único parroquiano presente a horas tan tempranas de la mañana, aparte de la rata.

Cuando al fin volvió a prestar atención a sus compañeros, vio que Vahído la estudiaba con una ceja alzada.

Dulcísima Angustia se frotó la cara redonda y las mejillas le recordaron, por extraño que fuera, a la masa que solía trabajar su madre justo antes del festival de la cosecha, esos grandes pasteles redondos que resplandecían pintados de miel en la que siempre quedaban atrapadas hormigas, de forma que le tocaba a ella ir quitándolas aunque le daba igual porque los pasteles sabían a gloria.

—Tienes hambre otra vez, ¿eh?

—Tú siempre me lo notas —respondió Dulcísima Angustia.

—Cuando te frotas las mejillas, se te pone esa expresión en los ojos, Dulcita.

Vahído observó a maese Quell despertarse con un siseo que no se diferenció del ruido que haría un caimán si alguien se acercase demasiado. Quell miró a su alrededor un momento antes de relajarse y desplomarse con expresión de alivio.

—Estaba soñando...

—Ya —interpuso Vahído—, tú siempre estás soñando, y cuando no sueñas, haces, y ojalá esas dos cosas se pudieran distinguir un poco, porque igual hasta descansabas, maese. Y eso nos gustaría verlo, ya te digo si nos gustaría.

—Os traje hasta aquí, ¿no?

—Y perdimos a cinco accionistas en el proceso.

—Son los riesgos que corréis —dijo Quell con una mueca—. Por cierto, ¿quién paga todo esto?

—Me da que eso lo has preguntado antes. Pues tú, claro.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? Dioses, tengo la vejiga como si estuviera a punto de expulsar una papaya. —Y con eso se levantó tambaleándose, hizo una mueca y se dirigió con paso vacilante al retrete que había detrás de la barra.

La rata lo observó pasar con ojitos suspicaces, luego, sigilosa y bamboloeante, se acercó otro poco más a la boca de Quip el Joven.

Glanno Lona volvió a la vida sacudiéndose en su silla.

—¡Se acabaron los tratos! —gruñó—. Vaya —dijo luego, y se volvió a repantigar—. Alguien ha dejado de traer cerveza, ¿pueden hacer eso? Dulcísima, querida, soñé que hacíamos el amor...

—Yo también —respondió ella—. Solo que no era un sueño.

Glanno abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—No, era una pesadilla. Si quieres otra ronda, tendrás que despertar a Quip el Joven.

Glanno miró con los ojos entornados.

—Se despertará cuando no pueda respirar, en cuanto se le meta la rata. Apuesto un concejo de plata a que traga en lugar de escupir.

Al oír la apuesta, los desvaídos ojos grises de Reccanto Índole se aguzaron.

—Acepto. Pero ¿y si hace las dos cosas? ¿Traga y luego se atraganta y escupe? Cuando dices «tragar» seguro que te refieres a que mastica si no le queda otra.

—Ya está otra vez el señor puntilloso, pero ¿cuándo no eres tú puntilloso, Índole? No tiene sentido decir que vas a apostar si luego no dejas de *rectivificar* las cosas.

—Lo que pasa, Glanno, es que tú siempre eres demasiado impreciso con esas apuestas tuyas. Te falta exactitud...

—Lo que me falta es..., bueno, no tengo ni idea, pero sea lo que sea, tú no lo tienes.

—Lo tengo yo, pero no pienso darlo —dijo Dulcísima Angustia—. A ninguno de vosotros, por lo menos. Allí fuera hay un hombre, sí que lo hay, y pienso encontrarlo un día, y ese día lo voy a encadenar, a encerrar en mi habitación y lo voy a dejar para el arrastre. Y después nos casaremos.

—El matrimonio *precedice* al arrastre —dijo Glanno—. Así que puede que yo sueñe contigo, querida, pero no va a ir más lejos de eso. Se llama *autoconversación*.

—¿Estás seguro? —le preguntó Vahído, después, cuando la puerta de la calle se abrió con un chirrido, se giró en su silla.

Despacio, con suma cautela, entró un adolescente ataviado con una voluminosa túnica marrón, los ojos como huevos de tortuga recién puestos. El chico se levantó la túnica y pasó con cuidado por encima del borracho y fue sin hacer ruido hacia la mesa en la que se sentaban, y si tuviera cola, bueno, se dijo Vahído, estaría medio meneándose medio encogida entre sus patas.

—Mmm. Mmmm.

—¿Eso sería «maese»? —preguntó Vahído.

El jovencito asintió, respiró hondo y lo intentó otra vez.

—Negociación, para llevar, ¿sí?

—Maese Quell está perentoriamente predisposeído —dijo Glanno Lona.

—Quiere decir predispuesto —explicó Vahído—. ¿Qué hay que llevar y dónde?

—No qué. Quién. No sé dónde.

—Mira —dijo Vahído—, vete a buscar a ese quién, y tráelo a él o a ella hasta aquí, y luego ya nos encargamos nosotros, ¿de acuerdo? Hala, venga, y cuidado al salir.

Un cabeceo y una partida apresurada.

—¿Desde cuándo eres tú el que negocia? —le preguntó Reccanto con los ojos entrecerrados.

—Oye —comentó Vahído—, cualquier sanador denul medio competente podría arreglar ese desastre de ojos, Índole.

—¿Y a ti qué te importa?

—Lo que me importa es que casi me rebanas la cabeza, maldito cegarato, ¿o es que te parezco un cadáver amenazante?

—A veces. Oye, que en el último momento me di cuenta...

—Después de que me agachara y te pegara una patada en la entrepierna.

—Justo, los cadáveres no son tan listos, asunto arreglado. Te estaba haciendo una pregunta.

—Así es —interpuso Glanno Lona—. Míranos, nos faltan unos seis o siete, no vamos a ir a ninguna parte por ahora.

—Quizá no, pero puede que sea algo rápido y fácil.

Los demás se la quedaron mirando.

Vahído transigió.

—Vale. Además, solo estaba sustituyendo a Quell, que lo mismo no sale nunca de ese retrete.

—Igual está muerto —sugirió Dulcísima Angustia.

—Explotado por lo interno —dijo Glanno Lona—, y ni loco pienso entrar a mirar.

—¡Allá va la rata! —susurró Reccanto Índole.

Todos se volvieron y miraron con el aliento contenido.

Una pausa, una nariz que se crispaba, y luego un frenesí de pasitos. Muy cerca, lo suficiente para echarse atrás, espantada por el apestoso aliento.

—Dos concejos a que cae muerta.

—Sé más preciso, morir morirá algún día, ¿o no?

—¡Dioses del inframundo!

La rata no cedió terreno e incluso se acercó un poquito más. Luego reunió coraje, estiró el cuello y empezó a beber de la baba encharcada con intermitentes lametazos de su plateada lengua.

—Justo lo que pensaba que iba a hacer —dijo Dulcísima Angustia.

—Mentirosa.

—Así que ahora no se va a despertar jamás —dijo Reccanto—, y yo me voy a morir aquí de sed.

Se abrió la puerta del retrete con un crujido y salió tambaleándose maese Quell, que no parecía estar mucho mejor que cuando entró. Se acercó cojeando.

—Esa papaya está atascada... necesito un sanador...

—O un vendedor de fruta —dijo Vahído—. Escucha, puede que hayamos conseguido un nuevo contrato.

Los ojos de Quell se abultaron un poco, se giró en redondo y volvió a trompicones al retrete.

—¡Mira lo que has hecho! —le soltó Reccanto a Vahído.

—Oye, ni que la papaya fuera mía.

Tan temprano en la mañana, las calles de Darujhistan, salvo las de los mercados, tenían un aspecto fantasmal, salpicadas de basura, pero, con eso y con todo, parecían mágicas. La luz dorada del sol acariciaba cada superficie con la sutil mano de un artista. Las tenues brumas que habían subido flotando del lago durante la noche comenzaban a retirarse de nuevo y dejaban un frescor en el aire. En los barrios más pobres, las contraventanas se abrían en las plantas superiores, y momentos después los contenidos de las bacinillas salían volando y salpicaban los callejones y a cualquier desventurado habitante que todavía yaciera borracho y olvidado del mundo, y, al cabo, las ratas y otros bichos salían de sus escondrijos para probar aquellas frescas ofrendas.

El doliente sacerdote supremo guio a Mappo Runt fuera del distrito del templo y bajó con él al distrito del Lago, rodeó la muralla de Segundafila y atajó hacia el distrito Gadrobi; en esencia, llevó al trell por el mismo camino por el que había llegado la noche anterior. Mientras caminaban, la ciudad iba despertando a su alrededor, se frotaba el sueño de los ojos y después miraba boquiabierto al sacerdote que arrastraba los pies y a su enorme y barbárico compañero.

Llegaron por fin a una calle estrecha, en pendiente, en la que había un enorme carruaje con una profusa ornamentación que Mappo ya había visto antes, aunque en ese momento no recordaba dónde. Vieron seis caballos con sus tiros y con aire aburrido. Alguien había tirado forraje a su alrededor y la cantidad de estiércol fresco esparcido por el suelo sugería que los animales llevaban un rato allí.

El sacerdote dirigió a Mappo hacia una taberna cercana.

—Ahí dentro —dijo—. La Asociación Comercial de Trygalle está especializada en viajes como el que tú precisas. Por supuesto, son caros, pero eso no es nada sorprendente, ¿verdad?

—¿Y uno simplemente va en busca de una de esas caravanas allí donde sea que las encuentre? Como plan de negocios suena ineficiente.

—No, tienen oficinas. En alguna parte..., no es un detalle del que yo esté al tanto, me temo. Solo supe

de este carruaje porque su llegada destrozó la fachada de la tienda de mi primo. —Señaló una ruina cercana y sonrió como un hombre que hubiera olvidado lo que significaba una sonrisa de verdad. Luego se encogió de hombros—. Todos son giros del destino. Bendecidos por la serendipia y todo eso. Si fracasas aquí, Mappo Runt, tendrás una caminata larga y tediosa por delante. Así que no fracasas. — Después hizo una reverencia, se dio la vuelta y se marchó.

Mappo miró la fachada de la taberna. Y recordó la última vez que había visto ese tipo de carruaje.

Tremorlor.

La accionista Vahído se acababa de poner de pie y se estaba estirando para deshacerse de todas las alarmantes contracturas que tenía en la espalda, cuando se abrió la puerta de la taberna y entró una figura monstruosa que tuvo que encajar los hombros por el marco y agachar la cabeza. Un saco informe colgado al hombro, un endiablado cuchillo metido en el cinturón. Un maldito trell.

—Glanno —dijo Vahído—, será mejor que vayas a buscar a maese Quell.

El último cochero del grupo que les quedaba con vida frunció el ceño, se levantó y se alejó cojeando.

Vahído observó al enorme bárbaro pasar por encima del borracho y dirigirse a la barra. La rata alzó los ojos y se escabulló veloz mostrador abajo. El trell dio un pequeño empujón a la cabeza de Quip el Joven. El tabernero tosió y se irguió poco a poco, se limpió la boca, parpadeó con ojos miopes, levantó la mirada y asimiló la figura que se cernía sobre él.

Luego lanzó un balido y dio un paso atrás con un tambaleo.

—No le hagas caso —exclamó Vahído—. Tú nos buscas a nosotros, por aquí.

—Lo que busco —dijo el trell en un daru aceptable— es desayunar.

Con la cabeza bamboleante, Quip salió disparado hacia la cocina, donde lo recibió entre gritos una mujer cuya estridente invectiva se atenuó en cuanto el tabernero cerró la puerta tras él.

Vahído arrastró un banco de una pared cercana —no iba a sobrevivir ninguna silla de aquel basurero— y le hizo un gesto al bárbaro con la mirada.

—Acércate, ven. Siéntate, pero mejor que sepas que pensamos evitar Siete Ciudades. Por allí hubo una plaga terrible y no hay forma de saber si ha terminado.

—No —dijo el trell con voz profunda mientras se acercaba—. No tengo ningún deseo de regresar a Siete Ciudades, ni a Nemil.

El banco gimió cuando se acomodó en él.

Dulcísima Angustia observaba al recién llegado con una intensidad extrañamente ávida. Reccanto Índole se limitó a mirarlo de hito en hito con la boca abierta, el cuero cabelludo recorrido por unos extraños espasmos que hacían que el nacimiento del pelo subiera y bajara.

—Lo cierto es que —le dijo Vahído al trell— en realidad no estamos en condiciones de hacer nada... ambicioso. Maese Quell tiene que buscarse más accionistas, y eso podría retrasarnos días, incluso una semana.

—Vaya, eso sí que es inoportuno. Se dice que vuestro gremio tiene una oficina aquí, en Darujhistan...

—Y la tiene, pero sé que somos el único carruaje disponible en una temporada. ¿Dónde esperabas ir y cuándo?

—¿Dónde está vuestro maese?, ¿o eres tú la que negocias?

En ese momento Glanno consiguió por fin sacar a Quell a rastras del retrete. El maese estaba pálido, tenía la piel brillante de sudor y parecía que las piernas no le funcionaban muy bien. Vahído se encontró con la mirada un tanto ida de su jefe.

—¿Mejor? —preguntó.

—Mejor —respondió el otro con un jadeo mientras Glanno lo llevaba como podía hasta su silla—. Era una maldita piedra en el riñón, eso era. Del tamaño de una taba, nunca pensé..., bueno, da igual. Dioses, ¿quién es este?

El trell se medio levantó para inclinarse a modo de saludo.

—Mis disculpas. Me llamo Mappo Runt. —Y volvió a sentarse.

Vahído vio que Quell se pasaba la lengua por los labios reseco y que una mano temblorosa alcanzaba un pichel. Lo miró con desaprobación al encontrarlo vacío y lo dejó de nuevo en la mesa.

—El trell más infame de todos. Lo perdiste tú, ¿no?

Los oscuros ojos del bárbaro se entrecerraron.

—Ah, entiendo.

—¿Dónde? —La voz de Quell sonaba medio estrangulada.

—Necesito llegar hasta un continente llamado Lether. A un imperio gobernado por tiste edur y un emperador maldito. Y sí, puedo pagaros por las molestias.

Vahído jamás había visto a su jefe tan alterado. Era fascinante. Era obvio que Quell había reconocido el nombre del trell, lo que significaba... bueno, algo.

—Y, esto... ¿se enfrentó él a ese emperador, Mappo? ¿En combate ritual?

—No me lo parece.

—¿Por qué?

—Creo que yo habría... percibido algo así...

—El final del mundo, querrás decir.

—Quizá. No, ocurrió algo más. No sé decir qué, maese Quell. Necesito saberlo, ¿me llevarás allí?

—Andamos faltos de personal —dijo Quell—, pero puedo pasarme por la oficina, ver si hay alguna lista de posibilidades en espera. Un proceso rápido de entrevistas. Digamos que mañana a estas horas puede que tenga una respuesta.

El enorme guerrero suspiró. Miró a su alrededor.

—No tengo otro sitio al que ir, así que me quedaré aquí hasta entonces.

—Suenas prudente —dijo Quell—. Vahído, tú te vienes conmigo. El resto, aseaos y ocupaos de los caballos, el carruaje y todo eso. Luego quedaos cerca, hacedle compañía a Mappo... Puede que tenga unos colmillos feos, pero no muerde.

—Pero yo sí —dijo Dulcísima Angustia al tiempo que le dedicaba al trell una pícara sonrisa.

Mappo la miró durante un momento, después se frotó la cara y se levantó.

—¿Se puede saber dónde está ese desayuno?

—Venga, Vahído —dijo Quell, que se levantó de un tirón con otra mueca más.

—¿Te ves capaz? —le preguntó ella.

Un asentimiento.

—Haradas se encarga de la oficina estos días, puede sanarme en un momento.

—Buena observación. ¿Imposición de manos?

No hay, como bien sabe una legión de malhumorados poetas, nada baladí en el amor. Ni en todas esas peculiaridades de apetitos concomitantes que con frecuencia se confunden con el amor, como la lujuria, la posesividad, la adoración apasionada, esas espantosas nociones de rendición vil en la que la voluntad se desangra en sacrificios, o las obsesiones del tipo fetichista que podrían incluir lóbulos de orejas, uñas de pies o alimentos regurgitados, ni desde luego en esa competitividad adolescente que en adultos (adultos que, por supuesto, deberían tener mejor criterio, pero a la vista está que no lo tienen) se

manifiesta como unos celos desquiciados.

Esa falta de moderación ha botado y sin duda hundido un igual número de barcos, si se observan tales cuestiones con una mirada amplia, cosa que, en retrospectiva, no solo es aconsejable, sino que, con toda probabilidad, a pesar de todos los lamentos del viento terrenal, es el rasgo más necesario para la supervivencia; pero, te lo ruego, no permitas que esta redonda persona se regodee sin pensar en la narración de una multitud de escabrosas historias de aflicciones, pérdidas y cuitas similares, ¡ni dejes que lamente su actual soledad como nada más que un estado voluntario!

Presta atención, pues, con perceptible alivio, a estos tres para los que el amor hace que cada momento bulla como un volcán a punto de estallar, entre el gemido de continentes, la convulsión de valles y el surcar de los surcos; pero no, la honestidad exige una cierta revisión de lo que hierve y se revuelve bajo la superficie. Solo dos de los tres se agitan y retuercen en la deliciosa agonía del «eso que podría ser amor», y el objeto de su imperturbable atención no es otra que la tercera de su pintoresco trío, que, al ser de naturaleza femenina, todavía ha de decidir y que, ahora que disfruta de una atención extraordinaria, es muy posible que nunca decida. Y si se inmolasen los dos que no cesan de rivalizar por su corazón, bueno, hay más anguilas en el barro, ¿no?

Y estos tres, pues, unidos en la guerra y unidos con más fuerza en la calamidad del deseo mucho después de que se pusiese fin a la guerra, se encuentran ahora en la bella ciudad de Darujhistan, dos persiguiendo a una y allá donde va la una, allí van los dos, pero la una se pregunta, lo hace, cuán lejos podrá llevarlos, así que ¿qué tal si lo comprobamos?

Al ser analfabeta ha garabateado su nombre en una lista, suponiendo que la representación pictográfica de su nombre sea algo parecido al espasmo del corazón de un pollo justo antes de morir, y hete aquí que los dos pretendientes pretenden lo mismo, compitiendo incluso en sus expresiones de analfabeta extravagancia, con el primero diseñando un sigilo muy elaborado de su persona que podría llevar a imaginar que su nombre es Rastro Pegajoso de Caracol en Éxtasis, mientras que el otro, al ver eso, hizo lo propio con pincel, polvo de escribiente y hasta las uñas para elaborar el garabato evocador de una serpiente que tratase de cruzar un salón de baile mientras una tribu importuna a los caprichosos dioses de la lluvia. Ambos hombres se alzaron entonces, radiantes de orgullo al tiempo que intercambiaban muecas de amenaza, mientras su amor se alejaba con indolencia hacia un puesto cercano donde una anciana que lucía unas algas en la cabeza estaba cocinando campañaes rellenos sobre un brasero de carbón.

Los dos hombres se apresuraron tras ella, desesperados ambos por invitarla a desayunar, o por golpear a la vieja hasta la inconsciencia, lo que prefiriese su adorada.

Así fue que el mariscal supremo Jula Tronco y el mariscal supremo Amby Tronco, junto con la bruja de los pantanos llamada Preciosa Dedal, todos retirados de los Irregulares de Mott, se encontraban muy cerca, y lo que es más, estaban listos y preparados para convertirse en accionistas cuando maese Quell y Vahído llegaron a la oficina de la Asociación Comercial de Trygalle. Y si bien tres no era el número que buscaba Quell a modo de recambios tendrían que valer, dada la apremiante necesidad de Mappo Runt.

Así que no tendrían que esperar hasta la mañana, después de todo. De lo más consecuente, sin duda. ¡Cuánta felicidad!

Las conspiraciones son las impulsoras del mundo civilizado, tanto las reales como las imaginarias, y en todos esos paseos de jugadas y contraataques, bueno, digamos que la veracidad de las intrigas es irrelevante. En un aposento subterráneo, y muy privado, de la hacienda del consejero Gorlas Vidikas se encontraban los también consejeros Shardan Lim y Hanut Orr en compañía de su honorable anfitrión, y el vino había fluido como la fuente de la Reina de los Sueños —o si no eran sueños, entonces al menos

aspiraciones irresponsables— durante todo el curso de la noche que acababa de terminar.

Todavía un tanto ebrios y quizás exhaustos y ahítos de satisfacción, disfrutaban de un amigable silencio, bañados todos en una sabiduría mayor de la que correspondía a su edad, bañados todos en ese manantial de poder contra el que la razón estaba inerme. En sus ojos entornados había una mirada enardecida y no había nada imposible en el mundo. No para aquellos tres.

—Coll será un problema —dijo Hanut.

—Menuda novedad —murmuró Shardan, y los otros dos le rieron la gracia con una risa suave, apagada—. Aunque —añadió mientras jugueteaba con un maticandela de plata—, a menos que le demos motivos para sospechar, no se puede servir de ninguna objeción real y legítima. Nuestro candidato es una persona respetada, por no decir inofensiva, al menos en el aspecto físico.

—Pero precisamente porque lo proponemos nosotros —dijo Hanut meneando la cabeza— seguro que Coll se muestra suspicaz.

—Lo hacemos tal como dijimos, entonces —respondió Shardan, amenazando la llama de la vela más cercana con la muerte—. Ávidos, dispuestos, arrogantes, descarados e incómodos, impacientes por hacer uso de nuestro recién adquirido privilegio de proponer nuevos miembros al Consejo. Extraño sería que fuésemos los primeros en ser tan torpes ni tan tontos, ¿no?

Gorlas Vidikas se dio cuenta de que empezaba a perder la atención, ya habían repasado todo eso, creyó recordar. Todo el rato, a decir verdad, durante toda la noche, y había llegado un nuevo día y ellos seguían rumiando el mismo bolo insípido. Cómo les gustaba a sus dos compañeros el sonido de su propia voz. Convertían el diálogo en una discusión incluso cuando los dos estaban de acuerdo, y lo único que los distinguía era la elección de palabras fabricadas para cada reiteración.

Bueno, tenían su utilidad, a pesar de todo. Y a lo que él le había dado forma allí era prueba suficiente de ello.

Y, como no podía ser de otro modo, Hanut volvió a clavar los ojos en él y volvió a repetir la misma pregunta.

—¿Ese idiota tuyo merece la pena, Gorlas? ¿Por qué él? Como si no se nos acercase cada semana algún nuevo candidato en potencia que quiere comprar nuestros votos para entrar en el Consejo. Naturalmente, nos es más útil ir embaucando a los idiotas, ir ganando favor tras favor, y quizás un día decidir que somos dueños de tantos que nos merecerá la pena presentarlos. Entretanto, nos vamos haciendo más ricos e influyentes fuera del Consejo. Bien saben los dioses que podemos hacer una condenada fortuna con este.

—No es de los que vaya a querer ser la puta de nuestro chulo, Hanut.

Un ceño de desagrado.

—No parece una analogía adecuada, Gorlas. Se te olvida que eres el que menos antigüedad tienes entre los presentes.

El que resulta que posee a la mujer que los dos queréis meter en vuestras camas. No me reprendas por esas analogías cuando sabes lo que vas a pagar por ella. Pensamientos que permanecieron bien ocultos bajo su expresión, escarmentada por un momento.

—Entonces no seguirá el juego. Quiere llegar al Consejo y a cambio tendremos garantizado su apoyo cuando movamos nuestras piezas para apartar a los estadistas más viejos y sus fosilizadas formas de hacer las cosas y nos hagamos con el auténtico poder.

—Parece un acuerdo razonable, Hanut —rezongó Shardan—. Estoy cansado, necesito dormir un poco. —Apagó la vela que tenía delante y se levantó—. Hanut, sé de un sitio para desayunar. —Le sonrió a Gorlas—. No pretendo ser grosero al no invitarte a ti, amigo mío. Más bien me imagino que tu esposa querrá saludarte esta mañana, para compartir el desayuno. El Consejo no se reúne hasta media tarde,

después de todo. Aprovecha tu tiempo libre, Gorlas, cuando puedas.

—Os acompaño a los dos a la puerta —respondió el anfitrión con una sonrisa petrificada en la cara.

La mayor parte de la magia con la que lady Cáliz Vidikas estaba familiarizada era de la que no servía para nada. De niña había oído historias sobre grandes y terribles hechicerías, claro está, ¿y no había visto ella con sus propios ojos Engendro de Luna? La noche en la que se hundió tanto que la cruda parte inferior había estado a punto de rozar los tejados más altos, y había habido dragones en el cielo, y una tormenta al este que se decía que era una magia fiera nacida de una guerra demoníaca en las colinas gadrobi, y también estaba esa confusa locura tras la hacienda de lady Simtal. Pero nada de eso la había afectado directamente. Su vida hasta el momento había transcurrido igual que la de casi todo el mundo, pocas veces tocada por algo que no fuera los cuidados ocasionales de algún sanador. Todo cuanto tenía en su posesión era una pequeña colección de objetos hechizados cuya función era poco más que cautivar y entretener.

En ese momento tenía delante uno de tales objetos, en su tocador, una semiesfera de vidrio casi perfecta en el que flotaba una imitación de la luna tan brillante como si estuviera en el cielo. Los detalles de la superficie eran precisos, al menos cuando se veía la faz de la verdadera luna, en lugar del reflejo borroso e incierto de ahora.

Un regalo de boda, recordó, aunque había olvidado de quién. Uno de los invitados menos aborrecibles, sospechaba, alguien con buen ojo para el romance a la antigua, quizá. Un soñador, alguien que de verdad le deseaba lo mejor. Por la noche, si quería tener la habitación a oscuras, había que cubrir aquella semiesfera, pues refulgía tanto que se podía leer con su luz. A pesar de las molestias, Cáliz conservaba el regalo, es más, lo tenía siempre cerca.

¿Era porque Gorlas lo despreciaba? ¿Era porque, si bien una vez había parecido ofrecerle una especie de promesa, con el tiempo se había transformado en el símbolo de algo muy diferente? Una luna diminuta, sí, tan resplandeciente, pero que seguía allí, atrapada, sin ningún lugar al que ir. Era un faro que llameaba como un grito de socorro, con un optimismo que nunca decaía, una esperanza que nunca moría.

Ahora, cuando miraba el objeto, sentía claustrofobia, como si de algún modo compartiese su destino. Pero ella no podría brillar para siempre, ¿verdad? No, su brillo se apagaría, ya se estaba apagando. Así que, aunque tenía ese símbolo de lo que podría ser, la sensación que le producía se había transformado en una especie de embelesado resentimiento, e incluso con solo mirarlo, tal como hacía en ese instante, sentía su roce ardiente, que le abrasaba la mente con un dolor que era casi delicioso.

Todo porque había comenzado a alimentar un deseo, y quizás aquella era una hechicería mucho más poderosa de lo que había imaginado; un encantamiento, de hecho, que rozaba la maldición. La luz bruñida se filtraba en su cuerpo y llenaba su mente de extraños pensamientos y apetitos cada vez más ansiosos de ser satisfechos. La tentaban para que se internara en un mundo más oscuro, un lugar de placeres hedonistas, un lugar al que no le importaba el futuro y despreciaba el pasado.

La llamaba, con la feliz promesa del presente perpetuo, y se podía encontrar, lo sabía, allá fuera en alguna parte.

Oyó a su marido en las escaleras, quien por fin se dignaba a honrarla con su presencia, aunque después de pasarse toda la noche bebiendo y dedicándose al viril pasatiempo de hincharse las narices unos a otros, cacareando y sacando pecho como gallitos, estaría insoportable. Cáliz no había dormido bien y, a decir verdad, no estaba de humor para él (claro que, comprendió, hacía ya tiempo que no estaba de humor para él... ¡menuda sorpresa!), así que se levantó a toda prisa y se fue a su vestidor privado. Un viaje a la ciudad sería perfecto para su inquietud. Sí, pasear sin rumbo y contemplar los detritos de las

festividades nocturnas, distraerse con los ojos somnolientos, los rostros sin afeitar y los últimos gruñidos de discusiones ya agotadas.

Y desayunaría en la terraza de la balconada de alguno de los restaurantes más elegantes, quizás el Kathada o el Perla Oblonga, lo que le permitiría disfrutar de una vista de la plaza y el parque Borthen, donde los sirvientes paseaban a los perros guardianes y las niñeras empujaban cochecitos de dos ruedas en los que se acurrucaba una nueva generación de privilegiados, arropados en nidos de seda y algodón fino.

Allí, con fruta fresca y una jarra de exquisito vino blanco, y quizá incluso una pipa, vería el deambular de la vida allá abajo, le dedicaría un pensamiento (solo por esa vez y nada más) a los perros que no quería, a los niños que no tenía y que, con toda probabilidad, jamás tendría, dadas las preferencias de Gorlas. Y pensar, solo un rato y por mero afán contemplativo, en los padres de su marido y la aversión que sentían por ella (convencidos de que era estéril, sin duda, pero ninguna mujer se había quedado embarazada jamás por allí, ¿no?), y en su propio padre, que se había quedado viudo, con sus ojos tristes y la sonrisa que tanto le costaba dibujar cada vez que la miraba. Y plantearse, una vez más, la idea de tener un aparte con su padre y advertirle... ¿de qué? Bueno, de su marido, para empezar, y sobre Hanut Orr y Shardan Lim, ya que estaba. Soñando todos con un gran triunvirato de tiranía y tramando sin duda para hacerlo realidad. Claro que, su padre se echaría a reír, ¿verdad? Y diría que los miembros jóvenes del Consejo eran todos iguales, ardían de ambición y convicciones, y que su ascenso no era más que una cuestión de tiempo, tan imparable como la marea de un océano, y ellos mismos no tardarían en darse cuenta de eso y abandonarían sus incesantes planes de usurpación. La paciencia, le diría, es la última virtud que se aprende. *Sí, pero con frecuencia demasiado tarde para que sirva de nada, querido padre. Fíjate en ti, una vida entera pasada con una mujer que nunca te gustó, y ahora, libre al fin, te ves con el pelo encanecido, los hombros más encorvados y duermes diez campanadas cada noche...*

Esos y otros pensamientos le venían a la cabeza mientras se aseaba y elegía el atuendo que vestiría ese día. Y en el dormitorio del otro lado oyó a Gorlas sentarse en la cama, sin duda para desatarse las botas, sabiendo de sobra que ella estaba en su diminuto aposento, pero sin dar ninguna muestra de interés.

¿Y qué le iba a ofrecer Darujhistan en ese hermoso día? Bueno, ya lo descubriría, ¿no?

Se volvió tras contemplar a sus estudiantes en el complejo y, al posar los ojos en él, arrugó el ceño.

—Ah, eres tú.

—¿Así que esta es la nueva cosecha? Por el dulce beso de Apsalar, Piedra.

El gesto ceñudo de la mujer ahora se tornó irónico, pasó junto a él y se metió en la sombra de la columnata, donde se sentó en el banco que tenía junto al arco y estiró las piernas.

—No lo voy a negar, Rezongo. Pero es algo que llevo un tiempo notando, los hijos de la nobleza llegan aquí hechos unos vagos, pasados de peso y faltos de interés. Sus padres quieren que sean hábiles con la espada, algo tan aborrecible para ellos como las lecciones de lira o aprender los números. La mayor parte de ellos ni siquiera es capaz de sostener las espadas de prácticas por más de cincuenta latidos, pero, en cambio, de mí se espera que los convierta en algo más valioso que un moco en ocho meses. ¿Por el dulce beso de Apsalar? Sí, lo acepto. Un auténtico robo, definitivamente.

—Y no te va mal, por lo que veo.

La mujer se pasó una mano enguantada por el muslo derecho.

—¿Las nuevas calzas? Preciosas, ¿verdad?

—Asombrosas.

—El terciopelo negro no le sienta bien a cualquier pierna envejecida, ya sabes.

—A las mías, no, por lo menos.

—¿Qué quieres, Rezongo? Veo que las púas están desvaídas, al menos. Se dice que cuando regresaste resplandecías como nunca.

—Un desastre. Necesito un oficio nuevo.

—No digas tonterías. Es lo único que se te da un poco bien. El lugar de los patanes como tú está ahí fuera, para abrirles la cabeza a los bandidos y todo eso. Como te dé por no moverte de aquí, la ciudad ya se puede dar por perdida, y resulta que a mí me gusta vivir aquí, así que cuanto antes regreses a los caminos, mejor.

—Yo también te he echado de menos, Piedra.

La mujer lanzó un bufido.

—Bede y Myrla están bien, por cierto.

—No sigas por ahí.

Su compañero suspiró y se frotó la cara.

—Hablo en serio, Rezongo.

—Oye, alguna visita que otra es todo lo que pido...

—Envío dinero.

—¿Ah, sí? Pues es la primera noticia que tengo. Bedek no ha dicho ni pío, y tal como les va, bueno, no me parece que estés mandando mucho ni muy a menudo.

Piedra lo miró con furia.

—Snell me recibe junto a la puerta y el dinero va directamente a sus manos... me aseguro de ello, Rezongo. Además, ¿cómo te atreves? La adopción fue legal, así que no les debo nada, maldito seas.

—Snell. En fin, supongo que eso lo explica todo. La próxima vez prueba con Myrla o Bedek, cualquiera que no sea Snell.

—¿Estás diciendo que ese mierdecilla lo roba?

—Piedra, no tienen más que para ir malviviendo, y, ahora que lo pienso, bueno, te conozco y sé que, con adopción o sin ella, no vas a dejar que se mueran de hambre, ninguno de ellos y menos tu hijo.

—No lo llames así.

—Piedra...

—El engendro de una violación; le veo la cara, ahí mismo, en la de Harllo, mirándome. La veo con toda claridad, Rezongo. —Sacudió la cabeza y evitó su mirada, había encogido las piernas y las apretaba con fuerza, no quedaba en ella ni rastro de bravuconería y estrechaba los brazos a su alrededor. Rezongo sintió que el corazón se le rompía de nuevo, pero no había nada que pudiera hacer, nada que pudiera decir que mejorase las cosas, solo lo empeoraría.

—Será mejor que te vayas —dijo ella con voz tensa—. Vuelve cuando el mundo se muera, Rezongo.

—Estaba pensando en la Asociación Comercial de Trygalle.

Piedra volvió la cabeza de golpe.

—¿Tú estás loco? ¿Es que quieres suicidarte?

—Pues quizá.

—Largo de mi vista, fuera. Venga, corre a que te maten.

—Tus estudiantes están a punto de desplomarse —comentó Rezongo—. No es fácil para nadie repetir y repetir estocadas, dudo que alguno de ellos sea capaz de caminar por la mañana.

—Olvídate de ellos. Si de verdad estás pensando en firmar con los Trygalle, dílo claro.

—Pensé que podrías convencerme para que no lo hiciera.

—¿Y por qué me iba a molestar? Tú tienes tu vida como yo tengo la mía. No estamos casados. Ni siquiera somos amantes...

—¿Algún éxito en ese terreno, Piedra? Alguien podría...

—Basta. Ya basta de todo esto. Te pones así cada vez que vuelves de un mal viaje. Lleno de conmiseración y casi chorreando mojigatería, mientras intentas convencerme una y otra vez.

—¿Convencerte de qué?

—De que sea humana, pero eso se acabó. Piedra Menackis murió hace años. Lo que ves aquí es una ladrona que dirige una escuela en la que no les enseña nada a unos mocosos que tienen pis en las venas. Solo estoy aquí para sacarles hasta la última moneda a esos idiotas. Para contarles que su hijo o su hija es un campeón duelista en potencia.

—Así que no me vas a convencer para que no firme con los Trygalle. —Rezongo se volvió hacia el arco—. Ya veo que aquí no pinto nada. Lo siento.

Pero Piedra estiró la mano y lo cogió por el antebrazo cuando estaba a punto de irse.

—No —le dijo.

—¿No qué?

—Hazme caso, Rezongo, no hay nada bueno en querer suicidarse.

—Muy bien —dijo Rezongo, y luego se fue.

Bueno, había vuelto a meter la pata hasta el fondo con ella. Nada nuevo, por desgracia. *Debería ir a por Snell y darle una sacudida o dos. Como mínimo meterle un susto de muerte. Conseguir que cante dónde entierra su tesoro. No me extraña que le guste tanto estar ahí sentado en la puerta. Para tener el terreno vigilado, supongo.*

Con todo, Rezongo volvía una y otra vez a todas esas desagradables verdades, la vida que se empeñaba en desperdiciar, la inutilidad de todas las cosas por las que decía preocuparse..., bueno, eso no era del todo verdad. Estaba el chico, aunque, claro, el papel de tío ocasional tampoco valía mucho, ¿no? ¿Qué sabiduría podía impartir él? Muy poca, si echaba la vista atrás al desastre que era su vida hasta la fecha. Compañeros muertos o perdidos, seguidores que se pudrían en el suelo, los montones de ceniza de batallas y décadas pasadas consumidas en arriesgar su vida para proteger las posesiones de otras personas, personas que se enriquecían sin arriesgar nada verdaderamente valioso. Sí, claro, puede que Rezongo cobrara por sus servicios, puede que incluso desangrara a sus jefes de vez en cuando, ¿por qué no iba a hacerlo?

Razón por la que, puestos a pensar en ello, todo ese asunto de la Asociación Comercial de Trygalle estaba empezando a tener sentido. Un accionista era justo eso, alguien con una participación en la empresa que se beneficiaba de sus propios esfuerzos, sin ningún gordo imbécil esperando entre bastidores con las manos sudorosas.

¿Acaso eso era tener ganas de suicidarse? Para nada. Sobrevivían muchos accionistas, y los que eran astutos se aseguraban de salir antes de que fuera demasiado tarde, se salían con riqueza suficiente para comprar una hacienda y retirarse a una vida de gozosa opulencia. Y eso era lo que necesitaba él, ¿no? *Bueno, cuando solo se te da bien una cosa y dejas de hacerla, ¿qué queda salvo no hacer nada?*

Con algún acólito llorica de Treach arañando en su puerta cada noche. «El Tigre del Verano quiere rugir, Elegido. Pero aquí estás tú tirado, indolente, entre sábanas de seda. ¿Qué hay de la batalla? ¿Qué hay de la sangre y los llantos de los moribundos? ¿Qué hay del caos y el hedor a desechos derramados, del acurrucarse alrededor de las heridas mortales, tirados en el cieno y el barro? ¿Qué hay de esa lucha terrible de la que sales sintiéndote tan vivo que parece imposible?».

Sí, ¿qué había de todo eso? Dejadme aquí echado, con este profundo y satisfecho ronroneo. Hasta que la guerra me encuentre y, si no lo hace, bueno, no pasa nada.

Bah, no engañaba a nadie, mucho menos a sí mismo. Él no era soldado, es verdad, pero por lo visto el caos lo encontraba de todos modos. La maldición del tigre, que aunque esté tranquilo sin molestar a

nadie, entra en la selva una turba de idiotas de ojos maliciosos entonando cánticos y golpeando el suelo. ¿Era eso cierto? Seguramente no, puesto que no había razón para cazar tigres, ¿verdad? Debía de haberse inventado la escena, o quizás había atisbado algo de los sueños de Treach. Claro que ¿no se enfrentaban los cazadores a bestias de todo tipo en sus guaridas, cuevas y madrigueras? Con alguna fatua excusa sobre peligros para el ganado o lo que fuera, allá iba la turba, sedienta de sangre.

Desafiadme, ¿queréis? Sí, sí, hacedlo... y de golpe sintió que cambiaba su humor, voluble y lleno de ira de repente.

Iba caminando por una calle, cerca ya de su morada, pero los transeúntes habían perdido el rostro, se habían convertido en apenas simples trozos de carne con patas, y le entraron ganas matarlos a todos.

Bajó la vista a las manos y vio las rayas negras de las púas del tigre, profundas como polvoriento azabache, y supo que los ojos le ardían, que estaba enseñando los dientes, que le brillaban los caninos, y supo, también, por qué las amorfas figuras junto a las que pasaba lo rehuían. Con que uno de ellos se acercase sería capaz de abalanzarse a por él, abrirle la garganta y probar la creta salada de su sangre con la lengua. Pero los idiotas huían en estampida, a esconderse en algún umbral o escapar por cualquier callejón.

Con mal cuerpo y decepcionado, se encontró junto a su puerta.

Ella no lo entendía, o quizá lo entendía demasiado bien. En cualquier caso, tenía razón cuando decía que su sitio no estaba en aquella ciudad, ni en ninguna otra. Todas eran jaulas, y el truco que jamás había logrado aprender era cómo vivir en paz en una jaula.

En cualquier caso, la paz estaba sobrevalorada, solo había que mirar a Piedra. *Cojo mi parte, mi fortuna, y les compro una vida nueva, una vida con sirvientes y todo eso, una casa con un jardín cerrado donde lo puedan sacar para que se siente al sol. Para los niños una educación como es debido; sí, un tutor cruel que coja a Snell por el pescuezo y le enseñe lo que es el respeto. Y si no es respeto, entonces un terror sano. Y para Harllo, la oportunidad de tener un futuro.*

Con un viaje debería bastarme, y a uno puedo sobrevivir, ¿no? Es lo menos que puedo hacer por ellos. Entretanto, Piedra se ocupará de las cosas, se asegurará de que el dinero llegue a Myrla.

¿Dónde diablos vi ese maldito carruaje?

Estaba otra vez en su puerta, esa vez mirando la calle. Cargado con los pertrechos de viaje, con armas y su capa de lluvia forrada de piel —la nueva que olía a oveja—, así que estaba claro que había pasado algún tiempo, pero un tiempo que carecía de importancia, en el que no pasaba nada más que lo que había de hacerse, sin malgastar un pensamiento. Nada parecido a la duda, o el impasible sopesar de posibilidades, o el ir y venir de los lamentos que quizás algunos llamarían sabia reflexión.

Caminar ahora, eso también era de escasa importancia. En realidad nada importaba hasta el momento en que se sacaban las garras y el olor a sangre corta el aire. Ese momento esperaba más adelante, y él se estaba acercando, paso a paso, porque cuando un tigre decide que es hora de cazar, es hora de cazar.

Snell se acercó a su presa por detrás, encantado con su habilidad para el sigilo, para acechar a la criatura que estaba sentada en los pastizales sin sospechar nada, prueba de que Harllo no estaba hecho para el mundo real, el mundo en el que todo era una amenaza de la que había que encargarse, no se fuera a encargar ella de ti. Era el tipo de lección que Snell sabía que debía impartir, allí fuera, en el monte.

Sostenía en una mano un saco lleno de concejos de plata que había traído tía Piedra, dos forros de arpillera y el cuello bien atado para que pudiera sujetarlo bien. El sonido que hicieron las monedas cuando impactaron en un lateral de la cabeza de Harllo fue de lo más gratificante y embargó a Snell de emoción. Y el modo en que esa aborrecible cabeza se partió al caer de un lado, con el cuerpecillo

derrumbándose en el suelo, vaya, aquella fue una visión que atesoraría toda la vida.

Pateó a la forma inconsciente durante un rato, pero sin los gruñidos y gemidos no era tan divertido, así que lo dejó. Luego, tras recoger el pesado saco de estiércol, emprendió el regreso a casa. Su madre se pondría contenta al ver el botín y le plantaría un beso en la frente, y él podría disfrutar un poco, y cuando alguien se preguntara dónde se había metido Harllo, bueno, les diría que lo había visto en los muelles, hablando con un marinero. Cuando el niño no volviera a casa esa noche, Myrta quizá mandara a buscar a Rezongo para que bajara a mirar en el puerto, donde averiguaría que dos buques habían zarpado ese día, o tres, y ¿había un nuevo grumete en alguno de ellos? Quizá sí, o quizá no, ¿quién se fijaba en esas cosas?

Consternación, pues, y preocupación, y duelo, pero nada de ello duraría mucho. Snell se convertiría en el más amado, el que seguía con ellos, el que tenían que cuidar, proteger y mimar. Como antes, como se suponía que tenía que ser.

Sonriente bajo el radiante sol de la mañana, con aves zancudas picoteando el barro en las marismas del lago, a su izquierda, Snell regresó sin prisas a casa. Un buen día, un día para sentirse así de vivo, así de libre. Había enmendado el mundo, el mundo entero.

El pastor que encontró al niño en los pastizales de la cima que se asomaba al camino que iba a Maiten y la Puerta de Dos Bueyes era un anciano con rodillas artríticas que sabía que estaba dejando de resultar útil, y que muy pronto se encontraría sin trabajo, a juzgar por el modo en el que el jefe de los pastores lo miraba renquear y apoyarse demasiado en su bastón. Examinó al niño, le sorprendió encontrarlo todavía vivo, y eso le dio ideas sobre lo que podría hacer con un pilluelo como ese a su cuidado.

¿Valía la pena el esfuerzo? Podría traer a su mujer hasta allí, con la carreta, levantar los dos el cuerpo para meterlo dentro y empujar la carreta de regreso a su cabaña en la orilla del lago. Ocuparse de él y ver si vivía o moría, darle de comer lo suficiente llegado el caso, ¿y luego?

Bueno, tenía ideas, sí, muchísimas ideas. Ninguna de ellas agradable, pero, claro, ¿quién había dicho que el mundo era un lugar agradable? Con los niños perdidos se podía hacer lo que se quisiese y eso era una regla en alguna parte, estaba seguro, una regla, como cuando se encuentra algún resto salvable en la playa. Lo que te encontrabas era para ti, y, además, el dinero les vendría muy bien.

También él llegó a la conclusión de que ese era un buen día.

Recordaba su niñez, corriendo en libertad por las calles y callejones, trepando a los tejados por la noche para, maravillado, otear desde allí el infame Camino de los Ladrones. Qué tentador aquel romance de aventuras bajo la clandestina luz de la luna, mientras todos los memos y víctimas en potencia dormían en las habitaciones a oscuras de allí abajo.

Correr en libertad, y para un niño cualquier camino era tan bueno como otro, aunque quizá mejor siempre que hubiera misterio y peligro en cada paso. Incluso después, cuando ese peligro se había hecho más que real, para Navaja había sido una vida que se desplegaba y revelaba un corazón empapado de asombro.

El romance era cosa de idiotas, ahora lo sabía. Nadie valoraba el corazón entregado, nadie veía en ese sacrificio el valioso regalo que era. No, solo era una cosa que había que agarrar, retorcer con insensibles manos, después escurrir y tirar. O una simple mercancía, nunca tan deseable como el siguiente, el que esperaba, o el de otra persona. O, lo que era mucho peor, lo veían como un regalo demasiado valioso para aceptarlo.

La naturaleza del rechazo, se dijo, era irrelevante. El dolor y la pena llegaban con singulares sabores,

amargos y sin vida, y buena parte de ellos pudrían el alma. Él podría haber elegido otros caminos. Debería haberlo hecho. Quizá seguir los pasos de Murillio, un amor nuevo cada noche, la adoración de mujeres desesperadas, elegantes almuerzos en balcones y encuentros discretos bajo el susurro de las hojas de algún jardín privado.

¿Y qué había de Kruppe? Un maestro astuto del que podría haber aprendido aún más de lo que lo había hecho, sobre el elevado arte del hurto, la colocación de los objetos robados, la adquisición de información valiosa, disponible solo para el que estuviera dispuesto a pagar, y pagar bien. También sobre la correcta apreciación de vinos, pasteles y atuendos inapropiados. Una vida entera de querúbrica delicia, pero ¿de verdad había sitio en el mundo para más de un Kruppe?

¡Por supuesto que no!

¿Era preferible, entonces, ese camino de dagas, ese baile de sombras y muertes a cambio de dinero, sin contar siquiera con la aprobación de un soldado, como si eso importara? Rallick no estaría de acuerdo. Y Murillio sacudiría la cabeza, Kruppe menearía las cejas y Meese quizá sonreiría e intentaría agarrarle la entepierna otra vez, todo mientras Irlta observaba con expresión maternal. Y habría ese fulgor en los ojos de Sulty, ahora manchados con la amarga verdad de saber que ella ya no era bastante para alguien como él, que solo le quedaba soñar; que, de algún modo, el hecho de que él fuera asesino lo colocaba en una posición tan elevada que su humilde existencia como muchacha de servicio estaba por debajo de su atención. Y hasta sus esfuerzos por mantener la amistad, ella los interpretaba como compasión y condescendencia, lo que bastaba para hacerla estallar en lágrimas ante una palabra equivocada, una mirada no correspondida.

El tiempo de soñar con el futuro parecía pasar inadvertido, veloz, hasta que al revivirlo un hombre se daba cuenta, horrorizado, de que ya no podía contar con ese privilegio pues ahora pertenecía a esos rostros más jóvenes que veía por todas partes, riéndose en la taberna y en las calles, corriendo en libertad.

—Has cambiado —dijo Murillio desde la cama donde estaba reclinado, apoyado en almohadones, el cabello suelto y sin lavar—, y no estoy seguro de que sea para mejor.

Navaja miró a su viejo amigo por un momento.

—¿Qué es mejor? —preguntó.

—¿Qué es mejor, dices? No habrías formulado esa pregunta, y desde luego no de esa forma, la última vez que te vi. Alguien te rompió el corazón, Azafrán... ¡no sería Cáliz D'Arle, espero!

Navaja sonrió y negó con la cabeza.

—No y, mira por dónde, casi había olvidado su nombre. Su rostro, desde luego... y ahora me llamo Navaja, Murillio.

—Lo que tú digas.

Era justo lo que había hecho, decírselo, pero estaba claro que Murillio andaba un tanto maltrecho, incapaz de mantener su nivel habitual de conversación. Si había tratado de demostrarle algo al decir eso, bueno, quizá «Azafrán» hubiera picado el anzuelo. *Es la oscuridad de mi alma... no, no importa.*

—¿Así que Siete Ciudades? Te tomaste con calma el regreso a casa.

—Fue un largo viaje, para el barco en el que iba. La ruta del norte, por el archipiélago, atrapado durante dos estaciones enteras en un tugurio miserable de puerto; primero las tormentas de invierno, cosa que esperábamos, luego una primavera llena de traicioneras balsas de hielo, cosa que no esperábamos..., nadie, de hecho.

—Deberías haber reservado un pasaje en un mercante moranthiano.

Navaja apartó la mirada.

—No tenía alternativa, ni para el barco ni para la compañía a bordo.

—¿Así que lo pasaste mal en el barco?

Suspiró antes de responder.

—No fue culpa suya, de ninguno de ellos. De hecho, hice buenos amigos...

—¿Y dónde están ahora?

Navaja se encogió de hombros.

—Desperdigados por ahí, me imagino.

—¿Los conoceremos? —preguntó Murillio.

A Navaja le extrañaron aquellas preguntas, descubrió en sí mismo una extraña irritación ante el aparente interés de Murillio por las personas con las que había regresado.

—A alguno, quizá. Algunos bajaron a tierra solo para marcharse de nuevo, por cualquier medio posible, así que a esos no. A los otros... veremos.

—Ah, solo sentía curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Bueno, qué grupo de amigos te daba más vergüenza, supongo.

—¡Ninguno!

—Perdón, no era mi intención ofender... Navaja. Es solo que pareces un tanto... inquieto, como si prefirieras estar en otra parte.

No es tan sencillo.

—Es que todo es... diferente. Eso es todo. Me he llevado un buen susto al encontrarte casi muerto.

—Me imagino que también debiste de llevarte un buen susto al vencer a Rallick en una pelea a cuchillos.

Navaja prefería no pensar mucho en eso.

—Jamás habría imaginado que perderías un duelo, Murillio.

—Es fácil que ocurra cuando vas borracho y sin calzones.

—Vaya.

—En realidad, nada de eso es pertinente para mi situación actual. Fui un imprudente. ¿Que por qué lo fui? Porque me estoy haciendo viejo. Porque todo empieza a ir más lento. Yo soy más lento. Mírame, aquí tirado, sanado pero lleno de dolores, viejas heridas y nada más que frías cenizas en el alma. Me han concedido una segunda oportunidad y pienso aprovecharla.

—¿Qué quieres decir?

Murillio le lanzó una mirada. Pareció como si estuviera a punto de decir algo, pero después cambiase de opinión y escogiese decir otra cosa.

—Voy a retirarme. Es verdad que no he ahorrado mucho, pero bueno, debería poder vivir con expectativas más modestas, ¿no? Hay una nueva escuela de esgrima en el Daru. He oído que les va bastante bien, largas listas de solicitudes y todo eso. Podría echar una mano un par de días a la semana.

—Se acabaron las viudas. Se acabaron las citas clandestinas.

—Exacto.

—Serás un buen instructor.

—No lo creo —replicó el otro con una mueca—, pero tampoco aspiro a serlo. Es trabajo, nada más. Juego de pies, postura, equilibrio, ritmo... las cosas serias que las aprendan de otro.

—Si te presentas allí con esas palabras —dijo Navaja—, no te van a contratar.

—¿He perdido mi encanto personal?

Navaja suspiró y se levantó de la silla.

—Lo dudo.

—¿Qué te ha hecho volver? —preguntó Murillio.

La pregunta lo detuvo.

—La vanidad, quizá.

—¿Qué clase de vanidad?

La ciudad está en peligro. Me necesita.

—Bueno —dijo al tiempo que se volvía hacia la puerta—, una pueril. Mejórate, Murillio. Creo que has tenido una buena idea, por cierto. Si Rallick pasa por aquí y pregunta por mí, dile que volveré más tarde.

Bajó por la escalera de atrás, atravesó la húmeda y estrecha cocina y salió al callejón, donde el frío de la noche pasada permanecía en el aire. Era cierto que necesitaba hablar con Rallick Nom, pero no de inmediato. Se sentía un poco aturdido. La impresión del regreso, supuso, la confrontación en su interior entre lo que había sido y lo que era. Necesitaba asentarse, quitarse la confusión de encima. Si pudiera empezar a ver con claridad, sabría qué hacer.

Se adentraría en la ciudad, pues, para dar un paseo. No era exactamente «correr en libertad», ¿no?

No, esos días habían acabado mucho tiempo atrás.

La herida había curado rápido, lo que le recordaba que se habían producido cambios: el polvo de otataral que se había frotado en la piel hacía solo unos pocos días, o eso le parecía. Para empezar una noche de asesinato años atrás. Los otros cambios, sin embargo, estaban resultando mucho más desconcertantes. Había perdido demasiado tiempo. Había desaparecido del mundo, y el mundo había continuado sin él. Como si Rallick Nom se hubiera muerto; sí, no era muy diferente, solo que ahora había vuelto, lo que no era como debería ser. *Saca un palo del barro y el barro se cerrará para tragarse el agujero, hasta que no queda señal alguna de que el palo hubiera existido jamás.*

¿Seguía siendo uno de los asesinos del Gremio? No en ese momento, y esa verdad le abría tantas posibilidades que le empezó a dar vueltas la cabeza y regresó titubeante a la sencilla idea de bajar a las catacumbas, acercarse a Seba Krafar y anunciar su regreso; de retomar, sí, su antigua vida.

Y si Seba se parecía al viejo Talo, sonreiría y diría «bienvenido a casa, Rallick Nom». Desde ese momento, las posibilidades de que Rallick volviera a salir con vida eran casi inexistentes. Seba vería de inmediato la amenaza que tenía delante. Vorcan había favorecido siempre a Rallick y eso solo ya era justificación suficiente para deshacerse de él. Seba no quería rivales, ya había tenido más que suficientes, si lo que le había contado Krute sobre la guerra de facciones era verdad.

Tenía otra opción en lo que al Gremio se refería. Rallick podía entrar y matar a Seba Krafar, y luego anunciar que era el señor de los asesinos en funciones hasta que regresara Vorcan. O podía quedarse escondido todo el tiempo posible y esperar a que fuese Vorcan la que hiciera su jugada. Luego, cuando ella volviera a gobernar la guarida, él podría salir de donde fuera y esos años perdidos no serían nada, no significarían nada. Era algo que tenía en común con Vorcan, y por eso ella no confiaría en nadie más que en Rallick. Él sería el segundo al mando, ¿y por qué no iba a sentirse satisfecho con eso?

Vaya, esa era una vieja crisis, venía de años atrás. Pensar que Turban Orr iba a ser la última persona a la que iba a matar había sido entonces una tontería tan grande como lo era ahora.

Se sentó al borde de la cama de su habitación. Abajo, en el bar, oyó a Kruppe dando una larga explicación sobre las glorias del desayuno, interrumpido por algún comentario ininteligible pero sin duda feroz de Meese, y estaba claro con esos dos era como si nada hubiera cambiado. No se podía decir lo mismo de Murillio, por desgracia. Ni de Azafrán, que ahora respondía al nombre de Navaja, un nombre de asesino, desde luego, demasiado apropiado para el hombre en el que se había convertido. ¿Y quién le enseñó a usar así los cuchillos? Había algo malazano en su estilo... de la Garra, de hecho.

Rallick había estado esperando la visita de Navaja, había estado anticipando la salva de preguntas.

Querría explicarse, ¿no? Intentar justificar sus decisiones ante Rallick, aunque no hubiera justificación posible. *No me escuchó, ¿no? Hizo caso omiso de mis advertencias. Solo los idiotas creen que pueden cambiar las cosas.* Bueno, ¿y dónde estaba? *Con Murillio, supongo, retrasando lo inevitable.*

Una breve llamada a la puerta y entró Irlita; se dio cuenta de que la vida había sido dura con ella en los últimos tiempos, y esas cosas parecían afectar a las mujeres más rápido que a los hombres, aunque cuando los hombres se iban, lo hacían deprisa.

—Te traigo el desayuno —le dijo mientras le acercaba una bandeja—. ¿Ves? Me acordé de todo, hasta de los higos bañados en miel.

¿Higos bañados en miel?

—Gracia, Irlita. Dile a Aza... eh, a Navaja que me gustaría verlo.

—Ha salido.

—¿Que ha salido? ¿Cuándo?

La mujer se encogió de hombros.

—No hace mucho, según Murillio.

Dejó de hablar por un ataque de tos seca que le dejó su ancho rostro enrojecido.

—Tienes que ver a un sanador —dijo Rallick cuando dejó de toser.

—Mira —dijo la mujer mientras abría la puerta que tenía detrás—, yo no me arrepiento de nada, Rallick. No espero el beso de ningún dios en el otro lado, y nadie va a decir que Irlita no se lo pasó bien cuando estaba viva, no señor.

Añadió algo más, pero como ya estaba en el pasillo cerrando la puerta, Rallick no llegó a entenderlo. Quizá fuera algo como «ya tienes en lo que pensar...», aunque ella nunca había sido la irritable, ¿verdad?

Rallick miró la bandeja, frunció el ceño, después la cogió y se levantó.

Salió al pasillo y con ella en equilibrio sobre una sola mano levantó el pestillo de la siguiente puerta y entró en la habitación de Murillio.

—Esto es tuyo —dijo Rallick—. Higos bañados en miel, tus favoritos.

Un gruñido de Murillio desde la cama.

—Eso explica estas tiras de cecina picante... Eres lo que comes, ¿verdad?

—Pues tú no eres ni de lejos tan dulce como crees —dijo Rallick mientras dejaba la bandeja—. Pobre Irlita.

—De pobre Irlita nada, esa mujer se ha llevado más en sus años de vida que todos nosotros juntos, así que ahora se está muriendo, pero no quiere saber nada de ningún sanador porque, creo, está lista para irse. —Murillio sacudió la cabeza mientras estiraba una mano para coger el primer higo glaseado—. Si supiera que estabas sintiendo lástima de ella, seguramente te mataría de verdad, Rallick.

—Me has echado de menos, ¿eh?

Una pausa, una mirada inquisitiva, luego Murillio le dio un bocado al higo.

Rallick fue a sentarse junto con la cama, en una de las dos sillas embutidas en la habitación.

—¿Hablaste con Navaja?

—Algo.

—Creí que iba a venir a verme.

—No me digas.

—El que no lo haya hecho no debería hacerme pensar que se asustó, ¿verdad?

Murillio negó lentamente con la cabeza.

Rallick suspiró.

—Vi a Coll anoche —dijo después—, así que nuestro plan funcionó. Recuperó su hacienda, recuperó su nombre, su amor propio. Sabes, Murillio, no pensé que nada pudiera salir tan bien. Tan... a la

perfección. ¿Cómo Embozado nos las ingeniamos para conseguirlo?

—Fue una noche de milagros, definitivamente.

—Me siento... perdido.

—No es de extrañar —respondió Murillio mientras cogía otro higo—. Come un poco de esa cecina, la peste me está dando náuseas.

—¿La prefieres en mi aliento?

—Bueno, no veo que vayamos a besarnos pronto.

—No tengo hambre —dijo Rallick—. La tenía cuando me desperté, creo, pero se me pasó.

—Te despertaste... ¿Todo ese tiempo estabas durmiendo en la Casa del finnest? ¿Bien arropadito en la cama?

—En la piedra, justo al lado de la puerta. Con Vórcan tirada a mi lado, al parecer. No estaba allí cuando recuperé el sentido. Solo un no muerto jaghut.

Murillio pareció pensarlo un rato.

—Bueno —dijo después—, ¿y ahora qué, Rallick Nom?

—Ojalá lo supiera.

—Igual Baruk necesita que le hagan algún trabajito, como antes.

—¿Te refieres a guardarle las espaldas a Navaja, por ejemplo? ¿Echarle un ojo a Coll? ¿Y cuánto tiempo va a tardar el Gremio en enterarse de que he vuelto? ¿Cuánto tiempo antes de que me aparten?

—Ah, el Gremio. Bueno, yo me había imaginado que entrarías, dejarías a tu paso unas docenas de cuerpos sin vida y recuperarías el lugar que te corresponde. Con Vórcan de vuelta..., bueno, a mí me parece obvio lo que hay que hacer.

—Ese nunca fue mi estilo, Murillio.

—Lo sé, pero las circunstancias cambian.

—Desde luego que cambian.

—Volverá —dijo Murillio—. Cuando esté preparado para hablar contigo. Ten en cuenta que ha estado fuera y ha coleccionado unas cuantas cicatrices nuevas, cicatrices profundas. Y algunas todavía sangran, yo diría. —Hizo una pausa antes de seguir—. Si Mammot no hubiera muerto, bueno, quién sabe lo que habría pasado. En su lugar, el chico se largó con los malazanos para llevar a Apsalar de vuelta a casa... Vaya, ya veo que no tienes ni idea de lo que te estoy hablando. Está bien, deja que te cuente la historia de cómo terminó esa noche, después de que te marcharas. ¡Pero haz el favor de comerte esa cecina!

—Cómo te las gastas con las negociaciones, amigo.

Y por primera vez esa mañana, vio sonreír a Murillio.

Su aroma se aferraba a las sábanas, tan dulce que le entraron ganas de llorar, incluso permanecía parte de su calor, o quizá solo era el sol, la luz dorada que entraba a raudales por la ventana y traía el sonido un tanto perturbador de pájaros apareándose en el árbol del patio trasero. *Tampoco hace falta ponerse frenéticos, pequeñines. Tenéis todo el tiempo del mundo.* Bueno, él se sentía del mismo modo, ¿verdad?

Ella estaba trabajando con el torno en la habitación exterior, un sonido que en otro tiempo había llenado su vida, pero que se desvaneció después y luego, al fin, regresó de nuevo. Como si no hubiera habido sórdidos crímenes de bandidaje y la esclavitud que se imponía como razonable castigo, como si nunca hubiera estado tirado en una zanja podrida, engrilletado junto a bárbaros teblor. Ningún guerrero enorme colgado de una cruz en el centro del barco, con Torvald dejando caer gota a gota agua salobre entre los agrietados labios del idiota. Ninguna tormenta de hechicería, ni tiburones, ni perversos reinos de los que entrar y salir a rastras. Ni sueños de ahogarse; no, todo eso había ocurrido en la vida de otro,

una historia cantada por un bardo medio borracho y el público tan incrédulo que estaba a nada de estallar en cólera, a punto de despedazar al idiota como se le ocurriera relatar una sola hazaña inverosímil más. Sí, la vida de otro. El torno giraba como siempre, y ella trabajaba la arcilla y le daba forma, simetría, belleza. Por supuesto, nunca hacía sus mejores piezas el día después de pasar una noche entera haciendo el amor, como si en ello hubiera consumido algo esencial, lo que fuera que alimentase la creatividad, y a veces él se sentía mal por eso. Ella se reía y sacudía la cabeza, quitándole importancia a sus preocupaciones, y hacía girar el torno con más vigor.

Había visto, en los estantes de la habitación exterior, decenas de vasijas mediocres. ¿Debería molestarle eso? Quizás en su día, pero ya no. Él se había esfumado de su vida, pero no había razón para que ella se marchitase en una vigilia solitaria o en un luto prolongado. La gente seguía adelante con su vida y eso era justo lo que debían hacer. Por supuesto que ella había tenido amantes. Quizá todavía los tuviera, de hecho, y había sido una especie de milagro que estuviera sola cuando había aparecido él; él casi había esperado que abriera la puerta un diosecillo hipermusculado de rubios y alborotados tirabuzones con una mandíbula que pidiera a gritos recibir un puñetazo.

—Quizás el tipo esté visitando a su madre —murmuró Torvald.

Se incorporó, giró las piernas y puso los pies en la estera de mimbre que cubría el suelo. Observó que la estera llevaba cosidas unas almohadas planas rellenas de lavanda que crujía bajo sus pies. *Ahora me explico lo bien que le huelen los pies.* Bueno, a él no le importaba lo que ella hubiera estado haciendo todo ese tiempo. Ni siquiera le importaba si todavía andaba metida en alguna cosa, aunque quizás entre cosa y cosa empezase a llenarse todo un poquito de cosas. *Cosas, claro.*

El día había despuntado y lo único que tenía que hacer era arreglar algunos asuntos y luego podría reanudar su vida como ciudadano de Darujhistan. Quizá visitar a unos cuantos viejos amigos, a algunos miembros de la familia de la que se había distanciado (bueno, los que todavía le hablasen), ir a ver los lugares que más había añorado y reflexionar un poco sobre qué iba a hacer con el resto de su vida.

Pero lo primero era lo primero. Torvald Nom se puso la ropa de corte extranjero (el juego limpio, que al secarse había quedado con demasiadas arrugas, por desgracia) y salió a la habitación exterior. Ella estaba de espaldas a él, encorvada sobre el torno, las piernas bombeando los pedales. Torvald vio el gran cuenco de agua limpia en su lugar de siempre, se acercó y se mojó un poco la cara. Eso le recordó que le hacía falta un buen afeitado, pero ahora podía pagar a alguien para que ofreciera esos servicios. Los oportunistas serán recompensados. Alguien había dicho eso alguna vez, estaba seguro.

—¡Mi amor!

La mujer se giró un poco y le sonrió.

—Mira qué feo es este, Tor. ¿Ves lo que has hecho?

—Es por el carácter, por supuesto...

—Son los muslos cansados —replicó ella.

—¿Una queja común? —preguntó él mientras paseaba junto a los estantes y se inclinaba para estudiar una pila de platos mal alineados.

—No mucho, en realidad. Lo que creas estar viendo ahí arriba, marido, es otra cosa. Es el estilo nuevo que todo el mundo quiere estos días. La simetría ha muerto, larga vida a lo torpe y torcido. Todas las damas nobles buscan una prima pobre en el campo, alguna tía o una tía abuela de rechonchos dedos que haga loza para sus parientes cuando no esté retorciendo pescuezos de pollo o pelando calabazas.

—Esa es una mentira enrevesada.

—Bueno, nunca se afirma claramente, Tor, solo se insinúa.

—Nunca se me ha dado bien deducir lo que se insinúa. A no ser que en la insinuación esté la deducción.

—He tenido exactamente dos amantes, Tor, y ninguno duró más de unos meses. ¿Quieres los nombres?

—¿Los conozco?

Cuando ella no respondió, él volvió la cabeza y la encontró mirándolo.

—Ah —tuvo el buen sentido de decir.

—Bueno, siempre que no empieces a mirar con suspicacia a todo el que entra aquí o me salude por la calle, porque si va a ser así, será mejor que te diga...

—No, no, querida. De hecho, el misterio es... enigmático. Lo que no sobrevivirá si termino sabiéndolo.

—Eso es cierto. Y por eso no te voy a preguntar nada. Ni dónde has estado, ni lo que has hecho.

—¡Pero eso es distinto!

La mujer alzó las cejas.

—No, en serio —dijo Torvald, y se acercó—. Lo que te dije anoche, no estaba exagerando.

—Si tú lo dices.

Se daba cuenta de que su mujer no le creía.

—Eso me duele. Me deja hecho polvo.

—Será mejor que te vayas —dijo Tiserra, que volvió una vez más al trozo de arcilla que tenía en el torno—. Tienes una deuda que saldar.

—¿Ningún rastro en el botín?

—Está tan limpio como puede estarlo, me aseguré de ello. A menos que Gareb grabara sigilos secretos en cada moneda que tenía, no sabrá de dónde salieron. Pero quizá sospeche, eso sí.

—Tengo una buena historia para explicarlo todo si hace falta —dijo Torvald—. Inversiones extranjeras, riqueza inesperada, un regreso victorioso.

—Bueno, yo suavizaría esa nueva versión, Tor.

Él la miró, notó que lo encontraba divertido, pero no dijo nada. *¿Qué sentido tenía? Ese gigante cuya vida salvé más de una vez, se llamaba Karsa Orlong. ¿Crees que podría inventarme un nombre así, Tis? ¿Y qué hay de estas cicatrices de grilletes? Claro, es la nueva moda entre la gente de alta cuna, la humildad forzada y todo eso.*

En fin, lo mismo daba de todos modos.

—No tengo intención de reunirme en persona con Gareb —dijo mientras se dirigía a la puerta de la calle—. Lo haré a través de Chamusquino y Leff.

El trozo de arcilla húmeda se deslizó del torno y se estrelló contra la pared, donde se quedó pegado un momento y luego bajó rezumando hasta el suelo.

Sorprendido, Torvald se volvió hacia su mujer y vio la expresión que no había visto en... en... bueno, una buena temporada.

—¡Espera! —exclamó—. Ya no somos socios, ¡te lo juro! Cariño, solo están actuando como mis intermediarios, eso es todo...

—Como te pongas a intrigar con esos dos otra vez, Torvald Nom, yo misma ofreceré un contrato para que se encarguen de ti.

—Siempre les caíste bien, ya lo sabes.

—Torvald...

—Lo sé, amor mío, lo sé. No te preocupes. Se acabaron las intrigas con Chamusquino y Leff. Te lo prometo. Ahora somos ricos, ¿te acuerdas?

—Lo malo de las listas —dijo Chamusquino— es todos los nombres que tienen.

Leff asintió.

—Eso es lo malo, justo. Ahí diste en el clavo, Chamusquino. Todos esos nombres. Deben de haberse puesto de acuerdo, ¿no te parece? Todos los usureros en una habitación abarrotada, llena de humo, zanganeando con jovencitas núbiles que les meten uvas en la boca y algún escriba con los labios manchados haciendo garabatos. Nombres, personas que están pasando por una mala racha, personas tan estúpidas que firman cualquier cosa y se llevan el dinero por muy descabellado que sea el interés. Nombres, ahí le has dado, Chamusquino, una lista de idiotas. Idiotas pobres, estúpidos y desesperaos.

—Y luego —dijo Chamusquino—, cuando la lista está hecha, ea, a la calle, para que se haga cargo algún otro idiota pobre, estúpido y desesperado.

—Quieto ahí, que nosotros no somos pobres.

—Sí que lo somos. Hemos sío pobres desde que Torvald Nom nos hizo el numerito ese de la desaparición. Él era el cerebro, admítelo, Leff. Y tú intentaste ser el cerebro desde que se fue y mira cómo hemos acabao, con una condenada lista y todos esos nombres.

Leff levantó un dedo.

—Pero tenemos a Kruppe, y él ya nos ha dado a seis.

—Seis nombres que pasamos ¿y sabes qué significa eso? Significa matones echando abajo una puerta a patada limpia en mitad de la noche, con amenazas y puede que cosas peores. Hicieron daño a gente por nuestra culpa, Leff. Mucho daño.

—Les hicieron daño porque no pudieron pagar. A no ser que decidas huir, y hablo de huir de verdad, en plan largarse de la ciudad, en plan poner cientos de leguas por medio y acabar en algún pueblo o ciudad que no tenga relación con esto, pero la gente no hace eso, ¿y por qué no? Pues porque están atrapados, enredados y no saben cómo salir porque tienen maridos, mujeres, hijos, y quizá sea duro, pero al menos es algo conocido, ¿sabes lo que te digo?

—No.

Leff parpadeó.

—Solo decía que...

—¿Qué pensaban que estaban haciendo para caer así en unas redes?, ¿dándose un bañito en el lago? Además, no to son préstamos, ¿no? También está el chantaje, lo que me da un par de ideas...

—Ni hablar, Chamusquino. No quiero líos de esos.

—Solo estoy diciendo que hablemos de eso con Tor, na más. A ver qué se le ocurre de planes y eso.

—Suponiendo que Tor aparezca.

—Aparecerá, ya lo verás, Leff. Era nuestro socio, ¿no? Y ha vuelto.

La conversación terminó de forma abrupta sin que ninguno de los dos hallara razón evidente para ello, así que se quedaron allí, mirándose, durante una docena de latidos. Estaban enfrente de la entrada de la taberna del Fénix. Era por la mañana, el momento en el que pensaban mejor, aunque aquello se les solía pasar rápido y a últimas horas de la tarde se encontraban sentados en alguna parte, lentos como tortugas bajo una tormenta de granizo, discutiendo sobre nada en concreto con brevedad monosilábica y enfadándose por momentos.

Sin dirigirse una sola palabra más los dos entraron en la taberna del Fénix.

Entraron a pisotones, miraron a su alrededor (solo para estar seguros) y después se dirigieron a donde estaba sentado Kruppe, con las manos regordetas alzadas y amenazantes como cobras que luego bajó para atacar uno de las docenas de pasteles amontonados en numerosas fuentes delante de él. Dedos como colmillos ensartando desventurados dulces a izquierda y derecha, cada uno visto y no visto de camino a la boca, engullido en una lluvia de migas, uno tras otro.

Solo unos instantes después la mitad de las ofrendas había desaparecido. Kruppe tenía los carrillos inflados y los labios embadurnados de mermelada luchaban por cerrarse mientras su dueño masticaba y

tragaba con frenesí, haciendo alguna que otra pausa para respirar sonoramente por la nariz. Cuando vio que Chamusquino y Leff se acercaban los saludó en silencio con una mano y les hizo un gesto para que se sentaran.

—Un día vas a explotar, Kruppe —dijo Leff.

Chamusquino se lo quedó mirando con su expresión habitual de embelesada incredulidad.

Kruppe se las arregló por fin para tragarlo todo, alzó las manos una vez más y las dejó suspendidas en el aire mientras examinaba a sus dos invitados.

—Socios benditos, ¿no es esta una mañana extraordinaria?

—No lo hemos decidido aún —dijo Leff—. Seguimos esperando a Torvald, que mandó a un mensajero a buscarnos en los muelles y dijo que nos vería aquí. Ya está cambiándolo todo, como si no confiara en nosotros. Es duro, en serio, Kruppe. Muy duro.

—La conflagración de sospechas trepando por ese cielo azul no es en absoluto necesaria, amigos de ojos esquivos del sabio Kruppe. Oh, vamos, el infame y casi familiar retoño de la Casa Nom cumple siempre su palabra, ¡y Kruppe afirma —con suma confianza— que el primer nombre está a punto de borrarse de la funesta lista!

—¿El primero? ¿Qué hay de los seis...?

—¿No os habéis enterado? Oh, vaya. Cada uno de ellos había volado apenas momentos antes de que los crueles matones de la noche se acercaran. Una mala fortuna extraordinaria.

Chamusquino empezó a arañarse la cara.

—¡Dioses, volvemos a empezar!

—¡Eso es imposible, Kruppe! ¡Tiene que habérselo chivado alguien!

Las cejas enmarañadas de Kruppe se alzaron y luego se agitaron.

—La veracidad de vuestros descubrimientos no se pone en duda, os alegraréis de oír. Así pues, habéis triunfado en vuestra tarea con los citados seis, mientras que los que recopilaban la lista, por desgracia, no han llegado a igualar vuestro índice de éxitos. Así pues, ¿cuántos quedan? Doce, ¿sí? Sin contar con el aturdido por el sueño de Torvald Nom, claro.

—No está aturdido ni nada de eso —dijo Chamusquino—. De hecho, ayer se le veía muy bien.

—Quizás un glorioso reencuentro ha minado todo su brío, entonces. Kruppe lo imaginó desde luego aturdido por el sueño, dado el desventurado e infructuoso reconocimiento que está haciendo de este bar... ¡ah, por fin nos ve!

Y tanto Chamusquino como Leff se giraron en la silla para ver a Torvald Nom, que se acercaba sin prisa, y cuando vieron la gran sonrisa del hombre se sintieron súbitamente aliviados, y luego, igual de rápido, nerviosos.

—Mis disculpas por llegar tarde —dijo Torvald mientras acercaba otra silla—. Fui a afeitarme y la anciana decidió lustrarme las uñas gratis, dijo que tenía un atractivo sorprendente bajo todos esos pelos, y si eso no es empezar el día con buen pie, ¿qué lo es? Vale que la buena señora tenía unos mil años, pero, bueno, los piropos no tienen que ser bonitos, ¿no? Y tú eres Kruppe. Tienes que serlo, ¿quién más en esta ciudad intenta comer con la nariz cuando tiene la boca llena? Yo soy Torvald Nom.

—Siéntese, flamante amigo. Kruppe se siente generoso esta mañana, lo bastante como para no hacer caso de la dudosa observación referida a sus hábitos alimentarios y a los hábitos de sus orificios. Kruppe observa también que usted, si bien en otro tiempo fue un pobre indigente, ha adquirido de improviso una impresionante fortuna, a juzgar por lo exquisitamente acicalado y arreglado que va, y que con gran alivio los amigos Chamusquino y Leff van a hacer pronto una visita de lo más propicia a un tal Gareb el Prestamista. Y que hoy más que nunca se prevé que Gareb recibirá con más gentileza que de costumbre el pago de dicha deuda, ¿sí?

Torvald se quedó mirando a Kruppe, visiblemente mudo de admiración.

La mano izquierda de Kruppe salió disparada, capturó un hojaldre que quizás estuviera intentando escapar y se lo metió entero en la boca. Con gesto radiante, masticó.

—¿Tienes el dinero? —le preguntó Leff a Torvald.

—¿Qué? Ah. Toma. —Y sacó una saquita—. Está todo. Kruppe, eres testigo, así que no intentes nada, Leff. Ni tú tampoco, Chamusquino. Id directos a Gareb para llevárselo. Y que os den la nota diciendo que estoy limpio. Luego volvéis directos aquí y os invito a todos a almorzar.

Chamusquino miró a Torvald, luego a Kruppe y vuelta a empezar, hasta que por fin se dirigió a este último.

—¿Qué fue eso que dijiste sobre Gareb? —le preguntó.

Kruppe tragó y se pasó la lengua por los labios antes de contestar.

—Bueno, solo que un vil ladrón entró en su hacienda anoche y le robó toda su fortuna. ¡Pobre hombre! Y se dice que el ladrón robó mucho más que eso..., vaya, que también le robó la dignidad a su esposa, o por lo menos la inocencia, en lo que al coito no marital se refiere.

—Un momento —dijo Leff—. ¿El ladrón se acostó con la mujer de Gareb? ¿Dónde estaba Gareb?

—En una reunión de prestamistas, según tiene entendido Kruppe, debatiendo asuntos importantes y, sin duda, comiendo uvas hasta saciarse y a saber qué más.

—Bueno, entonces —dijo Torvald Nom—, estará encantado de que yo haya vuelto para pagar mi deuda.

—¡Vaya si lo estará! —dijo Kruppe con otra sonrisa radiante.

Leff cogió la bolsa de monedas y miró dentro.

—¿Está todo?

—Todo —respondió Torvald.

Leff se levantó.

—Acabemos con esto, Chamusquino —dijo.

Cuando se fueron los dos, Torvald Nom se recostó en su silla y le sonrió a Kruppe.

Quien le devolvió la sonrisa.

Y una vez hecho el intercambio, Kruppe cogió otro hojaldre y lo sostuvo ante la boca para poder observar más de cerca aquella delicia y quizá torturarla un momento antes de que su boca se abriera como el buche dentado de un oso. Y en esa postura se detuvo para mirar un instante a Torvald Nom.

—Arriba, estimado señor, encontrará, si así lo desea, a un primo de renombre. Al igual que usted, retornado de pronto a la bella Darujhistan. Nada menos que Rallick, que entre los Nom de la Casa Nom se diría que es una oveja más negra que usted. De hecho, del mismo negro del nadir, el Abismo, mientras que usted se revelaría como un negro algo menos intenso, más como el carbón. Dos ovejas, en esta misma posada, de un tono muy oscuro... Caramba, ¡ojalá pudiera Kruppe presenciar tal encuentro! —Y había llegado el momento de alzar un dedo admonitorio—. Pero escuche, querido amigo Torvald Nom, el regreso de Rallick es sumamente clandestino, ¿sí? Selle sus labios, ¡se lo ruego!

—¿Se está escondiendo? ¿De quién?

Un aleteo de dedos gordezuelos, como gusanos en un arrecife.

—Rápido, entonces, no vaya a partir a un aciago recado. Kruppe le reservará su asiento aquí hasta que regrese, ¡oh, cómo desea disfrutar de la suntuosa comida que pagará, y de buen grado, Torvald!

Torvald empezó a sudar de repente y a removerse inquieto en la silla.

—La reunión puede, bueno, esperar. De verdad, ¿por qué querría yo molestarlo ahora mismo? No, en serio, Kruppe, y en cuanto al secreto, bueno, lo guardaré sin problemas, siempre que, esto, usted haga lo mismo. Quiero decir que no le diga nada a Rallick. Déjame... ¡sorprenderlo!

—Rallick no es demasiado aficionado a las sorpresas, Torvald Nom, como sin duda sabe ya. De hecho, figúrese que anoche...

—Tú no digas nada, ¿de acuerdo?

—Vaya, ¿no son deliciosas las conspiraciones? Kruppe no le dirá nada a nadie, nadie ha de preocuparse pase lo que pase. ¡Esta es una solemnísima promesa que prometo con solemnidad! Bueno, viejo amigo, tenga la bondad de abordar a Meese, allí, pida un poco de vino para suavizar las gargantas antes de la opípara comida, ¿sí? La boca de Kruppe saliva y, quizá, también le gotee la nariz... Todo de anticipación, ¿sí?

—Si esto es lo que quiero, entonces no lo quiero.

—Vaya, eso sí que tiene sentido, Azogue. Y si resulta que eres un hombre con aspecto de cangrejo, con la cara colorada y las piernas torcidas, bueno, preferirías ser un hombre con aspecto de cangrejo, con la cara colorada y las...

—Eres idiota, Perlazul, y eso no va a cambiar quieras tú lo que quieras. Lo que digo es muy sencillo, ¿estamos? Hasta tú deberías entenderlo. Un soldado se retira, ¿estamos? Y piensa en una vida sencilla y en paz, pero ¿lo es?

—¿Es qué?

—¿Qué?

—¿Simple?, ¿en paz?

—¡No lo es y es justo eso lo que digo!

—No era lo que decías. Lo que decías era que tú no lo quieres y si ese es el caso, pues vete a la embajada de Malaz y ponte a merced de quien sea, y si no te cuelgan es porque te vuelven a alistar otra vez.

—¡Lo que yo decía es que me gustaría estar retirado si pudiera estarlo!

—Me voy al sótano a ver cómo andamos de existencias.

Azogue vio cómo se marchaba y después resopló y sacudió la cabeza.

—Ese hombre necesita ayuda.

—Pues vete a ayudarlo —dijo Mezcla desde la mesa de al lado.

Azogue dio un respingo en su silla y luego le lanzó una mirada furiosa.

—¡Deja de hacer eso! Además, no me refería a esa clase de ayuda. Ay, dioses, me duele la cabeza.

—A veces —dijo Mezcla—, intento pasar lo más desapercibida posible porque así quizá la banda militar que marcha en mi cabeza no pueda encontrarme.

—Ah —dijo Azogue frunciendo las cejas—. No sabía que tocaras un instrumento, Mezcla. ¿Cuál?

—Gaita, tambor, flauta, carraca, cuerno, cordel.

—¿En serio? ¿Todo a la vez?

—Pues claro. Sabes, creo que me molestaría bastante si me fuera arriba y me encontrara a Rapiña saliendo a escondidas del cuarto de Scillara ahora mismo.

—Pues, entonces, quédate aquí sentada.

—Bueno, eso solo sucede en mi imaginación.

—¿Estás segura?

La veterana tardó cuatro o cinco latidos en maldecir por lo bajo y levantarse.

Azogue vio cómo se marchaba y luego sonrió.

—Es mucho mejor —dijo sin dirigirse a nadie— cuando no tienes imaginación. Como yo. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Claro que no me vendría mal un poco de eso ahora, para hacerme una idea de

cómo y cuándo van a intentarlo otra vez esos asesinos. Veneno. Magia. Cuchillos. Cuadrillos de ballesta por la noche, por la ventana, a través de las contraventanas, un disparo perfecto. Y, pumba, allá que cae Azogue, el héroe del Bosque Mott. Una lanza que atraviesa el suelo desde abajo solo para rematarlo, y es que llevan semanas excavando un túnel, ahí esperando, sabiendo que iba a caer ahí mismo en ese mismo instante, sí.

Se quedó allí sentado, los ojos muy abiertos y el bigote rojo tembloroso.

Sentado entre las sombras en un apartado rincón, con la espalda apoyada en la pared, Duiker observaba con una expresión entre divertida e irónica. Qué extraordinario, cómo algunas personas sobrevivían y otras no. La cara del soldado era siempre la misma una vez que caía la máscara, un gesto desconcertado, la leve sorpresa perpleja de verse todavía con vida, sabiendo de sobra que no había razón para ello, ninguna en absoluto salvo el empujoncito de la suerte, el vacío del azar y las circunstancias. Y toda la injusticia del mundo hacía de los ojos un charco amargo.

Una conmoción en la habitación de atrás, un momento después se abrió la estrecha puerta y el bardo salió caminando, el cabello canoso revuelto por el sueño, los ojos visiblemente rojos incluso a aquella distancia. Una mirada a Azogue.

—Hay piojos en el colchón —dijo.

—Dudo que les importe la compañía —replicó el antiguo sargento al tiempo que se ponía en pie despacio y se dirigía a las escaleras.

El bardo lo miró fijamente por un momento, luego se acercó a la barra y se sirvió un pichel de cerveza rhivi, oscura y acre. Tras lo cual se acercó a donde estaba sentado Duiker.

—Historiadores y bardos —dijo al tiempo que se sentaba.

Duiker asintió, comprendiéndolo bien.

—Pero lo que tú observas, y lo que yo observo, bueno, al final pueden ser cosas muy diferentes. Claro que quizá la distinción sea solo superficial. A medida que envejezco, más me parece que es eso. Tú describes acontecimientos, ves el grueso de las cosas. Yo me fijo en los rostros, que pasan tan rápido que podrían no ser más que un contorno borroso si no pongo atención. Para verlos de verdad, para recordarlos todos.

—¿De dónde eres? —preguntó Duiker.

El bardo tomó un trago y dejó el pichel con cuidado.

—De Korel, originariamente. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Invasión malazana?

Una sonrisa extraña mientras el hombre estudiaba el pichel que tenía delante sobre la mesa. Las manos, sin embargo, permanecían en su regazo.

—Si te refieres a Melena Gris, entonces, sí.

—¿Y cuáles de las infinitas historias contradictorias son ciertas? Sobre él, quiero decir.

El bardo se encogió de hombros.

—Nunca le preguntes eso a un bardo. Yo las canto todas. Mentiras, verdades, las palabras no hacen distinción en lo que cuentan, ni siquiera en el orden en el que entran. Hacemos lo que nos place con ellas.

—He estado escuchándote estas últimas noches —dijo Duiker.

—Ah, un auditorio de un solo oyente. Gracias.

—Has cantado versos de *Anomandaris* que nunca había oído.

—¿Los inacabados? —El bardo asintió y fue a coger el pichel—. «Coral Negro, donde se encuentran los tiste andii...» —Tomó otro trago.

—¿Vienes de allí, entonces?

—¿Sabías que no hay dios ni diosa en todo el panteón que afirme ser el patrón o patrona, de los

bardos? Es como si nos hubieran olvidado, dejados a nuestra suerte. Por alguna razón antes me molestaba, pero ahora comprendo el verdadero honor que representa. Somos algo único, en la libertad que tenemos, la responsabilidad. ¿Hay algún patrón de los historiadores?

—No que yo sepa. ¿Significa eso que yo también soy libre?

—Se dice que una vez contaste la historia de la Cadena de Perros, aquí, en esta misma sala.

—Una vez.

—Y que llevas intentando escribirla desde entonces.

—Sin conseguirlo. ¿Y?

—Es posible que la prosa expositiva no sea la más adecuada para relatar esa historia, Duiker.

—¿No?

El bardo dejó el pichel a un lado, se inclinó despacio y clavó en el historiador los ojos grises.

—Porque, caballero, tú ves los rostros.

La angustia se desbordó en el interior de Duiker, que apartó los ojos y ocultó el temblor repentino de las manos.

—No me conoces lo suficiente para esos asuntos —dijo con voz ronca.

—Tonterías. No se trata de un tema personal, historiador. Somos dos profesionales hablando de su oficio. Soy yo, un humilde bardo, que te ofrezco mi habilidad para abrir el cerrojo de tu alma y todo lo que contiene, todo lo que la está matando, minuto a minuto. No puedes usar tu voz para eso. Utiliza la mía.

—¿Por eso estás aquí? —preguntó Duiker—. ¿Como un buitre impaciente por chuparme las lágrimas?

Levantó las cejas.

—Lo tuyo es casualidad. Mis razones para estar aquí son... otras. Incluso si pudiera explicar más, no lo haría. No puedo. Entretanto, Duiker, elaboremos una épica que aplaste los corazones de un millar de generaciones.

Y entonces sí que rodaron las lágrimas por los surcos arrugados del rostro del historiador. Y para asentir le hizo falta todo el valor que todavía poseía.

El bardo se echó hacia atrás y recuperó su pichel.

—Empieza contigo —dijo—. Y termina contigo. Tus ojos de testigos, solo tus pensamientos. No me hables de la mente de nadie, no des por hecho su funcionamiento. Tú y yo, no contamos nada, solo mostramos.

—Sí. —Duiker alzó los ojos y volvió a mirarse en aquellos que parecían contener, y sostener con firmeza, el dolor del mundo—. ¿Cómo te llamas, bardo?

—Llámame Pescador.

Chaur estaba acurrucado a los pies de la cama, roncando, moviéndose en sueños como un perro dormido. Rapiña lo observó un momento antes de volver a acomodarse sobre el colchón. ¿Cómo había llegado allí? ¿Esa sensación de sensibilidad dolorida entre las piernas era lo que pensaba que era? y, en ese caso, ¿recordaba Barathol tan poco como ella? Oh, demasiado complicado de desentrañar. No estaba lista para empezar a pensar en todas esas cosas, no estaba lista para pensar en nada.

Oyó que alguien se movía en el pasillo. Luego una conversación apagada, interrumpida por una carcajada ronca que no pertenecía a Mezcla ni a nadie que Rapiña conociera, lo que significaba que seguramente era esa mujer, Scillara. Rapiña ahogó un leve grito al recordar de repente que había tenido los pechos de la mujer en las manos y que había oído esa risa, pero más de cerca y mucho más triunfante.

Dioses, ¿me acosté con todos? ¡Maldita sea esa Leche de Quorl!

Chaur resolló y Rapiña se sobresaltó con gesto culpable... pero no, ella no le haría algo así a un inocente como él. Había límites, tenía que haber límites.

Una llamada apagada a la puerta.

—Vaya, entra, Mezcla.

Y la mujer entró, ligera como un gato, y con una expresión que parecía llena de algo, a punto de explotar.

No, lágrimas, no, por favor.

—No recuerdo nada, Mezcla, así que no empieces.

Mezcla se contuvo un instante más y luego estalló.

En una carcajada clamorosa que la dobló en dos de las convulsiones.

Chaur se sentó en el suelo, parpadeando y sonriendo, y luego él también se echó a reír.

Rapiña miró con furia a Mezcla, le apetecía matarla.

—¿Dónde está la maldita gracia?

Mezcla se las arregló para recuperar el control sobre sí misma.

—Se puede decir que nos trajeron hasta aquí en brazos. Pero luego despertamos y lo único que teníamos todos en mente era una sola cosa. ¡No tuvieron una sola oportunidad!

—Dioses del inframundo. —Luego se puso rígida—. Pero no Chaur...

—No, Scillara lo metió aquí antes.

Chaur seguía riéndose, las lágrimas le corrían por la cara. Parecía estar perdiendo el control y de pronto Rapiña se alarmó.

—¡Basta ya, Chaur! ¡Para!

Los grandes ojos vacíos se clavaron en ella y se desvaneció todo el júbilo.

—Perdón —dijo la veterana—. No pasa nada. Baja a la cocina, anda, y come algo, Chaur, sé un buen chico.

Él se levantó, se estiró, se rascó un poco y luego salió de la habitación. Lanzó una última carcajada como un ladrido cerca de las escaleras.

Rapiña se frotó la cara.

—Azogue también no. No me digas...

Mezcla se encogió de hombros.

—La lujuria es ciega, supongo. Y esperemos que los recuerdos de anoche se queden como eso, recuerdos. Me temo que sus fantasías se hicieron realidad anoche... ¡Solo que no se acuerda de nada!

—Me estoy poniendo mala.

—Venga, relájate, es para lo que están hechas esas partes, después de todo.

—¿Dónde está Barathol?

—Salió temprano. Con Mazo por toda compañía. En busca del Gremio de Herreros. Tienes que recordar lo grande que tiene, esto... las manos.

—Mi conejito las recuerda, desde luego.

Otro bufido divertido de Mezcla.

—Ñam.

La penumbra gris del sótano parecía desafiar la luz del farol, pero Perlazul estaba acostumbrado y solo le sorprendió un poco el fantasma que salió arrastrando los pies del muro del otro extremo, donde descansaban media docena de toneles todavía sellados con el sello de los monjes. Hundido hasta las caderas en el suelo, el fantasma hizo una pausa y miró a su alrededor, y por fin distinguió al malazano

cerca de los empinados escalones de piedra.

El fantasma se acercó caminando por el agua.

—¿Eres tú, Fellurkanath?

—¿Fellu qué? Estás muerto, monje, y apostaría que llevas muerto un tiempo... ¿Quién lleva sombreros de tres picos en estos tiempos?

—Oh —gimió el fantasma, agarrándose la cara—. K'rul me ha liberado. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? No tengo nada útil que contar, y menos a un extranjero. Pero se está agitando ahí abajo, ¿verdad? ¿Es por eso? ¿Voy a ser la voz de funestas advertencias? ¿Qué te importa? De todos modos, ya es demasiado tarde.

—Alguien está intentando asesinarnos.

—Y te extraña. Estáis aquí por todo el morro y no quieren compañía. Deberías abrir un tonel, uno de estos. Eso te dirá todo lo que necesitas saber.

—Oh, venga, vamos. Lárgate.

—¿Quién levantó el suelo y por qué? Y mira esto. —El fantasma echó la cabeza hacia atrás, le habían rebanado la garganta por completo, hasta la columna. Carne abierta, sin sangre, venas y arterias rebanadas que tenían un vago tono argénteo bajo la escasa luz—. ¿Fue este el sacrificio definitivo? Qué poco sabes.

—¿Tengo que traer a un nigromante aquí abajo? —preguntó Perlazul—. ¡Lárgate!

—Los vivos nunca escuchan a los muertos —masculló el fantasma, que bajó la cabeza, dio media vuelta y regresó a la pared del fondo—. Y de eso se trata. Si fuéramos más listos, bueno, todavía estaríamos vivos. Piensa en eso si te atreves.

Se desvaneció entre las pesadas piedras y desapareció.

Perlazul suspiró y buscó con la mirada a su alrededor hasta que encontró la botella que estaba buscando.

—Ja, sabía que teníamos una. Leche de Quorl. ¿Por qué tendrían que divertirse ellos solos?

Los dos hombres iban dándose empujones detrás de la mujer, tal era su impaciencia por seguirla mientras luchaban por una imaginaria posición dominante. Vahído no había visto nunca algo tan patético, y el modo en que la bruja se hacía la inocente, incluso cuando manipulaba a sus dos hombres para mantener viva la llama de las peripecias de forma que todo pareciese casual, faltaría más, aunque de casual no tenía nada, porque Preciosa Dedal tenía muy claro lo que tramaba, y en opinión de Vahído, eso era de una crueldad irrazonable.

No ayudaba tampoco que los dos hombres —hermanos, saltaba a la vista— se parecieran tanto. El mismo modo de andar, las mismas expresiones faciales, el mismo tono de voz. Si entre ellos no había diferencias, ¿por qué no limitarse a elegir a uno y acabar con esto de una vez?

En fin, tampoco esperaba que ninguno de ellos durara mucho, de todos modos. Para la mayor parte de los accionistas, el primer viaje era el más letal. Como no se sabía lo que esperar, no se reaccionaba con la presteza necesaria o del mejor modo posible. El primer viaje a las sendas mataba a más de la mitad de los primerizos. Lo que significaba que a Preciosa Dedal (que para Vahído era una superviviente) bien podrían quitarle el placer de elegir cuando Jula o Amby Tronco terminaran cayendo por el camino.

Cuando doblaron la esquina y se encontraron con el carruaje, Vahído vio que Glanno Lona ya se había subido. Habían desencadenado varios rituales para efectuar las reparaciones del gigantesco vehículo; los caballos parecían inquietos e impacientes por irse, tan histéricos como los dueños, claro. En un lado y observando cómo se acercaban Vahído, Quell y sus nuevos accionistas, se encontraban Reccanto Índole,

Dulcísima Angustia y un tercer hombre... enorme, de hombros redondeados y con tatuajes de...

—Eh, vaya —dijo maese Quell.

Es ese, ¿verdad? El guardia de caravanas, el que sobrevivió al asedio de Capustan. ¿Cómo se llamaba?

—Esto no es para ti, Rezongo —dijo maese Quell.

—¿Por qué no?

—Mis condenadas razones tengo para decirte que no, y si me das un momento, seguro que se me ocurren.

La salvaje sonrisa del hombre mostró unos alargados caninos.

—El trell está dentro —dijo Reccanto—. ¿Quieres que vaya a buscarlo, Quell? Deberíamos ponernos en marcha, ¿no?

—Rezongo...

—Me gustaría firmar —dijo el guardia de caravanas— como accionista. Igual que esos reclutas que tienes detrás. Mismas condiciones. Mismas reglas.

—¿Cuándo fue la última vez que aceptaste una orden, Rezongo? Llevas años al mando de tus guardias. ¿De verdad piensas que me apetece que me discutan todo lo que digo?

—Nada de discusiones. No tengo interés en cuestionarte. Soy accionista, un simple accionista más.

Se abrió la puerta de la taberna y salió Mappo Runt caminando.

Su mirada pasó junto a Rezongo y después volvió a él, entornando los ojos. Luego miró a maese Quell.

—¿Nos acompaña este? Bien.

—Bueno...

El trell se acercó al carro, trepó por un lado entre el estrépito de los chirridos de muelles y se colocó detrás de Glanno Lona. Volvió a mirar abajo.

—Es muy probable que necesitemos a alguien como él.

—¿Como qué? —preguntó la bruja, Preciosa Dedal.

—Soletaken —respondió Mappo con un ademán de indiferencia.

—Yo no lo llamaría así —dijo Rezongo en voz baja al tiempo que iba a reunirse con Mappo encima del carruaje.

Maese Quell se lo quedó mirando, pero luego salió de su estupor.

—Pues todo el mundo a bordo. Los dos Tronco, vosotros a popa. Bruja, dentro, conmigo, donde podamos mantener una conversación. Y tú también, Mappo. No ponemos a los pasajeros arriba. Demasiado arriesgado.

Vahído se aupó y se sentó junto a Glanno Lona.

Se soltaron los frenos. Glanno echó un vistazo atrás y examinó el grupo aferrado a los diversos asideros del techo. Sonrió e hizo restallar las riendas.

Los caballos chillaron y se abalanzaron.

El mundo estalló a su alrededor.

Arroja tu llama, bendito sol, sobre esta ciudad de maravillas donde todo es trascendente. Posa tu fiero ojo sobre la muchedumbre, las multitudes que van y vienen con sus formas de vida. Derrama tu calidez sobre el creciente miasma de sueños, esperanzas, temores y amores, que bulle siempre hacia el cielo, elevándose en el vapor de los alientos, en la emanación de los suspiros, que se refleja en ojos inquietos y miradas de soslayo, que resuena eterno en el clamor de las voces.

Mira luego esta calle por la que camina un hombre que era joven la última vez que pasó por ella. Ya no

es joven, no lo es. Y ahí, en la siguiente calle, paseando por una fila de puestos del mercado atestados de iconos, figuritas y fetiches de un millar de cultos —la mayor parte largo tiempo extintos— anda una mujer cuyo camino, años atrás, se había cruzado con el de aquel hombre. Ella ya no se siente joven, y si el deseo tuviera zarcillos que atravesaran la piedra y el ladrillo, que serpentearan entre una turba de gente insensible, bueno, ¿no se encontrarían quizás en algún fatídico lugar para allí entrelazarse y tejer algo nuevo y valioso como una flor letal?

En otro barrio de la ciudad caminaba con decisión un hombre, una criatura impresionante, alta y de músculos desarrollados, casi esculpidos, sí, con la piel del tono perfecto del ónice pulido y los ojos de danzantes chispas castañas y doradas, un hombre que atraía no pocas miradas al pasar. Él, en cambio, no estaba al tanto de tales cosas, pues andaba en busca de una nueva vida y bien podría encontrarla en esa gloriosa, exótica ciudad.

En una zona pobre del distrito de Gadrobi una mujer marchita y ajada, alta y enjuta, se arrodilló en su estrecha franja de jardín y empezó a colocar baldosas formando un patrón sobre la tierra oscura. Gran parte de lo que el suelo podía dar debía antes ser preparado, y aquellas maneras eran de los más arcanas y misteriosas, y ella trabajaba como en un sueño, mientras en la casita que tenía detrás todavía dormía su marido, un monstruo de nudillos, lleno de miedo y odio, cuyos sueños eran muy oscuros porque el sol no podía penetrar en los lugares de su alma.

Una mujer holgazaneaba en la cubierta de un barco amarrado en el puerto. Percibía la presencia de siniestros parientes en algún lugar de la ciudad y, molesta, pensaba en lo que podía hacer. Si es que podía hacer algo. Algo se acercaba, sin embargo, y ¿acaso no era la curiosidad su maldición?

Un comerciante de hierro conversaba con su último inversor, que no era otro que un noble consejero y, según se decía, el mejor duelista de todo Darujhistan, y en esa conversación se decidió que el joven y muy ambicioso Gorlas Vidikas se haría cargo de las minas de hierro que había a seis leguas al oeste de la ciudad.

Una carreta desvencijada se mecía por el camino que había dejado atrás Maiten, rodeando aún el lago, y dentro, entre roñosas mantas, estaba la pequeña y apalizada forma de un niño, todavía inconsciente, pero del que se estimaba, con acierto, que sobreviviría. Pobrecillo.

Esta pista, veréis, no llevaba más que a un lugar, un destino. Al viejo pastor le había ido bien y ya había enterrado su alijo de monedas bajo el escalón detrás de la choza donde vivía con su mujer enferma, consumida por siete embarazos fallidos, ¿acaso era de extrañar entonces que hubiera un rencor amargo en los ojos que clavaba esa mujer en el mundo? Pero en esos últimos y cansados años el viejo pastor cuidaría bien de ella, sí, claro que sí, y apartó una moneda de cobre que lanzaría a los espíritus del lago al atardecer, una moneda antigua, manchada de negro, con la cabeza de un hombre que el pastor no reconoció, aunque tampoco es que pudiera, pues el rostro pertenecía al último Tirano de Darujhistan.

La carreta siguió rodando, de camino a las minas.

Harllo, que tanto amaba el sol, estaba destinado a despertar en la oscuridad, y tal vez nunca volvería a ver la bendita luz del día.

En el lago el agua resplandecía con lágrimas doradas.

Como si el sol quisiera renunciar a su intenso fulgor y, solo por un momento, llorar por el destino de un niño.

Capítulo 8

Cuando no puede él alzarse solo
Donde en la oscuridad ninguna sombra se proyecta
Cuyas más valiosas personas niegan el trono
Mientras nada mantenido en vida durará otro momento más
De lo que está tallado en los mismos huesos
Pero aquí es donde querrías alzarte
En su lugar y ver todo ofendido y desolado
Una colección de armas cada una forjada
Para la violencia

Cuando no puede él alzarse solo
Donde la oscuridad se desangra en sima tan profunda
Cuyos anhelos hasta el último un nuevo hogar buscan
Mientras cada lucha deja al dócil para el más fuerte
Y los caídos yacen esparcidos como pesos
Pero esta es la vida a la que querrías asirte
Para guiarlo por el camino tan roto y agujereado
Como el arma de tu voluntad ahora cargada
En fría balanza

Cuando él no puede alzarse solo
Donde en la oscuridad cada sombra se pierde
Cuyas cansadas personas eliminan y vagan
Mientras nada queda salvo este protegido forastero
Que se alza contra los sempiternos gemidos del viento
Pero este es tu héroe que debe alzarse
Protegiendo tus rotos deseos con el raído blasón desplegado
Alzándose sobre el baluarte para ver tu aversión purgada
En su silencio

Anomandaris, Libro III, versos 7-10
Pescador kel Tath

La franja de terreno en el que todos los pastos estaban agostados podría haber indicado el paso de un rebaño de bhederin, si no fuera por los surcos imposiblemente anchos que habían dejado las enormes ruedas tachonadas de una carreta, y por la basura y algún que otro cadáver marchito esparcido a ambos

lados. Buitres y cuervos danzaban entre los despojos.

Viajero iba encorvado en la montura Siete Ciudades a lomos del picazo castrado. Cerca, a la distancia más corta que su caballo iba a tolerar, cabalgaba la bruja, Samar Dev, encaramada como una niña sobre aquel caballo jhag de patas largas, flaco y fiero cuyo nombre era, había dicho la bruja, *Estragos*. El verdadero dueño de la bestia iba por delante, quizá detrás de los skathandi y del monstruoso carruaje del Capitán, o puede que por delante. En cualquier caso, la mujer estaba convencida de que el choque era inminente.

—Le desagradan los traficantes de esclavos —le había dicho la bruja, como si eso lo explicara todo.

Así que no era ningún demonio, sino un toblakai de pura raza, un detalle que provocaba punzadas de pesar y dolor en Viajero por razones que prefería guardarse, y aunque la bruja había visto algo de esa angustia en su rostro, parecía que iba a respetar su intimidad. O quizá temía encontrarse con ella, pues Viajero sospechaba que Samar Dev era una mujer con tendencia a hundirse en vastas profundidades emocionales.

Después de todo, aquella mujer había cruzado sendas para encontrar la pista del que iba por delante en esa llanura, y semejante empresa no se abrazaba por capricho. Todo para entregar un caballo. Viajero era lo bastante listo para dejar las cosas como estaban, por pobre que pudiera ser esa justificación para una barbaridad así. Los kindaru habían aceptado ese motivo con solemnes asentimientos, sin ver nada raro en ello; el caballo era una bestia sagrada, después de todo, un jhag, hermano de sus queridos caballos de la roca. Tenían leyendas con temas similares, y, de hecho, se habían pasado la mitad de la noche relatando muchas de ellas; al parecer acababan de hacerse con una leyenda nueva. El Señor de los caballos-lobo conoció a una mujer tan decidida que era su propio reflejo y juntos cabalgaron hacia el norte, tras haber hilado sus destinos en el último campamento de los kindaru, y esos hilos estaban ya entrelazados entre sí y con los de los kindaru, y si bien era un relato sin final aún, con todo y con eso seguiría vivo mientras los kindaru viviesen.

Viajero había observado el dolor en el rostro desfallecido y avejentado de Samar Dev a medida que las muchas heridas provocadas, con suma inocencia, por los kindaru se iban hundiendo poco a poco y le atravesaban el corazón, dejando una compasión cruda y oscura en los ojos de la mujer, por más que los kindaru quedasen ya lejos. Estaba claro, y era un hecho descarnado, que tanto ella como Viajero habían recogido un nuevo hilo que tejer en sus vidas.

—¿Cuánta ventaja nos lleva? —preguntó la bruja.

—Dos días a lo sumo.

—Entonces puede que a estas alturas ya los haya encontrado, o ellos a él.

—Sí, es posible. Si ese capitán skathandi tiene un ejército, en fin, hasta un toblakai puede morir.

—Ya lo sé —respondió ella. Luego añadió—: Quizá.

—Y nosotros no somos más que dos, Samar Dev.

—Si prefieres apartarte de este camino, Viajero, no cuestionaré tu decisión. Pero yo necesito encontrarlo.

Él apartó los ojos.

—Su caballo, sí.

—Y otras cosas.

Viajero lo pensó un momento. Examinó la pista ancha y revuelta. Mil o cinco mil; cuando se movían en columnas era difícil saberlo. El carruaje en sí sería algo digno de ver, sin embargo, y daba la casualidad que iban en la dirección que él debía tomar. La perspectiva de verse obligado a desviarse resultaba inaceptable.

—Si tu amigo es listo, no se expondrá mucho. Se ocultará lo mejor que pueda en estas llanuras hasta

que vea una oportunidad, aunque qué oportunidad podría ser esa, contra tantos, no soy capaz de imaginarlo.

—¿Así que vas a quedarte conmigo un tiempo más?

Él asintió.

—Entonces, creo que debería contarte algunas cosas.

Guiaron los caballos hasta la pista y cabalgaron al trote.

Viajero esperó a que la mujer continuara.

El calor del sol le recordaba a su tierra natal, las sabanas de Dal Hon, aunque en este paisaje había menos moscas y de aquellos enormes rebaños de innumerables bestias (y de aquellos que las cazaban) no había apenas rastro. Allí, en el Lamatath, habitaban los bhederin, una sola especie de antílope, liebres, lobos, coyotes, osos y no mucho más. Muchos halcones y azores por el cielo, por supuesto, pero no abundaba tanto la vida animal como cabría esperar y se preguntaba por qué.

¿Había acabado con todo el incendio en Alborada? ¿Había dejado un paisaje asolado sin visos de recuperación inmediata y al que apenas bajaban del norte unas pocas especies? ¿O era que los k'chain che'malle eran unos cazadores rabiosos que se complacían en la celebración de matanzas hasta que ellos mismo se extinguían?

—¿Qué sabes del Emperador de las Mil Muertes?

Viajero la miró.

—No mucho. Solo que no se le puede matar.

—Justo.

El hombre esperó.

Las langostas se arrastraban por la pista polvorienta entre desmenuzadas briznas de hierba, como si se preguntaran quién había conseguido llegar antes que ellas. En algún lugar del cielo, un ave de presa dejó escapar un chillido desgarrador, de los destinados a aterrorizar a un pájaro en vuelo.

—Su espada fue forjada con el poder del dios Tullido. El grado de hechicería que posee solo puede ser empleado por quien la empuña, al morir, cada vez que lo haga, si combate y muere con el arma en las manos. El emperador, una pobre criatura devastada, un tiste edur, sabía que la muerte no era más que una ilusión. Sabía, de eso estoy convencida, que estaba maldito, terriblemente maldito. Aquella espada lo había vuelto loco.

Viajero supuso que un arma como esa sin duda debía de volver loco a quien la empuñase. Notó que le sudaban las palmas de las manos y tomó las riendas con la derecha, apoyando la otra en el muslo. Sentía la boca incomprensiblemente seca.

—Necesitaba paladines. Alguien que lo desafiara. A veces lo mataban. A veces más de una vez. Pero siempre volvía, una y otra vez, cada vez más fuerte, y al final el aspirante siempre caía. Y siempre igual.

—Un destino terrible —murmuró Viajero.

—Hasta que un día llegaron unos barcos. A bordo iban más paladines de tierras lejanas. Entre ellos, Karsa Orlong, el toblakai. Resulta que yo estaba con él entonces.

—Me gustaría oír la historia que se oculta tras semejante sociedad.

—Quizá más tarde. Había otra persona, otro paladín. Se llamaba Icarium.

Viajero se giró poco a poco en la silla y estudió a la mujer que tenía enfrente. Un mensaje inconsciente le dijo al castrado que se detuviese.

El caballo jhag de la mujer siguió unos pasos más, después su amazona tiró de las riendas y se volvió para mirar a Viajero a los ojos.

—Creo que si Icarium se hubiera encontrado con el emperador, bueno, la muerte todavía continuaría, extendiéndose como un incendio forestal. Un continente entero... prácticamente incinerado. Quién sabe,

quizá el mundo entero.

Viajero asintió sin ser capaz de hablar.

—En su lugar —dijo Samar Dev— mandaron llamar a Karsa antes.

—¿Qué ocurrió?

La mujer sonrió con tristeza.

—Lucharon.

—Samar Dev —dijo Viajero—, eso no tiene sentido. El toblakai sigue vivo.

—Karsa mató al emperador. Esta vez para siempre.

—¿Cómo?

—Tengo ciertas sospechas. Creo que, en alguna parte, por algún medio, Karsa Orlong habló con el dios Tullido; no fue una conversación agradable, estoy segura. Karsa pocas veces las tiene.

—Y entonces el Emperador de las Mil Muertes...

—Se fue, se entregó a una muerte definitiva. Me gusta pensar que Rhulad se lo agradeció a Karsa con su último aliento.

Si había alguna necesidad para pensar algo así, era libre de hacerlo.

—¿Y la espada? ¿El toblakai se hizo con ella y ahora la empuña como propia?

La bruja recogió las riendas y azuzó a su montura.

—No lo sé —dijo—. Por eso también tengo que encontrarlo.

No eres la única, mujer.

—Hizo un trato con el dios Tullido. Él reemplazó al emperador.

—¿De verdad?

Viajero azuzó a su caballo y alcanzó a la mujer de nuevo.

—¿Qué otra posibilidad hay?

Y al oír eso la bruja sonrió.

—Ah, pero ahí es donde yo sé algo que tú no sabes, Viajero. Yo conozco a Karsa Orlong.

—¿Qué significa eso?

—Es su juego favorito, ya me entiendes, fingir que es tan... obvio. Bruto, sin sutileza, ni decoro. Pasar por un simple salvaje, nada más. La única posibilidad es la obvia, ¿no? Por eso no creo que lo haya hecho.

—Querrás decir que no deseas creerlo. Te hablaré claro, Samar Dev. Si tu toblakai empuña la espada del dios Tullido, tendrá que entregarla o enfrentarse a mí. Un arma como esa ha de ser destruida.

—¿Te declaras enemigo del dios Tullido? Bueno, tampoco es que seas el único, ¿verdad?

Viajero frunció el ceño.

—Ni lo hice entonces —dijo—, ni deseo hacerlo ahora. Pero va demasiado lejos.

—¿Quién eres, Viajero?

—Jugué al juego de la civilización, una vez, Samar Dev. Pero al final sigo siendo lo que soy, un salvaje.

—Demasiados son los que se han interpuesto en el camino de Karsa Orlong —dijo la bruja—. No permanecen allí mucho tiempo. —Hizo una pausa, después prosiguió—: Civilizados o bárbaros... eso no son más que palabras; el asesino despiadado puede ponerse todos los disfraces que quiera, fingir que defiende grandes causas y combate la cruel miseria. Dioses del inframundo, todo eso me pone enferma, esa forma en la que vosotros los necios no cejáis en vuestro empeño. Es igual en todo el condenado mundo.

Viajero respondió a la increpación con el silencio, pues creía que sí, que siempre era igual y que nunca cambiaría. Los animales seguían siendo animales, inteligentes o no, y luchaban, mataban, morían. La vida

se sufría hasta que acababa y luego... ¿luego qué?

El final. Tenía que ser de esa forma. Solo podía ser de esa forma.

Siguieron cabalgando sin cruzar palabra. Ya no más contarse historias, ya no más relatos de aventuras. Lo único que importaba, a cada uno de ellos, era lo que les aguardaba allá adelante.

Con el toblakai llamado Karsa Orlong.

Tiempo atrás, el hombre conocido como el Capitán había sido el prisionero de alguien. En algún momento había dejado de ser útil y lo habían clavado en la llanura, le habían atravesado las manos y los pies con estacas de madera y las habían hincado en la tierra dura para servir de alimento a las hormigas, a todos los carroñeros de Lamatath. Pero él no había estado preparado para morir entonces. Había sacado las manos de las estacas, se había soltado los pies y había reptado media legua arrastrándose sobre sus codos y rodillas, hacia un valle por donde pasaba lo que en otro tiempo había sido un caudaloso río y que había ido menguando hasta convertirse en un arroyo bordeado de álamos.

Tenía las manos destrozadas. Sus pies no soportaban el peso de su cuerpo. Y estaba convencido de que las hormigas que se le habían metido en los oídos jamás se habían marchado, habían quedado atrapadas en los túneles de su cráneo y habían hecho de su cerebro un auténtico nido: podía notar las acídicas exudaciones de los insectos en su lengua hinchada y ennegrecida.

Si la leyenda era cierta, y lo era, unos antiquísimos espíritus del río largo tiempo olvidados habían brotado del barro que cubría la agrietada superficie de la orilla expuesta, reptando como alimañas hasta donde él se acurrucaba, con el cuerpo febril y recorrido de escalofríos. Dar vida no era ningún regalo para esas criaturas; no, dar era, a su vez, tomar. Al igual que el rey alimenta a su heredero con todo lo que necesita para sobrevivir, de ese mismo modo el heredero alimenta al rey con la ilusión de la inmortalidad. Y la mano sale de entre los barrotes de una jaula al encuentro de la mano que sale de entre los barrotes de la otra jaula. Intercambian algo más que un simple roce.

Los espíritus le insuflaron vida. Y él los acogió en su alma y les dio un nuevo hogar. Y, ay, resultaron ser unos invitados impacientes y descorteses.

El viaje y la transformación que lo convirtió en un tirano nómada de las llanuras de Lamatath fueron largos, difíciles y milagrosos a ojos de cualquiera que hubiese visto a la miserable y mutilada criatura que en otro tiempo había sido el Capitán. A su alrededor giraban como remolinos de polvo innumerables historias, muchas inventadas, algunas que tan solo rozaban la verdad.

Sus destrozados pies convertían cada paso en un suplicio. Tenía los dedos enroscados como ganchos, los huesos se habían calcificado en desagradables bultos y protuberancias. Ver sus manos era evocar las garras de los buitres en plena agonía.

Viajaba en un trono colocado en el balcón delantero de la segunda grada del carruaje, protegido del sol de mediodía por un toldo de desvaída lona roja. Ante él caminaban entre cuatrocientos y quinientos esclavos uncidos al carruaje, todos inclinados hacia delante y afanándose por tirar del inmenso palacio con ruedas sobre el terreno accidentado. Otros tantos descansaban en las carretas del séquito, ayudando a los cocineros, los tejedores y los carpinteros hasta que llegara su turno en los arneses.

El Capitán no creía en los descansos. No se montaban campamentos. El movimiento lo era todo. El movimiento era eterno. Sus dos alas de caballería, cada una con cien caballeros, cabalgaban por los flancos, guarnecidos con armaduras completas de bandas y capas del color del ébano, portando yelmos y lanzas de púas, las puntas destellando al sol. Tras el palacio iba un *kraal* ambulante de trescientos caballos, su mayor orgullo, pues eran de un vigoroso linaje y buena parte de su riqueza (la que no obtenía con incursiones y robos) procedía de ellos. Los chalanes del lejano sur iban en su busca hasta esta tierra

yerma y le pagaban oro puro por aquellos robustos caballos de guerra.

Una tercera tropa de jinetes guerreros, con armaduras más ligeras, se distribuían en todas direcciones para asegurarse de que no hubiese ningún enemigo al acecho, y también para rastrear posibles objetivos: era la temporada, después de todo y había (si bien es cierto que ya no abundaban en estos tiempos) bandas de salvajes que se ganaban a duras penas la vida en la sabana, incluyendo los que criaban grotescas parodias de caballos de anchas grupas y crines erizadas, que al menos proporcionaban un buen alimento. Estas tropas de largo alcance incluían partidas de ataque de treinta miembros o más, y el Capitán tenía en todo momento a cuatro o cinco de esos grupos peinando las llanuras.

Los mercaderes habían empezado a contratar tropas mercenarias que enviaban a darle caza. Pero él destruía a cuantos no pudiera comprar. Sus caballeros eran feroces en batalla.

El reino del Capitán llevaba siete años en movimiento, desplazándose en un inmenso círculo que abarcaba buena parte de Lamatath. Ese territorio lo reclamaba para sí y con ese fin poco tiempo atrás había despachado emisarios a todas las ciudades fronterizas (Darujhistan, Kurl y Saltoan al norte, Nuevo Callows al suroeste, Baluarte y Sarn al noreste); Elingarth, al sur, estaba en medio de una guerra civil, así que esperaba hasta que acabase.

En general, el Capitán estaba satisfecho con su reino. Sus esclavos se reproducían y esa prole le suministraría la siguiente generación de remolque para su palacio. Las partidas de caza traían bhederin y antílopes para complementar los alimentos más elaborados, que robaba en las caravanas de paso. Los maridos y mujeres de su soldadesca contribuían con todas las habilidades necesarias para mantener su corte y a su pueblo, y estos también se multiplicaban.

Tan parecido a un río, discurriendo sinuoso por la tierra, ese reino suyo. Los antiguos espíritus, medio locos, se sentían de lo más complacidos.

Aunque no pensaba mucho en ello, la naturaleza de su tiranía era, en lo que a él se refería, relativamente benigna. No con respecto a los extranjeros, por supuesto, pero ¿acaso le importaban a alguien? No eran de su sangre, ni de la de sus parientes adoptivos, no eran responsabilidad suya. Y si no eran capaces de soportar los apetitos de su reino, ¿de quién era la culpa? Suya no.

La creación exige destrucción. La supervivencia exige que otra cosa no sobreviva. Ninguna existencia era realmente benigna.

Con eso y con todo, el Capitán soñaba a menudo con encontrar a los que lo habían clavado al suelo tantos años atrás, sus recuerdos de aquella época eran exasperantemente vagos. No distinguía sus rostros, ni su atuendo. No recordaba los detalles de su campamento, y en cuanto a quién o qué había sido él antes de esa época, bueno, de eso no tenía ningún recuerdo. Había renacido en el lecho de un río. Cuando se emborrachaba, se reía y proclamaba que no tenía más que once años, once desde el día de su renacimiento, el día del nuevo comienzo.

Observó al jinete solitario que venía del suroeste, espoleando al caballo al límite de sus fuerzas, y el Capitán frunció el ceño: más le valía a ese necio tener una buena razón para maltratar a la bestia de ese modo. No le agradaba que sus soldados fuesen dándose aires ni trataran de ser epatantes. Decidió que, si el motivo de tal llegada era insuficiente, mandaría ejecutar a ese hombre a la manera tradicional: pisoteado bajo los cascos de los caballos hasta no ser más que un desecho ensangrentado.

El jinete se acercó al palacio por un flanco y un sirviente de la plataforma lateral tomó las riendas del caballo cuando el hombre subió a bordo. Un intercambio de palabras con el sargento mayor y al poco el hombre estaba subiendo por los empinados escalones que llevaban al saliente que rodeaba el balcón. Donde, con la cabeza al nivel de las rodillas del Capitán, se arrodilló.

—Mi señor, Cuarta Tropa, se le encargó al jinete más capaz entregar este mensaje.

—Continúa —dijo el Capitán.

—Se ha hallado otra partida de asalto, mi señor, todos asesinados de la misma forma que en la primera. Cerca de un campamento kindaru esta vez.

—¿Los kindaru? Son unos inútiles. ¿Contra treinta de mis soldados? No puede ser.

—El líder de tropa, Uludan, está de acuerdo, mi señor. La proximidad de los kindaru no fue más que una coincidencia, o bien era el plan de la partida de asalto tenderles una emboscada.

Sí, eso era lo más probable. Los malditos kindaru y sus exquisitos caballos cada vez eran más difíciles de encontrar.

—¿Uludan sigue ahora el rastro de los asesinos?

—Difícil, mi señor. Parecen poseer un saber inmenso y son capaces de ocultar su rastro por completo. Es posible que cuenten con hechicería para ayudarles.

—¿Esa es una idea tuya o de Uludan?

Un leve rubor en la cara del hombre.

—Mía, mi señor.

—No pedí tu opinión, soldado.

—No, mi señor. Me disculpo.

Hechicería... los espíritus de su interior deberían haberla detectado en cualquier parte de su territorio. ¿Qué tribus eran capaces de reunir unos guerreros tan hábiles y sin duda tan numerosos? Bueno, una respuesta obvia eran los barghastianos, pero no recorrían Lamatath. Vivían mucho más al norte, en los bordes de la llanura Rhivi, de hecho, y al norte de Capustan. No debería haber barghastianos tan al sur. Y si, de algún modo, los había... El Capitán frunció el ceño.

—Veinte caballeros te acompañarán de regreso al lugar de la matanza. Después los guiarás hasta la tropa de Uludan. Encontrad el rastro como sea.

—Lo haremos, mi señor.

—Asegúrate de que Uludan lo entiende.

—Sí, mi señor.

Y vaya si lo entendería. Los caballeros estaban allí no solo para proporcionar un acompañamiento más pesado a la tropa. Estaban también para imponer el castigo que el sargento considerase necesario si Uludan fallara.

El Capitán acababa de perder sesenta soldados. Casi una quinta parte de toda su caballería ligera.

—Ahora, márchate —le dijo al jinete—, y busca al sargento Teven y envíame lo sin falta.

—Sí, mi señor.

Cuando el hombre volvió a bajar, el Capitán se recostó en su trono y se quedó mirando las espaldas polvorientas de los esclavos uncidos. Había kindaru, sí. Y sinbarl, y los últimos siete gandarú, más o menos; primos de frentes pronunciadas de los kindaru que pronto se extinguirían por completo. Una pena, la verdad: esos malnacidos eran fuertes, trabajadores y nunca se quejaban. El Capitán había apartado a dos de las mujeres supervivientes y las llevaba en una carreta, los vientres hinchados por el embarazo, comiendo larvas gordas, yemas de huevos de serpiente y otros alimentos extraños por los que sentían querencia los gandarú. ¿Eran gandarú de pura raza los niños que estaban en camino? No se lo parecía, sus mujeres se apareaban con cualquier cosa que tuviera tres piernas, y eran mucho menos sumisas de lo que a él le parecía prudente. Aun así, uno de los niños, o los dos, bien podrían ser suyos.

No como herederos, por supuesto. Sus hijos bastardos no tenían ningún derecho especial. Ni siquiera los reconocía. No, adoptaría un heredero cuando llegara el momento, y si eran ciertas las promesas susurradas de los espíritus, para eso podrían faltar siglos.

Su mente, comprendió, se había desviado del camino.

Sesenta soldados asesinados. ¿El reino de Skathandi estaba en guerra? Quizá lo estaba.

Sin embargo, era evidente que el enemigo no se atrevía a enfrentarse a él allí, con sus caballeros y todo su ejército listo y dispuesto a internarse en el campo de batalla. Por tanto, el ejército que fuera a enfrentarse a él era pequeño...

Gritos más adelante.

El Capitán entornó los ojos. Desde su atalaya podía ver sin obstrucciones que una figura solitaria se acercaba por el noroeste. Una piel de pelaje blanco aleteaba en la brisa como el ala de una polilla fantasma y se extendía desde los amplios hombros. El hombre llevaba atada a la espalda una espada larga, los filos con extrañas ondulaciones, la hoja de un color que no se parecía a ningún metal que el Capitán reconociera.

Cuando la figura se fue aproximando, como si esperara que la masa de esclavos se separara sin más ante él, el sentido de la proporción del Capitán sufrió una sacudida. El guerrero era gigantesco, con toda facilidad le sacaba medio cuerpo al más alto de los skathandi, más alto incluso que un barghastiano. Parecía llevar el rostro enmascarado, no, tatuado, con un delirante patrón como de vidrio agrietado o telaraña hecha jirones. Bajo ese bárbaro semblante, llevaba el torso cubierto por una especie de armadura de conchas, bonita pero probablemente inútil.

Bueno, el necio —por enorme que fuera— estaba a punto de verse pisoteado o apartado de un empellón. El movimiento era eterno. El movimiento era... Un espasmo repentino se apoderó de la mente del Capitán y le hundió los dedos en el cerebro; los espíritus se sacudían de terror, chillaban...

Un sabor ácido en la lengua....

El Capitán ahogó un grito e hizo un gesto.

Un sirviente, que estaba sentado detrás de él en una caja erguida con forma de ataúd y que miraba por una ranura en la madera, vio la señal y tiró con fuerza de una cuerda trenzada. Resonó un cuerno, seguido por tres más.

Y, por primera vez en siete años, el reino de Skathandi se paró en seco.

El enorme guerrero se acercó sin prisas a la cabeza de la columna de esclavos. Sacó su espada. Cuando blandió aquella arma salvaje, los esclavos empezaron a gritar.

El suelo tembló a ambos flancos con la carga de los caballeros.

Más gestos frenéticos del Capitán. Resonaron otra vez los cuernos y los caballeros cambiaron de posición en masa y giraron para evitar al gigante.

El golpe de la espada había impactado en la barra central que unía los arneses de las yuntas. El filo contra el extremo romo partió por la mitad la barra, larga como veinte hombres. Los pernos se desparramaron, las cadenas se precipitaron por los eslabones de hierro, se enrollaron y se deslizaron hasta el suelo.

El Capitán estaba en pie, tambaleándose y sujetándose a los barrotes de la barandilla del balcón. Podía ver, mientras los caballeros volvían a formar filas, todas las cabezas vueltas hacia él, observando, esperando la orden. Pero no podía moverse. El dolor le alanceaba las piernas desde los deformes huesos de los pies. Se agarró a los ornamentados postes con las manos débiles. Las hormigas le invadían el cráneo.

Los espíritus se habían ido.

Huido.

Estaba solo. Estaba vacío.

Se tambaleó hacia atrás y cayó en su trono.

Vio a uno de sus sargentos salir a caballo y acercarse al gigante, que ahora estaba apoyado en su espada. Los gritos de los esclavos se fueron apagando y los que de repente se vieron libres de sus ataduras trastabillaron a ambos lados, algunos cayeron de rodillas como si se sometieran a un nuevo rey,

un usurpador. El sargento frenó su cabalgadura y, con los ojos al mismo nivel que los del gigante, empezó a hablar.

El Capitán estaba demasiado lejos. No los oía, y necesitaba hacerlo; chorreaba sudor, que le empapaba las magníficas sedas. Tembló cuando lo invadió la fiebre. Se miró las manos y vio la sangre que brotaba de las antiguas heridas (abiertas una vez más), y también de los pies, donde se encharcaba en las suaves zapatillas forradas. Recordó, de repente, lo que era pensar en morir, dejarse ir, rendirse. Allí, sí, a la sombra de los álamos...

El sargento recogió las riendas y se dirigió a medio galope al palacio.

Se detuvo, desmontó entre un estrépito de armadura y levantó las manos para quitarse el yelmo con visor. Luego subió por los escalones.

—Capitán, señor. El necio afirma que los esclavos son ahora libres.

Al mirar los ojos azules del soldado, la quejumbrosa expresión dilatada por la incredulidad, por el pasmado asombro, el Capitán sintió una punzada de compasión.

—Es él, ¿verdad?

—¿Señor?

—El enemigo. El asesino de mis súbditos. Lo noto. La verdad... la veo, la siento. ¡La noto en la boca!

El sargento no dijo nada.

—Quiere mi trono —susurró el Capitán, que levantó las manos sangrantes—. ¿Crees que todo esto fue para eso? Todo lo que he hecho, ¿solo para él?

—Capitán —dijo el sargento con un gruñido áspero—. Lo ha hechizado. Acabaremos con él.

—No. No lo entiendes. ¡Se han ido!

—Señor...

—Monta el campamento, sargento. Dile... dile que será mi invitado a la cena. Mi invitado. Dile.. dile... Mi invitado, sí, solo eso.

El sargento, un magnífico soldado, sin duda, saludó en señal de respeto y se fue.

Otro gesto con una mano manchada, chorreante, machacada. Dos criadas se acercaron con cautela para ayudarlo a levantarse. El Capitán bajó la mirada y miró a una de ellas. Una mujer kindaru, redonda y rellena y con un hocico de zorro por nariz, y vio que los ojos de la mujer se clavaban en el apéndice sangrante con el que terminaba el brazo que sujetaba. Y vio que se pasaba la lengua por los labios.

Me estoy muriendo.

Nada de siglos. Antes de que acabe el día. Antes de que acabe el día, estaré muerto.

—Ponedme presentable —dijo sin aliento—. No quiero que sienta ninguna vergüenza, ¿entendido? No quiero compasión. Es mi heredero. Ha venido. Por fin ha venido.

Las criadas, ambas con los ojos muy abiertos de miedo, lo ayudaron a entrar.

Y el hervidero de hormigas siguió moviéndose.

Los caballos habían formado un círculo mirando hacia el interior, agitaban las colas para espantar a las moscas y con las cabezas gachas iban arrancando la hierba. Los bueyes permanecían cerca, todavía uncidos, y los observaban. Kedeviss, apoyado con los brazos cruzados en una de las ruedas de la carreta, parecía estar contemplando al desconocido de cabello gris con la misma mirada plácida y vacía.

Nimander sabía muy bien lo engañosa que podía ser esa expresión. De todos ellos, del irrisorio número que quedaba, ella era la que veía con más claridad, con una perspicacia tal que intimidaba a casi todo el que sometía a su mirada. El vacío (si el que estaba siendo observado se volvía al fin para encontrarse con esos ojos) se desvanecía poco a poco, y algo duro, inflexible e inmune a la ofuscación surgía

lentamente en su lugar. Inquebrantable, cada vez más penetrante hasta que parecía atravesar a la víctima como clavos martillados en la madera. Y luego apartaría los ojos con desinterés, sin preocuparse del corazón agitado, de la palidez y las cuentas de sudor en la frente, y el que se encontraba aquejado de tal forma apenas tenía dos opciones: temer a esa mujer o amarla con un deseo tan salvaje y absorbente que podía destruir el corazón.

Nimander temía a Kedeviss. Y la amaba también. Nunca se le había dado bien elegir.

Si Kallor percibía esa mirada, y Nimander estaba seguro de que así era, era indiferente a ella, prefería dividir su atención entre el cielo vacío y el paisaje vacío que los rodeaba. Cuando no estaba durmiendo o comiendo. Un invitado desagradable, autoritario e imperioso. No cocinaba, no se molestaba en lavar su plato después. Era un hombre con seis sirvientes.

Si por Nenanda fuera, expulsarían al viejo aquel, le tirarían piedras y trozos de estiércol para echarlo lejos, pero Nimander veía algo incongruente en aquella imagen, como si fuera una imposibilidad absurda que no tenía lugar ni siquiera en su imaginación.

—Se está debilitando —dijo Desra a su lado.

—Nos falta poco, creo —respondió Nimander. Se encontraban justo al sur de Sarn, que en otro tiempo había sido una ciudad de un tamaño considerable. A lo largo del camino que llevaba hasta allí habían encontrado asentamientos, pequeñas granjas alargadas detrás de establos, tiendas y tabernas. Los pocos residentes que quedaban eran una gente empobrecida, asustadiza como perros apaleados, que tosían y escupían sobre un duro suelo ya demasiado tiempo en barbecho, al menos hasta que veían a los viajeros en el camino principal, momento en el que dejaban caer las azadas y se marchaban a toda prisa.

Las provisiones que habían dejado en el cruce habían sido empaquetadas con meticulosidad en cajones de madera, la pila entera, cubierta con una lona sujeta por estacas en las esquinas. Frutas maduras, rocas de azúcar escarchada espolvoreadas con sal, densas hogazas de pan negro, tiras de anguila seca, vino aguado y tres tipos de queso; de dónde había salido todo aquello, dado el miserable estado de las granjas junto a las que habían pasado, era todo un misterio.

—Nos mataría y se quedaría tan tranquilo —dijo Desra, los ojos puestos en Kallor.

—Garrapata de Piel está de acuerdo.

—¿Qué clase de hombre es?

Nimander se encogió de hombros.

—Uno muy infeliz. Deberíamos ponernos en marcha.

—Espera —dijo Desra—. Creo que deberíamos hacer que Aranatha le echara un vistazo a Clip.

—¿Aranatha? —Miró a su alrededor y encontró a la mujer sentada, las piernas plegadas bajo ella como las patas de un cervatillo, cogiendo flores de la orilla empinada del camino—. ¿Por qué? ¿Qué puede hacer ella?

Desra sacudió la cabeza como si no pudiese dar razones. O no quisiese.

Nimander suspiró.

—Adelante —dijo—, pídeselo.

—Tienes que decírselo tú.

¿Por qué?

—Muy bien. —Echó a andar y una docena de zancadas lo llevaron a donde se sentaba Aranatha. Cuando su sombra se deslizó sobre ella, la chica alzó la mirada y sonrió.

Unas sonrisas tan carentes de prudencia, de inseguridad o reticencia irónica, a él siempre le parecían una señal de locura. Pero los ojos sobre la sonrisa esa vez no eran en absoluto vacuos.

—¿Me sientes, Nimander?

—No sé lo que quieres decir con eso, Aranatha. A Desra le gustaría que examinaras a Clip. No sé por

qué —añadió—, puesto que no recuerdo que poseas ninguna habilidad concreta en sanación.

—Quizá quiera compañía —dijo Aranatha, que se levantó con un movimiento elegante.

Y a él le sorprendió de repente, como si lo hubiera abofeteado, su belleza. Allí de pie, tan cerca, el aliento tan cálido, tan extraño y oscuro. *¿Qué me está pasando? Kedeviss y, ahora, Aranatha.*

—¿Te encuentras bien, Nimander?

—Sí. —No—. Estoy bien. —*¿Qué despierta en mí? ¿Para traerme tanto angustia como exaltación?*

La joven le puso media docena de flores blancas en la mano, sonrió otra vez y se acercó a la carreta. Una suave carcajada de Garrapata de Piel hizo volverse a Nimander.

—Eso abunda en estos días —dijo su primo mientras seguía con los ojos a Aranatha—. Si hemos de ser un grupo incongruente, y así lo parece, se sigue entonces que nos confundimos unos a otros a cada instante.

—Dices cosas sin sentido, Garrapata de Piel.

—Esa es mi tarea, ¿no? No le encuentro sentido al rumbo que tomamos; no, no me refiero a Baluarte, ni siquiera a la confrontación que creo que es inminente. Me refiero a nosotros, Nimander. Sobre todo a ti. Cuanto menos control tienes, más grande parece hacerse tu talento para el liderazgo, las cualidades exigidas de ese tipo de persona... como esas flores que tienes en la mano, en las que se despliegan los pétalos.

Nimander hizo una mueca, frunció el ceño y miró los capullos.

—Estarán muertas dentro de nada.

—Igual que todos, quizá —respondió Garrapata de Piel—. Pero... es bonito mientras dura.

Kallor se reunió con ellos mientras se preparaban para reanudar el viaje. Su rostro curtido parecía extrañamente descolorido, como si el incesante viento hubiera secado su sangre. O cualesquiera que fueran los recuerdos que lo acosaban. La imperturbabilidad de sus ojos le sugería a Nimander que aquel hombre carecía de sentido del humor, que esa noción le resultaba tan ajena como remendar las rasgaduras de su propia ropa.

—¿Habéis terminado por fin de descansar? —preguntó Kallor mientras observaba las flores que todavía tenía Nimander en la mano con un leve desdén.

—Los caballos lo necesitaban —dijo Nimander—. ¿Tienes prisa? Si es así, siempre podrías adelantarte. Cuando pares a pasar la noche, te alcanzaremos, o no, según.

—¿Y quién me daría de comer entonces?

—Siempre podrías hacértelo tú —dijo Garrapata de piel—. Es de suponer que hayas tenido que hacértelo tú en alguna ocasión.

Kallor se encogió de hombros.

—Iré en la carreta —dijo mientras se alejaba.

Nenanda había recogido a los caballos y ahora los estaba acercando.

—Hay que volver a herrarlos a todos —dijo—, y este maldito camino no es ninguna ayuda.

Una conmoción repentina en la carreta los hizo darse la vuelta a tiempo de ver a Kallor arrojado de espaldas por un costado y estrellándose con pesadez contra los adoquines, la expresión de su rostro era de sorpresa aturdida. Sobre él, de pie en la carreta, estaba Aranatha, e incluso a aquella distancia los demás vieron algo oscuro y salvaje que llameaba en sus ojos.

Desra se encontraba a su lado, con la boca abierta.

En el camino, tirado de espaldas, Kallor empezó a reírse. Una especie de carcajada áspera, gutural.

Con una mirada perpleja a Garrapata de piel y a Nenanda, Nimander se acercó.

Aranatha se había dado la vuelta para reanudar los cuidados que le estaba prestando a Clip, como dejar caer gotas de agua entre los labios del hombre inconsciente. Nimander se metió las flores por el

cinturón, se subió a la carreta y miró a Desra a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Se sirvió él solo —respondió Desra, sin expresión, mientras señalaba a Aranatha con la cabeza—.

Ella, eh... lo apartó de un empujón.

—¿Estaba de pie sobre el rayo de una rueda? —preguntó Garrapata de piel desde detrás de Nimander. Desra negó con la cabeza.

—Una mano en el costado. Ella... lo mandó por los aires.

El anciano, la carcajada desvaneciéndose ya, se estaba poniendo de pie.

—Malditos tiste andii —dijo—, no tenéis sentido de la aventura.

Pero Nimander se dio cuenta de que, a pesar del supuesto regocijo de Kallor, el canoso guerrero estaba un tanto conmocionado. Tras respirar hondo y hacer una mueca por un dolor en las costillas, el hombre rodeó la carreta y subió de nuevo por detrás, pero esa vez manteniéndose a distancia de Aranatha.

Nimander se apoyó en el costado, cerca de ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

La chica alzó los ojos y le dedicó una de esas sonrisas de una inocencia abrumadora.

—¿Me sientes ahora, Nimander?

¿Era la «idea» del agua suficiente para crear una ilusión tan perfecta que engañaba a cada sentido? El bucle serpentino de Un Río, conocido como Dorssan Ryl, rodeaba la mitad de la Primera Ciudad de Kharkanas. Antes de la llegada de la luz nada se reflejaba en su superficie de medianoche, y apoyar la mano en su flujo incesante era sentir nada salvo un aliento fresco contra la piel cuando la corriente esquivaba con un suspiro la intrusión. «Agua en la Oscuridad, sueños al dormir», o eso había escrito uno de los llamados «poetas locos» del siglo noventa y tres, durante la tendencia estilística en poesía caracterizada por la brevedad, un estilo que se desplomó el siguiente siglo durante el periodo de arte y oratoria conocido como el «Florido radiante».

Agua en ilusión perfecta... ¿no era en esencia lo mismo que el agua de verdad? Si los sentidos proporcionan todo lo que define al mundo, ¿no eran entonces los árbitros de la realidad? Siendo un joven acólito, enardecido por toda clase de pasiones, Endest Silann había discutido campanada tras campanada con sus compañeros todos esos asuntos. Todos esos temas, esos «esencia de la verdad, los sentidos mienten» que parecían tan importantes entonces, antes de que cada universo estallara en el incendio de la creación, empujando todas esas velas llameantes por el borde de la mesa hacia el torbellino del mar de cera, donde cada concepto, cada idea, se fundía en una y ninguna, en el fango hirviente que los ahogó a todos, por muy listos, sabios y poéticos que fueran.

¿En qué estoy pensando estos días? En nada salvo en lo absurdo de mi juventud desperdiciada. «La certeza purga, un mundo sin asombro.» Ah, entonces quizás esos lacónicos poetas habían dado con algo, después de todo. ¿Es eso lo que me obsesiona ahora? La sospecha de que todas las verdades que importan se encuentran de algún modo en la juventud del alma, en esos embriagadores días en los que las palabras y los pensamientos todavía podían brillar, como si nacieran de la nada solo para nuestra edificación personal.

Generación tras generación, nada cambia. O eso nos consuela creer. Pero yo ahora me pregunto, ¿ese periodo de deleite se acorta? ¿Se está estrechando, convertido como una maldición en una nueva clase de brevedad, aquella en la que la ignorancia se secunda y el cinismo abunda, cada uno desbordando ese valioso momento?

¿Qué ocurre entonces con la próxima generación? Hambrienta de asombro, indiferente a la realidad

o a la irrealidad del agua que fluye, preocupándose solo de si van a flotar o ahogarse. Y luego, por desgracia, siendo incapaces de distinguir entre ambos.

No había nadie, aquí en su modesta estancia, que pudiera oír sus pensamientos. Nadie, desde luego, al que tan siquiera le importaran. Las acciones deben ir rodando, no sea que todos estos testigos se aburran o se inquieten. Y si en el remolino sin luz de algún río nunca visto ni imaginado moraban secretos, ¿qué importaba si el esfuerzo de sumergirse era sencillamente excesivo? *No, era mejor... flotar.*

Pero preocuparse por la escasa veintena de jóvenes tiste andii que estaba creciendo en Coral Negro era desperdiciar energía. No tenía nada de sabiduría que ofrecer, incluso si alguno de ellos tuviese interés en escuchar, y ese no era el caso. Los ancianos no poseían más virtud que la de sobrevivir, y cuando nada cambiaba, era sin duda una virtud vacía.

Recordó el gran río, su profundo misterio de la existencia. Dorssan Ryl, en el que las cloacas vertían la sangre arenosa, diluida por la lluvia, de los muertos y los moribundos. El río, que proclamaba con estruendo su realidad cuando caía una lluvia torrencial, cuando las nubes, con un lamento, caían como bestias de rodillas, solo para mezclarse con esas furiosas corrientes y bajar enroscadas hacia las negras profundidades. Todo eso tragado por una ilusión.

Había habido una mujer, una vez, y sí, puede que la hubiera amado. Como la mano metida en el agua fresca, a él quizá lo hubiera rozado esa emoción embriagadora, esa obsesión susurrada por la sangre por la que murieron poetas y por la que la gente asesinó a sus seres más queridos. Y recordó que la última vez que había posado los ojos en ella, allí, abajo, junto al Dorssan Ryl, enloquecida por el abandono de Madre (muchos lo estaban), no había nada que él reconociera en sus ojos. Vio allí, en un rostro que había conocido, que había adorado, esa abominable ausencia: se había ido y no volvería jamás.

Así que sujeté su cabeza bajo el agua, observé esos ojos clavados en mí, ojos desconcertados cada vez más abiertos, llenándose de un pánico ciego... ¡y entonces! En el último momento ¿no vi... una luz repentina, un súbito...?

Ah, era una pesadilla. No había hecho nada, había sido demasiado cobarde. La había visto irse con todos los demás, igual de azotados por la pérdida, mientras marchaban en peregrinación desesperada, una fatídica búsqueda para encontrarla a Ella de nuevo. ¡Qué viaje debía de haber sido aquel! Antes de que el último trastornado cayera para no levantarse, interrumpiendo un rastro de cadáveres de varias lenguas de longitud. Una cruzada de dementes que se internaban en la nada.

Kharkanas se transformó en una ciudad prácticamente vacía después de que se fueran. El primer dominio de Anomander Rake sobre aposentos habitados por el eco, sobre casas vacías. Vendrían muchos más.

Después, una calma que flotaba como restos de un naufragio en el arroyo, sin verse aún atrapada por los rápidos, pero tampoco tan anegada como para desvanecerse, se precipitó como una luna cercenada en el lecho embarrado. Por supuesto, no podía durar. Se precisaba de otra traición más que hiciera pedazos el mundo de una vez por todas.

La noche recién pasada, Endest Silann, que se dirigía a un almacén al fondo de la planta superior, se encontró con el Hijo de la Oscuridad en un pasillo. Algún humano, pensando que la acción lo honraba, había colgado una serie de antiguos tapices andii en ambas paredes del pasaje. Escenas de Kharkanas y una que incluso mostraba el Dorssan Ryl, aunque nadie lo reconocería si no estaba familiarizado con esa perspectiva concreta, pues el río no era más que un tajo oscuro, una garra que se enroscaba alrededor del corazón de la ciudad. No había ningún orden concreto, la disposición de las escenas provenía del desconocimiento, así que recorrer ese pasillo era verse sorprendido por una miscelánea de imágenes, nítidas como recuerdos pero totalmente inconexas.

Anomander Rake estaba de pie frente a una, sus ojos, de un intenso tono ambarino. Una mirada

depredadora, fija como la de un león antes de lanzarse a matar. En el tapiz desvaído, una figura se alzaba en medio de una carnicería. Los cuerpos desplomados ante él sangraban todos por heridas infligidas por la espalda. Nada sutil en aquel tapiz, la indignación de quien lo había tejido supuraba de cada hilo. De piel blanca, ojos de ónice, cabello ennegrecido por el sudor y trenzado como cuerdas que colgaban. Con unas espadas resbaladizas en las manos, contemplaba al espectador, desafiante y frío. En el cielo destrozado que tenía detrás daban vueltas locqui wyval con cabezas de mujeres, las bocas abiertas en gritos casi audibles.

—Él no quería hacerlo —dijo Anomander Rake.

Pero lo hizo.

—Su capacidad para perdonar es muy superior a la mía, mi señor.

—El cuerpo sigue a la cabeza, pero a veces es al revés. Había una cábala. Ambiciosa, hambrienta. Lo utilizaron, Endest, lo utilizaron de mala manera.

—Pagaron por ello, ¿no es cierto?

—Todos pagamos, viejo amigo.

Endest Silann apartó los ojos.

—Me desagrada mucho este pasillo, mi señor. Cuando he de recorrerlo, no miro ni a izquierda ni a derecha.

Rake lanzó un gruñido.

—Es, desde luego, un guantelete de recriminación.

—Recordatorios, mi señor, de que algunas cosas nunca cambian.

—Debes hacer todo lo posible por liberarte, Endest. Ese abatimiento puede... destrozar el alma.

—He oído que hay un río que desemboca en bahía Coral. Eryn o Maurik. Que parece no tener fondo.

Anomander Rake, con la mirada aún en el tapiz, asintió.

—Spinnock Durav lo ha visto, ha bordeado sus orillas. Dice que le recuerda a Dorssan Ryl..., a su infancia.

—Sí, hay algunas similitudes.

—Estaba pensando, si se pudiera prescindir de mi presencia...

Anomander miró por encima del ojo y sonrió.

—¿Una peregrinación? Por supuesto, Endest. Es decir, si puedes volver antes de que pase un mes.

Ah, ¿así que ya queda muy poco?

—No me quedaré mucho tiempo, mi señor. Solo lo justo para verlo con mis propios ojos, eso es todo.

La mirada estaba algo más focalizada, y la ferocidad ambarina se había reducido a algo parecido al... *parecido al barro.*

—Temo que sufras una decepción. No es más que un río profundo. No podemos tocar el pasado, viejo amigo. —Volvió la vista para mirar una sola vez el tapiz—. Y los ecos que imaginamos oír, bueno, engañan. No te sorprendas, Endest, si no encuentras nada de lo que buscas y todo lo que temes.

¿Y qué es, mi señor, lo que crees que busco? No quiero preguntar lo que crees que temo pues a eso ya conoces la respuesta.

—Pensé que caminar me haría bien.

—Y te lo hará.

Ahora, al día siguiente, estaba sentado en su aposento. Una pequeña mochila de cuero con provisiones descansaba junto a la puerta. Y la idea de una caminata, una caminata larga, subiendo por laderas escarpadas bajo un sol ardiente, ya no parecía tan atrayente. La edad hacía esas cosas, primero alimentaba el deseo y luego mataba de hambre a la voluntad. Y, después de todo, ¿qué lograría con ver el río?

Un recordatorio de las ilusiones, quizá; un recordatorio de que, en un reino que quedaba para siempre inalcanzable, se levantaban las ruinas de lo que había sido una gran ciudad, y fluyendo a su alrededor, Dorssan Ryl, que continuaba vivo, incesante en su ausencia perfecta, jugando a su juego de existencia. Un río de la más pura oscuridad, el agua vital de los tiste andii, y si no quedaban niños, bueno, ¿qué diferencia había?

Los niños se van. Los niños abandonan las viejas costumbres, y ya pueden los viejos necios con todos sus consejos absurdos farfullar y rezongar en espacios vacíos y asentir ante los ecos que les responden. La piedra y el ladrillo conforman el auditorio ideal.

No, pensaba hacer ese viaje. Desafiaría a las necesidades de la vejez, sin el juicio ni la burla bajo la mirada de los jóvenes. Una peregrinación solitaria.

Y todos esos pensamientos, que parecían tan indulgentes y díscolos, revelarán quizás entonces su valor, y empujarán ecos lúgubres hacia ese momento futuro de revelación. Ja. ¿Creía de verdad esas cosas? ¿Poseía la fe necesaria?

«No preguntes nada, el río responderá.»

«Pregunta al río, encuentra la respuesta.»

Los poetas locos se pasaron vidas enteras librando intensas guerras en la prosa que interpretaban. ¿Para lograr qué? Bueno, la destrucción implosiva de su tradición.

Resume eso en dos frases.

—Necesito que hagas un viaje.

Spinnock Durav consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Cuándo, mi señor?

Anomander Rake estiró las piernas hasta que casi metió las botas en las llamas de la chimenea.

—Pronto, creo. Dime, ¿cómo va la partida?

Miró el fuego con los ojos entrecerrados.

—No muy bien. Oh, gano cada vez. Es solo que mi mejor oponente juega mal últimamente. Su mente está en otros asuntos, por desgracia. No me siento presionado, y eso elimina buena parte del placer.

—Imagino que hablas de Vidente.

Spinnock alzó los ojos, sorprendido por un momento. *Claro, se dijo, es el Hijo de la Oscuridad, después de todo. Puede que le llamen el Rey Fantasma, pero dudo de que haya un solo detalle de Coral Negro que desconozca. Nadie tomará eso en cuenta hasta que cometan un terrible error y entonces será demasiado tarde.*

—Vidente, sí. El Oscurantista.

Una leve sonrisa en los labios de Anomander Rake.

—Itkovian era un hombre extraordinario. Este culto recién nacido despierta mi interés, aunque no estoy tan seguro de que hubiese sido de su agrado. Se veía a sí mismo como soldado, aunque fracasado; la caída de Capustan lo dejó desolado. —Hizo una pequeña pausa, claramente sumergido en sus recuerdos, luego continuó—. No eran más que una compañía de mercenarios, de una dotación modesta, nada parecido a la Guardia Carmesí. Me atrevería a decir que ni siquiera la Guardia Carmesí habría logrado conservar Capustan.

Spinnock Durav permaneció en silencio, atento. En esa época, él estaba fuera. Otro viaje encomendado por su señor. *A la caza de un dragón, ni más ni menos.* Conversaciones como la que había hallado al final de su búsqueda no merecían ser repetidas.

—Podía perdonar a todo el mundo menos a sí mismo.

No me extraña que te gustara.

Anomander Rake suspiró.

—No sé decir cuánto tiempo necesitarás, Spinnock. Tanto, quizá, como seas capaz.

Cuando Spinnock Durav entendió lo que significaba aquella afirmación, sintió una punzada de desánimo poco propia de él. Enfadado consigo mismo, apoyó despacio las manos en los brazos de la silla, los dedos enroscados alrededor de la madera lisa, con la esperanza de no haber dejado nada en su expresión. *Esto es lo que hago y haré. Hasta que me llegue el final. Ella es joven, muy joven... ay, no tiene sentido pensar en... en nada de eso. En ella.* ¿Fue capaz de ocultar la angustia de sus ojos? ¿Qué pensamientos, qué dudas, atravesaron a su señor mientras observaba a su viejo amigo? Con un sentimiento de derrota, Spinnock Durav lanzó una mirada a Anomander Rake.

El soberano de Coral Negro permanecía sentado, mirando con el ceño fruncido las botas que se le iban quemando.

Y ¿cuánto tiempo lleva así?

—Siempre he sido... capaz, mi señor.

—Sí, así es. Siento curiosidad. ¿Qué aflige tanto a Vidente?

—Una crisis de fe, creo. —*La vida como el Kef Tanar, esquivando este y aquel camino. Lo hace tan bien, este hombre al que jamás he derrotado en nuestras guerras de tablero, nunca en diez mil años. Pero puedo quedarme contigo, mi señor, al menos hasta este punto*—. Ha dejado de hacer su peregrinación diaria. Entre los que allí viven han crecido... expectativas. Expectativas que, al parecer, no es capaz de cumplir.

—Mides tus palabras, Spinnock Durav. No es propio de ti.

—No poseo todos los detalles todavía.

—Pero los tendrás.

—Con el tiempo, sí.

—¿Y entonces?

Spinnock miró a Rake.

—Haré lo que deba hacerse.

—Será mejor que te des prisa, entonces.

Ah, sí, ya lo entiendo.

—El Redentor es un dios impotente —dijo Anomander Rake tras un momento—. Incapaz de negarse, incapaz de dar. Una esponja de mar que absorbe el mar entero. Después el siguiente y el que venga después. ¿Puede continuar así para siempre? Salvo por Itkovian, yo diría que no.

—¿Es eso una especie de fe, mi señor?

—Quizá lo sea. ¿Es su capacidad de perdonar de verdad inagotable? ¿Puede asumir el dolor y la sensación de culpa de otros por toda la eternidad? Admito que tengo serias dificultades con los principios fundamentales de este culto; en fin, como ya he dicho, yo admiraba mucho a Itkovian, el Yunque del Escudo de las Espadas Grises. Incluso entiendo, hasta cierto punto, su gesto con los kron t'lan imass. Como Redentor, sin embargo..., no puedo más que extrañarme ante un dios tan dispuesto a asumir los delitos y defectos morales de sus seguidores, mientras a su vez no pide nada, sin esperar un cambio de comportamiento, sin amenazarlos con un castigo de persistir en su transgresión. Absolución, sí, comprendo la noción, pero la absolución no es lo mismo que la redención, ¿verdad? Lo primero es pasivo. Lo segundo exige un esfuerzo, se sobreentienden el sacrificio y las privaciones, algo que exija todas las cualidades superiores de lo que llamamos virtudes.

—Y, sin embargo, se llama el Redentor.

—Porque asume la tarea de la redención para todos los que acuden a él, todos los que le rezan. Y sí, es

un acto de profundo valor. Pero no espera lo mismo de su pueblo, al parecer no posee ningún tipo de expectativa.

Cuánta locuacidad por parte de su señor, prueba de una condensación larga y cuidadosa de pensamiento, de una energía considerable dedicada a la naturaleza del culto que se aferraba al borde mismo de Coral Negro y de Noche, todo lo cual parecía... inusual.

—Quiere dar ejemplo, entonces.

Un repentino destello de interés en los ojos de Anomander Rake, que estudió a Spinnock Durav con atención.

—¿Algún seguidor se ha encontrado con esa posibilidad, Spinnock Durav?

—No lo sé. No, eh, no me lo parece... pero, mi señor, yo apenas sé nada de todo ello en este momento.

—Si el Redentor no se puede negar, entonces está atrapado en un estado de desequilibrio. ¿Me pregunto qué sería necesario para remediarlo?

Spinnock Durav se encontró con la boca seca, y si había construido orgullosos castillos de comprensión, si había alzado sólidas fortificaciones para proteger sus conjeturas y dispuesto enormes ejércitos que defendieran sus argumentos, que se desplazaran, se alinearan y maniobraran para defender sus preciadas ideas, si había hecho todo eso para luego sentarse con comodidad, seguro de su lugar en esa conversación, si esa era de verdad una partida de *Kef Tanar*, entonces con una simple pregunta, su enemigo había derruido todo su imperio.

¿Qué se necesitaría para remediar ese desequilibrio?

Un hombre que se niegue.

Me dices que hay poco tiempo, mi señor. Me llevas a elucidar aquello que me perturba —porque ves que lo hay—, y luego, entre las elevadas nubes de la discusión religiosa, dejas caer un relámpago que me golpea en pleno corazón.

Si he de hacer algo, debo hacerlo pronto.

Mi señor, el asombro que me inspiras no conoce límites. El amor que siento por ti y la compasión que muestras con tanta delicadeza me llevan a esta firme disposición, a acometer sin titubeos aquello que quieras que acometa, a resistir todo el tiempo que sea necesario, pues eso es lo que necesitas.

—Bien está ser inmune al calor —dijo Anomander Rake—, porque me he quemado las botas sin remedio.

Y así el fuego crece a tu alrededor, pero tú no te inmutas.

No te fallaré, mi señor.

—Endest Silann sube por el camino de la montaña —dijo Anomander Rake mientras se levantaba—. Y Arpía ha regresado, pero pronto debe echar a volar otra vez. Le pediré que envíe a unos cuantos nietos para que lo protejan en su viaje. A menos, por supuesto, que tú creas que podría ofender a Endest Silann si los viera dando vueltas por el cielo.

—Es posible, mi señor, pero no por eso debería cambiar su decisión.

Una leve sonrisa.

—De acuerdo. Saluda de mi parte a la sacerdotisa, Spinnock.

Hasta ese momento no había sabido que iba a visitar a la suma sacerdotisa (quien había desechado su nombre para cumplir con su papel en el Templo de Oscuridad, para hacer de sus piernas siempre abiertas un acto impersonal que convertía su cuerpo en un receptáculo y nada más), pero en ese momento supo que era justo eso lo que tenía que hacer. Kurald Galain era ahora una senda turbulenta. Las tormentas tronaban en su interior y hacían vibrar cada hilo de poder. Las energías crepitaban. Y la volvían insaciable. *Así que me deseará, pero eso no es lo que preocupa a Anomander Rake. Hay otra cosa. Debo ir a ella, y ni siquiera sé por qué.*

Pero él sí.

Spinnock Durav se encontró sentado solo en el pequeño aposento. El fuego se había reducido a meros carbones. El aire olía a cuero quemado.

La suma sacerdotisa del Templo de Oscuridad se había cortado el pelo todavía más, lo que le daba un aspecto perturbadoramente masculino mientras lo tumbaba de espaldas y se ponía a horcajadas sobre él con su habitual ímpetu. Por lo general cuando llegaba a ese punto él empezaba a refrenarla, a oponer una resistencia que desafiaba aquella avidez y alargaba el placer de la mujer. Esa vez, sin embargo, la dejó hacer. Todo aquello era secundario. Desde que esa fuerza desconocida había atravesado Kurald Galain con un temblor, todas las sacerdotisas se habían mostrado frenéticas de deseo, lo que había obligado a los varones tiste andii a entrar en el templo y en los aposentos de camas lujosas. Si los rumores eran ciertos, incluso algún que otro humano se había visto arrastrado a ese mismo necesitado interrogatorio.

Pero no había respuestas que encontrar en las indulgencias de la carne, y quizá todo eso era una especie de revelación metafórica de esa verdad desnuda, una verdad que se extendía mucho más allá del templo y las prescripciones de sacerdotisas. Pero ¿acaso él no quería respuestas de Salind? ¿De esa joven que no podía tener más de veinte años? ¿De otra suma sacerdotisa?

Él había visto demasiado, había vivido demasiado. Todo lo que aquella chica tenía por delante, todas las experiencias que todavía la aguardaban, eran propias de esa edad, y debían ser compartidas —si acaso— con alguien de edad semejante. Él no tenía deseo alguno de ser mentor de nadie, pues el estudiante no tarda en dejar de necesitar un mentor (si este ha hecho bien su trabajo), y luego es el mentor el que arremete contra la idea de igualdad, o protesta al ser sobrepasado. Pero la imposibilidad de aquella idea iba más lejos. Ella jamás lo sobrepasaría. En su lugar, envejecería demasiado deprisa, y las sensibilidades de su vida, una vida así truncada, jamás podrían igualar las de Spinnock.

Korlat no había dudado con el sargento malazano Whiskeyjack, Spinnock había oído la trágica historia, ligada como estaba a la conquista de Coral Negro y la caída del Dominio Painita. Y a la prolongada ausencia tanto de Korlat como de su hermano, Orfantal. No obstante, Whiskeyjack tenía por aquel entonces cuarenta y muchos años, había vivido buena parte de una vida. ¿Y quién podría decir si la unión hubiera durado? Cuando, en el cortísimo periodo de unos años, Korlat habría presenciado el descenso a la decadencia de su amado, el encorvarse de la espalda, el temblor de las manos, el malograrse de la memoria.

Spinnock casi podía imaginarse el final de aquello cuando, con el corazón destrozado, Korlat se enfrentase a un momento cuchillo en mano, pensando si ejercer la misericordia de poner fin a la vida de su marido. ¿Era eso algo que anhelar? ¿No tenemos ya bastantes cargas?

—Si no fuera por ese deseo tuyo que podía sentir en mi nido —dijo la mujer que ahora estaba tumbada debajo de él—, te creería falto de interés, Spinnock Durav. Pareciera como que no has estado aquí conmigo, y aunque se dice que la espada de un hombre nunca descansa, ahora me pregunto si de verdad es así.

Spinnock parpadeó, bajó la mirada y contempló su rostro. Un rostro muy atractivo, uno que encajaba con la naturaleza de su devoción, pero al mismo tiempo parecía demasiado inocente, demasiado abierto, para esa vida de indulgencia desinhibida.

—Lo siento —dijo él—. Esperaba a que... te marcharas.

La mujer salió de debajo de él, se sentó y se pasó los dedos largos por la corta mata de pelo.

—Fracasamos en eso últimamente —dijo ella.

Ah, así que esa es la razón de tu desesperación, de tu avidez.

—Regresará —prosiguió—. Tiene que hacerlo. Algo... cambia, Spin.

Él se quedó mirando la espalda inmaculada, la curva elegante de su columna, la ligera redondez de las caderas de las que conocía su tacto suave y frío. El ángulo de sus hombros hablaba de una saciedad temporal o de un cansancio más prolongado.

—Nuestro señor te envía saludos.

Ella se volvió para mirarlo desde arriba, las cejas alzadas por la sorpresa.

—¿En serio? Sería la primera vez.

Spinnock frunció el ceño. *Sí, es verdad. No se me había ocurrido.*

—Pronto me marcharé.

Los ojos de la mujer se endurecieron.

—¿Por qué te trata así? Como si fuera tu dueño y pudiera hacer lo que le placiera contigo.

—Me pongo en su lugar.

—Pero tú no eres el Hijo de la Oscuridad.

—No, es cierto.

—Un día vas a morir en su lugar.

—Así es.

—Y entonces tendrá que buscarse otro idiota.

—Sí.

La sacerdotisa lo miró con furia, luego se volvió y se levantó a toda prisa. Piel negra pulida bajo el fulgor de los faroles, nada masculino ya, una figura que era todo curvas y planos suavizados. Spinnock sonrió.

—Yo también te echaré de menos.

Una leve rendición cuando ella suspiró. Y cuando lo miró otra vez, no había nada velado en sus ojos.

—Hacemos lo que podemos.

—Sí.

—No, no lo entiendes. El Templo... mis sacerdotisas. Lo intentamos como lo intenta Anomander Rake, los dos aspiramos a aferrarnos a algún significado, algún propósito. Él imagina que se puede encontrar en las luchas de seres inferiores, de los humanos y todas sus miserables disputas. Se equivoca. Nosotras lo sabemos y él también. El Templo, Spin, elige otro camino. El renacimiento de nuestra Puerta, el regreso de Madre Oscuridad, a nuestras vidas, a nuestras almas.

—Sí. ¿Y?

Algo se desmoronó en la expresión de la sacerdotisa.

—Nosotras fracasamos como él. Nosotras lo sabemos y él lo sabe. El Hijo de la Oscuridad no me envía saludos.

Entonces... dijo «sacerdotisa».

Pero no se refería a esta. Spinnock se sentó y estiró el brazo hacia el suelo, donde tenía la ropa tirada.

—Suma sacerdotisa —dijo—. ¿Qué puedes decirme del culto del Redentor?

—¿Qué?

Spinnock alzó los ojos y le extrañó la alarma que vio en los de ella. Tras un momento sacudió la cabeza.

—No, no me interesa el perdón. Si abrazar a los t'lan imass fue lo que mató a ese hombre, ¿qué le haría a su alma abrazarnos a nosotros?

—Prefiero no pensar, Spin. Sí, fue un hombre glorioso a su manera, a pesar de toda la sangre que se derramó sin necesidad por culpa de ello; aun así... glorioso. Si no hablas de nuestras cargas, entonces no entiendo tu pregunta.

—Acaba de nacer, este culto. ¿Qué forma tomará?

La sacerdotisa suspiró otra vez, cosa extraordinaria y otra prueba más de su cansancio.

—Como bien dices, es muy joven. Y al igual que todas las religiones, su forma, su futuro, se encontrará en lo que ocurra ahora, en estos primeros momentos. Y ese es motivo de preocupación, pues, aunque los peregrinos se reúnen, ofrecen regalos y rezan, no existe ninguna organización. No se ha formulado nada, no hay doctrina, y son cosas que necesitan todas las religiones.

Spinnock se frotó la mandíbula, pensó un momento y luego asintió.

—¿Por qué te interesa? —preguntó ella.

—No estoy seguro, pero agradezco tus conocimientos. —Hizo una pausa y se quedó mirando la ropa que tenía en la mano. Había olvidado algo, algo importante, ¿qué podía ser?

—No me equivocaba —comentó ella sin dejar de mirarlo—. No eres tú mismo, Spin. ¿Han terminado por contrariarte las exigencias de tu señor?

—No. —*Quizá, pero no es algo digno de consideración, el defecto sería mío, después de todo*—. Estoy bien, suma sacerdotisa.

Ella lanzó un bufido.

—Ninguno lo estamos, Spin —dijo mientras le daba la espalda.

Cuando Spinnock bajó la mirada, vio su espada y cinturón tirados en el suelo. Por supuesto, había olvidado su ritual. Recogió el arma y, mientras la suma sacerdotisa se ponía sus túnicas, la llevó hasta la mesa y la dejó encima. De la saquita rígida de cuero que llevaba en el cinturón sacó una pequeña esponja, una petaca de metal con aceite de anguila y un trozo muy manchado de piel de tiburón.

—Vaya —dijo la suma sacerdotisa desde la puerta—, todo vuelve a ir bien con el mundo. Hasta luego, Spin.

—Sí, suma sacerdotisa —respondió él, que prefirió no hacer caso de su sarcasmo. Ni de la necesidad que tan mal disimulaba.

La lluvia había entrado desde el mar y había convertido los caminos en ríos de barro. Salind estaba sentada en el cobertizo improvisado, las piernas encogidas bajo el cuerpo, estremeciéndose cada vez que el agua se colaba por los agujeros del tejado. Había venido más gente a rascar su puerta, pero ella los había rechazado a todos.

Estaba cansada de ser la suma sacerdotisa. Toda su exacerbada sensibilidad a los caprichos del Redentor estaba resultando ser poco más que una maldición. ¿Qué importaban todas esas emociones vagas que percibía en el dios? No podía hacer nada por él.

Esto no debería haberla sorprendido, y se dijo que no se estaba sintiendo dolida, sino otra cosa, algo más impersonal. Quizás era la aflicción que sentía por la creciente lista de víctimas, ya que Gradithan y su caterva de sádicos continuaban aterrorizando el campamento, de tal manera que algunos estaban planeando marcharse en cuanto se secase el camino. O quizás era su fracaso con el Oscurantista. Las expectativas que ponían en ella y que veía en los ojos de tantas personas eran demasiado inmensas, demasiado aplastantes. Era imposible que pudiera responder a todas. Y se estaba encontrando con que, en realidad, no podía responder a ninguna.

Las palabras no significaban nada ante una salvaje voluntad. Eran incapaces de defender cualquier santidad que pudiera reclamarse, para la identidad de una persona, para su libertad de elegir cómo quería vivir y con quién. La perseguía la empatía. La compasión abría heridas que solo un endurecimiento del alma podría prevenir en el futuro, y no era eso lo que quería; había visto demasiados rostros, se había mirado en demasiados ojos, y había rehuido su frialdad, su complacencia en los juicios crueles.

Los justos reivindicarán que solo ellos pueden juzgar. Los justos son los primeros en convertir las manos en puños, los primeros en hacer callar a gritos la disensión, los primeros en obligar a otros a que se sometan.

Vivo en una aldea de mansos y yo soy la más mansa de todos. No hay gloria alguna en estar indefensa. Ni tampoco hay esperanza.

Lluvia que caía a cántaros, un estrépito retumbante en el tejado de tablillas, el sonido de un diluvio que le llenaba el cráneo. *Lo que el Redentor vaya a abrazar no es ni justo ni injusto. Ningún mortal puede aprobar su comportamiento en nombre del Redentor. ¿Cómo se atreven a darlo por sentado?* Rostros miserables que pasaban junto a ella y se asomaban a las grietas de su puerta. Y ella quería reprenderlos agriamente a todos. *Condenados necios. ¡La absolución no basta!* Pero entonces la mirarían con los ojos abiertos de par en par, tristes, desesperados por ver tras cada pregunta una respuesta, aferrándose a la idea de que uno sufría por alguna razón y de que conocer esa razón aliviaría el sufrimiento.

El conocimiento, se dijo Salind, no alivia nada. Solo llena espacios que de otro modo podrían llenarse de desesperación.

¿Podéis vivir sin respuestas? Cada uno de vosotros, haceos esa pregunta. ¿Puedes vivir sin respuestas? Porque si no puedes, entonces vas a inventarte tus propias respuestas y estas te consolarán. Y todos aquellos que no comparten tu visión, solo con existir, meterán el miedo y el odio en tu corazón. ¿Qué dios bendice eso?

—No soy ninguna sacerdotisa suprema —carraspeó mientras el agua le resbalaba por la cara.

Unas botas pesadas salpicando en el barro de fuera. Algo dio un tirón a la puerta y una forma oscura ocultó la pálida luz gris.

—Salind.

Ella parpadeó e intentó discernir quién le hablaba así, con tanta compasión.

—No me preguntes nada —dijo ella—. Y cuéntame menos aún.

La figura se movió y cerró la puerta con un arañazo de grava empapada que llenó el cobertizo de penumbra una vez más. Hizo una pausa y se quedó de pie, el agua chorreando de un largo manto de cuero.

—Esto no puede seguir así.

—Seas quien seas —dijo Salind—. No te invité a entrar. Esta es mi casa.

—Mis disculpas, suma sacerdotisa.

—Hueles a sexo.

—Sí, me lo imagino.

—No me toques. Soy veneno.

—Yo... no tengo ningún deseo de... tocarte, suma sacerdotisa. He recorrido la aldea, las condiciones son deplorables. El Hijo de la Oscuridad, lo sé bien, no tolerará semejante pobreza.

Salind alzó los ojos y los entrecerró.

—Eres el amigo del Oscurantista. El único tiste andii para el que los humanos no son indignos de atención.

—¿Es eso lo que crees de nosotros? Es... de lamentar.

—Estoy enferma. Por favor, márchate.

—Me llamo Spinnock Durav. Quizá te lo haya dicho la última vez que nos vimos, no lo recuerdo y es obvio que tú tampoco. Tú... me desafiaste, suma sacerdotisa.

—No, yo te rechacé, Spinnock Durav.

Quizás hubiera algo parecido a un tono de divertida ironía cuando respondió.

—Quizá las dos cosas son una y lo mismo.

La joven lanzó un bufido.

—No, por favor, un eterno optimista.

El tiste andii bajó la mano de repente y su palma cálida se apretó contra la frente de la mujer. Esta se echó hacia atrás.

—Tienes fiebre —dijo él al erguirse.

—Vete ya.

—Lo haré, pero voy a llevarte conmigo...

—¿Y qué ocurre con el resto de este campamento que están igual de enfermos que yo? ¿Te los llevarás a todos? ¿O solo a mí?, ¿solo aquella de la que te compadesces? A no ser que no sea la compasión lo que te empuja.

—Haré que unos sanadores se ocupen del campamento...

—Hazlo, sí. Yo puedo esperar con los otros.

—Salind...

—No me llamo así.

—¿No? Pero me...

—Fue el que escogí, nada más. No tenía nombre. Ni siquiera de niña, no hasta hace solo unos meses. No tenía ningún nombre, Spinnock Durav. ¿Sabes por qué no me han violado todavía? A la mayor parte de las mujeres las han violado. A la mayor parte de los niños también. Pero a mí no. ¿Tan fea soy? No, no mi cuerpo, hasta yo sé eso. Es porque era una Niña de la Semilla Muerta... ¿Sabes lo que significa eso, tiste andii? Mi madre se arrastraba medio loca por un campo de batalla, metía las manos bajo los camisotes de soldados muertos hasta que encontraba un miembro sólido y duro. Después lo tomaba en su cuerpo y, si la bendición la acompañaba, se derramaba en su interior. La semilla de un hombre muerto. Tuve muchos hermanos y hermanas, una familia de tías y una madre, que, al final, se pudrió con una terrible enfermedad que le comió el cuerpo, aunque para entonces su cerebro ya llevaba mucho tiempo muerto. No me han violado porque soy intocable.

El tiste andii se la quedó mirando, era obvio que conmocionado, un horror que lo sumió en un silencio aturdido.

La chica tosió, pensando que ojalá no se pusiera enferma tan a menudo... pero siempre había sido así.

—Ya puedes irte, Spinnock Durav.

—Este lugar es un nido de enfermedades. —Y se adelantó para cogerla en brazos.

Ella se encogió.

—¡Tú no lo entiendes! ¡Estoy enferma porque él está enfermo!

Spinnock se detuvo y ella al fin pudo verle los ojos, verde bosque, con los rabillos oblicuos, y había demasiada compasión brillando en esa mirada.

—¿El Redentor? Sí, me imagino que lo está. Ven. —Y la levantó sin esfuerzo, y ella debería haber forcejeado, debería haber sido libre de elegir, pero estaba demasiado débil. Apartarlo con las manos era un gesto, un deseo transformado en ademán con el que se aferró desesperada al manto del tiste andii. Como una niña.

Una niña.

—Cuando deje de llover —murmuró él, el aliento apenas templado, pero que sabía que quemaba su mejilla enfebrecida—, reconstruiremos esto. Lo haremos todo nuevo. Seco, cálido.

—No me violes.

—Basta de hablar de violaciones. La fiebre despierta muchos terrores. Descansa un poco.

No juzgaré. Ni siquiera mi propia vida. No lo haré... Hay debilidad en el mundo. De todo tipo. Todo tipo...

Al salir con la mujer inconsciente en brazos, Spinnock Durav miró a su alrededor. Figuras por todos lados, tanto encapuchadas como con la cabeza desnuda bajo la lluvia, el agua chorreándoles por el cuerpo.

—Está enferma —les dijo—. Necesita un sanador.

Nadie le respondió.

Él dudó otra vez antes de hablar.

—Se informará al Hijo de la Oscuridad de vuestras... dificultades.

Las figuras empezaron a volverse y se fundieron con la cortina de agua gris. En unos momentos, Spinnock se encontró solo.

Echó a andar hacia la ciudad.

Se informará al Hijo de la Oscuridad... pero él ya lo sabe, ¿no? Lo sabe, pero se lo deja todo a... ¿a quién? ¿A mí? ¿A Vidente? ¿Al propio Redentor?

«Saluda de mi parte a la sacerdotisa.»

A ella, entonces, a esta frágil criatura que llevo en brazos. Me ocuparé de ella, porque en su interior se encuentra la respuesta.

Dioses, ¿la respuesta a qué?

Con las botas inestables por el cieno y el barro, emprendió el regreso con cuidado. La noche aguardaba.

Y alzándose de las profundidades de sus recuerdos, el fragmento de un antiguo poema: «La luna no llueve, sino que llora.» Un fragmento, sí, tenía que ser eso. Por desgracia, no recordaba el resto, así que tendría que conformarse con ese verso, si bien le resultaba de todo menos reconfortante.

Podría preguntarle a Endest... Ah, no, no está con nosotros de momento. La suma sacerdotisa, entonces. Ella conoce todos los poemas tiste andii jamás escritos, con el único propósito de burlarse de cada uno de ellos. Pero aun así...

Las palabras lo atormentaban, se burlaban de él con su ambigüedad. Él prefería las cosas simples y directas. Sólidas como una escultura heroica; esos monumentos de mármol y alabastro dedicados a alguna persona importante que, a decir verdad, no era de ningún modo tan magnífica como se creía o se proclamaba, y desde luego tampoco se parecía en nada al rostro blanco y pulido que había sobre el cuerpo divino... *Oh, que el Abismo me lleve, ¡ya basta!*

En el campamento, tras la partida del tiste andii con la suma sacerdotisa medio muerta en brazos, el sacerdote calvo, de corta estatura y piernas estevadas, y calado debajo de las túnicas de lana empapadas de agua, se acercó cojeando a Gradithan.

—¿Lo has visto?

El antiguo soldado lanzó un gruñido.

—Estuve tentado, ya me entiendes. De clavarle la punta de una espada por la nuca. Ese malnacido de tiste andii engendrado por la mierda, ¿qué Embozado se creía para venir aquí?

El sacerdote —un sacerdote de un dios desconocido de algún lugar del sur, Baluarte, quizá— chasqueó varias veces más la lengua.

—De lo que se trata, urdo... —dijo.

—¡Cierra esa boca! Ese rango ya no es para nadie, ¿entiendes? Por más que ese desgraciado piense que es el único que queda y que puede usarlo como si fuera su condenado nombre o algo. Da igual, porque va a pagar por ello muy pronto.

—Mis más humildes disculpas, señor. De lo que se trata es de que ella ya no está.

—¿Y qué?

—Que ella es los ojos del Redentor, sus oídos, su todo en el mundo mortal, y ahora ese tiste andii ha venido y se la ha llevado. Lo que significa que podemos hacer, esto..., bueno, lo que nos venga en gana.

Al oír eso, Gradithan sonrió poco a poco y luego habló en voz baja y natural.

—¿Y qué hemos estado haciendo hasta ahora, Ratamonje?

—Mientras estaba ella, cabía la posibilidad de que el Oscurantista despertara a su papel sagrado. Ahora no tenemos que preocuparnos por ninguno de los dos.

—A mí nunca me preocupó —dijo el antiguo urdomen con una especie de gruñido desdeñoso—. Vuelve a meterte en tu agujero, y llévate a quien te apetezca contigo; como tú dices, ahora no hay nada que nos detenga.

Después de que la horrenda criatura se escabullera, Gradithan le hizo un gesto a uno de sus tenientes.

—Sigue a ese cerdo andii hasta Noche —dijo—. Pero mantén la distancia. Luego avisa a nuestros amigos de la ciudad. Todo está controlado en el Túmulo, ese es el mensaje que les das, ¿de acuerdo? Ve y regresa aquí antes del amanecer y podrás elegir a la mujer que más te guste, una que quieras quedarte por un tiempo si es que te da por ahí, o asfixiarla bajo tu peso, a mí me importa una mierda. ¡Largo!

Permaneció bajo la lluvia con una sensación de satisfacción. Las cosas empezaban a mejorar, cada vez más. Y si entornaba los ojos, vaya, casi podía distinguir esa maldita torre con su asqueroso edificio del dragón... Sí, pronto acabaría todo en el suelo. Todo lleno de sangre, eso es.

Y aunque no fue consciente de ello —o no lo bastante para descubrir la causa de ese repentino escalofrío— se apartó de esa mirada ciega, y, sin saber que lo hacía, rompió contacto con unos ojos adormilados, fríos y de reptil cuya vista alcanzaba lejos, muy lejos, atravesaba la lluvia, el humo, atravesaba —si se le antojaba— las paredes de piedra.

Silannah no era un edificio tallado. Insomne, centinela y protectora que todo lo ve, amada por el Hijo de la Oscuridad y poseedora de un criterio rotundo, afilado como la obsidiana, eso sí lo era. ¿Y terrible cuando la embargaba la cólera? Pocos mortales podían siquiera concebir la verdad y la capacidad de los justos e implacables.

Lo que quizá fuera casi mejor.

«Misericordia en compasión, ningún dragón vive.»

Cuando la destreza con la espada era solo algo pasajero se necesitaba algo más. Rabia. La maldición era que la rabia rompía el recipiente, provocaba fisuras en la arcilla quebradiza, buscaba cada debilidad de carácter, la mica que solo se revelaba en los bordes de los fragmentos rotos. No había reparación posible, no salía nada de argamasa que fuese a limpiar la punta de un dedo de entre los fragmentos que se pegaban de nuevo.

Nimander estaba pensando en alfarería. Ánforas colgadas en redes que tintineaban en los lados de la carreta, el horrible néctar en el interior; una especie de rabia, quizá, no muy diferente de aquello que había corrido por sus venas cuando luchaba. Se decía que la rabia en la batalla era un don de los dioses, había oído esa creencia pronunciada por ese marino malazano, Olor a Muerto, allá en la bodega del buque insignia de la consejera, durante una de esas muchas noches en las que el tipo había bajado al vientre oscuro con el asa de una jarra de ron colgando de una mano.

Al principio a Nimander le había molestado la compañía (tanto como les había molestado a sus

parientes), pero el malazano había insistido, como un zapador socavando muros. El ron se había colado por gargantas, había soltado las lenguas y, tras un rato, todas esas fortificaciones y baluartes habían ido abriendo sus puertas y portales.

El ron había encendido un fuego en el cerebro de Nimander y había arrojado una vacilante luz roja sobre una multitud de recuerdos que se reunían fantasmagóricos alrededor de la indeseable hoguera. Había habido una fortaleza, en alguna parte, un lugar de niñez segura y protegida por aquel que todos llamaban «Padre». Abruptas crestas nevadas que bordeaban el camino adoquinado que llevaba a la puerta de la tronera, un viento que bajaba aullando de las montañas grises, una morada temporal por donde decenas de niños se escabullían como ratas salvajes, con la alta figura de Anomander Rake vagando por los pasillos con la indiferencia de un dios.

¿Qué había habido antes de eso? ¿Dónde estaban todas las madres? Ese recuerdo se había perdido, por completo.

Había habido un sacerdote, un antiguo compañero del Hijo de la Oscuridad, cuya tarea consistía en mantener a la prole alimentada, vestida y sana. Los había contemplado a todos con ojos llenos de consternación, sin duda comprendiendo, mucho antes que ninguno de ellos, el futuro que los aguardaba. Comprendía que debía negarles su calor, oh, había sido como un ogro para todos, desde luego, pero un ogro que, a pesar de todas sus bravatas, nunca jamás les haría ningún daño.

Los niños, que sabían esto, habían abusado a menudo de su libertad. Más de una vez se habían burlado de aquel pobre anciano. Habían hecho rodar vasos en su camino cuando pasaba a su lado y habían chillado de regocijo cuando los pies del hombre los mandaban por los aires, rebotaban y se hacían pedazos; o, mejor aún, cuando perdía el equilibrio y daba con su trasero en el suelo, entre gestos de dolor.

Qué fuego tan cruel el que iluminaba todos esos espantosos recuerdos. Olor a Muerto, a su manera adormecida y aparentemente descuidada, les había sacado la historia. Desde esa torre oculta en lo más intrincado de una remota cordillera a la llegada repentina, asombrosa, de un desconocido: el tiste andii envejecido y encorvado que era, según descubrieron con un sobresalto, nada menos que el hermano del propio Anomander. Y las peleas que resonaban en los aposentos privados de su padre cuando los hermanos discutían por cosas desconocidas; decisiones pasadas, decisiones venideras, el relato preciso de crímenes del alma que llevaban a acusaciones duras y unos fríos, gélidos, silencios.

Días más tarde sobrevino la paz, sin saber cómo, en plena noche. Su padre acudió a verlos para decirles que Andarist se los iba a llevar a todos. A una isla, un lugar cálido, con extensiones de arena suave y aguas cristalinas, con árboles repletos de fruta. Y allí, de pie, al fondo, mientras les explicaban el nuevo futuro, estaba el viejo Endest Silann, el rostro crispado por alguna emoción extrema; se acabaron los vasos en el suelo, se acabaron las mofas y los esquivos granujas que salían disparados para escapar de alguna persecución imaginada (él nunca los perseguía, ni una sola vez alargó un brazo para tratar de atraparlos, jamás levantó una mano, ni tan solo levantó la voz; él no era más que un foco de atención para su irreverencia, una irreverencia que no se atrevían a volver contra su padre). Él había tenido su función y la había soportado, pero en ese momento lloró mientras reunían a los niños y abrían una senda, un portal a lo desconocido, a un mundo misterioso y nuevo donde cualquier cosa era posible.

Andarist fue quien los condujo.

Aprenderían cosas nuevas. Las armas que los aguardaban.

Un maestro severo, nadie de quien se pudieran burlar, oh no, eso quedó claro de inmediato cuando un bofetón fortuito contra la sien de Garrapata de Piel lo lanzó por los aires, un bofetón como respuesta a alguna burla murmurada entre dientes, sin duda.

Los juegos terminaron. El mundo se convirtió de repente en algo serio.

Llegaron a amar a aquel anciano. Lo amaron demasiado, según resultó, pues allí donde Anomander quizás hubiera sido más que capaz de ahuyentar los horrores de la edad adulta y su terrible mundo, Andarist no lo era.

Los niños eran los soldados perfectos, los asesinos perfectos. No tenían sentido de la mortalidad. No temían a la muerte. Disfrutaban destruyendo, incluso cuando la destrucción implicaba quitar una vida. Jugaban con la crueldad para observar los resultados. Comprendían la simplicidad del poder que encontraban allí, en el arma que sujetaban.

Mira a un niño aburrido con un palo, y verás cómo huye cada bestia cercana, porque comprende lo que es posible e, incluso, probable. Mira al niño, escudriñando el suelo, balanceando el palo y bajándolo para aplastar insectos, para destrozar flores, para librar una guerra caótica. Sustituye el palo por una espada. Explica que la culpa no hay que considerarla siquiera cuando los que deben morir son el enemigo.

Libéralos, a esos niños de ojos ávidos.

Buenos soldados. Andarist los había convertido en buenos soldados. ¿Qué niño, después de todo, no conoce la rabia?

Pero el recipiente se rompe.

El recipiente se rompe.

El dios Moribundo, creía ahora Nimander, era un niño. Los locos sacerdotes lo colmaban, sabedores de que el recipiente tenía fugas, y luego bebían ese vertido pueril. Como niño que era, la sed y la necesidad del dios Moribundo no tenían fin, nunca se saciaban.

Durante su viaje por aquel camino, siempre hacia el oeste, se encontraron entre campos sembrados. Unos campos en los que los espantapájaros estaban muertos de verdad, consumidos. Marchitos, enmarañados en jirones negros de tela, se mecían, rígidos, al viento. Esas vidas derramadas le inspiraron a Nimander la visión de esos campos como cementerios extraños en los que una fe local y aberrante insistía en que los muertos se clavaran en el suelo, erguidos, que estuvieran siempre listos para lo que pudiera venir.

Vigilantes de ese camino y de todos los idiotas que lo recorrían.

Una vez, en Deriva Avalii, casi un año antes de los primeros ataques, habían aparecido en la costa rocosa dos dalhonesios medio muertos. Habían intentado ir remando hasta la isla de Geni, por razones que no explicaron, en un antiguo cascarón. Los dos estaban desnudos, habían tenido que usar hasta el último harapo de tela de sus prendas para tapar las grietas del casco; al final resultó que las grietas eran demasiadas y la desvencijada nave terminó hundiéndose, obligando a los dos hombres a nadar.

El impulso del Señor los llevó a Deriva Avalii, y lograron esquivar de alguna forma los arrecifes asesinos y las rocas que circundaban la isla.

Moradores de las oscuras selvas de su tierra natal, pertenecían a una tribu obsesionada con sus propios ancestros. A los muertos no los enterraban. Los convertían en parte de los muros de barro de las chozas de la aldea. Cuando moría alguien en una familia, se comenzaba a construir una nueva habitación, al principio nada más que una única pared que sobresalía. Y en esa pared estaba el cadáver, las cuencas de los ojos rellenas con arcilla, la nariz, las orejas, la boca. Arcilla como una nueva piel sobre la cara, los miembros, el torso. Erguido, en una especie de cabriola, como detenido en plena danza. Dos parientes más debían morir antes de que la habitación estuviera completa y lista para recibir el tejado de frondas de palmera y demás materia.

Algunas casas eran grandes como castillos, extendidas al nivel del suelo en un laberinto de aposentos, muchos de ellos oscuros y mal ventilados. De ese modo, los muertos nunca se iban. Permanecían allí, testigos de todo, en un juicio eterno, una presión, habían dicho los dos refugiados, que era capaz volver

loca a una persona, y a menudo lo hacía.

La jungla se resistía a la agricultura. A su suelo le desagradaba la domesticación. Los gigantescos árboles eran invulnerables al fuego y podían doblar el filo de un hacha de hierro. Las aldeas crecían sin control, devoraban la tierra, al tiempo que se esquilma cada área despejada a su alrededor. Las tribus rivales sufrían el mismo proceso y las guerras no tardaron en desatarse. Los ancestros muertos exigían venganza por las transgresiones. Los parientes muertos (cuyos cuerpos habían sido robados y por tanto no podían cuidarse de ellos como era debido) representaban una herida abierta a la que había que responder.

Sangre de un lado a otro, dijeron los dos refugiados. *Sangre de un lado a otro, eso es todo. Y cuando el enemigo comenzó a destruir aldeas, a quemarlas hasta los cimientos...*

No había más respuesta a la locura que la huida.

Nimander pensaba en todo eso mientras guiaba a su yegua riendas en mano por aquel camino polvoriento. Él no tenía ancestros que lo persiguieran, no tenía ancestros que le exigieran que hiciera esto o lo otro, que se comportara de ese modo pero no de aquel. Quizás eso era la libertad, pero lo dejaba con una extraña sensación de... pérdida.

Los dos dalhonesios habían construido un nuevo bote y se habían ido remando, no de regreso a casa, sino a algún lugar desconocido, un lugar desprovisto de imperturbables fantasmas que los mirasen con ojos fijos desde cada pared.

De la carreta llegaron unos ruidos de vaivén y Nimander se giró y vio que Kallor se estaba bajando por el lado en el que cabalgaba; el viejo se detuvo para colocarse bien el manto de cota de malla y luego echó a andar hasta que se puso a la altura de Nimander.

—Un uso interesante de los cadáveres —dijo.

—¿Y qué uso sería ese? —preguntó Garrapata de Piel con una mirada atrás.

—¿Asustar a los cuervos? Tampoco es que ningún cuervo en su sano juicio fuese a mirar dos veces esas plantas pestilentes; ni siquiera son nativas de este mundo, después de todo.

Nimander vio que Garrapata de Piel alzaba las cejas.

—¿No lo son?

Kallor se rascó la barba y, dado que no daba la impresión de que tuviese prisa alguna por responder, Garrapata de Piel miró hacia delante una vez más.

—Saemankelyk —dijo Nimander—. El dios Moribundo... que puede encontrarse en Baluarte.

El guerrero de pelo gris lanzó un gruñido.

—Nada cambia.

—Cómo no va a cambiar —replicó Garrapata de Piel sin volverse—. Si no hace más que empeorar.

—Eso es una ilusión —respondió Kallor—. Los tiste andii deberíais saberlo. Tenéis la sensación de que las cosas empeoran porque os hacéis viejos. Veis más, y lo que veis está enfrentado con vuestros recuerdos de cómo eran las cosas.

—Bobadas. Los viejos cascarrabias como tú decís eso porque os conviene. Esperáis que eso nos deje paralizados y terminemos por no hacer nada, lo que significa que vuestro precioso orden establecido se mantiene un poco más, lo suficiente para que viváis vuestra vida con la comodidad que creéis que os habéis ganado. No queréis asumir la culpa de nada, así que nos decís que nada cambia.

—Ah, el fuego de la juventud. Quizás un día, pimpollo, tú seas viejo, si es que tu estupidez no te ha matado antes, y nos encontremos en alguna parte. Estarás sentado en los escalones de piedra de algún templo abandonado o, peor, del glorioso monumento a algún rey muerto. Observando a los jóvenes que corren de un lado a otro. Y yo me acomodaré a tu lado y te preguntaré: «¿Qué ha cambiado, viejo?» Y tú bizquearás, te mordisquearás las encías un rato y luego escupirás en los adoquines negando con la

cabeza.

—¿Tienes pensado vivir para siempre, Kallor?

—Sí, desde luego.

—¿Y si te mata la estupidez?

Kallor sonrió con fiereza.

—Aún no lo ha hecho.

Garrapata de Piel volvió la vista atrás de nuevo, con un brillo en los ojos, y de repente soltó una carcajada.

—Estoy cambiando de opinión sobre ti.

—El dios Moribundo ha robado el alma de Clip —dijo Nimander—. Vamos a recuperarla.

—Buena suerte.

—Supongo que la necesitaremos.

—Yo no soy de los que ayudan, Nimander —dijo Kallor—. Ni siquiera a los parientes de Rake. Quizá —añadió— sobre todo a los parientes de Rake.

—¿Qué te hace pensar...?

El hombre lo interrumpió con un bufido.

—Lo veo a él en todos vosotros, salvo en el vacío que llamas Clip. Os dirigís a Coral. O allí ibais antes de que os obligaran a dar este rodeo. Dime, ¿qué imaginas que pasará cuando encontréis a vuestro glorioso patrón? ¿Alargará una mano perfecta para acariciaros la frente, para bendecir el don de vuestra existencia? ¿Le daréis las gracias por el privilegio de estar vivos?

—¿Qué sabes tú de eso? —inquirió Nimander, sintiendo cómo se acaloraba y el rubor se asomaba a su rostro.

—Anomander Rake es un genio cuando se trata de empezar cosas. Terminarlas es lo que no se le da tan bien.

Ah, eso apesta a verdad. Kallor, acabas de hurgar en mi alma. ¿Un rasgo que heredé de él, entonces? Eso tiene demasiado sentido.

—Así que, cuando le hable de ti, Kallor, ¿sabrá quién eres?

—¿Nos conocíamos? Sí, así es. ¿Disfrutábamos de la mutua compañía? Eso se lo tendrás que preguntar a él. Caladan Brood era más sencillo, más fácil de llevar. Nada más que tierra y piedra. En cuanto a K'azz, bueno, sabré más cuando por fin conozca a ese malnacido.

—No conozco esos nombres —dijo Nimander—. Caladan Brood. K'azz.

—No tiene demasiada importancia. Fuimos aliados en alguna que otra guerra, nada más. Y quizás algún día volveremos a ser aliados, ¿quién sabe? Cuando, una vez más, algún inmenso enemigo nos obligue a encontrarnos en el mismo campamento, todos del mismo lado. —Pareció pensar un momento, luego dijo—: Nada cambia.

—¿Entonces es que regresas a Coral, donde aguarda nuestro padre?

—No. Harán falta siglos para que se calme el revuelo que causé la última vez, supongo. —Estaba a punto de seguir hablando cuando algo le llamó la atención y cruzó por delante de Nimander (lo que obligó a este a detenerse) y se acercó al borde del camino, mirando al norte.

—Yo había visto eso —murmuró Garrapata de Piel, que también se detuvo.

A unos cincuenta pasos del camino, tras una franja de aquellas plantas extrañas y su hilera de efigies envueltas en trapos, se hallaba una ruina. Solo uno de los muros de aquella estructura cuadriforme con aspecto de torre era más alto que un hombre. Las piedras eran enormes, encajadas sin argamasa. Unos árboles de una especie que Nimander no había visto jamás habían echado raíces encima de los muros y de ellos bajaban serpenteando hasta el suelo unas gruesas cuerdas. Unas escuálidas ramas se estiraban en

horizontal, a los lados, con unos meros puñados de hojas oscuras y correosas.

Nenanda había detenido la carreta y todos estaban examinando la ruina que había capturado de aquel modo la atención de Kallor.

—Parece antigua —dijo Garrapata de Piel al tiempo que miraba a Nimander y le guiñaba un ojo.

—Jaghut —dijo Kallor. Y echó a andar hacia ella. Nimander y Garrapata de Piel lo siguieron.

En el campo, los surcos de tierra estaban decolorados, muertos, al igual que las abominables plantas. Hasta las terribles nubes de insectos se habían desvanecido.

Kallor se metió entre dos cadáveres, pero no había suficiente espacio así que estiró los brazos y tumbó las estacas. Salió una nube de polvo de las bases cuando los espantapájaros se combaron y después, al desprenderse, cayeron al suelo. El guerrero siguió caminando.

—Siempre queda la esperanza —dijo Garrapata de Piel por lo bajo cuando Nimander y él lo siguieron por la brecha.

—¿De qué? —preguntó Nimander.

—De que decida que no le cae bien el dios Moribundo. Y resuelva hacer algo.

—¿Tan formidable crees que es?

Garrapata de Piel le lanzó una mirada.

—Cuando dijo que estuvo aliado con Anomander y esos otros, no sonó como si dijera que había sido soldado o algún mando inferior en un ejército cualquiera, ¿verdad?

Nimander frunció el ceño y luego negó con la cabeza.

Garrapata de Piel siseó entre dientes.

—Como... iguales —añadió después.

—Sí, algo así. Pero eso no importa, Piel... no nos va ayudar.

—Tampoco lo esperaba. Más bien que decidiera hacer algo por sus propios motivos, pero algo que termine resolviendo nuestro problema.

—Yo no apostaría por eso, Piel.

Al acercarse a la ruina se quedaron callados. A pesar de su decrepitud, la torre resultaba imponente. El aire que la rodeaba tenía un aspecto granulado, de algún modo quebradizo, ominosamente frío a pesar del feroz calor del sol.

El más alto de los muros dejaba ver una sección del techo justo debajo del conjunto superior de piedras, que se proyectaba sin ningún otro apoyo visible y arrojaba una sombra oscura sobre la planta baja. El muro de enfrente se alzaba apenas lo suficiente como para albergar una entrada con un arco estrecho y muy pronunciado. Justo fuera de esta entrada, en un lado, había una maceta redonda en la que crecían unas cuantas plantas dispersas con flores colgantes, tan incongruentes en medio de aquel ambiente de abandono que Nimander se las quedó mirando, incrédulo.

Kallor se acercó a la entrada, se quitó un guantelete de hojuelas y arañó con él el marco envuelto en raíces.

—¿Nos darás la bienvenida? —inquirió en voz muy alta.

Dentro se oyó un leve arrastrar de pies y luego la respuesta de una voz débil y áspera.

—¿Tengo que hacerlo?

—Hace mucho tiempo que el hielo ha desaparecido, jaghut. Las llanuras están secas y vacías. Hasta el polvo de los t'lan imass se ha ido volando. ¿Quieres saber algo del mundo al que llevas tanto tiempo dando la espalda?

—¿Por qué? Nada cambia.

Kallor se volvió hacia Nimander y Garrapata de Piel con una sonrisa burlona y complacida, y después se giró de nuevo hacia la oscura entrada.

—¿Nos vas a invitar a entrar, jaghut? Soy el...

—Sé quién eres, oh, Señor de la Futilidad. Rey de las Cenizas. Soberano de Tierras Muertas. Nacido para la gloria y condenado a destruirla cada vez. Asesino de Sueños. Despojador de...

—Vale, ya está bien. No soy yo el que vive entre ruinas.

—No, pero es todo lo que dejas a tu paso, Kallor. Vamos, entra, tú y con tus dos otros. Os recibo como invitados, así que no aplastaré vuestras vidas ni devoraré vuestras almas mientras me río a carcajada limpia. No, en lugar de eso, haré un poco de té.

Nimander y Garrapata de Piel siguieron a Kallor hacia la oscuridad del interior.

El aire de aquella estancia de dos paredes era gélido, las piedras estaban recubiertas de una escarcha con vetas ambarinas. Donde deberían haberse alzado los otros dos muros se levantaban unas barreras negras, resplandecientes, de una sustancia desconocida, y contemplarlas demasiado tiempo hacía sentir vértigo; Nimander estuvo a punto de caerse hacia delante, de no ser porque el repentino apretón de Garrapata de Piel lo levantó.

—No hagas caso del hielo, primo —susurró su amigo.

Hielo, sí, solo era eso. Hielo de una transparencia asombrosa...

Había una figura agachada junto a un pequeño hogar, unas manos de dedos largos colocaban una tetera ennegrecida en un gancho de hierro que pendía sobre los carbones.

—Me temo que me comí la última hornada de galletas. —Las palabras salieron flotando sin inflexión bajo las anchas alas de un sombrero de fieltro negro—. La mayor parte de la gente pasa de largo, si es que pasan. No ven nada de interés. Ninguno se acerca a admirar mi jardín.

—¿Tu jardín? —preguntó Garrapata de Piel.

—Sí. Pequeño, lo sé. Modesto.

—La maceta con las dos flores.

—Exacto. Manejable; si fuera más grande, desherbar me desquiciaría, ya me entiendes.

—Se llevaría todo tu tiempo —comentó Kallor mirando a su alrededor.

—Exacto.

Un largo altar de piedra le proporcionaba al jaghut una cama sobre la que había unas pieles pálidas dobladas con esmero. Vieron un escritorio cerca, la madera teñida de negro, con una silla de respaldo alto y forrada con piel de ciervo. En un hueco abierto en el muro más cercano había un candelabro de hierro de tres patas, negro y oxidado. Las llamas de unas velas de cera de abeja parpadeaban en consumidos charquitos que se habían escurrido por los bordes. Apoyado junto al altar vieron un enorme espadón envainado, con la empuñadura tan larga como el brazo de un niño. El arma estaba envuelta en telarañas.

—Tú sabes mi nombre —dijo Kallor—. Pero yo aún no he oído el tuyo.

—Eso es cierto.

La voz de Kallor se crispó al hablar con algo que insinuaba peligro.

—Me gustaría saber el nombre de mi anfitrión.

—Una vez, hace mucho tiempo, un dios lobo vino a mí. Dime, Kallor, ¿tú entiendes la naturaleza de los dioses bestia? Pues claro que no. Tú solo eres una bestia en el sentido peyorativo más injusto, injusto para las bestias, quiero decir. ¿Cómo es, entonces, que los dioses más antiguos de este mundo eran, todos y cada uno, bestias?

—La pregunta no me interesa, jaghut.

—¿Qué hay de la respuesta?

—¿La posees tú?

Las manos del hombre se estiraron y quitaron la tetera del gancho, el vapor se acumuló alrededor de

sus largos dedos.

—Hay que dejarlo reposar un rato. ¿Soy el único que tiene por costumbre eludir preguntas tan directas? ¿Un rasgo exclusivo de los jaghut? No creo. Puede que el conocimiento sea gratis, pero mi voz, no. Por desgracia, soy un avaro, aunque no siempre fui así.

—Dado que le encuentro poco valor a este tema concreto —dijo Kallor—, prefiero no regatear contigo.

—Ah, ¿y qué hay de los otros que están contigo? ¿No podría interesarles?

Garrapata de Piel se aclaró la garganta.

—Venerable, no poseemos nada que sea digno de alguien como vos.

—Eres demasiado modesto, tiste andii.

—¿Lo soy?

—Cada criatura nace de uno que no es de su especie. Eso es una maravilla, un milagro forjado en los fuegos del caos, pues es sin duda el caos lo que susurra en nuestra sangre, sea cual sea su tonalidad. Si no hago más que arañarte la piel, algo tan ligero que no deje más que una marca momentánea, lo que me llevo de tu persona bajo la uña contiene cada verdad de ti, de tu vida, incluso de tu muerte, suponiendo que no te reclame la violencia. Un código, si quieres, en apariencia preciso y muy ordenado. Pero el caos se agita. A pesar de todas tus similitudes con tu padre, ni tú ni el de nombre Nimander, ni tampoco ninguno de vuestros hermanos y hermanas, es idéntico a Anomander Dragnipurake. ¿Lo niegas?

—Pues claro que no...

—Para cada tipo de bestia hay una primera de esas bestias, más diferente de sus progenitores que el resto de sus parientes, de la cual surge a su debido tiempo una nueva prole. ¿Es este primogénito, entonces, un dios?

—Nos habló de un dios lobo —dijo Garrapata de Piel—. Comenzó a contarnos una historia.

—Eso hice. Pero hay que haceros entender. Hay que ir a la esencia. Para ver un lobo y saber que es así de puro, uno debe poseer en sí mismo la imagen de un lobo puro, un lobo perfecto.

—Ridículo —rezongó Kallor—. Ves una bestia extraña y alguien te dice que es un lobo, y de ese único recuerdo y quizás otros que le sigan, te has conformado una imagen de un lobo. En mis imperios, los filósofos vomitaron esa basura durante siglos, hasta que, cómo no, me cansé de ellos y mandé que los torturaran y ejecutaran.

Un extraño ruido ahogado surgió del jaghut encogido. Nimander vio que los hombros le temblaban y se dio cuenta de que aquel anciano se estaba riendo.

—He matado a unos cuantos jaghut —dijo Kallor; no era un alarde, sino una simple afirmación. Una advertencia.

—El té está listo —dijo el jaghut mientras servía el oscuro líquido en cuatro tazas de arcilla en cuya presencia Nimander no había reparado antes—. Quizás os preguntéis qué estaba haciendo yo cuando me encontró el dios lobo. Estaba huyendo. Disfrazado. Nos habíamos reunido para encerrar a un tirano, hasta que nuestros aliados se volvieron contra nosotros y reemprendieron la matanza. Creo que quizá yo esté por siempre condenado a hallarme siempre en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Aliados t'lan imass —dijo Kallor—. Una pena que nunca te encontrarán.

—Kron, el clan de Bek'athana Ilk que moraba en los Riscos Sobre el Mar Airado. Cuarenta y tres cazadores y un invocahuesos. Me encontraron.

Garrapata de Piel se agachó para coger dos de las tazas, se incorporó y le dio una a Nimander. El vapor que surgía del té era embriagador, con un toque de menta, clavos y algo más. El sabor le entumeció la lengua.

—¿Dónde está el mío? —preguntó Kallor—. Si he de escuchar a esta criatura, quiero beber su té.

Garrapata de Piel sonrió y señaló al suelo, donde esperaban las tazas.

Otra carcajada sorda del jaghut.

—Raest era el nombre del tirano que derrotamos. Uno de mis retoños más aborrecibles y arrogantes.

No lloré su caída. En cualquier caso, al contrario que Raest, yo nunca fui de los que se jactan. Es una señal de debilidad irradiar una luz cegadora con el poder de uno. Una inseguridad patética. Una necesidad mermante. Yo era más... seguro.

Había captado la atención de Kallor.

—¿Mataste a cuarenta y tres t'lan imass y a un invocahuesos?

—Los maté a todos. —El jaghut tomó un sorbo de su taza—. He matado a unos cuantos t'lan imass —dijo, la entonación eran una imitación perfecta del tono que había adoptado Kallor solo unos momentos antes—. Decíme, pues, ¿os gusta mi morada? ¿Mi jardín?

—La soledad te ha vuelto loco —dijo Kallor.

—Qué no sabrás tú de ese tema, ¿verdad, oh, Señor de los Fracasos? Disfruta del té, no sea que me ofenda.

Con una mueca que enseñaba los dientes, Kallor se agachó para coger su taza.

La mano izquierda del jaghut se disparó y se cerró alrededor de la muñeca de Kallor.

—Tú heriste a ese dios lobo —dijo.

Nimander se quedó mirando cuando vio que el viejo guerrero luchaba por liberarse de la presión. Las venas le resaltaban en la sien, los músculos de la mandíbula se abultaban bajo la barba. Pero no había forma de soltarse. No había movimiento que hacer para apartarse de esa mano verde, marchita.

—Cuando devastaste tu reino —continuó el jaghut—, lo heriste de forma terrible.

—Suéltame —dijo Kallor con voz ronca. Y estiró la otra mano hacia atrás en busca del puño de la espada.

De inmediato la mano del jaghut desapareció.

Kallor se tambaleó hacia atrás y Nimander vio la marca blanca de unos dedos rodeando la muñeca del viejo guerrero.

—No es así como se comporta un anfitrión. Me obligas a matarte.

—Oh, cállate, Kallor. Esta torre fue una Azath una vez. ¿Quieres que la despierte para ti?

Extrañado, Nimander observó que Kallor retrocedía hacia la entrada, los ojos muy abiertos en el rostro pálido, marchito, la expresión que reflejaba el crudo despertar del reconocimiento.

—Gothos, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿En qué otro lugar debería estar? Ahora quédate fuera, estos dos tiste andii deben ausentarse un momento.

El calor se estaba extendiendo deprisa del estómago de Nimander hacia afuera. Este le lanzó una mirada enloquecida a Garrapata de Piel y vio que su amigo se iba hundiendo poco a poco de rodillas. La taza vacía que tenía en la mano cayó y rodó por un instante por el suelo húmedo. Nimander clavó los ojos en el jaghut.

—¿Qué ha hecho?

—Solo lo que era necesario.

Kallor se dio media vuelta con un bufido y salió con aire indignado de la estancia.

—No esperaré mucho —dijo por encima del hombro.

Las paredes de hielo atrajeron una vez más los ojos de Nimander. Profundidades negras, formas que se movían en el interior. Se tambaleó, estiró las manos...

—Oh, no entres ahí...

Y luego se estaba precipitando hacia delante, las manos entraron en el muro que quedaba enfrente, sin

ofrecer resistencia.

—Nimander, no...

Negrura.

Desra fue rodeando la carreta y se detuvo junto al buey. Posó una mano en el lomo del animal, sintió su calor, la ondulación con cada espasmo para deshacerse de las moscas que lo picaban. Bajó la cabeza y miró el ojo del animal, advirtió con sorpresa la delicadeza de sus pestañas. «Debes tomarte el mundo tal y como es.» Las últimas palabras de Andarist, antes de que el mundo se lo llevara.

No era tan difícil. La gente tenía fuerza o no la tenía. Los débiles la dejaban asqueada, rebotante de un sombrío desdén. Si acaso elegían, siempre era la elección incorrecta. Dejaban que el mundo los rompiera una y otra vez y luego se preguntaban (con los ojos apagados, como los de ese buey) por qué era tan cruel. Pero el mundo no era el problema, ¿verdad? El problema era ponerse en medio de la estampida una y otra vez. El problema era no aprender nada de ninguna cosa. *Nada*.

Había más débiles que fuertes. Los débiles eran legión. Algunos no eran lo bastante listos como para enfrentarse solo a las necesidades inmediatas: el campo que había que sembrar, la cosecha que había que llevar a la era, las bestias de carga que había que alimentar. El niño que criar, la moneda para la próxima jarra de cerveza, la siguiente bolsita de d'bayang. No veían más allá del horizonte. Ni siquiera veían que había otro valle después. El mundo exterior era de donde venían las cosas, cosas que provocaban problemas, que alteraban el orden adecuado de la vida. No les interesaba pensar. Las profundidades eran aterradoras, los caminos largos un viaje sin propósito en el que uno podía terminar perdido, acurrucándose para morir en la cuneta.

Ella había visto tantos de esos débiles. Morían a miles de forma injusta. Decenas de miles. Morían porque veneraban la ignorancia y creían que ese dios ciego podía mantenerlos a salvo.

Entre los fuertes, solo unos pocos merecían alguna consideración. La mayoría eran unos acosadores. Sus amenazas eran físicas o psíquicas, pero buscaban el mismo efecto: conseguir que la víctima se sintiese débil. Y se habían erigido en los encargados de convencer al mayor número posible de personas de que su naturaleza era débil y sus vidas, una patética miseria. Una vez cumplida esa tarea, el acosador decía: *Haz lo que yo diga y te mantendré a salvo. Yo seré tu fuerza... a menos que me hagas enfadar. Si me haces enfadar, te aterrorizaré. Puede incluso que te mate*. Malnacidos como esos los había a patadas, niños bravucones con ojitos de cerdo y cuerpos de hombre. O zorras asquerosas de ojos de pescado, aunque estas últimas, tras demostrarles a sus víctimas lo débiles que eran, se dedicaban a lamer toda la sangre derramada. Delicadas lenguas que entraban y salían. Había acosadores físicos y acosadores emocionales, pero ambos tipos disfrutaban destrozando vidas.

No, ella no tenía tiempo para esa gente. Había otros, en cambio, cuya fuerza era de un tipo muy poco común. No eran fáciles de encontrar, porque no revelaban nada. Eran discretos. Con frecuencia se creían mucho más débiles de lo que eran en realidad. Pero cuando se les presionaba demasiado se sorprendían descubriendo en sí mismos la determinación de no retroceder ni un solo paso, el hallazgo de que se había erigido un muro en su alma, inexpugnable, una barrera que no se podía traspasar. Encontrar a alguien así era el más valioso de los descubrimientos.

Desra había hecho el papel de acosadora más de una vez, más por aburrimiento que por otra cosa. Había lamido su parte de sangre.

Bien podría hacer lo mismo con ese que se llamaba Clip, si alguna vez regresaba a ellos, y de eso no había garantías. Sí, iba a utilizarlo a él y a otras personas como él, que se creían fuertes, pero que, en realidad, eran débiles; o eso les demostraría ella al final. De lo que no cabía duda era de que su sangre

no sabía más pura ni más dulce.

Pero ella había descubierto, después de todo, a uno cuya fuerza era rotunda. Ante quien ella se sentía débil, pero de una forma placentera y satisfactoria; alguien a quien ella podría entregar lo que quisiera sin miedo a que él un día lo utilizase contra ella. No era este.

Tampoco Nimander Golit.

Desra vio que Kallor salía de las ruinas con una evidente agitación. Con el crepitar de su armadura, el hombre se metió entre los espantapájaros y subió al camino. Al llegar a la carreta se aupó apoyando una bota gastada en uno de los radios de la rueda de madera y luego se detuvo para clavar los ojos en Clip.

—Deberías tirar a este necio al camino —le dijo a Aranatha, que estaba sentada y sujetaba una fina tela estirada sobre la figura inconsciente.

Ella le respondió con una sonrisa y no dijo nada.

Desra miró con el ceño fruncido a Kallor.

—¿Dónde están los otros?

—Sí —respondió él con una mueca desdeñosa—, los «otros».

—¿Y bien?

Kallor se subió a las tablas de la carreta.

—El jaghut decidió usarlos, por desgracia para ellos.

¿Usarlos?

Nenanda se giró en el pescante.

—¿Qué jaghut? —inquirió.

Pero Desra ya estaba dándose la vuelta y atravesando la zanja a toda prisa para internarse en el campo marchito. Se metió entre los espantapájaros caídos...

Entonces, ¿quién es este dios Moribundo?

Garrapata de Piel, que se conocía bien, que sabía que su imaginación era el arma más letal que utilizaba contra sí mismo, que sabía que podría reírse en cualquier situación (una zambullida en las profundidades del absurdo, un intento desesperado por preservar su cordura), se vio despertándose de repente sobre una plataforma polvorienta, de no más de doce pasos de anchura y hecha de caliza. Estaba rodeada de olivos, una arboleda de troncos antiguos y retorcidos y hojas oscuras y correosas, la fruta arracimada en abundancia. Un viento cálido se deslizaba sobre su forma desnuda y hacía que el calor del sol —al menos en ese primer momento— fuera menos opresivo de lo que debería haber sido. El aire olía a sal.

Los tocones de unas columnas rodeaban la plataforma. Estaban pintados con el tono profundo del vino, pero la pintura había empezado a descascarillarse y dejar al aire la roca amarilla en bruto.

¿Quién es este dios Moribundo?

Con la cabeza dolorida, Garrapata de Piel se sentó despacio y se protegió los ojos del fulgor cegador, pero la luz del sol rebotaba en la piedra y no había alivio posible. Se puso en pie con un gemido y se tambaleó. Dioses, ¡cómo le dolía la cabeza! Le palpitaba, le estallaba en destellos cegadores detrás de los ojos.

¿Quién es este dios...?

Había cadáveres apiñados bajo los árboles, en su mayor parte huesos y telas podridas, mechones de pelo, calaveras con la piel estirada. En otro tiempo ropas de brillantes colores, zapatos extraños, el

brillo de botones y joyas, oro en dientes al descubierto.

El sol parecía... *maligno*. Como si su calor, su luz, estuviera matándolo de algún modo, atravesándole la carne, desgarrándole el cerebro. Cada vez se sentía más mareado.

Comprendió de repente que no quedaba nadie vivo en ese mundo. Hasta los árboles estaban muriendo. Los océanos se estaban quemando y la muerte estaba por todas partes. No se podía eludir. El sol se había vuelto un asesino.

¿Quién es este...?

Podías soñar con el futuro. Podías verlo solo como una continuación reconocible de lo que vieras a tu alrededor en ese momento. Verlo como progreso, como una fuerza motriz con una gloria cegadora al final. O ver cada momento como la cima, al menos hasta que surgiera el siguiente pico más alto. Un granjero siembra para alimentar la visión de la fructificación, de la abundancia, y el consuelo que supone un universo predecible reducido a esta próxima estación. Deja caer libaciones para recordarles a los dioses que existe el orden.

Podrías soñar, al menos, con un lugar para tu hijo, para tu hija. ¿Quién desearía traer un niño a un mundo de caos, de aniquilación ineludible? Y ¿acaso importaba si la muerte llegaba como una fuerza que escapaba al control de todos?, ¿o como la consecuencia lógica de la obstinada estupidez? No, no importaba, cuando no quedaba nadie para plantearse esas preguntas.

Furia y locura. Alguien allí había gastado la broma pesada definitiva. Había sembrado un mundo de vida, había presenciado cómo florecía y luego había provocado la cólera del sol. A una tormenta letal, una tos momentánea de luz venenosa y la estación de vida terminó. Sin más.

¿Quién es...?

El dios muere cuando muere el último creyente. Alzándose hinchado y blanco, hundiéndose en profundidades invisibles. Desmoronándose convertido en polvo. Expulsado en una ráfaga de viento caliente.

Unas lanzas venenosas atravesaron el cerebro de Garrapata de Piel y desgarraron hasta el último anclaje que quedaba. Y de repente fue libre y despegó hacia el cielo. Libre, sí, porque ya nada importaba más. Los acaparadores de riquezas, los asesinos de niños, los violadores de la inocencia, no quedaba ninguno. Los censores de la injusticia, los adictos a la victimización, los eternos ofendidos, ninguno.

No había nada justo. *Nada. Y por eso te estás muriendo, querido dios. Por eso. ¿Cómo puedes hacer otra cosa? ¡El sol arrasa!*

¡Sin sentido!

Todos morimos. ¡Sin sentido!

Quién...

Una dura bofetada y se despertó con una sacudida. Un rostro con colmillos y cosido de arrugas se cernía sobre él. Pupilas fijas y verticales de color gris, el blanco apenas visible. *Como una maldita cabra.*

—Tú —dijo el jaghut—, no eres la mejor elección. Responder a la desesperación con una carcajada como esa.

Garrapata de Piel se quedó mirando a la criatura. No se le ocurría nada que decir.

—Hay un último momento —continuó Gothos— en el que cada ser vivo inteligente comprende que se ha acabado, que no se hizo suficiente, que la retrospectiva no sobrevive a la muerte. No se hizo suficiente; los tiste andii lo entendisteis. Anomander Rake lo entendió. Comprendió que morar en solo un mundo era una locura. Para sobrevivir hay que extenderse como alimañas. Rake arrancó a su pueblo de su complacencia. Y por eso lo maldijeron.

—Vi... vi un mundo muriendo.

—Si eso es lo que viste, eso es lo que es. En algún sitio, en algún momento. En los senderos de las Azath, un mundo distante se desliza hacia el olvido. Un potencial apagado de un soplido. ¿Qué sentiste, Garrapata de Piel?

—Me sentí... libre.

El jaghut se irguió.

—Lo que dije, una mala elección.

—¿Dónde... dónde está Nimander?

Sonidos en la puerta...

Desra se precipitó en el aposento. Vio a Garrapata de Piel, vio que se sentaba despacio. Vio lo que debía de ser el jaghut, la capucha echada hacia atrás para revelar esa faz verdosa, inhumana, la testa sin pelo, tan llena de manchas que podría ser el mapa de islas de algún marinero, una costa torturada, arrecifes. Estaba de pie erguido con sus túnicas de lana.

Pero Desra no vio por ninguna parte a Nimander.

Los ojos del jaghut se clavaron en ella por un momento, y luego se giró hacia uno de los muros de hielo.

La tiste andii siguió su mirada.

Al internarse a tumbos en la oscuridad lo golpearon incontables veces. Puñetazos, arañazos que dejaban surcos en la piel. Manos que apresaban sus miembros y tiraban de ellos.

—¡Este es mío!

—¡No, mío!

Un coro de voces gritaba por doquier y una mano se cerró alrededor de la cintura de Nimander y lo levantó en el aire. La figura gigantesca que lo llevaba echó a correr, los pies tronando por el suelo, subiendo una pendiente empinada por la que se desprendían rocas, primero algunas dispersas y luego un rugido de piedras que cayeron en avalancha dejando chillidos a su paso.

Un polvo asfixiante lo cegó.

Una cima de bordes afilados crujiendo bajo los pies y después un descenso repentino y más escarpado todavía que bajaba hasta un cráter. Columnas de humo gris, un calor repentino salpicado de chispas y llamas, unos gases nauseabundos que le irritaron los ojos y le quemaron la garganta.

Se vio arrojado a ceniza caliente.

La gigantesca criatura se cernió sobre él.

Entre lágrimas, Nimander alzó la vista y vio un extraño rostro aniñado que lo miraba. La frente subía inclinada por encima de unas cejas pronunciadas, tan pobladas que de ellas ondeaban densas marañas de pelo claro, casi blanco. Mejillas redondas, lisas, labios gruesos, nariz chata, una barba pálida y abultada bajo la barbilla redondeada. La piel era de un color amarillo brillante y los ojos verde esmeralda.

La criatura hablaba el idioma de los tiste andii.

—Yo soy como tú. Tampoco yo pertenezco a este lugar.

La voz era suave, la voz de un niño. El gigante parpadeó despacio y luego sonrió, mostrando una hilera de colmillos como dagas.

Nimander habló con dificultad.

—¿Dónde...?, ¿quién...?, ¿todas estas personas...?

—Espíritus. Atrapados como hormigas en el ámbar. Pero no es ámbar. Es sangre de dragones.

—¿Y tú eres un espíritu?

La enorme cabeza se sacudió en una negativa.

—Soy un ancestral, y estoy perdido.

—Ancestral. —Nimander frunció el ceño—. Te haces llamar así. ¿Por qué?

Un encogerse de hombros como colinas en movimiento.

—Los espíritus así me han llamado.

—¿Cómo llegaste aquí?

—No lo sé. Estoy perdido, ¿no?

—¿Y antes de este lugar?

—En otra parte. Construía cosas. De piedra. Pero cada casa que construí luego se desvaneció... No sé dónde. Era muy... frustrante.

—¿Tienes nombre?

—¿Ancestral?

—¿Nada más?

—A veces tallaba la piedra. Para que pareciera madera. O hueso. Recuerdo... puestas de sol. Soles diferentes, cada noche, soles diferentes. A veces dos. A veces tres, uno fiero, los otros como niños. Quería construir otra casa, si pudiera. Creo que, si pudiera hacer eso, dejaría de estar perdido.

Nimander se incorporó y se quedó sentado. Estaba cubierto de polvo volcánico, tan fino que se desprendió de él como si fuera líquido.

—Construye tu casa, entonces.

—Siempre que empiezo, los espíritus me atacan. Cientos, luego miles. Demasiados.

—Yo me metí en un muro de hielo. —El recuerdo fue de repente vívido—. Omtose Phellack...

—Oh, el hielo es como sangre y la sangre es como hielo. Hay muchas formas de entrar. Ninguna de salir. Este no es tu sitio porque no estás todavía muerto. Estás perdido, como yo. Deberíamos ser amigos, creo.

—No puedo quedarme...

—Lo siento.

El pánico cobró vida con un ardor nuevo en Nimander. Se levantó y se hundió hasta las espinillas en ceniza caliente.

—No puedo... Gothos. Encuéntrame. ¡Gothos!

—Recuerdo a Gothos. —El ancestral bajó las cejas en un gesto terrible—. Aparecía justo antes de que se pusiera la última piedra. Miraba mi casa y la declaraba adecuada. ¡Adecuada! ¡Oh, cómo odiaba esa palabra! Mi sudor, mi sangre, ¡y él las llamaba adecuadas! ¡Y entonces se metía dentro y cerraba la puerta, y yo colocaba la última puerta y la casa se desvanecía! No creo que me guste Gothos.

—No te culpo —dijo Nimander, que prefirió no expresar sus sospechas, que la llegada de Gothos y la desaparición de las casas estaban, de hecho, relacionadas; que, en realidad, el jaghut iba a recogerlas.

Este ancestral construye las casas de los Azath.

Y está perdido.

—Dime —dijo Nimander—, ¿crees que hay otros como tú? ¿Otros, ahí fuera, construyendo casas?

—No lo sé.

Nimander miró a su alrededor. Las paredes dentadas del cono encerraban el espacio. Enormes pedazos de piedra pómez y obsidiana yacían medio enterrados en el polvo gris.

—Ancestral, ¿los espíritus alguna vez te atacan aquí?

—¿En mi pozo? No, no pueden trepar por los lados.

—Construye aquí tu casa.

—Pero...

—Utiliza el borde como cimientos.

—¡Pero las casas tienen esquinas!

—Haz que sea una torre.

—Una casa... ¿dentro de la sangre de los dragones? Pero no hay puertas de sol.

Una casa dentro de la sangre de los dragones. ¿Qué ocurriría? ¿Qué cambiaría? ¿Por qué le niegan esto los espíritus?

—Si estás cansado de estar perdido —dijo Nimander—, construye una casa. Pero antes de acabar, antes de colocar esa última piedra, entra en ella. —Hizo una pausa y miró a su alrededor, después soltó una carcajada gutural—. No tendrás más elección, estarás construyéndola desde dentro.

—Pero, entonces, ¿quién la terminará?

Nimander apartó la vista. Estaba atrapado allí, quizá para siempre. Si hacía como Gothos, si permanecía dentro de la casa para aguardar su terminación, quizás encontraría una forma de salir. Podría caminar por esos senderos ocultos. Y, al hacerlo, condenaría a esa criatura a una eternidad allí. A ese niño, ese constructor.

Y eso no puedo hacerlo. Yo no soy como Gothos. No soy tan cruel.

Oyó una carcajada en su cabeza. Phaed, chillando de risa. Y luego la oyó hablar. *No seas idiota. Sal como puedas. ¡Deja a este idiota con sus bloques de construcción! ¡Es patético!*

—Yo colocaré la última piedra —dijo Nimander—. Tú solo asegúrate de que es lo bastante pequeña para que yo pueda levantarla y colocarla en su sitio. —Y alzó los ojos y vio que el gigante estaba sonriendo, y no, ya no parecía un niño, y en sus ojos brillaba algo, una luz que fluyó y bañó a Nimander.

—Soy diferente —dijo el ancestral con voz cálida y profunda— cuando construyo.

—Sácalo de ahí —dijo Desra.

—No puedo.

—¿Por qué?

El jaghut parpadeó como un lagarto.

—No sé cómo. La puerta es Omtose Phellack, pero el reino que hay detrás es otra cosa, algo con lo que no quiero tener nada que ver.

—Pero tú hiciste esta puerta, y las puertas se abren por ambos lados.

—Dudo de que él pudiera encontrarla —dijo el jaghut—. Incluso suponiendo que alguien lo deje acercarse.

—¿Alguien? ¿Quién está ahí dentro con él?

—Unos cuantos millones de desgraciados.

Desra miró indignada a Garrapata de Piel.

—¿Cómo has podido dejar que ocurriera esto?

El tiste andii estaba llorando y solo pudo sacudir la cabeza.

—No le echas la culpa a este —dijo el jaghut—. No le echas la culpa a nadie. Estas cosas pasan, un simple accidente.

—Nos drogaste —lo acusó de repente Garrapata de Piel, la voz dura y apenada.

—Ah, sí, lo hice. Y tenía mis razones para algo así..., pero, al parecer, ha fallado. Por tanto debo ser más... directo, y oh, como me desagrada ser directo. La próxima vez que veas a Anomander, dile de mi parte que eligió bien. Cada vez, eligió bien. Dile luego que de todos los que he conocido, no hay más que uno que se haya ganado mi respeto, y ese es él.

Un sollozo repentino de Garrapata de Piel.

Desra se sintió extrañamente conmovida por las palabras del jaghut.

—Y —añadió luego el jaghut— en cuanto a vosotros, no confiéis en Kallor.

Con una sensación de impotencia, de inutilidad, Desra se acercó más al muro de hielo y miró con los ojos entornados sus oscuras profundidades.

—Cuidado, mujer. Esa sangre tira con fuerza de vosotros, los tiste.

Y sí, era cierto que lo notaba, pero no era nada en lo que confiar, nada a lo que prestar atención siquiera; era la mentira de siempre, la mentira de que aguardaba algo mejor, la respuesta a todas las preguntas, allí delante. *Otro paso, uno más. Uno más.* El diálogo del tiempo con los vivos, y el tiempo era una criatura embustera, una mentirosa. El tiempo lo prometía todo y no entregaba nada.

Miró de hito en hito la oscuridad y le pareció ver movimiento allí, en lo más profundo.

—No se puede confiar en ningún jaghut —dijo Kallor fulminando al sol poniente con la mirada—. Y en Gothos, en el que menos.

Aranatha estudió al anciano guerrero con una mirada imperturbable, y aunque este no parecía dispuesto a mirar a su hermana a los ojos, para Kedeviss estaba claro que Kallor se sentía acosado. La atención de una mujer, un bombardeo devastador de cálculos inexorables; hasta un guerrero se amedrantaría.

Pero sabía que esas eran distracciones momentáneas. Había ocurrido algo. Desra había salido disparada hacia las ruinas y no había regresado. Nenanda permanecía de pie sin dejar de moverse, con los ojos puestos en el edificio derruido.

—Algunos dioses nacen para sufrir —dijo Kallor—. Haríais mejor en ir directamente a Coral. Desatad la ira de Anomander Rake contra ese tal dios Moribundo si es que recuperar a Clip es tan importante para vosotros. Como mínimo tendréis vuestra venganza.

—¿Y la venganza es tan importante? —preguntó Kedeviss.

—A menudo es lo único que hay —respondió Kallor, todavía mirando al oeste con los ojos entrecerrados.

—¿Es por eso por lo que van tras de ti?

Él se giró y la examinó.

—¿Y quién iría tras de mí?

—Alguien. Eso parece evidente. ¿Me equivoco?

Aranatha habló desde la carreta.

—No te equivocas, hermana. Claro que siempre lo han perseguido. Se ve en sus ojos.

—Tenéis suerte de serme aun mínimamente útiles —dijo Kallor, y se volvió otra vez.

Kedeviss vio que Nenanda miraba furiosa la espalda del guerrero.

¿Cuánto tiempo había pasado? Días, quizá semanas. Nimander permanecía allí, observando al constructor levantar su torre. Daba forma a la roca con los puños, con percutores de piedra que había encontrado en alguna parte, con mazos de madera envueltos en cuero para ribetear el revestimiento de la pumita que había decidido añadir para «iluminar las paredes».

Para acomodar al gigante, la torre tenía que ser enorme, cuatro plantas o más hasta el techo. «*Hecha con la sangre de dragones, el cristal de cuanto se derramaba, la pumita de lo que espumeaba con el último aliento. Una torre, sí, pero también un monumento, una lápida. ¿Qué saldrá de esto? No lo sé. Fuiste listo, Nimander, al tener esta idea. Demasiado listo para quedarte aquí. Debes irte, cuando la*

torre se desvanezca, tú debes estar dentro. Yo me quedaré.»

Tuvieron esa discusión una y otra vez, y en todas se impuso Nimander, no gracias a un razonamiento brillante, ni porque apelase a los deseos egoístas del ancestral (pues resultó que no tenía ninguno), sino porque simplemente se negó a ceder.

No lo esperaba nada, después de todo. Nenanda podía llevar a los otros a su destino, estaba hallando su propia sabiduría, su autodomínio, y con Garrapata de Piel y Kedeviss para guiarlo, lo haría bien. Hasta que llegaran a Coral.

Nimander había perdido demasiadas batallas; eso le resultaba palpable. Podía sentir cada cicatriz, todavía fresca, todavía dolorosa. Ese lugar le daría tiempo para sanar, si aquello acaso era posible. ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué no la eternidad?

Los rodeaba un coro de lamentos, un ejército de espíritus arrastrándose por la ceniza y el polvo de la base del cono volcánico. Lamentando el fin del mundo, como si ese mundo fuese el más adecuado para ellos, cuando estaba claro que no, cuando cada uno soñaba con recuperar carne y hueso, sangre y aliento. Intentaban asaltar la ladera, pero por alguna razón fracasaban una y otra vez.

Nimander ayudaba cuando podía, llevaba herramientas de acá para allá; pero la mayor parte del tiempo se sentaba en el polvo blando, incapaz de ver nada, solo oyendo los llantos que surgían detrás del muro cada vez más alto de la torre, sin sentir ni sed ni hambre, vaciándose poco a poco de deseo, de ambición, de todo lo que podría haber importado una vez.

A su alrededor la oscuridad se intensificó, hasta que de la pumita llegó la única luz de un fulgor sobrenatural. El mundo se fue cerrando...

Hasta...

—Queda una piedra. Esta piedra. La base de esta ventana baja, Nimander, a tu alcance. Te ayudaré a salir, después mete esta piedra, empújala, así; pero dime, por favor, ¿por qué no podemos irnos los dos de aquí? Yo estoy dentro de la torre. Tú también. Si coloco la piedra...

—Ancestral —interpuso Nimander—. Ya casi has terminado. ¿Dónde está Gothos?

Una mirada sorprendida.

—No lo sé.

—No se atreve entrar en este reino, creo.

—Es posible.

—Ni siquiera sé si esto va a funcionar, si va a crear una salida para ti.

—Lo entiendo, Nimander. Quédate dentro conmigo. Déjame colocar esta piedra.

—No sé dónde te llevará esta piedra —respondió Nimander—. De regreso a tu reino, allá donde esté, quizá... pero no a mi casa. Nada que yo conozca. Además, tú tallaste esto para que fuese colocada desde fuera... los ángulos...

—Puedo remodelarla, Nimander.

No puedo ir contigo.

—Al descubrir dónde está tu sitio, ancestral, yo quedo perdido. Tú eres el constructor, el hacedor de casas. Es tu tarea. Tu sitio no es este.

—Ni el tuyo.

—¿No lo es? Hay espíritus tiste andii ahí fuera. Y tiste edur. Incluso liosan. Los que cayeron en las primeras guerras, cuando los dragones irrumpieron por cada puerta para matar, para morir. ¡Escúchalos ahí fuera! Han hecho las paces unos con otros..., un milagro, y es un milagro que yo estaría encantado de compartir.

—No eres ningún fantasma. Te llevarán. Se pelearán por ti, el comienzo de una nueva guerra, Nimander. Te harán pedazos.

—No, razonaré con ellos...

—No puedes.

La desesperación se agitó en Nimander cuando vio lo ciertas que eran las palabras del ancestral. Ni siquiera aquí era bienvenido. Incluso aquí traía la destrucción. *Sin embargo, cuando me despedacen miembro a miembro, moriré. Me convertiré en uno más de ellos. Una guerra muy corta.*

—Ayúdame a meterme por la ventana —dijo al tiempo que se aupaba al tosco alfeizar.

—Como desees. Lo entiendo, Nimander.

Sí, quizá lo entiendas.

—Nimander.

—¿Sí?

—Gracias. Por este regalo de la creación.

—La próxima vez que veas a Gothos —dijo Nimander mientras su amigo lo empujaba por el portal—, dale un buen puñetazo en la cara de mi parte, ¿quieres?

—Sí, otra buena idea. Te echaré de menos. A ti y a tus buenas ideas.

Cayó por el hueco a una densa pendiente polvorienta y subió la mano a toda prisa para aferrarse al borde de la ventana y no resbalar. Por detrás de él, más abajo, unas voces clamaron con un hambre repentina. Nimander podía sentir cómo se agitaba la voluntad de los espíritus para tragarlo.

Un fuerte arañazo en la ventana y allá fue la última piedra, al revés, rechinando al pasar a la fuerza. Sorprendiendo a Nimander. El peso le atrapó los dedos que se aferraban al saliente y el tiste andii maldijo de dolor cuando la piedra le aplastó las puntas, que quedaron atrapadas; se dejó varias uñas al tirar de una mano para soltarla y cayeron algunas gotas de sangre. Buscó a tientas un nuevo asidero y luego, soltando un grito, liberó el otro brazo de un tirón.

Dioses, ¿cómo iba a arreglárselas? ¿Con dos manos heridas, ninguna base sólida, con una horda que subía en oleadas por la pendiente que tenía detrás?

Inexorable, la piedra fue saliendo poco a poco. Nimander colocó un hombro debajo y sintió el peso inmenso que se asentaba sobre él. Los brazos le empezaron a temblar.

Ya había salido suficiente, sí, así que estiró una mano y empezó a empujar hacia un costado el lado más cercano del trozo de obsidiana, que resbalaba por la sangre. Notó entonces los ángulos bien pensados, los planos y cómo todo, de algún modo, aunque pareciera imposible, se iría deslizando hasta colocarse en la posición perfecta. Empuja, un poco más... no mucho... ya casi...

Miles, cientos de miles, una tormenta de voces, gritos de desesperación, desaliento, horror... ¡demasiado! ¡Por favor, parad! ¡Parad!

Se estaba debilitando... no lo conseguiría... no aguantaba más... se soltó con un sollozo y, en el último momento, tambaleándose, empujó con las dos manos y colocó la piedra... Y empezó a caer hacia atrás, bajando, tragado por una cascada de ceniza, piedras, trozos de áspera pumita que lo arañaban. Cayó rodando por la ladera, enterrado cada vez bajo más escombros. Ardor. Asfixia. Ceguera. Ahogo... y una mano agitada fue apresada, con fuerza, por una y luego dos manos, pequeñas, unas manos de mujer.

Sintió una descarga de dolor en el hombro cuando las manos lo apretaron más y le dieron la vuelta. La ladera que se derrumbaba tiró de él, ansiosa por llevárselo; Nimander comprendía esa necesidad, simpatizaba con ella, sí, y quería ceder, dejarse ir, desvanecerse en aquella aplastante oscuridad.

Las manos lo arrastraron hasta liberarlo. Lo arrastraron por un brazo ensangrentado. La tormenta de voces bramó de nuevo, ahora más cerca, acercándose rápido. Unos dedos fríos le arañaron las botas, las uñas intentaban clavársele en los tobillos y no le importaba; que se lo llevaran, que lo...

Cayó dando vueltas a la tierra húmeda. Penumbra, silencio salvo por unas respiraciones broncas, un gruñido de sorpresa que sonaba próximo.

Rodó para ponerse de espaldas, tosió, notó la boca llena de cenizas. Los ojos le ardían...

Desra se arrodilló sobre él, la cabeza gacha, la cara crispada de dolor mientras sostenía los brazos como dos alas rotas en el regazo. Garrapata de Piel se precipitó a agacharse junto a él.

—Creí... ella...

—¿Cuánto tiempo? —inquirió Nimander—. ¿Cómo podéis haber esperado tanto tiempo? Clip...

—¿Qué? No han sido más que unos momentos, Nimander. Desra... entró, miró en el hielo... te vio...

El fuego le quemaba los dedos, las llamas le subieron por las manos, se le metieron en las muñecas, le crepitaron implacables por los huesos. Había gotas de sangre fresca en las heridas incrustadas de polvo donde habían penetrado las uñas.

—Desra —gimió—. ¿Por qué?

Ella alzó los ojos y clavó en él una mirada dura.

—No hemos terminado contigo todavía, Nimander —dijo con voz dura—. Oh, no, todavía no.

—Maldito idiota —dijo Gothos—. Estaba reservando a ese para más tarde. Y ahora está libre.

Nimander giró sobre sus talones.

—¡No puedes coleccionar personas! ¡Como si fueran piedras de colores!

—¿Por qué no? Lo que digo es que necesitaba a ese. Ahora hay una Azath en la sangre de dragones...

—La sangre derramada, la sangre de dragones muertos...

—¿Y tú crees que la distinción importa? ¡Oh, yo y mi interminable locura! —Con gestos bruscos se puso la capucha una vez más, se dio la vuelta y se acomodó en un taburete delante del hogar, su postura era una imitación perfecta del momento en que Nimander, Garrapata de Piel y Kallor habían entrado en aquel lugar—. Serás idiota, Nimander. *Los dragones no se andan con juegos*. ¿Me entiendes? Los dragones nunca se andan con juegos. Uf, me desespero, o lo haría si me importase algo. No, mejor voy a hacer unos pastelitos de ceniza. Que no pienso compartir.

—Es hora de irse —dijo Garrapata de Piel.

Sí, eso era obvio.

—Ya vienen —dijo Kallor.

Kedeviss miró, pero no vio movimiento alguno en la penumbra de la entrada de la ruina.

—Es demasiado tarde para viajar, tendremos que acampar aquí. Haznos una buena comida, Aranatha. Nenanda, enciende una hoguera. Una casita de palos a la que prender fuego, eso hará estremecerse a Gothos, espero. Sí, lo incitará a salir esta noche para que yo pueda matarlo.

—No puedes matarlo —dijo Aranatha mientras se erguía en la carreta.

—Ah, ¿y por qué no?

—Necesito hablar con él.

Kedeviss observó a su pariente bajar de la carreta, ajustarse las túnicas y luego emprender el camino hacia la ruina por donde había aparecido Garrapata de Piel ayudando a Nimander, cuyas manos estaban oscuras por la sangre. Detrás de ellos, Desra.

—Esa zorra de hermana que tenéis es siniestra —gruñó Kallor.

Kedeviss no vio la necesidad de hacer ningún comentario.

—Así que habla con Gothos... ¿Por qué? ¿Qué podrían decirse uno al otro?

Kedeviss se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Creo que esta noche cocinaré yo —dijo.

Mientras moría, el Capitán se quedó mirando al gigantesco guerrero del rostro destrozado. Alfombras tejidas bajo cada uno de ellos, aquella en la que estaba sentado el Capitán estaba empapada de sangre, sangre que parecía manar sin tregua, como si su cuerpo no fuera más que una válvula, rota, abierta a la fuerza, y de allí rezumaba, filtrándose por heridas que no se cerraban nunca. Estaba, comprendió, de vuelta al principio. La opulencia lo rodeaba esa vez, en lugar de la grava, el barro y el polvo del borde del lecho seco de un río, pero ¿importaba eso en realidad? Estaba claro que no.

Solo los moribundos podían reírse de esa verdad. Había muchas cosas, ahora lo veía, a las que solo los moribundos podían responder con sincera alegría. Como esa némesis en forma de guerrero que se sentaba enfrente de él con las piernas cruzadas, encorvado y con la mirada amenazante.

Entre ellos había un brasero alto de tres patas en el que se quemaban los rescoldos de un fuego. Sobre las brasas descansaba una tetera achaparrada y el vino especiado del interior humeaba y endulzaba el aire del aposento.

—Tendrás que derribar algunas de las paredes interiores —dijo el Capitán—. Que los esclavos te hagan una cama nueva, una lo bastante larga, y algún mueble más.

—No estás escuchando —dijo el gigante—. Pierdo los estribos cuando la gente no escucha.

—Eres mi heredero...

—No. No lo soy. La esclavitud es una abominación. La esclavitud es aquello que los que odian le hacen a los demás. Se odian a sí mismos. Odian para ser diferentes, para ser mejores. Tú. Tú te dijiste que tenías derecho a poseer a otras personas. Te dijiste que eran menos que tú, y creíste que unos grilletes lo demostrarían.

—Yo amaba a mis esclavos. Cuidé de ellos.

—Hay sitio de sobra para el sentimiento de culpa en el corazón del odio —respondió el guerrero.

—Este es mi regalo...

—Todo el mundo intenta hacerme regalos. Yo los rechazo todos. Crees que el tuyo es maravilloso. Que es generoso. No eres nada. Tu imperio es patético. Conocí perros callejeros que eran mejores tiranos que tú.

—¿Por qué me atormentas con esas palabras? Me estoy muriendo. Me has matado. Y, sin embargo, no te desprecio por ello. No, te convierto en mi heredero. Te doy mi reino. Mi ejército obedecerá tus órdenes. Ahora todo es tuyo.

—No lo quiero.

—Si no lo aceptas tú, se apoderará de él uno de mis oficiales.

—Este reino no puede existir sin esclavos. Tu ejército solo será una banda más de asaltantes, así que alguien los perseguirá y los destruirá. Y todo lo que intentaste construir quedará olvidado.

—Me torturas.

—Te cuento la verdad. Deja que tus oficiales vengan a matarme. Los destruiré a todos. Y dispersaré a tu ejército. Habrá sangre en la hierba.

El Capitán miró con fijeza a ese monstruo y supo que no podía hacer nada. Se estaba hundiendo en su pila de almohadones, cada aliento más superficial que el anterior. Envuelto en túnicas y pieles; no obstante, estaba muerto de frío.

—Podrías haber mentido —susurró.

Las últimas palabras de aquel hombre. Karsa estudió el rostro del muerto un momento más. Después dio un golpe seco en el panel de la puerta que quedaba a su izquierda.

La puerta se entreabrió.

—Que todo el mundo abandone este carruaje —ordenó Karsa—. Llevo lo que queráis, pero no tenéis mucho tiempo.

Dicho esto, se volvió a poner cómodo. Examinó los restos del opíparo festín que había devorado mientras el Capitán se limitaba a observarlo, petulante hasta la muerte como un padre rico. Pero Karsa no era su hijo. Ni su heredero, por más que lo deseara aquel necio. Él era toblakai. Un teblor, y mucho más al norte aguardaba su pueblo.

¿Estaba listo para ellos?

Lo estaba.

¿Estarían ellos listos para él? Seguramente no.

Le esperaba una larga caminata; no había ni un solo caballo en ese miserable reino que pudiera adaptarse a él. Pensó en su juventud, en esos días brillantes de grandes dramas, atestados de augurios, cuando cada brizna de hierba estaba llena de significado; pero era la mente joven la que imaginaba esas cosas. Todavía no la había agostado el sol, todavía no la había erosionado el viento. Los paisajes estaban para ser cruzados. Los enemigos estaban para ser derrotados con ladridos hostiles de salvaje triunfo, el aire salpicado de sangre.

Una vez, diríase ahora que hace una eternidad, él había partido en busca de gloria, solo para descubrir que no era para nada como la había imaginado. Era una verdad cruel que sus compañeros de entonces habían comprendido muchísimo mejor que él, aunque él era el Caudillo. Con todo y eso, sus compañeros se habían dejado arrastrar y habían muerto por ello. El poder de la voluntad de Karsa los había dominado. ¿Qué lección se sacaba de aquello?

Los que son seguidores necesitan a alguien a quien seguir, incluso hasta la muerte. Esa era la falla de tales personas: esa disposición a silenciar su propio instinto de conservación. Y esa falla era un reclamo para el abuso, quizás incluso lo requería. La confusión y la incertidumbre se rendían ante la simplicidad, tan reconfortante, tan mortal.

Sin seguidores ese tal Capitán no habría logrado nada. Lo mismo sucedía en todas partes. Las guerras se desintegrarían en el caos de incursiones, las escaramuzas, las masacres de inocentes, la *vendetta* de las reyertas familiares y poco más. Jamás se alzarían monumentos. Ni templos, ni calles, ni caminos, ni ciudades. Tampoco barcos ni puentes. Cada trozo de tierra arada se reduciría a lo que pudieran conseguir unos pocos. Sin seguidores, la civilización jamás habría nacido.

Le contaría a su pueblo todo eso. Los convertiría no en sus seguidores, sino en sus compañeros. Y juntos llevarían la civilización a la ruina, cuandoquiera y dondequiera que la encontrasen. Porque, a pesar de todo el bien que creaba la civilización, su único propósito era engendrar seguidores, suficientes para poner en movimiento las fuerzas de la destrucción que se propagaban como una marea de sangre por el antojo de esos pocos tiranos cínicos nacidos para liderar. Liderar, sí; con mentiras, con palabras de hierro (deber, honor, patriotismo, libertad) que alimentaban a los estúpidos contumaces de grandes propósitos, de motivos para la miseria y para repartir miseria.

Él había visto la cara del enemigo, las dos máscaras de la absoluta abnegación y el dominio a sangre fría. Había visto a líderes alimentarse de la carne de los valientes caídos. *Y este no es el proceder de los teblor. No será mi proceder.*

El ruido del saqueo que llegaba de las habitaciones circundantes se había apagado. El silencio lo envolvía todo. Karsa alargó un brazo y usó un gancho para quitar la tetera de los carbones y dejarla en una mesita, entre la comida, las bandejas de plata y las lustrosas copas.

Después volcó el brasero de una patada y esparció los carbones por las alfombras exquisitamente tejidas, por las sedas y las mantas de lana, por las pieles. Esperó hasta que vio prenderse las llamas.

Cuando se alzaron las primeras, Karsa Orlong se levantó y, agachándose para poder salir por el panel

de puerta, dejó el aposento.

Oscuridad en el mundo que esperaba más allá de las hogueras del campamento. Una vertiginosa profusión de estrellas en el cielo. Dispuesto en un inmenso semicírculo delante del enorme carruaje estaba el reino del Capitán. Karsa Orlong se colocó delante del trono, en el balcón.

—Los esclavos son libres —dijo con una voz poderosa que todos pudieron oír—. Los oficiales dividirán el botín, los caballos y todo lo demás; a partes iguales para todos, esclavos y libres, soldados y artesanos. Si engañáis a alguien os mataré.

Tras él, en el carruaje, las llamas lamían el aire a través del sinfín de ventanas y respiraderos. Un humo negro se alzaba en una columna cada vez más densa. Karsa podía sentir las ráfagas de calor contra su espalda.

—Cuando amanezca —dijo—, todo el mundo se marchará. Id a vuestros hogares. Los que no tengáis uno, buscadlo. Y sabed que el tiempo que ahora os doy es todo del que dispondréis jamás. Pues cuando me veáis de nuevo, cuando estéis escondidos en vuestras ciudades, vendré como destructor. Cinco años o veinte, es cuanto tenéis, es cuanto os doy. Usadlo bien. Todos vosotros, vivid bien.

Y que tal despedida se recibiese, no como bendición, sino como amenaza, dio fe de lo bien que esas personas comprendían a Karsa Orlong, que llegaba del norte, invulnerable a cualquier arma. Que mató al Capitán sin ni siquiera tocarlo. Que liberó a los esclavos y dispersó a los caballeros del reino sin un solo choque de espadas.

El dios del Rostro Destrozado llegó entre ellos, como les contarían a los demás durante los años que les quedaban. Y al contarlo, con los ojos muy abiertos y pasándose la lengua por los labios resecos, se apresurarían a coger el pichel y el néctar del olvido que contenía.

Están aquellos a los que no puedes matar. Están aquellos que llevan la muerte y la condena. Están aquellos que, al desearte una vida plena, te prometen la muerte. Esa promesa no esconde una mentira, pues ¿no nos espera a todos la muerte? Y, sin embargo, qué pocos lo dicen así. Sin almibarados eufemismos, ni pintorescos coloquialismos. Sin metáforas ni analogías. No hay más que un poeta de verdad. Solo hay un auténtico poeta en el mundo y dice la verdad.

Huid, amigos míos, aunque no hay dónde esconderse. En ninguna parte.

Mirad vuestro destino, ahí en su Rostro Destrozado.

Miradlo bien.

Los caballos se detuvieron en la cima de una colina baja, entre los susurros de las hierbas, invisibles.

—Hubo un tiempo en el que dirigí ejércitos —dijo Viajero—. Hubo un tiempo en el que fui la voluntad del emperador de Malaz.

Samar Dev notó un sabor amargo, se inclinó hacia un lado y escupió.

El hombre que estaba a su lado gruñó como si reconociera en el gesto un comentario.

—Servíamos a la muerte, por supuesto, en todo lo que hacíamos. Por mucho que afirmásemos lo contrario. Imponiendo la paz, poniendo fin a feudos y rivalidades estúpidas entre tribus. Abriendo caminos a los mercaderes sin que tuvieran que temer a los bandidos. Los dineros fluían como la sangre por las venas, tal era el regalo de esos caminos y la paz que hacíamos respetar. Y, sin embargo, detrás de todo aquello, esperaba él.

—Todos ensalzan la civilización —dijo Samar Dev—. Como un faro en medio de la oscura naturaleza.

—Con una sonrisa fría —continuó Viajero como si no la hubiera oído—, él espera. Donde convergen

todos los caminos, donde termina todo sendero. Espera él.

Pasaron una docena de latidos sin que se dijeran nada más.

Al norte ardía algo que asaeteaba el cielo con llamas naranjas y brillantes e iluminaba los vientres de nubes revueltas con humo negro. *Como un faro...*

—¿Qué eso que arde? —se preguntó Viajero.

Samar Dev volvió a escupir. Era incapaz de sacarse ese inmundo sabor de la boca.

—Karsa Orlong —replicó—. Arde Karsa Orlong, Viajero. Porque eso es lo que hace.

—No te entiendo.

—Es una pira —dijo ella—. Y él no llora. Los skathandi ya no existen.

—Cuando hablas de Karsa Orlong —dijo Viajero—, siento miedo.

La bruja asintió al oír esa confesión, una respuesta que él probablemente ni siquiera vio. El hombre que tenía a su lado era un hombre sincero. En muchos sentidos tan honesto como Karsa Orlong.

Y al día siguiente los dos se encontrarían.

Samar Dev comprendía muy bien el temor de Viajero.

Capítulo 9

Los toros siempre caminan solos hacia la soledad
De sí mismos
Pavoneándose en sus pelajes de sudoroso fieltro
Cada vena hinchada
Desafiantes y orgullosos en su bestial necesidad
Atronadores en el paso
Dejad paso dejad paso a las chorreantes espadas
Asesinan los corazones de las damiselas
Hendido el corte abierto en canal ¡qué tierna actitud!
Y debemos desmayarnos
Ante ojos enrojecidos no hallarás culpa
En la persona así demostrada
Y la fiera carga de semilla tan fértil
Canta como lluvia de dioses
Dejad paso dejad paso a otra audaz palabra
La bailarina va a tropezar
En los precipitados tambores de la multitud

Dandis del paseo ribereño
Seglora

La expectación es la maldición más vieja de la humanidad. Uno puede escuchar las palabras y verlas como el despliegue de un pétalo, o como justo lo contrario: cada palabra plegada y cada vez más encogida, más pequeña, hasta que todo el significado se desvanece con el movimiento de unos hábiles dedos. Los poetas y los narradores pueden sentirse arrastrados por una u otra corriente, hacia las desatadas llamas del lenguaje adornado, o bien a la sucinta pequeñez de lo lacónicamente desaborido.

Y así en el arte como en la vida. Ved al hombre sin dedos, de pie en la parte de atrás de su casa. Está agotado por un sueño que no permite descanso, ni el alivio de un oneroso mundo (y todas esas cosas), y hay un vacío extraño en sus ojos, que podría también ser inescrutable, cuando mira fijamente la forma agachada de su esposa mientras trabaja en alguna rareza allá en su huerta.

Este es lacónico. La existencia es sin duda una ranura estrecha. Su falta no se debe a ser inexpresivo por alguna carencia de intelecto. No, su mente es muy perspicaz. Pero él ve su escasez de palabras (tanto en pensamiento como en diálogo) como una virtud, el símbolo de una firme hombría. Ha hecho de la brevedad una obsesión, una adicción, y en su interminable poda se despoja de toda esperanza de emoción y, con ella, de empatía. Cuando el lenguaje carece de vida, ¿de qué sirve? Cuando el significado se reduce, ¿qué veracidad se sostiene ante la ilusión de profundidad?

¡Bah! ¡Menuda arrogancia! ¡Qué afectación tan egoísta! ¡Expándete sin límites y que el mundo gire denso y acre a tu alrededor! ¡Cuenta la historia de tu vida como quisieras vivirla!

Un complacido movimiento de los dedos podría insinuar una crueldad burlona cuando estás observando a ese hombre sin dedos que permanece en silencio, inexpresivo, mientras estudia a su mujer. Decide lo que quieras. Su mujer. Sí, la noción le pertenece, tallada con ingenio en su visión del mundo (una de expectación y furia ante su perpetuo fracaso). La posesión tiene sus reglas y ella debe comportarse dentro de los límites que prescriben esas reglas. Para Gaz aquello era evidente, un detalle que no sobrevivía a su maniática revisión.

Pero ¿qué estaba haciendo Thordy con todas esas piedras planas? ¿Con ese peculiar patrón que estaba creando allí, en el suelo oscuro y margoso? Debajo de las piedras no se podía plantar nada, ¿verdad? No, estaba sacrificando terreno fértil, ¿y para qué? No lo sabía. Como sabía también que quizá nunca llegaría a saberlo. Como actividad, sin embargo, el diligente interés de Thordy era una clara transgresión de las reglas, y puede que él tuviera que hacer algo al respecto. Pronto.

Esa noche mataría a un hombre de una paliza. Exultación, sí, pero fría. Moscas que le zumbaban en la cabeza, el sonido que le subía como una ola, llenándole el cráneo de cien mil patitas heladas. Eso haría, sí, lo que significaba que no tenía que pegar a su mujer, o al menos no todavía; unos pocos días más, quizás una semana o así, ya lo vería según fueran las cosas.

Simplificar las cosas, que las moscas no tengan mucho donde poner las patas, ese era el secreto. El secreto para conservar la cordura.

Los gajos de sus abolladas manos sin dedos ardían con un fuego ansioso.

Pero no estaba pensando mucho en ninguna cosa, ¿verdad? Nada que llegase a su cara, sus ojos o la línea plana de su boca. Símbolo de virilidad, esa fachada vacía, y cuando un hombre no tiene nada más, al menos podía tener eso. Y se lo demostraría a sí mismo una y otra vez. Noche tras noche.

Porque eso era lo que hacían los artistas.

Thordy estaba pensando en muchas cosas, ninguna de ellas de especial relevancia, o eso habría juzgado ella si la hubieran obligado a analizarlo, aunque claro está no había nadie que la retase a ello, y mejor que así fuera. Allí, en su huerta, ella podía flotar, sin rumbo como una hoja impulsada por la corriente de un río lento y perezoso.

Estaba pensando en la libertad. Estaba pensando en cómo una mente podía volverse de piedra, los patrones sólidos e inamovibles ante lo que parecían presiones insoportables, y el modo en el que el polvo va escurriéndose, leve como un susurro, inadvertido. Y estaba pensando en la superficie fresca, pulida, de esas losas, el tacto ceroso que tenían, y el modo en el que el sol se reflejaba suave, de un blanco lechoso, donde posar los ojos no dolía nada. Y estaba recordando el modo en que su marido hablaba mientras dormía, un borbotón de palabras como si la presa que las contenía durante la vigilia fuese derribada a patadas y brotaran historias de dioses y promesas, invitaciones y sed de sangre, el dolor de unas manos mutiladas y el dolor mutilador que provocaban esas manos.

Y contemplaba las mariposas que bailaban sobre la hilera de verduras que tenía justo a la izquierda, tan cerca que casi podía tocarlas si alargaba una mano manchada de tierra, pero entonces esas duendecillas de alas naranjas echarían a volar aunque ella no supusiese ninguna amenaza para ellas. Porque la vida era incierta y el peligro esperaba disfrazado de reposo.

Y le dolían las rodillas y en ningún rincón de sus pensamientos se encontraba la expectación; no había ningún lugar dónde encontrar una prueba de realidad tan contundente como en el marco de lo que espera más adelante. Ni ápice de ello mientras colocaba piedra sobre piedra. Estaba todo fuera, ya lo veis, todo

fuera.

El escribano del Gremio de Herreros no había empuñado ni una vez en toda su vida un martillo o unas tenazas. Para lo que él empuñaba no hacía falta tener músculo alguno, ningún peso para impulsarse sobre unas piernas de roble, ni había que chorrear sudor hasta que te escocieran los ojos, ni sentir ráfagas de calor ardiente que te chamuscara el vello de los antebrazos. Y justo por eso, delante de un herrero de verdad, el escribano se enorgullecía de su poder.

Esa satisfacción era visible en los labios pequeños y fruncidos que descendían bastante en las comisuras, perceptible en los ojos acuosos que se posaban en todas partes y en ninguna; evidente en sus manos pálidas, que sostenían un estilo de madera como si fuera la daga de un asesino, la punta manchada de azul por la tinta y la cera. Estaba sentado en su taburete detrás del amplio mostrador que dividía la sala delantera, como si protegiera la riqueza del mundo y todas las promesas del paraíso que la pertenencia a ese, el más noble de los gremios, ofrecía a sus sagrados e íntegros miembros (y el hombre gordo guiña un ojo).

Así sentado, a Barathol Mekhar le entraron ganas de extender la mano por encima del mostrador, levantar al escribano por los aires y partirlo en dos. Una y otra vez, hasta que de él no quedara nada más que un montoncito de escoria quebradiza amontonada en el mostrador resquebrajado, con el estilo hundido en él como la espada de un guerrero apuñalando un túmulo.

Oscuros eran los pensamientos que divertían a Barathol mientras el escribano sacudía la cabeza una vez más.

—Es muy sencillo, hasta para usted, estoy seguro. El Gremio exige referencias, en concreto el respaldo de un miembro acreditado del Gremio. Sin eso, su dinero no es más que escoria. —Y sonrió ante ese ingenioso retruécano dedicado a un herrero.

—Acabo de llegar a Darujhistan —dijo Barathol, otra vez—, así que ese respaldo es imposible.

—Sí, así es.

—En cuanto a un puesto de aprendiz...

—También imposible. Según ha dicho, hace muchos años ya que es herrero, y yo no dudo de esa afirmación, la prueba es evidente. Lo cual, por supuesto, le proporciona una preparación que excede a la que requiere un aprendiz, y además es demasiado mayor.

—Si no puedo ser aprendiz, ¿cómo puedo conseguir a alguien que me respalde?

Una sonrisa en los labios y un meneo de la cabeza. Unas manos alzadas enseñando las palmas.

—Yo no hago las reglas, tiene que entenderlo.

—¿Puedo hablar con alguien que haya estado involucrado en la redacción de esas reglas?

—¿Un herrero? No, por desgracia, están todos haciendo cosas de herreros, como corresponde a su profesión.

—Entonces, puedo visitar a alguno o alguna en su trabajo. ¿Puede indicarme el más cercano?

—Desde luego que no. Me han confiado las responsabilidades de gestionar la administración del Gremio. Si hiciera algo parecido, se me sancionaría por negligencia, y estoy seguro de que usted no quiere cargar con eso sobre su conciencia, ¿verdad?

—A decir verdad —dijo Barathol—, esa es una culpa con la que puedo vivir.

La expresión se endureció.

—Un carácter honorable es un prerrequisito fundamental para convertirse en miembro del Gremio.

—¿Más que un respaldo?

—Son virtudes que se equilibran, señor. Verá, hoy estoy muy ocupado...

—Estaba durmiendo cuando entré yo.

—Es posible que eso es lo que pareciese.

—Lo parecía porque lo estaba.

—No tengo tiempo para discutir con usted sobre lo que pueda o no haber percibido cuando entré en mi despacho...

—Estaba dormido.

—Es posible que llegara a esa conclusión.

—Llegué a esa conclusión porque es lo que estaba haciendo. Supongo que eso también podría dar lugar a medidas disciplinarias una vez que llegue a oídos de los miembros.

—Su palabra contra la mía, y es obvio que usted tiene su propia agenda, que, por cierto, no da una imagen demasiado buena de su sentido del honor...

—¿Desde cuándo la honestidad da mala imagen del sentido del honor de uno?

El escribano parpadeó.

—Pues cuando es vengativa, claro.

Le tocó entonces a Barathol pensar un momento. E intentarlo por otro camino.

—Puedo pagar por adelantado mis cuotas... un año entero o más, si es necesario.

—Sin respaldo, un pago así se interpretaría como donación. Hay precedentes legales que apoyan esa interpretación.

—¿Aceptaría mi dinero sin darme nada a cambio?

—Esa es la esencia de una donación benéfica, ¿no es cierto?

—No me lo parece, pero eso da igual. Lo que me está diciendo es que no puedo convertirme en miembro del Gremio de Herreros.

—La afiliación está abierta a todos los herreros que deseen trabajar en la ciudad, se lo aseguro. Una vez que haya sido respaldado.

—Lo que lo convierte en una tienda cerrada a cal y canto.

—¿Perdone?

—El Imperio de Malaz se encontró con tiendas cerradas en Siete Ciudades. Rompieron las puertas y las abrieron de par en par. Creo que hasta se derramó algo de sangre. El emperador no era de los que se acobardaba ante los monopolios profesionales de ningún tipo.

—Bueno —dijo el escribano mientras se pasaba la lengua por sus labios finísimos—, ¡gracias a todos los dioses que los malazanos jamás conquistaron Darujhistan!

Barathol salió y vio a Mazo esperando enfrente, comiendo una especie de helado de algún sabor metido en un cono hecho con una hoja ancha. El calor de la mañana estaba derritiendo a toda prisa el dulce y un agua de tono violeta se escurría por la regordeta mano del sanador. Tenía los labios manchados del mismo color.

Las finas cejas de Mazo se alzaron cuando se acercó el herrero.

—¿Ya eres el orgulloso, aunque un tanto más pobre miembro del Gremio?

—No. Me rechazaron.

—¿Y eso por qué? ¿No puedes hacer algún tipo de examen...?

—No.

—Vaya... ¿y ahora qué, Barathol?

—¿Qué? Bueno, pienso abrir una herrería de todos modos. Independiente.

—¿Estás loco? Te la van a quemar. Te destrozarán el equipo. Caerán sobre ti como una marabunta y te

darán una paliza de muerte. Y eso solo el día de la inauguración.

Barathol sonrió. Le caían bien los malazanos. A pesar de todo, a pesar de la infinidad de errores que había cometido el Imperio, de toda la sangre derramada, a él le caían bien esos canallas. El Embozado sabía que no eran ni de lejos tan caprichosos como los nativos de su tierra natal. O, añadió con ironía, los ciudadanos de Darujhistan.

—He pasado por cosas peores —respondió al pronóstico de Mazo—. No te preocupes por mí. Tengo intención de trabajar aquí como herrero, le guste al Gremio o no. Y con el tiempo tendrán que aceptarme como miembro.

—Lo cual no será un gran triunfo si estás muerto.

—No se dará el caso. De que muera, quiero decir.

—Tratarán de impedir a todos hacer negocios contigo.

—Conozco bien las armas y armaduras malazanas, Mazo. Mi trabajo cumple con los criterios de calidad del ejército de tu antiguo imperio, que, como bien sabes, son muy altos. —Miró al sanador—. ¿El Gremio te va a asustar a ti? ¿A tus amigos?

—Pues claro que no. Pero recuerda que nosotros estamos retirados.

—Y os persiguen unos asesinos.

—Ah, me había olvidado de eso. Ahí te doy la razón. Con todo, Barathol, dudo que los pocos malazanos que estamos aquí podamos mantener tu negocio mucho tiempo.

—La nueva embajada tiene una compañía de guardias.

—Cierto.

—Y hay otros malazanos viviendo aquí. Desertores de las campañas del norte...

—Eso también es cierto, aunque suelen esconderse de nosotros... y no es que a nosotros nos importe. De hecho, preferiríamos que se pasaran a beber por el bar. ¿De qué sirven los resentimientos?

—A los que acudan a mí se les dirá justo eso, y así nos podemos ayudar unos a otros.

Mazo tiró el cono empapado y se limpió las manos en las calzas.

—Sabían mejor cuando era un crío, aunque también eran más caros porque, para empezar, hacía falta una bruja para hacer el hielo. Aquí, claro, se hace con unos gases que hay en las cuevas.

Barathol pensó en aquello un momento mientras observaba al sanador y sus labios morados y vio, durante solo un instante, cómo había sido aquel hombre de niño y luego sonrió una vez más.

—Necesito encontrar una ubicación adecuada para mi herrería. ¿Quieres acompañarme, Mazo?

—Encantado —respondió el sanador—. Bueno, yo conozco la ciudad, ¿qué estás buscando en concreto?

Y Barathol se lo dijo.

Y hay que ver cómo se rio Mazo, y allá se marcharon a adentrarse en las cámaras oscuras del corazón de la ciudad, por donde la sangre fluía con un rugido y todo tipo de engaños eran posibles. Para una mente así predispuesta. Una mente como la de Barathol Mekhar cuando así, ¡así!, se arrojaba el funesto guantelete.

El buey, el mismísimo buey, balanceaba la cabeza de un lado a otro mientras tiraba de una carretada de mampostería por la entrada en arco, adentrándose en la bendita sombra unas cuantas sonoras pisadas, para luego salir al calor brillante —un aleteo de las delicadas pestañas rubias— y encontrarse en un patio; y no muy lejos había agua fresca y dulce, el sonido de las gotas era una invitación, el olor suave como un beso sobre el amplio morro reluciente con su pelo rubio todavía más delicado; y entonces se alzó la inmensa cabeza de la bestia, ¿y el hombre de la vara no se compadecería de ese cansado y

sediento buey?

No lo haría. Había que descargar primero la carreta, así que el buey debía esperar, anhelando en silencio, las mandíbulas rumiando el bolo del desayuno con unos ruidos fuertes y espesos de succión, con el húmedo chasquido de los molares, y el enloquecedor vuelo de las moscas, pero ¿qué se podía hacer con las moscas? Nada en absoluto, no hasta que el frescor de la noche las espantara y dejaran al buey dormir, erguido en bovina majestad bajo las estrellas (si tenía suerte), que, quizá, era donde dormían las moscas.

Por supuesto, querer conocer la mente de un buey es desperdiciar una cantidad excesiva de tiempo antes de reconocer el plácido civismo de la sensibilidad de un herbívoro. Alza la mirada, entonces, hacia esos dos personajes un tanto sospechosos que se cuelan por la verja; no son trabajadores afanándose de un sitio a otro en medio de la remodelación de la antigua hacienda; no son escribanos ni sirvientes; ni albañiles, ni ingenieros, ni inspectores, ni calibradores, ni medidores. Parecen de esos que fingen y se esconden, pero en realidad son algo incluso peor...

Doce nombres en la lista. Uno por fortuna ya tachado. Otros once encontrados y luego huidos como las anguilas escurridizas que sin duda eran, perseguidos por las deudas, la mala suerte y los caprichos de un universo claramente malicioso, empeñado en impartir desdicha y todas esas cosas. Pero daba igual el fracaso de los matones enviados a cobrar los impagos o imponer el castigo... No era problema de esos hombres, ¿verdad?

Despojados de toda carga, bendecidos con una libertad exquisita, Chamusquino y Leff estaban allí, en aquella hacienda que pronto sería opulenta y que en ese mismo instante se estaba alzando ya del polvo de la negligencia y el deterioro para envolver como un manto de joyas la misteriosa llegada de una persona de alta alcurnia... una mujer, se rumoreaba, cubierta por velos, ¡pero ved los ojos! ¡Ojos de tal belleza! Bueno, imagínalos abriéndose más según voy bajando la mano...

Chamusquino y Leff avanzaron con cautela, nerviosos, sin asomar apenas de la sombra del arco de la puerta. Miraron a su alrededor, como perdidos, como si estuvieran a punto de salir corriendo con trozos robados de mampostería, o con una brazada de ladrillos o incluso una bolsa de cuñas de hierro...

—¡Eh, vosotros dos! ¿Qué buscáis aquí?

Un sobresalto culpable. Chamusquino miró con los ojos muy abiertos al capataz canoso que se les acercaba, un gadrobi tan patizambo que parecía que estaba vadeando un barro que le llegase a las caderas. Leff agachó la cabeza como si por instinto esquivara un hacha (lo que decía mucho de su vida hasta ese momento, ¿verdad?), y luego dando un pasito hacia delante e intentando esbozar una sonrisa que le salió tan mal que ni siquiera se podía describir como mueca.

—¿Hay un castellano con el que podríamos hablar? —preguntó Leff.

—¿Sobre qué?

—Guardias de puerta —dijo Leff—. Tenemos un montón de cualificaciones.

—Ah. ¿Alguna relevante?

—¿Qué?

Leff miró a Chamusquino y vio el pánico extendiéndose como un reguero de pólvora por el rostro de su amigo. A juego con su propia consternación creciente; una locura, pensar que podían subir sin más otro peldaño de la escalera. ¡Una locura!

—Nosotros... ¿podríamos pasearle los perros, supongo?

—¿Podrías? Supongo que podrías, si la señora tuviera alguno.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Que si tiene. Perros que pudiéramos pasear.

—Ni siquiera de los que no pudierais pasear.

—¡Podemos vigilar la verja! —gritó Chamusquino—. ¡Para eso estamos aquí! Para que nos contraten, ¿sabe?, como guardias de la hacienda. Y si cree que no sabemos blandir una espada o usar una ballesta, bueno, es que no nos conoce de nada, ¿verdad?

—No, tienes razón —respondió el capataz—. No.

Leff frunció el ceño.

—¿No qué?

—Quedaos aquí —dijo el hombre dándose la vuelta— mientras voy a buscar al castellano Estucerrojo.

Cuando el capataz se alejó anadeando por el polvo, observado con anhelo por el buey que permanecía junto al montón de escombros, Leff se volvió hacia Chamusquino.

—¿Estucerrojo?

Chamusquino se encogió de hombros con aire de impotencia.

—Nunca he oído hablar de él. Oye, ¿tú sí?

—No. Claro que no. Me acordaría.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Por el Embozado, ¿acaso eres idiota?

—¿Qué estamos haciendo aquí, Leff?

—Torvald dijo que no, ¿recuerdas? A todo. Ahora es demasiado bueno para nosotros. Pues se va a enterar. Nos van a contratar en esta hacienda tan elegante. Como guardias. Con uniformes, hebillas pulidas y esos ojales trenzados para sujetar las espadas. Ya verás cómo se maldice por no querernos ya ni como socios ni como na. Seguro que es su mujer; nunca le caímos bien, sobre todo tú, Chamusquino, así que mira lo que nos has hecho, y yo tampoco pienso olvidarme así como así, así que ni creas lo contrario.

Cerró la boca de repente y se puso en posición de firmes porque volvía el capataz y a su lado correteaba una figura tan envuelta en telas de algodón que necesitaba tres pasos por cada zancada pendular del capataz. Los pies bajo el raído borde de las vestiduras eran lo bastante pequeños para ser patas hendidas. Una capucha cubría la cabeza del castellano y a la sombra de la amplia abertura de la capucha había algo que podría haber sido una máscara. Las manos enguantadas dibujaban una silueta que le recordó a Leff (y un momento más tarde a Chamusquino) a una mantis religiosa, y si ese era el castellano de la hacienda, entonces alguien había torcido el mundo de formas inimaginables para Leff o Chamusquino.

—Aquí están, señor —dijo el capataz.

¿Había ojos en los agujeros de esa máscara lisa? ¿Cómo saberlo? Pero la cabeza cambió de postura y algo les dijo a ambos hombres (como si tuvieran patitas de araña bailando por sus espinazos) que los estaban sometiendo a un escrutinio.

—Muy cierto —dijo el castellano Estucerrojo con una voz que hizo pensar a Leff en grava bajo las uñas mientras Chamusquino pensaba que siempre había una gaviota que mangoneaba a todas las demás y si las otras se pusieran de acuerdo, oye, ¡la igualdad y la libertad pertenecerían a todo el mundo!—. Muy cierto —dijo aquel hombre enmascarado (o mujer, pero el capataz había dicho «señor», ¿no?) y envuelto en telas—, se necesitan guardias para la hacienda. La señora llegará hoy, de hecho, de fuera del país. La presentación ha de ser adecuada. —El castellano hizo una pausa y luego se inclinó por la cintura, Leff vio el brillo rojo de unos ojos inhumanos en los agujeros de la máscara—. Tú, ¿cómo te llamas?

—Leff Bahan, señor, es mi nombre.

—¿Has estado comiendo caracolas del lago crudas?

—¿Qué? Eh, no últimamente.

Un dedo envuelto salió disparado hacia arriba y se agitó poco a poco de un lado a otro.

—Arriesgado. Por favor, abre la boca y saca la lengua.

—¿Qué? Eh... ¿así?

—Muy bien, magnífico. Bueno. —El castellano se echó hacia atrás—. Gusanos greva. Tienes una infección. Pústulas en la lengua. Senos que moquean, ¿sí? Picor en los párpados; es lo que hacen los huevos y cuando eclosionan, en fin, los gusanos salen reptando por las comisuras de los ojos. Caracolas del lago crudas, ay, ay, ay —añadió, chasqueando la lengua.

Leff se arañó la cara.

—¡Dioses, necesito un sanador! Tengo que irme...

—No es necesario. Estaré encantado de tratar yo mismo esa afección; hay que estar presentables para la señora, sí, cada uno en posición de firmes a ambos lados de la verja. Bien ataviados, con aspecto sano y libres de parásitos. Se está preparando un pequeño cuartel. Será necesario contratar al menos tres más para completar la dotación requerida, ¿tenéis amigos de fiar capaces de realizar el trabajo?

—Eh... —dijo Chamusquino cuando fue obvio que Leff había perdido momentáneamente la facilidad de palabra—, es posible. Podría ir a ver si...

—Excelente, ¿y tú te llamas?

—Chamusquino. Eh, tenemos referencias...

—No será necesario. Confío plenamente en mi capacidad de juzgar el carácter de las personas y he llegado a la conclusión de que vosotros dos, si bien no se os puede considerar de gran intelecto, sentís en cambio inclinación a la lealtad. Este de aquí será un gran progreso en vuestras carreras, estoy seguro, así que seréis diligentes como corresponde a vuestra secreta sospecha de que os habéis excedido en vuestra capacidad. Todo ello está bien. También me complace observar que tú no posees ningún parásito de tipo debilitante ni desagradable. Así pues, Chamusquino, ve a buscarnos uno, dos o tres guardias adicionales. Entretanto, yo atenderé a Leff Bahan.

—Claro. ¡Sí, señor, eso haré!

El capataz se había quedado cerca y esbozaba una sonrisa burlona. Ni Chamusquino ni el perplejo Leff observaron ese detalle, y sí, deberían haberlo hecho.

—Una mujer necesita tener sus secretos —dijo Tiserra mientras levantaba una taza de porcelana fina como la cáscara de un huevo y la sujetaba bajo la luz brillante del sol—. Esta está bien, querida. Ningún defecto. —Y la vieja del puesto mostró una radiante sonrisa y asintió con la cabeza.

Torvald Nom sonrió feliz y después se lamió los labios.

—¿A que es divertido? —dijo—. Loza delicada para nuestra nueva cocina, y el horno de lujo sobre sus cuatro patas y todo. Cortinas de verdad. Muebles suntuosos, alfombras de colores. También podemos reconstruir el pequeño almacén. Más grande, más sólido...

Tiserra dejó la taza y se colocó justo delante de él.

—Esposo.

—¿Sí?

—Te estás esforzando demasiado.

—¿Sí? Bueno, es como un sueño, ya me entiendes, poder volver a casa. Hacer todas estas cosas por ti, por nosotros. Todavía no me parece real.

—Bueno, ahí no está el problema —dijo su mujer—. Ya empiezas a aburrirte, Torvald Nom. Necesitas hacer algo más que acompañarme a todos lados. Y el dinero no durará para siempre, bien sabe Beru que yo no gano suficiente para los dos.

—Estás diciendo que necesito conseguir un trabajo.

—Te contaré un secreto, solo uno, y ten presente lo que dije antes: las mujeres tenemos muchos secretos. Pero hoy me siento generosa, así que escucha con atención. A una mujer le complace tener un compañero. Él es su isla, si quieres, sólida, segura. Pero a veces le gusta salir a nadar, a mar abierto, flotar mirando al sol, por así decirlo. Y puede que incluso se ponga a bucear y desaparezca para recoger unas bonitas conchas y todo eso. Y cuando haya acabado, bueno, entonces regresará nadando a la isla. El caso es, marido, que no quiere la compañía de su pareja cuando sale a nadar. Solo necesita saber que la isla la espera allí.

Torvald parpadeó y luego frunció el ceño.

—Me estás mandando a paseo.

—Deja que yo me recorra el mercado, querido. Sin duda tendrás tareas propias de hombres que llevar a cabo, quizás en alguna taberna cercana. Te veré en casa esta noche.

—Si eso es lo que quieres, claro, te dejo con ello, cariño; y sí, no me vendría mal dar una vuelta. ¡Un hombre también tiene sus secretos!

—Desde luego —sonrió su mujer—. Siempre que no sean de los que, si los averiguo, me obliguen a buscarte para matarte.

El hombre empalideció.

—¡No, claro que no! ¡Nada de eso!

—Bien. Hasta luego, entonces.

Y siendo como era un hombre valiente, un hombre satisfecho (más o menos), Torvald Nom huyó de buen grado de su mujer, como los hombres valientes y satisfechos acostumbran a hacer por todo el mundo. *Hay que arar ese campo tras el cortavientos, amor. Salgo un momento a echar las redes. Será mejor que lije la mesa. Hora de salir a robar a alguien, cariño.* Sí, los hombres hacían lo que hacían, igual que las mujeres hacían lo que hacían, misteriosas e inexplicables como pudieran ser esas cosas.

Y así, con esos pensamientos, Torvald Nom no tardó mucho en encontrarse con que entraba en la taberna del Fénix. Un hombre que buscaba trabajo en todos los lugares equivocados.

Chamusquino llegó muy poco tiempo después, el orgullo y el pánico librando una batalla en su rostro, y cómo resplandecía su orgullo cuando se acercó pavoneándose hasta donde se encontraba Torvald Nom.

Mientras tanto, en la hacienda, el castellano Estucerrojo llevó a Leff a un anexo que había junto al edificio principal, donde después de revolver en cajones rellenos de paja, la figura embozada encontró una botellita de cristal y se la ofreció a Leff.

—Dos gotas en cada ojo. Dos más en la lengua. Repetir dos veces más hoy y tres veces al día hasta que la botella esté vacía.

—¿Eso matará los gusanos que tengo en la cabeza?

—Los gusanos greva, sí. No puedo responder por ningún otro.

—¿Tengo más gusanos en la cabeza?

—¿Quién sabe? ¿Sientes que se te retuercen los pensamientos?

—¡A veces! ¡Dioses del inframundo!

—Dos posibilidades —dijo Estucerrojo—. Gusanos de sospecha o gusanos de culpabilidad.

Leff frunció el ceño.

—¿Está diciendo que son gusanos los que provocan esas cosas? ¿La sensación de culpa y las sospechas? Yo nunca he oído na de eso.

—¿Te reconcome a veces la duda? ¿Alguna idea anida en tu mente? ¿Se deslizan nociones extrañas por

tu cabeza? ¿Te asustas sin razón aparente al ver el gancho repleto de púas de un pescador?

—¿Es usted una especie de sanador?

—Soy lo que los demás necesitan que sea. Bueno, vamos a buscarte un uniforme.

Torvald Nom estaba ensayando lo que le iba a decir a su mujer. Sopesaba con cuidado cada palabra, ensayaba en su mente la despreocupación imprescindible para evitar hábilmente ciertos detalles del empleo que acababa de encontrar.

—Es genial que estemos todos trabajando juntos otra vez —dijo Chamusquino mientras caminaba muy contento a su lado—. ¡Y como guardias de una hacienda, nada menos! Se acabó hacer de matones para criminales malolientes. Se acabó dar caza a pobres perdedores para contentar a alguna piraña cruel. Se acabó...

—¿Ese tal castellano mencionó el salario?

—¿Eh? No, pero seguro que es bueno. Tiene que serlo. Es un trabajo exigente...

—Chamusquino, ese trabajo será muchas cosas, pero «exigente» no creo. Estaremos allí para que no entren ladrones. Y puesto que los tres hemos sido ladrones en un momento u otro, deberíamos ser más que buenos en eso. Y más vale que lo seamos, o nos despedirán.

—Necesitamos otras dos personas. Quería tres más y solo te tengo a ti. Así que, dos más. ¿Se te ocurre alguien?

—No. ¿De qué familia?

—¿Qué?

—Esa tal señora... ¿a qué Casa pertenece?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Ni idea.

—¿Es del campo?

—Creo que sí.

—Bueno, ¿ha muerto algún noble hace poco que podría haberla traído? ¿Me refiero a alguna herencia?

—¿Cómo iba a saberlo yo? ¿Crees que me molesto en seguirle la pista a quién muere entre esa gente? Pa mí no son nada, es lo que digo.

—Deberíamos haberle preguntado a Kruppe, él lo sabría.

—Bueno, pues no se lo preguntamos y además da igual. Nos hemos buscao un trabajo legítimo, los tres. Vamos a empezar a ser, esto... legítimos. ¡Así que deja de cuestionarlo todo, Tor! ¡Vas a estropearlo!

—¿Cómo pueden estropearlo todo unas cuantas preguntas razonables?

—Es que me ponen nervioso —replicó Chamusquino—. Ah, por cierto, no hay quien vea al castellano.

—¿Por qué? ¿Con quién si no voy a hablar para que me contraten?

—No, no quiero decir eso. Quiero decir que no hay quien lo vea. Todo envuelto en trapos. Con una capucha, guantes y hasta una máscara. Eso es lo que quiero decir. Se llama Estucerrojo.

—No hablas en serio.

—¿Por qué no? Se llama así.

—El castellano va amortajado como un cadáver, ¿y tú no ves nada extraño?

—Podría tenerle miedo al sol o algo así. No hay razón para ponerse suspicaz. ¿Tú nunca conociste a nadie raro en tus tiempos, Tor?

Y Torvald Nom miró a Chamusquino y se dio cuenta que no sabía qué responder a eso.

—Veo que has encontrado otro candidato —dijo Estucerrojo—. Excelente. Y sí, nos servirá a la perfección. Quizá como Capitán de la Guardia de la Casa.

Torvald se sobresaltó.

—¿No he dicho una palabra todavía y ya me ascienden?

—Un ejercicio comparativo inspira confianza en dicha valoración. ¿Su nombre es?

—Torvald Nom.

—De la Casa Nom. ¿No podría darse un conflicto de interés?

—¿Podría? ¿Por qué?

—La señora está a punto de asumir el sillón vacante en el Consejo.

—Oh. Bueno, yo no tengo casi ni voz ni voto en los asuntos de la Casa Nom. Somos decenas en la ciudad, por supuesto, con lazos que se extienden por todas partes, incluyendo fuera del continente. Yo, sin embargo, no estoy involucrado en nada de ello.

—¿Se le expulsó?

—No, nada tan, eh... extremo. Fue más una cuestión de... intereses.

—Usted carece de ambición.

—Exacto.

—Una manicura exquisita, Torvald Nom.

—Eh, gracias. Podría recomendarle... —pero la idea se fue reduciendo a un silencio doloroso y Torvald intentó con todas sus fuerzas no bajar la vista hacia los dedos vendados del castellano.

En ese momento apareció Leff por el otro lado de la casa principal. Tenía los labios y los ojos de un color naranja brillante.

Chamusquino lanzó un gruñido.

—Oye, Leff. ¿Te acuerdas de ese gato encima del que te sentaste una vez en un bar?

—¿Qué pasa con él?

—Nada. Me acabo de acordar, por cómo se le pusieron los ojos saltones y chiflados.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Que me acabo de acordar, na más. Mira, traje a Tor.

—Ya lo veo —gruñó Leff, malhumorado—. Veo muy bien, gracias.

—¿Qué te pasa en los ojos? —preguntó Torvald Nom.

—Tintura —dijo Leff—. Me entró un caso de gusanos greva.

Torvald Nom frunció el ceño.

—Los humanos no puede tener gusanos greva. Son los peces los que sufren los gusanos greva, por comer caracolas infectadas.

Los ojos naranjas y saltones de Leff se abultaron un poco más. Después dio media vuelta y miró al castellano.

Que se encogió de hombros.

—¿Gusanos jurben?

Torvald Nom lanzó un bufido.

—¿Los que viven en las cuevas del subsuelo? ¿En bolsas de gas verde? Son tan largos como la pierna de un hombre y casi igual de gruesos.

El castellano suspiró.

—El espectro del diagnóstico erróneo nos persigue a todos. Te pido disculpas, Leff. Quizá tu afección se deba a alguna otra enfermedad. No importa, las gotas se quitarán en un mes o dos.

—¿Voy a tener ojos de gato estrujado un mes más?

—Preferible a gusanos greva, diría yo. Bueno, caballeros, vayamos a buscar al pañero de la casa. Algo negro, con brocado en hilo de oro, diría yo. Los colores de la casa y todo eso. Y luego, un breve resumen de sus obligaciones, turnos, días libres y cosas parecidas.

—¿El resumen incluiría el salario? —preguntó Torvald Nom.

—Naturalmente. Como capitán a usted se le pagarán veinte concejos de plata a la semana, Torvald Nom. Chamusquino y Leff, como guardias, percibirán quince. ¿Aceptable?

Los tres asintieron a toda prisa.

Se sentía un poco inestable de pie, pero Murillio sabía que no tenía nada que ver con cualquier residuo de debilidad que le pudiera haber dejado la herida. Era una debilidad de espíritu. Como si la edad lo hubiera atacado por la espalda, le hubiera clavado las garras en todas las articulaciones y se hubiera quedado allí colgada, más pesada a cada momento. Caminaba con los hombros encorvados, y aquello parecía haberse convertido en una nueva costumbre, o quizá siempre había estado ahí y solo ahora al haberse exacerbado se había dado cuenta de ello.

La estocada de ese pequeño borracho había perforado algo vital, sin duda, y ningún sanador malazano ni ningún otro tipo de sanador podía curarlo.

Trató de imprimir confianza a su zancada mientras bajaba por la atestada calle, pero no era tarea fácil. *Medio borracho. Los calzones por los tobillos. Excusas razonables para lo que había pasado esa noche. La viuda Sepharla escupiendo veneno una vez que se le despejó la borrachera lo suficiente como para darse cuenta de lo que había pasado, y al parecer seguía escupiéndolo. Lo que había pasado, sí. Con su hija. Oh, nada de violación, había una expresión demasiado triunfante en los ojos de la chica para eso, aunque la cara le resplandeció de placer cuando su acompañante se lanzó a defender su honor. Una vez que la conmoción desapareció. Jamás debería haber vuelto allí para explicar...*

Pero esa había sido la pesadilla del día anterior, todas esas chispas lloviendo sobre la escena doméstica con sus aires de preocupación, cada cuidadosa palabra pintando las grietas con feroces y cortos golpes del pincel. ¿Qué se esperaba? ¿Qué había ido a buscar? ¿Tranquilidad?

Quizá. Supongo que llegué con mi propio pincel.

Años antes habría limado todas las asperezas casi sin esfuerzo. Un murmullo aquí, un cruce de miradas allá. Un roce suave con una mano, apenas una insinuación de presión. Claro que, años antes, *de entrada esto jamás habría ocurrido. ¡Ese borracho idiota!*

Oh, había ladrado a menudo esas tres palabras en su cabeza. Pero ¿se referían al joven de la espada o a sí mismo?

Cuando llegó a la enorme academia de esgrima se metió por la verja abierta y salió al sol brillante del terreno de prácticas. Una veintena de estudiantes jóvenes, sudorosos y con sobrepeso se batían por el polvo entre el estrépito de las espadas de madera. La mayoría, vio de inmediato, carecían de la agresividad necesaria, del instinto asesino. Bailoteaban para esquivar y punzaban con la punta del palo con una falta clara de entrega. El juego de pies era pésimo.

La instructora de la clase se encontraba a la sombra de un pilar en el pasaje de la columnata que había justo detrás. Ni siquiera estaba observando el caos del complejo, concentrada como estaba, al parecer, en unas puntadas sueltas, o quizás un desgarrón, que tenía en los guanteletes de cuero que llevaba.

Murillio se metió por un lado de la muchedumbre que se estaba perdiendo en nubes de polvo blanco y se acercó a la instructora. Esta lo observó un instante y luego devolvió su atención al guantelete.

—Disculpe —dijo Murillio cuando llegó—. ¿Es usted la maestra de esgrima?

—Lo soy. —Asintió sin mirar a los estudiantes, donde habían estallado un par de peleas de verdad—.

¿Qué tal lo estoy haciendo hasta el momento?

Murillio alzó los ojos y estudió la gresca un instante.

—Eso depende —dijo.

La mujer gruñó un momento.

—Buena respuesta. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Tiene algún nieto o nieta al que quiera meter ahí? Sus ropas fueron caras... una vez. Por lo que parece, dudo que pueda permitirse esta academia, a menos, por supuesto, que sea usted una de esas personas podridas de dinero que se empeña en vestir como un mendigo. Las viejas fortunas y todo eso.

—Menuda publicidad se hace —comentó Murillio—. ¿Funciona?

—Las clases están llenas. Hay lista de espera.

—Me preguntaba si necesitaba ayuda. Con la instrucción básica.

—¿Qué escuela lo adiestró a usted?

—Carpala.

La mujer lanzó un bufido.

—Aceptaba un estudiante cada tres años.

—Sí.

La mujer lo miró entonces con una intensidad que él no había visto antes.

—Lo último que oí fue que quedaban siete estudiantes suyos en la ciudad.

—Cinco, de hecho. Fedel cayó rodando por unas escaleras y se rompió el cuello. Estaba borracho. A Santbala...

—Le asestó una cuchillada en el corazón Gorlas Vidikas, la primera victoria seria del mocoso.

Murillio hizo una mueca.

—Como duelo no fue gran cosa. Santbala se había quedado casi ciego, pero era demasiado orgulloso para admitirlo. Un corte en la muñeca le habría dado a Gorlas su triunfo.

—Los jóvenes prefieren matar a herir.

—En eso han acabado los duelos, sí. Por fortuna, la mayor parte de los estudiantes que tiene aquí es más probable que se acuchillen solos que a cualquier oponente al que pudieran enfrentarse un día, y tales heridas pocas veces son mortales.

—¿Se llama?

—Murillio.

La mujer asintió como si ya lo hubiera adivinado.

—Y está aquí porque quiere enseñar. Si hubiera decidido dedicarse a la enseñanza cuando Carpala seguía vivo...

—Me habría buscado y me habría matado, sí. Él despreciaba las escuelas. De hecho, despreciaba los duelos. Una vez dijo que enseñar a usar el estoque era como poner una serpiente venenosa en las manos de un niño. La instrucción no le proporcionaba ningún placer y no le sorprendió en absoluto cuando casi todos sus mejores estudiantes o bien consiguieron que los mataran o terminaron consumidos, convertidos en borrachos o algo peor.

—No fue su caso.

—No, eso es cierto. Yo me dediqué a perseguir mujeres.

—¿Solo que ahora son demasiado rápidas para usted?

—Algo así.

—Soy Piedra Menackis. Esta escuela existe para hacerme rica, y sí, lo está consiguiendo. Dígame, ¿usted va a compartir el odio a la enseñanza de su viejo maestro?

—No con la misma vehemencia, me imagino. No espero encontrar gusto alguno en ello, pero haré lo que se necesite.

—Juego de pies.

Murillio asintió.

—Juego de pies. El arte de salir corriendo. Y la postura, la jaula defensiva, puesto que eso es lo que los mantendrá con vida. Golpes secos a la muñeca, la rodilla, el pie.

—No letales.

—Sí.

La mujer suspiró y se irguió.

—De acuerdo. Suponiendo que me lo pueda permitir.

—Estoy seguro de que puede.

La instructora le lanzó una mirada burlona.

—Y no se le ocurra perseguirme a mí, por cierto —añadió.

—He terminado con todo eso, o, más bien, eso ha terminado conmigo.

—Bien...

En ese momento los dos notaron que una mujer se había acercado a ellos.

La voz de Piedra de repente... cambió.

—Myrla. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He estado buscando a Rezongo...

—Ese idiota se largó con la Trygalle. ¡Se lo advertí y ahora va a conseguir que lo maten para nada!

—Oh. Es Harllo, sabes...

—¿Qué pasa con él?

La mujer daba un respingo con cada cosa que decía Piedra, y Murillio sospechaba que él habría hecho lo mismo ante semejante tono.

—Ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Hace cuánto?

—Snell dijo que lo vio, dos días atrás. Abajo, en los muelles. Nunca había dejado de aparecer por casa al final del día... solo tiene cinco años...

—¡Dos días!

Murillio vio que la cara de Piedra se había quedado blanca como la muerte y un terror repentino se iba apoderando de sus ojos.

—¡Dos días!

—Snell dice...

—Serás estúpida... ¡Snell es un mentiroso! ¡Un maldito ladrón!

Myrla retrocedió ante aquella arremetida.

—Nos dio el dinero que trajiste...

—¡Claro!, ¡porque casi lo estrangulo! ¿Qué le ha hecho Snell a Harllo? ¿Qué ha hecho?

Myrla estaba llorando ya y retorciéndose las manos agrietadas.

—Dijo que no hizo nada, Piedra...

—Un momento —la interrumpió Murillio, que se interpuso físicamente entre las dos mujeres cuando vio que Piedra estaba a punto de adelantarse con la mano enguantada en alto—. ¿Ha desaparecido un niño? Puedo hacer correr la voz, conozco a todo tipo de gente. Por favor, podemos hacer esto de forma lógica. ¿En los muelles, dijo? Tendremos que averiguar qué barcos dejaron el puerto en los últimos dos días, la temporada de comercio acaba de empezar, así que no deberían ser muchos. Se llama Harllo y tiene cinco años... —*Dioses del inframundo, ¿lo mandas a las calles y solo tiene cinco años?*—. ¿Puede

darme una descripción? Cabello, ojos, ese tipo de cosas.

Myrla estaba asintiendo, las lágrimas le corrían por las mejillas arrugadas y le temblaba el cuerpo entero. Asintió y no dejó de asentir.

Piedra dio media vuelta y se alejó corriendo, las botas despertando ecos duros pasillo abajo.

Murillio la miró, asombrado.

—¿Dónde...?, ¿qué...?

—Es su hijo, ¿entiende? —dijo Myrla entre sollozo y sollozo—. Su único hijo, solo que ella no lo quiere y el crío está con nosotros, pero Snell, es que tiene malos pensamientos y hace cosas malas a veces, pero esto no, algo así no, él no le haría algo así a Harllo, ¡no se lo haría!

—Lo encontraremos —dijo Murillio. *De un modo u otro. Que el tirón de la Señora nos bendiga, y bendiga al chaval*—. Ahora, por favor, descríballo y descríballo bien, lo que suele hacer cada día; necesito saber eso también. Todo lo que pueda contarme, Myrla. Todo.

Snell entendía, de un modo un tanto tenue pero preciso, que de la fe de otros, que solo deseaban ver lo mejor en él, se podía abusar a voluntad, e incluso si alguna verdad saliera a la luz, bueno, entonces no había más que exhibir autocompasión, fingirse destrozado y la gran defensora lo acogería en sus brazos... como suelen hacer las madres.

¿Podemos esperar que, en contadas ocasiones, quizás en plena noche cuando acechan los terrores, el niño pensase en cómo las cosas que había hecho podrían dañar la fe de su madre, no solo en él, sino también en sí misma? El hijo, después de todo, no es más que una extensión de la madre, al menos eso creía la madre en alguna parte inarticulada de su alma, invisible pero sólida como una cadena de hierro. Ataca al niño y la madre se siente atacada de igual forma, pues lo que se pone en duda es su vida como madre, las lecciones que enseñó o no enseñó, las cosas que prefirió no ver, o justificar, o fingir que eran diferentes de lo que eran.

Llora por la madre. Snell no lo hará y nunca lo haría, reservaba todo su futuro para llorar solamente por sí mismo. Los terrores furtivos despertaban sorprendentes destellos de pensamiento, casi de empatía, pero nunca llegaban tan lejos como para que terminara por reconocer lo que había hecho, o por sentir compasión por la madre que lo amaba de forma incondicional. Su naturaleza era del tipo que tomaba lo que se le daba como si fuera su derecho de nacimiento, todo ello, por siempre jamás.

La rabia ante la injusticia surgía cuando se le negaba algo, lo que fuera. Las cosas que se merecía por justicia y, cómo no, se merecía todo lo que quería. Iba a por todo lo que quería y ¡ay, cuál no sería su furia si aquello eludía su mano o se lo arrebatában luego!

En ausencia de lo que podría ser impuesto, un niño moldea la estructura del mundo a su conveniencia. Fabricado en una mente apenas despierta —y claramente ni siquiera eso en cuanto a la introspección se refería—, ese mundo se convierte en un lugar muy extraño. Pero no clamemos contra los defectos de los adultos cercanos y unidos por lazos de sangre o lo que sea. Algunos niños nacen en una jaula —ya está ahí, en sus cráneos— y es una jaula muy oscura.

Snell vagaba por las calles para huir de las despiadadas preguntas que le lanzaban. No tenían derecho a acusarlo de ese modo. Oh, cuando se hiciera mayor, nadie tendría permiso de ir así a por él. Les rompería la cara. Les pisaría la cabeza. Los asustaría, a todos y cada uno, y así podría seguir haciendo lo que le apeteciese. Tenía muchas ganas de hacerse mayor, la verdad sea dicha.

Y, sin embargo, se encontró dirigiéndose a la puerta de Dos Bueyes. Necesitaba saberlo, después de todo. ¿Estaba todavía Harllo tirado allí? No le había pegado tan fuerte, ¿verdad? ¿Lo suficiente para matarlo? Solo si Harllo hubiera nacido débil, solo si ya le pasara algo desde antes. Y tampoco sería de

extrañar, ¿no? Al fin y al cabo, la propia madre de Harllo lo había tirado por ahí. Así que si Harllo estaba tirado y muerto en las praderas de la cima de esa colina, eso no era culpa de Snell, ¿verdad? Algo lo habría matado antes o después.

Eso era un alivio, pero lo mejor era que fuera a asegurarse. ¿Y si Harllo no había muerto? ¿Y si estaba por ahí fuera en alguna parte, planeando matarlo? ¡Podía estar espiando a Snell en ese mismo instante! Con un cuchillo que hubiera encontrado, o un palo todo lleno de nudos. Rápido, astuto, capaz de desaparecer a la velocidad de un rayo por muy rápido que Snell se diera la vuelta en la calle, ¡estaba ahí fuera! Esperando, acechando.

Snell necesitaba demostrar cosas y por eso atravesaba corriendo Maiten, donde el hedor de la bahía de Aguaspardas y de los leprosos bastaba para que le entraran arcadas, y ¡ja! ¡Oíd cómo chillan cuando los golpean las piedras más grandes que les tiró él! Sintió la tentación de retrasarse un poco, de buscar a uno de los más feos para poder apedrearlo una y otra vez hasta que los gritos desaparecieran, ¿y acaso no le estaría haciendo un favor? Mejor eso que ir pudriéndose poco a poco.

Pero no, todavía no, quizá cuando volviera después de haberse quedado allí un rato, mirando el cuerpo lleno de gusanos de Harllo, esa sería la conclusión perfecta a ese día, después de todo. Sus problemas resueltos. Nadie acechándolo entre las sombras. Tiraría piedras rápido y fuerte, una catapulta humana... ¡bum! ¡Aplasta ese cráneo endeble!

Quizá aún no fuera aún mayor, pero, aun así, era capaz de hacer cosas. *Era capaz de quitar vidas.*

Dejó el camino y empezó a ascender la colina. Sí, ese era el lugar, ¿cómo iba a olvidarlo? Tenía cada detalle grabado en la mente. El primer tapiz gigante en la historia de Snell. *Matar a su malvado rival y ver los dragones dando vueltas por el cielo sobre el lago, ¡testigos!*

La subida lo cansó sin saber por qué, le dejó las piernas temblorosas. Simples nervios, por supuesto. Sintió un picor en las espinillas mientras se apresuraba entre los pastos y por fin llegó al sitio.

No había cuerpo.

Un terror repentino. Snell miró alrededor, por todas partes... ¡Estaba ahí fuera! ¡No estaba herido! Seguro que lo había fingido todo, se había tragado el dolor de cada patada. Se había escondido, sí, solo para meter a Snell en problemas ¡y cuando volviera Rezongo le iba a montar la del Embozado! Rezongo, que hacía de Harllo su favorito porque Harllo hacía cosas para ayudar, pero ¿no había sido Snell el que había llevado ese último saco de estiércol? ¡Claro que sí! Pero Rezongo no estaba allí para verlo, ¿no? Así que no sabía nada, porque si lo supiera...

Si lo supiera, me mataría.

Muerto de frío, temblando a merced del viento del lago, Snell bajó corriendo la colina. Necesitaba irse a casa, quizá no justo a casa, pero algún lugar cerca, para saltarle encima a Harllo cuando este apareciese para enredarlos con sus mentiras sobre lo que había pasado. Mentiras... Snell no tenía ninguna bolsa de monedas, ¿no? Las monedas de la madre de Harllo, ja, ¿no tenía gracia? Total, ella era rica, y Snell se merecía ese dinero tanto como cualquiera; levantó la mano y se tocó con suavidad la hinchazón de la mejilla izquierda. Esa zorra le había pegado, y todo para robarle el dinero. Bueno, ya lo pagaría algún día, sí, lo pagaría.

Un día, sí, él sería mayor. Y entonces... ¡ojito con él!

Había tenido que morir un otrora famoso duelista para que la gente empezara a tratar a Gorlas Vidikas como un adulto, pero ya era un hombre hecho y derecho, y uno temido, un miembro del Consejo. Era un hombre pudiente, pero no asquerosamente rico, aunque eso solo era cuestión de tiempo.

Los idiotas del mundo entero veneraban a dioses y diosas. Pero el dinero era lo único que merecía la

pena ser venerado, porque venerarlo era verlo crecer —más y siempre más— además de que todo lo que él tomaba para sí se lo quitaba a otro y esa era la auténtica conquista. Día a día, trato a trato, las victorias en esas partidas eran la prueba de fe y veneración verdaderas, y ah, cuán deliciosamente satisfactorio resultaba.

Los idiotas dejaban caer monedas en los cuencos de las colectas. Los ricos limpiaban esos cuencos y ahí estaba la auténtica división de la humanidad. Pero había algo más que eso: los ricos decidían cuántas monedas podían poner los idiotas y ¿cómo calificaría aquello en cuestión de poder? ¿Cuál de los dos lados era más deseable? Como si hiciera falta preguntarlo.

El dinero compraba poder, como un dios bendiciendo a los devotos, pero nunca había suficiente riqueza ni suficiente poder. En cuanto a las víctimas, bueno, de ellas tampoco había suficientes. Hacía falta alguien que limpiara las calles del Distrito de las Haciendas. Hacía falta alguien que lavara la ropa, las sábanas y todas esas cosas. ¡Y para eso primero hacía falta alguien que fabricara esas cosas! Y hacía falta alguien que luchara en las guerras cuando los ricos decidieran que querían todavía más de lo que había ahí afuera.

A Gorlas Vidikas, nacido en la riqueza y criado para tener un título, la vida le resultaba agradable. Pero podría ser mejor, y los pasos hacia esa mejora eran muy sencillos.

—Mi querida esposa —dijo cuando ella se levantó para irse—, he de hacer un viaje y no regresaré hasta mañana, o quizá pasado mañana.

Su mujer se detuvo y observó con aire distraído a los criados que se acercaban para recoger los platos del desayuno tardío, con las manos callosas en un vuelo como de avecillas desplumadas.

—¿Ah, sí? —dijo.

—Sí. Me han dado el cargo de supervisor de una operación fuera de la ciudad, y debo visitar las obras. Después de lo cual debo tomar un barco hacia el anexo gredfalano para finalizar un contrato.

—Muy bien, esposo.

—No ha mediado ningún aviso previo de nada de esto —añadió Gorlas—, y, ay, había invitado a Shardan y Hanut a cenar con nosotros esta noche. —Hizo una pausa para sonreírle a su mujer—. Los dejo en tus capaces manos... Te ruego que les hagas llegar mis disculpas.

Su mujer le sostuvo la mirada con una expresión un tanto desconcertante.

—¿Deseas que reciba a tus dos amigos esta noche?

—Por supuesto.

—Entiendo.

Y quizá sí que lo entendía, pero ¿le estaba reprendiendo? No. ¿Y había acaso un sonrojo de excitación en sus mejillas? Ya se estaba dando la vuelta así que no sabría decirlo. Y al caminar sus caderas se movieron con esos admirables contoneos suyos hasta que salió de la habitación.

Y eso fue todo; lo hecho... hecho estaba.

Se levantó e hizo señas a su criado.

—Que me preparen el carruaje, salgo de inmediato.

El hombre salió a toda prisa sin dejar de asentir con la cabeza.

Hacía falta alguien que cepillase a los caballos, que comprobase los arreos, que mantuviese el carruaje limpio y los frenos en buen estado. Hacía falta alguien que se asegurase de que todo lo necesario estuviese dentro de los baúles de viaje. Y por lo visto también hacía falta alguien para otros menesteres. Como abrirse de piernas en recompensa por favores pasados y como deuda futura cuando llegara el momento de que se cambiaran las tornas.

Ellos podían tener a su esposa. Un día él los tendría a ellos: todo cuanto poseían, todo cuanto soñaban poseer. Después de esta noche sería el dueño de uno o de los dos; con certeza de ambos en las semanas

venideras. ¿Cuál de ellos engendraría al heredero de Gorlas? Lo mismo le daba, con Cáliz embarazada como mínimo se quitaría de encima a sus padres, y hasta podría darse el beneficio añadido de satisfacerla a ella, borrar de una vez esa pálida desdicha de su rostro y poner fin a todos esos fastidiosos suspiros y a esas miradas anhelantes y ensimismadas por la ventana.

Además, ella también veneraba el dinero. Sabía el Embozado lo mucho que gastaba en preciadas baratijas y en caprichos inservibles. Dale un hijo y luego tres o cuatro más y además de dejar de ser un incordio se quedaría contenta.

Había que hacer sacrificios. *Así que hazlo, esposa, y quién sabe, puede que hasta termines sonriendo cuando todo acabe.*

Una campanada y media más tarde el carruaje de Vidikas salía al fin por la puerta de Dos Bueyes y los caballos empezaron a acelerar el paso a medida que se ensanchaba el camino; atajaron por la miseria de Maiten (¿y adónde si no podían ir los perdidos y los desesperados más que fuera de las murallas de la ciudad?), momento que Gorlas sufrió con las contraventanas cerradas y una bola de perfume pegada a la nariz.

Cuando gobernara ordenaría que se excavase un pozo inmenso en la llanura del Asentamiento, arrastraría hasta allí a todas esas consumidas criaturas y las enterraría a todas. Era muy sencillo: no puedes pagar los servicios de un sanador, qué mala suerte, pero al menos no te vamos a cobrar por el entierro.

Embriagado por esos pensamientos y otras mejoras para la ciudad, Gorlas dormitó mientras el carruaje proseguía su camino con un rumor sordo.

Cáliz se encontraba sola en sus aposentos privados con los ojos fijos en la semiesfera de cristal con su luna atrapada. ¿Qué podía perder? Su reputación. O, mejor dicho, esa reputación cambiaría. La gran sonrisa de Hanut, Shardan pavoneándose con esa actitud de complicidad, asegurándose de que su secreto rezumaba por cada uno de sus poros de modo que era de todo menos un secreto. Otros hombres acudirían a ella esperando lo mismo. Y quizá, para entonces, ya no habría forma de detenerla. Y quizá no tardaría mucho en encontrar un hombre que decidiese que era amor lo que sentía y ella empezaría entonces a desvelar su plan, el único plan que tenía y que desde luego tenía sentido. De una lógica aplastante, incluso razonable. Justificable.

A veces la bestia encadenada se vuelve contra su amo. A veces se tira a la garganta, y a veces la alcanza.

Pero llevaría tiempo. Ni Shardan Lim ni Hanut Orr servirían, los dos necesitaban a Gorlas aunque su triunvirato fuera una alianza de conveniencia. Cualquiera de ellos se volvería contra el otro si se diera la ocasión; pero todavía no, no en bastante tiempo, sospechaba Cáliz.

¿Sería capaz de hacerlo?

¿Qué es mi vida? Mira aquí a tu alrededor, ¿qué es? No tenía respuesta para esa pregunta. Era como un joyero ciego al concepto de valor. Brillante o mate, lo mismo daba. Escaso o abundante, la única diferencia radicaba en el deseo y ¿cómo se podía sopesar eso, cuando la necesidad que se ocultaba detrás era la misma? La misma, sí, en todo su sórdido apetito.

Era capaz reducir todas sus necesidades a una sola. De eso era capaz. Tendría que hacerlo para soportar lo que estaba por venir.

Sintió frío, vio los hilos violáceos a través de la pálida piel de sus brazos mientras la sangre los

abultaba a su paso. Necesitaba pasear al sol, sentir el calor y saber que los transeúntes la mirarían al pasar, con su magnífica capa de armiño con ribetes de seda negra cosida con hilo de plata; los brazaletes en las muñecas y también en los tobillos; aunque demasiadas joyas incitaban a la mano ladrona del ratero, y además resultaban vulgares. Y su largo cabello brillaría por los aceites aromatizados, y habría cierta mirada en sus ojos, perezosa, saciada, sugerentemente sellada para que pareciera que no se fijaba en nada ni en nadie, y esa era, lo sabía muy bien, una mirada muy tentadora en unos ojos todavía bellísimos...

Se encontró mirándose en ellos, allí, en el espejo, todavía despejados después de media garrafa de vino en el desayuno y la pipa de roya de después, y tuvo la repentina sensación de que la próxima vez que se hallara así, el rostro que le devolvería la mirada pertenecería a otra persona, a otra mujer que vistiera su piel, su rostro. Una extraña mucho más sabia, más versada en las deprimentes costumbres del mundo que esa mujer que estaba ahora frente a ella.

¿Estaba deseando conocer a esa mujer?

Era posible.

El día la llamaba y ella se dio la vuelta —antes de ver demasiado de la mujer que dejaba atrás— y se dispuso a vestirse para salir a la ciudad.

—Así que tú eres el historiador que sobrevivió a la Cadena de Perros.

El anciano que estaba sentado a la mesa alzó los ojos y frunció el ceño.

—En realidad no sobreviví.

—Oh —dijo Scillara mientras se acomodaba en la silla de enfrente; hoy notaba el cuerpo extraño, como si hasta la grasa pudiera ser ingrátida. De acuerdo, no estaba ganando más peso, pero sus huesos ya soportaban bastante y tenía una sensación de plenitud, de redondez, y por alguna razón todo eso la estaba haciendo sentirse llena de sexualidad, casi a punto de rebosar con una indolencia lenta, sofocante. Sacó su pipa y observó con atención al malazano que tenía enfrente. —Vaya, siento oír eso.

—Es una historia muy larga —dijo él.

—Que le estás contando al bardo de la coleta.

El anciano soltó un gruñido.

—Vaya con la privacidad.

—Suenan bien, eso de sacarlo todo. Cuando averigué que estuve en el campamento de Sha'ik, en Raraku, quiso sonsacarme detalles. Pero la mayor parte del tiempo yo apenas era consciente de lo que pasaba, así que no fui de mucha ayuda. Le conté lo de Heboric, eso sí.

Y Duiker se irguió despacio, una chispa repentina en sus ojos quemó toda la tristeza, todo el cansancio.

—¿Heboric?

Scillara sonrió.

—Pescador dijo que quizá te interesaría.

—Me interesa. O —vaciló—, creo que me interesa.

—Me temo que murió. Pero te lo contaré, si quieres. Desde la noche que huimos de Sha'ik.

La luz se había ido apagando en los ojos de Duiker, que apartó la mirada.

—Se diría que el Embozado está decidido a que yo sea el último que quede en pie. Todos mis amigos...

—Viejos amigos, quizá —dijo ella mientras aplicaba la llama a la cazoleta—. Queda espacio suficiente para otros nuevos.

—Lo cual es un amargo consuelo.

—Tenemos que dar un paseo, creo.

—No estoy de humor...

—Pero yo sí, y Barathol está fuera y tus socios están arriba rumiando conspiraciones. Chaur está en la cocina comiéndose todo lo que encuentra y Mezcla se ha enamorado de mí, y sí, vale, es divertido y hasta agradable por un tiempo, pero yo no busco eso. Solo que ella no me escucha. En fin, necesito un acompañante y el elegido eres tú.

—De verdad, Scillara...

—Ser viejo no te da permiso para ser grosero. Quiero que me lleves a la taberna del Fénix.

El historiador la miró fijamente un largo rato.

Ella dio unas buenas caladas a su pipa, hinchó los pulmones para destacar todavía más sus abundantes pechos, y vio que la mirada del hombre bajaba un milímetro o dos.

—Quiero ir a avergonzar a un amigo, ya me entiendes —añadió, y exhaló la bocanada de humo hacia las vigas manchadas de negro.

—Bueno —dijo con hosquedad, arrastrando la palabra—, en ese caso...

—Rallick está furioso —dijo Navaja cuando se sentó, después alargó la mano hacia la gran cuña de queso, partió un trozo considerable y lo sostuvo con la mano izquierda, pues en la derecha tenía una manzana. Tras el mordisco a la manzana vino rápido un mordisco al queso.

—Kruppe te acompaña en el sentimiento. La tragedia del destino, cuando el destino es eso que uno elige que le den lo que se le da. El apreciado Navaja quizás hubiera conservado su nombre original si hubiera elegido una vida a, digamos, la sombra de Murillio. Pero, ay, Navaja es navaja de palabra y obra.

Navaja tragó lo que tenía en la boca antes de hablar.

—Un momento. Ni que me hubiera empeñado en perseguir la sombra de Rallick. Ni la sombra de nadie... De hecho, todo lo que suena a «sombra» me pone enfermo. Si hay un dios ahí fuera que me haya maldecido de verdad, ese es Tronosombrío.

—Tronosombrío el Furtivo, el de la sombra sin dueño, ¡un dios de lo más ruin e intrigante! ¡Gélida es su oscuridad!, ¡cruel e incómodo su trono!, ¡horrendos sus Mastines!, ¡enmarañada su Cuerda!, ¡dulces y seductores sus inocentes sirvientes! ¡Pero! —Y Kruppe alzó al aire un dedo regordete—. ¡Navaja no quiere hablar de perseguir sombras, oh, no, las de nadie! Ni siquiera la de una que se cimbrea de la forma más cimbreada, que penetra de la forma más penetrante, que aletea con aleteantes pestañas que enmarcan unos profundísimos oscuros ojos que no son ojos en absoluto, sino estanques de una profundidad insondable, ¿y acaso ella se arrepiente? ¡Por Apsalar que no se arrepiente!

—A veces te odio —protestó Navaja con un gruñido, con los ojos en la mesa, el queso y la manzana olvidados por un momento en sus manos.

—Pobre Navaja. Mirad su corazón arrancado del pecho, agitándose como un trozo de carne ensangrentada sobre la mesa. ¡Kruppe suspira y suspira, conmovido por la compasión, y extiende, sí, este cálido manto de compañerismo que proteja contra la luz fría y dura de la verdad en este día y cualquier otro día! Y ahora, ten la amabilidad de servirnos algo más de esa infusión de hierbas, que, si bien sabe a algo que recuerda a la paja y el barro que se emplean para hacer ladrillos, Meese garantiza que sirve de ayuda en todo lo relativo a la digestión, incluyendo las malas noticias.

Navaja sirvió y luego dio dos mordiscos más, manzana y queso. Masticó un rato y arrugó la frente.

—¿Qué malas noticias?

—Las que están todavía por llegar, por supuesto. ¿Ayudará la miel a esta ayuda digestiva? Lo más seguro es que no. Uno sospecha que retrocederá y se cuajará. ¿Por qué es, se pregunta Kruppe, que todos

aquellos que afirman estar rebosantes de salud arreglan todo con infusiones malolientes, yantares grises y arenosos de cuanto está crudo y sin refinar, y pociones intragables, y todo esto entre un régimen de actividades inventadas solo para erosionar el hueso y desgastar el músculo; todos estos proveedores de la vida pura y buena, ¿se revelan todos y cada uno como pálidos, resecos y casi exangües, con puños inmensos que suben y bajan por la garganta y salvajes ojos acuosos en su gazmoño engreimiento, caminando como cigüeñas energizadas y orinando agua lo bastante pura como para volverla a beber? Y pásale si tienes la bondad al querido y beatífico Kruppe esa última empanada que ha quedado abandonada y sola en esa fuente de peltre.

Navaja parpadeó.

—Disculpa. ¿Pasar el qué?

—¡La empanada, querido muchacho! ¡Dulces placeres que confundan a los píos devotos del sufrimiento! ¿Cuántas vidas tenemos cada uno de nosotros, se pregunta Kruppe de forma retórica, para que constriñamos así esta de ahora con azarosos rigores tan eficaces que hasta el propio Embozado debe de estar doblándose y retorciéndose de la risa? Esta noche, querido amigo de Kruppe, ¡tú y yo recorreremos el cementerio y apostaremos qué huesos enterrados pertenecen a los sanos y cuáles a los imprudentes y enloquecidos maníacos saltimbanquis que danzaron entre sonrisas radiantes todos y cada uno de los días!

—Los huesos sanos serían los dejados por ancianos, apostaría yo.

—Sin duda, sin duda, amigo Navaja, una verdad de lo más imperturbable. Bueno, Kruppe se encuentra a diario personas de edad propecta y disfruta con sus amplias sonrisas y sus alegres saluciones.

—No todos son desdichados, Kruppe.

—Cierto, por aquí y por allá da tumbos uno que tiene los ojos muy abiertos, muy abiertos porque una vida de estridente abandono ha quedado atrás, ¡y resulta que el idiota fue y sobrevivió a todo! ¿Y qué se pregunta esa criatura? ¿Por qué no estoy muerto? ¡Y tú, con tus miserables tres décadas de prístino aburrimiento, por qué no te vas por ahí y te mueres!

—¿Es que te acosan los ancianos, Kruppe?

—Peor. El querido Murillio gime malhumorado y sin dientes y ahora se plantea una vida de inactividad. Prométele algo a Kruppe, querido Navaja, cuando veas a este radiante dechado de virtudes que tienes delante trastabillar, babear, balbucear a las nubes, resollar, pedorrearse, perder gotitas y todo lo demás, ¡haz el favor de meter a Kruppe en un saco grueso e impermeable de arpillera, átalos fuerte, busca un acantilado cercano y lánzalo a navegar! ¡Por el aire! Que se despeñe hasta los mares agitados, a las rocas quebradas y a las lechosas espumas... ¡Kruppe te lo implora! Y escucha, mientras lo haces, querido Navaja, ¡canta y ríe, escupe a mi estela! ¿Me lo prometes?

—Si estoy por aquí, Kruppe, haré exactamente lo que me pides.

—Para Kruppe es un alivio, un gran alivio. Uy, la última empanada se revuelve en la tripa inferior... más de este té, entonces, para producir ese eructo de betún de la insípida miseria de la tierra. ¡Y luego, en un abrir y cerrar de ojos, será la hora del almuerzo! ¡Y, mira quién entra, vaya, nada menos que Murillio, recién contratado, boyante y repleto de generosidad!

El amor de Iskaral Pust era puro y perfecto, salvo que su mujer no dejaba de interponerse. Cuando él se ladeaba hacia la izquierda, ella se ladeaba hacia la derecha; cuando él se ladeaba hacia la derecha, ella se ladeaba hacia la izquierda. Cuando él estiraba el cuello, ella lo estiraba también y lo único que podía ver él era la red aplastada de su pelo enmarañado y, debajo, esos negros ojos de acero demasiado sagaces para su propio bien y para el de él también, todo hay que decirlo.

—Estúpida arpía —musitó Iskaral—. Es que no ve que me ladeo a este y otro lado y subo y bajo la cabeza solo porque me apetece y no porque la suma sacerdotisa esté por allí mostrando con tanta generosidad su delicioso y generoso trasero, sabiendo de sobra, sí, vaya si lo sabe, cómo me retuerzo y babeo, jadeo y palpito, ¡esa tentadora!, ¡esa bruja contumaz! ¡Pero no! Da igual de qué ángulo me ponga, ¡esta horrenda némesis se pone delante y me maldice la vista! Quizá, listo como soy, pueda mandarla a hacer un recado, esa sí que es una idea. —Sonrió y se inclinó hacia delante, toda la armadura de su encanto temblando y crujiendo ante el ataque de la mirada funesta de su mujer—. Mi dulcísimo bollito de pasas, la mula necesita que la cepillen y le proporcionen amables cuidados en los establos del templo.

—¿Ahora?

—Sí. Y como está claro que ahora mismo no tienes nada en qué ocuparte, podrías hacer algo útil.

—Pero si estoy haciendo algo útil, queridísimo esposo.

—Ah, ¿y qué es, mi tierna ramera?

—Pues estoy sacrificando mi tiempo para evitar que tú hagas el imbécil más de lo que ya acostumbras, lo cual es todo un reto, te lo aseguro.

—¿De qué estupidez está hablando esta mujer? Ostra del amor, ¿me puedes decir a qué te refieres con eso?

—Ha decidido admitir que eres quien afirmas ser. Y eso es lo único que le impide ponernos de patitas en la calle. Tú, yo y la mula, y los bhokarala y sus balbuceos... eso suponiendo que consiga sacarlos del sótano. Yo soy una bruja de la diosa de las arañas y a esa suma sacerdotisa de ahí atrás no le hace demasiada gracia. Así que te estoy diciendo, oh, turbia luz de mi vida, que si permito que intentes montarla estamos todos acabados.

—Esta habla tanto que es un milagro que no se le caigan todos los dientes. Aunque ¡espera! ¡Si se le han caído casi todos! Chis, no te rías, no sonrías siquiera. ¿Estoy sonriendo? Quizá, pero es una sonrisa indulgente, de las de van de buena voluntad, o si no es de buena voluntad, entonces es porque no va nada en absoluto por más que a todas las esposas que en el mundo han sido, cuando la ven, les entre un ataque de rabia apoplética sin que haya motivo para ello, las adorables y encantadoras criaturas. —Iskaral suspiró y se echó hacia atrás para intentar mirar bajo la axila derecha de su mujer, pero lo de la visión periférica terminó siendo una pesadilla peluda. Se encogió, suspiró otra vez y se frotó los ojos—. Vamos, esposa, la mula languidece y tu dulce rostro es lo único que anhela... ¡cocear! ¡Je, je! ¡Chis, no te rías! ¡Ni sonrías siquiera! —Alzó los ojos—. Mi delicioso dátil arrugado, ¿por qué no das un paseo, a tomar el sol en la calle? Qué digo, las cloacas, más bien, ¡ja! Los regatos de residuales aguas... ¡Date un baño! ¡Mea en una de esas farolas y ni un solo perro en toda Darujhistan se atreverá a desafiarte! ¡Ja! Pero esta sonrisa es de las cariñosas, sí, ¿lo ves?

La suma sacerdotisa Sordiko Escrúpulo se acercó con una bamboleante cabriola a donde estaban sentados; esa mujer no caminaba, iba a la vez a un lado como hacia delante, una serpiente de seducción, una encantadora de la ligereza; ¡dioses, un hombre podía morir solo con mirarla! ¿Fue un gemido lo que se le escapó a él? Qué iba a serlo, no; fue más bien del sobaco de Mogora que subía para respirar del que salió ese sofocado y chapoteante sonido.

—Para mí sería un placer —dijo la suma sacerdotisa con esa voz profunda que ronroneaba como cada tentación imaginable, todas mezcladas en un solo guiso humeante de invitaciones— si los dos os dais el gusto del suicidio mutuo.

—Yo podría fingir el mío —susurró Iskaral Pust—. Así ella se nos quitaría del medio... Lo sé, suma sacerdotisa de todas mis fantasías, veo la guerra que libras contra tus deseos innatos, ¡esa ansia ardiente de ponerme las manos encima! Oh, ya sé que no soy tan atractivo como otros, pero ¡tengo poder!

Sordiko Escrúpulo suspiró y se alejó con unas cabriolas... pero no, visto desde atrás era más un paseo

tranquilo. Acercarse era una cabriola, alejarse, un paseo. Sordiko Paseo Escrúpulo Cabriola, va y viene, pero nunca se aleja del todo, mi amor entre los amores, mi amor mejor que ese pretexto de amor que una vez creí que era amor de verdad, pero afrontémoslo, amor no lo era, no como este amor. No, este amor es de los grandes, de los inflamados, de los imponentes, ¡de los verriondos, jadeantes, rijosos, explosivos! Ay, me he hecho daño.

Mogora lanzó un bufido.

—No reconocerías el verdadero amor ni aunque te mordiera en la cara.

—¡No me acerques ese sobaco, mujer!

—Has convertido este templo en una casa de locos, Iskaral Pust. ¡Conviertes cada templo en el que vives en una casa de locos! Así que aquí estamos, planteándonos el asesinato mutuo, ¿y qué quiere tu dios de nosotros? ¡Pues nada! ¡Nada salvo esperar, siempre esperar! Bah, ¡yo me voy de compras!

—¡Ya era hora! —graznó Iskaral.

—Y tú te vienes conmigo, para llevarme los paquetes.

—Ni lo sueñes. Usa la mula.

—Levántate, o haré contigo lo que se me antoje.

—¿En la sacristía sagrada? ¿Estás chiflada?

—Blasfemia verrionda. ¿Se pondrá contento Tronosombrío?

—¡Está bien! Vamos de compras. Solo que nada de correas esta vez.

—Pues entonces no te pierdas.

—No me perdí, pedazo de búfala acuática, me estaba escapando.

—Será mejor que coja la correa otra vez.

—¡Y yo cogeré mi cuchillo!

Ay, ¡cómo se interpone el matrimonio en el camino del amor! Los lazos del desdén mutuo se aprietan hasta que las víctimas chillan, pero ¿de dolor o de placer? ¿Acaso hay alguna diferencia? Aunque esa no es pregunta que deba hacerse a los matrimonios, claro que no.

Y en los establos la mula le guiña un ojo al caballo y el caballo siente que el desayuno se le revuelve en las tripas, y las moscas, bueno, las moscas vuelan de un montón de estiércol al siguiente, convencidas de que cada uno es diferente al anterior, como las veleidosas criaturas que son, y no hay sabiduría entre los veleidosos, solo ansia y frustración, y el zumbido invita a la siguiente dudosa conquista con ese aroma tan fragante que emana entre la paja húmeda.

Zum, zum.

Entre masas de granito y febriles pliegues de rocas jaspeadas de vetas brillantes, la explotación minera de la que era dueño Humilde Medida era un pozo enorme delante de un risco horadado por cuevas y túneles. Equidistante entre Darujhistan y Anexo Gredfalano y conectada por sólidas calzadas en lo alto, la mina y su asentamiento, grande como un pueblo, tenía ochocientos habitantes. Siervos, esclavos, prisioneros, jefes de obra, guardas de seguridad, cocineros, carpinteros, alfareros, fabricantes de cuerdas, fabricantes de ropa y zurcidores, fabricantes de carbón vegetal, sajadores y enfermeros, carniceros y panaderos... la empresa hervía de actividad. El humo llenaba el aire. Ancianas de manos ensangrentadas trepaban por los montones de desechos para recoger restos de escoria y trozos de carbón de pobre calidad. Las gaviotas y los cuervos danzaban alrededor de aquellas figuras andrajosas y encorvadas.

No quedaba en pie ni un solo árbol en media legua a la redonda de la mina. Ladera abajo, junto al lago, había un escarpado cementerio que albergaba unos cuantos cientos de tumbas poco profundas. El agua de

la orilla parecía sin vida y estaba manchada de rojo, con un fondo de cieno de un vivo color anaranjado.

Con un paño perfumado en la nariz, Gorlas Vidikas observaba la explotación que ahora dirigía, aunque quizá «dirigir» no era la palabra adecuada. De las necesidades diarias se ocupaba el maestro de taller, un hombre de unos cincuenta años lleno de cicatrices y picado de viruela, con trozos de metal puro incrustado en las manos desde hacía decenios. Tosía más o menos cada diez palabras y escupía mucosidades espesas y amarillentas entre sus botas con puntera de bronce.

—Los críos van más rápido, claro. —Tos, escupitajo—. Nuestros topos, o eso los llamamos nosotros, porque pueden meterse por grietas en las que no cabe ningún adulto —tos, escupitajo— y así si el aire está mal, no son los trabajadores fuertes los que se nos matan. —Tos...—. Tábamos teniendo problemas pa conseguir chavales, hasta que empezamos a comprárselos a las familias pobres de dentro y fuera de la ciudad; es que tien demasiaos piojos que alimentar, ¿sabe? Y tenemos reglas especiales pa los críos, nadie les pone la mano encima, ya sabe a qué me refiero.

»Y a partir de ahí se va subiendo. Un minero dura unos cinco años, salvo si hay caídas y esas cosas. Cuando ya tan muy enfermos los sacamos de los túneles, los hacemos capitanes de turno. Unos cuantos pue que vivan lo suficiente pa capataz, yo fui uno de ellos, sabe. Me arremangué la camisa de chaval y aquí toy, y si eso no es libertad, no sé qué pue serlo, ¿eh?

Ese maestro de taller, predijo Gorlas Vidikas para sí, estaría muerto en menos de tres años.

—¿Algún problema con los prisioneros? —preguntó.

—Na de na, la mayor parte no vive lo suficiente para dar problemas. Los metemos en los filones más peligrosos. Es el arsénico el que los mata, sobre todo... También estamos sacando oro, ya sabe. Los beneficios subieron un tres mil por ciento el pasado año. Hasta con mi parte igual puedo comprarme una pequeña hacienda.

Gorlas miró a la odiosa criatura.

—¿Está casado?

Tos, escupitajo.

—Todavía no —sonrió el hombre—, pero ya sabe lo que pue comprar un hombre rico, ¿eh?

—Como parte de lo que estoy seguro que será una relación excepcional —dijo Gorlas, *en la que yo me aprovecho de tu trabajo*—, estoy dispuesto a financiarle una de esas haciendas. Un modesto depósito por su parte, a bajo interés...

—¿En serio? Caramba, noble señor, eso sería fantástico. Sí, sí, sí, de lo más fantástico. Lo podemos hacer de todas todas, sí.

Y cuando tú estires la pata sin heredero alguno, yo adquiero otra propiedad más en el Distrito de las Haciendas.

—Será un placer —dijo Gorlas con una sonrisa—. Los que hemos tenido éxito en la vida hemos de ayudarnos siempre que podamos.

—Lo mismito pienso yo, de to eso. Justo eso.

Humo y malos olores, voces resonando entre el polvo, bueyes mugiendo mientras bregaban por tirar de carros sobrecargados. Gorlas Vidikas y el maestro con aspecto de estar en las últimas contemplaron la escena con gesto satisfecho.

Harllo salió retorciéndose de la hendidura, con la vela en una mano delante de él, y entonces sintió una mano callosa que le envolvía la estrecha muñeca. Le quitaron la vela y luego Bainisk tiró de Harllo para sacarlo, con una ternura sorprendente, por cierto, pero claro, era Bainisk, un sabio veterano de dieciséis años, la mitad de su cara era una veta de tejido cicatrizado brillante en la que se asomaba el azul

resplandeciente de sus ojos, ojos que por algún milagro seguían indemnes. El muchacho sonreía mientras ayudaba a levantarse a Harllo.

—¿Y bien, topo?

—Hierro, puro, frío, y con una anchura de tres de mis manos apoyadas.

—¿Y el aire?

—Estoy aquí, ¿no?

Bainisk se rio y le dio una palmada en la espalda.

—Te has ganado la tarde. Vamos, vuelve a Chuffs.

Harllo frunció el ceño.

—Por favor, ¿no puedo quedarme aquí?

—¿Venaz sigue metiéndose contigo?

—No les caigo bien a los matones —dijo Harllo.

—Eso es porque eres listo. Escucha, ya se lo advertí una vez y yo no advierto más de una vez y eso ya lo sabe, así que no te va a molestar más. Necesitamos a nuestros topos contentos y de una sola pieza. Es la ley del campamento. Y yo estoy al cargo de Chuffs, ¿no?

Harllo asintió.

—Solo que tú no vas a estar allí, ¿verdad? Esta tarde, no.

—A Venaz hoy le toca cocina. No pasará nada.

Harllo asintió y recogió su pequeño saco con el equipo, que pesaba un poco más que de costumbre, y empezó a subir. Le gustaban los túneles, al menos cuando el aire no estaba viciado y no le quemaba la garganta. Rodeado de tanta piedra sólida se sentía seguro, protegido, y le encantaban la mayor parte de esas grietas estrechísimas por las que solo él podía pasar, o los pocos que había como él, todavía sanos y sin huesos rotos, y lo bastante pequeños aún. De momento solo se había roto un dedo, y había sido en la mano derecha, la que usaba para sujetar la vela y poco más. Podía empujarse con la izquierda, con el cuerpecito medio desnudo resbaladizo de sudor a pesar de la humedad de la piedra y los hilos de agua helada.

Explorar lugares que nadie había visto jamás. O arrastrar las gruesas mangueras serpenteantes hasta los estanques gélidos y luego gritarles a los hombres de las bombas que empezaran, y a la luz caprichosa de la vela veía descender el nivel del agua y, a veces, veía los extraños brotes en la piedra, y en las fisuras, los diminutos pececitos ciegos, que, si lograba alcanzarlos, se metía en la boca, masticaba y tragaba, y así podía tener en su interior algo de ese inframundo, y, al igual que esos peces, a veces ni siquiera necesitaba los ojos, solo el palpar de los dedos, el sabor y el olor del aire y la piedra, los ecos de las gotas de agua y el tintineo de las escurridizas cucarachas blancas.

Esa mañana temprano lo habían mandado por una grieta, le habían atado cuerdas a los tobillos y lo habían bajado como un peso muerto, abajo, muy abajo, tres y luego cuatro nudos de cuerda, antes de que sus manos estiradas encontraran roca seca y cálida y allí, tan abajo, el aire era cálido y sulfuroso y la vela, cuando la encendió, llameó con un corriente de aire intenso y dulce.

Miró el paisaje iluminado por la luz amarilla y vio, sentado, apoyado contra un muro de la fisura ni a tres pasos de distancia, un cadáver. Desecado, la cara derrumbada y las cuencas de los ojos hundidas. Tenía las dos piernas destrozadas, era obvio que de una caída, las esquirlas sobresaliendo entre la piel correosa.

Pieles arrebuajadas como una manta; y cerca de una mano esquelética e inmóvil había una bolsa podrida y rota que se había abierto y mostraba dos picos de cuernas, un punzón de hueso y un mazo de piedra. Un minero, comprendió Harllo, igual que él. Un minero de mucho, mucho tiempo atrás.

Se acercó otro paso, con los ojos puestos en esas maravillosas herramientas que le gustaría llevarse, y

el cadáver habló.

—Como te plazca, pequeñuelo.

Harllo retrocedió de un salto. El corazón le martillaba en el pecho.

—¡Un demonio!

—Patrón de mineros, quizá. Demonio no, pequeñuelo, demonio no.

La vela se había apagado con el aterrado respingo de Harllo. La voz del cadáver, sonora, con un ritmo parecido a las olas en una playa de arena, resonó en la oscuridad negra como la brea.

—Soy Dev'ad Anan Tol, del clan Irynthal de los imass, que en otro tiempo vivió en las orillas del Jhagra Til hasta que el tirano Raest vino a esclavizarnos. Nos mandó bajar a la roca, donde morimos todos. Pero, ya ves, yo no morí. De entre todos los míos, el único que no murió.

Harllo manoseó con torpeza la vela y metió la mecha aceitada en el tubo de chispas. Tres rápidos bombeos que hicieron sisear el tubito y salió una llama disparada.

—Qué buen truco ese.

—El tubo tiene gas azul, no mucho y se acaba rápido, así que hay que rellenarlo. Hay vejigas arriba. ¿Por qué no moriste?

—He tenido algún tiempo para reflexionar sobre esa pregunta, pequeñuelo. Solo he llegado a una conclusión que explique mi estado. El Ritual de Tellann.

—¡Lo que hizo malos a los t'lan imass! ¡Le oí hablar de eso al tío Rezongo! Guerreros no muertos en Coral Negro. ¡Rezongo los vio con sus propios ojos! Y se arrodillaron y entonces les quitó todo su dolor un hombre que después murió porque era mucho el dolor que les quitó, así que construyeron un túmulo y todavía está allí, y Rezongo dijo que él lloró, pero yo no me lo creo, porque Rezongo es grande y el mejor guerrero del mundo entero y nada podría hacerlo llorar, ¡nada en el mundo! —Y Harllo tuvo que parar para poder recuperar el aliento. Y el corazón aún le golpeaba el pecho con tanta fuerza como granizo en un tejado de hojalata.

Del imass llamado Dev'ad Anan Tol, solo silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó Harllo.

—Pequeñuelo. Coge mis herramientas. Las primeras jamás fabricadas, y fueron hechas por mis propias manos. Yo era inventor. En mi mente las ideas se reproducían con tal frenesí que yo vivía enfebrecido. A veces, por la noche, me volvía medio loco. Tantos pensamientos, tantas ideas..., mi clan me temía. El invocahuesos me temía. El propio Raest me temía, así que hizo que me arrojaran aquí. Para que muriera. Y que mis ideas murieran conmigo.

—¿Les hablo a los demás de ti? Quizá quieran sacarte para que puedas ver el mundo otra vez.

—¿El mundo? Esa llama diminuta que sostienes me ha enseñado más del mundo de lo que puedo entender. El sol..., oh, el sol..., eso me destruiría, creo. Verlo otra vez.

—Ahora tenemos picos de metal —dijo Harllo—. Hierro.

—Piedra celeste. Sí, vi mucho de eso en los túneles. Los jaghut usaban hechicería para sacarla y darle forma, a nosotros no se nos permitía presenciar tales cosas. Pero yo pensé, incluso entonces, en qué formas habría de sacarla sin magia. Con calor. Sacarla, darle forma, convertirla en cosas útiles. ¿Todavía gobierna Raest?

—Nunca he oído hablar de ningún Raest —dijo Harllo—. Bainisk gobierna Chuffs y el maestro de campo gobierna la mina, y en la ciudad hay un consejo de nobles y en tierras lejanas hay reyes, reinas, emperadores y emperatrices.

—Y t'lan imass que se arrodillan.

Harllo miró pozo arriba, se oían voces tenues que bajaban resonando.

—Quieren volver a subirme. ¿Qué les digo sobre este sitio?

—La roca equivocada, la grava blanca que enferma a la gente. Aire viciado.

—Para que nadie más baje aquí.

—Sí.

—Pero, entonces, volverás a estar solo.

—Sí. Diles también que un fantasma embruja el lugar. Muéstrales las herramientas mágicas del fantasma.

—Lo haré. Oye, igual puedo escabullirme y bajar otra vez, si quieres.

—Pequeñuelo, eso sería muy de agradecer.

—¿Te traigo algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Un entablillado.

Y así Harllo regresó a la luz del día y entre el peso extra de su bolsa tintinearón las herramientas del cadáver. Cuernos y hueso endurecidos hasta convertirse en piedra, las púas pinchándole la cadera.

Si Venaz se enteraba de su existencia puede que se las quitase, así que Harllo sabía que tenía que tener cuidado. Tenía que esconderlas en alguna parte. Donde no fuera nadie, ni mirara, ni revolviera. Muchas cosas en las que pensar, vaya que sí.

Y tenía que encontrar eso del «entablillado». Fuera lo que fuese.

Ella insistió en ir de su brazo de camino a la taberna del Fénix; bajaron por el Distrito de las Haciendas, atravesaron la Muralla de Tercerafila y entraron en el Distrito Daru.

—Cuánta gente —decía ella—. Esta es con mucho la ciudad más grande en la que he estado jamás. Creo que lo que más me llama la atención es la cantidad de caras conocidas que veo; no personas que conozca en realidad, sino personas que se parecen a personas que he conocido.

Duiker lo pensó un momento y luego asintió.

—El mundo es así, sí.

—¿Lo es? ¿Y por qué?

—No tengo ni idea, Scillara.

—¿Esa es toda la sabiduría que puedes ofrecer?

—Y hasta para esa tuve que esforzarme —respondió él.

—Está bien. Probemos con otra cosa. Tengo entendido que no le ves ningún sentido a la historia.

Su compañero lanzó un gruñido.

—Si con eso quieres decir que no hay progreso, que hasta la noción de progreso es un engaño y que la historia no es más que una multitud de lecciones a las que nadie quiere prestar atención, entonces sí, no tiene ningún sentido. No vale la pena escribirla ni enseñarla.

—Está bien, olvídalo. Elige tú.

—¿Que elija el qué?

—Algo de lo que hablar.

—No creo que pueda... No se me ocurre nada, Scillara. Bueno, supongo que me gustaría saber algo sobre Heboric.

—Estaba perdiendo la cabeza. Estábamos intentando llegar a la isla de Otataral, donde quería devolver algo, algo que robó en otro tiempo. Pero no llegamos. Nos emboscaron unos t'lan imass. Iban tras él y los demás nos metimos en medio. Yo, Navaja, Ranagris. Bueno, también se llevaron a Felisin la Menor... eso también parecía formar parte del plan.

—Felisin la Menor.

—Ese fue el nombre que le dio Sha'ik.

—¿Sabes por qué?

Scillara negó con la cabeza.

—Pero me gustaba.

—¿Sha'ik?

—Felisin la Menor. Yo la estaba enseñando para que se pareciese a mí, así que no es de extrañar que me gustase. —Y le dedicó una radiante sonrisa.

Duiker respondió con una un tanto más apagada: qué difícil era sentirse miserable al lado de esta mujer. Mejor si evitaba su compañía en el futuro.

—¿Por qué la taberna del Fénix, Scillara?

—Como te dije antes, quiero avergonzar a alguien. A Navaja, de hecho. Tuve que escucharle hablar durante meses y meses sobre lo maravillosa que es Darujhistan, y cómo me iba a enseñar esto y aquello. Y luego, en cuanto llegamos, se larga y no quiere tener nada que ver con nosotros. Ha vuelto con sus viejos amigos, supongo.

Hablaba muy a la ligera, pero Duiker percibió una congoja debajo de las palabras. Quizá Navaja y ella habían sido algo más que simples compañeros.

—Y en su lugar —dijo el historiador—, nos encontrasteis a los malazanos.

—Bueno, podría habernos ido mucho peor.

—Barathol tenía familia —dijo Duiker—. En los Abrasapuentes. Un asesino. Ver a tu amigo fue como ver un fantasma. Para Rapiña, Azogue... Mezcla. Perlazul. Los viejos marines.

—Una de esas caras conocidas que luce alguien a quien no conoces.

Su compañero sonrió otra vez.

—Sí. —*Oh, sí, Scillara, desde luego que eres lista.*

—Y antes de que te des cuenta, algún viejo sanador de los marines está ahí fuera haciendo lo que puede para ayudar a Barathol Mekhar. Solo que hay una historia, de esas cosas que no importan, con nuestro amigo el herrero. Algo que tiene que ver con Aren y las...

—Espadas Rojas, sí.

Ella le lanzó una mirada.

—¿Lo sabías?

—Lo sabemos todos. El pobre desgraciado. Qué trato tan injusto le dieron en su propia tierra. Con cosas como esas, bueno, que podemos identificarnos porque nosotros tenemos nuestras historias. De esas que no se pueden ignorar porque nos han llevado justo al lugar en el que estamos, justo aquí, alejados de nuestros hogares por un continente.

—¿Un progreso?

—Eso todavía está por ver. Y ya hemos llegado. La Posada del Fénix.

Scillara se quedó mirando el decrepito cartel durante un rato.

—¿Esto? Pero si es una pocilga.

—Si lo que cuentan es cierto, el propio Kalam Mekhar entró ahí una o dos veces. Al igual que Lástima, que más tarde adoptó el nombre de Apsalar, y ahí fue donde la conoció el joven Azafrán, al que ahora se conoce como Navaja, ¿no? No es fácil reunir todas las piezas. Mazo fue testigo de casi todo aquello. Ahí dentro —añadió— puede que incluso encuentres a un hombre llamado Kruppe.

Scillara soltó un resoplido.

—Navaja habló de él. Un grasiento perista y antes ladrón.

—Un embajador prófugo durante la Guerra Painita. El hombre que se enfrentó a Caladan Brood y ganó.

Él solo se las arregló para confundir a la mayor parte de los grandes líderes del continente.

Los ojos de la mujer se habían agrandado un poco.

—¿En serio? ¿Todo eso? Navaja nunca mencionó nada de eso.

—No podía saberlo, Scillara. Él se largó con Violín, Kalam y Apsalar.

—Ese es un relato cuyas partes voy reuniendo poco a poco —le contestó ella—. Apsalar. La mujer a la que Navaja ama.

Ah.

—Vamos, entonces.

Y cruzaron la calle.

—Al crío se lo han llevado, diría yo —concluyó Murillio mientras se acomodaba otra vez en su silla—. Sé, Kruppe, que es una de esas cosas que pasan. Hay curtidores que atrapan críos, barcos mercantes, tripulaciones de pesqueros, proxenetas y templos, todos se los llevan si tienen la oportunidad. Así que ya sé que puede que no haya mucha esperanza...

—Tonterías, Murillio, leal amigo de Kruppe. Al acudir a esta redonda persona has hecho gala de una sabiduría suprema. Es más, Kruppe aplaude esta nueva profesión tuya. Instructor, sí, de todas las finas puntas de finísima puntería, el arte de la esgrima está escrito con sangre audaz, ¿sí? Audaz también es esa tal Piedra Menackis, antigua compañera de nada menos que Rezongo de las Púas, ¿y no había un tercero? ¿Un hombre de brazos largos que no regresó de Capustan? ¿Y no era su nombre Harllo? Kruppe debe ahondar en las profundidades del recuerdo para estar seguro de esos detalles, ¡pero su instinto exclama «cierto»! ¿Y cómo se puede rechazar semejante voz?

Navaja se frotó la incipiente barba de la barbilla.

—Yo podría volver al barco en el que llegué, Murillio. Puedo hablar con los huérfanos del puerto y con las viejas que andan bajo los muelles.

—Te lo agradecería, Navaja.

—Kruppe sospecha un susurrante templarse del corazón del estimado Murillio por su nueva jefa, ah, ¿se arredra Kruppe ante protestas vehementes? ¿Se estremece ante negativas salvajes? ¡Pues la respuesta es no a las dos!

—Deja el tema, Kruppe —dijo Murillio—. El chaval es su hijo.

—Dejado al cuidado de otros, ¿es acaso tan fría de corazón? ¿Te enfrentas por ventura a un desafío extraordinario? Esos son los mejores, por supuesto, siempre los mejores.

—Hay una historia detrás —dijo Murillio—. No todas las mujeres son buenas madres, eso es cierto. Pero no parece su caso. Quiero decir, bueno, me pareció alguien con un inquebrantable sentido de la lealtad. Quizá. Ah, no lo sé. Estaría bien encontrar al crío, eso es todo.

—Lo entendemos, Murillio —dijo Navaja.

—Confía en Kruppe, queridísimo amigo. Todas las verdades fructificarán en la plenitud de las revelaciones reveladas, sin mucha dilación. Pero espera, una fortuita reunión de otra clase te llama. —Y se inclinó hacia delante, los ojillos clavados en Navaja. Meneó las cejas.

—Me estás asustando...

—El terror florecerá de forma inminente para el pobre Navaja.

—Pero ¿qué...?

Una mano se apoyó en su hombro, suave, rellena.

Navaja cerró los ojos.

—Tengo que dejar de sentarme de espaldas a la puerta —dijo.

Murillio se levantó, ceremonioso de repente mientras se inclinaba ante alguien que estaba de pie detrás de Navaja.

—Historiador. Nos hemos visto una vez o...

—Lo recuerdo —respondió el hombre, que pasó cerca de Navaja y cogió dos sillas de una mesa cercana. *Gracias a los dioses, no es su mano.*

—Por favor, agradécele a Mazo otra vez...

—Lo haré —respondió el historiador—. Entretanto, no soy yo el que debería estar haciendo las presentaciones. —Esos ojos vetustos, cansados, estaban fijos en Navaja—. Tú eres Navaja, ¿verdad?

Él se giró para mirar a la mujer que estaba de pie detrás de su silla. Así sentado, los ojos de Navaja quedaron a la altura de un par de pechos cubiertos por una ajustada tela de lino. Y él conocía bien esos pechos. Le costó un triunfo alzar la mirada.

—Scillara.

—¿Y tú llamas a eso una presentación? —preguntó ella mientras acercaba la otra silla que había traído el historiador. Se encajó a la derecha de Navaja y se sentó—. Jamás he visto huesos tan limpios en un plato —dijo con los ojos en las sobras del almuerzo.

Kruppe se irguió con un sibilante jadeo. Se puso a agitar las manos.

—Kruppe se apresura a dar la bienvenida adecuada a nuestra excelsa comitiva a la, de por sí, bienamada Scillara de los Ojos Sagaces y otros encantadores pertrechos que a Kruppe le gustaría tanto contemplar con ojo sagaz si no terciaran las viles exigencias del decoro. Bienvenida, exclama Kruppe, al tiempo que se vuelve a derrumbar, ¡puf!, agotado por su entusiasmo y socavado con hoyuelos de deseo.

Murillio se inclinó ante Scillara.

—Yo no seré tan grosero como el Kruppe de los hoyuelos. Soy Murillio, un viejo amigo de Aza... de Navaja.

Scillara se puso a cargar su pipa con roya.

—Navaja habló con frecuencia de tu encanto, Murillio, en lo tocante a mujeres —e hizo una pausa para sonreír.

Murillio se sentó de nuevo un tanto de golpe y Navaja vio, con irónica diversión, que parecía más despierto de lo que lo había estado en días, quizá desde el apuñalamiento.

Kruppe se estaba abanicando la cara ruborizada. Luego alzó una mano.

—¡Sulty! Dulce criatura, ¡el mejor vino de la casa! No, ¡espera! Baja a la calle, al Pavo Real, ¡y cómpranos una botella de su mejor vino! El mejor vino de su casa, ¡sí! ¿Ocurre algo, Meese? Kruppe no pretende insultar, ¡de veras! Sulty, ¡retírate ya, niña! Meese, por qué...

—Déjalo ya —interpuso Murillio—, a menos que quieras apilar más insultos todavía sobre nuestra fiel propietaria, hasta que venga aquí y te mate con sus propias manos.

—¡Qué calamitoso malentendido! Entusiasmo y...

—Hoyuelos, ya lo sabemos.

Navaja habló al fin.

—Scillara era una seguidora del campamento en la ciudad rebelde de Sha'ik, en Raraku. Bueno, no una de esas seguidoras, quiero decir...

—Sí que lo era —dijo ella—. Eso mismo. —Aplicó unas chispas a la cazoleta—. Un juguete para los soldados. En particular para los malazanos. Renegados del ejército tráfuga de Korbolo Dom. Sus mataperros. Entonces un sacerdote malazano que no tenía manos me arrancó de lo que habría sido una existencia corta y entumecida, y me arrastró por media Siete Ciudades con aquí Navaja. —Mandó una bocanada de humo al techo y luego continuó—. Pero tierra adentro, cerca del mar Otataral, nos asaltaron. Acabaron con el sacerdote. A Navaja lo destriparon y yo tuve un bebé, pero no hubo relación entre las

dos cosas, aparte de que el momento fue el menos oportuno. Unos aldeanos nos encontraron y nos salvaron; incluso apareció el hijo de Osserc para eso, y así fue como recogimos a Barathol Mekhar y Chaur, que compensaron a los dos que habíamos perdido en la emboscada.

»Bueno, yo no suelo contar historias tan verbosas, pero lo que os he dicho era necesario para que entendierais unas cuantas cosas importantes. Una: dejé al bebé en la aldea, y no me pesa. Dos: Navaja, que estaba con nosotros porque La Cuerda pensó que Felisin la Menor necesitaba protección, estuvo a punto de morir y ahora vive con la sensación de que falló en su tarea, puesto que se llevaron a Felisin. Tres: Navaja también tiene el corazón roto, y por mucho que terminásemos divirtiéndonos él y yo, está claro que yo no puedo ayudarlo. Y, por último, cuatro: le da vergüenza que le vean conmigo porque seguro que piensa que estoy muy gorda y cree que todos vais a pensar lo mismo.

Los tres hombres que tenía enfrente lo negaron con movimientos fervientes de la cabeza, mientras Navaja permanecía sentado con la cabeza entre las manos.

Sulty llegó y estampó en la mesa una botella de arcilla polvorienta con una gruesa base, con otras dos copas.

—¡Tres concejos, Kruppe!

Kruppe dejó tres monedas de plata en la mano de la muchacha sin protestar.

Tras un dilatado momento, el historiador suspiró, alargó la mano y descorchó la botella. Aspiró el aroma y levantó las cejas.

—Vacíen la basura de sus copas, si tienen la bondad.

Lo hicieron y Duiker sirvió.

—Navaja —dijo Murillio.

—¿Qué?

—¿Te destriparon? ¡Por los dioses del inframundo, hombre!

—A Kruppe le cuesta saborear la maravilla de esta maravillosa añada, tan atónito lo ha dejado dicho horrendo relato. El mundo es muy cruel, pero la salvación se despliega al fin, benditos sean todos los dioses, diosas, espíritus, marsupiales, anfibios y desde luego todos los demás. Beodo lo han dejado los golpes al pobre Kruppe, mecido hacia un lado, derribado hacia otro, molido y zarandeado en todas direcciones a la vez y casi al punto de estallar. Bienamada Scillara, cuentas una historia de lo más incómoda, y la cuentas mal. Pero hétenos aquí, a pesar de eso, ¡impresionados ante las susodichas y mal relatadas revelaciones!

—Quizá mis esfuerzos por resumir fueran excesivos, te lo reconozco —admitió Scillara—. Pero pensé que era mejor quitarnos de encima la etapa incómoda y aquí estamos, relajados e impacientes por dar unos buenos tragos a este magnífico vino. He decidido que me gusta la taberna del Fénix.

Duiker se levantó.

—Hecha mi tarea, yo me...

—Vuelve a sentarte, anciano —dijo la mujer—. Si tengo que devolvarte a la vida de una bofetada, lo haré. Confío en que será menos doloroso disfrutar de nuestra compañía en este día, ¿no te parece?

El historiador se volvió a sentar despacio.

Kruppe lanzó un gran suspiro.

—Compadecednos a los hombres de esta mesa, ¡nos superan en número!

—Entiendo que Navaja no ha contado nada —dijo Scillara—. Ni siquiera que estuvimos a punto de ahogarnos cuando se rompió la luna y cayó del cielo. Nos salvó un dragón.

—Por supuesto que me quedaré —intervino Duiker—, siempre que des marcha atrás y nos lo cuentes todo como debe ser, Scillara.

—Como quieras.

—Desde el momento en que conociste a Heboric.

—Eso llevará toda la noche —dijo ella—. Y yo tengo hambre.

—Murillio estará encantado de procurarnos la cena —declaró Kruppe.

—Por una vez tienes razón —dijo Murillio.

—No creo que estés demasiado gorda —dijo Navaja—. De eso nada, Scillara. —*Que eres demasiado buena, sí. ¿Y por qué no ves cómo te mira Barathol? En cuanto a mí, bueno, Apsalar fue lo bastante lista para largarse y yo no se lo voy a reprochar. De hecho, dudo que haya una mujer en el mundo lo bastante patética para mí.*

¿Era aquello un exceso de autocompasión? No, solo estaba siendo realista, concluyó.

Ah, y por cierto, todos, ese dragón viste de seda y está haciendo tiempo a bordo de su maldito barco, justo aquí en el puerto de Darujhistan... Ah, ¿y he mencionado que la ciudad está en peligro inminente?

La botella de vino se había acabado y Sulty fue enviada a comprar otra. Meese se sintió apaciguada de inmediato gracias a las comandas para la cena y a que sabía que, al final, su brebaje sería abierto y apurado hasta el extremo.

Mientras, Scillara contaba su cuento.

Mientras, la mente de Navaja, empapada en alcohol, vagaba por todos esos pensamientos que eran de todo salvo autocompasivos. *Ni una sola mujer en ninguna parte...*

Lady Cáliz Vidikas estaba sentada en un extremo de la mesa, Shardan Lim, a su izquierda, Hanut Orr, a su derecha. Para esa noche había elegido sedas de color verde esmeralda, una chaqueta corta y ceñida, sin cuello para mostrar la garganta sin adornos, empolvada y con el escote bajo para revelar los senos perfumados. Llevaba el pelo recogido, atravesado por broches de plata. Un poco de colorete le daba rubor a las mejillas. El kohl le espesaba las pestañas. Unos pendientes colgaban de sus orejas en una cascada luminosa y bamboleante, con el verde de las esmeraldas y el azul de los zafiros. Las mangas cortas de la chaqueta revelaban sus brazos desnudos, la piel suave, lisa, un tanto rolliza, sin mancha alguna del sol. Unas calzas de piel afelpada de cabritilla le cubrían las piernas y en los pies llevaba la última moda en sandalias, las de tacón alto con forma de estaca.

El vino ambarino resplandecía en las copas de cristal. La luz de las velas pintaba con un suave tono dorado cada detalle de un estanque que se desvanecía en la penumbra más allá de los tres comensales, de modo que los sirvientes se movían en sombras y aparecían solo para quitar los platos, recolocar la mesa y traer más comida.

Ella apenas picoteaba su comida, quería estar un poco borracha para lo que iba a ocurrir al final de la noche. La única pregunta que era incapaz de contestar era... ¿cuál primero?

Oh, había excitación sexual, no podía negarlo. Ambos hombres eran robustos y atractivos, aunque de formas muy diferentes. Y los dos igual de aborrecibles, aunque supuso que podía vivir con eso. Desde luego, su corazón no jugaría papel alguno en lo que iba a ocurrir, nada de entregarlo, ninguna confusión que pudiera llevar a sentimientos encontrados, ni de ningún tipo.

Podía evitar complicaciones. Todo el mundo aprovechaba de lo que tenía, ¿verdad?, sobre todo cuando lo que tenía resultaba deseable para otros. Así era como se acumulaba poder, al fin y al cabo. Uno de esos hombres, derecha o izquierda, la tomaría esa noche, ¿ya habían decidido ellos cuál sería? Una tirada de tabas. Una apuesta de carne. No estaba segura; todavía era temprano y hasta ahora no había visto ninguna señal clara de competitividad.

—Shardan y yo —dijo Hanut— hemos estado hablando de usted toda la tarde, lady Cáliz.

—¿Sí? Qué halagador.

—Fue la noche del asesinato de mi tío, ¿no es cierto? En la hacienda de lady Simtal, usted estaba allí.

—Lo estaba, sí, Hanut.

—Esa noche el joven Gorlas Vidikas le salvó la vida.

—Sí.

—Y así se ganó su corazón —dijo Shardan Lim, sonriendo detrás de la copa al tiempo que tomaba un sorbo.

—Lo ha dicho como si fuese algo fácil —dijo ella—, ganar mi corazón.

—Entonces la gratitud fue un buen comienzo —comentó Shardan mientras Hanut se acomodaba en la silla como si estuviera dispuesto a escuchar y no aventurar nada más, al menos de momento—. Él era muy joven, al igual que usted. Una edad en la que los encantos parecen destellar con un brillo cegador.

—Y yo me quedé deslumbrada —dijo ella.

—A Gorlas le fue muy bien, diría yo. Uno espera que exprese diariamente su gratitud... cuando está aquí, quiero decir. Todos esos gestos adecuados, en absoluto ambiguos, y demás.

Hanut Orr se removió un poco.

—Durante demasiado tiempo, lady Vidikas, la Casa de Orr y la Casa de D'Arle han estado enfrentadas en el Consejo. Generaciones ya, y, por lo que a mí respecta, sin una buena razón. A menudo deseo que su padre quisiera reunirse conmigo, para hacer las paces, para forjar algo nuevo y duradero. Una alianza, de hecho.

—Un objetivo ambicioso, Hanut Orr —dijo Cáliz. *Por desgracia, mi padre piensa que eres un imbécil presuntuoso y fatuo. Un auténtico Orr, en otras palabras*—. Y puede usted, desde luego, hacer la propuesta correspondiente. Le deseo el empujoncito de la Señora.

—Ah, ¿tengo entonces su bendición para tal empresa?

—Por supuesto. ¿Impresionará eso a mi padre? Eso todavía está por ver.

—Seguro que la adora —murmuró Shardan Lim—. ¿Cómo podría no hacerlo?

Tengo una lista...

—La Casa de Vidikas siempre ha sido una presencia modesta —dijo ella—. Una sucesión larga e ininterrumpida de hombres y mujeres débiles, con una falta singular de ambición.

Hanut Orr lanzó un bufido y alcanzó su copa.

—Salvo el último representante, por supuesto.

—Por supuesto. Lo que quiero decir es que mi padre no le atribuye mucho peso a los deseos de la Casa Vidikas, y yo ahora formo parte de esa casa.

—¿Le molesta eso?

Cáliz clavó los ojos en Shardan Lim.

—Una pregunta osada, señor.

—Mis disculpas, lady Vidikas. Pero he llegado a apreciarla mucho y solo le deseo felicidad y satisfacción.

—¿Por qué imagina que sentiría otra cosa?

—Porque —dijo Hanut Orr arrastrando las palabras— lleva toda la noche bebiendo vino como una ramera de taberna. —Y se levantó—. Gracias, lady Vidikas, por una velada tan agradable. Por desgracia, debo irme ya.

Luchando por contener la rabia, Cáliz consiguió asentir.

—Por supuesto, consejero Orr. Perdona que no le acompañe a la puerta.

El otro sonrió.

—No es problema, mi señora.

Cuando el otro hombre se fue, Shardan maldijo por lo bajo.

—Estaba enfadado con usted.

—¿Sí? —Cáliz reparó en que la mano que llevó la copa a los labios temblaba.

—Hanut quiere que su padre vaya a él, no al revés. No piensa arrastrarse como un perrito ante nadie.

—Un perrito nunca es lo bastante fuerte para hacer el primer movimiento, Shardan Lim. El caballero malinterpretó mi desafío.

—Porque implica un defecto por su parte. Falta de coraje.

—Quizá sea así, ¿y por eso debería enfadarse conmigo? ¿Cómo funciona eso exactamente?

Shardan Lim se echó a reír y cuando se estiró quedó claro que, libre ya de la sombra de Hanut Orr, era como una mortífera flor que se abría a la noche.

—Lo puso usted en evidencia como el matón prepotente pero débil de espíritu que es.

—Unas palabras poco amables para su amigo.

Shardan Lim se quedó mirando su copa mientras tomaba un sorbo.

—Hanut Orr no es amigo mío —dijo luego con un gruñido.

El vino estaba haciendo que el cerebro de Cáliz sintiera una extraña levedad, como si estuviera soltando amarras. Ya ni siquiera paladeaba cada sorbo, de tantos que ya había dado, el sirviente era un fantasma silencioso que se acercaba con sigilo para volver a llenarle la copa.

—Creo que él cree lo contrario.

—Lo dudo. Fue por una maldita conspiración de la Casa de Orr por lo que mi padre acabó siendo asesinado. Y ahora parece que mi familia hubiese caído en una ratonera de la que no puede salir, mientras los juegos siguen y siguen.

Cáliz no esperaba que el hombre mostrase esa cara y no supo cómo responder.

—Una sinceridad así es toda una cura de humildad, Shardan Lim. Para lo que valga, me guardaré para mí lo que he oído esta noche.

—No es necesario, pero gracias de todos modos. Es más, preferiría que su marido comprendiera cuál es la situación. Hanut Orr es un hombre peligroso. La Casa Lim y la Casa Vidikas comparten muchas cosas, la principal entre ellas el estigma de la falta de respeto que reciben en el Consejo. Desprecio, incluso. Siento curiosidad —y la mirada que entonces le dirigió a la mujer fue penetrante, inquisitiva—. Esa empresa de su marido, presionando de ese modo para que ese quincallero suyo consiga ser miembro del Consejo, ¿a qué está jugando Gorlas?

Cáliz parpadeó, confundida.

—Lo siento, no tengo ni idea.

—¿Podría averiguarlo? ¿Por mí?

—No estoy segura de poder... Gorlas no me hace confidencias sobre ese tipo de asuntos.

—¿Confía en usted algún asunto siquiera? —Después continuó sin esperar a su respuesta (si bien tampoco tenía una)—. Lady Vidikas... Cáliz... la está desaprovechando, ¿lo entiende? Lo veo y, dioses, ¡me pone furioso! Usted es una mujer inteligente, una mujer hermosa, y él la trata como si fuera una de estas fuentes de plata. Una simple posesión más, una pieza más de su tesoro.

Cáliz dejó la copa en la mesa.

—¿Qué quiere de mí, Shardan Lim? ¿Es una especie de invitación? ¿Una confabulación amorosa? ¿Encuentros furtivos a espaldas de mi esposo? ¿Mientras él viaja de aquí para allá usted y yo nos citamos en una sórdida posada? ¿Explorar la intimidad de nuestros cuerpos y luego tumbarnos y hacer planes inútiles, mintiéndonos el uno al otro sin cesar sobre un futuro juntos?

Él la miró fijamente.

Todos los sirvientes, con una discreción muy poco habitual en ellos, se habían desvanecido en los

apuestos laterales, las cocinas, cualquier sitio salvo ese comedor. Hasta el que servía el vino se había marchado. Cáliz pensó por un momento que era posible que el criado de Shardan se hubiese mostrado más que generoso con el personal de la casa y que ese taimado y sigiloso hombre estaba en ese momento fuera, en el patio, pasándole una pipa a fámulos de ojos ávidos, y que estaba todos divirtiéndose con risas disimuladas y otras no tanto, poniendo los ojos en blanco y cosas peores.

Demasiado tarde, comprendió, para cambiar nada. Para borrar los pensamientos morbosos de sus ruines mentes.

—Describe usted —dijo al fin Shardan Lim— un plan de lo más sórdido con el cinismo de una veterana en tales asuntos. Y eso no me lo creo. Usted ha sido fiel, Cáliz. No me importaría usted tanto si no fuera así.

—¿Oh? ¿Me ha estado espiando, entonces? —Era una pregunta burlona que perdió su halo despreocupado cuando el hombre no lo negó, y ella sintió de repente un escalofrío que le recorrió los huesos—. Seguir a la esposa de otro hombre no parece una actividad muy honorable, Shardan Lim.

—El amor no sabe de honor.

—¿Amor? ¿U obsesión? ¿No es su apetito de poder lo que le hace codiciar a la mujer de otro hombre?

—Él no es su dueño. De eso se trata, Cáliz. Esas nociones de propiedad no son más que mentiras retorcidas disfrazadas de amor. No tengo ningún interés en ser su dueño. Ni en llevármela... Si lo tuviera, habría encontrado una excusa para retar a su marido a duelo hace mucho tiempo, y lo habría matado sin escrúpulo alguno. Por usted. Para devolverle su vida.

—¿Con usted junto a la afligida viuda? Vaya, eso quedaría extraño, ¿no? Yo apoyándome en el brazo del hombre que asesinó a mi marido. ¿Y usted me habla de libertad? —Comprendió que la conmoción había borrado todos los efectos del vino. La conmoción de lo que le estaba revelando ese hombre, la asombrosa profundidad de su depravado deseo.

—Para devolverle su vida, dije.

—Se lo preguntaré otra vez, ¿qué quiere?

—Demostrarle lo que significa ser libre. Cortar sus cadenas. Lléveme a la cama si así lo desea. O no. Écheme de aquí de una patada en el trasero. La decisión es suya. Quiero que sienta su libertad, Cáliz. En su alma, deje que arda, tan brillante u oscura como quiera, ¡pero deje que arda! Y que la llene por completo.

La respiración de Cáliz era agitada y poco profunda. Oh, qué táctica tan inesperada esta. *No me des nada, mujer. No, en vez de eso dátelo a ti misma. Utilízame. Como prueba. De tu libertad. Esta noche puedes volver a ser libre. Igual que cuando eras joven, cuando no llevabas el lastre de tu marido colgado del brazo. Antes de que te pusieran los solemnes grilletes.* Una invitación extraordinaria, desde luego.

—¿Dónde están mis sirvientes?

—Se han ido por esta noche, lady Vidikas.

—Igual que Hanut Orr. ¿Está sentado en alguna taberna ahora mismo, contándole a todo el mundo...?

—Yo no acordé nada con ese malnacido. Y debe comprender que hablar, hablará, tanto si ocurre algo como si no. Para hacerle daño a usted. A su reputación.

—Entonces llegará a oídos de mi marido, aunque no haya ocurrido nada.

—Y si en pie delante de Gorlas negara los rumores, ¿la creerá, Cáliz?

No, no querría creerme.

—No tolerará que lo engañen.

—Sonreirá porque le da igual. Hasta que le sirva para retornos a uno de los dos, a mí o a Hanut, a duelo. Por una cuestión de honor. Es un magnífico espadachín. Y, además, cruel. Desatiende todas reglas,

todo sentido del decoro. La victoria es lo único que importa y si eso significa arrojar arena a los ojos de su oponente, lo hará. Un hombre muy peligroso, Cáliz. No quisiera enfrentarme a él con los floretes. Pero si tengo que hacerlo, lo haré. —Después sacudió la cabeza—. Pero no seré yo.

—¿No?

—Será Hanut Orr. Ese es el hombre que quiere para usted. La ha entregado a Hanut Orr, por eso también se marchó tan indignado, porque al fin comprendió que yo no lo permitiría.

—Así que en lugar de Gorlas, esta noche usted ha defendido mi honor.

—Y he fracasado, porque Hanut está destrozando su reputación en estos mismos momentos. Cuando decía que podía utilizarme, Cáliz, lo decía en serio. Incluso aquí y ahora, puede decirme que busque a Hanut... Sí, imagino dónde puede estar ahora mismo... y que lo rete. Y lo mate por usted.

—Mi reputación...

—Ya está arruinada, lady Vidikas, y lo lamento de verdad. Dígame lo que quiere que haga. Por favor.

Lady Vidikas se quedó callada. Cada vez le resultaba más difícil pensar con claridad. Las consecuencias se estaban precipitando como una avalancha y ella estaba sepultada, no le quedaba aire en los pulmones. Sepultada, sí, por algo que ni siquiera había ocurrido.

Aún.

—Probaré esa libertad suya, Shardan Lim.

Él se levantó y apoyó una mano en la empuñadura de su estoque.

—Mi señora.

Vaya, qué noble. Cáliz se puso en pie con un bufido.

—Ha echado mano del arma equivocada.

Los ojos del hombre se abrieron más. ¿La sorpresa era real o fingida? ¿Había un destello de triunfo en esos ojos azulísimos? Cáliz fue incapaz de encontrarlo.

Y eso la asustó.

—Shardan...

—¿Mi señora?

—No tenga deseos de futuro. ¿Me entiende?

—La entiendo.

—No voy a liberar mi corazón solo para encadenarlo de nuevo.

—Por supuesto que no lo hará. Eso sería una locura.

Cáliz lo estudió un momento más y no recibió nada nuevo a cambio del esfuerzo.

—Me alegro de no estar borracha —dijo.

Y el caballero hizo una reverencia.

Convirtiendo, con ese único gesto, esa noche de adulterio en algo muy... noble.

La noche se filtra por Darujhistan, una niebla espesa, cegadora, en la que la gente tropieza o se oculta mientras recorre calles y callejones. Algunos se ven atraídos como polillas hacia las zonas iluminadas y hacia el acogedor siseo eterno del gas de los postes de hierro forjado. Otros buscan moverse al unísono con la oscuridad, al menos hasta que los pies hacen crujir algún maldito trozo de loza o un guijarro sale rodando. Y se ve en todas partes el brillo de los ojitos de los roedores, o se oye el arrastrarse de sus colas.

La luz refulge entre las contraventanas y las ventanas de láminas de cristal, ¡pero qué importa la luz y todo ese sueño pacífico, las conversaciones y todo lo que esa iluminación pudiera revelar! ¡Tan rápida y predeciblemente se rindieron las expectativas aburridas y estúpidas!

Una mujer en cuya alma ardía una libertad negra y abrasadora arquea la espalda cuando el que solo es el segundo hombre de su vida se desliza en su interior y algo se prende en su mente... Gorlas solo usó los dedos ahí, después de todo, y los dedos no pueden igualar... ¡Dioses del inframundo!

Pero dejemos eso ahora; lo cierto es que la imaginación basta para recrear con elocuencia todos esos torpes cambios de postura, y los extraños sonidos, y los manoseos en busca de esto y de aquello, y después eso otro... ¡Basta! Salimos a la verdadera oscuridad, sí, al hombre sin dedos que acecha a su próxima víctima.

A una nueva hacienda y al capitán Torvald Nom de la Guardia de la Casa, a meros instantes de terminar por ese día dejando toda la seguridad en las más que capaces manos de Chamusquino y Leff (sí, trabajó mucho en eso), que hace una pausa para observar un carruaje negro de dos plazas que entra rodando en el patio, y sus ojos se achican hasta ser casi meras ranuras suspicaces, curiosas, y turbados por una inquietante sensación de... algo, pues una figura envuelta en un manto y encapuchada se baja del vehículo y se desliza como un mal pensamiento escaleras arriba y entra en la casa principal. *Quién...* ¡Se acabó el cavilar, Torvald Nom! Márchate ya, sí, de vuelta a casa, con tu cariñosa y lógicamente impresionada esposa. ¡Piensa en eso y en nada más, y márchate ya!

Un guardia con esporádicos dolores en el pecho está interrogando a los clientes de un bar, en busca de testigos que pudieran haber visto a alguien que salió detrás de ese hombre del barrio hasta el callejón para darle una paliza de muerte, ¿y es que nadie va a dar un paso para ayudar a esa desventurada víctima? Pues igual sí, si a alguno nos cayera bien, sabe usted...

En una cripta (irracionalmente bien iluminada, cómo no) se halla un hombre que trama la caída de la ciudad, empezando por un puñado de malazanos, y se halla de lo más satisfecho con la ausencia de sombras o cualquier otra ambivalencia impuesta sobre la realidad.

Allá fuera, en los Chuffs, mientras los topos duermen en sus diminutos catres, Bainisk se sienta junto a la cama de Harllo para escuchar más historias sobre Darujhistan, pues sabed que Bainisk nació en Chuffs y no ha salido nunca de allí, y sus ojos refulgen cuando Harllo habla en susurros de riquezas, y todo tipo de comida maravillosa, grandes monumentos y estatuas, el fuego azul por todas partes y en un abrir y cerrar de ojos los dos están dormidos, Harllo en su nudosa cama y Bainisk en el suelo, a su lado, y enfrente Venaz lo ve y esboza una sonrisa desdeñosa que muestra el odio que siente por Bainisk y por el nuevo favorito de Bainisk, cuando Venaz había sido antes el favorito, pero Bainisk era un traidor, un mentiroso y cosas peores, y algún día Harllo pagaría por ello...

Porque Harllo tenía razón. Era un niño que atraía a los matones como un imán, y ese era un hecho cruel; niños como él los había a miles y era una bendición divina que tantos sobrevivieran y llegaran a adultos para vengarse de todas esas personas que no eran tan listas como ellos, pero hasta eso era una recompensa amarga y jamás tan satisfactoria como pudiera serlo.

Regresamos a Darujhistan, con gran alivio, para ver a una Gran Córvida remontarse al cielo desde la torre de la hacienda de Baruk, observada con malvada satisfacción por un demonio achaparrado y regordete que la mira desde la boca de una chimenea chisporroteante.

Y era esta una noche como cualquier otra, una maraña de expectativas y anticipaciones, revelaciones y perturbaciones. Mira a tu alrededor. ¡Mira a tu alrededor! ¡Por todos lados!, ¡día y noche!, ¡luz y oscuridad! Cada paso dado con el firme propósito de creer en el terreno firme que aguarda al siguiente. Cada paso, uno tras otro, una y otra vez, y más allá no se abre ningún saliente peligroso, oh, no.

Un paso y otro, ahora, un paso y otro...

Capítulo 10

Quieres venir y decirme cuándo termina la música
Cuando las llamas devoran a los músicos
Cada instrumento ennegreciéndose y derrumbándose hecho cenizas
Cuando los bailarines tropiezan y extienden sus miembros enfermos
Podridos y crispados la piel desprendiéndose

Quieres venir y decirme cuándo termina la música
Cuando las estrellas que empujamos al cielo dejan libres sus rugidos
Y las nubes que metimos en la visible cólera ahora explotan
Cuando los brillantes príncipes del privilegio pasan marchando con sonrisas sin vida
Cayendo de sus rostros una multitud de máscaras engañosas

Quieres venir y decirme cuándo termina la música
Cuando la razón se hunde en el cenagal de la superstición
Librando una guerra de diez mil ejércitos fustigados hasta el final
Cuando dejamos de alzar los ojos al tiempo que comenzamos nuestra loca carrera
Hacia la nada de la estupidez con el grito de coros celestiales

Quieres venir y decirme cuándo termina la música
Cuando los músicos no son más que negros palos sonrientes
Cada instrumento gimiendo su frenético lamento de agonía por el camino
Cuando a los que quedan en pie les han arrancado la boca
Dejando agujeros por los que sopla un eterno viento de osario

Quieres venir y decirme cuándo termina la música
El fuego me come el aliento y la agonía llena esta canción
Cuando mis dedos se agrietan en las cuerdas y se me caen de las manos
Y esta danza retuerce cada músculo como ardiente cuerda
Mientras tu risa continúa mientras mi cadáver se derrumba

No querrás venir y decirme cuándo termina la música
Cuando de un salto pueda enfrentarme a un dios o a mil
O a nada en esta dicha bendita del olvido
Cuando pueda abrir como sea esta caja y liberar cruel y amarga furia
Y todos los locos necios se agolpen en la puerta en aterrada huida

Mírame y mírame con ojos abiertos y conmocionados

Con incredulidad con horror con indignado resentimiento que reprender
Y los noes que se gritan son como tambores anunciando una verdad
La música termina amigos míos, mis viles y despreciables amigos, y miradme...
Miradme cómo doy un portazo... ¡en vuestras narices!

*La música termina
Pescador kel Tath*

Sus botas hacían crujir las piedras, erosionadas por el agua y resbaladizas por el rocío, mientras se encaminaba al borde del agua. Las laderas escarpadas de las montañas circundantes eran una alfombra de verdor, una jungla densa, con imponentes árboles de corteza carmesí de cuyos troncos derribados pendían barbas de musgo.

Endest Silann se apoyó en su sólido bastón, le temblaban los músculos de las piernas. Miró a su alrededor y fue recuperando poco a poco el aliento. El tiempo era frío, el arco del sol acababa de atravesar los picos del oeste y la sombra cubría el valle del río.

Un agua negra corría a su lado y él sintió lo fría que estaba; sin necesidad de agacharse, sin necesidad de deslizar una mano en las sacudidas de la corriente. Veía ahora que ese río oscuro no se parecía en nada a Dorssan Ryl. ¿Cómo podía haber esperado otra cosa? Siempre es así, lo nuevo no es más que un eco mutilado de lo antiguo, y los susurros de semejanza que uno imaginaba no hacen más que escocer de dolor y dejarte con ampollas de pérdida. Ay, qué necio había sido al empeñarse en hacer ese largo viaje. ¿Para buscar qué? Ni siquiera a eso era capaz de responder.

No, quizá que sí podía. *Una huida. Breve, sí, pero una huida, no obstante.* El cobarde huye sabiendo que ha de regresar, deseando que el viaje de regreso lo mate, que se lleve su vida como hacía con los viejos de todos lados. *Pero ¡escucha! Puedes dar forma a tu alma, haz con ella un caldero, uno con fugas que te lleves donde vayas. O tu alma puede ser una cuerda, gruesa y retorcida, negándose a romperse al tiempo que se comba un nudo tras otro. Escoge tu imagen, Endest Silann. Estás aquí, has llegado así de lejos, ¿no? Y como él te dijo... ya no queda mucho más por recorrer. No mucho más, en absoluto.*

Olió el humo de una hoguera.

Sobresaltado, alarmado, le dio la espalda a la corriente del río y miró arroyo arriba, de donde bajaba la brisa del atardecer. Allí, a lo lejos, en la penumbra, el fulgor apagado de una hoguera.

Ah, ninguna huida después de todo. Él había esperado encontrarse la soledad, quedarse frente a frente con la naturaleza indómita, indiferente. Había esperado sentirse... irrelevante. Había esperado que aquel lugar inhóspito lo dejara sin sentido de un golpe, que lo humillara, que lo dejara reducido a la miseria. En fin, había esperado mucho, ¿verdad?

Con un hosco gruñido Endest Silann echó a andar arroyo arriba. Como mínimo, el fuego le calentaría las manos.

A treinta pasos de distancia vio la figura solitaria delante de las llamas humeantes. Enorme, de hombros redondos, sentado sobre un árbol caído. Y Endest Silann sonrió al reconocerlo.

Dos truchas ensartadas en unos pinchos se cocinaban sobre el fuego. Una olla de té hervía a fuego lento con la base ennegrecida apoyada en los carbones. Dos tazas de estaño se calentaban en la roca plana que formaba un lado del hogar.

Otro tronco esperaba enfrente de aquel en el que se sentaba el caudillo, Caladan Brood, que se giró muy despacio y observó acercarse a Endest Silann. En su rostro ancho, de un aspecto extraño y bestial, se

abrió una sonrisa irónica.

—De todos los invitados que imaginaba esta noche, viejo amigo, la tuya fue una presencia que no anticipé. Perdóname. Te lo has tomado con calma desde que comenzaste a bajar a este valle, algo para lo que de buen agrado puedo hacer concesiones... pero no te quejes si el pescado está recocado.

—Lejos quedan las quejas y allí seguirán, Caladan. Me has despertado el apetito... de comida, bebida y, sobre todo, de compañía.

—Entonces, siéntate y ponte cómodo.

—Así que es cierto que disolviste tu ejército tras el asedio —dijo Endest Silann mientras se sentaba—. Hubo rumores. Por supuesto, mi señor no dijo nada.

—Ya me ves —dijo el caudillo—, al mando de un ejército de piedras mojadas, y mira, sí, resulta bastante menos fastidioso que el anterior. Por fin puedo dormir bien por la noche. Aunque enfrentar mi ingenio al de estas truchas ha sido un poderoso desafío. Toma, coge uno de esos platos y aquí... ten cuidado con las espinas —añadió mientras servía un pescado en el plato.

—Tú aquí solo, Caladan Brood, me hace preguntarme si no te estarás escondiendo.

—Es posible, Endest Silann. Por desgracia, esconderse nunca funciona.

—No, nunca funciona.

Ninguno habló mientras cenaban. Sí, la trucha estaba demasiado hecha, pero Endest Silann no dijo nada, porque con eso y con todo estaba deliciosa.

Si Anomander Rake era un misterio envuelto en oscuridad, el de Caladan Brood lo estaba en afabilidad. Parco en palabras, podía aún así hacer sentir bienvenido, y también apreciado, a casi cualquiera. O más bien, podía cuando no tenía las presiones del mando agolpadas sobre los hombros como una condenada montaña. Esa noche, comprendió Endest Silann, era un regalo, más valioso si cabe por ser del todo inesperado.

Cuando terminaron de comer, la llegada de la noche dejó fuera el mundo más allá de la luz del fuego. La corriente del río era una voz, una presencia. El agua fluía indiferente al despuntar y esconderse del sol, a la luna amortajada y el giro lento de las estrellas. El sonido les llegaba en una canción sin palabras, y todo esfuerzo por captar su significado era inútil, pues, al igual que el agua misma, no se podía sujetar el sonido. El flujo era incesante e imposible de medir y, lo mismo que en realidad no existía la quietud, tampoco existía el auténtico y absoluto silencio.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Endest Silann al cabo de un rato.

—Ojalá pudiera responderte, viejo amigo, y sabe Ascuá que el deseo de aliviar la carga resulta casi abrumador.

—Estás asumiendo, Caladan, que desconozco lo que nos aguarda.

—No, no asumo nada de eso... al fin y al cabo has emprendido un peregrinaje hasta este río, y entre los tiste andii este lugar ha demostrado tener un atractivo misterioso. Pero preguntas por qué estoy aquí, así que tu información ha de ser por fuerza... incompleta. Endest Silann, no puedo decir más. No puedo ayudarte.

El anciano tiste andii apartó la mirada y la clavó en la oscuridad, donde el río le cantaba a la noche. Así que otros habían ido allí. Atraídos, sí, por alguna instintiva necesidad hasta el fantasma de Dorssan Ryl. Se preguntó si ellos habían sentido la misma decepción que él al contemplar esas negras (aunque no lo bastante) aguas. *No es el mismo. Nada lo es jamás, empezando por nosotros mismos.*

—Yo no creo mucho en el perdón —dijo.

—¿Y qué hay de la restitución?

La pregunta lo asombró, le quitó el aliento. El río corría con el sonido de diez mil voces y esos gritos le llenaron la cabeza, se extendieron por su pecho y le apretaron el corazón. El frío le inundó las tripas.

Por el Abismo... cuánta... ambición. Sintió el gélido gotear de unas lágrimas que le corrían por sus mejillas calentadas por el fuego.

—Haré todo lo que pueda.

—Él lo sabe —dijo Caladan Brood con tanta compasión que Endest Silann estuvo a punto de gritar—. Puede que ahora no lo creas así —continuó el enorme guerrero—, pero descubrirás que esta peregrinación mereció la pena. Un recuerdo para darte fuerzas cuando más lo necesites.

No, no lo creyó, y no pensó que pudiera llegar a creerlo jamás. Con todo... esa ambición. Tan terrible, tan sobrecogedora.

Caladan Brood sirvió el té y puso una taza en las manos de Endest. El estaño disparó una oleada de calor por sus dedos helados. El caudillo se había puesto de pie y estaba a su lado.

—Escucha el río, Endest Silann. Un sonido tan tranquilo...

Pero en la mente del anciano tiste andii ese sonido era un coro de gemidos, una arrolladora riada de pérdida y desesperación. ¿El fantasma de Dorssan Ryl? No, allí era donde ese río largo tiempo muerto se vaciaba, donde la locura negra de su historia desembocaba en un torrente en el que se arremolinaban un millar de otras corrientes. Variaciones interminables de un mismo sabor amargo.

Y con los ojos clavados en las llamas vio una vez más la ciudad que moría en un fuego. Kharkanas bajo un cielo enfurecido. Ceniza cegadora como arena en los ojos, humo como veneno en los pulmones. La furia de Madre Oscuridad, rechazando a sus hijos, dándose la vuelta mientras ellos morían y morían. Y morían.

Escucha el río. Recuerda las voces.

Espera, como hace aquí el caudillo. Espera, para ver lo que viene.

El olor a humo perduró mucho después de que se consumiera el fuego. Continuaron cabalgando hasta llegar al suelo carbonizado y los restos ennegrecidos. Derrumbado, desmoronado sobre sí mismo, el enorme carruaje todavía se alzaba como una pira maligna y humeante en el centro de una tierra manchada. Había detritos esparcidos como señal de la desintegración de la comunidad. Sin embargo, aunque era una escena más propia de una carnicería, no había cuerpos. Los rastros salían en todas direcciones, algunos más anchos que otros.

Samar Dev examinó la escena por un momento, luego observó a Viajero, que desmontó y se acercó al límite del campamento, donde comenzó a inspeccionar parte de las huellas que se alejaban. Era un hombre extraño, resolvió la mujer. Callado, independiente, un hombre acostumbrado a estar solo, pero debajo de todo aquello había un torrente de... sí, destrucción. Como si fuera su propia soledad la que mantuviera el mundo a salvo.

Una vez, hacía ya mucho tiempo, Samar se había encontrado en compañía de otro guerrero igual de familiarizado con ese concepto. Pero ahí terminaba la similitud. Karsa Orlong, pese a aquella primera vez que lo había llevado al interior de la fortaleza asediada a las afueras de Ugarat, se crecía con la presencia de espectadores. *Sed testigos*, decía, con esa misma expectativa en mente. Quería que se contemplara cada una de sus obras, como si cada par de ojos existiera solo para contemplar a Karsa Orlong, y las mentes detrás de los ojos sirvieran, con exclusión de todo lo demás, para relatar a todos lo que había hecho, lo que había dicho, lo que él había comenzado y lo que él había terminado. *Nos convierte en su historia. Cada testigo contribuye a la narrativa, la vida y obras del toblakai, una narrativa a la que estamos, todos y cada uno de nosotros, vinculados.*

Cadenas y grilletes salían serpenteando del carruaje quemado. Vacías, por supuesto. Y, sin embargo, a pesar de eso, Samar Dev comprendió que los supervivientes de ese lugar seguían siendo esclavos.

Encadenados a Karsa Orlong, su liberador, encadenados a otro nefasto episodio de su historia. *Nos da la libertad y nos esclaviza a todos. Menuda ironía. Mucho más dulce en tanto que esa no es su intención, no, justo lo contrario todas y cada una de las veces. Maldito necio.*

—Muchos se llevaron caballos, cargados con lo que saquearon —dijo Viajero al volver a su montura—. Un rastro lleva al norte, el menos marcado; creo que es el que pertenece a tu amigo.

Mi amigo.

—No nos lleva mucha ventaja, y sigue a pie. Deberíamos alcanzarlo hoy.

La bruja asintió.

Viajero la estudió un momento. Luego se subió a su caballo y recogió las riendas.

—Samar Dev, soy incapaz de desentrañar qué ocurrió aquí.

—Él —respondió ella—. Él fue lo que ocurrió aquí.

—No mató a nadie. Por lo que me has contado, bueno, creí que íbamos a encontrar otra cosa. Es como si se hubiera limitado a acercarse a ellos y decir «se acabó». —La miró con el ceño fruncido—. ¿Cómo puede ser?

Samar negó con la cabeza.

El otro soltó un gruñido y le dio la vuelta a su caballo.

—La plaga de los skathandi ha terminado.

—Así es.

—El miedo que siento por tu compañero se ha... recrudecido. Cada vez tengo menos ganas de encontrarlo.

—Pero eso no te detendrá, ¿verdad? Si lleva la Espada del Emperador...

Viajero no respondió. No necesitaba hacerlo.

Partieron a medio galope. Hacia el norte.

El viento del oeste atravesaba el terreno, seco y calentado por el sol. Las pocas nubes que se deslizaban por el cielo eran delgadas y filamentosas. Cuervos o halcones giraban, motas en círculos, y a Samar Dev le recordaron moscas que zumbaban sobre el cadáver de la tierra.

Escupió para deshacerse del sabor a humo.

Muy poco tiempo después se tropezaron con un pequeño campamento. Tres hombres, dos mujeres embarazadas. El temor en sus ojos pugnó con una resignación abyecta cuando Samar Dev y Viajero se acercaron y detuvieron los caballos. Los hombres no habían intentado huir, prueba de un valor muy poco común; las mujeres tenían unos vientres demasiado abultados para correr, así que los hombres se habían quedado, y si aquello significaba la muerte, que así fuera.

Eran detalles como ese los que siempre hacían a Samar Dev sentirse pequeña.

—Estáis siguiendo al toblakai —dijo Viajero mientras desmontaba. Ellos lo miraron con fijeza, sin decir nada. Viajero se volvió a medias y le hizo un gesto a Samar Dev. Curiosa, la mujer se deslizó al suelo.

—¿Puedes comprobar la salud de las mujeres? —le preguntó Viajero en voz baja.

—De acuerdo —dijo ella, luego observó al guerrero dalhonesio llevarse a los tres hombres a un lado. Perpleja, Samar Dev se acercó a las mujeres. Vio que los embarazos de las dos ya estaban muy adelantados y luego notó que las dos parecían... no del todo humanas. Ojos furtivos del tono de las hierbas leonadas, una especie de cautela animal junto con la resignación que había observado antes, si bien ahora comprendía que era el fatalismo de la víctima, del cazado, de la presa. Sí, se podía imaginar unos ojos parecidos en el antílope con las mandíbulas del leopardo alrededor de la garganta. Esa imagen

la inquietó.

—Soy bruja —dijo—. Cargadora.

Las dos continuaron sentadas. Mirando en silencio.

Samar se acercó despacio y se agachó frente a ellas. Tenían rasgos tanto humanos como animales, como si representaran una versión alternativa de ser humano. Piel oscura, frente curva, con bocas anchas de labios carnosos y con toda probabilidad —cuando estaban rígidos de angustia— de una expresividad inusual. Ambas parecían bien alimentadas, sanas en lo fundamental. Ambas emanaban esa extraña plenitud que solo poseían las mujeres embarazadas. Cuando todo lo exterior miraba hacia el interior. En un momento menos generoso quizá lo llamara «engreimiento», pero este no era uno de ellos. Además, había en esas auras algo animal que hacía que todo pareciera apropiado, natural, como si eso fuera única y exclusivamente para lo que estaban hechas las mujeres.

Y esa idea sí que la irritó.

Se irguió y se dirigió hacia donde se encontraba Viajero con los hombres.

—Están bien —dijo.

El otro alzó las cejas al oír su tono, pero no dijo nada.

—Bueno —dijo ella—, ¿qué secretos han revelado?

—La espada que lleva está hecha de pedernal, u obsidiana. Piedra.

—Entonces rechazó al dios Tullido. No, no me sorprende. No hará lo que se espera de él. Jamás. Sospecho que forma parte de su condenada religión. ¿Y ahora qué, Viajero?

Él suspiró.

—Lo alcanzaremos de todos modos. —Una breve sonrisa—. Con algo menos de temor.

—Sigue existiendo el riesgo —dijo ella— de una... discusión.

Regresaron a sus caballos.

—El rey skathandi se estaba muriendo —explicó Viajero mientras se alejaban los dos del campamento—. Le legó su reino a tu amigo. Quien después lo disolvió, liberó a todos los esclavos y ahuyentó a los soldados. No se llevó nada con él. Nada en absoluto.

Ella gruñó.

Viajero se quedó callado un momento.

—Un hombre así... —dijo luego—, bueno, siento curiosidad. Me gustaría conocerlo.

—No esperes besos y abrazos —le contestó ella.

—¿No se alegrará de verte?

—No tengo ni idea, pero le llevo su caballo, así que espero que eso cuente algo.

—¿Sabe lo que sientes por él?

Ella le lanzó una mirada y después resopló.

—Igual piensa que lo sabe, pero lo cierto es que ni yo misma sé lo que siento por él, así que, piense lo que piense, se va a equivocar. Ahora que nos estamos acercando, soy yo la que se está poniendo cada vez más nerviosa. Es ridículo, lo sé.

—Parece que haber examinado a esas dos mujeres te ha agriado el humor. ¿Por qué?

—No sé qué querías que hiciera con ellas. Estaban embarazadas, no de parto. Tenían un aspecto bastante sano, mejor de lo que me esperaba, de hecho. No me necesitaban hurgando ni pinchando. Los bebés nacerán y vivirán o morirán. Y las madres igual. Así son las cosas.

—Mis disculpas, Samar Dev. No debería haberte dado órdenes de esa forma. Si estuviera en tu lugar, a mí también me habría ofendido la presunción.

¿Era eso lo que le había molestado? Quizá. Pero era igualmente probable que hubiese sido su propia aquiescencia muda, esa facilidad con la que había caído en ese papel sumiso con ojos de cervatilla.

Como cuando estaba con Karsa Orlong. Oh, creo que estoy sobre la finísima corteza de arena que cubre un pozo sin fondo. Samar Dev descubre sus debilidades más recónditas. ¿Tenía mal carácter antes? Pues miradla ahora.

Un talento, una sensibilidad especial, algo, le indicó a Viajero que no dijera nada más.

Siguieron cabalgando, los cascos de los caballos golpeaban el tambor tirante de la tierra. El viento cálido se deslizaba seco como la arena. En una depresión baja y ancha, a su izquierda, vieron seis berrendos, los animales los observaron pasar. Rocas planas del color del óxido sobresalían inclinadas del suelo fino de las crestas de las colinas. Una especie de pájaros de pico largo se habían encaramado a ellas, los plumajes de la misma tonalidad.

—Es todo igual —murmuró la bruja.

—¿Samar Dev? ¿Has dicho algo?

La mujer se encogió de hombros.

—El modo en que tantos animales están hechos para fundirse con su entorno. Me pregunto si toda esta hierba creciera de repente del color de la sangre, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que las pintas de esos berrendos se volvieran de distintos rojos? Se diría que nunca podría ser al revés, pero sería un error. Mira esas flores, con los colores brillantes para atraer a los insectos adecuados. Si los insectos adecuados no vienen a recoger el polen, la flor muere. Así que cuanto más brillante, mejor. Plantas y animales, funciona en ambas direcciones, todo inseparable y dependiente. A pesar de esto, nada permanece igual.

—Cierto, nada permanece nunca igual.

—Esas mujeres de ahí atrás...

—Gandarú. Parientes de los kindarú y los sinbarl, eso explicaron los hombres.

—No del todo humanas.

—No.

—Pero fieles a sí mismas, a pesar de todo.

—Me imagino que sí, Samar Dev.

—Me rompieron el corazón, Viajero. Contra nosotros, no tienen una sola oportunidad.

Él la miró.

—Eso es mucho suponer.

—¿Lo es?

—Cabalgamos hacia un tartheno toblakai que pertenece a los restos de una tribu aislada en algún lugar del norte de Genabackis. Me dices que la intención de Karsa Orlong es llevar la destrucción a todos los «niños» del mundo... a nosotros, en otras palabras. Cuando hablas de ello, veo temor en tus ojos. La convicción de que lo conseguirá. Así que ahora dime, contra alguien como Karsa Orlong y su gente, ¿tenemos alguna posibilidad?

—Claro que sí, porque nosotros podemos defendernos. ¿Qué pueden hacer esos dóciles gandarú? Nada. Pueden ocultarse, y cuando eso falla los matan o los esclavizan. Es muy probable que a esas dos mujeres las violaran. Las utilizaran. Simples recipientes para semillas humanas.

—Salvo la violación, cada animal al que cazamos para comer tiene esas pocas alternativas. Esconderse o huir.

—Hasta que ya no queda lugar en el que esconderse.

—Y cuando los animales desaparezcan, nosotros también.

La bruja lanzó una carcajada.

—Puede que creas eso, Viajero. No, no nos iremos así. Llenaremos de ganado las tierras vacías, con ovejas y cabras. O roturaremos el suelo y plantaremos maíz. No hay nada que pueda detenernos.

—Salvo, quizá, Karsa Orlong.

Y ahí, entonces, estaba la verdad de todo. Karsa Orlong había decretado un futuro de destrucción, de extinción. *Y ella le deseaba lo mejor.*

—Ahí —dijo Viajero con la voz cambiada, después se puso de pie en los estribos—. No llegó muy lejos, después de todo...

Desde la silla de Estragos, Samar Dev lo vio al fin. Se había detenido y se había vuelto hacia ellos, a unos mil pasos de distancia. Había dos caballos cerca de él y la hierba del otero estaba cubierta de montículos, esparcidos como hormigueros o peñascos, pero Samar sabía que no eran ni lo uno ni lo otro.

—Lo atacaron —dijo—. Los muy idiotas debieron dejarlo en paz.

—Estoy seguro de que sus fantasmas están de acuerdo —dijo Viajero.

A medio galope, se acercaron.

El toblakai no tenía un aspecto diferente del que tenía la última vez que ella lo había visto, allá en las arenas del estadio de Letheras. Igual de seguro, de sólido e incontestable que siempre. «Le mataré... una vez.» Y eso había hecho. Desafiando... todo. Vaya, ahora la estaba mirando, y a Estragos, con el aire de un amo llamando a su perro de caza favorito.

Y de repente se sintió furiosa.

—¡No tenía ninguna obligación! —le espetó, tirando violentamente de las riendas hasta ponerse justo delante de él—. ¡Nos abandonaste, allí, en esa maldita ciudad! «Hazlo cuando llegue el momento adecuado», ¡y eso hice! ¿Dónde Embozado te metiste? Y...

Y Samar soltó un gáñido cuando el enorme guerrero la bajó de la silla con un brazo inmenso y la envolvió en un abrazo asfixiante, y el desgraciado se estaba riendo, y hasta Viajero —maldito fuera el imbécil— estaba sonriendo, si bien aquella era a todas luces una sonrisa laboriosa, consciente como era de la media docena de cuerpos tirados en las hierbas entre sangre y entrañas.

—¡Bruja!

—¡Bájame!

—¡Estoy asombrado de que Estragos te haya sufrido hasta aquí! —bramó él

—¡Que me bajes!

Y con eso la soltó. Con las rodillas temblorosas, la mujer cayó sobre su trasero con un batacazo que hizo que le vibraran todos los huesos. Samar alzó los ojos y lo miró con furia.

Pero Karsa Orlong ya le había dado la espalda y estaba mirando a Viajero, que permanecía sobre su caballo.

—¿Tú... tú eres su marido, entonces? Tenía que tener uno en alguna parte, no hay otra razón para que no hiciera más que rechazarme. Muy bien, lucharemos por ella, tú y yo...

—¡Cállate, Karsa! No es mi marido y nadie va a luchar por mí. ¡Porque yo no le pertenezco a nadie salvo a mí misma! ¿Entiendes? ¿Lo entenderás alguna vez?

—Samar Dev ha hablado —dijo Viajero—. Nos conocimos no hace mucho tiempo, los dos viajando por esta llanura. Decidimos cabalgar como compañeros. Soy de Dal Hon, en el continente de Quon Tali...

Karsa lanzó un gruñido.

—Malazano.

Un asentimiento con la cabeza.

—Me llamo Viajero.

—Ocultas tu nombre.

—Lo que oculto solo empieza con mi nombre, Karsa Orlong.

El toblakai achicó los ojos al oír eso.

—Llevas los tatuajes —continuó Viajero— de un esclavo huido de Siete Ciudades. O, más bien, de uno

vuelto a capturar. Está claro que las cadenas no te retuvieron mucho tiempo.

Samar Dev se había levantado del suelo y se estaba limpiando el polvo de la ropa.

—¿Estos son skathandi? —preguntó mientras señalaba los cuerpos—. ¿Karsa?

El gigante dejó su reconocimiento del malazano y se dio la vuelta.

—Idiotas —dijo—. Buscaban venganza por el rey muerto, como si lo hubiera matado yo.

—¿Lo mataste?

—No.

—Bueno —dijo la bruja—, al menos ahora tendré mi propio caballo.

Karsa se acercó a *Estragos* y posó la mano en el cuello del animal. Los ollares del animal se dilataron y los labios se abrieron para revelar los larguísimos colmillos. Karsa se echó a reír.

—Sí, viejo amigo. Huelo a muerte. ¿Cuándo ha sido de otro modo? —Y se volvió a reír.

—Que el Embozado te lleve, Karsa Orlong, ¿qué pasó?

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir, bruja?

—Mataste al emperador.

—Dije que lo haría y lo hice. —Hizo una pausa y luego continuó—. Y ahora este malazano habla como si quisiera esclavizarme una vez más.

—En absoluto —dijo Viajero—. Es solo que parece que has tenido una vida azarosa, toblakai. Solo lamento que quizá nunca te oiga relatarla, porque entiendo que no eres de los charlatanes.

Karsa Orlong le enseñó los dientes y se subió de un salto a la silla.

—Me dirijo al norte —dijo.

—Como yo —respondió Viajero.

Samar Dev recogió a los dos caballos y ató una cuerda larga al que decidió que no iba a montar, luego se subió a la silla del otro, un castrado rojizo de lomos anchos y ojos apáticos.

—Creo que me quiero ir a casa —anunció Samar—. Lo que significa que necesito encontrar un puerto, supongo que lo habrá en la costa occidental de este continente.

—Yo cabalgo a Darujhistan —dijo Viajero—. Los barcos surcan el lago y el río que baja a la costa que buscas. Me gustaría contar con tu compañía, Samar Dev.

—Darujhistan —dijo Karsa Orlong—. He oído hablar de esa ciudad. Desafié al Imperio de Malaz y, por tanto, sigue siendo libre. Quiero verla por mí mismo.

—Está bien —soltó Samar Dev, irritada—. Sigamos cabalgando hasta el próximo montón de cadáveres, y en tu compañía, Karsa Orlong, no pasará mucho tiempo antes de eso; y luego continuaremos hasta el siguiente y así sucesivamente, por todo el continente. ¡Hasta Darujhistan! Donde Embozado sea que esté la ciudad.

—La veré —volvió a decir Karsa—. Pero no me quedará mucho. —Y la miró con unos ojos que de repente eran fieros—. Regreso a casa, bruja.

—Para forjar tu ejército —dijo ella, asintiendo, con una repentina intranquilidad hormigueándole en la tripa.

—Y luego el mundo será testigo.

—Sí.

Tras un momento, partieron los tres, Karsa Orlong a la izquierda de la bruja, Viajero a la derecha, sin que hablase ninguno aunque hubiese historias, tomos enteros de pasado, presente y futuro. Entre los dos hombres, Samar se sentía como una página arrugada de pergamino, su vida, un garabato menor.

En los cielos, a mucha altura, una Gran Córvida clavó unos ojos preternaturales en las tres figuras del suelo y soltó un grito desgarrador, después ladeó las alas negras, anchas como velas, y se impulsó hasta

una corriente de viento frío que la llevó al este.

Le pareció que podía estar muerta. Cada paso que daba surgía sin esfuerzo, un producto de la voluntad y nada más; no desplazaba el peso, las piernas no se balanceaban ni había flexión de rodillas. La voluntad la llevaba donde quería ir, a ese lugar de luz sin forma donde la arena blanca resplandecía bajo sus pies con un brillo cegador, a la distancia adecuada de haber estado de pie. Sin embargo, al bajar los ojos, no veía nada de su propio cuerpo. Ni extremidades, ni torso, ni sombra mirase a donde mirase.

El zumbido de unas voces llegaba de un poco más adelante, pero no estaba preparada para ellas, así que se quedó donde estaba, rodeada de luz y calor.

Unos latidos, como de teas llameando entre la densa bruma, se acercaron con lentitud, sin conexión con las voces que zumbaban, y entonces vio una fila de figuras que se aproximaban a ella. Mujeres, las cabezas inclinadas, el largo cabello sobre las caras, desnudas, todas con embarazos muy adelantados. Los fuegos de las teas flotaban sobre cada una, soles del tamaño de puños en los que unas llamas como arcoíris titilaban y giraban.

Salind quiso retroceder. Ella era una Hija de la Semilla Muerta, después de todo. Nacida de un útero de locura. No tenía nada para esas mujeres. Ya no era sacerdotisa, ya no era capaz de otorgar la bendición de nadie, de ningún dios y mucho menos de ella misma, sobre ningún niño a la espera de caer al mundo.

Pero esos orbes hirvientes de llamas... Ella sabía que eran las almas de los no nacidos, de los que estaban por nacer, y esas madres caminaban hacia ella con un propósito, con una necesidad.

¡No os puedo dar nada! ¡Marchaos!

Pero ellas continuaron, los rostros alzados que revelaban ojos oscuros y vacíos, que parecieron no verla mientras, una por una, atravesaron a Salind.

Dioses, algunas de esas mujeres no eran ni siquiera humanas.

Y a medida que una a una la fueron atravesando, Salind sintió la vida del niño que llevaban en el interior. Vio el parto, vio a la pequeña criatura con esos ojos extrañamente sabios que parecía tener cada recién nacido (salvo, quizá, el suyo). Y luego vio los años pasando a toda velocidad, el niño creciendo, caras que tomaban la forma que llevarían hasta la vejez...

Pero no todos. A medida que madre tras madre la atravesaba, los futuros destellaron con fuerza, y algunos morían muy rápido. Chispas frágiles que parpadeaban, decaían, se apagaban y la oscuridad se precipitaba sobre ellas. Y ante eso ella gritó, presa de angustia, aunque sabía que las almas hacían un sinnúmero de viajes, de los cuales solo uno podía ser conocido por un mortal —tantos, en un sinnúmero de perturbaciones— y que la pérdida les pertenecía solo a otros, nunca a la propia criatura, pues con su inarticulada e inefable sabiduría poseía el entendimiento absoluto; el lapso de una vida en apariencia trágicamente corta bien podía ser la duración perfecta, la experiencia completa...

Otros, sin embargo, morían con violencia, y eso era un crimen, una atrocidad contra la vida en sí. Allí, entre esas almas, había furia, conmoción, rechazo. Había clamor, lucha, un amargo desafío. No, algunas muertes eran como debían ser, pero otras no. En algún lugar comenzó a hablar una voz de mujer.

—*Bendícelos, para que no se los lleven.*

»*Bendícelos, para que comiencen en su tiempo y terminen en plenitud.*

»*Bendícelos, en nombre del Redentor, contra los crueles cosechadores de almas, los que siegan las vidas.*

»*Bendícelos, Hija de la Muerte, para que cada vida sea como está escrito, pues la paz nace de la consumación, y negar la consumación (la consumación de todo potencial, de todo lo prometido en la*

vida) es un crimen, un pecado, la rendición a la condenación eterna. ¡Cuidado con los que quitan, con los que utilizan! ¡La plaga de los asesinos!

»¡Ya llegan! Una y otra vez cosechan las almas...

Esa voz extraña ahora chillaba y Salind intentó escapar, pero toda voluntad se había desvanecido. Estaba atrapada en ese único lugar y madre tras madre se precipitaban en su interior, los ojos negros y muy grandes, las bocas abiertas en un coro de gritos, gimiendo de terror, el miedo aplastándoles el corazón por sus hijos no nacidos...

Y, de pronto, oyó el zumbido de voces otra vez, voces que la llamaban, que la invitaban a entrar... ¿adónde?

Al santuario.

Con un grito arrancado de la garganta, Salind se apartó y se precipitó hacia esas voces...

Y abrió los ojos. La luz de unas velas cortas la rodeaba. Estaba tumbada en una cama. Las voces la abrazaban por todos lados y, parpadeando, trató de incorporarse.

Tan débil...

Un brazo se deslizó detrás de sus hombros y la ayudó a alzarse mientras alguien le colocaba unos almohadones debajo. Salind alzó la mirada hacia un rostro familiar, aunque extraño.

—Spinnock Durav.

Él asintió.

Empezaron a aparecer más. Mujeres tiste andii, todas vestidas con informes túnicas oscuras, desviando la mirada mientras iban saliendo en fila del aposento y se llevaban sus cánticos con ellas.

Esas voces, tan pesadas, tan sólidas, ¿de verdad pertenecían a esas mujeres? Estaba atónita, apenas era capaz de creerlo, y, sin embargo...

—Casi mueres —dijo Spinnock Durav—. Las sanadoras te llamaron para que regresaras, las sacerdotisas.

—Pero... ¿por qué?

La sonrisa del tiste andii fue irónica.

—Pedí que me devolvieran un favor o dos. Pero creo que una vez que comenzaron a atenderte, había algo más que eso. Una obligación, quizá. Después de todo, eres sacerdotisa como ellas; bueno, estás desposada con un ascendiente diferente, cierto, pero eso no importaba. O —y volvió a sonreír— no importó al final.

Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué me hiciste volver? No quiero... Ay, no pudo completar ese pensamiento. Comenzaba a comprender por fin lo inmenso que era el pecado del suicidio..., claro que habría sido eso, ¿verdad? Haber desaparecido sin más, llevada por cualquiera que fuese la enfermedad que la aquejaba. ¿Acaso no era una especie de sabiduría saber rendirse?

—No —masculló—, no lo es.

—¿Salind?

—Bendecir —dijo ella— es conferir una esperanza. ¿Basta con eso? ¿Hacer sagrado el deseo de buena fortuna, de una vida plena? ¿Qué puede lograr?

El tiste andii estaba estudiando su rostro.

—Suma sacerdotisa —dijo él en tono vacilante, como si de veras intentara dar una respuesta—, al bendecir adquieres un momento de paz, para aquel al que se bendice, para quien se pide la bendición. Quizá no dure, pero el don que proporcionas, bueno, su valor nunca se desvanece.

Salind giró la cabeza y apartó la vista. Más allá de las velas vio una pared repleta de jeroglíficos andiianos y una procesión de figuras pintadas, todas vueltas en la misma dirección, hacia donde se encontraba la imagen de una mujer que les volvía la espalda y rechazaba a todos aquellos que le

suplicaban. Una madre que renegaba de sus hijos; Salind vio cómo se había esforzado el artista con todos esos rostros mirando al cielo, la desesperación y la angustia que los crispaban, pintados con lágrimas, sí.

—Debo regresar —dijo.

—¿Regresar? ¿Adónde?

—Al campamento, con los peregrinos.

—Todavía no estás lo bastante fuerte, suma sacerdotisa.

Las palabras que le había dicho a aquel hombre le habían impedido usar su nombre. La veía solo como una suma sacerdotisa. Salind sintió una punzada de dolor por la pérdida. Pero no era el momento de plantearse lo que eso significaba. Spinnock Durav tenía razón, estaba demasiado débil. Hasta esos pensamientos la agotaban.

—En cuanto pueda —dijo entonces.

—Por supuesto.

—Corren peligro.

—¿Qué quieres que haga?

Ella, por fin, lo miró.

—Nada. Esto es cosa mía. Y de Vidente.

Al oír ese nombre, el tiste andii hizo una mueca.

—Suma sacerdotisa...

—No me volverá a rechazar.

—Ha desaparecido.

—¿Qué?

—No lo encuentro. Lo siento, pero estoy bastante seguro de que ya no está en Coral Negro.

—No importa —dijo ella, esforzándose por creer sus propias palabras—. No importa. Vendrá cuando se le necesite. —Veía que Spinnock Durav no estaba muy convencido, pero no lo iba a reprender por eso—. El Redentor me llevó al borde de la muerte —continuó— para mostrarme lo que era necesario. Para mostrarme por qué yo era necesaria. —Salind hizo una pausa—. ¿Suena arrogante? Sí, lo cierto es que sí, ¿verdad?

El suspiro del tiste andii sonó rasgado. Se puso en pie.

—Regresaré para ver cómo estás, suma sacerdotisa. De momento, duerme.

Vaya, lo había ofendido, pero ¿cómo?

—Espera, Spinnock Durav...

—Está bien —dijo él—. Me has malinterpretado. Bueno, quizá no del todo. Has dicho que tu dios te mostró lo que era necesario, algo que los tiste andii no dejamos de anhelar, pero que no lograremos jamás. Y después dudas de ti misma. ¿Arrogancia? Por el Abismo del inframundo, suma sacerdotisa. ¿Es así como te sientes cuando el Redentor te bendice?

Y luego se quedó sola en el aposento. Con las trémulas llamas de las velas tras la partida de Spinnock Durav, la luz agitada haciendo que las siluetas se retorcieran en las paredes.

Y allí seguía la madre, dada la vuelta.

Salind sintió un arranque de rabia. *Bendice a tus hijos, Madre Oscuridad. Ya han sufrido suficiente. Digo esto por gratitud a tus sacerdotisas, que me han devuelto la vida. Lo digo en nombre de la redención. Bendice a tus hijos, mujer.*

Las llamas se calmaron de nuevo, las llamas se irguieron de nuevo, invulnerables a las mansas turbaciones de Salind. En ningún lugar de aquella habitación había oscuridad, y eso, comprendió, era respuesta suficiente.

La sangre vieja que salpicaba las paredes estaba negra, ansiosa por tragarse la luz del farol. El polvo todavía se escurría entre las grietas por sobrecarga del techo inclinado, lo que le recordaba a Vidente que todavía tenía media montaña encima. Los niveles superiores del torreón estaban destrozados, desmoronados, pero seguían estables incluso después de tanto tiempo. Quizá, en poco tiempo, esos túneles inferiores cederían y la inmensa ruina que había sobre aquel risco hueco se ladearía y se deslizaría hasta el mar.

Entretanto, estaban esos pasillos sin iluminar, serpenteantes, un laberinto caótico que no era el lugar de nadie, y donde, sin embargo, había huellas de botas que dejaban un rastro en aquel polvo denso, granuloso. ¿Saqueadores? Quizá, aunque Vidente sabía bien que no había mucho que encontrar en esos niveles inferiores. Había recorrido esas rutas muchas veces, para hacer cuanto estaba en su mano por los varios prisioneros del Vidente Painita... aunque nunca era suficiente, no, nunca suficiente.

Si había una maldición, una maldición de las más crueles, por la que una persona decente se encontrara bajo la ineludible servidumbre de una criatura de pura y absoluta maldad, Vidente la había vivido. La decencia no exculpaba. El honor no compraba el aplazamiento en los crímenes contra la humanidad. En cuanto al deber, bueno, parecía cada vez más la única excusa de los moralmente despreciables. Él no pensaba alegar nada de eso para defender las cosas que había hecho a petición de su amo. Ni tampoco hablaría de la presión, del comprensible deseo de continuar con vida bajo la amenaza de una mortífera coerción. Nada de ello bastaba. Cuando se habían cometido crímenes incontestables, justificarse era de cobardes. *Y fue nuestra cobardía la que permitió esos crímenes en primer lugar.* Ningún tirano podía prosperar cuando todos los súbditos decían que no.

El tirano prospera cuando el primer puto idiota lo aclama.

Sabía bien que muchas personas disfrutaban con ese tipo de sociedades; había habido videntes como él, y la mayoría de ellos, de hecho, se recreaban en el miedo, y en la obediencia que imponía ese miedo. Y eso era lo que lo había llevado allí, a seguir a un antiguo sirviente del palacio del Vidente Painita que había entrado a escondidas en las ruinas del viejo torreón. No, no era un saqueador. Había en marcha una conspiración sórdida, Vidente estaba seguro. Supervivientes de una pesadilla que intentaban alimentar otra nueva. Ese hombre no estaría solo una vez que llegara a su destino.

Volvió a cerrar la tapa del farol y siguió adelante.

Allí habían muerto soldados malazanos, junto con los del Painita. Los seguleh se habían abierto paso a la fuerza entre las filas de la guardia de palacio. Vidente casi podía oír los ecos de esa matanza, los gritos de los moribundos, los ruegos desesperados contra una suerte cruel, el choque lacerante de las armas. Llegó a un tramo de escalones en descenso. Habían retirado los escombros. Más abajo se oía el murmullo de unas voces.

No habían puesto centinela alguno, prueba de la confianza que sentían, y cuando empezó a bajar en silencio pudo distinguir el fulgor de unos faroles que emanaba de la celda de abajo.

Esa cámara había albergado una vez al que se llamaba Toc el Joven. Encadenado contra un muro, al alcance de la monstruosa madre del Vidente Painita. La irrisoria misericordia de Vidente seguramente le había escocido a ese pobre hombre como gotas de ácido. Habría sido mejor dejar que se volviera completamente loco y que huyera a ese mundo olvidado en el que todo estaba tan destrozado que no había reparación posible. Todavía podía oler el hedor de la matrona k'chain che'malle.

Las voces empezaban a ser distinguibles unas de otras: tres, quizá cuatro conspiradores. Podía oír la emoción, el dulce júbilo, junto con la arrogancia habitual, los cantos de quienes jugaban con las vidas ajenas; era igual en todo el mundo, en cada historia, siempre lo mismo.

Había aplastado su indignación tanto tiempo atrás que tenía que esforzarse por reavivarla, pero la iba a

necesitar. Sofocante, pero dura, controlada, perentoria. A tres pasos del piso bajo, todavía sumido en la oscuridad, fue sacando poco a poco su talwar. Poco importaba lo que estuvieran discutiendo. No importaba siquiera que sus planes fueran patéticos y estuvieran condenados al fracaso. Era el acto mismo lo que despertaba en Vidente el ardor del asesinato, que había comenzado a atravesarlo con un zumbido, con un desdén y una revulsión atronadores, dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

Cuando entró en el aposento, ninguno de los cuatro sentados a la mesa notó su presencia, lo que le permitió dar otra zancada y acercarse lo suficiente para atravesar con la hoja ancha del arma la primera cara que se alzó hacia él, partiéndola por la mitad. El siguiente ataque fue un revés en círculos que rebanó el cuello del hombre de la derecha, el cual, al erguirse con una sacudida, pareció ofrecerle la garganta a esa cuchilla como un sacrificio voluntario. Cuando la cabeza cayó rodando por el suelo y el cuerpo se derrumbó al retroceder en la silla, Vidente cogió la mesa por un extremo, la lanzó por el aire y la estrelló contra el hombre de la izquierda, que se desmoronó bajo el peso del mueble. Lo que dejó un solo hombre justo enfrente de Vidente.

Ojos suplicantes, una mano que forcejeaba por asir la ornamentada daga del cinturón, un cuerpo que retrocedía...

No lo bastante rápido, Vidente se adelantó y blandió el pesado talwar, lo bajó, atravesó los antebrazos alzados y lo clavó en el torso del hombre, atravesó la clavícula y bajó por un lado del esternón. El filo se atoró en la cuarta costilla, lo que obligó a Vidente a soltar el cadáver de una patada. Después se volvió hacia el último conspirador.

El antiguo criado del palacio. Saliva en los labios, el hedor a orina que se levantaba como vaho.

—No, por favor...

—¿Me conoces, Hegest?

Un rápido asentimiento.

—Un hombre de honor... lo que has hecho aquí...

—Desafía lo que se esperaría de un hombre honorable, y es esa misma expectativa lo que te da libertad para intrigar y conspirar. Por desgracia, Hegest, te equivocaste en tu expectativa. Con consecuencias funestas. Coral Negro está en paz, por primera vez en décadas, libre de terror. Pero tú te impacientas, sueñas sin duda con tu vieja posición, con todos los desmanes que tu privilegio te concedía.

—Me pongo a merced del Hijo de la Oscuridad...

—Jamás llegarás tan lejos, Hegest. Voy a matarte, aquí, ahora. Puedo hacerlo rápido, o de forma lenta. Si respondes a mis preguntas, te concederé la misericordia que tú jamás les ofreciste a otros. Si te niegas, te haré lo que tú les hiciste a muchas, muchas víctimas... y sí, lo recuerdo bien. ¿Qué suerte prefieres, Hegest?

—Te lo contaré todo, Vidente. A cambio de mi vida.

—Tu vida no es la moneda en este trato.

El hombre comenzó a sollozar.

—Ya basta —rugió Vidente—. Hoy soy como tú fuiste una vez, Hegest. Dime, ¿las lágrimas de tus víctimas ablandaron tu corazón? No, ni una sola vez. Así que enjúgote la cara. Y respóndeme.

Y eso hizo el hombre, y Vidente empezó a hacer sus preguntas.

Más tarde, fiel a su palabra, Vidente mostró misericordia, en la medida en que esa palabra podía significar algo en el acto de quitar una vida, y él sabía bien que no significaba mucho. Limpió su arma en la capa de Hegest.

¿Había alguna diferencia entre él y esos idiotas? Había incontables caminos que podría tomar y que lo

llevarían a afirmar lo contrario, cada uno torturado y retorcido por el engaño. Sin ninguna duda, se dijo mientras salía, lo que había hecho ponía fin a algo, mientras que lo que esos necios habían estado planeando era el comienzo de otra cosa, algo vil que con toda seguridad iba a derramar sangre inocente. Según ese juicio, su crimen era con mucho el menor de los dos. Entonces, ¿por qué su alma se sentía manchada, herida?

Un razonamiento convincente podía llevar a un hombre, con un lógico paso a paso, hasta el horror. Llevaba consigo una lista de nombres, los sórdidos detalles de una intriga para expulsar a los tiste andii, y si bien sabía que estaba destinada a fracasar, liberarla era incitar al caos y la desdicha. Así que tendría que matar otra vez. Sin ruido, sin revelar nada a nadie, pues era un acto vergonzoso. Para su especie, para los humanos y sus estúpidas y crueles inclinaciones.

Pero él no quería ser la mano de la justicia, pues esa mano estaba siempre manchada de sangre y era a menudo una mano ciega, propensa a todo tipo de excesos.

El detalle más cruel de entre todos los que había averiguado esa noche era que esa telaraña de conspiración alcanzaba el campamento de peregrinos. Hegest no sabía quiénes de ahí fuera eran las piezas de la intriga, pero estaba claro que eran importantes, quizás incluso esenciales. Vidente tendría que regresar al campamento y solo pensarlo le ponía enfermo.

Salind, la suma sacerdotisa, ¿formaba parte de la conspiración? ¿Este acto de usurpación era en el fondo de carácter religioso? No sería la primera vez que una religión o culto se incendiaba con los fuegos de la certeza farisaica y el celo puritano, lo que llevaba a un conflicto espeluznante, ¿y no había oído él más de una vez esa atrevida afirmación de que el Hijo de la Oscuridad no tenía ningún derecho sobre la región que quedaba fuera de Noche? Una idea absurda, sí, indefendible, la misma en torno a la cual convergían los fanáticos, levantando los puños apretados.

Por un tiempo él había alimentado la creencia de que no estaba solo en su apreciación del gobierno de los tiste andii, en su respeto por la sabiduría desplegada una y otra vez por el Hijo de la Oscuridad. El don de la paz y la estabilidad, las reglas claras, inequívocas, de la ley impuesta por un pueblo cuya civilización abarcaba decenas de miles de años, incluso más de ser ciertos los rumores. ¿Cómo podía un ser humano resentir ese don?

Muchos lo resentían, ahora estaba claro. La idea de la libertad podía hacer que hasta la paz y el orden parecieran opresivos, que suscitaban la sospecha de algún propósito oculto, algún inmenso engaño, algún crimen inespecífico que se perpetrara más allá del entendimiento humano. Era una forma generosa de verlo; la alternativa era reconocer que los humanos eran conflictivos por naturaleza, que sufrían la maldición de las adicciones codiciosas del espíritu.

Llegó a la empinada rampa que conducía hasta la entrada oculta a los túneles, con las ratas apartándose de su camino, y salió al aire más cálido y seco de Noche. Sí, tendría que ir al campamento de los peregrinos, pero no ahora. La visita exigía cierta planificación. Además, si podía extirpar el cáncer de la ciudad, los conspiradores de allí fuera se encontrarían aislados, impotentes e incapaces de lograr nada. Entonces podría ocuparse de ellos a su antojo.

Sí, ese era el mejor modo de actuar. Razonable y metódico, como debía ser la justicia. No estaba evitando ese viaje a propósito.

Satisfecho con esos argumentos, Vidente partió para comenzar su noche de matanza, y aquí, en esta ciudad, la noche no tenía fin.

Las ratas lo observaron partir. Podían oler la sangre en él y más de una había sido testigo de la matanza allá abajo; algunas de ellas se alejaron calmosas de las ruinas, hacia el mundo de luz que había tras el

velo.

Convocadas, sí, por su amo, el conocido como Ratamonje, un nombre bastante divertido, implícitamente desdeñoso y peyorativo. Lo que ninguno de los cómplices de aquel hombre entendía realmente era la verdad que subyacía bajo ese nombre. *Ratamonje, sí. El monje de las ratas, sacerdote y mago, conjurador y atador de espíritus. Reíos y burlaos si queréis... allá vosotros.*

Los libertadores habían encontrado un enemigo, y habría que hacer algo al respecto.

La ciudad de Baluarte se agazapaba sobre el inmenso lago moribundo, los impertérritos muros, achaparrados, ennegrecidos y veteados con una especie de aceite. Las barracas y casuchas que rodeaban la muralla habían sido incendiadas y después arrasadas, los restos carbonizados habían quedado esparcidos por la ladera que llevaba al camino empedrado. El humo flotaba sobre las almenas, denso y siniestro.

Acunando sus maltrechas manos, las riendas enrolladas alrededor con suavidad, Nimander alzó los ojos entornados hacia la ciudad y sus puertas abiertas. No había guardias a la vista, ni una sola figura en las murallas. Salvo por el humo, la ciudad parecía sin vida, abandonada.

—Un nombre como «Baluarte» inspira imágenes de feroces defensores —dijo Garrapata de Piel, que cabalgaba a su lado, al frente de la modesta columna—, pertrechados con todo tipo de armas, suspicaces de todo forastero que subiese hacia las puertas. Así que —añadió con un suspiro— debemos de estar presenciando la bendita indolencia del saemankelyk, la sangre dulce del dios Moribundo.

Los recuerdos del tiempo que había pasado en compañía del constructor gigante acosaban aún a Nimander. Parecía que estaba condenado a sufrir momentos faltos de resolución, cada vida que se cruzaba en su camino dejaba una arremolinada estela de misterios a su paso en la que él daba vueltas, medio ahogándose. El jaghut, Gothos, solo había empeorado las cosas, una criatura de una antigüedad incalculable que había intentado utilizarlos, de algún modo, sin haberse dignado a explicar sus motivaciones.

Puesto que le fallamos.

El olor a sal podrida llenaba el aire, podían ver las blanqueadas salinas que se extendían allá en la antigua costa, los muelles sobre altos y secos pilones por encima de forcejeantes algas, barcos pesqueros tumbados sobre sus costados un poco más lejos. A la izquierda, tierra adentro, se veían varias granjas entre hileras de espantapájaros, pero no parecía que quedase algo vivo allí fuera; las plantas estaban negras y marchitas, los cientos de figuras envueltas permanecían inmóviles.

Se acercaron al arco de la entrada sin que hubiera aún nadie a la vista.

—Nos están vigilando —dijo Garrapata de Piel.

Nimander asintió. Él sentía lo mismo. Ojos ocultos, ojos ávidos.

—Como si hubiéramos hecho justo lo que querían —continuó Garrapata de Piel en voz baja— entregar a Clip, directo a su maldito Templo Abyecto.

Eso desde luego era posible.

—No tengo ninguna intención de entregarlo, ya lo sabes.

—¿Así que nos preparamos para combatir contra toda una ciudad? ¿Contra un fanático sacerdocio y un dios?

—Sí.

Garrapata de Piel esbozó una sonrisa y soltó la espada que llevaba al costado.

Nimander lo miró con el gesto hosco.

—Primo, no recordaba que tuvieras tanta sed de sangre.

—Oh, soy igual de reacio a eso que tú, Nimander. Pero tengo la sensación de que ya nos han presionado bastante. Nos toca presionar a nosotros, eso es todo. Sea como sea, me preocupa lo mal que tienes las manos.

—Aranatha hizo cuanto pudo... Estaré bien. —No explicó que la herida le parecía más espiritual que física. Aranatha había curado los huesos aplastados, la carne mutilada. Pero él todavía las acunaba como si estuvieran tullidas, y por la noche, en sueños, se encontraba atrapado en los recuerdos del pesado bloque de obsidiana deslizándose sobre las puntas de sus dedos, el dolor, el chorro de sangre, y se despertaba bañado en sudor y con las manos palpitando.

Las mismas manos que habían estrangulado a Phaed, que casi le habían quitado la vida. El dolor parecía un castigo, y allí, en aquella ciudad, estaba convencido de que una vez más encontrarían la violencia y que repartirían la muerte con una terrible elegancia.

Detuvieron los caballos ante el arco de la puerta. Unos sigilos cubrían las puertas de madera, pintados con el mismo tinte denso y negro que arruinaba los muros a ambos lados.

Nenanda habló desde el pescante de la carreta.

—¿A qué estamos esperando? ¿Nimander? Acabemos con esto de una vez.

—Paciencia, hermano —le contestó Garrapata de Piel, girándose en la silla—. Estamos esperando al comité oficial de bienvenida. Las muertes habrá que dejarlas para más tarde.

Kallor se bajó de la parte trasera de la carreta y se acercó a las puertas.

—Oigo cánticos —dijo.

Nimander asintió. Las voces sonaban a lo lejos, les llegaban en tenues oleadas que se alzaban en el corazón de la ciudad. No se oía ningún otro sonido, como los que se esperarían de un asentamiento atestado y floreciente. Y más allá del arco no veía nada más que calles vacías y las deslucidas fachadas de edificios en forma de bloque, con todas las contraventanas echadas.

Kallor había seguido andando, adentrándose hacia la sombra de la puerta, y después había salido a la amplia calle que quedaba al otro lado, donde se detuvo con la mirada fija en algo a su izquierda.

—Adiós, comité de bienvenida —dijo Garrapata de Piel, con un suspiro—. ¿Entramos, Nimander?

Detrás de ellos se oyó la voz melódica de Aranatha.

—Advertidos quedáis, primos. La ciudad entera es el Templo Abyecto.

Nimander y Garrapata de Piel se volvieron al oír eso.

—Madre nos bendiga —susurró Garrapata de Piel.

—¿Qué efecto tendrá eso sobre nosotros? —le preguntó Nimander—. ¿Será el mismo que el de aquella noche en la aldea?

—No, no se ha despertado nada parecido. —La joven sacudió la cabeza—. Pero lo hará.

—¿Y tú puedes defendernos? —preguntó Nenanda.

—Veremos.

Garrapata de Piel siseó por lo bajo.

—Sí que es tranquilizador —dijo después.

—No importa —respondió Nimander. Hizo una mueca y apretó las riendas con las manos; luego, con una ligera presión de las piernas guio a su caballo hasta el interior de la ciudad.

Los otros marcharon tras él.

Al llegar junto a Kallor, Nimander siguió la mirada del anciano por la calle lateral y vio lo que había captado su atención. La ruina de un enorme mecanismo llenaba la calle cien pasos más abajo. Parecía haber bajado del cielo, o quizá se había caído del tejado del edificio más cercano a la muralla exterior, y

se había llevado la mayor parte del muro de enfrente con él. El vientre abierto estaba lleno de hierro retorcido porque habían arrancado de él unas láminas alisadas y remachadas. Unas piezas más pequeñas de la máquina cubrían los adoquines, como trozos de armadura, el hierro de un extraño color azul, casi reluciente.

—En nombre del Abismo, ¿qué es eso? —preguntó Garrapata de Piel.

—Parece k'chain che'malle —dijo Kallor—. Pero ellos no presentarían ofrendas a ningún dios, ni moribundo ni de ninguna clase. Ahora sí que siento curiosidad. —Y mientras lo decía mostró los dientes en una sonrisa que no iba dirigida a ninguno de los presentes, lo cual, decidió Nimander, era positivo.

—Aranatha dice que la ciudad entera está santificada.

Kallor lo miró.

—Yo una vez intenté eso con todo un imperio.

Garrapata de Piel lanzó un bufido.

—¿Contigo como objeto de veneración?

—Por supuesto.

—¿Y fracasó?

Kallor se encogió de hombros.

—Todo fracasa con el tiempo. —Y echó a andar para ver más de cerca la máquina en ruinas.

—Hasta la conversación —murmuró Garrapata de Piel—. ¿Lo seguimos?

Nimander negó con la cabeza.

—Déjalo. Si la ciudad es un templo, tiene que haber un altar, es de suponer que en algún lugar del centro.

—Nimander, igual estamos haciendo todo lo que quieren que hagamos, sobre todo, si llevamos a Clip hasta ese altar. Creo que deberíamos buscar una posada, un sitio para descansar. Luego podemos reconocer el terreno y ver lo que nos espera.

Lo pensó un momento y después asintió.

—Buena idea. Tú delante, Piel, a ver qué puedes encontrar.

Siguieron bajando por la calle principal que salía de la puerta de la ciudad. Las viviendas de los edificios parecían sin vida, las tiendas de las plantas bajas estaban vacías, abandonadas. Los glifos cubrían cada pared y cada puerta, se extendían por las contraventanas al alcance de cualquier mano, si hubiera alguien asomándose. La escritura parecía dar testimonio de una frenética revelación, o de locura, o las dos cosas.

Después de una media docena de edificios, Garrapata de Piel encontró una posada, cerrada como todo lo demás, pero él desmontó y se acercó a las verjas del patio. Se abrieron con un mero empujón y Garrapata de Piel volvió la cabeza con una sonrisa.

Los ejes de la carreta chirriaron en los surcos trillados del marco de la verja cuando Nenanda la guio al interior. El complejo era apenas lo bastante grande para que pasara un carruaje por la vía circular que pasaba primero junto a los establos y luego junto a la entrada de tres escalones que llevaba a la hostería. Una puerta medio subterránea que había a la izquierda de las puertas principales conducía con toda probabilidad a la taberna. En el centro del patio había un pozo, ribeteado de piedras, lleno de cadáveres hinchados.

La sonrisa de Garrapata de Piel se borró nada más verlo. Unos gusanos muertos rodeaban el pozo.

—Esperemos —le dijo a Nimander— que haya otra bomba dentro... y que saque el agua de una fuente diferente.

Nenanda había puesto el freno y ahora se bajaba de la carreta con la mirada puesta en los cuerpos.

—¿Huéspedes anteriores?

—Es lo que pasa cuando no pagas la cuenta.

Nimander desmontó y le lanzó a Garrapata de Piel una mirada de advertencia, pero su primo no la vio —o prefirió no verla— porque siguió hablando.

—O no quedaban camas, o está prohibido beber algo que no sea kelyk... Está claro que no compensa quejarse.

—Ya basta —dijo Nimander—. Nenanda, comprueba por favor los establos, fíjate si hay pienso suficiente y agua limpia. Garrapata de Piel, tú y yo vamos a entrar.

Los recibió un vestíbulo espacioso y bien amueblado, con un reservado justo a la derecha en el que se extendía un pulido mostrador. La estrecha puerta de paneles incrustada en la pared del fondo estaba cerrada. A la izquierda había un guardarropa doble y al lado, a un nivel más bajo, la entrada a la taberna. Había un pasillo justo encima que llevaba a las habitaciones y una escalera empinada trepaba hasta el siguiente nivel donde, presumiblemente, habría más habitaciones. Amontonada en el suelo, al pie de las escaleras, había ropa de cama, la mayor parte cubierta de manchas oscuras.

—Quitaron las sábanas de las habitaciones —comentó Garrapata de Piel—. Qué considerados.

—¿Sospechas que han preparado este sitio para nosotros?

—¿Con cuerpos en el pozo y sábanas manchadas de icor? Es probable. Parece lógico pensar que íbamos a quedarnos en la calle principal por la que se entra a la ciudad y que esta sería la primera posada que encontraríamos. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. Evidentemente hay muchas formas de prepararse para unos huéspedes. ¿Quién comprende las culturas humanas, en cualquier caso?

Fuera, Nenanda y los otros estaban descargando la carreta.

Nimander se acercó a la entrada de la taberna y metió la cabeza. Oscuridad, el ambiente impregnado del aroma intenso, agrisado, del kelyk. Oyó a Garrapata de Piel subiendo las escaleras y decidió dejar que fuera solo. Bajó un escalón, al suelo de serrín. Habían apartado todas las mesas y sillas a un lado en un caótico montón. En el espacio abierto que quedaba el suelo estaba repleto de manchas y grumos coagulados que hicieron pensar a Nimander en el estiércol de un establo. Estiércol no era, sin embargo; eso lo sabía.

Inspeccionó detrás de la barra y encontró filas de polvorientas botellas de arcilla, además de jarras, vino y cerveza. Los vasos que habían contenido kelyk estaban esparcidos por el suelo, algunos rotos, otros todavía supurando un líquido oscuro.

La puerta exterior se abrió de golpe y entró Nenanda, con una mano en la empuñadura de la espada. Una rápida mirada alrededor y después se encontró con los ojos de Nimander y se encogió de hombros.

—Supongo que fue a ti a quien oí.

—¿Los establos?

—Bastante bien provistos, para unos cuantos días al menos. Hay una bomba de mano y un chorro sobre los abrevaderos. El agua olía a rancio, pero aparte de eso estaba bien..., los caballos no tuvieron dudas, en todo caso. —Entró con paso largo y decidido—. Creo que esos cuerpos del pozo, Nimander..., muertos por un exceso de kelyk. Mis sospechas de hecho son que el pozo estaba seco. Solo lo utilizaron para tirar allí a los que morían, cuando morían.

Nimander volvió a la puerta que llevaba al vestíbulo.

Desra y Kedeviss habían trasladado a Clip al interior y lo habían dejado en el suelo. Garrapata de Piel estaba en las escaleras, unos cuantos escalones más arriba del montón de sábanas manchadas. Estaba apoyado en una barandilla y observaba a las dos mujeres que atendían a Clip.

—Nada más que cucarachas y chinches en las habitaciones —dijo al ver a Nimander—. Aun así, no creo que debiéramos usarlas... Hay un olor extraño ahí arriba, nada agradable.

—Esta habitación debería bastar —dijo Nimander mientras se acercaba a mirar a Clip—. ¿Algún

cambio? —preguntó.

Desra alzó los ojos.

—No. La misma ligera fiebre, la misma respiración superficial.

Aranatha entró y miró a su alrededor, después fue al reservado, levantó el mostrador articulado y se metió. Probó el cerrojo de la puerta de paneles y, cuando se abrió, desapareció en la habitación de atrás.

Un gruñido de Garrapata de Piel.

—¿Le hace falta ir el retrete?

Nimander se frotó la cara y dobló los dedos para aliviar el dolor, y luego cuando llegó Nenanda, habló.

—Garrapata de Piel y yo vamos a salir. El resto..., bueno, podríamos toparnos con problemas en cualquier momento. Y en ese caso uno de los dos intentará regresar aquí...

—Si os encontráis problemas —dijo Aranatha desde el reservado—, lo sabremos.

¿Sí? ¿Cómo?

—De acuerdo. No deberíamos tardar mucho.

Habían metido todos sus pertrechos en la habitación, y Nimander observó mientras primero Desra y luego las otras mujeres comenzaban a sacar sus armas, sus magníficos camisotes de cota de malla y los guanteletes de eslabones. Las observó mientras se preparaban para la batalla y calló mientras se sentía abrumado por la angustia. Nada de esto estaba bien. Nunca lo había estado. Y él no podía hacer nada al respecto.

Garrapata de Piel dio un rodeo a las sábanas con cuidado y tirando a Nimander del brazo lo llevó de vuelta al exterior.

—No les pasará nada —dijo—. Es por ti y por mí que estoy preocupado.

—¿Por nosotros? ¿Por qué?

Garrapata de Piel se limitó a sonreír.

Atravesaron la verja y salieron de nuevo a la calle principal. El calor de media tarde dejaba en el aire una sensación perezosa, enervante. Los leves cánticos parecían invitarlos al corazón de la ciudad. Intercambiaron una mirada, y luego, con un ademán de indiferencia de Garrapata de Piel, echaron a andar.

—Esa máquina.

—¿Qué pasa con ella, Piel?

—¿De dónde crees que salió? Parecía como si acabara de... aparecer, justo sobre uno de los edificios, que hubiera caído y aplastado todo a su paso, ella misma incluida. ¿Recuerdas esas viejas bombas, las que había bajo la calle Dreth en Ciudad Malaz? ¿Las que encontró Asimismo en esos túneles que exploró? Bueno, nos llevó a hacer una visita...

—Me acuerdo, Piel.

—Me recuerda a esas máquinas, los engranajes y las barras, el modo en que los componentes de metal se fundían de forma tan hábil, ingeniosa... No logro imaginar qué mente pudo idear semejantes constructos.

—¿Qué quieres decir con todo eso, Piel?

—No mucho. Solo me pregunto si esa cosa tiene alguna relación con la llegada del dios Moribundo.

—¿Qué relación?

—¿Y si fuese como una fortaleza flotante? Una versión más pequeña, claro. ¿Y si el dios Moribundo estuviese dentro? Un accidente hizo caer la máquina y los lugareños lo sacaron. ¿Y si la máquina fuese una especie de trono?

Nimander lo pensó un momento. Una idea curiosa. Andarist había explicado una vez que las fortalezas flotantes (como la que Anomander Rake consideraba propia) no eran producto de ninguna hechicería; de hecho, aquellas torres que flotaban se sostenían en el aire gracias a arcanas manipulaciones tecnológicas.

K'chain che'malle, había dicho Kallor. Estaba claro que él había hecho la misma conexión que Garrapata de Piel.

—¿Para qué iba a necesitar un dios una máquina? —preguntó Nimander.

—¿Cómo iba a saberlo yo? Además, ahora está rota.

Llegaron a un cruce ancho. Unos edificios públicos dominaban cada esquina, el estilo de la arquitectura era de un peculiar utilitarismo, como si la cultura que lo hubiera engendrado estuviera desprovista por completo de instinto creativo. Los glifos emborronaban con unos disparatados garabatos las paredes de otro modo sin adornos, y Nimander pensó que algunos de los símbolos se parecían al mecanismo destruido.

La avenida principal continuaba otros doscientos pasos, según vieron, y se abría a una explanada redonda. En el otro extremo se alzaba la estructura más imponente que habían visto hasta el momento.

—Ahí está —dijo Garrapata de Piel—. El altar... abyecto. Creo que es de donde salen los cánticos.

Nimander asintió.

—¿Echamos un vistazo más de cerca?

Asintió otra vez.

—Hasta que ocurra algo.

—¿Cuenta como «algo» el ataque de una turba fuera de sí? —preguntó Garrapata de Piel.

Unas figuras entraban a toda velocidad en la plaza, harapientos pero blandiendo armas por encima de la cabeza, y de repente entonaron los cánticos con ferocidad al marchar hacia los dos tiste andii.

—Y yo pensando que nos iban a dejar en paz —dijo Nimander—. Si corremos, solo conseguiremos conducirlos a la posada.

—Cierto, pero no debería ser tan difícil defender la verja, en turnos de a dos y nos vamos rotando.

Nimander fue el primero en oír un ruido a su espalda, se giró en redondo, la espada siseó al salir de la vaina.

Kallor.

El viejo guerrero se acercó a ellos.

—Los habéis despertado —dijo.

—Estábamos haciendo turismo —dijo Garrapata de Piel—, y aunque este lugar es miserable, nos guardamos la opinión para nosotros. En cualquier caso, solo estábamos hablando de qué hacer ahora.

—Podríais quedaros y luchar.

—Podríamos hacerlo —asintió Nimander, que volvió la cabeza y le echó un vistazo a la turba. Estaban a unos cincuenta pasos e iban acercándose muy rápido—. O podríamos batirnos en retirada.

—Ahora mismo son valientes —comentó Kallor, que pasó por delante de ellos y sacó su mandoble. Mientras caminaba hacía girar en círculo el arma abollada por encima de la cabeza; unos cuantos pasos, como si estuviera soltando los hombros. De repente ya no parecía tan viejo.

—¿Deberíamos ayudarlo? —preguntó Garrapata de Piel.

—¿Acaso ha pedido ayuda, Piel?

—No, tienes razón, no la ha pedido.

Observaron a Kallor, que avanzaba directo contra la multitud.

Y de golpe la multitud se desintegró, todos se dispersaron, se agolparon en los laterales mientras los cánticos se iban transformando en gemidos de desesperación. Kallor dudó apenas un momento antes de reanudar la marcha. Por el centro de un pasillo que se había abierto para dejarlo pasar.

—Solo quiere ver ese altar —dijo Garrapata de Piel— y no es él quien los molesta. Qué pena —añadió—, habría sido interesante ver pelear al viejo tejón.

—Será mejor que volvamos —dijo Nimander— mientras están distraídos.

—Si nos dejan.

Se volvieron y echaron a andar con paso firme y sin apresurarse. Tras una docena o así de zancadas, Garrapata de Piel se medio giró.

—Nos han dejado en paz —dijo con un gruñido—. Nimander, el mensaje parece claro. Para llegar a ese altar, tendremos que atravesarlos.

—Eso parece.

—Las cosas se van a complicar entonces.

Sí, se iban a complicar.

—Bueno, ¿tú crees que Kallor y el dios Moribundo tendrán una agradable conversación? Hablar del tiempo. O recordar esa vieja época de la tiranía en la que todo era diversión. Los días en los que la sangre era más roja y sabía más dulce. ¿Tú qué crees?

Nimander no dijo nada, estaba pensando en las caras de la turba, las manchas negras que rodeaban esas bocas, los pozos de aquellos ojos. Vestidos con trapos, cubiertos de mugre, pocos niños entre ellos, como si el kelyk los hiciera a todos iguales sin importar la edad, sin importar su disposición para manejar el mundo y las exigencias de los vivos. Bebían y ayunaban, y el presente era el futuro, hasta que la muerte robaba ese futuro. Una trayectoria sencilla. Sin preocupaciones, sin ambiciones, sin sueños.

¿Y eso haría que matarlos fuera más fácil? No.

—No quiero hacer esto —dijo Nimander.

—No —asintió Garrapata de Piel—. ¿Pero qué pasa con Clip?

—No lo sé.

—El kelyk es peor que una plaga, porque son las víctimas quienes lo invitan a sus vidas, y luego son indiferentes a su propio sufrimiento. Nos obliga a preguntarnos: ¿tenemos algún derecho a intentar ponerle fin, a destruirlo?

—Quizá no —admitió Nimander.

—Pero queda otro asunto, y es el de la misericordia.

Le lanzó a su primo una mirada dura.

—¿Los matamos a todos por su propio bien? Que el Abismo nos lleve, Piel...

—A ellos no, por supuesto que no. Estaba pensando en el dios Moribundo.

Ah... bueno. Sí, eso sí le parecía que podría funcionar; de hecho, incluso hasta podría parecerle aceptable. Si pudieran llegar hasta el dios Moribundo sin necesidad de masacrar a cientos de sus devotos.

—Gracias, Piel.

—¿Por qué?

—Nos colaremos.

—¿Llevando a Clip a cuestas?

—Sí.

—No será fácil; podría ser imposible, de hecho. Si la ciudad es el templo y el poder del dios Moribundo concede dones a los sacerdotes, nos percibirán cuando nos acerquemos hagamos lo que hagamos.

—Somos Hijos de la Oscuridad, Garrapata de Piel. Veamos si eso todavía significa algo.

Desra apartó la mano de la frente de Clip.

—Me equivoqué. Está empeorando. —Se irguió y miró a Aranatha, a la que tenía enfrente—. ¿Cómo están ellos?

Un parpadeo lánguido.

—Ya vuelven, ilesos.

Algo le pasaba a Aranatha. Demasiado tranquila, demasiado... vacía. Desra siempre había pensado que su hermana era insulsa; sí, empuñaba la espada con una elegancia consumada, una asesina tan fría como el resto cuando la necesidad obligaba, pero había una especie de omnipresente desapego en Aranatha. Y con frecuencia ese desapego descendía sobre ella en medio de la calamidad y el caos, como si el mundo en su más frenética vorágine pudiera dejarla sin sentido a golpes.

Eso la convertía en alguien poco de fiar en lo que respectaba a Desra. Estudió a Aranatha un momento más, los ojos de ambas se encontraron, y cuando su hermana sonrió, Desra respondió con el ceño fruncido y se volvió hacia Nenanda.

—¿Encontraste algo de comer en la taberna? ¿De beber?

El guerrero estaba de pie junto a la puerta principal, que mantenía abierta con una mano. Al oír la pregunta de Desra volvió la cabeza.

—Mucho, como si se acabaran de ir; o quizá lo acababan de traer, como nos ocurrió por el camino.

—Alguien tiene que estar cultivando comida de verdad, entonces —dijo Kedeviss—. O bien organiza la compra a otros pueblos y cosas así.

—Se han tomado muchas molestias por nosotros —comentó Nenanda—. Y eso me pone nervioso.

—Clip se está muriendo, Aranatha —dijo Desra.

—Sí.

—Ya están aquí —anunció Nenanda.

—Nimander sabrá qué hacer —afirmó Desra.

—Sí —dijo Aranatha.

Dio una vuelta en las alturas sobrevolando la ciudad, e incluso su vista sobrenatural tuvo problemas para penetrar en la oscuridad eterna de allá abajo. Kurald Galain era una senda muy ajena a ella, aunque estuviera en ese estado difuso, debilitado. Arpía pasó justo por encima de la masa dormida de Silanah y lanzó un graznido a modo de irónico saludo. Por supuesto no hubo respuesta visible de la dragona carmesí, pero la Gran Córvida tenía claro que Silanah la percibía dando vueltas por el cielo. Y, sin duda, permitió, en un destello de imaginería, la visión de mandíbulas cerrándose de golpe, huesos y plumas crujiendo al tiempo que salían a borbotones fluidos deliciosos... Arpía graznó de nuevo, más alto esa vez, y la recompensó un espasmo de esa cola larga, serpentina.

La córvida se deslizó por una corriente ascendente que subía del borde del risco y luego bajó en ángulo por ella hasta llegar al balcón de muros bajos del torreón.

Estaba solo, algo que ella había terminado por esperar en los últimos tiempos. El Hijo de la Oscuridad se estaba cerrando, como una flor de ónice con el tañido de las campanadas de medianoche, repique a repique hasta la duodécima y última, y después no quedarían más que ecos, hasta que incluso eso se desvaneciese y dejara solo silencio. La córvida dobló las alas para ralentizar el picado, pues la torre todavía se precipitaba a su encuentro. Un frenesí de alas batiendo y el ave se posó sobre el muro de piedra, las garras clavándose en el granito.

—¿Y el paisaje cambia alguna vez? —preguntó Arpía.

Anomander Rake bajó los ojos y la contempló durante un rato.

Arpía abrió el pico para reír en silencio durante unos latidos.

—Los tiste andii no son un pueblo proclive a sufrir arrebatos repentinos de alegría, ¿verdad? ¿Entrar bailando en la oscuridad? ¿La pirueta alegre y desenfrenada que los lleva al futuro? ¿Imaginas que

nuestra huida de esta carne que se pudre no fuera de extática alegría? ¿Placer por haber nacido, gozo de estar vivo? Vaya, me he quedado sin preguntas para ti, ahora sí que es un momento triste.

—¿Baruk lo entiende, Arpía?

—Sí. Más o menos. Quizá. Veremos.

—Está ocurriendo algo en el sur.

La córvida meneó arriba y abajo la cabeza en asentimiento.

—Algo, claro, sí, algo, desde luego. ¿Ya se han sumido las sacerdotisas en una orgía salvaje? ¡El salto que da respuesta a todo! O más bien que pospone un rato la necesidad de respuestas, una época de dicha correspondiente, sin duda. Pero luego... la realidad regresa. ¡Maldita realidad, maldita hasta el Abismo! ¡Hora de otra zambullida!

—Los viajes te han agriado el carácter, Arpía.

—No es propio de mí lamentarme. Lo desprecio, de hecho. ¡Clamo contra ello! ¡Mi esfínter explota encima! Y, sin embargo, ¿qué es lo que me impones, a tu vieja compañera, a tu amada servidora?

—No es esa mi intención —respondió él—. Es obvio que temes lo peor. Dime, ¿qué han visto tus parientes?

—Oh, se han dispersado por acá y por allá, siempre en las alturas, muy por encima de las pequeñas maquinaciones de los que se arrastran por la superficie. Nosotros observamos cómo se arrastran de un lado a otro. Observamos, reímos, les cantamos sus cuentos a nuestras hermanas, nuestros hermanos.

—¿Y?

Arpía agachó la cabeza y clavó un ojo en los mares negros y tumultuosos.

—Esta oscuridad tuya, amo, engendra furiosas tormentas.

—Así es.

—Volaré a lo más alto, por encima de las nubes retorcidas, y me adentraré en el aire despejado y frío.

—Y así lo harás, Arpía, así lo harás.

—Me desagrada cuando eres generoso, amo. Cuando esa mirada suave se cuela en tus ojos. No eres tú quien debe revelar compasión. Permanece aquí, sí, invisible, incognoscible, para que yo pueda retener esta imagen en mi mente. Déjame pensar en el hielo de la verdadera justicia, la que nunca se hace pedazos, ¡escucha!, ¡oigo las campanas ahí abajo! Qué certera esa música, qué cierto el grito del hierro.

—Estás muy poética, Arpía.

—Así es como los Grandes Cuervos claman contra la tristeza, amo. Y bien, ¿qué quieres que haga?

—Endest Silann está en el río profundo.

—Y yo diría que no está solo.

—Debe regresar.

Arpía se quedó callada un momento, la cabeza ladeada.

—Han sonado diez campanadas —dijo después.

—Diez.

—Me pongo en camino, entonces.

—Buen vuelo, Arpía.

—Ruego que le digas a tus amados lo mismo, amo, cuando el momento se acerque.

Anomander sonrió.

—No es necesario.

Capítulo 11

¿Quién eres tú para juzgar si es vieja
O joven, si está levantando el cubo
O bajándolo por este pozo?
Y ¿es bonita o poco atractiva como lino sin teñir
Es una vela que cabalga el viento de estío
Brillante como el ojo de una doncella sobre olas de azul?
¿Su paso se mece en placeres y promesas
De vigorizantes sueños como si la tierra pudiera cantar
Fértil como alegres mariposas en un campo florido?,
¿O se ha aflojado esta silla de montar en cascadas
De fruta madura y ya no cabalga más por
Vergeles en flor? Quién entonces eres tú
Para enjaular en insolente hierro el
Misterio mismo que nos llama a la vida donde se cierne
El rebotante cubo, siempre dispuesto entre
Oscuras simas y coralino sol... ella es belleza
Y esta también es una exhortación criminal, y
Nada que valga la pena se ha de encontrar en tu
Mirada que hace poco más que estirar
Esta raída cuerda... ¡qué vergüenza!
El desdén asesta crueles heridas y ella
Se aleja o acerca con un temor interior.
No oses hablar de justicia, no oses permitirte
Despiadado juicio cuando yo aquí me siento y observo
Y todos los cálculos entre parpadeos
Invitan a la multitud a un pesado desprecio y mira
Esa vela menguante que pasa por siempre fuera de tu alcance
Como es el privilegio de ella ahí en el mar de flores
Toda dulce fragancia girando a su paso,
Nunca jamás te alcanzará, y eso es
Equilibrio, eso es medida, esa es la costumbre
De desconocidos que ocultan sus lágrimas
Cuando vuelven la cabeza.

No existe ni ha existido jamás artista más puro que un niño liberado a la imaginación. Ese montón de palitos en el polvo, que cualquier adulto podría apartar de un puntapié sin mirarlo dos veces, es, en realidad, la osamenta de un mundo inmenso, vestido, recubierto de carne, una fortaleza, un bosque, un gran muro contra el que se abalanzan hordas terribles que se ven repelidas por un puñado de héroes sombríos. Un nido de dragones, y esos guijarros brillantes y lisos son sus huevos, y cada uno es la morada de un glorioso y furibundo futuro. Jamás una creación se alzó tan plena, tan rebosante, tan triunfante y repleta de alegría, y todas las maquinaciones y manipulaciones de los adultos son los recuerdos fantasmales de la niñez y sus maravillas, la incómoda cópula con la función convincente, el propósito razonable; y cada fachada tiene una historia que contar, una leyenda que contemplar en estilizado decoro. Las estatuas de los nichos clavan expresiones sombrías, indiferentes a todo transeúnte. La reglamentación gobierna esas mentes rígidas y llenas de crujidos, adaptadas a la costumbre y al miedo.

Poner a los niños a trabajar es masacrar a los artistas, destruir todo asombro, el dardo caprichoso de la ávida imaginación revoloteando de rama en rama como pinzones: todo aplastado para servir a las necesidades adultas y a las expectativas desalmadas. El adulto que exige algo semejante está muerto por dentro, despojado de los alegres colores brillantes de la nostalgia, tan suaves, tan deliciosos, tan repletos de un anhelar dulce y amargo a la vez; muerto por dentro, sí, y muerto por fuera también. Cadáveres en movimiento, fríos por el resentimiento que los muertos sienten hacia todo lo que está vivo, todo lo que todavía es cálido y respira.

¿Compadecerlos? No, nunca, nunca mientras continúen forzando a hordas de niños a un trabajo horripilante y luego beban a sorbos, con aire lánguido, una miríada de gratificaciones.

¿Osa rebajarse esta redonda persona a emitir un despiadado juicio? ¡Claro que esta redonda persona lo hace! Un mundo construido con un puñado de palitos puede arrancar lágrimas de los ojos, igual que el artista echado sobre pies y manos que canta una decena de canciones sin letra, habla con un centenar de voces y mueve figuras invisibles por el inmenso panorama del lienzo de la mente (deteniéndose solo una vez para sonarse la nariz en la manga). ¡Por supuesto que osa hacerlo! Y ojalá pudiera apresurar la desaparición de tan cruel abuso.

Hasta una serpiente tiene grandiosos proyectos, pero debe reptar poco a poco, afanándose en distancias que un gigante o un dios despreciarían. La lengua entrando y saliendo en busca del aroma, de aquí para allá. La salvación es la fruta succulenta al final de la búsqueda, el huevo de algún pájaro calentado por el sol, la achuchable rata atrapada en las mandíbulas.

Así busca la serpiente, amigo del justo. Así se desliza la anguila por el cieno revuelto del mundo, sondeando con sus bigotes. ¡Pronto!, espera uno, ¡pronto!

El joven Harllo no estaba pensando en la justicia, ni en la libertad de los virtuosos, ni tampoco fabricaba distraídamente mundos luminosos con las venas relucientes del hierro puro, ni con las motas de oro en medio de la cuarcita fría y afilada. No tenía tiempo para arrodillarse en un jardín de la ciudad tomado por la maleza para levantar diminutos fuertes y puentes de juncos sobre las escorrentías dejadas por el aguacero del día anterior. No, para Harllo la infancia se había acabado. A los seis años.

Y por eso en este momento estaba echado en un saliente de piedra dura y negra, devorado por la oscuridad. Apenas podía oír a los trabajadores de allá arriba, aunque de tanto en tanto las rocas bajaban rebotando por la fisura, resonando con duros gruñidos provenientes del suelo allá en lo hondo.

La última vez que había estado ahí fue colgado de una cuerda, y no había habido una desconsiderada

lluvia de piedras, de las cuales cualquiera podría aplastarle el cráneo. Y en aquel descenso sus brazos estirados no habían encontrado ninguna pared, lo que lo había llevado a creer que la fisura era inmensa y que se abría quizás a una cueva. Esa vez, claro está, no tenía cuerda; Harllo ni siquiera debería estar allí, y era muy probable que le dieran de varazos si lo descubrían.

Bainisk lo había enviado de regreso a Chuffs al final del turno. Y allí era donde debería estar, apresurándose a devorar su cuenco de sopa aguada y un cuscurro de pan negro para después trastabillar hasta su catre. En vez de eso estaba bajando por esa pared, sin luz para asegurarse de que no lo descubrían los que estaban trabajando arriba.

Así que no era una cueva, después de todo. Era la superficie de un risco escarpado y agujereado, y esas brechas abiertas eran todas regulares y extrañas, rectangulares, aunque hasta que alcanzó esa especie de balcón Harllo no comprendió que estaba bajando por la fachada de un edificio enterrado. Le apeteció meterse por una de esas ventanas y explorar, pero había prometido llevarle el «entablillado» al Minero Huesudo de allí abajo y eso era lo que iba a hacer.

Unas cuantas preguntas discretas lo habían conducido a una definición de «entablillado», pero no consiguió encontrar palos que sirvieran para arreglar las piernas destrozadas del Minero. O bien eran demasiado frágiles y pequeños, o no lo bastante rectos. Además, toda la madera que se llevaba al campamento estaba vigiladísima. Así que él había ido a los montones de escoria donde se tiraba todo tipo de basura. Bajo la mirada suspicaz de ancianas que habían vendido hijos y nietos a la mina, pero que eran incapaces de cortar sus lazos (y que se condenaban así a ese mundo marginal al borde del campamento), Harllo había rebuscado entre la basura.

Sucedía a menudo, y sobre todo en los túneles de las escorrentías bombeadas por capas de arenisca, que los mineros encontraban pilas de huesos de criaturas muertas mucho tiempo atrás. Huesos pesados, compactos y casi imposibles de romper. Se vendían cráneos y cosas por el estilo a coleccionistas, eruditos de ojos entornados que no sabían qué hacer con el tiempo y el dinero que les sobraba. Las piezas ya fracturadas, machacadas y que formaban una especie de gravilla eran para los herbolarios, para sus jardines, y para esos remedos de sanadores, para sus pociones y pomadas, o así los llamaba Bainisk, «remedos de sanadores», con un tonillo de desdén; ¡el hueso molido solo sirve para el estreñimiento! Quedaban solo los huesos más grandes y largos, que por alguna razón se creía que estaban malditos.

Allí entre los montones, el niño encontró dos que parecían proceder del mismo tipo de bestia. Tras un pequeño examen y alguna comparación, confirmó que tenía un hueso de la derecha y otro de la izquierda. Eran pesados, gruesos y ribeteados, y él esperaba que valiesen.

Entre turno y turno, en el túnel principal durante media campanada no había nadie en el subsuelo, y Harllo, sudando bajo el peso de los huesos, se apresuró a meterse con ellos; luego encontró un pasaje lateral abandonado y los guardó allí junto con unos trozos de cuerda y lazos de cuero. Eso había sido antes de su turno, y cuando terminó allí fue a tratar de hacer lo que había prometido.

Se había atado los largos huesos a la espalda. Tenía el cuello y los hombros en carne viva por las cuerdas y más de una vez había pensado que el balanceo de los pesados huesos lo arrancarían de la pared, pero había aguantado, al menos hasta allí.

Y, en ese momento, tirado en ese saliente que parecía un balcón, Harllo descansaba.

Si iba alguien a buscarlo y no lo encontraba, se daría la alarma. Siempre había dos posibilidades cuando desaparecía alguien. O había huido o se había perdido en los túneles. Se emprendería la búsqueda en ambas direcciones y alguna vieja diría que lo había visto en las escolleras, recogiendo huesos y quién sabía qué más. Luego otra persona recordaría haber visto a Harllo llevando algo hacia la boca del túnel principal entre turno y turno, y Venaz diría que estaba claro que Harllo estaba tramando algo, puesto que no había vuelto a comer. ¡Eso iba contra las normas! Y dejaría a Bainisk en una situación comprometida,

puesto que él lo había protegido más de una vez. ¡Ay, todo esto era un error!

Con un gemido se deslizó por el borde, eligiendo bien sus asideros, y reanudó su descenso.

Y cuando no había bajado del balcón ni lo que miden dos hombres, sus pies encontraron a tientas otro saliente, al que enseguida le siguió otro: una escalera que bajaba bastante empinada por el muro. Con una mano siempre en contacto con la piedra lisa, Harllo bajó con cuidado por ella, escalón a escalón.

No recordaba haber visto nada de eso la primera vez que había estado allí abajo. Claro que la luz de la vela había sido tenue, para que fuera más fácil captar el brillo del oro y cosas parecidas, y él había regresado directo a la cuerda. ¿Y no le había dado vueltas la cabeza? ¡Un imass que hablaba! Allí abajo desde hacía quizá cientos de años, sin nadie con quien hablar y nada que mirar..., ay, qué mal debía de haberlo pasado.

Pues eso. Hacer todo eso por el Minero Huesudo no debería hacerle sentir ni un poco resentido. Unos cuantos varazos en la espalda no era un precio tan alto por mostrarse misericordioso.

Llegó al suelo y se detuvo. ¡Qué oscuro!

—¿Hola? ¡Soy yo! Dev'ad Anan Tol, ¿me oyes?

—Te oigo. Sigue, pues, el sonido de mi voz. Si es que es posible...

—Lo es... creo. Araña la roca sobre la que estás sentado, lo sentiré con los pies...

—Ese —dijo el imass— es un talento impresionante.

—Se me da bien cuando no puedo ver. Vibraciones, se llama.

—Sí. ¿Entonces puedes sentir esto?

—Me estoy acercando, sí. Creo que puedo prender un farol aquí. De los que tienen tapa, para que no se vea mucho. —Harllo se agachó, los extremos de los huesos largos dieron un golpe seco tras él, y se desató el farolillo de latón del cinturón—. Este se llama impulsor. Lo puedes acoplar a un poste y ponerlo delante. Si la mecha se apaga rápido, entonces sabes que el aire es malo. Espera. —Un momento después una luz suave y dorada dibujaba un sendero oblicuo hacia donde estaba sentado el Minero Huesudo. Harllo esbozó una gran sonrisa—. Ves, ya casi había llegado, ¿a que sí?

—¿Qué es eso que llevas, pequeñuelo?

—Tu «entablillado». Y cuerda y cordeles.

—Déjame ver esos... huesos. Sí, dámelos... —Y estiró las manos esqueléticas para agarrarlos en cuanto Harllo se acercó lo suficiente. Un jadeo bajo, áspero, del imass, luego un murmullo suave—. Por la Orilla de Jaghra Til, no había pensado ver... Pequeñuelo, mis herramientas... por esto. El regalo no está equilibrado.

—Puedo intentar buscar unos mejores...

—No, niño. El desequilibrio es por lo contrario. Estos son de emlava, un macho, los huesos largos de las patas traseras. Cierto, giran y se inclinan. Con todo... sí... es posible.

—¿Funcionarán como entablillado, entonces?

—No.

Los hombros de Harllo se desplomaron.

En la garganta del imass resonó una carcajada baja y profunda.

—Ah, pequeñuelo. Como tablillas, no. No. Como piernas.

—¿Así que puedes caminar otra vez? ¡Ay, qué alegría!

—Si de verdad me sorprendió el Ritual de Tellann, sí, creo que puedo construir... con esto... ¿Por qué estás tan apurado, pequeñuelo?

—Tuve que bajar aquí a escondidas. Si descubren que no estoy...

—¿Qué ocurrirá?

—Puede que me peguen; pero no tanto como para dejarme inútil. No será para tanto.

—Deberías irte, entonces, rápido.

Harllo asintió, pero seguía vacilando.

—Encontré un edificio, un edificio enterrado. ¿Era ahí donde vivías?

—No. Era un misterio incluso para el tirano jaghut. Un sinfín de habitaciones vacías, ventanas que se asomaban a la nada, rocas lisas, arenisca picada. Pasillos que no llevaban a ninguna parte; lo exploramos casi entero, según recuerdo, y no encontramos nada. No intentes lo mismo, pequeñuelo. Es muy fácil perderse ahí dentro.

—Será mejor que me vaya —dijo Harllo—. Si puedo bajar otra vez...

—No a riesgo de tu pellejo. Pronto, quizá, vaya a verte yo a ti.

Harllo pensó en la consternación que provocaría semejante visita y sonrió. Un momento después cerró el farol y se fue a las escaleras.

De palos una fortaleza, un bosque, una gran muralla. De palos, un gigante que se alza en la oscuridad, y mirar en los pozos de sus ojos es ver dos túneles que atraviesan la roca, que bajan más y más, que se remontan más y más allá, hasta los propios huesos de la tierra.

Y así se yergue, para contemplarte; Harllo lo imagina, si bien no exactamente de la misma forma. Esas visiones y sus mortíferas promesas son cosas de los adultos del mundo. Para responder a lo que se ha hecho. A lo que se ha hecho.

Y en la ciudad cada edificio luce un rictus amargo, o eso podría parecer, cuando la piedra, el ladrillo, la escayola y la madera respiran en la penumbra del atardecer, y los faroles de gas todavía no se han encendido y el mundo entero refluye entre sombras que se unen para arrebatarse toda certeza. En la ciudad, este artificio de precipicios y cuevas, se oyen susurros de locura. Figuras que se escabullen en busca de refugio; ratas y cosas peores se asoman, curiosas y hambrientas, voces que se van haciendo cada vez más estridentes en tabernas y otros fogosos santuarios.

¿Es esta la ciudad del día que acaba de pasar? No, se ha transformado, teñida de pesadilla, convertida en un mundo de los muertos en el que tan bien encajan esas dos figuras que caminan, con paso tranquilo y confiado, hacia la verja de una hacienda. Donde se hallan dos guardias, nerviosos, a solo unos momentos de advertir a los desconocidos que se alejen, pues la Señora de la Casa estaba dentro y quería que se respetara su privacidad, sí, claro que quería. O eso había que suponer, y Chamusquino y Leff, tras haber discutido el tema en detalle, estaban convencidos de que, siendo como era una dama, debía exigir que se respetaran todas esas cosas que pocos más podían permitirse, lo que incluía... esto... pues privacidad.

Sostenían ballestas porque quién sabía lo que podría aparecer de repente y, además, resultaba reconfortante acunar armas pesadas en los brazos cuando las nubes devoraban las estrellas y la luna se había olvidado de salir, y encima esos malditos faroles no estaban todavía encendidos. Ciertamente, las antorchas de los soportes enmarcaban el arco de la entrada, pero no hacían mucho más que cegar a los dos guardias, que no podían ver los horrores que acechaban tras el charco de luz.

Dos de esos horrores se estaban acercando. Uno era enorme, de hombros anchos y extrañamente patiocorto, el cabello greñado como el de un yak. Estaba sonriendo, o, bueno, le brillaban los dientes y puede que sí fuera una sonrisa, o puede que no. Su compañero era casi igual de alto, pero mucho más delgado, casi esquelético. Calvo, en la cúpula alta de su frente llevaba una especie de escena tatuada dentro de un elaborado marco ovalado de hilo de oro cosido en la piel. Sus dientes, también visibles, estaban todos recubiertos de oro con puntas de plata, como una fila de colmillos. Vestía una raída capa de lino tan larga que arrastraba en el suelo, mientras que su imponente compañero iba vestido como un bufón de corte, lleno de verdes brillantes, naranjas, rojos y amarillos, y eso solo en el chaleco, demasiado

pequeño para él. Llevaba también una blusa suelta de seda de color azul cielo bajo el chaleco, los puños de las mangas eran rígidos y subían por la muñeca hasta la mitad del antebrazo. Alrededor de su cuello, del tamaño de un buey, llevaba un pañuelo de un color negro reluciente. Y unos pantalones sueltos bermejos se ceñían justo por debajo de las rodillas, unos mocasines apretados le cubrían las pantorrillas.

—Creo —masculló Chamusquino— que voy a vomitar.

—¡Alto ahí! —ladró Leff—. Expliquen su asunto, si es que lo tienen, pero han de saber que la señora no quiere ver a nadie.

—¡Excelente! —dijo el hombretón con una voz atronadora—. No habrá demora, por tanto, para concedernos una audiencia. Si tiene la bondad, oh, hombre de los ojos naranjas, informe a la señora de que Lazan Puerta y Madrun han llegado al fin, y están a su servicio.

Leff hizo una mueca desdeñosa, pero estaba pensando que ojalá Torvald Nom no se hubiera ido a cenar o a darse un revolcón con su mujer, o lo que fuera, así habría podido endilgarle todo eso y no tendría que preocuparse más. Estar allí de pie en la verja, sí, eso sí que estaba dentro de sus habilidades.

—Apúntales con el arma, Chamusquino —dijo—. Voy a buscar al castellano.

Chamusquino le lanzó una mirada de puro terror.

—¡Son dos, Leff, pero solo hay un cuadrillo! Déjame la tuya.

—Está bien, pero me gustaría verte disparar dos con ellos a solo diez pasos de distancia. ¡Si vinieran a por ti tendrías suerte de disparar una!

—Lo que digas, pero me hará sentirme mejor.

—Vamos, vamos, caballeros —se explayó el grandullón—, no hay motivo para preocuparse. Les aseguro que nos esperan. ¿No es esta la hacienda de lady Varada? Creo que sí que lo es.

—¿Varada? —le siseó Chamusquino a Leff—. ¿Se llama así?

—Calla —le soltó Leff por lo bajo—. ¡Nos estás haciendo quedar como un par de idiotas! —Dejó con mucho cuidado la ballesta en el suelo y sacó la llave de la verja—. Que no se mueva nadie a no ser que sea para marcharse... ¡Tú, no, Chamusquino! Tú no te muevas de ahí. Yo vuelvo enseguida.

Después de que Leff se escabullera tras cerrar la verja con llave y todo, Chamusquino miró a los dos desconocidos una vez más, y consiguió esbozar una sonrisa.

—Bonito traje, ese —le dijo al bufón—. ¿Es payaso de la corte o algo así? Cántenos una canción. ¿Qué tal una adivinanza? A mí no se me dan nada bien las adivinanzas, pero me gusta escucharlas y cuando me pongo a pensar pa intentar averiguar lo que es, como que el cerebro entero se me pone blanco. ¿Sabe hacer malabares? A mí me gustan los malabares, probé una vez y llegué a hacerlo con dos de golpe, y me llevó semanas, que lo sepa. Semanas. Para los malabares hace falta disciplina, un montón de disciplina, y quizá le parezca fácil a otra gente, pero usted y yo sabemos, bueno, el talento que hay que tener. ¿También baila o hace el pino...?

—Señor —lo interrumpió el gigante—, no soy bufón. Ni malabarista. Ni digo adivinanzas, ni soy cantante ni bailarín.

—Ah. ¿Daltónico?

—¿Disculpe?

—El guardia —dijo el otro hombre, el delgado con voz aflautada— ha malinterpretado tu atuendo, Madrun. La moda local es mundana, como suele ser la tónica, le falta imaginación. ¿No te habías dado cuenta?

—Sí que me di cuenta. Por supuesto. Un choque de culturas...

—¡Eso mismo! —exclamó Chamusquino—. Su ropa, sí, todo un choque de culturas, buena forma de describirlo. ¿Es usted titiritero, quizá? A mí me gustan los espectáculos de títeres, parece que están vivos, hasta los que tienen manzanas arrugadas en vez de cabezas...

—No, tampoco titiritero, ay —interpuso Madrun con un gran suspiro.

La verja se abrió con un chirrido detrás de Chamusquino, que se volvió para ver salir a Leff y Estucerrojo. El castellano pasó flotando y se puso justo enfrente de los dos desconocidos.

—¡Vaya, se han tomado su tiempo!

Madrun lanzó un bufido.

—Tú intenta salir cavando de una montaña derrumbada, Estudioso. El maldito terremoto surgió de la nada...

—No del todo —dijo Estucerrojo—. Estuvo implicado cierto martillo. Admito que durante las secuelas inmediatas llegué a la conclusión de que nunca más volvería a ver sus misera... memorables rostros. Imaginen mi sorpresa cuando me enteré por el mercader de una caravana que...

—Tales rumores —interpuso el que Chamusquino supuso con acierto que se llamaba Lazan Puerta— si bien escandalosamente exagerados y por tanto potencialmente entretenidos, pueden esperar, ¿no? Estimado Estudioso, que soñó con no volver a ver jamás nuestros bellos rostros, tienes ahora una nueva señora, y ella necesita guardias para el complejo. Y puesto que en la actualidad carecemos de empleo suficiente, bueno, los destinos pueden demostrar ser impecables en ocasiones, ¿no es cierto?

—Cierto es, Lazan. Sí, guardias para el complejo. Verá, ya tenemos guardias para la verja. Y un capitán también, que en estos momentos no se encuentra aquí. Ahora, si los dos quieren seguirme, podemos conocer a la señora.

—Excelente —dijo Madrun.

Chamusquino y Leff tuvieron buen cuidado de apartarse cuando el trío pasó en fila por la verja. Luego Leff la cerró con llave y se volvió hacia Chamusquino.

—¡A nosotros no nos dieron ninguna audiencia con la señora!

—¡Nos han desairado!

Leff volvió a recoger su ballesta.

—Eso es porque estamos en el escalón más bajo, por eso. El más bajo... ¡Otra vez! ¡Y nosotros pensando que estábamos ascendiendo! Claro, Tor ascendió un poco, capitán y todo. Pero mira nosotros, ¡ni siquiera somos guardias del complejo y llegamos nosotros primero!

—Bueno —dijo Chamusquino—, si hubiéramos sabido que había diferencia, verja y complejo, habríamos metido un poco de presión para eso, ¿no? Es que estábamos desinformados... pero mírate, claro.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¡Tienes los ojos naranjas, Leff!

—Eso fue una desinformación diferente.

—Eso es lo que tú te crees.

—Si tan listo eres, Chamusquino, ¡podrías haber preguntado tú para que fuéramos guardias del complejo!

—¡Si estuviera yo solo, lo habría hecho!

—Si estuvieras tú solo, Estucerrojo no te habría ni contratado, ¡menos igual para limpiar las letrinas!

—¡Por lo menos yo estaría por dentro de la verja!

Vaya, en eso tenía razón. Leff suspiró y se quedó mirando la calle.

—Mira, ahí está la cuadrilla de los faroles.

—¡A dispararlos

—Claro, si quieres que nos despidan, Chamusquino, ¿es eso lo que quieres?

—Solo era una broma, Leff.

Había miradas que mataban, y luego había miradas que torturaban. Que desollaban la piel con crecientes y exquisitas cuchilladas que dejaban que la sangre manase hasta la superficie. Miradas que arrancaban globos oculares y tiraban hasta que se alargaban todos los tendones, tras lo cual esos largos ligamentos húmedos se anudaban de modo que ambos ojos quedaban posados sobre el puente de la nariz. Tortura, sí, llevada a cabo con un placer frío, con una mirada clínica.

Tampoco era de extrañar, pues, que Torvald Nom hubiera devorado su cena con premura, olvidándose hasta de masticar, y se encontrara en ese momento afligido por una terrible indigestión, luchando por no gemir mientras ayudaba a Tiserra a limpiar los platos y demás tareas; y aquel silencio ominoso seguía estirándose, al tiempo que ella le lanzaba ojeadas de soslayo capaces de extirpar lo que fuera y helar la sangre, ojeadas todas ellas disfrazadas, de forma no demasiado convincente, de miradas amigables, amorosas.

Era hora de regresar a la hacienda para el turno de noche. Esos queridos y aburridísimos momentos de tranquilidad doméstica, plagados como estaban siempre de todo lo que se dejaba sin decir, de aquello que no se preguntaba pero acechaba siempre, los escollos ocultos y los matices explosivos o la falta más explosiva todavía de los mismos; bueno, todo ello debía, por desgracia, tener un final, cuando las consideraciones sobre la carrera y la responsabilidad profesional regresaban una vez más al primer plano.

—Cariño, debo dejarte ahora.

—Oh, ¿has de hacerlo?

—Sí. Hasta medianoche, pero no sientas que tienes que esperar levantada.

—He tenido un día muy ocupado. Dos nuevos pedidos. Dudo que esté despierta cuando regreses, querido.

—Intentaré no hacer ruido.

—Claro que sí.

Beso perfunctorio.

Tal que así, los agradables intercambios para dar por finalizada la comida recién terminada, pero, por supuesto, esas palabras no eran más que las florituras de una finta y una ingeniosa prestidigitación. Bajo la inocencia, Torvald entendía de sobra que había lo siguiente:

—Dulce mía, regresaré ahora corriendo, no caminando, a la hacienda.

—¿Oh, tienes revuelto el estómago? Esperemos que les vomites encima a tus dos guardias de la puerta cuando llegues.

—Sí. Y de repente será medianoche y como un hombre condenado contaré los pasos hasta la horca que me espera en casa. Recemos a Beru y a todos los demás ascendientes del mundo entero para que estés dormida cuando llegue yo, o al menos fingiendo dormir.

—He tenido un día muy ocupado, marido, solo con pensar en todas las cosas que me gustaría hacerte por romper esa promesa. Y cuando llegues a casa, vaya, estaré soñando cosas horripilantes y cada una de ellas contribuirá a esa agradable sonrisa en mi semblante dormido.

—Y yo intentaré dormir en no más de un palmo de la cama, rígido como un tablón desbastado, sin hacer un solo ruido.

—Sí, eso harás. Querido.

Y el beso perfunctorio, mua, mua.

Una luz azul pintaba las calles por las que se apresuraba Torvald Nom, luz azul y pensamientos negros, auténticos hematomas de desesperación, y los edificios de ambos lados lo avasallaban, lo intimidaban, hasta que sintió que avanzaba como a chorritos, como un trozo particularmente fétido de excrementos, por

una cloaca. Cuán terrible sin duda le decepción de una esposa y, quizá, su repugnancia.

Los honorarios principescos carecían de relevancia. Los turnos flexibles apenas se ganaban un asentimiento renuente. La pura e impresionante legalidad de aquel empleo se granjeaba poco más que un gruñido amargado. E incluso el hecho de que Torvald Nom ostentara el título de Capitán de la Guardia de la Casa, mientras que Chamusquino y Leff no eran más que subordinados entre todo un repertorio de subordinados (sí, había exagerado un poco) no le había traído más que una suspensión temporal de la estridente furia que a todas luces merecía; pero aguardaba, ay si aguardaba. Él lo sabía. Ella lo sabía. Y él sabía que ella se estaba aferrando a eso como a un hacha gigante, preparada sobre su cabeza de bellota.

Sí, él había renunciado a la esclavitud para esto.

Tal era el poder del amor, la atracción de la tranquilidad doméstica y el rechazo al aislamiento solitario. ¿Querría que fuera de otra forma?

Preguntémosle más tarde.

Allá se encamina y se encuentra con el muro modesto pero adecuadamente mantenido de la hacienda, y la verja formal de la entrada, las dos antorchas titilantes y centelleantes, lo suficiente para hacer que las dos formas de sus temibles subordinados parecieran hasta... atentas.

Y no era que ninguno de ellos estuviera vigilando la calle. Más bien parecía que estaban discutiendo.

—A ver, vosotros dos, ¡atención! —dijo Torvald Nom en su tono más estentóreo, socavado por la interrupción de un eructo estridente y lleno de gas.

—¡Dioses, Tor está borracho!

—Ojalá. La cena no me sentó bien. Bueno, ¿qué problema tenéis? Os oí a los dos gruñendo y ladrando desde el otro lado de la calle.

—Tenemos dos nuevos complejoguardias —dijo Leff.

—¿Complejoguardias? Ah, te refieres a guardias del complejo...

—Pues eso he dicho. ¿Qué otra cosa van a ser los complejoguardias si no guardias del complejo? Los capitanes deberían saber esas cosas, Tor.

—Y lo sé. Es solo que el título me confundió un poco. El complejo hay que guardarlo, sí, dado que la probabilidad de que alguien pase a pesar de estar vosotros dos es bastante... probable. Bueno. ¿Y los habéis conocido? ¿Cómo son?

—Son amigos de Estucerrojo, y lo llaman Estudioso —dijo Chamusquino, que durante un instante abrió un poco más los ojos y luego entornó y apartó la mirada—. Viejos amigos, de debajo de una montaña.

—Ah —dijo Torvald Nom.

—Que se derrumbó —añadió Chamusquino.

—¿La amistad? Ah, te refieres a la montaña. Se derrumbó.

Leff se acercó a él y lo olisqueó.

—¿Estás seguro de que no estás borracho, Tor?

—¡Pues claro que no estoy borracho! Chamusquino está hablando de un montón de tonterías, nada más.

—De escombros, no tonterías.

—Justo, ¡sí! Oye, mira, Leff, abre la maldita verja, ¿quieres? Para que pueda conocer a los nuevos guardias.

—Búscalos en el complejo —le aconsejó Chamusquino.

Bueno, quizá su mujer tenía razón, después de todo. ¿Quizá? Por supuesto que la tenía. Esos dos eran idiotas y además eran amigos suyos, ¿y qué decía eso de Torvald Nom? No, no pienses en eso. *Además, ella ya ha pensado todo lo que había que pensar, ¿no?*

Torvald se apresuró a cruzar la verja. Dos zancadas por el interior del complejo y se detuvo en seco.

¿Estudioso? ¿Estudioso Cerrojo? ¿El Sin Tierra? ¿Estudioso Cerrojo el Sin Tierra, de Gato Tuerto?

—Ah, capitán, qué oportuno. Permítame presentarle a nuestros dos nuevos guardias de la hacienda.

Torvald dio un respingo cuando Estucerrojo se acercó a él como flotando. Capucha, máscara, mirada escalofriante, todo envuelto en harapos para cubrir lo que le habían hecho allá en su ciudad de adopción... Sí, pero la infamia nunca permanecía oculta mucho tiempo, ¿verdad?

—Ah, buenas tardes, castellano. —Un modesto saludo cortés logrado a duras penas, un graznido áspero surgido de una boca demasiado seca. Y luego vio, con una inquietud creciente, las dos figuras que seguían la estela de Estucerrojo.

—Capitán Torvald Nom, este caballero de alegre atavío es Madrun, y su compañero de provisional indumentaria es Lazan Puerta. Ambos proceden del norte, y por tanto no tienen intereses en la zona que pudieran entrar en conflicto con sus lealtades... un requisito de lo más importante, como ya se le ha informado, para lady Varada de la Casa Varada. Bien, me he ocupado de equiparlos y les he asignado alojamiento. Capitán, ¿ocurre algo?

Torvald Nom negó con la cabeza. Luego, antes de que pudiera pensar, antes de que su afinado sentido del decoro pudiera hacerse notar, lo soltó de golpe.

—Pero ¿dónde están sus máscaras?

El gigante del pelo revuelto frunció el ceño.

—Oh —dijo—, qué mala suerte. Tranquilízame una vez más, Estudioso, por favor.

La pausa del castellano fue larga, y luego aleteó una mano atada con harapos.

—Las reputaciones, por desgracia, son lo que son, Madrun. Es evidente que aquí nuestro capitán ha viajado un poco. ¿Gato Tuerto? Esperemos que nunca se haya acercado a esa maloliente y traicionera guarida de ladrones, asesinos y cosas peores...

—Nunca he estado allí —se apresuró a decir Torvald Nom mientras se pasaba la lengua por los labios—. Pero las historias de los, eh, los contratados para expulsar al puño malazano... y, eh, lo que pasó después...

—Mentiras ultrajantes —dijo Lazan Puerta con su voz entrecortada, tenue—, tal y como perpetran siempre aquellos con un interés personal en la ilusión de la rectitud. Todo mentiras, capitán. Viles, despreciables, ruinosas mentiras. Le aseguro que completamos nuestra tarea, incluso hasta el punto de perseguir al puño y su cuadro hasta el mismísimo corazón de una montaña...

—Usted y Madrun Badrun, quiere decir. Estudioso Cerrojo, por el contrario, estaba... —Y solo entonces decidió Torvald Nom que quizá no debería estar hablando, quizá no debería estar revelando el alcance de lo que sabía—. La historia que oí —añadió—, era algo liosa, de segunda, quizás incluso tercera mano, un batiburrillo de detalles, ¿y quién puede separar la verdad de la fantasía en estos casos?

—Quién, desde luego —dijo el castellano con otro gesto de la mano—. Capitán, debemos confiar que el tema de nuestras pasadas desventuras no surgirá otra vez, en ninguna compañía y en especial en la de nuestros dos intrépidos guardias de la verja.

—El tema está ahora y para siempre cerrado —afirmó Torvald Nom—. Bueno, será mejor que me vaya a mi oficina. Para trabajar en, um, los horarios de los turnos, parece que ahora tenemos el turno de noche bastante completo. En cuanto al día...

—Como ya se indicó antes —interpuso el castellano— la necesidad de vigilancia armada durante el día es, sencillamente, inexistente. Valoración de riesgos y demás. No, capitán, no tenemos necesidad de más guardias. Cuatro serán suficientes.

—Bien, eso hará más fácil la organización de turnos. Bueno, ha sido un placer conocerlos, Lazan Puerta, Madrun Badrun. —Y con un disciplinado paso de marcha, Torvald Nom cruzó el complejo rumbo al diminuto despacho que tenía en el cuartel anexo. Donde cerró la endeble puerta y se sentó en la silla

tras el escritorio, lo que, para poder llegar a ella, requirió que tuviera que trepar por encima del propio escritorio. Allí se dejó caer, y sujetándose la cabeza con las manos, se sentó. Bañado en sudor.

¿Lady Varada era consciente de estos... estos antecedentes, de esos precedentes aún humeantes de sangre y cosas peores? Bueno, había contratado a Estucerrojo, ¿no? Pero eso no significaba nada, ¿verdad? El tipo se había acortado el nombre, y ni siquiera era su verdadero nombre, solo el que le habían dado los idiotas de Gato Tuerto, igual que con Madrun Badrun. En cuanto a Lazan Puerta, bueno, ese puede que fuera auténtico, original incluso. Y solo uno de ellos llevaba una máscara, y esa máscara era de factura local, genérica, no estaba pintada con ningún sigilo relevante ni nada por el estilo. ¡Así que puede que la dama no tuviera ni idea! ¡Quizás estuviera ciega por completo, sin sospechar, sin ser consciente, sin estar preparada, sin nada de nada!

Volvió a trepar por encima del escritorio y se estiró y alisó la ropa lo mejor que pudo. No debería ser tan difícil, el capitán podía solicitar una audiencia con la señora. De lo más razonable. Salvo que la ruta oficial era a través del castellano y eso no iba a funcionar. No, tenía que pensar algo mejor. De hecho, tenía que... allanar la casa.

Más sudor, de repente, un sudor que lo dejó helado, allí, entre el escritorio y la puerta del despacho, un trozo apenas lo bastante ancho para darse la vuelta.

Bien, Lazan Puerta y Madrun Badrun estarían patrullando el complejo. Y Estudioso Cerrojo el Sin Tierra, bueno, él estaría en su propio despacho, en el piso principal. O incluso en sus aposentos privados, allí sentado, desenvolviéndose poco a poco, o desvestiéndose, o lo que a cada cual se le antoje llamarlo.

Había una ventana en el muro trasero del anexo. Contraventanas lisas y un simple cerrojo interior. Desde ahí podía trepar al tejado, que estaba lo bastante cerca del muro lateral del edificio principal como para que pudiera dar un salto y quizás hasta encontrar algún que otro asidero, y luego podía ir subiendo hasta el siguiente y último nivel, donde habitaba la dama. Todavía era temprano, así que no estaría dormida ni en ningún estado especial de desnudez.

De acuerdo, pero ¿cómo iba a reaccionar ella a que su capitán violentase así su privacidad? Bueno, le podía explicar que estaba poniendo a prueba la seguridad interna de la hacienda (y puesto que la había encontrado deficiente, vaya, podía insistir en que se contrataran más guardias. Esta vez guardias normales, razonables, cuerdos. Nada de asesinos en masa. Nada de sádicos. Nadie cuya mismísima humanidad fuese algo discutible y cuestionable. Él podría entonces proporcionar un sutil contrapunto a los guardias que ya tenían).

Todo aquello sonaba razonable, y diligente, como correspondía a un capitán.

Fue dando la vuelta y abrió la puerta del despacho. Se asomó para asegurarse de que el cuartel permanecía vacío; ¿cómo no iba a estarlo, si estaban ahí fuera vigilando cosas! Avanzó sin hacer ruido hasta la ventana trasera. Levantó el cerrojo y abrió con suavidad las contraventanas. Otra mirada fugaz, esta vez hacia fuera. El muro de la hacienda estaba enfrente, ni a diez pasos de distancia. El edificio principal a la izquierda, los establos a la derecha. ¿Esa zona formaba parte de sus rondas? Debería, desde luego. Bueno, si se movía lo bastante rápido, justo en ese momento...

Torvald Nom se subió al alfeizar de la ventana, fue saliendo poco a poco y estiró el brazo hacia el canalón del alero. Probó a ver si aguantaba su peso y, satisfecho con el discreto crujido, se aupó a toda prisa y luego trepó al tejado inclinado. Bajó otra vez los brazos y cerró las contraventanas con cuidado.

Rodó hasta ponerse boca arriba y esperó. Esperaría, sí, hasta que aquellos dos monstruos hubieran hecho su ronda.

Las tejas de arcilla se le clavaban en los omóplatos. ¿Era eso el roce de unas botas? ¿Era eso el susurro de una tela barriendo los adoquines? ¿Era eso...? No, no lo era, no estaba oyendo nada de nada.

¿Dónde se habían metido sus malditos guardias del complejo? Se sentó y luego reptó sin ruido hasta el borde del tejado. Se asomó a los terrenos y allí estaban, jugando a los dados contra el muro de un lado de la verja.

¡Podía despedirlos por eso! Oye, ni siquiera Estucerrojo podría...

Y allí estaba, el mismísimo Estucerrojo, deslizándose hacia sus dos cohortes. Y su voz llegó flotando hasta Torvald Nom.

—¿Algún cambio en las tabas, Lazan?

—Oh, sí —replicó el hombre—. Empeoran. Las opciones se reducen a toda prisa.

—Qué mala suerte.

Madrún Badrún lanzó un gruñido antes de hablar.

—Tuvimos nuestra oportunidad —dijo—. Ir al norte o ir al sur. Deberíamos haber ido al norte.

—Eso no iba a salir bien, como bien saben —dijo Estudioso Cerrojo—. ¿Dónde están sus máscaras?

Lazan Puerta arrojó los dados de hueso de nuevo contra la pared y se agachó para comprobar los resultados.

—Las tiramos —respondió Madrún.

—Hagan unas nuevas.

—No queremos, Estudioso, de verdad que no.

—Es evidente, pero no cambia nada.

Oh, Torvald sospechaba que podía quedarse allí agachado y escuchar a esos idiotas toda la noche. Pero tenía que aprovecharse de su negligencia. Volvió a bajar despacio por la pendiente del tejado, se agazapó y miró el edificio principal... y, anda, un balcón. Bueno, eso no era muy prudente, ¿verdad?

Está bien, ¿era capaz de dar el salto sin hacer ningún ruido? Pues claro que era capaz, si había sido ladrón durante años, y además le había ido muy bien, si no hubiera sido por todos esos arrestos, multas, encarcelamientos, periodos de esclavitud y esas cosillas. Hizo una pausa, calculó la distancia, decidió por qué parte de la barandilla se lanzaría y luego se arrojó a través de la brecha.

¡Conseguido! Y casi casi sin ruido. Quedó colgado un momento y luego trepó al balcón. Era estrecho y estaba repleto de macetas de arcilla con marañas de plantas muertas. Bien, podía forzar las cerraduras y deslizarse al interior de ese piso, y después ir por dentro hasta el nivel superior. Eso sería lo más sencillo, ¿no? Era más arriesgado escalar por el muro exterior, donde una mirada fortuita de cualquiera de los tres idiotas que seguían parloteando junto a la verja podría topar con él. Y lo último que quería era ver a cualquiera de ellos sacar la espada, aunque tampoco es que recordase haberlos visto con una.

Probó la puerta del balcón. ¡El cerrojo no estaba pasado! Ah, no, las cosas iban a tener que cambiar. Caray, pero si podía entrar así de alegremente, y encontrarse...

—Por favor, capitán, tome asiento.

La dama estaba recostada en un sillón tapizado, apenas visible en la habitación oscura. ¿Cubierta con un velo? Sí, cubierta con un velo. Vestida con algo largo y suelto, seda quizá. Una mano de dedos largos, enfundada en un guante ceñido de cuero gris, sostenía una copa. Había un sillón haciendo juego enfrente de ella.

—Sírvase un poco de vino, sí, ahí, en la mesa. El problema de esa ruta, desde el tejado del anexo, es que el tejado es totalmente visible desde la ventana de cualquier habitación de este lado de la casa. He de suponer, capitán, que o bien estaba comprobando la seguridad de la hacienda, o deseaba hablar conmigo en privado. Cualquier otra alternativa, por desgracia, sería muy poco acertada.

—Desde luego, señora. Y sí, estaba comprobando... unas cosas. Y sí —añadió mientras, armándose de todo el aplomo posible, fue a servirse una copa llena de vino ambarino—, deseaba hablar con usted en privado. Con respecto a su castellano y a los dos nuevos guardias del complejo.

—¿Parecen... excesivos?

—Es una forma de decirlo.

—No quisiera resultar desalentadora.

El capitán se sentó.

—¿Desalentadora, señora?

—Dígame, mis dos guardias de la verja, ¿son tan incompetentes como parecen?

—Eso sería todo un logro, señora.

—Lo sería, sí.

—Puede que le sorprenda —dijo Torvald Nom—, pero, de hecho, poseen una vena bastante desagradable. Y no poca experiencia. Han sido guardias de caravana, agentes de seguridad, matones del Gremio y cazarrecompensas. Es la formalidad de su actual trabajo lo que los hace tan... torpes. Se adaptarán con el tiempo.

—Espero que no muy bien.

De acuerdo, decidió Torvald Nom, aquella mujer estaba hablando de algo y él no tenía ni idea de qué.

—Señora, con respecto a Estucerrojo, Lazan y Madrun...

—Capitán, tengo entendido que está distanciado de la Casa Nom. Es de lamentar. Yo siempre aconsejo que ese tipo de errores pasados se arreglen siempre que sea posible. La reconciliación es esencial para el bienestar.

—Tendré eso presente, señora.

—Hágalo. Bien, por favor salga utilizando las escaleras. Informe al castellano que deseo hablar con él; no, que haya querido tener una conversación privada conmigo no tendrá ninguna repercusión. De hecho, me reconforta su preocupación. La lealtad fue siempre la cualidad más destacada de la familia Nom. Oh, termínese el vino, capitán.

Y eso hizo, muy rápido. Después fue a echar el cerrojo de las puertas del balcón. Una reverencia ante Lady Varada y salió al pasillo, cerrando las puertas tras él. Le llevó un momento averiguar dónde estaban las escaleras pues se sentía un poco embotado... ¿Era el vino? No, no era el vino. Descendió hasta la planta baja, salió por la entrada oficial, y con paso largo se dirigió a donde se encontraban el castellano y sus dos amigos.

—Castellano Estucerrojo —exclamó Torvald Nom, y tuvo la satisfacción de ver que los tres alzaban los ojos de la partida con expresión culpable—. La señora desea verlo de inmediato.

—¿Oh? Por supuesto. Gracias, capitán.

Torvald lo observó marcharse precipitadamente y luego se volvió hacia Lazan Puerta y Madrun.

—Una técnica interesante la suya. Me veo en la necesidad de describirles sus obligaciones, puesto que al parecer el castellano olvidó hacerlo. Han de patrullar por el complejo, a ser posible a intervalos aleatorios y empleando cierta variedad de recorridos para garantizar que evitan la predecibilidad. Sean sobre todo concienzudos en las zonas no iluminadas, aunque no recomiendo que lleven teas ni faroles. ¿Alguna pregunta?

Madrun estaba sonriendo. Se inclinó con deferencia.

—Una sólida instrucción, capitán, gracias. Comenzaremos con nuestras obligaciones de inmediato. Lazan, recoge tus datos de adivinación. Debemos ocuparnos de las necesarias formalidades de una patrulla diligente.

¿Datos de adivinación? Dioses del inframundo.

—¿Es inteligente —preguntó— confiar en vetustos dioses para determinar qué atmósfera presenta la noche?

Lazan Puerta se aclaró la garganta y luego mostró los colmillos metálicos.

—Exactamente, capitán. La adivinación es siempre una ciencia imprecisa. Nos aseguraremos de evitar la confianza excesiva en ese tipo de cosas.

—Eh, de acuerdo. Bien, bueno, estaré en mi despacho, entonces.

—Otra vez —dijo Madrun, con una sonrisa más amplia.

Mientras se alejaba, Torvald decidió que no había nada agradable en aquella sonrisa. En ninguna de ambas sonrisas, de hecho. Ni en nada de lo que tenía que ver con ellos. Ni en Estudioso Cerrojo, ya puestos... *Bebedor de Sangre, Escupidor de Bilis, Envenenador, oh, lo llamaban de tantas formas. ¿Cuánto va a tardar en ganarse unos cuantos más? ¿Y Madrun Badrun? ¿Y Lazan Puerta? ¿Qué está tramando lady Varada?*

Da igual, da igual. Él tenía un despacho, después de todo. Y una vez que trepó por el escritorio, se metió y se acomodó en su silla, en fin, se sintió casi importante.

Aquella sensación duró unos cuantos latidos, lo que resultó una especie de logro. Cualquier momento de no pensar en esos tres, sí, era algo valioso. Los que fueran.

Hacer máscaras nuevas, bueno, ¿y por qué tendrían que hacer eso? Los seguleh renegados son renegados, ya nunca pueden volver. Al menos supuestamente, pero ¿qué sabemos en realidad ninguno de nosotros de los seguleh? Hacer máscaras nuevas, les dijo. ¿Por qué?

¿Qué tienen de malo los consejos normales? Lava esa túnica, Lazan Puerta, antes de que las arañas empiecen a poner huevos. Lleva no más de dos colores, Madrun, y que no desentonen. Por favor. ¿Y esos mocasines?

¿Máscaras? Las máscaras dan igual.

Un borboteo en las tripas y sintió que le subía más gas bilioso. «*Mastica siempre la comida, Tor, ¿a qué viene tanta prisa? Todavía queda luz para jugar. ¡Mastica, Tor, mastica! Tranquilo y lento, como una vaca, sí. De esa forma no te sentará mal nada. A las vacas nada les sienta mal, después de todo.*»

Cierto, al menos hasta que cae el hacha.

Se quedó sentado en su despacho, apretado detrás del escritorio, en un estado de lo más desapacible.

—Ella lo está envenenando, me da a mí.

Chamusquino se lo quedó mirando, como si le asombrara semejante insinuación.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Por tu culpa —dijo Leff—. Ella te odia, Chamusquino, porque siempre metías a Tor en líos y ahora cree que vas a volver a meterlo otra vez, por eso lo está envenenando.

—Eso no tie ningún sentido. ¡Si estuviera preocupada no lo estaría matando!

—Matándolo no, solo para que enferme. Se te olvida que es bruja, sabe hacer cosas así. Claro que le iría mejor envenenándote a ti.

—Yo no pienso tocar nada que ella cocine, eso ya te lo digo.

—No servirá de nada si decide que estás mejor muerto, Chamusquino. Dioses, cuánto me alegro de no ser tú.

—Lo mismo digo.

—¿Qué?

—Tendría los ojos naranjas y eso sería espantoso porque entonces los dos tendríamos los ojos naranjas así que al mirarnos sería como mirarte tú, cosa que yo tengo que hacer todo el tiempo, ¡pero imagínate el doble de eso! Gracias pero no, es lo que yo digo.

—¿Eso es lo que tú dices?

—Acabo de decirlo, ¿no?

—No lo sé. No sé lo que acabas de decir, Chamusquino, la verdad.

—Bien, porque lo que tenía que decir no iba para ti.

Leff miró a su alrededor y no, no vio a nadie más. Cómo iba a ver a nadie, no tenía sentido mirar.

—Además —dijo Chamusquino—, es a ti al que han envenenado.

—Que no era veneno, Chamusquino. Fue un error, un mal diagnóstico. Y se está pasando...

—No, para nada.

—Que sí.

—Que no.

—Yo dejaría de decir eso si fuera tú...

—¡No empieces con eso otra vez!

¡Hados benditos! ¡Dejémosles en ello, ruega esta redonda persona! La noche se alarga, la ciudad viste su granítica sonrisa y las sombras danzan al borde de la oscuridad. Los buhoneros nocturnos pregonan sus mercancías, pregonan sus servicios, de los lícitos y de los turbios. Los cantantes cantan, los borrachos beben, los ladrones hacen sus robos y los misterios medran en cualquier lugar que nos es ajeno, y eso, amigos, es la dura verdad.

Como ratas nos escabullimos de los estanques de luz en busca de otros asuntos, otras escenas ya sean tranquilas o viles.

Seguidme, ¡vamos, seguidme!

Benefactor de todo cuanto es cosmopolita, aquel que confiere bendiciones sobre todos los asuntos humanos y humanitarios (benditos sean sus corazones tanto miserables como generosos, benditos sean sus sueños y benditas sean sus pesadillas, benditos sean sus temores y sus amores y sus temores por amor y amor por los temores, y bendito, vaya, benditos sean sus zapatos, sandalias, botas y zapatillas y que caminen en todos, uno por uno, ¡ah, cuántos prodigios! ¡Qué peculiares disparates!), Kruppe de Darujhistan recorría la Gran Avenida de sórdida codicia y arrojaba una enorme, de hecho, gigantesca, sombra que pasaba rodando con la seguridad de una marea junto a todas esas tiendas y sus mercancías; junto a los ojos cautos de los tenderos; junto a los puestos de fruta y succulentas masas; junto a las cestas de moras y el pescado seco y esas extrañas cosas con hojas que comían algunas personas creyendo que masticaban salud; junto a las hogazas de pan y los quesos enteros; junto a los recipientes de vino y licores de todo un surtido de tamaños; junto a las tejedoras y modistas; junto a la vieja arpía del arpa con muñones en lugar de dedos a la que solo le quedaban tres cuerdas en el arpa y su canción sobre la estaca y el agujero y la miel en la mesilla de noche (esquivando las monedas que arrojan, ¡y lo rápido que pasan!), y los rollos de tela que no iban a ninguna parte y los calzones que bloqueaban la puerta y las camisas para hombres de armas y zapatos para los sin alma y los fabricantes de lápidas y los que mean en urnas y el viejo tres veces divorciado que hacía nudos para ganarse la vida acompañado por una caterva de chiquillos, seguro que vinculados por lazos de sangre y otras cosas más densas. Junto a los cereros y los fabricantes de mechas, los tragafuegos y los fabricantes de pasteles de ceniza, junto a las prostitutas, rebosantes en cada lánguido paso de sonrisas de reconocimiento y aleteantes dedos y misteriosas sensaciones espontáneas de caricias en lugares ocultos, o cuando menos inalcanzables, y ve cómo los ojos se abren más y el reconocimiento lo inunda todo como el torrente de la juventud perdida y los sueños principescos y suspiran y exclaman ¡Kruppe, hombre encantador!, ¡Kruppe, es que no vas a pagar por eso!, ¡Kruppe, cástate con cada una de nosotras y haznos mujeres decentes! Kruppe... que se apresura a pasar, uy, ¡qué perspectiva tan terrorífica de imaginar! ¡Una cachiporra de esposas (seguro que ese tiene que ser el término en plural)! ¡Un parloteo de prostitutas!

Pasa junto a esta puerta, gracias a los dioses, y se mete en el túnel, y sale otra vez y ahora la civilización se cernía austera y formal, y esta portentosa sombra caminaba sola, animada en su soledad, si bien ese momento proporcionó tiempo de sobra para compartir pasados pasajes por la propia vida.

De una manga sale un pastel tachonado de moras, un fastuoso fruto maduro y una petaca de vino mentolado; de la otra sale un nuevo cuchillo grande de plata con el monograma de la Casa Varada (cielos, ¿de dónde salió eso?), la hoja pulida (¡asombroso!) ya resplandeciendo con un saludable pegote de mantequilla veteadada de miel, y cuántas cosas se amontonan en estas grandes pero ágiles manos, y mira como una cosa tras otra va desvaneciéndose sin más en el interior de una solícita boca y un agradecido paladar para con todas las artes culinarias cuando la sutil fusión de sabores se coronaba en una obra maestra exquisita... mantequilla, miel y... ¡oh! mermelada, hojaldre y queso y fruta y anguila ahumada... ¡puaj! ¡La voluminosa manga se traiciona a sí misma! Un trago de vino que se lleve tan ingrato (y de lo más atroz) sabor.

Manos que quedan temporalmente libres de nuevo para permitir el reconocimiento de la camisa nueva, una colección de velas aromáticas, anudadas tiras de seda, hermosos calzones y sandalias cosidas con hilo dorado tan blandas como cualquiera de las mejillas o nalgas de Kruppe, y aquí tenemos un condón de tripa de cabritillo, dioses, ¿de dónde salió eso? Bueno, ponemos fin a la admiración de la exitosa noche de compras, y si esa vieja bruja descubriese que no más le quedan que dos cuerdas en su arpa, bueno, ¡imagina cómo se sintió el caballo!

Al fin al frente de la más austera de las haciendas austeras. La verja se abrió con un chirrido, invitando con una invitación y el invitado Kruppe se invitó a entrar.

Escalones, un vistoso y elegante zaguán, un pasillo y más escalones, estos alfombrados, hacia arriba, y otro pasillo y luego la puerta teñida de oscuro y (oh, dioses, fuera esas guardas) adentro.

—Cómo has... da igual. Siéntate, Kruppe, ponte cómodo.

—Maese Baruk es de lo más amable, Kruppe hará lo que le indican, con un alivio posiblemente perceptible así lo hace, ¡uf! en esta silla y estira las piernas, sí, desde luego están estiradas, el detalle sutil. ¡Ay, qué travesía agotadora, Baruk bienamado amigo de Kruppe!

Un demonio obeso con aspecto de sapo se arrastró hasta acurrucarse a sus pies con un resoplido. Kruppe sacó una tira de anguila seca y se la ofreció. El demonio la olisqueó y luego aceptó con cautela el bocado.

—¿Es la situación tan desesperada como creo, Kruppe?

Kruppe movió las cejas.

—Estas travesías lo dejan a uno arrugado de la sequedad, jadeando de la sed.

—Sírvete —dijo el alquimista supremo con un suspiro.

Con una sonrisa feliz, Kruppe sacó de una manga una enorme botella polvorienta, ya descorchada. Examinó el sello que tenía el vidrio de color verde oscuro.

—Caramba, sí que está bien surtida tu bodega. —Una copa de cristal apareció en la otra manga. Vertió el líquido. Tomó un buen trago y después se relamió de satisfacción—. ¡Exquisito!

—Ciertos planes se han ultimado ya —dijo Baruk.

—Impresionante, Baruk amigo de Kruppe. Cómo medir esos portentosos acontecimientos, se pregunta uno. Si uno fuera de los que se preguntan. Pero escucha... ¡la puerta enterrada chirría!, ¡el polvo va cayendo!, ¡las piedras gimen! Humildes como somos, ¿podemos esperar detener tales inevitables inevitabilidades? Por desgracia, el tiempo pasa lenta y penosamente. Todos los hados dan vueltas y ni siquiera los dioses pueden adivinar de qué lado caerá cada uno. La luna misma se alza incierta en estas noches. Las estrellas titilan vacilantes, las rocas caen al revés, esposas agraviadas perdonan y olvidan... ¡oh, vivimos un tiempo de milagros!

—¿Y es eso lo que necesitamos, Kruppe? ¿Milagros?

—Cada momento puede sin duda parecer cambiante, caótico y peligroso, pero, y Kruppe sabe esto con plena certeza, cuando todo está dispuesto, momento tras momento, entonces cada aberración no es más que una modesta arruga, un débil pliegue, un recuerdo fruncido. Las grandes fuerzas del universo son como un gran peso sobre la tela de nuestras vidas. Ricos y pobres, modestos y ambiciosos, generosos y codiciosos, honestos y mentirosos, caramba, ¡todo eso se allana! ¡Plas! ¡Cruje!, ¡mancha!, ¡rezuma! ¿Qué le importan a la Naturaleza las coronas enjoradas, las monedas apiladas tan peligrosamente alto, las grandes haciendas y las elevadas torres? Reyes y reinas, tiranos y devoradores, ¡no son más que mosquitos en la frente del mundo!

—Aconsejas una perspectiva amplia. Todo eso está muy bien desde el punto de vista de un historiador, y visto en retrospectiva. Por desgracia, Kruppe, para los que hemos de vivirlo, en pleno transcurso, por así decirlo, eso proporciona un escaso alivio.

—Ay, Baruk dice la verdad. Vidas que entran, vidas que salen. Los sollozos de la muerte son las canciones anegadas del mundo. Tan cierto, tan triste. Kruppe pide lo siguiente: presencia dos escenas. En una, un hombre enfadado, amargado, mata de una paliza a otro hombre en un callejón del distrito Gadrobi. En la otra, un hombre de inmensa fortuna conspira con compatriotas de igual riqueza para subir una vez más el precio del grano, haciendo que el coste de un simple pan sea tan prohibitivo que las familias se mueren de hambre, por lo que se ven abocadas a una vida de crimen y a una muerte prematura. ¿Son ambos actos violentos?

El alquimista supremo bajó la vista hacia Kruppe y lo miró fijamente.

—En solo uno de esos ejemplos encontrarás sangre en las manos de un hombre.

—Cierto, deplorables como son esas manchas. —Y se sirvió un poco más de vino.

—Hay —continuó Baruk— un sinfín de constructos mediante los cuales el hombre rico podría reivindicar su inocencia. Circunstancias atenuantes, costes inesperados de producción, la ley de la oferta y la demanda, y muchas más por el estilo.

—Desde luego, una plétora de justificaciones que tanto enturbian las aguas, y entonces ¿quién ve la sangre?

—Y, sin embargo, el resultado es la indigencia, con toda su miseria, sus tensiones y ansiedades, sus fétidos vapores del alma. Se puede decir que el acaudalado mercader de grano libra una guerra sutil.

Kruppe examinó el vino a través del cristal.

—Y así el pobre sigue siendo pobre y, por ventura, más pobre aún. Los empleados, que se ganan la vida a duras penas, se aferran con más fuerza a sus empleos, incluso hasta el punto de aceptar condiciones de trabajo deplorables, lo que a su vez permite a los empleadores llenar sus sacas a rebosar, lo que a su vez colma esas ocultas y patéticas deficiencias que albergan. Se puede decir que existe un equilibrio, uno nunca repetido, por medio del cual se reprime la guerra para así evitar la anarquía. Si el mercader de grano decidiese gravarlo a un precio demasiado alto, podría estallar la revolución.

—Y es entonces cuando todo el mundo pierde.

—Durante un tiempo. Hasta que emerge una nueva generación de ricos que pone en marcha de nuevo la depredación de los pobres. El equilibrio está enmarcado por desequilibrios y parece así que todo eso podría persistir eternamente. Mas, ay, con una perspectiva histórica uno ve que no es así. La estructura de la sociedad es mucho más frágil de lo que la mayoría cree. Depositar tanta fe en su resiliencia es experimentar un momento de puro asombro cuando llega el instante de su total derrumbamiento... antes de que lleguen los lobos. —Kruppe alzó un dedo—. Pero observa a todos estos a los que les gustaría hacerse con la corona y convertirse en los más libres y acaudalados de todos. Oh, son los más peligrosos en el presente, como es de esperar. Muy peligrosos. Uno se siente inclinado a rezar. A rezar por que

llegue el polvo.

—Y que todo acabe.

—Y comience de nuevo.

—Por alguna razón esperaba más de ti, amigo mío.

Kruppe sonrió, bajó la mano y dio unas palmaditas en la guijarrosa cabeza del demonio. Este parpadeó con languidez.

—Kruppe mantiene una perspectiva tan amplia como su cintura, que, como bien sabes, no conoce límites. Después de todo, ¿dónde comienza y dónde acaba?

—¿Alguna otra noticia trascendental?

—Las ciudades viven a toda prisa. Siempre con precipitación. Nada cambia y todo cambia. Un asesino acecha el distrito Gadrobi, pero Kruppe sospecha que ya tienes conocimiento de ello. Los asesinos intrigan. Eso también lo sabes, amigo Baruk. Los amantes conciertan citas o sueñan con tales citas. Los niños persiguen futuros desconocidos. Unos se retiran y a otros los retiran, abundan las nuevas profesiones y las viejas némesis aguardan al acecho. Unas amistades florecen mientras otras se desintegran. Todo en su momento, alquimista de lo más supremo, todo en su momento.

—No me tranquilizas, Kruppe.

—¡Comparte conmigo una copa de esta exquisita añada!

—Hay docenas de guardas sellando la bodega, el doble que en tu última visita.

—¿De veras?

—No hiciste saltar ni una sola.

—¡Extraordinario!

—Sí que lo es.

El demonio eructó y la embriagadora fragancia de anguila ahumada quedó flotando por el aposento. Hasta el demonio arrugó las alas de la nariz.

Kruppe hizo aparecer, con una floritura, unas velas aromatizadas.

Una confusión intestinal de tuberías, válvulas, esferas de cobre, juntas y respiraderos dominaban un lado entero de la habitación principal del edificio. De este extraño mecanismo surgían jadeos rítmicos (muy sugerentes), resuellos (que introducían, por así decirlo, una contribución más realista), murmullos, suaves susurros y siseos. Sobresalían seis boquillas, cada una lista para acoplarle una manguera o una extensión, pero en ese momento salía disparada de todas ellas una llama azul y constante que calentaba el crepitante aire seco del aposento, de modo que tanto Chaur como Barathol —trabajando a espalda desnuda como habían hecho todo el día que ya acababa— estaban bañados en sudor.

La mayor parte de los trastos de esa decrepita panadería ya habían sido retirados, o, más bien, se habían trasladado del interior al estrecho patio amurallado de la parte trasera, y Chaur estaba limpiando a gatas el polvo y los restos de harina del suelo adoquinado con unos paños húmedos. Barathol estaba examinando las bases de ladrillo de los tres gibosos hornos, sorprendido y complacido a la vez al encontrar, incrustadas entre capas de ladrillo, unas inmensas losas de piedra pómez. Las paredes del fondo de los hornos tenían unas instalaciones para el gas que se había utilizado como combustible, y de las rejillas sobresalían unos tubos alargados y perforados. ¿Podría transformar esos hornos en forjas de calor bajo? Quizá sí.

Los viejos tambores mezcladores fabricados en cobre seguían allí, en una mitad de la pared del fondo de la habitación, y le servirían para el enfriamiento rápido. Había comprado un yunque en una caravana que acababa de llegar de Pale, después de que el comprador original, ay de él, muriera mientras el objeto

venía de camino. Un diseño característico de las llanuras, pensado para su transporte (rhivi, según le habían informado), que si bien no llegaba a ser del tamaño que quería o necesitaba, bastaría por el momento. Las tenazas y otras herramientas procedían del mercado de chatarra al oeste de la ciudad, incluyendo un magnífico martillo de acero de Aren (sin duda robado de una forja de armas del ejército malazano).

Por la mañana haría sus primeros pedidos de madera y coque, de carbón y cobre, de estaño y hierro sin refinar.

Se estaba haciendo tarde. Barathol se irguió tras inspeccionar los hornos y se dirigió a Chaur.

—Déjalo ya, amigo mío. Es verdad que tenemos un aspecto cochambroso, pero quizás un restaurante con terraza nos deje una mesa en cuanto le enseñemos las monedas. No sé a ti, pero a mí un poco de cerveza bien fría me sentaría de maravilla.

Chaur alzó los ojos y en su mugriento y embadurnado rostro se dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

La puerta principal se abrió de una patada y los dos se volvieron justo cuando media docena de sujetos de aspecto poco respetable entraron en tropel y se desplegaron por la sala. Porras y mazos en las manos, empezaron a inspeccionar el equipo. Un momento después una mujer finamente vestida se abrió paso entre el merodeante grupo, posó los ojos en Barathol y sonrió.

—Estimado señor, está usted realizando una actividad ilegal...

—¿Ilegal? Eso es mucho decir, estoy seguro. Pero antes de que ordene a sus matones que lo destrocen todo, permítame decir que las válvulas no solo están abiertas, sino que los hilos se han cortado. Dicho de otro modo, por ahora el flujo de gas proveniente de las cámaras que hay debajo de esta estructura no se puede detener. Cualquier tipo de daño provocará una bola de fuego, es probable que de tamaño suficiente para carbonizar un área considerable del distrito. —Hizo una pausa y luego añadió—: Una destrucción tan premeditada por su parte será vista por la mayoría como, bueno, ilegal. Desde luego usted no se enfrentará a ningún cargo porque estará muerta, pero el Gremio que la contrató se enfrentará a un terrible castigo. Solo las multas bastarán para arruinarlo.

La sonrisa de la mujer había desaparecido hacía mucho.

—Vaya, así que es de los listos. Como no podemos disuadirlo desmantelando su tienda, entonces no nos queda otra que centrarnos en ustedes.

Barathol se acercó al mostrador de amasado, metió la mano en una cartera de cuero y sacó una gran bola de arcilla cocida. Miró a la mujer y a su cuadrilla y vio unos cuantos rostros exangües, cosa que lo complació.

—Sí, una granada moranthiana. Maldito, así llaman los malazanos a este. Amenácenme a mí, o aquí a mi compañero, y estaré encantado de suicidarme; después de todo, ¿qué tenemos que perder que ustedes no nos quitarían encantados si tuviesen la oportunidad?

—Ha perdido usted la cabeza.

—Es libre de pensar lo que quiera. Pero la pregunta es: ¿y usted?

La mujer vaciló, después lanzó un gruñido y se dio media vuelta. Le hizo un gesto a su equipo para que la siguiera y salió del establecimiento.

Barathol suspiró y devolvió el maldito a la cartera. «En cada decimotercer cajón de doce malditos cada uno», le había dicho Mazo, «hay un decimotercer maldito. Vacío. ¿Por qué? ¿Quién lo sabe? Los moranthianos son tipos muy raros».

—Esta vez funcionó —le dijo a Chaur—, pero dudo que vaya a durar. Así que el primer pedido del negocio es equiparte a ti. Armadura, armas.

Chaur lo miró con fijeza, como sin entender.

—¿Recuerdas el olor a sangre, Chaur? ¿Los cadáveres, los muertos y desmembrados?

La expresión cobró vida de repente y Chaur asintió con vigor.

Barathol volvió a suspirar.

—Venga, trepemos por el muro de atrás y vayamos a buscarnos esa cerveza.

Se llevó la cartera con él.

En otra parte de la ciudad, cuando sonaba la décima campanada de la noche, un hombre sin dedos partió en busca de una nueva taberna, con planes de asesinato en la cabeza. Su esposa salió al huerto y se arrodilló en una piedra que empezó a pulir con arena aceitada y un grueso cojinetete de cuero.

Una voluptuosa mujer de grandes pechos (que atraía tanto miradas de admiración como un rencor que helaba la sangre según el sexo o las preferencias sexuales) caminaba enganchada con un redondeado brazo del brazo bastante más enjuto y arrugado de un historiador malazano, que tenía un gesto a medio camino entre la incredulidad y la consternación. Paseaban como lo harían unos amantes, y puesto que no lo eran, la perplejidad del historiador iba en aumento.

En los Mercados Altos del Distrito de las Haciendas, al sur de la horca, paseaba lady Cáliz. Aburrida, agujoneada por el anhelo y quizá mancillada (en su propia mente) más allá de toda esperanza de redención, examinaba con detenimiento la multitud de objetos y artículos, ninguno de los cuales necesitaba realmente, y observaba a mujeres como ella (con la diferencia de que la mayor parte llevaban un rastro de sirvientes cargados con las compras) escogiendo entre aquellas costosas tonterías de a menudo exquisita factura, ansiosas como grajillas (¿y acaso igual de inconscientes? ¡Ah, cuidado con las suposiciones crueles!), y se sintió muy diferente de ellas. Tan... cambiada.

Apenas a trescientos pasos de lady Cáliz, vagando sin cuidado de dónde lo llevaran sus pasos, estaba Navaja, que en otro tiempo había sido un ladrón llamado Azafrán Jovenmano, que en otro tiempo había robado algo que no debería haber robado y, al encontrarse con que en realidad no podía devolverlo, había terminado por confundir la sensación de culpa y la compasión con el gozo de la adoración (tales errores son comunes), solo para verse al final liberado por el desprecio que mostró una joven ante sus sinceras y sentidas confesiones.

Bueno, los tiempos y la gente cambian, desde luego que sí.

De pie en un tejado a media ciudad de distancia, Rallick Nom contemplaba la mar picada de luces azules, con Krute de Talient a su lado, y los dos tenían mucho de lo que hablar, lo que implicaba, considerando el carácter taciturno de Rallick Nom, una jornada muy larga.

Krute tenía demasiado que decir. Rallick sopesaba cada pedacito que salía de él, no por desconfianza, sino por simple costumbre.

En una escuela de esgrima, mucho después de que los últimos jóvenes estudiantes hubieran salido calmosamente, Murillio se sentó a la luz de la luna con Piedra Menackis mientras esta, sollozando, se desahogaba con aquel auténtico desconocido (cualidad que quizá facilitaba mucho más las cosas), pero Piedra no tenía experiencia con un hombre como Murillio, que comprendía lo que era escuchar, lo que era ofrecer una atención embelesada, absoluta, sincera y exclusiva a una mujer, extraer toda su esencia (derramándose así) para mezclarla con la suya, igual que un colibrí bebiera el néctar, o un murciélago la sangre del tobillo de una vaca (aunque esta última analogía no le hace justicia a un momento tan tierno).

Y así entre ellos flotan vapores invisibles, evidentes y animales, y tanto se filtra en la carne, el hueso y el ser, que ocurre un reconocimiento asombroso —cuando ocurre— como cuando se abre una puerta que se pensó sellada por siempre jamás.

Ella lloraba y lloraba a menudo, y cada vez era un poco más fácil, un poco más natural, más agradable y admisible, no muy diferente, en verdad, de la suave caricia de los dedos masculinos por su cabello

corto, el modo en que las puntas le rozaban la mejilla para secar las lágrimas, y, ay, ¿quién iba pues a sorprenderse por todo esto?

Al presente, entonces, mientras la luna borrosa, ya visible, mira desde el cielo con los ojos entornados a tres docenas de figuras reunidas en un tejado. Intercambian señales con las manos y murmuran instrucciones y consejos. Comprueban armas. Tres docenas, pues los objetivos eran veteranos duros, mezquinos, con costumbres extranjeras. Y el asalto inminente, bueno, sería salvaje, sin sutilezas, y, desde luego, concienzudo.

Los clientes habituales en el Bar de K'rul, una docena o así de ciudadanos que elegían no acordarse del templo que fue en otro tiempo; esas paredes de piedra de cantera, manchadas de humo, un mudo repositorio de generaciones y generaciones de voces humanas, desde cánticos monótonos y música coral hasta el aullido de carcajadas de borrachos y chillidos de mujeres pellizcadas, estas paredes, así pues, gruesas y sólidas, con una sempiterna fachada indiferente ante la presencia del drama.

Vidas que se viven, vidas que reparten porciones enmarcadas por piedra y madera, tejas y vigas, y en su día todas esas formas insensatas probaron la sangre.

La inmensa sala del bar, de techo bajo y suelo hundido, fue antes el crucero del templo, o quizás un espacio para la congregación. El pasillo estrecho entre las columnas embebidas de la parte posterior fue en otro tiempo una columnata con hornacinas en las que, mucho tiempo atrás, se colocaban las urnas funerarias con los carbonizados y cenicientos restos de sumos sacerdotes y sacerdotisas. La cocina y los tres almacenes del fondo habían proporcionado sustento a monjes y matarifes autorizados, a escribas y acólitos. Ahora alimentaban a parroquianos, personal y propietarios.

Subiendo por escarpados peldaños de piedra, se llegaba al rellano del piso superior, del que salían pasillos con angulosos techos, tres lados de un cuadrado con el cuarto interrumpido por la fachada frontal del edificio. Ocho habitaciones con aspecto de celdas surgían de cada uno de esos pasillos, los del lado posterior se proyectaban hacia dentro, sostenidos por los pilares de la columnata de la planta principal, mientras que los dos a cada lado tenían las habitaciones contra los muros exteriores del edificio, lo que facilitaba así ventanas.

En las celdas que se asomaban al bar las paredes interiores habían sido derribadas, de modo que ocho habitaciones se habían convertido en tres, y daban cabida a las oficinas. Las ventanas interiores estaban cubiertas por contraventanas (nada de vidrio o cuero), y Rapiña tenía por costumbre abrirlas de par en par cuando se sentaba ante su escritorio, lo que le permitía ver el tercio delantero del bar, incluyendo la entrada.

Esa noche había pocos huéspedes en las habitaciones de la posada. Barathol y Chaur no habían regresado aún. Scillara se había llevado a Duiker al distrito Daru. El bardo estaba en el estrado bajo del bar, punteando una melodía ligera y triste que muy pocos de la veintena de parroquianos escuchaban con algo parecido a la atención. Un desconocido de Pale había tomado una habitación en la esquina noroeste y se había retirado a ella temprano tras unas escasas viandas y una única pinta de cerveza gredfallana.

Rapiña podía ver a Mezcla en su puesto junto a la puerta principal, sumergida en las sombras y sentada con las piernas estiradas, un tazón de sidra caliente acunado entre las manos; gustos raros los de esa mujer, puesto que el ambiente esa noche era húmedo y bochornoso. La gente que entraba pocas veces notaba su presencia y pasaba de largo sin mirarla siquiera. Todo un talento el de Mezcla, sí, y quién sabía si era natural u otra cosa.

Azogue estaba gritando en la cocina. Se había metido allí para apaciguar a los dos cocineros, que se despreciaban el uno al otro, y terminó pasando lo que pasaba siempre, que Azogue entraba en guerra con

todo el mundo, incluyendo los aprendices y las ratas que se encogían bajo el mostrador. En unos momentos empezarían a volar utensilios y Rapiña tendría que arrastrarse hasta allí abajo.

Perlazul andaba... por alguna parte. Tenía por costumbre perderse por ahí, explorar los recovecos más oscuros del viejo templo.

Una noche, por tanto, como todas las demás.

Perlazul se encontró de repente en el sótano. Tenía su gracia lo a menudo que le ocurría aquello. Había sacado a rastras el cuarto tonel polvoriento del espacio que quedaba detrás de los estantes de madera. Los tres primeros los había ido probando durante la semana. Dos contenían vinagre y solo consiguió tomar unos sorbos cada vez. El otro tenía algo denso y alquitranado, olía a cedro o quizá a savia de pino; en cualquier caso solo había metido un dedo porque el sabor le había parecido casi más repugnante que el olor.

Esa vez, en cambio, sentía que iba a tener suerte. Espitó el tonel, se inclinó sobre él y lo olisqueó unas cuantas veces. ¿Cerveza rubia? ¿Negra? No es que ninguna de ellas durase mucho, ¿no? Pero ese tonel tenía el sello del templo grabado en la densa cera roja que cubría la tapa. Volvió a olisquear. Lupulado, sin duda, pero fresco, lo que implicaba... hechicería. Olisqueó una tercera vez.

Se las había visto con todo tipo de magia siendo mago de pelotón de los Abrasapuentes. Sí, tenía tantas historias que hasta ese bardo de cara avinagrada de ahí arriba se quedaría mudo de asombro con oír solo la mitad. Vamos, había esquivado la peor de las peores, las hechicerías que arrancaban la carne del hueso, que hacían hervir la sangre, que hacían que las pelotas de un hombre se hincharan como melones... Ah, no, esa vez había sido antes de alistarse, ¿verdad? Sí, la bruja y la hija de la bruja... Da igual. La cuestión es que era un perro viejo.

Y esto... Perlazul mojó un dedo y se lo metió en la boca... Oh, no había duda de que era magia. Algo ancestral, una insinuación de sangre (sí, ya había probado antes algo parecido).

—¿Eres tú, hermano Coven?

Se dio la vuelta y frunció el ceño al ver al fantasma cuya cabeza y hombros empezaban a surgir del suelo.

—¿Te parezco el hermano Coven? Estás muerto, llevas mucho tiempo muerto. Todo ha desaparecido, ¿me oyes? ¿Así que por qué no vas y haces tú lo propio?

—Olí la hoja —murmuró el fantasma, que empezaba a hundirse otra vez—. La olí...

No, decidió Perlazul, quizá no fuera buena idea ponerse a beber eso. No antes de que se hiciera algún tipo de análisis. Quizá Mazo podría ayudar. Vaya, ¿había metido la pata por abrir el tonel? Igual ahora se estropeaba. Sería mejor que se lo llevara arriba.

Perlazul suspiró, volvió a poner el tapón de madera y levantó el barril.

En la habitación de la esquina de la segunda planta, el desconocido que había reservado la habitación para esa noche terminó de quitar el último de los barrotes de la ventana. Después apagó el farol y cruzó el espacio que lo separaba de la puerta del pasillo, se agachó y se puso a escuchar.

Por la ventana, detrás de él, se coló el primero de los asesinos.

Mezcla, los ojos medio cerrados, observó a los cinco hombres que entraron; se movían todos en masa, medio ebrios, y discutían a voces sobre la última subida del precio del pan, las afirmaciones mal

articuladas interrumpidas por empujones y codazos, y qué maravilloso era, reflexionó Mezcla mientras los hombres entraban a trompicones en el bar, cómo la gente era capaz de quejarse sobre casi cualquier cosa como si la vida les fuera en ello.

A esos no los conocía, lo que significaba que seguramente habían visto el cartel iluminado por antorchas cuando regresaban de algún otro lugar y habían decidido que no estaban lo bastante borrachos; reparó en que iban mejor vestidos que la mayoría, nobles, casi con seguridad, con las habituales fanfarronadas y aire de invencibilidad y demás. Bueno, iban a gastarse allí las monedas y eso era lo que contaba.

Le dio otro sorbo a la sidra.

Azogue llevaba su espada corta en la mano mientras se escabullía hacia el fondo del más pequeño de los tres almacenes. Esa maldita rata de dos cabezas había vuelto. Sí, claro, nadie le creía, salvo quizá los dos cocineros, pero porque habían visto al maldito bicho, así que la única manera de demostrarles a los demás que existía era matar a esa miserable y enseñársela a todo el mundo.

Después podrían encurtirla en un tarro gigante y convertirla en una curiosidad que poner en la barra. Seguro que atraía clientes. ¡Rata de dos cabezas cazada en la cocina del Bar de K'rul! ¡Pasen y vean!

Eh, un momento..., ¿era esa la mejor propaganda? Tendría que preguntárselo a Rapiña.

Primero, claro, tenía que matar al bicho.

Se acercó un poco más, con sigilo, los ojos clavados en esa brecha oscura que había tras el último cajón de la izquierda.

Matar al bicho, sí. Pero sin cortarle ninguna de las dos cabezas.

Once figuras atestaron la habitación de la esquina de la planta de arriba. Tres sostenían dagas, incluido el hombre agachado junto a la puerta. Cuatro acunaban ballestas, los cuadrillos preparados. Los últimos cuatro, todos ellos muy grandes, empuñaban espadas y puñales, y bajo las camisas sueltas había una fina cota de malla.

El de la puerta oyó la discusión en el bar de abajo, acusaciones sobre el precio del pan (un tema ridículo, pensó el hombre otra vez, dado que esos hombres iban vestidos como segundo o tercerogénitos de algún noble), pero era obvio que nadie se había fijado en ese detalle. Las voces fuertes, sobre todo las que sonaban ebrias, tenían el don de ofuscar a las personas de su alrededor. De ofuscarlas con las cosas equivocadas.

Gracias a ello, todo el mundo estaba pendiente de aquellos aborrecibles vocingleros recién llegados, y era probable que al menos algunos de los objetivos también lo estuviesen, concentrados quizás en echar a los muy imbéciles o pedirles al menos que se moderaran un poco y todo lo demás.

Ya casi había llegado el momento...

Sentado en el taburete del estrado, el bardo dejó que los dedos fueran perdiendo las últimas notas que había tocado y se reclinó despacio mientras los nobles se dedicaban a discutir qué mesa iban a coger. Había de sobra donde elegir, así que el tema difícilmente merecía tanta vehemencia.

Los observó un buen rato, después dejó el instrumento en el suelo y se acercó al pichel y la jarra que lo esperaban en un lado del modesto escenario. Se sirvió un poco de cerveza y se apoyó en la pared mientras se la tomaba a sorbos.

Rapiña se levantó de su silla cuando se abrió la puerta tras ella. Se volvió.

—Mazo, menudo puñado de idiotas que acaba de entrar.

El sanador asintió.

—Darán problemas. ¿Has visto a Barathol o Chaur? Se suponía que iban a volver aquí, es más que probable que a estas alturas el Gremio ya se haya enterado de sus planes. Estoy pensando en acercarme hasta allí, por si acaso...

Rapiña levantó la mano, dos rápidas señales que hicieron callar a Mazo.

—Escúchalos —dijo la veterana con el ceño fruncido—. Esto no es normal.

Tras un momento, Mazo asintió.

—Será mejor que bajemos.

Rapiña se volvió y se apoyó en el alfeizar, entornó los ojos y miró hacia donde se sentaba Mezcla, y vio cómo aquellas piernas estiradas se replegaban.

—Mierda.

Era todo teatro. La conclusión llegó repentina y fría como un viento invernal. Alarmada, Mezcla se levantó de su silla y deslizó las manos bajo la capa impermeable.

Justo cuando la puerta de la calle se abrió una vez más.

Esa maldita rata se había colado bajo la puerta que llevaba al sótano; Azogue vio la cola escurridiza perderse con un meneo y maldijo entre dientes. Podría atraparla en las escaleras...

La puerta del sótano se abrió de golpe y allí estaba Perlazul, con un barril polvoriento en los brazos como si fuera un recién nacido.

—¿La viste? —preguntó Azogue.

—¿Ver qué?

—¡La rata de dos cabezas! ¡Acaba de meterse por debajo de esa puerta!

—Por los dioses del inframundo, Azogue. Déjalo ya, haz el favor. No hay ninguna rata de dos cabezas. Apártate, ¿quieres? Esto pesa.

Apartó de un empujón a Azogue y fue hacia la cocina.

Tres figuras embozadas entraron de la calle en el Bar de K'rul, ballestas en mano. Los cuadrillos saltaron de repente. Tras la barra, a Skevos, al que le había tocado turno esa noche, un cuadrillo lo empujó hacia atrás, se le clavó con un golpe seco en el pecho, destrozándole el esternón. Un segundo cuadrillo salió disparado hacia la ventana del despacho a la que se había asomado Rapiña, que se echó hacia atrás, pero si fue porque la alcanzó el cuadrillo o para esquivarlo no había forma de saberlo. El tercer cuadrillo alcanzó a Hedry, una sirvienta de quince años, le hizo dar vueltas y le volcó la bandeja de jarras.

Desde su posición más cerca del estrado, los cinco borrachos sacaron cuchillos y espadas de debajo de sus capas y se dispersaron dando machetazos a todo el que quedaba a su alcance.

Los chillidos llenaron el aire.

Mezcla se apartó de su mesa y se deslizó como el humo en medio de las tres figuras de la puerta. Los

cuchillos destellaron, asestaron tajadas, al hombre que quedaba delante de ella le abrieron la garganta, al que tenía a su izquierda le cortaron los tendones del brazo. Después se parapetó debajo del primer hombre al derrumbarse este hacia delante y al tercer asesino le clavó una de sus dagas en el pecho del tercer asesino. La punta atravesó la cota de malla y la hoja se partió. Mezcla puso la otra por delante con la punta hacia arriba y acuchilló al hombre entre las piernas. Cuando el hombre cayó, Mezcla arrancó el cuchillo y giró sobre sus talones para rajar la cara del segundo asesino. El hombre echó la cabeza hacia atrás para evitar la hoja y se golpeó contra una viga baja. Se oyó un fuerte crujido y el hombre se desplomó sobre unas rodillas que parecían no tener huesos. Mezcla lo acuchilló en un ojo.

La veterana oyó el disparo de una cuarta ballesta y algo la golpeó en el hombro izquierdo, girándola por la fuerza del impacto. El brazo por debajo de aquel hombre pareció desaparecer de repente, no sentía nada, y luego oyó el tintineo del cuchillo en el suelo al tiempo que el asesino que se había ocultado en la puerta se precipitaba hacia ella, tras haberse deshecho de la ballesta y sacado las dagas.

Mazo había abierto la puerta en el momento en el que Rapiña, que se había asomado a la ventana, lanzaba un grito sobresaltado. Un cuadrillo se incrustó en la pared a menos de un brazo de la cabeza del sanador, que se agachó y se abalanzó hacia el pasillo.

Se medio incorporó y vio figuras que salían en tromba de la esquina de su izquierda. Unas cuerdas emitieron un zumbido. Un cuadrillo lo golpeó en el estómago. El otro le desgarró la garganta. Cayó hacia atrás entre una oleada de sangre y dolor.

Echado de espaldas, Mazo oyó pisadas que se acercaban a toda prisa y se llevó la mano al cuello (no podía respirar), la sangre le inundaba los pulmones, estaba caliente y lo entumecía. Frenético, invocó Alto Denul...

Una sombra descendió sobre él, él alzó la cabeza y vio un rostro joven y pasivo, los ojos vacíos cuando surgió una daga.

Abre la puerta de una patada, Whiskeyjack...

Mazo observó la punta que bajaba con un destello.

Una punzada en el ojo derecho y luego todo fue oscuridad.

El asesino de Mazo se irguió, sacó la daga y, por un instante, se preguntó por aquella extraña sonrisa en la cara del muerto.

Al salir de la cocina, después de agacharse para esquivar la viga baja de la puerta que llevaba al bar, Perlazul oyó disparos de ballesta, gritos y luego el siseo de unas espadas al salir de sus vainas. Levantó la mirada.

Una daga le clavó la mano derecha al barril. Gritó de dolor y se tambaleó hacia atrás. Dos asesinos se abalanzaron sobre él, uno con un cuchillo, el otro con una espada larga de hoja fina.

El que llevaba el cuchillo iba delante, con el arma levantada.

Perlazul le escupió.

El glóbulo iridiscente se metamorfoseó en el aire, como por encanto, y se expandió hasta convertirse en una bola retorcida de serpientes. Una docena de mandíbulas con colmillos golpearon en la cara al asesino, que gritó y se la rebanó con su propio cuchillo.

Perlazul intentó dejar caer el barril, el peso le tiró del brazo, con la mano todavía clavada a la madera,

y dio un chillido ante el estallido repentino de dolor.

El hombre tuvo tiempo de alzar los ojos y ver la espada que le clavaban en la cara. Por un lado de la nariz, la punta perforando más y más arriba, llegando hasta el cerebro.

Azogue, que estaba en el umbral del sótano, oyó la riña que estallaba en el bar. Giró en redondo, soltó veinte maldiciones en catorce idiomas diferentes y sujetó bien la empuñadura de su espada corta. Dioses, allí fuera sonaba como una monstruosa matanza. ¡Necesitaba un maldito escudo!

Los cocineros y pinches se abalanzaron hacia la puerta de atrás, y de repente se empezaron a oír chillidos en el callejón que había al otro lado.

Azogue entró en tromba en el almacén que tenía a la izquierda. Recto hacia el cajón del fondo, bajo los pliegues de arpillera. Hizo palanca para abrir la tapa, sacó tres, cuatro fulleros y se los metió bajo la camisa. El quinto lo conservó en la mano izquierda. Después regresó a todo correr a la cocina.

Un cocinero y dos pinches, muchachas las dos, regresaban corriendo al interior, y Azogue vio formas embozadas que atestaban la puerta de atrás.

—¡Al suelo! —chilló al tiempo que arrojaba el fullero con fuerza por encima de la cabeza, justo detrás de los dos asesinos de la puerta. El fullero chocó contra el muro del callejón y explotó.

El veterano vio una bruma roja que estallaba alrededor de los dos asesinos que quedaban a la vista, como los mismísimos halos del Embozado. Los dos se derrumbaron boca abajo. Detrás, en el callejón, un coro de chillidos terribles. Azogue sacó otro fullero y corrió a la puerta. Poniéndose encima de las espaldas de los asesinos muertos, se asomó y arrojó la granada al callejón. Otra detonación brusca, fiera. Y dejaron de oírse gritos allí fuera.

—¡Tomad eso, bastardos hijos de puta!

Rapiña rodó por el suelo tras la estela de ese primer cuadrillo. Vio a Mazo abalanzarse hacia el pasillo y los disparos de las ballestas que lo derribaron. Con movimientos desesperados, sabiendo que el sanador era hombre muerto, Rapiña se arrojó contra la puerta del despacho y la cerró de golpe al tiempo que oía acercarse unas pisadas a toda prisa. Dejó caer el pestillo un latido antes de que algo pesado golpeará la sólida barrera y se fue hacia el cajón que había a los pies del escritorio.

Jugueteeó un momento con la llave —golpes atronadores en la puerta que tenía detrás, alboroto en el bar de abajo— antes de abrir por fin la cerradura y levantar la tapa. Sacó su pesada ballesta y un puñado de cuadrillos.

Oyó el eco de unos fulleros en la cocina y sonrió, pero era una sonrisa fría.

En pie una vez más, justo cuando la madera se astilló en la puerta, ella se precipitó hacia la ventana, a tiempo de ver que Mezcla caía al suelo por un cuadrillo en el hombro y que un asesino se lanzaba tras ella desde la puerta.

Fue un disparo de primera, el cuadrillo golpeó al hombre en plena frente y le proyectó la cabeza hacia atrás en una explosión de sangre, cráneo y sesos.

Después se giró sobre sus talones y regresó al cajón, encontró el único fullero que había metido allí y volvió a la ventana, saltó al alféizar y se quedó agazapada, en equilibrio. Justo debajo había una mesa. Dos cuerpos se desangraban junto a ella, con las piernas enredadas en las sillas volcadas, dos parroquianos inocentes, dos asiduos del bar que jamás le habían hecho daño a nadie, daban buenas propinas, siempre con una sonrisa...

La puerta se abrió tras ella con un gran estallido. Rapiña se giró y lanzó el fullero, después se dejó caer

desde el alfeizar. El crujido de la granada en el despacho, una llamada y humo cuando Rapiña aterrizó sobre la mesa.

Que estalló bajo ella. Se clavó una rodilla en la barbilla y sintió que le crujían los dientes cuando cayó de lado y golpeó uno de los cadáveres. Se las arregló para no soltar la ballesta, aunque los cuadrillos se desparramaron por el suelo.

Se sentó escupiendo sangre.

Mezcla vio a su atacante volando hacia atrás y vio cómo le cedía el cráneo por encima de los ojos. Se agachó y fue a coger el cuadrillo que tenía clavado en el hombro izquierdo. Tenía la punta incrustada en el cartílago, entre el hueso del brazo y la cuenca del hombro. Dejarlo allí dentro era quizá peor que arrancar el maldito trasto. Apretó los dientes y se lo sacó a tirones.

Y se desmayó.

Después de empujar a los supervivientes del personal de cocina de regreso al callejón, en el que ahora se apiñaban una docena de cadáveres destrozados, Azogue cruzó la habitación y por el camino cogió la tapa de hierro de una inmensa cacerola. En la entrada que llevaba al bar encontró a Perlazul, tan muerto como se podía estar en medio de un charco de cerveza, y justo tras él se arrodillaba un asesino que parecía haberse acuchillado él solo en la cara, que ahora era una maraña sin ojos de tajos y hendiduras. Estaba canturreando una melodía sin letra desde lo más hondo de la garganta.

El revés de Azogue partió el cráneo del malnacido. Soltó la espada de un tirón y se adelantó con cuidado.

Había oído otro maldito en el piso de arriba y luego el estruendo de muebles, pero ya no mucho más. Agazapado, con la espada lista, la tapa sujeta a modo de escudo, Azogue fue rodeando ese extremo de la barra.

Allí estaba Rapiña, de rodillas, justo delante, estirando el brazo para coger un cuadrillo del suelo y cargar deprisa el arma de reglamento de los marines. Mezcla yacía en el suelo sin moverse, cerca de la entrada del bar.

Azogue siseó.

Rapiña alzó la cabeza y encontró la mirada de Azogue. Hizo señas con una mano, seis gestos, y él asintió y respondió con dos.

Charcos de cerveza y sangre, unos gemidos débiles y dispersos.

Pisadas ligeras en el rellano al final de las escaleras.

Azogue dejó la espada en el suelo, sacó un fullero y se lo enseñó a Rapiña, que asintió y luego dio un rodeo con sigilo, utilizando lo que quedaba de la mesa de parapeto, y apuntó a las escaleras con la ballesta.

Cuando vio que su compañera estaba lista, Azogue levantó el escudo improvisado para cubrirse hombro y cabeza y salió a toda prisa hacia el último escalón. Y arrojó la granada hacia arriba.

Dos cuadrillos tintinearón contra la tapa de la cacerola, con ímpetu suficiente como para arrancársela de la mano. En ese mismo momento, una asesina, que se había abalanzado desde la mitad de las escaleras, se arrojó hacia él de un salto.

El cuadrillo de Rapiña alcanzó a la atacante en algún punto del abdomen que crispó su cuerpo en pleno vuelo. La mujer se estrelló contra el suelo justo cuando el fullero detonó cerca del rellano.

Y luego Azogue, espada en mano una vez más, se precipitó escaleras arriba. Rapiña salió disparada

tras él sacando su propia espada.

—¡Aparta de ahí con ese cuchillito! —le gruñó la veterana—. ¡Cúbreme de cerca! —Lo apartó cogiéndolo por un hombro y lo adelantó con un empujón.

Miembros que se crispaban en el montón de cuerpos del rellano, salpicaduras de sangre en las paredes... y también movimiento más allá, por el pasillo.

Rapiña trepó por encima de los muertos y moribundos del rellano, entró en el pasillo y al ver a tres asesinos que iban levantándose poco a poco, se lanzó a la carga.

Despachó en un momento a los tres aturridos atacantes, con Azogue cubriéndole la espalda.

Mezcla abrió los ojos y se preguntó por qué estaba tirada en el suelo. Intentó levantar el brazo izquierdo y ahogó un grito cuando sintió un latigazo de dolor rojo y caliente que la dejó medio ciega. Vaya, ahora se acordaba. Rodó hacia el lado ileso con un débil gemido y consiguió incorporarse hasta quedar sentada, después parpadeó para quitarse el sudor y cosas peores de los ojos.

La puerta del bar estaba abierta, uno de los goznes estaba roto.

En la calle vio por lo menos a media docena de figuras embozadas que se habían reunido y se estaban acercando sin ruido.

Mierda.

Desesperada, miró a su alrededor en busca del arma descartada más cercana. Consciente de que no tendría tiempo, consciente de que esta vez iban a acabar con ella. Aun así... vio un cuchillo y lo alcanzó.

Los seis asesinos se acercaron a la carrera.

Alguien se estrelló contra ellos desde lateral, alguien que soltaba un bramido que parecía el de un toro lacerado, y Mezcla miró de hito en hito a aquel hombre gigantesco... Chaur, blandiendo sus enormes puños. Las cabezas partidas hacia atrás con el cuello roto, los rostros machacados entre chorros de sangre...

Y después allí estaba Barathol, con un simple cuchillo en las manos, apuñalando a los tambaleantes asesinos, y Mezcla vio el miedo en los ojos del herrero, miedo por Chaur, pavor por lo que podría pasar si los asesinos se recuperaban...

Como estaban haciendo en ese momento.

Mezcla se puso en pie como pudo, recogió la daga del suelo y avanzó con paso vacilante...

Pero Azogue la apartó de un empujón. Le asestó un tajo al asesino más cercano con su espada corta, con una tapa de cacerola abollada para proteger su lado izquierdo.

Chaur, con los antebrazos acuchillados por cortes infligidos a la desesperada, levantó por los aires a un asesino y lo arrojó sobre los adoquines. Los huesos se partieron. Todavía aullando, cogió el cuerpo destrozado por un tobillo y lo izó en el aire, le dio una vuelta y lo soltó; el cuerpo chocó contra otro asesino y los dos cayeron al suelo. Barathol no tardó en abalanzarse sobre el primer hombre y le clavó el tacón de la bota en la sien. Los miembros se agitaron en un espasmo.

Azogue sacó su espada del pecho de un asesino y se preparó para el siguiente objetivo, después se irguió despacio.

Apoyada contra el marco de la puerta, Mezcla escupió en el suelo.

—Todos derribados, sargento —dijo.

Barathol envolvió a Chaur en un abrazo para calmarlo. Hilos de lágrimas recorrían las anchas mejillas de Chaur y todavía tenía los puños cerrados, como inmensos mazos ensangrentados al final de los brazos. Se había orinado encima.

Mezcla y Azogue vieron cómo el herrero abrazaba a su amigo con todas sus fuerzas, con necesidad y un

alivio descarnado, tan desnudo que los dos malazanos tuvieron que apartar la mirada.

Rapiña se acercó a Mezcla por detrás.

—¿Saldrás de esta? —preguntó.

—Como nueva en cuanto Mazo...

—No. Mazo no, amor.

Mezcla apretó los ojos con fuerza.

—Nos sorprendieron, Rapi —dijo—. Nos sorprendieron de verdad.

—Sí.

La otra echó un vistazo.

—¿Liquidaste a todos los del bar? Muy impresionante...

—No, yo no, pero están todos muertos. Cuatro de ellos justo a los pies del escenario. Parece que se abalanzaron sobre él.

¿Se abalanzaron sobre él? Pero quién estaba ahí arriba...

—¿Entonces perdemos a nuestro bardo?

—No lo sé —dijo Rapiña—. No lo vi.

Se abalanzaron sobre el escenario...

—También perdimos a Perlazul.

Mezcla cerró despacio los ojos por segunda vez. Oh, cómo dolía, y gran parte de ese dolor no era del que se podía coser. Nos sorprendieron.

—Rapiña.

—Masacraron a todo el mundo, Mezcla. Gente cuyo único delito fue la mala suerte de estar aquí esta noche. Skevos. Hedry, Larmas, la pequeña Boothal. Todo para quitarnos de en medio.

Calle arriba apareció un pelotón de la Guardia de la Ciudad con los faroles en ristre.

Con una escena como la que estaba contemplando Mezcla en esos momentos debería haber una multitud de curiosos, los hambrientos por ver personas heridas, moribundas, los que se alimentaban de cosas como aquellas. Pero no había nadie.

Porque aquello era obra del Gremio.

—Algunos todavía respiramos —dijo Mezcla—. Mala cosa esa. Dejar marines respirando todavía.

—Sí, muy mala cosa.

Mezcla conocía ese tono. Aun así, dudó. ¿Somos suficientes? ¿Nos queda suficiente dentro para hacer esto? ¿Todavía tenemos lo que hay que tener? Esa noche habían perdido un sanador y un mago. Habían perdido a los mejores. *Porque fuimos descuidados.*

Azogue se reunió con ellas mientras los guardias comenzaban a rodear a Barathol y Chaur.

—Rapi, Mezcla —dijo—, no sé vosotras, pero yo ahora mismo, dioses del inframundo, me siento viejo.

Se acercó un sargento de la guardia.

—¿Cómo de grave es ahí dentro?

Nadie parecía impaciente por responder.

Seis calles más allá, a un mundo de distancia, Navaja se encontraba en el patio delantero de una tienda que vendía lápidas y fachadas para criptas. Una colección de deidades estilizadas, ninguna de las cuales habían sido aprobadas por ningún templo todavía, suplicaban bendiciones sobre los futuros muertos. Beru y Ascuá, Soliel y Nerruse, Treach y el Caído, el Embozado y Fanderay, Mastín y tigre, jabalí y gusano. La tienda estaba cerrada y él contemplaba las piedras todavía sin tallar, a la espera de nombres de seres

queridos. Apoyada en uno de los muros bajos del patio había una hilera de sarcófagos de mármol, y contra el muro de enfrente había urnas altas de bocas acampanadas, cuellos estrechos y los cuerpos abombados; le recordaban a mujeres encintas... un nacimiento para la muerte, úteros para albergar todo cuanto quedaba de la carne mortal, hogar de los que iban a responder a la pregunta definitiva, la última pregunta: ¿Qué hay después? ¿Qué nos aguarda a todos? ¿De qué forma es la puerta que tengo delante? Había multitud de formas de preguntarlo, pero todas significaban lo mismo, y todas buscaban una única respuesta.

El lenguaje de la muerte era algo común. La muerte de una amistad. La muerte del amor. Cada una resonaba con esa irreversibilidad que aguardaba al final, pero eran ecos leves, fantasmales, ecos que representaban escenas de un teatro de marionetas, engullidas por sombras tornadizas. *Matar un amor. ¿Qué hay al otro lado? Vacío, frío, cenizas sin rumbo, pero ¿no se demuestra fértil? ¿Un lugar en el que se planta una nueva semilla, que encuentra la vida y se transforma en ella? ¿Es también así la verdadera muerte?*

Del polvo, una nueva semilla...

Un pensamiento agradable. Un pensamiento reconfortante.

La calle que tenía detrás estaba moderadamente concurrida, los últimos compradores nocturnos que se resistían a dar por terminado el día. Quizá no tenían nada por lo que volver a casa. Quizás ansiaban una compra más, con la vana esperanza de que llenara ese vacío que los carcomía por dentro.

Nadie se adentraba en ese patio, nadie quería que le recordaran lo que les aguardaba a todos. ¿Por qué, entonces, se había metido él allí? ¿Buscaba acaso una especie de consuelo, algún recordatorio de que a cada persona, en cualquier parte, le aguardaba el mismo final? Podías caminar, podías arrastrarte, podías precipitarte, pero jamás podías darte la vuelta y volver en la otra dirección, jamás podías escapar. Incluso con el tópico de que todo el dolor pertenecía a los vivos, los que quedaban atrás (enfrentándose a los espacios vacíos que una vez ocupó alguien), había una especie de calma serena. *Recorremos el mismo camino, algunos llegan más lejos, algunos menos, pero sigue siendo para siempre jamás el mismo sendero.*

Estaba, pues, la muerte del amor.

Y estaba, por desgracia, su asesinato.

—Azafrán Jovenmano.

Se dio la vuelta despacio. Había una mujer frente a él, vestida con refinamiento, una capa de armiño sobre los hombros. Rostro con forma de corazón, ojos lánguidos, labios pintados, y sí, él conocía ese rostro. Lo había conocido, una versión más joven, una versión infantil, quizá, pero no quedaba nada de esa niña, ni en los ojos, ni siquiera en la triste sonrisa de esos labios carnosos.

—Cáliz D'Arle.

Más tarde, Navaja recordaría ese momento, la sombría advertencia que encerraba el detalle de que, cuando él pronunció su viejo apellido, ella no lo corrigiera.

¿Habría cambiado las cosas una agudeza así? ¿Todo cuanto iba a ocurrir?

Muerte y asesinato, semillas en las cenizas, uno hace lo que hace. Sarcófagos abiertos. Urnas que resonaban huecas y oscuras. Superficies de piedra a la espera de un nombre, un dolor agazapado en la verja.

Tal era esa noche en la ciudad de Darujhistan.

Tal es la noche, en todas partes.

Capítulo 12

Dónde me alzaré
Cuando los muros se derrumben
Al este por donde sale sol
Al norte en el rostro del invierno
Al sur donde las estrellas nacen
Al oeste camino de la muerte

Dónde me alzaré
Cuando los vientos libren una guerra
Huyendo del amanecer
Aullando el aliento del hielo
Ampollados por la sonrisa del desierto
Polvorientos de las criptas

Dónde me alzaré
Cuando el mundo se desplome
Y por todos lados
Me quede expuesto
A armas infinita
De la oreada hueste

Dónde me alzaré siquiera
Contra tales fuerzas desatadas
Tambaleándome ante cada golpe
Cegado por tormentas de dolor
Y todo me lo quitan
Con tanta crueldad me lo arrebatan

No hablemos de valor
Ni de fortaleza de acero
Los dones de la sabiduría
Queman demasiado al tocarlos
El ansia de paz
Rompe el corazón

Donde me alzaré
En el polvo de una vida acabada

Rostro desnudo ante los pesares
Que sacuden el semblante conocido
Hasta que nadie salvo desconocidos
Observen mi caída

Nadie salvo desconocidos
Pescador Kel Tath

Los majestuosos árboles con sus troncos negros y hojas del color de la medianoche formaban un rugoso círculo que rodeaba el Ejido Suruth. Desde el centro de aquel inmenso claro se podía, al encarar el norte, ver las torres de la Ciudadela, sus estilizadas líneas eran un eco de esos árboles sagrados. Había llegado el otoño y el aire estaba impregnado de las hebras del granadillo negro.

Las grandes forjas del oeste iluminaban con una luz carmesí las hediondas nubes que pendían sobre ellos, de modo que parecía que un lado de Kharkanas estaba en llamas. Una eterna lluvia de ceniza plagaba las inmensas fábricas diseminadas por todas partes, nada tan dulce como esas rizadas motas para marcar la llegada de la estación fría.

Dentro del refugio del Ejido Suruth, el reino marchito de las fábricas parecía a mundos de distancia. Espesos lechos de musgo recubrían los adoquines del claro y silenciaban las botas de Endest Silann, cuyos pasos lo llevaron al altar cóncavo que se situaba en el corazón mismo del claro. No vio a nadie más por allí, no era época de festividades. No era momento para celebraciones de ningún tipo. Se preguntó si los árboles percibían su presencia, si eran capaces de concentrarse de algún modo en él, conscientes gracias a los remolinos de aire, a la exudación de aliento y calor.

Había leído en una ocasión un tratado de un erudito que describía la relación química entre plantas y animales. El lenguaje era aséptico, como solía ser en ese tipo de empeños académicos, pero Endest recordaba haber cerrado el libro y haberse recostado en su sillón. La idea de que podía acercarse a una planta, un árbol, incluso a un granadillo negro, y bendecirlo con su propio aliento; un regalo de aire agriado por los pulmones que podía vivificar al árbol, que podía de verdad dar salud y vigor, dar la vida en sí... Ah, eso sí que era un prodigio, uno que, por un momento, calmó la tumultuosa vorágine que era el alma de aquel hombre.

De eso hacía mucho, pero a veces sentía que para él ya se había acabado el repartir obsequios.

Estaba solo delante del antiguo altar. La fina lluvia de la noche anterior había formado un charco poco profundo en el cuenco del basalto. Se contaba que los andii provenían de los bosques y de sus claros naturales, nacidos para dar aliento a la madera sagrada y que la primera caída de su pueblo se había producido en el momento en que salieron de allí para poner la primera piedra tallada de esta ciudad.

¿Cuántos fracasos habían sucedido desde entonces? El Ejido Suruth era el último trozo de bosque que quedaba en todo Kharkanas. Incluso el granadillo negro había alimentado las grandes forjas.

No tenía ningún deseo de mirar al oeste. Algo aparte de ese llameante resplandor lo inquietaba. El delirio de esas fábricas: estaban haciendo armas. Armaduras. Se estaban preparando para la guerra.

Lo había enviado allí la suma sacerdotisa. «Sé testigo», le había dicho. Y eso haría. Los ojos del Templo, del sacerdocio, debían permanecer abiertos, conscientes, sin perderse nada en esos peligrosos tiempos. Que lo hubiera elegido a él por encima de otros (o incluso de sí misma) no era una muestra de respeto. Su presencia era política, su modesto rango, una expresión intencionada del desprecio del Templo.

«Sé testigo, Endest Silann. Pero permanece en silencio. Eres una presencia, ¿lo entiendes?»

Lo entendía.

Aparecieron casi al mismo tiempo, uno por el norte, uno por el este y uno por el sur. Tres hermanos. Tres hijos. Iba a ser una reunión de sangre, y sí, les molestaría su presencia, pues él no pertenecía allí. No, el Templo no pertenecía a ese lugar. ¿Le ordenarían marcharse?

Los árboles rezumaban la promesa de una nueva estación de vida, una estación que nunca llegaría, ya no quedaba lugar alguno en el que las hebras pudieran echar raíces, no en varias leguas a la redonda. El río se llevaría millones, pero ni siquiera esos finos hilos negros podían flotar en sus aguas, así que lo que el río se llevaba, el río se guardaba, enterrado en los estériles sedimentos de Dorssan Ryl. *Nuestro aliento debía dar vida, no quitarla. Nuestro aliento era un regalo, y en ese regalo el granadillo negro solo encontró traición.*

Ese era y es nuestro crimen, y era y sigue siendo imperdonable.

—Buenas noches, sacerdote —dijo Andarist, que luego añadió—: Anomander, parece que tenías razón.

—No era difícil de predecir —respondió Anomander—. El Templo me vigila igual que un hatajo de rholes vigila a un ginaf moribundo.

Endest parpadeó. El último ginaf salvaje había desaparecido hacía un siglo, las manadas de lomos plateados ya no cruzaban con un fragor las llanuras meridionales; y estos días las bandadas de rholes solo sobrevolaban los campos de batalla y ningún otro lugar, y no, no se morían de hambre. ¿Eres el último, mi señor? ¿Es eso lo que estás diciendo? Que Madre me bendiga, nunca sé lo que dices. Nadie lo sabe. Compartimos idioma, pero no significado.

El tercer hermano permanecía en silencio, los ojos rojos clavados en las forjas bajo el cielo occidental.

—El choque entre Drethdenan y Vanut Degalla llega a su fin —dijo Andarist—. Quizá sea hora...

—¿Deberíamos estar hablando de esto? —interrumpió Silchas Ruina, que se volvió al fin para mirar a Endest Silann—. Nada de esto es asunto del Templo. Y menos de un patético acólito de tercer nivel.

Anomander no parecía demasiado interesado en prestar atención a Endest Silann. Frente a la beligerancia de su hermano, él simplemente se encogió de hombros.

—De este modo, Silchas, quizá podamos asegurarnos de que el Templo sigue siendo... neutral.

—¿Desvelándole todas nuestras intenciones? ¿Por qué iba el Templo a tener fe en nosotros? ¿Qué nos hace a nosotros tres más dignos de confianza que, digamos, Manalle o Hish Tulla?

—Para eso hay una respuesta obvia —dijo Andarist—. ¿Sacerdote?

Podía negarse a responder. Podía fingir ignorancia. No era más que un acólito de tercer nivel, al fin y al cabo. Pero contestó.

—Vosotros tres no estáis aquí intentando mataros unos a otros.

Andarist le sonrió a Silchas Ruina.

Que puso un gesto ceñudo y apartó la mirada de nuevo.

—Tenemos cosas que debatir —dijo Anomander—. ¿Andarist?

—Ya he enviado representantes a ambos campamentos. Una oferta de mediación. Insinuaciones veladas de posibles alianzas contra el resto de vosotros. La clave será que consigamos meter a Drethdenan y Vanut en la misma habitación con las armas envainadas.

—¿Silchas?

—Tanto Hish como Manalle se han adherido a nuestro pacto. Manalle todavía me preocupa, hermanos. No es ninguna estúpida...

—¿Y acaso Hish lo es? —se rio Andarist, una risa irritantemente despreocupada, dado que era la traición de lo que estaban discutiendo.

—Hish Tulla no es sutil. Sus deseos son evidentes. Es justo lo que todos dicen: nunca miente. No,

Manalle es desconfiado. Después de todo, estoy hablando del mayor crimen de todos, el derramamiento de sangre de un familiar. —Hizo una pausa, miró a Anomander, y de repente el rostro se le transformó. Había inquietud, perplejidad y brillaba de terror—. Anomander —susurró—, ¿qué estamos haciendo?

Los rasgos de Anomander se endurecieron.

—Somos lo bastante fuertes como para sobrevivir. Ya lo verás. —Después miró a Andarist—. El que nos romperá el corazón se encuentra ante nosotros. Andarist, que elige apartarse.

—¿Así que fue una elección? —Le respondió un silencio demoledor ante el que se echó a reír de nuevo—. Sí, lo fue. Uno de nosotros... ha de hacerlo, al menos uno de nosotros, y no tengo deseo alguno de seguir vuestro sendero. Yo no tengo valor para algo así. Ni valor ni la... despiadada locura. No, hermanos, la mía es la tarea más fácil, yo no he de hacer nada.

—Hasta que yo te traicione —dijo Silchas, y a Endest le impresionó ver que al gran señor de piel blanca se le habían humedecido los ojos.

—No queda otra salida —dijo Andarist.

Siglos que dieron paso a milenios, y Endest Silann se preguntaría —y nunca lo sabría de verdad— si todo cuanto sucedió después fue lo que aquellos tres habían planeado. Valor, lo había llamado Andarist. Y... despiadada locura... por la Madre, sí, semejante destrucción, la pura osadía de la traición, ¿era posible que hablaran en serio?

La siguiente vez que Anomander se había encontrado con Endest Silann había sido en el puente a los pies de la Ciudadela, y en sus palabras dejó claro que no había reconocido en él al hombre que habían enviado para presenciar su encuentro con sus hermanos. Un extraño descuido para alguien como Anomander. Aunque indudablemente el gran señor tenía otras cosas en la cabeza en ese momento.

Endest Silann había contado a la suma sacerdotisa su versión de lo ocurrido en aquel aciago encuentro. Y tras relatar los detalles de la traición, tal como se podían colegir de lo que había oído (todas las implicaciones) había esperado encontrar indignación en el rostro de la mujer. En su lugar —y, pensaría él después, con un simbolismo profético— la suma sacerdotisa le había dado la espalda.

Ninguna tormenta amenazaba en el cielo entonces. Nada que insinuara lo que estaba por venir. Los granadillos negros del Ejido Suruth habían vivido dos milenios, quizá más, y cada estación derramaban sus semillas alargadas al viento. Sin embargo, la próxima vez que él contemplase aquellos majestuosos árboles, estarían ardiendo.

—Te has quedado muy callado, viejo amigo.

Endest Silann levantó la mirada de las llamas agonizantes. La llegada del amanecer estaba muy próxima.

—Empecé a recordar... el modo en que la madera se desmenuza hasta desintegrarse.

—La liberación de energía. Quizá una forma mejor de verlo.

—Una liberación que siempre es mortal.

—Entre las plantas, sí —dijo Caladan Brood.

Entre las plantas...

—Pienso en el aliento que les damos, nuestro regalo.

—Y el aliento que devuelven —dijo el caudillo— que arde si se toca. Soy afortunado, creo —continuó—, porque no sé apreciar la ironía.

—Es un falso regalo, pues con él reclamamos la propiedad. Como mercaderes deshonestos, todos y cada uno de nosotros. Entregamos para después poder justificar que se lo quitamos. He llegado a creer que ese intercambio es el principio fundamental de nuestra relación... con todo en el mundo. Cualquiera

mundo. Humano, andii, edur, liosan, imass, barghastiano, jaghut...

—Jaghut, no —interpuso Caladan Brood.

—Ah —dijo Endest Silann—. Sé poco de ellos, en realidad. ¿Cuál fue entonces su trato?

—¿Entre ellos y el mundo? Ni siquiera sé si es posible una explicación, o por lo menos dentro de los límites de mi escaso entendimiento. Hasta que forjaron el hielo (para defenderse de los imass), los jghut dieron mucho más de lo que tomaron. Salvo los tiranos, por supuesto, lo que convirtió esa tiranía en algo mucho más reproducible a ojos de otros jaghut.

—Así que eran intendentés.

—No. La noción de intendentés implica superioridad. Una cierta arrogancia.

—Y merecida, desde luego, puesto que existe el poder de destruir.

—Bueno, la ilusión de poder, diría yo, Endest. Después de todo, si destruyes las cosas que te rodean, al final te destruyes a ti mismo. Es la arrogancia lo que impone una especie de separación, y de ahí la idea de que podemos modelar y remodelar el mundo para que encaje con nuestros propósitos, y que podemos «usarlo», como si no fuera más que una herramienta viva compuesta por millones de partes. — Se calló y sacudió la cabeza—. ¿Ves? Ya me duele el cráneo.

—Solo por la verdad, creo —dijo Endest Silann—. Así que los jaghut no se veían como intendentés. Ni como parásitos. ¿Carecían de arrogancia? Eso se me antoja extraordinario, caudillo. Es más, escapa a mi comprensión.

—Compartían este mundo con los forkrul assail, que eran sus opuestos. Eran testigos de la manifestación más pura de arrogancia y separación.

—¿Hubo guerra?

Caladan Brood guardó un silencio tan prolongado que Endest empezó a creer que no había ninguna respuesta en camino, pero después alzó la mirada y sus salvajes ojos resplandecieron en las llamas mortecinas de la hoguera.

—¿«Hubo»?

Endest Silann miró fijamente a su viejo amigo, y dejó salir su aliento en un lento siseo.

—Dioses del inframundo, Caladan. Ninguna guerra puede durar tanto tiempo.

—Puede, cuando el rostro del ejército es irrelevante.

La revelación era... monstruosa. Demencial.

—¿Dónde?

La sonrisa del caudillo no mostró alegría.

—Muy lejos de aquí, amigo mío, y casi mejor. De lo contrario, imagina lo que tu señor podría decidir.

Intervendría. No sería capaz de reprimirse.

Caladan Brood se levantó entonces.

—Tenemos compañía.

Un momento después, en el cielo, el aleteo pesado en la oscuridad clareante, y Endest Silann levantó la mirada y vio a Arpía, ahora con las alas dobladas, surcando caprichosas corrientes de aire para descender y posarse entre las piedras, que esparció en su aterrizaje, justo al borde de donde acababa la luz de la hoguera.

—¡Huelo pescado!

—No sabía que tu especie era capaz de oler —dijo Caladan Brood.

—Qué zoquete tan gracioso, aunque hay que reconocer que nuestros ojos son el verdadero don de la perfección... entre muchos otros, todo sea dicho. Bueno, los Grandes Cuervos son un dechado de excelencia... ¿Y eso que veo son raspas limpias? Claro que las veo, con una descorazonadora certeza... groseras criaturas, ¡no me habéis dejado nada!

Se acercó dando saltitos y miró a los dos hombres primero con un ojo y luego con el otro.

—¿Una conversación desagradable? Me alegra mi interrupción. Endest Silann, tu señor te reclama. Caladan Brood, a ti no. Hale, ¡mensajes entregados! ¡Ahora quiero comida!

Harak huyó a través de Noche. Viejas calles derruidas, en las que habían retirado todos los escombros del asedio salvo por los pedazos de los bloques de piedras talladas; se metió por estrechos y tortuosos callejones, donde la basura apilada llegaba casi hasta las rodillas; cruzó edificios derrumbados, trepando como una araña. Sabía que Thove estaba muerto. Sabía que Bucch estaba muerto, y media docena de conspiradores más. Todos muertos. Los asesinos habían saltado sobre ellos. Tiste andii, sospechaba, una especie de patrulla secreta que se introducía en las células y masacraba a cada liberador al que podía dar caza.

Él siempre había sabido que esos engendros inhumanos del demonio eran de todo menos los inocentes y benignos habitantes que fingían ser; oh, sí, estaban plagados de terribles secretos. Planes de esclavitud y opresión, de tiranía, no solo para Coral Negro, sino más lejos incluso, hasta las ciudades cercanas; allá donde encontraran humanos, los tiste andii arrojaban miradas codiciosas. Y ya tenía la prueba.

Alguien iba tras él, seguía su rastro con la premeditada malicia de un gran felino, él todavía no había alcanzado a ver al asesino, pero eso no era nada extraño en un mundo como el de Noche. Los tiste andii eran muy hábiles en su reino de Oscuridad, mortíferos como serpientes.

Tenía que llegar hasta el túmulo. Tenía que llegar hasta Gradithan. Una vez allí, Harak sabía que estaría a salvo. Había que advertirlos y habría que pensar nuevos planes. Harak sabía que él bien podría ser el último que quedara en Coral Negro.

Permaneció en las zonas más destruidas de la ciudad, procurando dar un rodeo o, si eso fallaba, salir por la puerta de la ciudad que daba a las arboladas colinas —donde habían resistido los malditos Abrasapuentes, matando a miles con vil hechicería y municiones moranthianas—; vamos, la ladera entera seguía siendo nada más que pedazos de árboles carbonizados, fragmentos de armaduras destrozadas, alguna que otra bota de cuero y, aquí y allá, entre la tierra muerta, los restos de unos huesos que sobresalían. Si pudiera llegar hasta allí, si pudiera encontrar un sendero que lo llevara a Día, por fin estaría a salvo.

Esta última opción le iba pareciendo cada vez más atractiva, pues no estaba demasiado lejos de la puerta y esas sombras infernales y la interminable penumbra del lugar no lo ayudaban en nada; los tiste andii podían ver en la oscuridad, después de todo, mientras que él iba dando traspiés, medio ciego.

Oyó moverse una roca en los escombros detrás de él, a menos de treinta pasos de distancia. Con el corazón acelerado, Harak fijó los ojos en la puerta. Había quedado destrozada en el asedio, pero se había despejado hasta dejar una suerte de sendero que la atravesaba y que conducía a la calzada elevada que rodeaba la parte interior de la ciudad. Entornó la mirada, pero no distinguió ninguna figura rezagada cerca de la puerta.

Veinte pasos más. Apretó el paso y, una vez en la avenida despejada, echó a correr hacia la abertura en la muralla.

¿Eran pasos lo que oía tras él? No se atrevía a girarse.

¡Corre! ¡Malditas sean mis piernas... corre!

Por el sendero que serpenteaba entre pilas de mampostería rota, y ¡fuera de la ciudad!

Subió por la ladera hasta la calzada elevada, una carrera a través rápida y frenética, luego bajó a las rocas caídas en la base de la asolada ladera. Tierra machacada, sepulturas improvisadas, raíces enmarañadas y ramas muertas. Gimoteando, emprendió la escalada, lleno de heridas y arañazos, tosiendo

por culpa del polvo de corteza muerta de pino.

Y allí, cerca de la cima, ¿era luz del sol lo que veía? Sí. Ya casi estaba amaneciendo, después de todo. Sol... ¡bendita luz!

Una rápida mirada atrás no reveló nada, era incapaz de distinguir lo que podría estar susurrando en los escombros de allá abajo.

Iba a conseguirlo.

Harak subió gateando los últimos metros y se sumergió en el frío aire matinal, en los haces de rayos dorados, y una figura surgió en su camino. Un talwar salió disparado. El rostro de Harak tenía una expresión de asombro que quedó allí congelada cuando su cabeza se separó de los hombros, rebotó y se precipitó ladera abajo, hasta depositarse cerca de un montón de huesos rotos blanqueados por el sol. El cuerpo cayó de rodillas, al borde mismo de la vieja trinchera cavada por los Abrasapuentes, y allí se quedó.

Vidente limpió la hoja y envainó el arma. ¿Ese era el último de todos? Eso creía. La ciudad... purificada. Quedaban solo los del túmulo. Esos persistirían un tiempo, ignorantes de que en Coral Negro había cambiado todo.

Estaba cansado, la cacería le había llevado más tiempo de lo que esperaba. Sí, descansaría un poco. Vidente miró a su alrededor, estudió la trinchera desigual que los zapadores habían conseguido abrir con poco más que unas palas plegables. Y le impresionó. Como soldados eran una clase aparte, esos malazanos.

Pero el bosque iba recuperando hasta eso.

Se sentó a unos pasos del cadáver arrodillado y apoyó la cabeza en las manos enguantadas. Olió el cuero, el sudor y la sangre vieja. Los olores de su pasado, que ahora habían vuelto. En su mente reverberaban ecos, el crujido de las armaduras y las vainas al rozar los muslos. Urdomen marchando en fila, los visores de sus grandes yelmos bajados para ocultar los ojos enfebrecidos. Cuadros de betaklites formando fuera de la ciudad, preparándose para atacar en el norte. Escaramuzadores scalandi y tenescowri, las multitudes hambrientas, desesperadas como un enseñar de dientes. Recordaba aquella masa, moviéndose a empujones, ondulaciones y cargas en la llanura, el modo en que cada oleada dejaba cuerpos a su paso (los más débiles, los moribundos) y cómo se formaban remolinos a su alrededor cuando los que estaban más cerca se echaban hacia atrás para luego descender sobre sus desventurados compañeros.

Cuando no había nadie más, el ejército se devoraba a sí mismo. Y él se había limitado a observar, imperturbable, envuelto en su armadura, oliendo el hierro, el cuero, el sudor y la sangre.

Los soldados que habían luchado en una guerra justa (o al menos una que vieran como justa) podían aferrarse a su sentido del orgullo, a que cada sacrificio merecía la pena. Y así fortalecidos, podían olvidar, encontrar una nueva vida, una vida distinta. Y por muy grotescas que fueran las injusticias del mundo que los rodeaba, el mundo del presente, el veterano o la veterana podía aferrarse a la santidad de todo por lo que habían pasado.

Pero luchar en una guerra injusta... eso era diferente. Y si uno tenía algún tipo de conciencia, no había forma de escapar de los crímenes cometidos, de la sangre en las manos, de la pura locura de ese tiempo, cuando el honor era una mentira, el deber un arma del silencio y hasta el valor algo abyecto y manchado. De repente ya no había defensa contra la injusticia, no se podía hallar refugio en los recuerdos de un tiempo justo. Y así la rabia iba creciendo, llenando cada resquicio hasta convertirse en ira. No había forma de darle voz, no había modo de liberarla, y la presión se acumulaba. Cuando desbordaba al fin, el suicidio parecía la alternativa más fácil, la única salida real.

Vidente comprendía la lógica de todo ello, pero la lógica no bastaba. Cualquiera podía acorralarse en

un razonamiento y justificar así haberse rendido. Más fácil si cabe cuando el valor mismo era vulnerable al abuso y a la sórdida burla. Porque, al fin y al cabo, perseverar, seguir viviendo, exigía valor, y eso solo era posible cuando la virtud seguía siendo digna de respeto.

Vidente alzó la cabeza y miró con furia el cadáver decapitado.

—¿Comprendes lo que digo, Harak? ¿Entiendes ya por fin que la sola existencia de gente como tú me da una razón para seguir viviendo? Porque tú le pones cara a mi rabia, y mi espada, bueno, mi espada está hambrienta de caras. —Era eso o dejar que la furia de su interior le devorara el alma. No, mejor conseguir que la cara que rebanase fuese la de otro, no la suya. Encontrarlos a todos, uno tras otro. La justicia era tan débil. Los corrompidos ganaban, los puros de corazón fracasaban y caían al borde del camino. La corrupción y la codicia se pavoneaban triunfantes por encima de la responsabilidad y la compasión. Podía luchar contra eso, y esa lucha ni siquiera tenía que ser en su propio nombre. Podía luchar por Coral Negro, por los tiste andii, por la humanidad.

Hasta por el Redentor... *No, eso no puede ser. Lo que hago aquí jamás puede sanarse, no puede haber redención para mí. Jamás. Tienes que entenderlo. Todos vosotros tenéis que entenderlo.*

Se dio cuenta que estaba suplicando, pero ¿a quién? No lo sabía. *Nos pusieron en una situación imposible y, al menos para nosotros, el tirano responsable está muerto, se le ha castigado. Podría haber sido peor, podría haber escapado al castigo, a la justicia.*

La guerra producía un trauma. Algunas personas sobrevivían, otras quedaban para siempre atrapadas en él. Y para muchas de ellas, esta circunstancia no era un fracaso por su parte. Ni una forma de enfermedad, o locura. Era, en realidad, la consecuencia de la incapacidad de una persona profundamente moral de reconciliar los conflictos que había en su alma. Ningún sanador podía sanar eso, porque no había nada que sanar. No había elixir que eliminase esa enfermedad. Ni un bálsamo que borrara las cicatrices. La única reconciliación posible era hacer que los responsables pagasen por ello, ver cómo se enfrentaban a la justicia. Y con demasiada frecuencia la historia demostraba que muy pocas veces se pagaba por nada. Y por eso los veteranos no se recuperan de sus heridas, sus cicatrices nunca se desvanecen, la rabia nunca se apaga.

Eso era lo que Vidente había llegado a creer, y sabía bien que lo que estaba haciendo allí, con el arma en la mano, no resolvía el conflicto de su interior. Él era tan imperfecto como cualquiera y por muy ardiente que fuera su rabia, su legítima furia, él no podía impartir una justicia pura, inmaculada, porque eso era algo colectivo, una parte integral de la identidad de un pueblo. Algo así debía ser un acto de la sociedad, de la civilización. *No de la sociedad tiste andii, está claro que no querrán aceptar esa carga, no accederán a impartir justicia en nuestro nombre, en nombre de nosotros humanos, ni tampoco debería esperarse que lo hicieran. Y por tanto... aquí estoy, y oigo llorar al Redentor.*

Uno no puede asesinar en nombre de la justicia.

Irreconciliable. Lo que había sido, lo que era ahora. Las cosas que había hecho y todo lo que estaba haciendo allí, en ese momento.

El usurpador en potencia estaba arrodillado a su lado, decapitado en un acto amargamente simbólico. Pero era un símbolo turbio, complejo. Y él solo podía encontrar una verdad en todo aquello.

Las cabezas ruedan colina abajo.

Quizá suceda que, al creer en la posibilidad de la redención, las personas hagan el mal por voluntad propia. La redención aguarda, como una puerta lateral, en el tribunal frente al que nos presentaremos al final. Ni siquiera se exige el pago de una multa, solo esa vacía negociación que absuelve de la responsabilidad. Un apretón de manos y fuera, por la puerta lateral, bajo la benévola mirada del juez.

Culpabilidad y consecuencias esquivadas a la perfección.

Oh, Salind no había duda de que Salind estaba en crisis. Una reducción de argumentos hasta que se impugnaba la propia idea de la redención. El Redentor lo abrazaba y lo asimilaba todo. De forma incondicional, entregando la absolución como si careciera de valor, como si fuera inútil, mientras que la recompensa para aquellos que recibían su abrazo era un regalo mayor que el tesoro de un tirano.

¿Dónde quedaba la justicia en todo eso? ¿Dónde estaba el castigo por los crímenes cometidos, la condena por los males cometidos? *No hay en esto ninguna brújula moral. Tampoco es que haga falta, pues cada sendero lleva al mismo lugar, aquel en el que se reparten las bendiciones y no se hacen preguntas.*

El culto del Redentor... es una abominación.

Ella había empezado a entender cómo nacían los sacerdocios, la necesidad de un proceder regulado, de normas y prohibiciones, el filtro moral definido por unas nociones aceptadas de justicia. Y, sin embargo, comprendía también lo tremendamente peligrosa que podía llegar a ser una institución así, como árbitros de la moralidad, como dispensadores de justicia. Rostros como buitres encapuchados que vigilan la puerta del tribunal y eligen quién entra y quién no. ¿Cuánto tiempo ha de pasar antes de que cambie de manos la primera bolsa de plata? ¿Cuánto tiempo ha de pasar antes de que el primer criminal reprochable compre su pasaje a los brazos de ese Redentor ciego que nada pregunta?

Ella podía conformar una Iglesia así, podía formalizar el culto y convertirlo en una religión, y podía imponer un sentido de la justicia duro, inflexible. ¿Pero qué había de la siguiente generación de sacerdotes y sacerdotisas? ¿Y la que llegara después, y la siguiente? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que esas duras reglas convirtieran la Iglesia en una tiranía hipócrita que comerciaba con el poder? ¿Cuánto tardaría en llegar la corrupción, si el núcleo oculto de la religión es el simple hecho de que el Redentor abraza a todo aquel que se presenta ante él? Un hecho que prácticamente engendra el cinismo en el sacerdocio, y a partir de ese cinismo la codicia secular resultaría inevitable.

Esta pérdida no era solo una pérdida de fe en el Redentor. Era una pérdida de fe en la religión en sí.

Sus plegarias tocaron una presencia, las calentó el aliento cercano de un inmortal. Y ella le rogó a esa fuerza. Clamó. Exigió. Insistió en tener una explicación, respuestas.

Y él envolvió toda su rabia con su abrazo, como abrazaba todo lo demás. Y eso estaba mal.

La palabra «oscurantista» tenía dos significados. Uno era peyorativo, una forma de hosca ignorancia. Otro era un honor concedido por el servicio a un rey o reina. Era este último significado el que se había aplicado a Vidente, un título de respeto.

Había una tercera definición, una específica de Coral Negro y del propio Vidente. Él moraba en Noche, después de todo, donde la Oscuridad no era ignorancia, sino una profunda sabiduría, un conocimiento antiguo, simbólico del nacimiento mismo de la existencia, el primer útero del que había nacido todo lo demás. Moraba en Noche, así pues, y durante un tiempo había hecho peregrinaciones diarias al túmulo de las riquezas prohibidas, una procesión de renacimiento compuesta por un solo hombre que Salind solo ahora comenzaba a comprender.

Vidente era, en realidad, el menos ignorante de todos. ¿Había conocido a Itkovian en vida? Pensaba que no. Es más, habría sido imposible. Así que lo que había atraído a Vidente al culto había ocurrido después, tras la muerte de Itkovian, tras su ascensión. Por tanto, una crisis personal, una necesidad que intentaba aliviar con plegarias diarias.

Pero... ¿por qué molestarse? El Redentor no rechazaba a nadie. La bendición y el perdón eran una certeza. El regateo era una farsa. Vidente solo habría tenido que hacer esa procesión una vez y con eso habría acabado.

Si nadie se hubiera enfrentado a él, todavía estaría haciendo su peregrinaje diario, como un animal

golpeándose la cabeza contra los barrotes de una jaula y, en un lado, inobservada, la puerta abierta de par en par.

¿Era eso significativo? Vidente no quería el abrazo del Redentor. No, la redención que buscaba era de una naturaleza diferente.

La necesidad la sacó de la cama del templo y la empujó a Noche. Se sentía débil, mareada, y los duros adoquines parecían drenar asombrosas cantidades de energía a cada paso que daba. Envuelta en una manta, sin prestar atención a aquellos junto a los que pasaba, atravesó la ciudad.

El túmulo y el tesoro que nadie se atrevía a tocar tenían significado. La negativa de Vidente a escoger el camino fácil tenía significado. Lo tenían también sus plegarias, que o bien pedían algo que el Redentor no podía conceder, o no pedían nada. El abrazo del redentor guardaba un secreto, guardaba algo oculto, quizá incluso engañoso. Absorbía delitos y defectos y los acogía en su seno... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta la muerte del redimido? ¿Y luego qué? ¿Le esperaba un juicio oculto a cada alma?

¿Cuánta desesperación se ocultaba dentro de todas y cada una de las plegarias pronunciadas? La esperanza de una bendición, de paz, de la sensación de que algo más grande que uno mismo reconociese a ese desventurado ser, y pudiera, de hecho, alterar toda la realidad de acuerdo con nuestros deseos. ¿Las plegarias no eran más que un intento de regatear? ¿Una patética aserción de alguna clase de reciprocidad?

Bueno, ella no iba a regatear. No, ella tenía preguntas, y quería respuestas. Exigía respuestas. Si la fe que se entregaba a un dios procedía solo de deseos egoístas, entonces no era menos despreciable que la simple codicia. Si entregar el alma a un dios era, de hecho, una renuncia a la voluntad, entonces esa alma no valía nada, era una esclava voluntaria para quien la libertad (y toda la responsabilidad que implicaba) era anatema.

Se encontró atravesando la puerta a trompicones, y tomando el camino que Vidente antes recorría a diario. Había empezado a llover, las gotas ligeras, frías sobre su frente febril, dulces como lágrimas en sus ojos. No había mucho que creciera a ambos lados del camino, ni siquiera las extrañas plantas andianas que se podían encontrar en los jardines amurallados y en los de las azoteas. La luna moribunda había salpicado ese lugar de agua salada, un aguacero que dejaba restos como de costra blanca, como una piel agrietada en la tierra yerma.

Podía oler el mar alzándose a su alrededor mientras avanzaba con paso tambaleante.

Y, luego, de repente, se topó con la luz del día, los rayos de sol entraban inclinados desde el este mientras que una única nube gris pendía justo encima, la lluvia era una centelleante tracería de vetas oblicuas.

Con los pies desnudos resbalándole sobre los adoquines del camino, Salind siguió andando. Alcanzó a ver el túmulo más adelante, resplandeciente y recién lavado, con el barro espeso y revuelto alrededor de la base. No se veían peregrinos, quizás era demasiado temprano. *Quizá se han ido todos.* Pero no, podía ver el humo que surgía de las hogueras del campamento. *¿Han extraviado su camino entonces? ¿Es de extrañar acaso? ¿Es que no he sufrido yo mi propia crisis de fe?*

Se acercó más, con la mirada clavada en el túmulo.

¡Redentor! Me escucharás. ¡Tienes que escucharme!

Cayó de rodillas en el barro, el frío la atravesó y todo su cuerpo se estremeció con los escalofríos. Había dejado de llover y salía vapor por todas partes. El agua corría en hilillos por todo el túmulo, cien mil lágrimas enhebrándose entre todas las ofrendas.

Redentor...

Un puño se cerró en su nuca alrededor del corto cabello. La fuerza de un salvaje tirón la levantó, girándole la cabeza de golpe. Salind alzó los ojos y encontró la cara sonriente de Gradithan.

—No deberías haber vuelto —dijo el hombre. El aliento le apestaba a kelyk y la joven vio las manchas marrones en los labios y la boca. Tenía los ojos extrañamente líquidos, como piedras lavadas por las olas—. Estoy tentado, sacerdotisa, de entregarte a mis urdomen, y no es que te fueran a aceptar.

Urdomen. Fue uno de los urdo, un comandante de las élites fanáticas. Ahora empiezo a enten...

—Pero Ratamonje quizá sí.

Salind frunció el ceño. ¿Qué había estado diciendo aquel hombre?

—Déjame —le dijo y le sobresaltó comprobar lo aflautada y débil que sonaba su voz—. Quiero rezar.

Gradithan retorció la mano que apartaba la nuca de Salind y la obligó a darse la vuelta para mirarlo, tan de cerca que parecieron amantes.

—¡Ratamonje!

Alguien se puso junto a ellos.

—Trae un poco de saemankelyk. Me gustaría ver lo bien que baila.

Salind podía sentir los duros nudillos del hombre presionándole la nuca, retorciéndose y arrancándole cabellos, hincándose en las magulladuras que ya había dejado.

—No te puedo dar nada —dijo ella.

—Oh, pero lo harás —respondió él—. Nos darás un sendero —y le volvió a dar la vuelta para que mirara al túmulo—, un camino recto hacia él.

Ella no lo entendió, pero el miedo se apoderó de ella y cuando oyó que alguien se acercaba a toda prisa, con una botella en cuyo interior se meneaba un líquido, su miedo se convirtió en terror.

Gradithan le tiró de la cabeza y se la echó más hacia atrás.

—Vas a beber, mujer. Desperdicia una sola gota y lo pagarás caro.

Ratamonje se acercó y le puso la botella con su abertura manchada en los labios.

Salind intentó apartar la cara, pero la presa acerada del urdo le impidió el movimiento. Alzó la otra mano y le tapó los orificios de la nariz.

—Bebe, y luego podrás respirar otra vez.

Salind bebió.

Al ver que había desaparecido de su habitación, Spinnock Durav se quedó un momento contemplando el colchón arrugado del catre, observó que la manta no estaba y que la joven había dejado la mayor parte de su ropa allí, incluyendo los mocasines. Se dijo que no debería extrañarse. La sacerdotisa no había agradecido demasiado sus atenciones. Con todo, se sentía como si algún malnacido frío y sonriente le hubiera excavado un agujero en su pecho. Era absurdo, que hubiera sido tan descuidado, tan complaciente, como para ponerse en una situación de semejante vulnerabilidad. Una humana tan joven... era peor que un viejo sentado en los escalones del templo que babea por cada joven que pasa a su lado. El amor podía ser una emoción de lo más miserable: ardiendo con un brillo cegador en medio del patetismo, sometido a la conmiseración y el desdén, y, aun así, sus llamas refulgían con una brillante estupidez.

Furioso consigo mismo, dio media vuelta y salió de la habitación.

En una ciudad de Noche interminable, no había campanada demasiado temprana para beber. Dejó el templo y el torreón y bajó por calles fantasmales rumbo a la Batida.

Dentro, Resto estaba detrás de la barra, con los ojos irritados y rascándose la barba, y no dijo nada cuando Spinnock se fue a la mesa del fondo. Los taberneros conocían bien la miriada de caras de la desdicha, y sin que se lo pidieran llenó un pichel grande de cerveza y se la llevó con ojos esquivos.

Con la mirada furibunda puesta en las otras mesas (todas vacías, él era el único cliente), Spinnock

cogió el pichel y acabó de un trago con la mitad del espumoso contenido.

Momentos después de que Resto le llevara el tercer pichel lleno, se abrió la puerta y entró Vidente.

Spinnock sintió una aprensión repentina. Incluso desde allí aquel hombre olía a sangre, y en su rostro algo había hecho estragos, estaba envejecido y pálido, los ojos tan angustiados que el tiste andii tuvo que apartar la mirada.

Como si no fuera consciente de su reacción, Vidente se acercó a la mesa de Spinnock y se sentó enfrente. Resto llegó con una jarra y un segundo pichel.

—Ella no quiere mi ayuda —dijo Spinnock.

Vidente no dijo nada mientras se servía cerveza en el pichel, luego volvió a dejar la jarra en la mesa con un golpe seco.

—¿De qué estás hablando?

Spinnock apartó la mirada.

—No te encontré. Busqué por todas partes.

—¿Tan desesperado estás por una partida?

¿Una partida? Ah. Kef Tanar.

—Estás delante de un viejo patético, Vidente. Creo que debo sacrificar la poca dignidad que me queda, aquí y ahora, y contártelo todo.

—No sé si estoy preparado para eso —respondió el otro—. Tu dignidad me importa mucho.

Spinnock se estremeció, pero siguió sin mirar Vidente a los ojos.

—He entregado mi corazón.

—Ya veo. Pero no puedes casarte con ella, ¿no?

—¿Con quién?

—Con la suma sacerdotisa, aunque ya es hora de que te enteres que ella también te quiere, es probable que siempre te haya querido. Malditos andii, vivís tanto tiempo que es como si fuerais incapaces de comprender las cosas del aquí y el ahora. Si yo viviera vuestra infinidad de años... no, quítate esa imagen de la cabeza. No los quiero. De hecho, ya he vivido mucho, demasiado.

A Spinnock la cabeza le daba vueltas. ¿La suma sacerdotisa?

—No, de eso nada. Quiero decir que no me quiere. En cualquier caso, no me refería a ella.

—Dioses del inframundo, Spinnock Durav, eres un maldito idiota.

—Ya lo sé. Es justo lo que te acabo de confesar, por el amor del Embozado.

—Así que no te interesa hacer a la suma sacerdotisa más feliz de lo que lo ha sido en un millar de años. De acuerdo. Es asunto tuyo. Alguna otra mujer, entonces. Cuidado, puede que alguien vaya y la asesine. Los celos son letales.

Una reacción demasiado improvisada para Vidente, demasiado indiferente, demasiado relajada. Era la voz de un hombre que se ha rendido a la desesperación, al que ya no le importa... nada. Estaba disparando cada flecha de su carcaj y parecía impaciente por verlo súbita y funestamente vacío. Ese Vidente atemorizaba a Spinnock.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó.

—Asesinando gente. —Sirvió otra ronda y luego se volvió a acomodar en su silla—. Once hasta el momento. Se veían a sí mismos como liberadores. Estaban urdiendo la caída de sus opresores tiste andii. Yo respondí a sus plegarias y los liberé a todos y cada uno. Esta es mi penitencia, Spinnock Durav. Mi particular disculpa por la locura de la humanidad. Perdónalos, por favor, porque yo no puedo.

Spinnock se encontró con un nudo en la garganta que le llenó los ojos de lágrimas. No podía mirar a aquel hombre, no se atrevía, no fuera a ver todo lo que no se debería revelar, lo que no se debería exponer. No en su amigo más íntimo. Ni en nadie.

—Eso —dijo, y odió sus propias palabras— no era necesario.

—Estrictamente hablando, tienes razón, amigo. Habrían fracasado. No carezco de fe en vuestra eficacia, sobre todo la de tu señor. Entiéndelo, lo hice por un deseo de demostrar que, en ocasiones, somos capaces de vigilar a los nuestros. Un equilibrio de poder. De este modo la sangre mancha mis manos, no las vuestras. Así nadie tiene más motivos para odiaros.

—Los que odian no necesitan muchos motivos, Vidente.

El hombre asintió, según logró ver Spinnock con el rabillo del ojo.

Se hizo un silencio. La misma historia había sido contada, recordó Spinnock, más de una vez. Cómo el Abrasapuentes llamado Whiskeyjack (un hombre al que Anomander Rake llamaba amigo) había intervenido en la matanza de las brujas painitas, las madres locas de los Hijos de la Semilla Muerta. Whiskeyjack, un humano, había intentado hacer un regalo al Hijo de la Oscuridad y le había ahorrado la carga de aquel acto. Un gesto que había impresionado hondamente a su señor. *No está en nuestra naturaleza permitir que otros compartan nuestra carga.*

Pero, sin vacilar, asumiremos las suyas.

—Me pregunto si le prendimos fuego a su rastro.

—¿Qué?

Spinnock se frotó la cara, se sentía un poco borracho.

—El de Itkovian.

—No, claro que no. Los Espadas Grises...

—Poseían un yunque del escudo, sí, pero no eran los únicos. Es un título antiguo. ¿Somos el espejo oscuro de ese pueblo? —Negó con la cabeza—. Es probable que no. Eso sería una gran arrogancia.

—Estoy de acuerdo —dijo Vidente con un balbuceante gruñido.

—La quiero.

—Eso has dicho. Y es de suponer que ella no te acepta.

—Exacto.

—Así que, aquí estás, emborrachándote.

—Sí.

—Una vez que me emborrache yo también lo suficiente, Spinnock Durav, haré lo que hay que hacer.

—¿Y qué hay que hacer?

—Pues ir a decirle que es una maldita idiota.

—Fracasarías.

—¿Fracasaría?

Spinnock asintió.

—Ya se ha encarado contigo una vez. Con decisión.

Otro silencio que se prolongó. Y siguió prolongándose.

Ya estaba al fin lo bastante borracho como para volver la mirada y clavar los ojos en la cara de Vidente.

Era una máscara funeraria, blanca como el polvo.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre con voz áspera, forzada.

—De regreso al túmulo, diría yo. Vidente, lo siento. No mentí cuando dije que fui idiota...

—Lo fuiste. —Y se levantó, se tambaleó un poco antes de recuperar el equilibrio apoyando las dos manos en el respaldo de la silla—. Pero no como tú crees.

—Ella no quiso mi ayuda —dijo Spinnock Durav.

—Y yo no quise darle a ella la mía.

—Fue tu decisión...

—No deberías haber escuchado, amigo mío. A ella. ¡No deberías haberla escuchado!

Spinnock se levantó cuando Vidente dio media vuelta y se dirigió a la puerta. De repente se había quedado sin palabras, estaba aturdido, perplejo y confuso. *¿Qué es lo que he hecho?*

¿Qué es lo que no he hecho?

Pero su amigo se había ido.

En su irritación, Samar Dev descubrió aspectos de sí misma que no le gustaron. No había razón para que le ofendiera el modo en que sus dos compañeros disfrutaban tanto de su compañía mutua. Esa forma que tenían de hablar con libertad, sin las limitaciones del decoro, sin verse afectados siquiera por el hecho de que apenas se conocían, y el modo en que los temas fluían en todas y cada una de las direcciones, arrojadas al viento según los caprichos del humor, girando alrededor de tópicos embriagadores como los remolinos alrededor de rocas escarpadas. Lo más exasperante de todo era que aquellos hombres se topaban con momentos de hilaridad, y ella sabía de sobra (malditos fueran los dioses, estaba convencida) que ninguno de los dos poseía esa facilidad para el humor, que distaban tanto de ser considerados así que lo único que podía hacer ella era mirarlos con expresión incrédula.

Hablaron de sus respectivas tribus, intercambiaron historias de conquistas sexuales. Hablaron de armas y ninguno dudó ni un segundo a la hora de ofrecerle al otro su espada para que la examinara e, incluso, para que intentara unos cuantos tentativos pases y estocadas. Viajero habló de un antiguo amigo llamado Ereko, un tartheno de sangre tan pura y antigua que habría destacado por encima de Karsa Orlong de haberse puesto uno al lado del otro. Y en esa historia Samar Dev percibió un dolor profundo, heridas de tal dureza que pronto quedó patente que ni siquiera Viajero se aventuraba demasiado cerca, así que su historia sobre Ereko no llegó a su conclusión. Y Karsa Orlong tampoco lo presionó, lo que reveló su clara comprensión de cómo un alma podía sangrar por lugares invisibles y de que a menudo lo único que mantenía a un mortal en marcha dependía de evitar esos lugares.

El toblakai le correspondió hablando de los dos compañeros que lo habían acompañado en un funesto asalto a las tierras colonizadas por los humanos. Bairoth Gild y Delum Thord. Cuyas almas, explicó Karsa alegremente, moraban en el interior de la piedra de su espada.

Viajero se limitó a gruñir al oír eso.

—Es un lugar digno —dijo después.

Al segundo día, Samar Dev estaba a punto de ponerse a gritar. Arrancarse el pelo de la cabeza, escupir sangre, maldiciones y dientes y quizás el estómago entero para cuando acabara. Así que guardó silencio y se aferró a su furia, como una bestia rabiosa encadenada al suelo. Era absurdo. Patética y ridícula, esa envidia malsana que estaba sintiendo. Además, ¿acaso no se había enterado de más cosas sobre los dos hombres desde su fatídico encuentro, más de lo que jamás había sabido? Como un picabueyes revoloteando entre dos bhederin macho, pasaba de uno a otro sin dejar de fijarse en ninguno de los dos. Mientras durara la paz sería mejor no decir nada, no provocar ningún conflicto por muy enfurecida que estuviese.

Continuaron atravesando la inmensa llanura siguiendo un rastro gastado de caravanas que giraba hacia los Eriales de Canela. Las pocas reatas de mercaderes que se encontraban o que adelantaban eran singularmente taciturnas, los guardias estaban siempre crispados y los mercaderes se mostraban hostiles. El pasado día justo antes del atardecer, cuatro jinetes habían pasado cerca de su campamento y, tras lanzar una larga mirada, habían continuado cabalgando sin aventurar palabra.

—¿Ves eso, Samar Dev? —había dicho Karsa con una mueca de desdén—. Como solía decir mi abuelo: «El lobo no olisquea el ano del oso.»

—Tu abuelo —había respondido Viajero— era un hombre observador.

—Un necio más que nada, pero hasta los necios sabían recitar la sabiduría tribal. —Y se volvió hacia Samar Dev otra vez—. Estás a salvo, bruja.

—De otra gente, sí —gruñó ella.

Y el malnacido se había echado a reír.

A los Páramos de Canela no podían haberles dado mejor nombre. Predominaba una especie de hierba de raíces profundas, de color rojizo y alta hasta la cadera, con bordes serrados y vainas espinosas sobre unos tallos finos y trémulos. Unos pequeños lagartos de bandas rojas invadían esas hierbas, con el sonido de sus colas azotando y rozando al pasar. La tierra se fue allanando hasta que no quedó a la vista ni una sola elevación o colina.

Entre tanta monotonía, Viajero y Karsa Orlong parecían empeñados en desgastar sus cuerdas vocales.

—Pocos recuerdan —estaba diciendo Viajero— el caos del Imperio de Malaz en esos primeros días. La locura solo empezó con Kellanved, el emperador. Su primer cuadro de tenientes eran todos napanianos, cada uno secretamente sujeto a una joven llamada Torva, que era heredera de la corona de las islas Nap, escondida desde la conquista untana. —Hizo una pausa—. O eso cuenta el relato. ¿Era verdad? ¿Era Torva en verdad la última del linaje real napaniano? Quién sabe, pero le fue de ayuda que se cambiara el nombre a Laseen y alcanzara el trono del Imperio. En cualquier caso, esos tenientes no tenían nada de honrados, ni uno solo de ellos. Urko, Costra, Nok, todos ellos. Incluidos al fanatismo, dispuestos a cualquier cosa con tal de favorecer al Imperio.

—¿Al Imperio o a Torva? —preguntó Karsa Orlong—. ¿No parece igual de probable que solo estuvieran utilizando a Kellanved?

—Una sospecha justa, salvo que solo quedó Nok una vez que Laseen se convirtió en emperatriz. Todos los demás... se ahogaron.

—¿Se ahogaron?

—Oficialmente. La causa de la muerte no tardó en convertirse en un eufemismo. Digámoslo de este modo. Desaparecieron.

—Había alguien más —dijo Samar Dev.

—Danzante...

—Él no, Viajero. También estaba la Primera Espada. Dassem Ultor, comandante de todos los ejércitos de emperador. No era napaniano. Era dalhonesio.

Viajero la miró.

—Cayó en Siete Ciudades, poco antes de que Laseen se hiciera con el poder.

—Torva hizo que lo asesinaran —dijo Samar Dev.

Karsa Orlong lanzó un gruñido.

—Eliminando rivales en potencia... necesitaba despejar el camino. Eso, bruja, no es ni salvaje ni civilizado. Son cosas que verás tanto en tribus roñosas como en imperios. Es una verdad del poder.

—No pretendo discutir tus palabras, toblakai. ¿Quieres saber lo que ocurrió después de que mataras al emperador Rhulad?

—Los tiste edur abandonaron el Imperio.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

El toblakai hizo una mueca que enseñaba los dientes.

—Lo adiviné, bruja.

—¿Así sin más?

—Sí. No querían estar allí.

—Supongo que los tiste edur —dijo Viajero— descubrieron bastante rápido la maldición de la

ocupación. Actúa como una herida recién abierta, que infecta y envenena tanto a los opresores como a los oprimidos. Ambas culturas se vuelven deformes y amargadas a causa de los extremos. Odio, miedo, codicia, traición, paranoia y una espantosa indiferencia ante el sufrimiento.

—Pero los malazanos ocuparon Siete Ciudades...

—No, Samar Dev. Los malazanos conquistaron Siete Ciudades. Eso es diferente. Kellanved entendía esa diferencia. Si uno ha de aferrar con fuerza un territorio enemigo, entonces el puño que lo aferra debe estar oculto... en la propia cúspide del poder local. Y así, estrictamente hablando, no se controla más que a un puñado de personas; a todos los demás, mercaderes, pastores, granjeros y comerciantes, se les han de mostrar circunstancias mejores, y lo antes posible. «Conquista como una ola gigante, gobierna con un suave oleaje.» Dicho por el propio emperador.

—Eso fue lo que hizo la Garra, ¿no? Infiltrar y paralizar a los gobernantes...

—Cuanta menos sangre se derrame, mejor.

Karsa Orlong lanzó una carcajada seca.

—Eso depende —dijo—. Hay otras clases de conquista.

—¿Por ejemplo?

—Viajero, amigo mío, hablas de la conquista como un medio de aumentar el poder, la cantidad de súbditos y de ciudades que tienes bajo tu control es la medida de ese poder. ¿Pero qué hay del poder de la destrucción?

Samar Dev se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y observó que Viajero reflexionaba sobre las palabras de Karsa antes de contestar.

—Ahí no hay nada que ganar.

—Te equivocas —dijo Karsa mientras se detenía un momento para estirar la espalda. Estragos agitó la cabeza, un movimiento cortante como la hoja de un hacha—. He contemplado el rostro de la civilización y no me impresiona.

—No hay debilidad en ser crítico.

—No está siendo solo crítico —dijo Samar Dev—. Su intención es destruirla. Me refiero a la civilización. Toda ella, de un mar a otro. Cuando Karsa Orlong termine, no quedará en pie ni una sola ciudad en el mundo, ¿no es cierto, toblakai?

—No me interesan las ambiciones modestas, bruja.

Viajero se quedó callado entonces y el silencio fue como un vacío en expansión, hasta que incluso el gemido del incesante viento pareció lejano y hueco.

Dioses, ¿con qué frecuencia le he deseado suerte? A pesar de que la idea me horroriza... mataría a millones. Aplastaría cada símbolo de progreso. De los arados se volvería a los palos. De los ladrillos a las cuevas. Del hierro a la piedra. Nos aplastaría a todos contra el suelo, contra el barro de los charcos. Y las bestias nos darán caza y los que permanezcamos en pie, bueno, nos daremos caza unos a otros.

Viajero habló por fin.

—Me desagradan las ciudades —dijo.

—Bárbaros los dos —murmuró Samar por lo bajo.

Ninguno de los dos hombres respondió. Quizá no la habían oído. Ella les lanzó una mirada rápida, a derecha y luego a izquierda, y vio que los dos estaban sonriendo.

Continuaron cabalgando, con el día que susurraba entre oleadas de hierba roja.

Hasta que Viajero comenzó a hablar de nuevo.

—La primera ley de la multitud es la conformidad. La civilización es el mecanismo que permite controlar y mantener a esa multitud. Cuanto más civilizada es una nación, más conformada está su

población, hasta que llega la última era de esa civilización, cuando la multiplicidad libra una guerra con la conformidad. La primera se va haciendo cada vez más salvaje, más disfuncional en los extremos; mientras que la segunda busca incrementar su control, hasta que esos esfuerzos adquieren una tiranía diabólica.

—¿Más de Kellanved? —preguntó Samar Dev.

Viajero lanzó un bufido.

—Ni por asomo. Eso era de Duiker, el historiador imperial.

Durante el curso de la noche que acababa de pasar, Nimander Golit había conducido a su exigua compañía por la ciudad de Baluarte. Hijos de la Oscuridad, cubiertos por el mudo poder de Aranatha, se habían movido en silencio y, hasta donde podían saberlo, habían pasado inadvertidos dado que no había sonado ninguna voz de alarma. La ciudad era un ente en apariencia muerto, como una flor cerrada.

Al atardecer, poco antes de que se pusieran en marcha, habían oído un estrépito en la avenida principal y habían ido a las puertas para contemplar la llegada a la ciudad de decenas de enormes carretas. Iban cargadas de productos, los carreteros tenían el rostro macilento, un aspecto consumido, los ojos atormentados por encima de esas bocas marrones. Fardos de alimentos en crudo, cubas de higos y aceites, anguilas conservadas en sal, bhederin ahumado, cordero especiado y un sinfín de provisiones más que les habían colocado con impaciencia en las manos a cambio de toneles de kelyk.

Había una ironía cruel en el sórdido desinterés que mostraban los vecinos ante la elemental subsistencia: la mayor parte había olvidado el deseo de comer. La mayor parte estaba muriéndose de hambre, sumidos en una confusión eufórica de saemankelyk, la tinta negra del dolor de un dios.

Los tiste andii se pusieron su armadura. Vistieron su equipo para luchar, para matar. A Nimander no le hizo falta mirar atrás para saber cuál era la transformación y cómo afectaba a todos menos a uno de los rostros de quienes lo seguían. El de Garrapata de Piel, cuya sonrisa se había desvanecido, pero que tenía un fulgor en los ojos, casi febril. Kedeviss, siempre racional, portaba una máscara de locura, la belleza retorcida hasta convertirla en algo terrible. Nenanda, a pesar de toda su pose de ferocidad, tenía un color ceniciento, muy pálido, como si la verdad del deseo lo envenenara de amargura. Desra, ruborizada con algo parecido a la emoción. Solo Aranatha permanecía imperturbable. Plácida, la mirada vidriosa de pura concentración, los rasgos de algún modo más suaves, difuminados.

Garrapata de Piel y Kedeviss llevaban a Clip entre los dos. Nenanda se había echado al hombro las armas de su compañero, el arco y el carcaj, la espada y el cinturón para el cuchillo, todo transportado en una única correa de cuero que se podía soltar en un momento en caso de resultar necesario.

Habían pasado con sigilo junto a edificios en los que los devotos bailaban, agitando sus famélicos miembros, bamboleando sus distendidos vientres; las puertas se habían dejado abiertas y las contraventanas se habían retirado para que entrara la noche. Las voces gemían en un coro disonante. Ni siquiera en esos rostros que por azar se volvían hacia la presencia espectral de los tiste andii se despertó reconocimiento alguno, los ojos permanecían apagados, vacíos, ciegos.

El aire era cálido, olía a la sal rancia del lago moribundo mezclada con el hedor más acre de los cadáveres putrefactos.

Llegaron al borde de la plaza central y recorrieron con la mirada su extensión vacía. El altar estaba a oscuras, sin señales de vida.

Nimander se agachó, indeciso. Tenía que haber vigilantes. Sería una locura pensar lo contrario. ¿Podrían llegar al altar antes de que alguna turba oculta se lanzara sobre ellos? No parecía probable. No habían visto a Kallor desde que marchara hacia el altar el día anterior. Nenanda creía que el viejo estaba

muerto. Creía que encontrarían su cuerpo, frío y pálido, tirado en el suelo de baldosas en algún lugar del edificio. Por alguna razón, Nimander creía que eso fuese probable.

—¿Y bien? —susurró Garrapata de Piel a su espalda—. Está a punto de amanecer, Nimander.

¿Qué los aguardaba? Solo había una forma de averiguarlo.

—Vamos.

De golpe, con las primeras zancadas que dieron por la explanada, el aire pareció arremolinarse, denso y pesado. Nimander se encontró con que tenía que empujarlo y empezó a formársele un nudo en la garganta y luego en el pecho.

—Están quemando esa mierda —siseó Garrapata de Piel—. ¿Lo hueles? El kelyk...

—Silencio.

Quince, veinte pasos ya. Silencio a su alrededor. Nimander fijó los ojos en la entrada al altar, los escalones resplandecían por el rocío o algo mucho peor. Los glifos negros parecían palpitar en sus ojos, como si la estructura entera estuviera respirando. Podía sentir algo oscuro y desagradable en las venas, como burbujas en la sangre, o semillas, impacientes por estallar a la vida. Se sintió a solo unos instantes de perder el control.

Tras él, pechos que jadeaban... Todos lo estaban sintiendo, todos estaban...

—Detrás de nosotros —gruñó Nenanda.

Y a los lados, multitudes que se acercaban por cada calle y cada callejón, poco a poco, formas oscuras que se metían en la plaza. *Parecen los espantapájaros, arrancados de sus estacas... por la Bendición de Madre...*

Cuarenta zancadas, llegaron al centro de la explanada. Les habían cerrado todas las avenidas, salvo la que llevaba al edificio en sí.

—Nos están empujando como a ovejas —dijo Kedeviss con voz tensa—. Nos quieren dentro.

Nimander echó un vistazo atrás, a la forma sin fuerzas de Clip, la cabeza le colgaba y le arrastraba el cabello por el suelo. Clip tenía los ojos medio abiertos.

—¿Sigue vivo?

—Apenas —dijo Kedeviss.

Cientos de figuras se acercaron todavía más, los ojos ennegrecidos resplandecían, las bocas continuaban abiertas. Cuchillos, hachuelas, horcas y martillos les colgaban de las manos. El único sonido que emitían era el arrastrar de los pies desnudos.

Solo veinte pasos más para llegar a los escalones. A derecha e izquierda, y tras ellos, los devotos de las primeras filas comenzaron a alzar sus armas, y los que iban detrás siguieron su ejemplo.

—Garrapata de Piel —dijo Nimander—, lleva tú a Clip. Aranatha, sus armas. Desra, protege a tu hermana. Kedeviss, Nenanda, preparaos para proteger la retaguardia; una vez que estemos dentro, retenedlos en la entrada.

Dos contra mil o más. Fanáticos, audaces e insensatos... *Dioses, nos hemos desatado.*

Oyó un par de espadas que salían con un chirrido de sus vainas. El sonido hendió el aire y fue como si el hierro frío le tocara la frente y lo despertara con un sobresalto.

La muchedumbre estaba cerca, empezaba a alzarse un rugido salvaje.

Nimander llegó al primer escalón.

—¡Ahora!

Subieron a la carrera. Garrapata de Piel iba justo detrás de Nimander, con Clip sobre su espalda encorvada y sujeto de una muñeca y un muslo. Luego Aranatha, que flotaba escalones arriba como una aparición, Desra tras ella. Nenanda y Kedeviss, de espaldas con las espadas en la mano, retrocedían más despacio.

Las filas delanteras de devotos gimieron y luego se abalanzaron.

Resonó el hierro, chocó y golpeó carne y hueso. Nimander se abalanzó hacia la entrada. No había luz (habían tapado todos los candelabros), pero sus ojos pudieron penetrar en la oscuridad a tiempo de ver una veintena de sacerdotes que se precipitaba hacia él.

Nimander gritó una advertencia y desenfundó su espada...

Los idiotas eran humanos. En aquella oscuridad estaban medio ciegos. Nimander lanzó una estocada y vio una cabeza que se desprendía de los hombros y el cuerpo que se derrumbaba. Un revés interceptó un brazo que intentaba clavarle una daga en el pecho. El filo de la espada rebanó huesos de la muñeca y la mano amputada, todavía sujetando el arma, le golpeó el pecho antes de caer. Nimander giró la punta de la espada otra vez por el torso del sacerdote manco y se la clavó en la garganta.

Por el rabillo del ojo captó la forma de Clip rodando por el suelo cuando Garrapata de Piel se liberó los brazos para defenderse.

El nauseabundo sonido de un filo mordiendo la carne resonó por la cámara, seguido por la sangre que salpicó las baldosas.

Nimander detuvo con una estocada el ataque de otro sacerdote, la punta se clavó con fuerza entre las costillas y perforó el corazón del hombre, que intentó dejar la espada atrapada en su caída, pero Nimander se dio la vuelta y con un fuerte tirón arrancó el arma.

Un cuchillo arañó los eslabones de su camisote de cota de malla bajo el brazo izquierdo, se apartó, se agachó y lanzó una cuchillada oblicua, sintió que la espada encontraba carne blanda. Los ácidos del estómago salieron en un borbotón que cubrió la hoja e hicieron que le escocieran los nudillos. El sacerdote se dobló alrededor de la herida. Nimander le dio una patada en la pierna, a la altura de la espinilla, y le rompió los huesos. Cuando el hombre se desplomó, Nimander avanzó para enfrentarse a otro más.

Una daga contra una espada no tenía nada que hacer. Cuando la pobre criatura se vino abajo, sollozando por una herida mortal, Nimander liberó su espada y se giró para desafiar al siguiente atacante.

No quedaba ninguno en pie.

Garrapata de Piel se encontraba cerca, devolviendo su espada, todavía ensangrentada, a la vaina de su cinturón; luego se agachó para recuperar a Clip. Desra, con el arma chorreante, estaba cerca de Aranatha que, ilesa, pasó junto a ellos con la mirada fija en las puertas ornamentadas que las identificaban una especie de grandiosa entrada interior. Tras un momento, Desra la siguió.

En las puertas exteriores continuaban oyéndose los ruidos de una lucha frenética, los ecos de los chillidos humanos que rebotaban en una enloquecida cacofonía. Nimander miró atrás y vio que Kedeviss y Nenanda todavía resistían en el portal, con sangre y bilis extendiéndose bajo sus botas y recorriendo las juntas y las marcas de las baldosas. Nimander se quedó mirando ese detalle, hipnotizado, hasta que un codazo de Garrapata de Piel lo liberó del hechizo.

—Vamos —dijo Nimander con voz ronca, luego empezó a caminar detrás de Aranatha.

Desra sentía que el cuerpo le estallaba de vida. Ni siquiera el sexo podía igualar esa sensación. Una veintena de sacerdotes chiflados precipitándose sobre ellos, y ellos tres los habían derribado a todos. Sin apenas perder el aliento. Desra había visto a Nimander masacrar a los últimos, con una elegancia tan serena que ella solo pudo mirar, maravillada. Oh, él creía que era un mal espadachín, y quizá cuando se le comparaba con Nenanda, o con Kedeviss, quizá no estuviera a su altura. Aun así... *Baluarte, tus hijos jamás deberían habernos desafiado. Jamás deberían habernos empujado a esto.*

Mira lo que has hecho.

Y se apresuró tras la descerebrada de su hermana.

A Garrapata de Piel le apetecía llorar, pero sabía que debía dejar eso para después, para la caída definitiva hacia ese lugar futuro cuando todo aquello hubiera acabado de una vez, cuando cada uno pudiera regresar a una vida normal, una vida casi en paz.

Jamás había sido de los que rezaban, y mucho menos a Madre Oscuridad, cuyo corazón era cruel, cuyo rechazo era una herida que nunca dejaba de sangrar en los tiste andii. Pero había rezado, no obstante. No a un dios o a una diosa, no a una fuerza desconocida con el don de la misericordia. No, Garrapata de Piel rezaba por la paz.

Un mundo de calma.

No sabía si existía ese mundo en alguna parte. No sabía si alguien como él se merecía ese mundo. El paraíso pertenecía a los inocentes.

Que era por lo que estaba y seguiría para siempre... vacío.

Y eso es lo que lo convierte en un paraíso.

En las puertas exteriores continuaba la matanza. Kedeviss vio sonreír a Nenanda y si hubiera tenido tiempo lo habría abofeteado. Con fuerza. Lo bastante fuerte para quitarle la alegría de los ojos. Aquello no tenía nada de glorioso. Los muy idiotas no hacían más que venir, aplastándose unos a otros en su necesidad, y Nenanda y ella los iban matando uno a uno.

Oh, luchar contra toda ridícula adversidad era algo a lo que estaban acostumbrados, algo que hacían condenadamente bien. No era como para sentirse orgulloso. Una defensa desesperada exigía solo cuestión de conveniencia y poco más. Y si el pueblo de los tiste andii sabía de algo era de conveniencia.

Y así la sangre se seguía derramando, los cuerpos se desmoronaban a sus pies, solo para ser apartados por los siguientes en morir.

Mató a su vigésimo devoto, que no se diferenciaba en nada del decimonoveno, ni tampoco del primero de todos, allí tirado en los escalones.

Sangre como lluvia. Sangre como lágrimas. Era todo tan inútil.

Nenanda empezó a reír.

Momentos después los devotos cambiaron de táctica. Se abalanzaron en masa con gritos frenéticos y a los que Nenanda y Kedeviss herían de muerte los empujaban hacia delante, como zarandeantes escudos de carne y hueso. Cuando la turba empezó a empujar, los dos tiste andii se vieron obligados a abandonar el umbral....

Y los atacantes entraron en avalancha entre chillidos de triunfo.

Nenanda dejó de reír.

Nimander estaba en la puerta interior cuando oyó los gritos salvajes tras él. Se giró y vio que Nenanda y Kedeviss retrocedían bajo el ataque de unas figuras enloquecidas.

—¡Garrapata de Piel!

Su primo pasó el cuerpo de Clip a los hombros de Nimander, giró y, tras sacar la espada una vez más, se arrojó hacia la melé.

Nimander entró tambaleándose en el pasadizo.

¿Por qué? ¿Por qué estamos haciendo esto? Entregamos a Clip al dios Moribundo como un maldito

sacrificio. Vio que Desra y Aranatha llegaban al fondo, donde parecía haber otra cámara. *La sala del altar... donde nos aguarda...*

—¡Parad! —gritó.

Solo Desra miró hacia atrás.

Aranatha entró.

El hedor a kelyk quemándose asaltó a Nimander, que se tambaleó mientras avanzaba cargado con el peso inerte e inconsciente de Clip. Los glifos se movían como un enjambre en las paredes de ambos lados. Bustos prominentes de alguna vieja deidad mostraban rostros magullados, que en algunas zonas habían sido aplastados y, en otras, partidos por demoliciones recientes. Ojos solitarios miraban hacia abajo con lascivia. Mitades de bocas sonreían con el gesto torcido de un bufón. Fue pasando una detrás de otra.

Nimander se obligó a seguir avanzando, entre temblores. Vio a Desra caminar tras Aranatha.

Los glifos comenzaron a sollozar y sintió de pronto como si el tiempo mismo se estuviera disolviendo. Una ceguera repentina, los sonidos terribles de la lucha que continuaba a su espalda fueron atenuándose, como si se alejaran, hasta que solo quedó el zumbido de la sangre, una tormenta en su cabeza.

A través de la cual, primero débil y después más fuerte, llegó una voz infantil. Que cantaba en voz baja.

Vidente salió de Noche y entrecerró los ojos por el fulgor de media mañana. Más adelante, nubes argénteas, amontonadas sobre el túmulo como los detritos del cielo. La lluvia caía inclinada sobre el montículo.

Con el talwar en la mano se apresuró, las botas le resbalaban por el barro incrustado de sal de la pista.

Había salido, sola.

Spinnock Durav (el único amigo que le quedaba) había confesado el amor que sentía por ella. Pero no lo había entendido: sí, ella rechazaría su ayuda. Pero ese rechazo había que negarlo. Él debería haber comprendido eso.

Dioses del inframundo, aquella no era la lucha de Vidente. Ella no era su lucha.

Pero se encontró con que algo lo empujaba, congelado de miedo, ardiendo de pavor, y todo lo que veía a su alrededor parecía chillar sus detalles, como si hasta las verdades mundanas pudieran quemar, pudieran escocerle como ácido en los ojos. Surcos y radios rotos, fragmentos de loza, charcos de agua opaca, raíces expuestas como los grilletes de la tierra, cada uno reclamando a gritos su atención. *Esto es lo que somos*, parecían gritar, *¡somos todo lo que queda! Somos...*

No era su lucha, pero Spinnock no lo había entendido. Él era tiste andii. Era una criatura centenaria y lo que se evitaba un día se podía encarar más tarde, décadas, milenios, eras más tarde. A sus ojos, nada cambiaba. Nada podía cambiar. Eran un pueblo caído. El sueño de volverse a levantar se había convertido en polvo.

Había salido. Sola. Había salido a donde los conspiradores se pavoneaban a plena luz del día, tramando como los locos que eran el regreso del sufrimiento. Hacia donde agraviaban el santuario de un dios indiferente. Quizás había regresado entre los suyos, y si eso era cierto, entonces Spinnock Durav merecía oír la verdad.

Una rata se escabulló por una zanja unas zancadas más allá. Vidente se acercó a la mugre del campamento, donde el hedor era tan abyecto que ni siquiera la lluvia podía limpiarlo.

¿Lo desafiaría alguien? Eso esperaba. Si los conspiradores se ocultaban, podría tener problemas para sacarlos de sus escondites. Y si ella decidía esconderse, bueno, tendría que buscar a patadas en cada decrepita choza y refugio, en cada tienda calada y en cada carreta oxidada.

El canto de unos pájaros llegó de los árboles de la ladera en el lado opuesto al campamento, un sonido de una claridad sorprendente. Los zarcillos de humo de las hogueras humedecidas por la lluvia subían ondeantes, para Vidente tan corpóreos como una serpiente. Se dio cuenta de que se estaba metiendo en su madriguera.

Pero Spinnock, tú no tienes que hacer esto, ni siquiera tienes que saberlo. Esto es un asunto humano, y si ella está dispuesta, entonces sí, la sacaré aunque sea a rastras. Volverá a ti. Salvarse es posible, y con eso debería bastar.

Se preguntó si el Redentor veía alguna vez las cosas de esa manera. Envolver un alma en su abrazo mientras otro millar miraba con anhelo... pero no, él no elegía, no elegía a uno sobre otro. Él los aceptaba a todos.

Vidente supo que de cualquier manera a él no le importaba. Ese dios no era para él. Él jamás se había arrodillado ante ese túmulo para conseguir la redención. *Me sentía solo. Pensé que él podía estar igual. Maldita seas, suma sacerdotisa, ¿por qué no pudiste dejarme en paz?*

No es problema mío.

Spinnock, me debes una, y nunca lo sabrás. No diré nada, que esta lluvia me lave la sangre de las manos.

Había empezado esa marcha medio borracho, pero de ese estado ya nada quedaba. Ahora todo estaba en llamas.

Al llegar a la ladera de la avenida principal del campamento comenzó el ascenso. La lluvia era fina como bruma, pero no tardó en empapararlo y el vapor se alzaba de sus antebrazos. El suelo cedía angustiosamente bajo sus botas con cada paso. Llegó a la cima con el cuerpo echado hacia delante, casi arrastrándose de la premura.

Se irguió y algo destelló en su visión. Oyó un chasquido seco, un crujido que estalló en su cabeza, y luego nada.

Gradithan se cernió sobre el cuerpo tirado en el suelo de Vidente y se quedó mirando el rostro aplastado, cubierto de sangre. Ratamonje se acercó con sigilo y se agachó junto al cuerpo.

—Está vivo. Se ahogará en su propia sangre si no le doy la vuelta, urdo. ¿Cuál es tu deseo?

—Sí, empújalo y dale la vuelta... Lo quiero vivo, al menos por ahora. Quítale las armas, átale los brazos y las piernas, luego arrástralo a la Tienda Sagrada.

Gradithan se lamió los labios y notó el sabor rancio del kelyk seco. Quería más, fresco, amargo y dulce, pero necesitaba tener la mente despejada. Perspicaz, despierta, consciente de todo.

Cuando Ratamonje indicó a dos de sus urdomen que se ocuparan de Vidente, Gradithan se dirigió a la Tienda Sagrada. Terreno santificado, sí, pero solo de forma temporal. Pronto el túmulo sería suyo. El túmulo y el diosecillo ignorante de su interior.

A medida que caminaba por la pista, los que habían sido los devotos del Redentor se arrodillaban a su paso. Algunos gemían, enterrados en los excrementos de la danza nocturna. Otros clavaban los ojos en el barro que tenían delante de las rodillas, las cabezas gachas, cieno marrón babeando de las bocas abiertas. Cierto, todo eso podría parecer corrupción, pero a Gradithan no le interesaban esos errores de concepto.

El dios Moribundo era más importante que Coral Negro y sus malhumorados señores feudales. Más importante que el Redentor y su patético culto. La canción del dios Moribundo era una canción de dolor, ¿y no era el dolor la maldición de la mortalidad?

Había oído hablar de otro culto, uno extranjero, dedicado a alguien llamado el Dios Tullido.

«Quizá», había aventurado Ratamonje esa mañana, «haya un patrón».

Había algo blasfemo en ese comentario, y Gradithan se recordó que tendría que hacer que azotaran al mago, pero todavía no. Gradithan necesitaba a Ratamonje, al menos de momento.

Entró en la Tienda Sagrada.

Sí, seguía bailando, retorciéndose sobre el suelo de tierra, demasiado exhausta quizá para permanecer de pie, pero los movimientos sensuales seguían siendo tan formidables que dejaban a Gradithan sin aliento. Ya no importaba que hubiera sido una hija de la Semilla Muerta. Nadie elegía a sus padres, después de todo. Además, la habían adoptado. La había adoptado el dios Moribundo, el dolor bendito y el éxtasis que proporcionaba.

Que siguiera bailando, sí, hasta que la puerta se abriera a la fuerza.

Gradithan levantó la cabeza y husmeó el aire: oh, se estaba derramando sangre, el sacrificio se acercaba a toda prisa al umbral. *Falta poco.*

El dios Moribundo sangraba. Los seguidores mortales bebían esa sangre. Luego la derramaban, transformada, de modo que el dios Moribundo pudiera absorberla una vez más. Esa era la verdad secreta detrás de todo sacrificio de sangre. El dios da y el mortal devuelve. El resto... simples adornos, nada más que confusión.

Morid, mis lejanos amigos. Morid en vuestras multitudes. Ya casi hemos llegado.

—Te estás muriendo.

Vidente abrió los ojos. Una cara desconocida lo miraba desde arriba.

—Tienes una hemorragia en el cerebro, Segda Travos. Tienen intención de maltratarte. Torturarte con visiones terribles; el urdo llamado Gradithan cree que eres un traidor. Quiere que sufras, pero le negarás ese placer, porque te estás muriendo.

—Quién... qué...

—Soy Itkovian. Soy el Redentor.

—Lo... lo siento.

El hombre sonrió y Vidente comprendió que una sonrisa así solo podía darse en esos rasgos suaves, en los ojos amables. Tanta compasión estaba... «Mal.»

—Quizá lo parezca, pero eres fuerte... tu espíritu es muy fuerte, Segda Travos. Crees que carezco de verdadera compasión. Crees que abrazo el sufrimiento por una necesidad egoísta, para alimentar un ansia, una adicción. —Los ojos suaves de Itkovian se apartaron de él—. Y quizá tienes razón.

Vidente se incorporó despacio. Y vio un cielo abovedado que relucía como si tuviera millones y millones de estrellas, un macizo conglomerado disputándose cada espacio, de modo que cada astilla y espiral de oscuridad parecía encogerse y batirse en retirada. La visión le dio vértigo y bajó la mirada al suelo. Y se encontró con que estaba de rodillas en un terreno compuesto en su totalidad de monedas. Cobre, estaño, latón, alguna salpicadura de plata, y otras mucho más escasas de oro. Aquí y allá destellaban gemas.

—Estamos —dijo con un susurro maravillado— dentro de tu túmulo.

—¿Sí? —dijo Itkovian.

Vidente le lanzó al dios una mirada rápida.

—No sabías...

—¿Es necesario saber, Segda Travos?

—Ya no uso ese nombre. Segda Travos está muerto. Soy Vidente.

—Sacerdote guerrero del Vidente Painita. Veo al guerrero en tu interior, pero no al sacerdote.

—Pues al parecer ya no tengo mucho de guerrero —comentó Vidente—. Venía a salvarla.

—Y ahora, amigo mío, debes combatirla.

—¿Qué?

Itkovian señaló.

Vidente se giró, todavía arrodillado. Se estaba formando una tormenta que se iba filtrando por la cúpula de ofrendas, vio que la negrura envolvía las fulgurantes estrellas y las iba ahogando una por una. Bajo las agitadas y salvajes nubes había una figura. Bailando. Y con cada violento giro de un brazo más se expandía el poder del color de la medianoche, alzándose para unirse a la tormenta creciente. La joven parecía estar a mil pasos o más, pero se iba agrandando por momentos.

Vidente le veía la boca, abierta como un pozo, de la que brotaba un líquido repugnante, chorreante, esparciéndose con cada vuelta.

Salind. Dioses, ¿qué te ha pasado?

—Me busca a mí —dijo Itkovian—. Es su necesidad, ya sabes.

—¿Su necesidad?

—Sí. De respuestas. ¿Qué puede temer más un dios que un mortal exigiendo respuestas?

—¡Expúlsala!

—No puedo. Bueno, guerrero, ¿me defenderás?

—¡No puedo luchar contra eso!

—Entonces, amigo mío, estoy perdido.

Salind se acercó, y al hacerlo pareció desenfocarse a los ojos de Vidente; sus extremidades embadurnaban el aire, su cuerpo era una mancha que cambiaba de postura. Sus brazos parecieron multiplicarse y Vidente vio que en cada uno sostenía un arma. Hierro con manchas marrones, madera nudosa de la que colgaban mechones de cabello, dagas de obsidiana, guadañas de bronce carmesí.

Sobre la boca manchada, supurante, los ojos llameaban con un fuego maníaco.

—Redentor —susurró Vidente.

—¿Sí?

—Respóndeme a una pregunta, te lo ruego.

—Pregunta.

Y miró al dios.

—¿Lo mereces?

—¿Merezco el sacrificio que debes hacer? No, no lo creo.

—¿No suplicarás por tu salvación?

Itkovian sonrió.

—¿Lo harás tú?

No. Nunca lo he hecho. Se puso en pie, vio que no había soltado el talwar. Alzó el arma y miró a Salind. ¿Puedo oponerme a su necesidad? ¿De verdad puedo enfrentarme a eso?

—De no ser por tu humildad, Redentor, me marcharía. De no ser por tu... incertidumbre, tus dudas, tu humanidad.

Y sin esperar la respuesta del dios fue a interponerse en el camino de Salind.

El silencio repentino dentro de la taberna del Rastreador al fin se coló en la ebria bruma de Spinnock Durav. Parpadeó, ladeó la cabeza y se encontró alzando los ojos hacia su señor.

—Es hora, amigo mío.

—¿Ahora me pedís que me marche? —preguntó Spinnock.

—Sí. Ahora te lo pido.

Spinnock Durav se levantó mareado. Tenía la cara entumecida. El mundo parecía un lugar enfermizo, y quería entrar. Spinnock respiró hondo.

—Mi petición te duele, ¿por qué?

Se lo podría haber dicho. Podría haber hablado de esa extraordinaria bendición del amor. Por una mujer humana. Podría haberle hablado a Anomander Rake de su fracaso, y al hacerlo habría iluminado al Hijo de la Oscuridad sobre su indecente y dolorosa situación.

Si lo hubiera hecho, Anomander Rake habría estirado una mano para posársela con ligereza en el hombro y habría dicho: *Entonces debes quedarte, amigo mío. Por amor, debes quedarte, ve hacia ella, ahora. Ahora, Spinnock Durav. Es el último don que está a nuestro alcance. El último... ¿De verdad creíste que me interpondría en ese camino? ¿Que decidiría que mi necesidad era mayor?*

¿Pensaste que sería capaz de algo así cuando es por el amor que siento que acudo a ti aquí y ahora? ¿Por ti? ¿Por nuestro pueblo?

Ve a ella, Spinnock Durav. Ve.

Pero Spinnock Durav no dijo nada. En su lugar, se inclinó ante su señor.

—Haré como me pide.

—Puedes fracasar —dijo Anomander Rake—. No te exijo lo imposible. No llores en ese momento. Spinnock Durav, encuentra una sonrisa para anunciar el final, por mí. Que el camino te sea propicio.

La matanza parecía no tener final. A Garrapata de Piel le dolía el brazo donde llevaba la espada, los músculos inertes y pesados, pero seguían viniendo, rostros crispados por la impaciencia y la desesperación, expresiones que se plegaban en torno a heridas mortales como si el hierro afilado fuera el tacto de una bendición, un precioso don. Estaba de pie entre Kedeviss y Nenanda, y ellos tres habían sido arrinconados hasta el segundo par de puertas. Los cuerpos se apilaban en montículos que llenaban cada espacio del suelo de la cámara, donde la sangre y los fluidos formaban densos charcos. Todas las paredes estaban salpicadas hasta el techo.

Podía ver la luz del día por las puertas de fuera, la mañana se alargaba. Pero en el pasaje que tenían a la espalda no se había oído... nada. ¿Estaban todos muertos allí dentro? ¿Desangrándose sobre la piedra del altar? ¿O se habían visto atrapados, o perdidos sin respuestas? ¿Estaba Clip muerto o había sido entregado a las manos del dios Moribundo?

Los atacantes se estaban quedando sin espacio, demasiados cadáveres, y la mayor parte empezaba a reptar, incluso a deslizarse hasta quedar a su alcance.

—Algo pasa —jadeó Kedeviss—. Garrapata de Piel... vete... Podemos contenerlos nosotros. Vete, averigua si...

Si estamos perdiendo el tiempo. Entiendo. Retrocedió y metió un hombro por el marco de la entrada. Se dio la vuelta rápidamente y echó a andar por el pasillo. Cuando el horror amenazaba al mundo, parecía que cada horripilante verdad quedaba al desnudo. La lucha de la vida siempre terminaba en fracaso. No había victoria pura, ni limpia. El triunfo era una consoladora mentira y siempre se revelaba como algo efímero, hueco y fugaz. Eso era lo que asolaba al espíritu cuando te encontrabas cara a cara con el horror.

Y eran tan pocos los que entendían eso. Tan pocos...

Se abrió paso apartando el humo fétido con las manos, oyó que los latidos de su propio corazón se ralentizaban al tiempo que su respiración se desvanecía. *¿Qué... qué está pasando?* Ceguera. Silencio, el fin de todo movimiento. Garrapata de Piel intentó avanzar, solo para encontrarse con que el deseo estaba

vacío cuando faltaba voluntad, y cuando no había fuerza, la voluntad misma era una presunción. Los glifos iban cayendo como una lluvia negra, sobre su cara, su cuello y sus manos, chorreando calientes como sangre.

De algún modo luchó por avanzar, su cuerpo entero arrastrándose tras él como si estuviera medio muerto, un impedimento, algo que merecía la pena olvidar. Quería liberarse de él, al tiempo que comprendía que su carne era todo lo que lo mantenía con vida, pero ansiaba la disolución, y ese deseo era cada vez más acuciante.

Un momento. No es así como veo el mundo. No es esta la partida que elijo jugar... No pienso creer en esta abyecta... rendición.

Es lo que ofrece el kelyk. La sangre del dios Moribundo proporciona una salida... de todo lo que importa. La invitación es tan sugestiva, la promesa tan cautivadora.

¡Bailad! A vuestro alrededor el mundo se pudre. ¡Bailad! Veneno que os entra en la boca y veneno que os sale de la boca. Bailad, malditos, en el polvo de vuestros sueños. He mirado en vuestros ojos y he visto que no sois nada. Vacíos.

Dioses, ¡qué invitación tan seductora!

Comprender eso lo despejó de golpe, como un puñetazo en la cara. Se encontró tirado en las baldosas del pasillo, las puertas interiores a su alcance. En la cámara que había más allá la oscuridad se arremolinaba como un humo denso, como una tormenta atrapada bajo el techo abovedado. Oyó cánticos, suaves, una voz infantil.

No veía a Nimander, ni a Desra o a Aranatha. El cuerpo de Clip estaba tirado a menos de cinco pasos, boca arriba, con los ojos abiertos, fijos y en apariencia sin ver.

Tembloroso y débil, Garrapata de Piel se impulsó hacia delante.

En cuanto se hubo metido a la fuerza en la cámara del altar, Nimander sintió que algo se rasgaba, como si se hubiera atravesado una tela fina como la gasa. De esa furiosa tormenta en la que se había sumergido entró de golpe a una calma repentina, a una luz tenue y unas corrientes suaves de aire cálido. El primer paso cayó sobre algo nudoso que giró bajo su peso. Bajó la cabeza y vio un pequeño muñeco de hierbas trenzadas y ramitas. Y esparcidas por todo el suelo había más de esas figuras. Algunas de tiras de tela, otras de bramante, madera pulida y arcilla cocida. La mayoría estaban rotas, les faltaban miembros o la cabeza. Otras colgaban del sencillo techo bajo, retorcidas bajo horcas de un cordel de cuero, las cabezas anudadas inclinadas y chorreando un líquido oscuro.

El cántico sin palabras era allí más alto, parecía emanar de todas direcciones. Nimander no vio paredes, solo suelo y techo, ambos extendiéndose hacia un blanco sin forma.

Y muñecos, miles de muñecos. En el suelo, colgando del techo.

—Muéstrate —dijo Nimander.

El cántico se detuvo.

—Muéstrate tú a mí.

—Si los estrujas —dijo la voz, una voz de mujer o de un chico joven—, gotean. Yo los estrujé a todos. Hasta que se rompieron. —Hubo una pausa, luego un leve suspiro—. Ninguno funcionó.

Nimander no sabía dónde mirar, las apariciones mutiladas que colgaban ante él lo llenaron de horror cuando vio su parecido con los espantapájaros de los campos que había fuera de Baluarte. *Son iguales. No eran hileras plantadas, nada que ver con la cosecha. Eran... versiones.*

—Sí. Fracasaron uno por uno, no es justo. ¿Cómo lo hizo él?

—¿Qué eres? —preguntó Nimander.

La voz sonó más ladina.

—En el suelo del Abismo, sí, hay un suelo, están los caídos. Dioses y diosas, espíritus y profetas, discípulos y videntes, héroes, reinas y reyes, basura de la existencia. Puedes jugar allí. Yo lo hice. ¿Y tú? ¿Quieres jugar allí también?

—No.

—Todos rotos, más rotos que yo.

—Te llaman el dios Moribundo.

—Todos los dioses se están muriendo.

—Pero tú no eres un dios, ¿verdad?

—Abajo, en el suelo, nunca pasas hambre. ¿Soy un dios ahora? Debo de serlo. ¿No lo ves? Me comí a tantos de ellos. Tantas partes, trozos. Me refiero su poder, claro. Mi cuerpo no necesitaba comida. No la necesita, quiero decir, sí, es justo decirlo. Es tan justo decirlo. Lo conocí en el suelo, estaba explorando, dijo, y yo había viajado tanto... tan lejos.

—Tus devotos...

—Están en su mayor parte muertos. Más para beber. Toda esa sangre, suficiente para hacer un río, y la corriente puede sacarme de aquí, puede llevarme de vuelta. Puedo regresar. ¡Para hacerle pagar a ella por lo que hizo!

Habiendo salido del caos, no era de extrañar que el dios estuviera loco.

—Muéstrate.

—La máquina estaba rota, pero yo no lo sabía. Cabalgué sobre su lomo y subí y subí. Pero entonces pasó algo. Un accidente. Caímos desde muy alto. Quedamos muy rotos, los dos. Cuando me sacaron a rastras. Ahora necesito hacer una nueva versión, como tú dijiste. Y tú me has traído una. Servirá. No estoy sordo a sus pensamientos. Comprendo su caos, sus dolores y traiciones. Incluso entiendo su arrogancia. Servirá, servirá.

—No puedes quedarte con él —dijo Nimander—. Libéralo.

—No funcionó ninguno de estos. Todo el poder se sale. ¿Cómo lo hizo él?

Uno de estos muñecos. Es uno de estos muñecos. Oculto en la multitud.

La voz empezó a cantar otra vez. Sin palabras, sin forma.

Sacó la espada.

—¿Qué estás haciendo?

La hoja de hierro comenzó a lanzar estocadas que partieron las figuras más cercanas. Cuerdas partidas, miembros rebanados, paja y hierba que flotaba en el aire.

Una carcajada seca.

—¿Quieres encontrarme? ¿De cuántos siglos dispones?

—De todos los que hagan falta —respondió Nimander, al tiempo que daba un paso y volvía a blandir el arma. Madera que se astillaba, arcilla que se hacía pedazos. En el suelo clavó el tacón sobre otra figura y la aplastó.

—Me habré ido antes. El río de sangre que me has proporcionado, mi salida. ¡Lejos me voy! No lo ves, ¿verdad? La puerta que has abierto. Ni siquiera puedes verla.

Nimander destruyó otra media docena de muñecos.

—¡No me encuentras! ¡No me encuentras!

Una feroz nebulosa de armas cuando Salind cargó contra Vidente. Él detuvo cada golpe con su talwar y cada golpe le retumbó por el brazo produciéndole una descarga de dolor en los huesos. La arremetida le

hizo tambalearse hacia atrás. Tres pasos, cinco, diez. Lo único que podía hacer era defenderse. Y sabía que aquello no podía durar.

¿El Redentor quería que resistiera contra eso?

Siguió luchando, desesperado.

Ella gemía, un sonido suave, anhelante. Un sonido de deseo. Cabezas de mazos se golpeaban contra el arma de él, hojas de espadas, los mangos de lanzas, manguales, dagas, guadañas... una docena de armas blandidas contra él. Los impactos resonaban por todo su cuerpo.

No iba a aguantar. No podía...

El filo de un hacha se le hincó en el hombro izquierdo y viró hacia arriba para golpearle el lado de la cara. Sintió que se le hundían el hueso del pómulo y la cuenca del ojo. Cegado, Vidente se tambaleó e intentó un contraataque desesperado con una estocada salvaje del talwar. El filo se clavó en madera y la astilló. Algo lo golpeó en lo alto del pecho y partió una clavícula. Cuando el brazo del arma se hundió, sin vida de repente, se estiró y cogió la espada con la otra mano. Estaba sangrando por el hombro, estaba perdiendo las fuerzas.

Otro filo le asestó un nuevo corte y se bamboleó, después cayó de espaldas.

Salind dio un paso y se plantó justo encima de él.

Él alzó la cabeza y se quedó mirando los ojos oscuros, resplandecientes de la joven.

Tras un momento Nimander bajó la espada. El dios Moribundo tenía razón, aquello era absurdo.

—¡Muéstrate, maldito cobarde!

Aranatha apareció de repente a su lado.

—Hay que invocarlo —dijo.

—¿Esperas que nos dé su nombre?

El dios Moribundo habló entonces.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí?

—Soy —respondió Aranatha— la que te invocará.

—No me conoces. ¡No puedes conocerme!

—Conozco tu sendero —respondió ella—. Sé que hablaste con el llamado Mechones en el suelo del Abismo. E imaginaste que tú podías hacer lo mismo, que podías fabricarte un cuerpo. De madera, de bramante, de arcilla...

—¡No me conoces!

—Ella te desechó —dijo Aranatha—, ¿verdad? El fragmento de ti que quedó después. Manchado, como un niño, abandonado.

—No puedes saber eso... ¡No estabas allí!

Aranatha frunció el ceño.

—No, no estaba allí. Pero... la tierra tembló. Los niños despertaron. Había una gran necesidad. Eras la parte de ella... que ella no quería.

—¡Ella pagará por eso! Y en cuanto a ti... te conozco... ¡y es demasiado tarde!

Aranatha suspiró.

—Esposo, Sangre Jurada a Escalofrío —entonó—, hijo de thelomen tartheno toblakai, Bellurdan Crujecráneos, yo te invoco. —Extendió la mano, y entonces cayó algo en ella y lo aferró. Una marioneta maltratada y deformada que quedó colgando, un brazo partido, las dos piernas rotas por las rodillas, un rostro apenas reconocible que parecía chamuscado por el fuego. Aranatha miró a Nimander—. Aquí está tu dios Moribundo.

A su alrededor la escena comenzó a disolverse, a desmoronarse.

—No habla —dijo Nimander mirando la mutilada marioneta.

—No —dijo ella—. Qué curioso.

—¿Estás segura de que lo tienes, Aranatha?

Ella lo miró a los ojos y después se encogió de hombros.

—¿Qué quería decir cuando dijo que te conocía? ¿Y cómo... cómo sabías su nombre?

Aranatha parpadeó y luego miró con el ceño fruncido la marioneta que todavía sostenía en una mano.

—Nimander —susurró con un hilo de voz—, tanta sangre...

Garrapata de Piel alargó el brazo hacia Clip y arrastró el cuerpo hacia él, estudió la cara, aún con esa mirada fija, y vio que algo cobraba vida con un destello.

—¿Clip?

El guerrero movió los ojos e intentó enfocar la mirada, luego arrugó la frente. Sus palabras surgieron con un feo graznido.

—Mierda. ¿Qué quieres?

Sonidos, movimiento y al momento estaba allí Nimander, arrodillado al otro lado de Clip.

—Parece —dijo— que lo hemos conseguido.

—¿Cómo?

—No lo sé, Piel. Ahora mismo no sé nada.

Garrapata de Piel vio a Aranatha de pie junto a un inmenso bloque de piedra, el altar. Sostenía un muñeco o marioneta de algún tipo.

—¿Dónde está Desra? —preguntó de repente mientras miraba a su alrededor.

—Aquí.

El fétido humo se estaba despejando. Garrapata de Piel se incorporó hasta quedar sentado y entornó la mirada hacia el lugar del que provenía la voz. En el muro, tras el altar y a la izquierda, casi oculta entre columnas, había una puerta estrecha por la que estaba saliendo Desra. Estaba empapada en sangre, aunque por el modo en que se movía, no era suya.

—Una especie de sacerdote supremo, supongo —dijo la joven—. Intentaba proteger un cadáver, o lo que creo que es un cadáver. —Hizo una pausa y luego escupió en el suelo—. Colgado como uno de esos espantapájaros, pero las partes del cuerpo... todas estaban mal, todo recosido...

—El dios Moribundo —dijo Aranatha— enviaba visiones de lo que quería. Visiones fallidas. Pero lo que se filtraba tenía un sabor dulce.

Kedeviss y Nenanda llegaron por el pasillo. Los dos miraron a su alrededor, los rostros apagados, los ojos hinchados.

—Creo que los matamos a todos —dijo Kedeviss—. O el resto huyó. Esto no fue una lucha, esto fue una matanza. No tenía sentido...

—Sangre —dijo Nimander mientras estudiaba a Clip, que permanecía echado ante él, con un gesto parecido a la desconfianza—. ¿Has vuelto con nosotros?

Clip posó su ceño en Nimander.

—¿Dónde estamos?

—En una ciudad llamada Baluarte.

Entonces se hizo un extraño silencio, pero era un silencio que Garrapata de Piel entendía. *La estela de nuestro horror. Se asienta, se espesa, forma una piel dura: algo sin vida, liso. Estamos esperando a que termine todo el proceso, a que pueda asumir nuestro peso una vez más.*

Y luego salimos de aquí.

—Aún queda mucho camino —dijo Nimander mientras se erguía.

A los ojos de Garrapata de Piel su pariente, su amigo, parecía envejecido, destrozado, los ojos angustiados y sombríos. Los otros no estaban mucho mejor. Ninguno había querido pasar por aquello. Y lo que habían hecho allí... había sido todo por Clip.

—Sangre —dijo Clip haciéndose eco de Nimander, y poco a poco se puso en pie. Miró con furia a los otros—. Miraos. Por la Madre Oscuridad, juraría que habéis estado revolcándoos en los pozos de desechos de algún matadero. Aseaos o no disfrutaréis de mi compañía mucho más. —Hizo una pausa y su mirada se endureció, convertida en algo más cruel—. Huelo a asesinato. Los cultos humanos son patéticos. De ahora en adelante, ahorradme vuestra ansia de matar inocentes. Preferiría que no me recordarais los crímenes que cometisteis en nombre del Hijo de la Oscuridad. Sí —añadió, con una mueca que dejaba los dientes al descubierto—, tiene mucho por lo que responder.

De pie sobre él, las armas girando, dando vueltas. Vidente la observó con el ojo que le quedaba, a la espera del final definitivo, un final que él tampoco lamentaba demasiado. El fracaso, su fracaso, sí, eso merecía cierto pesar. Claro que, ¿de veras había creído que podría detener esa aparición?

Dijo que me estaba muriendo.

Estoy muriendo otra vez.

De pronto la mujer se quedó quieta. Sus ojos eran como faroles encapuchados, los brazos se quietaron como si la danza hubiera salido por completo de ella y estuviera girando en algún lugar invisible. Lo miró fijamente sin reconocerlo y después le dio la espalda.

La oyó regresar dando traspiés por donde había llegado.

—Ha durado lo suficiente.

Vidente volvió la cabeza y vio a Redentor allí de pie, cerca. No era un hombre grande. Ni especialmente imponente. Duro, cómo no, su aspecto revelaba su profesión de soldado, pero, aparte de eso, era un hombre anodino.

—¿Qué fue lo que te convirtió en lo que eres? —preguntó, o lo intentó, tenía la boca llena de sangre que espumeaba y salpicaba con cada palabra.

Pero el Redentor lo entendió.

—No lo sé. Puede que poseamos ambición, y con ella una imagen de nosotros mismos que es grandiosa y a la vez una mera afectación, pero al final eso son cosas vacías. —Luego sonrió—. No recuerdo ser ese tipo de hombre.

—¿Por qué se fue, Redentor?

La respuesta tardó en llegar.

—Tuviste ayuda, creo. Y no, no sé lo que saldrá de eso. ¿Puedes esperar? Puede que te necesite otra vez.

Vidente consiguió lanzar una carcajada.

—¿Así?

—No puedo sanarte. Pero no creo que vayas a... perecer. La tuya es un alma fuerte, Vidente. ¿Me permites sentarme a tu lado? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve a alguien con quien hablar.

Vaya, me estoy desangrando. Pero no siento dolor.

—Mientras yo pueda —respondió— tendrás alguien con quien hablar.

El Redentor apartó entonces la mirada, de modo que Vidente no pudiera ver las lágrimas que le

asomaron de repente.

—No lo consiguió —dijo Ratamonje mientras se erguía.

Gradithan miró con furia el cadáver de Vidente.

—Y estábamos tan cerca. No entiendo lo que ha pasado, no entiendo nada.

Se giró un poco y estudió a la suma sacerdotisa, que estaba arrodillada en el suelo embarrado de la tienda. No había vida en su rostro, una baba negra le colgaba de la boca.

—Lo agotó todo. Demasiado pronto, demasiado rápido, creo. Tanta sangre desperdiciada...

Ratamonje carraspeó.

—Las visiones...

—Ahora nada —soltó de repente Gradithan—. Ve a buscar un poco más de kelyk.

Al oír eso, Salind alzó la cabeza, un ansia repentina ardió en sus ojos. Cuando lo vio, Gradithan se echó a reír.

—Ah, mírala ahora, cuánta devoción. El fin de todas esas dudas. Un día, Ratamonje, todo el mundo será como ella. Se habrán salvado.

Ratamonje pareció dudar.

Gradithan se volvió y escupió sobre el rostro pálido e inmóvil de Vidente.

—Hasta tú, Ratamonje —dijo—. Hasta tú.

—¿Quieres que renuncie a mis talentos como mago, urdo?

—Aún no. Pero sí, un día lo harás. Sin arrepentirte.

Ratamonje echó a andar en busca de otro barril de kelyk.

Gradithan se acercó a Salind. Se agachó delante de ella y se inclinó hacia delante para lamerle la baba de los labios.

—Bailaremos juntos —dijo—. ¿Tienes ganas de bailar?

Y vio la respuesta en sus ojos.

En lo más alto de la torre, en el momento en que Silanah se movió, con los ojos fríos clavados en el campamento de peregrinos que había tras el velo de Noche, Anomander Rake alargó el brazo para tranquilizarla con una levísima caricia.

—Esta vez no, amor mío —dijo con un murmullo—. Pronto. Lo sabrás.

Poco a poco la enorme dragona se acomodó de nuevo, cerró los ojos hasta que no fueron más que unas finísimas ranuras.

El Hijo de la Oscuridad no retiró la mano, la dejó posada en el cuello fresco, escamado, de la dragona.

—No temas —le dijo—. No te contendré la próxima vez.

Percibió la partida de Spinnock Durav en un pequeño y rápido cúter que se adentró en el Ortnal, más allá de Aguas Nocturnas. Quizá el viaje le hiciera bien, pondría una creciente distancia entre el guerrero y lo que lo atormentaba.

Y percibió también que se acercaba Endest Silann por la orilla del río, su amigo más antiguo, que tenía una tarea más por delante. Una tarea muy difícil.

Pero esos eran tiempos difíciles, reflexionó.

Anomander Rake dejó a Silanah entonces, bajo la inquebrantable Oscuridad.

Al noroeste de Baluarte, Kallor recorría un camino vacío.

No había encontrado nada que valiera la pena en Baluarte. Los patéticos restos de uno de los amantes de Escalofrío, un recordatorio de maldiciones pronunciadas largo tiempo atrás, un recordatorio de cómo el tiempo lo retorció todo, como una cuerda atada en nudos y vueltas cada vez más prietos. Hasta que lo que debería ser recto se convertía en un desastre enmarañado, inútil.

Por delante aguardaba un trono, un nuevo trono, un trono que él se merecía. Le parecía que estaba tomando forma, que se estaba convirtiendo en algo de verdad corpóreo. Poder puro, rebosante de promesas incumplidas.

Pero el surgimiento del trono no era lo único que lo aguardaba, y eso al menos también lo percibía. Una convergencia, sí, pero otra más de esas condenadas cúspides, cuando los poderes se unían, cuando se cruzaban de repente senderos imprevistos. Cuando toda existencia podía cambiar en un solo momento, en el tajo solitario de una espada, en una palabra pronunciada o una palabra muda.

¿Qué ocurriría?

Necesitaba estar allí. En medio de todo. Esas eran las cosas que lo hacían seguir adelante, al fin y al cabo. Esas eran las cosas que hacían que la vida mereciera la pena ser vivida.

Soy el Rey Supremo de los Fracazos, ¿a que sí? ¿Quién más se merece el Trono Fragmentado? ¿Quién más personifica la desdicha del dios Tullido? No, será mío, y en cuanto a todo lo demás, bueno, ya veremos, ¿verdad?

Siguió caminando, solo de nuevo. Resultaba gratificante que le recordaran a uno —como le había ocurrido mientras viajaba en compañía de esos patéticos tiste andii— que el mundo estaba lleno de idiotas. Descerebrados, patosos, ineptos repletos de estúpidas certezas y convicciones.

Quizás esa vez prescindiese de imperios. Esa vez, sí, lo aplastaría todo, hasta que cada miserable mortal terminara en el suelo, peleándose por larvas y raíces. ¿No era ese el reino perfecto para un trono fragmentado?

Sí, ¿y qué prueba mejor de mi derecho a reclamar ese trono? Solo Kallor le da la espalda a la civilización. Observa, Caído, y mírame de pie ante ti. Amí y nadie más.

Juro derribarlo todo. Cada ladrillo. Y el mundo podrá contemplarlo, sobrecogido, maravillado. Hasta los propios dioses lo verán todo sin pestañear, atónitos, estupefactos, despojados y perdidos. Maldecidme para que caiga todas y cada una de las veces, ¿queréis? Pero yo construiré un lugar donde ninguna caída será posible. Derrotaré esa maldición, la derrotaré al fin.

¿Me oyes, K'rul?

No importa. Verás lo que hay que ver, muy pronto.

Esos eran, decidió, tiempos gloriosos, sin duda.

LIBRO TERCERO



Morir en el presente

Empújalo al siguiente momento
No pienses ahora, déjalo
Para más tarde, cuando el pensar muestre
Su inútil faz
Cuando sea demasiado tarde y sea absurdo preocuparse
En las prisas por refugiarse

Empújalo a ese bolsillo
Para que ablande su persistente presencia
Y nada merezca la pena hacer
En inútil elegancia
Cuando todas las suposiciones válidas
Ahoguen tus llantos

Empújalo al hoyo más hondo
No quieres saberlo
Por si se rompe y te hace sentir
Cruelles recordatorios
Cuando todo lo que podrías haber hecho ha pasado ya
No te molestes

Empújalo contra esa esquina
Es inútil, así que ahórrame el dolor
No te gustó el coste tan brillante, tan alto
El más ensangrentado corte
Cuando todo lo que buscabas era dulce placer
Para poner fin a tus días

Empújalo hasta que te devuelva el empujón
Grita tu conmoción, grítala
Nunca imaginaste nunca supiste
Lo que dar la espalda supondría
Ahora gime a gritos tu miedo en olas de incredulidad
Está acabado está muerto

Empuja y ábrete camino al frente
Arañando los ojos de parientes que gritan
Ningún legado aguarda a tus resplandecientes hijos
Lo han asesinado, asesinado
Desaparecido el futuro y todo para alimentar una gloria sagrada
El mundo se acabó. Se acabó.

Última confesión de Sibán
Sibán de Aren

Capítulo 13

Lo observamos acercarse desde una legua de distancia
Tambaleándose bajo el peso de todo lo que sostenía
En los brazos
Pensamos que lucía una corona pero cuando se acercó
La diadema se reveló como la piel de una serpiente
Mordiéndose la cola
Reímos y compartimos el decantador cuando se cayó
Vitoreando cuando se puso en pie otra vez
En agradable encanto
Fuimos deteniéndonos en medio del silencio cuando llegó
Y vimos entonces lo que llevaba
Protegido de todo daño
Nos mantuvimos firmes ante su sonrisa aliviada
Y él dijo que ese joven y fresco mundo que había hallado
Era ahora nuestro
Lo observamos como si fuéramos dioses magníficos
Contemplando una multitud de regalos inmerecidos
Sacando cuchillos
Con un orgullo audaz cortamos ensangrentadas rebanadas
Repartimos este brillante y chorreante botín
Y comimos nuestra parte
Lo vimos sollozar entonces cuando nada quedó
Retirándose con ojos de dolor y desesperación
Brazos caídos
Pero los lobos harán de cualquier mundo un cadáver
Respondimos con sencillez con nuestras naturalezas reveladas
En toda inocencia
Proclamamos con celo nuestra humilde pureza
Aunque entonces nos dio la espalda y no oyó
Cuando el sabor se amargó
Y la traición del veneno se coló en nuestros miembros
Lo observamos alejarse ya una legua quizá más
Su solitaria marcha
Su lamentado abandono de nuestra amabilidad
Su feliz aniquilación de nuestras absurdas personas
Picado por la serpiente hasta morir

Los inmensos muelles del carruaje cayeron con un golpe y absorbieron el atronador impacto; luego, cuando el enorme vehículo volvió a alzarse de golpe, Rezongo entrevió por un instante a uno de los hermanos Tronco, que se había soltado de repente, sin querer, e iba dando vueltas por el aire granulado. Los brazos daban tijeretazos, las piernas pataleaban y el rostro estaba dilatado por la perpleja sorpresa.

La soga se tensó con un fuerte tirón y Rezongo vio que el muy idiota se la había atado a uno de los tobillos. El hombre se desplomó y se perdió de vista.

Los caballos estaban chillando entre el azote de las crines, un avance frenético por un terreno pedregoso, irregular. Varias figuras en sombras articulaban gritos mudos cuando las bestias los pisoteaban sin miramientos con los cascos, y el carruaje se mecía con un nauseabundo vaivén sobre los cuerpos.

Alguien le estaba chillando al oído, así que Rezongo se volvió en el techo del carruaje donde se había encaramado y vio al otro hermano Tronco, Jula, tirando de la cuerda. Apareció un pie, sin mocasín, con los dedos largos y nudosos muy abiertos como si buscaran una rama, y luego una espinilla y una rodilla sarmentosa. Un momento después Amby subió un brazo, encontró donde apoyar la mano y se aupó al techo. Sonriendo de la forma más extraña que Rezongo había visto jamás.

El carruaje de la Trygalle siguió avanzando bajo aquella penumbra, precipitándose entre el hervidero de personas. Al tiempo que se abrían paso como un barco que surca mares enloquecidos, se alzaban a los lados unos brazos harapientos, medio podridos. Alguien consiguió aferrarse solo para que le arrancaran los brazos de las articulaciones. A otros los levantaban por los aires y se ponían a trepar en busca de un asidero mejor.

Momento en el que la principal función de los accionistas quedó patente. Dulcísima Angustia, la mujer bajita y regordeta de la sonrisa radiante, esbozó una mueca feroz y gruñó y gimió empuñando una hachuela contra un brazo estirado. Los huesos se partieron como ramitas, la mujer gritó y le lanzó una patada a un rostro desecado y lascivo, una patada lo bastante fuerte como para separarle la cabeza de los hombros.

Malditos cadáveres; estaban atravesando un mar de muertos animados y daba la sensación de que prácticamente todos y cada uno quería reservar un asiento.

Una forma grande y brutal se irguió junto a Rezongo. Barghastiano, peludo como un simio, con dientes afilados y ennegrecidos que se revelaban en una sonrisa complacida.

Rezongo soltó una mano del escalón de latón, tiró de uno de sus alfanjes para sacarlo y lanzó la pesada hoja contra la cara del cadáver. Este se tambaleó hacia atrás, la mitad inferior de la sonrisa se había desvanecido de repente. Rezongo se giró otro poco y le dio una patada al barghastiano en el pecho. La aparición cayó hacia atrás. Un momento después apareció otro, de hombros estrechos, con una cabeza alargada en cuya coronilla anidaba un pelo castaño apagado y por debajo de la cual había una cara arrugada.

Rezongo soltó otra patada.

El carruaje cabeceó con violencia cuando las enormes ruedas pasaron por encima de algo grande. Rezongo sintió que salía por encima del borde del techo y gritó de dolor cuando se le retorció la mano sujeta a un escalón. Unos dedos con garras empezaron a treparle por el muslo y él volvió a lanzar otra patada, cada vez más aterrado. Su talón tropezó con algo que no cedió, así que utilizó ese apoyo para auparse otra vez al techo.

En el lado contrario, tres muertos estaban atacando a Dulcísima Angustia, cada uno al parecer empecinado en una especie de violación. La mujer se retorció y revolvía debajo de ellos, lanzando cortes con sus hachuelas, mordiéndoles las manos marchitas y propinando cabezazos a los que intentaban un beso. Reccanto Índole se unió a la refriega utilizando un extraño cuchillo con dientes de sierra con el que atacó articulaciones varias (hombros, rodillas, codos), arrojando los miembros amputados a medida que los cercenaba.

Rezongo se puso de rodillas y examinó con furia el paisaje. Las masas de muertos, comprendió, se movían en una sola dirección, mientras que el carruaje se metía en su camino en una línea oblicua, y conforme la resistencia ante ellos crecía y las figuras convergían como sangre a una herida, el impulso del avance comenzó a ralentizarse de forma inexorable, de modo que los caballos tenían que levantar cada vez más las patas para trepar por encima de todos aquellos muertos.

Había alguien gritando cerca de la parte trasera del carruaje y al darse la vuelta Rezongo vio a la mujer llamada Vahído inclinada por el lado y gritando algo por la ventana cerrada.

Otro fuerte golpe zarandó el carruaje y rugió algo demoníaco. Unas garras arrancaron un trozo de madera.

«¡Sácanos de aquí!»

Rezongo estuvo plenamente de acuerdo con eso cuando el demonio apareció de súbito con los brazos reptilianos estirados hacia él.

Se puso en pie de un salto con un gruñido fiero y las dos armas en las manos.

Una cara alargada con colmillos se abalanzó sobre él, siseando.

Rezongo rugió también, un ruido ensordecedor, los alfanjes repartiendo estocadas. Los filos chocaron contra una piel gruesa y penetraron en la carne inerte, hundiéndose hasta los huesos del largo cuello del demonio.

Rezongo vio algo parecido a la sorpresa destellar en los ojos llenos de hendiduras de la criatura, y después la cabeza y la mitad del cuello se desprendieron.

Otros dos tajos brutales se deshicieron de los antebrazos, que dieron vueltas en el aire.

El cuerpo cayó hacia atrás y, mientras lo hacía, unos cadáveres más pequeños empezaron a trepar por él como si fuera una escala.

Rezongo oyó entonces un sonido extraño que venía de más adelante, rítmico, como el choque de unas armas contra los bordes de unos escudos. Pero no podía ser, el sonido era demasiado alto, demasiado abrumador, a menos que... Rezongo se irguió y se volvió hacia delante.

Pues sí, un ejército. Soldados muertos moviéndose en filas, en cuadros y en cuñas, marchando junto a todos los demás, y en número inimaginable. Se quedó mirando, luchando por comprender la inmensidad de esa fuerza. Hasta donde él alcanzaba a ver... *Dioses del inframundo, todos los muertos, marchando... pero ¿hacia dónde? ¿A qué guerra?*

La escena se desdibujó de repente, se dispersó en fragmentos. El carruaje pareció desplomarse bajo sus pies. La oscuridad lo envolvió todo de repente, un olor a mar, la batida de las olas, la arena que se escurría bajo las ruedas. El costado más cercano a donde estaba chocó contra el tronco de una palmera y provocó una lluvia de frutos secos del tamaño de malditos que martilleó en el techo antes de alejarse rebotando. Los caballos tropezaron y ralentizaron su loca carrera, pero un momento después todo se detuvo de golpe.

Rezongo levantó la mirada y vio estrellas en un suave cielo nocturno.

La puerta del carruaje se abrió a sus pies con un chirrido y alguien se bajó y vomitó sobre la arena, tosiendo, escupiendo y maldiciendo.

Maese Quell.

Rezongo descendió del carruaje usando los radios de la rueda más cercana y, con las piernas temblorosas, se dirigió hacia el hechicero.

El hombre seguía a cuatro patas, intentando escupir los escasos restos de lo que hubiera tenido en el estómago.

—Uf —jadeó—. Cómo me duele la cabeza.

Vahído se acercó y se colocó junto a Rezongo. Se había puesto para el viaje un solideo de hierro, pero lo había perdido y el cabello le caía en mechones apelmazados, enmarcándole el redondeado rostro.

—Creí que se nos había echado encima un condenado tigre —dijo—, pero eras tú, aterrorizando a un demonio. Así que es verdad, esos tatuajes no son tatuajes.

Glanno Lona se había dejado caer y se agachaba para esquivar las dentelladas de los caballos más cercanos.

—¿Visteis a Amby Tronco salir volando? Dioses, ¡fue estupefante!

Rezongo frunció el ceño.

—¿Estu qué?

—Estúpidamente espectacular —explicó Vahído—. O espectacularmente estúpido. ¿Eres soletaken?

Rezongo la miró, después se fue a explorar un poco.

Una tarea que no le llevó mucho rato. Estaban en una isla. Una isla muy pequeña, de menos de cincuenta pasos de ancho. La arena era coral machacado que resplandecía con un brillo plateado a la luz de las estrellas. Dos palmeras se alzaban en el centro. En los bajíos circundantes, a mil pasos de distancia, una franja de arrecifes rodeaba por completo el atolón y rompía la superficie como la columna de una serpiente marina. Se veían más islas, pocas de ellas más grandes que en la que estaban, extendiéndose como las cuentas de un collar roto, la más cercana quizás a tres mil pasos de distancia.

Cuando regresó vio que un cadáver se precipitaba del techo del carruaje y caía con un golpe seco en la arena. Tras un momento se incorporó.

—Vaya —dijo.

El trell salió del carruaje seguido por la bruja de los pantanos, Preciosa Dedal, que, con el aspecto pálido de un fantasma, se tambaleó unos cuantos pasos y se sentó de inmediato en la arena. Al ver a Rezongo, Mappo se acercó.

—Deduzco —dijo— que nos encontramos con algo inesperado en el reino del Embozado.

—No sabría decirte —contestó Rezongo—. Era mi primera visita.

—¿Inesperado? —bufó Vahído—. Fue una locura, todos los muertos que existen y marchando.

—¿Adónde? —preguntó Rezongo.

—Quizá no adónde, quizá de dónde.

¿De dónde? ¿En retirada? Esa sí que era una noticia alarmante. *Si los muertos están huyendo...*

—Antes —caviló Vahído— el reino de los muertos nos lo ponía fácil. Era muy tranquilo. Pero en los últimos años... ahí está pasando algo. —Se acercó a maese Quell—. Bueno, si eso no va a funcionar, Quell, entonces, ¿qué?

El hombre, todavía a gatas, alzó los ojos.

—Tú es que no lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué?

—Ni siquiera llegamos a la maldita puerta.

—Pero, entonces, qué...

—¡No había ninguna puerta! —chilló el mago.

El silencio siguió alargándose.

No muy lejos, el hombre no muerto estaba recogiendo conchas.

Los ojos acuosos de Jula Tronco se clavaron en Preciosa Dedal con una expresión de soñadora adoración. Al verlo, Amby hizo lo mismo e intentó lograr que el deseo de su expresión fuera incluso más intenso, de modo que cuando al fin mirara, su amada viera en él al hombre adecuado para ella, el único. A medida que los momentos se alargaban, la competición se hizo fiera.

La pierna izquierda todavía le dolía desde la cadera hasta los dedos de los pies, y solo tenía un mocasín, pero al menos la arena estaba cálida, así que no era para tanto.

Preciosa Dedal estaba reunida con maese Quell, el espeluznante hombre de las púas y ese ogro peludo y gigante que respondía al nombre Mappo. Esas eran personas importantes, decidió, y con la salvedad de Preciosa Dedal, él no quería tener nada que ver con ellos. Acercarse demasiado a esos tipos nunca era sano. Las cabezas estallan, los corazones revientan, él lo había visto con sus propios ojos cuando no era más que un renacuajo (pero ni de lejos tan renacuajo como Jula) y la familia había decidido por fin luchar contra los malazanos que estaban apareciendo en su pantano como hongos venenosos. Buna Tronco era el que llevaba las cosas por aquel entonces, antes de que se lo comiera un sapo, pero era un hecho que los hermanos de Buna, los íntimos que querían ser más íntimos, fueron y terminaron todos muertos. Las cabezas estallaron. Los corazones reventaron. Los hígados hirvieron. Era la ley de saber esquivar, claro está. Los mariscales y sus submariscales eran tipos listos y ser listo significaba ser rápido, así que cuando empezaban a volar flechas, cuadrillos y oleadas de magia, pues ellos lo sorteaban todo quitándose de en medio. Y los de alrededor que intentaban ser igual de listos, pero que no eran listos y por tanto sí mucho más lentos, bueno, el caso era que no esquivaban lo bastante rápido.

Jula suspiró al fin, anunciando así su derrota, y miró a Amby.

—No me puedo creer que te salvara.

—Yo tampoco. Yo no lo habría hecho.

—Por eso no me puedo creer que lo hiciera. Pero entonces ella ha visto lo valiente que soy, lo generoso y desinteresado. Ha visto que soy mejor porque sabe que tú no lo habrías hecho.

—Pues quizá sí que lo habría hecho, y quizá lo sabe, Jula. Además, uno de esos que olía a vómito estaba intentando abrir las puertas, y si no hubiera sido por mí, se habría metido, y eso fue lo que vio de verdad.

—No tiraste a ese aposta.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque le diste un cabezazo con la cara, Amby.

Amby se tocó la nariz otra vez e hizo una mueca, después puso cara de desprecio.

—Vio lo que vio, y lo que vio no eras tú.

—Me vio las manos, estiradas para volver a subirte. Eso lo vio.

—No lo vio. Me aseguré cubriéndolas con mi, eh, con mi camisa.

—Mientes.

—Mientes tú.

—¡No, tú!

—¡Tú!

—Puedes decir lo que quieras, Amby, lo que quieras. Era yo salvándote a ti.

—Quitándome el mocasín, dirás.

—Eso fue un accidente.

—¿Sí, y dónde está entonces?

—Se cayó por un lado.

—No, no se cayó. Miré en tu bolsa, Jula. No estabas intentando salvarme, me estabas robando el mocasín porque es tu mocasín favorito. Quiero que me lo devuelvas.

—Va contra la ley mirar en la bolsa de alguien.

—La ley del pantano. ¿Se parece esto a un pantano?

—Eso da igual. Infringiste la ley. Además, lo que encontraste es el mocasín de repuesto.

—¿Tu único mocasín de recambio?

—Eso es.

—Entonces, ¿por qué estaba lleno de mis notas de amor?

—¿Qué notas de amor?

—Las que ella y yo nos vamos escribiendo. Las que escondí en mi mocasín. Esas, Jula.

—Lo que es obvio ahora es la cantidad de veces que infringes tú la ley. Porque te dedicas a esconder tus notas de amor, las que te escribes a ti mismo y a nadie más, ¡y te pones a esconderlas en mi mocasín de repuesto!

—Como que tú ibas a mirar.

—Igual sí, si lo supiese.

—Pero no lo sabías ¿no? Además, tú no tienes un mocasín de repuesto, porque te lo robé yo.

—¡Y por eso yo lo volví a robar!

—No puedes volver a robar lo que no sabías que te habían robado en primer lugar. Eso es solo robar. Y robar va contra la ley.

—La ley del pantano.

—Tu bolsa sí que es un pantano.

—Ja, ja, ja, ja...

Y Amby sonrió ante su propio chiste, y luego también se echó a reír.

—Ja, ja, ja, ja...

Vahído quitó el tapón y dio un trago, luego le pasó la bota a Dulcísima Angustia.

—Escucha a esos idiotas —dijo.

—No quiero —respondió Dulcísima Angustia. Y después se estremeció—. Es la primera vez que intentaron meterse en mis bragas así, ¿sabes?

—La maldición del rigor mortis, quizá.

La otra lanzó un bufido.

—¿Estás de broma? No sé qué tenían ahí abajo, pero ni siquiera era de verdad, como palos atados o algo. —Bebió un poco más de vino, suspiró y miró a su alrededor—. Bonito.

—Nuestro cachito de paraíso.

—Por lo menos podemos ver salir el sol. Eso estará bien. —Se quedó callada unos momentos antes de volver a hablar—. Cuando apareció Reccanto, pensé que era para ayudar. Pero ahora creo que solo estaba utilizando la situación para meterme mano él también.

—¿Te sorprende, Dulce? Es un hombre.

—Con unos ojos de pena.

—Unos ojos y unas manos de pena.

—Quizá tenga que asesinarlo.

—Un momento —dijo Vahído al tiempo que recuperaba la bota—. Pero te salvó de verdad, amputó brazos y manos...

—Estaba eliminando a los rivales.

—Defendía tu honor, Dulce.

—Si tú lo dices.

Vahído volvió a tapar la bota.

—Dioses del inframundo, Dulce, ¿con qué crees que nos topamos ahí detrás?

Dulcísima Angustia frunció los labios carnosos y los párpados de largas pestañas le cubrieron los ojos.

—Allá, en Gato Tuerto, cuando era niña, me llevaron a un Amanecer de las Moscas; ya sabes, esas ceremonias del Templo del Embozado, cuando todos los sacerdotes se pintan con miel...

—En algunos lugares —interpuso Vahído— usan sangre.

—Eso he oído. En Gato Tuerto era miel, para que las moscas se pegaran. Moscas y avispas, en realidad. Bueno, yo estaba con mi abuelo, que había sido soldado en los Aparecidos...

—¿Dioses, cuánto tiempo hace que no los oigo mencionar! —Vahído se quedó mirando a Dulcísima Angustia—. ¿De verdad? ¿Tu abuelo estuvo con los Aparecidos?

—Eso dijo siempre. Cuando era muy pequeña me creía cada palabra que decía. Cuando me hice mayor, no creí ni una. Y ahora que soy mayor incluso, he vuelto a creerlo. Las cosas que tenía en su casa, las losas talladas, las máscaras rotas que tenía en la pared... sí, Vahído, creo que estuvo con ellos.

—Comandados por un seguleh...

—Un seguleh fugitivo, sí. En fin, fue mi abuelo el que me llevó a ver el templo del patrón de su antigua compañía y a todos los sacerdotes y sacerdotisas haciendo lo de las moscas.

—Espera. Se suponía que los Aparecidos habían desaparecido todos, que se los había llevado el propio Embozado para que lo sirvieran en el reino de los muertos. Así que, ¿qué estaba haciendo tu abuelo viviendo en Gato Tuerto?

—Perdió el brazo de la espada en una batalla. Lo dieron por muerto y para cuando lo encontró alguien ya era demasiado tarde para que lo sanaran bien. Así que cauterizaron el muñón y lo jubilaron. Pero bueno, ¿me vas a dejar contar mi historia o no?

—Sí, claro. Disculpa.

—Dijo que los sacerdotes lo estaban haciendo mal, con esa miel. Las moscas y las avispas no eran lo más importante de la ceremonia. Era la sangre, bueno, la miel, pero porque simbolizaba la sangre. Los Aparecidos, que eran como los propios sacerdotes-guerrero del Embozado, en el mundo mortal por lo menos, bueno, eran flagelantes. Sangre en la piel, la vida sangraba para morir en la piel, ese era el detalle importante. Por eso el Embozado aprecia tanto a los soldados muertos, más que a cualquier otro muerto que pasa tropezando por la puerta. Los Mercaderes de Sangre, el ejército que luchará en la llanura oculta llamada Desafío Último. —Hizo una pausa y luego se pasó la lengua por los labios—. De eso va el Amanecer de las Moscas. Una batalla definitiva, los muertos reunidos en una llanura oculta llamada Desafío Último.

—Así que —dijo Vahído, a la que la historia de Dulcísima Angustia le había dado escalofríos— quizá por eso el Embozado se llevó a los Aparecidos. Porque la batalla es inminente.

—Dame un poco más de eso —dijo Dulcísima Angustia, y alargó el brazo para coger la bota de vino.

Glanno Lona dio un codazo a Reccanto Índole.

—¿Las ves? Están hablando de nosotros. Bueno, de mí, sobre todo. Va a pasar, Índole, antes o después, va a pasar.

Reccanto Índole miró al otro con ojos entornados.

—¿El qué?, ¿que te van a matar mientras duermes?

—No seas idiota. Una de ellas me va a pedir que me case para siempre con ella.

—Y después te matará mientras duermes. Y luego todos podremos repartirnos tus acciones.

—¿Te crees que no vi cómo le metías mano a Dulce?

—¿Y cómo se supone que lo viste? ¡Estabas conduciendo!

—No hay na que yo no vea, Índole. Por eso soy un conductor tan buenófero.

—Tiene unas agarraderas estupendas.

—A ver lo que haces con mi futura siempreesposa.

—Igual es con Vahído con quien terminas, lo que significa que puedo hacer lo que me dé la gana con Dulce.

Glanno Lona lanzó un gran eructo.

—Deberíamos hacer algo de comer. El desayuno, así cuando esos terminen de soltar el rollo, podremos levantarnos y ponernos en camino de una vez.

—Adonde sea.

—Donde sea no importa. Nunca ha importado y nunca importará.

Reccanto Índole esbozó una gran sonrisa.

—Eso. No es el destino lo que importa...

—¡Es el viaje! —añadieron los dos a la vez.

Vahído y Dulcísima Angustia los miraron y las dos fruncieron el ceño.

—¡Otra vez no! —exclamó Vahído—. ¡Dejadlo ya, vosotros dos! ¡Dejadlo porque, si no, os vamos a matar mientras dormís!

Reccanto Índole dio un codazo a Glanno Lona.

Mappo se agachó y se meció sobre los pulpejos de sus anchos pies esperando a que maese Quell terminase el encantamiento que estaba murmurando contra el dolor. Se compadeció, era obvio que el mago estaba sufriendo, tenía el rostro demacrado y pálido, la frente sudorosa y le temblaban las manos.

Que alguien eligiera una profesión así, dado el terrible coste que suponía, era una idea difícil de aceptar. ¿Merecía la pena el dinero? Él era incapaz de entender esa forma de pensar.

¿Qué cosas tenían valor en este mundo? ¿En cualquier mundo? La amistad, los dones del amor y la compasión. El honor que uno le concedía a la vida de otra persona. Nada de eso se podía comprar con riquezas. A él le parecía una verdad muy simple. Pero sabía que esa misma trivialidad era lo que alimentaba el desdén cínico y la burla. Hasta que te arrebataban esas cosas, hasta que el precio de esa pérdida se hacía personal, de un modo terrible y devastador en la vida de uno. Solo en ese momento tan extremo, el desdén se desprendía de esa verdad y esta se revelaba desnuda, innegable.

Todas las verdades que importaban eran triviales.

Pero allí tenía otra verdad. Había pagado por ese viaje. Sus monedas habían comprado el dolor de ese hombre. El intercambio estaba desequilibrado y por eso Mappo lo lamentaba por maese Quell y se negaba a huir de su parte de culpa. El honor significaba, después de todo, estar preparado, estar dispuesto a sopesar y medir, a buscar el equilibrio justo sin ninguna mano que inclinara la balanza.

Así que allí estaban todos, pagando caro servir a Mappo en ese viaje por las sendas. Otra carga que debía aceptar. Si podía.

El formidable guerrero que estaba a su lado se removió entonces.

—Creo que ahora entiendo por qué la Trygalle pierde tantos accionistas, maese Quell. Por el Abismo, tiene que haber sendas por donde uno pueda viajar en paz, ¿no?

Maese Quell se frotó la cara.

—Los reinos se resisten, Rezongo. Somos como una salpicadura de agua en aceite caliente. Lo único

que puedo hacer es intentar que no... salgamos rebotados. Los magos pueden meterse en las sendas de su elección, pero no es fácil, es un juego de sutil persuasión la mayor parte de las veces. O una modesta imposición de voluntad. No quieres reventar un agujero de un reino al siguiente, porque eso es fácil que se descontrole. Puede devorar a un mago en un instante. —Alzó la cabeza y los miró con los ojos enrojecidos—. No podemos hacerlo así. —Señaló con un leve ademán el carruaje que tenía detrás—. Llegamos como un insulto. Somos un insulto. Como una punta de lanza al rojo vivo, penetramos a la fuerza, atravesamos disparados nuestro camino salvaje y debo asegurarme de que todo lo que dejamos a nuestro paso queda, eh..., cauterizado. Sellado por el fuego. A falta de eso, una avalancha de poder estalla a nuestra espalda y esa es una ola que ningún mortal puede surcar mucho tiempo.

Preciosa Dedal habló desde detrás de Mappo.

—Tenéis que ser magos supremos, entonces, todos y cada uno.

Maese Quell asintió.

—Admito que está empezando a inquietarme esta forma de viajar. Creo que estamos dejando cicatrices por todo el maldito universo. Estamos haciendo... sangrar a la existencia. Oh, unas gotitas aquí y otras allí, entre las palpitaciones de dolor que pueda poseer la realidad. En cualquier caso, por eso no hay ningún sendero que se recorra en paz, Rezongo. Los habitantes de cada reino se ven empujados a aniquilarnos.

—Dijiste que ni siquiera alcanzamos la Puerta del Embozado —dijo el hombre de las púas tras un momento—. Y sin embargo...

—Sí. —El otro escupió en la arena—. Los muertos ya no duermen. Menudo desastre.

—Búscanos la tierra más cercana en nuestro mundo —dijo Mappo—. Iré a pie desde allí. Seguiré solo...

—Nosotros siempre respetamos el contrato, trell. Te llevaremos a donde quieras ir.

—No a costa de que tú y tus compañeros podáis morir, no puedo aceptar eso, maese Quell.

—Nosotros no devolvemos el dinero.

—Ni yo lo estoy pidiendo.

Maese Quell se levantó, tembloroso.

—Ya veremos tras la siguiente etapa. De momento, es hora de desayunar. No hay nada peor que tener arcadas cuando no hay nada en el estómago que echar.

Rezongo también se irguió.

—¿Te has decidido por un nuevo sendero?

Quell hizo una mueca.

—Mira a tu alrededor, Rezongo. Lo han decidido por nosotros.

Mappo se levantó y permaneció junto a Rezongo mientras Quell iba dando tumbos hasta donde estaba su equipo, que se hallaba reunido alrededor de un brasero que habían sacado a rastras del vientre del carruaje. El trell miró con los ojos entrecerrados el sobrio terreno.

—¿Qué quiso decir? —preguntó.

Rezongo se encogió de hombros. Cuando le sonrió a Mappo, sus colmillos relucieron.

—Puesto que tengo que adivinar, trell, yo diría que vamos a darnos un chapuzón.

Y Preciosa Dedal lanzó un bufido.

—El reino de Mael. Y vosotros dos pensabais que lo del Embozado era malo.

Cuando tenía cuatro años, a Preciosa Dedal le dieron un tubo para respirar y la enterraron en turba, donde permaneció dos días y una noche. Seguramente, murió. La mayor parte moría, pero el alma

permanecía en el cuerpo muerto, atrapada por la turba y sus oscuras cualidades hechiceras. Así era como las ancianas brujas explicaban las cosas. A un niño hay que entregarlo a la turba, a esa unión impía de tierra y agua, y el alma debía liberarse de la carne en la que moraba, pues solo entonces podía esa alma viajar, solo entonces podía esa alma vagar libre por el reino de los sueños.

No le quedaban muchos recuerdos de ese tiempo en la turba. Quizá chilló, quizás intentó agitarse sumida en el pánico. Las cuerdas que la ataban, que se utilizarían para sacarla al atardecer del segundo día, habían dejado profundas quemaduras en sus muñecas y cuello, y esas quemaduras no eran producto de la presión suave, medida, ejercida cuando las brujas la habían vuelto a sacar al mundo. También se susurraba que a veces los espíritus que acechaban en la turba intentaban robar el cuerpo del niño para hacer de él su lugar. Y las brujas que se quedaban a vigilar la tumba temporal hablaban de momentos en los que la cuerda (los extremos que les envolvían las muñecas) se tensaban de repente, y comenzaba entonces una batalla entre las brujas de la superficie y los espíritus de las profundidades. A veces, se admitía, las brujas perdían, las cuerdas eran mordisqueadas hasta que se rompían y al niño lo metían en las profundidades malolientes y salía solo una vez al año, la Noche de los Despertados. Niños con piel de un tono pardo azulado, cuencas vacías, con el pelo del color del óxido o la sangre, con uñas largas y pulidas, que recorrían el pantano y cantaban canciones de la tierra que podían volver loco a un mortal.

¿Habían ido los espíritus a por ella? Las brujas no quisieron decírselo. Las quemaduras de su piel ¿eran el resultado de un ataque de pánico o de algo distinto? No lo sabía.

Los recuerdos que tenía de ese tiempo eran pocos y viscerales. El peso en el pecho. El frío que se le colaba dentro. El sabor a agua fétida en la boca, el escozor de los ojos apretados. Y los sonidos que podía oír, goteos terribles, como el torrente de fluidos por las venas de la tierra. Los golpes secos y los crujidos, los chirridos al acercarse... algo.

Se decía que no había aire en la turba. Que ni siquiera su piel podía respirar, y respirar era necesario para todo tipo de vida. Así que ella debía de haber muerto de verdad.

Desde entonces, por la noche, cuando dormía, podía alzarse de su carne, podía flotar, invisible, sobre su cuerpo inmóvil. Bajar la cabeza y observar, admirada. Era preciosa, desde luego, como si algo de la niña que había sido no hubiera seguido creciendo y fuera inmune a envejecer. Una cualidad que hacía que los hombres se desesperaran por reclamarla, no como a una igual, por desgracia, sino como a una posesión. Y cuanto mayor fuera el hombre, mayor era la necesidad.

Cuando hizo ese descubrimiento, sobre sí misma y sobre los hombres que la deseaban, se sintió asqueada. ¿Por qué entregar ese espléndido cuerpo a unas criaturas tan arrugadas y patéticas? No pensaba hacerlo. Jamás. Pero le costaba defenderse contra unos cazadores de juventud tan necesitados; bueno, sí, podía maldecirlos y sumirlos en la miseria, podía envenenarlos y verlos morir entre grandes dolores, pero esas cosas solo la llevaban a compadecerse, pero una compasión blanda, no ruin, lo que hacía que caer en la crueldad fuese mucho más difícil.

Había encontrado su solución en los dos jóvenes hermanos Tronco. Apenas salidos de la adolescencia, ninguno podía permanecer en los Irregulares de Mott por ciertas razones que a ella no le incumbían. Y los dos estaban gloriosamente enamorados de ella.

No importaba que apenas tuvieran un cerebro entre los dos. Eran Tronco, feroces contra los magos y la magia de cualquier tipo, y nacidos con el don de supervivencia del dios salamandra. La protegían en todas las batallas imaginables, desde un encarnizado combate a las tortuosas depredaciones de los viejos.

Cuando terminaba de admirar su propio cuerpo, flotaba hacia donde dormían ellos y observaba sus rostros apáticos, las bocas abiertas de las que surgían ronquidos con la cadencia de un resuello, los hilos de baba y los párpados agitados. Sus cachorritos. Sus perros guardianes. Sus letales mastines.

Pero en ese momento, esa noche en la que las estrellas tropicales los contemplaban desde las alturas, Preciosa Dedal sintió una inquietud creciente. Esa aventura de Trygalle a la que se había lanzado —ese capricho— estaba resultando mucho más letal de lo que esperaba. De hecho, había estado a punto de perder a uno de ellos en el reino del Embozado. Y perder a uno de ellos sería... malo. Dejaría al otro libre para acercarse, y no quería que sucediera eso, no lo quería ni por asomo. Y un perro guardián no era en absoluto tan eficaz como dos.

Quizá, solo quizá, había ido demasiado lejos esa vez.

Rezongo abrió los ojos y observó la emanación que refulgía con suavidad y que se acercaba flotando hasta cernerse sobre las formas dormidas de los hermanos Tronco, donde permaneció un rato antes de regresar y hundirse de nuevo en la forma de Preciosa Dedal.

No muy lejos oyó el gemido leve del trell.

—Me pregunto a qué está jugando esa chica...

Rezongo pensó en responder. Pero en su lugar el sueño se lo llevó de repente, lo asaltó, le arrebató la mente y la derribó, luego lo escupió como una rata mutilada en un claro húmedo de hierbas altas. El sol caía a plomo como el ojo colérico de un dios. Sintióse magullado, maltratado, se puso a gatas, una posición en la que no se sintió raro, ni le pareció inusual.

Una jungla espesa rodeaba el claro del que salían los sonidos de un sinfín de pájaros, monos e insectos, una cacofonía tan alta e insistente que un gruñido de irritación surgió en lo más profundo de su garganta.

De golpe cesaron los sonidos más cercanos, un capullo de silencio roto solo por el ronroneo de las abejas y un par de colibríes de cola larga que bailaban delante de una orquídea, duendecillos que luego salieron disparados con el zumbido de las alas.

Rezongo sintió que se le erizaba el vello, rígido y en punta, que le hormigueaba en la nuca, una sensación demasiado fiera para ser humana; bajó la vista y donde debería tener brazos y manos, y vio las bandas lustrosas de las patas delanteras de un tigre.

Otro de esos condenados sueños. Escucha, Trake, si quieres que sea igual que tú, deja de montarme estas escenas. Seré un tigre si es lo que quieres, pero no lo confines a mis sueños. Me despierto sintiéndome torpe y lento, y no me gusta. Me despierto sin recordar otra cosa que la libertad.

Se estaba acercando algo. *Cosas... tres, no, cinco. No son grandes, ni peligrosas.* Volvió la cabeza poco a poco y entornó la mirada.

Las criaturas que se acercaban al borde del claro eran un cruce entre simios y humanos. Pequeños como adolescentes, ágiles y ligeros, con un pelo fino que se espesaba en las axilas y las ingles. Los dos varones llevaban unos bastones cortos y curvos, endurecidos por el fuego, con los colmillos de alguna especie de enorme carnívoro incrustados. Las mujeres empuñaban lanzas, una de ellas sujetaba la lanza con una mano, y con la otra, un hacha ancha de pedernal, hacha que arrojó al claro. El objeto aterrizó con un golpe seco y aplastó las hierbas a medio camino entre Rezongo y el grupo.

Rezongo se dio cuenta con un ligero sobresalto de que conocía el sabor de esas criaturas, su carne caliente, su sangre, la salobridad de su sudor. Con esa forma, en ese lugar y en ese tiempo, les había dado caza, los había derribado al suelo, había oído sus lastimeros gritos mientras cerraba las mandíbulas alrededor de sus cuellos.

Esa vez, sin embargo, no tenía hambre, y parecía que ellos lo sabían.

El asombro destelló en sus ojos, sus bocas se crisparon en extrañas expresiones y de repente una de las mujeres se puso a hablar. El idioma era una vibración, interrumpida por chasquidos y oclusiones glotales.

Y Rezongo lo entendía.

—*Bestia de la oscuridad y el fuego, cazador en la oscuridad y la luz, piel de noche y movimiento en las hierbas, dios que se lleva, mira este nuestro regalo y perdónanos la vida, pues somos débiles y pocos y esta tierra no es nuestra, esta tierra es el viaje, nosotros soñamos con la costa, donde la comida abunda y los pájaros cantan al calor del sol.*

Rezongo se descubrió avanzando con sigilo, silencioso como un pensamiento, y sintió que él era vida y poder envueltos en un solo aliento. Avanzó hasta que la hoja del hacha quedó ante sus garras. Bajó la cabeza, con los orificios de la nariz disparados cuando inhaló el aroma a piedra y sudor, los bordes donde quedaba sangre seca, donde las hierbas habían pulido el pedernal, la orina que se había salpicado encima.

Esas criaturas querían reclamar el claro como propio.

Estaban rogando su permiso, y quizá le pedían algo más. Algo como... protección.

—*La hembra del leopardo nos rastrea y te desafía* —cantó la mujer—, *pero no cruzará tu camino. Huirá de tu olor pues tú eres el amo y señor aquí, el dios, el cazador indiscutible del bosque. Anoche se llevó a mi hijo, hemos perdido a todos nuestros hijos. Quizá seamos los últimos. Quizá nunca volvamos a encontrar la costa. Pero si nuestra carne debe alimentar al hambriento, entonces que seas tú el que se haga fuerte con nuestra sangre.*

»*Esta noche, si vienes a llevarte a uno de nosotros, llévame a mí. Soy la mayor. No tendré más niños. Soy inútil.* —Se agachó entonces, desechó su lanza y se hundió en las hierbas, donde rodó de espaldas y dejó expuesta la garganta.

Estaban locos, decidió Rezongo. Habían enloquecido por los terrores de la selva, donde eran forasteros, donde se habían perdido en busca de una lejana costa. Y, en su viaje, cada noche les traía un nuevo horror.

Pero solo era un sueño. De algún tiempo pasado. E incluso si intentara guiarlos hasta la orilla, despertaría mucho antes de que el viaje terminara. Despertaría, ellos quedarían abandonados a su destino. ¿Y si sentía el hambre al siguiente momento? ¿Y si el instinto estallaba en su interior, lo empujaba a abalanzarse contra esa desventurada mujer y cerraba las mandíbulas alrededor de su garganta?

¿Era de ahí de donde salía la noción de sacrificio humano? ¿Cuando la naturaleza los miraba con la expresión ávida del hambre? ¿Cuando no tenían más que palos afilados y un fuego que ardía sin llama para protegerlos?

No los mataría esa noche.

Encontraría otra cosa que matar. Rezongo echó a andar y se internó en la selva. Un millar de olores lo llenaron, un millar de ruidos apagados susurraron en las sombras profundas. Acarreaba su inmenso peso sin esfuerzo alguno, sigiloso en su avance. Bajo ese dosel el mundo era un atardecer y así permanecería para siempre; sin embargo, él lo veía todo, el revoloteo de una mantis de alas verdes, cochinillas de la humedad escabulléndose por el humus, la deslizante huida de un ciempiés. Se escurrió por el sendero de unos ciervos, vio dónde se habían alimentado de brotes de hojas oscuras. Pasó junto a un tronco podrido que había sido arrancado y echado a un lado, el suelo debajo arruinado por los hocicos escrutadores de los jabalíes.

Un tiempo más tarde, con la caída de la noche, encontró el olor que había estado buscando. Acre, intenso, extraño y familiar a la vez. Aparecía esporádicamente, prueba de que la criatura que lo había dejado era cauta y se acercaba a los árboles en sus momentos de descanso.

Una hembra.

Aminoró el paso mientras rastreaba a la bestia. Ya no quedaba luz y los colores teñían con tonos de

gris. Si lo descubría, la hembra huiría. Por otro lado, la única bestia que no huía era el elefante y él no tenía ningún interés en cazar a ese leviatán sabio con su horrible sentido del humor.

Fue avanzando poco a poco, paso a paso, sin ruido, y llegó al lugar en el que ella se había cobrado una pieza. Un uapití, su pánico era un aliento amargo en el aire. El humus arañado por sus cascos diminutos, una mancha de sangre en unas hojas enroscadas negras. Rezongo se detuvo, se acomodó y alzó los ojos.

Y la encontró. Se había llevado su presa a una gruesa rama de la que colgaban lianas en una cascada de flores nocturnas. El uapití, o lo que quedaba de él, estaba enroscado alrededor del tronco y ella estaba echada sobre la rama, los ojos centelleantes clavados en Rezongo.

Esa hembra de leopardo estaba hecha para cazar de noche, su pelaje era negro sobre negro, las manchas apenas discernibles.

Lo contempló sin miedo, y eso dio que pensar a Rezongo.

Una voz murmuró entonces en su cráneo, dulce y oscura.

—Sigue tu camino, mi señor. No hay suficiente para compartir... ni aunque así lo deseara, que, por supuesto, no es el caso.

—He venido por ti —respondió Rezongo.

Los ojos de la hembra se abrieron y él vio músculos que se enroscaban en sus hombros.

—¿Así que todas las bestias conocen jinetes?

Por un momento Rezongo no entendió su pregunta, y luego cayó en la cuenta con un calor repentino, un repentino interés.

—¿Tu alma ha viajado lejos, mi señora?

—Por el tiempo. Por distancias desconocidas. Aquí es donde me traen mis sueños cada noche. Siempre cazando, siempre saboreando sangre, siempre apartándome del camino de los que son como tú, mi señor.

—A mí me invoca la plegaria —dijo Rezongo, sabiendo mientras lo decía que era verdad, que las criaturas medio humanas que había dejado atrás acudían a él, como si invitar al asesino respondiera a un rechazo innato del azar. Lo invocaban para que matara, comprendió, para demostrarle algo al destino.

—Curiosa idea, mi señor.

—Perdónales la vida, mi señora.

—¿A quién?

—Sabes de quien hablo. En este tiempo no hay más que una criatura que pueda articular plegarias.

Rezongo percibió una diversión irónica.

—En eso te equivocas. Aunque las otras no tienen ningún interés en imaginar bestias como dioses y diosas.

—¿Las otras?

—A muchas noches de distancia de este lugar hay montañas, y en ellas se pueden encontrar las fortalezas donde moran los k'chain che'malle. Hay un río inmenso que desemboca en un océano cálido, y en sus orillas se pueden encontrar los pozos-ciudad de los forkrul assail. Hay torres solitarias donde viven jaghut ermitaños, esperando a morir. Hay aldeas de tartheno toblakai y sus primos que habitan en la tundra, los neph trell.

—Conoces este mundo mucho mejor que yo, mi señora.

—¿Todavía pretendes matarme?

—¿Dejarás de cazar a los medio humanos?

—Como quieras, pero has de saber que hay veces en las que esta bestia no tiene jinete. Hay veces también, sospecho, en las que la bestia que ahora cabalgas también caza sola.

—Entiendo.

Ella se incorporó de su lánguida postura y empezó a bajar por el tronco del árbol hasta aterrizar con un movimiento ligero en el blando suelo del bosque.

—¿Por qué son tan importantes para ti?

—No lo sé. Quizá los compadezco.

—Entre los nuestros, mi señor, no hay cabida para la compasión.

—Discrepo. Es lo que podemos ofrecer cuando cabalgamos las almas de estas bestias. Bien sabe el Embozado que es lo único que podemos ofrecer.

—¿El Embozado?

—El Dios de la Muerte.

—Vienes de un mundo extraño, creo.

Eso sí que era sorprendente. Rezongo se quedó callado un buen rato.

—¿De dónde eres, mi señora?

—De una ciudad llamada Nueva Alborada.

—Conozco una ruina llamada Alborada.

—Mi ciudad no está en ruinas.

—Quizás existas en un tiempo antes de la llegada del Embozado.

—Quizá. —Se estiró y entrecerró sus refulgentes ojos hasta que no fueron más que dos rendijas—. Me voy pronto, mi señor. Si sigues aquí cuando me vaya, la bestia que se quede quizá no se tomará bien tu presencia.

—¿No? ¿Y sería tan necia de atacarme?

—¿Y morir? No. Pero yo no la maldeciría con terror.

—Ah, ¿eso es compasión, entonces?

—No, es amor.

Sí, empezaba a entender que se pudiera llegar a amar a unos animales tan magníficos, y que montar sus almas pareciera el regalo más valioso.

—Me voy ya, mi señora. ¿Crees que volveremos a encontrarnos?

—Desde luego parece que compartimos la noche, mi señor.

La hembra se escabulló y ni siquiera la extraordinaria visión de Rezongo le permitió seguirla más allá de unos cuantos pasos largos. Se dio la vuelta y se alejó sin hacer ruido en dirección contraria. Sí, podía sentir que se iban debilitando sus lazos con ese lugar, y pronto regresaría a su mundo. Esa existencia pálida y rancia en la que vivía como si estuviera medio ciego, medio sordo, embotado y torpe.

Dejó escapar una fuerte tos colérica que silenció a los habitantes invisibles de todo el lugar.

Hasta que algún mono valeroso, oculto en las alturas, le tiró un palo. El golpe seco cuando chocó contra el suelo cerca de su pata trasera izquierda lo hizo sobresaltarse y apartarse.

En la oscuridad, sobre él, oyó una carcajada chirriante.

La tormenta de caos hizo una pirueta en su visión y consumió la mitad del cielo con un enajenado torbellino de plomo, de un negro granulado y con brillantes zarcillos de plata. Podía ver el frente de ráfagas levantando el suelo en un muro frenético de polvo, rocas y tierra que se acercaba cada vez más.

La nada inminente no parecía tan mala, al menos en lo que a Fosa se refería. Lo estaban arrastrando por la cadena unida al grillete de su tobillo derecho. La mayor parte de su piel había quedado desollada, el hueso blanco y el cartílago del codo que le quedaba, tachonado de grava, era visible dentro de unas auras rojizas. Sus rodillas eran versiones más grandes de aquello, y el grillete iba hincándose poco a poco en los huesos del tobillo y el pie. Se preguntó qué pasaría cuando al final se le desgajase el pie, qué se

sentiría. Quedaría allí echado, inmóvil por fin, quizá observando cómo el grillete se alejaba dando vueltas, girando y tropezando. Sería... libre.

La tormenta de esa existencia no debería incluir dolor. Era injusto. Si bien la mayor parte de ese dolor se estaba desvaneciendo, estaba demasiado ido para encogerse y estremecerse, para jadear y sollozar, pero los recuerdos quedaban, como fuego en el cráneo.

Iban tirando de él por piedras sueltas, los bordes afilados rodaban por su espalda y abrían surcos nuevos por la carne reducida a pulpa, se le apretaban contra la base del cráneo para arrancar los últimos mechones de pelo y cuero cabelludo. Y cuando la cadena se enganchaba, solo para ceder y darle la vuelta, él se quedaba mirando una y otra vez la tormenta que los seguía.

Canciones de sufrimiento en la carreta que gemía por delante, un coro interminable de desdicha que llegaba flotando sin cesar.

Qué rabia, reflexionó, que el enorme demonio no lo hubiera encontrado en los momentos siguientes a su derrumbamiento y no se lo hubiera subido a los hombros; y no era que pudiera llevar nada más de lo que ya llevaba. Pero incluso si hubiera hecho poco más que arrastrarlo a un lado, entonces el borde de la inmensa rueda de la carreta no le habría aplastado el brazo y hombro derechos, machacándolos y convirtiéndolos en pulpa hasta que solo filamentos de cartílago le sujetaban el miembro al cuerpo. Tras esto, se desvaneció toda esperanza (por leve que hubiera sido) de levantarse otra vez para contribuir con su fuerza a la procesión. Se había convertido en otro peso muerto más, arrastrado tras el vehículo, contribuyendo solo al sufrimiento de los que avanzaban a rastras.

Cerca, casi en paralelo a él, una enorme cadena recubierta de musgo terminaba en los restos de un dragón. Alas como velas raídas, varas partidas y colgando, la cabeza casi desollada se arrastraba tras un cuello hecho jirones. La primera vez que lo había visto se había quedado conmocionado, horrorizado. Pero luego, cada vez que aparecía, solo sentía una oleada de pavor. Que una criatura así hubiera fracasado era prueba suficiente de la desesperación extrema que los asolaba.

Anomander Rake había dejado de matar. La legión estaba fracasando. La aniquilación se iba acercando cada vez más.

La vida teme al caos. Siempre fue así. Lo tememos más que a nada, porque es anatema. El orden lucha contra la disolución. El orden negocia la cooperación como mecanismo de supervivencia, en todas las escalas, desde un trozo de piel hasta una colección entera de criaturas interdependientes. Esa cooperación, por supuesto, quizás en esencia no sea necesariamente pacífica, un intercambio diminuto de fracasos para garantizar éxitos mayores.

Sí, mientras me van arrastrando, al final mismo de mi existencia, comienzo a entender.

Mírame, mira este regalo de contemplación.

Rake, ¿qué has hecho?

Una mano callosa se cerró alrededor del brazo que le quedaba y lo levantó del suelo, lo estaban llevando por los aires, acercándolo a la lentísima carreta.

—No tiene sentido.

—Eso —respondió una voz profunda y medida— carece de relevancia.

—No merezco...

—Es probable que no, pero pienso buscarte un sitio en esa carreta.

Fosa tosió con una carcajada seca.

—Arráncame el pie, buen señor, y déjame.

—No. Es posible que se te necesite, mago.

¿Necesitar? Qué cosa más absurda.

—¿Quién eres?

—Draconus.

Fosa se rio por segunda vez.

—Te busqué... ahora parece que fue hace siglos.

—Ya me has encontrado.

—Pensé que conocerías un modo de escapar. ¿No es gracioso? Después de todo, si lo supieras, no estarías todavía aquí, ¿verdad?

—Parece lógico.

Una respuesta extraña.

—Draconus.

—¿Qué?

—¿Eres un hombre lógico?

—En absoluto. Bueno, aquí estamos.

La visión que recibió a Fosa cuando le estaban dando la vuelta para que mirara hacia delante fue, si acaso, incluso más aterradora que todo lo que había presenciado desde que había llegado a ese maldito reino de Dragnipur. Un muro de cuerpos, pies que sobresalían encajados entre caras con las miradas fijas, algún que otro brazo que colgaba sacudido por temblores y goteando sudor. Una rodilla aquí, un hombro allá. Marañas de pelo empapado, dedos con uñas largas como dagas. Humanos, demonios, forkrul assail, k'chain che'malle, otros de una naturaleza que Fosa no era capaz de identificar siquiera. Vio una mano y un antebrazo que parecían estar hechos por completo de metal, machihembrados, goznes, varas y un caparazón de piel de hierro visible en trozos moteados, picados. Lo peor de todo eran los ojos fijos, asomándose a caras que parecían haber renunciado a toda posible expresión y haber dejado tras ellas algo descolgado y apagado.

—¡Haced espacio en la cima! —bramó Draconus.

Lo recibieron con gritos de «¡No hay espacio!» y «¡No queda sitio!».

Sin hacer caso de las protestas, Draconus empezó a trepar por el muro de carne. Los rostros se crisparon de rabia y dolor, ojos que se abrieron más con una expresión de incredulidad ofendida, manos que lo arañaron o lo golpearon con los puños, pero el enorme guerrero era indiferente a todo. Fosa podía sentir la fuerza titánica de aquel hombre, una certeza implacable en cada movimiento que insinuaba algo inconquistable. El asombro lo dejó mudo.

Subieron más, las sombras se disparaban en patrones enloquecidos al llegar el fulgor revuelto de la tormenta, como si la penumbra natural del mundo se aferrara a la superficie y allí, muy por encima de ella, el aire fuera más claro, más intenso.

Las sacudidas del avance lento de la carreta se sentían allí arriba en el balanceo del muro cerca de la cima, un movimiento que se percibía en el quejido de la carne al resbalar, y en la canción vacilante de gemidos y gruñidos apagados, rítmicos. El muro al fin empezó a inclinarse hacia dentro y tras unos tirones Fosa se vio sobre unos montecillos de piel, los cuerpos tan pegados y compactos que la superficie bajo él parecía sólida, un paisaje ondulado, recubierto de sudor y motas de cenizas y suciedad. La mayor parte de los tirados allí se habían colocado boca abajo, como si mirar al cielo (que se desvanecería para siempre en cuanto llegara el siguiente cuerpo) fuera insoportable.

Draconus lo hizo rodar en una depresión entre dos espaldas, una mirando en una dirección y la otra en la contraria. Un hombre, una mujer, el contacto repentino con la carne suave de la mujer cuando lo encajaron contra ella despertó algo con un sobresalto en Fosa, que maldijo.

—Aprovecha lo que puedas, mago —dijo Draconus.

Fosa lo oyó marcharse.

Comenzaba a distinguir voces diferentes, sonidos extraños allí cerca. Alguien se acercaba gateando y

Fosa sintió un leve tirón en su cadena.

—Casi fuera, entonces. Casi fuera.

Fosa se giró para ver quién había hablado.

Un tiste andii. Era obvio que estaba ciego, y las dos cuencas lucían las terribles cicatrices de unas quemaduras, solo una tortura deliberada podía ser tan precisa. No tenía piernas, los muñones eran visibles justo debajo de las caderas. Se estaba arrastrando junto a Fosa, y el mago vio que la criatura sostenía en una mano un hueso largo y afilado con un extremo ennegrecido.

—¿Planeas matarme? —preguntó Fosa.

El tiste andii se detuvo y alzó la cabeza. Un pelo negro y despeinado enmarcaba una cara estrecha y hundida.

—¿Qué clase de ojos tienes, amigo?

—De los que funcionan.

Una sonrisa fugaz, después se acercó otro poco retorciéndose como una serpiente.

Fosa se las arregló para darse la vuelta de modo que el hombro y brazo destrozados quedaran debajo, lo que liberó el brazo ileso.

—Es una locura, pero todavía pienso defenderme. Aunque la muerte, si es que existe siquiera, me haría un favor.

—No existe —respondió el tiste andii—. Podría apuñalarte durante los próximos mil años y no conseguiría más que dejarte lleno de agujeros. Lleno de agujeros. —Hizo una pausa y la sonrisa destelló una vez más—. Sin embargo, debo apuñalarte de todos modos, puesto que lo has estropeado todo. Un desastre, un desastre, un desastre.

—¿Lo he estropeado? Explícate.

—No tiene sentido, a menos que tengas ojos.

—¡Los tengo, maldito idiota!

—¿Pero pueden ver?

Fosa captó el énfasis con el que el otro había pronunciado la última palabra. ¿Sería capaz despertar magia allí? ¿Sería capaz de arañar algo de su senda, suficiente para atenuar su visión? No quedaba otra que intentarlo.

—Espera un momento —dijo. Oh, la senda estaba allí, sí, impasible como un muro; sin embargo, él percibió algo que no esperaba. Grietas, fisuras, cosas que sangraban en el interior y luego en el exterior.

El efecto del caos, comprendió. ¡Dioses, todo se está desmoronando! ¿Habría un minuto, se preguntó —un instante, en el momento mismo en el que la tormenta los azotara al fin— en el que hallase su senda al alcance? ¿Podría escapar antes de que quedara borrado junto con todo y todos los demás?

—¿Cuánto tiempo?, ¿cuánto tiempo?, ¿cuánto tiempo? —preguntó el tiste andii.

Fosa se dio cuenta de que podía arañar un residuo de poder. Unas cuantas palabras murmuradas entre dientes y vio de súbito lo que antes había estado oculto, vio, sí, la carne sobre la que estaba echado.

Una masa de tatuajes cubría cada trozo expuesto de piel, líneas e imágenes que cruzaban de un cuerpo al siguiente, pero por ninguna parte podía ver zonas sólidas, todo estaba hecho de tracerías intrincadas, delicadas, patrones dentro de patrones. Vio bordes que se hundían y giraban. Vio figuras alargadas con rostros estirados y torsos deformados. Ni un solo cuerpo sobre esa inmensa carreta se había librado, salvo el del propio Fosa.

El tiste andii debió de oír su grito ahogado porque se echó a reír.

—Imagina que te ciernes desde... oh, digamos quince alturas de hombre. Quince alturas de hombre. Ahí arriba, bien arriba. Flotando en el aire, justo debajo del techo de la nada, el techo de la nada. Observando desde allí todo esto, todo esto, todo esto. Sí, ahí agazapado te parece torcido, pero desde ahí

arriba, desde ahí arriba, desde ahí arriba, no verás montículos de carne, ni bultos de huesos estirados por la piel, no verás ninguna sombra, solo la escena. La escena, sí, jurarías que plana. Se lo jurarías a cada dios y diosa que se te ocurra. ¡Plana! ¡Plana entera, plana entera!

Fosa intentó por todos los medios comprender lo que estaba viendo, no se atrevía a intentar lo que había sugerido el tiste andii, temía que el esfuerzo lo volviera loco; no, no pensaba imaginarse arrancado de su carne, su alma flotando por las alturas. Ya era bastante difícil comprender la obsesión de esa creación, una creación hecha por un hombre ciego.

—Llevas aquí arriba mucho tiempo —dijo al fin Fosa—. Evitando quedar enterrado.

—Sí y sí. Yo estaba entre los primeros que se subieron a la carreta. Entre los primeros. Asesinado por Draconus porque intenté quitarle Dragnipur... oh, Anomandaris Purake no fue el primero en intentarlo. Fui yo. Fui yo. Fui yo. Y si hubiera ganado la espada, en fin, mi primera víctima habría sido el propio Anomandaris. ¿No es una amarga broma, amigo? Lo es, lo es.

—Pero esto —Fosa hizo un gesto con la única mano que tenía—, tiene que ser de hace poco...

—No, solo la última capa, la última capa, la última capa.

—¿Qué... qué usas como tinta?

—¡Buena pregunta! Del palosangre de la carreta, maderanegra, la brea y la brea que no deja de filtrarse, que no deja de sudar del grano.

—Si pudiera flotar en las alturas, como dices —preguntó Fosa—, ¿qué escena vería?

—Andanzas, Fortalezas, Casas, cada dios, cada diosa, cada espíritu digno de mencionar. Reyes demonio y reinas demonio. Dragones y ancestrales... oh, todo ahí, todo ahí. Todo ahí. ¿Es aquí donde piensas quedarte, amigo? ¿Es aquí donde piensas quedarte?

Fosa pensó en esa criatura encogida contra él, esa aguja de hueso punzándole la piel.

—No. Pienso ir arrastrándome y rodear, todo lo que pueda, sin parar. Déjame fuera de tu escena.

—¡No puedes hacer eso! ¡Lo estropearás todo!

—Imagínate invisible, entonces. Imagina que ni siquiera existo... me quitaré de en medio.

Los ojos ciegos resplandecían y el tiste andii negaba con la cabeza una y otra vez.

—A mí no me tendrás —dijo Fosa—. Además, todo terminará pronto.

—¿Pronto? ¿Pronto cuándo? ¿Pronto cuándo? ¿Pronto cuándo? ¿Pronto cuándo?

—La tormenta no parece estar a más de una legua de nosotros.

—Si no quieres unirte a la escena —dijo el tiste andii—, te voy a tirar de aquí.

—A Draconus podría no gustarle.

—Lo entenderá. ¡Entiende más que tú!, ¡más que tú, más que tú y más que tú!

—Solo déjame descansar —dijo Fosa—, un rato. Después volveré a bajar trepando. No quiero estar aquí arriba cuando llegue el fin. Quiero estar de pie. Enfrentándome a la tormenta.

—¿Imaginas de verdad que el ritual despertará de golpe? ¿de verdad, de verdad, de verdad? La flor se abre pronto, pero la noche es larga, y llevará todo ese tiempo, todo ese tiempo. Que la flor se abra. Se abra justo antes del amanecer. Se abra justo antes. Draconus te eligió, un mago, para que seas el nexo. Yo necesito el nexo. Tú eres el nexo. Échate ahí, no hables, no te muevas.

—No.

—No puedo esperar mucho, amigo. Repta por ahí ahora si quieres, pero yo no puedo esperar demasiado. ¡A una legua!

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fosa.

—¿Qué importa eso?

—Para la próxima vez que hable con Draconus.

—Me conoce.

—Yo no.

—Soy Kadaspala, hermano de Enesdia, quien fue esposa de Andarist.

Andarist. Ese es un nombre que me sé.

—¿Querías asesinar al hermano del marido de tu hermana?

—Eso quería. Por lo que les hizo a ellos, lo que les hizo a ellos. ¡Por lo que les hizo a ellos!

Fosa se quedó mirando la angustia en la cara destrozada del hombre.

—¿Quién te cegó, Kadaspala?

—Fue un regalo. Un favor. No comprendí lo que era, lo que era de verdad, lo que era de verdad. No.

Además, pensé que mi visión interior bastaría... para desafiar a Draconus. Para robar Dragnipur. Me equivoqué, estaba errado. Me equivoqué. La verdad es un don, una misericordia.

—¿Quién te cegó?

El tiste andii se estremeció y pareció enroscarse sobre sí mismo. Unas lágrimas resplandecieron en los pozos de las cuencas vacías.

—Me cegué yo —susurró Kadaspala—. Cuando vi lo que había hecho. Lo que él había hecho. A su hermano. A mi hermana. A mi hermana.

De repente Fosa no quiso hacerle más preguntas a ese hombre. Se apartó de un empujón de los dos cuerpos.

—Voy a... explorar.

—Vuelve, mago. Nexo. Vuelve. Vuelve.

Veremos.

Con tanto tiempo para reflexionar, Apsal'ara llegó a la conclusión que su mayor error no había sido buscar una forma de entrar en Engendro de Luna. Ni descubrir las cámaras abovedadas y los montones de piedras encantadas, las armas y armaduras hechizadas, los ídolos mojados en sangre y los relicarios de diez mil cultos extintos. No, su mayor error había sido intentar apuñalar a Anomander Rake por la espalda.

A él le había parecido divertido encontrarla. No había hablado de ejecutarla, ni siquiera de encadenarla en alguna cripta profunda para toda la eternidad. Tan solo le había preguntado cómo había conseguido entrar allí. Curiosidad, cierto asombro, quizás incluso algo de admiración. Y entonces ella intentó matarlo.

La maldita espada había salido de su vaina en menos de un abrir y cerrar de ojos, el filo letal le había rebanado el vientre incluso antes de que ella se abalanzara con su daga de obsidiana.

Cuánta estupidez. Pero las lecciones solo se convertían en lecciones cuando uno había alcanzado el estado de humildad necesario para escucharlas. Cuando uno había agotado las excusas egotistas y las explicaciones que se arrojaban para evadir la culpabilidad sincera. Lo natural era atacar primero, abjurar de toda idea de culpabilidad y vergüenza. Arremeter con una rabia ciega, y luego alejarse con un pavoneo, convencido de tu superioridad moral.

Hacía ya mucho tiempo que ella había abandonado una pose tan estúpida. Un viaje que la iluminó, y había comenzado con su último aliento mortal, cuando se encontró tirada en el duro suelo de piedra, alzando la mirada hacia los ojos de Anomander Rake y viendo su consternación, su arrepentimiento, su dolor.

Podía sentir el calor creciente de la tormenta, podía sentir su avidez eterna. Ya no quedaba mucho, y entonces todos sus esfuerzos habrían sido para nada. Los pliegues de la cadena al fin mostraban cierto desgaste, pero no lo suficiente, ni con mucho. Quedaría destruida junto con todos los demás. No era

única. De hecho, no era muy diferente de todos los demás idiotas que habían intentado matar a Rake, o a Draconus.

La lluvia que se iba escurriendo del fondo de la carreta era más cálida de lo habitual, viciada por el sudor, la sangre y cosas peores. Le chorreaba por el cuerpo. Tenía la piel mojada desde hacía tanto tiempo que se le estaba desprendiendo a trozos, blanca como la muerte con la carne roja y cruda de debajo al descubierto. Se estaba pudriendo.

No tardaría en tener que dejarse caer una vez más, tendría que salir de debajo de la carreta y ver por sí misma la llegada de la nada. No habría misericordia en sus ojos (ojos que la nada tampoco tenía), solo la indiferencia que era la otra cara del universo, la cara que a todos daría para siempre la espalda. La mirada del caos era la verdadera fuente de terror, todo lo demás no eran más que sabores diferentes, variaciones.

Fui niña una vez. Estoy segura. Una niña. Tengo un recuerdo, un recuerdo de esa época. En la árida orilla de un río ancho. El cielo era una perfección azul. Los caribús estaban cruzando el río, por decenas y decenas de miles.

Recuerdo sus cabezas alzadas. Recuerdo que a los más débiles los empujaban, los hundían y desaparecían en el agua turbia. Esos cadáveres bajaban arrastrados por la corriente y aparecían en las orillas, donde los osos de morros cortos, los lobos, las águilas y los cuervos los esperaban. Pero yo me encontraba con otros. Padre, madre, quizás hermanas y hermanos, solo otros, los ojos puestos en el inmenso rebaño.

Su emigración estacional, y ese no era más que uno de los muchos lugares por los que cruzaban. Los caribús elegían con frecuencia caminos diferentes. Con todo, el río había que cruzarlo y las bestias se arremolinaban durante media mañana en la orilla hasta que se sumergían en la corriente, hasta que de pronto inundaban el río, un oleaje de pelo y carne, de ráfagas de inspiraciones y expiraciones.

Ni siquiera las bestias muestran impaciencia cuando abordan lo inevitable, cuando parece que solo los números pueden quizá confundir al destino, así que cada vida se esfuerza, embiste el flujo helado. «Sálvame». Eso es lo que está escrito en sus ojos. «Sálvame antes que a todos los demás. Sálvame para que pueda vivir. Dame este momento, este día, esta estación. Seguiré las leyes de mi especie...»

Recordó ese momento cuando era niña y recordó la sensación de asombro al presenciar el cruce, esa fuerza de la naturaleza, esa imposición de la voluntad, implacable y profunda. Recordó, también, el terror que había sentido.

Los caribús no son solo caribús. El cruce no es solo este cruce. Los caribús son toda la vida. El río es el mundo que pasa. La vida cruza nadando, surca la corriente, nada, se ahoga, triunfa. La vida puede hacer preguntas. La vida, parte de ella, puede incluso preguntar: ¿cómo es que puedo preguntar lo que sea? Y: ¿cómo es que creo que las respuestas responden algo que merezca la pena? ¿De qué sirve este intercambio, este valioso diálogo, cuando la verdad permanece inmutable, cuando algunos viven un tiempo mientras que otros se ahogan, cuando en la siguiente estación hay nuevos caribús mientras que otros se han ido para siempre?

La verdad es inmutable.

Cada primavera, en la época del cruce, el río baja en un caudaloso torrente. El caos se arremolina bajo la superficie. Es el peor momento.

Obsérvanos.

La niña no había querido ver. La niña había sollozado y había huido al interior. Hermanos y hermanas la persiguieron, riéndose quizá, sin entender su miedo, su desesperación. Alguien la persiguió, en cualquier caso. Riéndose, a menos que fuera el río el que se reía, y fuera el rebaño de caribús el que salió en tropel por la orilla y se abalanzó tras ella, haciendo que los observadores se dispersaran

gritando sorprendidos. Quizás eso fue lo que la hizo salir corriendo. No estaba segura.

El recuerdo terminaba con su pánico, sus gritos, su confusión.

Tirada en la viga, la madera sudando bajo ella, Apsal'ara se sentía como esa niña otra vez. Se acercaba la estación. El río la esperaba, a su máximo nivel, y ella no era más que una entre muchos, rezando para que el destino se confundiera.

Un centenar de piedras arrojadas a un estanque rompen la suavidad de la superficie y provocan un choque de ondas y olas hasta que el ojo pierde todo sentido del orden en lo que ve. Y ese momento discordante perturba el yo, despierta la inquietud en el espíritu y el nerviosismo. Así era esa mañana en Darujhistan. Las superficies se habían roto. La gente se movía y traicionaba su nerviosismo en cada movimiento. Las personas hablaban y sus discursos eran bruscos, eran rudas con los demás, ya fueran extraños o seres queridos.

Una tormenta de rumores surcaba las inflamadas corrientes, y algunos albergaban mayor verdad que otros, pero todos insinuaban la llegada de algo desagradable, algo ingrato y turbulento. Tales sensibilidades pueden atapar a una ciudad y tenerla presa durante días, a veces semanas, a veces para siempre. Tales sensibilidades pueden extenderse como una plaga hasta infectar una nación entera, un pueblo entero, dejándolos acostumbrados a la cólera, siempre beligerantes, inclinados a la crueldad y miserables en su compasión.

Se había derramado sangre por la noche. Por la mañana se habían hallado más cadáveres de lo habitual, una veintena o más en el Distrito de las Haciendas, lo que había provocado una estruendosa conmoción entre los mimados nobles en sus hogares amurallados. Acicateados por las desesperadas exigencias de investigación, la Guardia de la Ciudad trajo magos de la corte para llevar a cabo inspecciones mágicas. No mucho después comenzó a susurrarse un nuevo detalle que provocaría mayor estupefacción, que alarmaría más si cabe a los ciudadanos. ¡Asesinos! ¡Todos y cada uno... el Gremio ha quedado asolado! Y tras eso, en unas cuantas caras, una ladina sonrisa de placer, que se disimulaba enseguida y se reservaba para momentos privados, puesto que jamás se pecaba de un exceso de cuidado. Con todo, era obvio que los malvados homicidas se habían enfrentado a alguien más peligroso que ellos y lo habían pagado con una docena de vidas.

Algunos se quedaron después un poco más pensativos; tan pocos, que era como para, en fin, deprimirse. No obstante, fueron esos los que se plantearon una pregunta ominosa: *¿quién exactamente puede en esta ciudad acabar con total impunidad con una veintena de asesinos letales?*

Caótica como fue esa mañana, con carruajes oficiales y carretas funerarias traqueteando de un sitio a otro, con pelotones de guardias y multitudes de espectadores boquiabiertos, y los vendedores ambulantes bajando entre ellos con bebidas endulzadas, caramelos pegajosos y a saber qué más, con todo eso, nadie reparó en el Bar de K'rul, cerrado a cal y canto, con las paredes recién lavadas y los canalones desatracados.

Y casi fue lo mejor.

Krute de Talient entró en su miserable estancia y vio a Rallick Nom echado en un sillón. Con un gruñido de fastidio se acercó al hueco que pasaba por la cocina y dejó allí el saco de arpillera con su carga de verduras, fruta y pescado envuelto.

—No se te ve mucho últimamente —dijo.

—Es una guerra estúpida —respondió Rallick Nom sin alzar los ojos.

—Estoy seguro de que esta mañana Seba Krefar está de acuerdo contigo. Golpearon, con lo que habrán supuesto que era una fuerza abrumadora, y todo para que al final los vapulearan. Como siga así, Seba será el maestro de un Gremio de uno.

—Parece que estás de mal humor, Krute. ¿Qué más te da si Seba está cometiendo errores?

—Porque entregué mi vida al Gremio, Rallick. —Krute se irguió con un nabo en una mano. Tras un momento lo arrojó a la cesta que había junto al barril de agua fresca—. Y él solito lo está destruyendo. Cierto, él no tardará en desaparecer, pero ¿qué quedará para entonces?

Rallick se frotó la cara.

—Parece que todo el mundo está de mal humor estos días.

—¿A qué estamos esperando?

Krute no pudo soportar mucho tiempo la mirada de Rallick cuando el asesino la posó en él al fin. Había algo tan... despiadado en esa expresión fría, en ese rostro duro que parecía tallado para negar la noción de sonrisa para siempre. Un rostro que no podía suavizarse, no podía relajarse y convertirse en algo humano. No era de extrañar que hubiera sido el favorito de Vorcan.

Krute jugueteó con la comida que había comprado.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—¿Qué tenías en mente?

—Guiso de pescado.

—Dentro de unas campanadas afuera hará calor suficiente como para fundir plomo.

—Pues es lo que voy a hacer, Rallick.

El asesino se levantó con un suspiro y se estiró.

—Creo que prefiero ir a dar un paseo.

—Como quieras.

Rallick hizo una pausa en la puerta y miró por encima del hombro, la expresión se había hecho irónica de repente.

—Desaparece, ¿verdad?

Krute lo miró extrañado.

—¿El qué?

Rallick no respondió, y un momento después se había ido, la puerta cerrándose a su espalda.

«¿El qué?». ¿Es que tenía que ser tan obtuso? Alguna razón debía de tener, aunque no se me ocurre ninguna ahora mismo. Quizá fue solo... instinto. Sí, Rallick Nom, desaparece. Muy rápido.

Las cosas eran más fáciles antes, debería haberme dado cuenta por aquel entonces. Debería haberme conformado con lo que había. Debería haber dejado de rumiarlo todo.

Thordy frotaba a cuatro patas las cenizas y las metía en los espacios que quedaban entre las piedras talladas, en cada grieta y fisura, cada ranura que marcaba las superficies vagamente planas. Diminutas partículas de hueso rodaban bajo las puntas de sus dedos. No había ceniza perfecta a menos que procediera de madera, y esa ceniza estaba hecha de más cosas que solo de madera. La estación seca había llegado por fin, esperaba. De otro modo ella tendría que volver a hacerlo todo otra vez, para mantener los glifos escondidos, los agradables y bellos glifos con todas las promesas que le susurraban.

Oyó que la puerta de atrás se abría de golpe sobre sus goznes de cuero y supo que Gaz estaba de pie en el umbral, los ojos entornados, observándola. Sus manos sin dedos se crispaban al final de los brazos, el risco de los nudillos arruinado, de color rojo brillante, con hendiduras de dientes y hoyos de hueso.

Thordy sabía que su marido mataba cada noche para evitar matarla a ella. Sabía que ella era la causa

de esas muertes. Cada una de ellas suplía lo que Gaz quería hacer en realidad.

Lo oyó salir al exterior.

Se irguió, se limpió la ceniza de las manos en el delantal y se volvió.

—Restos del desayuno —murmuró él.

—¿Qué?

—La casa está llena de moscas —replicó él, allí de pie como si hubiera echado raíces con la luz del sol. Los ojos enrojecidos vagaron por el patio como si quisieran escabullirse de la cabeza del hombre y buscar refugio. Bajo esa roca, o bajo la plancha decolorada de madera gris, o debajo de ese montón de sobras de la cocina.

—Necesitas afeitarte —comentó ella—. ¿Quieres que caliente agua?

Los ojos angustiados se posaron en ella un momento, pero allí no había donde ocultarse, así que Gaz apartó la mirada de nuevo.

—No, no me toques.

Ella pensó en sujetar la navaja con la mano, apoyar el filo en la garganta del hombre. Ver los arroyuelos serpentear por la espuma del jabón, el pulso palpitando.

—Bueno —dijo—, la barba oculta lo delgado que estás. En la cara, al menos.

La sonrisa del marido era una amenaza.

—¿Y tú lo prefieres así, esposa?

—Es solo diferente, Gaz.

—No puedes preferir nada cuando te da igual, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—No te hacía falta. ¿Por qué hiciste esa cosa de piedra, justo ahí, en la mejor tierra?

—Me apeteció —contestó ella—. Un lugar para sentarse y descansar. Donde pueda echar un ojo a todas las verduras.

—¿Por si se escapan?

—No. Me gusta miraras, nada más. —*No hacen preguntas. En realidad no piden nada. Unos cuantos chorritos de agua, quizá. El camino despejado hacia el sol, libre de malas hierbas.*

No se ponen suspicaces. No se plantean asesinarme.

—Ten la cena lista para la puesta de sol —dijo Gaz, que se puso en marcha de pronto.

Thordy lo observó mientras se marchaba. La ceniza granulosa dibujaba medialunas negras en sus uñas, como si hubiera estado revolviendo en los restos de una pira. Cosa lógica, porque así era, pero Gaz no tenía por qué saberlo. No tenía por qué saber nada.

Sé igual que una planta, Gaz. No te preocupes por nada. Hasta la cosecha.

El buey era demasiado estúpido para preocuparse. Si no fuera por una vida entera de trabajo que lo deslomaba y algún que otro maltrato, la bestia se conformaría, su existencia sería un ciclo similar a la facilidad con la que el día da paso a la noche y la noche al día, y así para siempre jamás. Pienso y tiempo de sobra para rumiar, agua para beber y sal para lamer, una plaga para erradicar todas las moscas, garrapatas y pulgas del mundo que lo picaban. Si el buey pudiera soñar con el paraíso, sería un sueño sencillo y un paraíso sencillo. Vivir con simplicidad era esquivar las preocupaciones que llegaban con la complejidad. Un fin que se lograba a costa, por desgracia, de la inteligencia.

Los borrachos que salían tambaleándose de las tabernas cuando salía el sol iban en busca del paraíso y tenían los cerebros empapados y embrutecidos que lo demostraban. Tirados sin sentido en los garitos de durhang y d'bayang se podían encontrar otros que bajaban rezumantes por un camino parecido. La

simplicidad que hallarían sería, por supuesto, la muerte, el umbral cruzado casi sin esfuerzo.

Sin ser consciente (como es natural) de ironía alguna, el buey tiraba de una carreta con la que entró en un callejón detrás de los garitos de donde tres sirvientes demacrados sacaban la cosecha de cadáveres consumidos de esa noche. El carretero, de pie en un lado, con una fusta, escupió un chorro de zumo de roya y señaló en silencio otro cuerpo tirado en la cloaca tras una puerta trasera. Tanto daba una astilla que un concejo. Rezongando, los tres sirvientes se acercaron al cadáver y alargaron los brazos hacia los miembros para levantarlo de los adoquines. Uno ahogó entonces un grito y se encogió, y un momento después los otros hicieron lo mismo.

Al buey todavía tardaron un tiempo en azuzarlo, los humanos se dedicaron a ir de acá para allá y luego llegaron más. El animal olió la muerte, pero ya estaba acostumbrado. Reinaba la confusión, pero la bestia uncida continuaba siendo una isla de tranquilidad que disfrutaba de la sombra del callejón.

El guardia con dolor de pecho matinal de la ciudad acarició con una mano el ancho flanco del buey al pasar sin prisas. Después se agachó para inspeccionar el cuerpo.

Otro más, aquel hombre había recibido una paliza tan tremenda que apenas se reconocía en él a un ser humano. No se había dejado ni un solo hueso de la cara sin romper. Los ojos estaban hechos papilla. Apenas quedaban unos pocos dientes. Los golpes habían continuado por la garganta aplastada —que era con toda probabilidad la causa de la muerte— y después habían bajado hasta el pecho. El arma que se hubiera utilizado dejaba unas marcas cortas, alargadas, de magulladuras moteadas. Igual que en todos los otros.

El guardia se levantó y miró a los tres sirvientes de los garitos.

—¿Era cliente?

Tres caras inexpresivas lo miraron, luego contestó uno.

—¿Cómo Embozado vamos a saberlo? ¡Si ya no tiene cara!

—¿Ropa? Peso, altura, color de pelo... alguien ahí dentro que...

—Señor —interpuso el hombre—, si era cliente, era de los nuevos, tie carne en los huesos, ¿ve? Y tie ropa limpia. Bueno, antes de que se meara.

El guardia había hecho las mismas observaciones.

—¿Podría haberlo sido, entonces? ¿Un cliente nuevo?

—No tuvimos ninguno en el último día o así. Algún esporádico, ya sabe, de los que puen tomarlo o dejarlo, pero no, a este no nos parece haberlo visto, por la ropa, el pelo y to eso.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo en este callejón?

Nadie tenía respuesta para eso.

¿Podía el guardia solicitar un nigromante? *Solo si el hombre era de buena familia. Pero la ropa no es tan costosa. Más bien un mercader, o un funcionario de nivel medio. Si es así, ¿qué estaba haciendo allí, entre la escoria del Distrito Gadrobi?*

—Es daru —caviló.

—De esos nos vienen —dijo el locuaz sirviente con un leve desdén—. Nos vienen rhivi, nos vienen callowanos, nos vienen hasta barghastianos.

Sí, la miseria nos iguala a todos.

—A la carreta, entonces, con los demás.

Los sirvientes se pusieron a trabajar.

El guardia observó. Tras un momento su mirada se fue a posar en el carretero. Estudió la cara arrugada con hilos de zumo de roya bajándole por el rastrojo que tenía la barbilla.

—¿Tiene una mujer que le quiera en casa?

—¿Eh?

—Me imagino que ese buey es más o menos feliz.

—Oh, sí, eso sí, señor. Las moscas, sabe, ellas prefieren los sacones.

—¿Los qué?

El carretero lo miró con los ojos entornados y luego se acercó más.

—Los cuerpos, señor. Sacones, los llamo yo. Me he hecho mis estudios, y le doy mucho al pensar, en cosas importantes. En la vida y eso. Lo que hace que funcione, lo que pasa cuando se acaba y to eso.

—Claro. Bueno...

—Cada cuerpo en existencia, señor, está compuesto de lo mismo. Tan pequeño que no se pue ver salvo con una lente especial, pero me hice con una de esas. Pequeñísimo, de lo más. Yo los llamo sacos. Y dentro de cada saco hay una cartera, como flotando en medio. Y yo me figuro que dentro de esa cartera hay notas.

—Perdone, ¿ha dicho notas?

Un asentimiento rápido, una pausa para escupir un chorro de jugo marrón.

—Con todos los detalles de ese cuerpo escritos en ellas. Da igual si es un perro, un gato, o un gusano de nariz de esos de tiras verdes. O una persona. Y cosas como el color del pelo, de los ojos y to eso, to escrito en esas notas en la cartera de ese saco. Son instrucciones, sabe, que le dicen al saco qué clase de saco se supone que es. Unos sacos son sacos de hígado, algunos son piel, otros son cerebro, otros pulmones. Y luego está la madre y el padre que cosen esos sacos, cuando se fabrican un bebé. Los cosen, ya ve, con mitad y mitad, y por eso los críos se parecen a mamá y a papá. Bueno, pues este buey de aquí también tie bolsas que se parecen mucho, así que toy pensando en coser su mitad con una mitad humana, ¿no sería algo tremendo?

—Algo, buen señor, que es muy probable que lo hiciera salir por patas de la ciudad, si no lo matan a pedradas antes.

El carretero frunció el ceño.

—Ese es el problema que tie este mundo, ¿eh? ¡Ande está el sentido de la aventura!

—Tengo una reunión muy importante.

Iskaral Pust, todavía luciendo su sonrisa más obsequiosa, se limitó a asentir.

Sordiko Escrúpulo suspiró.

—Es un asunto oficial del Templo.

El otro asintió otra vez.

—No deseo ninguna escolta.

—No la necesitas, suma sacerdotisa —dijo Iskaral Pust—. ¡Me tendrás a mí! —Y después ladeó la cabeza y se lamió los labios. *¡Vaya si me tendrá! ¡Je, je! ¡Y verá que conmigo tendrá más de lo que jamás creyó posible! ¡Bueno, seré un pene gigante con piernas!*

—Ya lo eres —dijo Sordiko Escrúpulo.

—¿Ser qué? ¿Ser qué, querida? Deberíamos irnos ya, ¡no vayamos a llegar tarde!

—Iskaral Pust, no te quiero conmigo.

—Eso es lo que dices, pero tus ojos me cuentan una historia diferente.

—Lo que hay en mis ojos —respondió la sacerdotisa— podría hacer que terminaran colgándome del Cadalso Alto. Suponiendo, por supuesto, que la ciudad entera no prorrumpa en una celebración espontánea al enterarse de tu dolorosa muerte, y me sienta en un trono de oro puro por aclamación.

Pero ¿qué desvaríos le han entrado a esta mujer? ¡Nadie sabe siquiera que estoy aquí! ¿Y para qué querría yo un trono de oro? ¿Para qué lo querría ella cuando me puede tener a mí? Se lamió los labios

otra vez y después revisó su sonrisa.

—Tú delante, amor mío. Prometo ser de lo más oficioso en esta reunión oficial. Después de todo, soy el Mago de la Casa de Sombra. No soy un simple sumo sacerdote, sino un imponente sacerdote! ¡Un inminente sacerdote! No aventuraré opinión alguna de lo que sea, a menos que se me invite, por supuesto. No, seré severo y sabio y le dejaré todos los cotorreos a mi dulce subalterna. —Se agachó y añadió—: ¡Con quien estaré subalternando dentro de nada!

Las manos de la mujer se crisparon de una forma extraña, con sumo encanto, de hecho, y luego la rendición cayó en cascada por sus preciosos ojos, proporcionándole así a Iskaral Pust la imagen perfecta que podría resucitar en plena noche bajo las mantas, con Mogora roncando a través de todas las bolsas arácnidas repletas de huevos alojadas en su nariz.

—Y tanto que guardarás silencio, Iskaral Pust. He de hablar con una persona que no tolera a los idiotas, y no intentaré interceder siquiera si resulta que te muestras tan aborrecible como para matarte. —La sacerdotisa hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Claro que no te imagino siendo otra cosa que aborrecible. Quizá debería retractarme de mi advertencia, con la esperanza de que tus insultos sean tales que te destruyan al instante. Momento en el que podré expulsar a esos viles bhokarala y a tu no menos vil mujer. —Una sorpresa repentina—. ¡Escúchame! ¡Se suponía que esos pensamientos eran privados! La tuya es una influencia execrable, Iskaral Pust.

—¡Pronto seremos como dos guisantes en una vaina! Esas vainas espinosas y afiladas que se pegan a todo, sobre todo al pelo de la ingle cuando uno se ve obligado a hacer pipí en los arbustos. —Iskaral estiró el brazo hacia la sacerdotisa—. ¡Revoloteando de la mano por las calles!

Sordiko pareció arrepentirse, pero solo fue producto de la exquisita y frágil autoestima de Iskaral, por supuesto, y de sus fastidiosas preocupaciones, que enterró sin pestañear detrás de la obsequiosa sonrisa que se pegó en la cara.

Escaparon del templo por una poterna lateral que se utilizaba muy pocas veces y que cerraron de un portazo, justo a tiempo de evitar a la manada de bhokarala que los perseguía llenos de agitación pasillo abajo.

Un sol de justicia en las calles, Sordiko Escrúpulo en apariencia impasible ante semejante desprecio atmosférico, cielos, ¡ni una sola nube a la vista! Peor que en Siete Ciudades, sin una sola grieta por ninguna parte.

Mezclarse entre miserables multitudes, un mar de rostros malhumorados que se volvían de golpe al sentir el aguijonazo suave de sus codos y hombros cuando se apresuraba para seguirle el paso a las largas piernas de la suma sacerdotisa.

—¡Piernas largas, sí! Ay. Ay, ay, ay. Mira cómo se menean, mira el contoneo de esas deliciosas...

—¡Silencio! —siseó ella por encima de un torneado hombro.

—Tronosombrío lo entendió. Sí, sin duda. Vio la necesidad de que nos conociéramos, ella y yo. La consumación de los dos mortales más perfectos de Sombra. El amor predestinado de los cuentos, la encantadora e inocente mujer —no demasiado inocente, esperemos—, y el hombre fornido con su aguerrida sonrisa y cálida robustez. Eh, aguerrida corpulencia y cálida sonrisa. ¿Es «robustez» la palabra adecuada? Bueno, brazos musculosos y todo eso, en cualquier caso. Oye, que soy una masa de músculos, ¿no? Hasta puedo doblar las orejas cuando es menester; tampoco tiene sentido empezar a presumir. Ella desprecia a los que se pavonean, con lo delicada que es y eso. Y pronto...

—¡Cuidado con ese maldito codo, enano!

—Y pronto la gloria será nuestra...

—¡... una maldita disculpa!

—¿Qué?

Un enorme zoquete de hombre se estaba interponiendo a la fuerza en el camino de Iskaral Pust, su gran carota plana parecía algo que uno se encontraba en el fondo de una bacinilla.

—¡He dicho que espero una maldita disculpa, maldito hurón con cara de sapo!

Iskaral Pust lanzó un bufido.

—¡Oh, mira un enorme zoquete de hombre con una enorme jeta plana que parece algo que uno se encuentra en el fondo de una bacinilla quiere que yo me disculpe! Y lo haré, buen señor, en cuanto tú te disculpes por ser un zoquete y por esa cara de bacinilla, es más, ¡discúlpate por existir!

La ingente mano simiesca que se estiró hacia su garganta era tan simiesca que apenas poseía pulgar, o eso le contaría más tarde Iskaral Pust a su atento público de bhokarala, que lo miraban murmurando con los ojos muy abiertos.

Como es natural, él hizo caso omiso de esa mano y se dedicó a alargar la suya, directo hacia la entrepierna del zoquete, donde apretó, dio tirones de un lado a otro, estiró y retorció, incluso mientras el bruto se doblaba con un gimoteo y se derrumbaba como un saco de melones sobre los mugrientos adoquines, donde quedó tirado entre retorcimientos dignos de lástima.

Iskaral Pust pasó por encima de él y se apresuró a alcanzar a Sordiko Escrúpulo, que parecía haber apretado el paso, sus túnicas volaban de verdad a su espalda.

—¡Qué grosería la de alguna gente! —jadeó Iskaral Pust.

Llegaron a las verjas de una modesta hacienda cerca de la Torre de Insinuator. Las verjas estaban cerradas con llave y Sordiko Escrúpulo tiró de una cuerda trenzada que desencadenó un repique en algún lugar del interior.

Esperaron.

Al otro lado de las verjas se oyó el traqueteo de unas cadenas y un momento después las sólidas puertas se abrieron con un chirrido, chorros de óxido desprendiéndose de los goznes.

—No tienen muchas visitas, deduzco.

—A partir de ahora —dijo Sordiko Escrúpulo— te estarás callado, Iskaral Pust.

—¿Eso haré?

—Eso harás.

Quienquiera que hubiera abierto las verjas parecía estar oculto detrás de una de ellas, y la suma sacerdotisa se adentró sin prisas y sin ningún cumplido tampoco. Iskaral Pust corrió tras ella para evitar que lo dejaran fuera, ya que las dos verjas comenzaron a cerrarse de inmediato. En cuanto pasó, se volvió para reprender al grosero sirviente. Y vio, manipulando una palanca en un lado, a un seguleh.

—Gracias, Thurule —dijo Sordiko—. ¿La señora está en el jardín?

No hubo respuesta.

La suma sacerdotisa asintió y siguió caminando por un sendero que serpenteaba por un patio cubierto de maleza y malas hierbas, con los muros cubiertos de glicina en flor. Sordiko hizo una pausa al ver a una gran serpiente enroscada al sol en medio del sendero y luego la rodeó con cuidado.

Iskaral se deslizó tras ella, con los ojos clavados en la desagradable criatura, que levantó la cabeza cuneiforme, la lengua salió de golpe con curiosidad, o quizás era hambre. El sacerdote le siseó cuando pasó y le alegró ver que el animal se encogía.

La casa principal de la hacienda era pequeña, elegante de un modo vagamente femenino. Unos senderos arqueados la rodeaban por ambos lados, túneles entrecruzados de parras maravillosamente envueltas en sombras. La suma sacerdotisa escogió uno de ellos y continuó su camino hacia la parte posterior.

Mientras se acercaban oyeron el murmullo de unas voces.

El centro del jardín trasero estaba marcado por un claro de baldosas en el que se alzaba una docena de estatuas de bronce a tamaño natural que formaban un círculo, giradas al interior. De cada estatua manaba

agua de la extraña cara cubierta, agua que caía en la artesa ribeteada dentro de la que se encontraba y por donde el agua fluía hasta los tobillos. Las estatuas, vio Iskaral Pust con cierta alarma cuando se acercó, eran de seguleh, y el agua que caía lo hacía por debajo de unas máscaras recubiertas de musgo y verdete. En medio del círculo había una pintoresca mesa de cobre con patas finas y dos sillas. En la silla que tenían enfrente se sentaba un hombre de largo cabello gris. Había salpicaduras de sangre en su corriente camisa. Una mujer estaba sentada dándoles la espalda. El cabello negro, largo y lustroso, brillaba y contrastaba a la perfección con el lino blanco de su blusa.

Al ver a Sordiko Escrúpulo e Iskaral Pust, el hombre se levantó y se inclinó ante su anfitriona.

—Mi señora, hasta la próxima vez.

Una segunda reverencia más superficial ante la suma sacerdotisa e Iskaral antes de pasar junto a ellos.

Sordiko Escrúpulo entró en el círculo y se colocó a la derecha de la silla vacía. Para asombro de Iskaral Pust (y un momento después, para su deleite), la sacerdotisa hizo una reverencia ante su anfitriona.

—Lady Envidia.

—Siéntate, querida mía —respondió lady Envidia. Luego, cuando Iskaral Pust se plantó también ante ella, y vio su rostro exquisito, que hacía un conjunto tan perfecto con ese cabello encantador, y el porte que tenía, eh, no, la pose, ahí, en esa larguirucha silla, con las piernas cruzadas que revelaban la parte inferior de un esbelto muslo que estaba suplicando una caricia, la dama frunció el ceño.

—¿Quizá —dijo— debería hacer que instalaran una caja de arena para su huerfanito, suma sacerdotisa? Un sitio en el que pueda jugar y que empape su baba.

—Por desgracia tendríamos que enterrarlo en ella.

—Interesante sugerencia.

Thurule llegó entonces con otra silla. El parecido entre él y las estatuas era un tanto inquietante, e Iskaral Pust se estremeció y se inclinó a toda prisa ante lady Envidia antes de encaramarse a la silla.

—¡Su belleza desafía hasta a la de la suma sacerdotisa! Bueno, imagínate a las dos...

—¡Iskaral Pust! —soltó con enfado Sordiko Escrúpulo—. Te ordené que guardaras silencio, ¿no es cierto?

—¡Pero yo no he dicho nada, mi amor! ¡Nada de nada!

—Ni soy tu amor, ni lo seré jamás.

El sacerdote sonrió.

—Enfrentaré a estas dos bellezas entre sí, les provocaré espasmos de celos con mi encanto cuando se deslice de una a otra. ¡Un tironcito aquí, un roce allá! ¡Oh, será tan delicioso!

—Estoy pensando en matarlo —le dijo lady Envidia a Sordiko Escrúpulo.

—Por desgracia, es el Mago de Sombra.

—¡No puede hablar en serio!

—¡Oh, sí! —exclamó Iskaral Pust—. ¡Muy en serio! Es más, es de lo más propicio que yo esté aquí, ¡pues yo sé algo que vosotras no!

—Oh, cielos —suspiró lady Envidia—. Una hermosa mañana arruinada de esta forma.

—¿Quién era ese? —quiso saber Iskaral Pust—. ¿Ese hombre que estaba aquí? ¿Quién era?

—¿Por qué debería decírselo?

—El intercambio... usted satisface mi curiosidad y yo la suya, así nos satisfacemos mutuamente, ¿y qué te parece eso Sordiko Escrúpulo? ¡Ja!

Lady Envidia se frotó las sienes un momento, como si se sintiera abrumada, antes de contestar.

—Era el bardo, Pescador kel Tath. Un hombre inusual. Invita... a la confesión. Ha habido acontecimientos temibles en la ciudad...

—¡Ninguno tan temible como lo que podría contarle yo! —dijo Iskaral Pust.

Y le tocó entonces a Sordiko frotarse la frente.

—¡Está funcionando!

Lady Envidia lo miró.

—Si le concedo este intercambio, Mago, ¿querrá contenerse después y permitirnos a la suma sacerdotisa y a mí sostener nuestra conversación?

—Mi contención está garantizada, lady Envidia. Por supuesto, hago esta promesa solo si usted hace lo mismo.

—¿Se puede saber qué quiere decir?

—Lady Envidia, yo llegué en un barco.

—¿Y qué?

—Un barco cuya propietaria es una mujer deliciosa...

—¡Oh, no, otra no! —gimió Sordiko Esscrúpulo.

—Pobrecita —dijo lady Envidia.

—En absoluto. —Iskaral Pust se echó hacia atrás en su silla y la inclinó sobre las patas de atrás de modo que pudiera abarcar a las dos mujeres con la mirada—. ¡Cómo sueño con momentos como este! ¡Mira cómo están pendientes de cada una de mis palabras! ¡Las tengo!, ¡las tengo!

—¿Qué le pasa a este hombre, suma sacerdotisa?

—No sabría por dónde empezar.

Iskaral Pust se examinó las manos, las uñas, pero eso lo revolvió un poco porque los bhokarala tenían por costumbre chuparle las puntas de los dedos mientras dormía por la noche, lo que las dejaba permanentemente arrugadas, escurridas y de lo más desagradables, así que apartó los ojos con gesto casual, que encontraron a Thurule, cosa que tampoco era muy buena idea, así que, allí, a esa flor, sí, que le parecía más seguro, hasta que por fin llegó el momento de encontrarse con los extraordinarios ojos de lady Envidia.

—Sí —dijo arrastrando la sílaba—, al fin veo el parecido, aunque usted fue la vencedora en la guerra de la perfección. No por mucho, pero pudo triunfar, no obstante, y por ello solo puedo aplaudir y admirar y todo lo demás. En cualquier caso, reside en estos mismos momentos en el barco, en el puerto, nada menos que su amada hermana, ¡Rencor!

—¡Eso me pareció! —Lady Envidia se levantó de repente, temblando de... ¿emoción?

Iskaral Pust lanzó una risita.

—Sí, yo sigo jugando hasta que ellas dejen de jugar, y todas las verdades sean reveladas, cuando las sensibilidades se tambaleen, cuando la conmoción atraviese como un trueno el cosmos, ¡cuando las propias sombras exploten en toda existencia! Pues ¿acaso no soy el Mago de Sombra? Claro que lo soy, ¡lo soy! —Después se inclinó hacia delante con una circunspecta expresión de consternación—. ¿No está encantada, lady Envidia? ¿Me apresuro a acudir a su lado para extenderle su invitación para que visite este extraordinario jardín? ¡Deme instrucciones como si de su sirviente se tratara, por favor! ¡Lo que desee, lo haré! ¡Pues claro que no! Haré lo que yo quiera. Que piense lo contrario, quizá le devuelva un poco de color a la cara, quizá calme la tormenta de sus ojos, quizá consiga que el agua de esa artesa deje de hervir, un detalle impresionante, por cierto, bueno, ¿qué debería decir a continuación?

Sordiko Esscrúpulo y lady Envidia nunca llegaron a mantener su conversación ese día.

Con los ojos irritados y agotado, Navaja se fue en busca de algún sitio en el que desayunar. Una vez que tuviera la barriga llena, regresaría a la taberna del Fénix y se derrumbaría en la cama que tenía

arriba. Hasta ahí llegaba su capacidad táctica y hasta para conseguir eso había sufrido. Él sería el último en restar importancia a la extraordinaria variedad de caminos que podía tomar una vida, y pocos beneficios podía obtener por haber completado el círculo (a su viaje y a los cambios que se habían forjado en él entre el Darujhistan de antaño y ese nuevo lugar), y, sin embargo, el contraste con el destino que se había llevado a Cáliz Vidikas lo había dejado paralizado, desorientado y perdido.

Encontró una mesa vacía en el restaurante que ocupaba medio patio enfrente del parque Borthen, un establecimiento bastante caro que le recordó que se estaba quedando sin dinero; se sentó y esperó a que uno de las sirvientas observara su presencia. El personal era rhivi, todas y cada una, tres mujeres jóvenes vestidas con un estilo nuevo y extraño, caracterizado por largas faldas susurrantes de lino veteadas por un tinte índigo y unos ceñidos chalecos de cuero negro sin nada debajo. Llevaban el cabello recogido en trenzas anudadas que revelaban unas conchas bisecadas de almeja cosidas a las orejas. Si bien esta última afectación era pintoresca, el efecto indeseable más obvio fue que por dos veces una de las sirvientas pasó junto a él sin prisa y sin oír sus intentos de abordarla. Navaja resolvió estirar una pierna la siguiente vez, un impulso muy descortés que lo sobresaltó incluso a él.

Por fin captó la atención de una de las chicas, que se acercó.

—Una tetera, por favor, y lo que sea que sirváis de desayuno.

Al ver el modesto atavío de su cliente, la chica apartó los ojos y se dirigió a él en tono aburrido.

—¿Desayuno de fruta o desayuno de carne? ¿Huevos? ¿Pan? ¿Miel? ¿Qué clase de té? Tenemos veintitrés variedades.

Navaja la miró con el ceño fruncido.

—Eh, el que tú me digas.

—¿Disculpe?

—¿Qué tomaste tú esta mañana?

—Tortas, claro. Lo que tomo siempre.

—¿Las servís aquí?

—Pues claro que no.

—¿Qué clase de té tomaste tú?

—Ninguna. Yo tomé cerveza.

—¿Costumbre rhivi?

—No —respondió ella, todavía sin mirarlo—, es mi forma de enfrentarme a las emociones del día.

—Dioses del inframundo, tú tráeme algo. Carne, pan, miel. Y nada de basura estrambótica con el té, tampoco.

—Muy bien —soltó la sirvienta, y se dio media vuelta entre un revoloteo de faldas.

Navaja se apretó el puente de la nariz en un esfuerzo por repeler el dolor de cabeza que empezaba a apoderarse de él. No quería pensar en la noche que acababa de vivir, las campanadas en aquel cementerio, sentado en ese banco de piedra con Cáliz demasiado pegada a él. Viendo, a medida que crecía la luz del amanecer, lo que le había hecho el puñado de años, las líneas de cansancio alrededor de los ojos, las arrugas que le enmarcaban la boca, la madurez revelada en una pesadez creciente, las curvas más pronunciadas de lo que lo habían sido una vez. La niña que había conocido seguía allí, se dijo, bajo todo eso. En algún que otro gesto, en la insinuación de una carcajada suave en un momento dado. Sin duda ella veía lo mismo en él, las capas de dureza, los vestigios de las pérdidas y el dolor, los residuos de la vida.

Él no era el mismo hombre. Ella no era la misma mujer. Pero se habían quedado allí sentados como si una vez se hubieran conocido. Como si fueran viejos amigos. Cualesquiera que fueran las pueriles esperanzas y las vanas ambiciones que años atrás habían hecho saltar de chispas en el espacio entre

ellos, las evitaron con elegancia, al tiempo que sus corrientes confluían en algo romántico, algo de una nostalgia extraña.

Había sido la luz llena de vida que no dejaba de crecer en los ojos de la mujer lo que más había alterado a Navaja, sobre todo porque él también había sentido un placer parecido, en los difusos recuerdos con los que habían jugueteado, en el resplandor que se fue alzando entre ellos en ese banco y que no tenía nada que ver con la salida del sol.

De aquello no podía salir nada bueno. Ella estaba casada, al fin y al cabo. Perteneecía a la nobleza, pero no, ese detalle carecía de relevancia, pues lo que esa mujer había propuesto no tenía nada que ver con el decoro, no tenía ninguna intención de someterse al escrutinio público.

Está aburrída. Quiere un amante. Quiere lo que pudo haber tenido, pero no quiso. Una segunda oportunidad, eso es lo que quiere.

¿Existen siquiera las segundas oportunidades?

Eso sería... sórdido. Despreciable. ¿Cómo podía plantearse siquiera algo así?

Quizás Apsalar lo vio demasiado bien. Vio en lo más hondo de mi interior, el alma que era menos de lo que debería, la voluntad que era débil. Yo no me presento delante de una mujer, ¿verdad? No, yo caigo en sus brazos. Cambio de forma para adaptarme a cada una, para acomodar las cosas, como si encajar en sus sueños fuera el único camino hacia sus corazones.

Quizá tuvo razón al marcharse.

¿Era eso todo lo que quería Cáliz? ¿Un entretenimiento para aliviar la pesadez de su cómoda vida? Se había rendido ante la sospecha de que las cosas no eran tan sencillas. Había sentido una corriente más oscura, como si estar con él significara algo más para Cáliz. Prueba de que era capaz de rebajarse, quizá. De su caída. U otra cosa, algo incluso más pernicioso.

La sirvienta rhivi le había traído una tetera, un plato de pan fresco, un tarrito de miel y un cuenco de fruta cortada. Navaja se quedó mirando lo dispuesto delante de él, en la mesa, intentando sin mucho éxito recordar el momento en el que había llegado.

—Te necesito —le había dicho ella, las palabras atravesando su cansancio cuando el cielo comenzó a colorearse—. Azafrán. Navaja. Como quieras llamarte. Lo supe en el momento en que te vi. Llevaba casi toda la noche caminando, sin rumbo. No lo sabía, pero estaba buscando a alguien. Mi vida se ha convertido en una pregunta que creí que nadie podría responder. Ni mi marido ni nadie. Y de repente ahí estabas tú, de pie en este cementerio, como un fantasma.

Oh, él sabía lo que era tener fantasmas, cómo podían perseguirte día y noche. El modo en que encontraban sitios para esconderse en tu propia alma. Sí, él lo sabía todo sobre los fantasmas.

—Cáliz...

—Una vez me amaste. Pero yo era muy joven. Muy tonta. Ahora no soy joven ni tonta. Esta vez no te daré la espalda.

—Tu marido...

—Le da igual lo que haga, o con quien lo haga.

—¿Por qué te casaste con él, entonces?

Ella había desviado los ojos y había tardado un tiempo en responder.

—Cuando me salvó la vida, esa noche en el jardín de la hacienda de Simtal, fue como si luego fuera el dueño. De mi vida. Era el dueño porque la salvó. Tampoco era el único que lo creía. Yo también lo creía. De golpe fue como si yo ya no tuviera elección. Él poseía mi futuro, y podía hacer lo que le placiese con él.

—Tu padre...

—¿Debería haberme aconsejado? —Cáliz se echó a reír, pero fue una risa amarga—. Tú quizá no lo

vieras, pero yo era una consentida. Era odiosa, Azafrán. Quizá lo intentó, en realidad no lo recuerdo. Pero creo que se alegró de que me marchara.

No, esa no era la Cáliz que él había conocido.

—La Casa Vidikas tiene un anexo, un edificio pequeño abajo, junto a los muelles. Casi nunca se utiliza. Hay dos niveles. En la planta principal solo hay un almacén lleno de lo que dejó el carpintero después de terminar el barco mercante. En el nivel superior es donde vivió el hombre mientras duró el contrato. Lo he... visto, y tengo una llave.

¿Visto? A Navaja le extrañó la duda en esa admisión. Pero no por mucho tiempo. *Lo ha usado ya. Lo sigue usando. Para citas clandestinas como la que está sugiriendo ahora. Cáliz, ¿por qué te molestas conmigo?*

Al ver que vacilaba, la mujer se inclinó más hacia él y le posó una mano en el brazo.

—Podemos encontrarnos allí, Azafrán, solo eso. Para hablar. Allí podemos hablar de cualquier cosa, allí no es posible que nos vean. Solo hablar.

Él sabía, por supuesto, que un sitio así no era para hablar.

Y esa noche se encontraría allí con ella.

¿En qué estaba...?

—¡Ay!

La sirvienta le acababa de dar una colleja en un lado de la cabeza. Asombrado, se la quedó mirando.

—¡Si me tomo tantas molestias para hacerte un maldito desayuno, será mejor que te lo comas!

—¡Perdón! Solo estaba pensando...

—Es más fácil cuando masticas. Venga, no me obligues a volver.

Navaja la miró con furia mientras se alejaba. *Si yo fuera noble, jamás habría hecho eso.* Sorprendió a un hombre mirándolo desde una mesa cercana.

—Veo que se le dan bien las mujeres.

—Ja, ja.

Hay momentos y sucesos que pueden hacerte un favor inesperado, y aunque ella no lo sabía, fue un favor lo que le hicieron a Scillara en ese instante, porque no estaba pensando en Navaja. Estaba sentada junto al historiador malazano, Duiker, combatiendo su instinto para no rodearlo con los brazos y así aliviar siquiera un poco ese callado dolor que lo aquejaba. Sabía que lo único que la contenía era el temor de que él no agradeciese su comprensión. Eso y la evidente posibilidad de que ella lo estuviera malinterpretando.

Tener una vida dura significaba sellar cada acceso hasta convertirlo en algo sólido e impenetrable, hasta que no quedaba abertura alguna y el alma se ocultase en la oscuridad y nadie más pudiera oír los gritos, los lamentos contra la injusticia, los largos y agónicos periodos de tristeza. La dureza del exterior creaba dureza en el interior.

La tristeza, bien lo sabía ella, no era algo que se pudiera curar. No era, de hecho, un fracaso, ni un defecto, ni una enfermedad del espíritu. La tristeza jamás estaba falta de razones y afirmar que señalaba alguna clase de disfunción no hacía más que demostrar la ignorancia o, lo que era peor, la cobarde esquivez del que hacía la afirmación. Como si la felicidad fuera el único estado legítimo. Como si a los que no la alcanzaban hubiera que encerrarlos en alguna parte y medicarlos para que durmieran; como si las causas de la tristeza fueran simples trampas y escollos en el debido ascenso a la gozosa satisfacción, cosas que había que rodear o salvar, o sobre las que había que saltar empujados por alas de falso entusiasmo.

Scillara sabía que no era así. Se había enfrentado a su propia tristeza con suficiente frecuencia. Incluso cuando había descubierto su primer medio para escapar de ella, con el durhang, había sabido que esa evasión no era más que una huida de unos sentimientos que existían de forma legítima. Sencillamente había sido incapaz de permitirse comprender esos sentimientos, porque hacerlo sería rendirse a su realidad.

La tristeza tenía su sitio. Tan justificado como la alegría, el amor, el dolor y el miedo. Todos estados de la vida.

La gente confundía con demasiada frecuencia la tristeza ajena con la autocompasión, y al hacerlo revelaban su propia dureza de espíritu, y no poca malicia, además.

El bar hedía a sangre, mierda, pis y vómito. Mezcla se estaba recuperando arriba, en su habitación, tras haber visto la muerte tan cerca como jamás la había visto, pero lo peor ya había pasado. Barathol y Chaur habían bajado a los sótanos para ayudar a Rapiña y Azogue a enterrar los cuerpos de sus camaradas. El dolor del herrero por la muerte de su nuevo amigo, Mazo, era demasiado desgarrador para que Scillara se enfrentara a él; Barathol no era en absoluto un hombre duro y eso sacudía el frágil conjunto de creencias de Scillara, porque debería haberlo sido. Pero ¿no había visto esa estremecedora vulnerabilidad cuando había luchado por devolverle la vida a Chaur después de que se ahogara aquel enorme bobalicón?

—Es... —empezó a decir Duiker, y luego frunció el ceño— un hombre notable, creo.

Scillara parpadeó.

—¿Quién?

El historiador negó con la cabeza, sin querer mirarla a los ojos.

—Debería estar emborrachándome.

—Nunca funciona —contestó ella.

—Lo sé.

Se quedaron callados otra vez, los segundos se hicieron eternos.

Nos tropezamos con estas personas sin querer. Una competición absurda en un restaurante. Solo estábamos empezando a conocerlos, a atesorarlos a todos y cada uno.

Mazo era sanador. Un Abrasapuentes. En los ojos de aquel hombre había ardido una especie de autorrecreación, un mar de culpa. Un sanador torturado por algo que no podía sanar. Una lista de fracasos transformados en defectos. Pero había sido un hombre amable. Esa voz suave, de un tono agudo tan extraño... que jamás volverían a escuchar.

Por él Barathol había llorado.

Perlazul era mago. De una torpeza divertida, una especie de cándido, lo que a duras penas encajaba con todo lo que había vivido, pues él también había sido Abrasapuentes. Azogue había despotricado sobre el cadáver de aquel hombre, un sargento echándole la bronca a un soldado tan incompetente que se había muerto. Azogue estaba ofendido, indignado, al tiempo que la angustia resplandecía en sus brillantes ojos azules. «¡Maldito imbécil!», había gruñido. «¡Por el Embozado, menudo imbécil inútil e insensato!».

Cuando había hecho amago de soltarle una patada al cuerpo, Rapiña lo había apartado de malos modos, había estado a punto de tirarlo y Azogue se había abalanzado a clavar la punta de una bota en los tablones del mostrador.

Parecían haber envejecido. Rapiña, Azogue. Demacrados y con los ojos enrojecidos, los hombros vencidos, sin molestarse en limpiarse la sangre seca que tenían en la cara, las manos y los antebrazos.

Solo Duiker permanecía inmutable, como si esas últimas muertes hubieran sido poco más que alguien orinando en un río ancho y profundo. Su tristeza era absoluta, y él nunca subía a respirar. Sentía ganas de tomarlo entre sus brazos y sacudirlo hasta devolverlo a la vida. Y, en cambio, no iba a hacer tal cosa,

porque sabía que un gesto así sería egoísta y solo serviría para satisfacer sus propias necesidades. Tanto, quizá, como su primer impulso de rodearlo con un gesto de simpatía.

Porque ella también tenía ganas de llorar. Por haber arrastrado al historiador a la ciudad, por haberlo alejado de lo que había pasado allí esa noche. Por haberle salvado la vida.

A la vuelta, cuando habían visto los cuerpos en la calle, cuando habían entrado y habían contemplado la carnicería, Duiker le había lanzado una única mirada, y en ella la mujer había leído con claridad el pensamiento que se ocultaba detrás. *¿Ves de lo que me alejaste?* Un pensamiento tan lejos de la gratitud que bien podría estar en otro reino.

La verdad era obvia. El historiador hubiera preferido estar allí. Hubiera preferido haber muerto la noche anterior. En su lugar, como buena zorra entrometida que era, Scillara le había negado esa liberación. En su lugar, lo había dejado en esa triste vida que no quería terminar. Esa mirada había sido más dura, más hiriente, que un bofetón en la cara.

Debería haber bajado. Debería estar de pie, allí, en ese sótano estrecho e incómodo, sosteniendo la mano de Chaur y escuchándolos a todos llorar a sus muertos, cada uno a su manera. Las maldiciones de Azogue, Rapiña a su lado, tan cerca que se apoyaba en él, pero de otro modo inexpresiva salvo por la desolación de su mirada vidriada. Barathol y su barba resplandeciente, los ojos hinchados, los músculos nudosos que le destrozaban la frente.

La puerta se abrió de golpe y entró un haz de luz que atravesó el polvo suspendido, después entró el bardo del pelo gris.

Duiker y ella observaron al hombre cerrar la puerta a su espalda y volver a colocar la sólida barra de hierro en sus ranuras, cómo había terminado con esa barra en las manos era un misterio, pero ni Scillara ni el historiador hicieron comentario alguno.

El hombre se acercó y Scillara vio que él tampoco se había molestado en cambiarse de ropa, lucía la sangre seca con la misma indiferencia que había visto en los otros.

Había habido media docena de cuerpos, quizá más, en el escenario. Un comentario de pasada de Mezcla implicaba al bardo en esa matanza, pero a Scillara le costaba creerlo. Ese hombre estaba chupado, era viejo. Pero entrecerró los ojos y los clavó en las salpicaduras de sangre que tenía en la camisa.

El bardo se sentó enfrente de ellos y miró a Duiker a los ojos.

—No sé lo que han decidido hacer ellos, historiador, pero pueden contar conmigo —dijo.

—Así que también fueron a por ti —dijo Scillara.

Él la miró.

—Scillara, atacaron a todos los que estaban en la sala. Mataron a inocentes.

—No creo que vayan a hacer nada —dijo Duiker—, salvo vender esto y largarse.

—Ah —dijo el bardo, después suspiró—. No importa. No estaré del todo solo, en cualquier caso.

—¿Qué quieres decir?

—Reclamé un antiguo favor, historiador. Por lo general no soy de los que me implico en... cosas.

—Pero estás enfadado —comentó Scillara, que reconoció al fin la extraña inexpresividad en los ojos del anciano, la inexpresividad que se daba antes... *antes de matar a sangre fría. Este poeta tiene garras, no cabe duda. Y ahora que lo miro, no es tan viejo como yo pensaba.*

—Lo estoy, sí.

Abajo se oyó un crujido ensordecedor seguido por gritos de sorpresa. Los tres de la mesa se levantaron a toda prisa. Con Duiker por delante, corrieron a la cocina y luego bajaron las estrechas escaleras que bajaban al sótano. La luz de unas teas vacilaba al otro extremo del alargado almacén y arrojaba sombras salvajes sobre la extraña escena. Un líquido de olor acre se derramaba por el suelo de tierra y parecía

reticente a filtrarse; en un semicírculo se encontraban los dos malazanos, Barathol y Chaur, todos mirando a una pared lateral, donde se había hecho pedazos un gran tonel.

Azogue, supuso Scillara, le acababa de dar una patada.

Lo había partido por la mitad y, en medio de una cascada de jugo de encurtir, había descubierto a todos el objeto que el líquido había conservado a la perfección.

Doblado, con las rodillas bajo el mentón, los brazos envolviendo las espinillas.

Todavía luciendo una máscara en la que cuatro marcas rectas, verticales, dibujaban una fila en la frente.

El bardo lanzó un gruñido.

—Me lo había preguntado muchas veces —dijo por lo bajo—, dónde terminaban los viejos.

Los fluidos iban empapando el suelo por los bordes de los montículos recién cavados.

Un centenar de piedras, una pirueta de ondas, la ciudad con su vida que es una vida que es un sinfín de vidas. Hacer caso omiso de ello es negar una hermandad de hombres, una hermandad de mujeres, las cosas comunes que, si se pudieran liberar, harían del mundo un lugar menos cruel, menos brutal. Pero ¿quién tiene tiempo para eso? Ven por aquí, corre, lázate por allá, esquiva cada par de ojos, no permitas reconocimiento alguno en ninguno de los rostros que pasan a toda velocidad. La danza de la agitación es tan cansina.

Aguanta esta mirada si te atreves, cuando rastrea esas trémulas ondas, las vidas, ¡las vidas! Mira a Piedra Menackis, invadida por los reproches, destruida por la culpa. Duerme mal, si es que duerme (¿quién se arriesgaría a asomarse a su habitación oscura por la noche, por miedo a ver el brillo de los ojos clavados?). Tiembla, sus nervios son como cuerdas de fuego, mientras el pobre Murillio se queda a un lado, desesperado por consolarla, por abrir a la fuerza todo lo que se había cerrado entre ellos.

Y en el patio, una chusma de jóvenes salvajes desatendidos se quejan y protestan con espadas de madera en la mano, y es un milagro que ninguno haya perdido todavía un ojo o se haya derrumbado sobre las losas con la tráquea aplastada.

Entretanto, en un taller no muy lejano, Tiserra se sienta ante el torno de alfarero y se queda mirando al vacío mientras el trozo de arcilla va girando y girando al ritmo del pie que bombea el aparato, petrificada, conmocionada, aturdida; ha caído en la cuenta de repente de la inmensa profundidad del amor que siente por su marido. Un amor tan fiero que la aterroriza, al comprender al fin el alcance de su vulnerabilidad.

La sensación es de asombro. Es deliciosa y aterradora. Es extática.

Sonríe con ella. ¡Oh, vamos, sonríe con ella!

Mientras que, en ese mismo instante, el objeto de la devoción de Tiserra entra sin prisas en el patio de la hacienda Varada, su nuevo lugar de trabajo. Su mente, que había estado en calma durante el trayecto desde casa, se remueve con una leve inquietud. Había enviado a Chamusquino y a Leff a casa y había permanecido en la verja viendo cómo se alejaban dando tumbos como no muertos, y eso lo había hecho pensar en momentos de grandísimo peligro (justo antes del amanecer era el momento de atacar, si uno pretendía ejercer la violencia), pero ¿quién se iba a molestar? ¿Qué estaba tramando esa misteriosa lady Varada, en cualquier caso?

Un asiento en el Consejo, cierto, ¿pero eso era motivo suficiente para asesinar? ¿Y por qué estaba pensando él en esas cosas? Habían corrido rumores, escuchados en el puesto del borracho panadero, que la noche recién terminada debería haber pertenecido al Gremio de Asesinos, pero que había terminado mal para los asesinos a sueldo y, vaya, ¿no era una pena? Un momento de silencio y luego, pásame los

raviolis, si tienes la bondad.

Se detuvo en el patio al ver a sus empleados más recientes, sus peculiares subordinados, con sus pasados dudosos y motivaciones de cariz alarmante. Reunidos, sí, con el castellano, con el infame Estudioso Cerrojo. Madrun y Lazan Puerta estaban tirando unas tabas contra el muro del complejo, a su derecha. Técnicamente hablando ya habían terminado el turno, aunque Torvald Nom sospechaba que esa partida suya no acababa de empezar. ¿Les advertía otra vez? No, ya se le estaba cayendo el alma a los pies, como tenía por costumbre cuando comenzaba a tener la sensación de que le estaban ocultando algo, de que se la estaban dando con queso, como solía decir su madre cuando con un pie sujetaba al pequeño Torvald contra el suelo y se lo quedaba mirando desde su altura mientras el niño se retorció y agitaba brazos y piernas (puro teatro, claro está; su madre pesaba casi tanto como un perro guardián, pero sin morder). Con queso, muchachito, y cuando llegue al fondo de todo y dejemos las cosas claras, dime, ¿a quién me voy a encontrar escondido en el armario?

Su dulce madre nunca llegó a dominar la metáfora entera, los dioses la bendijeran.

Demasiado abatido de repente para anunciar siquiera su llegada, Torvald Nom se dirigió a su despacho, impaciente por trepar por encima del escritorio y plantarse en su sillón, donde podría dormir hasta que el repique anunciara la hora del almuerzo. Al menos los cocineros que la dama había empleado sabían lo que hacían.

Déjale ahí y cabalga una última ola que te saque de la ciudad, que te lleve al oeste por la orilla del lago hasta un pozo polvoriento, humeante, donde los menos favorecidos se afanaban durante toda su acortada vida para mantener a criaturas como Gorlas Vidikas y Humilde Medida en el nivel de comodidad y privilegios que consideraban suyo por derecho. Y, para ser justos, se afanaban también para contribuir a la sensación general de civilización, que por lo general se medía según los recursos técnicos, una sensación de progresión y la noción de estabilidad estructural, poco de lo cual dichos trabajadores podían experimentar por sí mismos, salvo de forma indirecta.

Al pequeño Harllo lo habían azotado diez veces por estar en sitios en los que no debía, y ese castigo fue lo bastante feroz como para dejarlo postrado, echado boca abajo en su catre con densos ungüentos fundiéndose poco a poco en las heridas que tenía en la espalda.

Bainisk había recibido un latigazo en el hombro izquierdo que provocaría una tercera cicatriz por dejadez de sus responsabilidades como supervisor de Chuffs; se acercó a sentarse junto a Harllo y estudió a su pequeño pupilo en medio de un silencio que se fue alargando.

Hasta que por fin fue Harllo el que habló.

—Lo siento, Bainisk...

—Olvídalo. Solo quiero saber lo que estabas tramando. No pensé que fueras a ocultarme secretos, de verdad que no. Venaz está diciendo «ya te lo dije». Está diciendo que eres un inútil, topo, y que debería meterte en las cuadrillas de draga.

Los pequeños no vivían mucho en las cuadrillas de draga.

—Venaz quiere volver a ser tu mejor topo.

—Ya lo sé, solo que se ha hecho muy grande.

—A la gente como él nunca le cae bien la gente como yo —dijo Harllo. No era una queja, solo una observación.

—Porque tú eres más listo que él, y que él sea mayor no significa nada, significa que es incluso peor, porque en tu cabeza ya vas por delante de él, por delante de todos nosotros, quizá. Oye, Harllo, no es la primera vez que los veo como tú, críos que llegan y van pasando. Llevan palizas hasta que se quedan tontos. O terminan matándose. Quizás intentan huir, quizá se enfrentan a los jefes del pozo por algo. Eres muy listo y eso es lo que va a acabar contigo, ¿entiendes?

—Sí, Bainisk. Lo siento.

—¿Por qué volviste a colarte en los túneles?

Podía contárselo todo. En ese momento parecía que era lo que debía hacer. Pero Harllo ya no confiaba en sí mismo. Las explicaciones eran peligrosas. Podían meterlos a todos en líos todavía más grandes.

—Llevabas unos huesos —dijo Bainisk—. Esos huesos, oye, están malditos.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Pero por qué, Bainisk?

—Porque los encontraron donde no tiene que haber huesos, por eso. Tan abajo es imposible que nadie los enterrara, y, además, ¿quién iba a enterrar animales muertos? No, esos huesos son de demonios que viven en la roca y en la oscuridad. Ahí abajo, con las raíces de la tierra. No hay que tocarlos, Harllo, ni siquiera hay que intentar devolverlos.

¿Así que eso era lo que sospechaba Bainisk que había hecho?

—Estaba... estaba asustado —dijo Harllo—. Era como si estuviéramos excavando tumbas o algo. Y por eso ha habido tantos accidentes últimamente...

—Esos accidentes pasan porque el nuevo jefe nos está exigiendo demasiado, nos mete en los túneles con los techos agrietados y el aire viciado, ese aire que te hace ver cosas que no son reales.

—Creo que quizá eso fue lo que me pasó.

—Quizá, pero —y se levantó—, yo no lo creo.

Se alejó entonces. Al día siguiente se esperaba que Harllo regresara al trabajo. Le daba miedo porque la espalda le dolía mucho, pero lo haría, porque eso haría las cosas más fáciles para Bainisk, al que habían castigado cuando no deberían. Harllo trabajaría mucho más, por mucho que le doliera y demás; trabajaría con más ahínco para volver a caerle bien a Bainisk.

Porque en aquel lugar, si no le caías bien a nadie, no parecía tener mucho sentido continuar.

Echado boca abajo, recién entrado en otro año de vida, Harllo no sintió ninguna ola del mundo exterior. En su lugar, se sintió solo. Quizás había perdido a un amigo para siempre y eso también lo hizo sentirse mal. Quizá su único amigo era un esqueleto gigante metido en las profundidades de las minas, un esqueleto que con piernas nuevas quizá se hubiera ido ya, desvanecido en la oscuridad, y lo único que Harllo tenía para recordarlo era un puñado de herramientas ocultas bajo su catre.

Para un niño, pensar en el futuro era difícil, la mayor parte de los pensamientos de futuro se construían sobre recuerdos del pasado, ya fuera como continuación o sirviendo como contraste, y un niño conservaba pocos recuerdos de su pasado. El mundo estaba truncado en el futuro y en el pasado. Mídelo de los pies a la cabeza, revuélvele el pelo al pasar y, cuando no quede nada más, espera lo mejor.

En medio del leve fulgor fosforescente que veteaba la roca, un t'lan imass se puso en pie y se irguió como quien se ha olvidado de caminar. Los fémures gruesos y curvos de los emlavas lo obligaban a inclinarse, como si estuviera a punto de abalanzarse, y la base irregular de los huesos largos que descansaban en la glena de cada cadera emitía chirridos cuando luchaba por mantener el equilibrio.

Una hechicería desconocida, esa. Había observado cómo el tejido conector se había vuelto a soldar, mal al principio, a esos huesos ajenos, y había llegado a entender que esos detalles eran una especie de arrogancia. El Ritual forzaba la reanimación con escasa sutileza, y los ajustes físicos que hubiera ocurrían a paso de tortuga, aunque el hecho de que el proceso no hubiera acabado parecía no afectar a su capacidad para apoyar el peso en esas nuevas piernas, incluso pudo moverlas para dar un primer tumbo, y luego un segundo.

Los chirridos desaparecerían con el tiempo, pensó, cuando la base y la glena se fueran igualando, aunque sospechaba que jamás se erguiría tan recto como antes.

No importaba. Dev'ad Anan Tol podía moverse una vez más. Y cuando se levantó, una riada de recuerdos se alzó en su interior en una marea oscura.

Recuerdos que lo llevaron a ese último momento con el tirano jaghut, Raest, de pie frente a él, la maza manchada de sangre en una mano mientras Dev'ad se retorció en el suelo de piedra, las piernas destrozadas para siempre.

No, no lo habían arrojado de un saliente. A veces había que mentir.

Se preguntó si las armas que había forjado tanto tiempo atrás seguían ocultas en su lugar secreto. No muy lejos. Tras un momento, el t'lan imass se puso en marcha. Los pies arañando el suelo, el cuerpo entero balanceándose de un lado a otro.

El rostro inhumano de Raest se crispaba en una mueca indignada. Ultrajada. Los esclavos nunca dejaban de ser esclavos. Nadie podía alzarse para desafiar al amo. Nadie podía atreverse a urdir la caída del amo, nadie podía acercarse tanto como había hecho Dev'ad. Sí, un ultraje, un crimen contra las leyes de la propia naturaleza.

—Te rompo, t'lan. Te dejo aquí, en este pozo de oscuridad eterna. Para que mueras. Para que te pudras. Nadie sabrá una sola palabra de tu loca ambición. Todo conocimiento sobre ti desaparecerá, se desvanecerá. No quedará nada de ti. Has de saberlo, si pudiera mantenerte vivo aquí abajo para siempre, lo haría; y ni siquiera esa tortura sería suficiente. En mi indiferencia impuesta, t'lan, hay misericordia.

Mírame ahora. Te he sobrevivido, Raest. Y ahí, viejo amigo, está mi misericordia.

Llegó al lugar secreto, una grieta profunda en el muro en la que metió el brazo. Cerró la mano alrededor de una hoja pesada, ondulada, y Dev'ad sacó el arma.

Los t'lan conocían la piedra, piedra que era agua y agua que era piedra. El hierro pertenecía a los jaghut.

Levantó la espada que había fabricado miles años atrás. Sí, tenía la forma del pedernal, los filos rodeaban cada mota quitada del borde, las modulaciones onduladas de las escamas paralelas y las dos estrías idénticas que recorrían toda la longitud a ambos lados de una columna ondulada. La base de cuerno que formaba la empuñadura se había mineralizado, un peso reconfortante, agradable.

Forma de pedernal, sin duda. Y, sin embargo, esa espada estaba hecha de hierro, templada en los fuegos sagrados de Tellan. Inmune al óxido, a la descomposición, la gigantesca arma tenía el tono de las primeras horas de la noche, del profundo cielo azul una vez que la última luz del sol ahogado se había desvanecido. En el momento en que nacían las estrellas, sí, ese era el color de aquella hoja.

La apoyó contra la pared con la punta hacia abajo y metió otra vez el brazo en la grieta, para sacar un cuchillo que hacía juego, grande como una espada corta. Las vainas de cuero ya hacía mucho tiempo que se habían deshecho en el polvo, pero pronto haría unas nuevas.

El Tirano de otros tiempos había desaparecido. Así pues, no muy lejos aguardaba un trono vacío.

Un trono que esperaba a Dev'ad Anan Tol. Que había estado tullido una vez, pero que ya no lo estaba.

Alzó las dos armas en el aire, la daga en la mano derecha, la espada en la izquierda. Cuchilladas de primeras horas de la noche, cuando nacen las estrellas. Hierro disfrazado de piedra, hierro disfrazado de piedra que es agua y agua que es piedra y piedra que es hierro. Tiranía jaghut en las manos de un t'lan imass.

Los dioses son idiotas, ay de ellos, creen que conocen cada pieza de la partida. Que las reglas están fijadas y todos las aceptan; que cada apuesta está contada y marcada, expuesta y resplandeciendo sobre la mesa. Los dioses disponen sus perfectos caminos hacia los perfectos tronos, cada uno representando un perfecto poder.

Los dioses son idiotas porque nunca se les ocurre que no todo el mundo usa caminos.

Capítulo 14

Bajo el maltrecho escudo del cielo
El hombre se sienta en una silla negra a lomos de un caballo negro
El cabello largo y gris se mece alrededor de su yelmo de hierro
Sin saber nada de cómo llegó a estar aquí
Solo que donde ha llegado a estar no es ningún sitio
Y donde debe ir está quizá cerca
Su barba es del tono de la nieve sucia
Sus ojos son ojos que nunca se deshelerán

Bajo su peso el caballo no respira
Ni tampoco respira el hombre y el viento gime hueco
Por las muescas de su herrumbrado camisote de escamas
Y es demasiado girarse al acercarse
Jinetes uno por la derecha el otro por la izquierda
Sobre caballos muertos con ojos vacíos frenan
Se acomodan en silencio con extraña familiaridad
Flanqueando tranquilos su mando natural

Bajo el peso de los tres el suelo carece de vida
Y dentro de cada uno se agitan cenizas en la endecha
De lúgubres recuerdos que se van deslizando en el arrepentimiento
Pero todo ha pasado y los caballos no se mueven
Y así él vuelve los ojos a la derecha con la mandíbula apretada
Contempla la mirada tuerta que una vez conoció aunque no bien
Respondiendo a la irónica sonrisa con repentina necesidad
Así que pregunta: «¿Están esperando, cabo?»

«Legados y sueltos en la llanura muerta, sargento,
¿Y no era eso lo que quería?»
A eso no puede más que encogerse de hombros y posar la mirada en el otro
«Veo su atavío y lo conozco, señor, pero a la vez no»
Negra barba y faz oscura, una frente como basalto agrietado
Un hombre pesado en armadura que pocos podrían soportar
Y recibe la observación con una mueca
«Entonces conozca, si quiere, a Brukhalian de las Espadas Grises»

Bajo estos tres el trueno cabalga sobre la tierra ignota

Nada repentino pero creciente como un corazón que despierta
Y los ecos bajan rodando del escudo de las alturas
Cuando el hierro reverbera en la carga de lo que debe ser
«Así que una vez más los Abrasapuentes marchan a la guerra».
A lo que Brukhalian añade: «También las Espadas Grises que cayeron
Y este al que tú llamas cabo renació solo para morir,
Un nuevo puente forjado entre usted y yo, buen señor»

Giran entonces en sus monturas que no respiran
Para revisar las filas dispuestas en masas granulosas en la llanura
Avanzan a la guerra desde donde y desde lo que una vez habían sido
Cuando todo lo que se conocía es todo lo que uno conoce otra vez
Y en este lugar el brezo nunca florece
La sangre que se ha de derramar nunca se derrama y nunca fluye
Iskar Jarak, Ave Ladrona, se sienta a lomos de un caballo negro
Y piensa en mandar una vez más

Espada y Escudo
Pescador kel Tath

La dicha en una playa de arena calentada por el sol, en una isla remota, resulta tediosa para las almas acostumbradas a los estímulos y las emociones. Cuanto más pequeña es la isla, más rápido pierde interés la escena. Esa fue la conclusión de Rezongo tras completar su trigésima vuelta alrededor del borde blanco de la orilla, cuando se encontró fascinado por sus propias huellas, sobre todo cuando un nuevo juego comenzó a seguirlo a él. Desanimado y aburrido como estaba, todavía tardó un momento en pensar en detenerse y darse la vuelta para ver quién era el que iba detrás.

Maese Quell sudaba, jadeaba y luchaba con la arena blanda como era probable que luchara con todo en la vida, paso a paso, resuello a resuello. Tenía quemado un lado del cuerpo, cara y cuello, el antebrazo expuesto, tobillo y pie, resultado de haberse quedado dormido en una posición poco aconsejable. Que ya llevaba un rato persiguiendo a Rezongo lo dejaba claro el hecho de que sus huellas dibujaban un círculo completo, lo que había hecho preguntarse a Rezongo por qué no se había limitado a llamarlo para captar su atención. En realidad, si Rezongo no hubiera observado el rastro nuevo sobre el suyo, bien podrían haber seguido dando vueltas todo el día, uno persiguiendo, el otro limitándose a continuar a un ritmo que el rastreador era incapaz de seguir.

—Un simple grito —dijo cuando el otro se acercó.

—No quería, eh, llamar la atención, eh, de forma, bueno, indebida, eh, hacia nosotros.

—No parece que te encuentres bien.

—Necesito mear.

—Entonces...

—No puedo. Bueno, puedo, pero de forma intermitente. Por lo general cuando no, eh, pienso en ello.

—Ah. Un sanador podría...

—Sí, sí, ya lo sé. Eso ahora da igual. Escucha...

—Maese Quell —dijo Rezongo—, esta no era la forma de evitar llamar la atención... Todos los demás están sentados justo ahí, a la sombra del carruaje, y llevan un buen rato observándonos. A mí por lo

menos. Es más, los hermanos Tronco me saludan cada vez que paso.

Los dos echaron un vistazo y así fue, Jula y Amby agitaron las manos.

Maese Quell se frotó la cara bicolor, roja y blanquecina.

—Necesito una escolta.

—¿Para qué? ¿Adónde?

—De regreso al reino de los muertos. No, en el carruaje, no. Solos tú y yo, Rezongo. Necesito hacerme una idea de lo que está pasando. Solo tenemos que, eh, colarnos un momento. Un vistazo rápido y volvemos a salir.

—¿Y luego?

Quell alzó las cejas.

—¿Luego? Bueno, después reanudamos nuestro viaje, por supuesto.

—Quieres que te escolte al reino del Embozado, ¿cómo qué?, ¿tu guardaespaldas?

El hombre se sulfuró un poco.

—El contrato de accionariado que has firmado con la Asociación incluye las tareas discrecionales que asigne el navegante.

Rezongo se encogió de hombros.

—Solo me preguntaba, maese Quell, de qué podía servir yo, dado que el reino está repleto de furiosas masas de infelices cadáveres.

—¡Dije que entraríamos sin hacer ruido!

—Podríamos preguntarle al pasajero que recogimos ahí atrás.

—¿Qué? Ah, ¿sigue aquí?

—Debajo de las palmeras.

—¿Debajo? Solo un muerto podría ser tan estúpido. De acuerdo, veamos lo que podemos averiguar, pero sigo necesitando ver algunas cosas por mí mismo.

El resto del equipo, junto con Mappo, vio cómo se acercaban a las dos palmeras; se metieron con cuidado a la sombra de los árboles y se quedaron, con gesto nervioso, ante el demacrado y marchito no muerto que estaba apilando cocos y construyendo pirámides como si fueran municiones para una catapulta. Mientras seguía trabajando sin hacer caso de sus nuevos invitados, otro fruto más cayó con un golpe pesado en la arena, allí cerca, haciendo que tanto Rezongo como Quell se encogieran.

—Tú —dijo Quell.

El rostro espectral se alzó con los ojos achicados.

—¿Os gustan? Patrones. Me gustan los patrones.

—Me alegro por ti —murmuró Quell—. ¿Cuánto tiempo llevas muerto?

—¿Qué longitud tiene una raíz central?

—¿Qué? Bueno, enséñamela y lo adivinaré.

—Es tres veces más larga que el tallo que crece por encima de la tierra. En el arbusto baraka, por lo menos. ¿Esa proporción se mantiene en otras plantas? ¿Deberíamos averiguarlo?

—No. Más tarde, quiero decir. Oye, tú estabas marchando con todos los demás por el reino del Embozado. ¿Por qué? ¿Adónde ibais todos? O ¿de dónde veníais? ¿Fue el propio Embozado el que os invocó? ¿Ahora está al mando de todos los muertos?

—El Embozado nunca manda.

—Eso era lo que yo pensaba, pero...

—Pero ahora sí.

Quell abrió mucho los ojos.

—¿Sí?

—¿Qué anchura tiene el cielo? ¿Qué profundidad tiene el océano? Yo pienso en esas cosas, todo el tiempo.

Rezongo observó que el maese tenía la boca abierta, como un pez varado en la playa, así que fue él el que preguntó.

—¿Cómo se llamaba cuando estaba vivo, señor?

—¿Mi nombre? No lo recuerdo. Me refiero a estar vivo. Pero debo haberlo estado, una vez. Me llamo Cartógrafo.

—Eso suena más bien a profesión.

El cadáver se rascó la frente, escamas de piel le cayeron flotando.

—Así es. Una coincidencia extraordinaria. ¿En qué estaban pensando mis padres?

—Quizá solo esté confuso, quizás era cartógrafo, cualificado para hacer mapas y demás.

—Entonces fue muy inteligente que me llamaran así, ¿no es cierto? Unos padres muy listos.

—¿Qué os ordenó el Embozado, Cartógrafo?

—Bueno, dijo «Venid» y nada más. No era una orden para crear confusión, ni para suscitar discusiones sobre su significado. Una simple orden. Hasta los perros la entienden, creo. Perros y tiburones. He encontrado diecisiete especies de crustáceos en esta playa. Prueba de que el mundo es redondo.

Cayó otro fruto sobre la arena.

—Estamos perturbando esta isla con nuestra presencia —dijo el cartógrafo—. Los árboles están tan enfadados que intentan matarnos. Claro que yo ya estoy muerto. —Se puso en pie, trocitos le iban cayendo aquí y allá, y se limpió la arena y la piel de las manos—. ¿Podemos irnos ya?

—Sí —dijo maese Quell, aunque todavía tenía los ojos un poco idos—. Vamos a volver al reino del Embozado y será un placer llevarte con nosotros.

—Ah, no. Yo no vuelvo allí. No es hora.

—Sí, lo es, y sí, te vuelves —dijo maese Quell.

—No, no lo es, y no, no me vuelvo. El Embozado dio una segunda orden, una solo para mí. Dijo «Vete», así que me fui. No es hora. Hasta que lo sea, me quedo con vosotros.

—Todo el que viaja en el carruaje —argumentó Quell con un gruñido—, tiene que trabajar a cambio de ese privilegio.

—Sí, y ya he empezado. —Y señaló con un gesto las pirámides de cocos—. Tenéis redes recogidas a los lados del carruaje, es de suponer que para mantener a la gente a bordo. Si hemos de atravesar agua, entonces deberíamos colocar estos frutos dentro de las redes. Como mecanismos de flotación, por si alguien cae por la borda. —Hizo como si tirara de algo con los brazos demacrados—. Con una cuerda acoplada para recuperarlos.

—Eso podría funcionar —dijo Rezongo.

—Por los dioses del inframundo —murmuró Quell—. De acuerdo, no pienso discutir con un muerto. Rezongo, saca tus armas. Nos vamos ahora.

—¿Mis armas?

—Por si las moscas. ¡Y basta ya de ponerte respondón!

Quell dio forma a un portal para entrar en la senda del Embozado; no era más que una ranura fina y alargada, como la separación de unas cortinas de la que salía una ráfaga fresca y sin vida que levantó la arena por los aires. A Rezongo le picaron los ojos y echó un vistazo atrás justo antes de seguir al mago por aquel desgarrón. Y vio saludar a Amby y a Jula.

Salieron a la cima de una colina, una en un largo espinazo de colinas, cada una tan parecida a la siguiente que podrían ser enormes túmulos, aunque por qué habría de haber túmulos en el reino de la muerte escapaba a la imaginación de Rezongo.

En el valle que tenían delante la amplia cuenca era un río sólido de figuras grises, decenas de miles marchando. De unos estandartes colgaban pendones raídos como si fueran inmunes a los azotes del viento. Las armas centelleaban en destellos apagados.

—Dioses del inframundo —murmuró Quell—. Está reuniendo a la hueste entera.

—Eso parece —asintió Rezongo, que se sentía como un idiota con los alfanjes en las manos. Volvió a meterlos en las vainas—. ¿Bajamos?

—Preferiría no hacerlo.

—Bien. ¿Ya has visto bastante? ¿Podemos irnos ya, maese Quell?

—Mira, se acerca un jinete.

Era obvio que el caballo estaba tan muerto como el hombre que lo montaba, demacrado y marchito, moteado allí donde el pelaje se había caído. Los dos llevaban armadura, cuero hervido deslustrado y agrietado, aleteando en correas de cuero deshilachado al subir la ladera. Una capa andrajosa se alzaba como un ala raída tras el guerrero. Cuando se acercaron, Rezongo soltó un juramento por lo bajo.

—Lleva una máscara, ¡es un maldito seguleh!

Fue a echar mano de sus armas...

—Por el aliento de los dioses, Rezongo, ¡no hagas eso!

Tuvo que hacer un esfuerzo para bajar los brazos. Rezongo sentía que le hervía la sangre como fuego en las venas, la bestia de su interior quería despertar, mostrar los pelos de punta y los colmillos desnudos. La bestia quería desafiar a ese... a esa cosa. Temblando, no hizo ningún movimiento cuando el jinete subió con el caballo a la cima, a una docena de pasos a su derecha, luego tiró de las riendas y giró la bestia hacia ellos.

—¡Esto sí que es vida! —rugió el seguleh al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y soltaba una maníaca carcajada. Después se inclinó hacia delante en la silla y ladeó la cabeza, el cabello largo y mugriento se meció como unas cuerdas—. Bueno —se corrigió con tono ronco y divertido—, no del todo. Pero se parece. Se parece bastante. Decidme, mortales, ¿os gusta mi ejército? A mí, sí. ¿Sabéis contra qué debe batallar un comandante, más que contra cualquier enemigo del otro lado de la llanura, más que contra cualquier crisis personal de voluntad o confianza, más que contra el mal tiempo, las cadenas interrumpidas de suministros, las plagas y todo lo demás? ¿Sabéis contra qué libra un comandante una guerra eterna, amigos míos? Os lo diré yo. El verdadero enemigo es el miedo. El miedo que persigue a todos los soldados, que persigue incluso a las bestias que montan. —Alzó un guantelete y señaló el valle—. ¡Pero no con este ejército! Oh, no. El miedo es cosa de los vivos, después de todo.

—Como con los t'lan imass —dijo Rezongo.

La oscuridad del interior de los agujeros alargados de la máscara pareció refulgir cuando el seguleh se fijó en Rezongo.

—El cachorro de Trake. Oye, ¿no te gustaría cruzar la espada conmigo? —Una risa baja—. Sí, como con los t'lan imass. ¿Es de extrañar que los jaghut retrocedieran?

Maese Quell se aclaró la garganta.

—Señor —dijo—, ¿qué necesidad tiene el Embozado de un ejército? ¿Va a librar ahora una guerra contra los vivos?

—Ojalá —respondió el seguleh con un gruñido—. Este no es tu sitio, y como vuelvas a arrastrar por aquí ese carruaje infernal tuyo, iré a por ti yo mismo. Y entonces aquí el gatito furioso de Trake podrá cumplir su desesperado deseo, ¡ja! —Se giró en su silla. Se acercaban otros jinetes—. Miradlos. Mis perros guardianes. «Sé razonable», cómo no. ¿Acaso he hecho pedacitos a estos dos intrusos? No lo he hecho. Ha sido un ejemplo de comedimiento. —Miró a Rezongo y Quell una vez más—. Lo confirmaréis, ¿verdad?

—Aparte de las provocaciones aquí a Rezongo —dijo Quell—, sí, supongo que podemos confirmarlo.

—¡Era una broma! —gritó el seguleh.

—Era una amenaza —lo corrigió Quell, y a Rezongo le impresionó el valor repentino de aquel hombre. El seguleh ladeó la cabeza, como si también él estuviese contemplando bajo una nueva luz al mago.

—Bueno, pues entonces empuja tu carreta por donde quieras y comprueba si me importa.

Tres jinetes coronaron la cima y, tras poner los caballos al paso, se acercaron a donde aguardaba el seguleh, que se había derrumbado en la silla como un matón intimidado.

Rezongo se sobresaltó y dio un involuntario paso al frente.

—¿Toc Anaster?

La sonrisa del soldado tuerto salió forzada.

—Hola, viejo amigo. Lo siento. Puede que llegue un momento para esto, pero no es ahora.

Rezongo se echó hacia atrás, cohibido por el tono frío, duro incluso, de Toc Anaster.

—Yo... no sabía...

—Fue una muerte complicada. Mis recuerdos están aún demasiado frescos. Rezongo, llévale este mensaje a tu dios: «Ya no falta mucho.»

Rezongo frunció el ceño.

—Demasiado críptico. Si quieres que transmita tus palabras, vas a tener que esmerarte un poco.

El único ojo de Toc Anaster —aterrador en su falta de vida— se apartó de él.

—No puede —dijo el jinete del medio, y había algo conocido en la cara que se ocultaba tras las protecciones para las mejillas del yelmo—. Te recuerdo de Capustan. Rezongo, sirviente elegido de Treach. Tu dios está confuso, pero debe elegir, y pronto.

Rezongo se encogió de hombros.

—No sirve de nada decírmelo a mí. Trake y yo en realidad no nos hablamos. Yo no pedí esto. Ni siquiera lo quiero...

—¡Ja! —ladró el seguleh, que se giró para mirar al jinete del medio—. ¿Oyes eso, Iskar Jarak? ¡Deja que lo mate!

¿Iskar Jarak? Creo recordar que tenía un nombre diferente. Uno extraño, de esos que tanto abundan entre la soldadesca malazana, ¿cómo era?

—Guárdate tu ira para Despellejador —respondió con calma Iskar Jarak.

—¡Despellejador! —rugió el seguleh, y le dio la vuelta a su caballo con gesto salvaje—. ¿Y dónde está? ¡Me había olvidado! Embozado, maldito bastardo, ¡me hiciste olvidar! ¿Dónde está? —Se enfrentó a los tres jinetes—. ¿Lo sabe Toc? ¿Brukhalian, tú? ¡Que alguien me diga dónde se oculta!

—¿Quién sabe? —dijo Iskar Jarak—. Pero hay una cosa segura.

—¿Qué? —preguntó el seguleh.

—Despellejador no está aquí, en esta colina.

—¡Bah! —El seguleh clavó las espuelas en los flancos insensibles de su caballo. El animal se abalanzó de todos modos, y se precipitó colina abajo en una carrera enfurecida por la ladera, como una avalancha.

Una carcajada contenida de Brukhalian y Rezongo vio que hasta Toc estaba sonriendo, aunque seguía sin querer mirarlo a los ojos. Esa muerte debía de haber sido terrible, como si el mundo no tuviera más que una respuesta, un modo de terminar las cosas, y cualesquiera lecciones que pudieran recogerse de aquello no aliviaran el espíritu. Aquel pensamiento lo dejó taciturno.

Era una maldición común sentirse impuro, pero sería insoportable si no aguardase la purificación, si no en el momento de la muerte, entonces después. Al contemplar esos cadáveres animados, Rezongo no vio ninguna clase de redención, nada purgado; culpa, vergüenza, remordimiento y dolor, todo se arremolinaba

en torno a esas figuras como una nube nociva.

—Si cuando me maten termino con vosotros —dijo—, preferiría no pasar por ello.

El llamado Iskar Jarak se inclinó con gesto cansado sobre el pomo de la gran silla de Siete Ciudades.

—Te comprendo, de verdad. Dime, ¿tú crees que todos nos hemos ganado nuestro descanso?

—¿Tú no?

—Has perdido a todos tus seguidores.

—Así es. —Rezongo vio que Toc Anaster lo estaba observando con los ojos clavados, afilados como la punta de una daga.

—No están aquí.

Frunció el ceño y miró a Iskar Jarak.

—¿Y he de suponer que deberían estarlo?

Brukhalian habló por fin.

—Justo eso. Ya no estamos seguros.

—No te metas en el reino del Embozado —advirtió Toc Anaster—. La puerta está... cerrada.

Maese Quell se sobresaltó.

—¿Cerrada? ¡Pero eso es ridículo! ¿Es que ahora el Embozado rechaza a los muertos?

El ojo solitario de Toc no se apartó de Rezongo.

—Las fronteras están selladas para los vivos. Habrá centinelas. Patrullas. Las intrusiones no serán toleradas. Allá donde marchamos, vosotros no podéis ir. Ahora no, y quizá nunca. No os acerquéis hasta que la elección ya no sea vuestra. No os acerquéis.

Y Rezongo vio entonces, al fin, la angustia que dominaba a Toc Anaster, el miedo que se le metía en los huesos, y el pavor. Vio que la advertencia de aquel hombre era en realidad un grito a un amigo de alguien que ya se había perdido, que ya estaba condenado. *Sálvate tú. Hazlo y todo merecerá la pena, todo lo que debemos hacer, la guerra que hemos de intentar. Maldito seas, Rezongo, dale a esto un sentido.*

Quell debió de percibir algo de ese trasfondo fiero, porque se inclinó ante los tres jinetes.

—Entregaré vuestro mensaje. A todos los navegantes de la Asociación Comercial de Trygalle.

El terreno pareció moverse con incomodidad bajo las botas de Rezongo.

—Y ahora será mejor que os vayáis —dijo Brukhalian.

La colina gimió, y lo que Rezongo había imaginado como un vértigo interno se reveló como un temblor real de la tierra.

Maese Quell abrió mucho los ojos y estiró las manos a los costados para mantener el equilibrio.

Al otro extremo de la cadena de montañas, una inmensa erupción resonó como un trueno y levantó tierra y piedras hacia el cielo. Del montículo destruido se elevó algo, algo que surgió abriéndose camino con las garras, un cuello sinuoso y unas mandíbulas abiertas que lanzaban mordiscos, alas extendiéndose cuan anchas eran...

La colina se estremeció a sus pies.

Los tres jinetes habían hecho darse la vuelta a sus caballos y bajaban en tromba por la ladera.

—¡Quell!

—¡Un momento, maldito seas!

Estalló otra colina.

¡Justo unos condenados túmulos es lo que eran! ¡Y albergaban dragones muertos!

—Deprisa...

—¡Cállate!

El portal que se partió en dos era irregular, los bordes se ondulaban como si estuvieran atrapados en una tormenta.

La colina de su derecha estalló por las faldas. Una cabeza inmensa en forma de cuña se giró de golpe en su dirección, hueso resplandeciente y jirones de piel desecada...

—¡Quell!

—¡Vete! Yo tengo que...

El dragón se aupó entre una cascada de tierra, las patas delanteras desgarraron el suelo. El leviatán iba a por ellos.

No... va hacia el portal... Rezongo cogió a maese Quell y lo arrastró hacia el desgarró. El mago se resistió y gritó, pero lo que intentara decir se perdió en el ensordecedor siseo del dragón que se abalanzaba hacia ellos. La cabeza se acercó mordiendo el aire, las mandíbulas muy abiertas, y Rezongo, con Quell en los brazos, se echó hacia atrás y se zambulló en el portal...

Salieron a una altura de dos hombres por encima de la playa de arena y se precipitaron al suelo; cayeron con un golpe seco en una maraña de miembros.

Gritos de los otros...

Y el dragón no muerto se metió por el desgarrón con un penetrante grito de triunfo, cabeza, cuello, patas delanteras y hombros; después un ala salió con un crujido, se extendió en una enorme vela rasgada de la que se desprendía tierra. La segunda ala apareció como un latigazo...

Maese Quell estaba chillando, hilando palabras frenéticas de poder, el pánico le iba agudizando la voz cada vez más.

La monstruosidad salió temblando como en un parto impío y se abalanzó hacia el cielo sobre la isla. Llovieron piedras en las nubes. Cuando la punta raída de la larga cola se deslizó por el aire, el desgarrón se cerró de golpe.

Con medio cuerpo en el agua y el otro medio tirado en la arena compacta, Rezongo miró fijamente a la criatura que se alejaba volando sin dejar de soltar polvo.

Llegó entonces la accionista Vahído y cayó de rodillas junto a ellos. Miraba con furia a maese Quell, que se iba incorporando poco a poco con una expresión perpleja en la cara.

—Maldito idiota —gruñó la mujer—, ¿por qué no le lanzaste un maldito arnés a ese bicho? ¡Acabamos de perder la forma de salir de esta maldita isla!

Rezongo la miró fijamente. *Locos. Están todos locos.*

Había una tensión en su postura que ella no había visto antes. Miraba al este, abarcando el inmenso paisaje de la Llanura del Asentamiento. Samar Dev removi6 el té una vez más, después apartó la tetera de los carbones y la posó a un lado. Le lanzó a Karsa Orlong una mirada, pero el toblakai estaba ocupado volviendo a atar los cordones de cuero de uno de sus mocasines, ayudado de una forma misteriosa por la lengua, que estaba enroscada bien a la vista en una comisura de la boca; el gesto era tan infantil que la bruja se preguntó si el toblakai no se estaría burlando de ella, consciente como siempre de que lo estaba estudiando.

Apareció Estragos a medio galope, que llegaba de una cuenca cercana donde había puesto fin a su cacería matinal. Los otros caballos adoptaron una postura nerviosa cuando la enorme bestia se acercó con la cabeza bien alta, como si quisiera alardear de la sangre que le brillaba en el morro.

—Tenemos que encontrar agua hoy —dijo Samar Dev mientras servía el té.

—Y la encontraremos —respondió Karsa, que se había puesto en pie y estaba probando si los mocasines le quedaban bien ajustados. Después se metió la mano en el pantalón e hizo algunos retoques.

—¿Recordándote que sigue en su sitio? —preguntó Samar—. Toma tu té. No te lo bebas de un trago.

Karsa le cogió la taza.

—Yo ya sé que lo está —dijo—. Te lo estaba recordando a ti.

—Por el aliento del Embozado —empezó a decir ella, pero se detuvo cuando Viajero pareció estremecerse.

Este se volvió a mirarlos, los ojos turbios, muy lejos de allí.

—Sí —dijo—. Escupiendo algo.

Samar Dev frunció el ceño.

—¿Sí, qué?

La mirada del hombre se aclaró, se posó por un instante en la bruja y luego se volvió a apartar.

—Está ocurriendo algo —dijo, y se acercó a recoger la taza de estaño. Miró la infusión un momento y luego tomó un sorbo.

—Siempre está pasando algo —dijo Karsa con tranquilidad—. Por eso la desdicha no descansa nunca. La bruja dice que necesitamos agua, podemos seguir aquel valle, al menos por un tiempo, puesto que serpentea hacia el norte.

—El río que lo hizo lleva muerto diez mil años, toblakai. Pero sí, la dirección nos viene bien.

—El valle recuerda.

Samar Dev miró a Karsa con el ceño fruncido. El guerrero se estaba volviendo más críptico a cada día que pasaba, como si se estuviera apoderando él algo de la ambivalencia de esa tierra. Pues la Llanura del Asentamiento tenía un nombre inapropiado. Inmensas extensiones de... nada. Rastros animales, pero sin animales. Los únicos pájaros en el cielo eran esos buitres que seguían su rastro cada día, motas de paciencia girando en círculos. Sin embargo, Estragos había encontrado presas.

La Llanura del Asentamiento era un secreto vivo, con un oscuro idioma, propenso a flotar a la deriva como ondas de calor. Hasta Viajero parecía incómodo en aquel lugar.

Samar se terminó su té y se levantó.

—Creo que esta tierra estuvo maldita una vez, hace mucho tiempo.

—Las maldiciones son inmortales —dijo Karsa con un gruñido de desdén.

—¿Quieres dejarlo ya?

—¿Qué? Te estoy diciendo lo que percibo. La maldición no muere. Persiste.

—Yo no creo que fuera una maldición —dijo Viajero—. Lo que estamos sintiendo es la memoria de la tierra.

—Una memoria lúgubre, entonces.

—Sí, Samar Dev —asintió Viajero—. Aquí la vida viene a fracasar. Bestias que escasean demasiado como para multiplicarse. Expulsados de pueblos y ciudades. Hasta las pistas de las caravanas parecen vagar medio perdidas, ninguna se utiliza de forma consistente porque las fuentes de agua son escasas, esquivas.

—O quieren que los bandidos adivinen por dónde van a ir.

—No he visto campamentos antiguos —señaló Viajero—. Creo que aquí no hay bandidos.

—Tenemos que encontrar agua —dijo Samar otra vez.

—Ya lo has dicho —contestó Karsa con una exasperante sonrisa.

—Por qué no recoges los restos del desayuno, toblakai. Asómbrame siendo útil. —La bruja se acercó a su caballo y de camino recogió la silla. Podía sacar una daga, podía extraer parte de su propia sangre vital, podía bajar el brazo hasta esa tierra seca y ver lo que había que ver. O podía seguir dándoles la espalda, recluida en ella misma. Las dos opciones pugnaban entre sí. Curiosidad e inquietud.

Colocó la silla en el lomo ancho del caballo, ajustó las cinchas y después esperó a que el animal soltara el aliento que tenía contenido. A nadie le gusta que lo aten. Ni a los vivos, ni quizá tampoco a los muertos. En otro tiempo puede que le hubiera preguntado a Karsa, aunque solo fuera para confirmar lo

que ya sabía, pero él se había despojado de esa masa de almas que iba tras él. De algún modo, el día que había matado al emperador. Bueno, quedaban dos, ahí, en esa horrenda espada que tenía.

Y quizás esa era la diferencia que había en él, comprendió Samar. *Liberación. Claro que, ¿acaso no ha empezado a recoger más?* Ciñó bien las correas y luego se volvió a medias para contemplar al gigantesco guerrero, que estaba usando arena para fregar la sartén ennegrecida en la que ella había cocinado raíz de manglar, y desafiaba la insana costra con un ceño beligerante. No, no lograba percibir nada, no después de lo mucho que se había involucrado. Así que no percibir nada no tenía importancia, ¿verdad? Quizás él se había acostumbrado a esas víctimas que arrastraba tras de sí allá donde fuera.

Un hombre así no debería sonreír. No debería sonreír jamás, ni reír. Debería estar angustiado.

Pero él era demasiado arrogante para sufrir esa angustia, un detalle que nunca dejaba de irritarla, aun cuando la atraía (¿y no era eso ya irritante de por sí?).

—No haces más que darle vueltas —dijo Viajero, que se había acercado a su lado sin que lo viera y le hablaba en voz baja—, igual que un chacal mordisquea una cuerna. No tanto por hambre como por costumbre. Ese hombre no es tan complicado como crees, Samar Dev.

—Sí que lo es. Incluso más, de hecho.

El hombre hizo una mueca y se puso a ensillar su propio caballo.

—Un niño arrastrado al mundo de los adultos, pero sin perder su fuerza. Sin debilitarse su propósito. Sigue siendo lo bastante joven —dijo Viajero— como para estar todavía seguro. De su visión, de lo que cree, del modo en que piensa que funciona el mundo.

—Ya, ¿y cuándo va a darle el mundo una buena patada entre las piernas?

—En el caso de algunos, nunca lo hace.

Samar lo miró.

—Estás diciendo que no sirve de nada quejarse de la injusticia.

—Estoy diciendo que no esperes justicia, Samar Dev. No en este mundo. Y tampoco en el siguiente.

—¿Entonces qué es lo que te empuja a ti, Viajero? ¿Qué impulsa cada uno de tus pasos, lo que te acerca al destino que te espera?

El hombre tardó un tiempo en contestar, aunque ella no se engañó pensando que sus palabras habían tropezado con algo vulnerable. Esos hombres que tenía con ella iban blindados en todos los sentidos. Viajero apretó las cinchas y dejó caer los estribos.

—Tenemos escolta, Samar Dev.

—¿Sí? ¿Los buitres?

—Bueno, sí, esos también. Grandes cuervos.

Al oír eso, la bruja guiñó los ojos y miró al cielo.

—¿Estás seguro?

—Sí, pero yo estaba hablando de otra escolta.

—Ah, ¿y quién? ¿Y por qué no se deja ver?

Viajero se subió a su caballo y recogió las riendas. Karsa había terminado de guardar el equipo de acampada y le estaba poniendo las bridas a *Estragos*.

—No sabría responder a esas preguntas, Samar Dev. No osaría intentar conocer las mentes de los Mastines de Sombra.

Samar vio que Karsa Orlong miraba al oír eso, pero no se reveló nada en su expresión más allá de la simple curiosidad.

¡Dioses, me vuelve loca!

—¿Nos persiguen para darnos caza? —preguntó Karsa.

—No —respondió Viajero—. Por lo menos a mí no, ni, imagino, aquí a nuestra bruja.

Karsa montó en su caballo jhag.

—Hoy —anunció—, no cabalgaré con vosotros. En su lugar iré a buscar esos Mastines de Sombra, deseo verlos por mí mismo. Y si ellos me ven solo, puede que decidan dejar claros sus deseos.

—¿Y de qué sirve eso? —quiso saber Samar Dev.

—No es la primera vez que me enfrento a los Mastines —le contestó el otro—. Será un placer invitarlos a acercarse para que puedan oler la verdad de mi afirmación.

—No hace falta —dijo Viajero—. Karsa Orlong, los Mastines comenzaron siendo mi escolta, una escolta de verdad, la que me concedió Tronosombrío. Tú no les interesas, estoy seguro de ello.

Samar Dev giró sobre sus talones para mirarlo.

—¿Entonces por qué sugeriste lo contrario?

Él la miró a los ojos y la bruja vio que apretaba los dientes, los músculos de las mandíbulas se tensaban.

—Tenías razón, bruja —dijo—, conoces a este guerrero mejor que yo.

Karsa lanzó un bufido divertido.

—Os veo luego.

Los otros dos lo vieron alejarse a caballo.

A Samar Dev le apeteció escupir, el té le había dejado la boca seca, amarga.

—Y lo más probable es que lo haga —murmuró—, tanto si a los Mastines les gusta como si no.

Viajero se limitó a asentir.

Garrapata de Piel sabía exactamente en qué día murió. La última y terrible batalla librada en Deriva Avalii, en la que cayeron cuatro de sus mejores compañeros, cada uno fuera de su alcance, fuera de su vida, vida que habría sacrificado con gusto para ocupar su lugar. Y en medio de la defensa que se derrumbaba, Andarist se había adelantado y se había convertido en un imán para los tiste edur al ataque.

La muerte del hombre al que Garrapata de Piel consideraba su padre permanecía en su mente como una escena pintada por un cronista de momentos viles y patéticos. Y en ese rostro triste, arrepentido, había visto a todos los parientes que habían caído antes, que habían muerto sin una causa digna de ello, o eso le pareció en ese momento. Los bárbaros de piel gris deseaban el trono, quizá coleccionaban ese tipo de cosas, como si la posesión confiriera un derecho, ¿pero qué importaba? Esos juegos eran una estupidez, cada trofeo un icono absurdo que no simbolizaba nada en absoluto más allá del enfurecido ego de los jugadores.

Por aquello habían muerto almas honorables, y, una vez que desaparecía el dolor, ¿qué quedaba salvo ese creciente desdén por todo ello? Defender esto, luchar por aquello, ganar en un momento dado solo para perder al siguiente. Magia que ampollaba la carne, jabalinas que salían volando para clavarse con un golpe seco en unos cuerpos, todo lo que había de valor derramándose por adoquines polvorientos y las cintas de hierba creciendo exuberantes entre ellos.

Las cosas que murieron en su interior ese día la mayor parte las consideraría virtudes. El deber se había revelado como la mentira que era y había hecho pedazos la santidad de la lealtad y el honor. Habían luchado para nada. Podrían haberse retirado, haberse escondido en la decrepita entrada del templo y haberse limitado a esperar la llegada de los humanos, primero los asesinos y luego el llamado Viajero y sus seguidores. Viajero, que asesinaba a todos lo bastante necios como para interponerse en su camino. Cuya llegada hizo que la muerte de Andarist (y las muertes de sus amigos) carecieran de sentido.

Cómo odiaba Garrapata de Piel a aquel hombre. La aptitud no era ningún regalo cuando llegaba demasiado tarde.

No creía ya en la honestidad. Que te contaran la verdad era sentir cómo se cerraban los grilletos alrededor del tobillo. Se contaba la verdad con la expectativa de que obligaría a adoptar una única línea de conducta; después de todo, ¿acaso hay una forma honorable de apartarse? La verdad se utilizaba como arma, y lo único que se podía hacer para defenderse de semejante ataque era levantar un muro de mentiras. Mentiras de aceptación, de capitulación. Mentiras también para uno mismo. Que las cosas importaban. Que las ideas tenían aceptación y que los símbolos merecían la servidumbre de necios valientes. Y que todo ello significaba algo.

Tampoco creía ya en el valor. La gente confiaba en la valentía de otros para cosechar los beneficios que imaginaba haber ganado o merecido, pero la sangre derramada nunca era la suya, ¿verdad? No, Garrapata de Piel lo veía claro. Las virtudes se ensalzaban para garantizar la obediencia, para envolver con ellas la cruda y reprensible servidumbre. Para promulgar el sacrificio de los otros, cada uno de los cuales ocupaba el lugar de quienes cosechaban las recompensas y a cambio se les pagaba con sufrimiento y dolor.

Para que hablaran de la majestad del patriotismo.

No pensaba tragarse nada de eso, ya no, nunca más. Y por eso estaba muerto. Y como ocurre con aquellos a los que nada importa, buena parte de lo que veía a su alrededor le parecía de una comicidad profunda. El comentario sarcástico, la mirada desdeñosa y la búsqueda del horror de la verdadera ironía, esas eran las cosas que pensaba perseguir.

¿Lloraba Anomander Rake la muerte de su hermano? ¿La muerte de Andarist, que había ocupado su lugar? ¿Pensaba siquiera un poco en su miserable descendencia, tantos de los cuales estaban muertos ya? ¿O se recostaba, gordo y disoluto, sobre la burla que él llamara trono mientras cosechaba las recompensas del sacrificio definitivo de su hermano? *¿Y el de mis primos? ¿Mis mejores amigos, que murieron todos para defender una posesión tan valiosa para ti que se pudre en un templo vacío? Recuérdame que te haga esa pregunta cuando por fin nos encontremos.*

Aunque quería a Nimander (en realidad quería a todos los componentes de ese patético grupo, salvo a Clip, claro), Garrapata de Piel no podía por menos que observar con una muda hilaridad las desesperadas expectativas del funesto final de aquel viaje. Todos buscaban un lugar seguro y, sin duda, una palmadita en la cabeza por los servicios prestados. Todos querían que les dijeran que sus sacrificios significaban algo, que no eran en vano, que eran dignos de orgullo. Y Garrapata de Piel sabía que solo él sería capaz de ver el desdén velado en los ojos del Hijo de la Oscuridad mientras declamaba los obligados tópicos antes de despacharlos a sus pequeñas habitaciones en una olvidada ala de cualquiera que fuese el palacio que Rake habitaba ahora.

¿Y luego qué, mi querida parentela? Expulsados a las calles para vagar en el atardecer, mientras la presencia de otros va dividiendo nuestro grupo lentamente, hasta que todo lo que una vez fuimos se convierte en polvorientos recuerdos, apenas merecedores de la ocasional evocación, un encuentro anual en alguna taberna con un techo lleno de goteras, donde veremos cómo nos hemos ido encorvando con los años, y nos emborracharemos intercambiando historias que nos sabemos de memoria, incluso mientras los filos se vuelven romos y los colores se destiñen.

Desra echada de espaldas, con las piernas bien abiertas, pero en el entumecimiento interior no se puede perforarse de ese modo y aunque ella probablemente lo sabe los hábitos no cambian, tan solo se disfrazan. Nenanda bruñirá sus armas y armadura cada mañana, irá tintineando de allá para acá, protegiendo todo y nada, los ojos moteados de óxido y verdín. Aranatha se sienta en un jardín repleto de maleza, hipnotizada durante diez años y los que vendrán por un único capullo en flor que crece bajo un árbol; ¿no envidiamos la dicha de sus ojos vacíos? ¿Kedeviss? Bueno, ella hará la crónica de nuestra desesperación, nuestro despreciable adiós. Reunirnos durante una noche en la taberna será la

única tarea que signifique algo, al menos para ella, y clamará en silencio contra nuestro ampuloso e insípido desinterés.

Nimander, oh, Nimander, ¿qué te aguarda? Una noche lo verás todo claro. Una noche letal, devastadora. Verás la sangre en tus manos, la sangre de la buena y despiadada de Phaed. Y la de tantos otros, puesto que fuiste a quien castigamos al proclamarlo líder. Y esa noche, amigo mío, verás que todo fue para nada, y te quitarás la vida. Una torre, el alféizar de una ventana y una caída en picado por la oscuridad para lograr esa futilidad poética que sientes como tuya.

Garrapata de Piel no se veía en ese futuro. No esperaba terminar ese viaje. Ni siquiera estaba seguro de querer terminarlo. El mismo cronista que pintaba las escenas pasadas pintaría también las futuras. El mismo condenado tema, reelaborado con la obsesión de un visionario estrangulando a los ciegos.

Una cosa era segura. No volvería a permitir jamás que nadie abusara de sus virtudes, ni siquiera de las pocas que le quedaban, por descuidadas que estuviesen. No eran ninguna moneda, no eran cosas que se pudieran medir, pesar e intercambiar por oro, gemas, propiedades o poder. Si los malnacidos querían todo eso, que sudaran ellos y que sangraran ellos para conseguirlo.

Cogedme como un cuchillo y me volveré contra vosotros. Lo juro.

—Sonríes —comentó Nimander—. Me alegro de ver que eso sigue vivo y en buen estado.

Garrapata de Piel lo miró. El legado de Baluarte permanecía en las manchas de sangre seca bajo la sal que se les incrustaba en los mocasines y las calzas. Nadie se había molestado en limpiar el equipo, tan desesperada era la necesidad de dejar esa ciudad. Sin embargo, algo había cambiado en Nimander, aparte de los horrores del saemankelyk y el altar del dios Moribundo. Como si su determinación hubiera recibido una nueva paliza, como una planta de semillero pisoteada nada más salir. ¿Cuántas veces, se preguntó Garrapata de Piel, podía sufrir lo mismo Nimander antes de que un veneno fundamental alterara su naturaleza? La visión que tenía él del adiós definitivo de Nimander dependía de que quedara cierta santidad de espíritu, algo valioso y excepcional que lo condujera a ese último acto de desesperación. Si ya estaba muerto, o malignamente retorcido, entonces el destino de Nimander sería una verdadera incógnita.

¿Ha hallado la ambición? ¿El veneno del cinismo está despertando en su alma atormentada? Garrapata de Piel comprendió que eso podía cambiar las cosas. *Podría convertirse en alguien a quien yo seguiría por voluntad propia, sí, incluso por ese repugnante sendero, ¿y por qué no? Que otro sufra por lo que nosotros ganamos, para variar. Tíralos al suelo, a ver qué les parece tan dulce inversión de papeles.*

¿Es él lo bastante duro como para jugar a ese juego?

¿Soy yo lo bastante duro como para utilizarlo?

Habían encontrado un caballo para Clip, pero se habían quedado con la carreta, al menos para ese viaje al norte bordeando el moribundo lago salado. Nenanda iba sentado una vez más en el pescante elevado, las riendas en una mano, una fusta en la otra. Aranatha se había sentado con los pies colgando al borde de la carreta, los ojos puestos en la fila de dientes rotos que era el menguante perfil de Baluarte, perfil que rielaba envuelto en una calima sobre las olas de calor. Desra holgazaneaba en el fondo de la carreta, dormitando entre toneles de agua y fardos de alimentos secos. Kedeviss cabalgaba por el flanco, a la derecha, a casi treinta pasos ya de distancia, su caballo iba abriéndose camino por la antigua playa con su marchita madera flotante.

Clip cabalgaba muy por delante, dejando clara su impaciencia. No le había interesado mucho oír la historia de lo que habían hecho ellos desde que él se derrumbara en la aldea, un fallo por su parte (como era obvio que él entendía la sugerencia) que él se negaba a considerar, aunque eso claramente dejaba un vacío misterioso, y sin duda inquietante, en su memoria. Se mostraba, si acaso, incluso más esquivo que antes, y más de una vez Garrapata de Piel había captado cierta suspicacia en los ojos del guerrero cuando

observaba a los demás. Como si hubieran conspirado para robarle algo y lo hubieran conseguido.

La desconfianza de Garrapata de Piel hacia aquel malnacido iba en aumento. No costaba nada odiar a Clip —es más, resultaba ridículamente fácil—, y esos sentimientos bien podrían enturbiar la opinión que le merecía aquel guerrero con esos anillos que no cesaban de girar ni por un instante. Empezaba a creer que Clip era una de esas personas impacientes por abusar de las virtudes de otros para lograr esa victoria privada y enteramente personal que buscaba. Y si el esfuerzo dejaba a media docena de jóvenes despreciables muertos por el camino, ¿qué importaba?

No podía por menos que haber visto las manchas de sangre que llevaban; no podía por menos que haber observado las armas llenas de cortes y muescas que afilaban cuando paraban a descansar. Las armaduras dañadas. Y aturdido y mareado como estaba al despertar en la cámara del altar, tendría que haber estado ciego para no ver las decenas de muertos, la auténtica carnicería que habían dejado allí. Y, sin embargo, Clip apenas los consideraba dignos de su mirada, más allá de esa maliciosa suspicacia que se iba transformando en paranoia, ¿y eso qué podría llevarle a hacer?

¿A nosotros?

Sí, un temor más que me acosa, aunque yo ya esté muerto.

—Tendremos que encontrar una forma de atravesar esas montañas —dijo Nimander mirando hacia delante con los ojos entornados.

—El Paseo de Dios, las llamó Clip. Una fuente asombrosa de saber inesperado, nuestro agradecido amigo.

—¿Agradecido? Ah, ya veo. Bueno, no estaba allí en espíritu, ¿verdad?

—No, demasiado ocupado bailando por la picadura de la araña.

—No sirve de mucho intentar describir lo que pasó —dijo Nimander—. Para alguien que siempre se cierra, las palabras son más finas que telarañas, son fáciles de apartar.

—Deberíamos haber mentido.

Nimander lo miró y alzó las cejas.

Garrapata de Piel esbozó una gran sonrisa.

—Alguna historia estrambótica de posesiones divinas y fanáticos dementes, ansiosos por salpicar el mundo con su propia sangre. Que nos encontramos con un camino al paraíso pero vimos que no éramos bienvenidos. Engañar a un dios imbécil que no comprendió el concepto de los túteres, que tienen que estar hechos de seguidores, no de él mismo. Una historia de vino envenenado que era sangre que era vino y era sangre. Ah, y no olvidemos nuestra gloriosa carnicería, esa colección improbable de toques y golpes con suerte y la mala suerte infernal de nuestros atacantes. Y luego...

—Ya basta, Piel, por favor.

—¿Por qué nos molestamos, Nimander? ¿Por qué lo salvamos?

Los ojos de Nimander permanecieron clavados en las lejanas montañas.

—Aranatha dice que se le necesita. Que es indispensable.

—¿Para qué? Y de todos modos, ¿qué sabrá ella?

—Ojalá pudiera responder a esas preguntas, Piel.

—Tengo la sensación de que me estoy ahogando en sangre.

Nimander asintió.

—Sí. Yo siento lo mismo. Creo que lo sentimos todos.

—No creo que Anomander Rake esté por la labor de echarnos un cabo.

—Probablemente, no.

Esa admisión, tan lúcida, conmocionó a Garrapata de Piel. Estaba en lo cierto al sentir ese temor, su líder había cambiado. *¿Acaso ve ahora con claridad? Pero, si ese es el caso, ¿dónde está su*

desesperación? No lo entiendo...

—Es como —dijo Nimander— morir por dentro. Esa es la sensación.

—No digas eso, hermano. No.

—¿Por qué no?

Solo uno de los dos puede sentirse así. Solo uno. ¡Y yo llegué ahí primero, maldito seas! ¡Es mío! De golpe lanzó una carcajada seca.

—Por nada, la verdad. Por nada.

—Estás actuando de forma extraña, Piel, ¿lo sabías?

Se encogió de hombros.

—Tenemos que lavarnos esta sangre, Nimander.

Siguieron cabalgando por las salinas blanquecinas. El día se fue haciendo más caluroso.

Justo bajo el suelo de los *terondai*, donde llameaba el sol negro, se había tallado una cámara inmensa en el lecho de roca. Cuando Anomander Rake, Señor de Coral Negro e Hijo de la Oscuridad, se cansaba de la vista desde la torre de la fortaleza y otras atalayas, descendía hasta ese útero de la roca, donde la oscuridad continuaba siendo absoluta.

Aquellos momentos eran insólitos, y más insólito si cabe era que el amo y señor emplazara a Endest Silann a reunirse con él en la cueva subterránea. Con las piernas todavía rígidas tras la larga caminata de regreso a la ciudad, el castellano bajó por las empinadas y serpenteantes escaleras hasta que al fin llegó a la base. Unas puertas enormes sellaban la cueva, escamadas con plata batida en formas que recordaban a la piel de los dragones. De un negro deslustrado, salvo por el brillo de los bordes de las escamas, la barrera apenas era visible para los ojos cada vez más débiles de Endest Silann, y cuando alargó el brazo hacia el pesado cerrojo se vio obligado a tantear un momento antes de posar la mano en la barra de plata.

Una bocanada de aire frío lo rodeó al abrir una de las puertas de un tirón. Un olor a piedra pura, acre y húmedo, el sonido del agua al caer. Vio a su señor de pie cerca del centro, donde se alzaba un obelisco como una estalagmita del suelo. La construcción de basalto tenía la base cuadrada y se iba ahusando hacia un vértice que doblaba en altura a un tiste andii. En el lado que Rake encaraba había una hendidura moldeada para acoplar la espada que el Hijo de la Oscuridad llevaba a la espalda.

—No ocurre a menudo —dijo Anomander cuando se acercó Endest— que sienta la necesidad de aliviar la carga de Dragnipur.

—Mi señor.

Observó a Anomander desenvainar la pavorosa espada y colocarla en la hendidura. Del obelisco comenzaron a manar de pronto unas gotas densas, resplandecientes, que tachonaron la superficie alisada y luego bajaron disparadas por los lados. Algo parecido a un trueno ululó por la piedra del suelo.

Endest Silann suspiró y se apoyó en su bastón.

—La piedra, señor, no puede soportar mucho tiempo esa carga. —*Pero tú puedes, y eso muy pocos lo entienden, muy pocos lo comprenden siquiera.*

—Unos momentos más —murmuró Anomander Rake.

—Mi señor, no era mi intención reprenderlo.

Una breve sonrisa.

—Pero lo has hecho, viejo amigo, y muy bien hecho. La piedra sabe lo que pesa, y los límites de lo que puede sostener. Puedes estar tranquilo, no abusaré mucho tiempo de su generosidad.

Endest Silann miró a su alrededor y abarcó aquella oscuridad dulce, tan pura, tan perfecta. *Es casi como la conocimos una vez. Kharkanas, antes de que abrazara la Luz, antes de que los nacidos de las*

cenizas se alzarán y tomarán las espadas. Scabandari. Ilgast Rend. Halyd Bahann. Esthala, que soñaba con la paz. Kagamandra Tulas Pelado, que no lo hizo.

—He mandado marchar a Spinnock Durav.

—Sí, lo he oído. Mi señor, no puedo...

—Me temo que no tienes alternativa, Endest.

—La suma sacerdotisa...

—Lo entiende, y hará todo lo que pueda.

Hace ya tanto tiempo. Señor, tu paciencia sobrepasa a la de los dioses.

—No había propósito que fuera lo bastante digno para insuflar vida en nuestro pueblo, ¿verdad? No es la historia la que nos embistió de ese modo, aunque son muchos los que lo ven así. Cualquiera con esa predisposición puede reunir lecciones sobre la futilidad. Cada triunfo hueco, cada gloria revelada como efímera. Pero nada de eso da motivo para que se marchite el espíritu. Dañarlo quizá sí, pero el camino que hemos recorrido se alza muy por encima de todo eso. ¿Entiendes eso, Endest?

—Creo que sí, mi señor.

—Fuimos asesinados por los compromisos. No, no los que siguieron a la llegada de la Luz. Ni los nacidos de Sombra. Esas cosas eran inevitables. Eran, por su propia naturaleza, necesarias.

—Sí.

—El día que aceptamos que ella nos diera la espalda, Endest, fue el día que nos rebanamos la garganta con nuestros propios cuchillos. —Anomander Rake hizo una pausa y luego continuó—. Somos un pueblo antiguo, obstinado. —Se volvió hacia Endest Silann—. ¿Ves cuánto tiempo le ha llevado desangrarse?

Y luego, para completar el triunvirato rebelde, estaba la prole de Osserc. Menandore, y esa confusión de sangres mestizas que siguieron: Sheltatha Sabiduría, Sukul Ankhadu, Brevith Dreda. Los otros, los que se quedaron fuera, cómo lo observaron todo, confusos, las frentes oscureciéndose de rabia. Draconus, pensaste que podías respondernos a todos. Te equivocaste.

¿Te equivocaste? Se encontró mirando con fijeza a Dragnipur, captó el levísimo eco del rumor de unas ruedas, los gritos apagados de los que sufrían, y ahí, sí, esa colérica tormenta de caos que cada vez se acercaba más.

—Sin la sangre de los dragones —continuó Anomander Rake—, todos seríamos polvo, esparcidos a los vientos, flotando entre las propias estrellas. Sí, puede que otros lo vean de otra forma, pero esa fiebre fría, tan inesperada en nuestras venas, tan súbita en nuestras mentes, (el caos, Endest), nos dio la fuerza para persistir, para dejar de temer el cambio, para aceptar todo lo que era desconocido e incognoscible. Y por eso tú elegiste seguirnos, cada uno en nuestro momento, nuestro lugar.

El caos en vosotros, sí, un fuego en el promontorio, un faro que penetra la profunda entropía que veíamos a nuestro alrededor. Y, sin embargo, fuisteis muy pocos los que demostrasteis ser dignos de nuestra lealtad. Tan pocos, mi señor, y menos con cada generación, hasta encontrarte ahora aquí, prácticamente solo.

Las lágrimas le corrían por la cara, lloraba como lloraba el obelisco, como lloraba la piedra por todos lados. *El que lo merecía. El único.*

—Encontrarás la fuerza en tu interior, Endest Silann. De eso no me cabe duda.

—Sí, mi señor.

—Igual que yo. —Y con eso el Hijo de la Oscuridad estiró el brazo y recuperó la espada Dragnipur. Con la facilidad de siempre deslizó el arma en la vaina que llevaba a la espalda. Miró a Endest y sonrió como si la carga que acababa de aceptar una vez más no tuviera la facultad de hacer caer de rodillas a cualquier otro: dioses, ascendientes, los orgullosos y los arrogantes, todos de rodillas. Las piernas de Rake no cedieron, ni siquiera temblaron. Se irguió en toda su altura, sin encorvarse, y en la sonrisa que le

dedicó a Endest Silann había una firmeza de propósito, tan silenciosa, tan indómita, tan absolutamente estremecedora, que Endest sintió que el corazón se le encogía, como si estuviera a punto de romperse.

Y su señor se acercó entonces y con el roce de una mano le enjugó la humedad de una mejilla.

La vio bailando allí fuera, en medio de remolinos de polvo y fragmentos de roca recubiertos de escarcha, entre rayos de sol que levantaban ampollas y torbellinos calinosos de nieve. A él todavía le manaba sangre de las heridas y parecía que nunca iba a cesar, que ese flujo carmesí brotaba de un río eterno, y la sangre ya no era suya, sino del dios que tenía delante. Era una idea extraña, pero parecía real, aunque no se atrevía a preguntarle al Redentor, no se atrevía a oír la confirmación de labios del dios.

Ese tiempo de locos salía y entraba girando de la llanura, pero ella se movía por él con soltura, dando vueltas y más vueltas de un lado a otro, pero sin acercarse todavía, sin ir a por él de nuevo.

—¿Por qué espera? —preguntó él—. Tiene que ver que no puedo aguantar otro asalto, que caeré con toda seguridad.

—Lo haría si pudiera —respondió el Redentor.

—¿Qué la refrena?

—Las heridas deben sanar, y los recuerdos del dolor, desvanecerse.

Vidente se frotó la suciedad de la cara. Había caído una lluvia sucia, ráfagas que habían azotado el lugar donde se encontraban, pero desde entonces se había vuelto a alejar, a bajar a la cuenca, una cortina podrida y marrón arrastrada a la deriva.

—A veces —dijo el Redentor— se filtran cosas.

—¿De dónde? —preguntó Vidente después de lanzar un gruñido.

—Vidas de los t'lan. Se desataron tantas cosas, se olvidaron tantas cosas, y hubo que vivirlas de nuevo. Hubo angustia. Hubo... gloria.

No había estado allí para presenciar ese momento. A los t'lan imass arrodillados. Algo así era difícil de imaginar, pero a pesar de todo le producía escalofríos. Un momento para desprenderse de todas las creencias, cuando el mundo respiró hondo... y contuvo el aliento.

—¿Sabías qué esperar?

—Fueron una lección de humildad para mí —dijo el Redentor.

Sospecho que fuiste tú quien les diste la lección de humildad, Itkovian... Sí, un mortal por aquel entonces, un simple mortal. No, fueron ellos quienes enmudecieron, asombrados y maravillados. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

... cosas que se cuelan.

—¿Esta locura de tiempo es por los recuerdos de los t'lan imass? ¿No puedes invocarlos? ¿Hacerlos formar ante ti? ¿No crees que lo aceptarían con orgullo? ¿Una forma de pagarte lo que hiciste? Redentor, invoca a los espíritus de los t'lan imass, y esa mujer de ahí abajo jamás te alcanzará.

—No puedo. No lo haré. Sí, lo aceptarían. La reciprocidad. Pero no lo haré. Lo que di, lo di de buen grado, fue un regalo, no un intercambio. Claro, me obligaron a coger algo al final, pero era bastante modesto... o entonces fui lo bastante débil como para no resistirme.

—Si no quieres aceptar el servicio —dijo entonces Vidente—, ¿por qué lo buscas en mí?

—Tú eres libre de elegir —respondió el Redentor—. Defenderme, o apartarte y verme caer.

—¿A eso no se le puede llamar elección!

—Cierto. Esas cosas pocas veces lo son. Te enviaría de regreso, pero tu cuerpo ya no funciona. Está tirado en un montón de basura tras el campamento de peregrinos. Los carroñeros han comido de él, pues tu carne no estaba envenenada como la de otros de los que también se deshicieron así.

Vidente torció el gesto y clavó los ojos una vez más en la suma sacerdotisa que bailaba en la llanura.

—Gracias por los detalles horripilantes. Si me aparto, si te veo morir, ¿qué me pasará entonces? ¿A mi espíritu?

—No lo sé. Si soy capaz, lamentaré tu muerte, tanto como lamento las de las almas de todos aquellos que ahora albergo en mi interior.

Vidente se volvió poco a poco y estudió al dios.

—Si ella te lleva, todos esos t'lan imass...

—Quedarán desamparados. Sucumbirán. Todos los que están en mi interior sucumbirán.

—Como para estar al margen.

—Vidente. Segda Travos, tú no eres responsable de su destino. Lo soy yo. Este error es mío. No te juzgaré con dureza si decides ceder.

—¿Error? ¿Qué error?

—Estoy... indefenso. Tú lo percibiste desde el principio, cuando te acercaste al túmulo, te arrodillaste y me honraste con tu compañía. No hay condiciones en mi juicio. Mi abrazo no le es negado a nadie.

—¡Entonces cambia eso, maldito seas!

—Lo estoy intentando.

Vidente lanzó una furiosa mirada al dios, que estaba a su vez esbozando una débil sonrisa. Tras un momento, Vidente siseó y dio un paso atrás.

—¿Me pides esto a mí? ¿Estás loco? ¡Yo no soy uno de tus peregrinos! ¡Ni formo parte de tu turba de aspirantes a sacerdotes y sacerdotisas! ¡Yo no te venero!

—Exacto, Segda Travos. Es la maldición de los creyentes que intenten adivinar lo que pretende aquel al que afirman venerar.

—¿En tu silencio, qué alternativa les queda?

La sonrisa del Redentor se ensanchó.

—Todas las alternativas del mundo, amigo mío.

Un sinfín de senderos, un único lugar buscado por todos. Si se molestase un poco, podía pensar en las innumerables generaciones, todos los que se levantaban para erguirse con pensamientos que se alzaban hacia el cielo nocturno, o que se hundían en las hipnotizantes llamas de las hogueras del campamento, el ansia no cambiaba. El alma se abalanzaba, el alma reptaba, arañaba, se arrastraba y se lanzaba de cabeza y en el lugar que deseaba, que necesitaba, lo que había era la dicha de la certeza.

La coraza de la convicción, ojos reluciendo como espadas; la brillante gloria que era el fin de cada pregunta, de cada duda. Las sombras se desvanecían, el mundo bramaba de repente en blanco y negro. El mal chorreaba ceno y los virtuosos se erguían altos como gigantes. La compasión se podía repartir, asignar solo a los que de veras la merecían, los inocentes y los bendecidos. En cuanto al resto, podían arder, pues no merecían menos.

Bailó como la verdad desatada. La belleza de la simplicidad fluía pura y dulce por sus miembros, cabalgaba en el flujo y reflujo de los suspiros de su aliento. Todas esas agónicas incertidumbres habían desaparecido, cada duda borrada por el regalo del saemankelyk.

Había encontrado la forma del mundo, cada borde claro, definido e innegable. Sus pensamientos podían bailar por él casi sin esfuerzo, esquivando brechas y desgarros, sin tocar ni una sola vez superficies cortantes que pudieran arañarla, que pudieran hacerla estremecer.

La dicha de la certidumbre proporcionó otro regalo. Vio ante ella un universo transformado, un universo cuyas contradicciones se podían ignorar con pleno derecho, donde no existía la hipocresía,

donde servir a la verdad de uno mismo permitía negar sin problemas todo aquello que no encajaba.

La minúscula mota de conciencia de sí misma que se ocultaba en su interior, como un caracol encogiéndose en su concha, fue capaz de dar forma a esa transformación y la reconoció como una revelación genuina, lo que llevaba buscando todo ese tiempo, si bien en el lugar equivocado.

Salind comprendió entonces que el Redentor era un dios niño, inocente, sí, pero no en el buen sentido. El Redentor no poseía certeza de sí mismo. No es que no lo viera todo, es que era ciego. Desde lejos, quizá las dos cosas parecieran idénticas, en ese abrazo amplio, los brazos que esperaban, la franqueza indefensa. Lo perdonaba todo porque no veía diferencia alguna, no podía percibir siquiera quién lo merecía y quién no.

El saemankelyk ponía fin a la ambigüedad. Dividía el mundo limpia y categóricamente.

Debía dárselo. Sería su regalo, el mayor regalo imaginable, a su amado dios. El fin de su ambivalencia, su ignorancia, su indefensión.

Pronto llegaría el momento en que ella lo buscara de nuevo. La patética alma mortal que se interponía en su camino no la frustraría la próxima vez que encontrara sus armas, no, sus filos justicieros la cortarían, la rebanarían y la harían pedazos.

Esa idea la hizo alzar los brazos al aire mientras daba vueltas y vueltas. ¡Tanta alegría!

Tenía un regalo. Era su deber entregarlo.

Te guste o no.

No, él no podía negarse. Si se negaba, bueno, tendría que matarlo.

Blancas como el hueso, las enormes bestias se encontraban en el risco, juntas, las cabezas giradas para observar a Karsa Orlong, que se iba acercando a medio galope con *Estragos*. Karsa notó que su caballo se tensaba, vio que las orejas se le crispaban un momento antes de ser consciente de que lo estaban flanqueando más Mastines, estos más oscuros, más pesados, de pelaje corto salvo por el que le recordaba a los lobos de su tierra natal, que lo observaba con ojos ambarinos.

—Así que —murmuró Karsa— estos son los Mastines de Sombra. ¿Queréis jugar conmigo? Intentadlo y cuando hayamos terminado pocos dejaréis este lugar, y ninguno lo hará sin heridas, eso os lo prometo. *Estragos*, ¿ves a la negra en las hierbas altas? Cree que se esconde de nosotros. —Emitió una carcajada gruñida—. Los otros amagarán, pero esa negra será la que encabece la verdadera carga. Será a ella a la que golpee el morro primero con mi espada.

Las dos bestias blancas se separaron, una trotó algunos pasos por el risco, la otra dio media vuelta e hizo lo mismo en dirección contraria. En la brecha que quedó entre ellas, las sombras giraron como un remolino de polvo.

Karsa pudo sentir que la sed de batalla surgía en su interior, la piel le escocía bajo la atención fija de siete bestias salvajes, pero él mantuvo la mirada en esa mancha de penumbra, donde había dos figuras visibles. Hombres, uno con la cabeza desnuda y el otro encapuchado y apoyándose torcido en un nudoso bastón.

Los Mastines de ambos lados mantuvieron la distancia, permanecieron lo bastante cerca como para lanzar una carga rápida, pero no tanto como para enfurecer a *Estragos*. Karsa se detuvo a seis pasos de los desconocidos y los miró con aire reflexivo.

El de la cabeza descubierta tenía unos rasgos anodinos, estaba pálido, como si no pasara mucho tiempo bajo la luz del sol, el cabello oscuro era liso y lo llevaba suelto, casi enmarañado. Sus ojos cambiaban de color bajo la luz, azul a gris, a verde y quizás incluso castaño, una cascada de indecisión que encajaba con su aspecto al estudiar al toblakai.

El primer gesto lo hizo el encapuchado de la cara oculta, alzó el bastón en un saludo vacilante, poco entusiasta.

—Bonito caballo —dijo.

—Más fácil de montar que un perro —replicó Karsa.

Un bufido del hombre moreno.

—Este —dijo el encapuchado— se resiste a la hechicería, Cotillion. Aunque su sangre es antigua, me pregunto si todos los mortales serán un día como él. El fin de los milagros. Nada salvo una existencia sosa, banal, nada salvo la mundana ausencia de asombro. —El bastón apuñaló el aire—. Un mundo de burócratas. Mentes espesas y rostros amargados y miserables como una reunión de escribanos. Un mundo así, Cotillion, ni los dioses lo visitarán. Salvo como peregrinaje a la depresión.

—Una filosofía muy pintoresca por tu parte, Tronosombrío —respondió el llamado Cotillion—. Pero ¿crees que este es el público adecuado? Casi puedo oler la grasa de oso desde aquí.

—Es Cerrojo —dijo Tronosombrío—. Se estuvo revolcando en algo hace un rato.

Karsa se inclinó hacia delante sobre la extraña silla que Samar Dev había hecho adaptar para Estragos en Letheras.

—Si yo soy escribano, entonces hay una profecía que se hará realidad.

—Oh, ¿y cuál sería? —preguntó Cotillion, al que al parecer divertía que Karsa fuera capaz de hablar.

—La tiranía de los cuentanúmeros será sangrienta.

Tronosombrío lanzó una carcajada ahogada por un resuello, después tosió en medio del silencio de los otros.

—Mmm —dijo.

Los ojos de Cotillion se habían entrecerrado.

—En Darujhistan te aguarda un templo, toblakai. Una corona y un trono para el que los coja.

Karsa frunció el ceño.

—Se acabó esa basura. Le dije al dios Tullido que no me interesaba. Sigue sin interesarme. Mi destino es mío y de nadie más.

—Bueno —dijo Tronosombrío, cuyo bastón volvió a agitarse con vacilación, como una serpiente sin cabeza—, no te estamos animando a que lo tomes. Nada más lejos. Tú en ese trono resultaría algo... angustioso. Pero él te empujará, toblakai, igual que los cazadores empujan a un león devorador de hombres. Directo a la trampa repleta de pinchos.

—Un león listo sabe cuándo darse la vuelta —dijo Karsa—. Observa cómo se desperdigan los cazadores.

—Es porque te entendemos, Karsa, que no lanzamos a los Mastines contra ti. Luces tu destino como un estandarte, uno horripilante, cierto, si bien su única distinción es que es obvio. ¿Sabías que nosotros también dejamos la civilización? Esos funcionarios lo estaban asediando todo, ya sabes. Los escribanos con sus lenguas moradas y ojos esquivos, pies que arrastran y hombros encorvados, sus frías listas. ¡Oh, medílo todo! ¡Niveles aceptables de desdicha y sufrimiento! —El bastón bajó y cayó con un golpe fuerte y seco en el suelo—. ¿Aceptable? ¿Quién cojones dice que cualquier nivel es aceptable? ¿Qué clase de mente piensa así?

Karsa esbozó una gran sonrisa.

—Pues una civilizada.

—¡Así es! —Tronosombrío se volvió hacia Cotillion—. ¡Y tú dudabas de este!

Cotillion hizo una mueca.

—Lo reconozco, me equivoqué, Tronosombrío. Si el dios Tullido no ha aprendido todavía la lección con este guerrero, seguro que habrá más lecciones. Ya aprenderá. Y ya aprenderá este toblakai también.

—Salvo por un detalle —dijo Tronosombrío con voz ronca—. Toblakai, escucha esta advertencia, si valoras ese destino que quieres buscarte. No te interpongas en el camino de Viajero. Jamás.

La sonrisa de Karsa se ensanchó.

—Estamos de acuerdo, él y yo.

—¿Lo estáis?

—Yo no me interpondré en su camino y él no se interpondrá en el mío.

Tronosombrío y Cotillion se quedaron callados mientras lo pensaban.

Karsa se echó hacia atrás y cogió la única rienda. *Estragos* alzó la cabeza y los ollares se le dilataron.

—Maté a dos derangoth —dijo Karsa.

—Lo sabemos —dijo Cotillion.

—Su arrogancia fue el vientre blando que los perdió. Fácil de alcanzar. Fácil hundir en él las manos.

Los maté porque me creyeron débil.

La expresión de Cotillion se hizo burlona.

—Hablando de arrogancia...

—Estaba hablando —dijo Karsa mientras hacía que *Estragos* diera la vuelta— de lecciones. —

Después se giró en la silla—. Os reís de los que acuden al dios Tullido. Quizás un día yo me ría de los que acuden a vosotros.

Cotillion y Tronosombrío, con los Mastines agrupándose a su alrededor, observaron alejarse al toblakai en su caballo jhag.

Un golpe seco del bastón.

—¿Percibiste a los que había en la espada?

Cotillion asintió.

—Eran... —Tronosombrío pareció pelearse con la siguiente palabra— ... orgullosos.

Y una vez más Cotillion no pudo hacer más que asentir.

De repente Tronosombrío dejó escapar una risita divertida y el sonido hizo que los dos Mastines nuevos se estremecieran, un detalle que no pareció notar.

—Oh —canturreó—, ¡todos esos pobres escribanos!

—¿Es eso una nube en el horizonte?

Ante la pregunta de Reccanto Índole, Mappo alzó los ojos y siguió la mirada entornada del hombre. Se levantó de golpe.

—Eso es más que una nube —dijo.

Dulcísima Angustia, que estaba sentada cerca, se levantó entre gruñidos y resuellos y se limpió la arena de su rollizo trasero.

—¡Maese Qu...el!!! —canturreó.

Mappo observó que la cuadrilla se empezaba a revolver, comprobaba las correas de cuero, las anillas y agarraderas de sujeción que colgaban del carruaje. Los caballos cambiaron de postura, inquietos de repente, los ojos en blanco y las orejas aplastadas. Rezongo fue a colocarse junto al trell.

—Una tormenta muy fea —dijo—, y parece que se nos va a echar encima.

—Esta gente me desconcierta —admitió Mappo—. Estamos a punto de ser borrados de la faz de la Tierra, y ellos parecen... entusiasmados.

—Están locos, Mappo. —Miró al trell durante un buen rato, luego añadió—: Debes de estar

desesperado para haber contratado a esta gente.

—¿Cómo es que maese Quell parecía indiferente a la idea de soltar un dragón no muerto en este mundo? —preguntó Mappo.

—Bueno, no del todo indiferente. Dijo «¡uy!». Al menos creo que eso fue lo que oí, pero quizá fue mi imaginación. Esta Asociación de Trygalle... estos carruajes, deben de arrastrar cosas de un reino a otro todo el tiempo. Mira ese cadáver ambulante.

Y eso hicieron; observaron en silencio la figura desecada que sostenía una colección de correas desechadas y cuerda, y miraba con expresión especulativa los radios de una de las ruedas.

El viento arreció de repente, más fresco, con una extraña carga.

Uno de los caballos dio un chillido agudo y empezó a patear la arena. Tras un momento, los otros se contagiaron de la misma ansiedad enfebrecida. El carruaje se balanceó y avanzó un poco. Maese Quell, que estaba ayudando a Preciosa Dedal a meterse por la puerta, apresuró las cosas con un fuerte empujón al trasero de la mujer. Después miró a su alrededor, los ojos un tanto enloquecidos, hasta que distinguió a Mappo.

—¡Métete dentro, buen señor! ¡Estamos a punto de irnos!

—Ya era hora —dijo Rezongo.

Mappo echó a andar hacia el carruaje, luego hizo una pausa y se volvió hacia Rezongo.

—Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré, en cuanto averigüe qué está a punto de pasar. ¡Quell! ¿Qué senda vamos a usar ahora? ¿Y no sería mejor que abrieras la vía?

Quell se lo quedó mirando.

—¡Súbete al maldito carruaje!

—Bien, pero dime...

—¡A ver, idiota! —gritó Vahído desde donde estaba sentada en el techo—. ¿No lo entiendes? —Y señaló con un dedo la nube negra y revuelta que casi tenían encima—. ¡Nos vamos a subir a eso!

—Pero... espera... cómo...

—¡Sube a bordo, zoquete, o ahógate!

—¡Sube a bordo —chilló Dulcísima Angustia— y quizá te ahogues de todos modos!

Rezongo vio que el cadáver se había atado a la rueda.

Dioses del inframundo, ¿qué estoy haciendo aquí?

Estalló un rugido en el arrecife y Rezongo giró en redondo y vio la devastadora llegada del vendaval, un muro de agua revuelta coronada por espuma levantándose, amenazándose con echarse encima de ellos, elevándose en el aire para devorar la isla entera.

Se lanzó hacia el carruaje. Cuando trepó por el costado y buscó a tientas las correas, Reccanto Índole lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ya está aquí? —preguntó.

Los caballos empezaron a chillar cada vez más.

Y de golpe, el idiota miope tuvo su respuesta.

Capítulo 15

¿Quieres llamarnos débiles?
El miedo habla por un lado de la boca
Cada punto de tu lista es un ataque
Que vuelve su puñalada contra ti mismo
Mostrando los vivos terrores
Que estropean el potencial para el asombro

Explicas y explicas tu argumento
Como si establecieras no más de lo que es obvio
Y sí lo es pero no del modo que piensas
El patetismo revelado es tu escasez
De sabiduría disfrazada de discurso sencillo
Desde tu torre de razón

Como si el músculo solo indicara fuerza
Como si la altura midiera el perímetro de la voluntad
Como si el engendrado recortara espinas de la rosa
Como si el fuego del hogar no pudiera devorar un bosque
Como si el valor manara perdido cada mes
En arroyos desperdiciados de sangre muerta

¿Quién es el que articula tal duda?
Sacerdote de un culto falso en su división
Yo estaba allí el día que la muchedumbre despertó
Y arrasó el templo de medios hombres temblorosos
Tú te quedaste con la boca abierta tras ellos
Cuando se demostró que tus enseñanzas eran equivocadas

Retrocede y apártate de la verdadera cólera
Huye si puedes de esta emergente fuerza
La forma de la rabia contra tus postuladas
Justificaciones es la disciplina de mi soldado
Seguro en ejecución y singular en propósito
Al poner tu cabeza sobre la pica

Muchos niños, desde sus primeros años, comienzan a enamorarse de sitios en los que nunca han estado. Con frecuencia, esa maravilla termina aplastada cuando empieza a arrastrarse por el cieno de la turbia y confusa adolescencia que los lleva a la hondonada llena de grietas de la edad adulta, con sus paisajes sin viento que se ciernen más allá del horizonte. Ciertamente, sí, a veces esos dones de la curiosidad, el placer y la aventura sobreviven a esa caminata estacionaria, y las víctimas terminan siendo artistas, eruditos, inventores y demás criminales empeñados en confundir lo común y los tópicos de la vida tranquila. Pero no hablemos ahora de ellos, puesto que, a pesar de todas sus agitadas subversiones, en realidad nunca cambia nada a no ser que lo dicte la conveniencia.

Bainisk seguía siendo, en el fondo más resguardado de su ser, un niño. Desgarbado por el crecimiento, sí, torpe en un cuerpo al que su mentalidad no había alcanzado, pero todavía no había renunciado a su amor por lo desconocido. Así que debería ser comprensible que él y el pequeño Harllo compartieran una chispa de placer y asombro, una chispa que se entretejía con fuerza entre ellos de modo que ni siquiera algún que otro gruñido podía llegar verdaderamente a cortar el lazo.

En la semana que siguió a esa fatídica rotura de confianza que había entre ellos, Harllo había llegado a creer que estaba una vez más totalmente solo en el mundo. En las heridas se formó una costra, y las costras se cayeron y dejaron unas leves cicatrices que no tardaron en desaparecer casi por completo; y el niño siguió trabajando, adentrándose en las fisuras, arrastrándose por las grietas malolientes y llenas de gravilla de la roca profunda. A veces se asfixiaba con el aire viciado, lo picaban ciempiés ciegos y lo pellizcaban arañas traslúcidas. Las piedras movedizas lo magullaban, los ojos muy abiertos en la oscuridad mientras buscaba el brillo del mineral en paredes inclinadas, estrechas.

Al final de la semana, sin embargo, Bainisk estaba con él de nuevo, pasándole una jarra de agua limosa del lago cuando salió de espaldas de una fisura y se sentó en la piedra cálida y seca del suelo del túnel, y en ese breve momento compartido la rotura comenzó a sanar poco a poco, volvió a soldarse en la esquivez de su mirada, que no quería todavía concentrarse en la realidad de estar sentados uno junto al otro, muy por debajo de la superficie del mundo, el latido de dos corazones cuyo eco no era más que el del otro; y así era como los niños pequeños hacían las paces. Sin palabras, con gestos austeros que, en su escasez, adquirirían la importancia necesaria. Cuando Harllo terminó de beber, le devolvió la jarra.

—Ahora tengo a Venaz todo el tiempo encima —dijo Bainisk—. Lo intenté, con él otra vez, quiero decir. Pero no es lo mismo. Los dos somos muy mayores para lo que tuvimos una vez. De lo único que habla es de cosas que me aburren.

—Solo le gusta hacer daño a la gente.

Bainisk asintió.

—Creo que quiere mi trabajo. Me discutió cada orden que le di.

—La gente como él siempre quiere estar al mando —dijo Harllo—. Y la mayor parte de las veces, cuando los demás se dan cuenta, se apartan y se lo permiten. Eso es lo que no entiendo, Bainisk. Es lo que da más miedo de todo.

Esa última admisión no era muy habitual entre chicos. La idea de estar asustado. Pero el suyo no era un mundo normal y fingir que no había nada que temer no estaba entre los escasos privilegios a los que podían aspirar. Allí fuera, las personas no necesitaban razones para hacer daño a alguien. No les hacían falta razones para hacer nada.

—Háblame de la ciudad otra vez, topo.

—Hay una torre embrujada. Mi tío me llevó una vez a verla. Tiene unas manos muy grandes, tan grandes que cuando te coge la tuya es como si tu mano desapareciera y no hay nada en el mundo que os pueda separar. El caso es que hay un fantasma en esa torre. Se llama Insinuador.

Bainisk posó en él unos ojos muy abiertos.

—¿Lo viste? ¿Viste al fantasma?

—No, era de día. Son difíciles de ver de día.

—Aquí abajo está bastante oscuro —dijo Bainisk mirando a su alrededor—. Pero yo nunca he visto un fantasma.

Harllo pensó decírselo entonces. Por eso había sacado la historia, pero al final se contuvo una vez más. No sabía por qué. Quizá porque el esqueleto no era un fantasma de verdad.

—A veces —dijo— los muertos no se van. Quiero decir que a veces mueren, pero el alma no..., bueno, que no deja el cuerpo. Se queda donde está, donde siempre estuvo.

—¿Ese tal Insinuador era así?

—No, era un fantasma de verdad. Un espíritu sin cuerpo.

—Entonces, ¿por qué algunas personas son fantasmas y otras no?

Harllo se encogió de hombros.

—No lo sé, Bainisk. Quizá los espíritus que tienen una razón para quedarse son los que se convierten en fantasmas. Quizá el Señor de la Muerte no los quiere, o deja que lo sean para que así puedan a lo mejor terminar lo que tienen que hacer. A lo mejor no se dan cuenta de que están muertos. —Se encogió de hombros otra vez—. Eso fue lo que dijo mi tío. Él tampoco lo sabía, y no saberlo lo hacía enfadarse, yo se lo notaba por el modo en que me apretaba más la mano.

—¿Se enfadaba con un fantasma?

—Igual. Eso es lo que yo creo, por lo menos. Yo no dije nada para hacerlo enfadar, así que tuvo que ser el fantasma. Porque no sabía lo que quería o algo así.

Harllo recordaba bien ese momento. Como Bainisk, él había hecho montones de preguntas, asombrado de que pudiera existir eso de un fantasma, que pudiera estar oculto, observándolos, barruntando todos sus pensamientos fantasmales. Y Rezongo había intentado responderle, aunque era obvio que le costaba mucho. Y cuando Harllo le preguntó si quizá su padre (que estaba muerto) podría ser un fantasma allá lejos, su tío no había dicho nada. Y cuando preguntó si quizá su padre fantasma podría estar todavía por ahí porque estaba buscando a su hijo, entonces la enorme mano de Rezongo lo había apretado, y luego más fuerte durante un aliento o dos, no tanto como para hacerle daño a Harllo, pero casi. Y después volvió a aflojar la mano y Rezongo se lo llevó a comprar dulces.

Seguramente había visto a Insinuador, mirando por una de esas ventanas tenebrosas de la torre. Seguramente había querido decirle a Insinuador que se largara y no volviera más. Como hacían los malos padres. Porque quizá el padre de Harllo no estaba muerto, puesto que una vez su verdadera madre había dicho algo de «encerrar al muy bastardo», y aunque Harllo no sabía el significado preciso de «bastardo», había oído la palabra lo suficiente como para adivinar que se usaba para referirse a personas que uno no quería tener cerca.

Pero pensar en Rezongo lo ponía triste, así que optó por estirar el brazo, coger la jarra de agua y dar un buen trago.

Bainisk lo miró y luego se levantó.

—Hay un respiradero nuevo que ya está despejado. Estaba pensando que quizá podrías trepar por él, si ya descansaste bastante.

—Claro, Bainisk. Estoy listo.

Echaron a andar en silencio. Pero esa vez el silencio no era incómodo, y Harllo sintió tal oleada de alivio al darse cuenta que se le empañaron los ojos de lágrimas por un momento. Era una tontería, en realidad, y además peligrosa. En un momento en el que Bainisk no lo estaba mirando, se limpió a toda prisa las mejillas sucias y luego se secó los dorsos de las manos en la túnica.

Incluso si hubiera estado vuelto hacia Harllo, es muy probable que Bainisk ni lo hubiera notado. Iba pisando mentalmente las piedras gastadas del sendero que conducía a la Torre de Insinador para poder ver al fantasma por sí mismo. ¡Sería lo mejor del mundo! ¡Ver con sus propios ojos algo que no había visto jamás!

Allí, en esa ciudad asombrosa, tan lejos. Donde en las luminosas calles se abrían camino entre la multitud toda clase de maravillas. Donde los fantasmas discutían con los caseros por el alquiler. Donde las personas tenían tanta comida que engordaban y había que transportarlas de un sitio a otro. Y las personas no hacían daño a otras personas sin razón alguna, y las personas como Venaz recibían justo lo que se merecían.

Oh, sí, le encantaba esa ciudad, ese lugar en el que no había estado jamás.

No seas absurdo. El regordete hombrecito del chaleco rojo no es tan grosero como para pescar multitudes sollozantes en la interpretación de este momento, ni tan torpe en su florido propósito. Ten un poco más de fe en Kruppe, tú, que tan rápido difamas como quien arroja anzuelos en un estanque atestado (así que has pescado algo, ¿eh? No, querido amigo, no hagas alardes de tu pericia, solo ha sido una carpa desesperada por escapar).

El reflejo del agua no es tan liso; oh, no, no tan liso.

¿Que la ciudad de Bainisk es pintoresca, quizás incluso bonita y acogedora, de una manera suavemente trágica? ¡No se trata de eso!

Algunos, como verás (o no), todavía soñamos con esa ciudad. Donde ninguno de nosotros hemos estado jamás.

De eso, queridos míos, es de lo que se trata.

Pensar demasiado es como si te mataran. O, según se mire, como si te suicidaras. Mezcla había tenido oportunidades de sobra para pensar en tales cuestiones mientras se desangraba en el suelo del Bar de K'rul. Le había faltado poco, y sin Mazo la perspectiva de una cuidadosa sanación de sus heridas era algo de lo que tendría que prescindir. El consejero, Coll, había enviado a un sajador local de rudimentarias habilidades en Denul común, y el hombre se las había arreglado para medio cerrar la carne perforada y detener la hemorragia, luego había cogido aguja y tripa para suturar las heridas. Todo lo cual dejó a Mezcla incorporada en la cama y apenas capaz de moverse.

El Bar de K'rul seguía cerrado. Lo que en un tiempo había sido un templo se había convertido en una cripta. Por lo que le había contado Rapiña, no había un palmo de tierra en los sótanos que no se notara blando y revuelto bajo los pies. Al dios Ancestral nunca se lo habían puesto tan fácil.

Perlazul y Mazo, los dos muertos. Tan solo pensar en ello dejaba agujeros enormes que se abrían bajo cada pensamiento, cada sentimiento que se escapaba a su férreo control. Esos capullos habían sobrevivido a décadas de guerra, batalla tras batalla, solo para que después de retirarse una turba de asesinos acabara con ellos.

La conmoción perduraba en los ecos de las habitaciones vacías, en los silencios que reinaban donde no debían, en las discusiones amargas que estallaban entre Azogue y Rapiña, ya fuera en el despacho o en

los pasillos. Si Duiker continuaba residiendo allí —si no había huido— guardaba silencio, testigo como cualquier historiador de cada opinión contenida. Y se diría que mostraba un profundo desinterés en si ella, o cualquiera de los demás, vivía o moría.

La luz que se filtraba por las contraventanas le reveló que era de día, puede que las últimas horas de la tarde, y ella tenía hambre y quizá, solo quizá, se habían olvidado de ella. Había oído algún que otro golpe seco abajo, en la planta principal, algunas conversaciones murmuradas, y estaba ya planteándose buscar algo para aporrear el suelo cuando oyó pasos que se acercaban por el pasillo. Un momento después se abrió la puerta y entró Scillara con una bandeja.

Algo dulce y apasionado se acurrucó en lo más hondo de la tripa de Mezcla, luego se retorció en una sucesión de pensamientos deliciosos.

—Dioses, eres una visión. Estaba a punto de dejarme llevar a los decrepitos brazos del Embozado, pero ahora, de pronto...

—Tienes una razón para vivir, ya, claro. Es tapu, espero que no te importe, pero la única cocina que conozco es la de Siete Ciudades, y no creas que mucho.

—¿Ahora te tienen cocinando?

—Así pago la habitación y la comida. Al menos —añadió mientras posaba la bandeja en el regazo de Mezcla— nadie me ha exigido que pague la cuenta.

Mezcla contempló las brochetas de carne, verduras y fruta. El aroma acre de la especia verde le irritó los ojos.

—El dinero por mí se puede ir a tomar por saco —dijo.

Scillara abrió mucho los ojos.

Mezcla hizo una mueca de indiferencia y fue a coger la primera brocheta.

—No nos metimos en esto para hacernos ricos, cielo. Era solo... algo que hacer, un lugar en el que estar. Además, no vamos a tender la mano tratándose de ti, Barathol y Chaur. Dioses del inframundo, que sacaras a Duiker de aquí a rastras para tener una cita con él fue lo que le salvó la vida a ese viejo estúpido. Y Barathol y Chaur llegaron como un puño de cota de malla, por lo que he oído, y además justo a tiempo. Puede que seamos idiotas, Scillara, pero somos idiotas leales.

—Imagino —dijo Scillara mientras acercaba una silla— que en estos momentos al Gremio de Asesinos no le parecéis muy idiotas. Más bien un avispero que lamentan haber pateado. ¿Lamentar? —Lanzó un bufido—. Seguro que me quedo corta. Si vosotros creéis que habéis salido mal parados, piensa cómo estará ahora mismo el Maestro del Gremio.

—Se recuperará —dijo Mezcla—. ¿Nosotros? No estoy tan segura. Esta vez no.

Los ojos entornados de Scillara se posaron en Mezcla durante unos momentos antes de hablar.

—Rapiña estaba muy afectada. Todavía lo está, de hecho. Una y otra vez la veo quedarse blanca, veo que le fallan las rodillas y que alarga un brazo para agarrarse a algo. En plena noche se dedica a pasearse por los pasillos, actúa como si tuviera al Embozado colgado del hombro...

—Pero es que es eso, ¿no? Hace unos años estaría colocándose la armadura y contando cuadrillos, tendríamos que encadenarla para impedir que se lanzara a la carga...

—Tú no lo entiendes, ¿verdad, Mezcla?

—¿Qué?

—Hace años, como dices, ella era soldado, igual que tú. Un soldado vive con ciertas posibilidades. Tiene que tener presente lo que podría ocurrir en cualquier momento. Pero ahora estáis todos retirados. Es hora de guardar todo eso. Es hora de relajarse por fin.

—Bien. Cuesta un tiempo recuperar...

—Mezcla, Rapiña está así ahora mismo porque estuvo a punto de perderte.

En el silencio que siguió a esa afirmación, la mente de Mezcla se convirtió en un remolino.

—Entonces...

—No soporta entrar aquí y verte así. Tan pálida. Tan débil.

—¿Y eso es lo que le impide salir a dar caza a los asesinos? Eso es ridículo. Dile de mi parte, Scillara, que toda esa mierda de ablandarse es, bueno, poco atractiva. Dile que si no está lista para empezar a hablar de venganza, ya se puede ir olvidando de mí. Jamás en toda nuestra vida hemos huido de nada, y en cuanto pueda levantarme, pienso lanzar una cacería de ratas como jamás ha visto el Gremio.

—De acuerdo.

—¿Por eso son todas esas discusiones? ¿Entre ella y Azogue?

Un asentimiento.

—Búscame un sanador de gran Denul, ¿quieres? Pagaré lo que sea.

—Bien. Ahora come.

El cadáver todavía olía a melocotones fermentados. Echado en una mesa larga en uno de los cuartos de atrás, el seguleh podría haber estado durmiendo para pasar la resaca, y Rapiña casi esperaba que los serenos ojos cerrados del espeluznante guerrero se abrieran con un parpadeo en cualquier momento. La idea le produjo escalofríos y miró una vez más a Duiker.

—Bueno, historiador, así que has estado pensando un poco, le has dado palique a ese bardo y ese amigo alquimista que tienes. Dinos, ¿qué Embozado están haciendo todos estos seguleh en conserva en el sótano?

Duiker frunció el ceño y se frotó la nuca, se negaba a encontrarse con la mirada dura de Rapiña.

—Baruk no se tomó bien la noticia. Parecía... disgustado. ¿Cuántos toneles habéis examinado?

—Hay doce de estos cabrones, incluyendo este. Tres son mujeres.

Duiker asintió.

—Pueden elegir. Guerrear o no. Si es que no, nadie puede desafiarlas. Parece tener que ver con la mortalidad infantil.

Rapiña frunció el ceño.

—¿El qué?

—Denul y la partería. Si sobreviven la mayor parte de los niños, entonces las madres no tienen que parir ocho o diez con la esperanza de que uno o dos salgan adelante...

—Bueno, eso es como en todas partes.

—Claro que —continuó Duiker como si no la hubiera oído— algunas culturas tienen una necesidad fundamental de incrementar su base de población. Y eso puede imponer restricciones sobre las mujeres. Hay un índice de desgaste muy alto entre los seguleh. Una sociedad de duelistas, por su propia naturaleza, reduce el índice de supervivencia una vez que se alcanza la edad adulta. Guerreros jóvenes en la flor de la vida, quizá tan letal como una guerra, solo que es una guerra que nunca termina. Con todo, tiene que haber periodos, ciclos quizá, en los que las jóvenes son libres de elegir su camino.

Los ojos de Rapiña se posaron en el cadáver de la mesa mientras Duiker hablaba. Intentó imaginar una sociedad así, en la que, como hembras de bhederin, todas las mujeres se erguían gimiendo cuando les apartaban las colas nada más que el último ternero caía balando al suelo. Era una locura. Era una injusticia.

—Menos mal que hasta las mujeres seguleh llevan máscaras —murmuró.

—Perdón, ¿qué?

La veterana miró al historiador con el ceño fruncido.

—Oculto la rabia.

—Oh, bueno, no sé si las mujeres no guerreras la usan... Nunca se me ocurrió preguntar. Pero veo por dónde vas.

—¿Y ya está? —preguntó ella—. ¿Se matan entre sí tantos guerreros que es necesario exigirles eso a las mujeres?

Duiker la miró y luego volvió a apartar los ojos.

El malnacido está ocultando alguna sospecha.

—No lo sé, Rapiña. Podría ser. Su ferocidad es célebre.

—¿Cuánto tiempo crees que llevan estos ahí abajo? Quiero decir, en el sótano, en esos barriles.

—Los sellos son templarios. Baruk sugiere que el culto persistió, de un modo residual, mucho después de su supuesta extinción.

—¿Décadas? ¿Siglos?

El historiador se encogió de hombros.

—¿Pero qué están haciendo aquí, en Darujhistan, en cualquier caso? Esas islas están en el extremo meridional de este puñetero continente. Hay casi un millar de leguas entre ellos y esta ciudad.

—No lo sé.

Ya, claro. Con un suspiro Rapiña le dio la espalda.

—¿Has visto a Azogue?

—En el bar.

—Típico. Dejándonos sin existencias.

—Tu indecisión lo ha dejado destrozado.

—No me vengas con esas, Duiker —le soltó ella, se fue de la habitación y lo dejó allí con ese maldito cadáver. Parecía una competición para ver cuál era el menos comunicativo, y ella ya estaba harta de tanto agacharse y esquivar. Sin embargo, algo en todo eso le había metido en la cabeza la sospecha de que el contrato que el Gremio había aceptado para acabar con ellos tenía relación, de algún modo, con ese viejo templo y sus espeluznantes secretos. *Busca la conexión, y quizás encuentres al pedazo de mierda que nos quiere mandar al matadero. Encuentra a ese, o esa, para que pueda darle por culo bien profundo.*

Azogue estaba apoyado en la barra, mirando con furia nada en particular, al menos hasta que encontró una víctima perfecta en Rapiña cuando esta se acercó.

—Cuidado, mujer —rezongó—, no ando de humor.

—¿Que no andas de humor para qué?

—Para nada.

—Salvo para una cosa.

—Nada que vayas tú a intentar conmigo, de eso hablo. En cuanto a lo otro, bueno, ya he decidido hacerlo por mi cuenta si no me queda más remedio.

—Bueno —ella se apoyó en la barra a su lado—, ¿y a qué estás esperando?

—A Mezcla. Una vez que vuelva a levantarse, Rapi, tendrá ganas suficientes de llevarles la pelea a ellos. —El veterano se tiró del bigote y después la miró con el ceño fruncido—. Es a ti a quién no entiendo.

—Azogue —dijo Rapiña con un suspiro—, por mucho que esté deseando cargarme a cada maldito asesino de esta ciudad, y después al Maestro del Gremio, ellos no son la fuente del problema. Los contrató alguien, solo que no sabemos quién y no sabemos por qué. Ya hemos pasado por esto. Y volvemos a estar como al principio, de hecho, solo que con dos menos esta vez. —Rapiña se dio cuenta de que estaba temblando y fue incapaz de mantener la mirada fija de Azogue—. ¿Sabes?, resulta que pienso que ojalá estuviera aquí Ganoes Paran; si alguien es capaz de averiguar qué está pasando aquí, ese

es el capitán.

—Señor de la Baraja, sí —gruñó Azogue. Apuró lo que le quedaba en el vaso y se irguió—. Muy bien, pues vamos a la Casa del Finnest... puede que esté allí dentro o no. En cualquier caso, por lo menos hacemos algo.

—¿Y dejamos a Mezcla aquí sola?

—No está sola. Están Duiker y Scillara. Por no mencionar a ese bardo. No va a volver nadie a acabar el trabajo, por lo menos no de día. Podemos volver antes de que caiga la tarde, Rapi.

Ella siguió dudando.

Azogue se acercó más.

—Escucha, no soy tan estúpido, sé lo que se te pasa por la cabeza. Pero quedarnos aquí sentados es quedarnos a esperar a que ellos hagan el próximo movimiento. Ya conoces la doctrina de los marines, cabo. Nuestro trabajo no es reaccionar, nuestro trabajo es golpear primero y que reaccionen ellos. Ya van dos veces que nos golpean, como vuelvan a hacerlo, estamos acabados.

A pesar de los vapores alcohólicos que salían flotando de aquel hombre, en sus ojos azules había una expresión dura y despejada, y Rapiña sabía que tenía razón, y sin embargo... tenía miedo. Y también sabía que su sargento podía verlo, y que le costaba asumirlo... mucho, puesto que miedo no era algo que se esperaba de ella. *Nunca. Dioses, te has hecho vieja, Rapi. Frágil y acobardada.*

Han matado a tus amigos, maldita sea. Han estado a punto de matar a lo que más quieres.

—Dudo que esté allí —dijo ella—. Ya se habría pasado por aquí. Se ha ido a alguna parte, Azogue. Quizá no vuelva nunca, ¿y por qué habría de hacerlo? No sé dónde habrá ido Paran, pero seguro que está ocupado, es de esos. Siempre metido en algún maldito follón.

—De acuerdo —admitió Azogue—. Pero quizás haya alguna forma de, bueno, mandarle un mensaje.

Rapiña enarcó las cejas.

—Esa sí que es una idea. Me alegro de que uno de nosotros esté pensando.

—Sí. ¿Podemos irnos ya, entonces?

Partieron utilizando una puerta lateral. Los dos vestían mantos que ocultaban la armadura y las espadas, las armas sueltas en sus vainas. Azogue también llevaba dos fulleros, cada uno en su propio saco de tela, uno atado a su arma y arnés y el otro metido por el cinturón. Podía soltar de un tirón una de las granadas y lanzarla con el saco igual que si fuera una honda. Era un invento suyo y había practicado con una piedra dentro del saco hasta ganar cierta destreza. Sabía el Embozado que no era ningún zapador, pero estaba aprendiendo.

Nada lo ponía más furioso que perder una pelea. Ciertamente, ellos habían salido del paso, mientras que casi todos los asesinos habían muerto, así que tampoco era una derrota, pero tenía ese sabor. Desde que se retirara, con ese puñado de compañeros malazanos había llegado a sentirse como en familia. No como con un pelotón, puesto que los pelotones existían para luchar, para matar, para librar una guerra, y eso hacía que la estrecha relación que había entre los soldados fuera algo extraña. Manchada de brutalidad, con unos comportamientos extremos que hacían que cada momento de la vida pareciera un maldito milagro. No, esa familia no era así. Todos se habían calmado un poco. Se había relajado, habían dejado muy atrás toda esa asquerosa basura. O eso habían pensado.

Cuando Rapiña y él salieron rumbo a la hacienda de Coll y la espantosa casa que había tras sus terrenos, Azogue intentó recordar aquellos tiempos en los que no tenía nada que ver con esa clase de vida, cuando era un mocoso escuálido y patiestevado de Falar. Por extraño que fuera, la imagen mental que tenía de su cara de diez años conservaba el maldito bigote, y eso que estaba seguro que por aquel

entonces aún no le había crecido, pero los recuerdos eran cosas enrevesadas. Poco fiables, puede que incluso solo fueran mentiras. Una dispersión de imágenes hilvanadas por alguna historia inventada, de modo que lo que había sido en realidad un momento tan caótico como el actual, tomaba, de repente, el aspecto una narración, un relato.

La mente del presente estaba siempre ansiosa por narrar su propio pasado, cada una historiadora de sí misma, *¿y desde cuándo eran fiables los historiadores? Sí, mira a Duiker. Hiló un cuento muy fino, el de Coltaine y la Cadena de Perros. Desgarrador, claro que esos siempre fueron los mejores cuentos, son los que hacen sentir, cuando buena parte del arte de vivir consiste en tratar de sentir nada. ¿Pero había algo real? Sí, a Coltaine lo mataron de verdad. El ejército fue destruido, tal como lo contó. Pero ¿qué hay del resto? ¿Todos esos detalles?*

No hay forma de saberlo. Y, al final, tampoco es que importe mucho, ¿verdad?

Igual que nuestros propios cuentos. Quiénes éramos, lo que hicimos. La narración sigue, hasta que para. De repente, como un aliento contenido que nunca se exhala.

Fin de la historia.

El niño del bigote lo estaba mirando, ahí, en su cabeza. Ceño fruncido, suspicaz, quizás incluso incrédulo. «¿Crees que me conoces? De eso nada. No sabes nada y lo que crees que recuerdas no tiene nada que ver conmigo. Con lo que pienso. Con lo que siento. Estás más lejos que mi propio pa, ese tirano miserable y amargado al que ninguno de los dos pudimos entender jamás, ni tú, ni yo, ni siquiera él. Quizás él no sea nosotros, pero tampoco es él.»

«Viejo, estás tan perdido como yo y no creas que lo tuyo es diferente. Perdido en la vida... hasta que la muerte te encuentre.»

Bueno, por eso solía evitar pensar en su pasado. Mejor no tocarlo, dejarlo escondido, encerrado en un baúl y tirarlo por la borda para que se hundiera en las profundidades. El problema era que iba a necesitar sacar algunas cosas de allá abajo. Para empezar, tenía que pensar como un soldado. Encontrar ese aire peligroso de nuevo, mirarlo todo sin contemplaciones. La ausencia de dudas.

Los galones de cerveza tampoco estaban ayudando. Solo alimentaban su abatimiento, la sensación de ser muy viejo, demasiado viejo para todo.

—Dioses del inframundo, Azogue, te oigo rechinar los dientes desde aquí. Sea lo que sea, debe de saber fatal.

La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Esperas que baje dando saltitos por esta maldita calle? Estamos metidos en el lío más gordo de nuestra vida, Rapi.

—Los hemos visto peores...

—No. Porque cuando los hemos visto peores estábamos preparaos. Estábamos preparaos pa lidiar con ello. Agarrarlo por la garganta y asfixiarlo. —Hizo una pausa y escupió en los adoquines antes de añadir —: Estoy empezando a darme cuenta de lo que significa en realidad «retirarse». Todo eso que dejamos ahora estamos escarbando para recuperarlo, pero ya no está a nuestro alcance. Está fuera de nuestro maldito alcance.

Rapiña no dijo nada, y Azogue comprendió que la veterana sabía que él tenía razón; que sentía lo mismo.

Escaso consuelo, esa compañía.

Llegaron a la hacienda de Coll y dieron la vuelta para llegar al muro trasero. El trayecto desde el Bar de K'rul hasta allí ya estaba borroso en la mente de Azogue, tan carente de importancia que al momento dejó de tener valor. No se había fijado en una sola figura entre las multitudes que pululaban por las calles. ¿Habían ido tras su pista? ¿Los habían seguido? Seguramente.

—Por el aliento del Embozado, Rapi, ni siquiera me puse a comprobar si nos viene siguiendo un chucho de caza. ¿Ves de lo que hablo?

—Hemos traído —respondió ella—. Llevamos dos. Simple escoria, no son asesinos de verdad, solo sus chuchos, como tú los llamas. Mantienen la distancia, seguro que les advirtieron sobre nosotros. Dudo que nos sigan al bosque.

—No —asintió Azogue—. Se olerían una emboscada.

—Exacto, así que olvídate de ellos.

Rapiña avanzó la primera hacia la desbordada espesura que había tras la finca. El suelo accidentado del bosque estaba bordeado de basura esparcida, pero iba a menos a medida que se adentraban en el soto lleno de maleza y sombras. Era obvio que eran pocos los que querían poner los ojos en esa Casa del Finnest, sentir el escalofrío de que aquello les devolviera la mirada. La atención de algo tan espeluznante como ese edificio oscuro no era una atención que nadie desease.

Treinta desiguales zancadas más y se encontraron con las paredes negras, mitad piedra mitad madera, la fachada arrugada, llena de marcas, las contraventanas apelmazadas como mimbre podrido, nada de luz filtrándose por ninguna parte. Unas enredaderas serpenteaban a los lados, extendiéndose por el terreno encorvado del patio rodeado de un muro bajo. Los pocos árboles que había en ese patio estaban retorcidos y sin hojas, las raíces, desnudas como huesos.

—Más bultos que la última vez que estuve aquí —comentó Rapiña cuando se encaminaron a la verja.

—Nunca faltan idiotas que intentan meterse dentro —rezongó Azogue—. Pensando que van a encontrar un tesoro...

—Atajos secretos al poder —añadió ella—. Objetos mágicos y demás sandeces.

—Y lo único que consiguieron fue irse a la tumba antes de tiempo. —Azogue vaciló ante la verja y miró a Rapiña—. A ver si terminamos nosotros igual.

—No te apartes del sendero, ese es el truco. Sígueme.

Azogue ajustó su paso al de la veterana cuando esta echó a andar por la estrecha y sinuosa pista de torcidos adoquines. Le pisó los talones de tal modo que tropezó con ella y estuvo a punto de hacerla caer. Rapiña le lanzó una mirada asesina por encima del hombro antes de continuar.

La absoluta falta de contratiempos tenía a Azogue con los nervios de punta para cuando llegaron a la puerta. Observó a Rapiña levantar una mano enguantada, cerrar el puño, dudar y luego aporrear con fuerza la madera negra. El estruendo reverberó como si aguardara un abismo al otro lado.

Esperaron. Allí parados, todos los sonidos de la ciudad que había más allá de ese bosque se habían desvanecido, como si el mundo normal hubiera dejado de existir, o, quizá, la prisa incesante de la vida de allí fuera no tuviera relevancia alguna ante lo que se cernía delante de ellos, esa grotesca intrusión de otro reino.

Una docena de latidos. Rapiña hizo amago de golpear una vez más la puerta.

El sonido metálico de un cerrojo resonó con un ruido sordo a través de la gruesa madera y un momento después se abrió la puerta con un crujido.

Paran había hablado del espectro que residía en la Casa del Finnest, la criatura maldita que en otro tiempo había sido jaghut, pero esa era la primera vez que Azogue lo veía. Alto (dioses, cómo odiaba los bichos altos), demacrado, pero con huesos grandes, vestido con una larga y raída cota de malla negra. La cabeza expuesta de la que le colgaba un cabello largo y ralo, descolorido; allí donde el cuero cabelludo quedaba visible había tortuosas cicatrices y en una parte algo había perforado el cráneo y dentro del agujero irregular que había quedado no se veía más que oscuridad, como si el cerebro de la aparición se hubiera marchitado sin más. Colmillos en un rostro destrozado, los ojos hundidos en las sombras. En general, a Azogue no le inspiraba demasiada confianza aquel funesto encuentro, no sentía que fuera a

proceder de una forma demasiado razonable.

—Lord Raest —dijo Rapiña con una inclinación—. Soy amiga de Ganoes Paran. Si lo recuerda, nos conocimos...

—Sé quién eres, cabo Rapiña —respondió el espectro con una voz profunda y resonante.

—Este es el sargento Azogue...

—¿Qué queréis?

—Necesitamos encontrar a Ganoes Paran...

—No está aquí.

—Necesitamos hacerle llegar un mensaje.

—¿Por qué?

Rapiña miró a Azogue y luego otra vez a Raest.

—Bueno, es una historia complicada... ¿podemos entrar?

Los ojos muertos de Raest le sostuvieron la mirada a los de la veterana durante un buen rato.

—¿Acaso esperáis que os sirva también un refrigerio? —preguntó luego.

—Eh, no, eso no será necesario, Raest.

El jaghut retrocedió un poco.

Rapiña lo rodeó con cautela y se detuvo a los pocos pasos. Azogue se colocó detrás de ella. Estaban en una entrada abovedada, piedra negra bajo los pies. Enfrente de la puerta de la calle había dos puertas y un pasillo estrecho que giraba a derecha e izquierda. El aire era seco y cálido, olía a tierra removida, lo que le recordó a Azogue a la bodega del Bar de K'rul.

—¿Qué?, ¿cavando tumbas? —preguntó, y luego se maldijo mientras intentaba hacer caso omiso de la mirada furiosa de Rapiña.

Raest cerró la puerta y los miró.

—¿Qué tipo de refrigerio esperabas, sargento Azogue? Me temo que no tengo nada enterrado dentro de la casa. Pero si quieres...

—No, no te molestes —se apresuró a decir Rapiña.

Azogue solo pudo asentir con la cabeza. Se le había secado la boca y tenía la lengua como un trozo de cuero pegado al paladar. Y necesitaba vaciar la vejiga, pero la idea de pedir indicaciones para ir al baño de pronto le pareció que era como exigirle al jaghut que entregara todo su dinero o, si no, ya vería.

Raest los estudió en silencio un momento más.

—Seguidme, si no queda más remedio —dijo después.

Los pies enfundados en mocasines del espectro raspaban el suelo. Entre un frufú de tela y crujidos de cota de malla, Raest se dirigió a las puertas dobles y las abrió de un empujón.

En el interior había una estancia principal con chimenea de piedra justo al fondo en la que destellaban unas acogedoras llamas; a ambos lados, dos sillones bajos de respaldo alto, colocados sobre una gruesa alfombra tejida que lucía unos patrones arcanos, geométricos, apenas visibles en la penumbra general. Unos grandes tapices cubrían los muros a ambos lados, uno de claro origen malazano, muy probablemente untano, dado su contenido (un anticuado acontecimiento en la corte, su significado perdido mucho tiempo atrás, pero sin duda relevante para la Casa Paran); el otro era local y representaba una escena de la Noche de la Luna, cuando Engendro de Luna había llegado a rozar los edificios más altos de la ciudad; cuando hubo dragones combatiendo en el cielo nocturno y el propio Raest había intentado lanzar un ataque contra Darujhistan. La imagen se concentraba en los dragones, uno negro con crines plateadas, el otro de un color marrón o bronce apagado. Las mandíbulas y las garras estaban enzarzadas, luchando en pleno aire; en el fondo, la base de Engendro de Luna y las siluetas de tejados y agujas, todo ribeteado por un intrincado patrón de Grandes Cuervos en pleno vuelo.

—No está mal —murmuró Rapiña mientras echaba un vistazo a la obra.

Azogue gruñó algo, no era de los que reflexionase mucho sobre arte, más allá de identificar la escena que se daba la casualidad que representaba. En su opinión no podía imaginar un talento más inútil, y agradecía a los dioses que jamás lo hubieran maldecido con semejante miseria creativa. La mayor parte de los recuerdos que tenía de los grandes acontecimientos que había presenciado empleaban figuras de palitos, y con eso a él le bastaba. Tampoco se le ocurrió que eso fuera inusual.

Raest les señaló los dos sillones.

—Sentaos —dijo, el tono solo se parecía de forma vaga a una invitación. Cuando ambos lo hicieron, los dos girando los sillones para mirar al jaghut, este dijo—: Explicadme, si hacéis el favor, cómo pensáis enviar un mensaje a Ganoes Paran.

—No tenemos ni idea —dijo Rapiña con una sonrisa inquieta—. Esperábamos que tuvieras alguna sugerencia.

—Sugerencias tengo muchas —respondió Raest—, ninguna de las cuales es relevante para vuestra solicitud.

Azogue entrecerró poco a poco los ojos, pero no dijo nada.

Rapiña abrió la boca unas cuantas veces, lo que fue interrumpiendo una sucesión de posibles respuestas; las repetidas bocanadas le recordaron a Azogue a un pez recién pescado en la cubierta del barco de su pa. *A menos que acabe de inventármelo. Todo mentira, quizá. Quizá vi un pez en otra cubierta. ¿Cómo puedo estar seguro? ¿Cómo...?*

—Se me ocurre una posibilidad —dijo Raest—. Requeriría, sospecho, que uno de los dos seáis hábiles con la Baraja de Dragones. O que poseáis el potencial para ello.

—Entiendo —dijo Rapiña—. Bueno, yo he tenido algún que otro roce con la Baraja.

—¿Limpias Barajas?

—¿Qué? Ah, no, no ese tipo de roce. Quiero decir que las he tenido en las manos unas cuantas veces.

—¿Y ese contacto dejó algún daño, cabo Rapiña?

—¿Daño, cómo?

—¿Quizás estás ahora perturbada?

Rapiña se irguió en el sillón.

—Un momento, ¿cómo Embozado iba a saber yo si estoy perturbada o no?

—Exacto —dijo Raest, y esperó.

La mirada de Azogue se clavó una vez más en el jaghut.

—Rapi —rezongó al fin.

La veterana giró la cara hacia él, exasperada.

—¿Qué pasa ahora, Azogue?

—Este capullo se está quedando con nosotros.

A Rapiña se le saltaron los ojos por un momento y luego miró una vez más al jaghut.

Que se encogió de hombros.

—Uno ha de divertirse en ocasiones. Es tan raro tener compañía estos días.

—Así que cuando la tienes —soltó Azogue en tono irritado—, ¿la tratas como basura? ¿Crees que podría haber una conexión entre las dos cosas, espectro viejuno?

—¿Como basura? No me lo parece. Más bien... con un amigable desdén.

—Tienes unas cuantas cosas que aprender sobre las personas, jaghut.

—Sin lugar a dudas, sargento Azogue. Por desgracia, soy bastante reacio a hacer esfuerzo alguno en lo que a eso respecta.

—¿Sí? ¿Y respecto a qué haces tú esfuerzos?

—Cuando lo descubra, te lo haré saber, si resulta de algún interés... para mí o, claro está, para ti. Entretanto, no tengo ni idea de si es posible comunicarse con Ganoes Paran. Quizá, si me informáis de vuestra crisis actual, podría ayudaros de algún modo que no suponga actos precipitados y desesperados que, en último caso, pudieran representar una inconveniencia para mí.

—El Embozado nos libre de semejante cosa —gruñó con desdén Azogue.

—El Embozado no libra de casi nada —comentó Raest.

—No me parece que le gusten mucho estas Casas de Azath —dijo Rapiña, que se había recuperado de la conmoción, la irritación y, quizá, la indignación—. Todo eso de atrapar almas y cosas como tú, Raest.

—Dudo que el Embozado me tenga en muy alta estima —respondió el jaghut no muerto.

A Azogue se le escapó una ronca carcajada.

—De acuerdo, por fin estoy empezando a desentrañar tu sentido del humor. ¡Y yo que pensaba que los marines malazanos eran sardónicos, por el Abismo del inframundo! Muy bien, Raest, vamos a jugar de verdad. Si puedes ayudarnos con nuestro problema, nosotros haremos algo por ti. Si está dentro de nuestras posibilidades, claro, así que nada de «me sacáis de aquí» ni nada por el estilo. Pero, ya sabes, otras cosas.

—Sí que tengo una modesta solicitud. Muy bien, acepto el compromiso recíproco.

Azogue le sonrió a Rapiña y luego se dirigió a Raest.

—Verás. Alguien ha puesto un contrato en el mercado para que nos maten. No sabemos por qué. Estamos pensando que quizá Paran pueda descifrar quién y qué es lo que lo tiene tan ofendido.

El jaghut se lo quedó mirando.

Rapiña se aclaró la garganta.

—Causas posibles. Una, somos malazanos. Veteranos. Nos hemos ganado más de uno y de dos enemigos en este continente. Dos, somos dueños del Bar de K'rul, que antes era el Campanario de K'rul, que antes era el Templo de K'rul. En la bodega acabamos de encontrar a doce seguleh en conserva, quizá con siglos de antigüedad, pero parecen frescos. Puesto que están, en fin, en conserva, encurtidos. —Hizo una pausa, cogió aliento y continuó—. Tres, bueno, no tengo tres todavía. Tal como yo lo veo, tiene que ver con K'rul, quizás haya devotos del culto que quieren recuperar el templo. Quizás alguien mandó un pedido de seguleh encurtidos y quiere que se los lleven.

Azogue la miró fijamente.

—¿Que alguien hizo qué? Rapi, esa es la idea más estúpida que he oído jamás.

—No te lo discuto —respondió ella—, solo que estoy desesperada, y, además, tengo la corazonada de que esos seguleh son parte del problema.

Azogue miró a Raest.

—Pues ahí lo tienes. ¿Tienes alguna sugerencia o te vas a quedar ahí parado para siempre?

—Pues sí —replicó Raest—, pero ese detalle no es relevante. En cuanto a sugerencias, yo sugiero que maten a todos los asesinos de la ciudad.

—Y luego el que nos quiera muertos que empiece a contratar a matones —dijo Rapiña.

—Matar a todos los matones.

Azogue se dio unos tirones al bigote.

—Na, no es práctico. Solo quedamos tres, llevaría años.

—Raptad al Maestro del Gremio y torturadlo, sea hombre o mujer, para que os revele el nombre del cliente. Luego matad al cliente.

—Matar al cliente tiene más sentido para nosotros —dijo Rapiña con un asentimiento—. Eso del rapto no suena muy factible, tendríamos que abrirnos paso a cuchilladas entre unos cuantos cientos de asesinos. Además, no sabemos dónde está el escondite del Maestro del Gremio. Podríamos capturar y torturar a un

asesino para averiguarlo, pero es muy probable que operen en células, lo que significa que el que capturemos quizá no sepa nada. El caso es que no sabemos quién es el cliente. Tenemos que averiguarlo.

—Las sospechas de que quizás el Templo de K’rul juegue un papel fundamental en este asunto quizá sea acertada —dijo Raest—. Definir los detalles, en cambio, se lograría con más acierto consiguiendo la ayuda del señor de la Baraja.

—¡Que era lo que queríamos desde el primer momento! —gritó Azogue.

—Extraordinario, ¿verdad?

Azogue levantó la cabeza, miró con furia al desquiciante espectro y se guardó para sí unas cuantas réplicas que podrían resultar poco oportunas. Respiró hondo para tranquilizarse y luego habló en tono bajo, agradable.

—Bueno, veamos si podemos mandarle un recado, ¿te parece?

—Seguidme —dijo Raest.

Regresaron al pasillo, giraron a la derecha, cinco zancadas hasta una puerta estrecha a la izquierda que conducía a la redonda y achaparrada torre, luego subieron por la escalera de caracol y llegaron al nivel superior, que era una estancia circular con paredes pintadas con la representaciones a gran escala de las cartas de la Baraja de los Dragones. Algo distorsionaba la perspectiva en esa cámara y Rapiña estuvo a punto de tropezar.

—Dioses del inframundo —murmuró Azogue—. Este lugar está lleno de magia, me revuelve el estómago.

Las imágenes giraban, se desdibujaban, se mutaban en fluctuantes ondas que cruzaban desde cada dirección imaginable, un choque de convergencias que invitaban al vértigo allá donde se volviera la mirada. Rapiña se encontró jadeando. Apretó mucho los ojos y oyó que Azogue maldecía y retrocedía para salir de la estancia.

La voz seca de Raest entró flotando apenas en su cabeza.

—El flujo se ha incrementado. Parece que hay algún tipo de... deterioro. Sin embargo, cabo Rapiña, si enfocas tu mente y te concentras en Ganoes Paran, la eficacia de tu voluntad puede que baste para anclar la carta del propio señor, lo que quizá capte su atención. A menos, por supuesto, que esté ocupado en otra cosa. En el caso de que tu fuerza de voluntad no estuviera a la altura de esta tarea, me temo que cuanto quede de tu cordura te será arrancado. El caos hará jirones tu mente y te dejará convertida en unos restos babeantes. —Tras un momento añadió—: Un estado que quizá no sea deseable. Por supuesto, si eso sucediera, no te importará de un modo u otro, lo que quizá sea una bendición.

—Bueno —respondió Rapiña—, cuánto me alegro de saberlo. Dame un momento, ¿quieres?

Sacó de su recuerdo el no del todo desagradable rostro del capitán e intentó fijarlo en su imaginación. *Ganoes Paran, presta atención. Capitán, allá donde estés. Soy la cabo Rapiña, en Darujhistan. Ganoes, necesito hablar contigo.*

Lo vio entonces, enmarcado como lo estaría una carta en la Baraja de los Dragones. Vio que vestía un uniforme, el del soldado malazano que había sido en otro tiempo, ¿era su recuerdo, que lo conjuraba como lo había visto la última vez? Pero no, parecía mayor. Tenía un aspecto apaleado y estaba manchado de polvo. En el chaleco de cuero raído se veían salpicaduras de sangre seca. La escena que tenía detrás era de humo y ruinas, los restos reventados de granjas ondulantes, extensiones definidas por muros bajos de piedra, pero nada verde a la vista. Le pareció ver cuerpos en esa tierra muerta.

La mirada de Paran pareció aguzarse sobre ella. Rapiña vio que movía la boca, pero no alcanzó a oír nada.

¡Ganoes! Capitán... escucha, solo vuelve a concentrarte en mí.

—... no es el momento, cabo. Nos hemos metido en un lío. Pero escucha, si puedes hacerles llegar el mensaje, inténtalo. Adviérteles, Rapiña. Adviérteles que no vengan.

Capitán, alguien va a por el templo, el Templo de K'rul. Alguien está intentando matarnos...

—... jhistan puede cuidarse sola, Rapi. Baruk sabe qué hacer, confía en él. Tienes que averiguar quién lo quiere. Habla con Kruppe. Habla con la Anguila. Pero escucha... transmite mi advertencia, por favor.

¿Transmitírsela a quién? ¿De quién está hablando, capitán? ¿Y qué era eso de Kruppe?

La imagen se hizo trizas ante sus ojos y ella sintió que algo parecido a unas garras le desgarraban la mente. Chilló e intentó retroceder, apartarse. Las garras se hundieron más, y de golpe Rapiña se dio cuenta de que había intención, había malicia. Había llegado algo, y la quería a ella.

Chilló y se sintió arrastrada hacia delante y metida en un torbellino de locura, en las fauces de algo inmenso y hambriento, algo que buscaba alimentarse de ella. Durante mucho, mucho tiempo, hasta que su alma hubiera desaparecido, devorada, hasta que no quedase nada de ella.

Presión y oscuridad por todos lados, entrando en ella y desgarrándola. No podía moverse.

En medio de aquel caos salvaje, sintió y oyó la llegada de una tercera presencia, una fuerza que surgía como una bestia hasta detenerse cerca de ella; percibió una atención repentina, una mirada fría y una voz que murmuraba muy cerca: «Aquí no. Ahora no. Hubo torques una vez, los que llevabas. Hubo una deuda, todavía pendiente. Ahora no. Aquí no.»

La bestia se abalanzó.

Fuera lo que fuese lo que había agarrado a Rapiña, lo que se estaba alimentando de ella, rugió de repente de dolor, de furia, y las garras se soltaron y arremetieron contra su nuevo atacante.

Gruñidos, el aire temblando con un trueno cuando chocaron dos leviatanes.

Empequeñecida, olvidada, diminuta como una hormiga, Rapiña se alejó a rastras, se le iba escapando la vida en un rastro carmesí. Estaba llorando, temblando tras todo lo que había tomado de ella aquella criatura. Una criatura que había sido tan... intratable, tan horrible e... indiferente. Indiferente a quien era ella, al derecho que tenía a su propia vida. *Mi alma... mi alma era... comida. Eso es todo. Por el Abismo del inframundo...*

Tenía que buscar una forma de salir. A su alrededor el caos se arremolinaba y se estremecía mientras las grandes fuerzas continuaban luchando, allí, tras ella. Rapiña necesitaba contarle a Azogue cosas, cosas importantes. Kruppe. Baruk. Y quizás el detalle más importante de todos. Cuando habían entrado en la Casa, ella había visto que los dos cuerpos que estaban tirados en el suelo durante su última visita habían desaparecido. *No estaban. Dos asesinos, dijo Paran.*

Y uno de los dos era Vorcan.

Vorcan está en la ciudad. Está ahí fuera, Azogue...

¡Concéntrate! La habitación. En la torre... encuentra la habitación...

Seguía reptando, sollozando.

Perdida.

Azogue soltó una docena de maldiciones cuando Raest arrastró el cuerpo inconsciente de Rapiña hasta el rellano.

—¿Qué le hiciste?

—Por desgracia —dijo el jaghut, que retrocedió cuando Azogue cayó de rodillas junto a la mujer—, mis advertencias sobre el riesgo no fueron suficientes.

Cuando Azogue puso la mano en la frente de Rapiña, siseó y la apartó de golpe.

—¡Está congelada!

—Pero su corazón se esfuerza por latir —dijo Raest.

—¿Volverá? ¡Raest, maldito espectro! ¿Volverá?

—No lo sé. Habló, durante un rato, antes de que la situación... cambiara. Es de suponer que estaba hablando con Ganoes Paran.

—¿Qué dijo?

—Sobre todo, hizo preguntas. Fui capaz, sin embargo, de extraer un único nombre, Kruppe.

Azogue enseñó los dientes. Volvió a ponerle la mano en la frente a su compañera. ¿Un poco más caliente? Quizá, o ya se lo esperaba y por eso el sobresalto fue menor. Difícil de decir.

—Ayúdame a bajarla —dijo.

—Por supuesto. Y ahora, a cambio de mi ayuda, te contaré lo que requiero.

Azogue alzó la cabeza y miró con furia al jaghut.

—No hablarás en serio.

—Esta vez, sí, sargento Azogue. Deseo tener un gato.

Un gato.

—¿Para comértelo?

—No, como mascota. Tendrá que ser un gato muerto, por supuesto. Bien, permite que la agarre de las piernas mientras tú la agarras de los brazos. Quizás un rato junto a la chimenea la reviva.

—¿Tú crees?

—No.

Había sido todo idea suya, y mira lo que había pasado.

—Rapiña —susurró—, lo siento, lo siento mucho.

—Uno blanco —dijo Raest.

—¿Qué?

—Un gato blanco. Un gato blanco muerto, sargento.

Oh, sí, Raest. Uno relleno hasta arriba de malditos. Eh, toma, malnacido.

Mierda, ahora solo somos dos. Solo dos...

—Nunca regatees con los muertos. Quieren lo que tú tienes y te darán lo que tienen para conseguirlo. Tu vida por su muerte. Puesto que están muertos, claro, la vida a la que consiguen aferrarse termina deslizándose entre sus huesudos dedos. Así que perdéis los dos.

—Muy generoso por tu parte, Insinuador —dijo Baruk—. De hecho, no recuerdo que fueras tan locuaz la última vez que hablamos.

La aparición se encontraba en el umbral de la puerta de la torre.

—La lucha a la que me enfrento es entre mi deseo de rodearte la garganta con mis fantasmales dedos, alquimista supremo, y hacerle un favor a esta bella ciudad. También he de hacer notar que el regreso del Tirano supondría el fin de la limitada libertad que poseo, pues me vería esclavizado de inmediato. Y así, el interés propio y el altruismo se convierten en extraños aliados, pero suficiente para vencer mis naturales impulsos homicidas.

—El debate no viene al caso —respondió Baruk, que entrelazó los dedos y apoyó las manos en el estómago—, puesto que no tengo intención de ponerme al alcance de tu presa letal. No, me quedaré aquí, en el patio.

—Casi mejor —respondió Insinuador—. Hace siglos que no quito el polvo.

—Hay fuerzas en la ciudad —dijo Baruk tras un momento—, fuerzas formidables, impredecibles. La amenaza...

—Ya basta —interpuso Insinuador—. Sabes de sobra por qué está en la ciudad la mayor parte de esas entidades, puesto que fuiste tú quien las invitaste, alquimista supremo. Y en cuanto a los otros que vienen de camino, bueno, pocos de ellos te sorprenderán demasiado. Son... necesarios. Así que ya está bien de tanto disimulo.

—No todo lo que se acerca es obra mía —contestó Baruk—. ¿Eras consciente de que tanto lady Envidia como la hermana Rencor están aquí ahora mismo? A las hijas de Draconus no se las invitó, o por lo menos yo no. Una ya es un problema, pero las dos... —Negó con la cabeza—. Temo que dejen la ciudad entera convertida en un humeante montón de cenizas a poco que puedan.

—Entonces haz algo para asegurarte de que no ocurra —dijo Insinuador en tono despreocupado.

—¿Alguna sugerencia?

—Ninguna en absoluto.

—¿Te ha visitado alguna de las dos?

—Fuerzas demasiado mi altruismo, alquimista supremo. Está bien, claro que lady Envidia ha venido de visita, más de una vez.

—¿Sabe que está aquí su hermana?

—Es probable.

—¿Qué quiere Envidia, Insinuador?

—Lo que siempre ha querido, alquimista supremo.

Baruk siseó por lo bajo y apartó los ojos.

—Pues se va a quedar sin ello.

—Entonces te sugiero que le hagas una visita a su hermana. Reside a bordo...

—Sé dónde está, gracias. Bien, ¿has oído hablar de ese autoproclamado sacerdote supremo del dios Tullido que se ha metido a vivir en un templo abandonado de Fener? ¿Y que lidera una congregación que crece día a día?

—No, no he oído nada. Pero ¿te sorprende?

—El dios Caído es una complicación de lo más inoportuna.

—El legado de enredar con cosas que no se comprenden del todo; por supuesto, todos esos precipitados hechiceros pagaron con sus vidas, lo que les impidió a todos los demás someterlos al tipo de castigo que se merecían de veras. Esas cosas son muy frustrantes, ¿no te parece?

La mirada de Baruk se entrecerró y se clavó en el fantasma de la puerta.

Tras un momento, Insinuador agitó una mano etérea.

—Tantos... legados.

—Comprendo, nigromante. Como ves, sin embargo, no soy de los que esquivan las responsabilidades.

—Cierto, de otro modo te habrías puesto a mi alcance hace mucho tiempo. O, bueno, habrías elegido una forma más sutil de huir, como hicieron tus... compañeros magos de la Cábala la noche que Vorcan recorrió las sombras...

Baruk se quedó mirando y luego suspiró.

—Siempre me extrañó la repentina incompetencia mostrada por mis compañeros esa noche. Cierto, las habilidades de Vorcan eran... son... impresionantes. —Se quedó callado por un instante. Y pensó en ciertas cosas—. Insinuador, ¿te ha visitado Vorcan?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

Baruk tuvo un escalofrío repentino.

—No hizo ningún esfuerzo por... debatir nada conmigo esa noche.

—Quizá sabía cómo ibas a responder.

—Como lo habría sabido también con Derudan.

—Sin duda.

—Pero los otros...

Insinuador no dijo nada.

Baruk sintió náuseas. Las cosas se habían complicado demasiado en esa ciudad. Sí, sabía que estaban caminando por un puente muy estrecho, con un abismo enorme por debajo que susurraba dulces invitaciones de rendición. Pero parecía que el otro extremo era cada día más pequeño, se iba estirando cada vez más hasta casi perderse en las brumas. Y cada paso que daba él parecía más tenue que el anterior, como si en cualquier momento el tramo que tenía bajo sus pies fuera a deshacerse sin más, a convertirse en polvo.

Entendía a esos otros de la Cábala y la huida repentina, perfecta, que representaba Vorcan. Y recordó esa promesa rotunda en sus ojos, esa noche mucho tiempo atrás; todavía lo perseguía, la facilidad de su traición, como si el contrato ofrecido por el Imperio de Malaz solo le proporcionara una excusa para hacer algo que siempre había querido hacer: asesinar a todos los demás magos de la Cábala.

Baruk podría preguntarle por qué, pero Vorcan era una mujer que no hablaba mucho. Ella no le debía nada y eso no había cambiado.

—Será mejor que te vayas ya —dijo Insinuador, interrumpiendo sus pensamientos.

Baruk parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque tu silencio me aburre, alquimista supremo.

—Mis disculpas, Insinuador —respondió Baruk—. Una última cosa y me iré sin falta. El riesgo de que te esclavicen es muy real, y no depende del regreso del Tirano; después de todo, ahora mismo hay agentes en la ciudad que están trabajando para conseguir esa malhadada resurrección. Podrían decidir...

—¿E imaginas que lo conseguirían, alquimista supremo?

—Es una posibilidad, Insinuador.

El fantasma se quedó callado un rato.

—¿Tu solución? —dijo luego.

—Me gustaría poner a uno de mis centinelas en tu torre, Insinuador. Para dar la alarma si se intentara algo contra ti.

—¿Te ofreces para interceder por mí, alquimista supremo?

—Sí.

—Acepto, con la condición de que no me ponga en deuda contigo.

—Por supuesto.

—Prefieres que yo me mantenga... neutral, y lo entiendo. Mejor eso que yo como enemigo.

—En otro tiempo fuiste un hechicero formidable.

—Bobadas. Era pasable, y con descuidos letales. Con todo, ninguno de los dos querría que yo sirviera a una causa tan miserable. Envía a tu centinela, pues, pero dime su nombre, no vaya a ser que invite a entrar al sirviente que no es.

—Chillbais.

—Oh —dijo Insinuador—, él.

Mientras regresaba a su hacienda, Baruk recordó el único encuentro que había tenido con Vorcan, solo unas pocas noches después de que despertara. Había entrado en la cámara con su habitual elegancia

felina. Las heridas que había sufrido hacía mucho tiempo se habían curado y había encontrado un nuevo atuendo, suelto y elegante, que parecía desentonar con la profesión que había elegido.

Él se encontraba de pie junto a la chimenea y le había dedicado una pequeña reverencia para ocultar un temblor repentino que le había recorrido los nervios.

—Vorcan.

—No me voy a disculpar —dijo ella.

—No te lo he pedido.

—Tenemos un problema, Baruk —le advirtió Vorcan mientras se acercaba a servirse un poco de vino y luego lo miraba una vez más—. No es una cuestión de intentar prevenirlo, no podemos detener lo que viene. La cuestión es cómo nos vamos a posicionar para ese momento.

—Quieres decir para garantizar nuestra supervivencia.

Una leve sonrisa cuando lo miró.

—La supervivencia no se cuestiona. Hacemos falta los tres que quedamos en la Cábala. Como fuimos una vez, como volveremos a ser. Estoy hablando más bien de nuestro, digamos, nivel de comodidad.

A Baruk lo invadió la ira.

—¿Comodidad? ¿De qué sirve eso cuando hemos dejado de ser libres?

Vorcan lanzó un bufido.

—La libertad es la reivindicación más vociferante de los indolentes. Y afrontémoslo, Baruk, somos indolentes. Y ahora, de pronto, nos enfrentamos al fin de eso. ¡Qué tragedia! —Su mirada se endureció—. Tengo intención de permanecer en mi privilegiada hacienda...

—¿Como Señora del Gremio de Asesinos? Vorcan, no habrá necesidad de tener ese gremio, no habrá sitio para él.

—Olvida el Gremio. No me interesa el Gremio. Cumplía una función en la ciudad, era un mecanismo burocrático. Sus días están llegando a su fin.

—¿Por eso mandaste fuera de la ciudad a tu hija?

Un destello de verdadera irritación en los ojos de la mujer, que apartó la mirada.

—Mis razones no han de preocuparte en lo que a eso respecta, alquimista supremo. —Y su tono añadió, *y no es asunto tuyo, anciano.*

—¿Qué papel, entonces —preguntó Baruk—, prevés que tendrás en esta nueva Darujhistan?

—Un papel tranquilo —respondió ella.

Sí, tranquilo como una víbora en la hierba.

—Hasta el momento, imagino, en que veas una oportunidad.

Vorcan se terminó el vino y dejó la copa.

—Nos entendemos, entonces.

—Sí —dijo él—. Supongo que sí.

—Por favor, informa a Derudan.

—Lo haré.

Y se fue.

El recuerdo dejó mal sabor de boca a Baruk. ¿Era Vorcan consciente de las otras convergencias que se cernían sobre Darujhistan? ¿Le importaba siquiera? Bueno, ella no era la única que podía ser esquiva. Una cosa que él había aprendido de esa noche de muerte años atrás: Vorcan había adivinado de algún modo lo que iba a ocurrir. Incluso por aquel entonces había dado comienzo a sus preparativos... Todo para garantizar su propio «nivel de comodidad». Había sacado a su hija de la ciudad, se había apartado del Gremio. *Y había llevado su versión de la misericordia a otros miembros de la Cábala. Y si se hubiera salido con la suya, en este momento sería la única que quedaría con vida.*

Piénsalo bien, Baruk, a la luz de sus intenciones confesadas. De su deseo de posicionarse.

¿Podría intentarlo otra vez?

Se dio cuenta que ya no estaba seguro de que no fuera a hacerlo.

Este es el momento de los espejos, y seguro que eso ya ha quedado claro a estas alturas. Pulidos, con las más leves ondulaciones para retorcer el reflejo, para hacer que lo que uno mira sea a un tiempo conocido y esté sutilmente alterado. Ojos cerrados, el desplegarse del reconocimiento, el florecer de un horror quedo. Lo que ahora te contempla no se burla, niega el guiño convincente y te llevaría de su mano seca y fresca por el frío suelo arcilloso del alma.

La gente llorará. Por los muertos, por los vivos. Por la pérdida de la inocencia y por la entrega de la inocencia, que son dos cosas por completo distintas. Lloraremos, por las decisiones que hemos tomado y por las que no, por los errores del corazón que nunca se pueden deshacer, por las sajas terminaciones nerviosas de las cicatrices viejas y las que vendrán.

Un hombre de cabello gris atraviesa el distrito de las Haciendas. No es necesaria una descripción más detallada. La sangre de sus manos solo es un recuerdo, pero algunos recuerdos dejan manchas difíciles de lavar. Por naturaleza, es un observador. El mundo, su multitud de caras, ese mar arremolinado de emociones del que parecen tirar las mareas. Es alguien que arroja redes, que arrastra anzuelos. Habla con el ritmo de la poesía, con la armonía de la canción. Comprende que hay heridas del alma que no se deben tocar; pero hay otras que se emocionan con la caricia. Comprende, en otras palabras, la necesidad del tema trágico. Sabe que el alma, en ocasiones, no ofrecerá resistencia alguna al relato que hace sangrar.

Arranca esas viejas cicatrices. Le recuerdan a uno lo que es llorar por alguien. Le recuerdan a uno lo que es vivir.

Un momento para los espejos, un momento para las máscaras. Los dos conspiran siempre para representar el cuento. Una y otra vez, amigos míos.

Ven, toma mi mano.

Se dirige a una hacienda. La tarde va cayendo, el anochecer se va colando entre el polvo acumulado. Cada día hay un momento en el que el mundo acaba de pasar, dejando a su paso una sofocante estela que flota, suspendida en el aire, sin que el despertar de la noche la haya agitado todavía. Los tiste edur veneran ese momento. Los tiste andii están quietos, inmóviles mientras esperan la oscuridad. Los tiste liosan han inclinado la cabeza y se han vuelto para llorar la muerte del sol. En los hogares de los humanos, se remueve el fuego del hogar para despertarlo. Las personas se retiran a sus refugios y piensan en la noche que está por llegar.

Ante los ojos de uno, la solidez parece preparada, a solo momentos de derrumbarse y diluirse. La incertidumbre se convierte en ley y se alza suprema sobre todo lo demás. Para un bardo, ese momento es una clave menor, un trozo de fragilidad, un interludio pensativo. La tristeza flota en el aire y sus pensamientos están llenos de finales.

Al llegar a la hacienda lo escoltan a toda prisa y sin comentario alguno a la casa principal, bajan por el pasillo central y salen a un jardín rodeado de un muro alto donde las flores nocturnas descienden por las paredes, capullos empapados que se abren a beber en el ocaso. El guardaespaldas enmascarado lo deja entonces, solo por un momento en el jardín, y el bardo se queda inmóvil por un rato, el aire dulce e intenso, el sonido del agua al caer llenando el espacio cerrado.

Recuerda las canciones suaves que ha cantado allí, sin acompañarse de ningún instrumento. Canciones extraídas de un centenar de culturas, una docena de mundos. Su voz entretejiendo los fragmentos de la llegada de Sombra, uniendo el día que acaba de pasar con la noche impaciente por llegar.

Había secretos en la música y la poesía. Secretos que pocos sabían y menos aún entendían. Su poder se filtraba en el oyente sutil como el recuerdo de un aroma al inspirar, menos que un susurro, pero capaz de transformar al que tiene ese don, un éxtasis instintivo que hacía desvanecerse los problemas, que hacía posible todo tipo de grandeza, e incluso la facilitaba.

Un bardo hábil, un bardo sabio, sabía que en ciertos momentos del ciclo del día y la noche el camino que lleva al alma de un oyente es llano, sin obstáculos, una sucesión de verjas inmensas que se van abriendo con el roce de una pluma. Ese era el secreto más valioso de todos. Atardecer, medianoche, y ese extraño periodo de desvelo repentino conocido como vigilia, sí, la noche y su sigiloso acercamiento pertenecían al corazón.

Al oír unas pisadas tras él se gira.

Allí está, el cabello largo, negro, rielando, el rostro jamás tocado por el sol o el viento, los ojos, un reflejo perfecto de los capullos violetas en flor que adornan las paredes. Puede ver a través del lino blanco de su vestido el perfil del cuerpo de mujer, redondeces y curvas, trazados de perfección estética, esas formas y líneas que murmuran su propio idioma secreto para despertar deseos en el alma de un hombre.

Cada sentido, él lo sabe, es un camino al corazón.

Lady Envidia lo observa, y él se conforma con dejarla hacer, mientras él, a su vez, la mira.

Podrían hablar de los seguleh, los muertos de los toneles, los vivos que sirven en esa hacienda. Podrían sopesar todo lo que han percibido que se acerca a toda prisa. Él podría hablar de su rabia, su hierro callado y letal que era tan frío que podría quemar con solo tocarlo, y ella vería la verdad de sus palabras en sus ojos. Ella podría vagabundear en ese modesto jardín, rozar con las yemas de los dedos los trémulos pétalos y hablar de deseos largo tiempo contenidos que casi no era consciente de la miríada de raíces y zarcillos que se había forjado por su cuerpo y su alma, y él quizá le advertiría de los peligros que representaban, el riesgo de fracaso al que hay que enfrentarse y, de hecho, aceptar, y ella suspiraría y asentiría, sabría bien que él hablaba por boca de la sabiduría.

El coqueteo burlón, el abrumador egotismo, todo aquello con lo que aquella mujer se divertía cuando se relacionaba con los mortales de ese mundo, no acompañaba a lady Envidia en ese jardín. No con ese hombre esperándola. Pescador kel Tath no era un hombre joven, y había momentos en los que ella se preguntaba si era siquiera mortal, aunque ella jamás buscaría la verdad, y la suya no era una divinidad de perfección física. Sus dones, si de forma tan burda pudiera enumerarlos, incluirían su voz, su genio con la lira y una docena más de instrumentos poco conocidos, y la mente tras los ojos que todo lo veían, que entendían demasiado de lo que veían, y que comprendían también la importancia de todo lo que permanecía y permanecería por siempre oculto; sí, la mente tras los ojos y cada leve insinuación que ofrecía para revelar algo de esa mente, su modo de observar, su asombrosa capacidad de compasión que solo unos completos idiotas llamarían debilidad.

No, ese era un hombre del que ella no se burlaría, no podía, de hecho.

Podrían haber debatido muchas cosas. En su lugar, permanecieron allí, de pie, los ojos encontrándose, sosteniéndose la mirada, y el atardecer los cercó con todos sus aromas y secretos.

¡Toma por asalto el abismo y derriba a esa multitud de dioses asombrados! El cielo se agrieta del día a la noche, y luego se agrieta una vez más, y revela la carne del espacio y la sangre del tiempo; ¡mira cómo se desgarran y mira cómo salpican resplandecientes gotas rojas de estrellas moribundas! ¡Los mares hierven, la tierra humea y se funde!

Lady Envidia ha encontrado un amante.

Poesía y deseo, invectivas que son uno y lo mismo y, oh, este es un secreto capaz de hacer aullar por las noches a matones y zoquetes descerebrados.

Ha encontrado un amante.

Un amante.

—Soñé que estaba embarazada.

Torvald hizo una pausa junto a la puerta y dudó quizás un segundo de más antes de hablar.

—¡Vaya, estupendo!

Tiserra le lanzó una mirada burlona desde donde se encontraba, junto a la mesa, trasladando su última tanda de cerámica.

—¿Lo es?

—Desde luego, querida. Puedes pasar por toda la desdicha que supone sin que sea real. Ya me imagino tu suspiro de alivio cuando despertaste y te diste cuenta que no era más que un sueño.

—Bueno, yo desde luego me imaginé el tuyo, mi amor.

El marido entró, se derrumbó en una silla y estiró las piernas.

—Está pasando algo raro —dijo.

—No fue más que una locura pasajera —respondió ella—. No tienes por qué apurarte, Tor.

—Me refiero a la hacienda. —Torvald se frotó la cara—. El castellano se pasa todo su tiempo mezclando mejunjes para enfermedades que no tiene nadie, y, aunque las tuvieran, es más probable que sus remedios los mataran primero. Los dos guardias del complejo no hacen nada salvo tirar las tabas, y no creo que sea algo que harían unos seguleh renegados, ¿no? Y por si eso no fuera ya bastante raro, Chamusquino y Leff están, de hecho, tomándose sus responsabilidades en serio.

Al oír eso, Tiserra lanzó un bufido.

—No, de verdad —insistió Torvald—. Y creo que sé por qué. Lo huelen, Tis. Que hay algo raro. La señora fue al Consejo y reclamó su asiento, y no hubo un solo susurro de queja, o eso supe por Coll, y cualquiera diría que tendríamos la visita de varios bloques de poder del Consejo, todo el mundo intentando comprar su lealtad. Pues... nada. Ni uno solo. ¿Tiene eso sentido?

Tiserra estaba estudiando a su marido.

—Olvídalo, Tor. Todo eso. Tu tarea es muy sencilla, que siga así.

Él alzó la cabeza y la miró.

—Lo haría, créeme. Salvo que todos mis instintos están en pie de guerra, como si una maldita daga al rojo vivo se cerniera sobre mi espalda. Y no soy solo yo, Chamusquino y Leff también. —Se levantó y se puso a pasear de un lado a otro.

—Todavía no he empezado a hacer la cena —dijo Tiserra—. Tardará un rato, ¿por qué no vas a la taberna del Fénix y te tomas un pichel o dos? Saluda a Kruppe si lo ves.

—¿Qué? Ah. Buena idea.

Lo observó mientras se marchaba, esperó una docena de latidos para asegurarse de que no había encontrado motivos para cambiar de opinión, y luego fue a una de las pequeñas trampillas escondidas en el suelo, hizo saltar el muelle y metió la mano para sacar su Baraja de los Dragones. Se sentó a la mesa y quitó con cuidado la cubierta de gamuza.

Era algo que no hacía con frecuencia esos días. Tenía sensibilidad suficiente para saber que se estaban reuniendo fuerzas poderosas en Darujhistan, haciendo que cualquier campo que intentase estuviese repleto de riesgos. Pero Tiserra, a pesar del consejo que le había dado a Torvald de olvidarse de esos asuntos, bueno, sabía que los instintos de su marido eran demasiado perspicaces para desecharlos de

buenas a primeras.

—Seguleh renegados —murmuró, sacudió la cabeza y recogió la Baraja. Su versión era barukana, con unas cuantas cartas propias añadidas, incluyendo una para la Ciudad, en este caso Darujhistan, y otra... pero no, no iba a pensar en esa. No a menos que no tuviera más remedio.

Un estremecimiento de miedo le recorrió el cuerpo. Sintió el frío de las cartas de madera en las manos. Se decidió por un campo en espiral y no le sorprendió que la carta central fuera la Ciudad, la silueta del conocido perfil al atardecer, con el resplandor de los fuegos azules que se alzaban desde abajo, cada uno como una estrella sumergida. La estudió un rato, hasta que esos fuegos parecieron flotar ante sus ojos, hasta que el atardecer que representaba la carta comenzó a fluir por el mundo que la rodeaba, uno diluyéndose en el otro, de un lado al contrario hasta que el momento se fijó, el tiempo atrapado como si un cuchillo lo hubiera clavado a la mesa. No estaba intentando ver el futuro (una profecía era demasiado peligrosa con todos aquellos poderes que estaban convergiendo) sino el presente. Ese mismo instante, el punto de unión de cada hebra en la inmensa tela que abarcaba en ese momento Darujhistan.

Colocó la siguiente carta, Gran Casa de Sombra, la Cuerda, Patrón de los Asesinos. Bueno, no era muy sorprendente, a la luz de los últimos rumores. Pero ella presintió que la relación era más complicada de lo que parecía en un principio; sí, el Gremio estaba activo, estaba enredado en algo mucho más sangriento de lo que en un principio había anticipado. Mala suerte para el Gremio. Con todo, la Cuerda nunca jugaba una sola partida. Había otras, bajo la superficie. La evidente no era más que un velo.

La tercera carta cayó con estrépito sobre la mesa y Tiserra vio que su mano no quería descansar, arrojaba la siguiente carta y luego otra. Tres estrechamente vinculadas, por tanto. Tres cartas que formaban la urdimbre de su propio nido. Obelisco, Soldado de Muerte y Corona. Esas cartas necesitaban un marco. Colocó la sexta y gruñó. Caballero de Oscuridad, un rumor bajo de ruedas de madera, un coro de gemidos que salían flotando como humo de la espada que llevaba en las manos el Caballero.

Así pues, la Cuerda en un lado, el Caballero en el otro. Tiserra vio que le temblaban las manos. Tres cartas más siguieron a toda prisa, otro nido. Rey de la Gran Casa de Muerte, el Rey Encadenado y Dessembrae, Señor de la Tragedia. El Caballero de Oscuridad como marco interior. Colocó el otro extremo y ahogó un grito. La carta que deseó no haber hecho jamás. *El Tirano*.

Cerrando el campo. La espiral estaba hecha. Ciudad y Tirano en el principio y el fin.

Tiserra no esperaba nada parecido. No estaba buscando una profecía, sus pensamientos se habían centrado en su marido y en la telaraña en la que se hubiera visto atrapado, no, nada de profecías, nada a una escala tan enorme como aquella...

Veo el fin de Darujhistan. Que los espíritus nos salven. Veo el fin de mi ciudad. Este, Torvald, es tu nido.

—Oh, esposo —murmuró—, sí que estás en problemas...

Sus ojos se desviaron una vez más hacia la Cuerda. *¿Eres tú, Cotillion? ¿O ha regresado Vorcan? No es solo el Gremio, el Gremio aquí no significa nada. No, hay caras detrás de ese velo. Se acercan muertes terribles.* Muertes terribles. Barrió las cartas de golpe, como si con un solo gesto pudiera desafiar lo que se acercaba, pudiera separar de un golpe las hebras y liberar el mundo para que buscara un futuro nuevo. Como si las cosas pudieran ser tan fáciles. Como si se pudiera elegir de verdad.

Fuera pasó traqueteando una carreta, las ruedas desgastadas crujiendo y pasando por encima de los irregulares adoquines. Las pezuñas del buey que tiraba de ella resonaban con el ritmo lento de un canto fúnebre, y llegó entonces a los oídos de la alfarera el tintineo de una cadena pesada, cuero y madera que se golpeaban.

Envolvió una vez más la baraja y la devolvió a su escondite. Y luego fue a otro, este hecho por su marido, que quizás había pensado de verdad que podía ocultárselo, pero eso era imposible. Tiserra

conocía el crujido de cada tabla del suelo, después de todo, y había encontrado su hoyo privado solo días después de que él lo excavara.

Dentro, objetos recubiertos por seda azul (la seda de los moranthianos azules, el botón de Tor), y Tiserra se preguntó de nuevo cómo había llegado a manos de su marido. Incluso en ese momento, mientras estaba arrodillada sobre el alijo, podía sentir la hechicería que se agitaba, densa como un hedor, apestando a deterioro acuoso, la senda de Ruse, nada menos, claro que, quizá no. *Esto, creo, es ancestral. Esta magia proviene de Mael.*

Claro que, ¿qué conexión podrían tener los moranthianos azules con el dios ancestral?

Bajó la mano y apartó un poco la seda. Un par de guantes de piel de foca que resplandecían como si acabaran de salir de las profundidades de un mar cargado de hielo. Bajo ellos, un hacha arrojadiza grabada al agua con un estilo que ella no había visto jamás, no era moranthiano desde luego. El arma de un corsario, los patrones incrustados en el hierro azul se arremolinaban como torbellinos. El mango era una especie de colmillo de marfil, de un tamaño inmenso para cualquier bestia que ella pudiera imaginar. Metidas con mucho cuidado a ambos lados del arma había unas granadas envueltas en tela, trece en total, una de las cuales estaba (según había descubierto) vacía de la sustancia química incendiaria que encerraban las otras. Una extraña costumbre de los moranthianos, pero que le había permitido tener la oportunidad de examinar con más atención la extraordinaria habilidad que se precisaba para fabricar unas esferas de porcelana tan perfectas, pero sin correr el riesgo de volarse a sí misma o su casa en mil pedazos. Ciertamente, ella había oído que la mayor parte de las municiones moranthianas estaban hechas de arcilla, pero esas no, por alguna razón. Lacadas con un esmalte denso, casi transparente que, no obstante, tenía un leve tono cerúleo, esas granadas eran, en opinión de Tiserra, obras de arte, lo que hacía que la destrucción que iba implícita en su adecuado uso a ella le pareciera casi un crimen.

Bueno, querido esposo, ¿por qué tienes esto? ¿Te las dieron o, como es más probable, las robaste?

Si se enfrentaba a él, Tiserra sabía que su marido le diría la verdad. Pero no pensaba hacerlo. Para los matrimonios que salían bien, la posesión de secretos era sacrosanta. Cuando se compartía tanto, había que ocultar algunas otras cosas. Pequeños secretos, claro está, pero muy valiosos, no obstante.

Tiserra se preguntó si su marido preveía necesitar esos objetos en el futuro. O si solo era un ejemplo más de su inclinación natural a acumular, una rareza que era tan encantadora como exasperante, dulce y letal en potencia (como eran todas las mejores).

La magia fluía en los incesantes patrones medio visibles que rodeaban las esferas de porcelana, otro detalle que Tiserra sospechaba que no era muy habitual.

Municiones hechizadas, ¿en qué estaban pensando los moranthianos azules?

Sí, ¿se puede saber en qué estaban pensando?

Dos sillas vacías se enfrentaban a Kruppe, una situación muy peculiar y en absoluto agradable. Muy poco tiempo antes habían estado ocupadas. Chamusco y Leff tragando un rápido pichel tras otro antes de encaminarse a su lugar de trabajo, su vigilia nocturna en las verjas de la misteriosa hacienda y su misteriosa dama. Oh, eran una pareja desazonada, no cabe duda, sus fieros ceños denotaban una profunda concentración impropia de ellos. Habían engullido la cerveza amarga como si fuera agua y el habitual intercambio de placenteras idioteces sonó tristemente apagado. Cuando los vio salir a toda prisa, a Kruppe le recordaron a dos hombres condenados de camino a la horca (o a casarse), prueba de la profunda injusticia del mundo.

Pero la justicia, si bien era una presunción reconfortante, era también un concepto esquivo que tenía por costumbre dar vueltas, libre y salvaje, alrededor del vértice del yo, y si las corrientes de uno

chocaban con las corrientes de otro, bueno, la justicia siempre se revelaba como una moneda de una sola cara. En ese funesto choque se podía encontrar todo tipo de conflictos, desde guerras inmensas que abarcaban continentes enteros hasta vecinos riñendo por una cerca torcida.

Pero ¿qué importancia tenían esas divagaciones filosóficas? No tenían afecto alguno sobre los sinsabores de la vida, desde luego. Salta y baila hasta la siguiente escena de ominosa solemnidad, y aquí que llega, embozado como un buitre por el estrecho portal de la taberna del Fénix, nada menos que Torvald Nom. Se detiene apenas un segundo en el umbral, responde al fugaz saludo de Sulty con una sonrisa distraída y luego se dirige a la barra, donde Meese ya le ha servido un pichel. Y al estirar el brazo para cogerlo, una mano sujeta la muñeca de Torvald, Meese lo atrae hacia sí para murmurarle unas palabras de posible transcendencia, a las que Torvald responde con una mueca y luego un renuente asentimiento, una respuesta que basta para que Meese lo suelte.

Liberado así, Torvald Nom se acercó sin prisa a la mesa del sonriente Kruppe y se derrumbó en una de las sillas.

—Todo va mal —dijo.

—A Kruppe deja anonadado, querido primo de Rallick, semejante miserable miseria, semejante pesimista pesimismo. Caramba, el ceñudo Torvald ha manchado tanto su mundo que hasta sus subordinados se han visto infectados. Observa, incluso aquí esa lóbrega nube tuya se arrastra lóbregamente por el camino de Kruppe. ¡Son precisos unos gestos para conjurar esa infusión amarga! — Y agitó la mano, un pañuelo carmesí ondeando como una bandera diminuta—. Ah, mucho mejor así. Puedes estar seguro, Torvald, amigo de Kruppe, que «mal» nunca es tan malo como podría ser lo malo, incluso cuando es malo de verdad.

—Rallick me dejó un mensaje. Quiere verme.

Kruppe agitó las cejas e hizo el esfuerzo de inclinarse hacia delante, pero su vientre se interpuso, así que volvió a acomodarse en la silla, inquieto por un momento por lo que podría ser un perímetro creciente, claro que, en realidad era una cuestión de ángulos, y por tanto un modesto cambio de perspectiva tranquilizó su reposo una vez más, gracias a los dioses.

—Sin lugar a dudas Rallick no busca más que saludar con jovialidad a su primo largo tiempo perdido. No hay, proclama Kruppe, necesidad de preocuparse.

—Lo que demuestra lo poco que sabes —replicó Torvald—. Hice algo terrible una vez. Horrible, asqueroso y malvado. Lo marqué de por vida. Es más, si encuentra mi rastro, creo que me matará. ¿Por qué crees que hui en primer lugar?

—Un lapso de muchos años —dijo Kruppe— debilita cada puente, hasta que se derrumban con un solo roce, o si no es con un roce, entonces con una almádena enloquecida.

—¿Querrás hablar con él por mí, Kruppe?

—Por supuesto, pero, por desgracia, Rallick ha hecho algo terrible, horrible, asqueroso y malvado al pobre Kruppe, algo para lo que el perdón no es posible.

—¿Qué? ¿Qué ha hecho?

—A Kruppe se le ocurrirá algo. Suficiente para encajar con firmeza la palanca de la persuasión, hasta que no pueda por menos que inclinarse, indefenso y desesperado, en tu dirección en busca de socorro. Solo tienes que abrir de par en par los brazos, querido amigo, cuando tal momento llegue.

—Gracias, Kruppe, eres un amigo de verdad. —Y Torvald tomó un buen trago.

—Más de verdad no lo hay, no es falso, eso es verdad. Kruppe no te bendice, por desgracia, con la formal deferencia que te concedieron los moranthianos azules, oh, ¡ojalá hubiera estado Kruppe allí para presenciar semejantes extraordinarios honores, incluso peculiares! Sulty, dulce jovencita, ¿no es hora de cenar? ¡Kruppe se marchita de necesidad! Oh, y quizás otro decantador de añada...

—Un momento —interpuso Torvald Nom, los ojos aguzados—. En el nombre del Embozado ¿qué sabes tú de eso, Kruppe? ¿Y cómo? Quién te lo dijo... No, no pudo decírtelo nadie, ¡porque era para empezar era un secreto!

—Con calma, por favor, con calma, queridísimo amigo de Kruppe. —El hombre rechoncho volvió a blandir el pañuelo y concluyó el gesto secándose a toda prisa el sudor que sin explicación le había brotado en la frente—. Bueno, rumores...

—Imposible.

—Entonces, eh, una confesión en un lecho de muerte...

—De esas estamos a punto de oír una, sí.

Kruppe se enjugó a toda prisa un poco más de sudor.

—La fuente se me escapa en este momento, ¡Kruppe lo jura! Bueno, acaso no están los moranthianos en un estado de cambio...

—¡Ellos siempre están en un maldito estado de cambio, Kruppe!

—Así es. Entonces sí, perturbaciones entre los negros, tras averiguar insinuaciones del dicho catecismo, ¿o era investidura? Algo religioso, en cualquier caso...

—Fue una bendición, Kruppe.

—Exacto, ¿y quién de entre todos los humanos se merecía más algo así que los moranthianos? Pues nadie, por supuesto, que es lo que lo hizo singular ya en primer lugar y por tanto enarcó las exoesqueletales cejas de los negros, y sin duda de los rojos, los dorados, los plateados y verdes y rosas... ¿Hay moranthianos rosas? Kruppe no está seguro. ¡Tantos colores, tan pocos huecos vacíos en el cerebro de Kruppe! Oh, haz girar la rueda y veamos un malva explosivo estallar en protestas brillantes, ¿y por qué no? Sí, fueron moranthianos malvas los verbosos y descuidados, aunque no tan descuidados como para revelar nada a nadie salvo a Kruppe y solo a Kruppe, te garantiza Kruppe. De hecho, tan precisa fue su inclinación violeta a la verbosidad que hasta el recuerdo de Kruppe del momento concreto se ha perdido, para ellos y para el propio Kruppe. Viola a una violeta si te atreves, pero nada cuentan. ¡Ni tampoco Kruppe! —Y exprimió un chorro de sudor de su pañuelo, a un lado, por supuesto, lo que por desgracia coincidió con la llegada de Sulty con una fuente con la cena.

Así fue como descubrió Kruppe la virtud de la reintegración sudorípara, aunque su subsecuente observación de que la cena estaba una pizca salada no se recibió con agrado, con ningún agrado.

Por asombroso que pueda parecer, a Torvald se le quitaron de repente las ganas de cerveza y decidió marcharse —de forma hartó grosera— en medio de la colación de Kruppe.

Prueba de que los modales ya no eran los de antes. Claro que, nunca lo fueron, ¿verdad?

Apresurada partida que reflejó el vuelo de Torvald Nom de regreso a los brazos de su mujer, adentrándose en el atardecer cuando todos los caminos están francos, cuando nada de la realidad se inmiscuye con obstáculos insalvables y quizá mortíferas repercusiones. En una casa de mercaderes anexa a los muelles, en la galería del segundo piso, sobre un almacén polvoriento con un suelo salpicado de serrín, una joven de noble cuna se monta a horcajadas de un antiguo ladrón en el único y estrecho catre con un fino y raído colchón, y en sus ojos se despliega una oscuridad que se revela ante el hombre salvaje y desnuda, lo bastante cruda para despertar en él un momento de miedo.

Sí. Miedo. En ese momento Navaja no pudo ir más allá de ese escalofrío efímero, no pudo encontrar nada específico; lo que los ojos de Cáliz revelaban era absorbente, aterrador y desesperado, quizás inmenso e insaciable en su necesidad.

Para ella era como si él no estuviese allí, de eso se daba cuenta. En ese instante él se había convertido

en un arma en la que ella se empalaba, en el éxtasis de lo prohibido, viva por la traición. Aquella mujer se apuñalaba una y otra vez, se transformaba en algo privado, para siempre fuera del alcance de Navaja, y sí, sin duda esas eran heridas autoinfligidas que insinuaban cierto desdén por sí misma, quizás incluso asco.

Navaja no sabía qué pensar, pero había algo seductor en no tener cara, en ser esa arma, y esa verdad lo atravesaba con un estremecimiento tan oscuro como todo lo que veía en la mirada de su amante.

Apsalar, ¿es esto lo que temías? Si lo es, entonces lo entiendo. Entiendo por qué huiste. Lo hiciste por los dos.

Con ese pensamiento el antiguo ladrón se arqueó con un gemido y se derramó en el interior de Cáliz Vidikas. Esta ahogó un grito y se inclinó sobre él. Sudor sobre sudor, oleadas de calor envolviéndolos.

Ninguno habló.

Fuera, las gaviotas le gritaban al sol moribundo. Gritos y carcajadas amortiguados por las paredes, el chapoteo leve de las olas en la orilla atestada de loza rota, el crujido de las poleas cuando se cargaban y descargaban los barcos. Fuera, el mundo era como siempre había sido.

Navaja estaba pensando en Scillara, que aquella era una especie de traición, no muy diferente de la de Cáliz. Ciertamente, Scillara había dicho muchas veces que el suyo era un amor de conveniencia, sin las ataduras de las expectativas. Había insistido en poner esa distancia, y si había habido momentos de pasión descontrolada cuando hacían el amor, era una pasión egoísta, arrancada a toda prisa una vez que ambos se agotaban. Navaja también sospechaba que había hecho daño a su antigua amante; al arribar a la ciudad una parte de él había querido romper lo que habían tenido a bordo del barco, como si al cerrar un capítulo se cortara cada hilo y la historia comenzara de nuevo.

Pero eso no era posible. Todas las rupturas en la narrativa de la vida tenían más que ver con los límites de lo que se podía sostener en un momento dado, con el alcance del agotamiento momentáneo. La memoria no se soltaba; continuaba siendo la red que se iba arrastrando, en cuyas cuerdas anudadas se enganchaban todo tipo de cosas extrañas.

Él se había comportado de forma injusta y su comportamiento le había hecho daño a ella, había dañado incluso su amistad. Y al parecer ahora había ido demasiado lejos, demasiado lejos para recuperar jamás lo que ahora entendía que era muy valioso, más sincero que todo lo que estaba sintiendo en ese instante, allí, bajo el cuerpo de esa mujer.

Se dice que el derrumbamiento de la alegría viene dado por el peso de la verdad. Y, de golpe, Cáliz, echada boca abajo sobre él, le pareció más pesada.

Envuelta en su propio silencio, Cáliz de la Casa Vidikas estaba rememorando esa mañana, uno de esos infrecuentes desayunos en compañía de su marido. La expresión del hombre era de ladina diversión, o al menos la insinuaba, lo que hacía que cada uno de sus considerados gestos pareciera una pequeña burla, como si, sentados uno frente al otro en la mesa, no estuvieran más que representando los clichés del decoro. Y hallando, al parecer, una especie de comodidad en la soltura de aquella falsedad mutua.

Cáliz sospechaba que parte del regocijo de Gorlas tenía que ver con la filtración de sus actividades privadas, como si su marido se alegrase de arrogarse el mérito de su precipitado descenso en la depravación; que la comodidad impertérrita de aquel hombre era, de hecho, un apoyo, algo en lo que confiar, una isla sólida a la que podía acudir cuando la tormenta arreciase demasiado, cuando sus incursiones en las profundidades asumieran los atributos de un ahogamiento.

Lo que hacía que las supuestas actividades privadas de su mujer fueran poco más que extensiones de la propiedad del marido. Como era su dueño, Gorlas era libre de verla usada y utilizada en otros sitios. Y

lo que era más, Cáliz había percibido una tensión sexual entre ellos que no experimentaba desde... Que jamás había experimentado, en realidad. Estaba, comprendió, convirtiéndose en alguien más deseable para él.

Era un puente muy estrecho ese en el que su marido elegía caminar. Una parte de ella, después de todo, solo le pertenecía a ella, a nadie más, creyeran lo que creyesen, así que, en último caso, ella se dejaría guiar por sus propias decisiones, decisiones tomadas según sus propios intereses y de nadie más. Sí, su marido jugaba a un juego muy peligroso, como bien podría descubrir.

Gorlas había hablado de pasada de la riña entre Shardan Lim y Hanut Orr, algo trivial y que no tardaría en arreglarse, claro está. Pero la relación parecía forzada en los últimos días y ninguno de los dos aliados parecía impaciente por hablar con Gorlas de ello. Hanut Orr, sin embargo, había dicho unas cosas muy raras, sin pensarlas bien, a Gorlas en las escasas conversaciones privadas que habían mantenido, cosas muy curiosas, sugerentes, pero no importaba. Estaba claro que algo había ofendido el tan cacareado ego de Hanut Orr, y ese era siempre el peligro de poseer un ego así, la constante necesidad de alimentarlo, no fuera a ser que se desinflase con los pinchazos de la cruda realidad.

El humor de Shardan Lim también había empeorado de repente. Un día exaltado como nunca y al siguiente arisco e irritable.

Peor que adolescentes, esos dos. Cualquiera diría que había una mujer de por medio.

Cáliz había fingido poco interés y se había encontrado, para su sorpresa, que se le daba bastante bien disimular y mantener la hipocresía necesaria. La señora de la casa, el premio nacarado del señor, siempre suave al tacto, tan delicada como una estatua de porcelana. Indiferente al mundo exterior y todos sus decrepitos y emborronados detalles. Ese era el privilegio de la riqueza relativa, después de todo, que alentaba la inclinación natural a fabricar un capullo reconfortante. Algo que mantenía fuera esas vulgares faltas de decoro, las miserias mundanas, todas aquellas toscas penurias, necesidades, deseos, todas aquellas burdas tensiones que tanto sobrecargaban las vidas de la gente normal.

Solo para descubrir, en incrementos graduales de creciente horror, que el mundo del interior no era mucho más diferente, que todas esas grotescas debilidades de la humanidad no podían ser evitadas, solo se encabritaban más brillantes a la vista, como pulidas baratijas, pero no por ello menos baratas o menos sórdidas.

Inmersa en su silencio, Cáliz pensó en los regalos del privilegio, ¿y no era ella de las más privilegiadas? Un marido rico que se estaba haciendo más rico todavía, un amante entre los mejores aliados de ese marido —y esa era una trampa que quizá volviera a utilizar, si surgía la necesidad— y ahora otro, uno del que Gorlas no sabía casi nada. Al menos, a ella no le parecía que supiera nada.

Un aleteo repentino del corazón. ¿Y si tiene a alguien siguiéndonos? La posibilidad era muy real, pero ¿qué podía hacer ella? ¿Y qué podría hacer su marido cuando descubriera que su amante más reciente no era uno de los jugadores de su partida? Que era, en realidad, un desconocido, alguien que con toda claridad estaba fuera de su alcance. ¿Comprendería Gorlas entonces que a ella tampoco podía controlarla ya?

Gorlas podría dejarse llevar por el pánico. Podría, incluso, volverse asesino.

—Ten cuidado ahora, Az... Navaja. Lo que hemos empezado es muy peligroso.

Él no le respondió nada, y tras un momento ella se incorporó, se levantó y se quedó de pie junto a la estrecha cama.

—Te mataría —continuó mientras lo miraba desde su altura y veía una vez más que los años habían endurecido su cuerpo, habían esculpido los músculos que lucían cicatrices de batallas pasadas. Sus ojos, clavados en los de ella, la contemplaron con pensamientos y sentimientos velados, incognoscibles.

—Es duelista, ¿verdad?

Ella asintió.

—Uno de los mejores de la ciudad.

—Los duelos —respondió él— no me asustan.

—Eso sería un error, Navaja. En cualquier caso, dada tu... condición, dudo que se molestase con nada tan formal. Más bien media docena de matones contratados para deshacerse de ti. O un asesino incluso.

—Bueno —inquirió él—, ¿y qué debería hacer?

Cáliz vaciló, después le dio la espalda para buscar su ropa.

—No lo sé. Solo te estaba advirtiéndote, mi amor.

—Yo diría que tú corres un riesgo mayor.

La mujer se encogió de hombros.

—No lo creo. Aunque —añadió— un hombre celoso es un hombre impredecible. —Se giró y lo estudió de nuevo—. ¿Estás celoso, Navaja?

—¿De Gorlas Vidikas? —La pregunta pareció sorprenderle y ella vio que lo estaba pensando—. Título y riqueza, sí, eso estaría bien. Nacer con algo no significa que se merezca, claro está, así que quizás él no se ha ganado todos sus privilegios, pero puede que sí; tú debes de saber más de eso que yo.

—No me refería a eso. Cuando me toma, cuando me hace el amor.

—Oh. ¿Lo hace?

—En ocasiones.

—¿Te hace el amor? ¿O solo te usa?

—Esa es una pregunta bastante grosera.

Años antes Navaja se habría levantado de un salto y las disculpas habrían ido cayendo de su boca unas tras otras. Pero ya no, se quedó en la cama y la observó con esos ojos serenos. Cáliz sintió un escalofrío, y pensó que podría ser miedo. Había supuesto que tenía cierto... control. Sobre toda la situación. Sobre él. Pero empezaba a preguntárselo.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Cáliz? —inquirió él—. ¿Años y años de esto? Encontrarnos en dormitorios abandonados llenos de polvo. ¿Algo que pueda ser tuyo y nunca de Gorlas? No es como si fueras a abandonarlo, ¿verdad?

—Una vez me invitaste a huir contigo.

—Si lo hice —respondió él—, es obvio que dijiste que no. ¿Qué ha cambiado?

—Yo.

La mirada de Azafrán fue más cortante.

—Entonces, ahora... ¿lo harías? ¿Lo dejarías todo? ¿La hacienda, la riqueza? —Señaló con gesto lánguido la habitación que los rodeaba—. ¿Por una vida de esto? Cáliz, tienes que entenderlo; el mundo de la mayor parte de las personas es un mundo pequeño. Tiene más limitaciones de las que crees...

—¿Y tú crees que es muy diferente entre los nobles?

Él se echó a reír.

La furia siseó por el cuerpo de la mujer, que, para evitar arremeter contra su amante, comenzó a vestirse a toda prisa.

—Típico —dijo, complacida con el tono tranquilo que había adoptado—. No debería sorprenderme. El pueblo llano siempre piensa que lo tenemos muy fácil, que podemos hacer lo que sea, ir a cualquier parte. Que obtenemos cada uno de nuestros caprichos. No creen... —se giró en redondo, lo miró, y observó que él abría mucho los ojos al comprender su cólera— ... tú no crees que las personas como yo pueden sufrir.

—Nunca he dicho eso...

—Te reíste.

—¿Adónde vas ahora, Cáliz? Vuelves a tu casa. A tu hacienda, donde tus doncellas se apresurarán a atenderte. Donde te aguarda otra muda de ropa y de joyas. Tras un lánguido baño, claro está. —Se sentó en la cama de golpe—. El carpintero del barco que se alojó en esa habitación, bueno, lo hizo porque no tenía otro sitio al que ir. Esta era su hacienda. Temporal, dependía del capricho de la Casa Vidikas, y cuando su razón para estar aquí se acabó, se fue a buscar otro sitio en el que vivir, si tuvo suerte. —Alargó una mano para recoger su camisa—. ¿Y adónde me voy yo ahora? Pues a la calle. Con la misma ropa con la que llegué, y eso no va a cambiar en un futuro cercano. ¿Y esta noche? Quizá pueda sacarles otra habitación en la taberna del Fénix. Y si ayudo en la cocina, me ganaré una comida, y si Meese está de buen humor, puede que hasta un baño. Mañana, los mismos desafíos para vivir, las mismas preguntas de «¿y luego qué?» —La miró y ella vio una ironía divertida en la expresión masculina, una ironía que se fue desvaneciendo poco a poco—. Cáliz, no estoy diciendo que seas inmune al sufrimiento. Si lo fueras, no estarías aquí, ¿verdad? Yo hablaba de mundos limitados. Existen en todas partes, pero eso no significa que todos sean idénticos. Algunos son bastante más limitados que otros.

—Tú tuviste alternativas, Navaja —dijo ella—. Más alternativas de las que tuve yo jamás.

—Podrías haberle dicho que no a Gorlas cuando pidió tu mano en matrimonio.

—¿De veras? Bueno, eso demuestra que hay algo en ti que no ha cambiado: tu ingenuidad.

Navaja se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. ¿Y ahora qué, Cáliz?

Aquella forma brusca y sencilla de descartar sus argumentos le quitó el aliento a Cáliz. *A él no le importa. No le importa nada. Ni cómo me siento, ni cómo lo veo.*

—Necesito pensar —dijo ella, sacudida por dentro.

Él asintió como si no le sorprendiera.

—Mañana por la noche —dijo Cáliz— deberíamos vernos otra vez.

Una pequeña sonrisa cuando la miró.

—¿Para hablar?

—Entre otras cosas.

—De acuerdo, Cáliz.

Algunos pensamientos, que poseían una especie de conciencia propia aterradora, sabían ocultarse bajo otros, surcando invisibles las mismas corrientes, donde podían crecer incontestados, sin ser expuestos por ningún horrorizado reconocimiento. Uno siempre podía percibirles, claro está, pero eso no era lo mismo que atravesar a cuchilladas la ofuscación y revelarlos desnudos a la dura luz del día y luego verlos marchitarse hasta convertirse en polvo. La mente tenía sus propias ilusiones, divertida siempre en desviar la mirada a su prestidigitación; en realidad, así era como uno tendía a vivir, de momento en momento, con el incesante intercambio de desmentidos, deferencias y guiños rápidos en el espejo, al tiempo que las declaraciones y los juramentos interiores tronaban con una falsa fuerza de voluntad y una convicción que no era más que pose.

¿Conduce eso a la inquietud?

Cáliz Vidikas corrió de regreso a casa; aunque decidió tomar una ruta más tortuosa cuando los susurros de la paranoia comenzaron a levantar un débil oleaje en la superficie de sus pensamientos.

Estaba pensando en Navaja, ese hombre que en otro tiempo había sido Azafrán. Estaba pensando en el sentido de aquel nuevo nombre, ese hombre nuevo con el que se había encontrado. Estaba pensando también (ahí, bajo la superficie) en qué hacer con él.

Gorlas lo descubriría, antes o después. Quizá se lo echara en cara, o quizá no. Quizá descubriera que

su marido lo sabía solo cuando llegara una tarde al piso del anexo y se encontrara el cuerpo sin vida y despedazado de Navaja aguardándola sobre la cama.

Sabía que estaba atrapada, de modo que un hombre libre como Navaja jamás comprendería. Sabía, también, que las salidas eran limitadas, cada una encadenada a sacrificios, pérdidas, abandonos, y algunos... despreciables. Sí, esa era la única palabra que se les podía dar.

Despreciables. Saboreó la palabra de nuevo, ahí, en su mente. Se planteó si era, de hecho, capaz de vivir con semejante castigo. *Pero ¿por qué habría que hacerlo? ¿Qué querría que se hiciera para que me viera a mí misma de ese modo?*

¿Cuántas vidas estoy dispuesta a destruir para poder ser libre?

La pregunta en sí ya era despreciable, el tallo de la bendita flor de la libertad, sujetarlo era sentir la cuchillada de un sinfín de espinas.

Pero se aferraba a ello, surcaba el dolor, sentía la sangre resbaladiza que brotaba, resbalaba. Se aferró a ello para sentir, para saborear, para saber lo que iba a pasar... si... *si decido aceptarlo.*

Podía esperar a que Gorlas actuara. O podía golpear primero.

Un cadáver echado en la cama. Una rosa mutilada tirada en el suelo.

Navaja no era Azafrán, se daba cuenta de ello, sí, con toda claridad. Navaja era... peligroso. Recordó las cicatrices, las antiguas cuchilladas, estocadas incluso, quizá. Otras que podrían haber dejado unas flechas o cuadrillos de ballesta. Aquel hombre había luchado, había quitado vidas, estaba segura de ello.

No era el muchacho que había sido en otro tiempo. *Pero este hombre que es ahora... ¿se le puede utilizar? ¿Parpadearía siquiera si se lo pidiera?*

¿Debería pedírselo? ¿Pronto? ¿Mañana?

Así expuestos, alguno se encogería, desde luego, pero eran pensamientos profundos que estaban muy lejos de la superficie. Eran libres de fluir, libres de girar en la corriente sin que nadie los viera, como si estuvieran separados de la realidad. Pero no lo estaban, ¿verdad? Separados de toda la realidad.

Oh, no, no lo estaban.

¿Conduce eso a la inquietud?

Con un arrebato de inmensa satisfacción, el puño considerablemente grande de Barathol Mekhar se estrelló contra la cara del hombre y lo mandó volando de espaldas por la entrada de la herrería. Él salió tras el tipo sacudiéndose la dolorosa picazón de la mano.

—Será un placer pagar la cuota anual del Gremio, señor —dijo—, cuando este decida aceptarme como miembro. En cuanto a exigir un pago mientras se me niega el derecho a dirigir mi negocio, bueno, acaba de recibir el primer plazo.

Con la nariz aplastada, sangre chorreando, ojos que se clavaban desde una hinchazón que comenzaba a tragarse las facciones, el agente del Gremio se las arregló para asentir con gesto débil.

—Le invito —continuó Barathol— a regresar la semana que viene a por el siguiente, y no dude en venir con unos cuantos compañeros suyos, creo que para entonces me sentiré de un humor mucho más generoso.

Se había congregado una multitud para mirar, pero el herrero no tenía ganas de prestarles atención. Prefería que se corriera la voz, aunque por lo que había llegado a sus oídos aquella contienda ya era un tema candente de conversación, y sin duda las palabras que acababa de pronunciar serían citadas, bien y mal, tan rápido como una plaga con los vientos cálidos.

Se dio media vuelta y volvió a entrar en su taller.

Chaur permanecía cerca de la puerta de atrás, vestido con el pesado delantal salpicado de quemaduras

que revelaban debajo del cuero el denso tejido de aislamiento fabricado con hierba aegir, la única planta conocida que no se quemaba, ni siquiera si se la arrojaba a una hoguera. Unos guantes demasiado grandes para él de la misma fabricación le cubrían las manos y los antebrazos, y sujetaba unas tenazas en las que una espiral de bronce se enfriaba a toda prisa. A Chaur le brillaban los ojos y estaba sonriendo.

—Será mejor que devuelvas eso a la forja —dijo Barathol.

Como era de esperar, el negocio iba lento. Había comenzado una campaña, promovida por el Gremio, que implicaba claramente la amenaza de una lista negra que podría extenderse a otros gremios de la ciudad (y lo haría). Los clientes de Barathol podrían encontrarse con que no podían adquirir cosas que necesitaban de un sinfín de otros oficios, y eso sin duda resultaría demoledor. En cuanto a las necesidades materiales del propio Barathol, la mayoría de las puertas se le estaban cerrando ya en las narices. Se veía obligado a buscar alternativas en el mercado negro, que nunca era una opción segura.

Como había predicho su amigo Mazo, los malazanos que residían en la ciudad se habían mostrado indiferentes a todas las extorsiones y advertencias que habían recibido para que no se hicieran clientes de Barathol. Era indudable que en su naturaleza había algo que se resistía a la idea de amenaza, y no solo eso, sino que decirles que no podían hacer algo solo conseguía sacarlos de quicio y prender un fuego de obstinación en sus ojos. Que esa respuesta podía convertirse en una maldición había quedado de manifiesto con la matanza en el bar de K'rul, y el dolor consiguiente permanecía incrustado en lo más profundo de Barathol y le producía una rabia oscura y fría. Por desgracia para el último agente del Gremio de Herreros, parte de esa furia se había transferido a la reacción instintiva de Barathol cuando el tipo le había pedido dinero.

Sin embargo, él no había ido a Darujhistan para hacer enemigos, pero el caso era que se encontraba metido en una guerra. Quizás incluso más de una. No era de extrañar, entonces, su mal humor.

Se encaminó al patio del taller, donde el calor de las dos forjas atizadas le pasó por encima como una ola salvaje. Su hacha de batalla necesitaba un filo nuevo y quizá no estaría de más fabricar una espada nueva, algo que pudiera lucir en público.

La nueva vida de Barathol en Darujhistan estaba resultando de todo menos pacífica.

Bellam Nom era, en opinión de Murillio, el único estudiante de la escuela de esgrima digno de ese nombre. Con quince años, todavía luchando con la torpeza de su último estirón, encaraba sus estudios con una determinación sorprendente. Y sorprendía más si cabe que el muchacho quería de verdad estar allí.

En la prolongada ausencia de atención de Piedra Menackis, había recaído sobre Murillio buena parte de las responsabilidades de la escuela, y se estaba encontrando con que ese pariente muy lejano de Rallick (y Torvald) era en todos los aspectos un Nom, y ya solo eso propiciaba un nivel de instrucción muy superior al que les daba a los demás. El joven se encontraba ante él bañado en sudor mientras los últimos de la clase salían corriendo por la puerta del complejo con el eco de sus voces desvaneciéndose rápidamente; Murillio presintió que Bellam estaba muy lejos de sentirse satisfecho con el lentísimo, agónico ritmo de la sesión del día.

—Maese —decía en ese momento—, he oído hablar de un ejercicio con unas anillas suspendidas. Para lograr la arremetida perfecta, perforar el agujero y no entrar en contacto con la anilla en sí...

Murillio lanzó un bufido.

—Sí. Muy útil si estás en una feria ambulante o en un circo. Oh, desde luego, Bellam, el control de la punta es esencial cuando se esgrime el estoque, no digo que no lo sea. Pero en cuanto al ejercicio, me temo que su valor es limitado.

—¿Por qué?

Murillio miró al joven por un momento y luego suspiró.

—Muy bien. El ejercicio requiere demasiadas restricciones, pocas de las cuales ocurren jamás en el curso de un combate real. Se logra el control de la punta, me refiero a un control útil de la punta, cuando forma parte integral de otros ejercicios. Cuando se combina con el juego de pies, la distancia, el control del tiempo y toda la variedad de maniobras de defensa y ofensa indispensables cuando uno se enfrenta a un oponente vivo y real. Ensartar anillas está muy bien, es impresionante, pero la concentración que exige es, en sus fundamentos, muy diferente de la concentración necesaria en un duelo. En cualquier caso, puedes pasar los próximos dos meses aprendiendo a dominar el arte de ensartar una anilla, o dos meses aprendiendo a dominar el arte de permanecer con vida contra un enemigo experto, y no solo permanecer con vida, sino representar a su vez una auténtica amenaza para ese enemigo. —Se encogió de hombros—. La elección es tuya, por supuesto.

Bellam Nom sonrió de repente y Murillio vio lo mucho que se parecía a su primo lejano.

—Puede que todavía lo intente; en mi tiempo libre, claro.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Murillio—. Domina el arte de ensartar una anilla suspendida al término de una estocada a destiempo, recuperar el equilibrio en el lado desarmado, dos paradas desesperadas, una puñalada en el dedo del pie dominante de tu oponente para evitar que se acerque y una estocada de defensa frenética retirándote de espaldas. Haz todo eso y te doy mi segundo mejor estoque.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Todo el que quieras, Bellam.

—El tiempo extra con un instructor —dijo una voz desde la columnata en sombras de un lado— no es gratis.

Murillio se volvió y se inclinó ante Piedra Menackis.

—Señora, no estábamos más que conversando...

—Estabas dando consejos —lo interrumpió ella— y retando a este estudiante. El primer punto se puede ver como instrucción. El segundo es un acuerdo implícito a esfuerzos extracurriculares por tu parte en algún momento del futuro.

La sonrisa de Bellam se había ensanchado.

—Mi padre, señora, no vacilará en cubrir cualquier gasto extra, se lo aseguro.

Ella lanzó un bufido y salió de la penumbra.

—¿Cualquiera?

—Dentro de lo razonable, sí.

Piedra tenía un aspecto horrible. Agotada, vieja, la ropa desaliñada. Si Murillio no supiera que era imposible, le parecería que estaba con resaca, un estado de sobriedad temporal, infrecuente, que marcaba un descenso alcohólico hacia la nada y el olvido. Pero él sabía que a aquella mujer lo que la afligía era mucho más trágico. Sensación de culpa y vergüenza, dolor y odio por sí misma. Le habían arrebatado al hijo que nunca había querido, imaginar que algo así podría dejarla indiferente era no entender nada en absoluto.

—Será mejor que te vayas ya —le dijo Murillio a Bellam.

Los dos vieron alejarse al muchacho.

—Míralo —murmuró Piedra cuando el chico llegó a la verja—, todo codos y rodillas.

—Eso pasará —contestó él.

—Una fase, ¿no?

—Sí. —Y por supuesto él conocía ese juego concreto, el modo en que ella hablaba de Harllo sin hablar de él, de la vida que quizá le aguardara, del futuro que le habían quitado, que le había robado el rechazo cruel de su madre. Piedra se infligiría ese daño una y otra vez, a cada oportunidad. Comentarios

en apariencia inocentes, cada uno una flagelación masoquista. Para que eso funcionara, a la mujer le hacía falta alguien como Murillio, alguien que se quedara allí, escuchara, hablara y fingiera que todo eso era normal, el toma y daca, los titubeos, el charco de sangre que se formaba alrededor de sus botas. Piedra lo había atrapado en ese papel —había utilizado su adoración, el amor que sentía por ella—, y él ya no estaba seguro de que su amor pudiera sobrevivir a semejante abuso.

El mundo es pequeño. Y cada vez más.

Había recorrido las fosas de indigentes del sur de la ciudad, por el exterior de la muralla, entre las dos puertas de mercaderes principales. Había contemplado decenas y decenas de muertos recientes no reclamados. De hecho, se estaba convirtiendo en una especie de ritual para él, y aunque solo tenía descripciones de segunda mano de Harllo, hacía lo que podía, puesto que nadie que conociera al niño quería acompañarlo. Ni Piedra, ni Myrla ni Bedek. En alguna ocasión Murillio se había visto obligado a bajar a una de las fosas para examinar más de cerca un cuerpecito, una cara suave espolvoreada de cal, los párpados cerrados como si estuviera durmiendo, o, a veces, apretados en un último momento de dolor; y esas caras mudas, inmóviles, desfilaban en sus sueños por la noche, una procesión de tal dolor que despertaba con lágrimas corriéndole por la cara.

A Piedra no le contó nada de eso. No le había dicho nada de que las investigaciones que habían hecho Kruppe y él entre los marineros y pescadores no habían encontrado ninguna prueba de que alguien hubiera forzado a embarcar a un niño de cinco años. Ni que cada uno de los posibles rastros hasta el momento no habían dado el menor resultado, ni siquiera una insinuación o una posibilidad remota, lo que dejaba al final la lúgubre posibilidad de un accidente fatal, del que nadie había informado y nadie había investigado; solo otro niño muerto, abandonado mucho antes de la llegada de la muerte, conocido solo en los registros de cadáveres encontrados como «muerto dos veces».

—Estoy pensando en ceder mi participación en esta escuela —estaba diciendo Piedra—. A ti.

Sobresaltado, Murillio se volvió a mirarla.

—No aceptaré.

—Serías un idiota redomado, como si no lo supiera. Tú sí que sirves para esto. Eres mejor profesor. A mí jamás me interesó nada de esto, lo hice por el dinero; y ahora no me podría importar menos. La escuela, los estudiantes, hasta los más prometedores como Nom. No me importa nada, de hecho.

Ni tampoco tú, Murillio. Sí, había oído el añadido tácito sin necesidad de que ella lo dijera en voz alta. Bueno, era evidente que ella lo preferiría lejos. Por mucho que lo necesitara para que jugara a esos juegos de autocastigo con ella, necesitaba mucho más la soledad necesaria para completar la autodestrucción. El aislamiento era algo más que un simple mecanismo de defensa; también servía para preparar castigos más severos, que quizá culminaran en el suicidio. A otro nivel, ella vería su deseo de apartarlo como un acto de misericordia por su parte. Pero eso no era más que una irritante forma de autocompasión.

Le había entregado su corazón a la mujer que no debía. *Elegir el momento, Bellam Nom, lo es todo. Con la espada.*

Con el amor.

En fin, al menos con el estoque ya lo tenía desentrañado.

—No tomes la decisión todavía —dijo él—. Hay una cosa más que puedo intentar. —*No será agradable, pero tú tampoco tienes por qué saberlo.*

Piedra se limitó a darle la espalda.

—Hasta mañana, entonces.

Muchos adultos, en la endurecida inmovilidad de los años, le toman algo de miedo a lugares en los que nunca han estado, incluso al tiempo que anhelan algo diferente en sus vidas, algo nuevo. Pero esa novedad es un mundo de lo fantástico, informe, en respuesta a anhelos vagos, y se define tanto por la ausencia como por la presencia. Es una conjuración de emociones e ilusiones, que pueden poseer o no una geografía concreta. Llegar a ese lugar requiere de una sucesión de rupturas con la situación actual, siempre una empresa traumática que, al completarse, ay, trae el miedo de repente.

Algunos no eligen los cambios en sus vidas. Algunos cambios no los elegiría nadie en su sano juicio. En el Bar de K'rul, una antigua soldado del Imperio de Malaz se alza tambaleante sobre la figura inconsciente de su amante, mientras que tras ella se pasea Azogue murmurando autorrecreminaciones por lo bajo, interrumpidas de vez en cuando por una sarta de maldiciones en media docena de idiomas.

Mezcla comprendía todo lo que había impulsado a Rapiña a intentar lo que había hecho. Lo que no hacía mucho por calmar su furia. El mismo sanador de gran Denul que acababa de atenderla a ella había comenzado una minuciosa exploración de Rapiña en cuanto Azogue había regresado con su compañera echada en el fondo de una carreta de bueyes alquilada; el dictamen había sido que no había nada que hacer. Rapiña podría despertarse o no. Su espíritu se había arrancado de su cuerpo y vagaba perdido.

El sanador se había marchado. Abajo, en la sala principal, Duiker y Scillara quedaron en compañía de fantasmas y poco más.

Aunque todavía débil, Mezcla se fue a recoger sus armas y armadura. Azogue la siguió al pasillo.

—¿Qué estás planeando? —le preguntó, le iba pisando los talones cuando ella entró en su propia habitación.

—No estoy segura —replicó, estiró el camisote de cota de malla sobre la cama y luego se quitó la camisa para buscar la prenda interior acolchada.

A Azogue se le salieron un poco los ojos cuando le vio los pechos, la leve curva del vientre, el dulce...

Mezcla tiró de la camisa forrada y luego regresó al camisote.

—Tendrás que envolverme —dijo.

—¿Eh? Ah, sí. Claro. ¿Pero qué hay de mí?

La veterana lo miró por un momento.

—¿Quieres ayudar?

Azogue medio gruñó a modo de respuesta.

—De acuerdo —le contestó ella—. Vete a buscar un par de ballestas y una buena cantidad de cuadrillos. Vas a cubrirme, durante todo el tiempo que sea posible. No vamos juntos.

—Sí, Mezcla.

La veterana se metió el camisote por la cabeza y pasó los brazos por las pesadas mangas.

Azogue fue al baúl de equipamiento que había a los pies de la cama y empezó a revolver entre el contenido en busca de las tiras de tela negra que ceñían la armadura e impedían que el cuerpo de Mezcla hiciera ruido.

—Dioses del inframundo, mujer, ¿para qué necesitas tanta ropa?

—Banquetes y veladas, por supuesto.

—Pero si tú no has ido en tu vida, mujer.

—Siempre existe la posibilidad, Azogue. Sí, esas, pero asegúrate de que todavía tienen los cordones.

—¿Cómo piensas encontrar el nido?

—Muy sencillo —contestó ella—. No sé por qué no se nos ocurrió antes. El nombre que dijo Rapiña, el que oyó el jaghut. —Mezcla seleccionó un par de cuchillos largos wickanos iguales de su colección de armas y se abrochó el cinturón alrededor de las caderas, después le dedicó a Azogue una dura sonrisa—. Voy a preguntárselo a la Anguila.

Capítulo 16

Y estas cosas nunca fueron tan valiosas
Escucha al pájaro en su jaula cuando habla
Con voz de hombre moribundo; cuando él se vaya
La voz vive para dar y recibir vacías
Garantías con aleatorio patetismo

No sé si podría vivir con eso
Si podría blindarme cuando el inhumano pico
Se abre al recordatorio de un hombre muerto, la cabeza ladeada
Como si canalizara el fantasma de aquel
Que imagina una ausencia de sensación, un vacío que aguarda

La jaula tiene barrotes y por la noche cae el sudario
Para silenciar el comentario de imposibles apóstoles
Diosecillos espirituales y abismo inmenso, nube impenetrable
Entre los vivos y los muertos, el aquí y lo que se ha ido
Donde ningún puente puede aliviar el paso del dolor

Y estas cosas nunca fueron tan valiosas
Escuchar al pájaro cuando habla y habla
Y habla, el que se ha desvanecido
El padre que ha partido conociendo lo incognoscible
Y habla y habla y habla
Con la voz de mi padre

Pájaro enjaulado
Pescador kel Tath

No es que hubiera aliento que se pudiera llamar así. Más bien, lo que lo despertó fue el olor a tierra, seco, un eco de putrefacción acre que podría pertenecer al cadáver de una bestia tirada entre las hierbas altas, desecado pero conservando su hedor, ceñido y asfixiante como una capa. Al abrir los ojos, Kallor se encontró mirando la cabeza enorme y podrida de un dragón, los colmillos inmensos y las encías hechas jirones casi a su alcance.

Algo tapaba la luz de la mañana y parecía que la sombra proyectada por el dragón se enturbiaba con todos sus siglos de aliento olvidado.

Cuando el trueno salvaje del pulso de Kallor se calmó, el guerrero se apartó poco a poco, la cabeza

viperina del dragón se ladeó para seguir su movimiento; Kallor se puso en pie con cautela, cuidándose mucho de no acercar las manos a la espada envainada que estaba tirada en el suelo junto a su petate.

—No pedí compañía —dijo con el ceño fruncido.

El dragón quitó la cabeza, las escamas secas crujieron por todo su cuello de serpiente y él se volvió a acomodar entre las dos caperuzas de sus alas plegadas.

Kallor vio surcos de suciedad que bajaban por las fisuras y junturas del cuerpo de la criatura. En una demacrada pata delantera se dibujaba la tracería de unas finas raíces en una incolora burla de vasos sanguíneos. En los pozos ensombrecidos bajo los riscos nudosos de la frente se insinuaban unos ojos marchitos, un jaspeado de gris y negro que no podía albergar despliegue alguno de deseo o intención; y, sin embargo, Kallor sintió esa mirada tan áspera como un pellejo contra sus ojos cuando contempló al dragón no muerto.

—Has hecho —dijo— un largo viaje, sospecho. Pero no soy para ti. No puedo darte nada, suponiendo que quisiera, que no quiero. Y no imagines —añadió— que voy a regatear contigo, sean cuales sean los apetitos que todavía poseas.

Miró su campamento improvisado, vio la modesta hoguera con su puñado de carbones todavía ardiendo sin llama tras el fuego de la noche anterior.

—Tengo hambre y sed —dijo—. Puedes irte cuando te plazca.

La voz sibilante del dragón habló en el cráneo de Kallor.

—*No puedes conocer mi dolor.*

Kallor lanzó un gruñido.

—Es que no puedes sentir dolor. Estás muerto, y tienes aspecto de haber estado enterrado. Durante mucho tiempo.

—*El alma se retuerce. Hay angustia. Estoy roto.*

Kallor echó unos cuantos trozos de estiércol seco de bhederin sobre los carbones y luego miró al dragón.

—Yo no puedo hacer nada.

—*He soñado con un trono.*

La atención de Kallor se avivó con especulaciones.

—¿Quieres elegir un amo? No es propio de tu especie. —Negó con la cabeza—. Casi no puedo creerlo.

—*Porque no lo entiendes. No lo entendéis ninguno. Hay tanto que está fuera de vuestro alcance. Pretendes convertirte en el Rey de las Cadenas. No te burles si yo busco un amo, rey supremo Kallor.*

—El dios Tullido tiene los días contados, eleint —dijo Kallor—. Pero el trono permanecerá, mucho después de que las cadenas se hayan oxidado y convertido en polvo.

Entonces se hizo un largo silencio entre los dos. El cielo matinal estaba despejado, teñido por el leve tono rojizo del polen y del polvo que parecía surgir de aquella tierra. Kallor vio que las llamas ya despuntaban en el hogar y estiró el brazo para coger la olla pequeña, abollada y ennegrecida. Vertió en el interior el agua que le quedaba y colocó la olla sobre el trípode encaramado encima del fuego. Enjambres de insectos suicidas se metieron disparados en las llamas y se prendieron con una lluvia de chispas; Kallor se sorprendió de ese gusto por buscar la muerte, como si el incentivo del final fuera irresistible. No era un rasgo que él compartiese, sin embargo.

—*Recuerdo mi muerte* —dijo el dragón.

—¿Y eso merece la pena recordarse?

—*Los jaghut eran un pueblo obstinado. Había tantos que no veían más que la frialdad de sus corazones...*

—Nadie los comprendía, ¿no?

—*Se burlaban de tu imperio, rey supremo. Te respondieron con desprecio. Parece que las heridas no han curado todavía.*

—Algo me lo ha recordado hace poco, eso es todo —respondió Kallor mientras observaba cómo se iba despertando el agua poco a poco. Echó dentro un puñado de hierbas—. Muy bien, cuéntame tu cuento. Agradezco la distracción.

El dragón alzó la cabeza y pareció estudiar el horizonte oriental.

—Nunca es buena idea quedarse mirando al sol —comentó Kallor—. Podrías quemarte los ojos.

—*Era más brillante entonces, ¿recuerdas?*

—Perturbaciones de la órbita, o eso creían los k'chain che'malle.

—*También lo creían los jaghut, que eran los más diligentes en sus observaciones del mundo. Dime, rey supremo, ¿sabías que rompieron la paz solo una vez? En toda su existencia, (no, no los t'lan imass), esa guerra fue cosa de esos salvajes, y los jaghut fueron un enemigo de lo más reacio.*

—Deberían haberse vuelto contra los imass —dijo Kallor—. Deberían haber aniquilado a esas alimañas.

—*Quizá, pero yo estaba hablando de una guerra anterior, la guerra que destruyó a los jaghut mucho antes de la llegada de los t'lan imass. La guerra que hizo pedazos su unidad, que convirtió sus vidas en una agonizante huida de un enemigo implacable, sí, mucho antes y mucho después de los t'lan imass.*

Kallor lo pensó un momento, luego soltó un gruñido.

—No estoy muy versado en historia jaghut. ¿Qué guerra fue esa? ¿Los k'chain che'malle? ¿Los forkrul assail? —Entrecerró los ojos y miró al dragón—. ¿O quizá vosotros, los eleint?

El dragón respondió con un tono lleno de pesar.

—*No. Entre nosotros hubo quienes decidieron unirse a esa guerra, para luchar junto a los ejércitos jaghut...*

—¿Ejércitos? ¿Ejércitos jaghut?

—*Sí, se reunió un pueblo entero, una hueste de voluntad singular. Legiones incontables. Su estandarte era la rabia, su toque de trompeta, la injusticia. Cuando marcharon, las espadas golpeando los escudos, el propio tiempo encontró la medida, cien millones de corazones de hierro afilado. Ni siquiera tú, rey supremo, podrías imaginar una visión así, tu imperio era un simple chubasco contra esa tormenta.*

Por una vez Kallor no tuvo nada que decir. Ningún comentario desdeñoso, ninguna refutación burlona. Dibujó en la mente la escena que había descrito el dragón, y se había quedado mudo. ¡Lo que daría por haber presenciado algo así!

El dragón pareció comprender su asombro.

—*Otra vez sí, rey supremo. Cuando forjaste tu imperio, fue sobre el polvo de ese tiempo, esa magnífica contienda, ese, el más audaz de los asaltos. Luchamos. Nos negamos a retroceder. Fracasamos. Caímos. Fuimos tantos los que caímos, ¿deberíamos haber creído lo contrario? ¿Deberíamos habernos aferrado a nuestra fe en la justicia de nuestra causa, incluso cuando terminamos por creer que estábamos condenados?*

Kallor se quedó mirando al dragón, el té de la olla estaba humeando. Casi podía oír los ecos de decenas de millones, cientos de millones, muriendo en una llanura tan inmensa que ni siquiera los horizontes podían cercarla. Vio llamas, ríos de sangre, un cielo sólido de ceniza. Para crear esa imagen solo tenía que acudir a su propia furia de destrucción y luego multiplicarla por mil. La idea le quitó el aliento, se lo arrebató de los pulmones y el pecho se le llenó de dolor.

—¿Qué... —consiguió decir—, quién? ¿Qué enemigo podría derrotar a una fuerza así?

—*Llora por los jaghut, rey supremo, cuando te sientes al fin en ese trono. Llora por las cadenas que atan toda vida, y que nunca puedes romper. Aflígete por mí y mis parientes caídos, que no vacilaron en unirse a una guerra que no se podía ganar. Has de saber, para siempre en tu alma, Kallor Eidorann, que los jaghut libraron la guerra que ningún otro se ha atrevido a librar.*

—Eleint...

—*Piensa en esas personas. Piensa en ellos, rey supremo. El sacrificio que hicieron por todos nosotros. Piensa en los jaghut y una victoria imposible obtenida en el corazón de la derrota. Piensa, y luego llegarás a entender todo lo que ha de venir. Quizá, entonces, solo tú sabrás lo bastante para honrar su memoria, el sacrificio que hicieron por todos nosotros.*

»*Rey supremo, la única guerra de los jaghut, su mayor guerra, fue contra la propia Muerte.*

El dragón le dio la espalda entonces y extendió las alas raídas. La hechicería brotó alrededor de la enorme criatura y la levantó por el aire.

Kallor se quedó allí, observando al eleint elevarse al cielo de color canela. Un dragón muerto sin nombre que había caído en el reino de la Muerte, que había caído y al morir se había limitado... a cambiar de bando. No, no había forma de ganar esa guerra.

—Maldito necio —le susurró al eleint que desaparecía a toda prisa—. Todos vosotros, malditos necios. —*Benditos seáis, benditos todos.*

Gothos, la próxima vez que nos veamos, este rey supremo te debe una disculpa.

Por unas mejillas marchitas que parecían condenadas a una sequedad eterna comenzaron a correr las lágrimas. Pasaría mucho tiempo pensando, pensaría mucho, y descubriría sentimientos que no había tenido en largo tiempo, tan largo que parecían ajenos, demasiado peligrosos para cobijarlos en el alma.

Y se preguntaría, con inquietud creciente, por el eleint muerto que, tras escapar del reino de la Muerte, quería elegir al dios Tullido como nuevo amo.

«Un trono», había dicho el emperador Kellanved una vez, «está hecho de muchas partes». Y luego había añadido: «cualquiera de las cuales puede romperse, para eterna incomodidad del rey». No, de nada servía sentarse sin más en un trono y engañarse con su solidez eterna. Él lo había sabido mucho antes de que Kellanved arrojase una inquisitiva mirada sobre el Imperio. Pero él no era dado a las citas rimbombantes.

En fin, todo el mundo tiene sus defectos.

En un estanque oscuro una veintena de cantos rodados surgen de la oscura, y en apariencia sin vida, superficie. Parecen islas, no hay dos que se conecten de forma evidente, ninguna cadena en ascenso que insinúe una cordillera de montañas casi sumergida, ni tan siquiera medio bucle que marque una caldera inundada. Cada canto se eleva en solitario, una proclamación audaz.

¿Era así como había sido al principio de todo? Un sinfín de eruditos se esforzaba por encontrarle sentido, las distintas existencias, la imposición del orden en una miríada de comprensiones. Se trazaban líneas, las banderas se salpicaban de colores, los rostros se fundían en filosofías singulares, actitudes y aspectos. *Aquí está Oscuridad, y aquí está Vida. Luz, Tierra, Fuego, Sombra, Aire, Agua. Y Muerte.* Como si esos aspectos se iniciasen como entidades puras, limpias del contacto de las otras. Y como si el tiempo fuera el enemigo que forzara los inevitables contagios.

Cada vez que Endest Silann pensaba en esas cosas, se encontraba atrapado en una espinosa y molesta desconfianza. En su experiencia, la pureza era un concepto desagradable, e imaginar mundos definidos por la pureza lo llenaba de miedo. Una existencia que se mantuviese pura no era más que el corolario

físico de un punto de vista obligado a la certeza. La crueldad podía medrar sin las trabas de la compasión. Los puros no veían valor alguno entre los impuros, después de todo. Ni siquiera era necesario justificar la aniquilación, puesto que la inferioridad era siempre patente.

Empezaba a creer que, como quiera que hubiese comenzado la creación, esas formas puras existían como simples materias primas destinadas a elaboraciones más encomiables. Como sabía cualquier alquimista, la transformación solo era posible como resultado de la mezcla. Para que florezca la creación debe existir una interminable sucesión de catalizadores.

Su señor lo había entendido. De hecho, el acicate de cuanto había hecho había sido precisamente esa comprensión. Y el cambio era, para tantos, aterrador. Durante buena parte de su existencia, Anomander Rake había luchado prácticamente solo. Incluso sus hermanos estuvieron a punto de caer, atados por los lazos de la sangre, en el caos que siguió.

¿Fue Kharkanas de verdad la primera ciudad? ¿El primer saludo, y el más orgulloso, al orden en el cosmos? ¿Era tan siquiera cierto que la Oscuridad había precedido a todo lo demás? ¿Y qué había de los otros mundos?, ¿de los reinos rivales? Y si uno pensaba detenidamente en esa incipiente edad de la creación, ¿acaso por entonces no había comenzado la mezcla? ¿No había Muerte en los reinos de Oscuridad, Luz, Fuego y todos los demás? Es más, ¿cómo podían existir de forma distintiva Vida y Muerte la una sin la otra?

No, él creía que la Era de la Pureza no era más que un invento mítico, una separación conveniente de todas las fuerzas necesarias para toda existencia. ¿Pero no había sido él testigo de la Llegada de la Luz? ¿Del obstinado rechazo de Madre Oscuridad del éxtasis eterno? ¿No había visto él con sus propios ojos el nacimiento del sol sobre su bendita y preciosa ciudad? ¿Cómo pudo no haber entendido, en ese momento, que todo lo demás continuaría inevitable e inexorablemente? ¿Que el fuego despertaría, que aullarían vientos furiosos, que las aguas subirían y la tierra se abriría? ¿Que la muerte inundaría su mundo con un torrente brutal de violencia? ¿Que Sombra se deslizaría entre las cosas susurrando astutas subversiones de todos esos prístinos absolutos?

Estaba sentado a solas en su habitación, a la manera de todos los ancianos cuando el último testigo se ha marchado, cuando nada salvo muros de piedra e inertes muebles se reúnen para burlarse de sus últimas y escasas aspiraciones, sus últimas y cada vez más pequeñas razones para vivir. Presenciaba de nuevo en su mente, en una visión aún nítida y desoladora, cómo Andarist aparecía tambaleante. Sangre en las manos. Sangre pintada a imagen de un árbol destrozado sobre su rostro carcomido por el dolor; oh, el horror en sus ojos aún era capaz de hacer que Endest se echase atrás, pues no quería nada de aquello, la maldición de ser testigo...

No, mejor paredes de piedra y muebles inertes. Todos los errores en la vida de Andarist, que se amontonaban con enajenación parloteante en aquellos ojos grandes y penetrantes.

Sí, él había retrocedido cuando esa mirada fija se había clavado en la suya. Algunas cosas no deberían comunicarse jamás, no deberían usarse para rasgar el pesado telón que uno alzaba para mantener lo que había fuera separado de todo lo que había dentro, para desgarrarlo y alojarse en las profundidades del alma de un testigo inocente. *¡Guárdate tu dolor, Andarist! Te dejó con esto, te dejó pensando que eras más sabio de lo que eras. No te creas tan traicionado, ¡maldito seas! ¡No es culpa suya!*

No es culpa mía.

Romper Sombra es liberarla por todos los demás mundos. Incluso en su nacimiento había sido efímera por necesidad, una ilusión, una espiral de tautologías interminables y autorreferenciales. Sombra era un argumento y solo el argumento bastaba para afirmar su existencia. Estar dentro era adentrarse en el sueño de un subjetivista, ver todo lo demás como ilusiones fantasmales, fantasiosas, en el mejor de los casos la materia prima con que darle forma a Sombra, en el peor nada más que la necesidad implícita de Sombra

de definirse... Dioses, ¿de qué sirve buscarle el sentido a algo así? Sombra es, y Sombra no es, y morar en su interior es no ser ni de una cosa ni de ninguna otra.

Y tus hijos, querida Sombra, asumieron la fuerza del coraje andiano, y la piedad liosan, e hicieron de esa mezcla algo salvaje, brutal, imposible de creer. Para que hablen de promesas de gloria.

Se encontró con que estaba sentado con la cabeza en las manos. La historia cargaba contra él y arremetía contra sus diezmadadas defensas. Tras la imagen de Andarist vio a continuación la sonrisilla maliciosa de Silchas Ruina, aquel amanecer cuando fue a colocarse junto a Scabandari, como si supiera lo que iba a pasar, como si se contentara con aceptar todo lo que siguió y al hacerlo salvara a sus seguidores de una muerte más inmediata —cuando las legiones liosan rodearon el horizonte, los soldados entonando esa horrenda, evocadora canción, creando una música de belleza desgarradora para anunciar su marcha a la matanza—, salvando a su pueblo de una muerte más inmediata, concediéndoles unos pocos días más, quizá semanas, de existencia, antes de que los edur se volvieran contra sus heridos aliados en algún otro mundo.

Sombra desgarrada, despedazada, flotando en mil direcciones. Como soplar en la corola de una flor, ¡allá que salen volando las semillas!

Andarist, roto. Silchas, desaparecido.

Anomander Rake, de pie, solo.

Todo este tiempo. Todo este tiempo...

El alquimista lo sabe: se equivoca de catalizador, se equivoca de mezcla, calcula mal las proporciones, y se esfuma cualquier pretensión de control, huye la transformación, desencadenada, florece convertida en cataclismo. *Confusión y miedo, sospechas y después guerra, y la guerra engendrará caos. Y así será, y así es, y así ocurrirá por siempre.*

Míranos huir, soñando con la paz perdida, la era de la pureza y el éxtasis, cuando abrazábamos la decadencia como a un amante y nuestro amor nos cegaba y nos contentábamos con aquello. Siempre que permaneciéramos entretenidos, estábamos contentos.

Mírame.

Esto es lo que es estar contento.

Endest Silann respiró hondo, levantó la cabeza y parpadeó para aclararse la vista. Su señor creía que podía hacerlo, así que él creería a su señor. Así de simple.

En algún lugar del torreón cantaban las sacerdotisas.

Una mano se alzó y se aferró con fuerza. Con un fuerte y súbito tirón, se zafó de la presa de Apsal'ara y, entre gañidos de imprecaciones, ella se precipitó del marco del eje y cayó con un golpe seco en el suelo anegado.

Conocía la cara que la miraba desde arriba, aunque hubiera preferido no conocerla.

—¿Estás loco, Draconus?

Su única respuesta fue cogerla por la cadena y empezar a sacarla a rastras de debajo de la carreta.

Furiosa, indignada, ella se retorció por el barro e intentó agarrarse a algo, cualquier cosa que le permitiera enderezarse, quizás incluso resistir. Las piedras rodaban bajo el mordisco de sus uñas, el barro rechinaba y le ensuciaba de grasa los codos, las rodillas, los pies. Pero él seguía tirando, tratándola con pobre y amarga ceremonia, como si ella no fuera más que un ratero dando berridos, ¡era indignante!

Salió de la venturosa penumbra de la carreta y tropezó en la tierra tachonada de piedras, las cadenas latiguearon sin control, se alzaron y cayeron de nuevo para seguir unos surcos retorcidos, y se alzaron una

vez más cuando quien quiera o lo que fuera que estuviese al otro extremo dio otro tirón en un único y desesperado paso. El sonido era enloquecedor, absurdo, exasperante.

Apsal'ara se irguió con un giro, recogió un tramo de la cadena y miró con furia a Draconus.

—Acércate más —siseó—, para que pueda aplastarte esa cara bonita.

La sonrisa masculina carecía de humor.

—¿Por qué habría de hacer eso, ladrona?

—Para complacerme, por supuesto, es lo menos que merezco de tu parte, por sacarme a rastras de aquí.

—Bueno —dijo él—, yo merezco muchas cosas, Apsal'ara. Pero de momento me conformo con tu atención.

—¿Qué quieres? No podemos hacer nada para parar esto. Si escojo que mi final sea repanchingada aquí en el eje, ¿cuál es el problema?

Se vieron obligados a empezar a caminar, otro paso cada pocos momentos, con mucha más lentitud, tan lentos que el patetismo de todo aquello atravesó el corazón de Apsal'ara como una puñalada.

—¿Te has rendido con la cadena? —preguntó Draconus, como si el modo en que la había sacado allí careciera de importancia y no hiciera falta ni mencionarlo.

Apsal'ara decidió tras un momento que él tenía razón. Al menos eso había tenido cierto... drama.

—Unos cuantos siglos más —respondió con un encogimiento de hombros—, que yo no tengo. Maldito seas, Draconus, no hay nada que ver aquí fuera, déjame volver...

—Necesito saberlo —la interrumpió él—; cuando llegue el momento de luchar, Apsal'ara, ¿vendrás a mi lado?

Lo examinó. Un hombre de rasgos atractivos bajo esa barba gruesa, negra. Ojos que habían conocido malicia y desde entonces se estiraban hasta casi partirse, que dejaban una extraña confusión, algo que era casi pesar, casi... sabiduría. Oh, en el reino de esa espada se encontraba la humildad, sin duda.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Él levantó las espesas cejas, como si la pregunta lo sorprendiera.

—He visto muchos —contestó con un titubeo— en mis días. Tantos, que aparecían de repente chillando de horror, de angustia y desesperación. Otros... ya entumecidos, desesperados. La locura invade a tantos, Apsal'ara...

Apsal'ara hizo una mueca. Sí, los había oído. Encima de los lugares en los que ella se escondía. Por los lados, más allá de las lluvias incesantes, donde las cadenas rodaban y se enredaban, caían sueltas y se levantaban de nuevo, donde se cruzaban, una marchando más inclinada si cabe, atravesando cadena tras cadena, mientras la criatura del extremo daba tumbos a ciegas, inconsciente, cayendo al poco y sin levantarse de nuevo. El resto se limitaba a pasar por encima de esa cadena inmóvil, hasta que se iba estirando en la estela de la carreta y comenzaba a arrastrar su carga.

—Apsal'ara, tú llegaste escupiendo como un gato. Pero no tardaste mucho en ponerte a buscar un modo de escapar. Y no descansabas. —Draconus hizo una pausa y se pasó una mano por la cara—. Hay tan pocos aquí que yo haya llegado a... admirar. —La sonrisa que le regaló entonces Draconus fue una indefensa y turbadora—. Si debemos caer, entonces me gustaría escoger a los que voy a tener a mi lado; sí, soy egoísta hasta el último momento. Y siento haberte arrastrado hasta aquí con tan poco tacto.

Ella caminó a su lado sin decir nada. Pensando. Al final suspiró.

—Se dice que solo la voluntad puede luchar contra el caos, que no hay más armas.

—Eso se dice.

Apsal'ara le lanzó una mirada.

—Me conoces, Draconus. Sabes... Tengo fuerza. De voluntad.

—Lucharás mucho tiempo —asintió él con la cabeza—. Muchísimo tiempo.

—El caos querrá mi alma. Intentará hacerla pedazos, despojarme de mi conciencia. Aullará a mi alrededor.

—Sí —dijo él.

—Algunos de nosotros somos más fuertes que otros.

—Sí, Apsal'ara. Algunos de nosotros somos más fuertes que otros.

—Y son los que quieres reunir a tu alrededor, para que podamos formar un núcleo. De resistencia, de voluntad obstinada.

—Eso he pensado.

—¿Para conseguir pasar al otro lado? ¿Hay otro lado, Draconus?

—No lo sé.

—No lo sabes —repitió ella, haciendo de las palabras un gruñido—. Toda mi vida —continuó— he elegido estar sola. En mis luchas, en mis victorias y en mis fracasos. Draconus, me enfrentaré a la nada del mismo modo. Debo hacerlo, todos debemos. No sirve de nada que la enfrentemos unidos, pues cada uno debe caer solo.

—Lo entiendo. Lo siento entonces, Apsal'ara, siento todo esto.

—No hay ningún otro lado, Draconus.

—No, lo más probable es que no.

Ella recogió más su cadena y se apoyó el aplastante peso en los hombros, luego se apartó del hombre y regresó a la carreta. No, no podía darle nada, no cuando la esperanza misma era imposible. Él se equivocaba al admirarla. Luchar era su propia locura, resistirse a algo a lo que no se podía oponer resistencia, combatir contra lo que no podía ser derrotado.

Ese enemigo quería llevarse su mente, su ser, arrancarlo pedazo a pedazo, y ella podría sentir algo de esas pérdidas, al menos al principio, como inmensas lagunas en su memoria, quizá, o una serie de respuestas sencillas que ella ya no podía responder. Pero antes de mucho tiempo ese conocimiento se desvanecería también, y cada fragmento flotante revolotearía a la deriva, libre, solo, sin saber que en otro tiempo había formado parte de algo más grande, de algo entero. Su vida, toda su conciencia, desperdigada y convertida en temerosos huérfanos que lloriquean ante cada sonido extraño, cada tirón invisible de la oscuridad circundante. De mujer a niña, y luego a bebé indefenso.

Sabía lo que iba a ocurrir. Sabía también que había una especie de misericordia en esa ignorancia ciega, esa inocencia de los fragmentos. Inconscientes, los huérfanos se disolverían, sin dejar nada a su paso.

¿Qué mente no temería semejante destino?

—Draconus —susurró, aunque estaba ya muy lejos de él, acercándose a la carreta de nuevo—, no hay ningún otro lado del caos. Míranos. Cada uno encadenado. Juntos, y, sin embargo, solos. Míranos pasar el tiempo a nuestra manera, hasta el final. Tú hiciste esta espada, pero la espada es solo la forma que se le da a algo que va mucho más allá de ti, mucho más allá de cualquier criatura, de cualquier mente. Tú solo la hiciste temporalmente manejable.

Se deslizó en la oscuridad que reinaba tras la rueda delantera. En aquella lluvia densa, viscosa.

—Anomander Rake lo entiende —siseó—. Lo entiende, Draconus. Más de lo que tú lo entendiste jamás. De lo que lo entenderás jamás. El mundo del interior de Dragnipur debe morir. Ese es el mayor acto de misericordia imaginable. El mayor sacrificio. Dime, Draconus, ¿renunciarías a tu poder? ¿Aplastarías tu egoísmo, para elegir esta... esta emasculación? Esta espada, tu puño de hierro, tu puño frío de venganza, ¿serías capaz de ver cómo se queda sin vida entre tus manos? ¿Tan muerto como cualquier otra barra de hierro forjado?

Se metió bajo el eje principal, se quitó la cadena de los hombros y la subió a la viga de madera. Luego

trepó tras ella.

—No, Draconus, tú no podrías hacer eso, ¿verdad?

Había habido piedad en los ojos de Rake al matarla. Había habido dolor. Pero ella había visto, incluso entonces, en los últimos momentos de miradas trabadas, de qué manera aquellos sentimientos estaban atemperados.

Por un futuro que se acercaba a toda prisa. No fue hasta después, al estar allí, que lo había comprendido.

Tú nos das el caos. Tú nos das un final a todo esto.

Y supo que, si estuviera en el lugar de Anomander Rake, si fuera ella la que poseía Dragnipur, fracasaría en ese sacrificio. El poder del arma la seduciría por completo y para siempre.

Ningún otro. Ningún otro más que tú, Anomander Rake.

Gracias a los dioses.

Despertó con la punzada de una aguja en el rabillo de un ojo. Se encogió, ahogó un grito, se escabulló por encima de los cuerpos cálidos. Al abrir los ojos, ese artista ciego, ese loco tiste andii, Kadaspala, el rostro crispado por la desesperación, el estilo de hueso retirándose.

—¡Espera! ¡Vuelve! ¡Espera, espera!, ¡quédate, quédate!, ¡ya casi he terminado! Ya casi he acabado y tengo que acabar antes de que sea demasiado tarde, ¡antes de que sea demasiado tarde!

Fosa vio que la mitad de su cuerpo mutilado ya tenía tatuajes, todos por un lado, allí donde la piel había quedado expuesta mientras él yacía inconsciente sobre el montón de caídos. ¿Cuánto tiempo había estado tirado allí, sin conocimiento, mientras esa perturbada criatura lo cosía a agujeros?

—Te lo dije —protestó—, yo no. ¡Yo no!

—Necesario. El vértice, el quid, el fulcro y el corazón. Él te eligió. Yo te elegí. ¡Necesario! Si no, estamos todos perdidos, estamos todos perdidos, estamos todos perdidos. Vuelve. Donde estabas, donde estabas, echado justo así, el brazo encima, la muñeca, la misma contracción del ojo...

—¡He dicho que no! Acércate otra vez, Kadaspala, y te estrangulo hasta que mueras. Lo juro. Te trituró el cuello hasta que no sea más que pulpa. O te parto los dedos, ¡uno a uno tus malditos dedos!

Tirado boca abajo, las cuencas abiertas parecían mirar con furia, Kadaspala apartó las manos de repente y las ocultó bajo el pecho.

—No debes hacer eso, y no debes hacer eso. Ya casi había terminado contigo. Vi cómo tu mente se iba, me dejaba tu carne, para hacer lo que había que hacer y lo que había que hacer todavía hay que hacerlo, ¿es que no lo entiendes?

Fosa se alejó a gatas otro poco más, muy lejos del alcance del tiste andii, rodó y luego se hundió entre dos formas demoníacas, formas que se agitaron con un ruido nauseabundo bajo su peso.

—No te acerques más —siseó.

—Debo convencerte. He citado a Draconus. Se le ha convocado. Habrá amenazas, vienen con él, siempre vienen con Draconus. Lo he convocado.

Fosa se fue echando poco a poco de espaldas. Sabía que aquello no iba a terminar. Cada vez que su mente se apagase, que huyera a cualquier olvido que encontrase, ese artista loco se arrastraría a su lado y, ciego o no, reanudaría su trabajo. *¿Y qué? ¿Por qué tendría que importarme en realidad? Total, este cuerpo está prácticamente destruido. Si Kadaspala lo quiere... no, maldito sea, es todo lo que me queda.*

—A tantos les complace —murmuró el tiste andii— pensar que se han convertido en algo mayor de lo que un día fueron. Es una cuestión de sacrificios, de los que yo sé todo lo que hay que saber, sí. Yo sé

todo lo que hay que saber. Y —añadió, falto de aliento— hay por supuesto más que eso, más que eso. La salvación...

—No puedes hablar en serio.

—No es del todo una mentira, no del todo una mentira, amigo mío. No del todo una mentira. Y la verdad, bueno, la verdad nunca es tan verdad como crees que es, o si lo es, entonces no por mucho tiempo, no por mucho tiempo, no por mucho tiempo.

Fosa se quedó mirando el cielo enfermizo, el reflejo de los destellos argénteos que se derramaban por lo que parecían unas turbias nubes de polvo gris. Había una sensación de inminencia, algo que se cernía por los bordes de su visión. Había una sensación extraña en su mente, como si no estuviera más que a momentos de oír una noticia demoledora, una enfermedad fatal que ningún sanador podía solucionar; sabía que estaba a punto de llegar, sabía que era inevitable, pero los detalles eran desconocidos y lo único que podía hacer era esperar. Seguir viviendo en una anticipación interminable de ese pronunciamiento cruel, sin sentido.

Si había tantos lados en la existencia, ¿entonces por qué el dolor y la pena anulaban todo lo demás? ¿Por qué esas fuerzas tan lúgubres eran mucho más poderosas que la alegría, el amor o incluso la compasión? Y ante todo eso, ¿de veras proporcionaba la dignidad una respuesta valiosa? No era más que un escudo, un alarde ante los demás, mientras el alma se encogía tras ella, en absoluto preparada para que la catástrofe la dejara impasible, sobre todo si era del tipo personal.

Sintió un odio repentino por la futilidad de las cosas.

Kadaspala se acercaba a gatas, su acecho furtivo era traicionado por minúsculos jadeos de esfuerzo, los intentos por ser sigiloso patéticos, casi cómicos.

Sangre y tinta, tinta y sangre, ¿no, Kadaspala? Lo físico y lo espiritual, cada uno pintando la verdad del otro.

Te voy a retorcer el pescuezo, lo juro.

Sintió un movimiento, oyó unos gemidos bajos, y de pronto tenía una figura agachada junto a él. Fosa abrió los ojos.

—Sí —dijo con una mueca desdeñosa—, se te convocó.

—Dime, mago, ¿cuántas batallas estás preparado para perder?

La pregunta lo irritó, aunque esa era la intención.

—De cualquier manera, son muy pocas ya las que me quedan, ¿no?

Draconus alargó el brazo, sacó a Fosa de entre los dos demonios y lo tiró sin miramientos boca abajo, tarea nada fácil puesto que Fosa no era precisamente pequeño, pero los músculos protagonistas del esfuerzo hicieron sentirse al mago como un niño.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fosa cuando Draconus colocó las manos a ambos lados de la cabeza del mago y los dedos se entrelazaron bajo la mandíbula.

Fosa intentó apartar la cabeza, alejarla de la presa que la apretaba, pero fracasó.

Un tirón seco y repentino a un lado. Algo en el cuello se rompió con limpieza, un crujido y un chasquido seco que reverberó en su cráneo, una breve llamarada de lo que podría haber sido dolor, luego... nada.

—¿Qué has hecho?

—No la solución que habría preferido —dijo Draconus desde arriba—, pero era obvio que no iba a conseguir tu cooperación a base de simples argumentos.

Fosa no podía sentir el cuerpo. Nada, nada en absoluto del cuello hacia abajo. *Me lo rompió, el cuello, partió la médula espinal. Me... ¡Dioses! ¡Dioses!*

—Que el tormento te lleve, dios ancestral. Que el tormento se lleve tu alma. Una eternidad de agonía.

La muerte de todos tus sueños, un dolor sin fin entre los tuyos, que ellos también conozcan la desdicha, la desesperación, todos tus...

—Venga, cállate, Fosa. No tengo tiempo para esto.

La escena ante los ojos de Fosa osciló entonces, se balanceó con un movimiento salvaje y giró cuando Draconus lo arrastró hasta donde había estado tirado antes, a donde lo necesitaba Kadaspala. *El vértice, el quid, el corazón, lo que sea. Ya me tienes, tiste andii.*

Y sí, no presté atención a tu amenaza, y mírame ahora. Cierto y cierto, podrías decir, Fosa nunca aprende. Ni sobre amenazas. Ni sobre riesgos. Y no, nada, nada, sobre criaturas como Draconus. O Anomander Rake. Sobre ninguno de ellos, que hacen lo que haga falta cuando hay que hacerlo.

—No muevas la cara —susurró Kadaspala a su oído—. No quiero cegarte, no quiero cegarte. No quieres estar ciego, créeme, no quieres estar ciego. Nada de tics, eso es muy importante también, muy muy muy importante e importante también.

La puñalada del estilo, un leve escozor y luego, puesto que era la única sensación que le quedaba, un espasmo de dolor como una bendición, el toque misericordioso de un dios para recordarle su carne, que todavía existía, que la sangre seguía fluyendo bajo la piel.

El sanador, Fosa, tiene noticias demoledoras.

Pero todavía tienes tu dignidad. Todavía te queda eso.

Oh, sí, todavía tiene su dignidad. Mira la serena resignación en esos ojos firmes, la expresión acerada, la valentía de carecer de elección.

Impresiónate, ¿quieres?

Las laderas que daban al sur de las montañas del Paseo de Dios estaban atestadas de ruinas. Cúpulas hechas pedazos, la mayor parte de forma elíptica, bordeaban las terrazas escalonadas como dientes rotos. Las unían unos muros bajos, aunque estos también se habían derrumbado en partes, donde la escorrentía de los picos nevados había abierto trincheras y barrancos como estrías en las caras, como si las propias montañas estuvieran ansiosas por limpiarse los últimos restos de aquella civilización muerta largo tiempo atrás.

El agua y la tierra curarán lo que haya que curar. El agua y la tierra, el sol y el viento, esos serán los que se lleven toda señal de obstinada afirmación, de contundente imposición. El ladrillo se desmorona en cascotes, la argamasa se aleja flotando como arenisca en la brisa. Kedeviss sabía que esas montañas lo limpiarían todo.

La idea la complacía y en esos sentimientos no era muy diferente de la mayor parte de los tiste andii, al menos de los que ella conocía y había conocido. Había un placer secreto en la transitoriedad, en ver cómo cae la arrogancia, ya fuera individual o de una civilización audaz y orgullosa. La oscuridad era siempre lo último que permanecía en pie, al cerrarse por última vez los párpados, en las profundidades sin iluminar de los edificios vacíos, los templos sin dios. Cuando un pueblo desaparecía, cada uno de sus hogares, desde las astrosas chozas de los indigentes hasta los palacios de reyes y reinas, se convertían en un simple sepulcro, una tumba que no albergaba más que recuerdos, y hasta esos se desvanecían enseguida.

Sospechaba que los moradores de esa aldea, allí, a los pies de la montaña más cercana, al borde de un lago en precipitado repliegue, no sabían nada de la extensa ciudad cuyas ruinas se cernían sobre ellos. Una cómoda fuente de piedra tallada, ladrillos con extraños vidriados y nada más. Y, por supuesto, el poco conocimiento que hubieran poseído se lo habían entregado al saemankelyk, pues se hizo evidente a medida que el grupo se acercaba que la aldea estaba vacía, abandonada.

Contra el telón de fondo de las montañas, la figura de Clip —que avanzaba con paso largo muy por delante del resto de ellos— parecía apropiadamente empequeñecida, como una hormiga a punto de abordar una colina. Y, sin embargo, Kedeviss se encontraba con que su mirada recaía sobre él una y otra vez. *No lo tengo claro. Con él no lo tengo claro.* Desconfiar le resultaba sencillo, incluso si Clip hubiera sido todo sonrisas y generosidad ella habría tenido sus sospechas. Nunca les había ido bien con los desconocidos, después de todo.

—Jamás he visto una ciudad como esa —dijo Nimander mientras caminaba a su lado.

—Está claro que les fascinaban las cúpulas —comentó Garrapata de Piel tras ellos—. Pero esperemos que por algunos de esos canales todavía corra agua potable. Me siento como si estuviera recubierto de sal, como un trozo de panceta.

Cruzar el lago muerto había sido todo un estudio del fracaso humano. Redes largo tiempo perdidas enmarañadas en boyas, arpones, anclas, garfios y más naufragios de lo que se diría razonable. La muerte del lago había revelado su espíritu traicionero en bajíos y riscos espinosos, en decenas de troncos mineralizados, todavía en pie desde el día en que se rompió una presa en lo más alto de las montañas y mandó una inundación que barrió un valle boscoso. Barcos pesqueros y gabarras de mercaderes, barcazas remolcadas y unas cuantas galeras de líneas puras daban fe de pasadas disputas militares, los cascos oxidados de alguna armadura y otras cosas menos identificables; el lecho del lago parecía una enseñanza condensada sobre masas de agua y los insensatos que se atrevían a navegarlas. Kedeviss imaginaba que si un mar o un océano se secasen de repente, vería el mismo precepto a mayor escala, un desorden de inmensa pérdida que deja sin aliento. ¿Qué lección podía extraer uno de la ambición rota? *Evita el mar. Evita los peligros. No te arriesgues. No sueñes con nada, desea menos.* Una respuesta andiana, con toda seguridad. Los humanos, sin duda, se sumirían en un silencio reflexivo, pensarían en formas de mejorar las posibilidades, de darle la vuelta a la batalla y así ganar la guerra. Para ellos, después de todo, el fracaso era temporal, como correspondía a una especie de vida tan breve que no conocía nada mejor.

—Supongo que no acamparemos en la aldea —dijo Garrapata de Piel, y vieron que Clip se había limitado a atravesar el escaso conjunto de chozas achaparradas y comenzaba a subir la ladera.

—Él puede caminar toda la noche si quiere —dijo Nimander—. Nosotros paramos aquí. Necesitamos descansar. Agua, un maldito baño. Necesitamos redistribuir nuestras provisiones, porque no hay forma de que podamos subir y atravesar las montañas con el carro. Esperemos que los habitantes lo dejaran todo, como hicieron los demás.

Un baño. Sí. Pero no servirá. No podemos limpiarnos las manos, no esta vez.

Pasaron entre malecones hundidos y llegaron a la antigua orilla por una rampa de botadura fabricada con piedras de cantera reutilizadas, muchas de las cuales se habían tallado con símbolos extraños. Las chozas descansaban sobre cimientos sólidos, enormes, el contraste entre la pericia del pasado y la miseria moderna resultaba tan patético que rayaba lo cómico, y Kedeviss oyó el bufido jocoso de Garrapata de Piel cuando empezaron a serpentear entre las primeras estructuras.

Un pozo rectangular dominaba el círculo del centro, con más piedras de perfecto tallaje colocadas con incompetencia en la tierra para formar una especie de tosca plaza. Había esparcidas ropas y sábanas desechadas, blanqueadas por la sal y el sol, como los restos encogidos de unas personas.

—Creo recordar —dijo Garrapata de Piel— una historia infantil sobre ladrones de carne. Siempre que encuentras ropas tiradas junto al camino y en claros es porque los ladrones vinieron y se llevaron a las personas que las vestían. Pero yo nunca me creí esa historia, porque, ¿quién iría por ahí vistiendo solo una camisa? ¿O un solo zapato? No, mi teoría alternativa es mucho más probable.

Nimander, siempre generoso de corazón, mordió el anzuelo.

—¿Y cuál es?

—Pues el malvado viento, claro está, siempre desesperado por vestirse con algo cálido, pero nada le vale jamás, así que el viento arroja las prendas en un ataque de furia.

—Eras un niño —dijo Kedeviss— decidido a explicarlo todo, ¿no es así? La verdad es que no me acuerdo, dejé de escucharte hace mucho tiempo.

—Esta mujer tira con cuadrillo, Nimander.

Nenanda había acercado la carreta y después de bajarse empezó a estirar los nudos que sentía en la espalda.

—Me alegro de dejar ese trasto —dijo.

Momentos después Aranatha y Desra se reunieron con ellos.

Sí, aquí estamos otra vez. Con un poco de suerte, Clip se caerá por una grieta y no volverá.

Nimander parecía mayor, como un hombre al que le hubieran arrebatado la juventud a golpes.

—Bueno —dijo con un suspiro—, deberíamos registrar estas chozas y encontrar lo que haya que encontrar.

Con esa orden, los otros se fueron a explorar. Kedeviss se quedó atrás, con los ojos todavía puestos en Nimander, hasta que este se dio la vuelta y la miró con gesto burlón.

—Está ocultando algo —dijo Kedeviss.

Él no le preguntó a quién se refería, solo se limitó a asentir.

—No sé muy bien por qué cree que nos necesita, Nimander. ¿Quería devotos? ¿Sirvientes? ¿Vamos a ser su facción en la lucha política venidera?

Nimander esbozó una pequeña sonrisa.

—¿No crees, entonces, que nos recogiera por compañerismo, por un sentido de la responsabilidad, para llevarnos de vuelta... con nuestro «Señor de las Alas Negras»?

—¿Sabes que solo él de entre nosotros jamás ha conocido a Anomander Rake? —respondió ella— En cierto sentido, él no nos lleva a nosotros a Anomander Rake. Lo llevamos nosotros a él.

—Cuidado, Kedeviss. Si te oye, habrás ofendido su prepotencia.

—Puede que termine ofendiendo algo más que eso.

Nimander la observó con más dureza.

—Pienso enfrentarme a él —dijo la tiste andii—. Pienso exigirle unas cuantas respuestas.

—Quizá deberíamos todos...

—No. No a menos que fracase. —Kedeviss esperaba que él no le preguntara sus razones y sospechó, sobre todo cuando vio que la sonrisa del hombre se volvía irónica, que las entendía. Un desafío por parte de todos ellos, con Nimander al frente, podría dejar al descubierto la lucha de poder que se había estado tramando entre Clip y Nimander, una lucha que hasta el momento se manifestaba en gestos de indiferencia e incluso desdén, al menos por parte de Clip, dado que Nimander más o menos mantenía su agradable, aunque un tanto morbosa, pasividad, repeliendo los nada sutiles ataques de Clip como lo haría un hombre habituado al asedio. Las ráfagas podían venir de cualquier dirección, después de todo. *Así que lleva un escudo grande y no debes de sonreír.*

Se preguntó si Nimander sabía siquiera la fuerza que tenía en su interior. Podría haberse convertido en un hombre como el que había sido Andarist; después de todo, este había sido más un padre para él de lo que lo había sido jamás Anomander Rake; y, sin embargo, Nimander se había convertido al crecer en un auténtico heredero de Rake, su único defecto era que no lo sabía. Y quizás eso fuera lo mejor, al menos de momento.

—¿Cuándo? —le preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—Pronto, creo.

A mil pasos por encima de la aldea, Clip se acomodó en uno de los muros bajos entre las cúpulas y miró abajo, a la pintoresca y miserable aldea. Vio su sórdido y pequeño ejército vagando por los bordes de la plaza, entrando y saliendo de las chozas.

Decidió que eran unos inútiles. Si no le hubieran preocupado tanto, jamás habría desafiado al dios Moribundo. Como es natural, eran demasiado ignorantes para comprender ese detalle. Incluso se les había metido en la cabeza que le habían salvado la vida. Bueno, eran ilusiones que podían ser útiles, aunque las miradas interminables que le lanzaban —tan repletas de expectativas esperanzadas— estaban empezando a resultar crispantes.

Hizo girar los anillos. *Clac, clac... clac, clac...*

Oh, percibo tu poder, oh Señor de las Alas Negras. Me mantienes lejos. Dime, ¿qué temes? ¿Por qué me obligas a esta caminata interminable?

Los liosan de tiempos pasados estaban en lo cierto. La justicia era inequívoca. Las explicaciones revelaban la cobardía que había en el fondo de cada criminal, los lloriqueos y las protestas, las máscaras que cada uno se ponía y desechaba en desesperada sucesión. La máscara de «no es culpa mía». La máscara de «fue un error». «Tú no lo entiendes», «mírame tan indefenso», y «ten compasión soy débil», podía ver cada expresión, tan perfecta alrededor de unos ojos igual de perfectos en su insondable pozo de autocompasión («entra, hay sitio para todos»). La misericordia era un defecto, un súbito momento de duda que socavaba la inmensa e implacable estructura de la auténtica justicia. Las máscaras estaban hechas para despertar esa duda, la última oportunidad de los culpables para librarse del justo castigo.

A Clip no le interesaba la piedad. No reconocía fallo alguno dentro de su sentido de la justicia. El criminal depende de la compasión del justo y es capaz de usar esa compasión para eludir precisamente todo lo que se merece. ¿Por qué iba a caer una persona justa, cuerda, en semejante trampa? Esa trampa permitía a los criminales prosperar (puesto que jugaban con reglas diferentes y no sentían misericordia o compasión alguna por aquellos que pudieran hacerles algún mal a ellos). No, la justicia debía ser pura. El castigo debía continuar siendo sacrosanto, inmune al compromiso.

Y él lo conseguiría. Para su modesto ejército, para el ejército mucho más grande que habría después. Su pueblo. Los tiste andii de Coral Negro. *No nos pudriremos más. Se acabaron los fuegos que se consumen, las cenizas al viento, vidas desperdiciadas siglo tras siglo, ¿me oyes, oh, señor? Cogeré a tu pueblo y haré justicia.*

Con este mundo.

Con cada dios y ascendiente que nos ha agraviado, traicionado, despreciado.

Mira cómo se tambalean, los rostros ensangrentados, las máscaras torcidas, la autocompasión de sus ojos disolviéndose, y en su lugar el horror del reconocimiento. Porque no hay forma de huir esta vez. Porque el final ha llegado, para cada uno de ellos, malditos sean.

Sí, Clip había leído mucha historia. Conocía a los liosan, los edur, sabía todas las equivocaciones que se habían cometido, los errores de criterio, los fallos cometidos por compasión. Conocía también el verdadero alcance de la traición del Señor de las Alas Negras. De Madre Oscuridad, de todos los tiste andii. *De los que tú dejaste en el Andara. De Nimander y los suyos.*

Tu traición, Anomander Rake, cuando me traicionaste a mí.

El sol se estaba poniendo. Los anillos chasqueaban, tintineaban y volvían a chasquear. Más abajo, la luz dorada bañaba la salina, las chozas acurrucadas en la orilla, pintorescas y faustas por mor de la distancia y la falta de detalles. El humo de una hoguera comenzó a alzarse entre todas ellas. Señales de

vida. Llamas para vencer la oscuridad inminente. Pero no duraría. Nunca duraba.

La suma sacerdotisa apartó el plato.

—No quiero más —dijo—. Si como más, voy a estallar. —Una acólita de primer nivel se lanzó a por el plato y se escabulló tan deprisa que estuvo a punto de derramar la montaña de conchas abiertas de cangrejos de río.

La suma sacerdotisa se echó hacia atrás y se limpió la mantequilla derretida de los dedos.

—Típico —le dijo a la media docena de hermanas sentadas a la mesa—, las redes sacan un botín repentino, inesperado, ¿y qué hacemos? Lo devoramos entero.

—Kurald Galain continúa ofreciéndonos sorpresas —dijo la tercera hermana—, ¿por qué no esperar más?

—Porque, querida mía, nada dura para siempre. Alrededor de Kharkanas en un tiempo se alzaron bosques. Hasta que los cortamos.

—Éramos jóvenes...

—Y eso sería una loable defensa —interpuso la suma sacerdotisa— si no hubiéramos, aquí, en nuestra senectud, repetido la estupidez. Míranos. Llegada la mañana las ropas habrán dejado de servirnos. Descubriremos, para nuestro horror, bultos donde antes no existían. Veremos el placer como excusa para todo tipo de excesos, pero, como rasgo, denota una gran falta de disciplina. Bueno, se acabó el sermón. Que alguien sirva el té.

Se acercaron en silencio más acólitas de primer nivel.

Un susurro de campanillas en la puerta del pasillo precedió la llegada de una guardiana del templo. La mujer, ataviada con una armadura de escamas y cuero con anillas, se acercó con paso marcial y se detuvo junto a la suma sacerdotisa. Bajó el visor de rejilla del yelmo y se inclinó para susurrar un breve mensaje, los labios invisibles y por tanto imposibles de leer.

La suma sacerdotisa asintió y luego le señaló a la guardiana que se fuera.

—Segunda y tercera hermana, permaneced en vuestras sillas. Las demás, llevad vuestros téns al Jardín No Iluminado. Sexta hermana, una vez allí puedes dejar de ocultar esa petaca y servir a todas las demás, ¿te parece?

Momentos después solo permanecían tres mujeres en la cámara, pues incluso a las acólitas se las había mandado marchar.

La puerta se abrió otra vez y reapareció la guardiana, esa vez escoltando a una anciana humana, que se tambaleaba sobre dos bastones que sostenían su inmenso peso. El sudor oscurecía la tela de sus amplias ropas alrededor de las axilas, bajo el escote y en las islas abultadas de sus caderas. Su expresión era de ansiedad e incomodidad.

Sin que nadie le dijera nada, la tercera hermana se levantó, apartó un banco de una pared y lo colocó en el camino de la mujer.

—Por favor, siéntese —dijo la suma sacerdotisa mientras pensaba, por desgracia, en las dos docenas de cangrejos ciegos de río que se acababa de comer, cada uno casi del tamaño de media langosta y todos servidos untados con mantequilla fundida. *Placer hasta que duele, y luego clamamos contra nuestra desgracia.*

Con un agradecimiento murmurado, la mujer se sentó con esfuerzo.

—Permítanme presentarme —dijo con un resuello—. Soy la bruja...

—Lo sé —la interrumpió la suma sacerdotisa—, y ese título bastará aquí, como debe servir el mío. El suyo ha sido un viaje difícil, así que solo puedo suponer que viene con la noticia de una crisis.

Un asentimiento rápido.

—El culto del Redentor, suma sacerdotisa, se ha... corrompido.

—¿Y cuál es el origen de esa corrupción?

—Bueno, pero es que es complicado, ya me entiende. Había una suma sacerdotisa; bueno, ostentaba con reticencia ese título, y todas las obligaciones que iban con él. Sin embargo, nadie podía negar su autoridad natural...

—«Autoridad natural» —dijo la suma sacerdotisa—. Me gusta esa expresión. Disculpe, continúe.

—Unos forajidos han usurpado el campamento de peregrinos. Hay una forma concentrada de esa bebida llamada kelyk, no sé si están familiarizadas con ella.

—Lo estamos, sí.

Otro asentimiento rápido.

—Saemankelyk. El término procede de un dialecto común al sur de las Montañas del Paseo de Dios. «Saeman» significa «dios Moribundo», y «kelyk» significa...

—Sangre.

Un suspiro.

—Sí.

La segunda hermana carraspeó antes de hablar.

—¿No querrá decir usted que el significado es literal?

La bruja se lamió los labios, un gesto instintivo más que una muestra de ironía antes de responder.

—He aplicado ciertas... artes, eh, para examinar ese saemankelyk. Hay propiedades antinaturales, eso es seguro. En cualquier caso, los forajidos han convertido en adictos a los peregrinos. Incluyendo a Salind, la suma sacerdotisa del Redentor.

—Si ese vil brebaje está bendecido de algún modo —dijo la tercera hermana—, entonces no es extraña su influencia venenosa como corruptora de los devotos del Redentor. Si uno se arrodilla ante el saemankelyk... bueno, uno no se puede arrodillar ante dos amos, ¿no?

No sin partirse físicamente en dos, no.

—Bruja, ¿qué es lo que desea de nosotras?

—Esta corrupción, suma sacerdotisa. Podría... extenderse.

Silencio alrededor de la mesa.

La suma sacerdotisa comprendió entonces que la bruja había reflexionado mucho sobre esa reunión hasta llegar a la única sugerencia que le pareció que podía suscitar más alarma. *Como si los tiste andii no fuéramos más que versiones más altas y de piel negra de los humanos. Como si con tanta facilidad pudieran... robarnos.*

Envalentonada, la bruja continuó.

—Suma sacerdotisa, Salind... necesita ayuda. Necesitamos ayuda. Había un guerrero, uno de los suyos, pero ha desaparecido. Ahora que Vidente está muerto, he intentado buscarlo. Spinnock Durav.

La suma sacerdotisa se levantó.

—Venga conmigo, bruja —dijo—. Solas usted y yo. Venga, no está lejos.

La anciana se puso en pie trabajosamente, los ojillos revelaron confusión.

Un pasaje lateral, un pasillo estrecho de veinte pasos y luego un corto tramo de escaleras en descenso, donde olía aún a basalto recién tallado, hasta llegar a una cámara octogonal grande pero de techos bajos y desprovista de muebles, cuyo suelo estaba incrustado de teselas de ónice, irregulares en forma y tamaño. Un trayecto de apenas unos momentos para la mayor parte de las personas; pero para la bruja fue un suplicio, lo que impresionó a la suma sacerdotisa, conmovida por la desesperación de la anciana, capaz de someterse a semejante esfuerzo. La caminata desde su casa hasta la torre atravesando toda la

ciudad debía de haber sido una tarea épica.

Esos pensamientos derrumbaron la impaciencia de la suma sacerdotisa, que soportó el retraso en silencio y sin expresión alguna en el liso y redondo rostro.

En cuanto la bruja entró tambaleándose en la cámara, ahogó un grito.

—Sí, está claro que es usted una adepta —comentó la suma sacerdotisa—. Hay nudos de poder en este templo. Kurald Galain, la oscuridad purificadora. —Vio que la bruja respiraba rápido y con dificultad, y que había una expresión de asombro en esa cara bañada en sudor—. No se alarme por lo que siente en su interior —dijo—. Al entrar aquí, ha introducido Kurald Galain en su cuerpo, en su respiración, a través de los propios poros de la piel. La hechicería está ahora en su interior.

—Pe-pero... ¿por qué? ¿Por qué me ha hecho esto?

—Podía sentir el esfuerzo ímprobo de su corazón, bruja. El trayecto hasta mi templo habría sido su último...

—¡Oh, eso ya lo sabía! —espetó con desagrado la bruja.

La repentina irritación sorprendió a la suma sacerdotisa por un momento y estudió de nuevo a la mujer que se tambaleaba delante de ella.

—Entiendo. Entonces...

—Entonces, sí. Recé para que mi sacrificio mereciera la pena. Salind es tan valiosa... Lo que se le ha hecho es despreciable. Es... una maldad.

—Entonces usted no ha venido en nombre del Redentor, ¿verdad?

—No, vine por un amigo.

Un amigo.

—Bruja, Spinnock Durav ya no está en Coral Negro. Me apena saber que ha muerto Vidente. Y me apena más saber la suerte que ha corrido Salind. Dígame, ¿qué más siente?

La bruja estaba encorvada sobre sí misma, como si sintiera un dolor visceral.

—Muy bien —siseó de mala gana—. Veo que no hay riesgo de que el veneno se extienda. Nunca pensé que lo hubiera.

—Lo sé —dijo la suma sacerdotisa en voz baja.

—Pero necesitaba regatear para conseguir su ayuda.

—Eso es lo que los humanos suponen siempre. Bueno, cuando los delegados de las Ciudades Libres vinieron a tratar con nosotros, cuando los rhivi y el hombre que fingía ser el príncipe K'azz D'Avore de la Guardia Carmesí acudieron a nosotros, todos pensaron en regatear. Para comprar nuestras espadas, nuestro poder. Para adquirir nuestra lealtad. Lord Anomander Rake no hizo más que levantar una mano, antes de que cualquiera de ellos pudiera siquiera pronunciar una sola palabra de súplica. Y dijo lo siguiente: «Somos los tiste andii. No intentéis regatear con nosotros. Si deseáis nuestra ayuda, la pediréis. Diremos que sí o diremos que no. No habrá negociaciones.»

La bruja estaba mirándola fijamente.

La suma sacerdotisa suspiró.

—No es nada fácil para un hombre orgulloso, ni para una mujer, limitarse a pedir algo.

—No —susurró la bruja—. No lo es.

Ninguna habló después durante una docena de latidos, luego la bruja se fue irguiendo poco a poco.

—¿Qué me ha hecho?

—Imagino que Kurald Galain ha hecho su valoración. Sus dolores han desaparecido, ¿no? Respira con más facilidad. Varios males desaparecerán en los próximos días. Puede que observe que su apetito ha... disminuido. Kurald Galain prefiere fuerzas en equilibrio.

La bruja había abierto mucho los ojos.

La suma sacerdotisa esperó.

—Yo no pedí nada de eso.

—No. Pero no me complacía pensar que su trayecto hasta mi templo resultaría fatal.

—Oh. Entonces, gracias.

La suma sacerdotisa frunció el ceño.

—¿No se me ha entendido todavía?

—Se la ha entendido —respondió la bruja con otro destello de irritación—, pero yo tengo mis propias reglas, y expresaré mi gratitud, le agrade a usted o no.

Esa afirmación le granjeó una pequeña sonrisa y la suma sacerdotisa inclinó la cabeza a modo de reconocimiento.

—Bien —dijo la bruja tras otro breve silencio—, le pido que ayude a Salind.

—No.

La cara de la bruja se oscureció.

—Ha venido aquí —dijo la suma sacerdotisa— porque ha perdido la fe. Sí, quiere que el templo actúe en nombre de Salind. Es nuestra valoración que Salind no necesita todavía nuestra ayuda. Ni, de hecho, la necesita tampoco el Redentor.

—¿Su valoración?

—Somos bastante más conscientes de la situación de lo que quizás hayan creído —dijo la suma sacerdotisa—. Si debemos actuar, lo haremos, aunque solo sea para anticiparnos a Silanah, pero admito que no es fácil intentar medir los incrementos de paciencia de una eleint. Podría moverse en cualquier momento, en cuyo caso ya será demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—Sí, para Salind, para los usurpadores, para el campamento de peregrinos y todos sus habitantes.

—Suma sacerdotisa, ¿quién es Silanah? ¿Y qué es una eleint?

—Vaya, lo siento. Qué descuido por mi parte. Silanah domina la aguja de esta torre, no es que sea fácil no verla, incluso en esta penumbra eterna. Cuando regrese a casa, no tiene más que volverse y mirar atrás, y arriba, claro, y la verá. —Hizo una pausa y luego añadió—: «Eleint» significa «dragón».

—Ah.

—Vamos, regresemos con las demás. Estoy segura de que han preparado más té y podemos descansar allí un poco.

La bruja parecía haberse quedado sin comentarios que hacer y siguió con docilidad a la suma sacerdotisa cuando está salió de la cámara.

El trayecto de regreso no les llevó ni la mitad de tiempo.

No debería haber sorprendido a Samar Dev ver que Karsa Orlong regresaba al campamento al atardecer, al tercer día de haberlos dejado. Llegó sin decir nada, con una extraña expresión pensativa.

Ileso. Como si desafiar a los Mastines de Sombra no supusiese mayor riesgo que, digamos, pastorear ovejas u obligar a bajar la vista a una cabra (cosa que, por supuesto, no se podía hacer, pero ese era un detalle que tampoco iba a detener al toblakai, ¿no? Y encima ganaría la apuesta). No, estaba claro que el encuentro había sido pacífico, quizá porque los Mastines habían huido a toda velocidad con los rabos entre las patas.

Karsa se bajó de lomos de *Estragos* y se acercó a donde estaba sentada Samar Dev, junto a la hoguera de estiércol. Viajero se había alejado unos treinta pasos, como tenía por costumbre, para asistir a la llegada del atardecer en relativa soledad.

El toblakai se agachó.

—¿Dónde está el té? —preguntó.

—No lo hay —dijo ella—. No nos queda.

Karsa señaló a Viajero con la cabeza.

—Esa ciudad que busca, ¿a qué distancia está?

Samar Dev se encogió de hombros.

—Quizá una semana, puesto que vamos bastante lentos.

—Sí. Me vi obligado a desandar camino para encontraros. —Se quedó callado un momento, contemplando las llamas, y luego dijo—: No parece de los reticentes.

—No, tienes razón. No lo parece.

—Tengo hambre.

—Cocina algo.

—Lo haré.

Samar se frotó la cara, sintió el tacto de los callos de las manos, luego se tiró de los nudos del pelo.

—Desde que te conozco —dijo—, casi se me ha olvidado lo que es estar limpia; cierto, Letheras no estuvo mal, pero se podría decir que estábamos en una cárcel, así que no cuenta. No, contigo son solo yermos vacíos, arenas empapadas en sangre, alguna que otra matanza.

—Me buscaste tú a mí, bruja —le recordó él.

—Te traje tu caballo. —Samar lanzó un bufido socarrón—. Puesto que los dos sois tal para cual, había que enderezar el equilibrio cósmico. No tenía alternativa.

—Lo que pasa es que me deseas —dijo él—, pero siempre que estamos juntos, no haces más que buscarle las vueltas a todo. Ríndete, mujer, y podrás dejar de discutir contigo misma. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que derramé mi semilla en una mujer, casi tanto como desde la última vez que tú sentiste el calor de un hombre.

Ella podría haberle contestado como se merecía, haber desatado un frenesí de cuadrillos verbales que, inevitablemente, habrían rebotado en su barbarismo inmune a todo.

—Serías tan dulce como un oso del desierto, claro está. Seguramente nunca me recuperaría.

—Hay lados en mí, bruja, que no has visto, todavía.

La bruja gruñó.

—Siempre recelas de que te sorprendan, ¿no es cierto?

Una pregunta curiosa. De hecho, una condenada maraña de pregunta. No le hacía ninguna gracia. No quería ni acercarse.

—Fui civilizada una vez. Contenta en una ciudad de verdad, una ciudad con un sistema de alcantarillado subterráneo, con acueductos malazanos y agua caliente en las cañerías. Pasillos entre jardines cerrados y las ventanas frontales para canalizar el aire fresco por la casa. Jabón de verdad para mantener limpia la ropa. Pájaros cantores en jaulas. Vino frío y pasteles confitados.

—Los pájaros cantan su encierro, Samar Dev. El jabón lo remueven siervos con las manos decoloradas y llenas de ampollas que tosen sin parar. Fuera de tu casa fresca con su bonito jardín hay niños que deben vagar por las calles. A los leprosos los arrastran a las afueras de la ciudad y cada uno de sus pasos es vitoreado por una lluvia de piedras. La gente roba para comer y cuando los atrapan les cortan las manos. Tu ciudad se lleva agua de las granjas, las plantas se marchitan y los animales mueren.

Ella lo miró con furia.

—Bonito modo de cambiar un estado de ánimo, Karsa Orlong.

—Ah, pero ¿había uno en especial?

—Demasiado sutil, ¿no?

El toblakai hizo una mueca de desdén.

—Expón tus deseos con claridad.

—Eso era lo que estaba haciendo, maldito bhederin sin cerebro. Solo un poco... de consuelo. Eso es todo. Incluso la ilusión habría servido.

Viajero regresó junto al fuego.

—Estamos a punto de tener visita —dijo.

Samar Dev se levantó y buscó con la mirada, pero la oscuridad estaba tragándose velozmente la llanura. Se volvió con una pregunta en los labios y vio que Karsa se había erguido y estaba mirando al cielo, al noreste. Y allí, en el azul cada vez más profundo, un dragón estaba planeando hacia ellos.

—Peor que polillas —murmuró Viajero.

—¿Estamos a punto de sufrir un ataque?

Viajero la miró y se encogió de hombros.

—¿No deberíamos al menos desperdigarnos o algo?

Ninguno de los dos guerreros respondió, así que, tras un instante, Samar Dev levantó las manos y se sentó una vez más junto al fuego. No, no pensaba dejarse llevar por el pánico. Ni por esas dos abominaciones que tenía con ella y tampoco por un maldito dragón. De acuerdo, que fuera una sola pasada en lugar de tres; ¿qué era ella?, ¿una hormiga? Cogió otro trozo de estiércol y lo arrojó al fuego. *¿Polillas? Ah, entiendo. Somos un faro, verdad, una derogación intencionada de esta tierra salvaje y vacía. Da igual. Aletea, aletea, bestezuela, pero no esperes rutilantes discursos.*

Las alas de la enorme criatura tronaron a medida que el dragón aminoró la velocidad a cien pasos de distancia y luego se posó casi sin ruido en el suelo. Al mirarlo, Samar Dev entrecerró los ojos.

—Ese bicho ni siquiera está vivo.

—No —dijeron Karsa y Viajero al unísono.

—Lo que significa —siguió ella— que no debería estar aquí.

—Eso es cierto —dijo Viajero.

En la penumbra, el dragón pareció contemplarlos un momento y luego, en una descomposición imprecisa, la criatura se transformó hasta que vieron una figura alta y demacrada de género indeterminado. Gris como telarañas y polvo, cabello pálido, largo y viscoso por la suciedad, vestía los restos de un largo camisote de cota de malla sin cinturón. Una vaina vacía, astillada, le colgaba de un tahalí bajo el brazo derecho. Unas calzas de una especie de piel gruesa sin curtir, de escamas y del tono de la marga del bosque, bajaban hasta unas botas de cuero gris que le llegaban hasta justo debajo de las rodillas.

No se reflejaba ninguna luz en los pozos de sus ojos. Se acercó con una precaución peculiar, como un animal salvaje, y se detuvo al borde mismo de la hoguera. Momento en el que alzó ambas manos, las unió formando un pico ante la cara y se inclinó.

—Bruja, te saludo —dijo en la lengua nativa de Ugari.

Samar Dev se levantó con un sobresalto, aturdida. ¿Era alguna clase de cortesía extraña dirigirse a ella primero? ¿Esa criatura tenía por costumbre hacer caso omiso de los superiores como si no fueran más que guardaespaldas? Y sus dos imponentes compañeros no dijeron nada.

—Y yo te saludo a mi vez —consiguió decir ella tras un momento.

—Soy Tulas Pelado —dijo—. Apenas recuerdo la última vez que caminé por este reino, si es que alguna vez lo hice. La propia naturaleza de mi fallecimiento es algo que he olvidado, cosa que, como quizás imagines, está resultando desconcertante.

—Es de suponer, Tulas Pelado. Yo soy Samar Dev...

—Sí, la que negocia con espíritus, con los seres dormidos de arroyo y roca, cruces y senderos

sagrados. Sacerdotisa de Ascu...

—Ese título es un error, Tulas Pelado...

—¿Lo es? Eres bruja, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Tú no te metes en sendas y no fuerzas por tanto a un poder ajeno a meterse en este mundo. Tu alianza es con la tierra, el cielo, el agua y la piedra. Tú eres sacerdotisa de Ascu, elegida entre aquellos con quien ella sueña, igual que otros; pero contigo, Samar Dev, ella sueña con frecuencia.

—¿Cómo sabes tú eso?

Tulas Pelado vaciló.

—Hay muerte en esos sueños —dijo después.

—Eres tiste edur —dijo Karsa Orlong, y, con una mueca que mostraba los dientes, fue a coger su espada.

—Más que eso —dijo Viajero—, uno de los propios del Embozado.

Samar Dev se dio la vuelta para mirar a sus dos compañeros.

—¡Venga, vamos! ¡Miraos los dos! Lleváis semanas sin matar nada, ¿cómo lo soportáis? Así que planeando cortarlo en trocitos, ¿eh? Muy bien, entonces ¿por qué no peleáis primero por el privilegio?

Los ojos de Viajero se agrandaron un poco ante aquel arrebató.

La sonrisa hosca de Karsa se ensanchó.

—Pregúntale entonces lo que quiere, bruja.

—El día que empiece a aceptar órdenes tuyas, Karsa Orlong, eso será lo que haga.

Tulas Pelado había dado un paso atrás.

—Parece que no soy bienvenido aquí, así que me iré.

Pero Samar Dev había erguido la espalda.

—Yo te doy la bienvenida, Tulas Pelado, aunque estos no lo hagan —dijo—. Si deciden atacarte, yo me interpondré en su camino. Te ofrezco todos los derechos de un invitado, al fin y al cabo este es mi maldito fuego, y si a estos dos idiotas no les gusta, ya pueden ir a hacerse el suyo, a ser posible a una legua o dos de distancia.

—Tienes razón —dijo Viajero—. Me disculpo. Sé bienvenido, entonces, Tulas Pelado.

Karsa se encogió de hombros.

—Supongo que ya he matado suficientes edur —dijo—. Además, este ya está muerto. Pero sigo queriendo saber lo que busca.

Tulas Pelado se acercó con cautela, una precaución que parecía singularmente fuera de lugar en un cadáver, sobre todo uno que podía convertirse en dragón en cualquier momento.

—No tengo motivaciones apremiantes, tartheno toblakai. Llevo demasiado tiempo en soledad y quisiera aliviar la carga de ser mi única compañía.

—Entonces únete a nosotros —dijo Karsa mientras volvía a agacharse junto al fuego—. Después de todo —añadió—, quizá un día yo también me canse de mi propia compañía.

—Apostaría a que no en un futuro cercano —dijo el tiste edur.

Viajero lanzó un alegre resoplido y luego pareció asombrado de sí mismo.

Samar Dev también se acomodó de nuevo y pensó en las palabras de Pelado. *Hay muerte en el sueño.* Bueno, supuso, tenía que haberla. ¿Entonces por qué se sentía tan... alterada? *¿Qué ibas a decirme, Tulas Pelado?*

—¿Te ha liberado el Embozado? —preguntó Viajero—. ¿O fue un descuido por su parte?

—¿Descuido? —El tiste edur pareció considerar la palabra—. No, no lo creo. Más bien se me presentó una oportunidad. Elegí no desperdiciarla.

—Así que ahora —dijo Viajero, los ojos clavados en la cara marchita, vivificada solo por el reflejo de la hoguera—, vuelas de un lado a otro, en busca de ¿qué?

—El instinto puede marcarte un camino —dijo Tulas Pelado— sin pensar en la meta—. Alzó las dos manos y pareció examinarlas—. He pensado en ver la vida una vez más, que ha despertado en mi interior. No sé si es siquiera posible. Samar Dev, ¿es algo así posible? ¿Puede ella soñarme vivo una vez más?

—¿Puede ella... qué? No lo sé. Llámame sacerdotisa si quieres, pero yo no venero a Ascua, lo que no me convierte en una buena sacerdotisa, ¿no? Pero si sueña la muerte, entonces también sueña la vida.

—El camino de una a otra suele ser de una sola dirección —comentó Viajero—. El Embozado vendrá a por ti, Tulas Pelado; antes o después, vendrá a reclamarte.

Por primera vez Samar sintió cierta esquizofrenia en el tiste edur cuando contestó.

—Todavía tengo tiempo, creo. Samar Dev, hay enfermedad en la diosa Dormida.

La bruja se estremeció.

—Lo sé.

—Hay que eliminarla, para evitar que muera.

—Lo imagino.

—¿Lucharás por ella?

—¡No soy una maldita sacerdotisa! —Samar vio la sorpresa en las caras de Karsa y Viajero y se obligó a apartarse de la cuerda floja que era su rabia—. No sabría por dónde empezar, Tulas Pelado.

—Creo que el veneno viene del dolor de un extraño.

—El dios Tullido.

—Sí, Samar Dev.

—¿De veras crees que se puede sanar?

—No lo sé. Hay daño físico y luego hay daño espiritual. El primero se repara con más facilidad que el segundo. Sospecho que lo sostiene la rabia. Su última fuente de poder, quizá su única fuente de poder mientras está encadenado en este reino.

—Dudo que esté de humor para negociar —dijo Samar Dev—. E incluso si lo estuviera, es una abominación para los que son como yo.

—Es un extraordinario acto de valor —dijo Tulas Pelado— llegar a conocer el dolor de un extraño. Planteárselo siquiera exige una inmensa generosidad, estar dispuesto a llevar las cadenas de otro, a probar su sufrimiento, a ver con tus propios ojos el color proyectado sobre todas las cosas, la mancha terrible que es la desesperación. —El tiste edur sacudió poco a poco la cabeza—. Yo carezco de un valor así. Esa es, sin lugar a dudas, la menos común de las habilidades.

Ninguno habló durante un rato. El fuego se fue consumiendo, indiferente a sus testigos, y en su ansia devoró todo lo que se le ofreció, una y otra vez, hasta que la noche y el desinterés de sus invitados lo dejaron morir de hambre, hasta que el viento no pudo remover más que cenizas.

Si Tulas Pelado buscaba afable compañía, debería haberse puesto a hablar del tiempo.

Por la mañana el soletaken no muerto se había ido. Y tampoco estaban los caballos de Viajero y Samar Dev.

—Fue un descuido por nuestra parte —dijo Viajero.

—Era nuestro invitado —contestó Samar Dev, desconcertada y muy ofendida por la traición. Vieron a *Estragos*, que permanecía con gesto nervioso a cierta distancia, como si estuviera reacio a regresar tras su cacería nocturna, como si hubiera presenciado algo desagradable.

No había, sin embargo, signo alguno de violencia. Las estacas de la valla permanecían donde las habían clavado en el suelo duro.

—Quería ralentizarnos —dijo Viajero—. Uno de los del Embozado, después de todo.

—De acuerdo —Samar Dev miró con furia a un silencioso Karsa Orlong—, la culpa fue toda mía. Debería haber dejado que lo hicierais pedazos. Lo siento.

Pero Karsa negó con la cabeza.

—Bruja, la buena voluntad no es algo por lo que haya que disculparse. Te han traicionado. Han abusado de tu confianza. Si hay desconocidos que prosperan así, seguirán siendo siempre desconocidos, porque no tienen otra alternativa. Compadécete de Tulas Pelado y de los de su calaña. Ni siquiera la muerte le enseñó nada.

Viajero contempló al toblakai con interés, aunque tampoco aventuró ningún comentario.

Estragos iba trotando hacia ellos.

—Saldré a caballo —dijo Karsa— para buscar nuevas monturas, o puede que el edur se limitara a ahuyentar a vuestras bestias.

—Lo dudo —dijo Viajero.

Y Karsa asintió, dejando que Samar Dev se diese cuenta de que había hecho la sugerencia por ella, como si de alguna torpe manera tratase de aliviar los reproches que se había hecho ella misma. Momentos después la bruja comprendió que había sido cualquier cosa menos torpe. No era a sus reproches interiores a lo que él le habló; más bien, por ella, Karsa le estaba dando a Tulas Pelado el beneficio de la duda, aunque el toblakai no albergaba duda alguna, ni tampoco Viajero, era evidente.

Bueno, así que la única idiota siempre soy yo. Así sea.

—Será mejor que nos pongamos en camino, entonces.

Y cuando partieron dejaron atrás una hoguera fría rodeada de piedras y dos sillas de montar.

A casi dos leguas de distancia, en lo más alto de aquel brillante cielo azul, Tulas Pelado surcaba la refrescante brisa, los jirones de sus alas golpeteaban en la corriente de aire.

Como había sospechado, el trío no había hecho ningún esfuerzo por buscar los caballos perdidos. Con la suposición, como era de esperar, de que el dragón simplemente había destruido a los animales.

Tulas Pelado había visto demasiada muerte, sin embargo, para matar con tanta ligereza a unas criaturas inocentes. No, en su lugar el dragón los había llevado, uno en cada una de sus inmensas garras, a diez leguas al sur, casi a la vista de una manada pequeña y salvaje de su misma especie, una de las últimas manadas salvajes que quedaban en la llanura.

Eran demasiados los animales a los que se obligaba a servir a una sucesión de amos más listos y crueles (y sí, esos dos rasgos iban juntos). Los poetas siempre se lamentaban ante los campos de matanza, ejércitos de soldados y guerreros petrificados en la muerte, pero Tulas Pelado —que había atravesado innumerables escenas como esas— reservaba su dolor, su sentido de la tragedia, para los miles de caballos muertos y moribundos, perros de guerra, los bueyes atrapados en los yugos de carretas de asedio destrozadas o atascadas en el lodo, las bestias que sangraban y sufrían por voluntad de otros, que morían en una niebla de ignorancia, y rota la confianza en sus amos.

El caballo tiene fe en el mantenimiento de los cuidados que le propicia su amo; que se le proporcionará comida y agua, que se sanarán sus heridas, que el rígido cepillo acariciará su pelaje al final del día. Y a cambio sirve con la mejor de sus capacidades, o al menos la mejor de sus elecciones. El perro comprende que a los miembros bípedos de su manada no se les puede desafiar, y cree que cada cacería terminará con un éxito. Esas eran verdades.

El amo de unas bestias debe ser como un padre para una multitud de niños díscolos pero confiados. Imperturbable, consecuente, su crueldad jamás debe ser gratuita, siempre ha de tener presente la fe que tienen en él o ella. Ay, Tulas Pelado no ignoraba la peculiaridad de esas convicciones, y había sido

objeto de burlas incluso entre otros tiste edur.

Aunque esas burlas siempre se habían desvanecido cuando habían visto lo que había logrado ese extraño y callado guerrero de los ojos teñidos de eleint.

Planeando muy por encima de la llanura Lamatath, decenas de leguas al sur de la bruja y sus compañeros, Tulas Pelado notó un sabor en el aire, tan antiguo, tan conocido, que si el dragón hubiera poseído todavía corazones que desempeñasen su función habrían retumbado. De placer, quizás incluso de anticipación.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Mucho.

¿Por qué senderos vagaban en esos momentos?

Por senderos extraños, sin lugar a dudas.

¿Recordarían a Tulas Pelado? ¿El primer amo?, ¿el que los había cogido puros y medio salvajes y les había enseñado el inmenso poder de una fe que jamás conocería traición?

Están cerca, sí.

Mis Mastines de Sombra.

Si hubiera tenido un único momento, un solo instante de terror sin hostigamientos, Rezongo quizás hubiera conjurado en su mente una escena como la que presenciaria alguien en un barco: alguna nave más allá de la furiosa tormenta al borde mismo de esa absurda locura. Las manos aferradas a los flechastes, la cubierta cabeceando como loca en medio de un mar embravecido, y ahí, sí... *algo imposible*.

Un carruaje enorme agitándose por un palpitante camino de espuma, caballos frenéticos abriéndose paso como podían entre las batientes olas. Y figuras, aferradas aquí y allá como garrapatas medio ahogadas, y otra encaramada en lo más alto del pescante del conductor detrás de los enloquecidos animales, de los que brotaban interminables gañidos que atravesaban la galerna, los truenos y el oleaje. Mientras la tormenta seguía tronando en todas partes, como con una furia indignada; los vientos aullaban, la lluvia acuchillaba el aire bajo las abultadas y amoratadas nubes, y el mar se levantaba tumultuoso, la espuma estallaba en raídas cortinas de agua.

Sí, el testigo podría mirarlo todo con fijeza, con pasmo. Con espanto.

Pero Rezongo no tuvo ocasión de cavilar, no tuvo el lujo del tiempo para desconectar su imaginación de ese cuerpo empapado, exhausto y maltratado, sujeto al techo del carruaje, esa isla de seis ruedas que volaba y parecía tambalearse siempre al borde de la nada. Respirar una vez más era el único objetivo, el solo propósito de la existencia. Nada más resultaba en absoluto relevante.

No sabía si él era el último que quedaba, llevaba una eternidad sin abrir los ojos, e incluso si lo fuera, en fin, sabía que no podría aguantar mucho tiempo más. Le vino otra arcada, pero no le quedaba nada en el estómago; dioses, no se había sentido tan revuelto en la vida.

El viento le tiraba del pelo (ya hacía mucho que había perdido el yelmo), con la fiereza de unas garras, y se agachó un poco más. Aquellos invisibles dedos le cogieron un mechón y le levantaron la cabeza.

Rezongo abrió los ojos y se encontró mirando de frente a un rostro enloquecido, los rasgos tan crispados que por un momento fue incapaz de reconocer quién lo estaba abordando. ¿Algún marinero perdido de un barco ahogado? ¿Arrojado a bordo del carruaje mientras los dioses se partían de risa? No, era Vahído, y su expresión no era de terror. Era de una hilaridad salvaje que le retorció las tripas.

La mujer tiró de las anillas acopladas a las barandillas de hierro y se las arregló para acercarse todavía más, lo bastante para hundir la cabeza junto a la de Rezongo y, en la cueva medio protegida que creaban los brazos de ambos, le habló con una voz que parecía provenir del propio cráneo de Rezongo.

—¡Creí que estabas muerto! ¡Tan pálido, como un cochino cadáver!

¿Y eso la hacía morirse de risa?

—¡Ojalá lo estuviera! —le gritó él.

—¡Nos hemos visto en peores!

Rezongo ya había oído eso unas cuantas veces desde que empezara esa aventura y había empezado a sospechar que era una de esas mentiras perfectas que la gente decía para mantenerse cuerdos fuera cual fuese la locura en la que se encontrara.

—¿Quell ha hecho alguna vez algo como esto?

—¿Cómo qué? ¡Esto es la Asociación Comercial de Trygalle, accionista! ¡Esto es lo que hacemos, hombre!

Y cuando Vahído se echó a reír otra vez, Rezongo le plantó una mano en la cabeza y la apartó de un empujón. Vahído se retiró arrastrándose junto a la barandilla y Rezongo se quedó solo una vez más.

¿Cuánto tiempo había pasado? Días. Semanas. Décadas. Necesitaba con desesperación agua dulce, la lluvia que le había bañado la cara era tan salada como el mar. Sentía que se estaba debilitando, incluso aunque encontrara algo que comer, jamás sería capaz de mantenerlo en el estómago. Indignante, pensar que podía morir allí, su cuerpo rebotando, sujeto por las correas, desgarrado poco a poco por la tormenta. No con un arma en la mano, no con un bramido desafiante que se arrancara de la garganta. No empapado en sangre caliente, no mirando a su asesino a los ojos.

Aquello era peor que cualquier muerte que pudiera imaginar. Igual de terrible que una enfermedad invisible, la impotencia pura de descubrir que tu cuerpo podía fallar sin necesidad de nada más. Ni siquiera podía rugirles a los cielos con su último aliento, el gesto le inundaría la boca, lo dejaría asfixiado, el desafío devuelto de golpe, metido hasta el fondo por su propia garganta.

Más gritos... ¿Risas? No, eso eran gritos de verdad.

¿Y ahora qué?

Rezongo cogió una bocanada de aire y alzó la mirada.

Muros de agua por todas partes (que le hicieron estremecerse), y luego unas olas los elevaron hacia el cielo, el carruaje torciéndose, cabeceando. Las anillas chirriaron cuando el agua lo arrojó al aire, hasta que unos enérgicos tirones de las correas lo volvieron a bajar de golpe.

Pero lo había visto, sí, a todos sus compañeros... los ojos enormes, las bocas abiertas... y había visto también el motivo de su terror.

Se estaban precipitando, más rápido que con cualquier ola, directamente hacia la pared de un enorme acantilado.

—¡Tierra a la vista! —chilló Glanno Lona desde donde estaba encaramado.

Saltaban erupciones de espuma en la base del acantilado cada vez que batían las olas. Agujas dentadas de roca negra, arrecifes, bancos de arena y demás nombres de asesinos de barcos y personas. Y carruajes. Todos cerniéndose justo delante, a un tercio de legua de distancia y acercándose a toda velocidad.

¿Estos caballos pueden trepar por un acantilado? Suena ridículo... pero tampoco lo descartaría. Ya no.

Sin embargo, ¿por qué está chillando todo el mundo?

Un momento después Rezongo tuvo su respuesta. Otro cabeceo por los aires y esa vez se giró y miró a su espalda, a lo que dejaban atrás; sin motivo, al menos a él no le parecía que lo hubiera, pero pensó que la visión de ningún modo podía ser tan horripilante como lo que tenían delante.

Y vio otro muro de agua, ese alto como una maldita montaña.

El flanco de color verde enfermizo recogió el carruaje, luego a los caballos y empezó a llevarlos hacia

el cielo. Tan rápido que el agua chorreaba del tejado, de cada accionista aplastado, y hasta la lluvia se fue desvaneciendo a medida que ascendían hasta las tripas de las nubes.

Rezongo pensó que si se atreviera a abrir los ojos, vería estrellas, el firmamento arriba, a los lados e incluso debajo, pero le faltó el valor. Se aferró, los ojos cerrados con fuerza, la carne seca y estremecida en el frío gélido del viento.

Más sonido de lo que podía comprender un cerebro mortal, truenos por abajo, chillidos animales y gritos humanos, el desbordado azote de la sangre recorriendo cada vena, cada arteria, el aullido hueco del viento en su boca abierta.

Cada vez más y más alto...

¿Y no había un risco justo delante?

No podía mirar.

Todo el mundo pensaba que Reccanto Índole era el que tenía mala vista, una distracción de lo más gratificante en lo que a Glanno Lona se refería. Además, él veía a la perfección las cosas que estaban a menos de, bueno, unos treinta pasos de distancia. Más allá de eso, los objetos adquirían una especie de blanda desolidez se convertían en bloques de formas imprecisas, y el reto era calibrar la velocidad a la que se acercaban y, con eso, la distancia y tamaño relativos. El cochero había llegado a convertirlo en un arte, desde luego, y nadie se había enterado.

Cosa que, en ese caso por lo menos, no ayudaba en nada.

Podía oír a todo el mundo chillando tras él, y él estaba contribuyendo también lo suyo, incluso mientras destellaba en su mente la noción de que Reccanto Índole seguramente estaba chillando por pura ignorancia, solo porque todos los demás gritaban, pero la masa del acantilado podrido que se cernía sobre ellos era una presencia ineludible, ¡y hay que ver lo grande que se estaba haciendo!

Los caballos no podían más que correr, por lo que a las desventuradas bestias les debía parecer ladera abajo, al tiempo que el oleaje se iba alzando cada vez más; Glanno sabía que allí había todo tipo de masoimpulso y a eso no se le podían poner ni peros ni peras.

Con el cabeceo, el ángulo, la inclinación y demás, Glanno empezó a ver la cima del acantilado, un borde veteado de guano todo ondulaciones y muecas. Unas vetas verticales colgaban del borde, *¿qué era eso? ¿Era posible? ¿Escalas? Qué raro.*

Siguieron subiendo, la vista se amplió, la cima entera, tierra plana, y pegotes de luz trémula como cucharadas de cera turbia fundida. Algo que destacaba, una aguja, una torre... eso, una torre que destacaba con ventanas como dientes torcidos en lo más alto, se encendían y apagaban, todo justo enfrente de ellos, casi al mismo nivel...

Algo golpeó el aire, lo golpeó a él hasta los huesos, haciendo traquetear hasta las raíces de su insulsa, ¿o era inspirada?, sonrisa; algo que destrozó la ola, una carga de espuma que se elevó por los aires, un mundo salpicado de blanco que envolvió los caballos, el carruaje y al propio Glanno.

De repente notó que tenía la boca llena de agua salada. Los ojos miraban cercados por el escozor de la sal. Los oídos le estallaron como bayas entre el índice y el pulgar, *plop, plop. Y, oye, ¡eso ha dolido!*

El agua pasó en tromba, limpiando el mundo, y ahí, delante de él... ¿esos eran edificios?

Los caballos eran listos. Los caballos no eran ni medio ciegos. Podían encontrar algo, una calle, una forma de pasar, ¿y por qué no? Qué caballos tan listos.

—¡Aaarreeee! —Glanno agitó las riendas.

Chillidos equinos.

Las ruedas se estrellaron contra algo duro por primera vez en cuatro días.

Y dado que hasta el último rastro de grasa del eje se había ido con el agua esas mismas ruedas se trabaron, un instante de anquilosamiento, y luego el carruaje volvió a saltar por el aire y Glanno giró frenéticamente la cabeza de derecha a izquierda para ver cómo las ruedas de los flancos salían volando en una nebulosa que daba vueltas y más vueltas.

Oh.

Cuando el carruaje volvió a bajar, el aterrizaje no tuvo nada de suave.

Estallaron cosas. Glanno y el pescante al que iba atado siguieron a los caballos por una ancha calle adoquinada. Aunque él no fue consciente de ello en ese momento, el carruaje que dejaron atrás optó por hacer un giro cerrado a la izquierda y meterse por una calle lateral, justo detrás de la formidable torre, y resbalando sobre el vientre, bajó como una exhalación otros sesenta pasos por la avenida hasta detenerse de golpe frente a un edificio achaparrado con tejado a dos aguas en el que un cartel de madera oscilaba violentamente sobre la puerta de la calle.

Glanno siguió bajando con el pescante que se sacudía de un lado a otro, las riendas cortándole los dedos y las muñecas; los caballos llegaron al final de aquella corta calle principal y con toda la energía del mundo fueron saltando, en fluida sucesión, un muro bajo de piedra que, por desgracia, Glanno no consiguió salvar en su resbaladizo pescante. El impacto hizo pedazos todo tipo de cosas y el cochero se encontró volando por el aire, y luego arrastrado de nuevo por el suelo, cuando los caballos, cuyos cascos estaban aplastando suelo blando, tensaron los arneses de cuero y lo hicieron girar de golpe al virar a la izquierda en lugar de saltar el siguiente muro bajo de piedra... ¿Y por qué habían de hacerlo? Se habían metido en un corral.

Glanno aterrizó en lo hondo de un barro compuesto sobre todo de mierda y pis de caballo, que fue lo que con toda seguridad impidió que sus dos piernas, ya rotas, terminaran arrancadas de cuajo. Los caballos pararon en seco bajo un chaparrón, en la oscuridad de las primeras horas de la noche, lo que alivió solo un poco la agonía de los hombros dislocados del cochero; Glanno consiguió darse la vuelta hasta quedar casi boca arriba e inmóvil, la lluvia chorreándole por la cara, los ojos cerrados, y con un hilillo de sangre saliéndole de los oídos.

Fuera de la taberna, los asustados parroquianos que habían salido corriendo al oír el estrépito en la calle permanecían allí parados, mojándose bajo las vigas, mirando en silencio el carruaje sin ruedas de cuyo techo parecían estar cayendo personas por todos lados, personas que luego se levantaban a duras penas, clavaban los ojos agotados en la puerta de la taberna y, a continuación, entraban tambaleándose. Solo unos momentos después, la puerta de ese lado del carruaje se abrió con un chirrido, soltó un chorro de agua de mar llena de espuma y dejó salir a los aturdidos ocupantes, encabezados por un gigantesco ogro tatuado.

Los parroquianos de la taberna, del primero al último, no tuvieron realmente nada que decir.

De pie en la habitación más alta de la torre, un hombre altísimo de piel azulada con unos inmensos colmillos protruyentes, curvados como los cuernos de un carnero y enmarcando su rostro huesudo, le dio despacio la espalda a la ventana y, sin prestar atención alguna a la docena de sirvientes que lo miraban con fijeza (ni uno solo de los cuales tenía nada de humano), suspiró.

—Otra vez no —dijo.

Los sirvientes, que abrieron mucho sus ojos de reptil al comprender, comenzaron entonces un coro de gemidos, y ese trémulo canto fúnebre fue bajando por toda la torre, cámara tras cámara, girando por la escalera de caracol hasta meterse en la cripta que era la raíz ahuecada de la torre. En su interior, tres mujeres, que yacían inmóviles sobre losas de piedra, abrieron los ojos. Y cuando lo hicieron, una cripta

que había estado en la oscuridad, dejó de estar oscura.

De las bocas anchas y pintadas de las mujeres brotó un sonido chirriante, como de quejas chocando detrás de los carnosos labios. Una conversación, quizá, sobre hambre. Y necesidad. Y una horrenda impaciencia.

Entonces, las mujeres empezaron a chillar.

Mucho más arriba, en la cámara más alta de la torre, el hombre hizo una mueca al oír esos chillidos cada vez más altos, tanto que incluso aplastaron la furia desvaída de la tormenta, la aplastaron bajo las olas del mar para que se ahogara de vergüenza.

En la taberna de aquel pueblo costero llamado Tramo de Congoja, se sentaba Rezongo con los demás, en silencio, tan miserable como la muerte y sin embargo lleno de un tembloroso alivio. Tierra firme bajo sus pies, un techo seco sobre la cabeza. Un jarro de vino especiado entremedias.

En la mesa de al lado estaban sentados Jula y Amby Tronco con Preciosa Dedal —si bien la mujer estaba presente solo físicamente pues todo lo demás había quedado inconsciente por los golpes—, y los dos hermanos Tronco estaban hablando.

—La tormenta tiene una voz nueva. ¿La oyes, Jula?

—Oigo eso y te oigo a ti, Amby. Oigo eso por este oído y a ti por el otro, y se juntan en el medio y me dan dolor de cabeza, así que si tú te callas, entonces un oído queda abierto y el sonido de lo otro puede pasar sin obstáculos y hundirse en ese muro de ahí, y que el muro se lo quede entonces, porque yo no lo quiero.

—Tú no... oye, ¿dónde se ha metido todo el mundo?

—Bajaron a ese sótano; oye, ¿tú has visto alguna vez una puerta de un sótano así de sólida, Amby? Pero si es tan gruesa como las que usamos nosotros en los pozos en los que metemos a los magos, ya sabes, las que no puede abrir nadie.

—Fuiste tú el que los asustaste, Jula, pero mira, ahora podemos beber más sin pagar.

—Hasta que vuelvan a salir todos. Y entonces verás como pagas con creces.

—No pienso pagar. Esto es un gasto comercial.

—¿Lo es?

—Apuesto a que sí. Tenemos que preguntarle a maese Quell cuando se despierte.

—Está despierto, creo.

—Pues no lo parece.

—No lo parece ninguno, salvo nosotros.

—Me pregunto qué está haciendo todo el mundo en el sótano. Quizás haya una fiesta o algo.

—Esa tormenta suena igual que mujeres, mosqueada.

—Como Madre, solo que más de una.

—Mala señal.

—Mala señal multiplicada por diez. ¿Tú rompiste algo?

—Yo nunca. Tú sí.

—Alguien rompió algo y esas madres vienen para acá. Suena igual.

—Suena igual, sí.

—Vienen rápido.

—No sé lo que rompiste, pero más vale que lo arregles.

—De eso nada. Pienso decir que fuiste tú.

—Y yo diré que lo hice yo primero... no, que lo hiciste tú. Diré que lo hiciste tú primero.

—Yo no...

Pero la estrepitosa tormenta empezó a arreciar demasiado para poder seguir hablando, y a los oídos medio sordos de Rezongo sonaba desde luego como voces. Voces terribles, inhumanas, llenas de rabia y hambre. Él había pensado que la tormenta estaba amainando; de hecho, casi estaba seguro de ello. Pero luego todo el mundo había huido al sótano...

Rezongo alzó la cabeza.

En el momento preciso que la levantó Mappo.

La mirada de ambos se encontró. Y sí, los dos lo entendieron. *Eso no es una tormenta.*

Capítulo 17

¿Mi mejor estudiante? Un joven de físico perfecto. Contemplantarlo era ver el paradigma de un duelista. Su disciplina era fuente de asombro, su apariencia la elegancia personificada. Podía apagar una docena de velas en estocadas sucesivas, todas idénticas a la anterior. Podía ensartar una mosca en pleno vuelo. En menos de dos años no había nada más que yo pudiera hacer por él, pues había sobrepasado mi habilidad.

No estuve, por desgracia, allí para presenciar su primer duelo, pero me lo describieron en detalle. A pesar de todo su talento, su perfecta forma, a pesar de toda su precisión, su memoria muscular, reveló un defecto y solo uno.

Era incapaz de batirse con una persona real. Un enemigo mediocre puede ser profundamente peligroso, puesto que la torpeza puede sorprender, la falta de preparación puede confundir las habilidades defensivas más brillantes. La imprevisibilidad misma de un oponente real en un combate a vida o muerte le sirvió a mi mejor estudiante para recibir una lección decisiva.

Se cuenta que el duelo duró una docena de latidos. Desde ese día en adelante, cambió la filosofía de mis enseñanzas. La forma física está muy bien, la repetición es siempre esencial, pero la práctica de la carne y la sangre debe comenzar desde la primera semana de instrucción. Para ser duelista hay que batirse en duelo. Lo más difícil es enseñar a sobrevivir.

Treva Ault
Siglo II, Darujhistan

Acercaos y hablemos de mierdecillas asquerosos. Oh, vamos, no es la primera vez que vemos crueles demonios embutidos en plácidos disfraces, ojos inocentes así de abiertos, mentes ocultas muy oscuras. ¿Existe el mal? ¿Es una fuerza, una posesión letal que se cuelga en los incautos? ¿Es algo independiente y por tanto sometido a acusaciones y culpas, diferente de aquel al que ha utilizado? ¿Revolotea de alma en alma, urdiendo su diabólica intriga en cualquier lugar invisible, emponzoñando los nudos con trémulos miedos y atroces posibilidades, profundos terrores y brutal egoísmo?

¿O acaso la temida palabra no es más que una pintoresca, pero, ay, tan conveniente recapitulación de todos esos rasgos que a todas luces carecen de contexto moral?, ¿una generalización indiscriminada que abraza cuanto hay de depravado y pasmosamente cruel?, ¿una palabra para definir ese brillo peculiar en los ojos, el mirón que contempla el horror que reparte, el dolor, la angustia y la pena insoportable?

Dale al demonio escamas rojas, garras hirientes. Tentáculos y chorros de veneno. Tres ojos y seis lenguas viperinas. Cuando se agazapa ahí, en el alma, su morada más reciente en una eterna sucesión de moradas, ojalá todos los dioses se arrodillen a rezar.

Pero ahora en serio. El mal no es más que una simple palabra, una concreción cuando ninguna concreción es necesaria. Olvida esa idea de una agencia externa como fuente de inhumanidad concebible, la triste verdad es que todos poseemos una tendencia innata a la indiferencia, a la denegación

intencionada de misericordia, a desentendernos de todo cuanto es moral en nosotros.

Pero si eso es demasiado terrible, llamémosle mal. Y pintémoslo de fuego y veneno.

Hay extremos de comportamiento que parecen, en su momento, de lo más naturales, incluso razonables. Se llega a ellos de forma repentina, o eso podría parecer, pero si uno mira comienza a revelarse la progresión, paso a paso, y esa es una verdad de lo más triste.

Murillio salió de la escuela de esgrima, estoque en la cadera, guantes metidos en el cinturón. Si hubiera pasado junto a alguien que lo conocía, se les podría perdonar por no reconocerlo en un principio, dada su expresión. Las líneas de su rostro estaban muy marcadas, el ceño apretado, como si la mente que ocultaba sufriera un tormento y estuviera harta de sí misma. Parecía mayor, más duro. Parecía un hombre espantado de sus propios pensamientos, un hombre acosado por un repentino reflejo en una ventana emplomada, un espejo azogado, un hombre que se estremecía al ver su propia cara, los ojos que se encontraban con un desafío.

Solo un idiota se habría interpuesto en el camino de ese hombre.

Tras su estela, vacilaba un joven estudiante. Había estado a punto de saludar en voz alta a su instructor; pero había visto la expresión de Murillio, y, aunque joven, el estudiante no era tonto. Así que, en vez de saludarlo, el muchacho echó a andar tras el hombre.

Bellam Nom no pensaba sentarse en el regazo de ningún dios. Fijaos en él, fijaos bien en él.

Había habido una acalorada y agitada discusión. El Pa Tullido era como un hombre renacido, había encontrado inesperadas reservas de fuerza para subirse a la desvencijada carretilla con Myrla, cuyos ojos brillaban y lo colocaba y recolocaba hasta que él mismo le apartó las manos de un manotazo.

Miau y Hinty miraban con los ojos muy abiertos, alheladas como bebés, las caras como esponjas que lo absorbían todo y no comprendían nada. En cuanto a Snell, oh, era ridículo tanto alboroto. Ya sabía él que su madre y su padre eran completos idiotas. Demasiado estúpidos para triunfar en la vida, demasiado burros para darse cuenta.

Se habían torturado ellos mismos y al otro por la pérdida de Harllo, su fracaso mutuo, su consiguiente incompetencia que los hacía odiosos mientras se revolcaban en una interminable autocompasión. Ridículos. Patéticos. Cuanto antes se deshiciera Snell de ellos, mucho mejor, y con ese pensamiento miró a sus hermanas una vez más. Si su madre y padre desaparecieran, bueno, él podía venderlas a las dos y sacar un buen dinero. Tampoco valían para mucho más. Que otro les limpiara la mierda del trasero y les metiera comida en la boca, las malditas se atragantaban la mitad de las veces y la otra mitad escupían, y encima estallaban en lágrimas al menor empujón.

Pero la indignación de Snell estaba resultando tener una costra muy fina que se agrietaba a medida que el terror hervía debajo, el terror nacido de remotas posibilidades. Padre y madre iban a un templo, un templo nuevo, uno dedicado a un dios roto e inútil como el propio Bedek. El sumo sacerdote, que se hacía llamar profeta, era incluso más inútil. No le funcionaba nada por debajo de los brazos y tenía la mitad de la cara caída, el ojo de ese lado se le había secado porque no podía cerrar los párpados y parecía una manzana podrida; Snell lo había visto cuando se había quedado en un lado de la calle para mirar al profeta, al que sus tullidos seguidores llevaban a la siguiente plaza, donde iba a cacarear otro sermón más prediciendo el fin del mundo y que solo iban a sobrevivir los enfermos y los estúpidos.

No era de extrañar que padre estuviera tan impaciente. Por fin había encontrado a su dios, uno a su imagen y semejanza, como pasaba siempre, ¿no? La gente no cambiaba para adaptarse a su dios; cambiaban de dios para que se adaptase a ellos.

Padre y madre iban de camino al Templo del dios Tullido, donde esperaban hablar con el profeta en

persona. Donde esperaban pedir la bendición del dios. Donde esperaban descubrir lo que le había pasado a Harllo.

Snell no pensaba que saliera nada de eso. Claro que, tampoco podía estar seguro, ¿no? Y eso era lo que le daba miedo. ¿Y si el dios Tullido sabía lo que había hecho Snell? ¿Y si el profeta le rezaba, le decían la verdad y luego él se la contaba a papá y mamá?

Snell quizá tuviera que huir. Pero se llevaría a Hinty y Miau con él, las vendería para conseguir dinero, dinero que él necesitaba y necesitaba mucho. Que otros les limpiaran el culo...

Sí, ma, yo me ocupo de ellas. Vosotros dos id, a ver lo que podéis averiguar.

Solo había que verlos, tan llenos de esperanza, tan idiotas, pensando que otro les iba a resolver todos sus problemas, que les iba a quitar las desdichas. El dios Tullido: ¿de qué puede servir un dios si está tullido? ¿Si ni siquiera puede sanarse a sí mismo? El profeta estaba reuniendo grandes multitudes. Lo que sobraba en el mundo era gente inútil, así que tampoco era ninguna sorpresa. Y todos querían simpatía y comprensión. Bueno, la familia de Snell merecía simpatía y comprensión, y quizá también algo de dinero. Y una casa nueva, y toda la comida que pudieran comer y toda la cerveza que pudieran beber. De hecho, merecían doncellas y sirvientes, y personas que pensarán por ellos y que hicieran todo lo que había que hacer.

Snell salió y vio a ma llevándose a pa callejón abajo, las ruedas traqueteando por los adoquines.

Tras él, Hinty estaba moqueando, seguro que preparándose para empezar a berrear porque no se veía a ma por ninguna parte y eso no solía ocurrir. Bueno, tendría que cerrarle la boca a la mocosa. Un buen empellón en el pecho, la cría se desmayaría y volvería a reinar el silencio. Quizá se lo hiciera a las dos. Así sería más fácil envolverlas en una especie de cabestrillo, más fáciles de llevar si decidía huir.

Hinty empezó a llorar.

Snell giró en redondo, la chiquilla lo miró y su llanto se convirtió en chillidos.

—Sí, Hinty —dijo Snell con una gran sonrisa—, prepárate, voy a por ti. Prepárate.

Y fue a por ella.

Bellam Nom tenía claro que algo iba mal, muy mal. El ambiente en la escuela era inhóspito, casi tóxico. Poco propicio a aprender algo sobre duelos, sobre todo lo que hacía falta saber para sobrevivir en un combate de espadas.

Desde el punto de vista personal y puramente egoísta, todo aquello resultaba frustrante, pero había que ser un cerdo insensible para caer en esa forma de pensar. El problema era que algo había roto a Piedra Menackis. La había roto por completo. Y eso a su vez había dejado a Murillio hecho pedazos porque la quería, de eso no cabía duda, puesto que no se habría quedado por allí si no la quisiera, no con el modo que tenía ella de tratarlo, a él y a todos los demás, pero sobre todo a él.

No había sido fácil desentrañar qué era lo que pasaba, puesto que nadie hablaba mucho, pero se había empeñado en hacerlo y empezó a rezagarse, a buscar las sombras como si no hiciera más que refrescarse tras una campanada entera de juego de pies a pleno sol. Y Bellam Nom tenía muy buen oído. También tenía un talento natural, un talento que parecía que siempre había tenido: sabía leer los labios. Cosa que había resultado muy útil, claro está. A la gente le costaba mucho que Bellam no se enterara de sus secretos.

Maese Murillio había tomado una especie de decisión y caminaba como impulsado por algo; Bellam se dio cuenta enseguida de que ni siquiera tenía que ser sigiloso para seguirle el rastro, una legión entera de la Guardia Carmesí podría estar pisándole los talones a paso de marcha y aquel hombre no se habría enterado.

Bellam no sabía muy bien qué papel podría jugar en lo que estaba a punto de pasar. Lo único que le importaba era estar allí cuando llegara el momento.

Fíjate muy bien en él. Esos son los pensamientos del valor, incondicional e inflexible, y de ahí es de donde salen los héroes. Los pequeños. Los grandes. De todo tipo. Cuando hay un drama, están allí. Mira a tu alrededor. Velo por ti mismo.

Parecía un hombre tan inocuo, con un nombre tan bien puesto, y no había nada en ese modesto despacho que pudiera traicionar la ambición de Humilde Medida, ni su sanguinaria impaciencia por utilizar a Seba Krafar y su Gremio de Asesinos.

Inofensivo, por tanto, y, sin embargo, Seba se encontró sudando bajo sus anodinas ropas. Cierto, le desagradaba aparecer en público, sobre todo a plena luz del día, pero ese desasosiego apenas lo notaba cuando estaba en presencia del maestro ferretero.

Es muy sencillo. No me gusta este hombre. ¿Y acaso es extraño? A pesar de que haya proporcionado el mayor contrato que he visto, al menos como cabeza del Gremio. Es probable que la oferta malazana que aceptó Vorcan fuera mayor, pero solo porque lograrlo era imposible, incluso para esa zorra misteriosa.

El desagrado de Seba era quizá sospechoso, incluso a sus propios ojos, puesto que estaba mezclado con el espeluznante desastre del contrato de Humilde Medida. Era difícil separar a ese hombre de las decenas de asesinos masacrados durante el esfuerzo (aún vano) de matar a esos malditos malazanos. Y ese tema concreto era un tema que no terminaba de desaparecer, a pesar del gesto despreocupadamente desdeñoso, de una suave mano de Humilde Medida.

—El fracaso es, por supuesto, temporal —dijo Seba Krafar—. ¿No sería mucho mejor completarlo, para satisfacción mutua, antes de asumir ese nuevo contrato suyo?

—He reconsiderado el problema del Templo de K’rul, al menos de momento —dijo Humilde Medida—. No tema, con mucho gusto sumaré al depósito original la cantidad proporcional que corresponde a la eliminación de dos de los sujetos, y si los otros fueran cayendo a su vez, por supuesto se le recompensará de inmediato. En cuanto al punto central, sin embargo, me complacería si se concentrara usted en el nuevo.

Seba Krafar nunca era capaz de mirar a los ojos a nadie durante mucho tiempo. Sabía que la mayor parte lo vería como una debilidad, o como prueba de que Seba no era de fiar, pero siempre procuraba asegurarse de que lo que tenía que decir no era nunca equívoco. Esa franqueza, combinada con la mirada esquiva, desequilibraba sin duda a la gente, y a Seba le parecía perfecto. Ojalá funcionara con ese hombre.

—El nuevo —aventuró— es cuestión de política.

—Su especialidad, tengo entendido —dijo Humilde Medida.

—Sí, pero una especialidad que se va haciendo cada vez más problemática. La clase noble ha aprendido a protegerse. Los asesinatos ya no son tan fáciles como lo eran en su momento.

El ferretero alzó las cejas.

—¿Está pidiendo más dinero?

—En realidad, no. Expongo lo siguiente: el Gremio está herido. He tenido que ascender a una docena de meritorios varios meses antes de lo que les habría correspondido. No están listos; sí, pueden matar con tanta eficacia como cualquiera, pero la mayor parte no son más que matones ambiciosos. En circunstancias normales haría una selección implacable, despiadada, pero en este momento no puedo permitírmelo.

—Eso requerirá, supongo, ciertas modificaciones en su táctica habitual.

—Ya las ha requerido. Quince de mis muertos en el Bar de K’rul eran de los últimos que ascendí. Eso ha alterado al resto. Un asesino sin confianza es casi inútil.

Humilde Medida asintió.

—Planéelo bien y ejecútelo con precisión, maese Krafar, y eso les devolverá la confianza.

—Ni siquiera eso será suficiente, a menos que lo consigamos.

—Estoy de acuerdo.

Seba se quedó callado un momento, todavía sudando, todavía inquieto.

—Antes de aceptar este último contrato —dijo—, debería ofrecerle una salida. Hay otras formas menos sangrientas de que lo elijan a uno para el Consejo. Parece que el dinero no es problema, dado que... —Se detuvo cuando el otro hombre alzó una mano.

De repente había algo nuevo en los ojos de Humilde Medida, algo que Seba no había visto antes y que lo dejó petrificado.

—Si fuera mi deseo entrar en el Consejo a base de dinero, maese Krafar, no lo habría llamado a usted. Eso debería ser obvio.

—Sí, supongo...

—Pero lo he llamado, ¿no? Por tanto, es razonable suponer que mis deseos son algo más complicados que limitarme a conseguir un sillón en el Consejo.

—Quiere muerto a este miembro del Consejo concreto.

Humilde Medida lo reconoció cerrando los ojos por un instante, lo que de algún modo transmitió un asentimiento sin necesidad de mover la cabeza.

—No estamos negociando mis razones, puesto que no son asunto suyo y no tienen relevancia para la tarea en sí. Bien, atacará usted esa hacienda concreta y matará al miembro del Consejo y a todos los demás, incluida la fregona y el terrier empleado para matar ratas.

Seba Krafar apartó los ojos (claro que era lo que había estado haciendo a ratos desde que se había sentado).

—Como diga. Debería ser muy sencillo; claro que estas cosas nunca lo son.

—¿Está diciendo que no está usted a la altura?

—No, estoy diciendo que he aprendido a aceptar que no hay nada sencillo, y cuanto más sencillo parece, más complicado será, con toda probabilidad. Por tanto, esto requerirá una planificación cuidadosa. ¿Confío en que no haya ninguna presión que lo obligue a llegar al Consejo a toda prisa? Son muchos los pasos necesarios en cualquier caso, patrocinios o reclamaciones del linaje, valoración de las finanzas y demás... —Se quedó callado después de que con una breve ojeada reparara en la mirada penetrante del otro. Seba carraspeó y luego dijo—: Diez días como mínimo. ¿Aceptable?

—Aceptable.

—Entonces hemos terminado aquí.

—Desde luego.

—La declaración que nos ha proporcionado la embajada malazana es inaceptable.

El consejero Coll clavó una mirada firme en la cara bien afeitada de Hanut Orr y no vio en ella nada más que lo que había visto siempre. Miedo, desdén, equívoco y engaño puro y duro; las fuerzas reunidas del odio y el rencor.

—Eso ha afirmado usted —replicó—. Pero como ve, la reunión ha terminado. Hago lo que puedo por dejar los asuntos del Consejo en la cámara. La política es una costumbre por la que uno se puede dejar

llevar con facilidad, consejero.

—No recuerdo haber pedido su consejo.

—No, solo mi lealtad. De las dos cosas, eligió usted la que no debía, consejero.

—Me parece que no, puesto que es la única relevante.

—Sí —sonrió Coll—, le he comprendido muy bien. Bueno, si me disculpa...

—La explicación que dieron sobre por qué necesitaban ampliar la embajada es endeble, ¿tan fácil es engañarlo, consejero Coll? ¿O es solo cuestión de llenarle la bolsa para comprar su voto?

—O bien está ofreciéndose a sobornarme, consejero Orr, o está sugiriendo que me han sobornado. Lo primero no parece demasiado probable. Así pues, debe de ser lo segundo y puesto que resulta que nos encontramos en el pasillo, con otras personas cerca, lo bastante como para oírlo, no me deja más alternativa que solicitar la censura.

Hanut Orr esbozó una mueca de desdén.

—¿Censura? ¿Es ese el modo que tiene un cobarde de evitar un duelo de verdad?

—Acepto que es un suceso tan poco común que no creo que usted sepa mucho del tema. Muy bien, con la idea de que usted pueda defenderse, permítame explicárselo.

Una docena o más de consejeros se habían reunido y estaban escuchando con la expresión seria que correspondía. Coll continuó.

—Por la presente acepto su acusación como cargo formal. El procedimiento a seguir es la citación de un comité independiente que comenzará investigar. Por supuesto, la dicha investigación es de lo más concienzuda, e incluirá la auditoría detallada de los asuntos financieros de ambos, así, acusador y acusado. Un examen así, como es inevitable, se... propaga, de modo que todo tipo de información personal sale a la luz. Una vez que se reúne toda la información pertinente, mis abogados revisarán su expediente para determinar si procede una contrademanda. Llegados a ese punto, la Judicatura del Consejo se hace cargo del proceso.

Hanut Orr se había quedado un poco pálido.

Coll lo observó con las cejas levantadas.

—¿Quiere que solicite ahora la censura, consejero?

—No estaba sugiriendo que estuviera aceptando sobornos, consejero Coll. Y me disculpo si mi falta de cuidado pudiera llevar a esa interpretación.

—Entiendo. ¿Me lo estaba ofreciendo usted?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿hemos terminado con este politiquero?

Hanut Orr consiguió realizar una rígida reverencia y luego se dio media vuelta, seguido tras un momento por Shardan Lim, y después, con una naturalidad muy estudiada, por el joven Gorlas Vidikas.

Coll vio cómo se marchaban.

Estraysian D'Arle se acercó a él, lo cogió por un brazo y lo condujo a un rincón más privado, los diseñados precisamente para hacer política fuera de la cámara. Dos sirvientes les llevaron vino blanco frío y se alejaron a toda prisa.

—Por pocas —murmuró Estraysian.

—Es joven. Y estúpido. ¿Le viene de familia? Es posible.

—No hubo soborno, ¿verdad?

Coll frunció el ceño.

—No como tal. Las razones oficiales son las que afirma Orr. Endebles.

—Sí. Y eso que no estaba al tanto de las no oficiales.

—No. Comité equivocado.

—Cosa que tampoco es casualidad. A ese trío de ambiciosos les han dado puestos en todos los comités baladíes que se nos ocurren, pero, al parecer, eso no los está manteniendo lo bastante ocupados. Siguen encontrando tiempo para interponerse en nuestro camino.

—Un día —dijo Coll—, van a ser de verdad tan peligrosos como creen que son.

Fuera del edificio, bajo la luz brillante del sol, los tres ambiciosos y jóvenes consejeros formaban una especie de isla en un mar de millones de palomas. Ninguno se fijó en los arrullos que se oían por todas partes.

—Un día me van a traer la cabeza de ese cabrón —dijo Hanut Orr—. Y la voy a clavar en una estaca fuera de mi verja.

—Te faltó cuidado —dijo Shardan Lim, que no hizo mucho por disimular su desdén.

Ofendido, la mano enguantada de Orr se fue deslizando hasta la empuñadura de su estoque.

—Ya estoy harto de ti, viejo amigo. Es obvio que has heredado cada lloriqueante debilidad de tu predecesor. Admito que esperaba algo mejor.

—Escuchaos los dos —dijo Gorlas Vidikas—. Os muerde un perro grande y aquí estáis, gruñéndoos el uno al otro, ¿y por qué? Porque el perro grande es muy grande. Si os viera ahora.

Hanut Orr lanzó un bufido.

—Y lo dice el hombre que es incapaz de atar en corto a su mujer.

¿Fue intencionada aquella perfecta ampliación de la metáfora? ¿Quién sabe? En cualquier caso, y para asombro tanto de Orr como de Lim, Gorlas Vidikas se limitó a sonreír como si fuera capaz de apreciar la aguda réplica. Hizo como si se quitara el polvo de los puños de la ropa y los miró.

—Bueno, entonces os dejo a los dos con... lo que sea, yo tengo asuntos que me van a llevar fuera de la ciudad el resto del día.

—Ese ferretero jamás llegará al Consejo, Vidikas —dijo Shardan Lim—. No hay ninguna plaza disponible y no es probable que la situación cambie en breve. Esa asociación tuya no te llevará a ningún sitio, ni vas a ganar nada con ella.

—Al contrario, Shardan. Me estoy haciendo rico, mucho. ¿Tienes idea de lo esencial que es el hierro para esta ciudad? Ah, ya veo que esos asuntos son indignos de vuestra elevada posición. Muy bien. Como incentivo, estoy a punto de adquirir también una nueva propiedad en la ciudad. Ha sido y continuará siendo una asociación muy provechosa. Que tengan buen día, caballeros.

El aire de natural bestialidad de Seba Krafar saltaba a la vista. Era un hombre grande que recordaba a un oso, y aunque casi ninguna de las personas entre las que se abría paso al cruzar la plaza del mercado sabía que era el Patrón del Gremio de Asesinos, todos se apresuraban a retirarse y evitar cualquier enfrentamiento; y si alguno pudiera plantearse, por su tendencia a la beligerancia, desafiar con descaro a ese patán grosero, bueno, una segunda mirada, más atenta, les quitaba la idea de la cabeza.

Se abrió camino entre la multitud como un cuchillo caliente entre grasa de cerdo, un símil que encajaba perfectamente con la opinión que tenía de la humanidad y de su papel en ella. Una de las consecuencias de esa actitud, sin embargo, era que su mirada desdeñosa llevaba a una especie de despreocupación arrogante. No reparó en lo más mínimo en aquella imprecisa figura que se puso a seguirlo.

El sótano más cercano que bajaba a los túneles estaba al final de un callejón estrecho y recto que conducía a un punto muerto. Los escalones hasta el sótano recorrían la parte posterior del último edificio de la izquierda. El sótano había servido en otro tiempo como almacén de carbón, en los tiempos previos

al aprovechamiento del gas, cuando la idea de envenenar el propio aire en nombre de una conveniencia absurda parecía razonable (al menos para las personas que alardeaban de su indolente estupidez con orgulloso engreimiento). Pues bien, la cámara de techos bajos estaba vacía y combada bajo tres niveles de viviendas en estado de podredumbre como simbólica celebración de la modernidad.

De las ventanas sin contraventanas salían los llantos de varios mocosos con un estrepitoso acompañamiento de ollas y cacerolas y discusiones ininteligibles, sonidos tan familiares para Seba Krafar como lo era el olor fétido del callejón. Sus pensamientos estaban lo bastante ocupados como para justificar su abstracción. El miedo guerreaba con la codicia un mutuo y continuo intercambio de máscaras que eran, de hecho, prácticamente idénticas, pero nada de eso importa; el juego era omnipresente, al fin y al cabo. De todos modos, en poco tiempo los dos combatientes terminarían tirados de agotamiento. Solía ganar la codicia, pero siempre llevaba al miedo a cuestras.

Hasta aquí con las preocupaciones de Seba Krafar. Incluso sin tenerlas era poco probable que hubiera oído al que llevaba detrás, puesto que era alguien que poseía talentos poco habituales, hasta tal punto que fue capaz de colocarse justo detrás del maestro de asesinos y estirar un brazo con muy malas intenciones.

Una mano se cerró alrededor del cuello de Seba, dedos como garras de hierro apretando unos nervios que anularon el control del sistema motor, pero antes de que el asesino pudiera derrumbarse (como quería hacer su cuerpo), lo giraron a medias y lo arrojaron contra un sucio muro de piedra. Y lo allí lo sujetaron, con los mocasines colgando.

Seba sintió un aliento en una mejilla y luego oyó un susurro.

—Saca a tus vigilantes del Bar de K'rul. Cuando me vaya de aquí, encontrarás una saquita a tus pies. Cinco concejos. El contrato se da por terminado, lo estoy comprando yo. —La punta de un cuchillo se posó bajo el ojo derecho de Seba—. Confío que cinco concejos sean suficientes. A menos que pongas objeciones.

—No, en absoluto —jadeó Seba—. Los malazanos están a salvo, al menos del Gremio. Por supuesto, eso solo significa que el cliente buscará, eh... otros medios.

—Sí, en cuanto a tu cliente.

—No puedo...

—Ni falta que hace, Seba Krafar. Sé muy bien cuál es la particular obsesión del maestro ferretero.

—Suerte que tienes —rezongó Seba; dioses, fuera quien fuera seguía sujetándolo a varios centímetros del suelo, y la presa no vacilaba—. Porque —añadió, pues seguía siendo un hombre valiente— yo no.

—Si lo supieras —dijo el hombre— no estarías tan impaciente por aceptar su pago, por mucho que llegara a ofrecerte.

—Puesto que lo pones así, quizás esos cinco concejos de ahí abajo podrían comprarte un accidente.

—Una oferta generosa, pero suicida por tu parte. No, yo no contrato a otros para que me hagan el trabajo sucio.

—Eso he supuesto —dijo Seba con los dientes apretados, sus miembros comenzaban a recuperar la sensación, era como el chisporroteo de un fuego.

—Hemos terminado aquí —dijo el hombre.

—A menos que tengas otros asuntos urgentes —consiguió decir Seba, y sintió que la presa se aflojaba un tanto, y empezó a percibir, vagos bajo sus pies, los adoquines llenos de grasa.

—Muy bien —dijo la voz—, has conseguido impresionarme, Seba Krafar. Estira el brazo y agárrate a ese viejo gancho para faroles, ahí, a tu izquierda... Puedes sujetarte hasta que recuperes la fuerza en las piernas. No haría nada por tu ya maltrecha dignidad que te cayeras ahora. Quédate de cara al muro durante tres alientos enteros, los ojos cerrados. No quiero tener que cambiar de opinión con respecto a ti.

—Nunca es fácil estar a la altura de las primeras impresiones —dijo Seba—, pero haré lo que pueda.

La mano se apartó y luego regresó para darle una palmadita en el hombro.

El maestro de asesinos se quedó de pie, la frente apoyada en la pared, los ojos cerrados y contó hasta diez muy despacio. Cuando iba por el tres captó el hedor, oh, algo más que los músculos se le había soltado del cuello para abajo, y entonces entendió el comentario del hombre sobre la dignidad. *Sí, dejarme caer de culo habría sido muy desagradable.*

Le corría el sudor por los dos lados de la cara. Miró al suelo y vio la bolsita con sus mezquinas cinco monedas.

—Mierda —murmuró—, se me olvidó hacerle un recibo.

Pescador esperó en la boca del callejón hasta que vio al maestro asesino inclinarse con delicadeza para recoger la bolsa.

Acuerdo consumado.

El maestro asesino, estaba seguro, ya no les molestaría más. En cuanto a Humilde Medida, bueno, la caída de ese hombre requeriría algo bastante más complicado. Pero había tiempo.

Y esa es la lección, mis queridos amigos. Incluso un hombre como Pescador kel Tath, con todas sus formidables y misteriosas cualidades, era capaz de cometer penosos errores de juicio.

Hora de regresar al bar de K'rul. Quizá Rapiña había conseguido regresar a esa carne fresca que apenas era capaz de coger aire. En caso contrario, en fin, quizá Pescador tendría que hacer algo. Las almas perdidas tenían por costumbre meterse en problemas.

¿Fue eso motivo suficiente para su descuido? Quizá. Tras dejar la plaza y sus multitudes, se metió en la estrecha y sombreada avenida de los Bueyes y serpenteó entre los pocos y apresurados viandantes; por la noche esa calle era famosa por los atracos y ataques que se producían en ella, y, además, ¿no hacía solo dos días que la Guardia de la Ciudad había encontrado otro cadáver apaleado? Ahí, ante esos mismos escalones que llevaban a una tienda donde se vendían clavos cuadrados, remaches y marcos de madera en los que colgar bichos desollados y otras obras dignas de mostrar. Incluso durante el día esa ruta era arriesgada. Eran las sombras, ya sabes...

Y de una de ellas salió una aparición rechoncha con cara de sapo y una enorme sonrisa que hendía esa misma cara oscura, un tanto picada por viruelas, que recordaba un poco a un melón demasiado maduro partido en dos. En aparente equilibrio sobre la cabeza de la criatura había un fardo de tripas, ah, no, pelo, en el que al menos anidaban tres arañas.

—Tú —siseó el hombre, los ojos brillantes, luego furtivos y después brillantes una vez más.

—Ningún otro —dijo Pescador con el más leve de los suspiros.

—Pues claro que no. —La cabeza se ladeó, pero el pelo no se deslizó al suelo—. Otro idiota... ¡Esta ciudad está llena de ellos! «Ningún otro.» ¿Qué significa eso? Si fuera otro, yo no me habría metido de un salto en su camino, ¿no? Mejor no complicarlo. —La cabeza se enderezó y las arañas se recolocaron—. Traigo recado de mi brillante, aunque no del todo presente amo. —Un susurro repentino—. Brillante, sí, una palabra utilizada de forma deliberada; con todo, úsala una vez y se acabó para siempre. —A continuación volvió a alzar la voz—. Cuando todo esto haya acabado...

—Disculpe —interpuso pescador—. ¿Cuándo haya acabado todo el qué?

—¡Esto, claro! ¡Tonto de Iskaral... no lo compliques! ¡Más sencillo incluso! Escucha, mi querido y mediocre bardo, cuando todo esto haya acabado, trisca a la anguila, no, espera, busca a la anguila, ¿la fila? ¡Maldita sea, tenía el mensaje memorizado y todo! Pica... come la anguila, busca y pica la tila rila, filtra la chicha, masca la guinga... ¡oh, por el aliento del Embozado! ¿Cómo era? ¡Y yo tuve el descaro de llamarlo brillante! Debería haber enviado a Sordiko Escrúpulos, sí, así yo podría haber seguido el

glorioso balanceo del barco de sus dulces caderas... —y ladeó la cabeza de un lado a otro, el otro al uno, los ojos vidriados—, pim pam, pim pam, ¡oh!

—Gracias —dijo Pescador cuando el hombre empezó a mascullar por lo bajo y a hacer pausas de vez en cuando para lamerse los labios—, por, eh, el mensaje. Le aseguro que lo entiendo.

—Pues claro que sí, eres un hombre, ¿no? Dioses, que un simple paseo pueda reducirlo a uno a una veneración balbuceante... En fin, ¿quién necesita dioses y diosas cuando tenemos traseros como esos?

—Desde luego, ¿quién? Bueno, puesto que usted ha entregado con éxito el mensaje de su amo, ¿me permite continuar mi camino?

—¿Qué? Desde luego. Lárgate. Eres una cochina distracción, eso es lo que eres.

Un ladeo de cabeza, y el bardo continuó de verdad su camino una vez más.

La turba que se había reunido a las puertas del recién consagrado Templo del Caído, o del dios Tullido, o el nombre por el que era mayoritariamente conocido, el Templo de las Cadenas, era densa y extrañamente maloliente. Más que el sudor natural que podría ser producto del sol de media mañana, era la interpretación humana de la desesperación, más nauseabunda si cabe por el ambiente de servil anticipación que reinaba.

Pero la puerta de la estrecha fachada del templo permanecía cerrada, era evidente que atrancada por dentro. Las ofrendas se apilaban contra ella, monedas de cobre y estaño, además de eslabones de cadenas y algún que otro broche y alhajas.

Bedek en su carretilla y Myrla de pie ante él, aferrada a los mangos, se hallaron en medio de alcohólicos temblorosos, pustulosos, cojos y deformes. Ojos lechosos clavados en el vacío, como si las cataratas fueran un castigo por haber visto demasiado, miradas repletas de una necesidad suplicante que ansiaba incluso el roce pasajero de una retorcida mano si pertenecía al profeta. Rostros informes alzados, mirando fijamente esa puerta. Dentro de la multitud, el hedor se hacía insoportable. Olor a dientes podridos y tisis. Desde su bajo asiento, Bedek no veía nada más que hombros y nuca. Con un gemido, empezó a tirar de la túnica de su mujer.

—Myrla. ¡Myrla!

La mirada que le echó ella fue salvaje y a la vez... banal, y fue entonces que Bedek de pronto la vio a ella, y a sí mismo, como personas absurdas, insignificantes, indignas. Comprendió que ellos no eran mejores que todos los demás. Cada uno de ellos buscaba un trato especial, una salida, ser aupados por encima del resto. Todos soñando con ser el objeto de la mirada de un dios, los ojos rebosando piedad y sabiduría, ojos que comprendían la injusticia e iniquidad de la existencia. Un dios, sí, que los arreglara. *Que a todos, todos nosotros nos arregle. Que nos ponga bien.*

Pero no era eso lo que había pretendido Bedek. No era por eso por lo que estaban allí. Myrla y él eran diferentes. De todas esas personas. Es que ellos, ¿sabe?, habían perdido un hijo.

Se enteraron de que la puerta permanecería cerrada hasta el mediodía al menos. A veces incluso más. E incluso entonces, era posible que el profeta no saliera. Si estaba comulgando con su propio dolor, les dijeron, igual no se le veía en días.

Sí, pero, ¿bendecía a la gente? ¿Ayudaba a la gente?

Oh, sí. Bueno, yo vi a un hombre con un dolor terrible, y el profeta se lo llevó.

¿Sanó al hombre?

No, lo asfixió. Entregó su espíritu, ya en paz, a las manos del Caído. Si sufres dolores, aquí es donde puedes poner fin a tu vida; solo aquí, ¿comprendes?, puedes tener la seguridad de que tu alma encontrará un hogar. Ahí, en el amoroso corazón del Caído. ¿No quieres encontrar otra vez tus piernas? Al otro lado

de la vida, allí será donde las encuentres.

Y así fue como Bedek comenzó a entender que, quizá, ese tal dios Tullido no podría ayudarlos. No para encontrar a Harllo. Y al momento quiso volver a casa.

Pero Myrla no quiso escucharlo. El ansia de sus ojos no se calmaba sino que se había transformado, y lo que ella buscaba en ese momento nada tenía que ver con Harllo. Bedek no sabía lo que podría ser, pero sintió miedo hasta en lo más hondo de su alma.

A Snell le llevó lo suyo hacer un portabebés en el que poder llevar a las mocosas, ya que estaban las dos tiradas sin sentido en el suelo. Había comprobado que las dos respiraban, ya que había oído que a veces eso de hacerlas perder el conocimiento podía acabar en muerte, si apretaba demasiado tiempo, aunque había tenido cuidado. Siempre tenía cuidado cuando hacía eso, aunque si una de ellas terminaba muriendo, bueno, él diría que se había quedado dormida y que no había vuelto a despertar, y eso pasaba, ¿no es cierto? ¿Con los más pequeños? Y luego lloraría porque eso era lo que se suponía que tenía que hacer.

Pobrecita, pero siempre había sido débil, ¿no? Había tantos niños débiles. Solo los fuertes, los listos, sobrevivían. Así era el mundo, después de todo, y el mundo no se puede cambiar, ni un poquito.

Había un hombre en el Mercado del Alto Daru que siempre vestía bien y que tenía dinero de sobra, y era bien sabido que aceptaba a los más pequeños. Diez, veinte concejos de plata, niño o niña, daba igual. Él conocía a otras personas, personas ricas, él solo era el intermediario, pero tú tratabas con él si no querías que nadie averiguara nada, y si luego quedaba algún cuerpecillo, bueno, ni siquiera volvían a aparecer jamás para que la gente empezara a hacer preguntas.

Sería un buen paseo, sobre todo con Miau y Hinty, por eso necesitaba fabricarse una especie de portabebés, como los que usaban las madres rhivi. Solo que, ¿cómo los hacían ellas?

La puerta se abrió detrás de él y Snell se giró de repente con gesto aterrado.

El hombre que estaba de pie en el umbral le era conocido —había ido con Piedra Menackis la última vez que los había visitado— y Snell se dio cuenta al instante de que el bueno de Snell estaba metido en un lío. Miedo gélido, la boca tan seca que parecía imposible, el corazón martillando en el pecho.

—¡Solo están durmiendo!

El hombre se lo quedó mirando.

—¿Qué les has hecho, Snell?

—¡Nada! Vete. Pa y ma no están. Se fueron al templo Encadenado. Vuelve luego.

Pero el hombre entró. Una mano enguantada apartó de un empujón casual a Snell, lo alejó de las niñas, inmóviles en el suelo. El golpe conmocionó a Snell, y como si le hubieran aflojado un tapón, el miedo lo inundó. Cuando el hombre se arrodilló y se quitó un guante para posar la palma en la frente de Miau, Snell se escabulló hasta la pared contraria.

—Voy a llamar a los guardias, voy a gritar...

—Cierra la maldita boca o te la cierro yo. —Una mirada rápida, pesada—. Ni siquiera he empezado contigo, Snell. Todo te señala a ti. El día que Harllo desapareció, ese día, Snell... —Levantó la mano y se irguió—. ¿Están drogadas? Dime cómo lo hiciste.

Tenía intención de seguir mintiendo, pero, de golpe, se le ocurrió que si en eso le decía la verdad, quizás el hombre creyera las mentiras que dijera después con todo lo demás.

—Solo las estrujo, cuando lloran mucho, nada más. Y no les duele, en serio.

El hombre había mirado el trozo de arpillera que estaba tirado junto a Miau. Quizás estaba atando cabos, pero no se podía demostrar nada, ¿verdad? No iba a pasar nada. No iba...

Dos zancadas rápidas y esas manos, una enguantada y la otra desnuda y repleta de cicatrices, engancharon la pechera de la túnica de Snell. Se vio levantado en el aire hasta que sus ojos estuvieron al mismo nivel que los del hombre. Y Snell vio en esos ojos letales algo oscuro, un susurro sin vida que podía helarse en cualquier momento, y toda intención de mentir se deshizo con un quejido.

—Ese día —dijo el hombre— regresaste con una carga de estiércol secado al sol. Algo que jamás habías hecho y que jamás has vuelto a hacer. No, tu madre dijo que era Harllo el que se encargaba de esas cosas. Harllo, que con solo cinco cochinos años hacía más para ayudar a esta familia de lo que has hecho tú jamás. ¿Quién recogió ese estiércol, Snell?

Snell había abierto los ojos todo lo posible. Consiguió que le temblara la barbilla.

—Harllo —susurró—, pero yo no le hice na, ¡lo juro!

Oh, cómo le hubiera gustado mentir. Pero le salió solo.

—¿Pasando por Ciudad Miserias o por la Puerta de Dos Bueyes?

—La puerta. Dos Bueyes.

—¿Fuiste con él o lo seguiste? ¿Qué pasó ahí fuera, Snell?

Y los ojos de Snell lo traicionaron entonces, un destello demasiado instintivo para detenerlo a tiempo, a donde estaban tiradas Miau y Hinty.

Los ojos del hombre se helaron, tal y como había temido Snell.

—¡Que yo no lo maté! ¡Estaba respirando cuando lo dejé! Si me matas, se enterarán, y te arrestarán... y luego terminarás en la horca... no puedes matarme... ¡no!

—Lo dejaste sin sentido y luego te fuiste, después de robar el estiércol que había recogido él. Las colinas que hay detrás de la Puerta de Dos Bueyes.

—Y volví, un par de días, el día después... ¡y ya no estaba! Se ha escapado, nada más...

—Así que un niño de cinco años que hace todo lo posible por ayudar a su familia se escapa sin más, ¿no? ¿O lo echaste tú, Snell?

—Yo no... Se fue él, ¿y qué culpa tengo yo? Igual lo encontró alguien, igual hasta lo adoptaron.

—Se lo vas a contar todo a tus padres, Snell —dijo el hombre—. Volveré esta noche, es probable que tarde, pero volveré. Ni se te ocurra huir...

—No lo hará —dijo una voz desde la puerta.

El hombre se volvió.

—Bellam... qué...

—Maese Murillio, me quedaré aquí y le echaré un ojo a este mamón. Y cuando aparezcan sus padres, bueno, lo cantará todo. Márchese, maese, no tiene que preocuparse de nada de lo que ocurra aquí.

Murillio se quedó callado un rato, parecía estar estudiando a aquel muchacho alto y delgado que se había apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Después dejó a Snell en el suelo y dio un paso atrás.

—No olvidaré esto, Bellam.

—Todo irá bien, maese. No voy a romperle los huesos de una paliza, por más que ganas que tenga y por más que claramente se lo merezca. No, este crío se va sentar y va a jugar con sus hermanitas... en cuanto recuperen el sentido...

—Echarles un poco de agua debería valer.

—Pues después de eso. Y Snell no solo va a jugar con ellas, sino que va a procurar perder cada partida, cada discusión. Y si ellas quieren que haga el pino mientras se rasca el culo, bueno, pues eso es lo que Snell hará. ¿Verdad, Snell?

Snell había conocido chicos mayores como aquel. Tenían los ojos serenos, pero eso era solo para darte lo tuyo cuando menos te lo esperabas. Le tenía más miedo a ese tal Bellam del que le había tenido a

Murillio.

—Como me hagas algo, les diré a mis amigos que vayan a por ti —siseó—. A mis amigos de la calle...

—Y cuando oigan el nombre Bellam Nom se desharán de ti en un abrir y cerrar de ojos.

Murillio había encontrado un cuenco de arcilla en el que estaba echando un poco de agua.

—Maese —dijo Bellam—, yo puedo hacer eso. Ya tiene lo que necesitaba de él, al menos un rastro, un lugar para empezar.

—Muy bien. Hasta esta noche entonces, Bellam, y gracias.

Después de que se fuera, Bellam cerró la puerta y avanzó una vez más hacia Snell, que se pegó otra vez contra la pared contraria.

—Dijiste...

—Eso lo que hacemos, verdad, cuando se trata de adultos.

—¡No me toques!

—No hay adultos por aquí, Snell... ¿y qué te gusta hacer a ti cuando no andan cerca? Ah, sí, ya sé. Te gusta atormentar a todos los que son más pequeños que tú. Suena divertido. Creo que yo también quiero jugar, y, ah, mira, tú eres más pequeño que yo. Bueno, ¿con qué tormento empezamos?

Y, al dejarlos por el momento, cualquier lúgubre preocupación sobre actos indebidamente crueles es algo de lo que por fortuna podemos prescindir. Bellam Nom, que era más listo que la mayoría, sabía que el verdadero terror no lo inspiraba lo que ocurría en realidad, si no lo que podría ocurrir. Se conformó con avivar la imaginación de Snell para que se adentrara en la miríada de posibilidades, lo que en sí ya era una sutil y exquisita forma de tortura. Mucho más útil porque no dejaba ninguna marca.

Los matones no aprenden nada cuando alguien abusa de ellos; no hay lecciones, ningún giro de ciento ochenta grados en sus miserables naturalezas. El principio de la justicia moral es un dominio peculiar en el que se confunden lo apropiado y la venganza hasta ser casi indistinguibles. Al acosador acosado no se le muestra más que el otro lado del mismo miedo con el que él o ella han vivido toda su vida. El giro de ciento ochenta grados ocurre ahí, por fuera, no por dentro. Por dentro, el matón y todo lo que hostiga al alma del matón permanece inmutable.

Es una verdad abyecta, pero la conciencia no es algo que se le pueda embuchar a alguien por la garganta.

Ojalá se pudiera.

Las polillas se habían aplastado contra las paredes del estrecho pasadizo, a la espera de algo, probablemente la noche. Como era una ruta poco transitada tanto para entrar como para salir de la hacienda Vidikas, usada dos veces al día y a horas concretas por las entregas en la cocina, Cáliz había tomado por costumbre utilizarla con toda la elegancia furtiva de la despreocupada adúltera en la que se había convertido. Lo último que esperaba era tropezarse con su marido allí, entre las sombras, a medio camino.

Incluso más desconcertante, quedó claro que la había estado esperando. Con una mano sujetaba sus guantes de duelo como si estuviera a punto de abofetearla con ellos, pero había una sonrisa extraña en su cara.

—Querida —dijo.

Cáliz se detuvo delante de él, incapaz de hablar por un momento. Una cosa era jugar a ese juego en el desayuno, una mesa entre los dos atestada de los falsos iconos de un matrimonio perfecto y perfectamente

normal. El lenguaje de ambos entonces era un tranquilo periplo para esquivar todos esos letales bancos de arena en el que parecía que el presente no era más que una plantilla del futuro, de años y años de lo mismo; ninguna herida abierta y escocida, nada de debatirse trágicamente en los accidentados bajíos, los marineros ahogándose en la espuma.

Ahora estaba delante de ella, alto y con un millar de bordes afilados, bloqueando su camino, sus ojos resplandeciendo como las hogueras destructoras que encendían en los promontorios.

—Me alegro tanto de haberte encontrado —dijo—. Tengo que ir al campamento minero, sin duda puedes oír que están preparando el carruaje detrás de ti.

Palabras casuales, pero Cáliz se sobresaltó como un pajarillo; una agitación de alas aterradas en la oscuridad cuando se dio la vuelta a medias para oír el resoplido de los caballos y el susurro de las riendas en el patio que tenía a su espalda.

—Oh —consiguió decir, luego se volvió de nuevo hacia él. El pulso rápido de su corazón comenzó a ralentizarse.

—Incluso aquí —dijo Gorlas— hay un dulce rubor en tus mejillas, querida. De lo más favorecedor.

Cáliz casi pudo sentir el roce de las yemas de unos dedos que otorgaban la bendición al cumplido. Una polilla, despierta de golpe por el choque de corrientes en el aire polvoriento, las alas secas como talco cuando aleteó contra su cara. Cáliz se estremeció un momento.

—Gracias —dijo.

Solo era otro juego más, por supuesto. Lo entendió entonces. Su marido no quería que las cosas se complicaran demasiado, allí no, ni a corto plazo. Cáliz se lo aseguró a sí misma con total seguridad, y esperó que fuera verdad. Claro que, ¿por qué no una ruptura fulminante? Lo liberaría a él, la liberaría a ella, ¿no sería eso más sano? *A menos que su idea de liberarse sea matarme. Esas cosas pasan, ¿no?*

—No espero estar de vuelta en tres días al menos. Dos noches.

—Entiendo. Que tengas un buen viaje, Gorlas.

—Gracias, querida. —Y luego, sin advertencia alguna, se acercó a ella y con la mano libre le cogió el pecho derecho—. No me gusta pensar en desconocidos haciendo esto —dijo en voz muy baja, esa extraña sonrisa todavía en la cara—. Necesito ponerle un rostro, uno que conozca bien. Necesito conocer al desgraciado que hay detrás.

Ella se quedó mirando a su marido a los ojos y solo vio un extraño, un hombre calculador, tan insensible y frío como un amortajador, como el que había ido a preparar el cadáver de su madre, una vez que el fino velo de la simpatía se había apartado como un paño sucio y el hombre se puso a trabajar.

—Cuando regrese —continuó Vidikas—, tendremos una charla. Con muchos detalles. Quiero saberlo todo de él, Cáliz.

Sabía que lo que dijera en ese preciso momento resonaría en la mente de su marido durante casi cada momento libre que tuviera en el curso de los siguientes tres días y dos noches, y para cuando regresara sus palabras habrían hecho el trabajo de transformarlo, en una criatura rota o en un monstruo. Podía decir «está bien», como si la estuvieran forzando, arrinconando, y la mucha o poca satisfacción inmediata que él sintiera pronto se retorcería y convertiría en algo oscuro, desagradable, y en tres días ella se encontraría frente a una criatura vengativa. Podría decir «Si es lo que quieres», y él oiría en eso un desafío y una indiferencia cruel, como si para ella las necesidades de su marido fueran irrelevantes, como si fuera un acto de conmiseración y poco más. No, en realidad ella tenía pocas alternativas en cuanto a lo que podía decir en ese momento. En un instante, mientras él aguardaba su respuesta, ella decidió lo que diría y cuando lo pronunció, fue con tono sereno y confiado (pero no demasiado).

—Hasta entonces, esposo.

Él asintió y Cáliz vio que se le dilataban las pupilas. Captó su respiración acelerada y supo que había

elegido bien las palabras. Durante los próximos tres días y dos noches Gorlas sería como una persona atormentada. Por la anticipación, la imaginación desatada y ensayando diferentes escenarios, cada uno de ellos apenas una variación del mismo tema.

Sí, Gorlas, no hemos terminado todavía, después de todo.

La mano del hombre se retiró de su pecho y con una reverencia cortesana, su marido se hizo a un lado para dejarla pasar.

Y eso hizo ella.

Murillio alquiló un caballo para ese día; con arreos incluidos, el alquiler ascendió a tres concejos de plata junto con un depósito de veinte concejos. De esos, el animal valía quizá cinco, desde luego no mucho más. Con el lomo encorvado, como poco diez años, agotado, machacado, la desdicha en los ojos de la bestia provocó la simpatía de Murillio, que se planteó renunciar al depósito y dejar al animal en manos de un granjero amable con pastos de sobra.

Cabalgó a un paso lento y pesado por las concurridas calles hasta que llegó a la Puerta de Dos Bueyes. Atravesó la sombra del arco y puso al caballo al trote por el camino adoquinado, pasando junto a carros y carretas cargadas y algún que otro campesino gadrobi que se afanaba bajo cestas llenas de pescado en salazón, frascos de aceite, velas y lo que fuera que necesitasen para hacer soportable la vida en una miserable choza junto al camino.

Una vez dejada atrás la colonia de leprosos, comenzó a examinar las tierras de ambos lados en busca del pasto activo más cercano. A poca distancia observó ovejas y cabras que vagaban por la ladera de una colina a su derecha. Un único pastor renqueaba por el borde agitando una fusta para espantar las moscas. Murillio sacó a su montura del camino y cabalgó hacia él.

El anciano advirtió que se acercaba y se detuvo.

Iba vestido con harapos, pero el cayado que llevaba parecía nuevo, recién aceitado y pulido. También tenía los ojos manchados por las cataratas tras haber pasado demasiados años bajo la luz brillante del sol, así que guiñó los ojos, cauteloso y nervioso cuando Murillio se detuvo y se acomodó bien en la silla.

—Hola, buen pastor.

Un lacónico asentimiento le respondió.

—Estoy buscando a alguien...

—Nadie más que yo por aquí —respondió el anciano, y agitó la vara ante la cara.

—Fue hace unas semanas. Un niño pequeño, andaba por aquí arriba recogiendo estiércol, quizá.

—Aparecen, vienen de la ciudad.

Disimulaba mal la expresión furtiva. El anciano se lamió los labios y espantó unas moscas inexistentes. Allí había secretos, comprendió Murillio. Desmontó.

—Usted sabe algo de este —dijo—. Cinco años. Estaba herido, es posible que inconsciente.

El pastor dio un paso atrás cuando se acercó el otro y levantó a medias el cayado.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer? —preguntó—. Los que salen aquí no tienen na. Viven en la calle. Venden el estiércol por unos cuantos cobres. Yo aquí no tengo ayuda, nosotros trabajamos pa otro. Pasamos hambre cada invierno, ¿qué se suponía que tenía que hacer?

—Solo dígame lo que pasó —dijo Murillio—. Dígamelo y quizá me vaya sin más y lo deje en paz. Pero miente usted muy mal, viejo, y si lo vuelve a intentar, puede que me enfade.

—No sabíamos si iba a vivir, le habían dado una paliza casi de muerte, señor. Habría muerto si no lo hubiéramos encontrao y cuidao.

—Y luego.

—Lo vendí. Ya es bastante difícil comer nosotros...

—¿A quién? ¿Dónde está?

—Las minas de hierro. Los terrenos Eldra, al oeste de aquí.

Murillio sintió un escalofrío en el corazón.

—Un niño de cinco años...

—Topos, los llaman. O... eso oí...

Regresó al caballo. Se subió a la silla y con enojo le dio la vuelta a la bestia. Regresó al camino cabalgando deprisa.

Mil pasos más allá, el caballo perdió una herradura.

El buey iba avanzando con pesadez, con el ritmo de una bestia para la que el tiempo no significaba nada, y quizás en eso era más sabio que nadie. Caminando a su lado, el hombre de la vara lo azuzaba en el flanco de tanto en tanto, pero era más por costumbre que por meterle prisa. La carga de cuero trenzado no era un peso demasiado oneroso y si el carretero calculaba bien las cosas, bueno, puede que consiguiera agenciarse una comida en el campamento antes de emprender el largo viaje de regreso a la ciudad. Al menos para entonces el día casi habría llegado a su fin y el aire habría refrescado. Con ese calor, ni hombre ni bestia tenían demasiada prisa.

No fue de extrañar, por tanto, que el viajero solitario que iba a pie los alcanzara en poco tiempo y tras una breve conversación —unas cuantas palabras a ambos lados de un tintineo de monedas— la carga de la carreta se hizo más pesada, aunque no lo suficiente aún como para arrancarle un gruñido al buey. Aquella era, después de todo, la tarea de su vida, la definición misma de su existencia. En verdad, apenas recordaba haber sido libre alguna vez, haber ido andando sin arrastrar algo tras de sí, o sin la incesante reverberación en los huesos cuando las ruedas resonaban contra los adoquines, deslizándose por los surcos gastados en la piedra.

Parpadeos lánguidos, la tormenta de moscas que bailaban en el calor, la cola que se crispaba, manchas de sangre en las cernejas y tirar de algo de un lado a otro. A su lado, entrecerrando los ojos enrojecidos, llevaba una tormenta de moscas danzantes, manchas de sangre aquí y allá por culpa de los mosquitos y a saber qué más, y llevando algo de un lado a otro. Buey y boyero, vidas paralelas durante años sin sentido. Una variación singular de repente, el hombre sentado con las piernas colgando de la carreta, las botas gastadas y las ampollas supurantes, y el torbellino oscuro en sus ojos que no iba dirigido a ninguno de ellos, y además, tampoco era asunto suyo.

El ornamentado carruaje lacado de puertas abatibles que pasó retumbando junto a ellos a una legua del campamento llevaba las ventanillas cerradas para proteger a los pasajeros del calor y el polvo.

El hombre de la parte de atrás había observado cómo se acercaba. El carretero lo observó pasar. El buey lo vio alejarse delante de él a un ritmo constante que él jamás podría igualar, ni aunque hubiera querido, que tampoco era el caso.

Snell no tenía un pelo de tonto y cuando la bola de colorido bramante entrelazado rodó hasta la puerta y Hinty se la quedó mirando, esperando su milagroso regreso a sus manos gordezuelas y sucias, en fin, Snell la complació, y en cuanto se encontró junto a la puerta, salió disparado y desapareció.

Oyó el grito de Bellam, pero Snell le llevaba una buena delantera y además, el muy idiota no dejaría allí a las mocosas, ¿verdad? No, Snell había conseguido escapar, así de fácil, porque era muy listo y los imbéciles podían amenazarlo todo el tiempo, pero al final el que ganaba era él, siempre ganaba él,

prueba de lo listo que era.

Calle arriba, por un callejón, por debajo de la verja rota, cruzas el patio estrecho (pollos que se desperdigaban para dejarle el camino libre) y trepas hasta las conejeras apiladas, saltas la siguiente verja, te metes en el callejón Retorcido, veinte zancadas más y luego a la izquierda, por la pista embarrada donde había una cloaca con fugas. Nadie bajaba por ese estrecho pasadizo debido al hedor y todo lo demás, pero él sí, el pis empapándole los mocasines gastados, y por fin salió a la calle Bolsa y a la libertad.

Mejor si se hubiera llevado a las mocosas para venderlas. Mejor todavía si todavía tuviera su alijo de monedas. Pero no tenía nada. Aunque ya no lo atraparía nadie. Había unos chicos mayores que conocían a gente de la banda que trabajaba en Ciudad Miserias, birlando lo que podían de los carros de mercaderes que lo atestaban todo. Si Snell conseguía llegar allí, estaría fuera de la ciudad, ¿no? Podían buscarlo para siempre sin encontrarlo.

Y podría hacerse rico. Podría ir ascendiendo y convertirse en el líder de la manada. La gente le tendría miedo, terror incluso. Los mercaderes le pagarían solo para que no les robase. Y compraría una hacienda y contrataría asesinos para matar a Bellam Nom, Piedra Menackis y Murillio. Compraría las deudas de sus padres y los haría pagarle a él cada mes, ¿no sería estupendo? Sería perfecto. Y a sus hermanas podía prostituir las y con el tiempo tendría dinero suficiente para comprar algún título nobiliario, meterse en el Consejo y proclamarse Rey de Darujhistan, y ordenaría que se construyesen horcas nuevas y ejecutaría a todos los que lo habían tratado mal.

Se apresuró entre las multitudes, sus pensamientos estaban a un mundo de distancia, un futuro muy lejano, pero casi a su alcance.

Alguien le puso la zancadilla y cayó de repente, el golpe le entumeció un hombro y la cadera. Bellam Nom se alzaba sobre él, le costaba respirar, pero estaba sonriendo.

—Buen intento —dijo.

—¡Miau y Hinty! Las dejaste...

—Encerradas, sí. Eso fue lo que me entretuvo un momento. —Estiró la mano, sujetó a Snell por el brazo y lo levantó de un tirón mientras se lo retorcía con la fuerza suficiente para hacerlo gañir de dolor.

Bellam arrastró a Snell de regreso por donde había venido.

—Un día voy a matarte —dijo Snell, que hizo una mueca cuando Bellam le apretó todavía más el brazo.

—Con eso es con lo que cuenta la gente como tú, ¿no?

—¿Qué?

—Contáis con que ninguno de nosotros somos tan desagradables como vosotros. Que nos dará escrúpulos, digamos, desollarte vivo. O hacerte pedazos las rótulas. Arrancarte los ojos. ¿Quieres matarme? Muy bien, pero no te sorprendas si te pillo yo antes, Snell.

—No puedes asesinar...

—¿No puedo? ¿Por qué no? Tú parece pensar que sí puedes, cuando tú quieras, cuando surja la oportunidad. Bueno, yo no soy Piedra Menackis. Tampoco soy Murillio. Ellos son... gente civilizada. No, Snell, yo me parezco más a ti, solo que mayor y mejor.

—Si me hicieras algo, Murillio tendría que ir a por ti. Como tú dices, él no es como nosotros. O Piedra. Ella te haría pedazos. Sí, lo haría Piedra, una vez que pa se lo pidiera, y se lo pediría.

—Estás suponiendo mucho, Snell.

—¿Qué?

—Pues que llegaran a averiguar que fui yo.

—Se lo advertiré, en cuanto regresen, les advertiré sobre ti...

—¿Antes o después de confesar? ¿Lo que le hiciste al pobre Harllo?

—¡Eso fue diferente! No hice nada adrede...

—Le hiciste daño, es probable que lo mataras, y dejaste su cuerpo para los pájaros. Lo mantuviste todo en secreto, Snell. Bien sabe el Embozado que si se lo pidiera por favor, igual tu pa te dejaría de mi mano y adiós muy buenas.

Snell no dijo nada. El terror se había apoderado de él, terror de verdad. Tanto que lo llenaba, le rebosaba por todos los poros y le salía entre las piernas. Ese tal Bellam era un monstruo. No sentía nada por nadie. Solo quería hacer daño a Snell. Un monstruo. Un demonio cruel, sí, un demonio. Bellam era todo lo que iba mal con... con... todo.

—Seré bueno —gimoteó Snell—. Ya lo verás. Lo arreglaré, todo.

Pero solo eran mentiras, y los dos lo sabían. Snell era lo que era y no había cantidad de mimos y abrazos que pudiera cambiarlo. Se irguió, ahí, en su mente, como para decir: *estamos en tu mundo. Más de los que imaginas. Si supieras cuántos somos, te entraría el miedo, mucho miedo. Estamos aquí. Así que ¿qué vas a hacer con nosotros?* Snell era lo que era, sí, y Bellam Nom también.

Cuando su captor lo arrastró por la estrecha puerta de una tienda de aspecto corriente situada en un extremo del callejón Sinuoso, Snell se encogió de repente, conocía ese lugar. Sabía...

—¿Qué tienes ahí, Bellam?

—Uno bien fresco, Goruss, y te lo dejo barato.

—¡Espera! —chilló Snell, y entonces una manaza pesada le tapó la boca y lo metieron en la penumbra; olió el sudor rancio y sintió un aliento en la mejilla cuando el ogro llamado Goruss se inclinó sobre él.

—De los que gritan, ¿eh?

—Un mierdecilla repugnante, de hecho.

—Ya se lo arreglaremos nosotros.

—No con este. Apuñalaría a su madre solo para ver correr la sangre. Seguro que dejó un rastro de animalitos torturados de diez leguas de largo, enterrados en agujeros en cada patio del barrio. Es uno de esos, Goruss.

—¿Dieciocho platas?

—¿Astillas?

—De acuerdo.

Snell se agitó y revolcó mientras lo llevaban a una habitación trasera y luego por unos escalones hasta un sótano sin luz que olía a barro empapado en orina. Lo amordazaron y ataron y luego lo arrojaron a una jaula baja de hierro. Goruss regresó después arriba y dejó a Snell solo.

En la sala, Goruss se sentó enfrente de Bellam.

—¿Cerveza, sobrino?

—Demasiado temprano para mí, tío.

—¿Cuánto tiempo quieres retenerlo?

—Lo bastante para que se cague del todo. Lo quiero tan asustado que se rompa por dentro.

—Dale una noche, entonces. Lo bastante para que recorra todos sus terrores, pero no tanto como para que se entumezca. Mierda, sobrino, no me ocupo de nadie de menos de, no sé, quince años, y hacemos entrevistas y análisis al detalle, y solo a los casos más desesperados se les manda a galeras. E incluso entonces les pagan, les dan de comer y los licencian tras cinco años, y a la mayor parte le va bien después.

—Dudo que Snell sepa nada de eso, tío. Solo sabe que a los niños los arrastran dentro de esta tienda y nunca más vuelven a salir.

—Tiene que verse así.

Bellam sonrió.

—Oh, y se ve, tío, se ve.

—Hace días que no le veo.

Barathol se limitó a asentir y luego se acercó al barril de agua para lavarse la suciedad de los antebrazos y las manos. Chaur estaba sentado en un cajón cercano, comiéndose una fruta local con la cáscara amarilla y el interior rosa y carnoso. El jugo le chorreaba por los pelos de la barbilla.

Scillara le dedicó una radiante sonrisa cuando entró calmadamente en la sala. El aire olía acre y quebradizo, como huele en las herrerías, y a ella le pareció que, a partir de ese momento, ese aroma acompañaría cada uno de sus recuerdos de Barathol, ese hombre grande de ojos amables.

—¿Tuviste más problemas con los Gremios? —preguntó.

El herrero se secó y tiró el paño a un lado.

—No lo están poniendo fácil, pero me lo esperaba. Vamos sobreviviendo.

—Ya lo veo. —Scillara le dio una patada a un montón de varas de hierro—. ¿Nuevo pedido?

—Espadas. La llegada de la guarnición de la embajada malazana ha disparado una nueva moda entre los nobles. Espadas largas imperiales. Les dieron problemas a la mayor parte de los fabricantes de espadas de la zona. —Se encogió de hombros—. A mí no, por supuesto.

Scillara se acomodó en la única silla y empezó a limpiar su pipa.

—¿Qué tienen de especial las espadas largas malazanas?

—Justo lo contrario, en realidad. Los fabricantes de por aquí no han terminado de entender que tienen que invertir la mecánica para acertar.

—¿Invertir la mecánica?

—El diseño básico y la manufactura de la espada larga malazana es de origen untano, en el continente imperial. Tres siglos de antigüedad, por lo menos, quizá más. El Imperio todavía utiliza las fundiciones de Unta y son una panda muy conservadora.

—Bueno, si los malditos trastos hacen lo que se supone que tienen que hacer, ¿para qué cambiar?

—Esa parece ser la idea, sí. Los de aquí se han vuelto locos plegando y volviendo a plegar, intentando captar esa solidez áspera, pero los herreros untanos tienen por costumbre trabajar el hierro cuando no está lo bastante caliente. Es también hierro rojo lo que están usando; las Colinas Untanas están podridas de él, aunque escasea en todos los demás sitios. —Hizo una pausa y observó mientras ella encendía su pipa—. Esto no puede interesarte demasiado, Scillara.

—No mucho, pero lo que sí me gusta es el sonido de tu voz. —Y alzó la vista y lo miró entre el humo, los ojos medio velados.

—En fin, que yo puedo hacer copias decentes y se ha corrido la voz. Con el tiempo, algún herrero terminará aclarándose, pero para entonces yo ya tendré clientes más que satisfechos y aunque los otros vendan más barato, no me harán mucho daño.

—Bien —dijo ella.

Barathol la estudió un momento.

—Así que Navaja ha desaparecido, ¿no?

—No tengo ni idea. Solo que hace unos días que no le veo.

—¿Estás preocupada?

Scillara lo pensó y luego lo pensó un poco más.

—Barathol, no vine a visitarte por eso. No estaba buscando a alguien que se lanzara a buscarlo como si a Navaja lo hubieran raptado o algo. Estoy aquí porque quería verte. Me siento sola..., bueno, tampoco

quiero decir que me valga cualquiera. Solo quería verte, nada más.

Tras un momento él se encogió de hombros y extendió las manos.

—Aquí estoy.

—No lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—Scillara, mírame. Por favor, mira. Con atención. Eres demasiado rápida para mí. Navaja, ese historiador, incluso esa Abrasapuentes, los dejas a todos girando como peonzas a tu paso. Si me dan a elegir, preferiría pasar desapercibido el resto de mi vida. No me interesan los dramas, ni siquiera las grandes emociones.

Scillara estiró las piernas.

—¿Y tú crees que a mí sí?

—Es vida de lo que tú estás llena. —Barathol frunció el ceño y luego sacudió la cabeza—. No se me da muy bien decir lo que pienso, ¿verdad?

—Sigue probando.

—Tú puedes ser... abrumadora.

—Típico, te pones un poco gordita y de repente ya soy demasiado para él.

—No estás gorda y lo sabes. Tienes... —el hombre vaciló— ... formas.

Pensó echarse a reír, pero decidió que sonaría demasiado ofendida, lo que lo haría sentirse todavía peor. Además, el comentario que había hecho ella no había sido más que una distracción desesperada, había perdido la mayor parte del peso que había ganado con el embarazo.

—Barathol, ¿no se te ha ocurrido que quizá soy como soy porque detrás no hay mucho más?

El ceño masculino se profundizó.

Chaur se bajó del cajón y se acercó. Le dio a Scillara unas palmaditas en la cabeza con la mano pegajosa y luego salió a toda prisa al patio.

—Pero has pasado tanto...

—¿Y tú no? Dioses del inframundo, fuiste oficial de las Espadas Rojas. Lo que hicisteis en Aren...

—Eso fue solo que estaba tratando de evitar el desastre, Scillara. Como siempre.

—¿De qué estamos hablando aquí?

Los ojos del herrero la rehuyeron.

—No estoy seguro. Supongo que ahora que Navaja te ha dejado...

—Y Duiker es demasiado viejo, y Rapiña es una mujer, y eso es muy divertido, pero no va en serio, para mí, al menos; así que me he encontrado con que necesito otro hombre. Chaur es un niño, es decir, en su cabeza. Lo que te deja... a ti.

El crudo sarcasmo de Scillara le escoció y Barathol estuvo a punto de retroceder.

—Desde mi punto de vista —dijo él.

—Bueno —respondió ella con un suspiro—, supongo que me lo merezco. He sido un poco... fácil. Rebelde. Buscaba, probaba, no encontraba, volvía a probar. Y otra vez. Tu punto de vista, sí, lo entiendo.

—Nada de eso me importaría —dijo entonces Barathol—. Salvo que, bueno, no quiero ser otro más que dejas a tu paso.

—No me extraña que hayas dedicado tu vida a hacer armas y armaduras. El problema es que son para todos los demás.

Barathol no dijo nada. Se limitó a mirarla como, comprendió ella entonces, llevaba haciéndolo ya un tiempo. De repente Scillara se sintió incómoda y le dio una buena calada a la pipa.

—Barathol, necesitas una armadura para ti.

Y él asintió.

—Entiendo.

—No voy a hacer promesas que no puedo mantener. Con todo, es posible que mi rebeldía esté llegando a su fin. La gente como nosotros, que nos pasamos todo el tiempo buscando, bueno, incluso cuando lo encontramos por lo general no nos damos cuenta, hasta que es demasiado tarde.

—Navaja.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—No le quedaba ya sitio en el corazón, Barathol. Ni para mí, ni para nadie.

—¿Así que ahora solo se está escondiendo?

—En más de un sentido, sospecho.

—Pero te ha roto el corazón, Scillara.

—¿Ah, sí? —Lo pensó un momento—. Quizá sí. Quizá sea yo la que necesite una armadura. —Lanzó un bufido—. Me pone en mi lugar, ¿verdad? —Y se levantó.

Barathol se sobresaltó.

—¿Adónde vas?

—¿Qué? No lo sé. A algún sitio. A ninguno. ¿Importa?

—Espera. —Él se acercó más—. Escúchame, Scillara. —Y luego se quedó callado, en su rostro se reflejaba una pugna de sentimientos que trataba de encontrar las palabras. Tras un momento su ceño se acentuó—. Ayer, si Navaja hubiera entrado por esa puerta para saludar, lo habría cogido por el pescuezo. Por el Embozado, probablemente le habría dado una paliza hasta dejarlo inconsciente y lo habría atado a esa silla. Donde se hubiera quedado... hasta que tú te dejaras caer.

—Ayer.

—Cuando pensé que no tenía posibilidad ninguna.

A ella también le estaba costando encontrar las palabras.

—¿Y ahora?

—Creo... que me acabo de poner una armadura.

—El soldado... deja el retiro.

—Bueno, soy un hombre, y un hombre nunca aprende.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Eso es cierto.

Después se inclinó hacia él y cuando Barathol fue levantando poco a poco los brazos para abrazarla, ella casi cerró los ojos... todo ese alivio, toda esa anticipación del placer, incluso del júbilo... pero, en vez de aquello, las manos la cogieron por los brazos y la apartaron bruscamente a un lado. Sobresaltada, Scillara se volvió y vio a un pelotón de la Guardia de la Ciudad atestando la entrada.

El oficial al mando tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—¿Barathol Mekhar? Por orden de la ciudad, esta herrería debe cerrarse de forma temporal y me temo que debo detenerlo.

—¿El cargo?

—Presentado por el Gremio de Herreros. Contravención de las normas sobre la adecuada eliminación de desechos. Es una acusación grave, me temo. Podría perder su negocio.

—No lo entiendo —dijo Barathol—. Estoy utilizando los desagües del alcantarillado, no estoy derramando nada...

—El desagüe común, sí, pero debería estar utilizando el desagüe industrial, que va junto al desagüe común.

—Es la primera vez que oigo hablar de eso.

—Bueno —dijo una voz tras los guardias—, si fuera miembro del Gremio, ya se habría enterado, ¿no?

Era una mujer la que hablaba, pero Scillara no veía por culpa de los hombres de la puerta.

Barathol levantó las manos.

—Muy bien, será un placer acatarlo. Instalaré las cañerías adecuadas...

—Puede hacerlo —dijo el oficial—, una vez que se decida sobre los cargos, se paguen las multas y demás. Entretanto, hay que cerrar este establecimiento. Hay que sellar las válvulas de gas. Hay que requisar materiales y herramientas.

—Ya veo. Déjeme entonces disponer las cosas para mi ayudante, un lugar donde alojarlo y...

—Lo siento —interpuso el oficial—, pero la acusación es contra los dos, usted y su aprendiz.

—No del todo exacto —dijo la mujer invisible—. El herrero no puede tener un aprendiz a menos que sea miembro del Gremio. Los dos están confabulados para socavar al Gremio.

La expresión del oficial se endureció.

—Lo que ella ha dicho, sí. No estoy aquí para cotorrear como un abogado. Yo hago el arresto y dejo a uno de mis guardias para supervisar el desmantelamiento del negocio que hará una cuadrilla cualificada.

—Un momento —dijo Barathol—. ¿Va a arrestar a Chaur?

—¿Es ese el nombre de su aprendiz?

—No es mi aprendiz. Es un deficiente...

—Poco más que un esclavo, entonces —soltó de golpe la funcionaria invisible del Gremio—. Eso sería quebrantar una ley mucho más seria, diría yo.

Scillara vio cómo dos hombres que fueron al patio y regresaron con un Chaur gimoteante y con los ojos como platos. Barathol intentó consolarlo, pero los guardias se interpusieron entre ellos y el oficial advirtió que, si bien no quería utilizar los grilletes, lo haría si fuera necesario. Así que, si todo el mundo permanecía tranquilo y sosegado, podrían salir de allí como personas civilizadas. Barathol inquirió sobre su derecho a contratar un abogado y el oficial respondió que, si bien no era un derecho como tal, sí que era un privilegio que Barathol podía ejercer, suponiendo que pudiera permitírsele.

En ese momento fue Scillara la que habló.

—Yo te buscaré uno, Barathol.

Un destello de alivio y gratitud en sus ojos, sustituido casi de inmediato por angustia por la suerte de Chaur, que se había puesto a berrear y zafándose de los brazos cada vez que un guardia intentaba sujetarlo.

—Dejadlo en paz —dijo Barathol—. Nos seguirá sin ningún problema, pero no lo sujetéis.

Y luego el pelotón, todos salvo uno, salieron a paso de marcha con sus prisioneros. Scillara se fue tras ellos y al fin vio a la funcionaria del Gremio, una mujer de aspecto imponente cuya dignidad quedaba estropeada por una sonrisita de satisfacción.

Cuando Scillara pasó por detrás de la mujer, le cogió la trenza y le dio un buen tirón.

—¡Ay! —La mujer se giró en redondo con una expresión furiosa en la cara.

—Lo siento —dijo Scillara—. Debe de haberseme enganchado en la pulsera.

Y cuando Scillara continuó bajando la calle, oyó hablar al oficial del pelotón.

—No lleva ninguna pulsera.

La mujer del Gremio siseó.

—La quiero... —dijo.

Y entonces Scillara dobló la esquina. No esperaba que el oficial mandara nadie a perseguirla. Aquel hombre estaba haciendo su trabajo y no tenía ningún interés en complicar las cosas.

—Y ahí estaba yo —murmuró por lo bajo— a punto de atrapar a un hombre estupendo en mi desastrosa telaraña. Esperando, rezando, que fuera el que pudiera desenredar mi vida. —Lanzó un bufido—. Menuda suerte tengo.

Desde las simples supersticiones hasta los tratados eruditos, un sinnúmero de generaciones había intentado comprender a aquellos cuyas mentes quedaban sin desarrollar, como niños o, incluso, aparentemente atrapados en algún otro mundo. Posesiones divinas y demoníacas, almas robadas, una infinidad de desequilibrios químicos y humores desagradables, lesiones sufridas en el parto o incluso antes; golpes en la cabeza durante la infancia; fiebres y demás. Lo que no se podía lograr, por supuesto (salvo con elaborados y peligrosos rituales en los que se caminaba con los espíritus), era aventurarse en la mente de los así afligidos.

Sería fácil imaginar un mundo interior de sentimientos sencillos, incógnitas aterradoras y un miasma incesante de confusión. O un demonio incorpóreo agazapado sobre cada pensamiento, aplastándole la vida, asfixiándolo e impidiéndole el paso a la conciencia. Esta clase de ideas, como es natural, no son más que suposiciones, fundadas solo en observaciones externas: la mirada que examina unos ojos en apariencia vacíos y unas sonrisas estúpidas, comportamiento repetitivo y miedos infundados.

Agárrate con fuerza, así pues, a esta mano, para este viaje de unos instantes a la mente de Chaur.

El mundo del que él era testigo era un lugar de objetos, algunos que se movían, otros que nunca se movían, y algunos que estaban quietos pero podían moverse si uno así lo quería. Esos tres tipos no eran necesariamente fijos, y él sabía bien que había cosas que parecían destinadas a la inmovilidad que podían despertarse de repente, cobrar vida con un gesto explosivo. En su interior, a Chaur le inquietaban los tres tipos, sus siempre cambiantes formas. Había amor, un objeto de raíces profundas, del que emanaba calor, alegría y una sensación de bienestar perfecto. Podía, en ocasiones, alargar el brazo para acoger a otro (alguien o algo del exterior), pero, en última instancia, eso no era necesario. El amor lo llevaba dentro, era su propio mundo, y él podía ir allí a voluntad. Cuando lo hacía se expresaba en una sonrisa soñadora y una expresión desconectada de todo lo exterior.

A pesar de todo su poder, el amor también era vulnerable. Podías herirlo, hacerlo retroceder con una punzada de dolor. Cuando eso ocurría, otro objeto se desperezaba. Se le podía llamar «odio», pero su superficie estaba moteada de miedo y rabia. Ese objeto estaba clavado con igual profundidad que el amor en su alma, y los dos se necesitaban, aunque su relación fuera crispada y tensa. Aguijoneado por el dolor que siente el amor, el odio abría unos ojos que solo podían mirar hacia fuera, nunca hacia sí mismo, ni siquiera hacia la entidad conocida como Chaur. El odio llameaba en una dirección, y solo en esa, hacia el mundo exterior y sus objetos, los que se movían y los que no, los que podían hacer cualquiera de las dos cosas, cambiar de uno a otro y vuelta otra vez.

El odio podía, si no quedaba más remedio, utilizar el cuerpo de Chaur. Para arremeter en un frenético reordenamiento del mundo. Para devolverle la forma adecuada, para forzar el fin de aquello que le causara dolor al amor.

Todo aquello dependía de la observación, pero era una observación que no contaba demasiado con lo que veía, u oía, olía, tocaba o saboreaba. La visión secreta del odio era mucho más perspicaz, veía colores que no existían para otros, y esos colores eran, instintivamente, enciclopédicos. Al verlos, el odio lo sabía todo. Sabía, de hecho, mucho más de lo que una mente normal podría alcanzar.

¿Era eso poco más que una sensibilidad peculiar a la comunicación no verbal? No le preguntes a Chaur. Él está, después de todo, en su propio mundo.

Su objeto llamado odio estaba obsesionado con la sangre. El tono, el modo en que fluía, el olor y el sabor, y esa era una verdad extraña: a su odio le encantaba la sangre. Verla, sumergirse en ella, era sentir alegría, calor y alborozo.

Los guardias que flanqueaban a Chaur, y que iban caminando relajados e inmersos en sus propios y modestos pensamientos, no tenían la menor idea de lo que se arremolinaba en la mente en apariencia

simple de su prisionero. Prisionero que caminaba, los miembros sueltos y colgando una vez que se había relajado la tensión natural que había hinchado el cuello y los hombros de aquel gigante; era obvio que el bobo había olvidado todo el lío en el que estaba metido, había olvidado que caminaban todos hacia una cárcel y que Chaur se encontraría pronto dentro de una jaula de sólidos barrotes negros de hierro. Era obvio que todos los gruesos muros que rodeaban el cerebro del deficiente habían regresado a su sitio.

Ni siquiera merecía una segunda mirada.

Así que no hubo nadie que viera los ojos llenos de odio que se asomaban por cada ranura, cada tronera, cada abertura, un millar, diez millares de ojos que resplandecían y lo veían todo, los destellos frenéticos al observar objetos inmóviles que medían y luego desechaban; a otros los declaraban útiles en potencia, cosas que, si bien inmóviles, era posible hacer que se movieran. Lo veían todo, sí, lo absorbían y procesaban a velocidades que asombrarían a una inteligencia normal, porque era algo diferente, algo ajeno, algo casi perfecto a su manera, con sus propias reglas, con todas las fuerzas que podía reunir, albergar, para luego, cuando llegara el momento apropiado, desatarlas contra un mundo que no sospechaba nada.

Los simples no son tan simples. Los rotos no están rotos. Están estructurados de un modo distinto. ¿Para mejor, para peor? Esos criterios carecen de relevancia. Después de todo, imagina un mundo en el que casi cualquier mente es más simple de lo que se imagina que es, o está tan rota que ni siquiera es consciente de su propia inmensa y asombrosa disfunción. En un mundo así, la vida continúa y la locura medra. La estupidez se repite. Los comportamientos destruyen y vuelven a destruir, una y otra vez, pero son siempre impermeables a la iluminación. Abundan los crímenes contra la humanidad y ni uno solo de los perseguidores puede concebir siquiera que un día se convierta en víctima; ni una sola alma cruel entiende que la crueldad provocada engendra crueldad multiplicada por mil. Es suficiente comer hoy y dejar que los niños de mañana se mueran de hambre. La riqueza siempre promete protección contra los rigores de un mundo duro, avaricioso, pero jamás llega a cumplir esa promesa, da igual si el asesino es la enfermedad, la traición o los estragos provocados por las chusmas de la revolución. La riqueza no es capaz de comprender que ha sido ella quien ha creado la avaricia que teme, que esa avaricia es el desecho tóxico de su propia y gloriosa exaltación. Imagina un mundo así... oh, ni te molestes. Mejor compadece al pobre y tonto Chaur.

Que, sin aviso previo, estalló en movimiento. Los pensamientos plácidos en cráneos guardianes cayeron en el olvido hechos pedazos al ser triturados por unos puños que a uno y otro lado lanzaron por los aires a cada hombre. Cuando los sentidos embotados advirtieron algo torcido e hicieron saltar la primera ráfaga de alarma química en el más cercano de los guardianes restantes, Chaur estiró el brazo hacia él, lo cogió por el cinturón y el cuello y lo lanzó contra un muro de piedra que por fortuna permanecía inmóvil a la derecha. El oficial y el último guardia empezaron los dos a girar sobre sus talones para enfrentarse a lo que todavía era una amenaza desconocida, y Chaur, sonriendo, estaba allí para recibirlos. Tenía en la mano izquierda una pesada ánfora sujeta por un asa, que había cogido de un puesto a su izquierda, y fue ese objeto el que estrelló contra el oficial. Fragmentos de arcilla, una lluvia de gránulos, y en medio de todo, un cuerpo que se derrumbó. El último guardia, con una mano tironeando de la espada, la boca abierta para dar el grito de alarma, vio justo antes de perder la conciencia a Chaur y a su enorme sonrisa cuando el deficiente se giró en un amplio revés y le incrustó el puño en la sien, hundiéndole el yelmo por ese lado y mandando la pieza por los aires. En un maremágnum de sangre de oído y sien, el guardia cayó al suelo, vivo, vivo pero temporalmente reacio a reconocer que lo estaba.

Y Chaur se quedó mirando a Barathol con una expresión tan complacida y entusiasmada en los ojos que el herrero solo pudo devolverle la mirada, enmudecido, horrorizado.

Gorlas Vidikas salió del carruaje y se detuvo para colocarse bien las calzas, fijándose con un leve desagrado en las desacordes arrugas que había dejado en ellas el trayecto en ese sudoroso vehículo, y después levantó la mirada cuando el enfermizo capataz se acercó resollando.

—Noble señor —jadeó—, en cuanto a los pagos de los intereses... he estado enfermo, como bien sabe...

—Te estás muriendo, idiota —le soltó Gorlas—. No estoy aquí para discutir tus problemas. Los dos sabemos lo que pasará si no cumples alguno de los pagos del préstamo, y los dos sabemos, diría yo, que no estarás mucho en este mundo, lo que hace irrelevante todo el asunto. La única pregunta es si te vas a morir en tu cama o terminarás en la maldita calle. —Tras un momento se acercó todavía más y abofeteó al hombre, lo tiró de espaldas y levantó una nube de polvo—. Siempre te queda la choza del campamento, ¿no? Venga, es hora de discutir otros asuntos.

El capataz alzó la cabeza y lo miró atónito, con esa expresión lastimera y patética que todos los perdedores del mundo han perfeccionado. Mejor, claro está, que el brillo oscuro de la malicia —los estúpidos eran muy dados a odiar enseguida, en cuanto alcanzaban a comprender cómo les habían tomado el pelo—, no, era mejor mantener a ese poniendo todas esas lloriqueantes muecas de «ayúdame, por favor».

Gorlas sonrió.

—Puedes quedarte en tu preciosa casa nueva, amigo mío. Renunciaré a los pagos de los intereses para que puedas dejar este mundo en paz y tranquilidad. —Ah, ¿acaso no era ese un favor extraordinario? Esa concesión, ese tremendo sacrificio, bueno, no sería de extrañar que el idiota cayera de rodillas deshecho en agradecimientos, pero eso ya daba igual. Una segunda palmada en la espalda, y esa le provocó un ataque de tos.

Gorlas se acercó al borde del inmenso pozo y examinó el afanado hervidero de actividad de allá abajo.
—¿Todo va bien?

El capataz, después de escupir un palmo entero de flemas amarillas, se acercó renqueando y se encorvó junto a Gorlas mientras se limpiaba la mano en una pernera incrustada de suciedad.

—Bastante bien, señor, sí, bastante bien.

¿Ves cómo le había mejorado el humor? Sin duda comido por la preocupación toda la mañana, el pobre cretino inútil. Bueno, el mundo necesitaba a estos seres, ¿no? Para que hicieran el trabajo sucio, el más duro, y luego les agradecieran a personas como Gorlas el privilegio de poder hacerlo. *No hay de qué, estúpido idiota, ¿y ves esto? Es mi sonrisa de indulgencia. Disfrútala, y disfrútala todo lo que puedas, es lo único que doy que sale verdaderamente gratis.*

—¿Cuántas bajas esta semana?

—Tres. La media, señor, la media de siempre. Un topo en un hundimiento, los otros murieron de la enfermedad de la cara gris. Tenemos la nueva veta produciendo ya. ¡Puede creerlo, es hierro rojo!

Gorlas alzó las cejas.

—¿Hierro rojo?

Un asentimiento rápido, ansioso.

—El doble de precio a la mitad de peso, sí, señor. Parece que hay una demanda creciente...

—Sí, las espadas largas malazanas que codicia todo el mundo. Bueno, así será más fácil encargarse de una, dado que hasta ahora solo un herrero sabía hacer esas malditas armas. —Sacudió la cabeza—. Unos trastos horribles, en mi opinión. Lo curioso es que no tenemos hierro rojo por aquí, hasta ahora no, así que, ¿cómo es que ese idiota estaba haciendo unas copias tan perfectas?

—Bueno, noble señor, hay una vieja leyenda sobre cómo se puede convertir el hierro normal en eso

rojo, y además hacerlo barato. Quizá no sea solo una leyenda.

Gorlas lanzó un gruñido. Interesante. Imagina que se pudiera averiguar el secreto, ser capaz de coger hierro normal, echarle algo que no valiera casi nada, y que saliera hierro rojo, que valía cuatro veces más.

—Acabas de darme una idea —murmuró—. Aunque dudo que el herrero me diera el secreto, no, tendría que pagar. Mucho.

—Quizá si se asociaran —aventuró el capataz.

Gorlas frunció el ceño. No estaba pidiendo consejo. Con todo, sí, asociarse podría ser la solución. Algo había oído sobre ese herrero..., algo de un problema con el Gremio. Bueno, quizá Gorlas pudiera solucionarlo, a cambio de una gratificación.

—Da igual —dijo en un tono de voz un poco más alto de lo necesario—, solo era una idea, y ya la he descartado por demasiado complicada, demasiado enrevesada. Olvidemos que la hemos comentado siquiera.

—Sí, señor.

¿Pero no tenía el capataz una extraña expresión pensativa? Quizá fuera necesario, reflexionó Gorlas, apresurar el fallecimiento del idiota.

Por el camino que tenían detrás se iba acercando la carreta de un comerciante.

Una estupidez, la verdad. Había decidido ponerse sus botas de montar, pero eran viejísimas y estaban gastadas, y parecía que los pies se le habían aplanado un poco desde la última vez que se las había puesto, así que le habían salido unas ampollas enormes y muy dolorosas. Y después de haber planeado tanto su llegada impactante, atronadora, al campamento, llena de adusta determinación y un toque de fanfarronería, que luego suavizaría con un puñado de concejos de plata para convencer así a un aliviado capataz de que enviara a un mensajero a recoger al pequeño rebelde, al final Murillio se veía en la parte trasera de una carreta desvencijada, lleno de polvo y sudando en medio de una nube de moscas.

Bueno, tendría que hacerlo lo mejor que pudiese, ¿no? Cuando el buey se detuvo en la cima de un risco, el viejo fue dirigiéndose a paso de caracol hacia donde se encontraba el epónimo capataz junto a uno de esos nobles elegantes (y los dos estaban mirando ya hacia ellos), y Murillio se bajó, torció el gesto cuando una punzada de dolor le subió por las piernas y pensó con pavor en la larga caminata de regreso a la ciudad, su mano sujetando la diminuta mano de Harllo, con la oscuridad alzándose de las zanjas que flanqueaban en el camino; una caminata muy muy larga, y cómo iba a emprenderla era, a decir verdad, algo que todavía no terminaba de comprender.

Los soldados sabían de ampollas, ¿no? Y los hombres y mujeres que se mataban a trabajar para ganarse la vida. A otros, esa aflicción les parecía trivial, una irritación menor, y si habían pasado años desde la última vez que uno las había sufrido, era algo fácil de olvidar, desdeñar sin más lo debilitantes que eran en realidad.

El cuero duro le raspaba cada ampolla como cristal molido cada vez que apoyaba el peso. Con todo, no podía acercarse cojeando, así que Murillio hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, paso a paso, con cuidado, y se dirigió a donde el capataz y el noble comentaban unos asuntos con el carretero. Al acercarse, entrecerró los ojos y los clavó en el aristócrata, un atisbo de reconocimiento... ¿pero dónde? ¿Cuándo?

El capataz le había dicho al carretero dónde debía llevar los suministros, y allá que marchó, con un asentimiento dirigido a Murillio al pasar.

El capataz había entornado los ojos con expresión curiosa, y cuando Murillio se detuvo delante de

ellos, el hombre escupió a un lado antes de hablarle.

—Parece perdido, señor. Si tiene dinero, puede comprarse una silla en la mesa de los trabajadores, es comida sencilla pero llena, aunque no servimos más que cerveza floja. —Lanzó una carcajada seca—. Esto no es una posada del camino, ¿eh?

Murillio le había dado muchas vueltas a cómo abordar el tema. Pero no había anticipado tener un maldito noble en esa escena, y algo le dijo que lo que debería haber sido una simple negociación, que se concluiría pagando el doble de la tarifa habitual por un niño de cinco años, podría complicarse de forma peligrosa.

—¿Es usted el capataz del campamento, señor? —preguntó después de una deferente reverencia a medias dedicada al noble. Tras el asentimiento de respuesta, Murillio continuó—. Muy bien. Estoy aquí en busca de un niño pequeño, se llama Harllo, que le vendieron a su campamento hace unas semanas. —Se apresuró a alzar una mano enguantada—. No, no tengo ningún deseo de poner en duda la validez de ese acuerdo. En realidad, deseo comprar la libertad de ese niño, y devolverlo así a sus, eh, angustiadísimos padres.

—¿No me diga? —El capataz miró al noble.

Sí, a Murillio le parecía que quizá conociera a ese joven.

—Usted es el que se llama Murillio —dijo el noble con un extraño brillo en la mirada.

—Me aventaja usted...

—Eso no hay ni que decirlo. Soy el principal inversor en esta operación. Soy también consejero. Gorlas Vidikas, de la Casa Vidikas.

Murillio se inclinó una segunda vez, tanto para ocultar su consternación como para mostrar la deferencia adecuada.

—Consejero Vidikas, es un placer conocerlo.

—¿Lo es? Lo dudo mucho. Me llevó unos momentos ubicarlo. Verá, me lo señalaron hace un par de años, en la fiesta de una hacienda.

—¿Sí? Bueno, hubo un tiempo en el que era...

—Estaba usted en una lista —interpuso Gorlas.

—¿Una qué?

—Un pasatiempo de un amigo mío, aunque dudo que él lo hubiera visto como un pasatiempo. De hecho, si yo tuviera el descuido de usar esa palabra para referirme a su lista, es muy probable que me llamara la atención.

—Lo siento —dijo Murillio—, pero me temo que no sé de qué está hablando. ¿Una especie de lista, ha dicho?

—Conspiradores probables —dijo Gorlas con una leve sonrisa— en el asesinato de Turban Orr, por no mencionar a Ravyd Lim, ¿o era algún otro Lim? No lo recuerdo ahora, claro que tampoco es que importe. No, Turban Orr, y por supuesto el sospechoso suicidio de lady Simtal; todo la misma noche, en la hacienda de la dama. Yo estaba allí, ¿lo sabía usted? Vi a Turban Orr asesinado con mis propios ojos. —Y estaba sonriendo de verdad, como si recordara algo que le trajera oleadas de nostalgia. Pero su mirada era dura, cortante como la punta de una espada—. Mi amigo, por supuesto, es Hanut Orr, y la lista es suya.

—Sí recuerdo haber asistido a la fiesta de los Simtal —dijo Murillio, y en su mente estaba reviviendo esos momentos tras dejar el aposento de la dama (a la que había dejado los medios para quitarse la vida), y los pensamientos que había tenido entonces, de todo a lo que había renunciado y lo que eso podría significar para su futuro. Muy adecuado, entonces, que regresara para agazaparse a sus pies, como un perro rabioso con los colmillos al aire—. Por desgracia, me perdí el duelo...

—No fue ningún duelo, Murillio. A Turban Orr lo provocaron. Le tendieron una trampa. Lo asesinaron a la vista de todos. Fue asesinato, no un duelo, ¿comprende siquiera la diferencia?

El capataz miraba de uno a otro con el desconcierto alelado de un buey.

—La entiendo, señor, pero como he dicho, no estuve allí para presenciar lo ocurrido...

—¿Me está llamando mentiroso?

—¿Disculpe? —Dioses del inframundo, diez años antes habría manejado la situación con una elegancia perfecta y una ecuanimidad burlona, y todas las asperezas habrían quedado limadas, ciertas deudas aceptadas, y las promesas de honrar esas deudas ni siquiera necesitarían pronunciarse. Diez años atrás y...

—Me está llamando usted mentiroso.

—No, no recuerdo haberlo hecho, consejero. Si usted dice que Turban Orr fue asesinado, así sería. En cuanto a mi supuesta conspiración para lograrlo, bueno, en sí misma ya es una acusación muy grave. —Sí, él ya sabía adónde llevaba aquello. Ya hacía un rato, de hecho. Estaba todo allí, en los ojos de Gorlas Vidikas, y Murillio recordó entonces dónde había sido la última vez que había visto a ese hombre, y qué había oído decir de él. Gorlas disfrutaba librando duelos. Disfrutaba matando a sus oponentes. Sí, él había asistido a uno de los duelos de aquel malnacido, y había visto...

—Parece —dijo Gorlas— que tenemos un desafío que honrar. —Lanzó una breve carcajada—. Cuando se retrajo de su acusación, bueno, admito que pensé que estaba a punto de meterse el rabo entre las piernas y escabullirse camino abajo. Y quizá lo hubiera dejado irse; después de todo, es la obsesión de Hanut. No la mía.

Murillio no dijo nada, se daba cuenta de que se había metido solo en la trampa, con el capataz como testigo de que el que había exigido el duelo había sido él, no Gorlas Vidikas. También comprendió que no había habido posibilidad, ninguna en absoluto, de que Gorlas lo hubiera dejado irse.

—Como es natural —continuó el consejero—, no tengo intención de retirar mi acusación, así que acéptela o exíjame una reparación, Murillio. Tengo un recuerdo vago de que en otro tiempo lo consideraban un duelista decente. —El noble examinó ambos lados de la pista—. Este lugar parece bastante adecuado. Bueno, el público es más bien miserable, cierto, pero...

—Disculpe —dijo el capataz—, pero la campana de turno está a punto de sonar. Las cuadrillas pueden tener una vista perfecta, con ustedes dos al borde del risco, si quieren.

Gorlas le guiñó un ojo a Murillio mientras respondía al capataz.

—Desde luego, esperaremos entonces.

El capataz bajó a trompicones por el sendero que llevaba al pozo para asegurarse de que se informaba a los jefes de cuadrilla de lo que estaba pasando. Disfrutarían del inesperado placer tras un largo día de trabajo en los túneles.

En cuanto quedó claro que el capataz ya no podía oírlos, Gorlas le sonrió a Murillio.

—Bien, ¿algo más de lo que deberíamos hablar ahora que ya no tenemos testigos?

—Gracias por la invitación —dijo Murillio mientras se apretaba las tiras del guante—. Turban Orr no merecía una muerte honorable. ¿Hanut es amigo suyo? Dígame, ¿disfruta usted durmiendo con víboras o lo suyo es simple estupidez?

—Si eso era un intento de enfurecerme, es patético. ¿De verdad piensa que no conozco todos los trucos que llevan a un duelo? Dioses del inframundo, anciano. Con todo, me complace su admisión, Hanut estará encantado de saber que sus sospechas eran acertadas. Y lo que es más importante, tendrá una deuda conmigo. —Y después ladeó la cabeza—. Por supuesto, esa deuda será todavía mayor si le permito vivir. Un duelo a primera sangre, y dejaré su destino en manos de Hanut. Sí, eso sería perfecto. Bueno, Murillio, ¿será a primera sangre?

—Si quiere —dijo Murillio.

—¿Le aprietan las botas?

—No.

—Parece incómodo, Murillio, ¿o son solo nervios?

Resonaron unas campanas en el pozo. Gritos lejanos y las bocas de los túneles empezaron a escupir figuras mugrientas que apenas parecían humanas a aquella distancia. Varios mensajeros salieron disparados por las filas. Se estaba corriendo la voz.

—¿Qué significa ese tal Harllo para usted, de todos modos?

Murillio volvió la cabeza y miró a Gorlas.

—Usted se casó con la hija de Estraysian D'Arle, ¿no es cierto? Su mujer se ha hecho muy... popular en los últimos tiempos, ¿verdad? Una pena, pero estoy empezando a comprender la razón; como hombre no vale usted mucho, ¿verdad, Gorlas?

A pesar de toda su fanfarronería anterior, el consejero empalideció bajo la luz de últimas horas de la tarde.

—Es terrible, verdad —continuó Murillio—, el modo en que cada sórdido detalle, por muy privado y personal que sea, deja con toda facilidad el escudado mundo de los nobles y se precipita como semillas al viento entre la plebe, entre los que hemos nacido en el arroyo. Pero ¿qué ha sido de la decencia de toda la vida?

El estoque salió de su vaina con un chirrido y la punta se alzó hacia Murillio.

—Saque su arma, viejo.

Krute de Talient entró y vio a Rallick Nom de pie junto a la ventana, pero las contraventanas estaban echadas. Era como si estuviera de cara a la pared. Sí, era un tipo muy extraño, y se comportaba de forma más extraña que nunca. Todo ese silencio, toda esa sensación de que algo iba... mal, muy mal. ¿En su cabeza? Puede. Aquella era una idea preocupante, que Rallick Nom pudiera no estar del todo bien.

—Está confirmado —dijo Krute mientras dejaba el saco de arpillera lleno de los ingredientes para la cena—. Un contrato disuelto, uno nuevo aceptado. Apesta a desesperación, ¿no te parece? Dioses, Seba hasta me ha pedido que vuelva, y esa es una invitación que ningún hombre en su sano juicio rechazaría. —Hizo una pausa y miró a su amigo, luego dijo—: Así que puede que ya no me veas mucho de ahora en adelante. Por lo que he entendido, el nuevo es bastante sencillo, pero es de los que va a sacudir el mundo de los aristócratas.

—¿Ah, sí? —preguntó Rallick, sin expresión alguna.

—Escucha —dijo Krute, sabiendo que estaba traicionando sus nervios—, no podía decir que no, ¿verdad? Está muy bien eso de vivir de tu dinero, pero para un hombre es duro, para su orgullo. Tengo la oportunidad de volver a estar activo. Tengo la oportunidad de caminar con el Gremio otra vez. Rallick, tengo que aprovecharla, ¿entiendes?

—¿Tan importante es para ti, Krute?

Krute asintió.

—Entonces —dijo Rallick—, será mejor que deje tu compañía.

—Lo siento, ya sabes, que esté... ¿cómo se decía?

—Comprometido.

—Eso. Bueno, si hubieras dado algún paso con Seba, bueno, no estaríamos en esta situación, ¿verdad? Es la espera lo que ha sido tan duro.

—No hay planes para sustituir a Seba Krafar —dijo Rallick—. Lo siento si te has hecho una idea

equivocada por mi culpa, no fue mi intención. No estoy diciendo que no nos interese el Gremio. —Vaciló un instante—. Krute, escucha con atención, puedo dejarte algo de dinero, lo suficiente para un tiempo, para medio año, de hecho. Pero declina la invitación de Seba, no sabes en lo que te estás metiendo...

—¿Y tú sí? No, Rallick, el caso es que si no lo sé, es porque me han apartado de todo.

—Y deberías dar las gracias por ello.

—No necesito tu basura condescendiente, Rallick Nom. Ahora eres todo secretos, nada más que secretos. Pero vives aquí, conmigo, y te comes lo que cocino, ¿y qué hay de mí? Ah, sí, apartado de nuevo, esta vez por ti. Bueno, pues yo no puedo vivir así, así que mejor te largas. No pienses mal de mí; no le voy a hablar a Seba de ti.

—¿No puedo comprarte una jubilación, Krute?

—No.

Rallick asintió y se fue hacia la puerta.

—Protégete bien, Krute.

—Tú también, Rallick.

Cuando salió por la estrecha puerta trasera del edificio de viviendas, Rallick Nom se encontró en el fétido callejón repleto de basura. La última vez que se había aventurado a salir al mundo Azafrán Jovenmano había estado a punto de matarlo, y del tiempo que había pasado recuperándose en la taberna del Fénix, estaba claro que ninguno de los que había sabido de su estancia allí había dicho nada, ni Kruppe, ni Coll, ni Murillio, ni Meese, ni Irlita; el Gremio no se había oído su ignominioso regreso. Ni siquiera ese díscolo primo suyo, Torvald, había dicho nada, aunque que ese hombre hubiera puesto tanto empeño en evitarlo era algo incomprensible y hasta un poco hiriente.

En cualquier caso, en cierto sentido Rallick continuaba siendo invisible.

Hizo una pausa en el callejón. Todavía había luz, una franja brillante justo encima de él. Le resultaba raro estar en la calle de día y sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que alguien lo viera y reconociera su cara, los ojos abiertos de par en par por el asombro, y el rumor llegaría en menos de lo que canta un gallo a Seba Krafar. ¿Y entonces?

Bueno, el patrón seguramente enviaría a uno de sus tenientes a sondear a Rallick, ¿qué quería? ¿Qué esperaba del Gremio? Quizá también hubiera una invitación, pero de las que terminaban siendo letales. Si la aceptaba, se metía en una emboscada. Si la rechazaba, comenzaría la caza. No había muchos que pudieran acabar con Rallick ellos solos, pero esa tampoco sería la táctica empleada. No, sería un cuadrillo por la espalda.

Había otros sitios en los que podía esconderse; quizá pudiera meterse otra vez en la Casa del Finnest. Claro que, Krute no era el único que se estaba impacientando. Además, a Rallick nunca le habían gustado mucho los subterfugios. No los había utilizado ni cuando había estado en activo en el Gremio, después de todo; salvo cuando estaba trabajando, por supuesto.

No, había llegado el momento de agitar la situación. Y si un puñado de malazanos rencorosos había sacudido la seguridad en sí mismo de Sebas Krafar, bueno, encima estaba a punto de recibir unos cuantos bandazos más.

La idea llevó una pequeña sonrisa a los labios de Rallick Nom. *Sí, he vuelto.*

Echó a andar hacia la taberna del Fénix.

He vuelto, así que comencemos de una vez, ¿de acuerdo?

Alarmas que resonaban en la frontera difusa entre los distritos Daru y del Lago, media docena de calles que habían dejado atrás con Barathol (sujetando la mano de Chaur como si fuera la de un niño) arrastrando al hombretón entre las multitudes de última hora de la tarde. Habían pasado junto a unas cuantas patrullas, pero la noticia todavía tenía que adelantar a los dos fugitivos, aunque era probable que esa huida resultara, al final, de todo menos subrepticia; tanto guardias como transeúntes no podrían evitar recordar a los dos enormes forasteros, uno con la piel como el ónice, el otro del tono de un cuero de vaca manchado, que pasaban corriendo.

Barathol no tuvo más remedio que prescindir del sigilo y de los subterfugios. Chaur estaba berreando con toda la exasperante indignación de un niño de dos años que se sintiera injustamente castigado, asombrado de descubrir que no todo era bonito y que los cuidadores que lo adoraban no se lo iban a consentir todo; que, digamos, empujar a un hermano y tirarlo por un acantilado no era un comportamiento aceptable.

Había intentado tranquilizar a Chaur, pero por muy simple que Chaur fuera, percibía la desaprobación al momento, y Barathol se había mostrado irreflexivo y descuidado al expresar esa desaprobación; bueno, más bien el descuido había sido producto de la conmoción, así que aquel niño enorme iba a llorar hasta que terminara agotado, y ese agotamiento todavía quedaba muy lejos.

A dos calles del puerto, tres guardias que tenían treinta pasos por detrás comenzaron a dar gritos de repente y entonces empezó la persecución de verdad.

Para sorpresa de Barathol, Chaur se quedó callado y el herrero lo atrajo a su lado sin dejar de correr.

—Chaur, escúchame. Regresa al barco, ¿lo entiendes? Vuelve al barco, a la señora, ¿sí? Vuelve con Rencor, ella te esconderá. Al barco, Chaur, ¿entiendes?

Con la cara veteada de lágrimas, las mejillas llenas de manchurroneos, los ojos rojos, Chaur asintió.

Barathol lo empujó por delante.

—Vete. Tú solo, ya te alcanzaré. ¡Vete!

Y Chaur avanzó, con paso pesado, tirando a la gente al suelo hasta que milagrosamente se abrió un camino ante él.

Barathol se giró para ponérselo difícil a los guardias. Al menos lo bastante para ganar el tiempo que necesitaba Chaur.

Se las arregló bastante bien, con los puños y los pies, con las rodillas y los codos, y si no hubiera sido por la llegada de refuerzos, quizás hasta se hubiera deshecho de ellos. Seis guardias más, sin embargo, que resultaron ser cinco guardias más de los que podía vencer, así que terminaron tumbándolo en el suelo y dándole una paliza que lo dejó casi sin sentido.

Algún esporádico pensamiento se filtró entre la miasma de dolor y confusión mientras se lo llevaban sin contemplaciones a la cárcel más cercana. No era la primera vez que pisaba una celda. No estaba tan mal, siempre y cuando los carceleros no fueran de los que torturaban. Sí, podía hacer una gira por todas las cárceles, de país en país, de continente en continente. Lo único que necesitaba era montar una herrería sin la aprobación del Gremio local.

Lo más sencillo del mundo.

Y luego esas ideas fragmentadas desaparecieron también y lo inundó, sin interrupciones, la dicha de la inconsciencia, durante un tiempo.

—Es la fabulosa estupidez de nuestra especie, querido Navaja, ver todos los errores de lo que hacemos, pero encontrarnos con que somos incapaces de enmendarlos. Nos quedamos sentados, aturdidos por la desesperación, y a pesar de todo nuestro ingenio, nuestra percepción, a pesar de toda nuestra

extraordinaria capacidad para ver la verdad de las cosas, nos encogemos como caracoles en una riada, pegados como lapas a nuestro precioso guijarro, temiendo el momento en que se desprenda bajo nosotros. Hasta esa terrible calamidad, lo único que hacemos es aferrarnos.

»¿Eres capaz de imaginar un mundo en el que se castiguen todos los delitos, en el que la justicia sea ciega de verdad y no tienda manos, encantada de ceder bajo el peso de las monedas y la influencia? ¿En el que hombre o mujer se hacen responsables de sus errores, de su negligencia, de las consecuencias letales de la indiferencia o la pereza? Pero no, en su lugar nos resbalamos y nos agachamos, bailamos y esquivamos, bailamos el baile del esquivar, resbalar, agachar, ¡borrosidad de pies! Nuestro ser transformado en una revoloteante sombra de caótica discordia. Somos, desde luego, maestros de la evasión; sin duda, en un principio fue un rasgo de supervivencia, al menos en el plano físico, pero que esos instintos se apliquen al alma es quizá nuestro crimen más atroz contra la moralidad. Lo que somos capaces de hacer para poder continuar viviendo con nosotros mismos. En eso podríamos afirmar que un rasgo de supervivencia puede, en último caso, demostrar ser su propia antítesis, y al anular esto mismo, bueno, nos queda esa expresión vacía, apagada, vacua, que Kruppe ve ahora ante él.

—Perdón, ¿qué?

—Mi muy estimado Navaja, este es un día serio, estoy diciendo. Un día de los engañados y de los incomprendidos. Un día en el que lamentar lo inesperado, el amplio tramo del «demasiado tarde» que sigue a las decisiones malhadadas, y las estrellas se precipitan y, si de veras poseyéramos valor, nos pondríamos con suma temeridad ese alto y tambaleante calzado de los dioses, y al ver lo que ellos ven, al conocer lo que ellos han llegado a conocer, comprenderíamos al fin la locura de la lucha, lo absurdo de la esperanza, y nos desplomaríamos, entre sollozos hacia el futuro oscuro. Lloraríamos, amigo mío, lloraríamos.

—Quizá ya lo he aprendido todo sobre matar —dijo Navaja con un murmullo, los ojos vidriados parecían clavados en el pichel que tenía en la mano—. Y quizá los asesinos no le dedican un solo pensamiento a quién merece qué, ni siquiera a los motivos. Monedas en la mano, o amor en el corazón... la recompensa tiene tantos... sabores. Pero ¿es lo que ella quiere de verdad? ¿O fue una especie de descuido... un estallido, como el de un tarro que nunca debía abrirse, que se hace pedazos y todo se derrama, y que te mancha las manos, lo mancha... todo?

—Navaja —dijo Kruppe en tono bajo, suave pero decidido—. Navaja. Ahora tienes que escuchar a Kruppe. Tienes que escuchar, Kruppe ya se ha dejado de desvaríos, de ese ataque que ha tenido de dolorosa, terrible ineptitud. ¡Escucha! Navaja, hay caminos que no se deben recorrer. Caminos en los que el regreso es imposible, por muy profundo que sea tu deseo de volver, por muy alto que sea el grito de tu alma. Queridísimo amigo, debes...

Navaja se recuperó con una sacudida y se levantó.

—Necesito dar un paseo —dijo—. No pudo decirlo en serio. El futuro que pinta... es un cuento de hadas. Pues claro que sí. Tiene que serlo. No, no y no. Pero...

Kruppe observó al joven que se alejaba, observó a Navaja cuando salió por la puerta de la taberna del Fénix y desapareció de su vista.

—Triste verdad —dijo Kruppe, y su público inexistente asintió con un suspiro—, que una tendencia al exceso verbal pueda derrotar de este modo la precisión de significado. Esa intención se puede disfrazar tan bien en una plétora majestuosa de matices, de ritmos a la vez serios y burlones, de esta inclinación a la astucia autorreferencial, que los irreflexivos se limitan a saltarse, en la presunción de que su tiempo es muy valioso, en la presunción de que están por encima de todo tipo de certeza, salvo la de su propia e ingeniosa perfección. He de suspirar y suspirar otra vez.

»Ved cómo Kruppe se tambalea en esos altos zapatos... no, ni siquiera su equilibrio es siempre preciso,

por muy meritorio que pueda ser en muchas otras cosas. Se tambalea, digo, igual que caen las estrellas e igual que gimen los dioses, y la impotencia es un océano que todo lo anega y no deja de subir, pero no nos ahogaremos solos, ¿verdad? No, hallaremos compañía abundante en este consuelo frío. Los culpables y los inocentes, los rápidos y los torpes, los sabios y los necios, los justos y los malvados, la riada los iguala a todos, los amilana entre las olas, oh, vaya.

»Oh, vaya.

Un milagro, mejor que meramente relatado de segunda o tercera mano, presenciado. Presenciado: los cuatro portadores habrían pasado con él sin detenerse, pero, entonces, mirad, una mano nudosa, débil, se estiró, y las yemas de unos dedos húmedos se apretaron contra la frente de Myrla.

Y los portadores, que tenían experiencia en esos gestos de alivio, se detuvieron.

Ella se quedó mirando los ojos del profeta y vio un dolor terrible, una desdicha que de tan profunda era purificadora, y un conocimiento que estaba más allá de todo lo que su inútil mente repleta de escoria podía comprender.

—Mi hijo —jadeó—. Mi hijo... mi ser... oh, mi corazón...

—Tu ser, sí —dijo él, los dedos apretados contra la frente como cuatro clavos de hierro que apresaran su culpa y su vergüenza, su debilidad, su inútil estupidez—. Puedo bendecir eso. Y eso haré. ¿Sientes mi roce, querida mujer?

Y Myrla no pudo más que asentir, pues claro que lo sentía, oh, sí, cómo lo sentía.

Detrás de ella se coló la voz temblorosa de Bedek.

—Oh, glorioso... a nuestro hijo se lo han llevado. Raptado. No sabemos dónde, y pensábamos, pensábamos...

—Vuestro hijo está más allá de toda salvación —dijo el profeta—. Tiene la vileza del conocimiento dentro de su alma. Percibo cómo los dos os fundisteis en su creación, sí, vuestra sangre fue su veneno de nacimiento. Entiende la compasión, pero no la elige. Entiende el amor, pero lo utiliza como arma. Entiende el futuro, y sabe que no espera por nadie, ni siquiera por él. Es un pozo sin fondo, vuestro hijo, un pozo sin fondo que el mundo entero ha de alimentar.

La mano se retiró y dejó cuatro puntos precisos de hielo en la frente de Myrla, cada nervio muerto allí, para siempre.

—Hasta el dios Tullido debe rechazar a una criatura así. Pero a ti, Myrla, y a ti, Bedek, os bendigo. Os bendigo a los dos en la ceguera de toda vuestra vida, vuestro roce insensible, la fuga de vuestras mentes desnutridas. Os bendigo en el desmoronamiento de las dos delicadas flores que tenéis en vuestras manos, vuestras dos niñas, pues habéis hecho de ellas versiones no muy diferentes de vosotros, no mejores, quizá mucho peores. Myrla. Bedek. Yo os bendigo en el nombre de la piedad vacía. Ahora, marchad.

Y Myrla se tambaleó hacia atrás, tropezó con la carretilla y la derribó y con ella a Bedek. Que gritó y cayó en los adoquines, y un momento después su mujer aterrizó encima de él. El crujido del brazo izquierdo de Bedek se oyó con claridad al paso de la procesión recién reanudada de portadores y profeta, el agolpamiento de devotos que rogaban y se apresuraban a acercarse pisando sin cuidado alguno, sin mirar. Una bota pesada se clavó en la cadera de Myrla, que lanzó un chillido cuando algo se rompió y una punzada de agonía le atravesó la pierna derecha. Otro pie chocó con su cara, las uñas de los dedos le abrieron una mejilla. Talones sobre las manos, dedos, tobillos.

Bedek pudo echar apenas un vistazo arriba y vislumbró la cara de un hombre desesperado por trepar sobre ellos, porque estaban en su camino y él quería llegar al profeta, y el hombre bajó la vista y su expresión suplicante se transformó en odio puro. Y clavó la punta de su bota en la garganta de Bedek y le

aplastó la tráquea.

Incapaz de respirar por los destrozos de lo que había sido su garganta, Bedek se quedó mirando al cielo con los ojos fuera de las órbitas. El color de su rostro se profundizó a un tono gris azulado y luego púrpura. La conciencia de sus ojos fue enfriándose, desapareciendo poco a poco.

Todavía chillando, Myrla se arrastró hasta su marido, viendo su inmovilidad, pero incapaz de comprender nada más; se abrió paso entre un bosque de piernas duras que se movían, espinillas y rodillas, pies hincándose en ella, hasta que se abrió un espacio de repente, un claro en el que los adoquines se sentían resbaladizos a su paso.

Aunque todavía no era consciente de ellos, cuatro puntos gangrenosos se estaban extendiendo por su frente; Myrla olía algo que apestaba, que apestaba mucho, como si alguien hubiera dejado caer algo al pasar allí cerca; solo que todavía no veía nada. El dolor de la cadera rota era una palpitación sorda, un peso muerto que arrastraba y que se iba alejando cada vez más en su mente.

Huimos del lugar en el que nos han herido. No muy diferentes de cualquier otra bestia, huimos del lugar en el que nos han herido. Corremos, o reptamos, reptamos o nos arrastramos, nos arrastramos o estiramos el brazo. Myrla comprendió que hasta esos esfuerzos le habían fallado. Estaba rota por todas partes. Se estaba muriendo.

¿Me ves? He sido bendecida. Él me ha bendecido.

Benditos seáis todos.

Apenas era capaz de tenerse en pie y ahora debía batirse en duelo. Murillio desató su saca de monedas y se la tiró al capataz que acababa de regresar, jadeando y muy colorado. La bolsa aterrizó entre una nube de polvo, un golpe seco y pesado.

—Vine a por el muchacho —dijo Murillio—. Eso es más de lo que vale, ¿acepta el pago, capataz?

—No lo acepta —dijo Gorlas—. No, tengo algo especial en mente para el pequeño Harllo.

—Él no tiene que ver con esto...

—Usted lo acaba de meter, Murillio. Es un miembro de su clan, quizá hasta el cachorro de uno de los inútiles de sus amigos de la taberna del Fénix, su tugurio favorito, ¿no? Hanut sabe todo lo que hay que saber sobre usted. No, el niño está metido en esto, y por eso usted no lo va a tener. Yo sí, para hacer con él lo que me plazca.

Murillio sacó su estoque.

—¿Cómo se convierte uno en alguien de su calaña, Gorlas?

—Yo podría hacerle la misma pregunta.

Pues con una vida entera de errores. Así que quizá nos parezcamos más de lo que a ninguno de los dos le gustaría admitir. Vio que el capataz se inclinaba para recoger la bolsa. El odioso hombrecillo la sopesó y sonrió.

—En cuanto al pago de esos intereses, consejero...

Gorlas sonrió.

—Vaya, parece que podrás pagar tu deuda, después de todo.

Murillio adoptó la posición, la punta extendida, el brazo de la espada doblado un poco por el codo, el hombro izquierdo echado hacia atrás para reducir el plano del torso expuesto. Apoyó el peso, con cuidado, y lo acomodó en el centro de las caderas.

Sin dejar de sonreír Gorlas Vidikas adoptó una postura parecida, aunque ligeramente inclinado hacia delante. Así que no era un duelista de los que retrocedían. Murillio lo recordó del combate cuyo final había presenciado, el modo en que Gorlas se negaba a recular, reacio a ceder terreno, reacio a aceptar

que, a veces, apartarse suponía una ventaja. No, él pensaba presionar y presionar sin renunciar ni a un milímetro.

Dio unos golpecitos en la hoja de Murillio con la suya, un gesto desdeñoso para calibrar la respuesta.

No la hubo. Murillio se limitó a recuperar la postura.

Gorlas sondeó con la punta del estoque, pinchando aquí y allá alrededor de la empuñadura redonda y jugueteando con los gavilanes que podrían atraparle la hoja, pero, para eso, Murillio tendría que girar y doblar la muñeca; no mucho, pero sí lo suficiente para que Gorlas lanzara una estocada disparada contra la guardia abierta, así que Murillio dejó jugar a su contrincante. No tenía ninguna prisa; con los pies doloridos y cansados como estaba, sospechaba que no tendría más que una única oportunidad sólida, antes o después, para poner fin a aquello. La punta contra la rótula dominante, o bajando contra la bota dominante, o el destello de una estocada que cortara los tendones de la muñeca y lisiara el brazo de la espada (quizá para siempre). O algo más alto, contra el hombro, al parar y contrarrestar un embate.

Gorlas presionó, cerró la distancia y Murillio retrocedió.

Y cómo le dolió.

Podía sentir la humedad en las botas, ese puñetero líquido transparente que le rezumaba de las ampollas rotas.

—Creo —aventuró Gorlas— que le pasa algo en los pies, Murillio. Se mueve como un hombre que va sobre clavos.

Murillio se encogió de hombros. No tenía ninguna gana de hablar; ya le estaba costando bastante concentrarse con aquellas punzadas de dolor.

—Qué postura más antigua la suya, viejo. Tan... erguida. —Gorlas reanudó los movimientos vacilantes, el revoloteo del estoque, amenazas diminutas aquí y allá. Había empezado a mecerse de un lado a otro con un ritmo constante sobre los pulpejos de los pies para intentar atraer a Murillio hacia ese movimiento.

Cuando por fin lanzó su ataque, el gesto fue explosivo, rápido como el rayo.

Murillio siguió las fintas, detuvo y rechazó la arremetida, y a su vez lanzó una estocada, pero estaba retrocediendo al hacerlo y su punta cortó la tela de la manga de Gorlas. Antes de que pudiera prepararse, el joven duelista extendió su ataque con un ritmo de paradas y luego una segunda arremetida que adelantó de golpe la parte superior de su cuerpo y lo acercó lo bastante como para que la retirada de Murillio fuera insuficiente, al igual que su estocada de defensa.

Un fuego fulminante en el hombro izquierdo. Murillio se tambaleó hacia atrás, un movimiento que le sacó la punta de la carne; luego se enderezó y se irguió de golpe.

—Sangre vertida —dijo con la voz tensa de dolor.

—Ah, eso —contestó Gorlas, que había vuelto a mecerse una vez más, listo para atacar—. He cambiado de opinión.

Otro insulto más. Nunca aprendo.

Murillio sintió que el corazón le martilleaba. La cicatriz de su última herida, que casi había sido fatal, parecía palpar, como si estuviera impaciente por reabrirse. Podía sentir la sangre brotando del músculo perforado del hombro, podía sentir los hilos cálidos que le bajaban por el brazo y empapaban la tela en el codo.

—Sangre vertida —repitió—. Como ya supuso, no estoy en condiciones de seguir librando un duelo, Gorlas. Fue lo que acordamos, ante un testigo.

Gorlas miró a su capataz.

—¿Recuerdas, con exactitud, lo que oíste?

El anciano se encogió de hombros.

—Me parece que había algo sobre sangres...

Gorlas frunció el ceño.

El capataz se aclaró la garganta.

—... pero nada más. Una discusión, creo. No oí, eh, nada firme entre ustedes.

Gorlas asintió.

—Palabra de nuestro testigo.

Unos cuantos cientos de espectadores, todavía metidos en el pozo, se removían, inquietos. Murillio se preguntó si Harllo estaba entre ellos.

—Prepárese —dijo Gorlas.

Así que así iba a ser. Una década antes Murillio ya se estaría irguiendo sobre el cadáver de ese hombre, lamentándolo, por supuesto, pensando que ojalá se hubiera podido arreglar todo de forma pacífica. Y ese era el lujo de los días pasados, ese mundo más limpio, mientras que aquí, ahora, todo resultaba tan... enrevesado.

No vine aquí para morir en este día. Será mejor que haga algo. Tengo que sobrevivir. Por Harllo. Recuperó la postura. Bueno, estaba debilitado, lo suficiente para garantizar que luchase a la defensiva, buscando solo estocadas de defensa y quizás un contraataque, soportando una herida para poder dar muerte. Todo lo cual Gorlas lo tendría presente y daría forma a su táctica. Hora, pues, de sorprender al malnacido.

Su paso y acometida fue elegante, un movimiento fluido y bastante rápido para un hombre de su edad. Gorlas, sorprendido en la inclinación hacia delante de su balanceo, se vio obligado a saltar medio paso atrás y a defenderse con fuerza y sin precisión. Respondió con una estocada salvaje y poco precisa, y Murillio la detuvo alzando el brazo para defenderse, seguido por un segundo ataque (el que había querido que contase desde el principio), una arremetida con el brazo extendido dirigida al pecho de su oponente, corazón o pulmones, daba igual...

Pero de algún modo, por imposible que fuera, Gorlas se había acercado, se había metido por la izquierda de esa arremetida; su medio paso atrás no había estado acompañado de ningún cambio de peso, solo de una recolocación del torso, y esa vez la estocada no tuvo nada de salvaje.

Murillio captó un destello en la longitud del acero daru y luego sintió que no podía respirar. Algo le chorreaba por la pechera y le brotaba por la boca.

Sintió que parte de la garganta se desgarraba por dentro cuando Gorlas sacó de golpe la hoja y dio un paso a la derecha.

Murillio se giró para no perderlo de vista, pero el movimiento perdió todo control y él continuó, las piernas derrumbándose bajo él; de repente se vio tirado en el suelo de piedra.

El mundo se oscureció.

Oyó que Gorlas decía algo, quizá que lo lamentaba, pero con toda probabilidad, no.

Oh, Harllo, lo siento tanto. Tanto...

Y la oscuridad lo cercó.

Lo meció por un momento una patada en la cara que lo despertó, pero fue un dolor que se desvaneció de inmediato, junto con todo lo demás.

Gorlas Vidikas se irguió sobre el cuerpo de Murillio.

—Que ese carretero se lleve el cuerpo —le dijo al capataz mientras se inclinaba para limpiar la hoja en la raída manga de seda del brazo del arma de su víctima—. Que lo entregue en la taberna del Fénix, con estoque y todo.

En el pozo, todo el mundo estaba lanzado vítores y haciendo sonar las herramientas como una chusma de bárbaros. Gorlas se volvió hacia ellos y alzó su arma a modo de saludo. Los vítores se intensificaron. Se giró hacia el capataz.

—Un pichel extra de cerveza para las cuadrillas esta noche.

—¡Brindarán en su nombre, consejero!

—Ah, y que alguien vaya a recoger al muchacho.

—Le toca trabajar en los túneles, creo, pero puedo mandar a alguien a buscarlo.

—Bien, y tampoco tienen que tratarlo con guantes de seda. Pero asegúrate de que no sea nada tan grave que no se pueda recuperar. Si lo matan, pienso destriparlos en persona a todos y cada uno, asegúrate de que lo entienden.

—Lo haré, consejero. —El capataz vaciló—. Jamás vi tanta habilidad, jamás vi tanta habilidad... Pensé que él ya lo tenía...

—Estoy seguro de que él también lo pensó. Vete a buscar a ese carretero, venga.

—Voy, consejero.

—Ah, y yo me llevo esa bolsa, para quedar en paz.

El capataz se apresuró a dársela. Al sentir el peso de la bolsa por primera vez, Gorlas alzó las cejas, los salarios de todo un condenado año para ese capataz, justo ahí; seguro que era todo lo que Murillio tenía, arrebatado sin más. El triple de los intereses que ese imbécil le debía. Claro que, si el capataz se hubiera parado a separar la cantidad correcta con la intención de quedarse con el resto, bueno, Gorlas tendría dos cuerpos de los que deshacerse en lugar de uno, así que quizás aquel viejo no era tan estúpido, después de todo.

Gorlas decidió que había sido un buen día.

Y así el buey comenzó su largo viaje de regreso a la ciudad, traqueteando por el camino adoquinado, y en el fondo de la carreta yacía el cuerpo de un hombre que quizá se hubiera precipitado, que quizá fuera en verdad demasiado viejo para empresas tan letales, pero del que nadie podría decir que no tuviese el corazón en su sitio. Como tampoco podría echarle nadie en cara la falta de valor.

Lo que suscita una pregunta muy seria: si el valor y el corazón no son suficientes, ¿qué lo es?

El buey olía la sangre y no le hacía ni maldita gracia. Era un olor que acompañaba a los depredadores, los cazadores, ideas que inquietaban los más recónditos rincones del cerebro de la bestia. También olía a muerte, allí, tras él, y por muchos pasos que daba, el olor no disminuía, y eso era algo que el animal no lograba entender, pero se resignó de todos modos.

No quedaba espacio en la bestia para lamentos. La única pena que conocía era por sí mismo. Tan diferente de sus amos de dos patas.

Las moscas se arremolinaron, siempre incondicionales, y la luz del día se fue apagando.

Capítulo 18

Es invisible, uno en una multitud a quien nadie llama
No te deslices junto a esa olvidable cara
No te arrastres al interior para buscar el espontáneo arroyo
Que fluye en oscuro horror de un lugar y en otro para

Él es una cosa común, en modo alguno singular
Que no deja a nadie entrar en los escalones desiguales
Para bajar por esos ojos que ahogan la estrella solitaria
Que con descaro compartimos en estas profundidades humanas

No es tu hermano, ni el salvador de nadie
Solo se acercará amenazante para registrar tus ropas
Apartar la mano débil que intenta sacudir
El fulgor de la compasión (las húmedas, moribundas rosas)

Ha dejado su huerto casi en el hueso
Y ha arrancado hasta la última pizca de carne caliente
Con miedo como garras y dientes nerviosos cuando en soledad
Vaga por este yermo de carbón y ceniza ardiente

Observo con terror cuando asciende a nuestro bendito trono
Para tender su manto de vergüenza como un sudario
Y nos llama con la ilusión de un hogar cálido
Un templo que él no note, uno en una multitud, un santuario

Encuentra su poder en nuestra indiferencia
Triturando lo común para no llegar a conciliar
Ninguna voluntad aunada que oponerle un desafío
Y uno por uno, nos va a matar

Un rey toma el trono
(tallado en el Muro del Poeta,
Mazmorras Reales, Unta)

Con un giro y un gruñido, Shan se volvió contra Cerrojo. La enorme bestia de pelaje blanco no se encogió ni escabulló, solo se alejó al galope, con la lengua colgando como si se carcajeara. A muy

poca distancia, los observaba Pálido. Mostrando todavía los colmillos, Shan se deslizó de nuevo entre las hierbas altas.

Baran, Ciega, Cruz y Yunque no habían ralentizado la marcha durante ese intercambio —al fin y al cabo ya había pasado en otras ocasiones—, así que continuaron sin pausa, en una formación que recordaba vagamente a una medialuna, con Cruz y Yunque en los flancos. Unos antílopes los observaban desde un promontorio al suroeste, a la menor inclinación de la cabeza de cualquiera de los Mastines saldrían disparados, tan rápido como pudieran llevarlos sus saltarinas patas, los corazones eran un frenético retumbar de desolado terror.

Pero los Mastines de Sombra no iban de caza ese día. Ni antílopes, ni bhederin, ni venados, ni perezosos terrestres. Una multitud de animales que vivía en estado de bendito anonimato o en estado de miedo no tuvo necesidad de saltar del primero al segundo, al menos no a causa de los monstruosos Mastines. En cuanto a los lobos de las llanuras, los osos chatos y pesados y los felinos leonados de las hierbas altas, no había ninguno en diez leguas a la redonda, el levísimo rastro de olor los había hecho huir a todos.

Los Grandes Cuervos surcaban las alturas, muy por encima de los Mastines, motas diminutas en la bóveda azul.

A Shan le desagradaban los dos nuevos compañeros, esas manchas de color blanco sucio con los ojos sin vida. Cerrojo, en particular, la irritaba, puesto que era el que parecía que quería viajar como hacía ella, pegado a ella, deslizándose sin que nadie lo viera, fantasmal y silencioso. Y lo más molesto de todo era que Cerrojo, en ese aspecto, no tenía nada que envidiarle a Shan.

Pero la Mastina no tenía interés alguno en renunciar a su soledad. En lo que a ella respectaba, las emboscadas y el asesinato se hacían mejor a solas. Cerrojo complicaba las cosas y Shan despreciaba las complicaciones.

En algún lugar, a mucha distancia, había criaturas siguiéndolos. En la larguísima historia de los Mastines de Sombra muchas habían sido las veces que habían tratado de darles caza. Las más de las veces, los cazadores terminaban por lamentar la decisión, ya fuera un impulso momentáneo o una necesidad instintiva; ya fuera a petición de su señor, o llevados por el odio que albergaba su alma, su deseo solía resultar mortífero.

En ocasiones, sin embargo, ser la presa era un placer tan exquisito que los Mastines nunca volvían las tornas. Que siguiera la caza, y siguiera. Sal bailando del camino de esa rabia, toda esa necesidad ciega.

Todas las cosas proyectan una sombra. Si la luz brilla con un fuego infernal, puede crecer una sombra sólida, el perfil nítido, un movimiento ondulante en su interior. La forma es un reflejo, pero no todos los reflejos son ciertos. Algunas sombras mienten. Engaño nacido de la imaginación e imaginación nacida del miedo, o quizá sea al revés y es el miedo el que enciende la imaginación; pese a todo, las sombras crecen y prosperan.

En las ilusiones oscuras conjuradas por una mente inteligente, todo lo que se imagina se puede hacer real. La bestia y la sombra que arroja. La sombra de la bestia y la luz de la que nace. Arrancadas, nítidas, convertidas en algo sacado de una pesadilla.

Filósofos y necios podrían afirmar que la luz carece de forma, que encuentra su existencia al pintar la forma de otras cosas, tan caprichosa como abrir un solo ojo. Que, en ausencia de esas cosas, se inclina sin ser vista, sí, invisible. Sin otras cosas sobre las que arrojar, no brinca, no rebota, no pinta ni refleja. Que, más bien, fluye eterna. En cuyo caso, la luz es única en el universo.

Pero el universo se atiene a una ley sobre todas las demás: no hay nada único.

Los filósofos y los necios, por desgracia, no han visto la luz.

Conjura las formas de bestias, de Mastines y monstruos, demonios y pesadillas. De la luz, de la

oscuridad y de la sombra. Un puñado de arcilla, un aliento de vida que se dona, y hay fuerzas que borbotan en los conflictos inscritos en sus almas.

Los deragoth son la oscuridad, y en su salvaje solidez querrían reclamar la propiedad de las sombras que proyectan. Cerrojo y Pálido, sin embargo, son la luz que dio forma a los deragoth, sin la cual ni los deragoth ni los Mastines de Sombra podrían existir. Si los cazadores y los cazados así lo quieren, un día las bestias se reunirán, las miradas torvas clavadas en el otro, quizás incluso impacientes por aniquilarse entre sí, y, entonces, en un único instante de estupefacto asombro, se desvanecerán todos. Ja, ja.

No todos los instintos te guían a conductas de supervivencia. La vida está enfangada en la estupidez, después de todo, y cuanto más inteligente es la vida, más estúpida puede ser. Los Mastines de Sombra no eran brillantes ni imbéciles. Eran, de hecho, bastante listos.

Saludos a este universo tripartito, tan mutuamente insistente. ¿Y por qué no? Ni siquiera existe, salvo en la mente enjaulada que tanto necesita la simplificación.

Una mente, caviló Cotillion, como la mía.

Le echó un vistazo a su compañero. *Pero no la suya. Cuando te colocas en el centro de la partida, no surgen preguntas. ¿Cómo puede ser? ¿Qué se siente al ser el ojo de la tormenta? ¿Qué ocurre, querido Tronosombrío, cuando parpadeas?*

—Vaya —murmuró Tronosombrío— qué inesperado.

—Una maldita complicación —asintió Cotillion—. Necesitamos a los Mastines ahí, solo para garantizar que no surge ningún problema.

Tronosombrío lanzó un bufido.

—Siempre surgen problemas. Dioses del inframundo, he tenido que usar a ese sumo sacerdote chiflado otra vez.

—Iskaral Pust. —Tras un momento Cotillion se dio cuenta de que estaba sonriendo. Se deshizo a toda prisa de esa expresión, puesto que si la veía Tronosombrío podía darle una apoplejía—. Por encantadora que sea, Sordiko Escrúpulo no es garantía suficiente, por lo menos para esto no.

—¡Ni tampoco Pust! —soltó con enfado Tronosombrío.

Observaron acercarse a los Mastines, percibieron la curiosidad colectiva de las bestias ante esa intercesión no planeada. Su tarea, después de todo, era simple. Sencilla incluso.

Cotillion miró atrás por encima del hombro, entrecerró los ojos y los clavó en la figura demacrada que caminaba hacia ellos. Bueno, no del todo, el desconocido iba de camino a una condenada reunión, ¿y qué saldría de eso?

—Demasiadas historias, demasiadas medias verdades y auténticas mentiras. —Tronosombrío gruñó cada palabra—. Cachorros de los tiste edur; por lo visto cualquiera vale con tal de que se sepa las antiguas órdenes. Pero ahora...

—Según mis, esto... investigaciones, se llama Tulas Pelado, y no, no sé su género y lo que queda de su cuerpo no creo que proporcione suficiente detalle para decidirlo.

—Al menos —rezongó luego Tronosombrío— se transformó... ¡oh, cómo odio a los dragones! Si las alimañas tuvieran trono, lo ocuparían ellos.

—Allí donde reina la confusión, allí están ellos, justo en medio. Eleint, soletaken... apenas hay diferencia si de problemas se trata.

—El caos de su sangre, Cotillion. Imagínate lo monótono que sería sin ellos... y cómo adoro yo la monotonía.

Si tú lo dices.

—Bueno —continuó Tronosombrío—, ¿cómo encaja todo esto con tus ridículas y enrevesadas teorías?

—Solo son enrevesadas porque carecen de sustancia, si tienes la amabilidad de disculpar el

involuntario juego de palabras. Luz, Oscuridad, Sombra. Mastines de esto y eso y aquello. Estas bestias puede que existan solo por una cuestión de semántica.

Tronosombrío lanzó un bufido.

—Tú no tienes que limpiar lo que ensucian; la única excusa posible para una sugerencia tan idiota. Huelen, salivan y babea, arañan y lamen, Cotillion. Ah, y hacen trizas las cosas. Cuando les conviene.

—Porque eso esperamos que hagan.

—Venga, en serio.

—Escucha, ¿qué desastre provocó el origen de los deragoth? Bestias salvajes de los eones polvorientos de épocas pasadas, quedaron siete en el mundo entero, y el primer emperador, que era de todo menos eso, los escoge como depositarios de su alma dividida. Todo eso está muy bien, pero entonces tenemos a los Mastines de Sombra, y es de suponer que los Mastines de Luz...

—Solo son unos malditos albinos, Cotillion, un detalle que seguro que es irrelevante, y, además, solo hay dos...

—Que nosotros sepamos, y sabemos de ellos solo porque se han metido en nuestro reino... ¿Por qué? ¿Qué o quién los invocó?

—Yo, supongo.

—¿Cómo?

Tronosombrío se encogió de hombros.

—Cavilé en voz alta que necesitaríamos... sustitutos.

—¿Y eso constituye una invocación? También te he oído cavilar sobre la «necesidad» de una reina de Sombra de epatante belleza, esclava de cada uno de tus deseos...

—¡Estabas escondido detrás de la cortina! ¡Lo sabía!

—De lo que se trata es, ¿dónde está esa reina?

La pregunta quedó sin respuesta porque había llegado Tulas Pelado, que se detuvo a diez pasos de ellos.

—Parece —dijo el tiste edur no muerto— que mis Mastines han encontrado nuevos... amiguitos.

—Arráncale la cabeza, Cotillion —dijo Tronosombrío—. Ya lo odio.

Shan se deslizó junto a Cotillion, los ojos clavados en Tulas Pelado. Un momento después llegaron Baran, Cruz, Ciega y Yunque, que rodearon sin ruido a los gobernantes del reino de Sombra y continuaron hasta envolver al tiste edur.

Que alzó las manos como si invitara a las bestias a acercarse.

Ninguna lo hizo.

—Te preferían vivo, creo —comentó Cotillion—. Los muertos se abandonan tanto.

—Ojalá mis sentimientos estuvieran muertos —dijo Tulas Pelado, después suspiró y bajó las manos a los costados de nuevo—. Con todo, me complace verlos. Pero faltan dos.

Al oír eso Cotillion miró alrededor.

—Pues tienes razón.

—¿Los mataron?

—Los mataron —confirmó Tronosombrío.

—¿Quién?

—Anomander Rake.

Cuando oyó ese nombre, Tulas Pelado se sobresaltó.

—Sigue por ahí —dijo Tronosombrío—, sí. Je je. Matamastines.

—Y ninguno de los dos al parecer fue lo bastante fuerte para vengar las muertes. Me sorprende que mis Mastines hayan aceptado unos amos tan débiles.

—Pensé que solo eran animalitos. No importa. Ganrod y Doan murieron porque se precipitaron. Puedes echarle la culpa a la falta de adiestramiento. Es lo que hago yo.

—Estoy pensando en ponerlos a prueba —dijo Tulas Pelado tras un momento.

—¿Así que quieres el Trono de Sombra?

—Mi primer gobierno fue interrumpido. He aprendido desde entonces...

—No creo. Moriste. —Tronosombrío agitó una mano efímera—. No sé lo que aprendiste, pero no lo aprendiste bien. Es obvio.

—Pareces muy seguro.

—Lo está —dijo Cotillion.

—¿Es simple megalomanía, entonces, lo que le afecta de ese modo?

—Bueno, sí, pero no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata?

—De que está claro que no has aprendido nada que merezca la pena.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque acabas de decir que estabas pensando en ponernos a prueba.

Tulas Pelado ladeó la cabeza.

—¿Imaginas que los Mastines os defenderán?

—¿Estos? Lo más probable es que no.

—Entonces... —Pero el resto de la afirmación quedó sin terminar cuando llegaron Cerrojo y Pálido, las cabezas gachas, el pelaje tieso como púas, y flanquearon a Tronosombrío y Cotillion. Al verlos, Tulas Pelado retrocedió—. Por el Abismo... —susurró—, ¿habéis perdido la cabeza? No pueden estar aquí, no deben estar entre vosotros...

—¿Por qué? —inquirió Cotillion inclinándose hacia delante con un interés repentino.

Pero el tiste edur se limitó a negar con la cabeza.

Los dos Mastines blancos como huesos apenas parecían capaces de contenerse, a solo unos momentos de estallar en un ataque letal. Había un odio ávido en sus ojos.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Cotillion.

—La... implacabilidad de las fuerzas; creemos dominarlas, pero el estado salvaje persiste. El control es solo una ilusión en la mente de los autoproclamados amos. —Y la última palabra rezumaba desprecio—. La correa, necios, está deshilachada; ¿es que no entendéis nada?

—Quizá...

Tulas Pelado levantó otra vez las dos manos, pero esa vez en un gesto de defensa.

—Pensamos lo mismo, en otro tiempo. Nos habíamos engañado para pensar que éramos los amos, que cada fuerza se inclinaba ante nuestras órdenes. ¿Y qué pasó? ¡Lo destruyeron todo!

—No lo...

—¿Entiendes? ¡Ya lo veo! Son algo conjurado, manifestaciones, existen para advertiros. Son la prueba de que todo lo que creéis esclavizar se volverá contra vosotros. —Y entonces retrocedió—. El fin comienza de nuevo, comienza de nuevo.

Cotillion se adelantó.

—Luz, Oscuridad y Sombra... estas tres... estás diciendo...

—¿Tres? —Tulas Pelado se rio con una amargura salvaje—. ¿Qué hay, entonces, de la Vida? ¿El Fuego, la Piedra y el Viento? ¿Qué hay, necios, de los Mastines de Muerte? Manifestaciones, he dicho. Se volverán en contra, ¡os lo están diciendo! ¡Por eso existen! ¡Los colmillos, la furia, todo lo que es implacable en la naturaleza, cada aspecto no es más que una variación, un matiz en el torbellino de la destrucción!

Tulas Pelado ya se había alejado lo suficiente, y comenzó a transformarse en dragón.

Como uno solo, los siete Mastines se abalanzaron, pero llegaron demasiado tarde y la enorme y alada criatura se lanzó hacia el cielo elevándose sobre una oleada de espantoso poder que hizo tambalearse a Cotillion; que atravesó a Tronosombrío hasta que el dios pareció hecho jirones.

El dragón soletaken siguió remontándose, como si cabalgara sobre una columna de pánico puro, o de horror. O de consternación. Un pilar que buscaba los cielos. En las alturas, los Grandes Cuervos se dispersaron de golpe.

Cuando se recuperó, Cotillion se volvió hacia Tronosombrío.

—¿Estamos metidos en un lío?

El gobernante de la Gran Casa de Sombra volvió a adoptar poco a poco una forma vagamente humana.

—No estoy del todo seguro —dijo.

—¿Por qué no?

—Pues porque parpadeé.

Los Mastines habían reanudado su viaje. Cerrojo galopaba, acercándose un poco de más a Shan, que lo ahuyentó con un gruñido.

Con la lengua colgando, la mandíbula abierta en una carcajada silenciosa.

Para que hablen de lecciones sobre el orgullo.

Había momentos, reflexionó Kallor, en los que despreciaba su propia compañía. El día se regodeaba en su indiferencia, el sol era una llamarada ciega que perseguía el túrgido arrastrarse del paisaje. Las hierbas se aferraban a la tierra dura como siempre hacían, semillas flotando al viento como si cabalgaran suspiros de esperanza. Unos roedores leonados hacían guardia sobre los agujeros de sus guaridas y ladraban advertencias cuando pasaba a su lado a paso de marcha. Las onduladas sombras de los halcones que daban vueltas en el aire se cruzaban en su camino de cuando en cuando.

Despreciarse a sí mismo resultaba, por extraño que pareciese, una sensación reconfortante, sobre todo porque sabía que no estaba solo en ese odio. Recordaba momentos, sentado en un trono como si el trono y él se hubieran fundido en uno solo, tan inamovibles e inquebrantables como una de las estatuas idénticas que había fuera del palacio (cualquiera de sus incontables palacios), en los que sentía la oleada oceánica de la marea del odio. Sus súbditos, decenas, centenares de miles, todos y cada uno deseando su muerte, que lo derribaran, que lo hicieran pedazos. Pero ¿qué había sido él si no el representante perfecto y singular de todo cuanto despreciaban de sí mismos? ¿Quién entre ellos no se apresuraría a ocupar su lugar? ¿A arrojar terribles sentencias sobre todos aquellos cuya misma existencia ofendía?

Él había sido, después de todo, el parangón de la codicia. Arreglándoselas para coger aquello que otros solo podían tratar de tocar, para acumular un arsenal mundial de armas y reformar ese mundo con cortes secos y duros, para hacer de él lo que él quería; nadie rechazaría la oportunidad de ocupar su lugar. Sí, podían odiarlo; de hecho, debían odiarlo, porque él encarnaba la perfección del éxito, y su existencia misma era lo que se burlaba de los fracasos de los demás. ¿Y la violencia que impartía? En fin, solo hay que ver cómo se desplegaba en otras escenas a más pequeña escala que ocurrían por todas partes; el marido que no puede satisfacer a su esposa, así que le da una paliza con los puños. El matón adolescente callejero que sujeta a su víctima contra los adoquines y retuerce el brazo de la desventurada criatura. El noble que pasa sin mirar junto al mendigo que se muere de hambre. El ladrón de expresión avariciosa; no, ninguno de ellos es diferente, no en lo más primordial.

Así que odiad a Kallor igual que se odia él. Incluso en eso él lo hará mejor. Una superioridad innata expresada de todo tipo de formas. Mirad cómo rechina el mundo los dientes, a lo que él responde con una

sonrisa astuta.

Caminaba, el lugar del que había partido quedaba ya muy muy atrás, y el lugar al que se dirigía se acercaba cada vez más, paso a paso, tan inexorable como ese paisaje arrastrado. Que ladren los centinelas, que los halcones cavilen con ojo avizor. Las semillas cabalgan en sus piernas en busca de nuevos mundos. Él caminaba y en su mente los recuerdos se desplegaban como desgastados fajos de pergamino, recosidos y arrugados, pescados del fondo de algún saco de arpillera como ratas, crujiendo cuando se abrían en una lluvia de polillas aplastadas y cadáveres de insectos.

Andando a zancadas, con la cara pálida y manchado de sangre, por un pasillo tachonado de joyas, arrastrando por un tobillo el cadáver de su esposa (solo una más en una sucesión interminable), los brazos de ella arrastrándose por el suelo inertes como serpientes muertas, las gargantas rebanadas. No había habido advertencia alguna, ninguna pátina de polvo que le cubriera los ojos al clavarlos en él esa mañana mientras él estaba sentado ordenando las velas centenarias en una fila sobre la mesa que se interponía entre los dos. Cuando él la invitó a una vida dilatada, la promesa del alimento eterno; los aguardaba un festín sin final, jamás habría necesidad de ejercer nada parecido a la moderación. Hablarían y vivirían el lenguaje de los excesos. Irían jalonando los mapas de la expansión interminable, grabando en él las ambiciones que ya podían concebir. Nada los podría detener, ni siquiera la muerte.

Alguna locura se había apoderado de ella, como el borbotón, la efusión que sale del corte de una arteria, no podía haber otra causa. Locura, eso había sido. Enajenación, renunciar a tanto. De lo que él le ofrecía. Tanto, sí, de sí mismo. O eso se había dicho él en su momento, y durante décadas después. Así había sido más fácil.

Ahora sabía por qué se había quitado la vida. Que se lo ofrecieran todo era que le mostraran aquello de lo que ella misma era capaz, el inagotable alcance de su posible depravación, los horrores que albergaría, verse desprendida hasta del último filamento de sensibilidad, dejando su conciencia lisa, fría al tacto, una cosa quizá viva, o quizá no, una cosa que nada podría despertar. Ella había visto, sí, lo lejos que podría llegar... y luego había dicho que no.

Otro dulce fajo que se despliega con el aroma a flores. Se arrodilló junto a *Vaderon*, su caballo de guerra, mientras el animal se desangraba entre espuma roja, su único ojo visible clavado en él, como si quisiera saber: ¿Ha merecido la pena? ¿Qué te ha comprado mi vida, mi sangre, el fin de mis días?

Un campo de batalla que se extendía hacia todas partes. Muertos amontonados, moribundos, humanos y bestias, jheck y tartheno toblakai, unos cuantos forkrul assail, cada uno rodeado por cientos de caídos, los que protegían a sus caudillos, los que fracasaron a la hora de derribar a los demonios. Y no quedaba tierra seca, la sangre era un mar poco profundo que se espesaba con el calor, y eran más los ojos que miraban la nada que los que escudriñaban la pesadilla en busca de amigos y parientes.

Voces que gritaban, pero parecían lejanas, a varias leguas de donde Kallor se arrodillaba junto a *Vaderon*, incapaz de apartar la mirada de ese único ojo clavado en él. Promesas de hermandad tiradas al barro carmesí. Votos silenciosos de honor, valor, servicio y recompensa, todo chorreando por el mango roto de la lanza que sobresalía del pecho ancho, inmenso, del animal. Y sí, *Vaderon* se había encabritado para recibir esa estocada, una estocada dirigida al propio Kallor, porque su caballo era demasiado estúpido para entender nada.

Por ejemplo, que Kallor había comenzado esa guerra, que había recibido de buen grado la matanza, el caos.

Que Kallor, ese amo que se arrodillaba a su lado, era, en realidad, un hombre cruel, despreciable, una bolsa de piel repleta de veneno y rencor, de envidia y del gruñido egoísta de un niño, que, cuando perdía, le quitaba lo mismo a todos los demás.

Vaderon se moría. Kallor, con los ojos secos, maldiciéndose por ser incapaz de llorar. De sentir

arrepentimiento, de llenarse de recriminaciones, de prometer hacerlo mejor la próxima vez.

Soy como la humanidad, se decía con frecuencia. Inmune a las lecciones. Penoso en la pérdida y la derrota, vengativo en la victoria. Lleno de todas las posibles virtudes, vulnerable a la explotación y el abuso de otros, si es que pudieran reclamar el dominio, hasta que esas virtudes se convertían en cosas huecas que sudaban gotas de veneno. Ofrezco bondad y veo cómo se envilece, y no hago nada, no me quejo, no articulo rechazo alguno. El mundo que fabrico tiene un único propósito: que me mastique, a mí y a todos los demás. No te creas esta expresión perpleja. Me desconcierta solo la estupidez, pero los listos que hay entre mí lo saben, oh, sí, vaya si lo saben, aunque mientan con el mismo descaró que yo, a vosotros y a sí mismos.

Kallor caminaba llevando sobre un hombro un saco de arpillera de diez mil leguas de largo, en el que se abultaban paquetes plegados. Tan diferente de todos los demás. A su lado corren caballos fantasmales. Mujeres con cortes en las muñecas muestran sonrisas exangües aleteando en las comisuras de labios mortecinos. Y donde los moribundos lloran, mira cómo se desliza su sombra.

—Quiero cosas sencillas —dijo Nenanda—. No quiero tener que trabajar. —Y luego alzó los ojos, beligerante, dispuesto a ofenderse.

Garrapata de Piel estaba doblando ramitas para hacer una figura de palos.

—Pero las cosas no son sencillas, Nenanda. Nunca lo son.

—Eso ya lo sé, pero dilo sin más, eso es todo.

—No quieres que te remuevan la confusión, quieres decir.

Nimander empezó a levantarse.

—Piel...

Pero Nenanda ya había picado el anzuelo, y era un anzuelo, porque a pesar de que Garrapata de Piel parecía concentrado en sus ramitas, había tenido la astucia de reparar en la inseguridad de Nenanda.

—A los mentirosos les gusta la confusión. A los mentirosos y a los ladrones, porque así pueden entrar y salir sin que nadie los vea, cuando hay confusión. Buscan tu incertidumbre, pero no hay nada de incierto en lo que buscan ellos, ¿verdad? Así es cómo te utilizan, tú también eres así a veces, Garrapata de Piel, con tus ingeniosas palabras.

—Espera, ¿cómo me van a usar a mí, si yo soy ellos?

Desra lanzó un bufido.

La expresión de Nenanda se llenó de furia y se habría levantado de no ser por la mano tranquila de Aranatha, que se posó en su brazo y dispó mágicamente su rabia.

Garrapata de Piel giró los brazos de la figura diminuta hasta que los tuvo por encima de la cabeza anudada con su única hoja verde, y lo sostuvo sobre el fuego de modo que mirara a Nenanda.

—Observa —dijo—, se rinde.

—No te burles de mí, Garrapata de Piel.

—Al contrario, aplaudo tu deseo de simplificar las cosas. Después de todo, o puedes cortarlo con la espada, o no puedes.

—Ya empiezas otra vez.

Nimander sabía que la discusión seguiría la mitad de la noche. Y en el proceso se desenredaría y Garrapata de Piel iría convirtiendo a Nenanda más y más en un idiota descerebrado, cuando lo cierto era que de eso no tenía nada. Pero las palabras eran efímeras, podían atravesar como el aguanieve todo tipo de defensas, prestas a dar un corte, ansiosas por hacer sangre. Eran las armas perfectas del engaño, pero también podían ser, bien lo sabía él, los sólidos adoquines de un sendero que conducía a la comprensión,

o lo que pasaba por comprensión en ese mundo tenebroso e imposible.

Había tantas formas de vivir, una por cada ser inteligente (y quizá también por cada uno de los no inteligentes), que era un auténtico milagro cuando dos se podían encontrar en un entendimiento mutuo, o incluso en una aceptación pasiva. Prueba, había dicho Garrapata de Piel en una ocasión, de la extraordinaria flexibilidad de la vida. *Claro que, había añadido, nuestra maldición es ser criaturas sociales, así que no tenemos otra alternativa que intentar llevarnos bien.*

Estaban acampados en una ancha terraza sobre la última de las extrañas ruinas, tras un día de ascenso largo, polvoriento y agotador. Casi todas las piedras del tosco relleno de grava que ocupaba el antiguo canal de drenaje resultaron ser una especie de fósiles, trozos de lo que en otro tiempo había sido madera, diente o colmillo, todo en pedazos. La ladera entera de la montaña parecía una especie de muladar de incontables siglos de antigüedad, e imaginar las vidas necesarias para crear un montículo tan inmenso era verse invadido por el desconcierto, debilitado por el asombro. ¿Las montañas que había detrás eran lo mismo? ¿Era posible siquiera?

¿Es que no ves, Nenanda, que nada es tan simple? Ni siquiera el terreno sobre el que caminamos. ¿Cómo se crea esto? ¿Es de lo que venimos y donde terminamos diferente en algo? No, no me expreso bien. Hagámoslo más simple. ¿Qué es esta existencia?

Y como podría responder Nenanda, a un guerrero no le sirve de nada hacer esas preguntas. Déjanos con esta caída de cabeza, déjale al momento venidero ese próximo paso, aunque sea sobre un abismo. No tiene sentido hacerse tantas preguntas.

¿Y cómo podría responder Garrapata de Piel? *Muéstrale a un bhederin el miedo y mira cómo se cae por un precipicio. ¿Qué lo mató? ¿Las rocas dentadas del fondo, o el terror que lo cegó y lo hizo estúpido? Y Nenanda solo se encogería de hombros. ¿A quién le importa? Vamos a comernos al maldito bicho.*

Aquel no era el gran choque de sensibilidades que se podría pensar que era. *Solo dos caras de la misma moneda, una mirando a la derecha por este lado, la otra mirando a la izquierda por el otro lado. Las dos guiñando el ojo.*

Y Desra lanzaría un bufido y diría: *Tú quédate con tus estúpidas palabras, prefiero tener un rabo en la mano que palabras volando.*

Agarrándose como si le fuera la vida en ello, murmuraría Garrapata de Piel por lo bajo, y la sonrisa de respuesta de Desra no engañaba a nadie. Nimander recordaba de sobra cada conversación entre sus seguidores, sus hermanos, su familia, y recordaba cómo eran capaces de repetirse, con pequeñas variaciones, si se daba pie en el momento adecuado.

Se preguntó adónde había ido Clip; algún sitio lejos de ese charco de luz, quizás estuviese escuchando, quizá no. ¿Oiría algo que no hubiera oído antes? ¿Algo de lo que se hubiera dicho esa noche alteraría la opinión que tenía de ellos? No parecía probable. Reñían, sus personalidades chocaban y luego se daban la vuelta y se marchaban, ya fuera entre risas o exasperación. Hurgaban, se alejaban de un salto, buscando siempre dónde estaba la piel más fina encima de todos los antiguos cardenales. No eran más que peleas sin espadas, y nadie moría jamás, ¿verdad?

Nimander observó que Kedeviss, que había estado muy callada hasta ese momento, cosa rara en ella, se levantaba y se ceñía mejor la capa alrededor de los hombros. Tras unos segundos, la joven se adentró en la oscuridad.

En los peñascos, lejos de ellos, los lobos empezaron a aullar.

Algo enorme se cernía justo detrás del parpadeo de la luz naranja, y Samar Dev vio que tanto Karsa

como Viajero se giraban para mirarlo, después se levantaban echando mano de sus armas. La forma cambió de posición, pareció menearse de un lado a otro, y al fin, al nivel de los ojos de la bruja si esta estuviera de pie, un morro retorcido que resplandecía, un halo ancho y aplanado de pelo, la mancha de fuego en dos ojitos.

A Samar Dev empezó a costarle respirar. Jamás había visto un oso tan enorme. Si se alzara, destacaría incluso por encima de Karsa Orlong. Samar observó esa cabeza alzada, el morro achatado que olisqueaba el aire. Era evidente, comprendió, que el animal dependía más del olfato que de la vista. *Pensé que el fuego asustaba a este tipo de bestias, no que las atraía.*

Si atacaba, pasarían cosas... en un pestañeo. Dos espadas destellando en la arremetida, un bramido ensordecedor, garras segando el aire para barrer a los dos enclenques atacantes, y luego la criatura iría de cabeza a por ella. Lo estaba viendo, estaba segura. El oso estaba allí por ella.

De nek okral. Las palabras parecieron subir como una espuma a la superficie de sus pensamientos, como algo eructado de las profundidades cenagosas del instinto.

—De nek okral —susurró.

Los ollares se dilataron, goteantes.

Y luego, con un bufido y un sorbido, la bestia se retiró, se apartó de la luz del fuego. Un crujido de piedras y el temblor del suelo al alejarse la bestia con paso pesado.

Karsa y Viajero apartaron las manos de las armas, se volvieron a acomodar y retomaron sus posiciones de cara al fuego.

El guerrero toblakai encontró un palo y lo dejó caer en las llamas. Las chispas subieron en volutas hacia el cielo, una liberación brillante, solo para apagarse después. La expresión del guerrero era pensativa.

Samar Dev se miró las manos temblorosas y luego las deslizó bajo la manta de lana en la que se había envuelto.

—Si hablamos con propiedad —dijo Viajero—, no era un okral. De nek... —alzó las cejas—. ¿«Hocico corto»?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —soltó Samar Dev en tono áspero.

El hombre levantó más las cejas.

—No sé de dónde salieron esas palabras. Solo... llegaron.

—Eran imass, Samar Dev.

—¿Oh?

—«Okral» es la palabra para un oso de las llanuras, pero eso no era ningún oso de las llanuras... demasiado grande, patas demasiado largas...

—No me gustaría que me persiguiera esa bestia, ni siquiera a caballo. Ese animal está hecho para perseguir a su presa hasta derribarla —dijo Karsa.

—Pero no estaba cazando —dijo Viajero.

—No sé lo que estaba haciendo —admitió Karsa con un despreocupado encogimiento de hombros—. Pero me alegro de que cambiara de opinión.

—En vosotros dos —dijo Samar— no habría percibido ningún miedo. Eso solo lo habría hecho vacilar. —Su voz era dura, las palabras casi las arrojaba. No sabía muy bien por qué estaba tan enfadada. Quizá no era más que la consecuencia del terror, un terror que ninguno de sus compañeros había tenido la decencia de compartir con ella. La hacían sentirse... inferior.

Viajero seguía estudiándola y a ella le entraron ganas de lanzarle un gruñido. Cuando habló, el tono del hombre fue tranquilo.

—Los viejos dioses de la guerra están regresando.

—¿Guerra? ¿El dios de la guerra? Era Fener, ¿no? ¿El Jabalí?

—Fener, Togg, Fanderay, Treach y —se encogió de hombros— De nek okral... quién sabe cuántos existieron una vez. Surgieron, me imagino, en función del entorno de los devotos, la bestia que fuera el depredador supremo, el más salvaje...

—Pero ninguno lo era —interpuso Karsa Orlong—. El supremo. Ese título nos pertenecía a los cazadores de dos patas, a los asesinos de ojos vivos.

Viajero siguió mirando a Samar Dev.

—La brutalidad de las bestias reflejaba la brutalidad de las almas de los devotos. En la guerra, eso es lo que se compartía. Jabalíes, tigres, lobos, los grandes osos que no conocían el miedo.

—¿Es esto lo que ha hecho la caída de Fener? —preguntó Samar Dev—. ¿Todos esos viejos olvidados vuelven a levantarse para pelearse por los despojos? ¿Y qué tiene eso que ver con ese oso, si se puede saber?

—Ese oso —dijo Viajero— era un dios.

Karsa escupió en el fuego.

—No me extraña que jamás haya visto bestia semejante.

—Existieron antaño —dijo Viajero—. En otro tiempo dominaron estas llanuras, hasta que todo lo que cazaban se lo arrebataron; así que desaparecieron, al igual que muchas otras criaturas orgullosas.

—El dios debería haberlas seguido —dijo Karsa—. Ya hay demasiadas caras en la guerra tal y como están las cosas.

Samar Dev lanzó un gruñido.

—Eso tiene gracia viniendo de ti.

Karsa la miró por encima de las llamas y luego esbozó una gran sonrisa, los enloquecidos tatuajes parecieron partirse en su rostro.

—Solo hace falta que haya una.

La tuya. Sí, toblakai, te entiendo de sobra.

—Tengo un gran temor —dijo—. Y es que cuando hayas terminado con la civilización, resulte que tú, como amo de todo al final, no seas mejor que aquellos que derribaste. Que encuentres el último trono superviviente, te dejes caer en él, y lo encuentres demasiado de tu gusto.

—Ese es un temor sin sentido, bruja —dijo Karsa Orlong—. No dejaré un solo trono en el que sentarse, los destruiré todos. Y si, cuando termine, soy el último que queda en pie en todo el mundo, entonces me sentiré satisfecho.

—¿Qué hay de tu pueblo?

—He escuchado durante demasiado tiempo los susurros de Bairoth Gild y Delum Thord. Nuestras formas de vida no son más que versiones más torpes de todas las otras formas que tiene la gente de vivir; su amor por el desperdicio, su avidez por segar cada criatura viva como si les perteneciera, como si para demostrar la propiedad tuvieran que destruirla. —Enseñó los dientes—. No pensamos de forma diferente, solo más despacio. Con menos... eficacia. Puedes cacarear sobre el progreso, Samar Dev, pero el progreso no es lo que piensas. No es una herramienta guiada por nuestras manos; ni las tuyas, ni las mías, ni las de Viajero. No es algo que tengamos derecho a reclamar como destino. ¿Por qué? Porque en verdad no tenemos ningún control sobre él. Ni tus máquinas, bruja, ni cien mil esclavos encadenados a él, incluso cuando nos erguimos con látigos en la mano.

Viajero se había girado un poco y estudiaba al toblakai con el mismo asombro curioso que la bruja había visto antes.

—Entonces —preguntó—, ¿qué es el progreso, Karsa Orlong?

El toblakai señaló con un gesto el cielo nocturno.

—El reptar de las estrellas, la luna saliendo y poniéndose. El día, la noche, el nacimiento, la muerte; el progreso es el paso de la realidad. Nos sentamos a horcajadas de este caballo, pero es una bestia que no podemos domesticar, y correrá para siempre; nosotros envejeceremos, nos marchitaremos, nos caeremos, y a él no le importa. Algún otro saltará a su lomo y a él no le importa. Puede que corra solo, y a él no le importa. Dejó atrás a los grandes osos. A los lobos y sus devotos. Dejó atrás a los jaghut, y a los k'chain che'malle. Y todavía sigue corriendo, y para él no somos nada.

—¿Y por qué no dejarnos que lo montemos un tiempo? —preguntó Samar Dev—. ¿Por qué no dejarnos esa maldita ilusión?

—Porque, mujer, lo montamos para cazar, para matar, para destruir. Lo montamos como si fuera a un tiempo nuestro derecho y nuestro pretexto.

—Y, sin embargo —dijo Viajero—, ¿no es eso con exactitud lo que tú pretendes, Karsa Orlong?

—Destruiré lo que pueda, pero nunca afirmaré que es de mi propiedad lo que destruyo. Seré la encarnación del progreso, pero vacío de codicia. Seré como el puño de la naturaleza, ciego. Y demostraré que la propiedad es una mentira. La tierra, los mares, la vida que se encuentra allí. Las montañas, las llanuras, las ciudades, las granjas. Agua, aire. No somos dueños de nada. Eso es lo que demostraré, y al demostrarlo haré que así sea.

Se inclinó hacia delante y recogió un puñado de tierra polvorienta. El toblakai se puso en pie, dejó caer la tierra en el fuego y apagó las llamas. La oscuridad se apoderó de todos, como si hubiera estado esperando ese momento. O, pensó la bruja con un escalofrío, como si siempre hubiera estado allí. *La luz me cegó, si no, lo habría visto.*

Como lo veo ahora.

Dios de la guerra, ¿qué querías de mí?

Con un chillido desgarrador el enkaral se estrelló contra Perla, las garras despedazaron la carne, colmillos como dagas aprisionaron la nuca del demonio. Alzó el brazo con un gruñido y rodeó con una mano la garganta de la bestia alada, la otra se abrió paso bajo la mandíbula superior del enkaral, los dedos desgarraron carne al hundirse más y empezaron a abrir de nuevo la boca a la fuerza. Los colmillos de la mandíbula inferior se hundieron todavía más en los músculos del cuello de Perla, pero él todavía empujó. Durante todo el proceso, las garras nunca cesaron en su frenético destrozo de la zona lumbar del demonio; intentaban engancharse a la espina dorsal, intentaban arrancar esa columna, pero las cadenas y los grilletes se enmarañaban y se lo impedían, al igual que cada giro de Perla para esquivar los desgarros que le escarbaban los músculos.

Al final, cuando endureció la presa que tenía sobre la garganta de la bestia, oyó el desesperado alarido de su respiración y las mandíbulas se aflojaron. Hubo un crujido, y al instante, Perla fue capaz de arrancarse las mandíbulas del cuello. Avanzó tambaleante, arrastró a la enorme bestia hacia el frente, rodeó con las dos manos la garganta recubierta de escamas... y más cosas se derrumbaron dentro de ese demoledor agarre.

El enkaral se revolvió, las patas se sacudían violentamente, las garras abrían surcos en los muslos de Perla. Este tiró a la bestia al suelo. Las sacudidas fueron disminuyendo, y luego, con un espasmo, la criatura se quedó inerte.

Perla se levantó poco a poco y arrojó el cadáver a un lado; un golpe seco, el impacto y el susurro de las cadenas. El demonio miró entonces a la figura que caminaba a su lado.

—¿Lo hice enfadar de algún modo, Draconus?

El hombre guiñó los ojos y cambió el peso de las cadenas al otro hombro antes de responder.

—No, Perla. Se apoderó de él la locura, eso es todo. Simplemente es que tú andabas cerca.

—Oh —dijo Perla. Y después el demonio suspiró—. Entonces menos mal que era yo y no algo... más pequeño.

—¿Puedes continuar, Perla?

—Puedo, sí. Gracias por preguntar.

—No falta mucho, diría yo.

—No, no mucho —asintió Perla—. ¿Y luego?

—Ya veremos, ¿no?

—Sí, eso es cierto. ¿Draconus?

—¿Perla?

—Creo que agradeceré un final, ¿es terrible que lo diga?

El hombre negó con la cabeza, su expresión insinuaba que quizás estuviera sufriendo.

—No, amigo mío, no lo es.

Una mitad entera del cielo se había convertido en una argéntea tormenta enfurecida. Tras ellos retumbaban los truenos que emergían del horizonte y el propio suelo se iba haciendo pedazos, se aniquilaba; su mundo había adquirido un matiz duro, abrupto como un precipicio, un precipicio que se iba acercando cada vez más a medida que se desgajaban secciones inmensas, a medida que el furioso abismo se iba tragando las columnas de piedra que caían una por una.

Y se le ocurrió a Draconus entonces que cada uno de los que estaban allí, aparentemente solos, todos, hombre o mujer, con sus propios grilletes, su propia cadena, por fin, después de tanto tiempo, se habían unido.

Somos un ejército. Pero un ejército que se bate en retirada. Mira los restos que dejamos a nuestro paso, los camaradas abandonados. Mira nuestros vidriosos ojos, este velo de entumecido agotamiento; cuando por fin nos lo arranquemos hallaremos la desesperación que llevamos tanto tiempo cobijando, como una fruta negra envenenada bajo la hoja de un árbol; todo revelado cuando nos miramos en los ojos del de al lado.

¿Merecía la pena el consuelo que se encontraba en el reconocimiento mutuo? ¿Allí, al fin? ¿Cuando lo que los unía era el fracaso? *Como un campo lleno de cadáveres tras una batalla. Como un mar de cráneos meciéndose con la marea. ¿La hermandad no es demasiado amarga para soportarla?*

Y en esos momentos, él sentía ganas de... ¿qué? *Sí, enfurecerme, pero primero, déjame cerrar los ojos. Solo un momento. Déjame encontrar, de nuevo, mi voluntad...*

—¿Draconus?

—¿Sí, Perla?

—¿Oyes tambores? Yo oigo tambores.

—Los truenos... —Y entonces se detuvo y se giró para mirar ese horizonte agrietado, fulminante—. Dioses del inframundo.

El caos había encontrado una nueva forma de burlarse de ellos. Con legiones en filas, armas y armaduras llameando, con estandartes que escupían rayos al cielo. Surgiendo en una fila interminable, un ejército de algo vagamente humano, moldeado tan solo por la intención, de tamaño incalculable... no marchaban tanto como fluían, como una marejada de espuma que devoraba el terreno, y no estaba a más de una legua de distancia. Lanzas y cabezas de picas destellando, redondos escudos girando como vórtices. Tambores como un traqueteo de huesos, apresurándose a enjambarse como avispas enloquecidas.

Tan cerca... ¿el hambre acaba de captar nuestro olor?, ¿el hambre se precipita ahora hacia nosotros, más rápido que nunca?

¿Hay algo en esa tormenta... que sabe lo que quiere?

—No lo entiendo —dijo Perla—. ¿Cómo puede tomar forma el caos?

—Quizá, amigo, lo que vemos es la manifestación de lo que existe en todos nosotros. Nuestro secreto amor por la destrucción, el placer de la aniquilación, nuestra alegría más oscura. Quizá cuando al fin nos alcancen, nos daremos cuenta de que ellos son nosotros y nosotros somos ellos. —*Que Dragnipur no ha hecho más que partirnos en dos, y lo único que busca el caos es unirnos una vez más.*

Oh, venga ya, Draconus, ¿has perdido la cabeza?

—Si son el mal que hay en nuestras almas, Perla, entonces no cabe duda de lo que desean.

—Quizá no solo nuestras almas —caviló Perla mientras se limpiaba la sangre de los ojos—. Quizá cada alma, desde el comienzo de la creación. Quizá, Draconus, cuando muere cada uno de nosotros, el mal de nuestro interior se arranca y se precipita al reino de Caos. O el mal es lo que sobrevive más tiempo...

Draconus no dijo nada. Las sugerencias del demonio lo horrorizaban, y pensaba (oh, estaba pensando, sí) que Perla había encontrado una terrible verdad. En algún lugar entre esas posibilidades.

En algún lugar entre ellas... creo que... hay un secreto. Un secreto importante.

En algún lugar...

—Yo no quiero conocer a mi yo malo —dijo Perla.

Draconus volvió la cabeza y lo miró.

—¿Y quién quiere?

Fosa estaba soñando, pues soñar era su último camino a la libertad. Podía caminar con decisión, extender los brazos a los lados y remodelarlo todo. Podía construir el mundo que quería, como debería ser, un lugar justo, un lugar en el que él podía ser un dios y contemplar la humanidad como era en realidad: una chusma de niños revoltosos y un tanto ridículos. Mira cómo cogen cosas cuando creen que nadie mira. Mira cómo rompen cosas, hacen daño, roban. Escucha sus protestas de inocencia, su lista entrecortada de excusas, escucha cómo se arrepienten, y cómo se vuelven a arrepentir, y otra vez, y luego van y hacen las mismas puñeteras cosas de nuevo. Niños.

Con todos sus poderes divinos, él les enseñaría lo que eran las consecuencias, la más terrible de las lecciones, la que se resistía más tiempo. Les enseñaría porque él la había aprendido de la única forma posible; con cicatrices y huesos rotos, con una enfermedad en el alma que sabía a miedo, con el daño irreparable que habían provocado todas sus decisiones irreflexivas.

También podía haber alegría y asombro entre los niños. Era tan fácil no ver más que la oscuridad, ¿verdad? Asombro y alegría. Creaciones ingenuas de la belleza. Él no era ciego a esas cosas y, al igual que cualquier dios, comprendía que esos dones eran ruegos de misericordia. Una invitación a disfrutar de esa censurable multitud de defectos. Arte y genio, compasión y pasión, eran como islas atacadas por todas partes. Pero ninguna isla duraba para siempre. Los mares negros, revueltos, repletos de gusanos, iban alzándose cada vez más. Y antes o después, las ávidas tormentas se comían su parte.

La naturaleza bien podía luchar por mantener el equilibrio. Y quizás el enorme desequilibrio que Fosa creía percibir en los suyos no era más que una ilusión, y la reparación aguardaba, alargándose para igualarse a los extremos. Una caída tan repentina y feroz como la subida.

En su estado de ensoñación, no se le ocurrió que sus sueños no eran suyos, que ese sesgo pronunciado de criterio pertenecía a un tirano o incluso a un dios, o a alguien como él si la locura lo hubiera invadido. Pero él no estaba loco, ni tampoco era ningún tirano, y a pesar de toda su tendencia natural (natural para casi todo el mundo) a desear una justicia de verdad, también era, después de todo, lo bastante inteligente

como para conocer la vulnerabilidad de las ideas morales, la facilidad con la que se corrompían. ¿Estaba soñando, entonces, los sueños de un dios?

Ciego como estaba Kadaspala, podía percibir de todos modos muchas de las visiones de Fosa, podía sentir la rabia incandescente en el destello de sus párpados, el calor de su aliento, las crestas de tirantez que bañaban su cara. Sí, ese mago inconsciente estaba recorriendo un mundo invisible, lleno de indignación y furia, con el hambre como justo castigo.

Había tantos caminos a la divinidad. Kadaspala estaba seguro de ello. Tantos caminos, tantos caminos. Niégate a morir, niégate a rendirte, niégate a morir y niégate a rendirte, y ese era un camino, uno se tropezaba con él sin verdadera intención, sin tan siquiera quererlo, y esos dioses eran los desconcertados, los reticentes. Era mejor dejarlos en paz, pues despertarlos era arriesgarse al apocalipsis. Un poder reticente era el poder más mortífero de todos, pues la cólera que había detrás hacía mucho tiempo que se había avivado. Se había avivado durante mucho tiempo y avivado mucho, mucho tiempo, así que mejor dejarlos, dejarlos, dejarlos en paz.

Otros dioses cobraban vida al ser invocados y la naturaleza de esa invocación tomaba un sinfín de formas. Una convulsión de fuerzas naturales, hasta que incluso el lodo despierta. Allí donde chocaban elementos discordantes, nacía la posibilidad. Vida. Intención. Deseo y necesidad. Pero también eran cosas accidentales, en cuanto a que cualquier cosa puede ser accidental cuando abundan todas las partículas necesarias para la creación, como era el caso. Había otras formas de que un dios cobrase vida al ser invocado.

Reúne una multitud de palabras, una multitud de palabras. Reúne una multitud de palabras. Hazlas, hazlas, hazlas ¿qué? Físicas, sí, hazlas físicas, del éter vacío a la incisión en la arcilla, la mancha en la piedra, la tinta en la piel. Físico, porque lo físico creaba; por su propia naturaleza ante el ojo (o el ojo interior); creaba y creaba patrones. Y con estos se podía jugar y jugar y jugar. En números y sigilos, en proporciones astrales. Se les podía codificar dentro de códigos dentro de códigos hasta que se representaba algo, algo que era a la vez bello y absoluto. Bello en su absolutismo. En toda su absolutión, en su esencia absuelta, una cosa de belleza.

Entiendes, verdad, la verdad de los patrones, cómo el patrón encuentra verdad en la extensión de la yuxtaposición, en el juego de significado que significa el juego que es el patrón perfecto del lenguaje disfrazado de imperfección, pero ¿de qué sirve nada de esto nada de esto nada de esto?

Lo que sirve es el cuerpo del texto (ja, el cuerpo... ¡los cuerpos!) que en su absolutidad se convierte en sagrado, y en su sacralidad se convierte en todo lo que retrata en su agradable ordenamiento de lo que en esencia no significa nada. Patrones donde antes no existía ninguno. Creación de la nada. Despertar de la ausencia del yo. ¿Y qué es el mundo el hermoso mundo la valiosa palabra y el mundo perfecto que comienza el juego comienza todo todo todo?

Pues la palabra es «nacimiento».

Cuerpos de texto, todos estos cuerpos, toda esta carne y la tinta y las palabras y las palabras, oh, las palabras. Cuerpos y cuerpos, patrones dentro de patrones, vidas y vidas y vidas todas soñando... todas soñando un sueño.

Un sueño. Un sueño un sueño uno uno un sueño. Uno.

Un sueño de justicia.

—Que tiemble el cosmos —susurró Kadaspala mientras grababa sigilo dentro de sigilo dentro de sigilo, mientras entrelazaba lenguaje y significado, mientras la tinta recorría la perforación y fluía bajo la piel bolsa a bolsa—. Tremor y temblor, quejido y gemido. Un dios oh un dios sí un dios ahora un dios

pronto un dios un dios despierta. Vidas y vidas derribadas todas y cada una, derribadas, sí, por el canto afilado del juicio, ¿lo merecíamos? ¿Nos ganamos el castigo? ¿Somos alguno inocente?, ¿alguno siquiera? No es probable no es probable no es probable. Así que vidas y vidas y ninguno ninguno ninguno de nosotros no recibimos precisamente lo que merecíamos.

»¿Lo entiendes? Pequeña deidad, a ti te hablo. Escucha escucha escucha bien. Somos de lo que tú procedes. Los castigados, los castigados, las víctimas de la justicia, las víctimas de nuestra propia estupidez, ¿y quién podría decir que ninguno de nosotros ha aprendido la lección? ¿Quién puede decirlo? Mira ¡oh mira oh mira dónde estamos! Pequeña deidad, aquí está tu alma, escrita en carne, en carne, escrita aquí por Kadaspala, que una vez estuvo ciego aunque podía ver y ahora puede ver aunque está ciego. ¿Y no soy yo acaso la propia definición de ser sensible? Ciego en vida, puedo ver en la muerte; la definición de mortalidad, mi querido niño, escúchala y escúchala venir en el momento en que debes actuar y decidir y levantarte y sentarte para juzgar. Escucha y escucha, pequeña deidad, este defecto eterno.

»¿Y qué, te preguntarás, está escrito en tu alma? ¿Qué está escrito ahí? ¿Ahí, en la carne de tu alma? Ah, pero eso es el viaje de tu vida, pequeña deidad, aprender el lenguaje de tu alma, aprenderlo aprenderlo al tiempo que lo vives.

»Pronto, el nacimiento llega. Pronto, la vida despierta.

»Pronto, yo hago un dios.

E incluso ahora el dios sueña con la justicia. Pues, al contrario que Fosa, Kadaspala sí que está loco. Su código incrustado en carne es un código de leyes. Las leyes de las que nacerá el dios. Piénsalo, piénsalo bien.

En el contexto, digamos, de la misericordia...

Estaba allí fuera, abajo, en la ensenada, de rodillas, la cabeza gacha, el torso balanceándose a un son que solo existía en su interior. Tras estudiarla una vez más, Vidente, con un leve jadeo, apartó de golpe la mirada, algo que cada vez le costaba más, pues era una imagen hipnotizadora, esa niña-mujer, esa fuente de corrupción, y la idea de que la caída de una mujer pudiera ser tan atrayente, tan sexual y perfecta, lo horrorizaba. Lo horrorizaba ese lenguaje de invitación. Su propia oscuridad.

—Su poder crece —murmuró tras él el Redentor—. El poder que tiene sobre ti, Segda Travos.

—No quiero estar donde ella está.

—¿Ah, no?

Vidente se volvió y miró al dios.

—La conciencia de uno mismo puede ser una maldición.

—Una maldición necesaria.

—Supongo —admitió.

—¿Seguirás luchando contra ella, Segda Travos?

—Creo que sí, sí.

—¿Por qué?

Vidente le mostró los dientes en una mueca fiera.

—No empieces conmigo, Redentor. El enemigo nunca cuestiona los motivos, el enemigo no la toma con el suelo que hay bajo sus propios pies. —Señaló con un dedo a la mujer arrodillada en la cuenca—. Ella no tiene preguntas. Ni dudas. Lo que tiene es fuerza. Poder.

—Eso es cierto —dijo el Redentor—. Todo es cierto. Por eso los perseguidos por la incertidumbre deben retirarse siempre. No pueden enfrentarse a los farisaicos. En su lugar, deben escabullirse,

ocultarse, deben deslizarse tras las líneas enemigas.

—Donde se da caza y se silencia a todos y cada uno de esos... No, Redentor, se te olvida que yo viví en una tiranía. Derribé puertas a patadas, saqué gente a rastras. ¿Crees de verdad que toleran a los no creyentes? El escepticismo es un acto criminal. Haz ondear el estandarte o lo hará otro, y ellos irán a por ti. Redentor, he mirado a mi enemigo a los ojos, y son duros, fríos, vacíos de todo salvo odio. He visto, sí, mi propio reflejo... y todavía me persigue.

No intercambiaron más palabras. Vidente volvió la mirada y miró a aquella mujer, la suma sacerdotisa, que en un tiempo había sido Salind. No era ya más que una herramienta, un arma de la voluntad de alguna fuerza mayor, su hambre. La misma fuerza, sospechaba él, que empujaba a las naciones a la guerra, que empujaba a los maridos a matar a sus esposas y a las esposas a matar a sus maridos. Que podía incluso coger el alma de un dios y aplastarla hasta que se sometía.

¿Cuándo te alzarás, Salind? ¿Cuándo vendrás a por mí?

Aquel no era el más allá que había imaginado. *Mi lucha debería haber llegado a su fin. Cada una de mis necesidades debería haberse vuelto irrelevante, el dolor de los pensamientos silenciado para siempre.*

¿No es la indiferencia el regalo de la muerte? ¿La gozosa y perfecta indiferencia?

La mujer se balanceaba, recobrando fuerzas como solo eran capaces de hacer los rendidos.

Ratamonje atravesó el campamento de peregrinos. Astroso como había estado siempre, en esos momentos parecía como si lo hubiera arrasado un tornado. Las tiendas se habían combado, las chozas se inclinaban peligrosamente cerca del derrumbe. Había basura por todas partes. Los pocos niños que seguían vivos después de tanto tiempo de abandono lo observaban pasar con ojos angustiados que se asomaban a rostros veteados de mugre. Las llagas les comían los labios macilentos. Tenían los vientres hinchados bajo los harapos. No había nada que se pudiera hacer por ellos, e incluso si lo hubiera, Ratamonje no era quien tenía que hacerlo. En su mente, él había dejado a la humanidad mucho tiempo antes. Ninguna afinidad atrapaba su corazón. Todos los necios del mundo estaban solos, fueran hombre o mujer, o eran esclavos. Esos eran los único dos estados posibles; todos los demás eran mentira. Y Ratamonje no tenía deseo alguno de convertirse en esclavo, por mucho que lo quisieran Gradithan o el saemankelyk.

No, él se quedaría en su propio mundo. Así era más sencillo. Lo importante es que fuera sencillo. Eso era lo único importante.

Sabía que pronto tendría que huir de esa locura. Las ambiciones de Gradithan habían perdido toda perspectiva, la maldición del kelyk. De repente no hacía más que hablar de la venida del dios Moribundo, del fin inminente de todo y del glorioso renacimiento que vendría después. Ratamonje sentía asco por la gente que hablaba así. De tanto como se repetían resultaba muy evidente enseguida que sus palabras reflejaban sus deseos y que el deseo era que sus palabras pudiesen ser verdad. Una y otra vez, tanto aliento desperdiciado. A la mente le gustaba tanto dar vueltas, disfrutaba de ese camino familiar, de su familiaridad. Vuelta y vuelta, y con cada vuelta la mente se volvía mucho más estúpida. Poco a poco, el alcance de los pensamientos se estrechaba, el camino que se pisaba se hundía todavía más, incluso había observado que el vocabulario se reducía, puesto que se desechaban los conceptos incómodos al igual que todas las palabras que iban ligadas a ellos. El camino circular se convertía en un mantra, el mantra en una proclamación de aquellos estúpidos deseos de que las cosas fueran como querían que fuesen, que, de hecho, las cosas eran como ellos querían.

El fanatismo era tan popular. Y tenía que haber una razón, ¿no? Una enorme recompensa en dejar de

pensar, alguna gran dicha para la bendición de la idiotez. Bueno, Ratamonje no se fiaba de esas cosas. Sabía pensar por sí mismo y eso era todo lo que sabía, así que ¿por qué renunciar a ello? Todavía tenía que oír algún argumento que pudiera convencerlo; pero, por supuesto, los fanáticos no usaban argumentos, ¿verdad? No, solo esa mirada clavada, la amenaza, la razón para temer.

Sí, él ya estaba harto. Dioses del inframundo, pero si hasta estaba deseando volver a la ciudad donde había nacido. Allí, a la sombra de la fortaleza de Mock, y la bahía de agua negra del puerto donde dormía un demonio, medio enterrado entre el barro y los lastres caídos. Y quién sabe, quizá ya no quedaba nadie que pudiera reconocerlo; ¿y por qué habrían de hacerlo, en cualquier caso? Su antiguo nombre estaba en la lista de los caídos, después de todo, y al lado estaba *bosque de Perronegro, 1159 del Sueño de Ascuá*. Los Abrasapuentes ya no estaban, estaban muertos, destruidos en Pale, y los restos borrados del mapa allí, en Coral Negro. Pero él ya se había convertido en una de las bajas mucho antes de eso, y los años transcurridos desde entonces habían sido muy duros; no, no era nada probable que lo reconocieran.

Sí, Ciudad Malaz sonaba de maravilla mientras caminaba por la calle principal de ese miserable campamento, con el chillido de las gaviotas resonando en sus oídos.

Gradithan, has perdido.

No habrá ninguna venganza contra los tiste andii. Ni para mí, ni para ti. Era una idea estúpida y ya ha llegado demasiado lejos.

No merecía la pena revivir la historia. Por fin, lo entendía. Pero la gente nunca aprendía, nunca lo aprendían, joder, ¿a que no? Vueltas y más vueltas.

Un peregrino caído salió dando traspiés de entre dos chozas, la barbilla manchada de marrón y los ojos turbios flotando en un éxtasis dudoso que pintaba su mentira tras ellos. Le apeteció darle a aquel idiota sin sesos una patada en la entrepierna. Le apeteció pisotear el cráneo de aquel imbécil y ver derramarse el cieno de color mierda. Quería que todos los niños lo vieran hacerlo, para que se dieran cuenta, para que huyeran corriendo.

Y no es que a él le importase.

—Suma sacerdotisa.

La mujer alzó los ojos, se levantó de detrás del escritorio y lo rodeó mientras se recogía las túnicas, después se inclinó.

—Hijo de la Oscuridad, bienvenido. ¿Habíamos dispuesto algo?

El la recibió con una sonrisa irónica.

—¿Lo hacemos alguna vez?

—Por favor —respondió ella—, entre. Mandaré a buscar vino y...

—No lo haga por mí, suma sacerdotisa. —Anomander Rake entró en el pequeño despacho, miró las dos sillas, eligió la menos ornamentada y se sentó. Estiró las piernas, entrelazó los dedos en el regazo y la miró con aire reflexivo.

Ella alzó los brazos.

—¿Quiere que baile?

—¿Quiere usted que yo cante?

—El Abismo me lleve, no. Por favor.

—Tenga la bondad de sentarse —dijo Rake señalando la otra silla.

La suma sacerdotisa se sentó con la espalda muy recta, una pregunta silenciosa enarcaba sus cejas.

Él siguió mirándola.

Ella dejó escapar el aire y se derrumbó en la silla.

—Está bien. Ya me relajo. ¿Lo ve?

—Siempre ha sido mi favorita —respondió Rake, que apartó los ojos.

—¿Su favorita qué?

—Suma sacerdotisa, por supuesto. ¿Qué otra cosa podría estar pensando?

—Bueno, esa es la eterna pregunta, ¿no?

—Una que preocupa demasiado a demasiada gente.

—No puede hablar en serio, Anomander.

Él parecía estar estudiando el escritorio de la sacerdotisa, no las cosas esparcidas por su superficie, sino el escritorio en sí.

—Es demasiado pequeño para usted —se pronunció.

La mujer miró la mesa.

—Se engaña, por desgracia. Es mi desorganización la que es demasiado grande. Deme un escritorio del tamaño de una explanada y seguiré llenándolo de trastos.

—Entonces debe de ser su mente la que es demasiado grande, suma sacerdotisa.

—Bueno —dijo ella—, hay tan poco en lo que pensar y tanto tiempo. —Hizo aletear una mano—. Si mis pensamientos se han hecho descomunales, ha sido solo por indolencia. —Su mirada se aguzó—. Y nos hemos vuelto muy indolentes, ¿no es cierto?

—Ella ha sido rechazada ya por mucho tiempo —dijo Anomander Rake—. Que yo les haya permitido a todos que, en su lugar, se volvieran hacia mí fue siempre una empresa dudosa.

—Nunca hizo ningún esfuerzo por congregiar devotos, Hijo de la Oscuridad, y eso es lo que la hizo dudosa.

Alzó una ceja.

—¿Acaso no fueron mis más que evidentes defectos?

—¿Y Madre Oscuridad carece de defectos? No, los tiste andii nunca fuimos tan necios como para imponer a nuestros iconos la imposibilidad de la perfección.

—«Iconos» —dijo Anomander Rake, que frunció el ceño mientras seguía estudiando el escritorio.

—¿Es la palabra equivocada? Yo creo que no.

—Y por eso yo rechacé la idea de veneración.

—¿Por qué?

—Porque, antes o después, los creyentes despedazan a sus iconos.

La sacerdotisa lanzó un gruñido y pensó en aquello un rato antes de suspirar y asentir.

—Un centenar de civilizaciones caídas, olvidadas, sí. Y en las ruinas todas esas estatuas... con las caras arrancadas. La pérdida de la fe siempre es violenta, al parecer.

—La nuestra lo fue.

La afirmación la ofendió.

—Ah, así que no somos tan diferentes, después de todo. Qué deprimente darse cuenta de ello.

—Endest Silann —dijo él.

—Su mirada está haciendo temblar las pastas de mi escritorio, lord Rake; ¿tan desagradable soy que no osa posar los ojos sobre mí?

Anomander volvió poco a poco la cabeza y dejó descansar la mirada sobre ella.

Y ver todo lo que había en sus ojos casi la hizo estremecerse, y comprendió, de repente, el inmenso favor que le había estado haciendo, con la cara vuelta, con los ojos velados por la distracción. Claro que ella había pedido que la mirara, tanto por vanidad como por el placer secreto de la atracción que sentía por él, así que ya no podía ponerse a romper esa conexión. Hizo acopio de toda su resolución y respondió.

—Endest Silann, sí. La razón de esta visita. Entiendo.

—Está convencido de que se rompió hace mucho tiempo, suma sacerdotisa. Los dos sabemos que eso no es cierto.

Ella asintió.

—Lo demostró cuando sostuvo Engendro de Luna bajo el mar, se lo demostró a todo el mundo salvo a sí mismo.

—Le revelo mi confianza —dijo Rake—, y cada vez... se contrae. No puedo atravesar la barrera, al parecer, para reforzar lo que sé que está en su interior.

—Entonces es su fe lo que se ha roto.

Anomander hizo una mueca y no respondió.

—Cuando llegue el momento —dijo ella—, estaré allí. Para hacer lo que pueda. Aunque —añadió—, quizá no sea mucho.

—No es necesario que se extienda sobre la eficacia de su presencia, suma sacerdotisa. Estamos hablando, como bien dijo, de fe.

—Y no tiene por qué haber más solidez en ella. Gracias.

Él volvió a desviar los ojos y esa vez la sonrisa irónica que ella había visto antes revoloteó de nuevo en sus facciones.

—Siempre fue mi favorita —dijo.

—¿Yo o la mesa que tanto parece gustarle?

Anomander se levantó y la sacerdotisa lo imitó.

—Suma sacerdotisa —dijo.

—Hijo de la Oscuridad —replicó ella con otra inclinación.

Y él salió, dejando a su paso una ausencia repentina, una palmada casi audible de desplazamiento; pero no, eso solo estaba en su mente, una insinuación de algo que flotaba allí, tras el recuerdo que ella tenía de su cara, sus ojos y todo lo que había visto en ellos.

Madre Oscuridad, óyeme. Escúchame. No comprendiste a tu hijo entonces. No lo comprendes ahora.

¿No lo ves? Esto fue todo obra de Draconus.

—Esto no puede ser —jadeó Reccanto Índole, con cada palabra soltaba un espumarajo de sangre—. Cuando se trata de mujeres chillando, ¡deberían estar largándose del bar, no intentando entrar!

Esa suerte de agujero que habían escarbado con las uñas en la puerta de la taberna aquellas vociferantes, estruendosas y agresivas mujeres estaba lleno de brazos que se alargaban y dedos que asían el aire, todos entrando en un intento desesperado de arrancar la barrera. Las garras se clavaban en los hombros tatuados del trell, que agachó todavía más la cabeza y gruñó cuando las diablasas aporrearon la puerta y se astilló algún tablón; pero ese trell era muy fuerte y las estaba conteniendo, como había estado haciendo desde esa primera oleada en la que casi habían arrancado la valiosísima cabeza de Reccanto.

Benditos los dioses, cualesquiera que fuesen, que se agazapaban en el barro de esa maldita aldea por la estupidez de aquellas diablasas. Ni una sola lo había intentado por alguna de las ventanas cerradas que flanqueaban la entrada, aunque con ese gigante recubierto de púas, Rezongo, esperando junto a una con los alfanjes listos, y Vahído y los hermanos Tronco junto a la otra, si ellas lo intentaban por cualquiera terminarían hechas pedazos en cuestión de segundos. O eso esperaba Reccanto, puesto que estaba escondido bajo una mesa y una mesa como refugio no valía mucho, o no lo valdría si las diablasas esas eran lo bastante peligrosas como para hacer trizas a Rezongo, Vahído, los Tronco y el trell, y luego a Dulcísima Angustia, ya puestos.

Maese Quell y esa bruja de los pantanos, Preciosa Dedal, se habían agazapado allí atrás, junto a la puerta atrancada del sótano, haciendo el Embozado sabría qué. Faltaba Glanno Lona, que había desaparecido con los caballos cuando estos habían seguido recto y el carruaje había ido a la izquierda, y Reccanto estaba bastante seguro de que el muy idiota se había matado pero bien. O algo peor.

En cuanto a ese cadáver, Cartógrafo, bueno, la última vez que Índole lo había visto, todavía estaba atado a la rueda, un contorno borroso que había salido girando sin parar cuando el maldito trasto se había desprendido del eje y se había alejado rebotando por la noche lluviosa. ¿Por qué no podían las diablasas salir tras él? Una lucha mucho más fácil...

Los golpes repetidos estaban deshaciendo la mesa, y uno de los brazos bajó y abrió unas brechas profundas en la espalda de Mappo, haciendo gemir al trell, y eso de los gemidos no era buena señal, porque significaba que quizá Mappo terminaría por renunciar a intentar contenerlas y allá que entrarían, directas a por el tipo escondido bajo la mesa. No era justo. No había nada justo, ¿y eso qué tenía eso de justo, maldita sea?

Sacó su estoque y asió la empuñadura con una mano temblorosa. Una arremetida desde las rodillas, ¿era posible siquiera? Estaba a punto de averiguarlo. Oh, sí, iba a atravesar a una por tomarse tantas molestias, mira y verás. Y si las otros dos (estaba bastante seguro que había tres) lo abrían entonces en canal, bueno, vale. Un hombre tenía sus límites.

Rezongo le estaba gritando algo a Mappo, y el trell le bramó una respuesta y encogió las piernas como si estuviera a punto de abalanzarse hacia un lado (¡muchas gracias, ogro!); y de golpe eso fue lo que hizo Mappo, se lanzó a la derecha, se tiró contra las piernas de los Tronco y de Vahído y los derribó a los tres.

Una explosión de astillas de madera y un remolino de brazos, castañetear de colmillos, pelo sucio y expresiones terribles, irracionales, y las tres mujeres se abalanzaron al interior chillando como posesas.

A dos las pararon en seco bastante rápido, cuando las cabezas saltaron entre coágulos de baba verdosa y los cuerpos se derrumbaron sacudiendo los miembros.

Y, entretanto, la tercera mujer se fue directamente a por Reccanto. Este chilló y embistió desde las rodillas, lo que lógicamente tuvo poco de embestida. Más bien un lanzamiento; arrojó hacia delante el torso, brazo y punta extendidos, y cuando perdió el equilibrio y aterrizó con un golpe seco en los tablones del suelo, un golpe que casi le rompe un hueso, la punta del estoque se enganizó en algo y la hoja se dobló de forma alarmante, así que la soltó, de modo que el arma saltó como un muelle y luego cayó, el pomo hizo crujir la coronilla de Reccanto no una, sino dos veces, clavándole la cara en el suelo, la nariz crujiendo entre un torbellino de lágrimas que le escocieron en los ojos, y en su cerebro estalló el espantoso hedor a cagadas de ratón y suelo grasiento, sustituido de inmediato por un gran chorro de sangre.

Reinó un silencio extraño, y, con un gemido, Reccanto rodó de lado y se incorporó sobre un codo.

Y se encontró mirando los ojos vacíos, horribles, de la mujer que había cargado contra él. La punta del estoque se había clavado entre los ojos de aquella mujer, hasta el fondo, hasta el punto que debería ser capaz de ver salir la punta por detrás, por la nuca de la mujer, pero no estaba. Lo que significaba...

—¡Me lo rompió! —se encolerizó mientras se ponía en pie—. ¡Me rompió el maldito estoque!

La mujer demoníaca estaba de rodillas, la cabeza echada hacia delante, la boca todavía abierta, el peso del torso descansando en la silla volcada que le había servido a él de patético parapeto. Las otras dos, decapitadas, todavía se agitaban por el suelo y aquel mejunje verde seguía fluyendo. Rezongo estaba examinando ese icor que embadurnaba las anchas hojas de sus alfanjes.

Mappo, los Tronco y Vahído se iban poniendo en pie poco a poco.

Dulcísima Angustia, aferrada a una botella de arcilla, se acercó tambaleándose y se apoyó en

Reccanto.

—Una pena lo de tu estoque —dijo—, que me aspen, Índole, fue el mejor lanzamiento que he visto jamás.

Reccanto entornó los ojos, se limpió la sangre que le chorreaba de la nariz y de los labios lacerados y luego sonrió de oreja a oreja.

—Sí, ¿verdad? Calculé el momento como un auténtico maestro...

—Quiero decir, ¿cómo pudiste adivinar que tropezaría con una de esas cabezas que salieron rodando y que caería de rodillas y resbalaría así, yéndose de cara contra tu estocada?

¿Tropezar? ¿Resbalar?

—Sí, bueno, ya te lo dije, soy un maestro del duelo.

—Podría besarte —continuó ella, el aliento le apestaba a vino amargo—, pero te has meado y la decencia tiene sus límites, ya sabes.

—¡Eso no es pis, es que seguimos todos empapados!

—Pero nosotros no olemos igual que tú, Índole.

Reccanto se apartó de golpe con un gruñido. ¡Qué mujer tan cochinamente delicada!

—Mi estoque —gimió.

—Se hizo pedazos dentro de su cráneo, apostarí —dijo Rezongo—, cosa que no le pudo sentar muy bien al cerebro. No está nada mal, Reccanto.

Índole decidió que había llegado el momento de alardear un poco.

Mientras Reccanto Índole se paseaba cual gallo de corral, Preciosa Dedal les echó una mirada preocupada a los Tronco y le alivió ver a los dos ilesos, al menos en apariencia. En los últimos tiempos no le habían estado prestando suficiente atención, y tampoco se la estaban prestando en ese momento. Preciosa sintió un temblor de inquietud.

Maese Quell estaba aporreando la puerta del sótano.

—Sé que podéis oírme —exclamó—. Eh, vosotros, los que os escondéis ahí. Tenemos a tres... ¿Hay más? Tres muertas. ¿Hay más?

Vahído estaba comprobando sus armas.

—Hay que ir a buscar a Glanno —dijo—. ¿Algún voluntario?

Rezongo se acercó e hizo una pausa para asomarse a la puerta.

—Está dejando de llover, parece que ya ha pasado la tormenta. Yo voy contigo, Vahído.

—Estaba pidiendo voluntarios; pero no me estaba presentando yo, que conste.

—¡Yo voy! —dijo Amby.

—¡Yo voy! —dijo Jula.

Y después se miraron con furia el uno al otro, y al cabo esbozaron una gran sonrisa, como si compartieran un chiste privado, y un momento después los dos estallaron en carcajadas.

—¿Qué tiene tanta gracia? —quiso saber Preciosa Dedal, verdaderamente desconcertada esta vez. *¿Es que han perdido el juicio? Suponiendo que lo tengan, claro.*

La dureza de la pregunta les devolvió la seriedad a los dos hermanos, que agacharon la cabeza y evitaron la mirada de su compañera.

La puerta del sótano se abrió con un crujido y acaparó la atención de todos cuando se asomó una cara bigotuda con unos ojos muy abiertos que se movían de un lado a otro.

—¿Enantes ha dicho tres? ¿Atres?

El dialecto era genabackano y el acento del sur de la isla.

—¿Acaquí las tiene a todas? ¿Remuertas?

Quell asintió.

—¿Alguna más acechando por ahí, mesonero?

Una sacudida rápida de la cabeza, y el tabernero salió con mucho cuidado y se estremeció cuando vio los cuerpos masacrados.

—Oh, queridas —susurró—, pedoname. ¡Pedonameeee!

—¿Las conoce? —preguntó Quell—. ¿Sabe lo que eran?

Se apiñaron más figuras tras el tabernero, las caras pálidas, los ojos temerosos. Al oír las preguntas de Quell, el bigotudo se estremeció.

—Enmalditas —dijo con voz ronca—. Nuestras hijas... enmalditas.

—¿Malditas? Cuando llegan a la mayoría de edad, ¿no?

Un asentimiento brusco, y luego los ojos del hombre se abrieron más y miraron al mago.

—¿La sabe? ¿Sabe la enmaldición?

—¿Cuánto tiempo hace que la tienen, mesonero? Aquí, en esta aldea, ¿cuánto tiempo hace que tienen la maldición?

—Pos va de cuatro años ya. Cuatro. —Y el hombre se apartó un poco—. ¡Ay! ¡Los cabezos! ¡Les habéis sajado los cabezos! —Tras él, los otros alzaron un gemido.

Preciosa Dedal y Quell se miraron e intercambiaron un asentimiento.

—Todavía andarán por ahí, diría yo —dijo Preciosa por lo bajo.

—Cierto. ¿Deberíamos irnos de caza?

Preciosa Dedal miró a su alrededor una vez más. Mappo estaba sacando a rastras por la puerta el primer cuerpo desnudo y decapitado. La sangre verde se había ennegrecido en el suelo y dejaba vetas embreadas tras el cuerpo.

—Llevémonos a ese trell con nosotros, creo.

—Buena idea. —Quell se acercó al tabernero—. ¿Hay algún agente de la ley en esta aldea? ¿Quién gobierna esta tierra... y dónde Embozado estamos, si se puede saber?

Los ojos parpadearon como los de un búho.

—Acaquí en Tramo de Congoja es ande están. ¿Vio la torre? Es ande vive el preboste. Quiever al preboste, supongo.

Quell le dio la espalda, se frotó los ojos y luego se acercó con cautela a Preciosa Dedal.

—Estamos de acuerdo, entonces, que es brujería, esta maldición.

—Brujería o hechicería —dijo ella con un asentimiento.

—Estamos en Tramo de Congoja, una costa de naufragios. Apostaría a que es la llegada de desconocidos lo que despierta a las hijas; no se comerán a sus parientes, ¿no?

—Cuando el frenesí se apodera de ellas —dijo Preciosa Dedal—, se comen todo lo que se mueva.

—Por eso salieron disparados los vecinos, claro. Bueno, bruja, vete a buscar a Mappo, y esta vez dile que venga armado. Esto podría complicarse.

Preciosa Dedal le echó un vistazo al último cuerpo que sacaba el trell a rastras.

—Ya —dijo.

Flanqueado por los Tronco, Jula a su derecha y Amby a su izquierda, Rezongo regresó por la calle principal, las botas chapoteándole en el barro. Las últimas gotas de lluvia le enfriaban la frente. Oh, él hubiera querido una lucha más complicada. El problema de los atacantes que no pensaban era que no pensaban, y los volvía tan predecibles que resultaban patéticos. Y solo tres de esas malditas criaturas...

—Yo iba primero —dijo Amby.

—No, iba yo —dijo Jula.

Rezongo frunció el ceño.

—¿Ir adónde? ¿De qué estáis hablando vosotros dos?

—Esa ventana de ahí atrás —dijo Jula—, en la taberna. Si las niñas esas se metían por la puerta, yo iba a salir por la ventana, solo que no pudimos abrir las contraventanas...

—Eso fue culpa tuya —dijo Amby—. Yo venga a levantar el cerrojo y tú venga a bajarlo otra vez.

—El cerrojo se baja para soltarlo, Amby, idiota.

—No, se sube, se subía, lo vi yo...

—Y luego se vuelve a bajar...

—Arriba.

—Y luego baja.

El gruñido repentino de Rezongo los hizo callar a los dos. Estaban siguiendo huellas de cascos y varios surcos de cosas arrastradas tras los animales. En las casas achaparradas de ambos lados, unas luces bajas parpadeaban a través de los gruesos cristales de las ventanas. Los rodeaba el sonido del agua al escurrirse, junto con algún que otro trueno lejano. El viento soplaba burlón con la frescura que llegaba tras una tormenta.

—Ahí están —dijo Amby, señalando—. Justo detrás de ese muro bajo. ¿Los ves, Rezongo? ¿Los ves?

Un corral. Los restos del alto pescante del carruaje estaban esparcidos por la base del muro de piedra.

Se detuvieron al llegar y miraron con los ojos entrecerrados el campo de barro revuelto, los caballos arrimados unos a otros al otro extremo (los animales los miraban con suspicacia); y ahí, algo tirado cerca del centro. Un cuerpo. Más lejos, a la izquierda, había una de las ruedas del carruaje.

Con Rezongo el primero, treparon el muro y echaron a andar hacia Glanno Lona.

Cuando se acercaron, lo oyeron hablar.

—... así que tampoco estaba tan mal, comparada con Nivvy, pero pasaron años hasta que me di cuenta de que no todas las mujeres hablaban así, y si lo hubiera sabido, bueno, seguramente no habría accedido. A ver, que tengo algo de decencia, seguro. Es que siguió fingiendo que tenía nueve años, los ojos tan abiertos, y todas esas cosas tan monas que hacía, claro que, cuando lo piensas, quizás era muy mona antes, hace mucho tiempo, pero ahora... vamos a ver, que ya tenía canas, por el amor del Embozado... ah, me habéis encontrado. Bien. No, no me mováis ahora mismo, tengo las piernas rotas y puede que también un hombro, y un brazo, la muñeca, ah, y este dedo de aquí lo tengo torcido. Id a buscar a Quell, ni se os ocurra moverme sin Quell, ¿estamos? Gracias. Bueno, ¿por dónde iba? ¿Nivvy? No, esa moza de cuabras, Luft, claro que no duró, por lo que ya expliqué antes. Tardé meses en buscarme una mujer nueva, en encontrarla, claro, bueno, en que Coutre me encontrara a mí, sería más repreciso. Se le acababa de caer todo el pelo...

La rueda del carruaje se había movido un poco. Rezongo había visto el movimiento con el rabillo del ojo y, después de dejar a Glanno farfullando para asombro de los Tronco, que se habían quedado pasmados mirándolo, echó a andar hacia allí.

Envainó sus alfanjes y tiró de la rueda. Esta se resistió hasta que con un sonido líquido, como un sorbido, se arrancó del barro y Rezongo la enderezó por completo.

Cartógrafo era una figura que parecía hecha solo de arcilla, todavía atado por las muñecas y el tobillo a los radios. La cara se movió durante un rato, escupió trozos de barro por la boca y luego el cadáver habló.

—Es lo del pan untado de mermelada, ¿verdad?

—Mira eso —dijo Quell.

Preciosa Dedal hizo un gesto de protección y luego escupió tres veces, arriba, abajo y al frente.

—Pantano de Perronegro —dijo—. Bosque de Mott. ¡Por eso me fui, maldita sea! Ese es el problema con los jaghut, que aparecen por todas partes.

Detrás de ellos, Mappo lanzó un gruñido, pero, aparte de eso, no ofreció ningún otro comentario.

La torre era entre cuadrada y redonda, las esquinas estaban bien desgastadas por siglos y siglos de viento, o bien suavizadas a propósito para amortiguar ese mismo viento que azotaba y ululaba. La entrada era un hueco estrecho y tenebroso bajo un dintel cubierto de musgo, musgo que colgaba en barbas de las que chorreaba una cortina de lluvia, cada gota cayendo en huecos erosionados en la losa del rellano.

—Así que —dijo Quell con una confianza más bien quebradiza— el preboste del pueblo fue y se mudó a una torre jaghut. Muy valiente por su parte...

—Estúpido.

—Estúpidamente valiente, sí.

—A no ser que... —dijo la bruja olisqueando el aire—. Ese es el otro problema que tienen los jaghut. Cuando construyen torres, viven en ellas. Para siempre.

Quell gimió.

—Estaba intentando no pensar en eso, bruja.

—Como si eso fuese a ayudar.

—¡A mí sí!

—Hay dos cosas que podemos hacer —anunció Preciosa Dedal—. Podemos darnos media vuelta, no hacer caso de la maldición y demás y salir de este pueblo lo más rápido posible.

—¿O?

—O podemos ir hasta esa puerta y llamar.

Quell se frotó la barbilla, volvió los ojos y miró a un silencioso Mappo, y luego una vez más ojeó la torre.

—Esta brujería, esta maldición, Preciosa, que golpea cuando una mujer alcanza la mayoría de edad.

—¿Qué pasa con ella? Es muy antigua, y complicada.

—¿Puedes romperla?

—No lo creo. A lo único que podemos aspirar es a conseguir que la bruja o el hechicero cambien de opinión. El invocador puede deshacerla con muchísima más facilidad de lo que otra persona puede romperla.

—¿Y si matamos al invocador?

Preciosa se encogió de hombros.

—Puede pasar cualquier cosa, mago. ¡Puf! La maldición desaparece. O... no. En cualquier caso, te estás desviando, Quell. Estábamos hablando de ese... ese preboste.

—No me desvío, bruja. Estaba pensando, bueno, en ti, en Dulcísima Angustia y en Vahído, nada más.

De repente la bruja se sintió como si acabara de tragar un puñado de tabas heladas. Le dolía la garganta y tenía el estómago revuelto.

—Oh, mierda.

—Y puesto que —continuó Quell, implacable— vamos a tardar un día o dos en hacer las reparaciones... en el mejor de los casos... bueno...

—Creo que será mejor que llamemos —dijo la bruja.

—De acuerdo. Solo déjame, eh, vaciar primero la vejiga.

Se acercó a la cloaca revestida de piedra que tenía a la izquierda. Mappo se alejó unos cuantos pasos

en dirección contraria para revolver en su saco.

Preciosa Dedal levantó la cabeza y miró la torre con los ojos entornados.

—Bueno —susurró—, si eres jaghut, y creo que lo eres, sabes que estamos aquí. Y puedes olerlos la magia en el aliento. Oye, no buscamos líos, pero es imposible que no sepas nada de esa maldición; tenemos que encontrar a esa bruja o hechicero, ya me entiendes, el desagradable aldeano o aldeana que elaboró esa desagradable maldición, porque vamos a estar atrapados aquí unos cuantos días. ¿Entiendes? Hay tres mujeres atrapadas aquí. Y yo soy una de ellas.

—¿Has dicho algo? —preguntó Quell al volver.

—Vamos —dijo ella cuando llegó Mappo sujetando un mazo enorme.

Se acercaron a la puerta.

Cuando estaban a medio camino, la puerta se abrió de golpe.

—Mi pareja —dijo el preboste— está enterrada en el patio ahí abajo. —Estaba de pie junto a la ventana, contemplando los mares tumultuosos que se debatían con los bajíos.

Quell lanzó un gruñido.

—¿Qué patio? —Se inclinó hacia delante y miró abajo—. ¿Qué patio?

El preboste suspiró.

—Estaba ahí hace dos días. —Le dio la espalda a la ventana y miró al mago.

Que hizo todo lo posible por no temblar.

Bedusk Pall Kovuss Agape, que se hacía llamar jaghut Anap, era sencillamente gigantesco, debía de pesar más que Mappo y era al menos una cabeza y media más alto que el trell. Tenía la piel azul, de un tono más profundo que cualquier napaniano malazano que Quell recordara. Un azul que incluso parecía manchar los colmillos coronados de plata que le sobresalían de la mandíbula inferior.

Quell se aclaró la garganta. Necesita mear otra vez, pero eso tendría que esperar.

—¿La perdió hace mucho tiempo?

—¿A quién?

—Eh... ¿a su pareja?

Bedusk Agape seleccionó uno de los tres decantadores de cristal que había sobre la mesa de mármol, olisqueó el contenido y les volvió a llenar las copas.

—¿Has tenido esposa alguna vez, mago?

—No, no que yo sepa.

—Sí, a veces puede ser así.

—¿Puede?

El jaghut señaló la ventana.

—Un momento ahí, al siguiente... no está.

—Ah, el acantilado.

—No, no. Estaba hablando de mi esposa.

Quell le lanzó a Preciosa Dedal una mirada de desesperación. A un lado, junto a la escalera de caracol, Mappo estaba examinando alguna clase de elaborado ocular montado sobre una pica con un peculiar gozne redondo que permitía que el largo instrumento negro de metal pudiera girar de un lado a otro y de arriba abajo. El maldito trell estaba prestando atención a todo lo que no debía.

Preciosa Dedal le devolvió la mirada a Quell con los ojos muy abiertos.

—Una pérdida —tartamudeó el mago— es algo muy doloroso.

—Bueno, claro —dijo Bedusk Agape con el ceño fruncido.

—Eh, no siempre. Si, por ejemplo, uno pierde, eh, la virginidad, o una piedra brillante favorita, digamos...

Los ojos enrojecidos permanecieron firmes, sin parpadear.

A Quell le apetecía apretar las piernas, no, mejor doblar una sobre la otra, no fuera a ser que su serpiente empezara a babear, o, algo peor, a escupir.

Preciosa Dedal habló con una extraña voz chillona.

—Jaghut Anap, la maldición que aflige a las hijas de este pueblo...

—Ha habido doce en total —dijo Bedusk Agape—. Hasta el momento.

—Ah. ¿Y qué les pasó a las otras nueve?

El jaghut parpadeó y posó la mirada en ella.

—Vosotros no sois los primeros problemas que llegan en los últimos años. Por supuesto —añadió después de tomar un sorbo de vino—, a todas las chicas jóvenes ahora se las envía a la siguiente aldea que hay en la costa; para siempre, por desgracia, lo que no augura nada bueno para el futuro de este pueblo.

—Creí ver mujeres allí abajo, en el sótano de la taberna —dijo Preciosa Dedal.

—Engendrar un hijo evita que se asiente la maldición. Las madres son inmunes. Así pues, si tú o tus compañeras en algún momento habéis parido un hijo, no tenéis de qué preocuparos.

—Um —dijo Preciosa Dedal—, no creo que ninguna cumplamos el requisito.

—Qué lástima —dijo Bedusk.

—¿Y cómo es que le eligieron preboste? —preguntó Quell—. Simple curiosidad, ya sabe, soy un fisgón, nada más. No pretendía nada...

—Creo que fue un intento colectivo de aliviar mi dolor, mi soledad. Nadie negaría, me imagino, que fue una invitación irreflexiva.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno, si hubiera permanecido en mi aislamiento, esta terrible maldición no existiría, me temo.

—¿Es su maldición, entonces?

—Sí.

Un largo momento de silencio. Cerca de las escaleras, Mappo se volvió poco a poco para mirarlos.

—Entonces, puede ponerle fin —dijo Quell.

—Podría, sí, pero no lo haré.

—¿Por qué?

—Porque no sois tan importantes.

Quell cruzó las piernas.

—¿Me permite preguntar lo que le pasó a su pareja?

—Discutimos. Perdí. La enterré.

En esa respuesta, al menos en opinión del mago, parecía faltar algo. Pero su vejiga lo estaba distrayendo. Era incapaz de pensar con claridad.

—Así que —dijo Preciosa Dedal con una voccecita muy fina—, si pierde una discusión con alguien, ¿lo mata?

—Oh, yo no he dicho que estuviera muerta.

Mappo habló desde el mismo lugar de antes.

—Ahora lo está, jaghut.

Bedusk Agape suspiró.

—Parece lo más probable, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo pasó atrapada? —preguntó el trell—. ¿Su pareja?

—Nueve años o así.

—¿Y la discusión?

—Percibo cierta beligerancia en ti, trell.

—¿Beligerancia, jaghut? —Mappo enseñó los colmillos con una sonrisa gélida—. Creo que se le han embotado los sentidos por la falta de uso.

—Entiendo. ¿E imaginas que puedes vencerme?

—Le estaba preguntando por la discusión.

—Algo trivial. He olvidado los detalles.

—Pero se encontró solo, al menos hasta que los aldeanos se compadecieron de usted y lo eligieron preboste. Y luego... ¿se enamoró?

Bedusk Agape hizo una mueca de dolor.

Preciosa Dedal ahogó un grito.

—¡Ah! Ya veo. Ah, así que es eso. Ella le rechazó. Se enfadó, otra vez, solo que esta vez no se iba a poner a enterrar al pueblo entero...

—De hecho, me lo planteé.

—Vaya, bueno, entonces decidió no hacerlo. Así que, en su lugar, ideó una maldición contra ella y todas sus jóvenes y preciosas amigas, puesto que se rieron de usted o lo que fuera. Las convirtió a todas en tralka vonan. Comedoras de sangre.

—No esperes poder romper mi maldición, bruja —dijo Bedusk—. Incluso con la ayuda del mago, fracasarás. —El jaghut se enfrentó entonces a Mappo—. Y tú, trell, incluso si te las arreglas para matarme, la maldición no morirá. —Se volvió a llenar la copa por tercera vez—. Vuestras mujeres tendrán un día o dos antes de que la maldición haga efecto. En ese tiempo, supongo, podrían procurar todas quedarse embarazadas.

De golpe Quell se sentó más recto.

Pero cuando vio la expresión de Preciosa Dedal, su sonrisa de alegría se volvió un tanto avergonzada.

Allí abajo, en la estrecha extensión de lo que en otro tiempo había sido una playa, a los pies de aquel acantilado cortado a pico, las olas formaban zarcillos impregnados de espuma entre los trozos de arcilla, roca y raíces negras y peludas, reconcomían canales profundos y devolvían al mar un agua lechosa cargada de sedimentos. El montón entero estaba en movimiento, se calmaba, se disolvía, se derrumbaban segmentos bajo el asalto de las olas.

Playa abajo la tierra volvía a aparecer, la arena blanca parecía salpicada de pequeños bultos oxidados que marcaban los miles de clavos y remaches náuticos que se habían esparcido profusamente por toda la orilla. Más arriba, unos fragmentos de madera formaban una barrera enmarañada y tras ella, tallado en el acantilado, unos escalones gastados subían a la abertura de una cueva abierta diríase que a hachazos.

Esa cueva era, de hecho, un túnel que subía con un ángulo pronunciado por las entrañas del promontorio y se abría en el suelo de la estructura más grande de la aldea, un almacén de piedra y maderas donde los que provocaban los naufragios descargaban su botín tras el largo ascenso de las carretas desde la base del acantilado. Una empresa muy bien montada, dadas las circunstancias, que daba empleo a todos los habitantes del pueblo; desde atender las falsas hogueras hasta llevar los botes de remos de cascos profundos hasta el arrecife, donde despojaban de todo a los barcos, golpeaban a los supervivientes y se aseguraban de que se ahogaban. La leyenda local, fraguada para proporcionar una exigua justificación de semejantes crueles empeños, giraba en torno a unas incursiones piratas contra la aldea mucho tiempo atrás, y cómo alguien (quizás el preboste, que siempre había vivido allí, o el famoso

Gacharge Hadlorn el Aguardante, pero ese se había ido, así que no había forma de preguntarle) había sugerido que, puesto que el mar tenía tantas ganas de llevar asesinos a esa orilla, ¿por qué no podía provocar la muerte a los aspirantes a asesinos? Y así, una vez plantada la semilla de la idea, la tierra se cultivó con mazo, pica, pedernal y fuego, y los días de ganarse la vida pescando en los traicioneros bajíos no tardaron en dar paso a una empresa muchísimo más lucrativa.

Bueno, seguían echándose las redes de tanto en tanto, sobre todo en la estación tranquila, cuando escaseaban los beneficios, ¿y quién podía negar la dicha de tantos peces como había, y encima grandes y gordos? Pero si no hacía tanto tiempo que habían estado a punto de agotar los caladeros de la zona.

A la playa no le preocupaban los cadáveres medio comidos que se vertían en las arenas, donde se arremolinaban cangrejos y gaviotas. La playa ayudaba a que de ellos no quedaran más que huesos y luego dejaba que las olas los enterraran o se los llevaran. Esa noche que caía a toda prisa, sin embargo, algo inusual se fue abriendo paso con las garras hasta la orilla. Inusual en el sentido de que todavía vivía. Los cangrejos se apartaron de su camino tan rápido como sus patitas se lo permitieron.

El agua se escurrió chorreando de la figura cuando se irguió de pronto. Unos ojos enrojecidos examinaron la escena y se clavaron al fin en los escalones y la boca abierta de la cueva. Tras un momento, echó a andar en esa dirección, dejando unas huellas profundas que la playa se apresuró a hacer desaparecer.

—¿De verdad crees que no puedo ver lo que estás pensando, Quell? Ahí estás, el primero en la cola, con nosotras tres echadas en fila, abiertas de piernas. Y allá que te lanzas, peor que un cochino perro con una valla torcida. Reccanto esperando su turno, y Glanno, luego Jula y Amby, y aquí Mappo y Rezongo y supongo que ese maldito no muerto...

—Espera un momento —rezongó el trell.

—Ni lo intentes siquiera —le soltó con sequedad Preciosa Dedal.

Volvían a paso de marcha a la taberna, Preciosa Dedal por delante y los otros dos apresurándose para no quedarse atrás. Que fuera una mujer diminuta y necesitara dar dos pasos por cada uno de los de ellos parecía irrelevante.

—Claro que —continuó la bruja—, puede que el jaghut vaya y se salte la cola y al amanecer a todas nos habrán plantado un monstruo espeluznante, mitad trell, mitad jaghut, mitad mago meón, mitad...

—¿Gemelos? —preguntó Quell.

Preciosa le lanzó una mirada enfurecida.

—Muy gracioso.

—De todos modos —añadió Quell—, estoy bastante seguro de que no es así cómo funciona...

—¿Y qué vas a saber tú? No, de eso nada, yo, Dulcísima y Vahído, nos largamos de aquí en cuanto hayamos reunido nuestras cosas; nos podéis recoger camino abajo. Esta cochina aldea se puede ir al Embozado, con Bedusk Pall Kovuss Agape a la cabeza. Total, esta maldita gente se dedica a provocar naufragios, así que si alguien se merece que los maldigan son ellos.

—No seré yo quien discuta eso —comentó Mappo.

—Deja de intentar meterte bajo mi falda, trell.

—¿Qué? Pero si yo no...

Quell lo interrumpió con un bufido.

—Tú no llevas faldas, bruja. Aunque si las llevaras, sería mucho más fácil...

La bruja se giró sobre sus talones.

—¿El qué, Quell?

El hombre se había detenido y había empezado a retroceder.

—Perdón, ¿lo pensé en voz alta?

—Si crees que lo de la maldición que hay sobre este pueblo es malo, ¡espera y verás lo que se me puede ocurrir a mí!

—De acuerdo, ya vemos por dónde vas, Preciosa. Relájate. Vosotras tres os vais, ¿de acuerdo? Nosotros arreglaremos el carruaje e iremos a buscaros, como has dicho.

La bruja se dio la vuelta de nuevo y reanudó la marcha.

Rezongo los vio a los tres en la calle, acercándose a toda prisa a la entrada de la taberna. Gritó para llamar su atención y se apresuró a reunirse con ellos.

—Maese Quell, tu cochero no es más que un montón de huesos rotos, pero sigue respirando.

—Bueno, debería haber soltado las malditas riendas —rezongó Quell—. Y ahora tengo que hacer una sanación y eso lleva tiempo. Estupendo, ¿cómo se supone que voy a arreglar el carruaje? ¿Por qué nadie más puede hacer nada útil por aquí? Tú, bruja, vete y sana a Glanno...

—¡Yo no sé hacer eso! Bueno, sé entablillar y puedo escupir en heridas para expulsar la infección, pero da la impresión que el tipo necesita mucho más que eso. ¿No, Rezongo?

El guerrero tatuado se encogió de hombros.

—Seguramente.

—Ni lo intentes siquiera —le gruñó la bruja, y luego entró con paso furioso en la taberna.

Rezongo se la quedó mirando.

—¿Qué quería decir? ¿Intentar, qué?

—Meterte bajo su falda —dijo Quell.

—Pero si no usa...

—No se trata de eso —lo interrumpió el mago—. Estás pensando como un hombre. Ese es tu error. Es el error de todos, de hecho. Por eso estamos aquí fuera, plantados, tres hombres, ninguna mujer. Si hubiéramos ido y dicho, pero bueno, Preciosa, ni se nos ocurriría, ¿sabes lo que diría ella entonces? «Bueno, a ver, ¿qué problema hay conmigo? ¿Es que soy fea o algo?», ¡y volveríamos a estar metidos en un lío!

Rezongo miró con expresión desconcertada a Mappo, que, de forma un tanto críptica, se limitó a asentir.

Quell se estiró las ropas todavía mojadas.

—Bueno, llévame con él, Rezongo.

En un extremo del corral había un establo y, junto a él, una plataforma de carga construida con tablones gastados que marcaban un extremo de un enorme almacén sólidamente construido. Jula y Amby habían ayudado a sentarse a Glanno y, Cartógrafo, al que habían soltado de la rueda, se tambaleaba en círculos mientras se arrancaba y limpiaba estiércol de la cara, el cuello y la ropa podrida.

Glanno había llegado ya al undécimo amor de su vida, una mujer llamada Herboo Nast.

—... que se ponía un zorro alrededor del cuello, no solo la piel, entiendes, sino el animal tal cual, las patas atadas con seda retrenzada, un boluzal de cuero, pero son los ojos de la bestia lo que recuerdo más... esa expresión. Pánico, como si se acabara de dar cuenta que estaba atrapado en su peor noctupesadilla. Y no es que no fuera guapa, a su modo como de cabra, ya sabes, esos pelos largos y rizados que les salen bajo la barbilla a cierta edad, ¿mencioné cómo me gustaban las mujeres con

experiencia? Pues sí. Me gustan mucho. Quiero ver décadas y décadas de vida desgraciada en sus ojos, así que cuando yo llego, bueno, es como una lluvia fresca de primavera en una margarita marchita. ¿De cuál estaba hablando? Zorro, cabra, pánico, atado, ya, Herboo Nat...

Se paró entonces, tan de golpe que ni Jula ni Amby notaron el silencio repentino, ominoso, y se limitaron a seguir con las sonrisas y los asentimientos con los que habían acompañado el monólogo de Glanno, y seguían sonriendo y asintiendo cuando la figura que había aparecido en la plataforma de carga del almacén (la figura cuya llegada había aturdido de tal modo la lengua suelta de Glanno Lona) se acercó y se detuvo justo delante de los tres, y los caballos salieron disparados hacia la esquina más lejana del corral con un redoble de cascos.

—Sin bajas hasta el momento, no está mal —dijo Quell mientras Rezongo y él se dirigían al corral.

—No sabía que practicaras Denul —comentó Rezongo.

—La verdad es que no, en realidad no, quiero decir. Tengo elixires, ungüentos, pomadas, y algo de todo eso es gran Denul, para emergencias.

—Como ahora.

—Quizá. Veremos.

—Piernas rotas...

—No le hacen falta las piernas para conducir el carruaje, ¿no? Además, puede que rechace mis servicios.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Los gastos de sanación se descuentan de su parte. Podría salir de esto debiéndole al Gremio, en lugar de al revés. —Se encogió de hombros—. Alguna gente se niega.

—Bueno —dijo Rezongo—, dijo que fuéramos a buscarte, así que no creo que vaya a negarse, maese Quell.

Llegaron al muro bajo de piedra y se detuvieron.

—¿Se puede saber quién Embozado es esa? —preguntó Rezongo, que miraba con los ojos entrecerrados la figura alta y desharrapada que estaba con los hermanos Tronco.

Quell lanzó un gruñido antes de contestar.

—Bueno, lo digo a ojo, que conste, pero yo diría que es la mujer del preboste.

—¿Está casada con un jaghut?

—Lo estaba, hasta que él la enterró, pero entonces el patio se derrumbó en el mar y se la llevó con él. Y ahora ha vuelto, y yo apostaría los beneficios de un viaje a que no está de muy buen humor. —Y luego miró a Rezongo y le sonrió—. Podemos solucionar este embrollo. Vaya que sí, ahora podemos solucionar este embrollo.

Confianza que quedó destrozada cuando a Jula y Amby Tronco de repente se les ocurrió que tenían que atacar a la jaghut. Lanzaron un bramido y se abalanzaron sobre ella, las tres figuras fueron dando tumbos mientras se peleaban, arañaban, rasguñaban y mordían, hasta que al final perdieron el equilibrio y cayeron en una maraña de miembros que se derramó pesadamente por el cieno.

Quell y Rezongo treparon por el muro y corrieron hacia ellos.

Glanno Lona estaba chillando algo con palabras ininteligibles mientras intentaba alejarse a rastras de la pelea.

De la mujer jaghut surgió una oleada de hechicería, un trueno, un estallido ensordecedor que iluminó el corral entero y todos los edificios cercanos. Rezongo parpadeó para deshacerse de la ceguera repentina y trastabilló por el barro. Oyó a Quell caer a su lado. La luz acínica y centelleante continuaba erizándose,

arrojando todo en unas sombras duras.

Glanno Lona reanudó sus chillidos.

Cuando recuperó la visión, Rezongo vio, para su gran asombro, que los dos Tronco seguían vivos. De hecho, cada uno se había apoderado de un brazo y lo sujetaban con fuerza mientras la mujer jaghut gruñía y se agitaba.

Rezongo sacó sus alfanjes y se acercó.

—¡Jula! ¡Amby! ¿Qué estáis haciendo?

Las dos caras manchadas de barro se alzaron, con expresiones sombrías y crispadas de rabia.

—¡Una bruja de pantano! —dijo Jula—. ¡Es una de esas brujas de pantano!

—¡No nos gustan las brujas de pantano! —añadió Amby—. ¡Nosotros matamos a las brujas de pantano!

—Maese Quell dijo que esta puede ayudarnos —dijo Rezongo—. ¡O lo habría hecho, si vosotros dos no os hubierais lanzado así a por ella!

—¡Arráncale la cabeza! —dijo Jula—. ¡Eso suele funcionar!

—No pienso arrancarle la cabeza. Soltadla, los dos...

—¡Nos atacará!

Rezongo se agachó.

—Jaghut... deja de gruñir, ¡escúchame! Si te sueltan, ¿dejarás de luchar?

Los ojos ardían como si estuvieran en llamas. La jaghut se debatió un poco más y luego cesó todo movimiento. La llamarada se fue abatiendo y tras unas cuantas aspiraciones profundas y ásperas, por fin asintió.

—Muy bien. ¡Y ahora quítame a estos dos idiotas de encima!

—Jula, Amby, soltadla...

—¡Lo haremos en cuanto le cortes la cabeza!

—Hacedlo ya, Troncos, o las cabezas que voy a cortar serán las vuestras.

—¡A Amby primero!

—¡No, a Jula primero!

—Aquí tengo dos alfanjes, muchachos, así que lo haré a la vez. ¿Qué os parece eso?

Los dos Tronco por fin se habían erguido y se miraban con furia entre sí.

—No nos hace gracia —dijo Amby.

—Entonces, soltadla ya.

Los dos rodaron a los lados para alejarse de la mujer jaghut; esta se soltó los brazos de un tirón y se puso en pie. La penumbra de la hechicería se atenuó y luego se apagó. La mujer respiraba con dificultad; se giró en redondo para mirar a los hermanos Tronco, que habían ido rodando dibujando arcos convergentes hasta que habían chocado y en ese momento estaban agazapados en el barro uno junto al otro, mirándola como un par de lobos.

Agarrándose la cabeza, maese Quell se acercó dando tumbos.

—Seréis idiotas —jadeó—. Jaghut, tu marido maldijo esta aldea. Tralka Vonan. ¿Puedes hacer algo?

La mujer estaba intentando limpiarse el barro de las ropas podridas.

—Vosotros no sois de por aquí —dijo—. ¿Quiénes sois?

—Solo estamos de paso —contestó Quell—. Pero nuestro carruaje necesita unas reparaciones, y tenemos heridos...

—Estoy a punto de destruir esta aldea y a todo el mundo con ella, ¿te molesta?

Quell se pasó la lengua por los labios embarrados, hizo una mueca, y luego contestó.

—Eso depende de si nos vas a incluir en tus planes de matanza.

—¿Sois piratas?

—No.

—¿Provocáis naufragios?

—No.

—¿Nigromantes?

—No.

—Entonces —dijo ella con otra mirada furiosa a los Tronco—, supongo que podéis vivir.

—Tu marido dice que incluso si él muere, la maldición persistirá.

La jaghut mostró los colmillos manchados.

—Miente.

Quell miró a Rezongo, que se encogió de hombros.

—A mí —dijo— no me hace gracia la idea de una matanza sin sentido; claro que los que provocan naufragios son la escoria de la humanidad.

La mujer jaghut se acercó al muro de piedra. Los demás la miraron.

—Maese Quell —dijo Glanno Lona—, ¿tienes algún entablillado?

Quell le lanzó a Rezongo otra mirada.

—Te lo dije; será tacaño, el malnacido.

Al fin salió el sol, que pintó un ribete de fuego sobre el horizonte en ese último día de la aldea de provocadores de naufragios de Tramo de Congoja.

Desde una ventana de la torre, Bedusk Pall Kovuss Agape vio a su mujer, que iba subiendo por la calle.

—Oh —murmuró—, ahora sí que estoy metido en un lío.

Muy poco antes del amanecer, Kedeviss se levantó de sus mantas y salió a la oscuridad. Lo había visto, sentado sobre un gran peñasco y con los ojos clavados en el norte. Los anillos giraban en las cadenas y resplandecían como estrellas atrapadas.

Los mocasines de Kedeviss traicionaron su presencia al crujir en el pedregal, y ella lo vio girarse para ver cómo se acercaba.

—Ya no duermes —le dijo.

Clip no respondió a esa observación.

—Algo te ha pasado —continuó ella—. Cuando despertaste en Baluarte, habías... cambiado. Pensé que era una especie de residuo de la posesión. Ahora no estoy tan segura.

Él se guardó la cadena y los anillos, se deslizó del peñasco y aterrizó con ligereza, luego se tomó un momento para estirarse la capa.

—De todos ellos —dijo en voz baja—, tú, Kedeviss, eres la más perspicaz. Tú ves lo que los otros no ven.

—Intento prestar atención. Te has ocultado bien, Clip, o quien quiera que seas ahora.

—No lo suficiente, por lo que parece.

—¿Qué planeas hacer? —le preguntó ella—. Anomander Rake se dará cuenta en cuanto te ponga los ojos encima. Y, sin duda, habrá otros.

—Yo era el Herald de la Oscuridad —dijo Clip.

—Lo dudo.

—Yo era la Espada Mortal del Señor de las Alas Negras, del propio Rake.

—Pero no te eligió él, ¿verdad? Tú venerabas a un dios que nunca respondía, ni a una sola plegaria. Un dios que seguramente ni siquiera sabía que existías.

—Y por eso —susurró Clip— tendrá que responder.

La mujer alzó las cejas.

—¿Estás buscando venganza? Si lo hubiéramos sabido...

—Lo que sabíais o no sabíais es irrelevante.

—Una Espada Mortal sirve.

—Dije, Kedeviss, que era la Espada Mortal, en pasado.

—Ya no lo eres, entonces. Muy bien, Clip, ¿qué eres ahora?

Bajo la penumbra granulosa, Kedeviss lo vio sonreír, y algo oscuro veló sus ojos.

—Un día, en el cielo sobre Baluarte, se abrió una senda. Una máquina salió y bajó...

Kedeviss asintió.

—Sí, vimos esa máquina.

—El del interior traía consigo un dios niño, oh, no de forma deliberada. No, el mecanismo de ese carruaje celestial, al crear puertas, al viajar de reino en reino, estaba en su naturaleza arrojar una red, una red que capturó a ese dios niño. Y lo arrastró hasta aquí.

—Y a ese viajero... ¿qué le pasó?

Clip se encogió de hombros.

Kedeviss lo estudió con la cabeza ladeada.

—Fracasamos, ¿verdad?

Él la miró, como si aquello le divirtiera un poco.

—Pensamos que habíamos expulsado al dios Moribundo de tu cuerpo; pero, en realidad, lo metimos más dentro. Cuando destruimos el reino de la cueva donde moraba.

—Pusiste fin a su dolor, Kedeviss —dijo Clip—. Dejando solo su... avidez.

—Rake te destruirá. Y nosotros —añadió— no te acompañaremos a Coral Negro. Sigue tu camino, pequeño dios. Nosotros ya buscaremos el nuestro...

Clip estaba sonriendo.

—¿Y llegaréis antes que yo? ¿Echamos una carrera, Kedeviss, yo con mi avidez y tú con tu advertencia? Rake no me da miedo, los tiste andii no me dan miedo. Cuando me vean, no verán más que un pariente... hasta que sea demasiado tarde.

—Diosecillo, si por escudriñar la mente de Clip, te crees que ahora entiendes a los tiste andii, debo decirte que te equivocas. Clip era un bárbaro. Un ignorante. Un necio. No sabía nada.

—No me interesan los tiste andii; oh, voy a matar a Rake, porque eso es lo que se merece. Me alimentaré de él y asumiré su poder. No, el que yo busco no está en Coral Negro, sino dentro de un túmulo a las afueras de la ciudad. Otro dios joven, tan joven, tan indefenso, tan ingenuo. —Volvió a sonreír—. Y sabe que voy a por él.

—¿Debemos entonces detenerte nosotros mismos?

—¿Tú? Nimander, Nenanda, ¿vosotros?, ¿los cachorros? Por favor, Kedeviss.

—Si crees...

El ataque fue veloz, desdibujado; una mano se cerró en torno a la garganta de Kedeviss, la otra le tapó la boca. La tiste andii sintió que le aplastaban la garganta y buscó a tientas el cuchillo que llevaba en el cinturón.

Él le dio la vuelta y la arrojó al suelo, con tal fuerza que la cabeza de la mujer crujió contra las rocas. Aturdida, las fuerzas debilitadas, se agitó y dejó de luchar.

Algo brotaba de la mano de Clip cuando le tapó la boca, algo que le entumeció los labios, las mandíbulas, y luego le entró en la boca y le bajó por la garganta. Denso como la savia. Kedeviss lo miró fijamente, vio el brillo embarrado de los ojos del dios Moribundo, que ya no se moría, que se había

liberado, y pensó: ¿qué hemos hecho?

Él le estaba susurrando.

—Podría parar ahora, y serías mía. Resulta tentador.

En su lugar, lo que fuera que brotaba de la mano de Clip pareció hincharse, deslizarse como una gruesa y resbaladiza serpiente que bajó por la garganta de Kedeviss y se enroscó en su vientre.

—Pero podrías escaparte, solo por un momento, pero suficiente para advertir a los otros, y eso no lo puedo consentir.

Allí donde el veneno la tocaba surgía un momento de extática necesidad que le recorría el cuerpo, pero eso venía seguido casi al instante por un entumecimiento, y luego algo... más oscuro. Kedeviss olía su propia putrefacción que se encharcaba como vapores en su cerebro.

Me está matando. Ni siquiera comprender eso era capaz de despertar las fuerzas en ella.

—Necesito al resto, sabes —le estaba diciendo él—. Para que podamos entrar sin problemas, sin que nadie sospeche nada. Necesito un modo de entrar, eso es todo. Mira a Nimander. —Lanzó un bufido—. No tiene malicia, ninguna. Él será mi escudo. Mi escudo.

Ya no la sujetaba por el cuello. Ya no hacía falta.

Kedeviss tenía los ojos clavados en él mientras se moría, y su último pensamiento casi desvaído fue: *Nimander... ¿ingenuo? Oh, pero es que tú no...* Y luego ya no hubo nada.

La nada de la que ningún sacerdote se atrevía a hablar, que ninguna escritura sagrada describía, que ningún vidente o profeta explicaba en resonantes proclamas. La nada, esta nada, es el alma que espera.

Llega la muerte, y ahora el alma espera.

Aranatha abrió los ojos, se incorporó y alargó la mano para tocar el hombro de Nimander. Este despertó y la miró con expresión interrogante.

—Ha matado a Kedeviss —dijo ella, las palabras quedas como un aliento.

Nimander se puso pálido.

—Ella tenía razón —continuó Aranatha—, y ahora tenemos que tener cuidado. No le digas nada a nadie más, todavía no, o nos verás morir a todos.

—Kedeviss.

—Ha llevado el cuerpo a una grieta y lo ha arrojado dentro, y ahora hace marcas en el suelo para hacer creer que ella caminó con descuido, que el borde cedió. Vendrá a nosotros conmocionado y llorando. Nimander, no puedes mostrarte suspicaz, ¿lo entiendes?

Y vio que el dolor de Nimander lo barrería todo, al menos de momento, y era lo mejor. Necesario. Y que la ira de su interior, la rabia que estaba llamada a despertarse, iría surgiendo poco a poco, y a medida que lo hiciera, ella hablaría otra vez con él y le daría la fuerza que necesitaba.

Kedeviss había sido la primera en ver la verdad; o eso podría haber parecido. Pero Aranatha sabía que la inocencia de Nimander no era ningún defecto innato, ninguna debilidad fatal. No, su inocencia era algo que él había elegido. El camino mismo de su vida. Y tenía sus razones para ello.

Qué fácil era verlo y malinterpretarlo. Qué fácil era verlo como un fallo, y luego pensar que era un indeciso.

Clip había cometido ese error desde el principio. Y, por tanto, también ese tal dios Moribundo, que sabía solo lo que Clip creía, y lo daba por cierto.

Aranatha bajó la mirada vio las lágrimas contenidas, esperando la repentina llegada de Clip con la trágica noticia; Aranatha asintió y se giró para fingir que dormía.

Lejos del campamento, en algún lugar, esperaba un alma, inmóvil como una liebre sobresaltada. Era tan

triste. Aranatha había querido muchísimo a Kedeviss, había admirado su inteligencia, su sagacidad. Había sabido apreciar la lealtad que sentía hacia Nimander, y eso que quizá Kedeviss había sospechado algo de las extrañas circunstancias que habían rodeado la muerte de Phaed, y había visto cómo Phaed y sus secretos todavía perseguían a Nimander.

Cuando la lealtad es inquebrantable incluso en los rigores del entendimiento absoluto y brutal, entonces esa persona sabe todo cuanto hay que saber de la compasión.

Kedeviss, fuiste un regalo. Y ahora tu alma aguarda, como ha de hacer. Pues ese es el destino de los tiste andii. Nuestro destino. Esperaremos.

Hasta que la espera se acabe.

Endest Silann le daba la espalda al sol naciente. Y a la ciudad de Coral Negro. El aire era frío, húmedo, impregnado todavía del hálito nocturno y el sendero que salía serpenteante de las puertas y que seguía la costa del Tajo era una descolorida e inhóspita franja que zigzagueaba entre bosquecillos de oscuras coníferas a media legua al oeste. Intransitado.

El manto de oscuridad eterna que envolvía la ciudad bloqueaba los anhelantes rayos del sol, aunque en los flancos occidentales de la ladera que quedaba a la derecha empezaban a verse ribetes dorados; y a la izquierda, mucho más lejos, en la penumbra del Tajo, surgía un vapor blanco de la superficie lisa y negra.

—Habrá momentos desagradables —dijo Anomander Rake.

—Lo sé, mi señor.

—Fue una complicación imposible de anticipar.

—Sí, así es.

—Iré caminando —dijo Rake— hasta que llegue a la línea de árboles. Sin que nadie pueda verme, al menos hasta entonces.

—¿Ha esperado demasiado, mi señor?

—No.

—Mejor entonces.

Anomander Rake posó una mano en el hombro de Endest.

—Siempre has sido, amigo mío, más de lo que merezco.

Endest Silann se limitó a sacudir la cabeza para negar aquello.

—Si hemos de vivir —continuó Rake—, debemos correr riesgos. De otro modo nuestras vidas se convierten en muertes en todo salvo en el nombre. No hay lucha demasiado inmensa, no hay probabilidades demasiado inconquistables, pues incluso si fracasáramos, si cayéramos, sabremos que hemos vivido.

Endest asintió, incapaz de hablar. Debería haber lágrimas corriéndole por la cara, pero estaba seco por dentro... el cráneo, detrás de los ojos, todo... seco. La desesperación era un horno que lo había consumido todo, en cuyo interior no había más que ceniza, pero el calor permanecía, abrasador, crispado y díscolo.

—El día ha comenzado. —Rake retiró la mano y se puso los guanteletes—. Este paseo, por este camino... Disfrutaré de él, amigo mío. Sabiendo que tú estás aquí para despedirme.

Y el Hijo de la Oscuridad echó a andar.

Endest Silann lo observó. El guerrero con el largo cabello plateado al viento, la capa de cuero extendida. Dragnipur era una línea oblicua en su vaina.

El azul se filtró por el cielo, las sombras se retiraron por la ladera. Las copas de la línea de árboles por donde se metía el camino se pintaron de oro. Al borde mismo, Anomander Rake hizo una pausa, se

giró y levantó una mano.

Endest Silann hizo lo mismo, pero el gesto fue tan débil que le hizo ahogar un grito y el brazo titubeó.

Y luego la lejana figura se dio la vuelta.

Y se desvaneció bajo los árboles.

LIBRO CUARTO



Doblan por los Mastines

Como pizarra rota
Tomamos nuestro odio
Y lo apilamos en lo alto
Rodando con las colinas
Una línea escarpada que trace
Nuestro auge y caída
Y yo vi bañados
Con el amanecer
Filas de cuervos
Por el muro torcido
Llegados para alimentarse

Huesos que yacen esparcidos
Al pie de la piedra
La amontonada ruina
De ataques pasados
Los cuervos acechan
Para vigilar las sobras
A cada lado
A pesar de toda su debilidad
El mundo no puede romper
Lo que hacemos
De nuestro odio

Yo vi a los trabajadores
Llevar cada uno piedra gris
Se afanaban
Ciegos y hollaban
Sin errar modestos senderos
Pieza partida a pieza
Construyeron una matanza
De inocentes otros
Mientras murmuraban como podían
Sobre oleadas de tiempo
Y agradables obras

Nosotros, los constructores
Hanasp Tular

Capítulo 19

Reza para no oír nunca un aliento impreciso
Atrapado en su tosca telaraña
Cada dios vuelve la espalda al final
Y ni un susurro suena
No desperdicies una vida entera aguardando la muerte
Atrapada en su tosca telaraña
Se cierne en el siguiente momento al que debes asistir
Cuando tu último susurro suena
Reza para no oír nunca un aliento impreciso

Tosca telaraña
Pescador

El alma no conoce mayor angustia que tomar un aliento que comienza en el amor y termina en el dolor. El tiempo se desenmaraña. Unos acontecimientos colisionan con otros. Tantas cosas que relatar, reza para que este hombre orondo de ojos tristes no titubee, no se quede sin aliento antes de tiempo. La historia tiene sus momentos. Habitar uno es no entender nada. Nos vemos sacudidos en el tumulto y la conciencia de la propia ignorancia es un manto asfixiante que demuestra ser una pobre armadura. Te estremecerás por las heridas. Nos estremeceremos todos.

Como haría un cuervo o un búho, o incluso una anguila alada, vuela un momento sobre esta bella ciudad, su calima de humo, las escurridizas figuras en calles y callejas, las impenetrables grietas oscuras de callejones estrechos. El Camino de los Ladrones extiende una enmarañada telaraña entre edificios. Los animales berrean, las esposas reprenden a sus maridos a pleno pulmón y los maridos las contestan a voz en grito, los cubos nocturnos se derraman por las ventanas a las cloacas de los callejones y —en algunas zonas más pobres del distrito Gadrobi— en calles donde los transeúntes eluden y esquivan en el ritual matinal de sus traicioneros itinerarios camino del trabajo o de casa. Las nubes de moscas se despiertan con la luz del amanecer. Los pichones reviven su desesperada lucha por caminar en línea recta. Las ratas vuelven a meterse en sus guaridas ocultas tras otra noche de presenciar demasiadas cosas. Los olores húmedos de la noche se consumen y nuevos hedores surgen en vapores acres.

Y en el camino, allá por donde atraviesa la colonia de leprosos al oeste de la ciudad, un fatigado buey y un cansado anciano escoltan una carreta cargada en la que yace una figura envuelta en una lona, de la que solo sobresalen unas botas de montar.

Más adelante aguarda la Puerta de Dos Bueyes.

Deja ya tu vuelo. Repliega las dos alas y desaparece entre el zumbido de las moscas, el calor animal dulce y acre, la intimidad húmeda de la arpillera manchada. El anciano se detiene un momento para limpiarse el sudor de su rugosa frente plagada de verrugas y lunares, le duelen las rodillas y siente una

punzada sorda en el pecho.

Últimamente ha estado acarreando cadáveres día y noche, o eso parece. Cada uno le hacía sentirse más viejo, y las miradas que le ha estado lanzando al buey están teñidas de un desagrado irracional que varía en intensidad, como si la bestia tuviera la culpa de... de algo, aunque él no sabe qué.

Los dos guardias de la puerta estaban apoyados en un muro, buscando el fresco de una sombra que iría menguando a medida que avanzara el día. Al ver las botas que asomaban, uno de los hombres se adelantó.

—Quieto ahí. Encontrarás cementerios y hoyos de sobra fuera de las murallas, no nos hacen falta más...

—Un ciudadano de la ciudad —dijo el anciano—. Acabaron con él en un duelo. El consejero Vidikas, que dijo que se lo llevara a sus amigos; los amigos del muerto, claro.

—Ah, claro. Pues sigue.

Por concurrida que esté una ciudad, un buey que tira de una carreta cargada con un cadáver encuentra siempre el camino despejado, por razones de aversiones instintivas, pocas de las cuales tienen mucho sentido. Ver un cuerpo muerto era encogerse, la mente daba vueltas en un torbellino de pensamientos... *Ese no soy yo... ¿Ves la diferencia entre los dos? Ese no soy yo, ese no soy yo. Nadie que yo conozca, nadie que haya conocido. Ese no soy yo... pero... podría serlo.*

Qué fácilmente podría serlo.

La protesta de la mortalidad es una bofetada en la cara, una punzante conmoción. Es una lucha por superar ese momento, por ceñir mejor la armadura que envuelve el alma, por ver cuerpos como nada más que objetos, algo desagradable, algo de lo que hay que deshacerse rápido. Los soldados y enterradores desarrollan un humor macabro para desviar ese horror simple, crudo, de lo que tienen que ver, de aquello de lo que son testigos. Pocas veces funciona. En su lugar, el alma se escabulle a rastras, con costras, herida, en paz con nada.

Un soldado va a la guerra. Un soldado lo trae de vuelta a casa. Si los líderes pudieran comprender de verdad el daño que les hacen a sus ciudadanos, jamás los enviarían a la guerra. Y si, aun sabiéndolo, lo hicieran de todos modos —para calmar su ansia de poder—, entonces ojalá se atraganten con los despojos para siempre jamás.

Ah, pero el hombre orondo desvaría. Disculpa este bruto espasmo de rabia. Un amigo yace envuelto en lona en el fondo de una carreta. La muerte va de camino a casa. Disculpa.

Serpenteando por el distrito Gadrobi, la vida separó su corriente, las voces se atenuaron y tardaron un tiempo tras el paso de la muerte en alzarse de nuevo tras la carreta. Las cortinas de moscas se iban abriendo y cerrando repetidamente, hasta que pareció que el buey tiraba de un escenario de un millar de actos, cada uno el mismo, y el coro era una reverencia de silencio.

Sigue tu camino, es la plegaria de todos, sigue tu camino.

Por fin, el anciano encuentra su destino, conduce al buey frente a las puertas y detiene a la bestia con un tirón en el yugo. Dedicar un tiempo a limpiarse el polvo de la ropa y luego entra en la taberna del Fénix.

Ha sido una noche larga. Renquea hasta una mesa y con una mirada llama la atención de una de las sirvientas. Pide un pichel de cerveza fuerte y un desayuno. El estómago antes que los negocios. No es que el cuerpo se vaya a ir a ninguna parte, ¿verdad?

No sabía si era amor, sospechaba que no entendía esa palabra. Pero había algo dentro de Navaja que se sentía... saciado. ¿Era solo algo físico, esos revolcones enmarañados y el sudor aceitoso, el aliento caliente en su cara, con el aroma a vino y roya? ¿Era solo el sabor de lo prohibido, del que él se alimentaba como haría un murciélago con el néctar? Si era así, entonces debería haber sentido lo mismo cuando estaba con Scillara, quizás incluso más, puesto que las habilidades de Scillara en ese aspecto eclipsaban sin duda a las de Cáliz, en cuya avidez había susurros de necesidades insaciables, lo que convertía el acto amoroso de aquella mujer en una búsqueda frenética que no encontraba alivio por muchas veces que se hundiera en las convulsiones del orgasmo.

No, había algo diferente, seguro. Con todo, Navaja estaba inquieto, se preguntaba si ese extraño sabor no sería consecuencia de aquel repetido acto de traición. Una mujer casada, la conquista del hombre sórdido. ¿Se había convertido él en ese hombre? Bueno, suponía que sí, pero no como esos hombres que hacían de la seducción y el robo de las esposas ajenas una profesión. Y, sin embargo, había un sentimiento, un sentimiento extraordinario, admitió, de placer oscuro, de gozo salvaje, y se daba cuenta de lo adictiva que podía resultar esa vida.

De todos modos, él no pensaba lanzarse de cabeza a la promiscuidad. Quedaba una parte de él que ansiaba un final, o, más bien, una continuación: amor y vida convertidas en algo estable, fuerzas de tranquilidad y bienestar. No pensaba dejar a Cáliz en la cuneta y buscarse una nueva amante. Él no era, se dijo, Murillio, que podía viajar de dormitorio en dormitorio con esa facilidad fruto de la práctica; y mira dónde lo había llevado eso, pero si casi lo había matado un maldito pretendiente borracho.

Oh, había una lección en eso, sí. O por lo menos parecía que Murillio había aprendido una, si los rumores sobre su «jubilación» estaban en lo cierto. *¿Y qué hay de mí? ¿Yo he tomado nota? Parece que no. Todavía voy hacia ella, todavía me sumerjo en esta traición. Voy a ella, tan hambriento, tan desesperado, es como si nos hubiéramos reconvertido en reflejos perfectos. Cáliz y yo. De la mano en nuestro descenso.*

Porque hace la caída más fácil, ¿verdad?

Nada impedía a Gorlas Vidikas vengarse. Tendría todo el derecho de perseguirlos y asesinarlos, y una parte de Navaja no lo culparía si lo hiciera.

Iba pensando en ello mientras se dirigía al anexo del almacén, pero no bastaba para calmar su anticipación. Los brazos entrelazados de nuevo, el deseo ardiente como una fiebre en bocas, manos, ingles. Prueba, en opinión de Navaja, de las afirmaciones de algunos estudiosos que decían que los humanos no eran más que animales, animales listos, pero animales al fin y al cabo. No había lugar para el pensamiento, no había sitio para la racionalidad. Las consecuencias se desvanecían como etéreos fantasmas, las atrapabas con el primer jadeo y las soltabas con el siguiente. Solo importaba el momento.

No hacía ningún esfuerzo por disfrazarse, ningún esfuerzo por disimular su destino, y sabía de sobra que los que vivían cerca del almacén lo observaban con esa mirada brillante de envidia, asco y diversión a partes iguales; de igual manera que habían observado a Cáliz quizá solo momentos antes, aunque en el caso de ella, la lujuria probablemente se debatía con todas las demás emociones. No, esa aventura era de un descarado absoluto, y eso, en sí mismo, de algún modo la hacía todavía más erótica.

Tenía la mente acalorada cuando usó su llave para abrir la puerta de la oficina, y cuando entró olió el perfume de mujer en el aire polvoriento. Atravesó la oficina y se adentró en el interior cavernoso del almacén, luego subió los escalones de madera que llevaban al desván.

Ella debió de oírlo subir, porque estaba delante de la puerta cuando él llegó.

Algo en los ojos de la mujer lo detuvo.

—Tienes que salvarme —le dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Promete que me salvarás, amor mío. ¡Promételo!

Él consiguió dar un paso adelante.

—Por supuesto. Qué...

—Lo sabe.

El calor del deseo se evaporó. De repente a Navaja lo invadió el frío.

Cáliz se acercó más y su amante vio en aquel rostro una expresión que le costó identificar, y cuando lo hizo, el frío se convirtió en hielo. *Está... excitada.*

—Te matará. Y a mí. ¡Nos matará a los dos, Azafrán!

—Está en su derecho...

En los ojos de la mujer un miedo repentino, y lo concentró en él durante un largo instante antes de darse la vuelta.

—Quizá tú no tengas problema en morir —siseó mientras se acercaba a la cama, donde volvió a girarse para mirarlo—. ¡Pero yo sí!

—¿Qué quieres que haga?

—Sabes lo que hacer.

—Lo que deberíamos hacer —dijo él— es huir. Coge lo que puedas y vayámonos sin más. Busquemos otra ciudad...

—¡No! ¡No quiero irme de aquí! ¡Me gusta esto! ¡Me gusta como vivo, Azafrán!

—Hace solo un día o dos, Cáliz, yacías entre mis brazos y hablabas de escapar...

—Simples sueños, no era real. Quiero decir que el sueño no era real. No era realista... solo un sueño estúpido. No puedes prestar atención a lo que digo después de que hayamos... estado juntos. Digo lo que sea. Azafrán, estamos metidos en un lío. Tenemos que hacer algo... Tenemos que hacer algo ya.

Así que dices lo que sea, ¿eh, Cáliz? Pero es solo después de haber estado juntos cuando dices que me quieres.

—Me matará —susurró ella.

—No parece propio del Gorlas que has estado describiendo.

Cáliz se sentó en la cama.

—Me lo echó en cara. Ayer.

—No mencionaste...

Ella sacudió la cabeza.

—Parecía, bueno, parecía que solo era el juego de siempre. Dijo que quería saber de ti, y le dije que se lo contaría cuando volviera, ahora mismo está en las minas. Y, entonces, entonces, cuando venía hacia aquí, ahora mismo... ¡Oh, dioses! ¡De repente lo entendí! ¿No lo ves? ¡Estaba preguntando por el hombre que planeaba matar!

—Así que planea matarme. ¿Y qué, Cáliz?

Ella hizo una mueca que enseñaba los dientes con una expresión tan salvaje, tan horrenda, que dejó a Navaja conmocionado.

—He dicho que lo entendí. Primero, tú. Después regresará conmigo, para poder contarme lo que te hizo. Con todo detalle. Usará cada palabra como un cuchillo, hasta que saque el de verdad. Y, entonces, me rebanará la garganta. —Alzó los ojos y lo miró—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Te importa que me mate, Azafrán?

—No te matará...

—¡Tú no lo conoces!

—Y parece que tú tampoco. —Ante la mirada furiosa de ella, él añadió—: Mira, supón que disfrute matándome, así será. Y luego disfrutará más contándotelo, ¿sí? ¿Estamos de acuerdo en eso?

Ella asintió, un único movimiento tenso.

—Pero si luego te mata, ¿qué tiene? Nada. No, querrá que lo hagas otra vez, con otra persona. Una y otra vez, y cada vez ocurrirá lo mismo, él mata a tu amante y luego te lo cuenta. No quiere ponerle fin. Ese hombre es un duelista, ¿no?, un duelista al que le gusta matar a sus oponentes. De este modo, lo puede hacer legalmente con tantos hombres como tú quieras coleccionar, Cáliz. Él gana, tú ganas...

—¿Cómo puedes decir que yo gano?

—... porque —terminó— ninguno de los dos se aburre.

Ella lo miró fijamente como si acabara de abrir de una patada una puerta invisible oculta en su interior. Y luego se recuperó.

—No quiero que mueras, Azafrán. Navaja, siempre se me olvida que ahora es Navaja. Un nombre peligroso. Un nombre de asesino. Cuidado, o alguien podría pensar que hay algo real detrás.

—¿Qué quieres Cáliz? No quieres que muera. ¿O soy el hombre que finjo ser? ¿Qué es exactamente a lo que intentas apelar?

—¡Pero yo te quiero!

Y ahí estaba esa palabra otra vez. Y no sabía lo que significaba para ella, pero probablemente no era lo que significaba para él, aunque él no sabía qué significaba para él, claro está. Se echó a un lado, como si pretendiera rodear la cama aunque eso lo hiciera atravesar la pared exterior, luego se detuvo y se pasó las manos por el pelo.

—¿Esto era lo que pretendías desde el primer momento?

—¿Qué?

Navaja sacudió la cabeza.

—Solo pensaba en voz alta. No tiene importancia.

—Quiero mi vida como es, Navaja, solo que sin él. Te quiero a ti en ella en lugar de él. Así es como quiero mi vida.

¿Qué diría Murillio en esta situación? Pero no, yo no soy Murillio.

Con todo...

Él saldría por esa ventana en un abrir y cerrar de ojos. ¿Duelos con maridos agraviados? ¡Por el aliento del Embozado! La miró.

—¿Es eso lo que quieres?

—¡Te acabo de decir que sí!

—No, no me refería a eso. Me refería a... oh, da igual.

—Tienes que hacerlo. Por mí. Por nosotros.

—¿Está en las minas al oeste de la ciudad? ¿Cuánto tiempo más?

—Dos días al menos. Puedes ir hasta allí.

Y de repente la tenía de pie, delante de él, le rodeaba la cara con las manos y su cuerpo se apretaba contra él, y él se quedó mirando los ojos dilatados de su amante.

Excitación.

Antes pensaba... esa mirada... esta mirada... antes pensaba...

—Mi amor —susurró ella—. Hay que hacerlo. Lo entiendes, ¿verdad?

Pero siempre fue esto, solo esto. Lo que nos conducía a este momento. Donde me estaba trayendo ella... ¿O lo he entendido todo mal?

—Cáliz...

Pero la boca de ella ya estaba en la de él, y ella se tragó todas sus palabras, hasta que no quedó ninguna.

Da media vuelta y retrocede, corre, date prisa. Murillio todavía yace en el polvo, una multitud que vitorea con gestos mecánicos abajo, en el pozo. El día se va acabando y un joven llamado Venaz reúne a su banda de seguidores y parte hacia el túnel llamado Escarpado.

No hace falta decir mucho sobre Venaz. Pero al menos reconozcámosle una cosa. Vendido a la mina por su padrastro, la buena de ma demasiado borracha para levantar siquiera la cabeza cuando vinieron a llevárselo y si acaso oyó el tintineo de las monedas, en fin, sus pensamientos habrían recorrido a rastras la poca distancia que la separaba del momento en el que podría comprar otra botella, y poco más. De eso habían pasado cuatro años.

Cuando el niño comprende que no lo aman, que no lo ama ni siquiera aquella que lo trajo al mundo, la herida que provoca es la más cruel. Es una herida que nunca sana, sino que estira el tejido cicatrizal en el ojo de la mente, de modo que durante toda la vida del huérfano el mundo que lo rodea está manchado, y ve lo que otros no ven, y lo ciega la desconfianza perpetua de todo lo que siente el corazón. Así era Venaz, pero saber no es disculpar, y lo dejaremos ahí.

La manada de Venaz consistía en chicos un año o así más jóvenes que él. Rivalizaban entre ellos por un puesto en la jerarquía y eran tan crueles a título individual como en grupo. No eran más que versiones de su jefe, variaciones solo en la superficie. Lo seguían y harían cualquier cosa que les mandara, al menos hasta que tropezara, hasta que cometiera un error. Y entonces se le echarían encima como lobos medio muertos de hambre.

Venaz caminaba envalentonado, emocionado, encantado ante ese asombroso giro de los acontecimientos. El Gran Hombre buscaba a Harllo, y no para darle una palmadita en la cabeza, seguro. No, habría más sangre derramada ese día, y si Venaz conseguía arreglarlo, bueno, quizá fuera él el que la derramara... tras el asentimiento del Gran Hombre, no haría falta más, y quizás el Gran Hombre viera lo bueno que podía ser Venaz. Lo bastante, quizá, para reclutarlo como personal de su casa. Todos los nobles necesitaban gente como Venaz para hacer el trabajo sucio, lo que a nadie le gustaba.

Llegaron a la cuesta que llevaba a la boca del túnel. Tres adultos estaban intentando arreglar el eje de una carreta y levantaron la vista cuando llegó Venaz.

—¿Dónde está Bainisk? —preguntó Venaz.

—Veta nueva —respondió uno de ellos—. ¿Está metido en un lío otra vez?

—¿Tiene a sus topos con él? —Qué placer ser tan importante como para no tener que responder a la pregunta de aquel hombre.

Todos encogieron los hombros.

Venaz frunció el ceño.

—¿Tiene a sus topos con él?

El que había hablado se irguió poco a poco. La bofetada del revés cogió a Venaz por sorpresa, y fue lo bastante fuerte como para que el chico se tambaleara hacia atrás. Luego se vio agarrado y arrojado al suelo de piedra. El hombre se irguió sobre él.

—Cuidado con lo que dices.

Venaz se sentó en el suelo y lo miró con furia.

—¿Es que no viste lo que acaba de pasar? ¿Arriba, en el risco?

—Oímos algo —rezongó el otro.

—Un duelo... ¡El Gran Hombre mató a alguien!

—¿Y qué?

—¡Y luego mandó a buscar a Harllo! ¡Quiere ver a Harllo! Y yo vengo a por él y vosotros me estáis deteniendo y cuando él se entere...

No pudo decir más porque el hombre que lo había golpeado lo agarró por la garganta y lo levantó de un tirón.

—No se va a enterar de na, Venaz. ¿Tú te crees que a mí me importa una mierda que Vidikas libre un puto duelo? ¿Que mate a un pobre miserable para qué? ¿Para nuestro entretenimiento?

—Se está poniendo azul, Haid. Será mejor que aflojes un poco.

Venaz jadeó y consiguió meter una bocanada agónica en los pulmones.

—A ver si te enteras, chaval —siguió Haid—, Vidikas es nuestro dueño. Para él somos trozos de carne, ¿no? Así que quiere a uno de nosotros ¿y pa qué? Pues pa masticarlo, a ese pobre trozo de carne. Y qué, ¿tú te crees que es una idea de la leche? Largo de mi vista, Venaz, pero ya te digo no me voy a olvidar de esto.

La manada se había apiñado, todos pegados y muy pálidos, pero entre algunos había algo un poco más calculador. ¿Era ese el momento para usurpar el lugar de Venaz?

Los tres hombres volvieron a trabajar en el eje. Venaz, cuyo color empezaba a recobrar la normalidad, se sacudió el polvo y echó a andar con las piernas rígidas hacia la boca del túnel. Su jauría lo siguió.

Cuando se metieron en la oscuridad fresca, Venaz se dio la vuelta.

—Esos eran Haid, Favo y Dule, ¿no? Acordaos de esos nombres. Ahora están en mi lista, los tres. Están en mi lista.

Rostros que asintieron.

Y los que habían estado sopesando sus probabilidades comprendieron que el momento había pasado. Habían sido muy lentos. Venaz solía recuperarse, y rápido, tan rápido que daba miedo. Ese chico, se recordaron una vez más, llegaría lejos, seguro.

Harllo se deslizó por la veta, iba sintiendo, con el estómago desnudo, la pureza de la plata negra y, sí, era plata, ¿y de dónde había salido cuando en lo único que habían estado trabajando durante tanto tiempo había sido cobre arriba, en el revestimiento, y hierro abajo, en las profundidades? Pero para él era tan bonita, esa plata. Mejor que el oro, mejor que nada.

¡Ya verías cuando se lo contase a Bainisk y Bainisk se lo contase al capataz! Serían héroes. Quizás hasta les dieran raciones extra en la cena, ¡o una taza de vino aguado!

La tolva era estrecha, tan pequeña que necesitarían topes durante semanas para agrandarla lo bastante como para que entrasen picadores, así que era muy probable que Harllo pudiera ver, y sentir, muchas veces esa plata, cada día, quizá.

Y todos los problemas de antes desaparecerían, así, sin más; lo sabía...

—¡Harllo!

La voz le llegó con un susurro de algún lugar tras sus pies, lo que le recordó que todavía estaba cabeza abajo y eso podía ser peligroso. Podría desmayarse y ni siquiera enterarse.

—¡Estoy bien, Bainisk! Encontré...

—¡Harllo! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Un escalofrío recorrió a Harllo. Algo le pasaba a la voz de Bainisk. Parecía... asustado.

Pero eso no duraría, ¿verdad? No con la plata...

—¡Deprisa!

Moverse hacia atrás nunca era fácil. Se empujaba con las manos, se retorcía y apretaba los dedos de los pies contra la piedra dura y después estiraba los talones. Llevaba unas almohadillas de cuero atadas a

los pies con ese propósito, pero seguía doliendo. Como una oruga, encogiéndose y luego empujando, poco a poco, volviendo a subir por la tolva.

De golpe, unas manos lo cogieron por los tobillos y tiraron de él con brusquedad.

Harllo gritó cuando se golpeó la barbilla con un obstáculo y, cuando levantó la cabeza, chocó con la coronilla en la roca, que se llevó un poco de piel y pelo.

—¡Bainisk! Qué...

Se cayó de la tolva con un golpe seco. Las manos le soltaron los tobillos, lo sujetaron por los brazos y lo pusieron en pie.

—Bainisk...

—¡Shh! Nos han bajado recado; vino alguien a buscarte, de la ciudad.

—¿Qué?

—Vidikas lo mató, en un duelo, y ahora ha pedido que te lleven con él. Es mala señal, Harllo. ¡Creo que va a matarte!

Pero eso era demasiado, demasiadas noticias, demasiado de golpe. ¿Había venido alguien? ¿Quién? ¿Rezongo? Y Vidikas lo había... lo había matado. *No. No pudo haber... imposible.*

—¿Quién era? —preguntó.

—No lo sé. Escucha, vamos a escapar, tú y yo, Harllo, ¿lo entiendes?

—Pero cómo podemos...

—Vamos a adentrarnos más, vamos al Escaño...

—Pero no es seguro...

—Hay unas grietas enormes por ese lado, algunas de ellas tienen que subir hasta la cima y salir junto al lago. Llegamos allí y luego seguimos la orilla, ¡todo el camino hasta la ciudad!

Habían estado siseando todo el rato y en ese momento oyeron gritos que resonaban por el pasaje principal.

—Venaz... tenía que ser él, ¿verdad? ¡Vamos, Harllo, tenemos que irnos ya!

Echaron a andar, cada uno con un farol. Bainisk llevaba también un rollo de cuerda. Bajaron por las obras nuevas; allí todavía no había nadie porque primero el aire había estado viciado y luego se había anegado todo, y solo el turno anterior habían sacado la última manguera para ver cuánta agua más se estaba filtrando otra vez. Después de unos cincuenta pasos estaban metidos hasta los tobillos en agua gélida y había chorros que resbalaban por las paredes laterales y gotas que llovían del techo. Cuanto más se adentraban, más grietas veían (por todas partes, todos lados, por arriba y por debajo), prueba de que estaban llegando al Escaño, donde la mitad del acantilado se estaba hundiendo hacia el lago. Según los rumores, estaba a solo días de derrumbarse.

El túnel descendía en salientes irregulares, el agua le llegaba a Harllo por los muslos y se los entumecía de frío. Los dos jadeaban.

—Bainisk, ¿esto vuelve a subir?

—Que sí, si el agua no es demasiado profunda, volverá a subir, te lo prometo.

—¿Por qué... por qué estás haciendo esto? Deberías haberme entregado y ya está.

Bainisk tardó un rato en contestar.

—Quiero verla, Harllo.

—¿Quieres ver qué?

—La ciudad. Yo... yo solo quiero verla, nada más. Cuando me enteré, bueno, fue como si todo encajara. Era el momento, nuestra mejor oportunidad, tan cerca del Escaño.

—Habías estado pensando en esto.

—Sí. Harllo, yo nunca dejo de pensar en esto.

—La ciudad.

—La ciudad.

Algo tintineó en alguna parte detrás de ellos; todavía lejano, pero más cerca de lo esperable.

—¡Venaz! Vienen detrás nosotros..., mierda, venga, Harllo, tenemos que darnos prisa.

El agua le llegaba a Harllo a las caderas. Le estaba costando mover las piernas. No hacía más que tropezar. Dos veces estuvo a punto de dejar que se le hundiera demasiado el farol. Sus jadeos desesperados resonaban por todas partes, junto con el chapoteo del agua.

—Bainisk, no puedo...

—Deja la luz; solo tienes que agarrarte a mi camisa, yo tiro de ti. No te sueltes.

Con un gemido, Harllo dejó que el farol se hundiera en el agua. Un siseo repentino, algo que crujía. Cuando soltó el mango, el farol se desvaneció en la negrura. El niño se aferró a la raída camisa de Bainisk.

Siguieron andando, Harllo sentía las piernas arrastrándose tras él, pero solo desde las caderas, por debajo no había nada. Lo invadió una extraña lasitud que se llevó el frío helador. Bainisk estaba metido hasta el pecho y gimoteaba mientras intentaba mantener el farol en alto.

Se detuvieron.

—El túnel se mete por debajo —dijo Bainisk.

—No basanada, Bainisk. Bodemos barar ya.

—No, agárrate a este saliente. Yo me voy a meter. No tardo nada. Te lo prometo.

Dejó el farol en un saliente estrecho. Después se hundió y desapareció.

Harllo se quedó solo. Qué fácil sería soltarse, relajar las manos doloridas. Venaz iba a por ellos, estaría allí pronto. Y entonces se habría acabado todo. El agua ya estaba caliente, esa podría ser una forma de huir de ellos. Hacer lo que acababa de hacer Bainisk. Hundirse, desaparecer.

Nadie lo quería, lo sabía. Ni su madre ni nadie. Y el que había ido a buscarlo, bueno, ese hombre había muerto por ir a buscarlo. Y eso no estaba bien. Nadie debería morir por Harllo. Ni Rezongo, ni nadie. Así que, se acabó... se iba a soltar...

Espuma en el agua, brazos agitándose, jadeos y toses. Una mano helada se aferró a Harllo.

—¡Podemos pasar! Harllo... el túnel en el otro lado... ¡va subiendo!

—No puedo...

—¡Tienes que hacerlo! La ciudad, Harllo, tienes que enseñármela... Yo me perdería. Te necesito, Harllo. Te necesito.

—De acuerdo, pero... —Estuvo a punto de contarle a Bainisk la verdad. Sobre la ciudad. Que no era el paraíso que le había descrito. Que allí la gente se moría de hambre. Que se hacían daño unos a otros. Pero no, eso podía esperar. No podía ponerse a hablar de esas cosas en ese momento—. De acuerdo, Bainisk.

Dejaron el farol. Bainisk desenrolló algo de cuerda, rodeó con el extremo la cintura de Harllo y ató con torpeza el nudo, tenía las manos entumecidas.

—Respira hondo unas cuantas veces primero —le dijo a Harllo—. Y luego otra vez, coge mucho aire, todo el aire que puedas.

La zambullida en la oscuridad desorientó a Harllo al instante. La cuerda que le rodeaba la cintura lo arrastró hacia abajo y luego lo metió en plena corriente. Abrió los ojos y sintió la conmoción del flujo helado. Unas vetas extrañas, resplandecientes, pasaron como un destello, quizá de la roca misma, o puede que no fueran más que fantasmas acechando tras sus propios ojos. Al principio intentó ayudar a Bainisk, agitó los brazos e intentó patallar, pero tras un momento se dejó llevar, sin fuerzas.

O bien Bainisk podría sacarlos a los dos por el otro lado, o no podría. A él le daba igual una cosa u

otra.

Su mente comenzó a divagar, tenía tantas ganas de coger aire, no podría aguantar mucho tiempo más. Le ardían los pulmones. El agua estaría fría, lo bastante fría para sofocar ese fuego para siempre. Sí, podía hacer eso.

El frío le mordió la mano derecha... ¿qué? Y luego sacó la cabeza por encima de la superficie. Y al cabo estaba metiendo bocanadas de aire gélido en los pulmones.

Oscuridad, la corriente y el gorgoteo del agua que corría junto a él e intentaba llevarlo hacia atrás, hacia atrás y hacia abajo. Pero Bainisk estaba tirando de él y la profundidad cada vez se iba haciendo menor a medida que el túnel se ensanchaba. El techo negro, chorreante, parecía combarse y formar una columna torcida sobre sus cabezas. Harllo lo miró fijamente, preguntándose cómo era que podía verlo.

Y entonces sintió que lo arrastraban por una superficie rota de piedra.

Se detuvieron, echados uno al lado del otro.

El temblor no tardó en llegar. Entró en Harllo de golpe, como una posesión demoníaca, un espíritu que lo atravesó entero como una alegría rabiosa. Los dientes le castañeteaban sin parar.

Bainisk lo estaba pellizcando. Consiguió hablarle entre el entrechocar de sus propios dientes.

—Venaz no parará. Verá el farol, lo sabrá. Tenemos que seguir, Harllo. Es el único modo de entrar otra vez en calor, el único modo de escapar.

Pero costaba tanto ponerse en pie. Las piernas no le respondían bien. Bainisk tuvo que ayudarlo y él apoyó casi todo su peso en aquel chico más grande que él mientras iban subiendo, tambaleándose y resbalando por el sendero sembrado de gravilla.

A Harllo le pareció que caminaron una eternidad, entrando y saliendo de zonas apenas iluminadas. A veces la ladera bajaba, solo para subir poco a poco otra vez. El dolor había empezado a latir en las piernas de Harllo, pero lo agradecía, la vida volvía, llena de su fuego obstinado, y él quería vivir otra vez, eso era lo que más importaba.

—¡Mira! —jadeó Bainisk—. ¡Mira lo que estamos pisando, Harllo, mira!

Un moho fosforescente recubría las paredes, y bajo ese leve fulgor Harllo consiguió distinguir las formas vagas de los escombros que pisaba. Loza rota. Pequeños fragmentos de hueso quemado.

—Tiene que llevar arriba —dijo Bainisk—. A una cueva. Los gadrobi las usaban para quemar a sus ancestros. Una cueva que se asoma al lago. Ya casi llegamos.

En su lugar llegaron al borde de un acantilado.

Y se quedaron allí, en silencio.

Una sección vertical de roca había caído en picado, sin más, y había dejado una gran brecha. El fondo de la fisura se lo tragaba una negrura de la que se alzaba aire caliente en ráfagas secas. Enfrente de ellos, a diez o más pasos de distancia, un haz oblicuo de luz difusa revelaba la continuación del túnel que habían estado trepando.

—Bajaremos trepando —dijo Bainisk mientras desenrollaba la cuerda y empezaba a hacer un nudo en un extremo—. Y luego subimos otra vez. Podemos hacerlo, ya verás.

—¿Y si la cuerda no es lo bastante larga? No veo el fondo, Bainisk.

—Pues buscaremos más sitios para apoyar las manos. —El chico estaba atando un lazo en el otro extremo con el que después rodeó un saliente en forma de pomo—. Volveré a tirar un trozo para sacar este, así nos podemos llevar la cuerda con nosotros para trepar por el otro lado. Venga, tú primero. —Tiró el resto de la cuerda por el borde. La oyeron desenrollarse del todo de golpe. Bainisk lanzó un gruñido—. Lo que dije, podemos buscar sitios para apoyar las manos.

Harllo se descolgó poco a poco, se aferraba con fuerza a la cuerda húmeda, que quería escurrirse entre sus dedos, pero si eso ocurría, el niño sabía que estaba muerto, así que no la soltó. Los pies le

resbalaban, encontraban pequeños salientes que sobresalían en ángulo del risco. No era mucho, pero aliviaban el esfuerzo. Empezó a bajar poco a poco.

Había recorrido la longitud de unos tres cuerpos cuando empezó a seguirlo Bainisk. La cuerda comenzó a mecerse de forma impredecible y Harllo se encontró con que los pies le resbalaban de los escasos agarraderos una y otra vez, y el tirón en los brazos era salvaje.

—¡Bainisk! —siseó—. ¡Espera! Déjame bajar un poco más antes, me estás moviendo de un lado a otro. —De acuerdo. Sigue.

Harllo encontró un sitio en el que apoyarse otra vez y reanudó el descenso.

Si Bainisk había vuelto a bajar, él ya no sintió los tirones ni las vueltas. La cuerda cada vez estaba más mojada, lo que significaba que se estaba acabando; el agua la estaba calando al bajar. Y entonces llegó al nudo empapado. Un súbito pánico le invadió cuando intentó buscar salientes en el muro para los pies. Había muy pocos, la piedra estaba casi cortada a pico.

—¡Bainisk! ¡Estoy en el nudo! —Estiró el cuello para mirar abajo. Negrura, sin alivio alguno, sin fondo—. ¡Bainisk! ¿Dónde estás?

Desde que Harllo lo llamara por primera vez, Bainisk no se había movido. Lo último que quería era provocar sin querer la caída del niño, y mucho menos después de lograr llegar hasta allí. Y, a decir verdad, cada vez tenía más miedo. Ese muro era demasiado liso, no había grietas, los estratos que notaba eran poco más que ondulaciones en un ángulo muy pronunciado. Jamás serían capaces de sujetarse una vez pasada la cuerda, y no había nada que pudiera utilizar para deslizar el lazo.

Comprendió que estaban metidos en un lío.

Al oír la última llamada de Harllo (el niño había llegado al nudo), se preparó para reanudar el descenso.

Y entonces sintió que tiraban fuerte de la cuerda desde arriba.

Levantó la cabeza. Rostros vagos que se asomaban, manos y más manos estirándose para rodear la cuerda. Venaz... sí, ahí estaba, sonriendo.

—Os tengo —murmuró en voz baja y salvaje—. Os tengo a los dos, Bainisk.

Otro tirón hacia arriba.

Bainisk sacó el cuchillo con una mano. Bajó el brazo para cortar la cuerda por debajo de él, después dudó y levantó la cabeza una vez más hacia la cara de Venaz.

Quizás así había sido la suya solo unos años antes. Esa cara, ansiosa por controlar, por dominar a los topos. Pues Venaz podía quedarse con ellos. Podía quedarse con todo.

Bainisk levantó el brazo con el cuchillo, justo por encima del puño con el que se aferraba a la cuerda. Y dio un corte seco.

Puedes hundir los talones, no servirá de nada. Debemos regresar volando al presente. Para que todo se comprenda, cada faceta ha de destellar llena de luz al menos una vez. Antes, el hombre orondo rogó tu perdón. Ahora suplica un poco de confianza. La suya es una mano fuerte, segura, aunque tiemble. Confía.

Un bardo se sienta frente a un historiador. En una mesa cercana en el Bar de K'rul, Mezcla observa a Scillara, de cuya boca salen volutas de humo. Hay algo ávido en esa mirada, pero de vez en cuando una guerra estalla en sus ojos, cuando piensa en la mujer que yace en coma en el piso de arriba. Cuando piensa en ella, sí. Mezcla ha empezado a dormir en la misma cama que Rapiña, le ha dado por probar todo lo que se le ocurre para despertar sensaciones una vez más en su amante. Pero nada ha funcionado.

El alma de Rapiña se ha perdido y vaga lejos de esa carne fría, flácida.

Mezcla se odia a sí misma cuando percibe que su alma está lista para seguir adelante, para buscar la dicha de una vida nueva, un cuerpo nuevo que explorar y acariciar, nuevos labios que apretar con los suyos.

Pero es una tontería. La afabilidad de Scillara fue siempre casual. Era una mujer que prefería los encantos de un hombre, los pocos que tuviera. Y, a decir verdad, la propia Mezcla había jugado a lo mismo más de una vez. ¿Por qué entonces se ha despertado esa lujuria? ¿Qué la hizo tan salvaje, tan necesitada?

La pérdida, querida. La pérdida es como un aguijón, un punzante empujón que te lanza de golpe en busca de sitios donde apoyar las manos, en busca de éxtasis, de una deliciosa rendición, incluso del cebo de la autodestrucción. El capullo que cortas de raíz arroja su última energía en un último florecimiento, una exclamación gloriosa. *La flor desafía*, para citar en su totalidad un antiguo poema tiste andii. La vida surge de la muerte. Tiene que hacerlo, no puede evitarlo. *La vida surge*, por citar el epítome de brevedad poética de un hombre orondo.

Deslízate en la mente de Mezcla, métete tras sus ojos y observa lo que observa, siente lo que ella siente, si te atreves.

O prueba con Azogue, ahí, en la barra sobre la que están colocadas siete ballestas, doce paquetes de cuadrillos con un total de ciento veinte proyectiles, seis espadas cortas, tres hachas de lanzamiento de diseño falari, un espadón genabarii con su hebilla, dos estoques locales con gavilanes de fantasía (tanta fantasía que las armas estaban enmarañadas y Azogue se había pasado una mañana entera intentando separarlas, sin demasiada suerte) y un saquito que contenía tres fulleros. Está decidiendo qué llevar consigo.

Pero la misión que estaban a punto de emprender se suponía que iba a ser pacífica, así que debería ponerse solo la espada corta, como siempre, sujeta con el seguro, como siempre, todo como siempre, en realidad. Claro que ahí afuera había asesinos que querían la cabeza de Azogue ensartada en la punta de una daga, así que hacer las cosas como siempre quizá fuera, de hecho, un suicidio. Por eso debería atarse al menos dos espadas cortas, echarse también a los hombros un par de ballestas, coger el espadón en la mano derecha y los dos estoques en la izquierda, con un paquete atado a cada cadera y el saco de fulleros al cinturón, y un hacha de lanzamiento entre los dientes; no, eso es ridículo, se rompería la mandíbula. Quizás una espada corta más, claro que igual se cortaba la lengua en cuanto intentara decir algo, y seguro que intentaba decir algo en algún momento, ¿no?

Pero podía meterse las vainas de las seis espadas cortas por el cinturón, y terminar luciendo una falda de espadas cortas, aunque tampoco pasaba nada, ¿no? Claro que, ¿dónde iba a llevar entonces los fulleros? Un golpe contra un pomo o una empuñadura y se convertiría en una nube alargada de bigotes y trocitos de armas. ¿Y qué había de las ballestas? Necesitaría cargarlas todas, pero mantener todo lejos de los disparadores, a menos que quisiera terminar espetando a todos sus amigos al primer tropezón.

¿Y si...?

¿Qué es eso? Volvemos con Mezcla. Carne contra carne, el peso de unos pechos llenos en las manos, una rodilla metiéndose entre unos muslos abiertos, sudor mezclándose con dulces aceites, labios suaves intentando fundirse, lenguas bailando impacientes y húmedas como...

—¡No puedo ponerme to esto!

Scillara lo miró.

—¿En serio, Azogue? ¿No dijo Mezcla lo mismo hace como una campanada?

—¿Qué? ¿Quién? ¿Ella? ¿Qué sabe ella?

Ante semejante despliegue inconsciente de ironía, Mezcla solo pudo alzar las cejas cuando miró a

Scillara.

Esta respondió con una sonrisa, y luego le dio otra calada a la pipa.

Mezcla le echó un vistazo al bardo y luego se dirigió a Azogue.

—Además, ahora estamos a salvo ahí fuera.

Con los ojos fuera de las órbitas, Azogue se la quedó mirando sin poder creérselo.

—¿Y tú aceptas la palabra de un maldito juglar? ¿Qué sabe él?

—No haces más que preguntar qué sabe nadie, cuando es obvio que sepan lo que sepan, tú tampoco los escuchas.

—¿Qué?

—Perdón, lo que dije fue tan confuso que dudo que pueda repetirlo. El contrato está anulado, según Pescador.

Azogue meneó la cabeza de lado a lado.

—¡Según Pescador! —apuntó con un dedo al bardo—. Ese no es Pescador, por lo menos no el famoso. ¡Solo ha robado el nombre! Si fuera famoso, no estaría sentado ahí tan tranquilo, ¿no? Los famosos no hacen esas cosas.

—¿De veras? —preguntó el bardo que se hacía llamar Pescador—. ¿Y qué se supone que hacemos, Azogue?

—Los famosos hacen famosidades, to el tiempo. ¡Todo el mundo lo sabe!

—El contrato ha sido comprado —dijo el bardo—. Pero si quieres equiparte como si te estuvieras preparando para asaltar tú solo Engendro de Luna, bueno, tú mismo.

—¡Cuerda! ¿Necesito cuerda? ¡Déjame pensar! —Y para contribuir al proceso, Azogue empezó a pasear de un lado a otro, los bigotes crispados.

A Mezcla le apetecía quitarse una bota y meter el pie entre los muslos de Scillara. No, lo que quería era meterse ella allí. Reclamar el territorio. Se levantó con un siseo de frustración, vaciló y luego fue a sentarse a la mesa del bardo. La veterana clavó en él una mirada intensa, a la que él respondió con una ceja alzada.

—Hay más canciones que se supone que compuso Pescador antes que cualquier otro del que yo haya oído hablar.

El hombre se encogió de hombros.

—Algunas tienen cien años.

—Fui un niño prodigio.

—¿No me digas?

Duiker habló entonces.

—El poeta es inmortal.

Mezcla se volvió para mirarlo.

—¿Es una especie de ideología general, historiador? ¿O estás hablando del hombre que comparte esta mesa contigo?

Azogue lanzó una maldición de repente.

—¡No necesito ninguna cuerda! —dijo después—. ¿Quién me metió eso en la cabeza? Venga, vamos, me llevo esta espada corta y un fullero, y el que se me acerque mucho o parezca sospechoso, ¡se puede comer el fullero para desayunar!

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo Duiker cuando Mezcla vaciló—. El bardo y yo. Yo le echaré un vistazo a Rapiña de vez en cuando.

—De acuerdo. Gracias.

Azogue, Mezcla y Scillara salieron de la taberna.

El trayecto los sacó del distrito de las Haciendas y los metió en el distrito Daru, siguiendo la Muralla de Segundafila. La ciudad ya se había despertado del todo y en algunos lugares las multitudes hervían con la interminable maquinaria de la vida. Voces, olores, necesidades y deseos, hambres y mucha sed, risas e irritación, desdicha y alegría, y el sol caía sobre todo lo que podía alcanzar y las sombras se retiraban allá donde podían.

Alguna barrera temporal impedía el paso a los tres extranjeros de vez en cuando, una carreta encajada de lado en una calle estrecha, un caballo de tiro que había caído muerto con las patas estiradas, la mitad de una familia atrapada bajo la carreta volcada. Un enjambre de gente alrededor de un pequeño edificio derrumbado, robando hasta el último ladrillo caído y cada fragmento de viga, y si había quedado alguien allí metido, por desgracia nadie lo estaba buscando.

Scillara caminaba como una mujer criada para que ser admirada. Y ah, sí, la gente la miraba. En otras circunstancias, Mezcla —mujer como también era— quizá se hubiera molestado, claro que ella había hecho carrera de fundirse con el ambiente y, además, ella misma se encontraba entre los admiradores.

—Una gente simpática, estos darujhistanii —dijo Scillara cuando por fin giraron al sur de la muralla y se encaminaron a la esquina suroeste del distrito.

—Sonríen —dijo Mezcla— porque quieren darte un revolcón. Y es obvio que no te has fijado en las esposas y demás, que tienen toda la pinta de haberse tragado un sapo.

—Quizá se lo tragaron.

—Oh, se lo tragaron, vaya si se lo tragaron. La verdad de que los hombres son hombres, ese es el sapo que se tragaron.

Azogue lanzó un bufido.

—¿Qué otra cosa iban a ser los hombres más que hombres? Tu problema, Mezcla, es que ves demasiado, incluso cuando no está ahí.

—Ah, ¿y en qué te has fijado tú, Azogue?

—En la gente sospechosa, en eso.

—¿Qué gente sospechosa?

—Los que se nos quedan mirando, por supuesto.

—Miran por Scillara, ¿de qué crees que estábamos hablando?

—Igual es por ella, o igual no. Igual son asesinos que quieren atacarnos.

—¿Ese viejo de ahí atrás que recibió una colleja de su mujer era un asesino? ¿Qué clase de Gremio tienen aquí?

—No sabes si era su mujer —replicó Azogue—. Y no sabes si eso era una señal para alguien en un tejado. ¡Podríamos estar metiéndonos de cabeza en una emboscada!

—Claro —asintió Mezcla—, esa mujer era su madre, porque las reglas del Gremio exigen que ma tiene que ir también para asegurarse de que el chaval se sabe las señales, y se lo come todo, tiene los cuchillos afilados y se ata bien los mocasines para no tropezar en pleno ataque asesino contra el sargento Azogue.

—No tengo tanta suerte como pa que tropiece —rezongó Azogue—. Por si no te habías dao cuenta, Mezcla, llevamos una racha con la suerte del Señor encima. Oponn me la tiene jurada sobre todo a mí.

—¿Por qué? —preguntó Scillara.

—Pues porque no creo en los Gemelos, por eso. Suerte, eh, no la hay buena. Oponn solo tira ahora para empujar después. Si han tiraio de ti, no termina la cosa ahí. Nunca termina ahí. No, ya pues ir esperando por el empujón en cualquier momento, y lo único que sabes seguro es que va a llegar, ese empujón. Cada vez. De hecho, ya nos podemos dar por muertos.

—Bueno —dijo Scillara—, no voy a discutir eso. Antes o después el Embozado nos lleva a todos, y esa es la única certeza que hay.

—Qué animados estáis los dos esta mañana —comentó Mezcla—. Mirad, ya estamos aquí.

Habían llegado al Cuartel de la Guardia, apropiadamente sombrío y ominoso.

Mezcla vio un anexo con ventanas con barrotes que daba al sólido edificio y se encaminó hacia él, los otros dos lo siguieron.

Un guardia que holgazaneaba junto a la puerta los vio acercarse.

—Dejad las armas en recepción. ¿Estáis aquí para visitar a alguien? —dijo.

—No —bufó Azogue—, ¡estamos aquí pa sacarlos! —Y luego se echó a reír—. Ja, ja.

A nadie le pareció un chiste muy gracioso, sobre todo después de que se encontrara y se identificara el fullero. Azogue cometió entonces el error de ponerse beligerante en medio de cinco o seis agentes de la ley muy serios, lo que llevó a una pequeña refriega y luego un arresto.

Al final, Azogue se encontró metido en un calabozo con tres borrachos, solo uno de los cuales estaba consciente —cantando un viejo clásico de Pescador con la voz de alguien con el corazón partido— y un cuarto hombre que parecía loco de remate, convencido de que todo el mundo llevaba una máscara que ocultaba algo demoníaco, horrible, sediento de sangre. Lo habían arrestado por intentar arrancarle la cara a un mercader y observó a Azogue con aire reflexivo antes de decidir, como estaba claro, que aquel forastero de bigotes rojos tenía un aspecto demasiado duro para enfrentarse a él, al menos mientras siguiera despierto.

La sentencia fue de tres días, siempre que Azogue fuera un prisionero modelo. Cualquier problema y el periodo podía prolongarse.

Como resultado de todo ello, Scillara y Mezcla tardaron algún tiempo en conseguir permiso para ver a Barathol Mekhar. Se reunieron con él en una celda mientras dos guardias flanqueaban la única puerta con las espadas cortas en la mano.

—¿Haciendo amigos, eh? —dijo Scillara al reparar en ello.

El herrero pareció se encogió de hombros con un aire un tanto avergonzado.

—No tenía ninguna intención de resistirme al arresto, Scillara. Mi aprendiz, por desgracia, decidió otra cosa. —La angustia le tensó los rasgos cuando preguntó—: ¿Se sabe algo de él? ¿Lo han capturado? ¿Está herido?

Scillara se encogió de hombros.

—No hemos visto ni oído nada, Barathol.

—No hago más que decírselo a estos, en la cabeza solo es un niño. Fue responsabilidad mía, todo. Pero él rompió unos cuantos huesos y narices, así que están bastante molestos.

Mezcla se aclaró la garganta. Había algo yendo y viniendo entre Barathol y Scillara que la estaba poniendo muy incómoda.

—Barathol, nosotras podemos pagarle la multa al Gremio, pero esa pelea que tuvisteis, eso es más serio.

Él asintió con mal humor.

—Trabajos forzados, sí. Seis meses, más o menos. —Hubo un espasmo de sonrisa—. ¿Y adivinad para quién estaré trabajando?

—¿Para quién?

—Fundiciones Eldra. Y en seis meses me ganaré mi permiso como herrero, puesto que está permitido. Una especie de programa de rehabilitación.

La risa gutural de Scillara hizo erguirse a los dos guardias.

—Bueno, esa es una manera de llegar, supongo.

Barathol asintió.

—Al parecer, hice todo lo que no debía.

—No estoy tan segura —contestó Scillara—. ¿El Gremio está conforme con eso? Quiero decir, es como saltárselos a ellos, ¿no?

—No les queda otra. Todos los gremios de la ciudad tienen que acatarlo, salvo, supongo, el Gremio de los Asesinos. Como es obvio, la mayor parte de los prisioneros que se pasan seis meses trabajando en un oficio podrían obtener una especie de grado de aprendiz; pero no hay límites a lo rápido que puedes avanzar. Solo hay que pasar los exámenes y ya está.

Scillara parecía a punto de estallar en carcajadas. Hasta Barathol estaba haciendo esfuerzos.

Mezcla suspiró.

—Voy a pagar la multa. Considéralo un préstamo.

—Se agradece, Mezcla, de verdad.

—En recuerdo de Kalam —respondió ella mientras salía. Ninguno de los guardias le prestó la menor atención. Pero ella ya estaba acostumbrada a eso.

Un bhokaral respondió a la puerta. El sumo alquimista Baruk se lo quedó mirando desde su altura durante unos instantes antes de llegar a la conclusión de que no era más que un bhokaral. No un demonio, ni un soletaken. Un simple bhokaral, la carilla marchita estrujada en una mirada beligerante, las orejas puntiagudas crispadas. Cuando fue a cerrar el portillo otra vez, Baruk se adelantó y lo mantuvo abierto.

Ultraje repentino e indignación. Siseos, escupitajos, muecas, el bhokaral amenazó a Baruk con el puño y luego salió disparado por el pasillo.

El sumo alquimista cerró la puerta tras él y bajó por el pasillo. Oyó a otros bhokarala, una cacofonía de voces salvajes que se unían a la primera y daban una alarma que resonaba por el templo. Al bifurcarse el pasillo se encontró con una anciana dalhonesia haciendo pedazos una escoba de paja. La mujer levantó los ojos, miró con furia a Baruk y soltó algo en una lengua tribal, luego le hizo unos gestos garrapatosos con los dedos de la mano izquierda.

El sumo alquimista frunció el ceño.

—Retracta esa maldición, bruja. Ahora mismo.

—No serás tan descarado cuando las arañas vengan a por ti.

—Ahora —repitió él—, antes de que pierda la paciencia.

—¡Bah! ¡Total, no mereces el esfuerzo! —Y, de golpe, la anciana se derrumbó convertida en un montón de arañas que se escabulleron en todas direcciones.

Baruk parpadeó y luego se apartó a toda prisa, pero ninguna de las criaturas intentó acercarse a él. Momentos después se habían desvanecido de forma inexplicable, aunque no se veía ni una sola grieta o juntura.

—Sumo alquimista.

Baruk alzó los ojos.

—Ah, suma sacerdotisa. Llamé...

—Y le abrió un bhokaral, sí. Lo tienen por costumbre, después de haber espantado a la mayor parte de mis acólitas.

—No sabía que los bhokarala eran dados a infestar lugares.

—Sí, bueno. ¿Ha venido a hablar conmigo o con el que ha sido elegido... portavoz de Tronosombrío?

—No creo que la hayan usurpado por completo, suma sacerdotisa.

—Tomo nota de su generosidad.

—¿Por qué hay una bruja de Ardatha en su templo?

—Sí, ¿por qué? Venga conmigo.

El mago de Sombra —dioses del inframundo— estaba sentado en el suelo en la cámara del altar, afilando cuchillos. A su alrededor había esparcida una docena de esas armas, cada una con un diseño diferente.

—... esta noche —murmuraba—, ¡mueren todos! Gargantas cortadas, corazones partidos, ojos atravesados, uñas arrancadas. Alboroto y matanza. Recortes... —Y entonces alzó la mirada, se sobresaltó con gesto culpable, se lamió los labios una vez y sonrió de repente—. Bienvenido, sumo Barukista. ¿No hace un día precioso?

—Sumo alquimista Baruk, mago. Y no, no hace un día precioso. ¿Qué está haciendo?

Los ojos se dispararon de un sitio a otro.

—¿Haciendo? Nada, ¿no lo ves? —Hizo una pausa—. ¿No los hueles? Cerca, ¡oh, tan cerca! Va a ser un desastre. ¿Y de quién será la culpa? Un auténtico desastre, ¡pero nada que ver con Iskaral Pust! Yo soy perfecto. —Intentó adoptar una expresión inocente—. Estoy perfec... tamente bien.

Baruk no pudo evitarlo y se volvió hacia Sordiko Esscrúpulo.

—¿En qué estaba pensando Tronosombrío?

Fue obvio que la pregunta deprimió a la sacerdotisa.

—Admito sufrir una crisis de fe, sumo alquimista.

Iskaral Pust se puso de pie de un salto.

—Entonces, debes rezar, amor mío. A mí, puesto que Tronosombrío ve a través de mis ojos, oye a través de mis oídos, huele a través de mi nariz. —Cerró los ojos y añadió en un tono diferente—: Se tira pedos a través de mi agujero, también, pero eso sería demasiado ofensivo para mencionarlo. —Se esforzó por corregir la mirada y sonrió otra vez—. Sordiko, dulce mía, hay plegarias muy especiales, muy secretas. Y, eh, rituales. Ven a verme después de que se haya ido este hombre, ¡no hay tiempo que perder!

Algunos bhokarala se estaban colando en la cámara. Una veintena de ellos, que se movían con un sigilo absurdo, todos convergiendo alrededor de Iskaral Pust, que no pareció ser en absoluto consciente de ellos cuando le guiñó un ojo a Sordiko Esscrúpulo.

—Suma sacerdotisa —dijo Baruk—, cuenta con mi simpatía.

—Tengo noticias de Tronosombrío —dijo Iskaral Pust—. Por eso te he hecho llamar, Baruquimista.

—Usted no me ha hecho llamar.

—¿No? Pero tuve que hacerlo. Al menos se suponía que debía hacerlo. —Ladeó la cabeza—. Otro idiota, no hay más que idiotas por todas partes. Solo estamos yo y la querida Sordiko, solos contra el mundo. ¡Bueno, pues triunfaremos!

—¿Tronosombrío? —apuntó Baruk.

—¿Qué? ¿Quién? Ah, él.

—Por su boca.

—El esplendor pasará, sí, sí. Déjame pensar, déjame pensar. ¿Cuál era el mensaje, otra vez? Se me olvida. ¡Espera! Espera un momento. Era... ¿qué era? Pon vigilancia en la Puerta Urs. Eso es, sí. Puerta Urs. ¿O era Puerta Foss? ¿Puerta Cuervo? ¿Puerta Miserias? ¿Puerta Cúter? ¿Dos Bueyes?

—Sí —dijo Baruk—, ya están todas.

—Urs, sí, tiene que haber sido esa. Urs.

Sordiko Esscrúpulo parecía a punto de echarse a llorar.

Baruk se frotó los ojos y luego asintió.

—Muy bien. Yo me despido, entonces. —Se inclinó ante la suma sacerdotisa.

Los bhokarala entraron a la carrera. Cada uno robó un cuchillo y, entre chillidos, salieron disparados, aferrados a sus premios.

Iskaral Pust se quedó mirando con la boca abierta y luego se tiró de dos mechones de pelo que tenía encima de las orejas.

—¡Malvados! —chilló—. ¡Lo sabían! ¡Conocían todos mis planes! ¡Cómo? ¡Cómo!

—Bueno, ¿y qué hago contigo?

Chaur la miró con ojos tristes. Había estado llorando otra vez, tenía los ojos hinchados y dos mocos le bajaban pegajosos hasta los labios agrietados.

—Debemos asumir —continuó Rencor— que Barathol está indispuerto de forma inevitable... por supuesto, de momento lo único que podemos hacer es asumir, dado que en realidad no tenemos ni idea de lo que le ha pasado. Una cosa es evidente, y es que no puede venir aquí. Si pudiera, lo habría hecho, ¿verdad? Habría venido a recogerte, Chaur.

El hombretón estaba a punto de ponerse a berrear otra vez. La sola mención de Barathol amenazaba con hacerlo estallar.

Rencor se dio unos golpecitos en los labios llenos con un dedo largo de manicura perfecta.

—Por desgracia, yo voy a tener que salir pronto. ¿Puedo confiar en que te quedes aquí, Chaur? ¿Puedo?

Un asentimiento.

—¿Estás seguro?

El gigantón asintió otra vez y después se limpió la nariz, que no dejó muy limpia.

Rencor frunció el ceño.

—Por todos los dioses, estás hecho un desastre. ¿Te das cuenta de que lo único que te pasa es que hay ciertos caminos en tu cerebro que están desordenados? Un practicante de gran Denul podría hacer maravillas contigo, Chaur. Es una idea, ¿verdad? Oh, ya lo sé, tú no tienes «ideas» como tal. Tú tienes... impulsos, y confusión, y esas dos cosas componen al hombre conocido como Chaur. Y, salvo en momentos como este, eres casi siempre feliz, y quizá eso es algo que mejor no tocar. Ya saben los dioses que la felicidad es un bien muy valioso y escaso; de hecho, parece que cuanto más inteligente y perspicaz es el individuo, menos feliz suele ser. El coste de ver las cosas como son, supongo.

»Claro que luego está mi hermana, sin embargo. Mi sonriente y asesina hermanita. Mi cruel, fría y traicionera pariente. Resulta que es casi tan inteligente como yo, pero es inmune a la infelicidad. Una de las cualidades, sospecho, de su perturbación concreta.

»En cualquier caso, Chaur, tendrás que quedarte aquí, sin que nadie te vea. Yo debo hacerle una visita a mi hermana. Tenemos que hablar, ella y yo. Pronto, ¿sí?

Chaur asintió.

—Bueno, vamos a asearte. Yo no querría disgustar a Barathol, y tú tampoco, estoy segura.

Bueno, a Chaur se le daba bien entender a las personas la mayor parte del tiempo. También se le daba bien asentir. Pero en ocasiones entender y asentir no terminaban de ir a la par. Esa era una de esas ocasiones.

Volveremos a ello.

El carretero no consiguió terminar su desayuno, ya que alguien no tardó en notar la presencia del cadáver envuelto y le llevó recado a Meese, que algún imbécil había dejado un cuerpo en la parte de atrás de una carreta, fuera de la posada, lo que no se podía decir que fuera el tipo de publicidad positiva

que querría cualquier posada, incluyendo la del Fénix. Meese lanzó una maldición y salió para verlo con sus propios ojos, y hubo algo en las botas que le resultó familiar. Con un escalofrío repentino en el corazón, apartó la lona de la cara de Murillio.

Todo empezó a pasar muy rápido entonces: la desdicha del entendimiento, el correrse la voz y, al fin, ese lugar polvoriento y sin vida en el alma que era el dolor de la pérdida. La vil sensación de impotencia, el vapuleo cruel de la conmoción. El carretero terminó arrinconado por Irlta y, al ver el apuro en el que se había metido, el viejo se apresuró a contarles todo lo que sabía.

El hombre bajo y orondo del fondo de la sala se levantó con una expresión grave y se hizo cargo con discreción. Les dijo a Irlta y Meese que llevaran el cuerpo a la habitación libre que había arriba, cosa que hicieron con una ternura desgarradora. Se mandó aviso a Coll. En cuanto a los demás, bueno, todo el mundo regresaba a la taberna del Fénix tarde y temprano, así que la dura prueba de transmitir las malas nuevas no terminaría pronto, y las emociones se volverían a desbordar. Los vivos sentían la nueva carga y se daban cuenta de que, en los días siguientes, no habría placer, ni tranquilidad, y todo el mundo se sentía ya agotado, y ni siquiera Kruppe era inmune.

Un amigo querido está muerto y no hay nada justo en la muerte. Cuando llega el momento, siempre es demasiado pronto. La maldición de lo incompleto, la pérdida que jamás se puede llenar. Antes de mucho tiempo, alzándose como rocas dentadas de la riada, apareció la ira.

Al carretero le obligaron a explicar de nuevo la visita a un campamento minero, el duelo por un niño y las instrucciones del vencedor de que se devolviera el cuerpo a la taberna del Fénix. Eso era todo lo que sabía, lo juraba, y de momento nadie salvo Kruppe —el sabio Kruppe, el astuto Kruppe— comprendió quién debía de ser ese niño.

¿Debía, así pues, visitar cierta escuela de esgrima? Posiblemente.

La dura prueba de la carga, el espantoso peso de la terrible noticia, presenciar cómo se aplastaba otro espíritu, oh, ese era un día funesto, sin duda. Un día muy triste y funesto.

Y en esta noche sollozarán viudas, y sollozaremos nosotros también.

Dos hombres van a converger en la taberna del Fénix. El que llegue primero lo cambia todo. Si el proceso de reequilibrar la balanza existiese de verdad más allá de la naturaleza —es decir, en el reino de la humanidad—, entonces Rallick Nom habría sido el primero en enterarse de la muerte de su amigo; y habría partido, con una mirada dura en los ojos, para asumir una nueva carga, pues aunque la venganza aliviaba ciertas necesidades espirituales, el asesinato a sangre fría provocaba un daño terrible al alma. Por supuesto, eso ya lo había hecho antes, en nombre de otro amigo, así que en su mente sentía que no podía estar más perdido de lo que ya lo estaba.

Ay, pero ese sabor concreto de la reparación no iba a probarlo.

Desazonado por una multitud de pensamientos, Navaja se acercó a la entrada de la taberna del Fénix. Observó que un viejo carretero se llevaba un buey, pero no tenía motivos para dedicarle más pensamientos. En cuanto entró, percibió que algo iba mal. Irlta estaba detrás de la barra con una botella en la mano, y no, según vio, para servir copas a los clientes, sino para llevársela a la boca, inclinarla hacia atrás y tomar unos cuantos tragos mortificantes. Tenía los ojos rojos, sobrecogedores en aquella cara pálida.

Pocos hablaban, y los que decían algo lo hacían en un tono apagado.

Meese no estaba por ninguna parte, pero Navaja vio a Kruppe sentado en su mesa, le daba la espalda a

la sala, algo que jamás le había visto hacer. Tenía delante una botella de vino caro, cuatro copas dispuestas. Kruppe iba llenando poco a poco la que había delante de la silla de su derecha.

Con una creciente inquietud, Navaja se acercó. Sacó esa silla y se sentó.

No había señal de la habitual afabilidad de Kruppe en su rostro. Serio, pálido, sombrío. En sus ojos, una angustia pura.

—Bebe, mi joven amigo —dijo.

Navaja vio que las dos copas que quedaban estaban vacías. Extendió la mano.

—Este es del caro, ¿no? ¿Qué ha pasado, Kruppe?

—El honorable Murillio está muerto.

La afirmación fue como un golpe físico que le arrancó a Navaja el aliento. No podía moverse. El dolor se abrió paso como un torrente entre el entumecimiento, se hundía de nuevo y regresó una vez más. Una y otra vez.

—Un duelo —dijo Kruppe—. Fue a recuperar a un niño perdido. Las Minas Eldra, al oeste de la ciudad.

Algo se agitó en el interior de Navaja, pero fue incapaz de encontrarle sentido. ¿Reconoció algo? ¿Qué?

—Pensé... pensé que ya lo había dejado.

—¿Dejado qué, amigo mío? ¿El deseo de hacer el bien?

Navaja negó con la cabeza.

—Los duelos. Me refería... a los duelos.

—Fue a liberar al pequeño Harllo. El propietario de la mina estaba allí, o uno de ellos, al menos. La historia dibuja un círculo, como tiene por costumbre hacer. —Kruppe suspiró—. Era demasiado viejo para esas cosas.

Y, entonces, llegó la pregunta, y se hizo en tono embotado, una voz vacía de todo.

—¿Quién lo mató, Kruppe?

Y el hombre orondo se estremeció, y vaciló.

—Kruppe.

—No servirá de nada...

—¡Kruppe!

—Ah, ¿puede uno resistirse a esas fuerzas? Gorlas Vidikas.

Y eso fue todo. Lo sabía, sí. Navaja lo sabía. La mina... Eldra... la historia. *Sabe quién soy. Quería castigarme. Mató a Murillio para hacerme daño. Mató a un hombre magnífico... magnífico y noble. Esto... esto tiene que parar.*

—Siéntate, Navaja.

He de detener esto. Ahora. Es lo que ella quiere, en cualquier caso.

—Coll viene hacia aquí —dijo Kruppe—. Y Rallick Nom... Azafrán, déjale esto a Rallick...

Pero ya se estaba moviendo, los ojos en la puerta. Irlita estaba mirando y algo en su rostro le llamó la atención. Había una avidez oscura en sus ojos, como si la sirvienta supiera adónde iba, como si supiera...

—Navaja —dijo con voz ronca—, vete a por ese malnacido. Que pague por esto.

Y al cabo estaba fuera. El brillo del día fue como una bofetada que hizo oscilar su cabeza. Ahogó un grito, pero seguía sin ser fácil respirar. Lo asaltó la presión y la rabia se alzó en su mente, un leviatán de pesadilla con la boca abierta, y su aullido le llenó el cráneo.

Ensondeció a Navaja al mundo que lo rodeaba.

El día se ha despojado de todo, incluso el tiempo ha sido desgarrado, el presente se expande y se traga todo lo que encuentra. Es un instante y ese instante parece eterno.

Recuerda el comienzo de este día. Un único aliento, aspirado con amor...

Bellam Nom cogió un trozo de cuero trenzado e hizo unos nudos a ambos extremos. Se agachó delante de Miau.

—¿Ves este lazo, Miau? Cógelo con las manos, yo voy a sujetar el otro extremo, ¿de acuerdo? Vamos a salir. Tú no sueltes la cuerda, ¿de acuerdo?

Miau asintió con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes —dijo Bellam—. Caminaré despacio. —Después fue hasta Hinty, cogió a la niña en brazos y apoyó su peso en el codo de su brazo izquierdo. Los brazos delgados de la niña le rodearon el cuello y sintió la naricilla húmeda rozándole la mejilla. Bellam le sonrió a Miau.

—¿Lista?

Otro asentimiento.

Y así salieron.

Snell seguía con el viejo comerciante de cuerpos y Bellam no pensaba ir a buscarlo todavía. No tenía ni idea de lo que les había ocurrido a Myrta y Bedek, pero dejó un mensaje garabateado con carbón en la superficie de la única mesa para decirles a dónde había llevado a Miau y Hinty.

Murillio ya debería haber estar de vuelta. Bellam empezaba a preocuparse. No podía seguir esperando allí.

Atravesaron las multitudes con lentitud. A Miau la soltaron un par de veces sin querer de la cuerda, pero las dos Bellam pudo encontrarla. Dejaron el barrio de chabolas extraoficial conocido como la Zanja y después de un rato llegaron a la escuela de esgrima.

Bellam dejó a Hinty en el suelo en la zona de calentamiento, le dijo a Miau que se quedara con su hermanita y se fue a buscar a Piedra Menackis.

La mujer estaba sentada en un banco de piedra, en la columnata tragada por las sombras que recorría el extremo posterior del patio de prácticas, las largas piernas estiradas, los ojos clavados en la nada. Cuando lo oyó acercarse alzó los ojos.

—Clases canceladas. Lárgate.

—No he venido para ninguna clase —dijo Bellam, sorprendido por la dureza de su propia voz.

—Vete —contestó ella—, antes de que te dé una paliza.

—Son muchos ya, Piedra, los que están actuando por ti y haciendo lo que se supone que tú deberías hacer. No es justo.

La maestra frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¿Murillio no ha vuelto?

—Todo el mundo se va.

—Encontró a Harllo.

—¿Qué?

El chico vio que los ojos le ardieron de interés.

—Lo encontró, Piedra. Trabajando en un campamento minero. Fue a recuperarlo. Pero no ha vuelto. Ha ocurrido algo, algo malo... lo presiento.

Piedra se levantó.

—¿Dónde está ese campamento? ¿Cómo terminó allí?

—Snell.

La mujer se lo quedó mirando.

—Voy a matar a ese cochino malnacido.

—No, de eso nada. Eso ya está resuelto. Tenemos un nuevo problema.

En ese momento una figurita entró en el pasillo y se los quedó mirando.

Piedra frunció el ceño.

—¿Miau? ¿Dónde están tu ma y tu pa? ¿Dónde está Hinty?

Miau empezó a llorar y después se precipitó hacia Piedra, que no tuvo más alternativa que coger a la niña en brazos.

—Han desaparecido —dijo Bellam—. Yo estaba cuidando de ellas, esperando, pero no han vuelto a aparecer. Piedra, no sé qué hacer con ellas. Yo tengo que volver a casa, mis padres deben de estar volviéndose locos de preocupación.

Piedra se dio la vuelta, todavía con Miau en brazos, con una mueca salvaje en el rostro.

—¡Yo tengo que ir a buscar a Harllo! ¡Llévatelas a tu casa!

—No. Ya basta. Hazte responsable de ellas, Piedra. Una vez que avise a mis padres que estoy bien, iré a buscar a Murillio. Hazte responsable. Se lo debes a Myrla y Bedek, ellos lo hicieron por ti. Durante años.

Bellam creyó que lo iba a golpear, vio la furia que se debatía en sus ojos y dio un paso atrás.

—Hinty está en la zona de calentamiento, seguramente durmiendo, lo hace mucho. Ah, y tienen hambre.

Y luego las dejó.

Fueron necesarias las palabras de un joven, no, de un niño, para conseguir lo que Rezongo no había podido. Fue necesario un aluvión de palabras francas, sinceras, arrolladoras, contra las que ella no tenía defensa alguna.

La mujer se irguió con Miau en los brazos, tenía la sensación de que le habían reventado el alma y lo único que quedaba era una cáscara hueca que poco a poco se iba volviendo a llenar. Se volvía a llenar de... algo.

—Oh —susurró—, Harllo.

Shardan Lim estaba esperando a Cáliz cuando esta regresó a casa. El hombre se levantó del ornamentado banco, pero no se acercó, en su lugar se quedó de pie, observándola con una expresión extraña.

—Vaya —dijo ella—, qué inesperado.

—Sin duda. Disculpa por inmiscuirme en tu... apretada agenda.

No había remordimiento real en esa disculpa, sin embargo, y ella sintió un temblor en los nervios.

—¿Qué quiere, consejero?

—¿No hemos dejado ya los títulos, Cáliz?

—Eso depende.

—Quizá tengas razón. Con todo, una vez que terminemos aquí, no habrá necesidad de formalidades entre nosotros.

¿Debería llamar a la guardia? ¿Qué haría él? *Reírse de ella, claro.*

Shardan Lim se acercó más.

—Sírverte un poco de vino. Sírverte mucho vino, si quieres. He de decirte que no me complace en absoluto que se me haya rechazado con tan pocos miramientos. Al parecer encuentras el adulterio de tu gusto, y tus apetitos han crecido. ¿Sin control? Creo que sí, sin control.

—Abriste la puerta a la fuerza —dijo ella—, ¿y ahora te quejas de que haya dejado la habitación?

Los finos y descoloridos labios se curvaron en una sonrisa.

—Algo así. No estoy listo para que te vayas todavía.

—¿Y yo no tengo nada que decir sobre el tema?

El hombre alzó las cejas.

—Querida Cáliz. Renunciaste a esos privilegios hace mucho tiempo. Dejaste que tu marido te usara; no de una forma normal, pero, con todo, dejaste que te usara. Permitiste que yo hiciera lo mismo y ahora un ladronzuelo de los bajos fondos, y quién sabe cuántos otros. No empieces a protestar ahora, te sonará falso incluso a ti, estoy seguro.

—Sigue siendo mi vida. —Pero las palabras sonaban pobres, demasiado quebradizas para extenderse sobre aquella verdad fea y deforme.

El consejero no se molestó en contestar, solo miró hacia un diván.

—Tendrás que arrastrarme —dijo ella—, así que la realidad será muy simple, tan simple que no podrás fingir que esto es otra cosa que la violación que es.

Él la miró con gesto decepcionado.

—Te equivocas otra vez, Cáliz. Vas a ir hasta allí y te vas a desvestir. Vas a echarte y te vas a abrir de piernas. No debería ser muy difícil, ya lo has hecho muchas veces. Me temo que ese amante tan humilde va a tener que compartirte. Muy pronto me imagino que ya no serás ni siquiera capaz de notar la diferencia.

¿Cómo podía obligarla a hacer esas cosas? Cáliz no lo entendía, aunque, sin duda, él sí. Sí, Shardan Lim comprendía las cosas demasiado bien.

Se acercó al diván.

Seguía irritada, dolorida después de hacer el amor esa mañana. En nada de tiempo ese dolor sería más profundo, más crudo de lo que lo era en ese momento. Dolor y placer, sí, entrelazados como amantes. Podía alimentarlos a los dos una y otra vez, para siempre jamás.

Y lo haría. Hasta que llegara el momento en el que... despertase.

Azafrán, olvídate de mi marido. No tiene sentido. Te lo diré la próxima vez, lo prometo.

Lo prometo.

Shardan Lim la usó entonces, pero al final fue él quien no lo entendió. Y cuando ella le dio las gracias después, pareció desconcertado. Cuando él se apresuró a vestirse e irse, ella permaneció echada en el diván, divertida por la confusión del hombre, en paz con el estado de las cosas ahora.

Y pensó en su esfera de cristal con su luna atrapada, ese regalo de una juventud largo tiempo perdida, y sonrió.

En una ciudad casi tropical a los muertos se les amortaja rápido. Un afligido Coll, medio loco de dolor, llegó en un carruaje. Meese bajó de la habitación donde había permanecido con el cuerpo y Coll envió a uno de sus ayudantes a abrir la cripta familiar. No se permitirían retrasos. El dolor se transformó en furia cuando Coll descubrió quién era el responsable de la muerte de Murillio.

—A primera sangre nunca es suficiente para Vidikas. Le gusta matar; en cualquier otra circunstancia ya iría camino del Cadalso Alto. Malditas sean estas anticuadas leyes de duelos. Ha llegado el momento de ilegalizar los duelos, me dirigiré al Consejo...

—Tal cosa no ocurrirá —dijo Kruppe sacudiendo la cabeza—. Coll lo sabe tan bien como lo sabe Kruppe.

Coll lo miró como un hombre atrapado, arrinconado.

—¿Dónde está Rallick? —preguntó con un gruñido.

Kruppe suspiró, llenó la penúltima copa y se la dio a Coll.

—No tardará en llegar, cree Kruppe. Así es este día, no tiene prisa por terminar, ¿y alguno dormiremos esta noche? Kruppe ya teme la soledad inminente. Ah, aquí está Rallick.

Observaron a Irlita, que se acercó a traspiés a Rallick y a punto estuvo de derrumbarse en los brazos del asesino. La expresión conmocionada del hombre se fue ensombreciendo rápidamente conforme hablaba la sirvienta, la voz ahogada porque había apretado la cara contra el hombro del asesino, pero no tan ahogada como para que él no la pudiera entender.

Rallick alzó los ojos y se encontró con los de Kruppe y luego con los de Coll.

No quedaba nadie más en el bar, el enrarecido ambiente había expulsado incluso a los bebedores más inconscientes. Sulty y Chud, el nuevo cocinero, permanecían en la puerta que llevaba a la cocina, Sulty llorando en silencio.

Kruppe llenó la última copa y se sentó dándole la espalda a la escena. Coll se derrumbó junto a Kruppe y apuró el vino con la facilidad de un alcohólico que vuelve a recuperar su pasión más peligrosa, pero Kruppe había elegido ese vino con esos riesgos en mente; su embriaguez era una ilusión, el sabor a alcohol, una audaz combinación de especias y nada más. Kruppe comprendía que no era más que una solución temporal. Conocía bien a Coll, comprendía el ciclo egoísta de autocompasión que se cernía ante aquel hombre, que se paseaba con esa familiar sonrisilla de suficiencia, como una vieja y letal amante. Le abriría los brazos de par en par y envolvería en ellos a Coll una vez más, los días y noches venideros serían muy difíciles.

Tras un largo momento, Rallick se reunió con ellos, y aunque se quedó de pie, alargó el brazo para coger la copa.

—Azafrán debería estar aquí —dijo.

—Lo estuvo, pero se ha ido.

Coll se sobresaltó.

—¿Ido? ¿Tan poco significaba Murillio para él que se fue sin más?

—Se fue —dijo Kruppe— en busca de Gorlas Vidikas.

Coll maldijo y se levantó.

—¡El muy idiota! ¡Vidikas lo hará pedazos! Rallick...

El asesino ya estaba dejando la copa en la mesa y dándose la vuelta.

—¡Esperad! —exclamó Kruppe de pronto en un tono que ninguno de aquellos hombres había oído jamás, no en boca de Kruppe, al menos—. ¡Los dos! Coge ese vino otra vez, Rallick. —Y entonces él también se levantó—. Queda la memoria de un amigo y nosotros brindaremos por ella. Bueno, bien. Rallick, no vas a alcanzar a Azafrán, no llegarás a tiempo. Escuchad con atención a Kruppe, los dos. La venganza no tiene por qué precipitarse...

—¿Así que Rallick debería dejar que Vidikas matara a otro amigo nuestro?

Kruppe miró al asesino.

—¿Tú también careces de fe, Rallick Nom?

—No se trata de eso —respondió el hombre.

—No puedes detener lo que ya ha pasado. Él ya ha recorrido ese camino. Tú lo descubriste, ¿no es cierto? Fuera de esta misma posada.

Coll se frotó la cara, como si estuviera esperando el entumecimiento que un vientre lleno de vino debería haberle proporcionado.

—¿De verdad, Azafrán...?

—Tiene un nuevo nombre —lo interrumpió Rallick asintiendo al fin—. Uno que es obvio que se ha

ganado a golpes.

—Navaja, sí —dijo Kruppe.

Coll miró a uno y a otro y vuelta otra vez, y luego se dejó caer en la silla con un golpe seco. De repente pareció tener cien años, los hombros encorvados cuando fue coger la botella y se llenó de nuevo la copa.

—Habrá repercusiones. Vidikas no... está solo. Hanut Orr, Shardan Lim. Pase lo que pase va a provocar un efecto en cadena... Dioses del inframundo, esto podría complicarse mucho.

Rallick lanzó un gruñido.

—Hanut Orr y Shardan Lim. Yo puedo interponerme en su camino cuando llegue el momento.

Los ojos de Coll destellaron.

—Tú cubres a Navaja. Bien. Podemos ocuparnos de esto, quiero decir que tú puedes. Yo soy un inútil, siempre lo fui. —Se hundió otra vez con un crujido de la silla y apartó los ojos—. ¿Qué le pasa a este vino? No me está haciendo nada.

—A Murillio —dijo Kruppe— no le agradaría que te presentaras borracho cuando lleven su cuerpo a la cripta. Hónralo, Coll, ahora y de ahora en adelante.

—Vete a tomar por culo —respondió el otro.

El dorso de la mano enguantada de Rallick Nom golpeó con fuerza la cara de Coll e hizo que se balanceara hacia atrás. El consejero se irguió de golpe, indignado, y fue a coger el ornamentado cuchillo que llevaba en el cinturón. Los dos hombres se quedaron mirándose con furia.

—¡Dejadlo ya!

Una botella se estrelló contra el suelo, el contenido salpicó los pies de Coll y de Rallick, y los dos se volvieron cuando Meese gruñó.

—¡Ahí lo tienes, Coll, lámelo y asfíxiate! Entretanto, qué tal si el resto presentamos nuestros respetos y lo acompañamos a la cripta, ha llegado la carreta del enterrador. Es la hora, no de ninguno de vosotros, sino de él. De Murillio. Estropeáis este día y os perseguirá para siempre. Y por el aliento del Embozado, yo también.

Coll agachó la cabeza y escupió sangre.

—Vamos a terminar con esto, entonces —dijo—. Por Murillio.

Rallick asintió.

Tras la barra, Irlta se puso mala de repente. Los sonidos de sus arcadas y toses hicieron callar a todos los demás.

Coll parecía avergonzado.

Kruppe posó una mano en su hombro. Y de golpe el consejero se echó a llorar, tan roto que presenciarlo era romperse uno por dentro. Rallick le dio la espalda y se llevó las dos manos a la cara.

Los supervivientes no lloran la muerte juntos. Cada uno llora solo, incluso cuando están en el mismo sitio. El dolor es el más solitario de todos los sentimientos. El dolor aísla, y cada ritual, cada gesto, cada abrazo, es un esfuerzo desesperado por atravesar ese aislamiento.

Nada de ello funciona. Las formas se desmoronan y disuelven.

Enfrentarse a la muerte es quedarse solo.

¿Cuánta distancia puede viajar un alma perdida? Rapiña creía que había empezado en un helado mundo lejano, debatiéndose hundida hasta los muslos entre ventiscas de nieve, con un viento cortante que aullaba a su alrededor. Se caía una y otra vez, la costra de hielo le dejaba la piel en carne viva; estaba desnuda, los dedos se le ennegrecían desde las puntas conforme se iban congelando, y se convertían en cosas sólidas, muertas. Los dedos de los pies y todo lo demás sufría el mismo destino, la piel se partía,

los tobillos se hinchaban.

Dos lobos iban tras ella. No sabía cómo lo sabía, pero así era. Dos lobos. Dios y Diosa de la Guerra, los Lobos del Invierno. La olisqueaban como harían con un rival, pero ella no era ninguna ascendiente, y desde luego no tenía nada de diosa. Había llevado unos torques una vez, como si hubiera jurado lealtad a Treach, y eso había dejado su marca.

La guerra no podía existir sin rivales, sin enemigos, y eso era tan cierto en el reino inmortal como lo era en el mortal. El panteón siempre refleja la naturaleza de sus infinitas orientaciones. Las facetas explican verdades infalibles. En invierno, la guerra era el frío inerte de la carne muerta. En verano, la guerra se pudría en nubes fétidas llenas de gusanos. En otoño, el campo de batalla estaba salpicado de muertos. En primavera, la guerra surgía de nuevo en los mismos campos, las semillas bien nutridas en el suelo fértil.

Rapiña se abrió paso por un bosque oscuro de píceas y abetos. Los dedos se le cayeron uno por uno. Daba traspies sobre muñones. El invierno la atacaba, el invierno era su enemigo, y los lobos cada vez estaban más cerca.

Atravesó un puerto de montaña; breves destellos de conciencia y siempre que aparecían y la sacaban de la nada, encontraba el paisaje transformado. Peñascos amontonados, crestas, picos recortados alzándose hacia el cielo. Una pista torturada, retorcida, que de repente bajaba en un ángulo pronunciado, pinos y robles enanos a los lados. Aullidos salvajes que expresaban su cólera allá arriba, y ella los había dejado muy atrás.

Un valle abajo, verde y exuberante, una selva enclavada tan imposiblemente cerca de esas enormes cordilleras y de los vientos racheados rociados de nieve; o quizá Rapiña había atravesado continentes. Tenía las manos enteras, los pies desnudos se hundían en marga cálida, húmeda. Los insectos danzaban y zumbaban a su alrededor.

De los matorrales le llegó una tos animal, el intenso rugido de un felino.

Y otro cazador la había encontrado.

Se apresuró a continuar, como si la aguardara otra parte, un santuario, una cueva en la que pudiera entrar para surgir por algún otro lado, renacida. Y entonces vio, alzándose fortuitamente entre el musgo, el humus y los montículos de troncos podridos, espadas, las hojas incrustadas, las empuñaduras engalanadas de musgo, los pomos verdes por el cardenillo. Espadas de todos los estilos, todas tan corroídas y oxidadas que resultarían inútiles como armas.

Oyó la tos del felino otra vez, más cerca.

El pánico la atravesó como un aleteo.

Encontró un claro de hierbas altas que se mecían, un mar de verde esmeralda en el que se hundió y por el que empezó a abrirse paso.

Algo se agitaba tras su estela, algo rapidísimo y mortífero.

Rapiña chilló y cayó al suelo.

La circundaron unas voces broncas y rudas, respondidas por un gruñido de algún lugar cercano, detrás de ella. Rapiña rodó de espaldas. Figuras de aire humano se pegaron a ella, enseñaban los dientes y hacían ademanes de apuñalar con lanzas endurecidas por el fuego a un leopardo que se agazapaba a menos de tres pasos de donde ella estaba tirada. El animal tenía las orejas echadas hacia atrás, los ojos llameantes. Y luego, en un instante, había desaparecido.

Rapiña se puso en pie de golpe y descubrió que destacaba por encima de aquella gente, a pesar de que todos y cada uno de ellos fuesen adultos: era algo que podía ver incluso a través del fino pelaje que los cubría. Cinco mujeres, cuatro varones, y las mujeres eran las más robustas, con anchas caderas y cajas torácicas pronunciadas.

Unos luminosos ojos castaños se clavaron en ella con algo parecido a la veneración, y luego volvieron las lanzas hacia ella y la empujaron para que tomara un sendero que atravesaba el camino por el que había avanzado ella. *Menuda veneración*. Aquellas lanzas la apuntaban amenazantes y Rapiña vio que tenían algo negro untado en las puntas. *Soy una prisionera. Estupendo*.

Se apresuraron pista abajo, una pista nunca pensada para alguien de la estatura de Rapiña, que tropezaba con ramas arañándole la cara una y otra vez. Poco después ya habían llegado a otro claro, a los pies de un acantilado. Un ancho saliente rocoso de poca altura se proyectaba sobre la boca de una cueva inclinada de la que salía el humo de una hoguera. Dos ancianas se acuclillaban en la entrada con un enjambre de chiquillos asomándose tras ellas.

No hubo nada del esperado vocerío y revuelo entre los niños; es más, nadie emitió ni un solo sonido, lo que suscitó en Rapiña una súbita sospecha: esas criaturas no eran las dueñas de su dominio. No, se comportaban como lo haría una presa. La veterana vio piedras a ambos lados de la cueva, amontonadas para levantar una barricada al caer la noche.

Sus captores la metieron en la cueva. Tuvo que agacharse para no rasparse la cabeza en el techo bajo y ennegrecido. Los niños huyeron a cada lado. Más allá del parpadeo de la luz que emitía la única hoguera, la cueva continuaba adentrándose en la oscuridad. Tosiendo entre el humo, avanzó a traspiés, rodeó el fuego y continuó hacia las profundidades. Los astiles de las lanzas la empujaban. El suelo de tierra compacta bajo sus pies estaba libre de escombros, pero la cuesta se empinaba cada vez más y sintió que iba deslizándose y perdiendo agarre.

De repente, los astiles se apretaron contra ella y le dieron un fuerte empujón.

Rapiña lanzó un grito de alarma, se abalanzó y se deslizó por el suelo húmedo como si estuviera recubierto de grasa. Buscó algo a lo que aferrarse, pero sus frenéticas manos no encontraron nada, y entonces el suelo se desvaneció bajo sus pies y comenzó a caer.

La inesperada y repentina caída en picado de Harllo terminó rápido entre peñascos de afilados bordes. Se le abrieron brechas por toda la espalda, por un muslo y en el tobillo de esa misma pierna. El impacto lo dejó aturdido. Oyó un ruido impreciso, algo que golpeaba las rocas cerca, un chasquido seco, terrible.

Al final se decidió a moverse. El dolor de las heridas era feroz y notó que estaba sangrando, pero aparentemente no se había roto ningún hueso. Se arrastró despacio hasta donde había oído aterrizar a Bainisk y oyó una respiración entrecortada.

En su búsqueda a tientas sus manos palparon piel cálida y la encontró húmeda, desgarrada. Y al rozarla con sus dedos, la carne se estremeció.

—¡Bainisk!

Un gemido bajo, y luego un grito ahogado.

—Bainisk, soy yo. Conseguimos bajar, nos escapamos.

—¿Harllo? —La voz era horrible en su debilidad, su dolor—. Cuéntame...

Se arrimó a Bainisk, sus ojos distinguieron una forma tosca. Encontró la cabeza de Bainisk ladeada hacia él y Harllo consiguió ponerse de rodillas y levantar con mucho cuidado la cabeza de su amigo; sintió unos fragmentos extraños moviéndose bajo sus manos, bajo el cabello apelmazado por la sangre de Bainisk, y luego, con toda la delicadeza que pudo, se acomodó la cabeza de su amigo en el regazo.

—Bainisk.

La cara estaba aplastada por un lado. Era un milagro que pudiera hablar.

—Soñé —susurró—. Soñé con la ciudad. Flotaba en el lago... Iba allá donde van las olas. Háblame, Harllo, háblame de la ciudad.

—Tú la vas a ver muy pronto...

—Cuéntame.

Harllo acarició la frente de su amigo.

—En la ciudad... Bainisk, oh, en la ciudad, hay tiendas y todo el mundo tiene todo el dinero que necesita y puedes comprar lo que tú quieras. Hay oro y plata, hermosa plata, y la gente se la regala a cualquiera que les apetezca. Nadie discute jamás por nada, ¿por qué habrían de hacerlo? No hay hambre, no duele, nunca duele nada, Bainisk. En la ciudad cada niño tiene una madre y un padre... y la madre ama a su hijo para siempre jamás y el padre no la viola. Y tú puedes elegir unos para ti. Una madre hermosa y un padre guapo y fuerte, serían tan felices de cuidarte, ya lo verás, ya lo verás.

»Verían lo bueno que eres. Te verían por dentro, el corazón, y vería que es puro, de oro, porque lo único que querías era ayudar, porque para ellos eras una carga y tú no querías serlo, y quizá si ayudaras lo bastante, te querrían y querrían que estuvieras con ellos, que vivieras con ellos. Y si eso no sirviese, bueno, solo quiere decir que tienes que trabajar más. Hacer más, hacerlo todo.

»Oh, Bainisk, la ciudad... hay madres...

Entonces se calló, porque Bainisk había dejado de respirar. Estaba muy quieto, el cuerpo roto plegado sobre las rocas afiladas, la cabeza tan pesada en el regazo de Harllo.

Dejémosles allí, por ahora.

La ciudad, ah, la ciudad. A medida que cae la noche, despiertan los fuegos azules. Entre las achaparradas criptas daru de un cementerio se ven unas figuras, en silencio mientras ven cómo los trabajadores sellan la puerta una vez más. Unos estorninos revolotean en el cielo.

Abajo, en el puerto, una mujer pisa con ligereza el muelle, respira hondo el miserable aire y luego parte en busca de su hermana.

Chamusquino y Leff vigilan con gesto nervioso la verja de una hacienda. No hablan mucho esas últimas noches. Dentro del complejo, Torvald Nom pasea de un lado a otro. No sabe si debería irse a casa. La noche ha comenzado de forma extraña, pesada, y sus nervios están destrozados. Madrun y Lazan Puerta están lanzando las tabas contra un muro, Estudioso Cerrojo ha salido a un balcón y observa.

Cáliz Vidikas está sentada en su dormitorio con una esfera de cristal en la mano y los ojos clavados en la luna atrapada en el interior de su globo transparente.

En una habitación encima de un bar, Mezcla está sentada junto a la forma inmóvil de su amante y llora.

En el piso de abajo, Duiker levanta despacio la cabeza cuando Pescador, acunando un laúd, comienza una canción.

En la taberna del Fénix, una mujer vieja y agotada, con la cabeza martilleándole, se arrastra hasta su pequeño cubículo y se desploma en la cama. Había amores en el mundo que nunca encontraban voz. Había secretos que nunca se desvelaban, pero ¿qué sentido habría tenido? Ella no era ninguna belleza lánguida. El suyo no era un gran ingenio. Siempre le faltaba valor, pero no esa vez, cuando se hizo unos cortes longitudinales en las muñecas con cuchillas afiladas, en ángulos precisos, y observó la vida que se le iba escurriendo. En opinión de Irlta, ese último gesto no era más que una formalidad.

Bellam Nom atraviesa la Puerta de Dos Bueyes y se pone en camino. En una chabola entre los leprosos oye a alguien sollozando. El viento ha amainado, el olor a carne podrida lo impregna todo, denso e inmóvil. El chico se apresura, como tienen por costumbre hacer los jóvenes.

Mucho más allá, camino abajo, Navaja monta un caballo robado en el establo de Coll. Tiene el pecho lleno de cenizas, su corazón es una piedra fría enterrada en lo más hondo.

Tomó aire, ese mismo día, muy temprano, una bocanada llena de amor.

Y luego la soltó, negra de dolor.

Ambas parecían haberse ido, desaparecido en su interior, quizá para no volver jamás. Y, sin embargo, flotando allí, en su imaginación, ve a una mujer.

Fantasmal, envuelta en negro, los ojos oscuros clavados en los suyos.

No por este camino, mi amor.

Navaja sacude la cabeza al oír sus palabras. Sacude la cabeza.

No por mi camino, mi amor.

Pero él sigue cabalgando.

Te daré mi aliento, mi amor. Para que lo guardes.

Guárdalo por mí, igual que yo guardo el tuyo. Da la vuelta.

Navaja vuelve a sacudir la cabeza.

—Me dejaste.

No, te di a elegir, y la elección sigue ahí. Mi amor, te di un lugar al que venir, cuando estés listo. Búscame. Ven a buscarme.

—Esto primero.

Toma mi aliento. Pero no este, no este.

—Demasiado tarde, Apsalar. Siempre fue demasiado tarde.

El alma no conoce mayor angustia que tomar un aliento que comienza en el amor y termina en el dolor. Pero hay otras angustias, muchas otras. Se despliegan a su antojo, y morar en su interior es no entender nada.

Salvo, quizá, esto. En el amor, el dolor es una promesa. Tan segura como el saludo del Embozado. Habrá muchos jardines, pero el último que se visita es muy tranquilo. No es para amantes. No es para soñadores. Es solo para una única figura, allí, en la oscuridad, de pie y a solas.

Una figura que toma un único aliento.

Capítulo 20

En cavernosa arboleda y cámara en forma de aguja
La parra se retira y entra el musgo en
El vacío de donde vino
En llana tumba y hendidada cripta
Los huesos se estremecen y los espíritus huyen
A los intervalos entre alientos
En inclinada torre y puerta llena de telarañas
Los ecos silenciosos y los susurros que morirán
Hombres en máscaras rascan tabas contra muros
En oscuras vitrinas y bajo tablas de camas
Los títeres de miembros restallantes y los ojos pintados se abren
A la canción que se derrama de las colinas
Y el alma se sobresalta en su repique cavernoso
Magullada y apaleada en un miedo infernal
Esta es la música de la bestia
El clamor del mundo acorralado
Comenzada su loca y salvaje carga
La caza comienza amigos míos
Los Mastines están entre nosotros.

Preludio
Doblan por los Mastines
Pescador

Caras de piedra, y ni una sola se volvía hacia Nimander. Su dolor era demasiado frío para ellas, demasiado extraño. No había mostrado suficiente conmoción, espanto, desconsuelo. Se había tomado la noticia de su muerte como un comandante al oír que había perdido a un soldado, y solo Aranatha —en el único y fugaz momento en el que reconocía la presencia de algo o alguien— había asentido apenas en su dirección, como en una lúgubre aprobación.

La traición tensaba los rasgos de Garrapata de Piel, nada más esfumarse la aturdida incredulidad, y en la intimidad que siempre había sentido con Nimander parecía haberse abierto una sima que ningún puente podía salvar. Nenanda había llegado al punto de casi sacar la espada, pero se debatía sin saber quién merecía más el mordisco de su hoja: Clip o Nimander. Clip por aquel gesto de indiferencia después de mostrarles el borde venido abajo del acantilado donde la joven debía de haber perdido el equilibrio. O Nimander, que permanecía allí, con los ojos secos y sin decir nada. Desra, la calculadora y egoísta Desra, fue la primera en llorar.

Garrapata de Piel expresó su deseo de bajar a la fisura, pero era un gesto sentimental tomado de su tiempo entre humanos —la necesidad de atender a los muertos, quizás incluso de enterrar el cuerpo de Kedeviss bajo unos cantos rodados— y su sugerencia se recibió solo con silencio. Los tiste andii no prestaban atención alguna a los cadáveres. No habría regreso a Madre Oscuridad, después de todo. El alma había sido arrojada lejos y vagaría para siempre perdida.

Partieron muy poco después, Clip en cabeza para continuar la travesía por el escabroso paso. Las nubes bajaban por los flancos de los picos, como si las montañas se estuvieran desprendiendo de sus mantos blancos, y el aire comenzó a enfriarse y humedecerse enseguida, enrarecido en los pulmones, y de pronto las nubes se tragaron el mundo.

A trompicones por aquella piedra resbaladiza, helada, Nimander subía detrás de Clip con paso penoso; aunque el guerrero ya ni siquiera era visible, solo había un camino posible. Sentía cómo las opiniones de los demás se endurecían a su espalda, una sucesión de capas cada vez más espesas, la de Desra, la de Nenanda, y la más dolorosa de todas, la de Garrapata de Piel, y parecía que las cargas jamás cederían. Ansiaba que Aranatha hablase, que les susurrara la verdad a todos, pero la tiste andii callaba como un fantasma.

Todos corrían un grave peligro. Había que advertirlos, pero Nimander se imaginaba las consecuencias de semejante revelación. Se derramaría sangre, y no podía estar seguro de que fuera a ser la de Clip. No en esos momentos, no cuando Clip podía desatar la ira de un dios, o lo que fuera que poseía al guerrero.

Kedeviss le había expresado sus sospechas abajo, en la aldea, junto al fondo del lago, dándole forma a lo que él ya había empezado a creer. Clip había despertado, pero a cierta distancia, como si estuviera detrás de un velo. Oh, siempre había mostrado su desprecio por Nimander y los demás, pero aquello era diferente. Había cambiado algo fundamental. Este nuevo desprecio insinuaba hambre, avaricia, como si Clip los viera como simple carne cruda, a la espera de las llamas de su necesidad.

Pero Nimander comprendía que Clip solo se volvería contra ellos si lo arrinconaban, si se enfrentaban a él. Como había hecho Kedeviss, a pesar de que Nimander le había advertido de esa posibilidad. No, Clip seguía necesiéndolos. Eran su forma de entrar. En cuanto a lo que pasaría entonces, ni siquiera los dioses lo sabían. Lord Anomander Rake no soportaba a los advenedizos. Nunca lo frenaba la indecisión, y a la hora de mostrar misericordia, ni siquiera el avaro más cruel podía igualar su comedimiento. En cuanto a lo que afirmaba Clip de que era una especie de emisario de Madre Oscuridad, bueno, eso ya casi resultaba irrelevante, a menos que el dios que estaba en el interior del guerrero estuviera intentando usurpar a la propia Madre Oscuridad.

Aquella idea inquietó a Nimander. La diosa, después de todo, les había dado la espalda. Su partida había dejado un vacío. ¿Podría algo tan ajeno a ellos como el dios Moribundo asumir la corona invisible? ¿Quién se arrodillaría ante semejante entidad?

Era difícil imaginar a Anomander Rake arrodillándose, o a cualquier otro de los tiste andii que Nimander y los suyos habían conocido. La obediencia jamás se había considerado una virtud entre los tiste andii. Seguir a alguien debía ser un acto nacido de la voluntad, de reconocer de forma nítida y contundente que aquel al que se había de seguir se había ganado ese privilegio. Con tanta frecuencia, después de todo, las estructuras formales de la jerarquía ocupaban el lugar de ese tipo de rasgos personales y de criterio. Un título o rango no confería automáticamente a su portador ninguna virtud auténtica, ni siquiera la valía de la reivindicación.

Nimander había visto por sí mismo los defectos inherentes a esa jerarquía. Entre los malazanos, en el ejército renegado conocido como los cazahuesos, había habido oficiales a los que Nimander no seguiría bajo ninguna circunstancia. Hombres y mujeres de probada incompetencia; sí, él había visto cómo por lo general se eliminaba a esos idiotas por medio de la informal justicia practicada por el soldado común, un

proceso con frecuencia remarcado por una cuchillada en la espalda, cosa que a Nimander le parecía una costumbre muy peligrosa. Pero eso era lo que hacían los humanos, no los tiste andii.

Si Clip y el dios Moribundo que lo poseía creían de verdad que podían usurpar a Madre Oscuridad, e incluso a su hijo elegido, Anomander Rake, como gobernante de los tiste andii, aquel engreimiento estaba condenado. Y, sin embargo, Nimander no pudo por menos que recordar el atractivo venenoso del saemankelyk. Podía haber otros caminos a la obediencia voluntaria.

Y por eso yo no puedo decir nada. Por eso Aranatha tiene razón. Debemos inspirar en Clip indiferencia, de modo que continúe creyendo que somos idiotas. Porque cabe la posibilidad, cuando llegue el momento, de que solo yo me encuentre lo bastante cerca. Para golpear. Para cogerlos, cogerlos a los dos, desprevenidos.

Quizás Anomander Rake y los demás en Coral Negro no tengan nada que temer de Clip, del dios Moribundo. Puede ser que al final los aplasten sin la menor dificultad.

Pero no podemos estar seguros.

En verdad, yo tengo miedo...

—Veo agua.

Sobresaltado, Nimander volvió la cabeza hacia Garrapata de Piel, pero su primo no quiso mirarlo.

—Donde los valles se hundan, al este... Creo que es el Tajo que describió Clip. Y siguiendo la orilla norte, encontraremos Coral Negro.

Clip se había detenido sobre un afloramiento rocoso y se había quedado mirando el valle envuelto en brumas. Habían dejado la mayor parte de la nube a su espalda y habían descendido bajo su techo. Buena parte de la cordillera había quedado a su izquierda, al oeste, la cara de la montaña más cercana, de color gris y negro, estaba solo interrumpida por una docena o así de ovejas de montaña que serpenteaban por una juntura.

—Parece un cruce muy largo para hacerlo a nado, Clip —exclamó Garrapata de Piel dirigiéndose al guerrero.

El hombre se volvió, los anillos girando en su cadena.

—Encontraremos un modo —dijo—. Bien, deberíamos continuar antes de que oscurezca demasiado.

—¿Qué prisa tienes? —preguntó Garrapata de Piel—. El descenso va a ser traicionero, sobre todo con esta media luz. Qué sentido tendría tropezar y... —Garrapata de Piel no dijo más.

Y romperse el cuello.

En el silencio incómodo que siguió, solo continuó el tintineo de los anillos, como un hombre masticando piedras.

Tras un momento, Clip se apartó del saliente y empezó a bajar el sendero una vez más.

Nimander fue a seguirlo, pero Garrapata de Piel lo cogió por el brazo y lo obligó a darse la vuelta.

—Basta —rezongó Garrapata de Piel, Nenanda se colocó a su lado y Desra se reunió con ellos—. Queremos saber lo que está pasando, Nimander.

—No se cayó sin más —añadió Nenanda—, ¿te crees que somos tontos, Nimander?

—Tontos, no —respondió, y luego vaciló—, pero debéis haceros los tontos... un poco más.

—La mató él, ¿verdad?

Al oír la pregunta de Garrapata de Piel, Nimander se obligó a fijar su mirada en la de su primo, pero no dijo nada.

Nenanda lanzó un siseo repentino y se dio la vuelta para mirar con furia a Aranatha, que no se había alejado mucho.

—¡Tú tuviste que percibir algo!

La chica arqueó las cejas.

—¿Por qué dices eso?

El otro parecía a solo un momento de levantarle la mano, pero ella apenas se inmutó, y tras un instante, la cara de Nenanda se arrugó con un gesto de pura impotencia y les dio la espalda a todos.

—Ya no es lo que era —dijo Desra—. Lo he notado, le falta... interés.

Por supuesto estaba hablando de Clip. No tenían nada de tontos, ninguno de ellos. A pesar de todo, Nimander no dijo nada. A pesar de todo, siguió esperando.

Garrapata de Piel no pudo seguir aguantando la mirada de Nimander. Miró por un instante a Desra y luego se apartó.

—Tontos, has dicho. Debemos hacernos los tontos.

Nenanda se volvió de nuevo hacia ellos.

—¿Qué quiere de nosotros? ¿Qué quería? Nos lleva a rastras, como si no fuéramos más que sus mascotas. —Clavó los ojos en Desra—. A ti te echa de espaldas de vez en cuando para no aburrirse mucho, y ¿ahora qué dices? Que solo que se ha aburrido de la distracción. Bueno.

Ella no dio muestras de sentirse ofendida por aquellas palabras.

—Desde que despertó —dijo—. Y no creo que el aburrimiento sea un problema para él, ya no. Y eso no tiene sentido.

—Porque —añadió Garrapata de Piel— sigue despreciándonos. Sí, entiendo lo que dices, Desra.

—¿Entonces qué es lo que quiere de nosotros? —preguntó Nenanda otra vez—. ¿Por qué nos necesita todavía?

—Quizá no nos necesite —dijo Garrapata de Piel.

Silencio.

Nimander habló al fin.

—Ella cometió un error.

—Se enfrentó a él.

—Sí. —Se apartó de Garrapata de Piel y miró el descenso que los aguardaba—. Mi autoridad no tiene ningún peso —dijo—. Le dije que no se acercara, que no hiciera nada.

—Que ya lo haría Anomander Rake, quieres decir.

Miró a Garrapata de Piel otra vez.

—No. Eso es una profunda incógnita. No... no sabemos cómo es la situación en Coral Negro. Si son... vulnerables. No sabemos nada de allí. Sería peligroso suponer que otra persona pueda arreglar todo esto.

Todos lo estaban mirando.

—No ha cambiado nada —dijo—. Si él tiene un indicio siquiera, debemos ser nosotros los que actuemos primero. Elegimos el terreno, el momento adecuado. No ha cambiado nada, ¿me entendéis todos?

Asentimientos. Una expresión extraña, inquietante, en cada rostro salvo en el de Aranatha, Nimander fue incapaz de leerla.

—¿No me he explicado con claridad?

Garrapata de Piel parpadeó, como sorprendido.

—Te has explicado con perfecta claridad, Nimander. Deberíamos movernos, ¿no te parece?

¿Qué... qué acaba de pasar aquí? Pero no lo sabía. Inquieto, se dirigió a la pista.

El resto lo fue siguiendo.

Nenanda hizo rezagarse a Garrapata de Piel, y frenó el avance de los dos.

—¿Cómo, Piel? ¿Cómo lo hizo? Estábamos allí, a punto de... no sé... y entonces, de repente, él solo...

solo... —le siseó

—Nos puso en sus manos, sí.

—¿Cómo?

Garrapata de Piel se limitó a negar con la cabeza. No le parecía que pudiera encontrar las palabras adecuadas, ni para Nenanda ni para los otros. *Está al mando. El modo en que está al mando, un modo que el resto no entendemos, y nunca podremos entender.*

Lo miré a los ojos y vi tal determinación en ellos que fui incapaz de hablar.

¿Ausencia de dudas? No, nada tan egocéntrico como eso. Nimander tiene muchas dudas, tantas que les ha perdido el miedo. Las acepta con tanta facilidad como todo lo demás. ¿Es ese el secreto? ¿Es esa la definición de la grandeza?

Él es el que lidera. Nosotros lo seguimos, nos puso en sus manos de nuevo y cada uno de nosotros se quedó allí, en silencio, encontrando en nosotros mismos lo que acababa de darnos, esa determinación, la voluntad de seguir, y nos dejó con una sensación de humildad.

Oh, ¿le estoy dando demasiada importancia? ¿Es que no somos más que niños y, estos, los juegos tontos y sin sentido de la infancia?

—Mató a Kedeviss —murmuró Nenanda.

—Sí.

—Y Nimander dará respuesta a eso.

—Sí.

Ratamonje estaba agachado en el barro y observaba la fila de nuevos peregrinos que se iba acercando al campamento. La atención de la mayoría, al menos para empezar, se había fijado en el túmulo en sí, en esa auténtica fortuna de riqueza desperdiciada, pero luego, a medida que se acercaban a la decrepita ruina, vio que dudaban, como si parte de todo lo que estaba mal se estuviera filtrando. Casi todos estaban empapados por la lluvia, con los sentidos abotagados por viajes largos y míseros. Haría falta mucho para suscitar su inquietud.

Observó que se agudizaba su atención, a medida que los detalles se aclaraban e iban saliendo de la oscuridad, las brumas y el humo de las hogueras. El cadáver del niño en la zanja, los trozos podridos de ropa, la cuna rota con cuatro cuervos apiñándose en la barandilla, cerniéndose sobre el bulto inmóvil, envuelto. Las malas hierbas que crecían en el sendero que llegaba y salía del túmulo. Las cosas no eran como deberían.

Algunos quizá se retirasen a toda prisa. Aquellos que le tenían un miedo sano a la corrupción. Pero eran tantos los peregrinos que llegaban con esa desesperada ansia que era la necesidad espiritual, aquello que los convertía en peregrinos. Estaban perdidos y querían que los encontraran. ¿Cuántos se resistirían a esa primera taza de kelyk, la bebida que daba la bienvenida, el néctar que robaba... todo?

Quizá más que entre los que habían llegado antes, cuando veían los signos crecientes de la degradación, del abandono de todas esas cualidades de la humanidad que el propio Redentor honraba. Ratamonje los vio vacilar, al tiempo que los menos destrozados de los kelykan se metían entre ellos arrastrando los pies, cada uno ofreciendo una jarra del vil veneno.

—¡El Redentor ha bebido hasta el fondo! —murmuraban una y otra vez.

Bueno, todavía no. Pero ya faltaba menos, de eso Ratamonje tenía pocas dudas. Momento ese en el que... cambió un poco de posición, levantó la cabeza y miró la torre alta y estrecha que se alzaba en las brumas oscuras que pendían sobre la ciudad. No, no la distinguía desde allí, no con ese tiempo plomizo que se venía encima, pero podía sentir sus ojos, abiertos a la eternidad. Oh, conocía a esa maldita

dragona de mucho antes, recordaba el terror que había sentido cuando la criatura había surcado el aire sobre las cimas de los árboles en los bosques de Perronegro y Mott, la devastación que habían dejado sus ataques. Si el Redentor caía, la dragona atacaría el campamento, el túmulo, a todo y a todos. Habría fuego, un fuego que no necesitaba alimentarse y que lo devoraba todo.

Y, entonces, llegaría el propio Anomander Rake, avanzando con decisión entre los restos con la espada negra en las manos, para quitarle la vida a un dios... la poca o mucha vida que quedara.

Con escalofríos por la humedad, Ratamonje se levantó y se ciñó la raída capa impermeable. Era muy probable que Gradithan estuviera buscándolo, que quisiera saber lo que habrían visto los infinitos pares de ojos que tenía Ratamonje en la ciudad, aunque tampoco es que hubiese demasiados mensajes que llevar. Los tiste andii no estaban haciendo mucho, claro que nunca lo hacían, hasta el momento en el que la necesidad los desperezaba. Además, se había levantado con dolor de cabeza, una palpitación sorda justo detrás de los ojos; era por el tiempo, sentía la presión creciente en los senos nasales. Y hasta las ratas del campamento se mostraban esquivas, extrañamente nerviosas, asustadizas cuando intentaba encadenarlas a su voluntad.

No le apetecía ver a Gradithan. Ese hombre había pasado de oportunista a fanático a una velocidad alarmante, y si bien Ratamonje no tenía problema alguno en entender lo primero, lo segundo lo desconcertaba. Y lo asustaba.

La mejor forma de evitar a Gradithan era acercarse a Coral Negro. La bendición de la oscuridad era demasiado amarga para los adoradores del saemankelyk.

Se metió en ese río de barro hasta los tobillos, que era el sendero hacia Noche.

De algún lugar cercano llegó el súbito aullido de un gato y Ratamonje se sobresaltó al percibir una oleada de pánico que atravesaba a todas las ratas que lo habían oído. Se sacudió aquella sensación de encima y continuó.

Un momento después se dio cuenta de que había alguien caminando tras él; un peregrino, quizá, lo bastante listo como para evitar el campamento, alguien que estaba buscando una posada, todas sus ideas de salvación alejándose con una oleada de repugnancia.

«Ningún creyente debería llegar por propia voluntad.» Eso había dicho aquella suma sacerdotisa, Salind, antes de que Gradithan la destruyera. Ratamonje recordaba que en aquel momento esa declaración lo había confundido. Ya no. Ahora entendía lo que había querido decir la mujer. La veneración nacida de la necesidad no podía ser más que sospechosa, pues estaba moldeada por el egoísmo. «Alguien que quiere que le llenen el cuenco aceptará lo que se vierta en él.» No, la revelación no se podía buscar, no a través de privaciones voluntarias o meditación. Debía llegar inesperada, incluso indeseada. «Jamás confíes en un creyente fácil.» Sí, había sido una suma sacerdotisa muy extraña, esa chica.

Recordó una noche en la que...

Un cuchillo se apretó con fuerza, frío, contra su garganta.

—Ni te muevas —siseó una voz tras él, y Ratamonje todavía tardó un momento en darse cuenta que las palabras se habían pronunciado en malazano.

—¿Te creías que no te iba a reconocer, soldado?

Un sudor frío le atravesó el calor húmedo bajo la ropa de lana. Estaba jadeando.

—Por el aliento del Embozado, si vas a matarme, ¡termina de una vez!

—No creas, estoy muy tentado.

—Pues hazlo ya, tengo una maldición lista para ti...

El malazano lanzó un bufido y unos perros empezaron a ladrar.

—Eso sería un auténtico error.

El dolor de Ratamonje se había redoblado. Sintió que algo le goteaba de la nariz. El aire apestaba a un

hedor que luchó por identificar. Salvaje, como el pelaje empapado de un animal.

—Dioses del inframundo —gimió—. Eje.

—Sí, mi fama me precede. Perdona que no recuerde tu nombre, ni tu pelotón siquiera. Pero estuviste en los Abrasapuentes, de eso sí que me acuerdo. Desaparecido en el norte, incluido en las listas de muertos; pero no, tú desertaste, dejaste plantados a tus compañeros de pelotón.

—¿Qué compañeros de pelotón? Los mataron a todos. Mis amigos, todos muertos. Ya estaba harto, Eje. Nos estaban haciendo pedazos en ese pantano. Sí, me largué. ¿Habría sido mejor si me hubiera quedado, solo para morir aquí, en Coral Negro?

—No todo el mundo murió aquí, soldado...

—No fue eso lo que oí. Los Abrasapuentes están acabados, muertos.

Tras un momento, el cuchillo cayó.

Ratamonje giró sobre sus talones y se quedó mirando a aquel hombre bajo y calvo que vestía esa infame camisa de pelo animal... y por el aliento del Embozado, la prenda apestaba de verdad.

—Lo que me hace preguntarme... ¿qué estás haciendo aquí? ¿Vivo? ¿Sin el uniforme?

—Dujek nos miró, al puñado que quedábamos, y añadió nuestros nombres a la lista. Nos mandó marchar.

—Y tú...

—Yo me decidí por la peregrinación. El Redentor... Yo vi a Itkovian en persona, ¿sabes? Y vi Capustan. Estaba allí cuando estalló el tumulto... Hay un fullero mío en ese montón, de hecho.

—¿Un fullero?

Eje frunció el ceño.

—Había que estar allí, soldado.

—Ratamonje. Así me llamo ahora.

—Límpiate la sangre de la nariz, Ratamonje.

—Escucha, Eje, y escúchame bien: no quieres tener nada que ver con el Redentor. Ya no. No me has matado así que te regalo el consejo, la advertencia. Corre, lárgate deprisa. Vete tan lejos de aquí como puedas. —Hizo una pausa—. ¿Y se puede saber de dónde vienes?

—Darujhistan. Fue donde nos asentamos. Yo y Azogue, Perlazul, Rapiña, Mezcla, el capitán Paran. Ah, y Duiker.

—¿Duiker?

—El historiador imperial...

—Sé quién es... era... lo que sea. Es solo... que no encaja... me refiero a que esté allí.

—Sí, no encajó nada bien. Estuvo en la cadena de perros.

Ratamonje hizo un gesto. La bendición de Fener.

Eje abrió mucho los ojos. Después envainó su cuchillo.

—Me ha entrado sed, Ratamonje.

—No de kelyk, espero.

—¿Esa mierda que intentaron meterme ahí atrás? Olía a vómito. No, quiero cerveza. De la rubia. O vino.

—Eso lo podemos encontrar en Coral Negro.

—Y puedes contarme lo que le pasó... al Redentor.

Ratamonje se frotó los pelos de la barbilla y luego asintió.

—Sí, de acuerdo. —Vaciló—. Oye, ¿tú te acuerdas de la dragona roja? ¿En Perronegro?

—Sí.

—Está aquí, y cuando las cosas se compliquen con el Redentor, bueno, abrirá las alas.

—No me extraña que me crispara tanto cuando llegué. ¿Y dónde se esconde?

Ratamonje hizo una mueca.

—A plena vista. Ven, mira por ti mismo.

Los dos antiguos soldados echaron a andar hacia Coral Negro.

Las nubes se cerraron, densas como cortinas de arena mojada. En el campamento, nuevos bailarines danzaban y hacían cabriolas entre la basura, mientras un puñado de peregrinos aterrados huía sendero arriba.

La lluvia llegó en un torrente, el agua precipitándose por los flancos del túmulo, haciendo que brillara y espejeara hasta que pareció que estaba en movimiento. Que se estremecía, a solo momentos de partirse en dos. Entre las nubes, los truenos vibraban como lanzas terminadas en puntas de hierro, un sonido extraño, amenazante, que sacó a las calles a los ciudadanos de Coral Negro, que se quedaron mirando el cielo asombrados.

El agua de los cuencos negros que rodeaban a la suma sacerdotisa tembló en respuesta a esa reverberación. La sacerdotisa frunció el ceño cuando la atravesó una oleada de temor. Llegaba la hora, comprendió. No estaba preparada; claro que, para algunas cosas no se podía estar preparada jamás. La mente examinaba posibilidades, incontables variaciones, en un desfile que no hacía más que medir el tiempo perdido en la espera. Y que te dejaba agotada, incluso menos preparada de lo que habría estado si, por ejemplo, se hubiera pasado ese período en una orgía de abandono hedonista.

Bueno, ya era demasiado tarde para lamentos, sacudió la cabeza. *Oh, nunca es demasiado tarde para lamentarse. De eso se tratan los lamentos, boba.* Se levantó del cojín y pasó un momento estirando las arrugas de su túnica. ¿Debería buscar a Endest Silann?

Otro fuerte trueno.

Desde luego que él también lo sentía, ese viejo sacerdote, la carga letal cada vez más tirante; él no la necesitaba para que se lo recordara, entrando en tromba, histérica, una espuma que se arremolinase en los tobillos del pobre hombre. La absurda imagen la hizo sonreír, pero era una sonrisa irónica, casi amarga. Había trabajado mucho esa serenidad fría tan esencial para el papel de suma sacerdotisa, una serenidad que con tanta facilidad se confundía con sabiduría. Pero ¿cómo una mujer en su posición podía ser sabia de verdad, cuando la misma diosa a la que servía la había rechazado a ella y todo lo que ella representaba? No era sabiduría, sino futilidad. Una futilidad persistente, obstinada. Si acaso, lo que ella representaba era el fracaso del intelecto y un fracaso incluso más grave del espíritu. Su culto estaba fundado sobre la negación, y en ausencia de una relación verdadera con su diosa, ella (al igual que todas las que habían venido antes) era libre de inventarse cada detalle de ese remedo de relación.

El engaño de la sabiduría se esconde mejor en el monólogo. El diálogo la expone. La mayor parte de las personas que fingen ser sabias no entablan diálogo alguno, no vaya a ser que revelen la pobreza de sus supuestos y la fragilidad de sus convicciones. Era mejor no decir nada, asentir y parecer pensativo.

¿Era esa una idea que merecía todo un tratado? ¿Otro ególatra meandro más para la sala de los pergaminos? ¿Cuántos pensamientos podía explorar uno? ¿Debatir, sopesar, arrojar y contar? *Todo simple indulgencia. La mujer que busca la próxima comida para su hijo no tiene tiempo para esas cosas. El guerrero hombro con hombro en su fila encarando al enemigo solo puede maldecir la supuesta sabiduría que lo llevó a ese lugar. El frenesí de reyes y sus avariciosos terrores. La solidez brutal de desaires e insultos, de quejas y disputas. ¿Se reduce todo a quién va a comer y quién no? ¿O se reduce a quién va a controlar la opción? ¿El privilegio del rey para decidir quién come y quién se muere de hambre, privilegio que es el sabor del poder, su propia esencia, de hecho?*

¿Son los dioses y diosas diferentes en algo?

Ante esa pregunta ella sabía que Anomander Rake no podría por menos que sonreír. Hablaría de Madre Oscuridad y la necesidad de cada decisión que tomaba; hasta la última de darle la espalda a sus hijos. Y Rake no parpadearía siquiera al afirmar que había sido su traición lo que la había forzado, por necesidad, a tomar esa decisión.

Ella se alejaría entonces, alterada, hasta que algún tiempo después, en la soledad de sus pensamientos, se daría cuenta que, al describir las necesidades que ataban a Madre Oscuridad, Rake también estaba describiendo las suyas propias, todo lo que lo ataba a él a lo que había elegido.

Traicionar a Madre Oscuridad, comprendería ella —con un terrible escalofrío— había sido necesario.

En opinión de Rake, en cualquier caso. Y todo se había seguido de ahí, de forma inevitable, inexorable.

Oía la lluvia que azotaba el tejado abovedado del templo, dura como flechas sobre escudos levantados. El cielo estaba preso de convulsiones, una convergencia de elementos hostiles. A su izquierda se abrió una puerta estrecha y entró como una exhalación una de sus sacerdotisas, que después se detuvo de golpe para hacerle una reverencia.

—Suma sacerdotisa.

—Cuanta prisa —respondió ella en un murmullo—, inusual para la historiadora del templo.

La mujer alzó la mirada, en sus ojos había una expresión de impresionante firmeza.

—Una pregunta, si me lo permite.

—Desde luego.

—Suma sacerdotisa, ¿estamos en guerra?

—Por los cielos... vieja amiga... no tienes ni idea.

Los ojos se abrieron un poco más de lo habitual, pero luego la sacerdotisa se inclinó una segunda vez.

—¿Quiere llamar a Feral, suma sacerdotisa?

—¿A esa arisca criatura? No, deja que la asesina permanezca en su torre. Déjala que aceche, o lo que sea que haga para ocupar su tiempo.

—Spinnock Durav...

—No está aquí, lo sé. Ya lo sé. —La suma sacerdotisa vaciló y prosiguió después—: Estamos en guerra, como bien has supuesto. En una infinidad de frentes, solo uno de los cuales, el de aquí, nos concierne, al menos de momento. No creo que sea necesario sacar armas, sin embargo.

—Suma sacerdotisa, ¿venceremos?

—¿Cómo habría de saberlo yo? —Las palabras salieron de golpe, hostiles, y se arrepintió al instante cuando vio que la mirada de su vieja amiga se endurecía—. El riesgo —dijo en tono más tranquilo— es el más grave al que nos hemos enfrentado desde..., bueno, desde Kharkanas.

Una idea que conmocionó a la historiadora del templo, cuando nada más lo había hecho hasta entonces. Pero la mujer se recuperó y respiró hondo.

—Entonces debo invocar mi papel, suma sacerdotisa. Dígame qué ha de ser contado. Todo ello.

—¿Para la posteridad?

—¿No es esa mi responsabilidad?

—¿Y si no hubiera posteridad? ¿Nadie que le preste atención, nada salvo cenizas en el presente y olvido y nada en lugar de futuro? ¿Te sentarás a garabatear hasta el último momento de la existencia?

La mujer estaba conmocionada de verdad.

—¿Qué otra cosa quiere que haga?

—No lo sé. Ve a buscar a un hombre. Haz el amor sin parar.

—Debo saber lo que nos ha ocurrido. Debo saber por qué nuestro Señor mandó marchar a nuestro mejor guerrero, y luego él mismo nos dejó.

—Una infinidad de frentes en esta guerra. Como he dicho. Puedo contarte el propósito, tal y como yo lo entiendo, y déjame ser clara, es muy posible que no la entienda en absoluto, pero no el resultado, pues las consecuencias son desconocidas. Y cada una debe triunfar.

—¿No hay sitio para el fracaso?

—Ninguno.

—¿Y si uno fracasara?

—Entonces, todos fracasarán.

—Y si eso ocurre..., cenizas, la nada, ese será nuestro destino.

La suma sacerdotisa le dio la espalda.

—No solo el nuestro, por desgracia.

Detrás de ella, la historiadora ahogó un grito.

Por todas partes el agua temblaba en los cuencos, y el momento para la ociosa consideración de las posibilidades iba desvaneciéndose a toda prisa. Y seguramente era lo mejor.

—Háblame de la redención.

—Hay poco que yo pueda decir, Segda Travos.

Vidente bufó con aire divertido.

—El dios conocido como el Redentor no puede decir nada de la redención. —Señaló con un gesto la figura lejana e inmóvil que se había arrodillado en la cuenca—. Acumula poder, lo huelo. Como la putrefacción de diez mil almas. ¿A qué clase de dios sirve ahora? ¿Es al Caído? ¿El dios Tullido?

—No, aunque algunos temas están interconectados. Para los seguidores del dios Tullido, el defecto es la virtud. La salvación llega con la muerte y se adquiere a través del sufrimiento mortal. No hay perfección en el espíritu a la que aspirar, no existe una bendición auténtica que conseguir como recompensa por la fe.

—¿Y este?

—Tan turbio como el propio kelyk. La bendición es rendirse, desprenderse de todo pensamiento. El yo se desvanece en la danza. El sueño lo comparten todos los que comparten el néctar del dolor, pero es soñar con la nada. En cierto sentido, la fe es la antivida. No al modo de la muerte, sin embargo. Si uno ve la vida como una lucha condenada a fracasar, entonces es el fracaso lo que se convierte en la esencia del culto. Es el dios Moribundo, después de todo.

—¿Celebran el acto de morir?

—En cierto modo, sí, suponiendo que puedas llamarlo celebración. Más bien esclavitud. El culto como autodestrucción, quizá, en el que las alternativas se pierden.

—¿Y cómo algo así puede aliviar el alma mortal, Redentor?

—Eso es algo para lo que no tengo respuesta. Pero puede ser que pronto lo averigüemos.

—Tú no crees que yo pueda protegerte, al menos en eso estamos de acuerdo. Así que, cuando caiga, cuando fracase, el dios Moribundo me abrazará a mí como lo hará contigo. —Sacudió la cabeza—. No me preocupa en exceso mi persona. Temo más lo que la muerte eterna puede hacer a la redención, parece una unión impía.

El Redentor se limitó a asentir y a Vidente se le cruzó la idea de que quizá el dios no hubiera estado pensando en mucho más. Un futuro cuyo destino parecía sellado, un fin a lo que era, y nada glorioso en lo que vendría después.

Se frotó la cara, vagamente consternado por el cansancio que sentía. Allí, desconectado de su cuerpo, de cualquier carne y hueso real, era su espíritu el que estaba agotado, vencido. Y, sin embargo..., *y sin embargo, me levantaré. Y haré todo lo que pueda. Para defender a un dios que he elegido no venerar,*

contra una mujer que soñó una vez con su abrazo, y ahora sueña con lo mismo, pero con un propósito mucho más mortífero. La miró con los ojos entornados, un cuerpo casi sin forma en la oscuridad que crecía bajo aquellas nubes grávidas, cargadas.

Tras un momento, las gotas de lluvia le salpicaron el yelmo, le mancharon los antebrazos y las manos. Levantó una y vio que la lluvia era negra, densa, que manaba como cieno.

Del cielo llovía kelyk.

La mujer levantó la cabeza y la distancia entre ellos pareció diluirse. Los ojos le brillaban con fuego, un latido lento y terrible.

Dioses del inframundo...

Las colinas Gadrobi aparecieron abarcando todo el horizonte septentrional como el borde desgastado de una mandíbula sin dientes. Kallor se detuvo para examinarlas. El fin de esa maldita llanura, de esa absurda extensión de hierba. Y allí, al noroeste, donde las colinas volvían a hundirse, había una ciudad.

Todavía no podía verla. Pero pronto.

El templo sería de lo más común, el trono de su interior, una cosa insignificante, mal hecha, un icono de insulsas imperfecciones. Un necio inservible que en otro tiempo se llamara Munug se retorcería delante de él, en pleitesía, el sumo sacerdote del Patetismo, el profeta del Fracaso; suficiente unidad temática, de hecho, para dar que pensar a cualquier rey. Kallor se permitió una leve sonrisita engreída. Sí, él era digno de esa veneración, y si al final se lo quitaba en cuerpo y alma al dios Tullido, así fuera.

El templo su dominio, la veintena de sacerdotes y sacerdotisas encorvados y mutilados su corte, la chusma arremolinada fuera, sin nada más en común que una mala suerte crónica, sus súbditos. Decidió que eso tenía todas las trazas de un imperio inmortal.

Paciencia; comprendió que no serviría de nada intentar robar los devotos del Caído. Tampoco hacía falta, en realidad. Los dioses ya se estaban reuniendo para aplastar al idiota Caído de una vez por todas. Kallor no pensaba que fueran a fracasar esa vez. Aunque, sin duda, el Caído se había guardado unos cuantos trucos más en su podrida manga, y el menor no era el poder inherente del culto en sí, alimentándose como lo hacía de la miseria y el sufrimiento, dos estados de la humanidad que persistirían tanto tiempo como existiera la humanidad.

Kallor lanzó un gruñido.

—Mira, a la mierda la paciencia. El rey supremo tomará su trono. Después podemos comenzar... las negociaciones.

Él no era ningún diplomático ni tenía interés alguno en adquirir las habilidades de un diplomático, ni siquiera para enfrentarse a un dios. Habría condiciones, algunas difíciles de aceptar, lo bastante como para que ese viejo bastardo se atragantara con su humo. Bueno, peor para él.

Un trono más. El último que necesitaría jamás.

Echó a andar de nuevo. Botas gastadas. Polvo que el viento le metía por cada arruga de la cara, por los poros de la nariz y la frente, los ojos entrecerrados hasta convertirlos en simples ranuras. El mundo lo arañaba, pero él seguía avanzando. Como siempre. Y para siempre.

Un trono más. Darujhistan.

Mucho tiempo atrás, en una época ya perdida, un pueblo se había reunido en ese inhóspito cerro que se asomaba al fondo del allanado valle y había levantado las enormes piedras erguidas, ahora inclinadas en una línea irregular que se extendía mil pasos o más. Unas cuantas se habían desplomado aquí y allá, pero,

entre las otras, Samar Dev percibía una vitalidad beligerante. Como si las piedras estuvieran decididas a hacer guardia para siempre, incluso cuando los huesos de los que las habían alzado moteaban el polvo que de vez en cuando erosionaba sus superficies.

La bruja hizo una pausa para limpiarse el sudor de la frente y observó a Viajero llegar a la cima y luego meterse a la sombra de la piedra más cercana, la de un inmenso menhir fálico que lo dominaba todo, y en él se apoyó con los brazos cruzados. Para esperarla, claro, era obvio que era ella la que los estaba retrasando, y ese detalle la irritó. Se dio cuenta de que lo que le faltaba era esa obsesión maníaca, mientras que sus compañeros tenían ese impulso que les prestaba ese vigor solo visto entre los locos. Y eso, como ya hacía mucho tiempo que había decidido, era justo lo que eran.

Echaba de menos a su caballo, la única criatura en ese viaje con la que había llegado a sentir cierta afinidad. Una bestia normal, una simple bestia, como tantas, mortal, de ojos dulces y apagados, y a la que complacían los gestos de cariño y afecto.

Reanudó el ascenso, luchó contra la ladera medio desmoronada, metió las piernas entre los arbustos de salvia; demasiado cansada para preocuparse por serpientes y escorpiones adormilados, o por arañas peludas entre las ramas retorcidas.

El golpeteo seco de los cascos de *Estragos* reverberó por el suelo y se detuvo justo encima de ella, en la cima de la ladera. Frunció el ceño y levantó la cabeza.

La mirada de Karsa era tan ilegible como siempre, llevaba el tatuaje hecho pedazos, como una tela de araña que se estiraba con el empujón de la cara que tenía detrás. El toblakai se inclinó sobre el cuello de su montura.

—¿No te damos de comer lo suficiente? —dijo.

—Que el Embozado te lleve.

—¿Por qué no quieres aceptar compartir el lomo de *Estragos*, bruja?

Puesto que él no mostraba inclinación alguna por moverse, Samar se vio obligada a desviarse cuando llegó a la cima, usando las ramas de salvia para trepar hasta la cumbre. Donde se detuvo, respirando con dificultad, y luego se llevó las manos a la cara y aspiró el aroma dulce de la salvia. Tras un momento alzó los ojos hacia el toblakai. Se le ocurrieron varias respuestas en una sucesión cada vez más cruel. En lugar de pronunciar cualquiera de ellas, se limitó a suspirar, dar media vuelta y buscarse su propia piedra erguida en la que apoyarse, y observó, con poco interés, que Viajero había agachado la cabeza y parecía murmurar algo para sí.

Así de cerca del esquisto gris pudo ver que habían tallado unos patrones en la superficie que serpenteaban alrededor de unos nudos lechosos de cuarzo. Con cada amanecer, comprendió, ese lado de la piedra parecería retorcerse a medida que el sol iba trepando por el cielo y los nudos resplandecerían. ¿Y el propósito de todo ese esfuerzo? Sospechaba que ni los dioses lo sabían.

La historia, comprendió, se había perdido casi toda. No importaba con cuánta diligencia la plasmaran los testigos, los investigadores; la mayor parte del pasado ya no existía, así de simple. Nunca se conocería. Aquella idea pareció vaciar algo en lo más hondo de su ser, como si el propio conocimiento de la pérdida de algún modo liberara un torrente de extinción en sus propios recuerdos, momentos que se alejaban en un remolino para no recuperarlos jamás. Posó un dedo en un surco grabado en la piedra y siguió su rastro serpentino hacia abajo, hasta donde pudo alcanzar, y luego volvió a subir. La primera persona en hacerlo en ¿cuánto tiempo?

Repite el viejo patrón, la ignorancia no importa, solo repítelo y demuestra así la continuidad.

¿Que a su vez demuestra qué?

Que al vivir uno relata las vidas de todos cuantos desaparecieron mucho tiempo atrás, de los que murieron mucho tiempo atrás, incluso de los que fueron olvidados. Relata todas las exigencias de la

necesidad —comer, dormir, hacer el amor, enfermar, desvanecerse en la muerte— y los impulsos del bendito asombro, un dedo que sigue el sendero de la serpiente, un aliento contra la piedra. Peso y presencia, el atractivo del significado y los patrones.

Con esto demostramos la existencia de los ancestros. Que un día fueron, y que un día nosotros seremos lo mismo. Yo, Samar Dev, una vez fui. Y ya no soy.

Sé paciente, piedra, otro dedo llegará, para seguir el rastro. Nosotros te marcamos a ti y tú nos marcas a nosotros. Piedra y carne, piedra y carne...

Karsa se bajó de *Estragos* e hizo una pausa para estirar la espalda. Había estado pensando mucho en los últimos tiempos, sobre todo en su pueblo, los orgullosos e ingenuos teblor. El asedio siempre creciente que era el resto del mundo, un lugar de cinismo, un lugar donde prácticamente cada sombra estaba pintada de crueldad, en incontables variaciones del mismo descolorido matiz. ¿De verdad quería guiar a su pueblo a un mundo así? ¿Aunque fuera para pronunciar una recapitulación de lo más poética de todos esos asuntos de la civilización?

Él había visto, al fin y al cabo, el veneno de esa inmersión cuando había observado a los tiste andii en la ciudad de Letheras. Conquistadores que vagaban perplejos, perdidos, inutilizados por el éxito. Un emperador que no podía gobernarse ni a sí mismo. Y el dios Tullido había querido que Karsa tomara esa espada. Con un arma así en las manos, encabezaría a sus guerreros montañas abajo para poner fin a todo. Para convertirse en la encarnación viva del sufrimiento que tanto adoraba el Caído.

Ni siquiera había sentido la tentación. Una y otra vez, en su deslavazado discurso, el dios Tullido había revelado qué poco comprendía cuando se trataba de Karsa Orlong. En cada regalo a Karsa había habido una invitación a convertirse en algo roto de una u otra forma. *Pero a mí no se me puede romper*. La verdad, tan simple, tan directa, parecía una fuerza invisible en lo que al dios Tullido se refería, y cada vez que chocaba con ella, se sorprendía y desconcertaba. Salía tambaleándose cada vez.

Por supuesto, Karsa lo sabía todo sobre la tozudez. También sabía que con ese rasgo se podía fabricar una encomiable armadura, mientras que otras veces no hacía más que revelar una estupidez consumada. Él quería reformar el mundo, y sabía que este se le resistiría, pero él se atendería a sus propios deseos. Samar Dev llamaría a eso «tozudez», y con eso querría decir «estupidez». Como el dios Tullido, la bruja, en realidad, no comprendía a Karsa.

Por otro lado, él sí que la entendía a ella.

—No quieres montar conmigo —dijo, entonces, mientras ella descansaba contra una de las piedras—, porque lo ves como una especie de rendición. Si tienes que precipitarte por este torrente, decidirás tu propio ritmo, lo mejor que puedas.

—¿Eso es lo que es? —preguntó ella.

—¿No lo es?

—No lo sé —respondió la bruja—. No sé nada. Resulta que un dios de la guerra, largo tiempo olvidado, buscó mi rastro. ¿Por qué? ¿Qué se supone que debía entender yo con eso?

—Eres bruja. Despiertas espíritus. Te huelen a ti con tanta facilidad como tú los hueles a ellos.

—¿Y qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó ella.

—¿Por qué, Samar Dev, decidiste convertirte en bruja?

—Eso... bah, ¿qué importancia puede tener?

Karsa esperó.

—Sentía... curiosidad. Además, una vez que ves que el mundo está lleno de fuerzas, la mayor parte de las cuales pocos ven jamás, o piensan en ellas siquiera, ¿cómo no vas a querer explorarlas? Trazar todos los patrones, descubrir las redes de la existencia... no es muy diferente a construir un mecanismo, el placer de desentrañar las cosas.

El toblakai lanzó un gruñido.

—Así que sentías curiosidad. Dime, cuando hablas con espíritus, cuando los invocas y vienen a ti sin coerción. ¿Por qué crees que lo hacen? Porque, al igual que tú, sienten curiosidad.

Samar se cruzó de brazos.

—Estás diciendo que estoy intentando encontrar significado en algo que, en realidad, no lo tenía. El oso me olió y solo se acercó a echar un vistazo.

Él se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan.

—A mí eso no me convence.

—Sí —sonrió él—, eres en verdad de este mundo, Samar Dev.

—¿Qué se supone que significa eso?

El toblakai se volvió de nuevo hacia *Estragos* y acarició el cuello manchado de polvo de la bestia.

—Los tiste edur fracasaron. No fueron lo bastante concienzudos. Dejaron el cinismo donde estaba y pensaron que a través de la fuerza de su honor podrían derrotarlo. Pero el cinismo convirtió su honor en una pantomima. —Volvió la cabeza y la miró—. Lo que fue un día un punto fuerte terminó siendo una simple afectación.

Samar sacudió la cabeza, como desconcertada.

Viajero se acercó a ellos entonces, había algo demacrado en su rostro. Al ver esa transformación extraña, inexplicable, Karsa entrecerró los ojos y los clavó un momento en el hombre. Luego apartó la mirada con gesto casual.

—Quizás el oso vino para advertirte —le dijo a Samar Dev.

—¿Sobre qué?

—¿Qué otra cosa puede ser? La guerra.

—¡Qué guerra!

Aquella subida de tono hizo cambiar a *Estragos* de posición bajo la mano del toblakai, que la levantó para agarrar las crines ásperas de la bestia. Calmó al caballo y luego se subió de un salto a su lomo.

—Pues la que está por llegar, diría yo.

La bruja miró con furia a Viajero, y pareció notar por primera vez el cambio que le había sobrevenido.

Karsa la vio dar un paso hacia Viajero.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¿De qué guerra está hablando?

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo, y luego se puso en marcha.

A Samar le entraron ganas de llorar. Le entraron ganas de chillar. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Karsa asintió para sí y le tendió un brazo.

—Ese torrente —murmuró—, es suyo, no nuestro. Cabalga conmigo, bruja, no renuncias a nada de valor.

—¿No?

—No.

Samar vaciló, luego se acercó y se cogió al brazo de Karsa.

Cuando la mujer se acomodó tras él, Karsa se ladeó un poco y se giró para sonreír a su pasajera.

—No mientas. Ya va todo mejor, ¿verdad?

—Karsa, ¿qué le ha pasado a Viajero?

El toblakai recogió la única rienda y se volvió de nuevo hacia el camino.

—Las sombras —dijo— son crueles.

Fosa abrió a la fuerza lo que pensó que era un ojo. Su ojo. Draconus se alzaba sobre el tiste andii ciego, Kadaspala, estiraba los brazos y levantaba a la chillona criatura rodeando con las dos manos el cuello flaco del hombre.

—¡Maldito idiota! Así no va a funcionar, ¿es que no lo ves?

Kadaspala solo pudo responder con una tos asfixiada.

Draconus lo miró con furia un momento más y lo volvió a arrojar sobre el montón de cuerpos.

Fosa consiguió emitir una bronca carcajada.

Draconus se volvió para clavar a Fosa una mirada asesina.

—¡Intentaba dar forma a un maldito dios! —dijo Draconus.

—Y hablará —respondió Fosa— con mi voz.

—No, no hablará. No caigas en esta trampa, mago. Nada debe formarse a partir de este lugar...

—¿Qué importa? Estamos todos a punto de morir. Que el dios abra los ojos. Que parpadee una o dos veces, y luego que dé voz... —se echó a reír de nuevo—, el primer llanto y también el último. Nacimiento y muerte sin nada en medio. ¿Hay algo más trágico, Draconus? ¿Lo hay?

—Dragnipur —dijo Draconus— no es el vientre de nadie. Kadaspala, esta debía ser una jaula. Para mantener la Oscuridad dentro y el Caos fuera. Una última y desesperada barrera, el único regalo que podíamos ofrecer. Una puerta a la que se le niega el vagabundeo debe encontrar un hogar, un refugio; una fortaleza, aunque esté fabricada de carne y hueso. El patrón, Kadaspala, estaba pensado para desafiar al Caos, dos fuerzas antitéticas, como lo hablamos...

—¡Fracasará! —El tiste andii ciego se retorció a los pies de Draconus, como un gusano empalado—. Fracasará, Draconus... Fuimos unos necios, unos idiotas. Estábamos locos por pensar locos por pensar locos por pensar... Dame este niño, esta maravillosa creación, dame...

—¡Kadaspala! ¡El patrón, nada más! ¡Solo el patrón, maldito seas!

—Fracasa. Se hace pedazos. Se hace pedazos y los fracasos se hacen pedazos al fracasar. Fracaso fracaso fracaso. ¡Morimos y morimos y morimos y morimos!

Fosa podía oír el ejército marchando en su persecución, pasos como truenos partidos, el estrépito de lanzas y estandartes como un continente de cañas y juncos, con el viento silbando entre ellos. Cánticos de guerra surgiendo de un sinfín de bocas, ninguna igual a otra, y creaban en su lugar una guerra de disonancias, un clamor de locura feroz. El sonido era lo más horrible que había oído jamás, ningún ejército mortal podía provocar un terror semejante en el alma. Y por encima de todo ello, el cielo se enfurecía, actínico y plateado, hirviendo de rabia, enroscado en destellos cegadores de una devastación que descendía, que bajaba cada vez más, y cuando al fin chocase, *el ejército cargará. Nos barrerá a todos.*

Fosa miró a su alrededor con su único ojo, solo para darse cuenta de que seguía cerrado, completamente pegado, que quizá no le quedaba, en realidad, ningún ojo, y que por lo que estaba viendo era el patrón grabado con tinta negra en su párpado. ¿El ojo del dios? ¿El ojo del patrón? ¿Cómo es que puedo ver?

Draconus permanecía de cara a la estela que dejaban, la figura convulsa a sus pies olvidada de momento.

Una beligerancia estudiada, una pose heroica, de las que deberían esculpirse en bronce inmortal. Heroísmo que necesitaba las manchas del verdín, la prueba de los siglos pasados desde que existieran

por última vez fuerzas tan nobles en el mundo..., en cualquier mundo, el mundo que fuera; no importa, los detalles son irrelevantes. La estatua proclama la gran era perdida, las virtudes que quedaron atrás.

Las civilizaciones se aseguraban de que sus héroes estuviesen muertos antes de honrarlos. La virtud era cosa de los muertos, no de los vivos. Todo el mundo lo sabía. Vivía con eso, con esa permanente caída en desgracia que era la época actual. El legado malgastado, porque eso era lo que hacían las personas con las cosas que no se habían ganado ellas mismos.

Estudió a Draconus, y el hombre pareció oscurecerse, desdibujarse, perder definición de una forma extraña. Fosa ahogó un grito y al momento siguiente Draconus fue una vez más como siempre había sido.

Tan poco quedaba de su mente, tan poco de lo que podría llamar su yo, y esos momentos de claridad se iban difuminando a toda prisa. ¿No era acaso irónico que el caos lo alcanzara solo para encontrarse con que él ya había desaparecido?

De repente, Draconus estaba de cuclillas a su lado.

—Fosa, escúchame. Te ha convertido en el nexu; tú debías ser los ojos del dios... no, su cerebro..., tu dibujo, el que tienes en la piel...

Fosa lanzó un gruñido divertido.

—Cada alma comienza con una sola palabra. Él ha escrito esa palabra... sobre mí. La identidad es solo un patrón. La forma del comienzo. El mundo, vida y experiencia, es Kadaspala, grabando y grabando los detalles más precisos. Al final de la vida, ¿quién distingue siquiera esa primera palabra?

—Está en tu interior —dijo Draconus— romper ese patrón, Fosa. Aférrate a una parte de ti mismo, aférrate con fuerza, puede que la necesites...

—No, puede que la necesites tú, Draconus.

—No puede haber ningún niño-dios. No creado en esta pesadilla, ¿es que no lo entiendes? Sería una criatura horrenda, terrible. Kadaspala está loco...

—Sí —asintió Fosa—, qué mala suerte. Loco. No es un buen comienzo, no.

—Aguanta, Fosa.

—Es solo una palabra.

Draconus se quedó mirando ese ojo pintado. Después se levantó, recogió sus cadenas y salió del limitado campo de visión de Fosa.

Kadaspala se acercó arrastrándose.

—Él solo quiere escapar escapar escapar. Pero tú pero tú pero tú eres el nudo el nudo. ¡Apretando fuerte! Nadie se sale. Nadie se sale. Quédate quieto quédate quieto y quédate quieto hasta que él despierte y despertará y sí lo hará. Despertará. Mi niño. La palabra, sabes, la palabra es la palabra es la palabra. La palabra es matar.

Fosa sonrió. Sí, eso ya lo sabía. Lo sabía.

—Espera, dulce nudo, y espera espera espera. Todo tendrá sentido. Todo. Promesa promesa yo prometo y sí que prometo, pues he visto el futuro. Sé lo que viene. Conozco todos los planes. Su hermano murió y no debería haber tenido que hacerlo, no. No, no debería haber tenido que hacerlo. Yo hago esto por ella por ella por ella. Solo por ella.

»Nudo, hago esto por ella.

Matar, pensó Fosa, asintiendo, *matar, sí, lo entiendo. De verdad. Matar, por ella. Matar.* Y se encontró con que la palabra misma, sí, la palabra misma, sabía sonreír.

Al tiempo que llovían cenizas.

Bajo una extensión de estrellas, Preciosa Dedal se encontraba junto a la pista, viendo cómo se

acercaba el carruaje. Las reparaciones parecían improvisadas incluso en aquella penumbra, y el vehículo entero se mecía y tambaleaba. Vio a Glanno Lona encaramado en el alto pescante, las piernas entablilladas bien abiertas, y los caballos agitaron las cabezas, las orejas aplastadas y los ojos en blanco.

Unas figuras caminaban a ambos lados. Mappo y Rezongo a la izquierda, Reccanto Índole, los Tronco y ese infeliz de Cartógrafo a la derecha. Maese Quell, presumiblemente, estaba dentro.

Junto a Preciosa, Vahído murmuró algo por lo bajo y luego se puso en pie.

—Despierta, Dulcísima, por fin están aquí.

En el pueblo conocido como Tramo de Congoja, a media legua de distancia, no se veía ni un solo rayo de luz.

Preciosa se acercó a Rezongo.

—¿Qué pasó?

El hombre negó con la cabeza.

—De verdad que no quieres saberlo, bruja.

—¿Por qué se molestan los jaghut en casarse? —preguntó Reccanto, la cara pálida como la de la luna—. Dioses del inframundo, como diría Glanno, ¡esa fue la discusión más mezquilarca y nefaminosa que he visto jamás! Seguía en pleno apogeo cuando salimos pitando de allí.

—¿Pitando? —dijo Vahído—. El carruaje apenas si puede arrastrarse, Índole.

—No hay nada tan aterrador como salir corriendo pa salvar la vida a paso de caracol, que lo sepas, pero si no fuera por las protectividades del maese, no seríamos más que trozos de piel peluda y pedazos de carne como todos los demás ahí atrás.

Preciosa Dedal se estremeció e hizo un gesto de protección.

Maese Quell salió del carruaje después de abrir a la fuerza una puerta mal colgada. Estaba bañado en sudor.

—Qué maldito mundo es este —dijo sin aliento.

—Creí que estábamos en una isla —dijo Jula con el ceño fruncido.

—¿Regresamos al mar? —le preguntó Preciosa a Quell.

—De eso nada, el carruaje no aguantaría. Tenemos que encontrar un sitio más civilizado para meternos.

Lo observó alejarse del sendero para buscar un sitio privado donde pudiera gemir y suspirar mientras vaciaba la vejiga, o al menos lo intentaba; nunca se apartaba lo bastante.

—Necesitas un practicante de Alto Denul —exclamó la bruja tras él.

—Lo que tú digas, bruja, lo que tú digas...

Cartógrafo había encontrado un palo en alguna parte y estaba garabateando patrones en la tierra del camino una docena de pasos más adelante. Preciosa Dedal lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué está haciendo esa cosa?

Nadie parecía tener una respuesta.

Tras una larga pausa, la que habló fue Dulcísima Angustia.

—Chicas, ¿alguna de vosotras se siente un pelín sedienta se sangre?

Eso sí que despertó a todos de inmediato, observó Preciosa Dedal un momento después, todavía luchando con su propio pánico. Esa maldita bola de sebo todavía seguía partida de risa y Preciosa se estaba planteando clavarle un cuchillo en uno de esos ojos llenos de lágrimas, y dudaba que nadie fuera a intentar detenerla.

Maese Quell reapareció entonces.

—¿Qué tiene tanta gracia, Dulcísima? Bueno, da igual. —Examinó a todo el mundo con una expresión crispada, incómoda, como un hombre que se hubiera sentado encima de un corcho—. La noche apesta, ¿alguien lo ha notado? Estaba pensando en Rashan, pero ya no estoy tan seguro.

—Solo tienes que llevarme hasta un puerto —dijo Mappo—. Puedo seguir yo solo desde allí.

Quell lo miró con los ojos entornados.

—Te llevaremos como habíamos acordado, trell...

—Los riesgos...

—Por eso cobramos tanto. Bueno, se acabó, y ni se te ocurra intentar anular el contrato, nos lo tomaríamos como un gravísimo insulto, una mancha en nuestro buen nombre. Te llevaremos, trell, aunque sea en una rueda detrás de un caballo de tres patas.

Cartógrafo regresó bamboleándose con ellos.

—Si os parece —dijo, intentó esbozar una sonrisa que Preciosa decidió que era demasiado espeluznante para describirla sin caer en la locura—, he dibujado una solución.

—Siento habérmela perdido —dijo Quell.

—Quiere decir que la ha dibujado de verdad —replicó Preciosa mientras señalaba el camino.

Con Quell a la cabeza, se acercaron a observar el desvaído esbozo hecho en el polvo pálido del sendero.

—¿Se puede saber qué Embozado es eso?

—Un mapa, por supuesto.

—¿Qué clase de mapa?

—Nuestro próximo viaje.

Reccanto Índole se agachó para estudiar el esfuerzo y sacudió la cabeza.

—Ni siquiera encuentro la isla en la que estamos. Es un mapa estúpido, Cartógrafo. —Se irguió y señaló a los otros con la cabeza—. Eso nos pasa por intentar trabajar con un muerto. Lo juro, el sentido común es lo primero que se pierde cuando te conviertes en un muerto ambulante, ¿por qué será?

Los hermanos Tronco adoptaron una expresión pensativa, como si estuvieran rumiando posibles respuestas. Luego, al notar el ceño del otro, los dos estallaron en sonrisas. Amby lanzó un bufido y tuvo que limpiarse un moco del labio superior con el dorso de una mano.

—Debo de estar loca —susurró Preciosa.

—¿Es una especie de puerta lo que has dibujado aquí, Cartógrafo? —preguntó Quell.

—Carente de adornos, pero sí. Yo no tengo poder que darle. Claro que tú sí.

—Quizá —caviló Quell—, pero no reconozco nada de lo que has dibujado, y eso me pone nervioso.

Cartógrafo caminó por un borde y señaló con un dedo arrugado el otro extremo del mapa.

—¿Ves este surco ancho y recto? El resto se canaliza por este sendero, el sendero que tenemos que tomar. Los mejores mapas te enseñan la dirección correcta. Los mejores mapas son los que te llevan a un destino concreto.

Reccanto Índole se rascó la cabeza, parecía perplejo.

—Pero para eso son los mapas... ¿Qué está farfullando este?

—No todos los mapas —lo corrigió Cartógrafo con una sacudida de la cabeza, y nada, decidió Preciosa, podía llegar a ser tan solemne como un muerto sacudiendo la cabeza—. La representación objetiva no es más que una de las formas en el arte de la cartografía, y ni siquiera la más útil.

—Si tú lo dices —dijo maese Quell—. Yo sigo inquieto.

—Tienes pocas opciones, mago. El carruaje está dañado. El conflicto marital se extiende ahora más allá de los límites del pueblo y no tardará en abarcar la isla entera con una conflagración de conflictivas versiones de quién dijo qué.

—Es más listo que antes —comentó Vahído.

—Eso es verdad —contestó Reccanto.

—Voy acumulando más de mí mismo, sí —dijo Cartógrafo, que les dedicó otra sonrisa espeluznante.

Estremecimientos por todas partes.

—¿Cómo es —preguntó Quell— que nunca mostraste este talento hasta ahora?

El cadáver se irguió en toda su altura.

—He manifestado numerosos talentos en este viaje, cada uno apropiado a la situación del momento.

¿Habéis olvidado los cocos?

Vahído puso los ojos en blanco.

—¿Cómo podríamos olvidar los cocos?

—Además —resumió Cartógrafo— como alguien que no ha sido invitado siento una necesidad urgente de contribuir a la empresa. —Una mano hecha jirones señaló los garabatos de la pista—. Reviste esto de poder, maese Quell, y podremos ponernos en camino.

—¿A algún sitio donde podamos parar un tiempo?

Cartógrafo se encogió de hombros.

—No puedo predecir las situaciones que nos aguardan; solo que, en general, no son demasiado amenazadoras.

Quell tenía toda la pinta de tener que mear otra vez. Pero, en su lugar, se volvió de nuevo hacia el carruaje.

—Todo el mundo a bordo. Preciosa, tú conmigo, como siempre. Lo mismo para ti, Mappo. —Hizo una pausa—. Los demás, preparaos.

—¿Para qué? —preguntó Rezongo.

—Para lo que sea, claro.

Reccanto, todavía pavoneándose después de su extraordinaria estocada hecha de rodillas, dio una palmada en la espalda del enorme guerrero.

—No te apures, amigo, ya te acostumbrarás con el tiempo. A no ser que —añadió— algo te mate antes.

Cartógrafo levantó unas cuerdas.

—¿Quién tendrá la amabilidad de atarme a una rueda?

La noche barre la llanura del Asentamiento. En la inmensa cúpula del cielo las estrellas se ven mortecinas, borrosas, como reacias a afilarse como puntas de cuchillo en aquella extrañamente pesada oscuridad. Los coyotes acallan sus gritos por esa noche. Los lobos huyen medio ciegos con un terror informe, y algunos seguirán corriendo hasta que les estalle el corazón.

Al sur del extremo occidental de las colinas Gadrobi, una solitaria figura envuelta en cadenas hace una pausa en su viaje y ve al fin el leve fulgor azulado que es el corazón siempre palpitante de la gran y legendaria ciudad.

Darujhistan.

Tres leguas al oeste, tres extraños más contemplan ese mismo fulgor, y en los ojos de uno de ellos, sin que los demás lo perciban, hay tal pavor, tal angustia, que aplastaría el alma de un hombre menos fuerte. La mano enfundada en un guantelete busca una y otra vez la empuñadura de cuero de su espada.

Se dice a sí mismo que una venganza satisfecha es una paz ganada, pero ni siquiera él se convence del todo. Más allá de la ciudad que lo aguarda, el futuro es una inmensa ausencia, un vacío que empieza a creer que nunca verá, y en el que mucho menos se adentrará.

Sin embargo, a pesar de todas las tumultuosas y furiosas fuerzas que la voluntad ejerce en esta muestra de desconocidos, ninguno entre ellos es la causa de ese denso y palpable silencio de la noche.

A menos de una legua al norte de los tres desconocidos, siete Mastines se han dispuesto sobre una cima, la mirada torva en el fulgor de la ciudad.

Las bestias son capaces de detectar los latidos rápidos de un conejo a media legua de distancia, así que oyen con claridad el repique de la duodécima campanada que anuncia la llegada de la medianoche a la ciudad de Darujhistan.

Y como uno solo, los siete Mastines levantan las gigantescas cabezas y aúllan.

Las estrellas se convierten de pronto en chispas que llamean en el cielo. El rey supremo se detiene a media zancada y la sangre antigua, contumaz, de sus venas y arterias fluye de repente fría como el hielo. Por primera vez en ese viaje, Kallor conoce un momento de miedo.

La cabeza alargada de *Estragos* se alza con un movimiento brusco y la bestia se echa a un lado con movimiento temeroso. A horcajadas del animal, Samar Dev se agarra con desesperación a Karsa, no vaya a tirarla al suelo el caballo, y siente la tensión repentina de cada músculo del inmenso guerrero.

Por delante de ellos, Viajero se detiene con los hombros encorvados, como si esos aullidos que resuenan demasiado cerca le azotaran la espalda. Después se recupera y continúa su marcha.

Sobre la cornisa de una verja que da a la llanura sur, un rechoncho demonio con aspecto de sapo levanta la cabeza, las orejas puntiagudas alerta de repente.

Y, luego, cuando los aullidos se van desvaneciendo, el demonio se acomoda otra vez.

Aunque ahora al fin siente, levantándose de la propia tierra, levantándose con un escalofrío que le recorre los huesos, el rumor de unas patas pesadas en la lejanía.

Acercándose, cada vez más.

En la ciudad que Chillbais tiene a su espalda, la duodécima campanada repica con su sonora nota. Los grandes festejos de otra estación ya casi han terminado. Un día más en el nombre de Gedderone. Una noche más para concluir el tumulto de absurdas celebraciones.

Danzad, danzad.

Porque, como todo el mundo sabe, todo lo que veis a vuestro alrededor durará... bueno... ¡para siempre!

Capítulo 21

Amigo mío, este no es el lugar
Las flores cortadas yacen esparcidas en el camino
Y la luz de la luna brilla
En lo que los tallos sangran

En el día para siempre perdido
Observé una avispa negra metiéndose veloz en
Una telaraña, y la araña que dejó caer
Solo para ser atrapada en pleno vuelo

Las pisadas no dejan huella
En la estela de la ira de una criatura hambrienta
Solo puedes yacer con la esperanza, soñando
Que con ligereza tocara el suelo

Y se alejará bailando como un suspiro
Ocultándose bajo hojas que se mecen
Mientras el cazador merodea y escucha
Pero reza por que nada encuentre

Amigo mío, no es este tu rostro
Tan pálido y quieto nunca más reirá
Cuando la luz de la luna cayó y luego paró
Fría como plata en el claro

Mira atrás, al día, se ha perdido para siempre
Quédate mirando la noche, donde las cosas se confunden
La telaraña se extiende vacía, el viento se lamenta
En hilos de canciones ausentes

(Canción de) viejo amigo
Pescador

Voluminoso en el asombro, pero, ten por seguro, lacónico en la tristeza. Piensa en el leñador, de pie frente al bosque, hacha en mano. En un momento dará un paso adelante. Piensa ahora en la primera línea de árboles, enraizados, impotentes contra lo que viene.

El goteo del agua que se filtra alrededor de las raíces no cae más rápido. La dulce calidez del sol en las hojas no estalla en una llamada urgente. El mundo y su ritmo no pueden cambiar. ¿Qué debe hacerse? Vaya, no debe hacerse nada. El leñador blande su hacha con una cegadora velocidad y una espléndida indiferencia, y no oye el coro de lamentos.

¿Es esta una fantasía inútil? Para algunos, quizá para muchos, debe de serlo. Pero has de saber una cosa, la empatía no es ningún juego.

Dale la vuelta al tiempo y que retroceda. Cae el atardecer, pero aún es temprano y todavía hay luz. Un jinete solitario se detiene en un cerro que se asoma a un campo minero. Allí arriba no se ha ido la luz del sol. El polvo rezuma oro y nada quiere asentarse. En el oscuro pozo las figuras van de un lado a otro, frenéticas.

Al fin alguien lo ve. Un anciano sube trabajosamente por el sendero. Un mensajero se apresura hacia el edificio principal construido sobre un aplastado montón de escoria.

Comienza.

—¿Otro invitado? ¿Viene a por el chico? ¿Qué narices tiene de especial ese crío? —Pero a Gorlas Vidikas no le interesaban demasiado las respuestas, sobre todo dado que ese mensajero no estaba en posición de explicar nada, puesto que lo había enviado directamente el capataz. El noble se levantó, se puso su capa, recogió sus elegantes guantes de gamuza y salió. ¿Tendría el placer de matar a otro necio más? Lo esperaba sinceramente.

¿Era ese pomposo viejo imbécil de Coll? Eso sería lo ideal, y quién sabe, quizás el fantasma de lady Simtal se desperazaría con el último aliento del tipo para aullar de placer ante esa venganza perfecta, esa conclusión largo tiempo esperada a la vil traición de su última fiesta. Por supuesto, era sobre todo asunto de Hanut Orr, y quizá de Shardan Lim también, pero Gorlas agradeció esa repentina e inesperada moneda que atesoraría como gratificación por matar a al menos dos de los antiguos conspiradores.

La muerte de Coll también dejaría libre un asiento en el Consejo. Gorlas sonrió al pensarlo mientras subía las escaleras de tablonos de madera hacia la loma que serpenteaba por detrás y por encima del edificio principal. Humilde Medida ofrecería su propia gratificación por la hazaña, y, sin duda, sería tal, que la gratitud de Hanut y Shardan parecerían el regalo reticente de un pobretón. De repente tuvo una extraña visión, media docena de pobretones, mendigos y cosas peores, reunidos en un edificio abandonado, de cuclillas en la tierra húmeda mientras se iban pasando una mísera hogaza de pan de semillas y un trozo mohoso de queso. Y mientras los contemplaba como un fantasma invisible, tuvo la sensación de que el círculo no estaba del todo... completo.

Falta alguien. ¿Quién falta?

Se sacudió, la escena se disipó, y vio que se había detenido justo debajo del último rellano, con una mano en la barandilla que tenía al lado. En ese último momento, cuando la imagen se hizo añicos, le pareció vislumbrar algo, un cadáver retorciéndose bajo una rama gruesa, la cara dándose la vuelta al encuentro con la suya, y luego desapareció.

Gorlas sintió una sequedad inexplicable en la boca. ¿Algún dios o espíritu le había enviado una visión? Bueno, si lo había hecho alguien o algo, no era muy buena, porque él no le encontraba ningún sentido.

Se estiró los guantes, siguió subiendo y salió a la venturosa luz que lo pintaba todo de dorado. Sí, la riqueza del mundo estaba a su alcance. Él jamás había entendido a las personas pobres, su estupidez, su falta de ambición, su pereza. Tanto al alcance de la mano, ¿es que no lo veían? ¿Y luego cómo se atrevían a quejarse, lamentarse y lanzarle miradas asesinas cuando él se llevaba todo lo que podía? Que cayeran a la cuneta, que terminaran a los pies de los caballos. Él iba a donde se le antojaba y si eso significaba que

tenía que apartarlos de su camino de un empujón, o aplastarlos, que así fuera.

Vamos, él podría haber nacido sin nada y, aun así, estaría donde estaba. Era triunfador y ganador por naturaleza. Los estúpidos podían guardarse todo su resentimiento y envidia. Trabajo duro, disciplina y valentía para aprovechar la oportunidad cuando se presentaba; eso era de lo que carecía la mayor parte de las personas. De lo que no carecían en absoluto era de ilimitada energía para quejarse. La amargura era un desperdicio de energía y, como el ácido, corroía el recipiente que la contenía.

Al doblar la curva de la loma, vio que el hombre que lo aguardaba no era Coll. Ni, comprendió Gorlas, ningún extraño tampoco. *Dioses del inframundo, ¿es posible? Oponn, ¿eres tú el que así me bendices ahora? Tira de mí, Señora. Empújalo tú, Señor.*

El joven (bueno, eran de la misma edad, pero no a ojos de Gorlas) lo vio acercarse, desmontó sin prisa, rodeó el caballo y se colocó en el centro del camino que tenía Gorlas delante.

—No sería lo bastante tonta como para enviarte aquí, ¿verdad?

—Me conoces, entonces.

Gorlas sonrió.

—Te observé una vez, hace solo unos días, desde el otro lado de la calle. Había en tu cara una expresión culpable, ¿lo sabías? Me pareciste un cobarde, ¿cómo te llamas? Quiero saber cómo te llamas, para poder ser preciso cuando le cuente lo que he hecho, a ti... y a tu cadáver.

El hombre permaneció inmóvil, los brazos a los lados.

—No estoy aquí por Cáliz —dijo.

—Si quieres pensar que fue todo idea tuya, estupendo. Pero debería decirte que la conozco bien, mucho mejor que tú. Te ha estado trabajando, te ha llenado la cabeza, se puede decir que te ha traído de la mano, aunque seas demasiado memo para darte cuenta. Por supuesto, lo más probable es que no buscara a nadie demasiado listo, puesto que un hombre inteligente habría calado desde el principio su letal intriga. Un hombre inteligente se habría alejado. Quizá corriendo.

El hombre ladeó un poco la cabeza.

—¿De qué sirve todo esto, Gorlas Vidikas?

Gorlas suspiró, volvió la cabeza y miró al capataz, que permanecía allí, observando y escuchando —sí, habría que hacer algo al respecto— y luego miró al hombre una vez más.

—Puesto que eres demasiado cobarde para decirme tu nombre, tendré que rebanarte la cara para llevársela a ella como prueba. Mírate, ni siquiera llevas espada. ¡Capataz! ¿Todavía tenemos el estoque de Murillio? No me acuerdo, ¿volvió el arma con él?

—No estoy seguro, señor, ¿quiere que vaya a mirar?

—Bueno, búscale al huerfanito una espada. Cualquier cosa servirá, tampoco es que sepa usarla. Y date prisa, antes de que nos quedemos sin luz y la morralla de ahí abajo empiece a aburrirse de esperar. —Le sonrió al hombre—. Andan sedientos de sangre en los últimos tiempos, culpa mía, en realidad...

—Sí, en cuanto a Murillio...

—Ah, ¿que has venido por eso? El duelo fue del todo justo. El hombre no estaba a la altura de mis habilidades, nada más.

—¿Dónde está el niño?

—¿Así que esa es la razón que te ha traído aquí? Está empezando a ser difícil de creer. Ese niño no será una especie de príncipe huérfano o algo así, ¿no? O más bien, ¿lo era?

—¿Era?

—Sí. Me temo que está muerto.

—Entiendo.

—Bueno, ¿todavía te interesa? —preguntó Gorlas—. Claro que tampoco importa demasiado, porque yo

quiero que te quedes. Supongo que puedes intentar huir, pero te garantizo que acabarás mal antes de montar ese hermoso caballo, un caballo que tendrá un buen lugar en mis establos. Dime, ¿eres mejor duelista de lo que lo era Murillio? Tendrás que serlo. Mucho mejor.

El capataz había bajado la mitad del sendero y luego había dado instrucciones a gritos, y ahora un jovencito subía a todo correr con una espada acunada en los brazos; no la de Murillio, sino, por el aspecto que tenía, algo hallado en una de las obras. Fina, ahusada, formaba una punta que estaba un poco doblada. Hierro, al menos, pero la pátina era una gruesa costra sobre el espinazo de la hoja, y los dos filos estaban repletos de muescas. El mango, vio Gorlas cuando la entregó el capataz, que resollaba casi sin aliento, ni siquiera estaba envuelto.

—Disculpa la falta de empuñadura —dijo Gorlas—. Pero, en serio, deberías haber venido preparado.

—¿Qué se siente —preguntó el hombre— al matar a un viejo?

—El duelo fue justo...

—¿Acordasteis que fuera a muerte? Lo dudo mucho, Vidikas.

—Me desagrada la falta de respeto que muestras al usar mi apellido así; sobre todo cuando ni siquiera eres capaz de decirme tu nombre.

—Bueno, tu mujer te llama Inútil, así que si lo prefieres...

Gorlas lanzó el arma a los pies del hombre, la espada resbaló en medio de una racha de polvo dorado.

—En guardia —ordenó con voz áspera—. A muerte.

El hombre no hizo movimiento alguno para recoger el arma. Se quedó como estaba, la cabeza ligeramente ladeada.

—Eres realmente un cobarde —dijo Gorlas mientras sacaba su estoque—. Los cobardes no se merecen que los traten con honor, así que prescindamos de convencionalismos...

—Estaba esperando que dijeras eso.

El capataz, de pie a un lado, todavía luchando con el dolor que provocaba en su pecho un corazón sofocado, empezó a pasarse la lengua por los labios llenos de arena. Antes de terminar aquel instintivo gesto, la escena que tenía delante cambió de forma irrevocable.

Y Gorlas Vidikas estaba cayendo hacia delante y aterrizando con un fuerte golpe. El estoque se liberó y salió rodando de su mano, y acabó entre la hierba que bordeaba la pista. Se levantó un poco de polvo, que luego se asentó despacio.

El desconocido, ¿se había movido siquiera? El capataz no estaba seguro; se volvió hacia él.

—Usted lo oyó prescindir de las reglas de los duelos, ¿correcto?

El capataz asintió.

—E, intente recordar, buen señor, ¿me oyó, aunque fuera una vez, expresar un reto formal?

—Bueno, yo me fui pista abajo por un momento...

—Pero no más allá de donde pudiera oír, estoy seguro.

—Ah, no, a menos que usted susurrara algo...

—Recuerde. Gorlas no hacía más que parlotear... ¿Podría haber dicho algo yo incluso si hubiera querido?

—Muy cierto, ahora que lo pienso.

—Entonces, ¿estamos satisfechos?

—No soy yo quien tiene que decirlo —replicó el capataz—. Es el hombre para el que este estaba trabajando.

—Que, puesto que no se encuentra aquí, tendrá que confiar solo en su informe.

—Eh, supongo.

El hombre se encogió de hombros.

—Haga lo que crea conveniente, entonces. —Bajó los ojos y miró al pozo—. Da la sensación de que están a punto de empezar a vitorear —comentó.

—No lo tienen decidido.

—¿No?

—No tienen decidido si quien vaya a sustituir a Vidikas va a ser mejor, ¿sabe usted?

—Porque, en su experiencia, todos son iguales.

El capataz asintió.

—No me había parecido usted noble.

—No, no lo soy.

—No, usted es como esos de ahí abajo. Como yo, incluso.

—Supongo. —El hombre se acercó al cuerpo de Gorlas Vidikas, se agachó para volverlo de espaldas y el capataz vio los dos mangos de cuchillo, las hojas enterradas hasta las empuñaduras, sobresaliendo del pecho de Gorlas.

Decidió lamerse otra vez los labios, y de algún modo el polvo de repente le supo más dulce.

—¿Sabe algo de leyes de propiedad, por casualidad?

—Perdón, ¿qué?

—Como que si yo le estaba pagando un préstamo a este hombre...

—No, ni idea. Aunque imagino que, si no hace nada, si solo espera a ver si aparece alguien a cobrar, bueno, no se podría considerar ilegal. ¿Verdad?

—No, a mí me parece lo más oportuno —asintió el capataz.

El hombre sacó los cuchillos y les limpió la sangre en el manto manchado, arrugado.

—¿Decía la verdad sobre Harllo?

—¿Qué? Ah. Pues sí. El chaval intentó escapar, y se mató.

El hombre suspiró y luego se irguió.

—Ah, mierda, Murillio —murmuró—. Cuánto lo siento.

—Espere... ese tal Harllo, ¿tan importante era? Quiero decir... —y el hombre hizo un gesto para abarcar no solo el cadáver tirado en el camino, sino el que había estado allí mismo el día anterior—, todas estas muertes. ¿Quién era Harllo?

El hombre se dirigió a su caballo y se subió a la silla. Recogió las riendas.

—No estoy seguro —dijo tras pensarlo un momento—. Tal y como empezó, bueno, parecía... —vaciló y luego dijo—: que era un niño al que nadie quería.

Por muchas cicatrices y amargura que tuviera, hasta el capataz hizo una mueca de dolor al oír eso.

—Como la mayor parte, cuando terminan aquí. Como la mayor parte.

El hombre lo examinó desde la silla.

Al capataz le extrañó, no veía demasiado triunfo ni satisfacción en el rostro que lo contemplaba desde arriba. De hecho, el capataz no sabía muy bien qué estaba viendo. Fuera lo que fuese, no encajaba.

El desconocido le dio la vuelta al caballo y echó a andar por el camino. Regresaba a la ciudad.

El capataz tosió y reunió una gran flema maloliente, se adelantó un paso y la escupió con toda precisión en el rostro alzado de Gorlas Vidikas. Luego se dio la vuelta.

—¡Quiero tres guardias y los caballos más rápidos que tengamos!

Observó al mensajero escabullirse a toda prisa.

En el pozo se alzó alguna que otra carcajada seca y dura. El capataz lo entendió a la perfección y asintió.

—A la mierda con todo, les daré un jarro extra de cerveza de todos modos.

Navaja cabalgó un rato mientras el atardecer daba paso a la oscuridad. El caballo fue el primero en sentir la pérdida de voluntad cuando el jinete que llevaba sobre su lomo dejó de intentar siquiera guiar su camino. La bestia redujo el medio galope a un trote, luego al paso y terminó por detenerse y quedarse al borde del camino, con la cabeza agachada para mordisquear una mata de hierba.

Navaja se quedó mirando sus propias manos y observó las riendas que se iban deslizando hasta soltarse. Y después empezó a llorar. Por Murillio, por un niño que jamás había conocido. Pero, sobre todo, lloraba por sí mismo.

Ven a mí, amor mío. Ven a mí ahora.

Muy poco tiempo después tres mensajeros pasaron como truenos sin prestarle ninguna atención. El rumor de los cascos de los caballos tardó en desvanecerse y las nubes de polvo dejadas en su estela flotaron suspendidas, iluminadas solo por la luz de las estrellas.

Venaz, el héroe, Venaz que seguía las órdenes, y si las órdenes implicaban un acto cruel, incluso mortal, así habrían de cumplirse. Nada de preguntas, nada de reparos. Había regresado a la cima con un triunfo adusto. Otra huida frustrada, el mensaje amablemente entregado. Con todo, a él le gustaba ser concienzudo. De hecho, había querido asegurarse.

Así pues, de acuerdo con sus nuevos privilegios como jefe de los topos, cuando recogió un rollo de cuerda anudada de escalada y regresó a los túneles, nadie lo detuvo. Podía hacer lo que le apeteciera, ¿no? Y cuando regresara con las pruebas que hallara para demostrar las muertes de Bainisk y Harllo, entonces Gorlas Vidikas vería lo valioso que era, y Venaz tendría una nueva vida.

Con el buen trabajo llegaban las buenas recompensas. Una verdad muy sencilla.

La riada que había anegado parte del pasadizo en lo más hondo del Escaño se había drenado casi toda, lo que facilitó su caminata hasta la fisura. Cuando llegó, se agachó al borde y escuchó con atención, para asegurarse de que no seguía ninguno vivo, quizá revolviéndose en el negro absoluto de allí abajo. Satisfecho, desató la cuerda de Bainisk del saliente de piedra y la sustituyó por la suya, luego dejó caer el resto del rollo por el borde.

Venaz redujo la luz del farol al mínimo y ató un trozo de bramante de medio cuerpo de longitud al mango, el otro extremo se lo ató a un tobillo. Bajó el farol y luego lo siguió con las piernas. Juntó los dos pies, la cuerda entre ellos, y fue bajando muy despacio hasta apoyarlos en un nudo. Bien, mientras el bramante no se enredara con la cuerda, todo iría bien.

Moviéndose con mucho cuidado, comenzó a bajar.

Cuerpos rotos, ensangrentados, en algún sitio de allá abajo, los habían matado las rocas, no Venaz, él ni siquiera había cortado la cuerda. Había sido Bainisk, el muy idiota. No obstante, Venaz podía llevarse el mérito, no había nada malo en eso.

Incluso con los nudos, el lento avance le estaba provocando dolores en los brazos y los hombros. En realidad, no tenía que hacerlo. Pero quizá fuera eso lo que marcará la diferencia a ojos de Gorlas Vidikas. Los nobles buscaban ciertas cosas, cosas misteriosas. Nacían con habilidades y talentos. Él necesitaba mostrar a aquel hombre todo cuanto fuera capaz de sus propios talentos y demás.

El farol tintineó debajo de él y, cuando miró, vio el leve rubor de la luz pálida que jugueteaba por las piedras secas y dentadas. Unos momentos después estaba de pie, un tanto inquieto, y las rocas se movían bajo sus pies. Se desató el farol y guardó el bramante, después subió la mecha un par de muescas. El

círculo de luz aumentó.

Vio los pies de Bainisk, las suelas gastadas de los mocasines, las espinillas salpicadas de negro; tenía las dos partidas y se veían los extremos cortados de los huesos. Pero no estaba sangrando. Bainisk estaba muerto y bien muerto.

Se fue acercando más y se quedó mirando la cara destrozada, le sorprendió un poco el modo en que parecía petrificada en una sonrisa.

Venaz se agachó. Iba a coger la saquita del cinturón de Bainisk, donde guardaba todos sus objetos valiosos: el cuchillito con mango de marfil que Venaz tanto ansiaba; la media docena de cobres que se había ganado como recompensas por tareas especiales; una única moneda de plata que Bainisk había guardado como el mayor de los tesoros porque mostraba en una cara el perfil de una ciudad bajo un arcoíris o una especie de luna gigantesca que llenaba el cielo; una moneda, había dicho alguien, de Darujhistan, pero mucho tiempo atrás, en la época de los Tiranos. Tesoros que ya pertenecían a Venaz.

Pero no encontró la saquita. Le dio la vuelta al cuerpo, examinó las rocas manchadas de sangre que había debajo y por todos lados. Ninguna saca. Ni siquiera fragmentos de cordel.

Debía de habérsela dado a Harllo. O quizá la había perdido por alguna parte, al ir bajando; si Venaz no la encontraba allí abajo, podía hacer un registro más cuidadoso mientras subía a la cima.

Bien, momento de encontrar al otro chico, ese al que había odiado casi desde el principio. Siempre actuaba como si fuera más listo que los demás. Era esa expresión en sus ojos, como si supiera que era mejor, tanto que no le costaba nada ser bueno con todos esos que eran más estúpidos. Era fácil sonreír y decir cosas agradables. Era fácil ser servicial y generoso.

Venaz se alejó del cuerpo de Bainisk. Faltaba algo, y no era solo el cuerpo de Harllo. Y luego, tras un momento, comprendió lo que era. El resto de la cochina cuerda, que tendría que haber caído cerca de la base del acantilado, cerca de Bainisk. La maldita cuerda había desaparecido... y Harllo también.

Fue avanzando por la fisura y, tras unos veinte pasos, llegó al borde del fondo, que descubrió que no era ningún fondo, sino un cuello volcánico, un puente de roca caída. La fisura seguía cayendo hasta una profundidad desconocida, y el aire que subía era caliente y seco. Asustado al darse cuenta de que se encontraba sobre algo que podría derrumbarse en cualquier momento, Venaz se alejó a toda prisa en dirección contraria.

Lo más probable era que Harllo estuviera malherido. Tenía que estarlo. A no ser que... que ya hubiera estado abajo, de pie, sujetando la maldita cuerda, esperando a que Bainisk se reuniera con él. Venaz sintió la boca seca de repente. Había sido muy descuidado. Eso no sentaría muy bien, ¿verdad? Aquello solo podía salir bien si encontraba el rastro del renacuajo y acababa con él. La idea le provocó un escalofrío, él jamás había matado a nadie de verdad. ¿Sería capaz de hacerlo? Tendría que hacerlo, para arreglar las cosas.

El cuello volcánico subía al otro lado del cuerpo de Bainisk, y cada trozo de piedra era más grande; por los espacios que había entre ellos silbaban los vientos que subían del fondo. Unos chirridos aterradores acompañaban cada uno de sus cautelosos pasos.

Quince pasos más allá, otra caída repentina. Desconcertado, Venaz fue abriéndose paso junto al borde. Llegó a la pared de enfrente, el otro lado de la fisura, y levantó el farol. Con esa luz distinguió una grieta angular, dos salientes de roca allí donde un lado se había movido más y más rápido que el otro; hasta podía ver dónde continuaban las juntas rotas entre los salientes. La caída era más o menos de un cuerpo de altura y la grieta, de apenas de un antebrazo de ancho, dibujaba un ángulo pronunciado y se metía por una especie de tobera.

Bainisk jamás habría podido colarse por esa hendedura. Pero Harllo sí, y de hecho se había metido, era la única salida de la chimenea.

Venaz se volvió a atar el farol y luego se obligó a meterse en la grieta. Encajaba, pero a duras penas. Solo podía llenarse a medias los pulmones antes de que su tórax se topara con piedra sólida e inflexible. Gimoteó y se fue adentrando, pero no tanto como para atorarse; no, para trepar necesitaría al menos un brazo libre. Encajando una pierna de lado y retorciendo el torso poco a poco pudo colocarse en una posición que le permitía ir subiendo a pequeños tirones. La sensación seca, cocida, de la piedra comenzó como una salvación. Si hubiera estado mojada, se habría vuelto a deslizar hacia abajo una y otra vez. Pero antes de haber avanzado la longitud de dos cuerpos estaba bañado en sudor y encontró vetas de lo mismo sobre él, lo que daba fe de los mismos esfuerzos que había hecho Harllo. Y se encontró con que el único modo que tenía de sujetarse entre uno y otro tirón era respirar lo más hondo posible y convertir el pecho en una cuña, una chimenea. La tela tosca, gastada, de su túnica le estaba dejando la piel en carne viva.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Cuánto medía ese pasaje casi vertical? Venaz perdió el sentido de esos detalles. Estaba a oscuras, en un mundo de muros de piedra, secas ráfagas de aire que le azotaban por un costado, un brazo derecho que gritaba de cansancio. Estaba sangrando. Rezumaba sudor. Era una masa de arañosos y brechas. Pero entonces la grieta se ensanchó en fracturas escalonadas, cada una de las cuales le proporcionaba un feliz saliente en el que descansar al fin los músculos temblorosos. Al ensancharse se convirtió en una tolva viable. Pudo por fin tomar unas buenas bocanadas de aire y el chirriante dolor en las costillas se fue mitigando. Siguió adelante y antes de mucho tiempo llegó a una nueva fractura de carga, una que atravesaba la roca y corría perpendicular a la tolva.

Venaz vaciló, pero luego se fue metiendo en ella, para ver hasta dónde llegaba, y casi al instante olió humus, leve y rancio, y un poco más allá llegó a un hundimiento casi horizontal donde se habían asentado detritos boscosos. Tras ese nauseabundo olor había algo más, algo acre, fresco. Aumentó la luz del farol y lo sostuvo por delante. Una escarpada ladera de pedregal se alzaba por el pasaje y justo cuando la examinó se oyó el estruendo de piedras que bajaban rebotando y se escurrían entre las hojas secas y el musgo muerto.

Venaz corrió a la base del desprendimiento y estiró la cabeza para asomarse.

Y vio a Harllo, a no más de veinte cuerpos por encima, aplastado contra el pedregal, trepando con movimientos débiles.

Sí, había olido al niño.

Venaz sonrió y cubrió a toda prisa el farol. Si Harllo averiguaba que lo estaban siguiendo, podría intentar provocar a patadas un desprendimiento letal de escombros; por supuesto, si hacía eso, las piedras se lo llevarían con él. Harllo no era estúpido. Cualquier movimiento en falso por esa subida y morirían los dos. El verdadero riesgo era cuando llegara a la cima y saliera. Entonces, Venaz sí que podría tener algún problema.

Y olía esa brisa que bajaba, eso era aire fresco, limpio. Olía a juncos y barro. La orilla del lago.

Venaz pensó en varias cosas, y luego unas cuantas más. Y al cabo se decidió por un plan. Uno arriesgado, desesperado. Pero lo cierto era que no tenía alternativa. Hiciera lo que hiciese, Harllo lo oiría trepar. Muy bien, que lo oyera.

Se echó a reír, una carcajada baja, gutural, que supo que subiría por las piedras como un centenar de serpientes que se enroscarían con un veneno gélido alrededor del corazón de Harllo. Se echó a reír y luego empezó a cantar.

—¡Harrrrllo! ¡Te encontréee!

Y oyó un grito de respuesta. Un chillido como el de un perrito tullido cuando lo pisabas, un gemido de terror abyecto. Y eso le pareció estupendo.

Pánico era lo que quería. No del que llevaría al niño a que se escabullera corriendo como un loco,

puesto que eso podría hacer que cayera abajo otra vez; sino del que, una vez alcanzara la cima, lo llevaría a salir volando hacia la noche y correr y correr.

Venaz abandonó el farol y empezó a trepar.

La cacería fue tortuosa. Como dos gusanos subieron serpenteando por las polvorientas losas de esquisto. La desesperada huida y la persecución estaban las dos atrapadas en el ofuscado latido de los corazones, los convulsos jadeos de los pulmones necesitados de aire. Pero todo atrapado dentro, pues sus miembros no podían moverse más que con lentitud, trabados en vacilación agónica. Minúsculos deslizamientos que los paralizaban a ambos, mareantes movimientos que los hacían estirar los brazos y las piernas, el aliento contenido, los ojos apretados con fuerza.

Venaz tendría que matarlo. Por todo eso, Harllo moriría. Ya no había más alternativa, y Venaz de repente pensó que le resultaría fácil asfixiar al niño con sus propias manos. Sus manos alrededor del cuello de pollo del niño, la cara volviéndose azul, luego gris. La lengua sobresaliendo, los ojos saltones; sí, no le iba a costar nada.

Unos pies que de pronto se revolvían arriba, piedras que resbalaban y entonces Venaz se dio cuenta de que estaba solo en la pendiente. Harllo había llegado a la superficie y gracias a los dioses estaba corriendo.

Tu único error, Harllo, y ahora verás. Tu garganta en mis manos.

Ya te tengo.

El suave susurro de llegadas despierta una vez más, al tiempo que unas figuras parten. De escondites, de refugios, de nidos miserables. Se meten en arroyos de oscuridad, formas en sombras que se deslizan sin que nadie las vea.

Thordy observó al asesino que era su marido salir de la jaula de mentiras que llamaban, con una peculiar ironía, su hogar. Cuando sus pasos entrecortados se desvanecieron, salió al jardín y se quedó al borde del círculo de adoquines. Miró al cielo, pero no había luna todavía, ninguna mancha brillante que blanqueara el fulgor azul de la luz de gas de la ciudad.

Una voz murmuró en su cabeza, una voz densa, sopesada. Y lo que le dijo hizo que se ralentizara el inquieto martilleo de su corazón, llevó paz a sus pensamientos. Al tiempo que hablaba, en tono mesurado, de un terrible legado de muerte.

Sacó el único cuchillo de cocina decente que poseía y sostuvo la parte fría y plana de la hoja contra una muñeca. En esa postura extraña, ominosa, esperó.

En la ciudad, en ese momento, Gaz recorría un callejón. Quería encontrar a alguien. A quien fuera. Para matarlo, para destrozarlo de una paliza, huesos machacados, ojos estallando, labios sin fuerzas desgarrados sobre los raigones afilados de dientes rotos. La anticipación era un juego tan delicioso, ¿verdad?

En otro hogar, parte residencia, parte estudio, Tiserra se secó las manos recién lavadas. Cada sensación dentro de ella parecía en carne viva, como si la hubieran pasado por cristal molido. Vaciló, escuchó, pero no oyó más que su propia respiración, ese débil fuelle de vida que le parecía de una espantosa fragilidad. Algo había empezado. Y se dio cuenta de que estaba aterrada.

Tiserra se apresuró hacia cierto lugar de la casa. Comenzó una búsqueda frenética. Encontró el lugar

oculto en el que su marido había guardado los valiosos regalos que le habían hecho los moranthianos azules.

Vacío.

Sí, se dijo, su marido no era tonto. Era un superviviente, ese era su mayor talento. Y uno logrado con mucho esfuerzo; nada que ver con ese traicionero rueda en el que Oponn jugaba a empujar y tirar. Su marido había cogido lo que necesitaba. Había hecho lo que podía.

Tiserra se levantó con sensación de impotencia. Una sensación no demasiado agradable, nada en absoluto. Presagiaba que la noche que tenía por delante se prolongaría hasta la eternidad.

Mezcla bajó al piso principal, donde se detuvo un momento. El bardo estaba sentado al borde del escenario, afinando su lira. Duiker estaba sentado en su lugar de siempre, mirando con el ceño fruncido un pichel de cerveza que envolvía con sus manos como si pretendiera estrangular un destino duro e inflexible.

Azogue... Azogue estaba en prisión. Scillara había salido unas cuantas campanadas antes y no había regresado. Barathol estaba pasando su última noche en su propia celda; estaría en un carro con rumbo a una fundición en cuanto amaneciera.

Rapiña estaba echada en un catre, arriba, los ojos cerrados, la respiración superficial y débil. En realidad, ya se había ido. Quizá para no volver jamás.

Mezcla se arrebujó en su capa. Ninguno de los hombres le prestó atención.

La veterana salió del bar.

Desde que aquella mujer bonita y espeluznante se había ido (cuánto tiempo, días, semanas, años, Chaur no tenía ni idea) él había permanecido sentado, aferrado a la sudorosa lanza que un muerto con una máscara le había dado una vez a C'ur, y meciendo el cuerpo adelante y atrás. Y, entonces, de pronto, quiso marcharse. ¿Por qué? Porque las gaviotas de fuera no dejaban de hablar, y el barco chillaba como una rata en un puño, y toda esa agua que chapoteaba le daba ganas de mear.

Además, tenía que buscar a Baral. La única cara que era siempre amable, lo que hacía fácil recordarla. La cara que pertenecía a pa y ma, los dos, una sola cara, para que fuera más fácil recordarla. Sin Baral el mundo se volvía frío. Y mezquino, y no había nada sólido, e intentar mantener la calma cuando todo lo demás se deshacía era muy difícil.

Así que dejó caer la lanza, se levantó y echó a andar.

Para buscar a Baral. Y sí, sabía dónde encontrarlo. Cómo lo sabía, nadie podría decirlo. Cómo pensaba, nadie podría imaginarlo. Lo profundo e inmenso que era su amor, nadie podría concebirlo.

Rencor se detuvo frente a la infernal hacienda que era la residencia temporal de su infernal hermana y se planteó su próximo movimiento, cada reflexión iba acompañada de un golpecito pensativo de un dedo contra los labios carnosos, pintados con dulzura.

De repente el dedo se detuvo en pleno golpecito, y ladeó la cabeza poco a poco.

—Oh —murmuró. Y de nuevo—: Oh.

El viento aulló a lo lejos.

Claro que, no había viento, ¿verdad?

—Oh.

¿Cómo cambiaría eso las cosas?

Un guardia, que una vez más hacía caso omiso de la molestia sorda de su pecho y de la ocasional punzada de dolor agudo que se le disparaba por el brazo izquierdo, salió del anexo de la guardia para comenzar su ronda y se dirigió al distrito del Lago y el muro que lo separaba del distrito Daru; los asesinos nocturnos habían comenzado a apiñarse a ambos lados de ese muro. Quizás esa vez tendría suerte y vería algo, a alguien, y todo encajaría en su lugar. Quizá.

Había enviado una solicitud para que le mandaran un mago, un nigromante, de hecho; pero, por desgracia, las ruedas de la burocracia se movían con desgana en esos temas. Seguramente haría falta que asesinaran a alguien importante para que las cosas se pusieran en movimiento con una sacudida. La verdad era que él no podía esperar tanto. Encontrar a ese asesino se había convertido en una cruzada personal.

En la noche reinaba un silencio extraño, y eso que era la que marcaba la culminación de los festejos de Gedderone. La mayor parte de la gente seguía en las tabernas y los bares, se dijo, al tiempo que ahuyentaba una inquietud antinatural, y al tiempo también que reparaba en las expresiones tensas de aquellos junto a los que pasaba y el modo en que parecían escabullirse. ¿Dónde estaba la fiesta? ¿Las enloquecidas danzas? *Todavía es temprano*, se dijo. Pero esas tres palabras y todo lo que tapaban le sonaron extrañamente planas.

Oyó una tormenta lejana en las llanuras al sur de la ciudad. Truenos incesantes, un viento retumbante, y se dijo que solo estaba sintiendo aquella tormenta acercándose. Nada más, solo la habitual efervescencia en el aire que precedía a tales acontecimientos.

Se dio prisa, con una mueca al sentir el malestar en el pecho, todavía con el beso de despedida de su mujer en los labios, los despreocupados abrazos de sus hijos alrededor de su cintura.

Era un hombre que jamás pediría comprensión. Era un hombre que solo pretendía cumplir con su deber. Personas así aparecen en el mundo, en todos los mundos, de vez en cuando, como un único estribillo de una canción maravillosa, un fragmento escuchado en medio de lo que de otro modo era una cacofonía furiosa.

Imagina un mundo sin almas como esa.

Sí, debería ser más difícil imaginarlo.

Tras largos momentos con la mirada apagada tristemente fija en una cripta sellada, cuatro dolientes comenzaron su viaje de regreso a la taberna del Fénix, donde Meese haría un desalentador descubrimiento, aunque, en retrospectiva, no la conmocionó tanto como podría haberlo hecho.

Antes de haber recorrido quinientos pasos, sin embargo, Rallick Nom se detuvo de repente.

—Debo dejaros ya —les dijo a los otros.

—Kruppe lo entiende.

Y el asesino entrecerró los ojos y miró al hombre bajito de rostro solemne.

—¿Adónde llevará esto, Kruppe? —preguntó Rallick.

—El futuro, amigo mío, siempre nos da la espalda, incluso cuando nos mira de frente.

Ante semejante perogrullada, extraña e insólita, Coll solo pudo gruñir.

—Dioses del inframundo, Kruppe...

Pero Rallick ya se había dado media vuelta y se dirigía a la boca de un callejón.

—Se me está revolviendo el estómago —dijo Meese.

Coll gruñó por segunda vez.

—Vamos —dijo—. Tengo que hacerme con otra botella, esta vez con algo dentro que haga algo de verdad.

Kruppe le ofreció una sonrisa beatífica. ¿Falta de sinceridad? *Venga ya.*

Seba Krafar, maestro del Gremio de Asesinos, examinó su pequeño ejército de homicidas. Treinta y uno en total. Cierto, era una exageración absurda, pero incluso así no se sintió tan cómodo, ni tan seguro, como se habría sentido en otras circunstancias.

—Esto es ridículo —murmuró por lo bajo. Y luego hizo un gesto.

La banda se dividió en tres grupos distintos, y cada uno salió a toda prisa en una dirección diferente para caer sobre el objetivo en el momento señalado.

Llegada la mañana, habría un nuevo asiento libre en el Consejo. Manchado de sangre, cierto, pero tampoco iba a ser la primera vez, ¿no?

Shardan Lim veía ante sí un futuro perfecto. Si todo iba bien, saldría por fin de la sombra de Hanut Orr. Y al que arrastraría a su propia sombra sería a Gorlas Vidikas. Estarían compartiendo a una mujer, después de todo, y no habría un equilibrio mesurado en esa situación, puesto que Gorlas se podía decir que era un inútil cuando se trataba de satisfacer a Cáliz. Así que Gorlas se encontraría con que la felicidad de su mujer dependía no de él, sino de otro hombre que compartiría su placer, Shardan Lim, y cuando llegara el primer hijo, ¿habría alguna duda en cuanto a su progenitor? Un heredero de linaje demostrable, la usurpación perfecta de la Casa Vidikas.

Se había puesto en camino solo esa noche y se había dirigido con gesto casual a la hacienda Vidikas, ante cuya verja principal se encontraba ahora, estudiando el edificio modesto pero bien construido. Vio que había matices gadrobi en el estilo. La torre cuadrada de la esquina, que era, de hecho, más alta de lo que parecía, sus habitaciones abandonadas al polvo y las arañas; había edificios casi idénticos que todavía se podían encontrar en algunos lugares del distrito Gadrobi, y en las colinas al este de la ciudad. Las enredaderas cubrían tres de los cuatro muros, enredaderas que trepaban desde el jardín. Si la torre hubiera sido un árbol, estaría muerto, desde hacía siglos. La podredumbre lo habría dejado hueco, el primer golpe de viento fuerte lo habría derrumbado. Ese rechazo deliberado no era ninguna casualidad. La sangre gadrobi entre los nobles era una vergüenza. Siempre había sido así y siempre lo sería.

Cuando Shardan se hiciera con esa hacienda, haría que lo derribaran. Su sangre era de puro linaje daru. Al igual que la de Cáliz.

Oyó que se acercaban caballos a un medio galope rápido y peligroso, subían de las zonas bajas de la ciudad y, unos momentos después, aparecieron tres jinetes que frenaron en seco ante la verja de la hacienda.

Shardan Lim frunció el ceño y se acercó a toda prisa.

Guardias privados de algún tipo, que de momento parecían confusos mientras desmontaban. Los caballos estaban empapados en sudor y agachaban la cabeza para expulsar flemas con cada resoplido.

—Vosotros tres —exclamó Shardan, y los hombres se volvieron—. Soy el consejero Shardan Lim y vengo a visitar la hacienda Vidikas. Si traéis un mensaje para lady Cáliz, permitidme entregárselo. —Al acercarse, les ofreció a los tres hombres una sonrisa de camaradería—. Es una mujer delicada, que tres hombres sudorosos entren así de repente no le haría bien. Estoy seguro de que comprendéis...

—Disculpe, consejero —dijo uno de los hombres—, pero la noticia que traemos es mala.

—¿Sí? Venga, basta de vacilaciones.

—Gorlas Vidikas está muerto, señor. Lo mataron en un duelo hace unas horas. Nos dieron instrucciones de venir a ver a su viuda primero, y de aquí ir a Vendedores de Hierro Eldra. Significa que tenemos que volver por donde venimos, pero el capataz insistió. Por cortesía. Lo más correcto.

Shardan Lim se quedó mirando al hombre, los pensamientos desbocados.

—Eso no fue ningún duelo —rezongó uno de los otros hombres.

—¿Qué has dicho? —preguntó Shardan—. Eh, tú, ven aquí. ¿Qué acabas de decir?

El hombre se asustó de repente, pero se puso en el campo visual del consejero y consiguió hacer una rápida reverencia.

—Lo asesinaron, señor. El capataz venga a decir que fue todo legítimo, pero nosotros lo vimos, señor, con nuestros propios ojos. Dos cuchillos...

—¿Dos cuchillos? ¿Has dicho dos cuchillos? ¿Estás seguro?

—Por culpa del otro duelo, sabe, señor. Fue una venganza. Fue un asesinato. El consejero Vidikas mató a otro hombre, y entonces aparece este. Y luego salen disparados esos cuchillos, tan rápido que ni los veías, y el consejero Vidikas se derrumba, muerto del todo, señor. Muerto del todo.

—Todo esto me resulta familiar —dijo Shardan Lim—. Escuchadme, los tres. Uno de vosotros, ve a la hacienda Orr e informa al consejero Hanut Orr. Los otros dos, id a Eldra, como debíais. Yo informaré a lady Cáliz. Y luego, los tres, buscaos una posada decente para pasar la noche, y decidle al propietario que os trate bien y que envíe la cuenta a la Casa Lim. Venga, id.

Hubo cierto debate sobre quién iba a ir adónde y en qué posada se encontrarían terminadas las tareas, y después los tres hombres se alejaron a caballo.

Truenos al sur, cada vez más cerca. Podía oír el viento, pero aún le faltaba. Shardan Lim se acercó a la verja y tiró del cordón trenzado de la campana en su hueco alargado. Mientras esperaba a que llegara el portero, pensó en cómo daría la lúgubre noticia. Necesitaría una expresión seria, algo más adecuado que la torva sonrisa que estaba intentando contener.

Se había convertido en viuda. Era vulnerable. No había heredero. Primos y parientes lejanos saldrían de todos los agujeros, mediocres pero codiciosos por una súbita ambición. Proclamando su pertenencia al linaje Vidikas y haciendo valer sus recién concebidos derechos para reclamar la administración de la Casa entera. Sin aliados fuertes a su lado, a Cáliz la echarían a la calle antes de terminar la semana.

En cuanto Hanut Orr oyera el informe y dedujese lo que pudiera de los detalles concretos, su mente se llenaría de deseos de venganza y de algo más que un poco de miedo, Shardan estaba seguro. Y no pensaría en Cáliz, por lo menos al principio, y las oportunidades que se presentaban. El día siguiente, o los dos siguientes, serían cruciales, y Shardan tendría que moverse con paso seguro y rápido para colocarse al lado de la viuda y no dejar espacio para Hanut Orr cuando despertaran las ambiciones de ese hombre.

Se abrió una ranura en un lado y luego se volvió a cerrar de golpe. La verja se abrió.

—La casa Vidikas da la bienvenida al consejero Lim —dijo el portero con una pronunciada reverencia, como si se dirigiera a las botas de Shardan—. Se está informando a la señora de su llegada. Si tiene la bondad de seguirme.

Y entraron los dos.

Vaciló un momento delante del ropero, estudiando la colección de posibles saltos de cama con las que cubrir su cuerpo casi desnudo. La mayor parte estaba pensada para cubrir otras ropas, como correspondía a una noble modesta que debía entretener a sus invitados, pero lo cierto era que tampoco le

apetecía molestarse. Había estado a punto de irse a dormir, o por lo menos lo que pasaba por dormir en los últimos tiempos, echada boca arriba e inmóvil en su cama.

Sola, ya estuviera allí su marido o no. Con los ojos clavados en la granulosa oscuridad. Donde lo único que podía hacer que se enderezase incluía otra copa de vino, una pipa más o un fantasmal paseo por el jardín silencioso.

Esos paseos siempre parecían implicar la búsqueda de algo, una cosa desconocida, de hecho, y ella perseguía el deseo aunque sabía que lo que buscaba no se encontraba en ningún jardín. Lo que buscaba no pertenecía a la noche, ni se podía encontrar en los remolinos de humo ni en el matiz incisivo de una copa fuerte en la lengua entumecida.

Eligió un salto suelto, diáfano, de color lavanda y tenue como jirones de incienso y se cubrió con él el hombro desnudo. Una banda ancha de alguna tela sirvió para ceñírselo alrededor de la parte inferior del torso, bajo los pechos, firme contra el estómago y las caderas. La finísima tela que le cubría los senos no ocultaba nada.

A Shardan Lim se le notaba la impaciencia. La tosquedad. Estaba sentado en la salita, sudoroso, los ojos dilatados de patéticas necesidades. No se parecía en nada a lo que fingía ser, una vez se le arrancara esa máscara de sofisticada lascivia. El encanto, los guiños maliciosos, la mentira hábil.

Cáliz sabía que el mundo entero, ese condenado mundo, no consistía más que en finos barnices. La ilusión de la belleza no sobrevivía ni a una segunda mirada superficial. Barata y miserable, así era la verdad de las cosas. Él podía pintarla todo lo que quisiera, pero la verdad era que las manchas de las sábanas no se iban.

Descalza, fue a reunirse con él. Se imaginaba los susurros del personal, las doncellas y los sirvientes, los guardias, aunque nunca allí donde ella pudiera oírlos, por supuesto. Eso no podía ser. Debía mantenerse el decoro a toda costa. Esperarían a que ella pasara, hasta que se perdiera de vista. Estaban en su derecho, después de todo, su recompensa por una vida entera de servidumbre, por tanta reverencia y postración, por todos los gestos destinados a convencerla, a ella y a la gente como ella, de que ella era, de hecho, superior a ellos. Los de noble cuna, los mercaderes ricos, las familias famosas y todos los demás.

Cuando lo cierto era que la suerte, la buena y la mala, eran las únicas jugadoras en la partida del éxito. El privilegio del nacimiento, una armonía repentina de fuerzas, un equilibrio súbito e inexplicable que más tarde se veía como una racha de buena fortuna. Oh, podrían pavonearse —*todos podríamos*— y proclamar que el talento, la habilidad y la astucia eran los auténticos jugadores. Pero Cáliz consideraba que hasta los pobres, los indigentes, los marcados por las plagas y los atormentados podían poseer talentos y astucia, pero se encontraban con que sus rachas de buena fortuna eran inexistentes, y las gratificaciones debidas estaban para siempre fuera de su alcance.

Los sirvientes se inclinaban, y el que tuvieran que hacerlo era prueba suficiente de lo endeble que era la ilusión de superioridad.

Abrió la puerta y entró con toda dignidad en la salita.

—Consejero Lim, ¿lo han dejado aquí solo? ¿Nadie le ha proporcionado un refrigerio? Esto es inaceptable...

—La mandé marchar —la interrumpió él, y su anfitriona vio que la expresión del hombre era extraña, atribulada por algo aunque de un modo muy peculiar.

—Ni siquiera se ha servido un poco de vino. Permítame...

—No, gracias, lady Cáliz. Aunque, quizá, debería servirle yo uno. Sí.

Y se acercó a elegir un decantador y luego una copa. Cáliz observó el vino ambarino que caía en el cristal y se derramaba antes de que su invitado enderezara el decantador. El hombre clavó los ojos en la

copa un momento y luego la miró.

—Lady Cáliz, tengo noticias terribles.

Entonces, ¿por qué te cuesta tanto contener la sonrisa?

—Vaya. Hable entonces, consejero.

Él se adelantó.

—Cáliz...

De golpe ella percibió que había algo raro, muy raro. Su invitado estaba demasiado emocionado por la noticia. Estaba deseando ver el efecto que causaba en ella. No tenía ningún interés en usar su cuerpo esa noche. Y eso que ella había entrado vestida como una puta de lujo.

—Disculpe —dijo al tiempo que daba un paso atrás e intentaba cubrirse mejor con el salto de cama.

Él apenas se dio cuenta del gesto.

—Cáliz. A Gorlas lo han asesinado. Tu marido está muerto.

—¿Asesinado? Pero todavía está fuera, en el campamento minero. Está... —Y luego se detuvo, asombrada de lo rápido que la incredulidad se podía convertir en certeza.

—Asesinado, allí, en el campamento —dijo Shardan Lim—. ¿Fue un contrato? No me imagino quién podría... —Y entonces él también se quedó callado, y la mirada que clavó en ella fue de repente aguda, perspicaz.

Cáliz era incapaz de enfrentarse a la pregunta que él parecía a punto de hacer, así que cogió la copa sin hacer caso del vino que se le derramó por la mano y tomó un buen trago.

Él se había alejado un poco y la miraba sin decir nada.

Cáliz se sentía mareada, desequilibrada. Le costaba pensar. Sentimientos y convicciones, ¿qué llegaba primero? Verdades y temores, no le estaba resultando fácil respirar.

—Cáliz —susurró Shardan Lim, al que de repente tenía muy cerca—. Había otras formas. Podías haber recurrido a mí. Si esto se sabe, te colgarán, ¿me entiendes? Acabará con tu padre, con toda la casa D'Arle. El Consejo entero se estremecerá hasta los cimientos. Por el aliento del Embozado, Cáliz, si alguien descubre la verdad...

La noble se volvió hacia él y su voz fue rotunda cuando habló.

—¿Qué verdad? ¿De qué está hablando, consejero? Han asesinado a mi marido. Y espero que usted y el Consejo lleven a cabo una investigación. Se ha de encontrar al asesino y se le ha de castigar. Gracias por asumir la difícil tarea de informarme. Y ahora, por favor, déjeme, señor.

Él la estaba estudiando como si nunca la hubiera visto realmente; después se apartó y sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea, Cáliz. Que fueras tan...

—¿Que fuera qué, consejero?

—Puede ser... ah, es decir, estás en tu derecho de reclamar el asiento del Consejo. O disponer que alguien de tu elección...

—Consejero Lim, esos asuntos deben esperar. Está siendo usted muy insensible. ¿Haría el favor de marcharse?

—Por supuesto, lady Cáliz.

Cuando él se fue, ella se quedó inmóvil, la copa todavía en una mano, el vino derramado pegajoso bajo los dedos.

Una investigación formal. Y sí, sería minuciosa. Se interrogaría al servicio. Se revelarían faltas de decoro. El propio Shardan Lim... sí, seguro que se le estaba ocurriendo en ese momento, mientras caminaba por la calle, y bien podría cambiar su destino, ya no de vuelta a su casa, sino de camino a la hacienda Orr. Para disponer, con una desesperación creciente, la forma de tapar su propio rastro.

Pero nada de ello la afectaba. La suerte de Shardan Lim carecía de significado para ella.

Había triunfado. Cáliz había logrado justo lo que quería, lo que le había rogado que hiciera. Por ella. Por los dos. Pero no, por ella.

Había matado a su marido. Porque ella se lo había pedido. Y ya era casi seguro que lo colgarían por ello. Shardan hablaría, señalaría con el dedo de modo que todos los ojos se apartarían de él y su acusación sería todo fuego, llamas de detalles mortales. Y en cuanto a ella, bueno, a ella la pintarían como una joven necia. Jugando con la plebe, pero con una ignorancia asombrosa de lo crueles que podían ser esas criaturas cuando algo o alguien se interponía en su camino. Sobre todo cuando estaba implicado un amor obsesivo. Oh, para ella solo había sido un juego, pero ese asqueroso matón de clase baja lo había visto de modo muy diferente. Y ahora ella tendría que vivir con el hecho de que sus juegos despreocupados habían llevado al asesinato de su marido. Pobre niña.

Llegaría su padre, porque era el tipo de padre que hacía esas cosas. Alzaría unos muros impenetrables a su alrededor y defendería en persona cada pórtico, cada baluarte. Apúntala con el cuchillo de la insinuación y él se pondría delante. Tomaría represalias, con ferocidad, y los escépticos maliciosos no tardarían en aprender a mantener la boca cerrada si daban algún valor a sus cabezas.

Ella estaría en pleno ojo de la tormenta, pero no sentiría ni una sola gota de lluvia, ni un suspiro de viento.

Cáliz dejó la copa, salió al pasillo y se encaminó sin prisas a su dormitorio, donde recogió la esfera de cristal con su luna encarcelada. Luego salió otra vez, esa vez para ir a la torre cuadrada, con sus habitaciones repletas de antigüedades gadrobi que poco a poco se iban convirtiendo en polvo, con esas corrientes húmedas que subían y bajaban por las escaleras.

Lo he matado. Lo he matado.

Lo he matado.

Hanut Orr se ajustó bien el cinturón de la espada y comprobó de nuevo su estoque. Había estado a punto de golpear al desventurado guardia de la mina para extraer hasta el último detalle de los acontecimientos que habían rodeado el asesinato de Gorlas Vidikas, y al fin le parecía que tenía una idea aproximada de la horripilante historia que había detrás. Los ecos dejaban un sabor de boca amargo, personal. Una vez que se enteró de adónde se había llevado el cuerpo del primer hombre, supo dónde lo conduciría aquella noche.

Reunió a sus cuatro guardias más capaces y se encaminaron al centro de la ciudad.

Dos cuchillos en el pecho. Sí, el pasado nunca se iba del todo, ¿verdad? Bueno, al fin podría llevar a cabo su venganza demorada ya por demasiado tiempo. Y cuando terminara, buscaría al hombre que estaba en el centro de todo. El consejero Coll no vería el amanecer.

Despachó a dos de sus hombres a la hacienda de Coll. *Vigilad. Si aparece algún extraño, que no llegue a la maldita verja. Esta noche estamos en guerra. Estad listos para matar, ¿me he explicado?*

Desde luego que lo habían entendido. Aquellos hombres duros no eran idiotas.

Conocía a esa maldita chusma de la taberna del Fénix. Conocía a cada uno de los decrepitos y menesterosos amigos de Coll, y pensaba matarlos a todos.

Bajó por el distrito de las Haciendas y se metió en el distrito Daru. Ya no faltaba mucho.

A dos calles de la taberna del Fénix detuvo a los dos guardias que le quedaban.

—Tú vigilarás la entrada principal, Havet. Kust, quiero que tú entres y montes una escena; no tendrá que ser gran cosa, te olerán a la primera. Yo me voy al callejón, por si alguien sale disparado. Los dos, vigilad por si veis a un hombre bajo y gordo con un chaleco rojo. Si tienes la oportunidad, Havet, acaba

con él, no debería ser tan difícil. Hay dos mujeres de aspecto duro que dirigen el negocio, también son blancos legítimos si intentan salir. No estoy seguro de quién más estará en ese nido de ratas, pero no tardaremos en averiguarlo. Ahora, marchaos.

Ellos se fueron en una dirección. Él, en otra.

Torvald Nom gruñía y jadeaba mientras se subía al tejado de la hacienda. Verse metido detrás de su escritorio lo había estado volviendo loco. Necesitaba estar fuera, vagando por ahí, vigilándolo todo. Todo. Era una noche terrible y no había pasado nada todavía. Echaba de menos a su mujer. Ojalá estuviera en casa, y, con la tormenta inminente, estaría empapado para cuando pudiera meterse en esa bendita y cálida morada. Suponiendo que llegara.

Fue abriéndose paso por el borde de modo que pudiera asomarse al patio delantero. Y allí estaban, Madrun y Lazan Puerta, tirando las tabas contra el muro a la izquierda de la verja principal. Oyó que la puerta de la casa se abría justo bajo él y vio la alfombra de luz que se desplegaba por los escalones y los adoquines, y después la silueta del hombre, de pie en la puerta, fue reconocible al instante. Estucerrojo, Estudioso Cerrojo. Sin moverse, solo mirando, ¿pero mirando qué?

Las tabas tamborilearon, rebotaron en la piedra y se detuvieron, y los dos guardias del complejo se encorvaron sobre ellas para estudiar la tirada.

Eso es lo que está mirando. Está mirando las tiradas.

Y Torvald Nom vio que los dos hombres se erguían poco a poco y se volvían a la vez para mirar al hombre que estaba de pie en la puerta.

Que debía de haber vuelto a entrar y haber cerrado la puerta sin ruido.

Oh, mierda.

Oyó una especie de refriega detrás de él y Torvald Nom se dio la vuelta. Estaba demasiado oscuro, maldita sea, ¿dónde estaba la luna? Escondida detrás de las nubes de tormenta, claro, y levantó la mirada. Y vio una extensión de estrellas brillantes. *¿Qué nubes? No hay ninguna nube. Y si eso son truenos, ¿dónde están los relámpagos? Y si ese es el aullido del viento, ¿por qué está todo tan quieto? Ya no estaba seguro de si había oído algo en realidad; en el tejado no se veía nada, y tampoco había ningún sitio en el que esconderse. Estaba solo ahí arriba.*

Como un pararrayos.

Intentó respirar hondo unas cuantas veces para ralentizar el frenético latido de su corazón. Al menos estaba preparado. Todos sus instintos en tensión como cables, había hecho todo lo que había podido.

Y no es suficiente. ¡Por los dioses del inframundo, no es suficiente!

Chamusquino parecía sorprendido, claro que eso es lo que parecía siempre.

—Relájate —siseó Leff—, me estás distraendo.

—Eh, ¿tú oyes algo?

—No.

—Exacto.

—¿Qué se supone que significa eso? No oímos na. Bien. Eso significa que no hay na que oír.

—Lo dejaron.

—¿Quiénes lo dejaron?

—Ellos, los del otro lado de la verja, ¿entiendes? Lo dejaron.

—Bueno, gracias al Embozado —respondió Leff—. Esas tabas me estaban sacando de quicio. Cada

maldita noche, venga, venga y venga. Clic clac, clic clac, dioses del inframundo. No sabía que a los seguleh les gustaba tanto el juego; es una enfermedad, ¿sabes?, una adicción. No me extraña que perdieran las máscaras, seguro que fue en una apuesta. Imagínatelo. «Eh, no tengo na más que esta máscara, y ta a punto de cambiarme la suerte, que sí, ¿vale? Así que voy, mira, ¡buena máscara! Eh.»

—Eso habría sido un error —dijo Chamusquino asintiendo—. Si no quieres que nadie sepa que vas de farol, ¿qué mejor manera que llevando una máscara? Así que las perdieron, y desde entonces van cuesta abajo y sin frenos. Sí, tiene sentido, pero a mí me da que pensar, Leff.

—¿En qué?

—Pues en los seguleh. ¡Oye, a lo mejor todos van de farol!

Leff asintió a su vez. Eso estaba mejor. Había que distraer a ese idiota nervioso. De acuerdo, quizá las cosas no iban del todo bien. Quizás había algo que apestaba en el aire y que no tenía nada que ver con el olor, y quizá a él le bajaba el sudor por debajo de la armadura y no apartaba mucho la mano de la espada que llevaba en el cinturón y tenía el ojo puesto en la ballesta apoyada en la verja. ¿Estaba amartillada? Estaba amartillada.

Clic clac, clic clac Venga, chicos, empezad otra vez, antes de que empecéis a ponerme nervioso.

Navaja detuvo al caballo y se quedó sentado, echado hacia delante en la silla, examinando el barco amarrado en el muelle. No había ninguna luz. ¿Rencor se había ido a la cama tan temprano? No parecía probable. Vaciló. Ni siquiera sabía muy bien por qué había ido allí. ¿Pensaba que iba a encontrar a Scillara?

Era posible, pero en ese caso era un deseo grotesco que revelaba un lado muy feo de su naturaleza que prefería no examinar mucho tiempo, si es que acaso quería. Prácticamente la había abandonado. Ella nunca había estado en Darujhistan; debería haberlo hecho mejor. Debería haberse comportado como un amigo.

¿Cuántas vidas más podía arruinar? De haber justicia, lo lógico era que arruinara también la suya. Cuanto antes, mejor, de hecho. El dolor y la autocompasión no parecían más que ligeras variantes del mismo caldo embriagador que era la complacencia. ¿De verdad quería ahogar a Scillara en sus patéticas lágrimas?

No, Rencor sería mejor; en cuanto soltase él tres palabras, la dama empezaría a darle bofetadas hasta dejarlo sin sentido. *Supéralo de una vez, Navaja. La gente muere. No era justo, así que lo enmendaste. Y ahora te sientes como la lengua del Embozado después de una noche de matanza. Aprende a vivir con ello. Venga, límpiote la nariz y lárgate de aquí. Haz algo, sé alguien y mantente en ello.*

Sí, eso era lo que él necesitaba. Una mirada fría e implacable, una sabia falta de paciencia. De hecho, la dama ni siquiera tendría que decir nada. Solo con verla bastaría.

Se bajó de la silla, ató las riendas a una baliza y cruzó la pasarela hasta la cubierta. Habían pegado varias notas del puerto al palo mayor. Cuotas de amarre y amenazas de embargo inminente. Navaja consiguió esbozar una sonrisa al imaginarse el enfrentamiento en un futuro no muy lejano. Sería una delicia presenciarlo, si bien un tanto alarmante, siempre y cuando no se inmiscuyera.

Se dirigió abajo.

—¿Rencor? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Con el ánimo hundido de nuevo, probó con la puerta del camarote principal y lo encontró sin el cerrojo echado. Aquello sí que era extraño. Sacó un cuchillo, entró con cautela y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. No parecía haber nada fuera de lugar, no había indicios de desorden, por tanto, no había pasado ningún ladrón, lo que era un alivio. Cuando giró hacia el farol que

colgaba de un gancho, su pie chocó contra algo que resbaló un poco.

Navaja bajó la mirada.

Su lanza, la que el jinete muerto seguleh le había dado en ese fuerte golpeado por la plaga de Siete Ciudades. Recordó haberla visto después, atada a un paquete entre los restos que flotaban en las olas. Recordó cómo la había recuperado Rencor sin darle importancia. Luego él había metido el arma bajo su catre. ¿Qué estaba haciendo allí?

Y, entonces, reparó en las cuentas de lo que parecía sudor resplandeciendo en la hoja de hierro.

Navaja estiró la mano.

El recubrimiento de cobre del astil estaba caliente, casi quemaba. Al levantar la lanza se dio cuenta con un sobresalto que el arma estaba temblando.

—Beru me proteja —susurró—, ¿qué está pasando aquí?

Unos momentos después había vuelto a la cubierta y estaba mirando a su caballo, la bestia tiraba de las riendas y golpeaba con los cascos los gruesos tablones embreados del muelle. Tenía las orejas pegadas a la cabeza y parecía a punto de arrancar la baliza, aunque, por supuesto, eso era imposible. Navaja bajó la cabeza y se dio cuenta de que todavía llevaba la lanza en la mano. Se preguntó por qué, pero no durante mucho tiempo, pues entonces oyó un repentino y ensordecedor coro de aullidos que atravesaron la ciudad entera. Por toda la costa los pájaros anidados echaron a volar rápidamente en una explosión de chillidos y pánico que cubrió la noche con sus alas.

Navaja se quedó petrificado. *Los Mastines.*

Están aquí.

Grisp Falaunt había sido en otro tiempo un hombre de inmensas ambiciones. Señor de la finca más grande de todo el continente, patriarca de huertos, pastos, arboledas y campos de maíz que se extendían hasta el horizonte. Bueno, la llanura del Asentamiento no tenía dueño conocido, ¿no era cierto? Así que él podía reclamarla, sin oposición alguna, libre de prohibiciones.

Cuarenta y un años más tarde se despertó una mañana, sorprendido por una revelación. Nadie reclamaba la llanura del Asentamiento porque era... inútil. No había vida. No tenía sentido. Se había pasado buena parte de su vida intentando conquistar algo que no solo era inconquistable, sino que era capaz de utilizar su misma indiferencia para aniquilar a cualquiera que aspirase a conquistarla.

Había perdido a su primera mujer. Sus hijos habían escuchado sus promesas de una herencia gloriosa y luego se habían alejado sin más, ninguno de ellos impresionado en lo más mínimo. Había perdido a su segunda esposa. Había perdido tres socios y siete inversores. Había perdido su capital, la garantía subsidiaria y hasta la camisa, esta última indignidad cortesía de un cuervo que había estado rondando alrededor del tendal con una actitud de lo más sospechosa.

Llega un momento en el que un hombre debe truncar sus ambiciones, cortarlas de raíz, no dejarlas en lo que era posible, sino en lo que era manejable. Y a medida que uno cumplía años y el cansancio se apoderaba de él, lo manejable se convertía en un concepto que se fundía con lo mínimo, como en: ¿cómo podía sobrevivir un hombre con el mínimo esfuerzo?, ¿con qué poco bastaba?

Así que Grisp vivía una chabola al borde mismo de la llanura del Asentamiento, una chabola que ofrecía una panorámica adecuada de los yermos del sur, donde todos sus sueños giraban en perezosos remolinos de polvo por la colina, el valle y más allá. Y con la sola compañía de un perro de dos patas tan inútil que tenía que darle de comer a mano las ratas que se suponía que debía matar y comerse; también atendía tres filas de cultivos de tubérculos, cada fila de apenas veinte pasos de longitud. Una fila sufría la plaga del hongo púrpura; otra estaba infestada por larvas de gusano y la del medio tenía un poco de cada

cosa.

Aquella espantosa noche, con sus truenos incesantes, sus relámpagos invisibles y su viento fantasmal, Grisp Falaunt estaba sentado en su porche trasero meciéndose en su chirriante sillón; un jarro de escupitajo de cactus en el regazo, un taco de roya abultándole una mejilla y un taco de durhang, la otra. Tenía la mano libre metida bajo la túnica, como haría cualquier hombre sin más compañía que la de un perro de dos patas, aunque el chuchó no le estaba prestando atención alguna, cosa que, dadas las circunstancias, era un alivio poco común esas noches, porque la bestia se limitaba a quedarse mirando con una extraña expresión hambrienta en los ojos. No, el viejo *Correteos* tenía los ojos puestos en algo, al sur, allí fuera, en la llanura oscura.

Grisp levantó el jarro con un empujón del antebrazo y se metió un trago del líquido denso, acre. Las viejas gadrobi de las colinas todavía mascaban las hojas espinosas después de endurecerse el interior de la boca comiendo fuego, luego escupían la pulpa en cuencos de agua endulzada con orín de vírgenes. La mezcla se fermentaba a continuación en sacos de intestinos cosidos de oveja enterrados bajo montones de estiércol. Y allí, en la sutil cascada de sabores que, si cerraban con fuerza los irritados ojos, podía hasta saborearse, uno podía hallar los buqués que marcaban cada maldita etapa del proceso de elaborado. Lo que llevaba a una tos explosiva y muy volátil seguida por un jadeo desesperado y luego...

Pero el bueno de *Correteos* se había espabilado, todo lo que podía espabilarse un perro de dos patas, claro. Las orejas levantadas, que parecían dilatarse... pero no, eso era el escupitajo hablando, y el pelaje del cuello erizándose de golpe en unas cerdas fieras, y ahí estaba la cola andrajosa, nudosa, metiéndose con un movimiento desesperado entre las irregulares ancas... y por todos los dioses del inframundo, *Correteos* estaba gimoteando, arrastrándose, haciéndose pis de camino a meterse debajo del porche. *¡Mira cómo anda ese maldito bicho! ¡Y con solo dos patas!*

Menuda tormenta que debe de haber ahí fuera...

Y al alzar la cabeza Grisp vio unos fuegos raros, amenazantes, que se acercaban flotando. A pares, alzándose, girando, bajando y luego arriba otra vez. ¿Cuántos pares? No sabía contar. En otro tiempo, muchas eras atrás, sabía contar hasta veinte, pero el problema con el escupitajo de cactus era todas las partes del cerebro que arrasaba y dejaba secas. Al parecer, contar y pensar con lógica se encontraban entre ellas.

¡Bolas de fuego! ¡Iban directamente a por él!

Grisp chilló. O, más bien, lo intentó. En su lugar, dos tacos en rápida sucesión se le colaron hasta el fondo de la garganta y entonces no podía respirar sino solo mirar cómo una horda de perros gigantes atacaban en una carga atronadora y atravesaban sus tres patéticas filas, dejando a su paso un desastre de tierra y plantas revueltas, pisoteadas y arrancadas de raíz. Dos de las bestias se abalanzaron hacia él con las mandíbulas abiertas. Grisp había levantado las dos patas delanteras del sillón al echarse hacia atrás con ese sorprendido y fugaz grito ahogado, de golpe perdió el equilibrio y se desplomó, las piernas al aire al tiempo que dos mandíbulas enormes se cerraban de golpe justo donde él había tenido la cabeza solo un latido antes.

Su choza estalló tras él, fragmentos grises de madera y loza repleta de muescas que explotaban en todas direcciones.

El impacto seco cuando chocó contra el porche le sacó los dos tacos de la boca con una columna de aire expulsado de los aturdidos pulmones. El peso del jarro, dos dedos todavía enganchados a la única asa, lo tiró a un lado y lo sacó del sillón volcado, donde quedó boca abajo; cuando levantó la cabeza, vio que su choza había desaparecido sin más y allí estaban las bestias, moviéndose a toda prisa en su carga hacia la ciudad.

Bajó la cabeza con un gemido y apoyó la frente en los tablones, vio por la grieta el espacio que

quedaba debajo y se encontró con los dos ojos como cuentas de Escabulle, que se habían clavado en él con una acusación malévola.

—Pues muy bien —susurró—. Ha llegado el momento, *Correteos*, viejo amigo, de que cojamos las cosas y nos larguemos. Pastos nuevos, ¿eh? Un mundo por delante, y nos espera con los brazos abiertos, ya...

La puerta más cercana de la ciudad estalló entonces, la onda de choque llegó rodando y aplastó una vez más a Grisp contra los tablones. Oyó que el porche gemía y se combaba y tuvo un único pensamiento generoso para el pobre *Correteos* (que se estaba escabullendo tan rápido como sus dos patas podían llevarlo) antes de que el porche se derrumbara debajo de él.

Como doce campanas de bronce que fueran golpeadas con tal fuerza que se arrancaran de sus marcos y, al caer, arrastraran los campanarios que los contenían, el poder de los siete Mastines destruyó la puerta, las fortificaciones laterales sin terminar, la garita, el establo periférico y dos edificios cercanos. Bloques de piedra que se estrellaban, vigas de madera, ladrillos y losas, muebles y molduras aplastados, unos cuantos cuerpos destrozados por el camino. Nubes de polvo, chorros de llamas siseantes que salieron de las tuberías de gas rotas, el ominoso rugido subterráneo de erupciones más letales...

¡Qué sonido! ¡Qué anuncio tan portentoso! Han llegado los Mastines, queridos amigos. Vienen, sí, vienen a provocar el caos, a recolectar un tributo absurdo. La violencia puede llegar ciega, sin propósito alguno, como el puño de la naturaleza. Cruel en su indiferencia, brutal en su azarosa catástrofe. Como una riada repentina, como un tornado, un remolino de polvo gigante, un terremoto, tan ciego, tan absurdo, ¡tan carente de propósito!

Estos Mastines... no se parecían en nada a eso.

Momentos antes de este estallido, Rencor, todavía delante de la hacienda de la furcia corrupta de su hermana, tomó una decisión. Alzó sus cuidadas manos hasta el rostro y apretó los puños con fuerza. Luego observó que una mancha más intensa de oscuridad se formaba sobre la hacienda haciéndose más grande hasta que unas grietas de color sangre aparecieron en aquella manifestación sin forma.

En su mente estaba recordando una escena de varios milenios atrás, un paisaje destruido con enormes cráteres, la caída del dios Tullido, que había acabado con lo que había sido una próspera civilización sin dejar más que ceniza y esos cráteres en los que bullía el magma y de los que chisporroteaban nocivos gases que se arremolinaban en el aire.

Aquella escena estaba tan vívida en su mente que pudo meter la mano en uno de esos cráteres y levantar el peso de media montaña en magma, aplastarlo hasta convertirlo en algo parecido a una bola gigante y luego colocarla sobre la hacienda adormilada en la que reposaba su adormilada y confiada hermana. Y como ya la tenía preparada, solo tenía que... soltarla.

La masa descendió desdibujada. La hacienda se desvaneció, al igual que las que tenía cerca, y cuando una oleada de calor hirviendo lo barrió todo por encima de Rencor, y después un muro de lava invadió la calle y se fue de cabeza a por ella, la mujer comprendió, con un leve grito, que ella también se había quedado demasiado cerca.

Las hechicerías antiguas eran complicadas, difíciles de calibrar y más complicadas si cabe de controlar. Y ella había dejado que sus tendencias epónimas nublaran su juicio. Otra vez.

Una indigna huida era la única opción para sobrevivir, y mientras desaparecía a la carrera callejón arriba, vio, de pie treinta pasos más adelante, en la entrada del pasaje, una figura.

Lady Envidia había observado el conjuro primero con curiosidad, luego con admiración, después con asombro, y, al final, con unos celos desbordados. ¡Esa cochina vacaburra siempre lo hacía todo mejor! No obstante, mientras observaba a su hermana gemela gimoteando y escabulléndose solo unos pasos por delante del furioso río de lava, Envidia se permitió una sonrisa de lo más despiadada.

Después soltó una oleada hirviente de magia, que fue de cabeza a por la cara apenas una pizca más bonita de su hermana.

Rencor nunca pensaba en las consecuencias. El eterno problema, un defecto persistente; si no habían acabado matándose mucho tiempo atrás se debía solo a la explícita pero aparentemente casual indiferencia de Envidia. Pero, bueno, si esa vacaburra quería enfrentarse de verdad a ella para ponerle fin a eso de una vez por todas, pues muy bien, por lo que respectaba a Envidia, fabuloso.

Cuando la despreciable magia de su hermana la envolvió, Rencor hizo lo único que podía hacer dadas las circunstancias. Soltó todo lo que tenía y contraatacó. El poder brotó de ella con un rugido, chocó y luego luchó con el de Envidia.

Se enfrentaron, a menos de veinte pasos de distancia la una de la otra, y el espacio entre ellas se embraveció como el corazón de un volcán. Los adoquines se llenaron de ampollas de un color rojo brillante y se fundieron con el suelo. Las paredes de piedra y ladrillo se ondularon y combaron. Unas voces chillaron, desdibujadas. Las tejas se desmoronaron en medio del caos cuando los tejados se inclinaron por ambos lados.

Evidentemente, ninguna de las dos mujeres oyó que se desintegraba una puerta distante, y tampoco vieron la bola de fuego que llegó después y surcó el cielo nocturno. Ni siquiera percibieron las estruendosas reverberaciones que se multiplicaron bajo las calles, las que salieron de los golpes secos de las cámaras de gas subterráneas que se iban prendiendo una tras otra.

No, Rencor y Envidia tenían la cabeza en otras cosas.

No había forma de disimular un ataque repentino a la verja de la hacienda por parte de una docena de asesinos vestidos de negro. Cuando cinco figuras aparecieron por la boca de un callejón que había justo delante de Chamusquino y Leff, otros tres, encaramados al tejado del edificio municipal que había a la derecha del callejón, les dispararon unos cuadrillos que fueron con un siseo a por los dos solitarios guardias. Los cuatro restantes, dos por cada lado, los asaltaron por los flancos.

El ataque frontal se había dejado ver un segundo antes de lo necesario, y tanto Chamusquino como Leff habían empezado a moverse cuando los cuadrillos llegaron. Esa falta de coordinación podría considerarse inevitable dada la escasa preparación de aquellos asesinos, puesto que ese grupo era, de hecho, poco más que una distracción, y, por tanto, lo componían los individuos menos capaces entre los atacantes.

Un cuadrillo rozó el yelmo de Leff. Otro lo desvió el camisote de cota de malla de Chamusquino, aunque el golpe, al impactar contra el omóplato izquierdo, le hizo dar un traspié.

El tercer cuadrillo estalló en piedra. El cielo del oeste se iluminó por un momento y los adoquines se estremecieron cuando Leff consiguió coger su ballesta, se las arregló para darse la vuelta patinando y disparó un cuadrillo contra la multitud de asesinos que se acercaba a toda prisa.

Un bramido de dolor y una figura se derrumbó con las armas resbalando por el suelo.

Chamusquino se revolvió en busca de su propia ballesta, pero a Leff le pareció que no estaría listo a tiempo, así que sacó su espada corta dando un grito y se metió de un salto en el camino de los atacantes.

Chamusquino lo sorprendió cuando un cuadrillo pasó como un rayo y se hundió con un golpe seco en el pecho de un hombre, tirándolo de espaldas y derribando con él al asesino que llevaba detrás. Leff cambió de dirección y se metió por ese lado, atacó con la espada contra la figura enmarañada —una mujer gruesa, fornida— y sintió que el borde mordía carne y luego hueso.

Unas figuras se acercaron veloces por su izquierda, pero de pronto tenía a Chamusquino allí.

Las cosas empezaron a calentarse un poco entonces.

Torvald Nom estaba buscando un modo de bajar cuando las tejas bajo sus botas empezaron a temblar con los sonidos de pies a la carrera. Se dio la vuelta y se encontró a cuatro figuras cargando contra él. Era obvio que no esperaban toparse con nadie allá arriba, puesto que ninguna llevaba ballesta. Un momento antes de que lo alcanzaran, vio en sus manos cuchillos, cachiporras y varas trenzadas.

El más cercano se bamboleó de repente, un cuadrillo se le había hundido en la sien derecha, y luego cayó al suelo.

Torvald se tiró a un lado y rodó justo por encima del borde del tejado. No era exactamente lo que tenía en mente y en un acto desesperado se giró al caer, sabiendo que no le iba a ayudar en nada.

Se había metido en el cinturón dos fulleros de los moranthianos azules.

Torvald solo pudo cerrar los ojos cuando se dio el gran golpe contra los adoquines. El impacto lo volvió a levantar entre una oleada creciente de dolor, pero el movimiento pareció de una lentitud extraña, así que abrió los ojos (asombrado de seguir vivo) y se encontró con que el mundo se había convertido en unas nubes revueltas verdes y azules, densas, húmedas.

No, no eran nubes. Estaba dentro de una abultada esfera de chapoteante agua. Colgaba suspendida en el aire y rodaba, con él metido, hacia el patio.

Miró al tejado mientras la deforme esfera iba dándole vueltas y vueltas y vio que un asesino se desplomaba por el borde entre una rociada negra de sangre, y luego estaba mirando a Madrun y Lazan Puerta, que empuñaban dos espadas curvas cada uno y se abrían paso entre una multitud que empezaba a desperdigarse presa del pánico.

En ese momento una hechicería iluminó el patio y lo recorrió en una oleada furiosa, enloquecida, que barrió los escalones frontales del edificio principal y chocó con la puerta, que despedazó junto con el dintel. Unas nubes de polvo salieron tropezando y tres formas vagas se precipitaron y desaparecieron en el interior de la casa. Una cuarta se detuvo resbalando junto a los escalones agrietados, giró sobre sus talones y levantó las manos enguantadas. Más magia, chillando al arremeter contra los dos seguleh desenmascarados y los pocos asesinos que seguían en pie. El impacto hizo volar cuerpos por el aire.

Torvald Nom, que presenciaba todo eso a través de la turbia agua y que estaba descubriendo una necesidad repentina de respirar, perdió todo de vista cuando la esfera dio un último cabeceo oyendo también que el agua salía y se derramaba con un chapoteo por los lados, y observó que los borrosos adoquines de debajo se iban acercando.

De golpe se encontró tirado en el patio, empapado y respirando con dificultad. Rodó de espaldas y vio una nube iluminada por chispas de un fiero color negro que caía por el cielo justo encima de él, y eso sí que era curioso, ¿no?

Unas explosiones dentro de la hacienda. Un repentino grito, interrumpido por un golpe sangriento. Torvald miró hacia donde habían estado Lazan Puerta y Madrun. Los cuerpos se apiñaban contra el muro interior, como un puñado de tabas negras, ya sin resbalar ni rebotar, cada taba posada e inmóvil.

Alguien se estaba acercando. Pasos lentos, firmes, que se detuvieron a su lado.

Torvald Nom alzó los ojos con un parpadeo.

—¡Primo! ¡Escucha! Lo siento, ¿de acuerdo? ¡Nunca fue mi intención, en serio!

—¿Qué Embozado estás farfullando, Tor? —Rallick Nom estaba limpiando la sangre de sus cuchillos tjaluk—. Juraría que me tienes miedo o algo.

—No era mi intención robártela, Rallick. ¡No te miento!

—¿A Tiserra?

Torvald se quedó mirando a su primo con los ojos muy abiertos y el corazón dando brincos como un antílope con cien lobos famélicos detrás de su achaparrada cola.

Rallick hizo una mueca.

—Tor, idiota. Teníamos, ¿qué?, ¿siete años? Claro, me parecía muy rica y eso, pero, por todos los dioses del inframundo, hombre, cualquier pareja que empieza a hacer manitas a los siete años y sigue locamente enamorada veinticinco años después... no es algo en lo que te vayas a interponer...

—Pero vi el modo en que nos mirabas, año tras año, no podía soportarlo, no podía dormir, sabía que vendrías a por mí antes o después, sabía...

Rallick frunció el ceño y lo miró.

—Torvald, lo que veías en mi cara era envidia. Sí, es verdad que esas cosas se pueden terminar mal, pero no conmigo. Os miraba maravillado, admirado. Maldita sea, os quería a los dos. Os quiero todavía.

—Envainó sus armas y estiró una mano manchada de rojo—. Me alegro de verte, primo. Por fin.

Torvald cogió esa mano y de repente se desprendieron años enteros de culpabilidad y miedo y el mundo entero recuperó su lugar. El otro tiró de él y lo levantó sin apenas esfuerzo.

—Un momento —dijo—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ayudar, claro.

—Cuidando de mí...

—Ah, eso fue una casualidad, la verdad. Te vi antes en el tejado. Debía haber unos cuantos intentándolo por ahí. Por cierto, buen trabajo llamando su atención.

—¿El cuadrillo que le atravesó a ese la cabeza era tuyo?

—A esa distancia siempre acierto.

Se volvieron cuando Estudioso Cerrojo, cojeando, salió de entre los restos de la entrada principal. Y detrás de él apareció sin prisas la señora de la casa. Lucía unos guantes de cuero que le llegaban al codo y en los que se habían remachado las vainas de unas dagas. Sus habituales y vaporosas sedas y linos habían quedado sustituidos por ropas ceñidas de combate. Torvald entrecerró los ojos con aire pensativo.

Estudioso Cerrojo se dirigía hacia el montón de cuerpos.

Lady Varada vio a Rallick y Torvald y se acercó.

Rallick hizo una reverencia.

—¿El mago le causó alguna molestia, señora?

—No. ¿El tejado está despejado?

—Por supuesto.

—¿Y Seba?

—Seguramente escabulléndose hacia su guarida tan rápido como sus piernas puedan llevarlo. — Rallick hizo una pausa—. Señora, usted podría limitarse a volver...

—¿Y quién queda en mi Gremio, Rallick? Que valga algo, quiero decir.

—Krute, quizá. Yo mismo. Hasta Seba serviría, siempre que se le hiciera responsable de una única célula y nada más.

Torvald no era idiota y mientras seguía la conversación, ciertas piezas encajaron en su lugar.

—Lady Varada —dijo—. Esto, señora Vorcan, quiero decir. Usted sabía que esto iba a pasar, ¿verdad? Y es probable que me contratara a mí, y a Chamusquino y Leff, porque creía que éramos unos inútiles, y, bueno, prescindibles. Quería que entraran, los quería a todos aquí metidos, para poder borrarlos del mapa de una vez por todas.

La mujer lo miró un momento con una ceja levantada, luego se dio media vuelta y regresó a su casa.

Torvald fue a seguirla, pero Rallick estiró una mano y lo contuvo.

—Primo —dijo en voz baja—, era la Señora del Gremio de los Asesinos. ¿Crees que se parece en algo a nosotros? ¿De verdad piensas que le importa un carajo si vivimos o morimos?

Torvald le echó una mirada a Rallick.

—¿Y ahora quién es el tonto, eh, primo? No, tienes razón en cuanto a mí y a Chamusquino y Leff, y a esos seguleh caídos de ahí, le damos igual. Pero tú, Rallick, lo tuyo es diferente. ¿Estás ciego? En cuanto salió sus ojos fueron hacia ti, y toda la rigidez se relajó, y se acercó para asegurarse de que no estabas herido.

—No puedes hablar en serio.

—Y tú no puedes ser tan estúpido, ¿verdad?

En ese momento, las verjas principales se abrieron con un estallido y entraron tambaleándose dos figuras ensangrentadas.

—¡Nos atacaron! —gritó Chamusquino, indignado.

—Los matamos a tos —añadió Leff, que miraba frenéticamente a su alrededor—, ¡pero podría haber más!

Torvald observó la expresión de su primo y se rio en silencio, lo que llamó la atención de Rallick una vez más.

—Tengo algo de vino en mi oficina —dijo Torvald—. Podemos sentarnos, relajarnos, y de paso puedo contarte unas cuantas cosas sobre Chamusquino y Leff...

—No es la mejor noche para eso, Tor... ¿estás sordo?

Torvald frunció el ceño, luego se dio un golpe en la sien. En las dos.

—Perdona, tengo agua en las orejas. Incluso tú, que estás aquí, sueñas como si estuvieras bajo un cubo.

El golpe funcionó, al menos en un oído, y por fin pudo oír lo que todo el mundo estaba escuchando.

Chillidos, por toda la ciudad. Edificios que se derrumbaban. Aullidos resonando. Al recordar la bola de fuego que había visto, miró al cielo. Ni una sola estrella a la vista, el cielo estaba lleno de humo, enormes bultos iluminados desde abajo por los incendios de la ciudad.

—¡Dioses del inframundo!

Harllo bajó corriendo por el camino. Tenía las rodillas llenas de cortes y arañazos de trepar por aquel pedregal empinado y le sangraban las espinillas. Le daban punzadas en los costados y le ardía cada músculo. Y Venaz lo seguía tan de cerca que podía oír sus roncós jadeos, pero Venaz era mayor, tenía las piernas más largas y ya no iba a tardar, por más cansado que sonase.

Haber llegado tan lejos, y todo estaba a punto de acabar... pero Harllo no pensaba llorar. No iba a suplicar ni rogar por su vida. Venaz iba tener que matarlo de una paliza. Tan sencillo como eso. No estaba Bainisk para interponerse, ya no valían las reglas del campamento. Harllo ya no era un topo; no le servía a nadie de nada.

Las personas como él, grandes y pequeñas, morían todo el tiempo. Las mataban de no hacerles caso, las mataban porque a nadie le importaba lo que les sucedía. Él lo había visto muchas veces en las calles de Darujhistan, la única diferencia entre esas siluetas acurrucadas y él era una familia que ni siquiera lo

quería, por más que se descornase a trabajar. Eran los padres de Snell y Snell era lo que habían hecho entre los dos, y no había nada en el mundo que pudiera cortar esos lazos.

Por eso dejaban que Snell jugara con Harllo, y si jugaba con los puños y los pies y algo salía mal, bueno, esas cosas pasaban, ¿no? Por eso no habían ido a buscarlo. Y el único hombre que lo había hecho, Rezongo, que siempre lo miraba con expresión triste, también estaba muerto, y fue eso lo que tranquilizó a Harllo. Era feliz de ir adonde había ido Rezongo. Se agarraría a esa gigantesca mano llena de cicatrices y sabría que, al fin, estaba a salvo.

—¡Te tengo! ¡Te tengo!

Una mano intentó engancharle la espalda de la camisa y no pudo.

Harllo se abalanzó hacia delante, quizás un último tirón, se apartó tan rápido como pudo...

La mano cogió un puñado de túnica y Harllo tropezó, y luego un brazo delgado y sudoroso le envolvió el cuello y lo levantó.

El antebrazo se apretó contra su garganta, no podía respirar. Y de golpe Harllo se dio cuenta de que no quería morir.

Sacudió los brazos, pero Venaz era demasiado grande, demasiado fuerte.

Harllo se vio arrojado contra la superficie pedregosa del camino y luego vuelto de espaldas cuando Venaz se puso a horcajadas encima de él y le rodeó el cuello con las dos manos.

La cara que lo miraba con furia estaba arrebatada por el triunfo. El sudor le corría en embarrados surcos por ella; algo le había cortado una mejilla y unas hebras blancas de gusanos rupestres se arremolinaban alrededor de la herida, habían puesto huevos y ese corte se convertiría en un verdugón enorme, hasta que estallara y las larvas salieran reptando, y la cicatriz que quedaría nunca desaparecería, y Venaz sería feo el resto de su vida.

—Te tengo te tengo te tengo —susurró Venaz con los ojos brillantes—. Y ahora vas a morir. Vas a morir. Te tengo y ahora vas a morir.

Esas manos apretaban con una fuerza salvaje.

Harllo luchó, arañó, dio patadas, pero todo fue en vano. Sentía que la cara se le hinchaba, se calentaba. La oscuridad refulgió con un color rojo.

Algo crujió con fuerza y Venaz estaba tambaleándose hacia atrás, los puños arrancados de su presa. Unas manos se cerraron alrededor de los brazos de Harllo y lo arrastraron a poca distancia. Jadeando, el niño se quedó mirando un rostro desconocido, otro chico, que había pasado junto a él y avanzaba hacia Venaz.

Que se había levantado como había podido, la nariz chorreándole sangre.

—¿Quién narices eres...?

El desconocido se abalanzó contra Venaz y los dos cayeron al suelo.

Tosiendo, los ojos llenos de lágrimas, Harllo se obligó a ponerse a gatas. Los dos niños eran más o menos del mismo tamaño y tenían esa edad en el que una verdadera pelea tenía un matiz letal. Se peleaban como lo harían dos perros rabiosos. Se arañaban la cara, se buscaban los ojos o el interior de la boca para arrancar una mejilla entera. Mordían, abrían brechas, usaban los codos y las rodillas mientras rodaban junto al camino.

Algo se partió, como un arbolito joven, y alguien aulló de dolor.

Harllo se puso en pie y se sorprendió al ver que había cogido una gran piedra redonda.

Venaz había roto el brazo izquierdo del desconocido y en ese momento se le estaba subiendo encima, los puños haciendo caer una lluvia de golpes en la cara del otro chico, que hacía lo que podía para protegerla con el único brazo bueno que tenía, pero la mitad de los puñetazos penetraban y le machacaban la cara.

Harllo se coló detrás de Venaz, que estaba sentado encima del desconocido. Bajó los ojos y lo vio como el desconocido debía de haberlo visto a él cuando Harllo era el que estaba tirado en el suelo, siendo asesinado. Levantó la piedra y luego la bajó sobre la cabeza de Venaz con todas sus fuerzas.

El impacto hizo que se le cayera la piedra y la vio salir rodando por un lado tras dejar una muesca poco profunda en la cabeza de Venaz.

Este parecía estar en pleno ataque de tos, un sonido apenas humano que le estallaba como un tartamudeo en la garganta. Se apartó de un empujón del otro chico y se levantó con un tambaleo. Cuando se volvió para quedarse mirando a Harllo, estaba sonriendo, los dientes eran fragmentos brillantes entre hilos de sangre que le salían por la nariz. Tenía los ojos abultados y opacos. Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia un lado, trastabilló al borde del camino y se desmoronó en la cuneta llena de hierba.

Harllo se lo quedó mirando desde arriba. Venaz seguía sonriendo, tirado de espaldas, las manos magulladas y llenos de cortes hacían unos extraños movimientos circulares. Se había ensuciado los pantalones y el hedor hizo retroceder a Harllo, que fue a arrodillarse junto al otro chico.

Este se había sentado en el suelo y se acunaba el brazo roto, el pelo colgándole sobre el rostro.

—Hola —dijo Harllo—, ¿quién eres?

Hanut Orr esperaba entre las sombras detrás de la taberna del Fénix a que el primero de aquellos cobardes malnacidos saliera disparado por la puerta de la cocina. Su hombre debía de estar dentro ya, montando un revuelo. Así que ya no faltaba mucho.

Se agachó cuando el ruido de unos feroces aullidos resonó por toda la ciudad, y luego oyó una conmoción atronadora por el sur (aunque cercana), entonces salió al centro del callejón. Una figura que arrastraba los pies tuvo que echarse de golpe a un lado para evitar chocar con él.

—Mira por dónde vas —soltó Hanut, y levantó la vista hacia la hendidura de noche visible entre los edificios, que se iluminó de repente de rojo y naranja.

Básicamente fue lo último que vio.

En cuanto dejó atrás al imbécil, Gaz giró sobre sus talones, el muñón de la mano derecha salió disparado y crujió con un ruido seco contra la nuca de su víctima. Hueso contra hueso, y no fueron los nudillos lo que se rompió, para entonces ya tenían demasiadas cicatrices, ya estaban demasiado calcificados para romperse. No, lo que se rompió fue el cuello de Hanut Orr.

Gaz ya estaba preparando la otra mano al tiempo que el cuerpo se desmoronaba, con la izquierda aporreó la frente del hombre, que echó la cabeza hacia atrás como una vaina bulbosa sobre un tallo roto. El cuerpo se venció, la cabeza rebotó una vez y cayó bamboleante a un lado, antinaturalmente lejos.

Su asesino se lo quedó mirando y gimió. Aquel no era ningún borracho que se hubiera apoyado en una pared junto a la posada. Debería haber notado el tono del hombre cuando lo había reprendido.

Ese tipo era un noble.

Gaz se encontró con que le costaba respirar. Un martilleo rápido en el pecho, un calor repentino que lo invadía entero. Los nudillos le palpitaban.

—Thordy —susurró—. Estoy metido en un buen lío. Thordyyy...

Miró a un lado y a otro del callejón, no vio a nadie y echó a andar con las piernas rígidas, inclinándose hacia delante, las manos sin dedos metidas bajo la barbilla. Se iba a casa. Sí, tenía que llegar a casa, y se iba a quedar allí toda la noche, sí, él había estado allí toda la noche...

En un lío, en un lío estoy metido en un lío. Magos y nigromantes, guardias por todas partes...

Escucha esas alarmas, ¡ya lo habían encontrado! Oh, oh, oh, qué lío. Thordy, qué lío tan grande...

El consejero Coll lo había empujado contra la barra y lo había tirado encima del estropeado mostrador. El arco acentuado que forzaba la posición tenía al matón de Hanut Orr gimiendo de dolor.

—¿Así que está esperando? —preguntó Coll acercándose mucho—. Ese cara mierda de tu jefe, ¿está esperando fuera?

El hombre sabía lo que era la lealtad, y sabía lo que eran las exigencias de la supervivencia pura y dura, y no podían competir. Consiguió asentir y contestó con un jadeo.

—Callejón. Está en el callejón. Hay otro hombre, al otro lado de la calle, ahí delante.

—¿Y a quién estáis buscando?

—A cualquiera... eh, cualquiera de ustedes. No, espere. Al asesino, al de los dos cuchillos, al que acaba de matar a Gorlas Vidikas.

El hombre vio que la cara ancha, extrañamente hinchada de Coll se crispaba en un ceño y luego el enorme peso que le apretaba el pecho y lo atrapaba contra el mostrador se apartó.

—Meese, si se mueve, mávalo.

La mujer con la absurda maza a dos manos se acercó, los ojos apagados y sin vida fijos en el matón.

—Dame una razón —dijo.

El matón se limitó a sacudir la cabeza y se quedó justo donde estaba, inclinado contra el mostrador.

Observó a Coll, que se acercó arrastrando los pies adonde se encontraba el hombre bajo y redondo del chaleco rojo. Hablaron un rato, en un tono tan bajo que al matón le fue imposible oír la conversación. Y luego Coll se metió detrás de la barra y salió un momento después con un antiguo espadón que parecía encajar a la perfección en esas enormes manos. Seguido por el gordo, entró con paso firme en la cocina, era de suponer que rumbo a la puerta trasera.

Bueno, Hanut Orr era un tirano arrogante. Así que iba a conseguir lo que quería y unas cuantas cosas más. Estas cosas pasaban.

El hombre recordó de repente que no había dicho nada de los dos hombres que esperaban fuera de la hacienda de Coll. Bueno, las cosas todavía podían acabar bien, siempre y cuando se las arreglara para salir de esa maldita taberna antes de que a Coll le tendieran una emboscada junto a su verja.

Cuánto ruido en la ciudad esa maldita noche... Ah, sí, la última noche de los festejos de Gedderone. Pues claro que había ruido, y maldita sea, él también quería estar ahí fuera, de fiesta, bailando, pellizcando carnes blandas, quizá metiéndose en una pelea o dos, pero de las que podía ganar, claro está. No como esa porquería...

Y de golpe, Coll y el gordo habían vuelto, los dos con una expresión confusa en la cara.

—Sulty, querida —canturreó el gordo, y una de las mozas lo miró, se habían hecho con un público silencioso, nervioso, entre la media docena de presentes en la taberna, así que fueron varios los pares de ojos que la observaron acercarse. La mujer estaba rodeando la mesa más cercana cuando el gordo siguió hablando—. Parece que Hanut Orr se ha topado con un final prematuro... antes de que llegáramos siquiera, por desgracia para Coll. Será mejor que hagas llamar a un guardia.

La sirvienta hizo una mueca.

—¿Qué? ¿Ahí fuera? ¿En esas malditas calles? ¡Pero si suena como si hubieran soltado a diez mil lobos ahí fuera, Kruppe!

—¡Mi dulce Sulty, Kruppe te asegura que no te acaecerá ningún daño! ¡Kruppe te lo garantiza, sí, y te consolará con todo calor tras tu triunfante regreso!

—Claro, pues menudo aliciente. —La chica se dio media vuelta y se dirigió a la puerta principal. Y el

matón estaba lo bastante cerca para oírlo añadir por lo bajo—. Aliciente para arrojarme a las mandíbulas del lobo que vea...

Pero allá que salió.

El guardia de la familia cariñosa y el dolor en el pecho estaba en el cruce muy cerca de la muralla, a una calle de distancia de la taberna del Fénix, y apresurándose con una sensación de auténtica alarma hacia los sonidos de destrucción que se oían al sur —el otro incendio descontrolado en el distrito de las Haciendas no estaba en su jurisdicción—, cuando oyó que alguien le gritaba, así que se volvió y levantó el farol.

Una joven sacudía los brazos con frenesí.

Vaciló un momento y se estremeció cuando resonó un aullido tan alto y tan cerca que esperó ver un demonio plantado en su hombro. Trotó hacia la mujer.

—¡Por el amor del Embozado! —gritó—. ¡Métete en alguna parte!

La vio girar sobre sus talones y escabullirse hacia la entrada de la taberna del Fénix. Al acercarse, un destello de movimiento en un callejón de enfrente casi le hizo darse la vuelta, pero cuando enfocó la luz en esa dirección, no vio a nadie. Se apresuró a seguir, respirando con dificultad mientras trepaba los escalones y entraba.

Muy poco tiempo y un aluvión de palabras después, siguió al consejero Coll y a Kruppe al callejón, donde se reunieron alrededor del cadáver de otro consejero. Hanut Orr, al parecer.

Con una mueca de dolor al sentir la presión que le atrapaba el tórax como un cepo, el guardia se agachó despacio para examinar las heridas. Solo dos golpes, lo que no parecía cosa de su hombre, pero claro, el aspecto de esas heridas...

—Creo que ha matado a otro —murmuró—. Y no hace mucho tampoco. —Alzó la cabeza—. ¿Y ustedes dos no vieron nada?

Coll negó con la cabeza.

Kruppe, un hombre al que el guardia siempre había mirado con recelo, con considerable suspicacia, de hecho, titubeó.

—¿Qué? Habla, maldito ladrón.

—¿Ladrón? ¡Ay, ay, ay, qué insulto! Kruppe no estaba más que observando con toda la perspicacia de sus ojos la naturaleza de tamañas heridas en la frente y la nuca.

—Por eso sé que es el mismo hombre que lleva matando a docenas en los últimos meses. Una especie de arma extranjera...

—¿Extranjera? En absoluto, sugiere Kruppe. En absoluto.

—¿De veras? Por favor, continúa.

—Kruppe sugiere al más vigilante y honorable de los guardias que fueron unas manos solas las que provocaron ese daño. Nudillos y nada más, y nada menos.

—No, te equivocas. He visto las marcas que deja un puño...

—Pero Kruppe no ha dicho «puño». Kruppe estaba siendo más preciso. Nudillos, ¿sí? Como en unos nudillos libres del estorbo de los dedos...

El guardia frunció el ceño y miró otra vez esa extraña muesca alargada de la frente de Hanut Orr. Se irguió de repente.

—Nudillos... pero sin dedos. Pero... ¡yo conozco a ese hombre!

—¿De veras? —preguntó Kruppe con una sonrisa radiante—. Mejor dese prisa entonces, amigo, y tenga cuidado en esta noche de todas las noches, tenga mucho cuidado.

—¿Qué? Que tenga cuidado con qué... ¿De qué estás hablando?

—Pues del Tributo, amigo. Tenga cuidado con el Tributo. Y ahora váyase rápido, nosotros meteremos dentro este pobre cuerpo, hasta por la mañana, cuando se dispongan las adecuadas, eh, disposiciones. ¡Qué multitud de pesares esta noche! ¡Vamos, amigo, dé caza a su némesis! ¡Esta es noche para algo así!

Todo palpitaba delante de los ojos del guardia, y el dolor le había pasado en una oleada del pecho al cráneo. Le suponía un esfuerzo hasta respirar. Pero... sí, él conocía a ese hombre. Dioses, ¿cómo se llamaba?

Ya se acordaría, por el momento se apresuró callejón abajo y salió a otra calle igual de vacía, qué raro. Ya se acordaría del nombre, pero sabía dónde vivía el malnacido, eso lo sabía, ¿y no bastaba eso de momento? Bastaba.

Unas palpitaciones como martillazos le sacudieron el cerebro en el cráneo. Destellos de luz naranja, fogonazos de calor seco contra la cara, dioses, no se encontraba bien, nada bien. Había una vieja sajadora calle abajo de donde él vivía, tras esta noche debería hacerle una visita. Punzadas de lacerante agonía le recorrían los miembros, pero no pensaba detenerse, ni siquiera para descansar un momento.

Tenía al asesino. Por fin. Nada iba a interponerse en su camino.

Y así siguió avanzando, a traspiés, el farol agitándose frenéticamente.

Gaz se acercó a la puerta con paso decidido, la abrió, se detuvo y miró a su alrededor. Esa estúpida ni siquiera había encendido el hogar, ¿dónde carajo se había metido? Cruzó la única habitación, tres zancadas en total, hasta la puerta trasera, que abrió de una patada.

Cómo no, allí estaba, de pie, dándole la espalda, justo delante de ese círculo de losas planas que se pasaba días y noches colocando y volviendo a colocar. Como si hubiera perdido la cabeza, y la expresión de sus ojos en los últimos tiempos; bueno, ahora sí que estaban metidos en un buen lío.

—¡Thordy!

Su mujer ni siquiera se giró.

—Acércate, esposo —dijo sin más.

—Thordy, hay problemas. La fastidié. La fastidiamos, tenemos que pensar, tenemos que salir de aquí, de la ciudad... Tenemos que huir...

—No vamos a huir —respondió ella.

Él se acercó a su lado.

—Escucha, mujer estúpida...

Thordy alzó un brazo despreocupadamente y le deslizó algo frío y cortante por la garganta. Gaz se quedó con la mirada fija, levantó las manos magulladas, mutiladas, y sintió la sangre caliente que le chorreaba por el cuello.

—¿Thordy? —La palabra burbujeó al salir.

Gaz cayó de rodillas, su mujer se colocó detrás de él y con un suave empujón lo tiró boca abajo en el círculo de losas planas.

—Fuiste un buen soldado —dijo—. Recolectaste muchas vidas.

Empezaba a tener frío, mucho frío. Intentó levantarse otra vez, pero no le quedaban fuerzas, ninguna.

—Y yo —continuó su mujer—, yo también he sido buena. Los sueños... Él lo hizo todo tan sencillo, tan obvio. He sido una buena arquitecta, esposo, preparándolo todo... para ti. Para él.

El hielo que llenaba a Gaz pareció de repente extenderse por completo, a tanta profundidad en su interior como era posible alcanzar, y sintió que algo —algo que era suyo y solo suyo, algo que se hacía llamar «yo»— se convulsionaba y luego chillaba de terror y angustia cuando el frío lo devoró, lo

carcomió, y, pedazo a pedazo, su vida se desvaneció sin más, pedazo a pedazo a...

Thordy dejó caer el cuchillo y se apartó cuando el Embozado, el Señor de la Muerte, rey supremo de la Casa de los Asesinados, protector de los caídos, comenzó a manifestarse de forma física en el estrado de piedra que tenía delante. Alto, envuelto en túnicas podridas de un apagado color verde, marrón y negro. El rostro estaba oculto, pero los ojos eran rendijas opacas tenuemente iluminadas en medio de la negrura, al igual que el destello turbio de unos colmillos amarillos.

El Embozado se encontraba sobre las piedras salpicadas de sangre, en un decrepito jardín del distrito Gadrobi, en la ciudad de Darujhistan. No era una proyección fantasmal, ni se ocultaba tras velos de poderes protectores, ni siquiera era una aparición espiritual.

No, era el Embozado, el mismísimo dios.

Allí, en ese momento.

Y en la ciudad, por todas partes, el aullido de los Mastines se alzaba en un crescendo ensordecedor que azotaba el alma.

Había llegado el Señor de la Muerte para recorrer las calles de la ciudad del fuego azul.

El guardia llegó a la ruinosa calle delante de la desvencijada casa que era el hogar del asesino en serie, pero apenas podía distinguirla entre las pulsaciones de oscuridad que parecían ir cercándolo por todos lados, cada vez más rápido, como si fuera testigo de una salvaje y pesadillesca condensación del tiempo, en la que día se precipitaba hacia la noche y así sucesivamente. Como si de alguna forma se estuviera abalanzando hacia su propia vejez, hasta el momento definitivo de la muerte. Un rugido le llenó la cabeza, un dolor insoportable que le irradiaba del pecho y le quemaba los brazos, un lado del cuello. Tenía las mandíbulas tan apretadas que se estaba machacando los dientes y cada aliento era una agonía.

Consiguió hacer la mitad del camino que le quedaba hasta la puerta principal antes de caer de rodillas, doblarse y desplomarse de lado, dejando caer el farol que tintineó al chocar contra los adoquines. Y de repente le quedó espacio para mil pensamientos, todo el tiempo que podría haber querido, al tomar entonces su último aliento. Tantas cosas quedaron claras entonces, todo fue mucho más sencillo, adquirió una pureza que lo alzó de su cuerpo...

Y vio, cuando flotó sobre su cadáver, que una figura había salido de la casa del asesino. Su visión transformada reveló cada detalle de esa faz antigua, inhumana, que había dentro de la capucha, los surcos de las arrugas grabadas como el devastado mapa de un sinfín de siglos. Colmillos que se alzaban de la mandíbula inferior, descascarillados y desgastados, las puntas irregulares y astilladas. Y los ojos, *tan fríos, tan... atormentados*, de inmediato el guardia supo quién era la aparición.

El Embozado. El Señor de la Muerte había ido a por él.

Vio cómo el dios alzaba la mirada y clavaba en él esos ojos terribles.

Y una voz habló en su cabeza, una voz pesada, como el triturarse de unas piedras inmensas, el colapso de las montañas.

—No pensaba mucho de la justicia. Ya hace mucho que no. Para mí es todo uno. El dolor no sabe a nada, la pena es un suspiro vacío. Vive una eternidad entre el polvo y las cenizas y luego ven a hablar conmigo de la justicia.

A eso el guardia no tenía nada que decir. Él se había estado peleando con la muerte noche tras noche. El camino desde la taberna del Fénix había sido una lucha. Cada maldito paso. Y ya no era cosa suya.

—Así que —continuó el Embozado—, aquí estoy. Y el aire que me rodea, el aire que se precipita en

mis pulmones, vive. No puedo evitar lo que viene con cada uno de los pasos que doy aquí, en el mundo mortal. No puedo ser otra cosa que lo que soy.

El guardia estaba confuso. ¿Se estaba disculpando el Señor de la Muerte?

—Pero esta vez haré lo que yo quiera. Lo haré a mi manera. —Y avanzó un paso con una mano marchita levantada, una mano, vio el guardia, a la que le faltaban dos dedos—. Tu alma resplandece. Es brillante. Cegadora. Tanto honor, tanto amor. Compasión. En la caverna de pérdidas que dejas atrás, tus hijos no llegarán a ser todo lo que podrían haber sido. Se enroscarán alrededor de cicatrices y las heridas nunca curarán del todo, y aprenderán a roer esas cicatrices, a lamer, a beber apurando. No puede ser.

El guardia sufrió una convulsión, bajó rodando al cadáver que yacía sobre los adoquines. Sintió una sacudida en su corazón y cómo luego palpitaba con una facilidad repentina, un vigor inesperado, asombroso. Respiró hondo y el aire maravilloso, fresco, se llevó el último vestigio de dolor, se lo llevó todo como con una ráfaga.

Todo aquello a lo que había llegado en esos últimos momentos, esa relumbrante claridad de visión, ese vertiginoso entendimiento de todo, se hundió bajo una nube conocida que se posó gris y densa, donde las formas eran apenas insinuaciones de formas, donde estaba perdido. Tan perdido como lo había estado siempre, tan perdido como todas y cada una de las almas mortales, por mucho que alardeen de su certidumbre, de su fe. Y sin embargo... y sin embargo era una nube cálida, entreverada de cosas preciosas: el amor por su mujer, sus hijos; la maravilla de sus vidas, los cambios que les acontecían día a día.

Descubrió que estaba llorando mientras se levantaba. Se volvió para mirar al Señor de la Muerte, en realidad no esperaba ver la aparición que seguramente solo les presentaba a los muertos y a los moribundos, y lanzó una exclamación conmovida.

El Embozado tenía una apariencia sólida, espeluznante, real; iba bajando por la calle hacia el este, y era como si las telarañas que los unían se estirasen, como si la tela se partiese, disolviéndose en volutas en la noche, y con cada zancada que iba alejando al dios, el guardia sentía que recuperaba su vida, una conciencia de una solidez abrumadora, en ese preciso momento y en todos los demás que siguieron.

Se volvió, y hasta eso fue fácil, y posó la mirada en la puerta, que estaba abierta, y todo cuanto esperaba en el interior estaba oscuro y podrido de horror y locura.

El guardia no vaciló.

Con este hombre honesto y humilde, con este hombre valeroso y honorable, el Embozado vio la verdad. Y solo por esa vez, el Señor de la Muerte se había permitido que le importase.

Recuerda esto, un momento trascendental, un gesto conmovedor.

Thordy oyó unas botas en los tablones combados del porche trasero y se volvió para ver a un guardia de la ciudad que salía de su casa por la puerta trasera con un farol en una mano.

—Está muerto —dijo ella—. El que has venido a buscar. Gaz, mi marido. —Señaló con un cuchillo resbaladizo de sangre—. Aquí.

El guardia se acercó, deslizó una de las portezuelas del farol y dirigió el haz de luz hasta que encontró y lo concentró en el cuerpo inmóvil que yacía en las piedras.

—Confesó —dijo ella—. Así que lo maté, con mis propias manos. Maté a este... monstruo.

El guardia se agachó para estudiar el cadáver. Estiró un brazo, deslizó con cuidado un dedo bajo el puño de una de las mangas de Gaz y levantó la mano magullada, sin dedos. Suspiró y luego, poco a poco, asintió.

Bajó el brazo otra vez y empezó a erguirse.

—Entiendo que hay una recompensa —dijo Thordy.

El guardia la miró.

Thordy no sabía muy bien qué veía en su expresión. Quizá se sintiera horrorizado, o quizá le hiciera gracia, o quizás el cinismo lo hubiera despojado de cualquier sensación de sorpresa. Pero tampoco importaba mucho. Ella solo quería el dinero. Necesitaba el dinero.

Convertirse, durante un tiempo, en la arquitecta del Señor de los Asesinados implicaba una espantosa responsabilidad. Pero ella no había visto ni un mísero cobre por las molestias.

El guardia asintió.

—La hay.

Thordy levantó el cuchillo de cocina.

El hombre quizá se hubiera estremecido un poco, quizá, pero lo que importaba era que Thordy lo viera asentir una segunda vez.

Y, tras un momento, eso fue lo que hizo el guardia.

Un dios caminaba por las calles de Darujhistan. Eso era algo que ya por sí solo nunca era buena señal. Solo los idiotas estarían encantados, impacientes por invitar a semejante aparición y por lo general aquel entusiasmo era pasajero. Que este dios concreto fuera el vendimiador de almas significaba, bueno, no solo que fuese una manifestación indeseable, sino que su ofrenda era una auténtica matanza que se propagaba aplastando a miles de habitantes de los bloques de viviendas, de las chozas apiñadas en el distrito Gadrobi, en el distrito del Lago... pero no, esas cosas no pueden ser vistas de reojo con un simple escalofrío.

Zambúllete, así pues, con todo el valor del que hayas hecho acopio, en esta mescolanza de vidas. Abre la mente para considerar, en frío o en caliente, todo tipo de juicios. Podemos prescindir del decoro, dejar a un lado la decencia. Este es el ojo que no parpadea, pero ¿es esa mirada acerada una invitación a la indiferencia cruel? ¿A un rasgo endurecido y falto de compasión? ¿O acaso una brizna de sincera empatía conseguirá colarse bajo la armadura de insensibilizado exceso?

Cuando todo haya acabado, atrévete a sopesar tu propia cosecha de sentimientos y plantéate un reto: si todo se recibiera sin más que un despiadado gesto de indiferencia, este orondo hombre te invita, entonces, a volver esa mirada fría y cruel y hacer un último juicio. De ti mismo.

Pero de momento... sé testigo.

Skilles Naver estaba a punto de asesinar a su familia. Regresaba a casa del bar de Gajjet, la barriga llena de cerveza, y un perro del tamaño de un caballo se le puso por delante. El morro salpicado de sangre, los ojos ardiendo con un fuego salvaje, la enorme y aplastada cabeza meciéndose en su dirección.

Se había quedado petrificado. Se había meado encima, y luego se había cagado encima.

Un momento después una valla alta de madera que circundaba un terreno vacío calle arriba — donde un mes antes una familia entera había muerto de alguna desagradable enfermedad— se derrumbó de repente y apareció un segundo perro enorme, ese blanco como un hueso.

Su llegada atrajo de repente la atención de la primera bestia, y, con una avalancha de músculos, la criatura se abalanzó sobre él.

Chocaron como dos carros cargados y sin frenos, el impacto fue una conmoción que hizo

tambalearse a Skilles. Gimoteando, se volvió y echó a correr.

Y corrió.

Y, por fin, llegó a casa apestando como un cubo para el agua sucia, y su mujer estaba allí, pero había empaquetado la mitad de las cosas, sorprendida en plena huida traicionera y encima le robaba a sus chicos. Sus chicos. Los pequeños trabajadores que hacían todo lo que Skilles les decía que hicieran (y Beru los protegiera si no lo hacían, o si le contestaban siquiera, esos mierdecillas) y la idea de una vida sin ellos, sin sus pequeños esclavos privados, perfectos, prendió en Skilles una rabia encendida.

Su esposa lo vio venir. Empujó a los chicos al pasillo y luego se volvió para entregar su propia vida. Seguro que el vecino de al lado recogería a los chicos para huir los dioses sabrían adónde. Bueno, Skilles tendría que darle caza, ¿no? No era como si esa enclenque de Surna con su cara de rata fuese a poder contenerlo mucho tiempo, ¿verdad?

Solo había que atraparla, retorcer ese escuchimizado cuello y tirar ese desperdicio de espacio...

Ni siquiera vio el cuchillo, y lo único que sintió de la puñalada asesina fue un pellizco bajo la barbilla cuando la delgada hoja se le metió por la boca, desviada hacia abajo por el paladar superior, y se hundió tres dedos directamente en la base del cerebro.

Surna y sus chicos ya no tenían que huir, después de todo.

Kanz tenía nueve años y le encantaba meterse con su hermana, que tenía muy mal genio, como siempre decía ma mientras recogía los trozos rotos de loza y los pedazos de las odiadas verduras esparcidas por todo el suelo, y lo mejor era darle un codazo en las costillas cuando no miraba; su hermana se daba la vuelta con los ojos destellando de furia y odio, y él echaba a correr con ella pisándole los talones, salía al pasillo, se lanzaba de cualquier manera a por las escaleras y bajaba y bajaba tan rápido como podía con la niña chillando tras él.

Bajaba y bajaba y...

... estaba volando por los aires. Había tropezado, se había soltado de la barandilla y la planta baja, allá, en el fondo, subió disparada a recibirlo.

«¡Vosotros dos vais a terminar matándoos!» decía ma siempre. ¡Sasperante! Eso también lo decía.

Chocó contra el suelo. Se acabó la partida.

El mal genio de su hermana desapareció y no volvió jamás tras esa noche. Y ma nunca volvió a pronunciar la palabra «sasperante». Nunca se le ocurrió que hubiera desaparecido inesperadamente de su cabeza era porque su niño se la había llevado con él. La última palabra que había pensado. Se la había llevado, como un pequeñín se llevaría un muñeco o una mantita. Para consolarse en su nuevo y oscuro mundo.

Benuck Fill estaba sentado, contemplando cómo se iba consumiendo su madre. Una especie de cáncer se la estaba comiendo por dentro. Había dejado de hablar, había dejado de querer nada; era como un saco de ramas cuando la cogía en brazos para llevarla a la tina y lavarle todas esas cosas que se salían esos días, y esas noches. Su sonrisa, que le había hablado a Benuck de todo el amor que sentía por él, y su vergüenza ante lo que se había convertido, esa terrible pérdida de dignidad, se habían convertido en otra cosa: una boca abierta, los labios atrofiados y encogidos, cada aliento un resuello. Si eso era una sonrisa, entonces le estaba sonriendo a la propia muerte, y su hijo no podía soportarlo. Verlo. Comprenderlo, lo que significaba.

Ya no faltaba mucho. Y Benuck no sabía lo que iba a hacer. Ella le había dado vida. Lo había alimentado, abrazado, le había dado calor. Le había dado palabras por las que guiarse, reglas para ayudarlo a dar forma a su vida, a su persona. No era una mujer lista, no mucho, ni siquiera sabia. Solo era una persona normal que se mataba a trabajar para que pudieran vivir, y había trabajado todavía más cuando pa se fue a luchar en Pale, donde con toda probabilidad murió, aunque ellos no habían sabido nada más. Solo que no volvió.

Benuck permaneció sentado retorciéndose las manos, escuchándola respirar, deseando poder ayudarla, llenarla con su propio aliento, colmarla para que pudiera descansar, que tuviera un único momento final sin sufrir, un último momento de vida sin dolor, y luego se dejara ir...

Pero allí, sin que nadie lo viera, estaba la verdad. Su madre había muerto ocho días antes. Él estaba sentado delante de una silla vacía, y lo que hubiera roto su mente lo había atrapado en esos últimos días y noches. Velando, lavando, vistiendo. Cosas que había que hacer por ella, momentos de cuidados desesperados y amor, y luego vuelta a velar, ya no quedaba luz en los ojos de su madre, y no daba señal de oír nada de lo que él decía, todas sus palabras de amor, sus palabras de agradecimiento.

Atrapado. Perdido. Sin comer, sin hacer nada.

La mano del Embozado le rozó la frente y él se derrumbó hacia delante en su silla, y el alma de su madre, que había estado flotando, angustiada, en esa pavorosa habitación todo ese tiempo, se deslizó hacía él en un abrazo eterno.

A veces, la idea de la verdadera salvación puede sobresaltar la mirada.

Avab Tenitt fantaseaba con tener niños con él en su cama. Todavía no había pasado, pero pronto lo haría realidad. Entretanto, le gustaba atarse una cuerda alrededor del cuello, un maldito nudo corredizo, de hecho, y se masturbaba bajo las mantas mientras su esposa, que no sospechaba nada, fregaba platos en la cocina.

Esa noche, el nudo se enganchó y no se aflojaba. De hecho, empezó a apretarse cada vez más cuanto más forcejeaba con él, así que, cuando se derramó, su vida se fue con él.

Cuando su mujer entró en la habitación, agotada, las manos rojas y agrietadas por los trabajos domésticos, y en la lengua a punto de soltar otro rapapolvos al holgazán de su marido, se detuvo y se quedó mirando. El nudo en el cuello. La cara hinchada, azul y gris, apenas reconocible, y fue como si le hubieran quitado de los hombros un millar de barras de plomo.

Que los perros aullaran fuera toda la noche. Que los incendios se propagaran. Era libre, y la vida que tenía por delante era suya y de nadie más. Para siempre jamás.

Una semana después una vecina la vería pasar por la calle y diría a sus amigas esa noche lo guapa que se había puesto Nissala de repente, imponente, de hecho, llena de vitalidad, parecía años y años más joven. Como una flor muerta renacida de repente, un capullo salvaje bajo la luz cálida del sol.

Y, luego, las dos viejas chismosas se callaron, las dos con la misma siniestra idea en la cabeza, esa idea de y si, y a lo mejor ella, eso que hacía la vida tan divertida y les daba además tantas cosas de las que hablar.

Y, entretanto, decenas de niños conservaron la inocencia un poco más de lo que lo habrían hecho de otro modo.

La viuda Lebbil era una mujer razonable la mayor parte del tiempo. Pero en ocasiones esa dulce calma se retorció y se convertía en algo maligno, algo tan íntimamente ligado a la rabia que

aplastaba su causa. Siempre era lo mismo lo que disparaba su furia incandescente, lo mismo cada vez.

El gordo de Saborgan vivía encima de ella, y cada noche más o menos a esas horas (cuando la gente decente debería estar durmiendo aunque a decir verdad quién iba a hacerlo esa noche de locos, cuando la juerga desenfrenada de las calles parecía descontrolarse) el tipo empezaba a correr allí arriba de un lado a otro, y vueltas y más vueltas por aquí y por allá.

¿Quién podía dormir debajo de ese estruendo?

Así que ella salía de la cama, gimiendo por el dolor en las caderas, cogía uno de sus bastones y, de pie en una silla desvencijada, aporreaba el techo. Su voz era demasiado aflautada, demasiado débil, el tipo jamás la oíría si le chillaba. Solo funcionaba el bastón. Y sabía que la oía, lo sabía, pero ¿servía para algo?

¡No! ¡Nunca!

No podía seguir así. ¡No podía!

Pum pum raspón pum raspón pum pum... y ella seguía aporreando y aporreando y aporreando, los brazos le ardían, los hombros llenos de calambres. Aporreaba y aporreaba.

Saborgan debería haber oído la protesta de la viuda, pero, por desgracia, estaba perdido en su propio mundo, y bailaba con la Emperatriz de Cabellos Blancos, que había llegado de algún otro mundo, seguro, a su mismísima habitación, y la música le llenaba la cabeza, y era tan dulce, tan mágica, y las manos de la emperatriz eran suaves como palomas y él las sujetaba con tanta dulzura como podía entre sus dedos romos, torpes. Y por suaves y frágiles que fueran las manos de la emperatriz, era ella la que lo guiaba, tirando de él de un lado a otro, de modo que Saborgan nunca llegaba a recuperar el equilibrio.

La Emperatriz de los Cabellos Blancos era real, muy real. Era, de hecho, un demonio menor, conjurado y esclavizado en ese antiguo edificio, al borde mismo del distrito Gadrobi. Su tarea, desde el comienzo, había sido singular, un hechizo que le había impuesto una bruja un tanto neurótica que llevaba muerta tres siglos ya.

La Emperatriz de los Cabellos Blancos estaba obligada a matar cucarachas en esa única habitación. La manera de hacerlo, a lo largo de décadas y décadas, había sufrido un debilitamiento de las restricciones, lo que había dejado a la ya completamente chiflada demonia la libertad de improvisar.

Ese mortal tenía unos pies enormes, su rasgo más atractivo, y cuando bailaba cerraba los ojos y lloraba en silencio, y ella podía guiar esos pies sobre cada cochina cucaracha que se escabullía por el suelo mugriento. Paso, crac, paso, crac, ¡ahí! Una muy grande, ¡a por ella! ¡Crac y mancha!, ¡crac y mancha!

En esa única habitación, salvo por los insectos que vivían aterrados, se respiraba un júbilo puro, inmaculado, una satisfacción deliciosa, y el amor más dulce.

Todo se derrumbó más o menos al mismo tiempo que el suelo. Vigas podridas, tablones y yeso denso cayeron sobre la viuda Lebbil y fue tanto el susto como el peso de los escombros lo que la mató al instante.

El pobre Saborgan, que soltó de golpe a la gimiente emperatriz sufrió la tremenda implosión de un bastón metido por el ano (¡oh, hasta relatarlo es estremecerse!), lo que resultó ser una intrusión mortífera. En cuanto a la emperatriz, bueno, tras un momento de horrorizado pánico, su hechizo se hizo pedazos y la liberó al fin para regresar a su casa, el reino de los reyes cucarachas (vale, está bien, el hombre orondo se lo acaba de inventar, ¿me perdonas?). ¿Quién sabe dónde fue? Lo único que hay seguro es que cada paso que dio fue un paso de baile.

El vago estruendo de un suelo al derrumbarse en un sórdido edificio de viviendas de alguna parte de allá arriba pasó desapercibido para Seba Krafar, señor del Gremio de Asesinos, que bajaba tambaleándose por el pasillo subterráneo en busca del refugio de su guarida.

¿Es que no iban a acabar los desastres? Todo había empezado con ese culto al maldito Rallick Nom, y luego, casi antes de que se posara el polvo, su primer gran contrato tuvo que estamparse contra la colección más beligerante y cruel de posaderos imaginable. ¿Y lo que siguió?

Sospechaba que él era el único superviviente. Había dejado a sus ballesteros cubriéndole la retirada y ni uno solo lo había alcanzado después; y luego, con las cuevas de almacenamiento de gas prendiéndose una tras otra, bueno, el caso era que se encontraba en un laberinto abandonado de túneles, corriendo entre el polvo que caía, tosiendo y los ojos escociéndole.

Todo destruido. Todo destrozado. Había aniquilado a todo el gremio.

Tendría que comenzar de nuevo.

De pronto, la idea lo animó. Sí, así podría darle forma él, nada heredado. Una estructura nueva. Una nueva filosofía, incluso.

Tantas... posibilidades.

Se metió trastabillando en su oficina y se fue directo a su mesa, en la que se apoyó con las dos manos sobre la superficie picada. Y, entonces, frunció el ceño, pergaminos repartidos por el escritorio, y documentos desperdigados por todo el suelo... ¿Qué Embozado era eso?

—Maese Krafar, ¿verdad?

La voz hizo que se diera la vuelta.

Había una mujer con la espalda apoyada contra la pared que había junto a la puerta. Una ballesta amartillada junto a la bota izquierda, la punta del cuadrillo posada en el suelo compacto de tierra. Los brazos cruzados.

Seba Krafar frunció el ceño.

—¿Quién Embozado eres tú?

—¿No me conoces? Qué descuido. Me llamo Mezcla. Soy una de las propietarias del K'rul.

—Ese contrato está cancelado, se acabó. No más...

—Me da igual. Es muy sencillo, quiero el nombre. El que te trajo el contrato. Puedes dármelo sin armar jaleo, yo salgo de aquí, no me ves más, y todas tus preocupaciones se terminan. El Gremio eliminado de la ecuación. Considéralo un regalo, pero tienes que ganártelo.

Seba la examinó y valoró sus posibilidades. No parecía gran cosa. Esa mujer no iba a ser capaz de llegar a esa ballesta a tiempo, dos zancadas rápidas y se plantaba delante de ella. Le metía dos cuchillos por la tripa. Y luego le enviaría una nota a Humilde Medida y afirmaría que había caído otra, lo que dejaba, ¿qué?, ¿dos o tres? Se lo pagarían bien y sabía el Embozado que él necesitaba unas monedas si tenía que empezar de nuevo.

Así que atacó.

No supo muy bien lo que pasó después. Él tenía los cuchillos en la mano y ella estaba allí, justo delante de él, pero entonces el codo de la mujer se estrelló contra su cara, le destrozó la nariz y lo cegó de dolor. Y de algún modo las dos estocadas que le lanzó él, una buscando el punto blando justo debajo del esternón, la otra intentando golpear más abajo, fallaron. Una bloqueada, la otra erró por completo, la punta de la daga se clavó en la pared contra la que se había apoyado la mujer.

El golpe en la cara hizo que le temblaran las rodillas, pero solo durante el más breve de los instantes, porque Seba Krafar era un toro de hombre, rudo cuerpo a cuerpo. Se sacudía y luego seguía, así que, con el hombro encorvado, intentó una cuchillada oblicua, a ver si podía destripar a esa furcia

allí mismo.

Algo duro le descalabró la muñeca, hizo saltar la daga por los aires y le rompió los huesos del brazo. Seba se tambaleó hacia atrás, sacó el otro cuchillo del muro de un tirón e intentó una estocada frenética para sacarse de encima a aquella mujer. Ella lo cogió por la muñeca buena, y su pulgar fue como un clavo de hierro que le empaló la base de la palma de la mano. El cuchillo se cayó de los embotados dedos. Después la mujer lo cogió por ese brazo y lo retorció con la fuerza suficiente para bajarle el hombro y obligar la cabeza a seguirlo.

Donde se encontró con una rodilla alzándose.

Una nariz ya rota a la que le den otro golpe, y otro todavía más fuerte, de hecho, no es algo que uno pueda sacudirse sin más. Aturdido, sin un solo gramo de voluntad restante en el cerebro, cayó de espaldas. Algún instinto hizo que se alejara rodando contra las patas de la mesa y se incorporara de nuevo.

El cuadrillo lo alcanzó en la parte inferior del costado derecho, justo por encima de la cadera, le rozó el hueso, le atravesó el hígado y se lo destrozó.

Seba Krafar cayó otra vez, se desplomó con la espalda apoyada contra el escritorio.

Con los ojos llenos de lágrimas miró a la mujer.

Malazana, claro. Había sido soldado. No, había sido Abrasapuentes. Él siempre ponía los ojos en blanco al oír eso. ¿Una Abrasapuentes? ¿Y qué? Una pedazo de mierda que se creía algo. Seba era asesino. Pariente carnal de Talo Krafar, y él sí que era un monstruo de hombre...

Al que había derribado un cuadrillo. Lo habían matado como a un jabalí en un matorral.

La mujer se acercó hasta él.

—Mira que eres tonto, Seba. Ahí lo tienes, la cara rota, y ensartado. Eso que ves es tu hígado desangrándose, creo. Con franqueza, me asombra que no estés muerto ya, pero tienes suerte de no estarlo. —Se agachó y le mostró un frasquito—. Si te vierto esto en la herida, una vez que arranque el cuadrillo, claro, y suponiendo que sobrevivas a eso, bueno, hay muchas posibilidades de que salgas de esta. Bueno, ¿quieres que lo haga, Seba? ¿Quieres que te salve tu patética vida?

La miró fijamente. Dioses, le dolía todo.

—El nombre —dijo la mujer—. Dame el nombre y tendrás la oportunidad de sobrevivir. Pero será mejor que te decidas pronto. Se te está acabando el tiempo.

¿Andaba el Embozado flotando por allí? ¿En aquel lugar tan sepultado bajo las calles? Desde luego que sí.

Seba le dio el nombre. Incluso le advirtió que no se buscara líos con él, que era una maldita víbora. Juro que hay algo ahí, en sus ojos...

Mezcla cumplió su palabra.

Así que el Embozado se marchó.

La cascada de muertes repentinas, accidentes, inexplicables y ultrajantes, de finales miserables y asesinatos terribles, llenaron cada morada, cada esquina y cada choza en una creciente marea, una riada mortífera que avanzó por toda la desventurada ciudad. Ninguna edad se salvó, no hubo injusticia que hiciera inclinarse la balanza. La muerte se los llevó a todos: grandes linajes e indigentes, enfermos y sanos, criminales y víctimas, los amados y los privados de amor.

Tantos que exhalaban su último aliento: en una tos, un suspiro, un gimoteo, un bramido desafiante, con una expresión incrédula, con un asombro entumecido. Y si tales alientos pudieran fundirse, pudieran formar una niebla densa, seca, acre, de consternación, en la ciudad, esa noche, no se podría ver ni una

sola esfera de fuego azul.

Hubo supervivientes. Muchos, muchos supervivientes (de hecho, fueron más los que sobrevivieron que los que murieron); pero, ay, estuvo muy disputado, esa medida, esa malhadada cosecha.

El dios caminó hacia el este, salió del distrito Gadrobi y entró en el del Lago y, de ahí, subió a las Haciendas.

Esa noche no había acabado. Ay, no, todavía no.

Invisible en la negrura absoluta de aquella humosa noche sin luna, una forma inmensa surcó el aire volando bajo sobre las colinas Gadrobi, hacia el oeste, para salir al camino de los mercaderes. Al acercarse a las luces turbias de Ciudad Miserias, la silenciosa criatura voladora fue bajando poco a poco hasta que sus garras casi rozaron la gravilla del camino.

Sobre ella, unas formas más pequeñas batían unas alas pesadas aquí y allá, girando en el aire, precipitándose y luego remontando de golpe otra vez. Estas formas tampoco emitieron llamada alguna a la noche.

En un lado del camino, agazapado en las hierbas altas, un coyote que había estado a punto de cruzar se quedó petrificado.

Unas especias embriagadoras se agitaron sobre el animal en una ráfaga cálida, sofocante, y donde un momento antes había habido unas nubes negras sin forma que se deslizaban por el aire, apareció de repente una figura; una cosa humana, de esas con las que el coyote peleaba en su cabeza, miedo y curiosidad, oportunidad y traición mortal; andando por el camino.

Pero esa cosa humana era... diferente.

Cuando llegó frente al coyote, volvió la cabeza y contempló a la bestia.

El coyote salió trotando. Cada músculo, cada instinto, clamaba por una sumisa rendición, y, sin embargo, como impulsado por un inmenso poder ajeno a él, el coyote alzó la cabeza con orgullo, adelantó las orejas y se detuvo junto a la figura.

Que bajó la mano para rozar con los dedos enguantados la redondez de la cabeza del animal.

Y la bestia se alejó de un salto, corriendo tan rápido como lo dejaban sus patas para adentrarse en la noche, en la llanura inmensa del sur.

Libre, bendecido, beneficiario de un amor tan atormentado que viviría el resto de sus años en un mar de hierba repleto de alegría y placer.

Transformado. Sin ninguna razón especial, sin propósito macabro alguno. No, fue una caricia caprichosa, una celebración mutua de la vida. Entiéndelo o súpelo. El papel del coyote ha terminado, y allá que se marcha deprisa, el corazón esplendoroso como una estrella en llamas.

Ofrendas que sobresaltan la mirada.

Anomander Rake, Hijo de la Oscuridad, se metió entre las casuchas de Ciudad Miserias. La entrada estaba allí delante, pero no había ningún guardia a la vista. Las enormes puertas estaban bloqueadas.

Más allá, en la ciudad en sí, los incendios arrasaban uno y otro lugar, despidiendo voluminosos mantos de humo salpicados de chispas hacia la negra noche.

A solo cinco pasos de las puertas, algo se partió y cayó. Las puertas se abrieron de golpe. Y, sin que nadie lo abordara, su presencia desapercibida, Anomander Rake entró en Darujhistan.

Los aullidos crecieron con una locura desatada.

El Hijo de la Oscuridad levantó las manos y desenvainó Dragnipur.

Un vapor salió enroscado de la hoja negra, se retorció en efímeras cadenas que se fueron alargando a medida que subía por la calle ancha y vacía. Se alargaron y arrastraron tras él, y de cada tramo surgían otras y, de estas, otras más, un bosque entero de raíces de hierro que serpenteaban y susurraban sobre los adoquines.

Jamás había provocado semejante manifestación hasta entonces. Contener esa hemorragia de poder había sido un acto de misericordia para todos aquellos que pudieran presenciarlo, que pudieran comprender lo que significaba.

Pero esa noche, Anomander tenía otras cosas en mente.

Cadenas de humo, cadenas, cadenas y cadenas, tantas retorciéndose una tras otra que llenaban la anchura de la calle, que reptaban por encima y por debajo, se derramaban por callejuelas, callejones, entraban bajo las verjas de las haciendas, puertas y ventanas. Trepaban a los muros.

Las barreras de madera se desintegraban, barreras de puertas, alféizares, verjas y marcos de ventanas. Las piedras crujían, los ladrillos escupían argamasa. Los muros se combaban. Los edificios gemían.

Él siguió su camino y las cadenas se tensaron.

Aún no tenía que echar el cuerpo hacia delante con cada paso. No tenía todavía que revelar un solo detalle que traicionase la fuerza y la voluntad que se le exigía.

Siguió caminando.

Por toda la ciudad asediada, magos, brujas, brujos y hechiceros se apretaban las sienes y cerraban los ojos con fuerza al verse asediados por una presión insoportable. Muchos cayeron de rodillas. Otros se tambalearon. Otros se acurrucaron en posición fetal en el suelo, y el mundo entero gimió.

Violentos fuegos que temblaron, se hundieron sobre sí mismos y se extinguieron en un silencioso jadeo.

El aullido de los Mastines fue disminuyendo como si tuviese que atravesar válvulas muy apretadas.

En un pozo lleno de costras de escoria, dos hermanas gemelas hicieron una pausa en sus intentos de arrancarse los ojos. En medio de unas voluminosas nubes de vapores nocivos, metidas hasta las rodillas en el magma que daba vueltas como un lago de aguas residuales derretidas, las hermanas se detuvieron y, despacio, levantaron la cabeza.

Como si olisquearan el aire.

Dragnipur.

Dragnipur.

Bajó por las Haciendas, se metió en esa cuña que sobresalía y que era Daru y de ahí por otra puerta que lo llevó a la avenida principal del Lago, avanzando en paralelo a la orilla. En cuanto llegó al tramo recto de esa avenida, el Hijo de la Oscuridad hizo una pausa.

A cuatro calles de distancia, en esa misma pista ancha, el Embozado, Señor de la Muerte, clavó la mirada en esa figura de cabellos plateados que parecía haber vacilado, pero solo por un momento, antes de reanudar su acercamiento.

El Embozado sintió también inquietud, pero siguió adelante.

El poder de esa espada era sobrecogedor, incluso para un dios. Sobrecogedor.

Aterrador.

Se fueron acercando con pasos medidos, cada vez más.

Los Mastines se habían callado. Tras los fuegos extintos, el humo ondeaba bajo, apenas iluminado por la luz azul intermitente del gas. Saliendo y entrando disparados de las nubes negras, los Grandes Córvidos dibujaban círculos, avanzaban y se retiraban, y momentos antes de que las dos figuras se alcanzaran, los enormes pájaros comenzaron a aterrizar en los bordes de los tejados que se asomaban a esa calle, en filas y grupos, decenas y luego centenares.

Estaban allí.

Para ser testigos.

Para saber. Para creer.

Y, acaso, para devorar.

Solo quedaban ya tres zancadas entre ellos. El Embozado ralentizó sus pasos.

—Hijo de la Oscuridad —dijo—. He reconsiderado...

La espada salió con un latigazo, un arco limpio que acabó en el cuello del Señor de la Muerte y lo rebanó con un corte limpio.

Cuando la cabeza del Embozado se derrumbó dentro de su saco amputado de tela, el cuerpo se tambaleó hacia atrás y dejó caer lo que había perdido.

Un crujido pesado, sólido, cuando la cabeza del dios chocó con los adoquines, rodó y quedó apoyada sobre una mejilla, los ojos fijos y sin vida.

Una sangre negra brotó del muñón del cuello. Un paso más hacia atrás antes de que las piernas cedieran y el Señor de la Muerte cayera de rodillas y luego sentado.

Enfrente del dios muerto, Anomander Rake, el rostro tensándose en una mueca de agonía, luchó por permanecer en pie.

Fuera cual fuera el peso que descendió sobre él en ese momento, era invisible para el ojo mortal; no lo veían siquiera los miles de Grandes Córvidos encaramados en todas partes que se inclinaban hacia delante, pero el precio que pagó fue innegable.

El Hijo de la Oscuridad, Dragnipur en una mano, se encorvó como un anciano. La punta de la espada arañó el suelo y luego se enganchó en la juntura entre cuatro adoquines. Y Anomander Rake comenzó a apoyarse en ella, cada músculo forzado cuando las piernas empezaron a ceder; no, no podía seguir soportando ese peso.

Así que se hundió, la espada ante él, las dos manos en los aguilonos de la empuñadura, la cabeza apoyada en Dragnipur, y esos detalles eran lo único que lo distinguía del dios de enfrente.

Así sentados, sobre las rodillas o las caderas, como imágenes reflejadas. Uno apoyado en una espada, la frente apretada contra la hoja reluciente, envuelta en humo. El otro decapitado, las manos reposando en los muslos con las palmas hacia arriba.

Uno estaba muerto.

El otro, en ese momento, profundamente... vulnerable.

Hubo cosas que lo notaron.

Cosas que se dirigían allí, a toda velocidad.

Y, aquella noche, en fin, apenas había llegado a la mitad.

Capítulo 22

Se deslizó por el último tramo del camino y me preguntó
«¿Ves lo que esperabas?»
Y esa fue una pregunta que se desprendió, que rodó.
Salió de debajo de las piedras y se desperdigó
En pensamientos de lo que los hados crueles decretarían.

Se acomodó en el polvo y en su cara una mueca de dolor se veía
«¿Viste solo lo que creías?»
Y yo bajé los ojos a lo que la sangre manchaba
La carga de lo que se daba, lo que se recibía
Anunciando el canto fúnebre que esa larga campaña cerraba

«No», dije, «no eres lo que había esperado».
Joven como la esperanza y sincero como el amor era mi enemigo
«Los escudos se bruñeron brillantes como un mar de sol salpicado,
Y el valor que se ahoga a esta calamidad me ha traído.
Esa expectativa en mi muerte ha resultado»

Habló para decir: «No puedes luchar contra el hombre que fuiste,
Y yo no puedo asesinar al hombre que un día seré,
Nuestro enemigo es la expectativa con la que se mira atrás y al frente,
Los recuerdos que eliges tú y los caminos que yo recorrería.
Asesino de sueños, sembrador de pesares, todo lo que somos»

Soldado al final de sus días
(fragmento)
Des' Ban de Nemil

No se detuvieron llegada la noche. Con el intermitente fulgor de la ciudad al norte, palpitando encarnado, Viajero siguió marchando como lo haría un hombre poseído. A veces, cuando Karsa y ella se adelantaban hasta la siguiente elevación para clavar la mirada en esa conflagración lejana, Samar Dev temía que, al llegar a ellos, Viajero se limitaría a arremeter con su espada. A derribarlos a los dos. De modo que pudiera apropiarse de *Estragos* y cabalgar a toda velocidad hasta Darujhistan.

Algo terrible estaba pasando en esa ciudad. Samar tenía los nervios de punta. Su cráneo parecía crujir con una especie de penetrante presión que aumentaba a cada paso. Se sentía febril, con el estómago revuelto, la boca seca como el polvo, se aferraba al contorno musculado de Karsa Orlong como si el

tovlakai fuera un mástil en un barco azotado por la tormenta. Ya hacía un rato que no decía nada, y ella no tenía valor para romper ese lúgubre silencio.

A menos de una legua de distancia, la ciudad destellaba y emitía un rumor sordo.

Cuando Viajero llegó junto a ellos, sin embargo, fue como si no existieran. Murmuraba por lo bajo. Difusas afirmaciones, negativas siseadas, jadeantes enumeraciones de frases extrañas e inconexas, cada una articulada como si fuera una justificación para algo que había hecho o algo que estaba a punto de hacer. A veces, esas dolorosas frases sonaban como justificaciones de ambas cosas. El futuro se fundía con el pasado, un torbellino que se arremolinaba con un alma torturada en su fondo. Samar no soportaba oírlo.

La obsesión era una locura, una fiebre. Cuando arañaba las uñas hasta la superficie era terrible contemplarla. Era imposible no ver el daño que hacía, la angostura de aquel sendero traicionero que uno se veía obligado a recorrer, como si caminara entre muros de espinas, entre hojas de cuchillos en punta. Un paso en falso y saltaba sangre, y al poco la pobre criatura era una masa de heridas, llena de manchas y supurante, ciega a todo salvo lo que esperaba más allá.

¿Y si encontraba lo que buscaba? ¿Y si vencía en su batalla final?, ¿esa que tuviera que librar? Entonces, ¿qué ocurriría con Viajero?

Lo matará.

Su razón para vivir... desaparecida.

Dioses del inframundo, no soportaré presenciar esa escena. No me atrevo.

Yo tengo mis propias obsesiones...

Viajero siguió su marcha sumido en una oscura disputa. Karsa y ella lo siguieron a lomos de *Estragos*, pero hasta esa aterradora bestia se sobresaltaba, rehusaba seguir como si algo corpóreo se interpusiera. Agitaba la cabeza, los cascos pateaban la tierra compacta.

Al final, después de que el caballo casi se encabritara, Karsa emitió un gruñido bajo y tiró de las riendas.

—Abajo, bruja —dijo cuando Viajero los adelantó caminando con paso airado una vez más—, iremos a pie desde aquí.

—Pero *Estragos*...

—Puede defenderse solo. Cuando lo necesite, nos volveremos a encontrar.

Desmontaron. Samar estiró la espalda.

—Estoy agotada. Tengo la cabeza como si fuera una olla en un horno... a punto de explotar. Karsa...

—Quédate aquí si quieres —contestó él, con los ojos fijos en la espalda de Viajero—. Yo voy a seguir.

—¿Por qué? Allá donde vaya, es su guerra, no la tuya. No puedes ayudarlo. No debes ayudarlo, Karsa... lo entiendes, ¿verdad?

El tovlakai hizo una mueca.

—Puedo guardarle las espaldas...

—¿Por qué? Hemos viajado juntos por simple conveniencia. Y ya se acabó. ¿No lo sientes? Se acabó. Da un paso en falso, interponte en su camino, y sacaré esa espada. —Samar levantó las manos y se apretó con ellas los párpados. Unos destellos de fuego prendieron su mundo interior. No muy diferente de lo que estaba viendo en la ciudad que tenía delante. Dejó caer las manos, parpadeó cansadamente y miró al tovlakai—. Karsa, en nombre de la misericordia, démonos la vuelta. Dejémosle a él... lo que sea que haya en Darujhistan.

—Bruja, hemos estado siguiendo un rastro.

—Perdona, ¿qué?

—Un rastro. —Bajó la cabeza y la miró—. Los Mastines.

La bruja miró de nuevo la ciudad, una bola de fuego se alzaba en el aire y unos momentos más tarde un trueno retumbó por el suelo a sus pies. *Los Mastines. Están destrozando la ciudad.*

—¡No podemos ir allí! ¡No podemos meternos ahí!

Karsa respondió enseñándole los dientes.

—No confío en esas bestias, ¿están ahí para proteger a Viajero? ¿O para darle caza en algún juego mortal por las calles? —Negó con la cabeza—. No le pararé los pies, bruja. Nos mantendremos a una distancia considerable, pero pienso guardarle las espaldas.

A la bruja le entraron ganas gritar. ¡Pedazo de estúpido, tozudo, cretino y malnacido!

—¿Y quién guarda las nuestras?

Una negrura repentina brotó en la mente de la bruja, y debió de tambalearse, porque un momento después Karsa la estaba sosteniendo con un gesto de sincera preocupación en la cara.

—¿Qué te aflige, Samar?

—Menudo idiota, ¿es que no lo sientes?

—No —respondió él.

Le pareció que mentía, pero no tuvo energía para enfrentarse a él. Esa negrura había parecido inmensa, insondable, unas fauces impacientes por devorarla, por tragársela entera. Y lo más aterrador de todo era que había algo seductor en ella. Sudando, las piernas temblorosas, Samar se aferró al brazo de Karsa.

—Quédate aquí —dijo él en voz baja.

—No, da igual dónde esté.

Karsa se irguió de golpe y la bruja vio que estaba mirando en la dirección por la que habían llegado.

—¿Qué... qué pasa?

—Ese maldito oso, ha vuelto.

Samar se giró. Sí, ahí, a unos cien pasos de distancia, una enorme forma oscura. Que no se acercaba más.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó en un susurro.

—Si te quedas, puede que lo averigües, bruja.

—He dicho que no. Seguiremos a Viajero, está decidido.

Karsa se quedó callado un momento, luego lanzó un gruñido.

—Estoy pensando...

—¿Qué?

—Querías saber, antes, quién nos guardaría las espaldas.

La bruja frunció el ceño, luego dejó escapar un suave resoplido y miró con los ojos entornados a aquella bestia monstruosa. El animal solo... merodeaba, la enorme cabeza oscilando despacio de un lado a otro, con alguna pausa para alzar el hocico en su dirección.

—Yo no confiaría en eso, Karsa, no confiaría en eso para nada.

El toblakai se encogió de hombros.

Pero ella siguió resistiéndose, mirando con furia la bóveda de la noche.

—¿Dónde está la maldita luna, Karsa? ¿Dónde Abismo está la maldita luna?

Kallor ya estaba seguro. Varias fuerzas habían convergido en Darujhistan. Y estaban chocando con mortíferas consecuencias, se había derramado sangre.

Él vivía para esas cosas. Oportunidades imprevistas, poderes inesperados que en un desliz caían a su alcance. Un sentimiento de anticipación se despertó en su interior.

La vida te pone delante alternativas, y la medida de la valía de un hombre o de una mujer podía

hallarse en si poseían o no el valor, la audaz determinación para atraparlas y no dejarlas escapar. Kallor nunca fallaba en esos momentos. Que la maldición lo azotara, que lo derribara; que la derrota lo apaleara una y otra vez. Él se limitaba a levantarse, sacudirse el polvo y empezar de nuevo.

Sabía que el mundo estaba condenado. Sabía que la maldición que lo perseguía no era diferente del propio progreso de la historia, la sucesión interminable de fracasos, los pueriles triunfos que tenían por costumbre derrumbarse en cuanto no se miraba. O en cuanto dejaba de importarte. Sabía que era la misma vida la que corregía los flagrantes desequilibrios, la que se limitaba a plegarlo todo y empezar de nuevo.

Los eruditos e historiadores veían demasiado a menudo el principio de convergencia con un enfoque estrecho, reducido. En términos de ascendientes, dioses y grandes poderes. Pero Kallor comprendía que los acontecimientos que describían y analizaban detrás de los hechos no eran más que expresiones concentradas de algo mucho más inmenso. Edades enteras convergían en el caos y el tumulto, en la anarquía de la propia naturaleza. Y en la mayor parte de los casos muy pocos comprendían el desastre que estallaba a su alrededor. No, ellos se limitaban a continuar día tras día con sus patéticas tareas, con los ojos en el suelo, fingiendo que todo iba de maravilla.

A la naturaleza no le interesaba cogerlos por el cuello de la túnica y sacudirlos para obligarlos a abrir los ojos. No, la naturaleza simplemente los eliminaba del tablero.

Y, a decir verdad, era lo que se merecían. Ni una puntada más. Los había, por supuesto, que veían esa actitud y se horrorizaban, y luego acusaban a Kallor de ser un monstruo, de carecer de compasión, de tener una visión indeleblemente manchada y todas esas bobadas. Se equivocaban. La compasión no es ningún sustituto de la estupidez. La llorosa preocupación no puede ocupar el lugar del frío reconocimiento. La simpatía no anula la cruda realidad de una observación feroz, inflexible. Qué fácil era, qué cómodo, preocuparse y retorcerse las manos, gemir con una sentida empatía; cuánta autoindulgencia, de hecho, porque proporcionaba la excusa perfecta para no hacer nada mientras se adoptaba una postura pía.

Basta de todo eso.

Kallor no tenía tiempo para esos juegos. Levantar la nariz con altanería solo ayudaba a rebanarle la garganta al interfecto. Y cuando de eso se trataba, bueno, él sí que no dudaba nunca. Tan certero como una fuerza de la naturaleza, así era Kallor.

Siguió caminando, raspaba y arrancaba de raíz las hierbas enmarañadas con las pantorrillas. Sobre él, una extraña noche sin luna al oeste en el horizonte —por donde el sol ya hacía mucho que se había ocultado— sacudiéndose con destellos carmesíes.

Al llegar a una calzada elevada de gravilla compacta, apretó el paso hacia la ciudad que lo aguardaba. La pista se hundió y luego comenzó un ascenso largo y prolongado. Se detuvo al alcanzar la cima.

Cien pasos más adelante alguien había colocado cuatro antorchas en unos postes altos donde se encontraban cuatro caminos, formando un cuadrado con la luz de las llamas en el cruce. No había edificios a la vista, nada que explicara una construcción así. Kallor frunció el ceño y echó a andar de nuevo.

Al acercarse, vio a alguien sentado en un mojón, bajo una de las antorchas. Encapuchado, inmóvil, con los antebrazos posados en los muslos, las manos metidas en guanteletes y rodeando las rodillas.

Kallor sintió un momento de inquietud. Arañó la gravilla con una bota y vio que la capucha se alzaba poco a poco, la figura se enderezó y luego se puso en pie.

Mierda.

El desconocido alargó los brazos y se bajó de un tirón la capucha, luego fue a colocarse en el centro del cruce.

Tras la conmoción de reconocerlo, Kallor se llenó de consternación.

—No, Spinnock Durav, esto no.

El tiste andii desenvainó su espada.

—Rey supremo, no puedo dejarte pasar.

—¡Que libre él sus propias batallas!

—No tiene por qué ser una batalla —respondió Spinnock—. Estoy acampado justo al lado de este camino. Podemos ir hasta allí, sentarnos junto al fuego y beber vino especiado. Y, llegada la mañana, puedes darte la vuelta, regresar por el otro lado. Darujhistan, rey supremo, no es para ti.

—Maldito necio. Sabes que no puedes vencerme. —Lanzó una mirada rabiosa al guerrero, debatiéndose consigo mismo. Una parte de él sentía... *dioses*... una parte de él sentía ganas de llorar—. ¿A cuántos de tus leales y valientes seguidores verás morir? ¿Y para qué? Escúchame, Spinnock. No tengo nada contra ti. Ni contra Rake. —Agitó en el aire una mano encadenada y señaló detrás de él—. Ni siquiera contra esos que me siguen. Préstame atención, por favor. Siempre te he respetado, Spinnock; por el Abismo, pero si protesté por el modo en que Rake te utilizó...

—No lo entiendes —dijo el tiste andii—. Nunca lo entendiste, Kallor.

—Te equivocas. ¡No tengo nada contra ninguno de vosotros!

—Korlat...

—¿Creíste que era mi intención asesinar a Whiskeyjack? ¿Crees que me dedico a acabar con hombres honorables y soldados leales por simple rencor? ¡Ni siquiera estabas allí! Era Zorraplateada la que tenía que morir, y ese es un fracaso que algún día todos terminaremos por lamentar. Escucha bien lo que te digo. Ah, dioses, Spinnock. *¡Se interpusieron en mi camino! ¡Igual que estás haciendo tú ahora!*

Spinnock suspiró.

—Parece que esta noche no habrá vino especiado.

—No lo hagas.

—Estoy aquí, rey supremo, para interponerme en tu camino.

—Morirás. No puedo detener mi mano; las cosas se habrán descontrolado para entonces. ¡Spinnock Durav, por favor! No tiene que ser así.

La leve sonrisa del tiste andii estuvo a punto de romperle el corazón a Kallor. *No, lo entiende. Demasiado bien. Esta será su última batalla, en nombre de Rake, en nombre de cualquiera.*

Kallor sacó su espada.

—¿Se os ocurre, a cualquiera de vosotros, lo que estas cosas me hacen a mí? No, claro que no. El rey supremo está condenado a fracasar, pero nunca a caer. El rey supremo no es más que... ¿qué? Pues la manifestación física de la ambición. Prueba viva de su precio inevitable. Muy bien. —Preparó su mandoble—. Pues que te den por culo a ti también.

Con un rugido que le desgarró como fuego la garganta, Kallor cargó blandiendo la espada.

El hierro resonó sobre el hierro.

Cuatro antorchas iluminaban el cruce. Cuatro antorchas colorearon a dos guerreros enzarzados en una batalla. ¿Serían ellas los únicos testigos? ¿Ciegas y miserablemente insensibles con su don de la luz?

De momento, la respuesta debe ser sí.

El agua negra parecía fría. Insondable, la sangre de la oscuridad. Respiraba poder en brumas gélidas que trepaban a la orilla para tragarse rocas dentadas, rotas, árboles caídos. La noche misma parecía estar lloviendo sobre ese mar.

Unos anillos relucientes giraban y tintineaban, Clip se volvió poco a poco y miró a Nimander y a los demás.

—Puedo usar esto —dijo—. El poder que se alza de esta agua, está llena de corrientes de Kurald Galain puro. Puedo usarlo.

—¿Una puerta?

—Bueno, al menos uno de vosotros sabe pensar. Una puerta, sí, Nimander. Una puerta. Para llevarnos a Coral Negro.

—¿A qué distancia? —preguntó Garrapata de Piel.

Clip se encogió de hombros.

—Cerca; o lo bastante cerca. Ya veremos. Como mínimo, a la vista de las murallas de la ciudad.

—Pues no sé a qué estás esperando —dijo Nenanda, sus palabras fueron casi un gruñido.

Clip sonrió y miró el Tajo una vez más.

—No habléis, ninguno. Debo concentrarme.

Nimander se frotó la cara. Se sentía entumecido, invadido por el agotamiento. Se apartó y fue a sentarse en un peñasco. Un poco más arriba de la escarpada orilla, un musgo denso lo amortiguaba todo, los tocones de árboles podridos, las raíces volcadas, las piedras negras caídas. El aire nocturno se pegaba a él, frío y húmedo, se le metía por los huesos y le envolvía el corazón. Escuchó el suave chapoteo del agua, que el aire aspiraba y luego gorgoteaba entre las rocas. Había un olor a putrefacción, las brumas dulces por la sal del mar.

Podía sentir el frío del peñasco filtrándose por su cuerpo, le dolían las manos.

Clip hizo girar su cadena, arremolinó los dos anillos, uno de oro, el otro de plata, que dieron vueltas y más vueltas. Aparte de eso, el tiste andii se quedó inmóvil, dándoles la espalda a todos.

Garrapata de Piel se acomodó junto a Nimander. Los ojos de ambos se encontraron y Garrapata de Piel se encogió de hombros en una pregunta silenciosa, a la que Nimander respondió con un leve meneo de la cabeza.

Había pensado que tendría unos días más. Para decidir cosas. El cuándo. El cómo. Las opciones si fracasaba. Tácticas. Planes a los que recurrir. Había tanto en lo que pensar, pero no podía hablar con nadie, no podía siquiera insinuar lo que pensaba que había de hacerse. Clip había permanecido casi pegado a ellos durante ese descenso, como si quisiera impedir a Nimander decir nada.

Había tanto que necesitaba contarles, y tanto que necesitaba oír. Debates, argumentos, sopesar los riesgos, las contingencias, coordinarse. Todo aquello que se le exigía a alguien que quería ser líder; pero su incapacidad para expresar sus intenciones, para dar órdenes al final de un largo debate, lo había hecho casi un inútil.

Solo con su presencia, Clip había paralizado por completo a Nimander.

En esa partida de jugadas y contraataques, Clip había sido más listo que él, y eso lo irritaba. En cuanto la farsa se hiciera pedazos, reinaría el caos y en ese escenario el que tenía ventaja era Clip. Después de todo, él solo tenía que preocuparse por sí mismo.

No, Nimander no tenía más alternativa que actuar solo, y confiar en que los otros lo siguieran.

Sabía que lo estaban observando, cada uno de sus movimientos, estudiaban su rostro en busca de cualquier expresión reveladora, en busca de cualquier mensaje tácito, y eso significaba que tenía que contenerse. Tenía que vigilarse para no revelar nada, por si alguno lo malinterpretaba y cometía un error fatal, y todo eso lo estaba agotando.

Algo se alzó con estrépito del agua negra. Un tramo de oscuridad vertical, los bordes superiores chorreando, disolviéndose a toda prisa.

—Seguidme —jadeó Clip—. ¡Deprisa!

Nimander se levantó y tiró de Garrapata de Piel hacia atrás.

—Todo el mundo, quedaos detrás de mí... —Y al ver que Clip se abalanzaba y se desvanecía por la

puerta, se apresuró él también.

Pero Nenanda llegó al portal antes que él y entró a la carrera al tiempo que sacaba la espada.

Jurando entre dientes, Nimander fue rápidamente tras él.

La puerta se estaba derrumbando. Alguien chilló tras él.

Nimander se tambaleó sobre un lecho de roca resbaladizo e irregular, medio cegado por los hilos de luminiscencia que se desperdigaban como telarañas cortadas. Oyó un jadeo casi a sus pies, y un momento después tropezó contra algo que gimió.

Nimander alargó un brazo y tocó un cuerpo tirado boca abajo. Notó algo caliente y que se hinchaba bajo la palma de su mano, la brecha de una herida que estaba sangrando.

—¿Nenanda?

Otro jadeo.

—Lo siento, Nimander... lo vi... vi cómo iba a coger su daga justo cuando se metía... vi... él lo sabía, sabía que tú ibas detrás, ¿entiendes?, él...

Algo más adelante se oyó una carcajada hueca.

—¿Te crees que soy idiota, Nimander? Una pena que no fueses tú. Deberías haber sido tú. Claro que, así solo es una muerte más que tienes que llevar contigo.

Nimander buscó con la mirada, pero no vio nada.

—¡Todavía nos necesitas!

—Quizá, pero es demasiado arriesgado tenerte tan cerca. Cuando veo una víbora, no la invito a meterse en mi cinturón. Así que, vaga perdido por aquí... para siempre, Nimander. Tampoco será muy diferente de tu vida anterior, supongo.

—El dios de tu interior —dijo Nimander— es un necio. Mi señor acabará con él y contigo de paso, Clip. No le conoces. ¡No tienes ni idea!

Otra risa, esta mucho más alejada.

Nimander se secó las lágrimas de las mejillas con el antebrazo libre. Bajo la palma de su mano, el latido de sangre de la herida se había ralentizado.

Demasiados fracasos. Demasiadas derrotas.

Un alma lleva un recipiente de valor. No se puede volver a llenar. Todo lo que le quita algo, deja menos atrás.

¿Qué me queda a mí?

Fuera lo que fuera, había llegado el momento de apurarlo, de usarlo todo. Una última vez. Nimander se irguió.

—¿Desra? ¿Garrapata de Piel? ¿Alguien?

Su pregunta resonó y fue respondida solo por el eco.

Nimander sacó la espada y echó a andar. En la dirección de esa risa burlona.

Cintas de luz flotaban en el aire por todas partes.

No encontró muros, no sintió corrientes caprichosas de aire. La roca plegada bajo sus pies se ondulaba al azar, subía y bajaba, pero no durante mucho tiempo, lo bastante irregular para hacerlo tropezar de vez en cuando, y una vez cayó de rodillas con una sacudida dolorosa que le provocó una punzada de dolor.

Perdido. Ni un solo sonido que traicionara dónde podía estar Clip.

Sí, era un final muy inteligente para Nimander, un final que debía haber inspirado en Clip momentos de deliciosa anticipación. Perdido en la oscuridad. Perdido para sus parientes. Para su señor, y para un futuro que ya nunca llegaría. Tan perfecto, tan preciso, este castigo...

—*Ya basta, patética criatura.*

Phaed.

—Están aquí, idiota. Tan perdidos como tú.

¿Qué? ¿Quién? Déjame en paz. Te lo dije, lo siento. Lo que te pasó, lo que intenté hacer. Lo siento...

—Demasiado tarde para eso. Además, no lo entiendes. Vivía con miedo. Vivía en un pánico eterno. A todo. A todos vosotros. Temía que me descubrierais. ¿Imaginas, Nimander, lo que era eso? Vivir era una tortura, con el miedo a un final todavía peor. Oh, sabía lo que iba a pasar. Tenía que pasar. La gente como yo ganamos solo durante un tiempo, antes de que alguien se dé cuenta; y luego su rostro se llena de asco y me aplasta con el pie.

»O me tira por una ventana.

Por favor, basta...

—Están aquí. Desra, Garrapata de Piel. La dulce Aranatha. Búscalos.

¿Cómo?

—Yo no puedo hacerlo por ti. Los gritos nadie los oirá. Hay capas en este lugar. Capas y capas y capas. Podrías haber atravesado una sin enterarte. Nimander Golit, la sangre de nuestro señor está en tu interior. La sangre de eleint también... ¿es ese el secreto? ¿Es esa el arma que Clip no sabía que poseías? ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo podía saberlo nadie? La hemos reprimido en nuestro interior durante tanto tiempo...

¡Porque Andarist nos los ordenó!

—Porque Andarist nos lo ordenó. Porque estaba amargado. Y le dolía. Pensó que podía llevarse a los hijos de su hermano y convertirlos en suyos propios, más suyos que de Rake.

Nenanda...

—Tenía la sangre más diluida de todos. Lo sabíamos. Tú también lo sabías. Lo hacía demasiado predecible. Probablemente fue lo que lo mató. Hermano, padre, hijo... unas capas tan valiosas, ¿verdad? Míralas otra vez, mi amante, mi asesino, pero esta vez... con ojos de dragón.

Pero, Phaed, ¡yo no sé cómo! ¿Cómo lo hago?

Phaed no tenía respuesta. No, nunca sería tan sencillo, ¿verdad? Phaed no era un recuerdo sencillo, ni un fantasma dulce. Ni tampoco la voz sabia de su conciencia. No era nada de eso.

Solo un pariente más cuya sangre manchaba las manos de Nimander.

Había dejado de caminar. Inmóvil, rodeado por la nada.

—Mis manos —susurró. Y luego, poco a poco, las levantó—. Manchadas —dijo—. Sí, manchadas.

La sangre de los parientes. La sangre de tiste andii. *La sangre de dragones.*

Que brilla como balizas. Esa llamada, invocación, puede arrojarse hasta que...

Una mano de mujer se estiró como si saliera de la nada y se cerró alrededor de una de las suyas con unos dedos fríos.

Y de golpe la tuvo delante, los ojos como dos velos que se corrieran para revelar un amor de una profundidad insondable que quitaba el aliento.

Nimander ahogó un grito, sintió un mareo y estuvo a punto de tambalearse.

—Aranatha.

—Hay poco tiempo, hermano. Debemos apresurarnos —dijo.

Sin soltarle la mano, Aranatha echó a andar, tirando de él como haría con un niño.

Pero Nimander no iba a quejarse.

La había mirado a los ojos. Lo había visto. Ese amor. Lo había visto.

Y más, lo había entendido.

El dios Moribundo, ya llegaba. Puro como la música, brillante como la verdad, sólido como la certeza.

Un puño de poder que empujaba y aplastaba todo lo que se interponía en su camino, hasta que ese puño se estiraba y la mano se abría para cerrarse alrededor del alma del Redentor. Un dios más débil, un dios perdido en su propia confusión.

Salind sería ese puño, sería esa mano. Entregaría un regalo del que surgiría una fe sincera y perfecta. *Esta es la sangre de la redención. Lo entenderás, Redentor. Bebe la sangre de la redención, y baila.*

La canción es gloria y la gloria es un mundo que nunca tendremos que abandonar. Y así, mi amado Itkovian, baila conmigo. Toma, mira cómo alargo el brazo hacia ti...

Echada de espaldas en el suelo embarrado de la choza de Gradithan, a Salind le salía una mucosidad densa y negra por la boca y la nariz, por los conductos lacrimales. Tenía las uñas negras, y de ellas rezumaba más fluido negruzco. Estaba desnuda y, al arrodillarse junto a ella, Gradithan se había detenido, respirando con dificultad, con los ojos clavados en la leche negra que iba deslizándose por los pezones de la mujer.

De pie, envuelto en su capa impermeable cerca de la puerta, Ratamonje miraba con los ojos sin vida, el rostro totalmente inexpresivo. Veía cómo luchaba Gradithan contra la sed repentina, el deseo que era medio infantil medio sexual mientras contemplaba aquellos pechos goteantes. El malnacido ya la había violado, una consumación retorcida, un sacrificio de la virginidad de la joven, así que lo único que debía estar conteniendo a aquel hombre era una especie de imperativo primordial. A Ratamonje no le hacía feliz esa idea.

Gradithan levantó la cabeza de Salind con una mano y le abrió la boca con la otra. Cogió la jarra de saemankelyk.

—La hora —murmuró—, la hora, la hora, la hora, la hora. Es ya. —Inclinó la jarra y el jugo negro se vertió en la boca abierta y manchada de Salind.

La mujer tragó, y siguió tragando, y pareció que nunca pararía, que su cuerpo era insondable, un recipiente sin fondo. Bebía su necesidad, y esa necesidad no se saciaba.

Ratamonje lanzó un gruñido. Había conocido a muchas personas así. Era un secreto mal guardado una vez que sabías lo que había que buscar, allí, en los ojos. Esperanza, expectación, avidez, y la insinuación de una ira rencorosa si se les negaba una sola exigencia. Tenían cierta forma de aparecer, y luego no se marchaban nunca. Sí, había conocido a personas así.

Y, bueno, ahí estaba su dios, brillando en los ojos de Salind. Todo el mundo necesitaba un dios. Colocado de cualquier manera y creado con manos frenéticas, un trasto de arcilla y palos. Construido con deseos y todas las preguntas sin respuesta que plagaban el alma mortal. Neurosis talladas en piedra. Malignas obsesiones a las que se daba un rostro duro, crítico; él las había visto, todas las variaciones, en ciudad tras ciudad, en las largas campañas del Imperio de Malaz. Revestían los frisos de los templos; esbozaban sonrisas lascivas desde las balaustradas. Diez mil dioses, uno por cada maldito humor, al parecer. Un panteón de flaquezas excesivas.

Salind estaba sufriendo convulsiones, el veneno negro le brotaba de la boca, denso como miel bajándole por la barbilla, y colgando en hebras densas como una barba funesta.

Cuando sonrió, Ratamonje se estremeció.

Las convulsiones empezaron a ser rítmicas y Gradithan se apartó de un empujón cuando la mujer comenzó a levantarse ondulante, una serpiente que se erguía, una criatura de dulce veneno.

Ratamonje retrocedió un poco y, antes de que Gradithan pudiera volverse hacia él, el antiguo Abrasapuentes se escabulló al exterior. La lluvia sesgada cayó por su cara. Se detuvo un momento, metido hasta los tobillos en el barro que bajaba por la calle, y se puso la capucha. El agua le había

parecido tan limpia. Ojalá esa agua pudiera lavar todo aquello. No, no el campamento, eso ya lo estaba haciendo, sino todo lo demás. Las elecciones, las malas decisiones tomadas casi sin querer, los años de vida inútil. ¿Alguna vez haría algo bien? Su lista de errores se había hecho tan larga que se sentía atrapado en una frenética dinámica interior. Docenas más lo aguardaban...

Una forma desaliñada salió de la lluvia. Rostro maduro, una camisa de pelo empapada. Como un maldito espectro de su pasado, un demonio que le sonreía con los espantosos recordatorios de todo cuanto había echado por la borda.

Eje se acercó a Ratamonje.

—Es hora.

—¿De qué? Sí, nos emborrachamos, reímos, lloramos y toda esa basura. Y quizá te conté demasiado, pero no lo suficiente, pienso ahora, si crees que puedes hacer algo sobre todo esto. Es un dios de lo que estamos hablando aquí, Eje. Un dios.

—Eso da igual. Llevo un rato paseando por este agujero lleno de mierda. Ratamonje, aquí hay niños. Así... abandonados.

—No por mucho tiempo. Se los van a llevar. Los van a utilizar para alimentar al dios Moribundo.

—No si nos los llevamos nosotros primero.

—¿Llevarlos? ¿Adónde?

Eje enseñó los dientes y solo entonces comprendió Ratamonje la furia apenas contenida que tenía el hombre que se alzaba frente a él.

—¿Adónde? ¿Qué tal lejos de aquí? ¿Te parece muy complicado? Quizás a esas colinas al oeste de aquí, a los bosques. Dijiste que se estaba derrumbando todo. Si los dejamos, morirán todos, y no pienso consentirlo.

Ratamonje se rascó la barba.

—Vaya, qué admirable por tu parte, pero...

La punta dura y ladeada de una espada corta presionó la carne blanda bajo la barbilla de Ratamonje. El veterano frunció el ceño. El tipo era rápido, desde luego, y el viejo Ratamonje estaba perdiendo su toque.

—Y ahora —siseó Eje—, o bien sigues a Gredithick...

—Gradithan.

—Como se llame. O lo sigues como un perrito, o empiezas a ayudarme a juntar a los mocosos que sigan vivos.

—¿Me estás dando a elegir?

—Algo así. Si dices que quieres ser un perrito, entonces te arranco la cabeza, con tanta torpeza como pueda.

Ratamonje vaciló.

Eje abrió mucho los ojos.

—Estás muy mal, soldado...

—Yo ya no soy soldado.

—Quizás ese sea el problema. Se te han olvidados las cosas. Las cosas importantes.

—¿Por ejemplo?

Eje hizo un mohín con los labios, como si estuviera buscando las palabras adecuadas, y a Ratamonje le vino a la mente la rápida imagen de un perro de tres patas persiguiendo conejos en un campo.

—De acuerdo —dijo al fin Eje con aspereza—. Tuvo que pasarte por lo menos una vez. A ti y a tu pelotón; entráis en un pueblo, o una aldea, un sitio miserable. Entráis a comprar comida, o quizás a que os arreglen los arreos, os remienden la ropa, lo que sea. Pero no estáis allí para matar a nadie. Así que empezáis a charlar con este y con aquel. En la taberna. La herrería. Con las putas. Y todos empiezan a

hablar. Sobre las injusticias. Los cerdos de los terratenientes, los matones locales, tiranos de poca monta, unos simples mierdas. La basura de siempre. La corrupción y todo eso. ¿Sabes de lo que hablo, Ratamonje?

—Claro.

—¿Y qué hacíais?

—Dábamos caza a esa escoria y los desollábamos vivos. A veces hasta los colgábamos.

Eje asintió.

—Hacíais justicia, eso es lo que hacíais. Es lo que puede hacer un soldado cuando no hay nadie más. Tenemos espadas, tenemos armaduras, tenemos todo lo que necesitamos para aterrorizar a quien nos dé la gana. Pero Dassem nos enseñó; enseñó a todo soldado de los ejércitos malazanos por aquel entonces. Es verdad, teníamos espadas, pero contra quién las usáramos era cosa nuestra. —La punta de la espada corta cayó—. Éramos soldados, Ratamonje. Tuvimos la oportunidad, el privilegio, de hacer lo que debíamos.

—Deserté...

—Y a mí me obligaron a jubilarme. Nada de eso cambia lo que fuimos.

—Ahí es donde te equivocas.

—Entonces escucha esto. —La espada corta le volvió a presionar la garganta—. Todavía puedo hacer justicia, y si hace falta la hago aquí y ahora. Cortándole la cabeza a un cobarde.

—¡No me hables a mí de cobardía! —soltó de repente Ratamonje—. ¡Los soldados no hablan de eso jamás! ¡Acabas de romper la primera regla!

—Alguien le da la espalda a ser soldado, a lo que eso significa en el alma, eso es cobardía. Si no te gusta la palabra, no lo seas.

Ratamonje lo miró a los ojos y odió lo que vio allí. Después hundió los hombros.

—Entonces será mejor que empieces ya, Eje. No me queda nada. Estoy vacío. ¿Qué haces cuando el soldado que llevas dentro muere antes que tú? Dímelo.

—Sigues por inercia, Ratamonje. Solo tienes que seguirme. Hacer lo que yo haga. Empezamos por ahí y ya nos preocuparemos del resto luego.

Ratamonje se dio cuenta de que Eje seguía esperando. «Haced lo que debáis», nos dijo Dassem. Dioses, incluso después de tanto tiempo seguía recordando las palabras de la Primera Espada. «Es una ley que está por encima de la orden de cualquier oficial. Por encima incluso de las palabras del emperador. Vestís un maldito uniforme, pero eso no os da licencia para aterrorizar a todo el mundo; solo al soldado enemigo al que os estáis enfrentando. Haced lo que debáis, pues esa armadura que vestís no solo os protege la carne y los huesos. Defiende el honor. Defiende la integridad. Defiende la justicia. Soldados, escuchadme con atención. Esa armadura defiende la humanidad. Y cuando yo miro a mis soldados, cuando veo estos uniformes, veo compasión y verdad. En el momento en que esas virtudes fallen, que los dioses os ayuden, porque no hay armadura lo bastante fuerte para salvaros.»

—De acuerdo, Eje. Te sigo.

Un brusco asentimiento.

—Dassem estaría orgulloso. Y no le sorprendería, no, no le sorprendería en absoluto.

—Tenemos que tener cuidado con Gradithan, quiere a esas vírgenes. Quiere su sangre, para cuando llegue el dios Moribundo.

—¿Sí? Bueno, Gradimierda puede ir a comerle el culo al Embozado. Porque no las va a tener.

—Hace un momento estaba pensando, Eje...

—Pensando, ¿qué?

—Que eras un perro de tres patas. Pero estaba equivocado. Eres todo un Mastín de Sombra, eso es lo que eres. Venga, sé dónde se acurrucan para no mojarse.

Vidente agarró bien la empuñadura de la espada y luego volvió los ojos hacia el Redentor. La posición del dios no había cambiado. Arrodillado, medio echado hacia delante, la cara oculta tras las manos. Una postura de sumisión abyecta. Derrota y desesperación. No se podía decir que fuera una figura inspiradora delante de la que ponerse, algo por lo que luchar, y Vidente sintió que se iba quedando sin voluntad cuando se enfrentó de nuevo a la mujer que bailaba en la cuenca.

Unas nubes convulsas en el cielo, una lluvia incesante de kelyk que lo volvía todo negro. Las gotas le escocían y le entumecían los ojos. Había dejado de afectarle el crepitar de los relámpagos, el balbuciente estruendo de los truenos.

Una vez había luchado por algo indigno, y había jurado no volver a hacerlo jamás. Pero allí estaba, interponiéndose entre un dios de poder inimaginable y un dios en el que no merecía la pena creer. Uno quería alimentarse y el otro parecía listo para que lo devoraran... ¿Por qué debería él que interponerse?

Un jadeo desdichado del Redentor hizo que se girara de golpe. La lluvia pintaba de negro a Itkovian, le corría como agua manchada de estiércol por la cara que había alzado hacia el cielo.

—Moribundo —murmuró, en voz tan baja que Vidente tuvo que acercarse para oír la palabra—. Pero no se desea final alguno. Moribundo, para toda la eternidad. ¿Quién busca este destino? ¿Para sí mismo? ¿Quién ansía algo así? ¿Puedo... puedo ayudarlo?

Vidente se tambaleó hacia atrás como si lo hubiera alcanzado un puñetazo en el pecho. ¡Esa... Beru nos libre... esa no es la pregunta! No contra esta... esta cosa. ¡Mírate, Redentor! ¡No puedes sanar a lo que no quiere sanar! ¡No puedes arreglar lo que se recrea en estar roto!

—No puedes —gruñó—. No puedes ayudarlo, Redentor. Solo puedes caer ante él. Caer, desvanecerte, dejar que te trague.

—Él me busca. Ella me busca. Fue ella quien le dio este deseo, ¿lo ves? Ahora lo comparten.

Vidente se volvió para contemplar a la suma sacerdotisa. Le estaban creciendo más brazos, cada uno con un arma, cada arma girando y dando vueltas en una estruendosa telaraña de hierro afilado. Las hojas lo salpicaban todo de kelyk, una nube de gotas arremolinadas. Su baile la iba acercando cada vez más.

El ataque comenzaba.

—¿Quién —susurró Vidente— compartirá esto conmigo?

—Encuétrala —dijo el Redentor—. Ella sigue ahí, en lo más hondo. Ahogándose, pero viva. Búscala.

—¿Salind? ¡Para mí no es nadie!

—Es el fuego en el corazón de Spinnock Durav. Es su vida. Lucha, no por mí. Ni por ti mismo. Lucha, Vidente, por tu amigo.

Un sollozo desgarró al guerrero. Su alma encontró una voz y esa voz gimió de angustia. Levantó la espalda con un grito ahogado y miró a la mujer que brincaba en su baile de la matanza. ¿Puedo hacer esto? Spinnock Durav, idiota, ¿cómo has podido caer así?

¿Puedo encontrarla?

No lo sé. Creo que no.

Pero su amigo había encontrado el amor. Un amor absurdo, ridículo. Su amigo, allá donde estuviera, merecía una oportunidad. Por el único regalo que significaba algo. El único.

Parpadeando para espantar las lágrimas negras de los ojos, Vidente bajó a encontrarse con ella.

El aullido de placer de la mujer fue terrorífico.

Un soldado podía descubrir, en un horrendo y abrumador momento, que todo lo que había en el fondo

del deber era una mentira, una masa fétida, podrida, que se alimentaba como un cáncer de todo lo que el soldado era, y que cada virtud surgía del veneno de otra persona.

Mira al pobre idiota que tienes a tu lado. Sabes bien que hay otro pobre idiota detrás. A eso se reduce el mundo, cuando todo lo demás se funde delante de tus ojos; demasiado afectados para sostener una visión clara, el crudo, despejado reconocimiento de la mentira.

Arrancados del Imperio de Malaz, de la hueste de Unbrazo, la andrajosa camada de supervivientes que era cuanto quedaba de los Abrasapuentes habían arrastrado sus patéticos traseros hasta Darujhistan. Se habían buscado una cueva donde esconderse, rodeados de un puñado de caras conocidas que les recordaban lo que los había impulsado cada paso del camino, desde el pasado al presente. Y con la esperanza de que fuera suficiente para llevarlos al futuro, con cada paso vacilante e imprevisible.

Unas cuantas cuchilladas en medio de esa insignificante y vulnerable nidada y todo se derrumba.

Mazo. Perlazul.

Como cabras con los ojos vendados arrastradas hasta el altar.

Y no era que la cabra necesitara las vendas. Era solo que no es nada divertido mirar a los ojos a un animal moribundo.

Rapiña cayó por la oscuridad. Quizá era de carne y hueso. Quizá no era más que un alma, arrancada y desplomándose con el peso de sus propios remordimientos. Pero sus brazos segaron el aire frío, cortante, y las piernas se sacudieron para buscar un lugar inexistente al que agarrarse. Y cada vez era más difícil arrebatarse un aliento a esa turbulenta explosión.

En el mundo de los sueños cada ley podía ser retorcida, plegada, doblada. Y así, cuando percibió que el suelo invisible se acercaba rápidamente, se giró, se enderezó y fue frenando, un movimiento súbito pero fluido, y momentos después aterrizaba con suavidad en un fondo de roca irregular. Conchas de caracol crujieron bajo sus pies; oyó el leve chasquido de los huesecillos de roedores.

Parpadeando, inhalando jadeante una bocanada de aire tras otra, se quedó un momento de pie, las rodillas un poco flexionadas, las manos en los costados.

Había un hedor animal, denso, como si se encontrara en la guarida de alguna colina.

La oscuridad se fue disipando poco a poco. Vio muros de roca sobre las que se habían grabado escenas con algo punzante, otras estaban pintadas en tonos terrosos. Vio mitades de calabazas atestando el irregular suelo por ambos lados; había aterrizado en una especie de sendero que se extendía por delante y por detrás de ella, de unos tres pasos de anchura. Por delante, a seis o siete pasos de distancia, el sendero terminaba en una pared de piedra. Por detrás, la pista se fundía con la oscuridad. Rapiña miró una vez más los objetos que se amontonaban en los flancos. En cada calabaza había un líquido denso, oscuro. Supo instintivamente que era sangre.

La imagen grabada en el muro de enfrente, donde terminaba el sendero, atrapó entonces su atención, y poco a poco los detalles comenzaron a cobrar vida. Un carruaje o carreta, un enjambre de imprecisas figuras que alzaban los brazos por ambos lados, con otros insinuándose detrás. Una escena de frenesí y pánico, la figura sentada en el pescante sujetando las riendas que parecía azotar a su alrededor... pero no, su mente la estaba engañando bajo aquella luz escasa, y ese ruido, como de ruedas chocando, meciéndose y girando sobre un terreno accidentado, eran solo las embestidas de su corazón, el zumbido de la sangre en sus oídos.

Pero Rapiña se quedó mirando, transfigurada.

Un soldado al que no le queda nada en lo que creer es un espectáculo terrible. Cuando la sangre que te mancha las manos es sangre injusta, el alma se marchita.

La muerte se convierte en una amante, y ese amor no lleva más que a un lugar. Cada vez, un solo lugar.

Los amigos y la familia lo observan, impotentes. Y en esta escena trágica, los mentirosos, los cínicos

portadores del veneno, no están por ninguna parte.

Endest Silann había sido sacerdote en otro tiempo, un creyente en las fuerzas más allá del reino mortal; un creyente en la mirada benigna de los ancestros, los espíritus, cada uno, un imán moral que atravesaba los ocultamientos, las evasiones de responsabilidad, las negaciones de culpabilidad; un hombre de fe, sí, en el sentido tradicional de la palabra. Pero esas cosas ya no encontraban refugio en su alma. Los ancestros se disolvían en el suelo y no dejaban más que motas desmenuzadas en la tierra oscura. Los espíritus no concedían dones y los que todavía se aferraban a la vida estaban amargados, eran unos salvajes; habían sido traicionados demasiado a menudo, les habían escupido demasiado a menudo, como para albergar amor por nadie.

Ahora creía que los mortales estaban malditos. Una propensión innata los llevaba una y otra vez por el mismo camino. Los mortales traicionaban cada regalo que se les concedía. Traicionaban al dador. Traicionaban sus propias promesas. A sus dioses, a sus ancestros, a sus hijos... en todas partes, traición.

Los grandes bosques de Kharkanas habían sido talados; las últimas miserables islas de matorrales habían sucumbido una tras otra al fuego o a la roya. Los ríos arrasaron con los suelos fértiles. La carne de la tierra se vio despojada de todo, hasta revelar los huesos del fondo de roca. Y el hambre acechaba a los niños. Las madres sollozaban, los padres se ponían endurecidas máscaras de determinación, pero, antes de esto, unos y otras ya habían contemplado el mundo devastado con ofendida incredulidad; alguien tiene la culpa, siempre la tiene alguien, pero, por el Abismo, ¡a mí no me mires!

Y, sin embargo, no había ningún otro sitio al que mirar. Madre Oscuridad les había dado la espalda. Los había dejado a su suerte, y al hacerlo se había llevado con ella el privilegio de echarle la culpa a otro. Así era el mundo sin dios.

Podría pensarse que entonces un pueblo se erguiría en todo su esplendor, orgulloso, y aceptaría la idea de culpabilidad potencial por cada decisión tomada o no tomada. Sí, eso estaría bien. Eso sería digno de contemplar, de alimentar con desenfrenado optimismo. Pero ese momento, ese carácter, nunca llegó. Las épocas ilustradas pertenecían al pasado o esperaban al futuro. Esas épocas adquirirían el lustre de un mito icónico, reducido a abstracciones. El mundo presente era real, con la grava de la realidad y el compromiso. Las personas no se erguían orgullosas. Más bien agachaban la cabeza.

No había nadie con quien Endest Silann pudiera debatir todo eso. Nadie que quizá pudiera, solo quizá, comprender la importancia de lo que estaba pensando.

Apresúrate. Están pasando cosas. Las piedras erguidas van cayendo, una tras otra, como un dominó. Las olas gigantes se elevan a mayor altura si cabe. Humo, gritos, violencia y sufrimiento. Víctimas amontonadas como el botín de un caníbal. Esta es la carne del júbilo, el presente sin aliento, la impaciencia quemándose como ácido. ¿Quién tiene tiempo para comprender?

Endest Silann se encontraba en lo alto de la torre menor de la fortaleza. Extendió una mano, los nudillos hacia la tierra, mientras la lluvia negra se acumulaba en el cuenco de su mano.

¿Era la verdad tan miserable como parecía?

¿Acaso todo exigía que una única figura, una figura solitaria, se levantara con orgullo? ¿Se enfrentara a esa letanía de destrucción, a la brutalidad de la historia, la mentira del progreso, la profanación de un hogar en otro tiempo sagrado, de un valor inconcebible? ¿Una figura? ¿Sola?

¿Es que su carga no le basta? ¿Por qué debe llevar la nuestra? ¿Por qué le hemos hecho esto? Porque de esta forma resulta más fácil y nosotros amamos los caminos fáciles, ¿no es cierto? La ley del mínimo esfuerzo es lo que define nuestras virtudes. No nos molestes, porque nos desagrada ser molestados.

Los niños tienen hambre. Los bosques están muertos, los ríos envenenados. La calamidad se cierne sobre la vida una y otra vez. Las enfermedades florecen como hongos sobre los cadáveres. Y pronto lucharemos por los desperdicios. Como hicimos en Kharkanas.

Él aceptará esa carga, pero ¿qué significa eso? ¿Que somos libres para permanecer inmutables? ¿Libres de continuar sin hacer nada?

El agua negra rebotó el cuenco y se derramó para convertirse en lluvia una vez más.

Ni siquiera la suma sacerdotisa lo entendía. No todo, no. Ella lo veía como una única jugada desesperada, una tirada de tabas de la que todo dependía. Pero si fracasaba, bueno, habría otra partida. Nuevos jugadores, pero las mismas reglas de siempre. La montaña de monedas doradas no se derrumba. Solo se va haciendo más grande.

Así pues, si son los jugadores los que van y vienen, mientras que las reglas nunca cambian, ¿no es entonces esa montaña la que en realidad domina el juego? ¿Te inclinarías ante ese dios de oro? ¿Esa insensible ilusión de valor?

Inclínate, entonces. Apoya la frente en el duro suelo. Pero cuando todo se derrumbe, no vengas a mí con una expresión de ofendida incredulidad.

Sí, Anomander Rake estaba dispuesto a aceptar esa carga y a llevarla a un mundo nuevo. Pero no ofrecía absolución alguna. No entregaría más que un regalo (e inmerecido); el regalo del tiempo.

El privilegio más valioso de todos. *Y dime, si tienes la bondad, ¿qué haremos con él?*

A su izquierda, coronando una torre mucho más alta, una dragona clavaba los ojos entrecerrados en un ruinoso campamento levantado más allá del velo de Noche. No había lluvia que pudiera cegarla, no había excusa capaz de encarar su inquebrantable mirada. Silanah observaba. Y esperaba.

Pero la espera ya casi había terminado.

Precipitaos, así pues, a ese festín. Precipitaos, vosotros, los hambrientos, a por la carne del júbilo.

La muralla nunca había sido gran cosa. Desmantelada en partes, inacabada en otras. Jamás habría soportado un asedio ni por mucho ni por poco tiempo. A pesar de su execrable estado, la brecha abierta por los Mastines de Sombra era obvia. Había desaparecido una puerta entera, sustituida por los restos, comidos por las llamas, de los blocaos y los de una docena de estructuras cercanas. Varias figuras estaban trepando entre los restos para buscar supervivientes y luchar contra las llamas.

Más allá, inmensas secciones de la ciudad —donde amontonadas nubes de humo remontaban el cielo, que refulgía por los virulentos incendios de gas— desaparecieron de repente, como si a Darujhistan le hubiese sido arrebatado hasta el aliento mismo. Samar Dev se tambaleó y cayó de rodillas. La presión que le estaba oprimiendo la cabeza parecía a punto de aplastarle las placas del cráneo. Samar lanzó un grito y Karsa se agachó junto a ella.

Más adelante, Viajero se había apartado de la puerta destruida y había ido en busca de otro portal situado más al este, un arco por el que los aterrados refugiados iban saliendo en tropel para invadir el destartado barrio de chabolas, donde habían estallado nuevos incendios en las chozas derribadas y tras la estela de sus fugados ocupantes. ¿Cómo pensaba Viajero abrirse paso entre esa muchedumbre?

—Bruja, debes concentrarte.

—¿Qué?

—En tu mente, levanta un muro. Por todos lados. Que sea fuerte, dale el poder de resistir a aquel que ha llegado.

La bruja se apartó de la mano que la sostenía.

—¿Quién? ¿Quién ha llegado? Por los espíritus, no soporto...

El toblakai la golpeo con la fuerza suficiente para derribarla. Aturdida, la bruja alzó la cabeza y lo miró fijamente.

—Samar Dev, no sé quién o qué... No son los Mastines. Ni siquiera Tronosombrío. Hay alguien aquí, y ese alguien está en llamas. Yo... yo no imagino un ser así...

—Un dios.

Karsa se encogió de hombros.

—Construye tus muros.

La presión se había aliviado y a la bruja le extrañó, entonces se dio cuenta que Karsa se había movido y se había colocado entre ella y la ciudad. Vio el sudor que corría por la cara del toblakai, el sudor que le caía como lluvia. Vio la tensión en sus ojos.

—Karsa...

—Si vamos a seguir, tú y yo, los dos, entonces tienes que hacer esto. Levanta unos muros, bruja, y hazlo deprisa.

La mirada del hombre se alzó hacia algo que había tras ella, y de golpe Samar sintió un aliento de poder en la espalda, una ráfaga que la golpeó y atravesó sus ropas, de la piel, se le metía en la carne y se hundía en sus huesos. Ahogó un grito.

Algo hizo que la presión cediera, y la dejó rabiando contra las inmensas barreras en las que había hallado refugio su mente.

Samar se puso en pie.

Uno al lado del otro echaron a andar en pos de Viajero.

Este estaba atajando por una franja descuidada de un campo en barbecho, el polvo se levantaba con cada paso y el hombre se dirigía a la puerta dibujando un ángulo recto.

La creciente multitud de personas que bloqueaba el portal pareció fundirse en la nada; Samar se preguntó qué habrían visto esos refugiados en la cara de Viajero cuando lo vieron ir directamente hacia ellos. Fuera lo que fuera, estaba claro que no era algo que quisieran desafiar.

Una luz extraña, difusa, pintaba la ciudad, la muralla irregular, las cúpulas, minaretes y agujas visibles detrás. De un millar de gargantas surgió un gemido intenso. De conmoción, de pavor. La bruja vio caras que se alzaban, una por una. Vio ojos que se abrían todavía más.

Gruñendo, Karsa volvió la mirada atrás y se detuvo.

—¡Dioses del inframundo!

Samar se giró. El oso gigante se cernía unos veinte pasos más atrás, su perfil iluminado por una luz plateada, y esa luz...

La luna había remontado al fin el horizonte y se alzaba en el cielo, pero estaba... ¡Por la *Reina de los Sueños*...

—Hecha pedazos —dijo Karsa—. La luna se ha hecho pedazos. Por los Rostros en la Roca, ¿qué ha pasado?

Lo que iba subiendo por el cielo era una masa de fragmentos desgarrados en una nube de finos anillos de polvo. Se había expandido en una explosión y tenía el doble de su tamaño normal. Se veían unos trozos enormes alejándose del centro en espiral. La luz que emitía era enfermiza, pero de un brillo asombroso.

El gigantesco oso se había girado a medias y estaba levantando el morro hacia ese mundo devastado, como si fuera capaz de oler la muerte a través de ese sinfín de leguas.

Karsa tiró de Samar Dev.

—Está en la ciudad, bruja. No podemos perderlo.

Y la bruja se dejó arrastrar, la mano del hombre envolviendo la suya.

Encaramado a un hueco cerca de la puerta, Chillbais siguió el rastro del llamado Viajero. El demonio temblaba incontrolablemente. Los rugidos de los Mastines, los estallidos de edificios enteros, la llegada del Hijo de la Oscuridad y la muerte de un dios, oh, cualquiera de esos acontecimientos habría sido suficiente para provocar semejantes estremecimientos de terror. Hasta esa luna destrozada que se remontaba por el cielo del sur. Ay, sin embargo, nada de eso había sido el causante del deplorable estado de aquel sapo alado.

No, el causante se estaba abriendo paso entre la multitud de la puerta, y en ese momento pasaba bajo el arco. El llamado Viajero. Oh, contenía tanto en sí mismo, una voluntad de una intensidad sobrecogedora, tanto que Chillbais imaginaba que podía, si el hombre así lo deseara, elevarse hasta los mismos cielos, recoger todos esos trozos que daban vueltas en ellos y recomponer la luna entera.

Pero ese no era un poder sanador. Esa no era una voluntad benigna.

Los Mastines aullaron de nuevo, anunciando todo lo que habían percibido, todo aquello de lo que ahora querían apartarse. Azuzados, arremetieron en todas direcciones y mataron con un salvaje frenesí. Y una vez más la locura se desató sobre la desventurada población de Darujhistan.

Oh, el amo se pondría furioso ante esa pérdida de control. Muy furioso.

Chillbais abrió la boca y consiguió esbozar una sonrisa imposiblemente amplia. Una sonrisa dedicada al enloquecido cielo nocturno. El demonio salió como pudo del hueco y batió las alas unas cuantas veces para estirar los pliegues. Después se elevó de un salto.

Zambullirse en el hervidero de gente no formaba parte del plan, y el pánico que provocó pareció desproporcionado para la inesperada llegada de este discreto demonio. Tras unos cuantos momentos caóticos, Chillbais consiguió remontar una vez más con unos cuantos aleteos, lleno de magulladuras, raspaduras, arañazos y rozaduras, y regresar volando a la hacienda de su amo.

Impaciente por entregar un mensaje.

¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Dassem Ultor está aquí!

¿Puedo irme ya?

Tanto Karsa como Samar Dev habían presenciado la ordalía del demonio, pero no habían hecho ningún comentario, ni siquiera cuando la criatura volvió a echar a volar y desapareció por encima de la muralla. Se apresuraron, y Karsa Orlong resultó lo bastante imponente como para despejar un camino que llevaba de frente a la puerta.

Muy poco tiempo después la atravesaron a trompicones y salieron a una amplia avenida en la que confluían ciudadanos desde todas las direcciones concebibles.

Vieron a Viajero unos sesenta pasos por delante, llegaba a un cruce que estaba extrañamente vacío de refugiados. Las figuras más cercanas corrían sumidas en un pánico ciego.

Viajero se había detenido. Una figura solitaria bañada en la luz de la luna hecha pedazos.

Un Mastín apareció trotando a la izquierda del guerrero. Un torso mutilado, sin cabeza, le colgaba de las mandíbulas, todavía chorreando una sangre espesa. Los ojos luminiscentes de la criatura estaban clavados en Viajero, que no se había movido, aunque estaba claro que seguía a la bestia con la mirada.

Karsa desenvainó su espada y aceleró el paso. Samar Dev, con el corazón disparado en el pecho, se apresuró tras él.

Vio al toblakai frenar de repente y luego detenerse, todavía a treinta pasos del cruce, y un momento después vio por qué.

Cotillion se estaba acercando a Viajero. Otro Mastín, el negro, había aparecido para proteger el otro flanco del dios.

Tras ellos, un edificio lejano se derrumbó de golpe y en el centro de ese estruendo se oyó el sonido de dos bestias enzarzadas en un combate mortal, y ninguna cedía. Unos gritos débiles resonaban en un contrapunto frágil.

Viajero esperó. Cotillion se acercó hasta quedarse justo delante de él y empezó a hablar.

Samar Dev quiso echar a correr, al menos hasta un punto desde donde pudiera escuchar al dios, entender la respuesta que Viajero le diera. Pero la mano de Karsa la contuvo, y el toblakai negó después con la cabeza.

—Esto no es para nosotros, bruja —dijo.

Viajero parecía estar rechazando algo, retrocediendo, apartando la vista.

Cotillion siguió presionando.

—No lo quiere —dijo Karsa—. Sea lo que sea lo que pide, Viajero no lo quiere.

Sí, eso la bruja ya lo veía.

—Por favor, necesito...

—No.

—Karsa...

—Lo que te empuja es el deseo, no la necesidad...

—¡Muy bien! Pues soy una zorra entrometida... Tú déjame...

—No. Esto es entre ellos, y así debe quedar. Samar Dev, respóndeme a una cosa. Si pudieras oír lo que dicen, si comprendieras todo lo que quizá signifique, ¿serías capaz de permanecer en silencio?

Samar se puso furiosa, y siseó de frustración.

—Eso no se me da muy bien, ¿verdad? De acuerdo, Karsa... ¿pero y si yo dijera algo? ¿Qué daño haría eso?

—Déjalo —dijo Karsa—. Déjale la libertad de escoger por sí mismo.

Fuera lo que fuera lo que Cotillion estaba diciendo, parecían golpes físicos que Viajero asimilaba uno tras otro, todavía con la mirada desviada, todavía claramente incapaz de mirar al dios a los ojos.

El Mastín que llevaba el torso masticado había empezado a comérselo con todo el mecánico interés de los carnívoros cuando están llenando el estómago. La otra bestia se había vuelto a medias y parecía estar escuchando la pelea lejana.

Cotillion seguía, implacable.

Para el dios, para Viajero y para Samar Dev y Karsa Orlong, se diría que el mundo que rodeaba a esa escena prácticamente había desaparecido. Un momento que estaba tomando una forma ominosa, labrado pieza a pieza, como encontrar una cara en el fondo de un bloque de piedra. Un momento que giraba sobre algún tipo de decisión, una decisión que debía tomar Viajero, allí, en ese mismo momento, pues era obvio que Cotillion se había interpuesto en el camino del guerrero y no pensaba apartarse.

—Karsa, si esto sale mal...

—Yo le cubro las espaldas —dijo el toblakai con un gruñido.

—Pero y si...

Un grito inhumano de Viajero interrumpió sus palabras, interrumpió todo pensamiento, los atravesó como un cuchillo. Un sonido tan desgarrador, tan desesperado, no era suyo, no podía ser suyo, pero había estirado de golpe un brazo como si quisiera apartar a Cotillion de un empujón.

Estaban demasiado separados para que pudiera hacerlo. Pero Cotillion, que ya había callado, se limitó a apartarse del camino de Viajero.

Y el guerrero pasó, pero era como si cada bota hubiera que arrastrarla, como si Viajero estuviera

luchando contra una marea terrible, invisible. La obsesión feroz parecía haberse desprendido, caminaba como lo haría un hombre perdido.

Cotillion lo observó mientras se marchaba, y la bruja lo vio llevarse un antebrazo a los ojos, como si no quisiera guardar el recuerdo de aquello, como si pudiera borrarlo con un único e íntimo gesto.

Aunque no lo entendió, la pena invadió a Samar Dev. ¿Pena por quién? No tenía una respuesta con sentido. Sintió ganas de llorar. Por Viajero. Por Cotillion. Por Karsa. *Por esta maldita ciudad y esta maldita noche.*

Los Mastines se habían alejado al trote.

Parpadeó. Cotillion también había desaparecido.

Karsa se sobresaltó, y luego siguió adelante guiando a la bruja.

La presión estaba aumentando, amenaza sus defensas. Samar Dev percibía grietas, el polvo que se filtraba. Y mientras seguían la estela de Viajero, Samar Dev se dio cuenta de que el guerrero se dirigía en línea recta hacia el nexo de ese poder.

Sintió el sabor amargo del miedo en la lengua.

No, Viajero, no. Cambia de opinión. Cambia, por favor.

Pero no iba a cambiar, ¿verdad? No quería. No podía. *El destino de los predestinados, oh, qué torpe suena eso, y sin embargo... ¿de qué otra forma podría decirse? Esta fuerza de lo inevitable, a la vez deseada e indeseada, a la vez innecesaria e inexorable. El destino de los predestinados.*

Caminando, atravesando una ciudad atrapada en una pesadilla, bajo la tétrica luz de una luna en su agonía de muerte. Viajero bien podría estar arrastrando unas cadenas y en los extremos de esas cadenas llevar a Karsa Orlong y Samar Dev. Y Viajero bien podría lucir su propio collar de hierro, algo invisible pero que innegablemente tiraba de él.

Samar jamás se había sentido tan impotente.

En la eternidad que condujo al momento de la llegada del Señor de la Muerte, el mundo de Dragnipur había comenzado una lenta, mortífera y parecía que imparable convulsión. Por todas partes, la inminente promesa de la aniquilación. Por todas partes, un coro de gritos desesperados, rabia vociferante e impotentes desafíos. La naturaleza pura de cada encadenado se despertó, y cada uno dio voz a esa naturaleza y cada voz llevaba el sabor de la penetrante verdad. Los dragones chillaban, los demonios rugían, los idiotas gritaban, histéricos. Los héroes audaces y los matones homicidas tragaban aire tan bruscamente que hacían crujir las costillas y luego soltaban gritos de batalla.

Fuegos argénteos caían del cielo desgarrando nubes de ceniza. Un ejército de tamaño inimaginable, del que no se podía esperar cuartel alguno, había comenzado una carga pesada y torpe, y las armas chocaban contra los bordes de escudos y esta oleada blanca de destrucción parecía crecer cada vez más como si intentara fundirse con las nubes de tormenta.

Unas siluetas raquílicas, débiles, arrastradas en los extremos de las cadenas sacudían unos mellados miembros como si quisieran protegerse de la nada inminente. Los ojos en blanco en los cráneos magullados, despojos de vida y conocimiento que titilaba por última vez.

No, nada quería morir. Cuando la muerte es el olvido, la vida le escupirá en la cara. Si puede.

Los seres conscientes y los irracionales, al fin, todos opinaban lo mismo.

Sacúdete y despierta toda razón. Esta cosecha de instintos no son el fin, sino los medios. Haz sonar las cadenas si no te queda más remedio, pero has de saber que lo que une no se rompe, y el camino nunca es tan caprichoso como se podría creer.

Fosa se quedó mirando con un ojo aquellos cielos que bajaban, y conoció el terror, pero ese terror no era suyo. El dios que veía con el mismo ojo llenó el cráneo de Fosa con sus chillidos. ¡Nacido para morir! ¡He nacido para morir! ¡He nacido para morir! ¡No es justo no es justo no es justo! Y Fosa se limitó a lanzar una carcajada seca, o al menos eso imaginó, y respondió: *Todos nacemos para morir, idiota. Ya dure un único latido, ya dure mil años. Alarga el latido, aplasta los siglos, da lo mismo. Sienten lo mismo cuando llega el final.*

Dioses, ¡sienten lo mismo!

No, no es que le impresionara mucho ese diosecillo que se acurrucaba en su alma. Kadaspala estaba loco, loco por pensar que una creación así podría conseguir algo. Graba en lo más hondo del corazón esta ansia feroz de matar y revela después el horror de su impotencia; oh, ¿no era eso cruel más allá de toda lógica? ¿No era su propia invitación a la locura?

Kadaspala, no has hecho más que versiones de ti mismo. No podías evitarlo, sí, lo entiendo.

Pero, maldito seas, mi carne me pertenecía a mí. No a ti.

Maldito seas...

Pero las maldiciones ya no significaban nada. Todos los destinos estaban convergiendo. *Ja, ja, chupaos esa, beatos, y vosotros, mierdas arrogantes, y todos vosotros, víctimas quejicas... ¡mirad lo que viene! Da igual, mirad el final, ¡da todo igual!*

Y allí estaba él, atrapado en el gran plan. Su piel era un simple trozo de un tapiz. ¿Y su magnífica escena? Un patrón que él nunca podría leer.

El demonio Perla se alzó vistiendo cuerpos de los que colgaba un bosque de raíces de hierro enrolladas y retorcidas. Ya no podía cargar con más, así que se erguía, llorando en silencio, las piernas como dos debilitados troncos que se agitaban y temblaban. Ya hacía mucho tiempo que había sopesado el valor del odio. El que le inspiraba el mago supremo Tayschrenn, que primero lo invocó y luego lo vinculó a su voluntad. El que le inspiraba Ben Adaephon Delat, que lo desató contra el Hijo de la Oscuridad y el que le inspiraba el propio Anomander Rake, cuya espada se clavaba en lo hondo. Pero el valor era una ilusión. El odio era una mentira que, al alimentarse, llenaba al que odiaba de la dicha de la saciedad, aunque su espíritu se muriese de hambre. No, Perla no odiaba. La vida era una negociación entre lo esperado y lo inesperado. Uno se las arreglaba como podía.

Draconus se acercó tambaleándose.

—Perla, amigo mío, he venido a despedirme. Y a decirte que lo siento.

—¿Qué te entristece? —preguntó el demonio.

—Lo siento, Perla, todo esto. Lo de Dragnipur. El horror que forjé con mis propias manos. Tenía que ser, ¿verdad?, ¿que el arma reclamara a su hacedor? Creo que sí, tenía que ser. Tenía que ser. —Hizo una pausa y se llevó las dos manos a la cara. Por un momento pareció que iba a empezar a arrancarse la barba de la piel. Pero, en vez de eso, las manos encadenadas cayeron, arrastradas por el peso de las cadenas.

—Yo también lo siento —dijo Perla—. Siento ver el final de esto.

—¿Qué? —fue la sorprendida respuesta.

—Tantos enemigos, todos aquí y no por voluntad propia. Enemigos, y, sin embargo, trabajando juntos durante tanto tiempo. Fue algo portentoso, ¿no es cierto, Draconus? Cuando la necesidad obligó a cada mano a aferrarse a la de al lado, a trabajar como una sola. Algo portentoso.

El guerrero se quedó mirando al demonio. Parecía incapaz de hablar.

Apsal'ara fue recorriendo poco a poco la cima de la viga. No era nada fácil agarrarse, la carreta no dejaba de cabecear y mecerse con un último e inútil impulso, y la propia viga estaba impregnada de la viscosidad del sudor, la sangre y los mocos. Pero algo estaba ocurriendo en el portal, esa mancha negra, gélida, que había bajo el centro mismo de la carreta.

Un extraño arroyo fluía hacia la Puerta, un patrón intrincado que iba bajando por el aire fétido y que salía de la parte inferior de la carreta. Cada zarcillo era negro como la tinta, el espacio que lo rodeaba brillaba con un fulgor enfermizo que latía con más lentitud que cualquier corazón mortal.

¿Era el dios patético de Kaspala? ¿Intentaba utilizar la obra perturbada del tatuador como si fuera un enrejado, una masa de escalones por los que podría ir bajando y luego meterse por la Puerta? ¿Acaso estaba intentando escapar?

Si era así, ella pensaba usarla antes.

Que el frío le quemara la carne. Que las partes que la componían se desprendieran sin más. Era un final mejor que una rugiente manifestación del caos desgarrándole la garganta.

Se fue acercando cada vez más, como podía, su aliento como crepitantes penachos de aguanieve que caían convertidos en centelleantes cristales de hielo. Le recordaba a su juventud, las noches fuera, en la tundra, cuando llegaban las primeras nieves, cuando las nubes temblaban y se desprendían de sus pieles diamantinas y el mundo se quedaba muy quieto, sin aliento, tan perfecto que ella sentía que el tiempo mismo estaba a apenas unos instantes de congelarse; para conservarla para siempre en ese lugar, conservar su juventud, retener sus sueños y ambiciones, los recuerdos de los rostros que amaba: su madre, su padre, sus parientes, sus amantes. Nadie envejecería, nadie moriría y se apartaría del camino y el camino mismo, bueno, nunca terminaría.

Déjame en mitad de un paso. Mi pie no ha de posarse jamás, no ha de acercarme nunca ni un milímetro más al fin de las cosas. Sí, déjame aquí. En el corazón mismo de las posibilidades, ni una sola de las cuales se derrumbará. No habrá fracasos, ni pérdidas, ni arrepentimientos a los que besar en los labios... No sentiré el frío.

No sentiré el frío...

Lanzó un grito en el aire gélido y sepulcral. Tanto dolor... ¿cómo iba a poder acercarse lo suficiente?

Apsal'ara se incorporó, de rodillas. Y miró ese patrón, justo ahí, a un cuerpo distancia, bajando todavía. Si se abalanzara desde donde estaba, si se arrojara, ¿la recogería esa red en movimiento?

¿O simplemente se haría jirones? ¿O se apartaría, se abriría para permitir que se desplomara un cuerpo congelado, sin vida, los ojos abiertos, pero sin ver nada?

De repente tuvo una idea, un pensamiento que atravesó con un estremecimiento sus dudas, sus temores. Y con los miembros doloridos comenzó a arrastrar sus cadenas y apilar los eslabones en la viga que tenía delante.

¿Tendría el frío de la puerta el poder necesario para partir esos eslabones? Si arrastraba el montón hasta la puerta, tanto como pudiera, ¿se romperían las cadenas?

¿Y luego?

Gruñó. *Sí, ¿y luego qué? ¿Correr como una liebre, dejar la carreta atrás, huir de las legiones del caos?*

Y cuando la propia Puerta quede destruida, ¿adónde correré entonces? ¿Este mundo existirá siquiera?

Se dio cuenta entonces de que esas preguntas no importaban. Ser libre, siquiera por un momento, sería suficiente.

Apsal'ara, la Señora de los Ladrones. ¿De verdad era tan buena? Bueno, ¡si se deshizo de las cadenas de Dragnipur!

Continuó apilando los eslabones de las cadenas, aspirando cada bocanada de aire en agónicos jadeos que le entumecían los pulmones.

Draconus se apartó dando traspiés del lado de Perla. No soportaba las emociones que el demonio despertaba en su interior. No comprendía ese poder de perdonar, por no hablar ya de la locura absoluta de encontrar algo que mereciera la pena en ese reino condenado. Y ver a Perla allí de pie, casi aplastado bajo los cuerpos crispados, rezumantes, de camaradas caídos, no, era demasiado para él.

Kadaspala había fracasado. El patrón era defectuoso; no tenía poder para resistirse a lo que estaba a punto de asaltarlos. Había sido una maniobra desesperada, las únicas maniobras que le quedaban a Draconus, y ni siquiera podía rabiar contra aquel tiste andii ciego y sin piernas. *Ninguno estábamos a la altura.*

En el momento en que Rake dejó de matar cosas, nos condenamos.

Pero se encontró con que no le quedaba rabia cuando pensaba en Anomander Rake. De hecho, había comenzado a entender, incluso a simpatizar con ese agónico deseo de poner fin a las cosas. De poner fin a todo. El engaño había sido llamarlo juego. Ese mismo principio fundador había sido lo que había garantizado el fracaso al final. Dioses y niños aburridos con un poder atroz, esos eran los peores árbitros que podía haber en el esquema de la existencia. Luchaban contra el cambio al mismo tiempo que se lo imponían a otros; intentaban conservar todo lo que reclamaban al mismo tiempo que se afanaban en robar cuanto podían a sus rivales. Proclamaban amor solo para matarlo con traiciones y rencores.

Sí, Draconus entendía a Rake. Cualquier partida que jugara con el dolor era repugnante, una abominación. *Destrúyelo. Derríbalo todo, Rake. Rake, mi heredero, mi hijo espiritual, el que toma mi legado, desconocido e incognoscible. Haz lo que debas.*

Yo me aparto.

Ah, palabras atrevidas.

Cuando lo cierto es que no tengo alternativa.

La fuerza que descendió de repente sobre el reino de Dragnipur fue de tal magnitud que, por un instante, Draconus creyó que el caos al fin los había alcanzado, y cayó de rodillas, aturdido, medio ciego. La inmensa presión se abatió sobre él, insoportable, y Draconus agachó la cabeza, se la cubrió con los brazos y sintió que la columna se combaba bajo una presencia aplastante.

Si hubo algún sonido, él no oyó nada. Si hubo luz, él solo vio oscuridad. Si hubo aire, a él no le entró ni una sola bocanada en los pulmones. Sintió que sus huesos gemían...

La tortura se mitigó cuando en su hombro derecho se posó una mano esquelética de dedos largos.

Volvieron a oírse unos sonidos, pero apagados y extraños. Una renovada tormenta de sollozos, terror y desesperación. Delante de Draconus el mundo encontró sus detalles conocidos, aunque parecían fantasmales, efímeros. Al fin fue capaz de respirar hondo, y notó el sabor de la muerte.

Una voz le habló desde arriba.

—Es, desde luego, un hombre de palabra.

Draconus se giró y levantó la mirada, la mano que tenía en el hombro se apartó con un chirriar de los eslabones; se quedó mirando al que había hablado. El Embozado, el Señor y Rey Supremo de los Muertos.

—¡No! —bramó Draconus, que se levantó solo para tambalearse hacia atrás, casi tropezando con sus cadenas—. ¡No! ¿Qué ha hecho? Por el Abismo, ¿qué ha hecho Rake?

El Embozado alzó los brazos y pareció clavar la mirada en los grilletes que encerraban sus enflaquecidas muñecas.

La incredulidad se desmoronó transformada en conmoción y luego en un horror descarnado. Aquello no tenía sentido. Draconus no lo entendía. No podía... dioses... no podía creer...

Se volvió y miró fijamente a las legiones de caos; ah, así que los había hecho retroceder, una legua o más, la llegada de esa singular criatura, el poder del Embozado. Las nubes actínicas de tormenta se habían desplomado y replegado, se estaban reconstruyendo y parecían agitadas de frustración; sí, se había conseguido un interludio. Pero...

—Un desperdicio. ¡Un auténtico desperdicio! ¿Por qué? ¿Con esto no se ha logrado nada! Embozado, te han traicionado. ¿Es que no lo ves? No... —Draconus se sujetó la cabeza—. Rake, oh, Rake, ¿qué querías sacar de esto? ¿Cómo pudiste pensar que lograría algo?

—Te he echado de menos, Draconus —dijo el Embozado.

Y el otro se giró otra vez y miró con furia al dios. Jaghut. Sí, ese demente e incognoscible jaghut.

—¡Maldito idiota! Fuiste tú quien lo pediste, ¿verdad? ¿Te has vuelto loco?

—Un trato, viejo amigo —respondió el Embozado, que seguía estudiando las cadenas que llevaba en las muñecas—. Una... apuesta.

—¿Qué pasará? ¿Cuando el caos te reclame? ¿Cuando el caos devore el reino de la propia muerte? Has traicionado a los dioses, a todos ellos. Has traicionado a toda la vida. Cuando caigas...

—Draconus —interpuso el Embozado con un suspiro, y alzó los brazos para retirarse la capucha y revelar esa cara jaghut marchita, las arrugas marcadas del pesar eterno—. Draconus, amigo mío —dijo en voz baja—, ¿no creerás de verdad que he venido aquí solo?

Draconus se quedó mirando al dios, en un momento de incompreensión. Y luego reparó en un lejano rugido que iba acercándose por tres de los cuatro horizontes, y aquellos contornos borrosos estaban.. hirviendo.

Los ejércitos de los muertos marchaban a petición de su Señor.

Por un lado, una veintena de jinetes se acercaba a toda prisa.

—Embozado —dijo Draconus, aturdido, desconcertado—, están desencadenados.

—Así es.

—Esta no es su lucha.

—Quizá. Eso está, de momento, por decidir.

Draconus sacudió la cabeza.

—No pueden estar aquí. No pueden luchar contra el enemigo... Esos muertos. Embozado, lo único que les queda es su identidad, a cada uno su alma, que apenas va aguantando. ¡No puedes hacerles esto! ¡No puedes pedirles esto!

El dios estaba mirando la carreta.

—Lo único que pediré —dijo— a los caídos, Draconus, es que elijan. Cada uno lo que quiera. Después de esto, no les pediré nada. Nunca más.

—¿Y quién reclamará a los muertos?

—Que los dioses se ocupen de los suyos.

La frialdad de esa respuesta hizo tambalearse a Draconus.

—¿Y qué hay de esos que no veneran a ningún dios?

—Sí, ¿qué hay de ellos?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tras esto —dijo el Embozado todavía estudiando la carreta—, los muertos ya no serán cosa mía. Nunca jamás.

Los jinetes que se acercaban cabalgaban a lomos de monturas podridas y esqueléticas. Unas raídas capas se sacudían tras los guerreros. En los ejércitos que marchaban, una infinidad de estandartes ondeaban y oscilaban entre puntas de lanzas en alto. Formaban un número inimaginable. Fragmentos entrecortados de canciones de guerra llegaban como jirones de viento. El reino gemía; Draconus no alcanzaba a imaginar el peso que debía estar aplastando ahora al que empuñaba el arma. ¿Podría haberlo soportado Draconus? No lo sabía. Claro que, quizás en ese mismo momento el propio Anomander Rake estaba muriendo, entre huesos que se rompían, borbotones de sangre...

Pero había más. Allí, ante sus ojos.

Todas las criaturas encadenadas a la carreta habían dejado de tirar del enorme edificio; por primera vez en milenios, la carreta había dejado de rodar. Y esas criaturas permanecían en pie, o arrodilladas, mirando en silencio, quizás incrédulas, a las legiones de muertos que se iban acercando. Una riada, un océano de hierro y huesos...

Los jinetes llegaron. Draconus no conocía a ninguno. Seis de ellos acercaron al trote a sus marchitas monturas. Uno de ellos iba enmascarado, y él ya había visto esas máscaras antes; una huete a la que Anomander Rake dio muerte en serie. *Seguleh*. Las marcas de ese le indicaron a Draconus que estaba contemplando al Segundo. ¿Había desafiado al Primero? ¿O acaso otro lo había desafiado a él?

El Segundo fue el primero en hablar.

—¿Este es el patético agujero de mierda por el que quieres que luchemos, Embozado? Que nos arrojemos en las fauces del caos. —El rostro enmascarado pareció examinar las arracimadas y astrosas criaturas encadenadas—. ¿Qué son estos por los que ahora debemos morir otra vez? ¿Por los que debemos cesar de existir? ¡Miserables desgraciados todos y cada uno! Idiotas inútiles, ¡bah! Embozado, pides mucho.

El Señor de la Muerte ni siquiera miró al *seguleh* cuando respondió.

—¿Ahora cambias de opinión, caballero?

—No —contestó el otro—. Solo me estaba quejando. —Sacó un par de espadas llenas de muecas y manchas de óxido—. Ya me conoces. Con todo, ah, cómo ansiaba enfrentarme a *Despellejador*. Perderlo así... por el Tirano, resulta exasperante.

—Por eso —dijo el Embozado— tú no encabezarás a los muertos en esta guerra.

—¿Qué? ¡Soy el Caballero de la Muerte! ¡El mismísimo puño huesudo! Exijo...

—Oh, calla ya, Segundo —suspiró el Señor de la Muerte—. Te aguardan otras tareas, y no las lamentarás, estoy seguro. *Iskar Jarak*, ¿quieres ponerte al mando en lugar del Caballero? ¿Como punta de lanza?, ¿hacia el corazón del enemigo?

Al que así se había dirigido tenía todo el aspecto de ser un veterano entre veteranos. Barba gris, cicatrices, vestía colores desvaídos, gastados, sobre el sencillo camisote de cota de malla. Gris y magenta, ribeteados en negro. Ante la petición del Embozado, miró al *jaghut*.

—Endureceremos la punta —dijo—. Con malazanos. En el extremo, mis *Abrasapuentes*. *Dujek* en mi flanco izquierdo, Bastión a la derecha con el Séptimo y sus *wickanos*. —Se giró en la silla y miró a otro soldado—. *Brukhalian* y sus *Espadas Grises* a la derecha de Bastión.

Brukhalian asintió.

—Será un honor para mí, *Iskar Jarak*.

—*Skamar Ara*, tus legiones *jacuruku* a la izquierda de *Dujek*. Embozado, escucha con atención. Aparte de la lanza, tantos de los demás no son más que escoria. Su voluntad está debilitada por un sinfín de milenios; marcharán a enfrentarse al enemigo, pero no durarán.

—Sí —dijo el Embozado.

—Solo para que lo sepas —dijo *Iskar Jarak*—. Solo para que lo sepas.

—Regresad ahora con vuestras fuerzas —ordenó el Embozado—. Iskar Jarak, envíame al explorador tuerto. Y Bastión, busca a mi Soldado, el que una vez se llamó Baudin. Todavía hay cosas que hacer.

Draconus observó a los comandantes que se alejaron a caballo, solo quedó el seguleh, las espadas envainadas una vez más.

—Embozado —dijo—, ¿qué está pasando aquí? ¿Les pedirás a los muertos que luchen por nosotros? Fracasarán. Se ganarán la nada y el olvido y nada más. No pueden vencer, Embozado. El caos que persigue a Dragnipur no se puede repeler, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

El Caballero lanzó un bufido.

—Eres tú el que no lo entiende, ancestral. Mucho antes de ser el Señor de los Caídos, era jaghut. ¡Señores de las Últimas Batallas, ja! Centinelas de los Torreones Hendidos. Devoradores de la Esperanza Abandonada. Tú, ancestral, que te enfrentaste una y otra vez a los tiste andii, los tiste edur; tú, que recorriste las cenizas de la propia Kharkanas, entiéndeme. Los hoscos tiste andii y los suicidas de los edur, ¡no son nada comparados con la locura miserable de los jaghut!

Durante toda esa diatriba, el Embozado no dejó de mirar la carreta, su imponente y tambaleante montón de cuerpos. Y, entonces, el Señor de los Muertos habló.

—Me pregunté muchas veces qué aspecto tendría, esta Fortaleza que cruje sobre sus ruedas de madera... es patética, la verdad. Tosca, torpe. —Se enfrentó a Draconus, la piel podrida apartándose de los colmillos—. Y ahora, que dé media vuelta.

Capítulo 23

Pregunta qué afrontan los muertos
Al apartar de un golpe la cortina
Estas pistas pétreas que entran en mundos a ciegas
Donde andar a tientas es recordar
Todas las valiosas joyas de la vida

Pregunta qué ven los muertos
En la última mirada atrás
Esos nudos de cuerdas fetiches dejados sin anudar
Donde cada nervio se pone en tensión
Para estirarse y tocar de nuevo

Pregunta lo que saben los muertos
Cuando saber no significa nada
Brazos llenos y colmados de baratijas
Como para construir una casa de nuevo
En lugares en los que nunca hemos estado

Pregunta pero los muertos no contestan
Tras el velo de lluvia salada
Vuelve ahora entre los restos podridos
Cuando los gusanos se caen
A esa abundancia de silencio

Los tesoros perdidos de Indaros
Pescador kel Tath

Con los ojos en blanco, el buey corría como si le fuera la vida en ello. La carreta resbaló y rebotó, se inclinó a un lado sobre una rueda descontrolada cuando la bestia, entre gemidos, dobló a toda prisa una esquina y bajó disparada por una calle adoquinada.

Ni siquiera los dioses podían atravesar el denso hueso de esa coronilla, meterse en el nudo delicado de terror que imperaba en aquel turbio cerebro. Una vez despertada con un aguijonazo, la incesante necesidad desdibujó el mundo y lo redujo todo a un estrecho túnel en el que la salvación se hallaba al otro extremo, muy lejos. Vaya, ¿quién podría comprender semejante extremismo? No los parientes mortales, y mucho menos un dios con la frente siempre confusa; contemplar esos caprichosos interludios, con los ojos y la mente vacía que pasa como una riada, ¿de qué serviría eso, después de todo?

La bestia es lo que es. Con cuatro patas o con dos. El pánico utiliza tantas extremidades como tenga a su disposición, y otras pocas más. El pánico monta una carreta con ruedas y pasa con estruendo sobre pezuñas manchadas de estiércol. El pánico se sube a las mismas paredes mientras un horrendo Mastín tras otro se escabullen a toda prisa.

El aire nocturno hiede y ese hedor satura las fosas con todas las frenéticas banderas de un barco luchando por mantenerse a flote en unos bajíos. Humo y sangre, bilis y orina. Pero, sobre todo, sangre.

Y luego estaban los gritos. Resonando por todas partes, muchos se interrumpían en pleno chillido o, lo que es más estremecedor, en un gorgoteo estrangulado. ¡Las madres nunca oyeron tal multitud de voces suplicantes! ¿Y quién sabe si el buey no estaba bramando por la suya, por esa dulce ubre, la masa inmensa cerniéndose sobre él, con todos sus inequívocos aromas y su salobre calidez? Ay, pero la mamá de la bestia ya hacía mucho tiempo que había sido enviada a tirar de la gran carreta tras el velo, e incluso si pudiera regresar con sus pesados movimientos para responder a la desesperada llamada de su cría, ¿qué podría lograr ella ante un Mastín?

No, esta debía seguir siendo una huida solitaria. Para todos. Buey, caballo, perro, gato, ratón y rata, lagarto y jején. Y personas de todo tipo. Ancianos con sus cojeras, ancianos que nunca cojearon en su vida, pero que ahora lo hacían. Mujeres de todas las edades, tamaños y disposiciones, que habrían cojeado si eso les hubiera granjeado la necesaria simpatía. Pero cuando ni siquiera los tejados ofrecían socorro, ¿por qué molestarse en subirse a esa carreta que daba botes con vertiginoso pánico? Mejor dejarse caer y rendirse vilmente, con solo unos pocos tirones para colocarse la caída del vestido o lo que fuera. Que los hombres manchen sus pantalones de terror; de todos modos, nunca se lavaron lo suficiente.

Los nobles huyeron de forma innoble, los caídos casi volaron como si tuvieran alas en los pies, los ladrones fanfarronearon y los matones gimotearon y embaucaron, los guardias en su pánico ciego no observaron nada y los soldados escaparon de cada choque de hierro, garras y dientes. Los necios que no tenían nada defendieron su terreno. Los jugadores bailaron y las putas fingieron... y dentro de un templo de Sombra unas deliciosas acólitas chillaron y se apartaron del camino de un mago que gritaba sobre su mula a la carga, atravesando la espléndida sala del altar, tirando por el aire los incensarios, que dejaron una estela de humo serpentino desenroscándose y cabezas con ojos de carbón resplandeciente en innumerable profusión. Tras el veloz rastro de la mula, unos bhokarala alados chillaban y revoloteaban tirándole gargajos de mocos y conos segmentados de estiércol peludo a cada mujer que veían huir, mientras que un enjambre de arañas salía del viejo y olvidado sumidero para la sangre en la base del altar, una auténtica alfombra de miles de patas rígidas y espasmódicas, abdómenes brillantes, tórax con patrones dibujados y ojos como cuentas dalhonesias a miles, no, ¡a decenas de miles! ¿Y era de extrañar que el mago y la mula atravesaran como un rayo la cámara, tan rápido que las puertas del otro extremo se abrieron con una explosión como por voluntad propia?

Al mismo tiempo que la suma sacerdotisa —que salió con un traspíe de detrás de una cortina como una mujer sacada de pleno acto de amor maniaco, con la barbilla irritada por alguna barba, labios hinchados por arriba y por abajo, pechos ladeados y grandes turgencias brillantes de carne pálida meciéndose de un lado a otro— se precipitó, sí, en medio de esa alfombra negra de rencor y veneno que se arrastraba, y por tanto no es de extrañar que comenzara un baile alborotado en su frenesí, pero, admitámoslo, hasta Mogora estaba demasiado conmocionada, atónita, como para hundir un bosque de colmillos en carne tan dulce, y los bhokarala bajaron en picado para coger puñados de sabrosas arañas a dos manos y ñam ñam, en los buches, y si las arañas podían gritar, bueno, entonces lo hicieron, al tiempo que lanzaban espumarajos y se replegaban en un remolino de regreso al sumidero.

Mula y mago bajaron como un redoble por la columnata y salieron por otro par de puertas destrozadas al taciturno callejón con su acurrucada masa de refugiados escondidos, que se dispersaron de golpe con

la llegada de aquella pavorosa aparición, y con el tumulto de bhokarala que salió detrás como un torbellino.

Y ahora vayamos aleteando, rápidos como una polilla quemándose, de regreso al buey, que continuó avanzando con paso pesado, el corazón martilleándole, el pecho a punto de estallar de agotamiento (perseguido por una carreta colérica y quién sabía qué más), y se encontró acercándose a toda prisa a la ruina derrumbada de un enorme edificio...

La serendipia sirve como pintoresca descripción del veleidoso caos provocado por los Mastines de Sombra. Muy poco después de irrumpir por la puerta, Baran salió disparado hacia el oeste en persecución de Pálido; la bestia blanca como un hueso se había alejado de la jauría con desafortunadas intenciones en otra parte de la acongojada ciudad.

Pálido no era consciente de que lo estaban persiguiendo cuando descubrió a una docena de guardias de la ciudad que bajaban corriendo por el centro de la calle, rumbo a la puerta destruida. La monstruosa bestia se abalanzó y arremetió con las mandíbulas babeantes. Las armaduras se desmoronaron, miembros arrancados, las armas dieron vueltas en el aire. Los chillidos estallaron en una confusión de muerte y sangre.

Cuando Pálido aplastaba entre las mandíbulas la cabeza del último guardia, llegó Baran como una exhalación. El impacto resonó como un trueno cuando alcanzó a Pálido en un costado, la campana enjaulada de su pecho reverberó y las dos bestias resbalaron y luego se estrellaron contra el muro de un gran edificio.

La entrada sólida, fortificada, se derrumbó hacia dentro. Varios fragmentos de piedra atravesaron a las tres personas que habían tenido la poca fortuna de encontrarse en la habitación de delante. Los enormes bloques que enmarcaban las puertas se desplomaron, rebotando como tabas y aplastando a uno de los hombres antes de que tuviera tiempo de gritar siquiera. A los dos restantes, lacerados y sangrando, los empujó el ancho mostrador de recepción y los atrapó contra el muro contrario. Los dos murieron en pocos momentos, los huesos y los órganos macerados.

Revolcándose, lanzando mordiscos y gruñendo, los dos Mastines hicieron pedazos ese mostrador y el enrejado que llevaba acoplado salió volando y se agrietó contra el techo, que ya había empezado a combarse cuando sus soportes y riostras empezaron a ceder. Con terribles gemidos, todo el frente de la estructura se vino abajo y se alzaron gritos entre el polvo, apagados y lastimeros.

Otro muro se derrumbó bajo el impacto de las bestias. Más allá había un corredor y barrotes revistiendo celdas, y dos guardias más que intentaron huir por el pasillo, pero esa sala entera se estaba hundiendo, los barrotes de hierro se partían en los marcos, los cerrojos se hacían pedazos. Los prisioneros desaparecieron bajo vigas de madera astillada, yeso y ladrillos.

Encabritado, derrumbado por otra carga de Baran, Pálido chocó contra una celda. El prisionero del interior se echó al suelo y rodó hacia un lado cuando los Mastines, enzarzados de nuevo, tiraron el muro posterior y, entre patadas y gruñidos, salieron rodando al espacio posterior, un callejón que ya estaba medio lleno de mampostería caída de una cárcel que se hacía pedazos.

El único prisionero se puso en pie como pudo y salió corriendo tras los Mastines...

Pero no a tiempo, el suelo de encima se cayó y llenó la celda.

En el callejón, Pálido había conseguido clavar las mandíbulas en el lomo de Baran y con un tirón salvaje mandó a la bestia por los aires hasta chocar contra lo que quedaba del muro de ese lado, y este también se plegó bajo el impacto del peso agitado de Baran.

Entre los restos de la primera celda se alzó una sección de yeso y ladrillos untados de argamasa, y

cuando volvió a hundirse, el prisionero —cubierto de polvo, magullado y sangrando— empezó a liberarse.

Pálido, al oír esos sonidos —los jadeos y toses, los arañazos— giró en redondo con los ojos en llamas.

Y Barathol se detuvo, con las piernas todavía atrapadas, se quedó mirando esas esferas infernales y supo que eran lo último que vería.

Pálido se preparó para la carga. Los belfos manchados, desgarrados, se estiraron y dejaron ver unos colmillos inmensos, y después la bestia se abalanzó de un salto...

Al mismo tiempo que una figura embestía con todo su peso contra su costado y le asestaba un golpe bajo, por debajo del hombro derecho, con la fuerza suficiente para darle la vuelta en pleno salto.

Barathol se echó hacia atrás y se ladeó todo lo que pudo; la cabeza salpicada de carmesí del Mastín se golpeó de lado contra los escombros y después fue el cuerpo, sacudiéndose.

Cuando se levantó del suelo, Chaur miró a Barathol y le dedicó una sonrisa roja y brillante mientras sacaba con suaves tirones la enorme hacha de guerra que había recogido de la herrería, que no era otra que el arma de Barathol. Cuando Pálido volvió a ponerse en pie, Chaur le lanzó el hacha a Barathol y él cogió un trozo de piedra.

Barathol chilló, desesperado por liberarse, cuando el Mastín blanco se dio la vuelta con un gruñido y miró a Chaur con una furia incandescente en los ojos.

En los escombros que había callejón abajo, Baran ya se estaba liberando, pero no llegaría a tiempo. No para Chaur.

Pateando el aire, sin hacer caso de la carne que se desgarraba, Barathol siguió luchando.

Chaur arrojó su piedra justo cuando cargó el Mastín blanco.

Alcanzó a la bestia en pleno morro.

Un gáñido de agonía y el impulso de la bestia lo hizo chocar contra Chaur, al que mandó volando por el callejón, estrellando el cuerpo contra el muro contrario con unos nauseabundos crujidos. Cuando cayó en los adoquines mugrientos dejó de moverse.

Barathol consiguió soltarse las piernas y arrastrarse, dejando huellas de sangre y trozos de carne a su paso. Rodó, se hizo con el mango del hacha y se incorporó de un empujón.

La enorme cabeza de Pálido se giró.

Baran irrumpió en el callejón.

El Mastín blanco lo miró y, con otro gruñido, la bestia se dio la vuelta y huyó.

Un momento después Baran pasó como un rayo.

Barathol se desplomó sin fuerza en las piernas. Aspirando una bocanada de aire frío tras otra, volvió los ojos una vez más hacia el cuerpo inmóvil que tenía enfrente. Se incorporó como pudo con un sollozo y se acercó dando tumbos hasta él.

En los extraños y misteriosos lugares del interior del cerebro, lugares que se conocían como Chaur, se estaba filtrando una riada negra y, uno por uno, esos lugares comenzaron a ahogarse. Unas chispas intermitentes se fueron apagando y no se encendieron de nuevo. Su estado de inconsciencia se deslizó hacia algo más profundo, una especie de nada protectora que por fortuna ocultó a Chaur que se estaba muriendo.

Su expresión era serena, salvo por el lento hundimiento de un lado de la cara, y cuando Barathol le alzó los párpados, la pupila de un ojo estaba muy dilatada.

Sollozando, el herrero levantó la cabeza y el torso de Chaur y se los apoyó en los muslos. El resto del

mundo, las explosiones, los gritos, el tronar de la batalla, todo se apagó, y a Barathol aún le llevó un tiempo darse cuenta de que había alguien saliendo de entre el montón de escombros que era la cárcel. Un entrecortado torrente de imprecaciones en falari, malazano, dobri y daru. El herrero levantó la mirada con un parpadeo.

—¡Azogue... aquí, por favor!, ¡necesito tu ayuda! Por favor. Está herido.

El antiguo Abrasapuentes estaba cubierto de polvo, pero, aparte de eso, ileso.

—He perdido la maldita espada. He perdido la maldita ballesta. He perdido los malditos fulleros. He perdido...

—¡Azogue! Por el aliento del Embozado, por favor, ayúdame... tenemos que encontrar un sanador. Gran Denul... tiene que haber uno en la ciudad. ¡Tiene que haberlo!

—Bueno, está Mazo, pero está... mierda, está muerto. Lo olvidaba. No puedo creer que me olvidara. —Azogue se agachó y estudió a Chaur durante un momento, luego sacudió la cabeza—. No se puede hacer nada por él, Barathol. Cráneo agrietado, sangre en el cerebro... ya lo sabes, cuando se les cae un lado de la cara...

—Eso ya lo sé, maldito seas. ¡Necesitamos un sanador! Piensa, Azogue, tiene que haber alguien.

—Quizá, pero no cerca; tenemos que cruzar media ciudad, Barathol, y con esos Mastines...

—Me dan igual los Mastines. —El herrero cogió a Chaur en brazos y se irguió.

Azogue lo miró fijamente.

—No puedes llevarlo...

—¡Entonces, ayúdame!

—¡Lo estoy intentando! ¡Déjame pensar!

En ese momento los dos oyeron los pasos pesados de unas pezuñas, el estrépito de unas ruedas de madera en los adoquines. Y se volvieron hacia la boca del callejón.

Y aquí llega el buey. Demasiado cansado para correr. Hasta la carreta que llevaba detrás traqueteaba agotada. Las impasibles patas temblaban. Estaba untado de una capa resplandeciente de mucosidad que arrastraba zarcillos polvorientos entre las pezuñas delanteras de la bestia. La dolorosa claridad del pánico se estaba desvaneciendo, apagando sus ojos una vez más y cuando las dos cosas humanas llegaron y posaron un tercer cuerpo en el fondo de la carreta, bueno, en lo que al buey se refería, la rutina volvía a su ser. Por fin el mundo había recuperado la cordura. Había tareas que hacer, trayectos que completar. Una salvación más dulce que la leche de mamá.

Cansada pero contenta, la bestia se fue detrás de las cosas humanas.

Los dos primos se encontraban en el tejado, contemplando la ciudad. Los incendios iluminaban el cielo nocturno. Una sección del distrito Gadrobi estaba en llamas, con géiseres de gas ardiendo que saltaban en chorros por el aire. Muy poco tiempo antes había descendido una extraña presión atmosférica que había aplastado los fuegos contra el suelo; en realidad nada se propagaba, hasta donde podía comprobarse, y los estallidos eran cada vez más infrecuentes. Así y todo, no había nadie luchando contra las llamas, pero, dadas las circunstancias, no era de extrañar.

Abajo, en el patio, Estudioso Cerrojo estaba atendiendo con grandes aspavientos a los dos guardias del complejo caídos, los cuales habían sido retirados de allí a rastras en unos jergones. Milagrosamente, los dos estaban vivos, aunque, a pesar de haber sobrevivido a los asesinos, quedaba la seria posibilidad de que no sobrevivieran a los cuidados de Estucerrojo. Chamusquino y Leff se habían impuesto la tarea de

patrullar por fuera de la hacienda, calle por callejón y calle por callejón, una y otra vez, las ballestas prontas y con gran exaltación.

—Esos Mastines —dijo Rallick— son de lo más inoportunos.

—Y parece que los muros tampoco los detienen. ¿Alguna idea de por qué están aquí?

Cuando Rallick no respondió. Torvald le echó una mirada y vio que su primo estaba mirando la luna hecha añicos.

Torvald no siguió su mirada. Ese caos lo ponía de los nervios. Esos trozos dando vueltas ¿iban a empezar a caer? Rallick había observado poco antes que la mayor parte de los fragmentos parecían estar dirigiéndose hacia el otro lado y se iban haciendo cada vez más pequeños. Había otra luna que dibujaba un arco más lento, lo que podía sugerir que estaba más lejos, y si bien parecía diminuta, su tamaño real era en realidad desconocido. Por lo que se sabía podría ser otro mundo tan grande como el suyo, y quizá estaba condenado a una lluvia de muerte. A Torvald no le hacía mucha gracia pensar en ello.

—Rallick...

—Da igual, Tor. Quiero que te quedes aquí, dentro de estos muros. Dudo que haya algún problema; la señora ha reanimado sus guardas.

—Tiserra...

—Es una mujer lista, y además bruja. Estará bien, y sobre todo estará preocupada por ti. Quédate aquí, primo, hasta el amanecer.

—¿Y qué hay de ti?

Rallick se volvió entonces y, un momento después, Torvald sintió que alguien más se había unido a ellos y también él se dio la vuelta.

Allí estaba Vorcan, envuelta en un grueso manto gris.

—El alquimista supremo —le dijo a Rallick— sugirió que no nos alejemos mucho... por si nos necesitan. El momento, creo, ha llegado.

Rallick asintió.

—¿Tejados y cables, mi señora?

La señora sonrió.

—Qué nostalgia. Por favor, tú delante.

Y sí, Torvald comprendió las sutiles capas que había debajo de esas dulces palabras, y se alegró. *Cómo no, mi primo tenía que buscarse la mujer más peligrosa que hay. Bueno, claro que, quizá yo me busqué la segunda más peligrosa, sobre todo si me olvido de comprar el pan de camino a casa.*

Chamusquino y Leff doblaron pasito a pasito la esquina del muro, un callejón a su espalda, una calle al frente, y se detuvieron. Sería absurdo descuidarse, aunque tampoco iba a haber ningún ataque de ningún asesino de aquí a un momento, a menos, por supuesto, que resultase que se reprodujeran como moscas, y Chamusquino no estaba seguro de si Leff había estado bromeando con eso, nada seguro.

La calle estaba vacía. Ni refugiados, ni guardias, ni asesinos homicidas, todos vestidos de negro.

Y lo más importante de todo: nada de Mastines.

—Maldita sea —siseó Leff—, ¿dónde están esas bestias? ¿Qué pasa?, ¿es que hueles más malo y más peor que los demás, Chamusquino? ¿Ese es el problema? Mierda, quiero hacerme un collar de colmillos. Y quizás una zarpa para colgármela en el cinturón.

—¿Una zarpa? Más bien un mazo gigante para que vayas cheposo. Oye, eso tendría su gracia. Vale la pena llevarse un golpe o dos para derribar a uno de esos, solo para verlo. Una zarpa de Mastín, ja, ja.

—¡Tú dijiste que querías un cráneo!

—Pero no pensaba ponérmelo. Para hacerme un bote, solo hay que darle la vuelta, ¿no? Podría dar una vuelta por el lago.

—Los cráneos no flotan. Bueno, igual el tuyo sí, que es de corcho.

Echaron a andar por la calle.

—Lo llamaría *Mastín Marino*, ¿qué te parece?

—Más bien *Mastín Hundido*.

—No sabes nada de lo que crees que sabes, Leff. Ese es tu problema. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Ojalá hubiera habido veinte más de esos asesinos.

—Los había, solo que no estaban atacándonos a nosotros. Nosotros fuimos la distracción, eso fue lo que dijo Tor.

—Los distrajimos pero bien, sí.

En ese momento un Mastín de Sombra apareció por un lado, a menos de veinte pasos de distancia. Le palpitaban los costados y le colgaban tiras de carne que arrastraban hilos de sangre. Tenía la boca incrustada de espuma roja. Ladeó la cabeza y los miró.

Los dos a un tiempo, Chamusquino y Leff levantaron las ballestas en posición vertical y escupieron en las puntas repletas de púas. Después volvieron a bajar poco a poco las armas y apuntaron al Mastín.

Con los ollares dilatados, la bestia retrocedió y un momento después había desaparecido.

—¡Mierda!

—¡Ya sabía que olías mal, maldito! ¡Ya casi lo teníamos!

—¡No fui yo!

—No tiene gracia andar por ahí contigo, Chamusquino, ninguna gracia. Cada oportunidad que tenemos, tú vas y la fastidias.

—No es aposta. A mí me gusta divertirme tanto como a ti, ¡te lo juro!

—La próxima vez —murmuró Leff—, disparamos primero y discutimos después.

—Buena idea. La próxima vez. Lo haremos bien la próxima vez.

Bajo una luna que lo perseguía con aterradores recuerdos, Navaja bajaba por el centro de la calle con un trote lento a lomos del caballo de Coll. En una mano sujetaba la lanza, pero se sentía torpe, le pesaba demasiado. No era un arma que hubiera usado jamás, y, sin embargo, por alguna razón se resistía a abandonarla.

Podía oír a los Mastines de Sombra, desatados como demonios por su pobre ciudad, y eso también le evocaba imágenes del pasado, pero esas eran agridulces. Porque ella estaba en ellas, una presencia oscura, de una suavidad imposible. Vio una vez más cada una de sus sonrisas, escasas como habían sido, y le escocieron como gotas de ácido en el alma.

Se había sentido tan perdido, desde aquella mañana en la que había despertado en el monasterio y había visto que ella se había ido. Sí, él había puesto cara de valiente, allí de pie, junto a un dios, incapaz de ver la simpatía en los ojos oscuros de Cotillion. Se había dicho a sí mismo que era un acto de valor dejarla marchar, darle a ella la última palabra. Valor y sacrificio.

Navaja ya no creía en eso. No eras tú el que se sacrificaba cuando te abandonaban. No era de valientes no hacer nada. Con independencia de la edad real, él había sido mucho más joven que ella. Joven en ese sentido imprudente, insensato. Cuando pensar era algo difícil, desagradable, hasta que uno aprendía a escapar del esfuerzo, sin más, aun cuando las emociones ciegas se enfurecían, se levantaba una certeza tras otra con el escudo resplandeciente de la verdad. O lo que pasaba por verdad; y él ya sabía que, fuera

lo que fuese, estaba claro que no había sido la verdad. Las bravuconadas, las actitudes beligerantes, todas esas poses gazmoñas, a estas alturas le parecían tan infantiles, tan patéticas. *Podría haber abrazado la verdad más pura. Pero nadie querría escuchar. Cuanto más envejeces, más se engrosan tus muros. No es de extrañar que los jóvenes se hayan vuelto tan cínicos. No es nada extraño.*

Oh, ella todavía estaba allí, una oscura silueta en su recuerdo, el destello de los ojos, el comienzo de una sonrisa cuando se daba la vuelta. Y él no podía olvidar nada.

En ese mismo momento, Cáliz, que había subido a la cima de la torre de la hacienda —esa espeluznante vergüenza gadrobi—, salía al tejado, sacudida por una pasajera ráfaga de humo. Sostenía en las manos la esfera de cristal en la que brillaba la luna prisionera; se detuvo, alzó la mirada, y contempló llena de asombro la destrucción que llenaba un tercio del cielo.

Pero ella lo había dejado por sus malas costumbres. Costumbres terribles, y esas costumbres habían procedido a dar forma a su vida entera. Navaja recordó la expresión de la cara de Rallick, la conmoción y la angustia, cuando bajó los ojos y vio el cuchillo enterrado en su hombro. La comprensión, sí, Navaja era creación de Apsalar, de arriba abajo. Sí, otro hombre se había perdido.

Era toda una ironía que la luna estuviera rompiéndose a pedazos en el cielo nocturno, pero le estaba resultando difícil hallarle la gracia a ese conmovedor símbolo. Él no poseía la dureza de Rallick, las capas de tejido cicatrizal que podía utilizar de armadura. Y por más que ella le hubiera dado, Navaja no era su reflejo perfecto. No era capaz de silenciar la angustia que sentía por dentro, el legado de cometer asesinatos, lo que hacía que el concepto de justicia fuese tan intragable como las gachas que comía el prisionero. Y esas eran cosas que ella no sentía.

Siguió cabalgando.

Los Mastines lo conocían, estaba seguro, y si eso significaba algo esa noche, Navaja no tenía razón para temerlos.

Algún que otro refugiado se cruzaba como una flecha en su camino. Igual que unas ratas espantadas, la búsqueda desesperada de cobijo llenaba sus mentes, y los rostros que pasaban como un destello parecían vacíos de todo lo humano. La supervivencia era una fiebre, pero dejaba los ojos vacíos, como los de un pez varado. Al presenciar la escena, Navaja sintió que se le rompía el corazón.

Esta es mi ciudad. Darujhistan. De los fuegos azules. No se merece esto.

No, él no temía a los Mastines de Sombra. Pero empezaba a despreciarlos. La devastación que estaban provocando no tenía sentido, era una oleada de destrucción absurda. No le parecía que Cotillion tuviera nada que ver con todo aquello. Eso hedía a Tronosombrío, la veleidad, la indiferencia cruel. Había dejado sueltas a sus bestias para que jugaran. Con sangre y huesos partidos. Con llamas y viviendas derrumbadas. Todo ese miedo, toda esa desdicha. *Para nada.*

Incómoda o no, la lanza era una presencia tranquilizadora en su mano. Ojalá se le apareciera Tronosombrío, entonces sí que iba a encontrar un sitio en el que meter el maldito trasto.

Allí, dentro de su mundo diminuto y perfecto, la luna resplandecía pura, sin mácula. Comprendió que había habido un tiempo en el que ella también había sido así. Inmaculada, sin haberse prestado todavía a un sórdido compromiso, sin sentir la necesidad de desprenderse de esa piel raída, de esa mirada vidriosa.

Mujeres y hombres no se diferenciaban en lo más importante. Llegaban con sus talentos, sus predisposiciones, con rostros y cuerpos que podían o no resultar atractivos. Y todos se las arreglaban, en toda la diversidad de la vida, con lo que poseían. Y tenían que elegir, todos y cada uno de ellos. Para algunos, unas cuantas de esas decisiones eran más fáciles que otras, cuando el reclamo de ser deseable no era vanidad, cuando el atractivo alargaba una mano tentadora y parecía ofrecer de pronto el camino más sencillo. Suponía tan poco esfuerzo, una simple sonrisa y unos muslos que no se resistían a separarse.

Pero no había vuelta atrás. Esas manchas no se iban nunca. La luna brillaba pura y hermosa, pero permanecía atrapada para siempre.

Cáliz se quedó mirando el cielo, observó los fragmentos que se alejaban dando vueltas de un núcleo cada vez más y más oscuro. El impulso parecía haberse ralentizado y, de hecho, creyó ver trozos que caían hacia atrás, hacia dentro, mientras el polvo se iba aplastando, como si se transformara en una lanza que atravesaba todo lo que quedaba de la luna.

El polvo sueña con el mundo que había sido una vez.

Pero el polvo, por desgracia, no puede imponerse al viento.

Navaja sabía ya que, desde ella, había tomado entre sus brazos a dos mujeres como si fueran capaces de castigarlo, cada una en su momento. Solo una lo había conseguido, y él cabalgaba hacia allí, para plantarse ante ella y contarle que había asesinado a su marido. No porque ella se lo hubiera pedido, porque, en realidad, ella no tenía esa clase de dominio sobre él y nunca lo tendría. No, Gorlas Vidikas estaba muerto por otras razones, razones cuyos detalles no eran relevantes.

Era libre, le diría él. Para hacer lo que se le antojase. Pero fuera lo que fuese, le explicaría Navaja, su futuro no sería él ni tampoco lo incluiría.

«Mira, ahí está, a su lado. ¡Qué poca vergüenza! Mata a su marido y ella se cuelga de su brazo. Están hechos el uno para la otra, esos dos. Ojalá el Embozado les encuentre el pozo más hondo, y pronto.»

Él podía enfrentarse a eso, si hacía falta. Pero no pensaba someterla a ella a semejante destino. Ni siquiera por amor sería capaz de hacer eso.

Navaja había regresado a su ciudad para dejarla para siempre.

Ese viaje hasta Cáliz sería el último que haría. Al amanecer se habría ido. Darujhistan no lo echaría de menos.

Ella bajó los ojos y miró una vez más la luna encarcelada que acunaba en las manos. Y allí, comprendió, estaba su niñez con toda su inocencia. Congelada, intemporal, y para siempre fuera de su alcance. Solo tenía que hundir la mirada en ella para encontrar todo lo que había sido una vez. Maldecida por la belleza, bendecida con salud y vigor, el fulgor de una promesa...

Polvo de sueños, ¿te impondrás tú ahora al viento?

Polvo de sueños, ¿no es hora de dejarte libre?

Fue fácil subirse al muro bajo, fijar la mirada en los adoquines del jardín, allá abajo. Fácil, sí, dejar todo libre.

Juntas se precipitaron por el aire impregnado de humo, y cuando chocaron, la esfera se hizo pedazos, la luna diminuta se soltó y destelló por un instante en el aire. Antes de titilar y apagarse.

Los sueños no permanecen, pero su polvo surca los vientos para siempre.

Kruppe no ignora lo que es el dolor. El orondo hombre solo tiene que mirarse la cintura para comprender las tragedias de excesos pasados y comprender que todo cuanto tiene que pasar, sin duda tiene que pasar. Con el corazón tan pesado que tiene que cargarlo en una carretilla (o casi), y sin un solo guiño malicioso que ofrecer, abandona los lúgubres confines de la taberna del Fénix y comienza la tórrida caminata hasta los establos, donde se ocupa de su dulce mula, evitando con pericia los mordiscos secos y las coces que le lanza.

La cara de la luna se ha partido en un millar de ojos resplandecientes. Nada se oculta y todo se ve. Todos ven que ya no queda nada que ocultar. El temido choque es inminente.

La inmensa presión apaga las llamas de los fuegos como harían un pulgar y un índice con la mecha de una vela, ¡puff! Aquí, allá, por todas partes. Pero esa bendición soporta una carga dura, cruel. Un dios ha muerto, un pacto se ha sellado, y en una calle donde los curiosos se congregan a mirar apostados en los bordes mismos, un hombre honorable se ha acuclillado, la cabeza gacha. El viento toma las cadenas etéreas que surgen de la espada que lleva en las manos, y tira de ellas, las arranca, las hace jirones y las convierte en espectrales nadas que ascienden flotando y se desvanecen en el humo que envuelve como una guirnalda la ciudad.

¿Se alzaré otra vez?

¿Puede responder a este desafío final?

¿Qué clase de hombre es este? ¿Este tiste andii de cabellos blancos cuyas manos siguen manchadas con la sangre de un hermano, la pérdida inmensa de un pueblo?

Ah, pero observa con más atención. El núcleo arde todavía, caliente y puro, y se va recuperando, obligado por una voluntad indómita. Asumiré las heridas del corazón, porque Anomander Rake es la clase de hombre que no ve más alternativa, que no acepta más alternativa.

Con todo, de momento, concédele unos cuantos momentos más de paz.

El hombre orondo se adentra cabalgando en Darujhistan.

Hay tentaciones, y para algunos pueden resultar, en fin, abrumadoras. Si es necesario, el hombre orondo puede resultar una barrera contundente.

Solo tienes que preguntarle al hombre del martillo.

Mientras un guerrero caminaba solo —con un toblakai y una bruja tras su estela, y a los flancos, tres, luego cuatro, Mastines de Sombra—, un buey y una carreta se detuvieron junto a una hacienda. Los dos hombres que la guiaban se separaron, uno se dirigió a la parte trasera de la carreta para posar una mano temblorosa sobre un torso —aterrado por si lo encontraba quieto, silencioso—, y un momento después se oyó un sollozo bajo, aunque de alivio. El otro hombre se apresuró hasta la puerta de la verja y tiró de un cordón trenzado.

Se agachó al oír el pesado aleteo de unas alas emplumadas sobre él, y echó una mirada furiosa al cielo, pero no vio más que una capa densa, impenetrable, de humo. Se retorció un poco mientras esperaba, murmurando por lo bajo.

La puerta se abrió con un crujido.

—¡Maese Baruk! Me alegro de que sea usted y no uno de sus malditos sirvientes, pasar con ellos es imposible. Escuche, tenemos un hombre herido, muy malherido, que necesita sanación. Pagaremos...

—Sargento...

—Ahora solo Azogue, señor.

—Azogue, lo siento mucho, pero debo negarme...

Al oír eso, Barathol rodeó la carreta y marchó con paso decidido, los puños apretados por un momento, antes de relajarlos y estirar los brazos hacia la enorme hacha que le colgaba a la espalda. Aunque aquellos gestos eran instintivos, ni siquiera fue consciente de ellos, y cuando habló lo hizo con un tono de rabia desesperada.

—¡Tiene el cráneo fracturado! ¡Morirá sin sanación... y no pienso aceptarlo!

Baruk levantó las dos manos.

—Estaba a punto de irme, no puedo demorarme más. Ciertos asuntos exigen mi atención inmediata...

—Necesita...

—Lo siento, Barathol.

Y el alquimista estaba retrocediendo por la puerta una vez más. El panel se cerró con un chasquido.

Azogue se retorció y tiró del bigote con nerviosismo y luego levantó los brazos para contener a Barathol, que parecía a punto de derribar a patadas esa puerta.

—Un momento, espera, tengo otra idea. Es desesperada, pero no se me ocurre nada más. Venga, no está lejos.

Barathol estaba demasiado alterado para decir nada, estaba dispuesto a aferrarse a cualquier esperanza, por muy vana que fuera. Con el rostro ceniciento, regresó con el buey y, cuando Azogue echó a andar, él, el buey y la carreta que transportaba el cuerpo de Chaur lo siguieron.

En la mente del hombre abatido quedaban pocos destellos. La marea negra ya casi lo había invadido todo. Esas chispas que se conocían a sí mismas como Chaur habían perdido el contacto unas con otras y vagaban perdidas. Claro que algunas solo habían conocido existencias solitarias durante toda su vida, unas chispas cruciales, de hecho, ciegas para siempre a esas vías que podrían haber despertado un sinfín de posibilidades.

Hasta que una, flotando sin ataduras, liberada de una forma tan extraña, se fue metiendo por un oscuro sendero que jamás había explorado, y la pista que quemaba continuaba vibrando a su paso. Y, luego, en una repentina llamarada, esa chispa encontró otra como ella.

Algo se agitó entonces, allí, en medio de un mundo interior que se estaba muriendo.

Conciencia.

Reconocimiento.

Una desarticulada complejidad de pensamientos, conexiones, relaciones, significados.

Destellando, aturdida por su propia existencia, al tiempo que la negrura lo iba sellando todo.

Azogue atajó por un callejón que se alejaba de la hacienda de Baruk y diez pasos después tropezó de repente con algo. Maldijo, miró atrás y vio un pequeño objeto tirado en los adoquines; se agachó para recogerlo y se metió la forma inerte en el manto.

Volvió a maldecir, algo sobre un *mal olor*, ¿pero qué le va a saber y qué le va a importar a una nariz muerta? Y luego siguió caminando.

Llegaron a una hacienda que Barathol reconoció. La de Coll. Y Azogue regresó para ayudar a guiar al súbitamente inquieto buey por el camino lateral, a ese matorral perenne que había detrás del muro del jardín. Bajo las ramas, un enjambre de polillas voladoras espesaba la oscuridad, de sus alas emanaba un coro de susurros secos. La niebla reptaba entre los troncos de los árboles retorcidos. El aire estaba

impregnado de un olor a vapor, a tierra.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Barathol y le empapaban la barba.

—Le dije que se quedase en el barco —dijo con voz tensa y afligida—. Por lo general me escucha. No es de los que desobedecen, Chaur, no. ¿Fue Rencor? ¿Lo obligó ella a salir?

—¿Qué estaba haciendo en la cárcel? —preguntó Azogue, solo para que su amigo siguiera hablando por razones que ni él mismo era capaz de explicar—. ¿Cómo la encontró siquiera a menos que alguien lo llevara allí? Es un maldito misterio.

—Me salvó la vida —dijo Barathol—. Venía a sacarme, tenía mi hacha. Chaur, idiota, ¿por qué no dejaste las cosas como estaban?

—No podía —le dijo Azogue.

—Lo sé.

Llegaron al borde del claro y se detuvieron justo detrás de un muro de piedra bajo e irregular casi enterrado bajo unas enredaderas. La entrada era un arco de piedra tosca entreverado de raíces negras. La casa que había detrás mostraba una fachada ennegrecida.

—Venga, vamos allá —dijo Azogue con un gruñido bajo mientras rodeaba la carreta por detrás—. Antes de que el buey salga disparado...

—¿Qué estamos haciendo?

—Vamos a subirlo por el sendero. Escucha, Barathol, tenemos que quedarnos en el sendero, ¿entiendes? Ni un solo paso fuera, ni uno. ¿Entiendes?

—No...

—Esta es la Casa del Finnest, Barathol. Es una azath.

El antiguo sargento parecía encontrarse en medio de una nube de carne podrida. Las polillas se arremolinaban, frenéticas.

Confuso, asustado, Barathol ayudó a Azogue a sacar el cuerpo de Chaur de la carreta y con el falari por delante y caminando de espaldas, paso a paso, con mucho cuidado, fueron subiendo por el sendero de baldosas.

—¿Sabes? —dijo Azogue entre jadeo y jadeo, porque Chaur era un hombre muy grande y, habiéndose convertido en un peso muerto, no era nada fácil llevarlo—, estaba pensando. Si la maldita luna se puede romper así, ¿quién dice que no le puede pasar lo mismo a nuestro mundo? Podíamos estar solo...

—Calla —le soltó Barathol con aspereza—. Me importa una mierda la luna, ya lleva tiempo intentando matarme. Cuidado, ya casi estás.

—Vale, déjalo en el suelo, así, con suavidad, en las piedras... sí, eso, ya está.

Azogue se acercó a la puerta, fue a coger el cuchillo que llevaba en el cinturón y lanzó una maldición.

—El cuchillo también. ¡No me lo puedo creer! —Cerró un puño y aporreó la madera.

El sonido que hizo recordó a unos puñetazos contra una pared de carne. No había reverberación, ni ecos.

—Ay, eso ha dolido.

Esperaron.

Suspirando, Azogue se dispuso a llamar una segunda vez, pero entonces algo hizo un ruido metálico al otro lado de la barrera y un momento después la puerta se abrió de golpe con un estruendoso chirrido.

La alta monstruosidad no muerta llenó el umbral. Unas cuencas vacías, ahogadas en sombras, los contemplaron... o no; era imposible saberlo.

Azogue cambió el peso de pie.

—¿Estás ocupado, Raest? Necesitamos utilizar el suelo del pasillo que tienes detrás...

—Oh, sí, estoy muy ocupado.

El falari parpadeó.

—¿En serio?

—El polvo se reproduce. Las telarañas se espesan. La cera de las velas mancha superficies valiosas.

¿Qué quieres?

Azogue volvió la cabeza y miró a Barathol.

—Ah, un cadáver con sentido del humor, ¿qué te parece? Y sorpresa, es hasta divertido y todo. — Volvió a mirar al jaghut y sonrió—. Por si no te habías dado cuenta, la ciudad entera se ha vuelto loca, por eso me imaginé que estarías sufriendo cierto...

—Perdona —lo interrumpió Raest—, ¿está ocurriendo algo?

A Azogue casi se le saltaron los ojos.

—¡Los Mastines de Sombra andan sueltos!

Raest se inclinó hacia delante como si quisiera examinar los alrededores y luego volvió a echarse hacia atrás.

—Por mi patio, no.

Azogue se tiró de los pelos.

—Confía en mí, corren malos tiempos esta noche; y ahora, si te apartas un poquito...

—Aunque, ahora que lo pienso, es verdad que tuve una visita hace un rato.

—¿Qué? Oh, bueno, me alegro por ti, pero...

Raest levantó una mano desecada y señaló.

Azogue y Barathol se volvieron. Y allí, en el patio, había un montículo fresco de tierra humeante. Las enredaderas lo estaban recubriendo de forma visible.

—Dioses del inframundo —susurró el falari mientras hacía un gesto de protección con una mano.

—Un t'lan imass con unas piernas raras —dijo Raest—. Parecía abrigar cierto desagrado hacia mí. — El jaghut hizo una pausa—. No imagino por qué.

—Debería haberse quedado en el sendero —rezongó Azogue.

—¿Qué saben los t'lan imass de senderos? —preguntó Raest—. En cualquier caso, sigue demasiado enfadado para conversar. —Otra pausa—. Pero hay tiempo. Soldado, has sido negligente. Por tanto me resisto a ceder terreno, por así decirlo.

—¡Y un Embozado que lo he sido! —Y Azogue metió la mano bajo la túnica y sacó de un tirón una forma mustia y medio podrida—. ¡Pero si encontré tu maldito gato blanco!

—Ah, pues sí. Qué amable. En ese caso —Raest se retiró un poco—, entrad, por favor.

Barathol vaciló.

—¿Qué logrará esto, Azogue?

—No morirá —respondió el antiguo sargento—. Ahí dentro es como si el tiempo no existiera. Confía en mí. Podemos buscarnos un sanador de verdad mañana, o dentro de un mes, da igual. Siempre que esté respirando cuando atravesemos el umbral con él. Así que, venga, ayúdame. —Entonces se dio cuenta que seguía aferrado al gato muerto, así que se acercó al jaghut y le metió el espeluznante bicho en los agradecidos brazos.

—Lo llamaré *Mechones* —dijo Raest.

La marea negra cesó su avance, que parecía inexorable. Un aliento lento, superficial, sostenido a medias. Un corazón esforzado que quedó flotando en pleno latido. Pero esa chispa de conciencia, envalentonada de repente, partió en un viaje de exploración y descubrimiento. Tantos caminos que llevaban tanto tiempo en la oscuridad...

Dragnipur ha bebido hasta la saciedad, hasta la última gota.

Dragnipur, espada del padre y asesina del mismo. Espada de las cadenas, puerta de la oscuridad, carga con ruedas de la vida y la vida siempre huye de la disolución, ¡y ha de hacerlo! Arma afilada a la que nada importa quién la empuña. Rebana con indiferencia, rebana a ciegas, rebana cuando hacerlo es su propósito, su perfecto cometido.

Dragnipur.

Las espantosas contiendas entre hermanas perdieron su importancia, se presentaba algo, casi al alcance. Los asuntos de posesión definitiva podían solucionarse más tarde, con tranquilidad, en una bañera enorme de hierro forjado llena hasta el borde de sangre caliente.

Un pacto temporal. Oportunismo personificado, Rencor se sobrepuso, Envidia se tranquilizó.

Detrás de ellas, un cráter se hundió despacio, los bordes encogiéndose sobre sí mismos, el calor disipándose a toda prisa. Las superficies fundidas de los edificios se volvieron vidriosas con todos los tonos del arcoíris. Por el momento, el brillo de esos colores no quedó más que insinuado bajo el fulgor de esa luna, pero esa luz reflejada había dado comienzo a un millar de nuevos juegos que insinuaban algo mucho más mortífero. Que estaba por llegar, aún estaba por llegar.

Los incendios se fueron consumiendo en toda la ciudad.

La presión de Dragnipur desenvainada mata de hambre las llamas de la destrucción. La oscuridad es anatema para esas fuerzas, después de todo.

Sí, salvación que se halla en un arma liberada.

Las hermanas estaban furiosas, pero no tan furiosas como para no comprender la agradable ironía de todo aquello.

Sofoca la violencia.

Invita al asesinato.

No estaba en condiciones de resistirse a ellas, no a las dos; era extraordinario que una alianza así no hubiera sucedido mucho antes de esa noche. Pero las heridas fraternas son de las que se enconan, y los temperamentos en guerra suelen ser ciegos a cualquier gesto de pacificación. Lo que se precisaba era el incentivo adecuado.

Por desgracia, no se le ocurrió a ninguna de las gemelas que su padre comprendía demasiado bien el peligro potencial de sus hijas si fraguaban una alianza. Y al darles forma, con tanto cuidado, con tanta perfección como había dado forma a la propia Dragnipur, había hecho lo posible para mitigar el riesgo.

Y así, mientras iban calle arriba una junto a la otra, Rencor ya había comenzado a planear la fatídica puñalada por la espalda que le asestaría a su hermana. Envidia, mientras, se entretenía con pensamientos casi idénticos, pero lógicamente con los papeles invertidos.

Pero lo primero era lo primero.

Matarían a Anomander Rake.

Pues Dragnipur ha bebido hasta la saciedad, hasta la última gota...

—Karsa, por favor.

Las cenizas flotaban en el aire entre un humo pestilente. Gritos lejanos anunciaban trágicas escenas. La última noche de los festejos de Gedderone se estaba hundiendo entre desdichas y sufrimiento.

—No se puede hacer nada, Samar Dev. Pero haremos esto, seremos testigos. Soportaremos ese sufrimiento, si es que podemos.

La bruja no se esperaba semejante incertidumbre en el toblakai. La humildad siempre le había resultado ajena, o eso le parecía a ella. Ni siquiera había sacado su espada de pedernal.

Iban veinticinco pasos por detrás de Viajero. Vieron una puerta ladeada que se arqueaba sobre la amplia calle en ascenso a unos cientos de pasos por delante. Pero el guerrero al que seguían había ralentizado el paso. Había algo, alguien, en el centro de la calle, delante de Viajero. Y multitudes silenciosas a ambos lados, multitudes que se estremecieron cuando llegaron los Mastines moviéndose con pesadez; se estremecieron, pero no huyeron.

Algo los mantenía allí, algo más fuerte que el miedo.

Samar Dev percibió la presión que pasaba a su lado, envolviéndola como un viento, un viento que atraía algo de nuevo, directamente hacia esa figura acurrucada, que, en ese momento, al fin, se agitó.

Viajero se quedó plantado a unos seis pasos del desconocido y observó en silencio al hombre que se erguía.

Tiste andii.

Cabello de plata. En sus manos, una espada que arrastraba cadenas fantasmales... *oh... espíritus del inframundo, oh, no...*

Habló Viajero.

—Dijo que te interpondrías en mi camino. —La voz se oía con claridad, fuerte como las olas precipitándose contra una oscura orilla.

El corazón de Samar Dev dio un vuelco.

Cuando Anomander Rake respondió, sus palabras fueron frías, sólidas e inflexibles.

—¿Qué más te dijo?

Viajero negó con la cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó—. Presiento... que está cerca. ¿Dónde está?

No es Cotillion. Es alguien diferente esta vez. A quien busca Viajero. A quien ha buscado siempre.

—Sí —dijo Rake—. Cerca.

Sonidos densos, aleteos que llegaban flotando del humoso cielo nocturno. La bruja alzó los ojos, alarmada, y vio Grandes Córvidos. Aterrizaron en salientes de tejados. Decenas, centenares, silenciosos salvo por el latido del aire bajo las alas encorvadas. Se iban reuniendo, cada vez más, por el arco de la puerta y las secciones de muro a ambos lados. Aterrizaban por todas partes, *siempre y cuando fuese un lugar desde donde pudieran observar.*

—Entonces, apártate —ordenó Viajero.

—No puedo.

—Maldita sea, Rake, no eres mi enemigo.

El Hijo de la Oscuridad ladeó la cabeza, como si le acabaran de hacer un cumplido, un regalo inesperado.

—Rake. Jamás has sido mi enemigo. Lo sabes. Incluso cuando el Imperio...

—Lo sé, Dassem. Lo sé.

—Dijo que ocurriría esto. —Había consternación en esa frase, y resignación.

Rake no respondió.

—Dijo —continuó Dassem— que no cederías.

—No, no pienso ceder.

—Por favor, ayúdame, Rake, ayúdame a entender... ¿por qué?

—No estoy aquí para ayudarte, Dassem Ultor. —Y Samar Dev oyó un sincero pesar en aquella declaración. El Hijo de la Oscuridad rodeó con las dos manos la larga empuñadura de Dragnipur y, tras girar el pomo hacia arriba y hacia la derecha, fue ensanchando poco a poco la postura—. Si tanto quieres

al Embozado —dijo—, ven a por él.

Dassem Ultor, la Primera Espada del Imperio de Malaz, *al que se suponía muerto. Como si el Embozado fuese a querer a ese*, Dassem Ultor, al que habían conocido como Viajero, desenvainó su espada, la hoja grabada al agua destelló como si estuviera bañada en plata fundida. La imagen de una ola que se alzaba floreció en la mente de Samar Dev. *Dos fuerzas. Mar y piedra, mar y piedra.*

En los espectadores de ambos lados había comenzado un cántico en tonos profundos y suaves.

Samar Dev se quedó mirando las hileras de rostros, esos ojos brillantes, esas bocas moviéndose al unísono. *Dioses del inframundo, el culto de Dessembræe. Estos son devotos, y se encuentran delante de su dios.*

Y ese cántico, sí, era un murmullo, era la cadencia del agua profunda al levantarse. Fría y hambrienta.

Samar Dev vio que la mirada de Anomander Rake se posaba por un instante en la espada de Dassem, y le pareció que surgía una sonrisa triste un instante antes de que atacara Dassem.

Para todos los presentes —los devotos, Samar Dev, Karsa Orlong, incluso los cinco Mastines de Sombra y los Grandes Cuervos encorvados en cada saliente—, ese primer choque de armas fue demasiado rápido como para percibirlo. Saltaron chispas sesgadas, el aire nocturno resonó con paradas salvajes, contraataques, el crujido seco de los filos contra los aguilonos. Incluso los cuerpos no eran más que un contorno desdibujado.

Y, entonces, los dos guerreros retrocedieron dando tumbos y abrieron la distancia entre ellos una vez más.

—Por las Caras en la Roca —siseó Karsa Orlong.

—Karsa...

—No. Solo un idiota se interpondría entre esos dos.

Y el toblakai parecía... afectado.

Dassem se volvió a abalanzar. No hubo gritos de guerra, ni maldiciones bramadas, ni siquiera gruñidos que estallaran cuando los golpes furiosos batían el hierro forjado. Pero las espadas habían comenzado a cantar, un par de voces horrendas, luctuosas, que se alzaban en una síncope espeluznante. Sablazos, cuchilladas, estocadas bajas, el silbido de una hoja al cortar el aire allí donde una cabeza había estado apenas un instante antes, cuerpos que se retorcían para esquivar los contragolpes, y chispas que llovían, se derramaban, salían de los dos combatientes y rebotaban como fragmentos de estrellas en los adoquines.

Esa vez no se separaron. Aquel violento agujero no se aplacó, sino que continuó, de un modo que casi no parecía posible. Dos fuerzas, ninguna cedía, ninguna estaba preparada para dar un solo paso atrás.

Y, sin embargo, a pesar de toda aquella cegadora velocidad, la refulgente cascada que salpicaba como sangre de hierro, Samar Dev vio el golpe mortal. Lo vio con claridad. Vio su verdad innegable, y de algún modo, de algún modo, todo parecía equivocado.

Rake con las piernas muy abiertas, girando el pomo en lo alto, delante de la cara, con la punta de Dragnipur hacia abajo, como en un eco de su primera postura, y más alto todavía, y Dassem, la mano libre uniéndose a la otra en la empuñadura de la espada, arrojando todo su peso en una estocada cruzada; el guerrero alzándose como si estuviera a punto de volar y abalanzarse sobre Rake en un abrazo. Y su estocada se encontró con el filo de Dragnipur en un ángulo recto, un único momento que dio forma a una cruz perfecta elaborada con el choque de las dos armas, y luego el poder del golpe de Dassem lanzó a Dragnipur hacia atrás...

Y el filo interno se clavó en la frente de Anomander Rake y le atravesó toda la cara.

Las manos enfundadas en guanteletes se apartaron del mango como impulsadas por un resorte, pero Dragnipur permaneció encajada, como si saliera de su cabeza, mientras el tiste andii caía hacia atrás, la

sangre brotando de la punta cuando el Hijo de la Oscuridad se derrumbó de espaldas.

Ni siquiera el impacto expulsó a Dragnipur. La espada se estremeció y ya no quedó más que una canción, quejumbrosa y desvaneciéndose en la quietud repentina.

La sangre hirvió, se volvió negra. El cuerpo tirado en los adoquines no se movió. Anomander Rake estaba muerto.

Dassem Ultor bajó poco a poco su arma, con el pecho jadeante.

Y, entonces, gritó con una voz tan llena de angustia que pareció desgarrar el aire nocturno. A ese grito inhumano se unió un coro de chillidos cuando los Grandes Cuervos echaron a volar de pronto, alzándose como un inmenso velo de plumas que daba vueltas por encima de la calle y luego emprendía el descenso en círculos. Los devotos del culto se apartaron estremecidos y se agazaparon contra los muros de los edificios, su cántico sin palabras ahogado por la cacofonía de aullidos de esa mortaja negra, reluciente, que se descolgaba como una cortina.

Dassem se tambaleó hacia atrás, cayó de lado como un borracho, su espada arrastrándose detrás de él, la punta dibujando un rastro serpenteante por los adoquines. Lo detuvo en seco un muro picado, se hundió contra él y enterró la cara en el hueco del brazo, que parecía ser lo único que lo mantenía erguido.

Destrozados. Destrozados. Están destrozados.

Que los dioses los perdonen, están destrozados.

Karsa Orlong la sobresaltó entonces cuando giró hacia un lado y escupió con ganas en la calle.

—¡Hizo trampas! —dijo—. ¡Trampas!

Samar se lo quedó mirando, espantada. No sabía a qué se refería, pero... no, sí que lo sabía. Sí, lo sabía.

—Karsa, ¿qué acaba de pasar? —*No podía ser. No podía ser así*—. Vi... vi...

—Viste la verdad —dijo el toblakai mostrando los dientes, la mirada clavada en el cuerpo caído—. Como la vio Viajero, y mira lo que le ha hecho.

Por toda la zona en torno al cadáver de Anomander Rake era un hervidero de Grandes Cuervos revueltos, aunque ninguno se acercó lo suficiente para tocar la piel cada vez más fría, y luego los cinco Mastines de Sombra, ninguno de ellos libre de heridas, se acercaron para apartar a los pájaros, como si quisieran formar un círculo protector alrededor de Anomander Rake.

No, él no. La espada...

Una inquietud se despertó en Samar Dev.

—Esto no ha terminado.

La bestia percibe la debilidad. La bestia reconoce el momento de vulnerabilidad, la oportunidad. La bestia sabe cuándo debe golpear.

La luna murió y, al morir, comenzó su tortuoso renacimiento. El cosmos es indiferente a las pequeñas y mezquinas peleas de todo lo que reptar, gimotea, sangra y respira. Ha arrojado sus suertes sobre las hebras de leyes inmutables, y en el quejumbroso desenmarañarse de millones de años, de decenas de millones, cada suerte será revelada. En su momento, será revelada.

Algo inmenso había llegado de las profundidades de la negrura y había golpeado a la luna poco tiempo atrás. Por un breve momento, un estallido inicial provocado por el impacto había hecho llover fragmentos sobre el mundo que acompañaba a la luna, pero fue la onda de choque lo que significó el fin de la luna golpeada, y eso llevó tiempo. En lo más hondo del núcleo, inmensas mareas de energía abrieron fisuras gigantescas. Fuerzas contundentes que hicieron pedazos la corteza. La energía se absorbió hasta que no pudo soportar más. La luna estalló en pedazos.

Dejemos el significado profético al capricho de mentes entusiastas. Al cosmos le da lo mismo. Los hados no forzarán una sonrisa.

Procedente de un millar de fuentes, la luz reflejada del sol bailó desenfrenada sobre el azul, verde y ocre del mundo de allá abajo. Las sombras fueron devoradas, la oscuridad, expulsada. La noche misma se rompió en un millón de fragmentos.

En la ciudad de Darujhistan, la luz estaba por todas partes, como los dedos de un dios. Rozando, hurgando, pinchando, metiéndose por callejones que jamás habían visto el sol. Y cada asalto hacía pedazos tanto la oscuridad como la sombra. Cada invasión se prendía en una proclamación de poder.

Bendita serendipia, pero no era una oportunidad que se pudiera ignorar, no. Esa noche no. No en la ciudad de Darujhistan.

Pálido y Cerrojo, las pieles blancas como el hueso salpicadas de carmesí, el pellejo colgando en tiras, con horribles heridas perforadas que dejaban agujeros ribeteados de rojo en los cuellos y más zonas, bajaban uno al lado del otro por la avenida principal que corría paralela a la orilla del lago. Doloridos, pero impertérritos.

La luz florecía, corría como agua por su camino.

La luz entraba con haces sesgados entre los edificios, y algunos de ellos destellaban y de esos destellos surgían más Mastines.

Contemplad todos, los Mastines de Luz han llegado.

¿Qué, el mundo cambia de forma inesperada? ¿Sin insinuación alguna, sin una vaga idea? ¡Qué terrible!, ¡qué inesperado! Qué perfecto y... natural. Abundan las reglas, las leyes talladas en piedras, pero no son más que ilusiones. Contempla a aquellos a los que no les importa. Mira la conciencia burlona en sus ojos fieros. Despotrica contra lo desconocido, incluso cuando las mandíbulas se abren de par en par para la gorjeante garganta.

Pero no le deis problemas al hombre orondo. Que extiende las manos regordetas. Que se encoge de hombros. Se reserva su sonrisa maliciosa para... ¡bueno, para ti!

Venasara y Molde fueron los primeros en unirse a Pálido y Cerrojo. Molde pesaba casi el doble que Cerrojo, mientras que Venasara todavía tenía las señales de la ordalía de parir a una camada de crías peleonas. Ultima no tardó en llegar, miembros largos, el pelaje lustroso, la ancha cabeza mirando hacia abajo al final de un musculoso cuello. Los enormes caninos superiores de Ultima sobresalían. Lo que se veía de los colmillos, largos como dagas, resplandecía de color blanco.

En un cruce, más adelante, esperaban Jalan, Agarre y Hanas, los tres más jóvenes de la jauría, el pelaje de punta y los ojos destellando con una emoción cruel.

Andares y Ghennan fueron los últimos en llegar, el señor y la señora de la jauría, más plateados que blancos, con morros llenos de cicatrices, deformados por siglos de pavorosas batallas. Esos dos llevaban gruesos collares de cuero negro tachonados de perlas y ópalos, aunque en menor cantidad de la que en otro tiempo había adornado esas orgullosas bandas.

Eran un total de diez. Y todos a la altura de cualquier Mastín de Sombra.

De los que no había más que, ah, cinco.

Nadie se interpuso en el camino de esas bestias. Que iban a reclamar un premio para su señor.

Dragnipur. Una espada de justicia perfecta.

Una justicia de lo más perfecta.

En lo alto del cielo, sobre la ciudad, ladeándose, deslizándose y bajando para evitar cada haz de luz infernal, un dragón no muerto seguía los pasos a los Mastines de Luz.

Tulas Pelado no estaba nada contento, aunque algo fluía dulce como un arroyo por su mente. Una especie de bendición, iluminada con unas notas leves, cantarinas, de asombro.

Tulas Pelado no sabía que el Embozado, Señor de los Asesinados, podía resultar ser tan... generoso.

O quizá no era más que el talento de los jaghut para anticiparse a lo peor.

Como podría observar cualquier ancestral, no hay nada peor que un dragón suspicaz.

No te aflijas. Conserva esas propensiones un poco más. El momento llegará.

Algunos dones son malvados. Otros no lo son, pero aún queda por descubrir lo que son en realidad.

Descansa los próximos momentos, pues hay más que contar.

Iskaral Pust cabalgaba como un demente. Por desgracia, la mula que llevaba debajo había decidido que bastaría un ritmo lento y pesado, lo que los convertía a los dos en una pareja de lo más incongruente. El sumo sacerdote daba bandazos de adelante atrás, se lanzaba de un lado a otro. Sus pies se alzaban por los aires, los dedos apuntando al cielo, luego volvían a bajar en golpes secos. Los talones aporreaban los insensibles flancos en un redoble de golpes sin ritmo alguno. Las riendas se agitaban por el aire, pero la mula había roído el bocado, así que no estaban acopladas más que a dos raigones mutilados que parecían decididos a dejar a Pust sin sentido de una paliza.

El sacerdote se agitaba como si montara un toro agujoneado. Empapado de sudor, un rictus salvaje en los labios, el blanco de los ojos visible alrededor de las cuencas saltonas.

La mula, en fin, la mula caminaba. Clon clon (pausa) clon (pausa) clon clon. Y así siempre.

Revoloteando justo por encima de la cabeza de Iskaral Pust, esquivando con acrobacias los extremos del bocado, se agitaba la bandada de bhokarala, igual que enormes mosquitos, ¡y cómo se sacudía la cola de la mula de un lado a otro! El animal intentaba apartarlos a base de golpes de rabo, pero de acuerdo con la filosofía de la hermandad de los mosquitos, los bhokarala no se rendían sino que estaban ansiosos por reclamar el siguiente trozo de estiércol que iba saliendo debajo de aquel rabo. Por el que lucharían con garras, dientes y zarpas.

Persiguiendo a jinete y mula había un río de arañas que fluían como un arroyo negro y resplandeciente por los adoquines.

En un momento dado, tres Mastines blancos cruzaron con paso pesado la calle a menos de veinte pasos de distancia. Un trío de inmensas cabezas feas se giraron para contemplar a mula y jinete. Y para demostrar que iba muy en serio, la mula alzó las orejas. Clon clon (pausa) clon clon clon.

Los Mastines siguieron su camino.

Más vale no molestar a una mula.

Por desgracia, como Iskaral Pust y su plácida montura estaban a punto de descubrir, había fuerzas en el mundo que podían confundir a los dos.

Y al fin llega la brillante, ardorosa, espectacular unión, el penúltimo apogeo de esta intensa noche, cuando el audaz Kruppe azuza a su mula de guerra para que se interponga en el camino de un tal Iskaral

Pust, su mula, su surtido de arañas y sus bhokarala.

Mula ve mula. Ambas se detienen, a apenas quince pasos entre ellas, las orejas tiesas.

Jinete ve jinete. El mago se queda peligrosamente quieto, los ojos entrecerrados. Kruppe agita una mano regordeta a modo de saludo.

Los bhokarala montan un congreso en pleno aire que acaba cuando una bestia aterriza torpemente en los adoquines a la izquierda del sacerdote supremo, mientras las otras encuentran alféizares, salientes y las cabezas de bellas gárgolas en las que encaramarse, los pechos palpitando y las lenguas colgando.

Las arañas salen disparadas.

Así queda montado el retablo.

—¡Fuera de mi camino! —chilló Iskaral Pust—. ¿Quién es este idiota y cómo se atreve a hacer el idiota conmigo? ¡Lo trituraré! Lo aplastaré ¡Amagaré a la derecha y esquivaré a la izquierda y pasaremos en un visto y no visto! Mira esa patética mula, ¡jamás nos atrapará! Tengo una espada que reclamar. ¡Mía, sí, mía! ¡Y verás cómo se arrastra y suplica Tronosombrío! ¡Iskaral Pust, sumo sacerdote de Dragnipur! ¡El espadachín más temido en diez mil mundos! Y si crees que has visto la justicia más veleidosa, ¡espera y verás! —Después se inclinó hacia delante y sonrió—. Amable señor, ¿sería tan amable de apartarse y apartar a su bestia? Debo acudir a una cita, ya me entiendes. A toda prisa, de hecho. —Y luego siseó—. ¡Mueve tu culo gordo, bola de sebo vestida de rojo que alguien hizo rodar por el suelo de un bosque! ¡Venga! ¡Largo!

—De lo más confuso, desde luego —respondió Kruppe con su sonrisa más beatífica—. Parece que estamos en desacuerdo, puesto que usted pretende encaminarse en una dirección que inevitablemente chocará nada menos que con Kruppe, la anguila de Darujhistan. Pobre sacerdote, es tarde. ¿Sabe su dios dónde se encuentra?

—¿Anguila? ¿Kruppe? ¿Chocar? Gordo y encima idiota, qué combinación más vil, ¡y tenía que ser esta noche! Oye, vete por otra calle. Si me topo con esa Anguila Mierdosa, me aseguraré de avisarle de que lo estás buscando. Es lo menos que puedo hacer.

—No creo, pero da igual. Yo soy Kruppe, por desgracia, la Anguila Mierdosa.

—Pues muy bien, nos hemos encontrado. Me alegro de quitarlo de delante. ¡Y ahora déjame pasar!

—Kruppe lamenta que todos y cada uno de los senderos que intente tomar se verán bloqueados por nada menos que el propio Kruppe. A no ser que, claro está, que llegue a la conclusión de que lo que busca no merece el esfuerzo, ni el pesar que seguramente ello conllevará, y por tanto tome la sabia decisión de regresar a su ensombrecido templo.

—¡Tú no sabes lo que quiero así que no es asunto tuyo lo que yo quiera!

—Malentendidos a mansalva, pero, espera, ¿entiende algo siquiera este necio babeante?

—¿Qué? ¿Se suponía que no debía oír eso? ¡Pero lo oí! ¡Lo oí, gordo idiota!

—El buen hombre solo creyó oírlo. Amable sacerdote, Kruppe le asegura que solo ha oído mal. ¿Amable sacerdote? Bueno, Kruppe es demasiado generoso, demasiado compasivo, compasivo en exceso, ¡así se dice! ¿O se dice así se habla? No importa, tampoco es que ese sonriente sapo vaya a entenderlo. Caramba, si su mula tiene una expresión más perspicaz que él. Bueno, amable sacerdote, se hace tarde y usted debería estar en la cama, ¿sí? Miserablemente solo, sin duda. ¿Eh?

Iskaral Pust se lo quedó mirando. Se quedó con la boca abierta. Con los ojos desorbitados miró al bhokaral que se había agachado en los adoquines junto a él y le hacía muecas de pasmo, asombro y agitación.

—¡Mis devotos! ¡Claro! ¡Tú! ¡Sí, tú! ¡Reúne a tus parientes y atacad a ese gordo idiota! ¡Atacad!

¡Vuestro dios os lo ordena! ¡Atacad!

—¡Mlawhlaoblossblayowblagmilebbingoblaiblblafblablallblayarblablabnablahblallblah!

—¿Qué?

—¿Bla?

—¿Bla?

—¿Yarb?

—¡Bah! ¡Eres un estúpido, inútil y feo!

—¡Blabluablablalahlalalabala también!

Iskaral Pust lo miró con el ceño fruncido.

El bhokaral le devolvió la mirada con el mismo ceño.

—¡Veneno de rata! —siseó Pust. Y luego sonrió.

El bhokaral le ofreció una salchicha de estiércol. Y luego sonrió.

Bueno, hasta ahí las negociaciones razonadas.

El gorjeante grito de Iskaral Pust quedó un tanto ahogado cuando se inclinó hacia delante, encaramado a los estribos, con las manos estiradas como las garras de un ave de rapiña, y la mula empezó a avanzar con paso reticente.

Kruppe observó aquella carga agónica. Suspiró.

—En serio. ¿Hace falta llegar a esto? Bueno, así sea. —Y arreó a la mula.

Las bestias se acercaron, paso a paso. A paso.

Iskaral Pust arañó el aire, meciéndose y ladeándose, meneando la cabeza. Los bhokarala chillaban y dibujaban círculos frenéticos sobre su cabeza. La mula del sumo sacerdote meneó la cola.

La mula de guerra de Kruppe viró a la derecha. La mula de Pust giró a su derecha. Las cabezas quedaron una al lado de la otra, después los hombros. Momento en el que los dos animales se detuvieron.

Entre gruñidos y escupitajos, Iskaral Pust se abalanzó contra Kruppe, que soltó un sorprendido ¡uf! Volaron los puños, los pulgares apuñalaron, las mandíbulas lanzaron dentelladas... El sumo sacerdote arremetió enloquecido y la Anguila levantó los antebrazos para repelerlo, solo para golpear a Pust sin querer en la nariz con una regordeta mano. La cabeza se bamboleó hacia atrás, un aturdido resuello. El ataque se reanudó.

Forcejearon. Cayeron de sus monturas y aterrizaron sobre los adoquines en un frenesí de cuerpos.

Los bhokarala se unieron a la refriega, precipitándose desde las alturas entre berridos y gruñidos, arremolinándose sobre los combatientes antes de ponerse a pelear entre sí. Puños volando, pulgares apuñalando, mandíbulas lanzando dentelladas. Las arañas se abalanzaron desde todos lados, sus diminutos colmillos mordisquearon todo lo que veían.

La masa entera se revolvía y borboteaba.

Las dos mulas se alejaron un poco y después se giraron a la vez para observar la pelea.

Mejor dejemos esta atroz escena de momento.

De verdad.

Cuando las dos mujeres aparecieron a cierta distancia por una vía lateral, vestidas con túnicas transparentes, y se pusieron una al lado de la otra con una elegancia innata, como dos hermanas de noble cuna que han salido a dar un paseo nocturno, los Grandes Cuervos se desperdigaron chillando, y los Mastines de Sombra se detuvieron, se les puso el pelaje de punta y estiraron los labios para enseñar unos

resplandecientes colmillos.

Incluso a esa distancia, Samar Dev podía sentir el poder que emanaba de ellas. Dio un paso atrás con un nudo en el pecho.

—Por el Embozado, ¿quiénes son esas?

Al ver que Karsa no respondía, la bruja volvió la cabeza y vio que estaba contemplando a un jinete solitario que se acercaba por la orilla del lago. El jinete sostenía una lanza, y, en el momento en que los ojos de la bruja se posaron en esa arma, contuvo el aliento con un jadeo. *Dioses, ¿y ahora qué?*

Los cascos del caballo resonaron como la campana agrietada de un templo.

Sin hacer caso del jinete, los Mastines de Sombra echaron a andar hacia las dos mujeres. Las cinco enormes bestias se movían con cautela, las cabezas gachas.

En ese momento, el sumo alquimista Baruk se encontraba junto a su carruaje en el complejo de la hacienda. Quizás a los sirvientes y guardias les pareciera que su señor estaba estudiando el enloquecido cielo nocturno, pero ninguna de estas respetables personas llegaba a poder verle la cara.

El hombre estaba llorando.

No veía la luna hecha pedazos. Tampoco las guirnaldas de humo que pasaban flotando cerca del suelo. A decir verdad, no veía nada que cualquier otro tuviera posibilidad de ver, pues su visión se había vuelto hacia su interior, rememorando una amistad, cargas aceptadas en el pasado y, en todo ello, había una riada creciente, una riada de algo; no estaba seguro, pero le parecía que era humildad.

En el curso de toda una vida se hacen sacrificios, se aceptan legados funestos. Las cargas se soportan sobre una espalda humilde, o cabalgan sobre los hombros de mártires resentidos. Esas son las alternativas de las que dispone el espíritu. No cabía duda alguna respecto a cuál había elegido el Hijo de la Oscuridad.

Un gran hombre estaba muerto. Su vida le había sido arrancada con crueldad esa funesta noche.

Y él había perdido a un amigo.

De nada le servía comprenderlo, aceptar que se habían tomado muchas otras decisiones, y que él todavía tenía que desempeñar un papel en ese trágico final.

No, solo se sentía roto por dentro.

Todo parecía tan tenue, tan frágil. Todo lo que sentía en su corazón, todo lo que veía con sus ojos. Todo tan frágil.

Sí, la luna murió, pero comenzaba un renacimiento.

¿Sería capaz de aferrarse a eso?

Lo intentaría.

De momento, sin embargo, no era capaz más que de derramar esas lágrimas.

Baruk se volvió hacia su carruaje y entró. La puerta se cerró tras él y se acomodó en el banco acolchado. Miró a su visita, frente a él, pero no logró decir nada. No a quien había perdido mucho más que él. Muchísimo más.

Las puertas se abrieron y el carruaje partió, los faroles de las esquinas meciéndose.

Navaja desmontó y dejó al caballo que vagara por donde quisiera. Se adelantó, indiferente a la presencia de los Mastines —que de todos modos parecían concentrados en otra cosa— e indiferente también a los Grandes Cuervos que estaban alejando a los espectadores con picos impacientes por apuñalar y acuchillar. Sus ojos estaban fijos en el cuerpo tirado en los adoquines.

Pasó junto a una mujer que se hallaba al lado de un guerrero altísimo que estaba sacando un mandoble de pedernal mientras miraba algo en el mismo lugar del que acababa de venir Navaja.

Ninguno de esos detalles hacía que Navaja apartase la mirada del cuerpo, ni de esa resplandeciente espada negra tan brutalmente clavada en la cabeza y la cara. Siguió caminando hasta que llegó junto al cuerpo.

La mujer se acercó a él.

—El arma que llevas en las manos... no es...

—Tenemos problemas —dijo Navaja.

—¿Qué?

No podía creer lo que veía. No podía aceptar que el Señor de Engendro de Luna estaba allí tirado, un ojo cerrado, el otro abierto, mirando sin ver. Asesinado por su propia espada. Asesinado... Una vida arrebatada. Arrebatada por Dragnipur.

—¿Cómo ocurrió? ¿Quién pudo...?

—Dassem Ultor.

Al fin la miró. Era de Siete Ciudades, eso saltaba a la vista. Mayor que Navaja, una década, quizá más.

—El nombre me resulta conocido, pero... —Hizo un ademán de indiferencia.

La mujer señaló a un lado y Navaja se volvió.

Había un hombre agachado, derrumbado contra un muro, una espada apoyada junto a él. Había enterrado la cabeza en los brazos. Los ojos de Navaja regresaron con la espada. *Yo la he visto antes... ¿pero dónde? ¿Cuándo?*

—Nosotros lo conocíamos como Viajero —dijo la mujer.

Los recuerdos invadieron a Navaja y dejaron a su paso algo frío, sin vida.

—No es lo mismo —susurró—. Venganza. O dolor. Tú eliges. —Aspiró una bocanada entrecortada de aire—. Esa espada... la forjó Anomander Rake. Era su arma. Antes de Dragnipur. La dejó con su hermano, Andarist. Y luego yo... yo... Beru me proteja...

El gigantesco guerrero se giró entonces.

—Si quieres proteger ese cuerpo —dijo con un gruñido—, entonces prepara esa lanza.

Las dos mujeres se habían detenido a una calle de distancia, con el camino bloqueado por un semicírculo de Mastines, con menos de veinte pasos separando ambos grupos.

Al ver a las mujeres, Navaja frunció el ceño.

—Rencor —murmuró—. ¿Lo adivinaste? ¿O no fue más que una maldita comezón?

—Samar Dev —dijo en tono hosco el gigante—. ¡Bruja! ¡Levanta a Viajero! ¡Lo necesitaré!

—¡Maldito seas! —chilló la mujer que permanecía junto a Navaja—. ¿Qué pasa?

Pero no hizo falta ninguna respuesta. Porque ella misma lo vio, igual que Navaja.

Más Mastines, pálidos como fantasmas, una jauría el doble de grande que la de los Mastines de Sombra. Se acercaban con paso largo desde el Paseo del Lago, a solo un momento de precipitarse a la carga.

—Es la espada —dijo la mujer llamada Samar Dev—. Han venido a por la espada.

Navaja sintió que los miembros se le helaban y que la lanza que llevaba en las manos llameaba.

—Dejadme sitio —dijo el gigante, que se avanzó pesadamente hacia un terreno despejado.

¿Contra diez Mastines? ¿Estás loco?

Navaja fue a colocarse a la izquierda del guerrero. La bruja se precipitó hacia Viajero.

La lanza tembló. Se estaba calentando tanto que no podía sujetarla, pero ¿qué otra cosa tenía? ¿Unas cochinas dagas... contra esos bichos? *Dioses, ¿qué estoy haciendo aquí?*

Pero no se apartaría. Moriría allí, junto a un gigante... que estaba tan condenado como él. ¿Y para qué?

No hay nada... no hay nada en mi vida. Que explique nada de esto. Miró con furia a los Mastines blancos. *Es una simple espada. ¿Qué pensáis hacer con ella? ¿Roer el mango? ¿Mearos en la hoja?* Miró al enorme guerrero que tenía al lado.

—Dime al menos cómo te llamas.

El gigante lo miró.

—Sí —dijo con un brusco asentimiento—. Soy Karsa Orlong de los teblor. Tohlakai. ¿Y tú?

—Azafrán. Azafrán Jovenmano. —Vaciló y después añadió—: En otro tiempo fui ladrón.

—Vuelve a serlo —dijo Karsa con una mueca que enseñaba los dientes—, y róbame la vida de un Mastín esta noche.

Mierda.

—Lo intentaré.

—Con eso me basta —respondió el tohlakai.

Treinta pasos de distancia. Los Mastines blancos se desplegaron, llenaron la calle con un muro de pelaje blanqueado, músculos tensos y filas de colmillos.

Una ráfaga de viento con olor a osario rodeó a Navaja; algo tintineó, resonó en los adoquines, y luego una mano bajó de pronto...

Los Mastines de Luz cargaron.

Mientras tanto, en la calle lateral de la izquierda, las hijas de Draconus desataron sus sendas en un clamoroso torrente de destrucción que envolvió a las cinco bestias que tenían delante.

Una oscilante hoja de hierro llena de muescas que empujó a Spinnock Durav hacia atrás. La sangre salpicaba con cada golpe, los eslabones de la armadura de anillas repiqueteaban en el suelo. Tantas cadenas diminutas rotas, había un rastro de ellas que marcaba cada paso de la tambaleante retirada del guerrero. Cuando su espada recibió los golpes frenéticos de Kallor, la reverberación se transmitió por el brazo de Spinnock y pareció aplastarle los músculos y convertirlos en pulpa inerte.

La sangre se le escapaba por incontables heridas. Se había quedado sin el yelmo de un golpe, un golpe que había dejado un pómulo roto y un oído sordo.

A pesar de todo, él seguía luchando; a pesar de todo, contenía a Kallor ante él.

Kallor.

No había nadie tras los ojos del rey supremo. La rabia desquiciada había devorado al antiguo guerrero. Parecía incansable, un autómata. Spinnock Durav era incapaz de encontrar una brecha, una posibilidad de contraatacar. Apenas era capaz de eludir cada golpe mortal, minimizar los impactos de ese filo dentado, convertir los fragmentos que quedaban de su camisote en el camino inexorable de la hoja.

Magulladuras que se extendían, huesos resquebrajados, cortes abiertos por donde se acumulaba la sangre que le empapaba el jubón de lana, se tambaleaba bajo el ataque incesante.

No iba a durar.

Ya había durado más allá de toda razón.

Spinnock bloqueó otra cuchillada más, pero esa vez el sonido que hizo su espada fue extraño y apagado, y la empuñadura de repente estaba suelta, el mango, separado de la hoja, el pomo se había desprendido. Con un sollozo que era más un jadeo, se agachó bajo el silbido de una hoja y luego se echó atrás de repente...

Pero Kallor siguió presionando, no le concedió distancia alguna, y el mandoble arremetió de nuevo.

La parada de Spinnock le sacudió el brazo y el arma pareció hacerse pedazos en su mano, la fina hoja salió volando por el aire, los fragmentos de la empuñadura se convirtieron en un puñado de trozos que se

desprendieron de sus entumecidos dedos.

La estocada del revés lo alcanzó en el pecho.

El golpe lo derribó y se desplomó sobre la ladera de la zanja, donde se hundió de espaldas, sangrando con profusión por el pecho, y cerró los ojos.

Los fatigados jadeos de Kallor se acercaron.

Unas gotas de sudor cayeron sobre la cara de Spinnock, pero este siguió sin abrir los ojos. La había sentido. Una muerte lejana. Sí, la había sentido, como temía que lo haría. Tanto lo había temido. Y de todas las hazañas que había logrado allí, en ese cruce, todo lo que había hecho hasta ese mismo momento, ninguna podía igualar el coste de la sonrisa que estaba surgiendo en esos labios partidos, sangrantes.

Y eso solo detuvo la espada de Kallor, que no lanzó la última estocada. La detuvo... por el momento.

—¿Qué sentido tenía, Spinnock Durav? —preguntó en voz baja Kallor.

Pero el guerrero caído no respondió.

—No podías ganar. No podías hacer nada más que morir aquí. Dime, maldito seas, ¿qué mierda de sentido tenía?

La pregunta fue un sollozo, la angustia, tan pura, que Spinnock sufrió tal sobresalto que abrió los ojos y miró a Kallor.

Tras la silueta con su aureola de cabello enmarañado, apelmazado por el sudor, los hombros palpitantes, vio Grandes Cuervos, una veintena o más, que llegaban volando del sur.

Y cada vez se acercaban más.

Con un esfuerzo, Spinnock se concentró en Kallor una vez más.

—No lo entiendes —dijo—. Todavía no, Kallor, pero lo harás. Algún día lo harás.

—¡Él no te merece!

Spinnock frunció el ceño y parpadeó para despejarse los ojos.

—Oh, Kallor...

En la cara del rey supremo se veían los estragos del dolor, todo lo que bramaba en los ojos de aquel hombre tan antiguo... Nada de ello tenía su sitio allí. No en la leyenda que era Kallor. No en las pesadillas que daban vueltas y más vueltas alrededor de su nombre. No en el mar sin vida de cenizas que dejaba a su paso. No, lo que Spinnock vio en los ojos de Kallor eran cosas que, sospechaba, nadie volvería a ver jamás.

Fue una especie de regalo.

—Kallor —dijo—, escúchame. Tómame esto como quieras, o no te lo tomes. Yo... lo siento. Que te veas empujado a esto. Y... y ojalá un día muestres tu verdadero yo. Ojalá, un día, quedes redimido a los ojos del mundo.

Kallor lanzó un grito, como si lo hubieran golpeado, y se tambaleó hacia atrás. Se recuperó y enseñó los dientes en una mueca fiera.

—¿Mi verdadero yo? ¡Ah, maldito idiota! ¡Solo ves lo que quieres ver! ¡En este último momento de tu patética e inútil vida! ¡Ojalá tu alma rabie para toda la eternidad en el corazón de una estrella, tiste andii! ¡Ojalá ansíes lo que nunca podrás tener! ¡Para toda la eternidad infernal!

Aquella diatriba había hecho estremecerse a Spinnock.

—¿Ahora me maldices, rey supremo? —preguntó con un susurro.

La cara de Kallor parecía a punto de hacerse pedazos. Se pasó un antebrazo por los ojos.

—No —dijo—. Por supuesto que no. Te mataré limpiamente. Por lo que me has mostrado esta noche, jamás me había enfrentado a una defensa así. —Hizo una pausa y se adelantó otra vez poco a poco, los ojos ardiendo en sus cuencas—. Tuviste oportunidades, Spinnock Durav. Para atacar a tu vez. Podrías haberme herido, sí, podrías haber...

—No estoy aquí para eso, Kallor.

El rey supremo se quedó mirando y un destello de comprensión iluminó su cara.

—No —dijo—. Solo tenías que retrasarme.

Spinnock cerró los ojos una vez más y apoyó la cabeza en el suelo.

—Durante un rato. Puede que nunca lo aceptes, pero era por tu propio bien. Aquello es un desastre. En esa ciudad. Mi señor quería mantenerte a distancia.

Kallor hizo una mueca burlona.

—Qué generoso en su misericordia es tu señor —gruñó.

—Sí —suspiró Spinnock—, siempre lo fue.

Se hizo un silencio.

Ni un solo sonido. Una docena de fatigosos latidos. Otra docena. Por fin, una extraña inquietud obligó a Spinnock a abrir los ojos una vez más, a mirar a Kallor.

Que seguía allí, con la cabeza agachada.

—Sí —dijo Spinnock con un dolor sincero—, ya no está.

Kallor no alzó la mirada. No se movió en absoluto.

—Y así —continuó Spinnock— yo he luchado aquí. En su lugar. Por última vez. —Hizo una pausa—. Y sí, hace que mi muerte parezca... más fácil.

—Oh, cállate, ¿quieres? Estoy pensando.

—¿En qué?

Kallor lo miró a los ojos y le mostró los dientes.

—En ese malnacido. ¡Ese malnacido!, ¡ese sinvergüenza!

Spinnock estudió al rey supremo.

—En fin, eso es todo, entonces —gruñó.

—No quiero volverte a ver, Spinnock Durav. Te estás desangrando, así que te dejo en ello. Tengo entendido que es más tranquilo, más fácil, pero ¿qué voy a saber yo?

El tiste andii lo vio emprender la marcha camino arriba, hacia esa bella ciudad que en esos instantes también sangraba por sus propias y terribles heridas.

Demasiado tarde para hacer nada, ni aunque hubiera querido. Aunque Spinnock Durav empezaba a sospechar que quizá Kallor tampoco habría hecho nada. Quizá se hubiera hecho a un lado.

—Rey supremo —susurró—, lo único que siempre quisiste fue un trono. Pero créeme, no quieres el de Rake. No, orgulloso guerrero, ese no lo querrías. Y creo que quizá te acabas de dar cuenta de ello.

Claro que, cuando se trataba de Kallor, tampoco había forma de saberlo.

Los Grandes Cuervos comenzaban a descender, se posaban con un ruido sordo sobre la superficie embarrada, salpicada de sangre, del camino.

Y Spinnock Durav miró entonces al cielo; las formas oscuras de dos dragones pasaron volando, muy cerca del suelo.

Precipitándose hacia Kallor.

Vio que uno de los dragones giraba de repente la cabeza, los ojos destellando en su dirección, y la criatura se ladeó y dio media vuelta.

Un momento después el otro dragón alcanzó a Kallor, a quien cogió totalmente desprevenido; las garras descendieron, agarraron al rey supremo y lo levantaron por el aire. Con un tronar de alas, el dragón ascendió todavía más con su carga. Unos débiles chillidos de furia se oyeron de boca del hombre que se retorció entre esas garras.

Dragón y rey supremo se hundieron tras una colina, al norte.

Uno de los Grandes Cuervos se detuvo casi a los pies de Spinnock.

—¡Arpía! —Spinnock tosió y escupió sangre—. Habría pensado... Darujhistan...

—Darujhistan, sí. Me habría gustado. Para honrar, para ser testigo. Para recordar, y para llorar. Pero nuestro señor..., bueno, pensó en ti. —La cabeza se ladeó—. Cuando te vimos aquí tirado, Kallor con esa postura amenazante que tanto le gusta, en fin, pensamos que ya llegábamos demasiado tarde, pensamos que le habíamos fallado a nuestro señor... y a ti. Pensamos..., bueno, da igual.

La Gran Córvida estaba jadeando.

Spinnock sabía que no era agotamiento lo que estaba viendo en la antigua ave. *No puedes derramar lágrimas, pero estás inundada de lágrimas de todos modos. Qué extremado, qué terrible angustia.*

El dragón que había regresado aterrizó en ese momento entre las hierbas, al sur del camino. Se transformó y se acercó a Spinnock, Arpía y la bandada de parientes de Arpía.

Korlat.

Spinnock le habría sonreído, pero ya no le quedaban fuerzas para hacerlo, así que solo pudo observarla cuando se acercó a él y utilizó una bota para apartar a una chillona Arpía. Se arrodilló, estiró una mano y rozó la mejilla salpicada de Spinnock. En sus ojos había desolación.

—Hermano...

—Tú cúralo y acaba de una vez —graznó Arpía—, ¡antes de que exhale su último aliento delante de nosotros!

La mujer sacó una extraña petaca.

—Endest Silann mezcló esto. Debería bastar. —Tiró del tapón para quitarlo y puso con suavidad la boca de la botellita entre los labios de Spinnock, luego la inclinó para vaciar el contenido; Spinnock sintió el potente líquido que se deslizaba por su garganta. Una calidez repentina fluyó por su cuerpo.

—Suficiente, en cualquier caso, para llevarte a casa. —Y sonrió.

—Mi última lucha en su nombre —dijo Spinnock Durav—. Hice lo que pidió, ¿no es cierto?

El gesto de la mujer se volvió tenso y reveló algo frágil, destrozado.

—Tienes mucho que contarnos, hermano. Tanto que necesita... explicación.

Spinnock miró a Arpía.

La Gran Córvida se agachó y se alejó dando saltitos.

—¡Nos gustan nuestros secretos —graznó—, cuando es todo lo que tenemos!

Korlat le rozó otra vez la mejilla.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo lo contuviste?

—Bueno —replicó—, encendí las antorchas... acababa de caer la tarde...

Los ojos de la mujer se fueron abriendo poco a poco. Y miró al este, donde el cielo había empezado, al fin, a iluminarse.

—Oh, Spinnock...

Poco tiempo después, cuando Korlat fue a buscar su espada, tirada en la hierba, Spinnock Durav le dijo:

—No, Korlat. Déjala.

Ella lo miró, sorprendida.

Pero a él no le apetecía explicarse.

Sobre las colinas Gadrobi, Kallor consiguió por fin sacar la espada cuando el dragón agachó la inmensa cabeza con las mandíbulas bien abiertas. La estocada se hundió en la blanda garganta, justo

sobre las protruidas clavículas aviares. Un entrecortado grito brotó del soletaken y de repente se estaban hundiendo hacia el este.

El impacto fue de trueno y huesos partidos. El rey supremo se vio lanzado lejos, dando vueltas y deslizándose por la hierba empapada de rocío. Se puso en pie y giró sobre sus talones para mirar al dragón.

Se había transformado. Orfantal, con una expresión de aturdida sorpresa en el rostro, estaba intentando levantarse. Tenía un brazo roto. La sangre le corría por el cuello. Parecía haber olvidado a Kallor cuando se volvió en dirección al camino y se alejó con paso lento.

Kallor lo observó.

Orfantal consiguió dar una docena de pasos antes de caer al suelo.

Al parecer esa era una noche para matar tiste andii.

Le ardían los hombros por las heridas punzantes dejadas por el dragón, que para muchos otros bien podrían haber resultado fatales, pero Kallor no era como muchos otros. En realidad, el rey supremo era único.

En su ferocidad. En su obstinación por vivir.

En el calor seco del horno de odio que se arremolinaba a su alrededor sin parar.

Partió de nuevo hacia la ciudad.

Cuando el amanecer al fin se separó de la noche.

Kallor.

Capítulo 24

No hay lucha demasiado inmensa, no hay probabilidades demasiado abrumadoras, pues incluso si fracasásemos, si cayésemos, sabríamos que hemos vivido.

Anomander Rake
Hijo de la Oscuridad

Los fragmentos grandes como continentes de la luna hecha pedazos reflejaron sobre el mundo la luz del sol. La tela de Noche, que envolvía la ciudad de Coral Negro con tirantez, comenzó al fin a deshilacharse. La telaraña que era esa manifestación anudada de Kurald Galain se deshizo bajo el asalto. Los rayos irrumpieron y la luz de la luna pintó edificios, cúpulas, torres, muros y los jardines largo tiempo muertos que contenían. Un fulgor plateado se filtró por las aguas oscuras de la bahía e hizo que las criaturas fueran a zambullirse en la oscuridad negra como la tinta de las profundidades.

Un mundo nuevo, un mundo joven. Tan inesperada, tan prematura, esa lluvia de muerte.

Endest Silann sintió cada grieta al arrodillarse en el mosaico frío de la gran sacristía del templo. Una vez había contenido las aguas que amenazaban a Engendro de Luna. Una vez, mucho, mucho tiempo atrás, había guiado a su señor hasta ese fatídico último encuentro con la propia Madre Oscuridad. Había sostenido la mano de una moribunda suma sacerdotisa, había compartido con ella el lúgubre conocimiento de que nada la aguardaba, nada en absoluto. Se había erguido, dioses, tanto tiempo atrás ya, y había mirado fijamente sus manos cubiertas de sangre, y en el suelo, el cuerpo de una mujer dulce, amable, la esposa de Andarist. Mientras por la alta ventana las llamas de una moribunda Kharkanas emitían destellos carmesíes y dorados.

Los saelen gara de los bosques perdidos kharkanianos habían creído que la luna era la dulce seducción de Padre Luz, un inocente y virginal regalo para Madre Oscuridad. Para que recordara su amor, allí, en el cielo de la noche. Aunque también habían creído que la luna no era más que el reverso del ojo siniestro de Padre Luz y si uno pudiera remontarse y salvar la inmensa distancia que lo separaba de esa luna, descubriría que no era más que una lente, y que mirar por ella era ver otros mundos para quienes la luna no era la luna, sino el sol. El tejedor de historias de los saelen gara sonreía entonces y hacía unos extraños movimientos con las manos.

—Perspectiva —decía—. ¿Veis? El mundo cambia según donde os coloquéis. Así que elegid, hijos míos, elegid y elegid otra vez, dónde os vais a plantar...

Dónde vais a plantar. El mundo cambia.

El mundo cambia.

Sí, él había contenido al mar. Había metido a Engendro de Luna en un único aliento retenido que había durado meses.

Pero, ahora, ah, ahora su señor le había pedido que refrenara la propia Luz.

Para salvar no una fortaleza, sino una ciudad. No un único aliento que contener, sino el aliento de

Kurald Galain, una senda ancestral.

Pero él era viejo, y no sabía... no sabía...

De pie, a veinte pasos de distancia, metida en un hueco del muro, la suma sacerdotisa observaba. Lo vio luchar, lo vio recurrir a las pocas reservas que le quedaban. Lo vio, lenta e inexorablemente, fracasar.

Y ella no podía hacer nada.

La Luz asediaba a la Oscuridad en el cielo. Un dios enamorado de la muerte asediaba a un hijo de la redención, y quería utilizar la inocencia de ese hijo para usurpar esa debilitada isla de Kurald Galain, para reclamar para sí mismo el mismísimo Trono de la Oscuridad.

Porque ella ha dado la espalda.

Contra todo eso, un hechicero solitario, anciano, destrozado.

No era justo.

El tiempo era el enemigo. Claro que, se dijo la suma sacerdotisa con una irónica amargura, el tiempo siempre era el enemigo.

Endest Silann no podía hacer que cada grieta retrocediese. Ella había empezado a sentir el daño que se estaba forjando en Noche, en los tiste andii de esa ciudad. Llegaba como una enfermedad, un fallo en el equilibrio interno. Ella se sentía más débil.

Nos estamos debilitando todos.

Un hombre viejo y vencido. No era suficiente y lo habían sabido todos, todos salvo el que más importaba. *Lord Rake, tu fe te cegó. Míralo, ahí arrodillado, ahí, mi señor, está tu error fatal.*

Y sin él (sin el poder, aquí y ahora, para mantenerlo todo alejado), sin eso, tu gran plan se derrumbará y quedará en ruinas.

Y nos llevará a todos con él.

Por el Abismo, nos llevará a todos.

Parecía tan obvio. Encontrarse en presencia de Rake era sentir una confianza inmensa, incontestable. Él era capaz de calibrarlo todo con tal precisión que te dejaba maravillado, sumido en la incredulidad y el asombro.

Los planes del Hijo de la Oscuridad nunca salían mal. No pierdas tu fe en él y todo se pondrá en su lugar.

Pero ¿cuántos planes funcionaron gracias precisamente a nuestra fe en él? ¿Cuántas veces nosotros, personas como Endest Silann y Spinnock Durav, hicimos cosas que estaban más allá de nuestras posibilidades, solo para asegurarnos de que la visión de Rake se hacía realidad? ¿Y cuántas veces les podemos pedir lo mismo, a ellos, a nosotros?

Anomander Rake no estaba allí.

No, se había ido.

Se había ido para siempre.

¿Dónde estaba entonces ese núcleo sólido de confianza al que aferrarse ahora con todas sus fuerzas? ¿Al que aferrarse con desesperación, con una necesidad patética?

Jamás deberías habernos dejado esto a nosotros. A él.

La sacerdotisa comprendió que la enfermedad de su alma se estaba extendiendo. Y cuando ella sucumbiera, el último baluarte que protegía a todos los tiste andii de Coral Negro se hundiría.

Y morirían todos. Pues ellos eran la carne de Kurald Galain.

Nuestros enemigos se alimentan de carne.

Lord Anomander Rake, nos has abandonado.

La suma sacerdotisa permaneció en el hueco como si fuese un sarcófago. Febril, viendo cómo Endest Silann se desplomaba lentamente en el centro de ese tímido y orgulloso mosaico que ocupaba todo el suelo.

Nos has fallado.

Y ahora te fallamos nosotros.

Con un agónico resuello, Apsal'ara se impulsó hacia atrás por la viga. La piel de las manos y los antebrazos se le había ennegrecido. Pataleó con desesperada necesidad y se empujó para alejarse todavía más de ese remolino de oscuridad. Consiguió deslizarse de espaldas gracias a la grasa del sudor, la bilis y la sangre. Le salía vapor de los brazos. Tenía los dedos retorcidos como raíces...

El dolor era tan intenso que resultaba casi exquisito. Se retorció, se giró presa en sus garras, y luego se dejó caer de la viga. Las cadenas golpearon la madera empapada. Su peso las arrastró con un estrépito y Apsal'ara oyó que algo se rompía.

Y que caía con un golpe seco sobre la arcilla manchada de ceniza.

Levantó las manos y se quedó mirando. Vio grilletes ribeteados de escarcha y, bajo ellos, eslabones rotos.

Había sentido que la carreta se bamboleaba al dar la vuelta. El horror y la incredulidad habían llenado su alma, y la necesidad de hacer algo la había abrumado, había pisoteado toda precaución, hasta la propia cordura.

Y allí, tirada en el barro frío, áspero, se le ocurrió reír.

Libre.

Libre sin sitio alguno al que huir. Con lo que parecían unas manos muertas, ¿y para qué servía una ladrona con las manos muertas y podridas?

Trató de extender los dedos. Vio que los nudillos se agrietaban como carne carbonizada. Se abrieron unas fisuras rojas. Y, allí, ante su atenta mirada, vio las primeras gotas de sangre que brotaban de ellas. ¿Era esa una buena señal?

—El fuego es vida —entonó—. La piedra es carne. El agua es aliento. El fuego es vida. La piedra es agua es carne es aliento es vida. Arranca una flor de un campo y no florecerá. Llévatela y la belleza muere, y lo que se posee pierde su valor. Yo soy ladrona. No me guardo lo que me llevo. Todo lo que gano lo tiro. Me llevo tu riqueza solo porque tú la valoras.

»Soy Apsal'ara, Señora de los Ladrones. Solo tú has de temerme, tú que codicias posesiones.

Observó que sus dedos se iban estirando poco a poco, observó las motas de piel que se levantaban y se desprendían después.

Sobreviviría. Sus manos habían tocado la Oscuridad y vivían todavía.

Como si eso importara.

Incluso allí, bajo la carreta, la rodeaban los pavorosos sonidos de la guerra. El caos acechaba por todas partes. Las almas morían en números incalculables, y sus gritos revelaban una pérdida que era tan incomprensible que la ladrona se negaba a considerarla siquiera. La muerte de almas honorables. El inmenso sacrificio desperdiciado. No, hasta pensar en ello resultaba insoportable.

Apsal'ara rodó a un lado y se apoyó en rodillas y codos.

Empezó a gatear.

Y tuvo que ahogar un nuevo grito cuando una voz conocida le inundó la cabeza.

«Señora de los Ladrones. Roba el ojo. El ojo del dios. Apsal'ara, roba el ojo...»

Temblando... preguntándose... ¿cómo? ¿Cómo podía meterse así en su mente? Solo podía hacerlo si... solo si...

Apsal'ara ahogó un tercer grito.

Y así... una vez por dolor, una vez por asombro, y una vez por... *por esperanza.*

Volvió a gatear.

Arranca tu flor. Voy a por ti.

Oh, sí, voy a por ti.

Con cada alma consumida crecía el poder del caos. El hambre se desataba con una fuerza renovada, y los atormentados defensores retrocedían otro paso.

Pero se estaban quedando sin pasos.

Las indómitas legiones rodeaban la carreta, ya detenida, y su círculo cada vez más pequeño de almas. La infinidad de muertos que había respondido a la última llamada del Embozado estaba desvaneciéndose, la mayoría de ellos eran demasiado viejos para invocar reminiscencias de fuerza, para recordar siquiera que solo la voluntad albergaba poder. Con hacer frente al enemigo solo habían conseguido ralentizar apenas un poco el avance del caos, mientras todo cuanto quedaba de ellos al final era desgarrado, devorado.

Algunos, sin embargo, estaban hechos de una pasta más dura. Las Espadas Grises, entregados al Embozado por la pérdida de Fener, luchaban con una ferocidad lúgubre. A su mando, Brukhalian era como un monolito enclavado en lo hondo, como si fuera capaz de conseguir, solo con un ejercicio de voluntad, permanecer inamovible, inconquistable. Después de todo, ya lo había hecho antes. La compañía luchó y resistió un tiempo —una asombrosa cantidad de tiempo—, pero sus flancos estaban ya sufriendo el asalto y no tenían más opción que retirarse, pegarse más todavía a la enorme carreta con su montón de cuerpos.

Una veintena de seguleh, todo lo que quedaba de las fuerzas del Segundo, formaban un eslabón imposiblemente fino con las Espadas Grises. Todos y cada uno habían caído a manos de Anomander Rake, y saber eso era suficiente, porque quemaba como el ácido, escocía como la vergüenza. Llevaban sus máscaras, y, mientras luchaban, los trazos pintados, los sigilos del rango, comenzaron a desvanecerse, borrados por los fuegos del caos, hasta que sobre cada guerrero la máscara brilló pura. Como si allí, dentro del mundo de esa espada, un poder pudiera rendirse a verdades más grandes. *Aquí*, parecía decir Dragnipur, *sois todos iguales.*

El otro flanco de las Espadas Grises lo cerraba otro grupo de soldados, los Abrasapuentes, a los que se sumaban restos de otras fuerzas malazanas que acudían al creciente poder de la compañía de élite, y al comandante conocido allí con el nombre de Iskar Jarak.

Los Abrasapuentes estaban dispuestos en un semicírculo que se iba estrechando poco a poco bajo aquel incesante ataque. Espadas Grises en un flanco, y los últimos de los Encadenados en el otro, donde un enorme demonio formaba la punta de una desafiante cuña que se negaba a ceder. Las lágrimas caían por la cara del demonio, que, mientras luchaba, lloraba por los perdidos. Y ese dolor colmaba el corazón de Perla hasta hacerlo estallar. Perla no luchaba por sí mismo, ni por la carreta, ni siquiera por la Puerta de Oscuridad, la Fortaleza Errante. El demonio luchaba por sus camaradas, como lo haría un soldado forzado más allá del límite, forzado hasta que ya no había sitio al que ir.

En el cielo plagado de cenizas, dragones encadenados, loqui wyval y enkarala roturaban surcos entre

las turbulentas nubes de tormenta cada vez más bajas. Los relámpagos restallaban con intención de rodearlos y los desgarraba lentamente. A pesar de todo, ellos seguían luchando. Los enkarala eran implacables, su rabia no pensaba en nada más. Los loqui wyval encontraban fuerzas en unos corazones más grandes que sus modestas proporciones; no, no eran dragones, eran parientes menores, pero conocían el poder de la burla, del desdén. Para los enkarala, el caos era una cosa despreciable. Los dragones, muchos de los cuales llevaban encadenados desde la época de Draconus, se mostraban indiferentes a la Puerta, a todas las demás miserables víctimas de esa temible espada. No luchaban en nombre de ninguna noble causa. No, cada uno luchaba solo, por sí mismo, y sabían que la supervivencia no tenía nada que ver con la nobleza. No se tomaba en consideración ninguna lealtad, la idea de luchar en concierto no rozaba siquiera las mentes incandescentes de esas criaturas. Nada en su naturaleza estaba diseñado para adaptarse a algo que no fuera una singular batalla. Esa era su fortaleza y su condena; pero en medio de aquellas mortíferas nubes de fuego esa fuerza estaba fallando y era su propia naturaleza la que estaba destruyendo a los dragones.

La batalla proseguía embravecida. La aniquilación era un grito ensordecedor que desterraba cualquier otra cosa de las mentes de los defensores. Convirtieron su voluntad en armas y con esas armas desagarraban al argénteo y deforme enemigo, pero se encontraron con que se levantaban otros más ante ellos, aullando, riéndose, las espadas tronando contra los escudos.

Toc no tenía ni idea de dónde había salido ese maldito caballo, pero estaba claro que una voluntad vertiginosa incendiaba su alma. En vida no había sido criado para la guerra, y, sin embargo, luchaba como una bestia que doblara su peso. Daba coces, pisoteaba, lanzaba mordiscos. Raza wickana, de eso Toc estaba bastante seguro, una criatura de una resistencia apabullante, lo llevaba a la batalla una y otra vez, y había empezado a sospechar que fallaría él antes de que lo hiciera el caballo.

Era humillante, no... exasperante.

Luchó por controlar al animal mientras procuraba embestir de nuevo ese muro de caótica rabia. Estaba empezando a ser una costumbre deprimente, eso de morirse una y otra vez. Por supuesto, esa sería la última vez, y un hombre mejor que él encontraría algo de consuelo en eso. Un hombre mejor, sí.

Pero él estaba furioso. Le escupió a la injusticia en el ojo y siguió luchando, incluso cuando su única cuenca sin ojo empezó a picarle como una condenada, hasta que tuvo la sensación de que crepitaba, como si estuviera corroyendo todo para llegar a su cerebro.

Se le cayeron las riendas y estuvo a punto de derrumbarse de la silla cuando el caballo se alejó galopando de la primera línea de los Abrasapuentes. Soltó una sarta de maldiciones, él quería morir al lado de ellos, lo necesitaba..., no, él no era uno de ellos, no estaba a la altura de su poder, de su ferocidad de ascendientes; había visto allí a Trote, y a Detoran. Y a tantos otros; incluso estaba el propio Iskar Jarak, aunque la razón por la que Whiskeyjack había terminado por preferir un nombre de Siete Ciudades en lugar del suyo propio era algo que Toc no alcanzaba a comprender. Y tampoco es que él fuera a preguntarle, dioses, no estaba a su altura, e incluso si lo estuviera, no podría haberse acercado, así de estrecho era el círculo que habían formado los Abrasapuentes alrededor del soldado.

Y ese estúpido caballo lo estaba alejando cada vez más de ellos.

Vio más adelante al Señor de la Muerte. De pie, inmóvil, como si estuviese contemplando a los invitados de un estúpido picnic. El caballo llevaba a Toc de cabeza hacia ese viejo malnacido, que se volvió despacio en el último momento, cuando el caballo se detuvo con un resbalón que levantó una rociada de cenizas y barro.

El Embozado bajó la mirada y la fijó en las salpicaduras que habían caído en sus raídas túnicas.

—¡A mí no me mires! —gruñó Toc cuando recogió las riendas de nuevo—. ¡Yo estaba intentando que la bestia fuese hacia el otro lado!

—Tú eres mi heraldo, Toc el Joven, y te necesito.

—¿Para qué?, ¿para anunciar tus inminentes esponsales? ¿Y dónde está la bruja esquelética en cuestión, por cierto?

—Tienes un mensaje que entregar...

—Entregar, ¿dónde? ¿Cómo? Por si no te habías dado cuenta, aquí tenemos un pequeño problema, Embozado. Dioses, el ojo..., ay, quiero decir, el que me falta... ¡me está volviendo loco!

—Sí, el ojo que te falta. En cuanto a eso...

Justo entonces el caballo de Toc se encabritó sobrecogido por un pánico repentino, pues una nube revuelta se abalanzó como un enorme puño y envolvió a un dragón moribundo que estaba directamente encima de ellos.

Con un juramento, levantando la voz por el miedo, Toc luchó por recuperar el control de la bestia cuando nube y dragón cayeron dando vueltas hacia un lado; el dragón fue empujado contra las legiones agitadas, que se acercaron y lo envolvieron como un enjambre. En solo unos momentos el dragón había desaparecido.

El caballo se agitó, inquieto, y luego se tranquilizó...

Pero enseguida echó a correr de nuevo cuando, en medio de una ráfaga de aire gélido, llegó algo más.

¿Qué se podía esperar cuando accedías a las sugerencias de un cadáver? Ese era la clase de pregunta que se le daba bien formular a Glanno Lona, solo que esa vez se le había olvidado hacerla y resultaba curioso ver cómo ese terror ciego y paralizante conseguía algo así. Sendas y sendas y portales, y puertas y lugares que nadie en su sano juicio querría visitar por muy especial que fuera el paisaje, y no, maldita sea, no sabía dónde diablos habían terminado, pero tenía claro, vaya si lo tenía claro, que no era un sitio agradable.

Los caballos chillaron (aunque es verdad que siempre hacían eso al llegar), el carruaje cayó con un buen estacazo sobre barro grumoso en medio de un coro de crujidos indignados, astillas y calamcofonía, torciéndose para uno y otro lado, y el cielo se estaba viniendo abajo en bolas gigantes de mercurio y había dragones allí arriba, y wyval y el Embozado sabría qué más...

Cadenas que serraban el aire adelante y atrás, por los lados, por arriba; todas surgiendo de la carreta más espeluznante que Glanno había visto jamás, y cargada con más cuerpos de lo que parecía razonable y mucho menos posible.

Así que, por supuesto, él bloqueó todos los frenos, ¿qué otra cosa se suponía que tenía que hacer? Y empezaron a volar cuerpos. Dulcísima Angustia, hecha una suave y elástica bola fruncida, aterrizó rebotando y salió rodando. El inmenso corpachón de Rezongo se retorció en el aire y aterrizó a cuatro patas (miau), y Vahído, mucho menos elegante a pesar de toda su abundantífera belleza, cayó de bruces y toda espatarrada, qué chica más tonta. Amby y Jula pasaron volando abrazados como amantes, al menos hasta que apareció el suelo y se interpuso entre ellos. Reccanto Índole fue a parar junto a Glanno, haciendo crujir el respaldo del pescante.

—¡Serás idiota! ¡No nos habíamos atao! Estaba oscuro y más oscuro y ahora vas tú y nos metes en...

—¡Que no fui yo, cerdo patoso!

La discusión no sobrevivió al momento en el que asimilaron verdaderamente lo que los rodeaba.

Reccanto Índole se incorporó poco a poco.

—Me cago en la leche.

Glanno se levantó de un salto.

—¡Cartógrafo!

Pero se le habían olvidado los entablillados. Soltó un gáñido, se tambaleó y cayó de cara encima de los dos primeros caballos. Los animales se hicieron cada uno a un lado para que Glanno pudiera caer otro poco más antes de acabar enmarañado en toda la porquería que había ahí abajo, momento en el que los caballos se apresuraron a recuperar el terreno perdido en un esfuerzo por aplastarlo y convertirlo en la clase de piltrafa incapaz de volver a sacudir las riendas.

Reccanto se apresuró a subirlo otra vez al pescante. Las ataduras de los entablillados ayudaron, aunque Glanno no paró de chillar de dolor; por lo menos no lo estaban aplastando. Unos momentos después estuvo de nuevo en el pescante astillado.

Un miserable jaghut con aspecto de cadáver se estaba acercando a Cartógrafo, que, atado a una rueda, había terminado boca abajo y tenía los ojos puestos en las botas embarradas del jaghut.

—Había empezado a preguntarme —dijo el jaghut— si os habíais perdido.

Glanno apartó a Reccanto y se dio la vuelta como pudo para presenciar el funesto encuentro; ah, sí, claro, el mismísimo Embozado. ¡Vaya, una maldita reuniolebración familiar!

La sonrisa del revés de Cartógrafo pareció aterrar otra vez al caballo de un soldado cercano, quien soltó una barbaridad de improperios mientras luchaba por tranquilizar a la bestia.

—Mi señor —estaba diciendo Cartógrafo—, los dos sabemos, con toda seguridad, que lo que se va, siempre vuelve. —Y luego tironeó sin fuerzas de sus ataduras—. Y vuelve otra vez —añadió con desánimo.

Rezongo, que se había acercado tambaleándose, lanzó un gruñido desde lo más hondo de su pecho, fue hasta la puerta del carruaje y le dio un par de golpes con el puño.

—¡Maese Quell!

El Embozado se volvió hacia el guerrero.

—Eso no será necesario, engendro de Treach. Mi único requerimiento era que llegarais aquí. Ahora solo tenéis que iros una vez más. Cartógrafo os guiará.

Dulcísima Angustia estaba arrastrando a una aturdida Vahído de regreso al carruaje, demostrando una fuerza sorprendente, aunque el esfuerzo hacía que los ojos le sobresalieran de forma alarmante. Glanno le dio un codazo a Reccanto y señaló con la cabeza a Dulcísima.

—¿Esa cara te recuerda a algo?

Reccanto guiñó los ojos y lanzó una risita burlona.

—Estáis muertos los dos —siseó la mujer.

Amby y Jula aparecieron de la nada y se pusieron a ambos lados de ella, sonriendo entre manchas de barro.

Dentro del carruaje, Mappo empezó a abrir la puerta, pero Quell estiró de golpe una mano temblorosa para detenerlo.

—¡Dioses, no hagas eso!

Preciosa Dedal se había acurrucado en el suelo, a sus pies, y se mecía y gemía.

—¿Qué nos espera fuera? —preguntó el trell.

Quell negó con la cabeza. Estaba blanco como un hueso, la cara bañada en sudor.

—Debería haberlo sabido. El modo en que ese mapa en el camino se estrechaba en la parte más lejana.

¡Oh, nos han utilizado! ¡Engañado! Dioses, creo que voy a vomitar...

—Maldito Trygalle —murmuró Toc. Más confundido que nunca por aquella llegada repentina, inexplicable. ¿Cómo se las habían arreglado para llegar allí? Y entonces vio a Rezongo.

—Dioses del inframundo, ¡eres tú!

Alguien estaba vomitando ruidosamente dentro del carruaje.

Rezongo levantó la cabeza, se quedó mirando a Toc y luego frunció el ceño.

Ah, supongo que ya no me parezco a Anaster.

—Compartimos...

—Heraldo —dijo el Embozado—. Es hora.

Toc frunció el ceño y se rascó la cuenca del ojo.

—¿Qué? ¿Me envías con ellos?

—Por así decirlo.

—¿Entonces regreso con los vivos?

—Por desgracia, no, Toc el Joven. Estás muerto y muerto continuarás. Pero esta será tu última tarea como mi Heraldo. Otro dios te reclama.

Toc se dispuso a desmontar, pero el Señor de la Muerte alzó una mano.

—Cabalga detrás del carruaje, pero sin separarte mucho de él. Durante un tiempo. Y ahora, Heraldo, escucha bien mi último mensaje. Hace falta la sangre. Hace falta la sangre...

Rezongo había dejado de escuchar. Incluso la leve inquietud que había sentido cuando ese jinete tuerto se había dirigido a él se iba desvaneciendo rápidamente bajo una avalancha de sed de batalla. Miró fijamente al enemigo, vio cómo los defensores se marchitaban.

Una guerra que no podían ganar almas tan patéticas, una guerra que imploraba la llegada de un paladín, alguien que resistiera hasta el final.

Emitió otro gruñido sordo, se apartó del carruaje y echó mano de sus alfanjes.

—¡Eh, tú, tranquilito ahí!

El ladrido lo sorprendió, alzó la cabeza y miró con furia a Glanno Lona, quien a su vez le dedicó una dura sonrisa.

—Los accionistas no pueden irse así como así, tendríamos que acribillarte a flechas. ¡Sube a bordo, rayitas, que nos vamos ya!

Solo podía haber un desenlace y Draconus lo había sabido desde el principio. No había percibido la llegada de los de Trygalle, ni siquiera su partida, con Toc cabalgando tras ellos. Lo que ocurría tras él no podía penetrar y despertar sus sentidos.

Un solo desenlace.

A fin de cuentas, Dragnipur nunca había ofrecido la salvación. Hierro forjado para las ataduras, cien mil cadenas machacadas en la hoja, capa tras capa, entrelazadas, plegadas, enrolladas como cuerda. Draconus, rodeado por los fuegos fundidos del corazón de Ascua, sacando cadenas de todos los metales que existían, sacándolas eslabón a eslabón, relucientes. Las retorcidas cuerdas de metal sobre el yunque, y entonces caía el martillo. El único martillo, la única herramienta que podía forjar un arma así, y él recordaba su peso inmenso, la abrasadora empuñadura que laceraba su mano ajena a ella.

Incluso en sueños, Ascua se había mostrado descontenta.

Cadenas y cadenas. Cadenas para las ataduras. Atar la propia Oscuridad, retorciendo esa madera negra

para darle forma de carreta, de enormes ruedas tambaleantes, de tablado que formaba una puerta horizontal —como la entrada a un túmulo— encima del portal. Madera negra para contener y albergar el alma de Kurald Galain.

Recordaba. Chispas de una multitud de tonos que escapaban como trizas de arcoíris. El ensordecedor repique del martillo y el modo en que el yunque temblaba con cada golpe. Las oleadas de calor destellando contra su rostro. El sabor amargo del mineral puro, el hedor a sulfuro. *¡Cadenas! Cadenas y cadenas, batidas hasta convertirlas en resplandecientes impresiones sobre la hoja, enfriadas, afiladas y metidas en el corazón incandescente de Ascuá, y luego... empieza otra vez. Y otra vez.*

¡Cadenas! ¡Cadenas para las ataduras!

¡Para atar al Caído!

Y en ese momento, por increíble, por imposible que fuera, Draconus había sentido que ese puño se astillaba. Las cadenas se habían roto.

Así termina. No pensé, no imaginé...

Había visto cómo caían sus compañeros Atados, cómo fracasaban. Había visto el caos que descendía sobre todos ellos, que los devoraba con un celo actínico, hasta que los grilletes caían al suelo, hasta que las bandas de hierro no sostenían nada. *No quedaba nada.*

Nunca quise... nunca quise un final así... para ninguno de vosotros, de nosotros.

No, fui demasiado cruel para imaginar siquiera un final. Una huida.

Pero ahora podéis dar fe de estos pensamientos míos. Ahora me gustaría ver que todos seguís con vida, sí, con estas cadenas, pero no por crueldad. Ah, no, no por eso, que el Abismo me lleve. Quisiera veros vivir por misericordia.

Quizá lloraba ahora. O quizás esas lágrimas abrasadoras anunciaban el final devastador de una carcajada histérica. Daba igual. A todos se los estaban comiendo vivos. *A todos nos están comiendo vivos.*

Y Dragnipur había empezado a romperse.

Cuando el caos desintegrara la carreta, destruyera la puerta y se apoderara de la salida, la espada se haría pedazos y el caos se libraría de esa inteligente trampa, y el brillante señuelo de Draconus —su lazo eterno, que por toda la eternidad iba a alejar al caos de todo lo demás— habría fracasado. No quería plantearse lo que le ocurriría entonces a la infinita sucesión de reinos y mundos; claro que él tampoco estaría allí para presenciar las consecuencias. Pero sabía que, en sus últimos pensamientos, él no sentiría más que una sensación de culpa insoportable.

Así que, caos, al menos para una víctima, lo que le traes es, desde luego, misericordia.

Había empezado a avanzar para unirse a los otros Atados, para aguantar, quizá junto a Perla, hasta que llegara el final.

El eco de aquella cadena al partirse lo perseguía. *Alguien se ha soltado. ¿Cómo?* Incluso los Mastines de Sombra no pudieron más que escabullirse zambulléndose en el corazón negro de Kurald Galain. Sus cadenas no se rompieron. La integridad esencial de Dragnipur no había sido dañada.

Pero ahora... alguien se ha soltado.

¿Cómo?

Cadenas y cadenas para atar...

Una mano huesuda se cerró sobre su hombro y lo arrastró hacia atrás.

Draconus se volvió a medias con una mueca fiera.

—¡Suéltame, maldito seas! Lucharé con ellos, Embozado, debo hacerlo, ¿es que no lo ves?

La mano del Señor de la Muerte apretó con más fuerza, clavando las uñas, y el Embozado lo acercó.

—La contienda —dijo el dios con voz ronca— no es cosa tuya.

—No eres mi amo...

—Permanece conmigo, Draconus. Todavía no es la hora.

—¿Para qué? —Forcejeó por liberarse, pero la fuerza de un jaghut podía ser inmensa y salvo que se arrancase de cuajo el hombro entero, Draconus no podía hacer nada. Él y el Señor de la Muerte permanecieron solos, a menos de veinte pasos de la carreta inmóvil.

—Considéralo —dijo el Embozado— un ruego de perdón.

Draconus le clavó la mirada.

—¿Qué? ¿Quién me pide perdón?

El Embozado, Señor de los Muertos, debería haber sido el último en caer presa de Dragnipur. Fueran cuales fueran las intenciones del Hijo de la Oscuridad, su última jugada radicaba en el asesinato de ese antiguo dios. Tal era el convencimiento de Draconus. Una descabellada y absurda partida, procurarse un tiempo ya consumido, desperdiciar un sinfín de almas, todo el reino de los muertos.

Resultó que Draconus se equivocaba.

Había uno más. Uno más.

Que llegó con el poder de una montaña destruida en una larga, aplastante y ensordecedora detonación. Unas nubes argénteas se hicieron jirones azotadas por vientos oscuros. Las legiones que presionaban por todos los flancos retrocedieron y los miles de pasos de terreno que tan cruentamente se habían ganado se perdieron en un instante. Los dragones chillaron. Irrumpieron voces como si las arrancaran de las gargantas; la presión, el dolor, el imponente poder...

El caos flaqueó y luego, lentamente, comenzó a recuperarse de nuevo.

Ninguna fuerza por sí sola era capaz de derrotar a ese enemigo. La destrucción era su ley y mientras se devoraba a sí mismo, devoraría todo lo demás. El caos, que tomaba el camino de Oscuridad, siempre llegaba sin ser visto, a través de fuentes inesperadas, de lugares donde nadie pensó en mirar y mucho menos en proteger.

La espada y todo lo que había en su interior se estaba muriendo al fin; muriéndose.

La mano del Embozado había dejado su hombro y Draconus se derrumbó de rodillas.

Uno más.

Y, sí, él sabía quién se hallaba ahora entre ellos.

¿Debería reírse? ¿Debería intentar buscarlo, burlarse de él? ¿Debería rodearle la garganta con las manos para que pudieran enzarzarse los dos hasta la llegada del olvido?

No, no iba a hacer nada de eso.

¿Quién me pide perdón?

De haber tenido las fuerzas, habría gritado.

Anomander Rake, no hace falta que lo pidas. Ese ruego, ay, debo hacerlo yo.

Fue a Madre Oscuridad a quien atrapé aquí. A tu madre...

Así que, ¿qué harás ahora?

Un latido más tarde, de la boca de Draconus se escapó un leve jadeo, que alzó la cabeza y abrió los ojos de nuevo.

—¿Rake? —susurró.

Draconus se levantó poco a poco. Y se volvió. Para mirar la carreta.

Para ser testigo.

El Segundo vio que caía otro seguleh. Le dio la vuelta a su caballo y miró furioso con sus ojos de muerto el carruaje alto y ornamentado, su recua de caballos que chillaban y se precipitaban al galope. Unas figuras se ladearon de golpe, sujetándose con todas sus fuerzas cuando se desgarró una fisura... por la que se desvanecieron esos caballos.

El Heraldo del Embozado (ese soldado tuerto) clavó los talones en su desaliñada montura y los siguió. Y la voz del Señor de la Muerte llegó flotando hasta el Segundo.

—*Parece que se te necesita, después de todo, tal y como sospechabas. Ahora ve, pero quiero que sepas, viejo amigo, que me has servido bien.*

»*Ya no soy el dios de la muerte.*

»*Cuando hayas terminado esto último, tus servicios habrán terminado. Y luego, bueno, Despellejador aguarda...*

El Segundo echó hacia atrás la cabeza cubierta por el yelmo y la máscara y aulló de alegría. Envainó sus espadas y se precipitó con su caballo tras el carruaje.

Vio desvanecerse al Heraldo.

Y la fisura comenzó a cerrarse.

El Segundo metió su caballo jaghut, muerto hacía largo tiempo, en ese portal moribundo...

Y dejó el reino de Dragnipur. Los otros seguleh estaban condenados, al fin y al cabo, y aunque en esa última batalla todos habían redimido parte de la vergüenza que suponía morir a manos de un extranjero, esa no era razón para caer junto a ellos.

El Segundo no permaneció mucho tiempo en la estela de los otros cuando pasaron como el trueno por sendas desconocidas, no, nada de tiempo. Pues a él lo habían llamado. Lo había llamado, sí, un arma que no necesitaba...

Cabalgó con una colérica tormenta de vientos recios, se sumergió en ella, las piezas de la armadura de su caballo repiqueteaban, los cascos repicaban en los adoquines, el Segundo vio lo que buscaba y bajó la mano...

—Ya me hago cargo de esto —se rio con voz hueca, metálica. Y arrancó la lanza de la mano de Navaja. Envuelto en un atavío de jirones de cuero sin curtir que aleteaban al viento, correas deshilachadas y hebillas aplastadas, el seguleh no muerto que le había dado el arma mucho tiempo atrás, preparó la lanza y justo entonces el guerrero enmascarado cargó directamente contra los Mastines blancos.

—¡Despellejador! —rugió—. ¡Voy a por ti! Pero antes, a por estos...

Karsa Orlong esquivó la imprevista llegada de un guerrero con armadura que montaba un monstruoso caballo muerto. Al ver que el recién llegado cabalgaba al encuentro de los Mastines, lanzó un gruñido y echó a correr tras él.

La lanza se inclinaba por el lado izquierdo, así que el toblakai se colocó a la derecha del jinete, con los ojos clavados en un Mastín que a todas luces tenía intención de atacar el lado desprotegido del jinete.

Dos bestias y dos guerreros, todos se encontraron a la vez.

La lanza del jinete se clavó en la garganta de un Mastín justo por debajo de la mandíbula, después siguió hundiéndose por la base del cráneo y partió la médula espinal mientras seguía su trayectoria para destrozar la parte posterior del cerebro del animal. La punta serrada de la lanza brotó del cráneo en una explosión de materia gris, sangre y fragmentos de hueso.

Karsa blandió su arma con las dos manos cuando el otro Mastín llegó junto al jinete y se encabritó para cerrar las mandíbulas alrededor del muslo derecho del desconocido. La hoja de pedernal rebanó la columna y siguió cortando hacia la mitad de un cuello grueso como el de un caballo, antes de quedar atascada; el impulso del Mastín, que se estaba derrumbando, arrastró el arma y a Karsa con ella cuando el animal se estrelló contra los adoquines.

En ese instante el caballo jaghut chocó de frente con un tercer Mastín. Varios huesos se hicieron pedazos. El impacto hizo saltar al jinete por encima de la cabeza de su caballo y le quitó la lanza de las manos. Chocó contra el lomo del Mastín y luego salió rodando; el enorme perro parecía aturdido cuando el caballo no muerto se echó hacia atrás con un tropezón.

Caído de rodillas, Karsa se agachó para esquivar los mordiscos de otro Mastín, y al poco la bestia había pasado, al igual que todos los demás. El toblakai se levantó, dio dos rápidas zancadas y clavó su espada en el pecho del tercer Mastín, aturdido. Con un aullido de dolor, el animal se apartó tambaleándose de la hoja de Karsa y la sangre salió a borbotones por donde sacó la espada. El desconocido se había recuperado y hundió la lanza en la tripa del animal, que se retorció cuando la punta de la lanza desgarró, destrozó el tejido blando y los fluidos comenzaron a derramarse.

Algo destelló en los agujeros de los ojos de la máscara, la máscara con dos marcas.

—¡Bien hecho, toblakai! ¡Ahora vamos a dar caza a los otros!

Los dos guerreros giraron sobre sus talones.

Navaja se quedó con la mirada fija en los siete Mastines que rodearon de golpe a Karsa y el seguleh. Ya ni siquiera tenía una lanza, *maldita sea*, así que desenvainó un par de cuchillos cuando una de las bestias se abalanzó directamente hacia él.

Una mano lo cogió por la espalda de la camisa y le dio un fuerte tirón. Navaja lanzó un grito de alarma y tropezó con los brazos cortos y fornidos de alguien. Entrevió por un momento una cara arrugada, unos ojos saltones, un bigote rojo crispándose bajo una nariz bulbosa...

¿Conozco a este hombre?

Y el que lo había apartado se adelantó con paso pesado y levantó una enorme hacha que se blandía a dos manos. Barathol...

—¡Este no es nuestro sitio! —rezongó el hombre que sujetaba a Navaja, y empezaron a retroceder.

Barathol reconoció a la bestia, la misma con la que se las había visto Chaur, la que había roto el cráneo a su amigo. Estuvo a punto de cantar de alegría cuando se abalanzó a interponerse en su camino, el hacha dibujando un arco diagonal salvaje, de abajo arriba, cuando llegó el Mastín, gruñendo, monstruoso...

El filo del hacha se hundió en plena mandíbula inferior de la bestia; solo un instante más tarde y lo habría alcanzado en el cuello. En cualquier caso, el golpe lanzó la cabeza del Mastín hacia un lado.

El pecho de la bestia chocó contra Barathol.

Como si se hubiera puesto en el camino de un ariete revestido de bronce, se vio arrojado hacia atrás y empezó a dar vueltas por el aire, ya estaba inconsciente antes de aterrizar quince pasos por detrás del cuerpo de Anomander Rake.

El Mastín había resbalado, tropezó y meneó la cabeza; tenía la mandíbula derecha rota, una fila de molares mellados sobresalían casi en horizontal y la sangre lo salpicaba todo.

Para esa batalla, la bestia estaba acabada.

En el momento en el que Karsa y el desconocido se dieron la vuelta, una sombra pasó por encima de ellos y los dos se estremecieron en medio de un viento repentino, que traía un hedor a podredumbre y soplaba a ráfagas...

Con las puntas de las alas rozando estruendosamente las fachadas de los edificios de ambos lados, un dragón surcó el aire por encima de la calle, las garras atacando como víboras. Cada una encerró a un Mastín en un abrazo demoledor, perforante, y levantó a los animales, que chillaron por el aire. La cabeza del dragón bajó de golpe y las mandíbulas atraparon a otro...

Y luego el dragón hizo tronar las alas y remontó hacia el cielo de nuevo, llevándose a tres Mastines.

El ataque de la criatura no había durado más de unos pocos latidos, en el momento en que Navaja se vio arrastrado a los brazos de Azogue —el falari prácticamente lo llevó en volandas hasta la puerta de una tienda que había a la derecha—, y Barathol, que no tenía ojos más que para el odiado Mastín que lo atacaba, blandió su hacha.

Esos tres ni siquiera vieron al dragón.

Samar Dev se quedó mirando con los ojos muy abiertos al dragón, que volvió a remontarse por el cielo con sus tres víctimas, que aullaban y gruñían.

Ella estaba agachada sobre la forma inmóvil de Viajero, Dassem Ultor, el que empuñaba a Venganza, el que asesinó al Hijo de la Oscuridad, el que ahora alzaba un rostro carcomido por el dolor, desolado, deshecho... El hombre alargó un brazo, la cogió y la estrechó contra él.

—¡No lo elegí así! ¡No me culpes, mujer! ¿Me oyes? ¡No!

Y, entonces, abrió mucho los ojos, la arrastró por los adoquines y la cubrió con su propio cuerpo.

Al mismo tiempo, dos mastodontes chocaron a menos de tres pasos de distancia.

Un Mastín blanco.

Y un oso, un dios, una bestia olvidada en el paso del mundo.

Había llegado un momento después que el Mastín, y sus inmensos antebrazos lo atraparon en un pulverizante abrazo que levantó al Mastín por el aire (apartándolo así de Samar Dev y de Dassem) y al momento las dos criaturas se estrellaron y atravesaron el muro frontal del edificio.

Los escombros cayeron con estrépito, varios trozos de mampostería se desplomaron sobre la ancha espalda de Dassem cuando este se apartó y apartó a Samar de la fachada que se derrumbaba. En algún lugar del interior del edificio, oso y Mastín libraban una lucha frenética.

Dos Mastines de Luz abandonaron el lugar sin encontrar oposición alguna, y en su camino se acercaron al cadáver de Anomander Rake. Unas mandíbulas rodearon un muslo y levantaron el cuerpo. La segunda bestia lo rodeó, como si estuviera pensando dónde morder, pero cuando el primer animal intentó llevarse su premio la espada, todavía hendida en el cráneo del tiste andii, empezó a oscilar y una sana precaución mantuvo alejado al segundo.

El seguleh arrojó su lanza desde quince pasos de distancia. El arma se hundió en el costado del Mastín que daba vueltas y lo derribó; el animal se levantó al instante y se puso a gruñir y a tratar de morder el astil que le sobresalía del flanco.

Karsa, cuyas zancadas más largas lo habían puesto por delante del Segundo, emitió un grito de batalla teblor (uno muy antiguo que se oía solo cuando los ancianos hilaban sus relatos sobre antiguos héroes) y el Mastín que sujetaba el cadáver de Rake se estremeció al oírlo.

Soltó la pierna desgarrada, abierta de un tajo, y se abalanzó contra el toblakai que lo atacaba.

Dos jabalinas golpearon al animal por la izquierda. No se clavó ninguna, pero bastó para captar su atención. La cabeza del Mastín se giró de repente para enfrentarse a los nuevos atacantes.

Había dos muchachas teblor al otro lado de la avenida, cada una preparando con calma otra jabalina en su atlatl. Entre ellas se encontraba un perro grande, sarnoso, tieso, enseñando los colmillos, y gruñendo en un tono tan bajo y profundo que podría estar emitiéndolo la tierra misma bajo sus pies.

El Mastín vaciló.

Karsa cargó hacia él, la hoja silbando por el aire...

La bestia echó a correr de repente y la espada del toblakai le rebanó la achaparrada cola, pero nada más.

El Mastín aulló.

Karsa se dio la vuelta y avanzó hacia el otro animal, que había conseguido deshacerse de la lanza y también estaba huyendo, dejando un rastro de sangre tras él.

El seguleh reclamó su arma manchada de sangre y entrañas.

Karsa vaciló, luego se acercó al cuerpo de Anomander Rake.

—Están derrotados —dijo.

La cara enmascarada se volvió hacia Karsa. Unos ojos muertos lo contemplaron detrás de unas ranuras ribeteadas.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí ese grito de guerra, toblakai. ¡Rezo por no tener que oírlo de nuevo! —añadió el guerrero.

La atención de Karsa, sin embargo, se había concentrado en las mujeres teblor, y en el perro que se estaba acercando meneando su rechoncha y acortada cola.

Mientras seguía al animal con la mirada, mientras observaba cómo se acercaba renqueante, Karsa Orlong luchaba por suprimir un sollozo. Había mandado a este perro a casa. Medio muerto, febril y débil por la pérdida de sangre, el animal había emprendido el camino, hacía ya tanto tiempo, tanto tiempo. Alzó los ojos y miró a las chicas teblor, ninguna de las cuales habló. Era difícil ver entre las lágrimas, ¿conocía a esas dos? No, parecían demasiado jóvenes.

Parecían...

En la calle lateral, los cinco Mastines de Sombra se habían visto obligados a ceder terreno, incapaces de mantener la posición ante las hechicerías combinadas de Rencor y Envidia. La magia les tajaba el pelaje. Sangraban por el morro. Y de todos lados llegaban fuerzas que trataban de aplastarlos, destruirlos por completo.

Retorciéndose, apaleados, los animales fueron retrocediendo, paso a paso.

Y las Hijas de Draconus se fueron acercando a su premio.

La espada de su padre.

Un derecho de nacimiento que les había sido negado durante mucho tiempo. Por supuesto, tanto Envidia como Rencor comprendían el valor de la paciencia. Paciencia, sí, hasta la consecución de sus deseos, sus necesidades.

Los Mastines no eran rivales para ellas, ni en poder, ni en voluntad indómita.

La larga espera ya casi había terminado.

Las hermanas apenas fueron conscientes de la silenciosa llegada de un carruaje muy por detrás de los

Mastines. Por desgracia, no ocurrió lo mismo con el que salió del transporte y posó unos ojos extraños y bestiales en ellas.

Esa mirada firme, asesina, sí que traspasó todas sus defensas.

Las mujeres se detuvieron. Las hechicerías fueron desvaneciéndose. Los Mastines, sangrando por unas heridas que humeaban a la luz del amanecer, volvieron derrengados con el empuñador caído de Dragnipur.

Envidia y Rencor vacilaron. Los deseos volvieron a embutirse en sus cofrecillos. Los planes hubieron de alterarse precipitada y amargamente. Paciencia..., ah, paciencia, sí, revivida de nuevo.

Oh, bueno, quizá la próxima vez.

La despiadada batalla dentro del armazón del edificio casi demolido había terminado. Con el corazón encogido de miedo, Samar Dev se acercó cautelosa. Se abrió paso por encima de los escombros y las vigas astilladas, rodeó poco a poco un muro interior que había permanecido casi intacto y observó a los dos leviatanes inmóviles.

Dejó escapar un débil grito. Se fue acercando con torpeza y un momento después se encontró medio sentada medio desplomada contra una losa hecha pedazos de pared enyesada, con los ojos fijos en la cabeza desgarrada y hecha jirones del oso moribundo.

El Mastín también estaba jadeando, con la mitad del cuerpo enterrado bajo el gigantesco oso, una espuma roja borboteándole en los orificios nasales, cada respiración más superficial y húmeda que la anterior, hasta que al final, con un único y apenas audible suspiro, murió.

Samar Dev volvió a mirar al dios que tanto la había atormentado, siempre acechante, siempre olisqueando el aire... buscando ¿qué?

—¿Qué? —le preguntó con un ronco susurro—. ¿Qué querías?

El único ojo que le quedaba a la bestia se movió un poco dentro del círculo rojo. En él, Samar solo vio dolor. Y pérdida.

La bruja sacó su cuchillo. ¿Era eso lo que debía hacer? ¿No debería dejarlo irse sin hacer nada? ¿Permitirle que abandonara esa existencia injusta, despiadada? El último de su especie. Olvidado por todos...

Bueno, yo no te olvidaré, amigo mío.

Estiró la mano y deslizó la hoja del cuchillo por el charco de sangre que había bajo la cabeza del oso. Y susurró unas palabras de atadura, las repitió una y otra vez hasta que al fin la luz de la vida abandonó el ojo del dios.

Con dos Mastines en las garras y un tercero retorciéndose en su boca, Tulas Pelado no podía hacer mucho más que sacudir a las bestias hasta dejarlas casi sin sentido mientras volaba por encima de las montañas al norte del lago Azur. Claro que también podía hacer algo más. Podía dejarlas caer desde una gran altura.

Y así hizo. Con una satisfacción inmensa.

—¡Esperad! ¡Esperad! ¡Parad! ¡Alto!

Iskaral Pust se liberó del barullo, del montículo de bhokarala que se agitaba, gruñía, escupía y bufaba, de esa masa de pelo enmarañado y arrancado, mugrientas túnicas y pinchudos dedos de los pies que

constituían la forma de su esposa, y miró con furia a su alrededor.

—¡Seréis idiotas! ¡Ya ni siquiera está aquí! ¡Ay, ya es demasiado tarde! ¡Ay! ¡Ese montón odioso, escurridizo y pútrido de estiércol vestido con un chaleco rojo! No, aleja eso de mí, simio. —Se levantó de un salto. Su mula estaba allí plantada, sola—. ¿Y tú de qué sirves? —reprendió a la bestia mientras levantaba un puño.

Mogora se enderezó y se colocó bien la ropa. Después le sacó la lengua a su marido, una lengua que parecía estar totalmente formada de arañas.

Al verlo, Iskaral Pust sintió una arcada.

—¡Dioses! ¡No me extraña que puedas hacer lo que haces!

La mujer soltó un graznido.

—¡Y hay que ver cómo suplicas más!

—¡Puaaj! ¡Si lo hubiera sabido habría suplicado otra cosa!

—Oh, ¿y qué habrías suplicado, cielito?

—Un cuchillo, para poder rebanarme yo mismo la garganta. Mírame. ¡Estoy cubierto de mordeduras!

—Son todo dientes afilados, sí, estos bhokarala...

—Ellos no, buñuelo rancio. ¡Fueron las arañas!

—¡Y te merecías algo peor! ¿Es que la drogaste? Porque de ninguna otra manera habría accedido...

—¡Poder! ¡Tengo poder! ¡Es irresistible, todo el mundo lo sabe! ¡Un hombre puede parecer una babosa! ¡Puede tener el pelo de punta como la lengua de un bhederin! ¡Puede llegarte por la rodilla y tener unas proporciones perfectas!, ¡puede apestar!, ¡puede comerse la cera de los oídos!, ¡no importa! ¡No, si tiene poder!

—Pues eso es lo que va mal en el mundo. Por eso nunca se acaban los feos. —Y luego sonrió—. ¡Y por eso tú y yo estamos hechos el uno para el otro! Venga, ¡tengamos bebés!, ¡cientos de bebés!

Iskaral Pust corrió hacia su mula, se subió como pudo y escapó a toda velocidad.

La mula se puso al paso, se diría que sin prestar atención al jinete que se sacudía y pataleaba encima de ella, y con ritmo lento y sosegado, Mogora los siguió.

Los bhokarala, que habían estado arrullándose y acicalándose en un reconciliador festival amoroso, se pusieron a aletear y a rodear la cabeza de su dios como jejenes en torno al montón de estiércol más dulce del mundo.

Un trueno cercano sacó a Rapiña de su ensueño en el interior de la extraña caverna y se quedó mirando el muro de roca tallada, con los ojos muy abiertos al ver que la imagen del carruaje se desdibujaba como si estuviera en movimiento.

Si la monstruosidad iba realmente a por ella, a solo unos momentos de entrar estruendosamente en la cueva, ella iba a acabar pisoteada, porque no había dónde esconderse con la esperanza de esquivar a esos caballos que se estaban encabritando ni al carruaje que se inclinaba tras ellos.

Qué manera tan absurda de que muriera su alma...

La aparición llegó en medio de una tormenta de viento infernal, pero surgió del muro como un fantasma, casi transparente. Rapiña sintió que las bestias y el vehículo la atravesaban entera; un vistazo momentáneo a un conductor maníaco, los ojos muy abiertos y clavados en algo, las dos piernas sobresaliendo, rectas y abiertas, y se diría que entablilladas. Y había más, unos sobre el techo del carruaje y otros zarandeados, atados por correas a los lados del carruaje, todos con expresiones aturdidas y sobresaltadas. Todo eso atravesándola sin más y después siguiendo su camino...

Y un jinete apareció de repente justo delante de ella, abalanzándose, tirando de las riendas... y ese

hombre y su montura era reales, sólidos. Los cascos echaron chispas al resbalar, la cabeza sin ojos del caballo se levantó. Rapiña se tambaleó hacia atrás por el sobresalto.

¡Malditos cadáveres! Se quedó mirando al jinete y después maldijo.

—¡Yo te conozco!

El hombre tuerto, envuelto en el hedor de la muerte, tranquilizó al caballo y la miró desde la silla.

—Ahora soy el Heraldo del Embozado, cabo Rapiña —dijo luego.

—Ah. ¿Eso es un ascenso?

—No, una maldita condena, y tú no eres la única a la que tengo que visitar, así que déjate de esa mierda sardónica y escúchame...

Rapiña se sintió molesta.

—¿Por qué? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué quiere el Embozado de mí que no tenga ya? ¿Sabes qué?, ¡llévale un mensaje de mi parte! Quiero...

—No puedo, Rapiña. El Embozado está muerto.

—¿Que está qué?

—El Señor de la Muerte ya no existe. Se ha ido. Para siempre. Escucha, cabalgo en busca de los dioses de la guerra. ¿Comprendes, portadora del torque? Cabalgo en busca de todos los dioses de la guerra.

¿Portadora del torque? A Rapiña se le hundieron los hombros.

—Ah, mierda.

Toc el Joven habló entonces y le contó todo lo que Rapiña necesitaba saber.

Cuando terminó, la veterana estaba mirándolo con fijeza, la sangre había abandonado su rostro; lo observó mientras el Heraldo recogía las riendas una vez más y se preparaba para marcharse.

—¡Espera! —le exigió ella—. ¡Tengo que salir de aquí! ¿Cómo lo hago, Toc?

El ojo muerto se clavó en ella una última vez. Señaló las calabazas que descansaban en el suelo a ambos lados de Rapiña.

—Bebe. Haz honor a tu nombre. Rapiña una, Rapiña.

—¿Estás loco? ¡Me acabas de decir de dónde viene esa sangre!

—Bebe, y recuerda todo lo que te he contado.

Y luego desapareció.

Recordar, sí, eso era lo que iba a hacer. «Busca al toblakai. Busca al asesino y recuérdale... recuérdale, ¿me entiendes? Y luego, portadora del torque, guíalo a la guerra».

«Guíalo a la guerra...»

Había habido más, mucho más. Nada de lo cual esperaba que pudiese olvidar jamás.

—Lo único que quería era retirarme.

Maldijo por lo bajo, se acercó a la calabaza más cercana y se agachó delante. *Bebe. ¡Es sangre, maldita sea!*

Bebe.

Estar en el corazón de Dragnipur, encontrarse sobre la mismísima Puerta de la Oscuridad, era, para Anomander Rake, un acto definitivo. Quizás era desesperación. O un sacrificio más allá de toda medida mortal.

Un arma llamada Venganza, o un arma llamada Dolor; cualquiera sea el caso, el lugar al que lo había conducido esa espada era uno construido por él. Y todas las decisiones que podrían haber sido eran como polvo en el lúgubre camino de su vida.

Él era el Hijo de la Oscuridad. Su pueblo estaba perdido. Había, para él, un sitio para llorar aquí al

final de todas las cosas, y por fin podría darle la espalda a todo, como había hecho su madre tanto tiempo atrás. Darles la espalda a sus hijos. Como todo padre debe hacer un día, en ese momento último que era la muerte. El concepto de perdón ni siquiera se le vino en mente mientras se erguía sobre el gimiente montículo de cuerpos tatuados.

Al fin y al cabo, él no era de los que suplicaban.

La única excepción era Draconus. Ah, pero esas eran circunstancias singulares, el crimen tenía tantas facetas y era tan intrincadamente complejo que no servía de nada tratar de liberar un único detalle. En cualquier caso, el perdón que él pedía no exigía respuesta. Lo único que importaba era que a Draconus se le ofrecieran esas palabras. Podía hacer con ellas lo que le placiese.

Anomander Rake permaneció allí, con los ojos clavados en el cielo y el rostro vuelto hacia esa enfurecida conflagración, esa aniquilación que descendía, y no parpadeó, no se inmutó. Porque él sentía su respuesta en lo más hondo de su ser, en la sangre de Tiam, la sangre del caos.

Resistiría, entonces, por todos aquellos a los que había encadenado allí. Resistiría por todos los demás también. Y por esas pobres almas rotas que pisaba. Resistiría y se enfrentaría a ese caos atroz.

Hasta el último momento. El último momento de todos.

Como una masa de serpientes, los tatuajes se agitaron como un enjambre bajo sus pies.

Kadaspala había esperado tanto tiempo. Esa única oportunidad. Venganza contra el asesino de una hermana muy amada, el que había traicionado a Andarist, el noble Andarist, esposo y hermano. Oh, él había terminado por sospechar lo que pretendía Anomander Rake. ¿Una compensación suficiente? Todos salvo un tiste andii respondería «sí» a esa pregunta. Todos salvo uno.

¡No Kadaspala! ¡No, yo no! ¡Yo no yo no! ¡Yo no yo no yo no!

Haré que fracasas. En este, tu último gesto, tu patético intento de reconciliación, ¡haré que fracasas!

¿Ves este dios que hice? ¿Lo ves? ¡Lo ves lo ves!

No, no te lo esperabas esperabas esperabas, ¿verdad? ¿Verdad?

Ni el cuchillo en su mano. ¡Ni el cuchillo en su mano!

Enseñando los dientes, el ciego Kadaspala se giró de espaldas para ver mejor al Hijo de la Oscuridad, sí, para verlo mejor. Los ojos no hacían falta y los ojos no hacían falta. Para ver al malnacido.

Tan erguido, tan fiero, casi al alcance de la mano.

Sobre la montaña de cuerpos, el puente de carne y hueso que gemía, la sórdida barrera en la puerta de Oscuridad, esa sala viviente; ¡qué estúpido, qué estúpido! Allí de pie, los ojos alzándose, el alma mirando hacia abajo, y seguía bajando, y bajando... ¿Lo percibirá ella? ¿Se girará? ¿Lo verá? ¿Lo entenderá?

No a todas esas cosas. Porque Kadaspala había hecho un dios un dios un dios había hecho un dios y el cuchillo el cuchillo el cuchillo...

Anomander Rake se yergue y el mapa despierta, el poder del mapa y el poder del tiste andii, despertándose.

La fortaleza errante, no yerres más. Puerta que huye, deja de huir. Eso es lo que hará. Ese es el sacrificio que hará, oh tan digno tan noble tan noble sí y listo y tan listo listísimo y ¿quién salvo Anomander Rake sería tan noble y tan listo?

¡Todo para fracasar!

¡Niño dios! ¡Es la hora! Siente el cuchillo en tu mano, ¡siéntelo! Ahora levántalo... El idiota no ve nada, no sospecha nada, no sabe nada de cómo me siento, cómo yo no olvido nunca olvidaré nunca

olvidaré ¡y no, yo nunca olvidaré!

Levántalo más.

¡Acuchilla!

¡Acuchilla!

¡Acuchilla!

Tormenta de luz, una luna dispersa, un sol que nacía detrás de unas nubes amoratadas que descargaban un torrente de lluvia marrón y maloliente, Coral Negro era una ciudad asediada y los tiste andii que la habitaban sintieron al fin la muerte de su señor, y con él, la muerte de su mundo.

¿Era justo poner la carga de una esperanza largo tiempo muerta sobre una sola persona?, ¿era justo pedirle tanto a esa persona? ¿Acaso no era en realidad cobardía? Él había sido su fuerza. Él había sido su valor. Y él había pagado el Tributo de los Mastines por todos ellos, siglos tras siglos, y ni una sola vez les había dado la espalda.

Como si quisiera ocupar el lugar de su madre. Como si quisiera hacer lo que ella no había querido.

Nuestro Señor está muerto. Nos ha dejado.

Un pueblo lloró.

La lluvia descendió. El kelyk corrió en arroyos amargos por las calles, se deslizó por las paredes de los edificios. Llenó las cloacas con una corriente de locura. Las gotas cayeron y se deslizaron con un chisporroteo negro por la correosa piel de Silanah. Era la lluvia de la usurpación y, contra ella, se sentían impotentes.

Bébetelo todo, Coral Negro.

Y baila, sí, baila hasta morir.

Ratamonje iba subiendo como podía por la ladera embarrada, enmarañada de raíces, con los últimos dos niños en los brazos. Alzó los ojos y vio a Eje agachado en la cima, manchado de arcilla, con todo el aspecto de una maldita gárgola. Pero no había alegría en la mirada fija, solo agotamiento y pavor.

La lluvia antinatural había alcanzado ese bosque destrozado, a medio devastar. Las viejas zanjas y arcenes estaban negras de cieno, los restos de los muros de contención que quedaban en pie le recordaban a huesos y dientes podridos, como si la carne de la ladera se hubiera desgarrado para revelar un rostro gigantesco, estragado, que en ese momento sonreía con pasmo al cielo gris y marrón.

Los dos antiguos Abrasapuentes habían logrado encontrar a una veintena justa de niños, cuatro de ellos tan cerca de la muerte que no pesaban casi nada y colgaban sin fuerzas en sus brazos. Los dos hombres habían trabajado toda la noche para trasladarlos hasta las trincheras y meterlos en los túneles, donde podrían refugiarse de la lluvia más recia. Habían conseguido juntar unas mantas, algo de comida y agua limpia en jarras de arcilla.

Cuando Ratamonje se acercó, Eje estiró los brazos para ayudarlo a auparse al borde. Las dos escuálidas niñas colgaban como muñecas de paja, sus cabezas se balancearon cuando Ratamonje se las pasó una a una a Eje, que se alejó a trompicones con ellas, chapoteando por el arroyuelo embarrado de la zanja.

Ratamonje se hundió y se quedó mirando al suelo para evitar que la lluvia se le metiera en los ojos y la boca mientras trataba de respirar hondo.

Una vida entera siendo soldado, sí, una vida que hacía que sudar sangre como hacía ahora no fuera más que lo mismo de siempre, tan familiar como un par de botas de cuero agujereadas. ¿Entonces qué era lo

que hacía ese momento tan diferente?

Oyó a alguien llorando en el túnel y luego la voz de Eje, tranquilizadora, reconfortante.

Y dioses, cuánto deseaba Ratamonje llorar.

Diferente, sí, tan diferente.

—Soldados —murmuró—, los hay de muchas clases.

Él había sido de una forma durante mucho tiempo, y se había hartado tanto que se había largado sin más. Y, entonces, aparecía de repente Eje y se lo llevaba y le daba la vuelta para convertirlo en un tipo diferente de soldado. Y esa, bueno, esa clase le parecía bien. Le parecía correcta. No tenía ni idea...

Miró y vio aparecer a Eje tambaleándose.

—Dejémoslo así, Eje —le rogó—. Por favor.

—Quiero clavarle un cuchillo a Gradithan en la cara —gruñó Eje—. Quiero cortarle esa lengua negra que tiene. Quiero arrastrar a ese miserable hasta aquí arriba para que cada uno de esos chiquillos vea lo que le hago...

—Como hagas eso te mato con mis propias manos —juró Ratamonje, y le enseñó los dientes—. Ya han visto demasiado, Eje.

—Así podrán ver la venganza...

—A ellos no les parecerá una venganza —dijo Ratamonje—, solo será más del mismo horror de mierda, la misma locura cruel. ¿Quieres venganza?, pues cóbratela en privado, Eje. Hazlo ahí abajo. Pero no esperes mi ayuda, conmigo no cuentas.

Eje se lo quedó mirando.

—Me estás contando un rollo muy distinto ahora, Ratamonje. Anoche no dejabas de hablar de que si lo íbamos a agarrar y le íbamos a dar una buena...

—He cambiado de opinión, Eje. Gracias a esos pobres críos. —Vaciló—. Gracias a ti, que me obligaste a hacer lo que acabamos de hacer. —Luego lanzó una fuerte carcajada—. Figúrate, me siento... redimido. Hay que ver con la ironía, ¿eh, Eje?

Eje se acomodó despacio contra el muro de la trinchera y se fue hundiendo hasta que terminó enterrado en el barro.

—Mierda. Ya ves tú. Y yo que vine andando desde tan lejos, buscando justo lo que tú vas y encuentras aquí. Necesitaba algo, y pensé que era respuestas... pero ni siquiera sabía las preguntas. —Hizo una mueca y escupió—. Sigo sin saberlas.

Ratamonje se encogió de hombros.

—Yo tampoco.

—Pero tú te has redimido. —Y fue una afirmación casi amarga.

Ratamonje se esforzó por expresar sus pensamientos.

—Cuando eso te llega... a mí, cuando me llegó, bueno, es como la sensación de ahora, Eje, es como si la redención tuviera un significado nuevo. Es cuando ya no te hacen falta respuestas, porque sabes que cualquiera que prometa respuestas no dice más que estupideces. Sacerdote, sacerdotisa, dios, diosa. Un montón de estupideces, ¿tú me entiendes?

—Eso no parece verdad —objetó Eje—. Para ser redimido alguien tiene que hacer eso de la redención.

—Pero igual no tiene que ser otro. Igual es solo hacer algo, ser algo, alguien, y sentir ese cambio por dentro, es como si fueras y te redimieras tú solo. Y da igual lo que opinen los demás. Y sabes que todavía tienes todas esas preguntas, acertadas, equivocadas, y a lo mejor hasta encuentras una respuesta o dos, o a lo mejor no. Pero da igual. Solo importa que ahora sabes que nadie tiene que ver con eso, con nada de eso. Esa es la redención de la que estoy hablando.

Eje echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Tienes suerte, Ratamonje. No, te lo digo en serio. De verdad.

—Serás idiota. Estaba pudriéndome ahí, lo veía todo y no hacía nada. Si ahora terminara en otro sitio, es todo gracias a ti. Leches, has hecho lo que tendría que hacer un verdadero sacerdote, nada de consejos de mierda, ni chorradas de sabiduría, nada de comprensión ni esas mamonadas. Una patada en los huevos y haz lo que sabes que tienes que hacer. Pero, bueno, que no voy a olvidar lo que has hecho, Eje. No lo olvidaré jamás.

Eje abrió los ojos y Ratamonje vio un ceño extraño en la cara del hombre cuando miró al cielo.

Y, entonces, él también alzó los ojos.

Una figura solitaria se encaminaba al templo de la Oscuridad, los mocasines susurraban sobre los resbaladizos adoquines. Una mano se levantó, a su alrededor unas cadenas finas, delicadas, comenzaron a girar, vuelta tras vuelta; en los extremos destellaban los anillos. Densas gotas de lluvia saltaban por los aires en ese arco giratorio y salpicaban el rostro y la sonrisita que curvaba los labios.

Alguien dentro de ese edificio estaba oponiendo resistencia. ¿Sería el propio Rake? Eso era lo que Clip deseaba con todas sus fuerzas, y si era así, entonces el supuesto Hijo de la Oscuridad era un hombre débil, patético, a punto de ser aniquilado. Clip quizás hubiera tenido exigencias y acusaciones en otro tiempo, todas puestas en fila y colocadas como flechas, listas para ir tomándolas. El arco tenso, vibrante, las mordaces verdades aleteando infaliblemente para dar siempre en el blanco. Sí, había imaginado una escena así. La había ansiado.

¿Qué valor tenía el juicio severo cuando no había nadie a quien herir con él? ¿Dónde estaba la satisfacción? ¿En el placer de ver las heridas? No, el juicio severo era como la rabia. Se alimentaba de sus víctimas. Y del delicioso arrebató de la superioridad al dictar sentencia.

Quizás el dios Moribundo le recompensase, porque quería víctimas, todas las víctimas posibles. Después de todo, tenía tanta rabia que darles. *Escúchame, lord Rake. Masacraron a todo el mundo en el Andara. ¡A todos! ¿Y dónde estabas tú mientras morían tus devotos? ¿Dónde estabas tú? Te reclamaron. Te suplicaron.*

Sí, Clip acabaría con él. A su pueblo le debía al menos eso.

Al acercarse examinó el templo y vio algo conocido en sus líneas, ecos del Andara, y de Rosazul. Pero ese edificio parecía más crudo, más tosco, como si la piedra imitara sin querer la madera mal labrada. ¿Para honrar recuerdos? ¿O una elegancia olvidada? Daba igual.

Un súbito pensamiento hizo pedazos la puerta del templo y Clip sintió que en el interior alguien se encogía de dolor.

Subió los escalones y atravesó el humo y el polvo.

Anillos dando vueltas, kelyk rezumando.

El tejado en forma de bóveda tenía un enrejado de grietas, así que la lluvia caía con fuerza por ellas en hilos densos y negros. Vio una mujer de pie, al fondo, el rostro era una máscara de horror. Y vio a un anciano de rodillas en el centro del suelo de mosaico, con la cabeza inclinada.

Clip se detuvo y frunció el ceño. ¿Ese era su oponente? ¿Esa criatura débil, inservible e inútil?

¿Dónde estaba Anomander Rake?

Él... no está aquí. ¡Ni siquiera está aquí! ¡Soy su espada mortal! ¡Y ni siquiera está aquí!

Chilló de furia. Y el poder se desató, un poder que arremetió contra un muro que arrancó telas del amplio suelo y lo desgarró al alejarse de él, un poder que hizo pedazos las columnas que rodeaban la cámara hasta que se derrumbaron como árboles talados. Un poder que envolvió al enclenque hombrecillo...

Endest Silann gimió bajo el ataque. Como garras, el poder del dios Moribundo se hundió en lo más hondo de él y le desgarró las entrañas. Era demasiado inmenso para resistirse a él. Cedió terreno, el ritmo se aceleró, acercándose al momento de una derrota aplastante, una huida aterrada, mortal...

Pero no había adónde ir. Si caía, todos los tiste andii de Coral Negro estarían perdidos. El saemankelyk los reclamaría a todos y hasta la propia ciudad sucumbiría a esa pavorosa mancha. Kurald Galain quedaría corrompido, se le obligaría a alimentar el hambre ansiosa de poder de un dios ajeno a todo y a todos.

Y así, entre un coro de huesos partiéndose y carne hendiéndose, Endest Silann siguió resistiendo.

Buscó desesperadamente una fuente de poder, lo que fuera, quien fuera, pero Anomander Rake ya no estaba. Había bramado con un poder que era como una columna de fuego. Había sido indómito, y cuando posaba una mano en un hombro, podía convertir su confianza en un regalo. Podía hacer que los que lo amaban hicieran lo imposible.

Pero ya no estaba.

Y Endest Silann estaba solo.

Sintió que su alma se ajaba, que moría bajo ese despiadado asalto.

Y allí, en alguna inmensa profundidad, el anciano recordó... un río.

Desafiando a toda luz, profundo, muy profundo, donde fluían las corrientes, corrientes que ninguna fuerza podía contener. Podía deslizarse dentro de esos fiables arroyos, sí, solo tenía que estirar los brazos...

Pero estaba el dolor. Y era tan intenso. Lo exigía todo de él. No podía arrancárselo y lo iba carcomiendo.

El río, solo tenía que alcanzarlo...

El dios que poseía a Clip se echó a reír. Todo estaba a su alcance. Podía sentir a su adorada suma sacerdotisa, tan amorosamente arrebatada de las garras del Redentor, tan enteramente seducida por la danza inconsciente de la nada y el olvido, el culto de las vidas malgastadas —era ella la que estaba derrotando al único guardián del Redentor—, el guardián que estaba retrocediendo paso a paso, convertido en una masa de heridas, una docena de ellas sin duda mortales, y aunque por alguna razón seguía en pie y seguía luchando, ya no podría durar mucho más.

El dios quería al Redentor. Un receptáculo mucho más digno que el llamado Clip, que tan venal era en sus pensamientos, tan miserable en sus aflicciones. No era mejor que un niño quemado por descuido y que ahora solo soñaba con estallar de ira.

Este recipiente creía que había ido a enfrentarse a su padre, pero allí no había ningún padre. Nunca lo había habido. Había creído ser un elegido para impartir justicia, pero el llamado Clip, que jamás había visto la justicia, no comprendía su verdadero significado, que siempre pertenecía, única y exclusivamente, a la jaula del alma de cada uno.

No, la necesidad que el dios tenía de Clip estaba llegando a su fin. Ese recipiente sería entregado al saemankelyk, pues en nada se diferenciaba de todos los demás. Para que bailara, para que yaciera sobre la suma sacerdotisa y derramara el negro semen en su útero en un acto sin placer, ya que todo el placer lo consumía la sangre del dios Moribundo, el dulce kelyk. Y ella se hincharía con las inmortales ofrendas mil veces, diez mil veces.

El veneno más dulce, después de todo, es el que se comparte con avidez.

El dios avanzó hacia el anciano arrodillado. Hora de matar a ese necio.

La mano de Aranatha se sentía fría y seca entre los dedos de Nimander, lo conducía por un reino desconocido que lo había dejado ciego, tambaleante, como un perro apaleado hasta dejarlo inconsciente, la correa que era esa mano tirando de él sin parar.

—Por favor —susurró él—, ¿adónde vamos?

—A la batalla —respondió ella, y su voz era casi irreconocible.

Nimander sintió un estremecimiento de miedo. ¿Era Aranatha siquiera? Quizás algún demonio había ocupado su lugar... pero la mano, sí, la mano la conocía. La misma, tan familiar en su delicado tacto, como un guante sin nada dentro; pero no, él podía sentirla, firme, sólida. Su mano, como el resto de ella, era un misterio que él había llegado a amar.

El beso que le había dado Aranatha, hacía ya lo que parecía una eternidad, podía sentirlo todavía, como si hubiera saboreado algo extraño, algo tan ajeno a él que no tenía esperanzas de llegar a entenderlo jamás, o de reconocer siquiera qué podría ser. Un beso, dulce como una bendición... pero ¿había sido Aranatha quien lo había bendecido?

—Aranatha...

—Ya casi hemos llegado... oh, ¿me defenderás, Nimander? Mi alcance apenas llega hasta aquí, solo puedo traspasar, con poca fuerza. Eso es cuanto he sido siempre capaz de hacer. Pero ahora... ella insiste. Lo ordena.

—¿Quién? —preguntó él, helado de repente, temblando de repente—. ¿Quién te lo ordena?

—Aranatha, claro.

Pero entonces...

—¿Quién... tú quién eres?

—¿Me defenderás, Nimander? No me lo merezco. Mis errores se cuentan por miles. He convertido mi dolor en vuestra maldición, una maldición sobre todos y cada uno de nosotros. Pero ya es muy tarde para disculpas. Pisamos el polvo de lo que ya está hecho.

—Por favor...

—No creo que pueda alcanzar lo suficiente, no contra él. Lo siento. Si tú no te interpones en su camino, caeré. Fracasaré. Siento en tu sangre un susurro de... alguien. Alguien muy querido para mí. Alguien que quizás habría resistido contra él.

»Pero él no nos aguarda. No está allí para defenderme. ¿Qué ha ocurrido? Nimander, solo te tengo a ti.

Aquella mano pequeña, que estaba seca y fría, y que tan extraña y tranquilizadora había sido en su alejamiento, a Nimander de repente le pareció frágil, como porcelana fina.

Ella no me guía.

Se aferra.

Nimander intentó comprender algo de todo lo que le había dicho ella. *La sangre de alguien querido. No tiene alcance, no lo suficiente para ser lo bastante poderosa contra Clip, contra el dios Moribundo. Entonces... no es Aranatha.*

—Nimander, solo te tengo a ti.

»Pisamos el polvo de lo que ya está hecho.

—Nimander, hemos llegado.

Las lágrimas corrían por el rostro desfigurado de Vidente. Abrumado por la impotencia, por la

futilidad de sus esfuerzos contra semejante enemigo, se estremecía con cada golpe, se tambaleaba en retirada, y si se estaba riendo (y, dioses, lo estaba), no había humor en ese terrible sonido.

Aunque jamás había sido muy orgulloso —o esa había sido su actitud, allí, ante el Redentor, toda humildad—, pero no había soldado al que le quedase un poco de voluntad que no tuviera la convicción secreta de ser más que capaz. Y aunque no había mentido cuando se había dicho a sí mismo que estaba luchando por un dios en el que no creía, bueno, a una parte de él ese detalle lo dejaba indiferente. Como si eso supusiera alguna diferencia. Y en eso se mostraba el orgullo secreto que había albergado.

La sorprendería. La asombraría resistiendo mucho más de lo que ella podría haber anticipado. Combatiría a esa perra hasta el estancamiento.

Qué lúgubre, qué noble, qué poético. Sí, cantarían sobre la batalla, todos esos resplandecientes rostros en algún futuro templo de piedra blanca y virginal, todos esos ojos brillantes tan complacidos de compartir la triunfal gloria del heroico Vidente.

No podía evitar reírse.

Ella lo estaba despedazando, reduciéndolo a patéticos pedazos. Era un milagro que todavía le quedase alguna parte de su alma que fuese aún reconocible.

Mírame, Spinnock Durav, viejo amigo. Noble amigo. Y compartamos esta carcajada.

Riámonos de mi estúpida afectación.

Mi propio orgullo, amigo, se burla de mí. Sí, riéte, tal como querías hacer todas y cada una de las veces que me derrotaste en nuestro diminuto campo de batalla, allí, en la sucia mesa de esa taberna húmeda y miserable.

No imaginabas lo difícil que era para mí aferrarme a ese orgullo, derrota tras derrota, una pérdida aplastante tras otra.

Así que, vamos, deshagámonos de nuestras anodinas máscaras. Riéte, Spinnock Durav, mientras me ves perder una vez más.

Ni siquiera había conseguido que perdiese rapidez. Las hojas chocaban contra él desde todos lados, tres, cuatro a la vez. Su destrozado cuerpo ni siquiera sabía dónde caer, los ataques de la mujer eran lo que lo mantenía de pie.

Había perdido la espada.

Quizás incluso había perdido el brazo y la mano que la habían estado empuñando. No había forma de saberlo. No sentía nada más allá de ese nudo de sarcástica comprensión. Ese único ojo interior clavado sin parpadear en sí mismo, en su patético ser.

Y, luego, al fin, ella debió de arrojar al suelo todas sus armas, porque sintió las manos femeninas rodeándole la garganta.

Vidente se obligó a abrir los ojos y se quedó mirando el rostro risueño de la mujer...

Ah.

Ahora lo entiendo. Eras tú la que te reías.

Tú, no yo. Te oía a ti. Sí, ahora lo entiendo...

Eso significaba que él, bueno, él había estado llorando. Menuda burla. Lo cierto era que a él no le quedaba nada más que autocompasión. *Spinnock Durav, aparta los ojos. Por favor, aparta los ojos.*

Las manos de la mujer le apretaron la garganta, lo levantaron del suelo, lo sostuvieron en el aire. Para poder mirarlo a la cara mientras lo estrangulaba, mientras le quitaba el último aliento. Mirarlo y reírse de su rostro bañado en lágrimas.

La suma sacerdotisa permanecía allí con las manos en la boca, demasiado asustada para moverse,

mientras veía cómo el dios Moribundo destruía a Endest Silann. El anciano debería haberse derrumbado ya, debería haberse deshecho bajo aquel ataque. Y eso había empezado a hacer. Pero de algún modo, por increíble que fuera, seguía resistiendo.

Convirtiéndose así en una última y frágil barrera entre los tiste andii y ese dios horrendo, perturbado. La sacerdotisa se encogía en su sombra. Había sido un orgullo desmedido, desmedido y enloquecido, creer que ellos podrían contener a esa abominación. Sin Anomander Rake, sin ni siquiera Spinnock Durav. Y ella empezaba a sentir cómo derribaban a cada uno de sus parientes y amigos, incapaces de levantar una mano para defenderse, tirados con las gargantas al descubierto mientras la venenosa lluvia inundaba las calles, entraba borboteando bajo las puertas, se metía por las ventanas, corroía las tejas de los tejados como si fuera ácido para luego filtrarse por las vigas y pintar de marrón cada muro. Los suyos habían comenzado a sentir la sed, habían comenzado a desear ese primer sorbo letal... igual que ella.

Y Endest Silann estaba conteniendo al enemigo.

Otro momento.

Y luego otro más...

En el reino de Dragnipur toda fuerza había dejado de luchar. Cada fuerza, cada rostro —Draconus, el Embozado, Iskar Jarak, los Encadenados, los ojos ardientes de los soldados del caos—, todos se volvieron para mirar el cielo sobre la carreta.

Y la figura solitaria que se alzaba en el montículo de cuerpos.

Donde había comenzado algo extraordinario.

El patrón tatuado se había levantado liberándose de ese lienzo revuelto, arrugado, hecho de pieles; como si el estrato que había existido para que todos lo vieran se revelara como nada más que un lado, una faceta, una única dimensión de una manifestación mucho mayor. Que ahora se alzaba, se iba desplegando, intrincada como una jaula perfecta, una telaraña de gasa fina que relucía como trazos de tinta húmedos suspendidos en el aire alrededor de Anomander Rake.

Y este, poco a poco, fue alzando los brazos.

Tirado casi a los pies de Rake, Kadaspala se retorció en un frenesí de júbilo. Venganza y venganza y sí, venganza.

¡Apuñala! ¡Querido niño! Apuñala ahora, sí y apuñala y apuñala...

Fosa, lo que quedaba de él, se quedó mirando con un solo ojo. Vio un brazo alargado, plagado de tatuajes, que se separaba; vio el cuchillo en la mano, cerniéndose como una serpiente que se levantase detrás de Rake. Y nada de ello le sorprendió.

El único propósito del dios niño. La razón de existir del dios niño.

Y él era su ojo. Estaba allí para contemplar su alma por dentro y por fuera. Para sentir su corazón, y ese corazón estaba rebosante de vida, de exultación. ¡Qué regalo era nacer y vivir! Ver ese único propósito, sostener y hundir el cuchillo hasta el fondo...

¿Y luego?

Y luego... *todo termina.*

Todo lo que hay aquí. Todos ellos. Estos cuerpos que siento tan cálidos. Todos, traicionados por aquel cuyas mismas vidas han alimentado. Preciados recuerdos, un sinfín de purísimos

arrepentimientos, pero, sobre todo lo demás, ¿qué es lo que siempre debe ir encadenado a todas y cada una de las almas? Los arrepentimientos, por supuesto. Encadenados por siempre a tu propia historia, a la historia de tu vida, arrastrando por siempre esa tambaleante y chirriante carga...

Liberarse de esas cadenas de pesar es quitarse de encima la humanidad. Y, por tanto, convertirse en un monstruo.

Dulce niño dios, ¿lamentarás esto?

—No.

¿Por qué no?

—No... no habrá tiempo.

Sí, no habrá tiempo. Para nadie. Para nada. Este es tu momento de vida, tu nacimiento, tu obra, tu muerte. Debes medirte por esto, en este puñado de alientos.

Tu hacedor quiere que mates.

Naces ahora. Te aguarda tu obra. Tu muerte se cierne justo detrás. Dios niño, ¿qué harás?

Y sintió que el dios vacilaba. Lo sintió despertar a sí mismo y a la libertad que ofrecía ese despertar. Sí, su hacedor había intentado darle forma. Padre a hijo, un torrente ininterrumpido de odio y venganza. Para darle a su propia e inminente muerte todo el significado que requería.

Falla en esto y esa muerte no significará nada en absoluto.

—Sí. Pero si muero sin lograr aquello para lo que me hicieron...

El dios podía sentir el poder que se había separado y que se precipitaba por ese extraordinario tiste andii del cabello plateado, que se precipitaba por las tracerías del sinfín de cuerpos y viajaba por los hilos de esa inmensa telaraña. Iba bajando, cada vez más, hasta meterse por ese portal.

¿Qué estaba haciendo?

Y Fosa sonrió al contestar. *Amigo, una cosa has de saber. Sea lo que sea lo que intenta hacer ahora Anomander Rake, no lo hace por sí mismo.*

Y esa afirmación aturdió a ese niño dios.

¿No lo hace por sí mismo? ¿Era algo así posible? ¿No elegía uno siempre, primero y por encima de todas las cosas, por uno mismo?

Para la mayoría, sí, así es. Y cuando esos se van, se les olvida de inmediato. Cada uno de sus logros queda empañado. No tardan mucho en reconocer que no eran mejores que los demás. Ni más listos, ni más valientes. Sus motivaciones, ah, qué sórdidas, después de todo. Para la mayoría, he dicho, pero no para este. No para Anomander Rake.

—Entiendo. Entonces, amigo mortal, yo... yo no haré menos.

Y así, ese largo brazo se fue retorciendo, girando y el cuchillo asestó una puñalada, se clavó en el pecho de Kadaspala.

El tiste andii ciego gritó y su sangre se derramó por la masa compacta de cuerpos.

Asesinado por su propio hijo. Y la telaraña bebió con avidez la sangre de su hacedor.

Alguien se arrastraba junto a Fosa. Trató de fijar su único ojo, que se estaba muriendo. Un rostro ancho, con la piel desprendiéndose en algunos trozos y largo cabello espeso de color negro vetado de rojo. La mujer sostenía un cuchillo de pedernal en una mano.

—Cógelo —susurró él—. Cógelo rápido...

Y ella lo cogió.

Un dolor agónico, un fuego que le atravesó hasta lo más hondo del cráneo y luego... todo empezó a desvanecerse.

Y el niño dios, tras haber matado, ahora muere.

Solo un hombre lloró por él, lágrimas rojas bañándole la cara. Solo un hombre llegó a saber lo que

había hecho.

¿Era suficiente?

Apsal'ara vio a Anomander Rake detenerse y luego bajar la cabeza. Y sonreír.

—Vete, con mi bendición.

—¿Adónde?

—No tardarás en saberlo.

Ella lo miró a los ojos, a aquellos ojos brillantes que se oscurecían, se oscurecían, se oscurecían cada vez más. Hasta que Apsal'ara comprendió lo que estaba viendo y la invadió un aliento frío como el hielo. Lanzó un grito y recordó dónde había sentido ese frío antes...

Y Apsal'ara, Señora de los Ladrones, le arrojó el ojo ensangrentado del dios.

Rake lo cogió con una sola mano.

—Un recuerdo —le susurró ella, y se apartó rodando.

Pues esa carreta no era lugar para estar. No con lo que estaba a punto de ocurrir.

El patrón se hundió entre las formas amontonadas al mismo tiempo que la Puerta de la Oscuridad se alzaba para recibirlo.

Deja ya de vagar.

Anomander Rake, todavía de pie, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos levantados, comenzó a disolverse, a deshacerse en jirones, cuando la Puerta se apoderó de él, cuando se alimentó de él, del Hijo de la Oscuridad. De lo que él deseaba, lo que quería que fuera.

Al presenciarlo, Draconus cayó de rodillas.

Por fin comprendía lo que estaba pasando. Por fin comprendía lo que siempre había planeado Anomander Rake... esa, esa maravilla.

—¿Me pides perdón? —susurró mirando arriba—. ¿Cuando desentrañas lo que yo he hecho, lo que hice tanto tiempo atrás? ¿Cuando sanas lo que yo herí, cuando arreglas lo que rompí? —Alzó la voz hasta gritar—. ¡Rake! ¡No hay perdón que debas pedir, no a mí, dioses del inframundo, ni a ninguno de nosotros!

Pero no había forma de saber si lo había oído. El hombre que había sido Anomander Rake estaba esparcido por el reino de Kurald Galain, en su propio sendero, largo tiempo sellado, que quizá, solo quizá, lo llevara a los pies de Madre Oscuridad.

Que les había dado la espalda.

—Madre Oscuridad —susurró Draconus—. Creo que ahora debes enfrentarte a él. Debes volverte hacia tus hijos. Creo que tu hijo insiste. Lo exige. Abre los ojos, Madre Oscuridad. ¡Mira lo que ha hecho! Por ti, por los tiste andii... pero no por sí mismo. ¡Has de verlo! ¡Mira y comprende lo que ha hecho!

La Oscuridad despertó, el patrón se aferró a la misma Puerta y se hundió, se fue hundiendo, fue dejando atrás Dragnipur, fue abandonando para siempre la pavorosa espada...

En el Templo de Sombra de la ciudad de Coral Negro que se ahogaba en lluvia venenosa, Clip y el dios de su interior se alzaban sobre la forma acurrucada de Endest Silann.

Aquella partida había terminado. Todo el placer de la victoria había palidecido bajo la absurda y

obstinada resistencia de aquel viejo.

Los anillos giraron, vueltas y más vueltas en una mano mientras sacaba una daga con la otra. Un final simple, sucio, sí, pero breve.

Y, entonces, vio que el suelo de repente se agitaba con unos filamentos negros y enfurecidos que formaban un patrón, y se levantó un aliento gélido en un largo suspiro. Las cortinas de lluvia que caían se congelaban en cuanto las gotas tocaban el aire frío y se hacían pedazos contra los adoquines abombados y las teselas rotas. Y ese frío se alzaba más alto.

El dios Moribundo frunció el ceño.

El patrón se fue extendiendo hasta cubrir todo el suelo de la cámara del altar y siguió creciendo. Tenía un aspecto deforme extraño, como si el diseño tuviera más dimensiones de las que eran visibles.

El templo entero se estremeció.

Agazapados en un arcén en la cima de una ladera boscosa, Eje y Ratamonje contemplaron con fijeza el cielo sobre Coral Negro. Un extraño patrón semejante a un laberinto apareció en el aire, empezó a extenderse hacia los lados y, al mismo tiempo, comenzó a hundirse sobre la ciudad.

Vieron el momento en el que un zarcillo de ese patrón tocó a la dragona dormida encaramada en su chapitel y vieron cómo desplegaba las alas convertidas en gigantescos abanicos carmesíes, cómo levantaba la cabeza sobre el largo cuello, abriendo las mandíbulas.

Y Silanah rugió.

Un sonido que ensordecía. Un grito de dolor, de rabia, de auténtica voluntad desatada.

La dragona se precipitó sobre ese patrón que caía, ese cielo que se derrumbaba, y surcó el aire sobre la ciudad.

Eje emitió una carcajada cruel.

—Corre, Gradithan. ¡Corre todo lo que quieras! ¡Esa zorra furiosa va en tu busca!

Aranatha entró y Nimander detrás. Sofocando un grito, el guerrero liberó su mano de un tirón; el apretón de Aranatha se había convertido en un frío insoportable, abrasador, recordaba demasiado a la muerte para tocarla.

Nimander se apartó con un tropezón.

La tiste andii se había detenido justo al borde de una enorme cámara con un altar. Donde un patrón etéreo, extraño, estaba lloviendo del techo abovedado, un sinfín de filamentos enlazados de hebras negras que descendían lentamente al mismo tiempo que otros zarcillos se alzaban del suelo.

Y Nimander la oyó susurrar.

—La Puerta. Cómo..., oh, queridísimo hijo mío..., oh, Anomander...

Clip se encontraba en el centro de la cámara y se giró cuando llegaron Aranatha y Nimander.

Los anillos giraron en sus trozos de cadena, y luego se detuvieron, atrapados en el patrón, las cadenas temblorosas con la tirantez.

Una repentina agonía iluminó la cara de Clip.

Se oyó un chasquido seco cuando la vuelta de la cadena le cortó el índice y los anillos giraron y se arremolinaron, ensartados en el patrón. Salieron disparados por cada hebra, cada vez más rápido, hasta que no fueron más que contornos borrosos que se desvanecieron después.

Nimander pasó junto a Aranatha, dio un salto y se lanzó directamente hacia Clip.

Que se había tambaleado hacia un lado, con la vista en el suelo, como si buscara su dedo amputado a sus pies. En su rostro, conmoción, dolor, perplejidad...

Siempre había subestimado a Nimander. Un error fácil de cometer. Como solía pasar con los errores.

Tan parecido a su progenitor; tardaba mucho en enfadarse, pero cuando llegaba la rabia... Nimander cogió a Clip por la pechera del jubón, lo levantó por los aires y con un único empujón lo tiró al suelo, rodando con las piernas abiertas.

Lo que despertó al dios Moribundo. Ardiendo de rabia, el dios se puso en pie y se dio la vuelta para enfrentarse a Nimander.

Que ni siquiera se inmutó mientras se preparaba para ir a su encuentro, desenvainando la espada.

El aleteo de un toque en el hombro lo detuvo.

Aranatha (*que ya no era Aranatha*) pasó por delante de él.

Pero no, sus pies ni siquiera tocaban el suelo. Se alzaba por el aire, entre torrentes de oscuridad que caían como cascadas de seda, y clavó la mirada desde lo alto en el dios Moribundo.

Quien, al encontrarse cara a cara con Madre Oscuridad (con la diosa ancestral hecha carne) tembló. Retrocedió, empequeñecido.

Ella ya no intenta entrar. Porque ya está aquí. Madre Oscuridad está aquí.

—Ah, hijo mío... acepto —la oyó decir Nimander.

La Puerta de Oscuridad dejó de vagar. Ya no la perseguían. La Puerta de Oscuridad había encontrado un nuevo hogar, en el corazón de Coral Negro.

Tirado, convertido en un montón de carne mutilada y huesos, agonizante, Endest Silann se levantó del río (un ente compuesto de memoria y verdad que lo había mantenido con vida durante tanto tiempo) y abrió los ojos. La suma sacerdotisa estaba arrodillada a su lado y le acariciaba la mejilla con una mano.

—¿Cómo pudo pedirte esto? —susurró—. ¿Cómo podía saber...?

Él sonrió entre lágrimas.

—Todo lo que siempre nos ha pedido, a mí, a Spinnock Durav y a tantos otros, nos lo ha dado a cambio. Todas y cada una de las veces. Ese... era su secreto. ¿No lo entiendes, suma sacerdotisa? Servíamos al que nos servía a nosotros.

Cerró los ojos entonces, cuando sintió otra presencia, una que jamás había imaginado que volvería a sentir. Y en su mente, habló: «Por ti, Madre, hizo esto. Por nosotros, hizo esto. Nos ha traído a todos a casa. Nos ha traído a casa.»

Y ella respondió en su mente, su voz alzándose desde las profundidades del río en el que él había encontrado su fuerza. La fuerza para aguantar una última vez. Como le había pedido su señor. Como su señor había sabido que haría. Ella dijo: *Entiendo. Ven a mí, entonces.*

El agua entre nosotros, Endest Silann, es transparente.

El agua es transparente.

Cuando los restos destrozados y sin vida de lo que una vez había sido Vidente fueron arrojados a un lado, Salind se preparó para reanudar su ataque, por fin contra el propio Redentor...

El dios que en otro tiempo había sido Itkovian —testigo silencioso, perplejo, de una defensa de un valor inimaginable— alzó la cabeza. El dios podía sentir una presencia. Más de una. Una madre. Un hijo. Separados durante tanto tiempo, pero ya unidos de formas demasiado misteriosas, demasiado inefables,

para comprenderlas. Y, luego, de golpe, se le hizo comprender la verdad de los regalos, la verdad de la redención. Y ahogó un grito.

—Se me ha... mostrado. Se me ha mostrado...

Y allá marchó para reunirse con ella.

—Gracias, Anomander Rake, por este regalo inesperado. Mi amigo oculto. Y... adiós.

El Redentor, en su túmulo de riquezas sin valor alguno, no necesitaba salir, no necesitaba enfrentarse a la Oscuridad. No, ya podía avanzar y entrar en ese reino.

Bajar por la lluvia fina y débil, hasta donde ella se encontraba, insegura, temblorosa, al borde mismo del abandono.

Tomó a Salind entre sus brazos.

Y, mientras la estrechaba hacia él, pronunció estas palabras: «Bendita seas, que no te lleven. Bendita seas, que comiences en tu momento y llegues al fin en plenitud. Bendita seas, en el nombre del Redentor, en mi nombre, contra los crueles segadores de almas, los saqueadores de vidas. Bendita seas, para que tu vida y cada vida sea como está escrito, pues la paz nace de la plenitud absoluta.»

Contra aquello el dios Moribundo no tenía defensa. En ese abrazo, el dios Moribundo llegó a creer que él no había marchado hacia el Redentor, sino que el Redentor lo había hecho llamar. Una invitación que no podía haber imaginado, ni reconocido. Para sanar lo que ningún otro podía sanar.

Allí, en esa oscuridad pura. A la Puerta misma de Madre Oscuridad, no había, de hecho, ningún otro lugar posible para el renacimiento.

El dios Moribundo se... escabulló, sin más.

Y Salind, bueno, la joven era un cuerpo blando en sus brazos.

El Redentor deja que sean otros los que juzguen. Cosa que, ¿ves?, lo deja a él libre para purificarlo todo.

Y el agua es transparente entre ellos.

Las cenizas bajaron flotando sobre una escena quieta, silenciosa. Las legiones del caos habían dejado Dragnipur, su presa se había desvanecido. La carreta permanecía inmóvil, llena de fisuras. Draconus miró a su alrededor y vio qué pocos encadenados quedaban. Tantos destruidos, devorados. Su mirada se posó por un momento en el pedazo de terreno donde el demonio Perla había resistido, donde había caído, desafiante hasta el final.

Vio al soldado llamado Iskar Jarak sentado a lomos de su caballo, con la mirada fija en el lugar en el que había estado Anomander Rake, allí sobre la montaña de cuerpos inmóviles y silenciosos, sin rastro ya del inmenso tatuaje en ninguno de ellos.

Draconus se acercó junto a él.

—Lo conocías, ¿verdad?

Iskar Jarak asintió.

—Me llamaba amigo.

Draconus suspiró.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Ojalá... ojalá hubiera podido conocido mejor. —Oyó que se acercaba alguien, se giró y vio al Embozado—. Señor de la Muerte, ¿y ahora qué? Seguimos encadenados; no podemos irnos como hicieron los Abrasapuentes y las Espadas Grises. Somos muy pocos para tirar de la carreta, aunque tuviéramos algún sitio al que ir. Veo, entiendo lo que ha hecho Rake, y no guardo ningún rencor. Pero ahora pienso que ojalá me hubiera unido a los otros. Para poder poner fin a esto...

Iskar Jarak gruñó antes de hablar.

—Decías la verdad, Draconus, cuando dijiste que no lo conocías bien.

Draconus frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir —dijo el Embozado— que ahora llegamos al último acto de este trato. Él ha cumplido su palabra, pero lo que ocurra ahora no está en sus manos. Arrancó una promesa, sí, pero ¿basta eso?

—Vergüenza debería darte, Embozado —dijo Iskar Jarak mientras recogía las riendas—. No queda ni un solo idiota ahí fuera capaz de traicionar al Hijo de la Oscuridad, no en esto, ni siquiera ahora; aunque nos haya dejado, aunque haya regresado al reino de su Madre.

—¿Es esto una reprimenda, Iskar Jarak?

—Lo es

El jaghut lanzó un bufido.

—La acepto —dijo.

Barathol se sentó en los adoquines, sentía que se le habían roto todos los huesos del cuerpo, cada músculo magullado. Tenía ganas de vomitar, pero luchó por contener el impulso por si las convulsiones lo mataban. Miró otra vez el cadáver tirado con la espada incrustada en la cara y el cráneo. Vio las amplias heridas punzantes en un muslo, por donde lo había levantado el Mastín. No sangraba por ninguna de ellas.

Azogue se acercó y se acuclilló a su lado.

—Fíjate con lo que hemos topado. Hay sangre de bestia por todas partes y tú, pedazo de cretino, tú te enfrentas a uno de esos monstruos... ¡con un hacha!

—Ayúdame, ¿quieres?

Azogue se quedó mirándolo y luego suspiró.

—Para eso necesitaríamos al buey, eres tan grande como un bhederin. Vale, yo me agacho aquí y tú intentas usarme como escalón, pero no me echas la culpa si me fallan las rodillas.

Poco antes se había detenido cerca de allí otro carruaje, delante del cual se encontraba el alquimista supremo Baruk —el que los había echado—, y junto a él un guerrero de sangre barghastiana con un martillo enorme sujeto a la espalda. Este último se acercó y se quedó mirando al tiste andii muerto.

Barathol se levantó, Azogue gruñendo bajo su peso, y después se irguió con un agradecimiento pronunciado en voz muy baja. Volvió la cabeza para mirar a los que todavía quedaban. El guerrero toblakai y la mujer que parecía ser su compañera. Las otras dos toblakai, mujeres jóvenes, quizás incluso niñas, que podrían haber sido hermanas, y un gran perro que tenía más cicatrices de lo que parecía posible. Los Grandes Cuervos todavía bordeaban los salientes de los tejados, o se agazapaban como demoníacos gnomos negros en la calle misma, silenciosos como espectros.

La luz dorada del sol del amanecer atravesó a raudales el humo que flotaba sobre la ciudad, no oyó el acostumbrado bullicio de la mañana que ya debería haber comenzado a llenar las calles de Darujhistan.

Tras los ya presentes comenzaron a aparecer otros. Ciudadanos, guardias, con el rostro inexpresivo, vacíos de palabras, aturdidos como refugiados, sin acercarse demasiado aunque también parecían reacios a marcharse.

El alquimista supremo se encontraba a una distancia respetuosa del barghastiano y del tiste andii muerto, y los observaba con una mirada llena de dolor. Entonces habló.

—Caladan Brood, lo que él buscaba debe...

—Esperar —dijo el barghastiano con voz profunda—. Debe esperar. —Se inclinó, estiró el brazo y

cogió la espada con la hoja negra. Y sin mucha ceremonia desprendió el arma y se incorporó de nuevo.

Parecía que todos los presentes estuviesen conteniendo el aliento.

Caladan Brood miró fijamente el arma que tenía en las manos. Barathol vio que la boca del guerrero se torcía en un leve gruñido, los dientes afilados resplandeciendo. Se dio media vuelta y se dirigió al carruaje, abrió la puerta lateral y tiró la espada dentro. El arma tintineó y cayó con un golpe seco. La puerta se cerró con un chasquido.

El barghastiano echó una mirada furiosa a su alrededor y luego señaló.

—Ese buey y esa carreta.

—Caladan...

—Haré lo que yo quiera aquí, Baruk. —Sus ojos salvajes encontraron a Barathol—. Tú, ayúdame con él.

Barathol contuvo cada gemido mientras cogía los pies del tiste andii y observaba cómo Brood metía a la fuerza las manos bajo los hombros del cadáver y luego debajo de los brazos. Juntos levantaron el cuerpo.

Azogue acercó la carreta y se quedó junto al buey con aire desdichado.

Colocaron el cuerpo de Anomander Rake sobre el fondo de tablas con sus viejas manchas de sangre. Brood se inclinó sobre él durante un largo instante. Y luego se irguió de nuevo y encaró al alquimista supremo.

—Le construiré un túmulo. Al oeste de la ciudad.

—Caladan, por favor, eso puede esperar. Tenemos que...

—No. —Se dirigió a donde se encontraba Azogue, apartó al falari del buey con una mano y cogió el yugo—. Lo haré. Ningún otro ha de asumir la carga de este viaje. Serán Caladan Brood y Anomander Rake, juntos una última vez.

Y así comenzó el buey su fatídico viaje. Un guerrero a su lado, el cadáver de otro en la carreta.

El desfile se vio obligado a detenerse tan solo una vez, a menos de diez pasos de donde había comenzado, donde encontraron a un hombre bajo y orondo con un chaleco rojo que se había colocado en mitad del camino. Caladan Brood alzó los ojos y frunció el ceño.

El hombre bajo y orondo se inclinó entonces con sorprendente elegancia, antes de retirarse y hacerse a un lado.

Brood no dijo nada, se limitó a poner al buey en marcha de nuevo con un pequeño tirón.

Se contaba que había salvado Darujhistan. Una vez, años atrás, y esa noche de nuevo. El Señor de Engendro de Luna, que esa noche había hecho caer oscuridad, oscuridad y frío, sobre las descontroladas llamas. Que de alguna forma había aplastado la creciente destrucción de los terribles incendios. Con lo que había salvado la vida de todos. Se contaba que él, sin ayuda alguna, había expulsado a los Mastines demoníacos. Se contaba que, en el mismo instante de su muerte, el corazón de la luna se rompió. Y la prueba de aquello todavía seguía en el cielo.

¿Quién lo había matado? Nadie estaba seguro. Los rumores sobre el regreso de Vorcan alimentaron las especulaciones que hablaban de una despiadada traición. Un contrato malazano. La ciega cólera de un dios. Pero era obvio que estaba predestinada, esa muerte, porque ¿acaso los devotos de Dessembræe no salieron de su templo esa noche? ¿No fue ese el momento del Señor de la Tragedia? Oh, vaya si lo fue, sí, desde luego que lo fue.

Y así, sin que nadie lo llamara, el pueblo salió a las calles. Bordearon la ruta tomada por Caladan Brood para aguardar su paso, el del guerrero, el buey, la carreta. Y cuando pasó, lo observaron en

silencio; y cuando la procesión hubo pasado, el pueblo siguió su estela y se convirtió en un río de humanidad.

Esa mañana Darujhistan no se parecía a ninguna otra ciudad. No hubo vendedores ambulantes pregonando sus mercancías. Los puestos del mercado permanecieron cerrados. Los barcos de pesca no se soltaron de sus amarres para partir por las aguas espejadas del lago. Los telares permanecieron inmóviles, los husos sin hilar. Y en los templos comenzaron a doblar las campanas. Disonantes, sonoras, aumentando como un eco discontinuo, como si la propia ciudad hubiera encontrado su voz, y esa voz, tan llena del caos del dolor, quisiera hablar en ese momento por cada ciudadano, por los sacerdotes y sacerdotisas, por los mismos dioses en sus templos.

Entre el repique de las campanas, los Grandes Cuervos se alzaron por el humoso cielo, giraron sobre los tejados y formaron una ululante y aterradora escolta. Al principio no había más que cientos, después fueron miles. Dando vueltas en masa, como atraídos a Darujhistan para llevar la oscuridad, como si quisieran amortajar el cuerpo que avanzaba por el suelo.

Y justo detrás de Ciudad Miserias, subiendo la primera de las colinas Gadrobi, un espadachín solitario se detuvo y volvió a medias el desfigurado rostro hacia la música inquieta de esas campanas, esos pájaros, y hubiera lo que hubiera allí en sus ojos, en fin, no hubo nadie para presenciarlo.

Así que le dio la espalda a Darujhistan y reanudó su viaje. Que no tuviera lugar alguno al que ir, al menos de momento, carecía de relevancia. La soledad halla su propio sendero, para aquel que no está dispuesto a compartir cargas. Y aunque la soledad no es compañía apropiada para los eternamente perdidos, es la única que conocen.

En ese momento, otra figura solitaria, ataviada con cadenas, se había sentado en una taberna de Ciudad Miserias. La idea de presenciar la procesión por la ciudad resultaba demasiado... desagradable. Kallor despreciaba los funerales. Celebraciones del fracaso. Se revolcaban en el patetismo. Forzaban a cualquier alma con vida a enfrentarse a la cara sonriente de la mortalidad... No, eso no era para Kallor.

Él prefería darle una buena patada a esa miserable cara hedionda llena de mierda y meados, una buena patada justo entre sus cochinos ojos.

La taberna estaba vacía, se diría que nadie compartía sus sentimientos, pero eso le parecía bien. Siempre le había parecido de maravilla.

O eso se decía a sí mismo mientras clavaba los ojos en el pichel de cerveza mala que había robado y escuchaba esas campanadas infernales, a esos enormes buitres. Y aquel coro le resultaba evocadoramente familiar. Muerte, ruina, dolor.

—¿Oyes eso? —le dijo a su pichel—. Están tocando nuestra canción.

Mezcla entró en el Bar de K'rul y lo encontró vacío, salvo por la figura encorvada del historiador, que estaba sentado en su mesa preferida con los ojos clavados en la madera manchada y llena de muescas. La veterana se acercó y lo miró.

—¿Quién murió?

Duiker no alzó los ojos.

—No quién, Mezcla. Más bien qué. ¿Qué murió? Más, creo, de lo que sabremos jamás.

La otra vaciló.

—¿Le has echado un ojo a Rapiña?

—Salió de aquí hace un cuarto de campanada.

—¿Qué?

—Dijo que volvería.

—¿Solo eso? ¿No dijo más?

—Otra cosa. No sé qué de «los malditos torques». —El historiador alzó la cabeza al fin, tenía la misma mirada sombría de siempre—. Siéntate, Mezcla. Por favor. No me gusta estar solo, ahora no. Ya volverá.

En ese momento una campana comenzó a tañer y los dos malazanos se agacharon para defenderse de aquel ensordecedor estruendo metálico.

—Dioses del inframundo —gruñó Mezcla—. ¿Quién está en el campanario?

Duiker estaba frunciendo el ceño.

—La única persona aparte de mí que está es Scillara. Supongo... —Y entonces se quedó callado, y la consumida desdicha en sus ojos se intensificó.

Mezcla se sentó.

—Será mejor que se canse pronto o voy a tener que subir ahí arriba.

Se quedaron sentados, soportando el estrépito. Mezcla estudió a Duiker y se preguntó por el abatimiento cada vez más intenso del historiador. Y entonces cayó en la cuenta.

—Creía que habíamos desmontado esa campana.

—Y lo hicimos, Mezcla. Está en el sótano.

—Oh.

No era de extrañar que tuviera un aspecto tan miserable.

—¿Pensando si cortarle la cabeza? —preguntó Samar Dev.

Karsa Orlong estaba de pie sobre el Mastín que había matado. Al oír la pregunta lanzó un gruñido.

—Podría utilizar un cuchillo de cocina para terminar el trabajo. ¿Viste cómo atravesó mi hoja la columna? Como talar un árbol.

Samar se dio cuenta de que estaba temblando, pero decidió que era de agotamiento.

—Son hijas tuyas, ¿verdad?

Karsa echó un vistazo a las dos muchachitas toblakai que permanecían allí, observando, en silencio, expectantes.

—Violé a una madre y a una hija.

—Ah, bueno, mira qué bonito.

—Estaba en mi derecho.

—Eso sí que es curioso.

—¿Qué?

—Esa idea de los «derechos». La forma en la que reclamar un derecho suele significar que otra persona pierda los suyos. Y entonces todo se reduce a quién tiene la espada más grande.

—Me gané ese derecho cuando maté a sus hombres. Era una guerra tribal, bruja. —El guerrero hizo una pausa—. Y yo era joven.

—Dioses del inframundo, ¿me estás diciendo que lamentas algo?

El toblakai le dio la espalda al Mastín muerto y miró a sus hijas.

—Lamento muchas cosas —respondió—. Pero no lo de ellas dos.

—¿Y si ellas lo ven de otra forma, Karsa?

—¿Por qué habrían de hacerlo? Les di la vida.

—Creo —dijo Samar Dev— que nunca te entenderé. —Miró a las niñas—. ¿Saben de qué estamos hablando? Claro que no, no pueden haber aprendido ningún idioma de Siete Ciudades. No te he visto hablar con ellas, Karsa. ¿A qué estás esperando?

—Estoy esperando —respondió él— a que se me ocurra algo que decir.

En ese momento otra mujer salió de la boca de un callejón y, con la mirada clavada en Karsa Orlong, se acercó.

—Toblakai —dijo—, tengo un mensaje que entregarte. —Hablaba malazano.

—No te conozco —le contestó Karsa en el mismo idioma.

—El sentimiento es mutuo —soltó la mujer con brusquedad—, pero no dejemos que eso se interponga.

—Vaciló—. ¿Quieres que te dé el mensaje en privado, o mejor lo grito para que lo oigan todos?

Karsa le lanzó una mirada divertida a Samar Dev.

—¿Te he dicho alguna vez, bruja, que me caen bien los malazanos?

—Sí —respondió ella con un suspiro.

—No hace falta que grites, malazana. Tampoco nos vamos a ocultar en una esquina. Bueno, dime ese misterioso mensaje, pero antes dime de quién es.

—De acuerdo. Es del Embozado, creo.

Samar Dev lanzó un bufido.

—Déjame adivinar. «Sigue haciendo tan buen trabajo, un cordial saludo.»

La mujer malazana la miró.

—Vaya, vaya, cuando todo esto haya acabado, permíteme invitarte a una copa.

Samar Dev alzó las cejas.

—El mensaje —rezongó Karsa.

—Claro. Es el siguiente. No debes abandonar Darujhistan.

—¿Y si lo hago?

—Entonces habrás perdido la única oportunidad que tendrás de cumplir un voto que hiciste.

—He hecho muchos votos.

—Me dejas pasmada.

Karsa estaba sonriendo, pero en esa sonrisa se había despertado algo terrible.

—¿Me vas a contar más?

La mujer vaciló de nuevo.

—Lo estoy reconsiderando. De verdad que esto tendría que ser en privado; no te ofendas, bruja, es lo que te llamé, ¿no? Es solo que...

—Dímelo —exigió Karsa.

A Samar Dev le impresionó ver que la mujer malazana no se inmutaba al ver la peligrosa sonrisa de Karsa.

—Toblakai, se te va a necesitar.

—¿Para hacer qué?

—Para matar a un dios.

—¿Qué dios?

La mujer malazana lo miró fijamente, desconcertada por primera vez desde que había llegado.

—Se suponía que tenías que echar a correr cuando te dijera eso. Cualquier persona cuerda lo haría.

—Entonces has ido a dar con el guerrero equivocado —dijo Samar Dev con la boca seca—. Y tenías razón, ojalá no lo hubiera oído. Yo me voy, así podrás terminar de darle tu mensaje.

—Ve al Bar de K'rul —dijo la malazana—. Diles que te manda Rapiña. Un buen desayuno, un vino decente, y si Mezcla se ofrece a prepararte un baño y quizás enjabonarte un rato, sé agradable con ella.

—Muy generoso por tu parte, supongo.

—Así soy yo —dijo Rapiña.

Samar Dev partió en busca del Bar de K'rul. Lo del desayuno sonaba de maravilla, la verdad, como

también lo del vino decente. En cuanto al baño, bueno, si de verdad se lo ofrecían, en fin, sospechaba que estaría demasiado cansada para resistirse.

Decenas de miles seguían ahora la carreta tirada por el buey y su carga mientras bajaba por el paseo del Lago y luego entraba en el distrito Gadrobi. Las campanas doblaban; los Grandes Cuervos dibujaban círculos por el cielo y contribuían al estrépito con sus desdichados gritos. Y ya en las colinas que había tras la Puerta de Dos Bueyes, las nubes de polvo se alzaban al cielo de la mañana.

Caladan Brood no tuvo que labrar cada piedra, ni clavar la pala en la tierra pedregosa. Habían despertado la senda de Tennes y a la carne de Ascua se le había dado una nueva forma y un nuevo propósito. En este lugar elegido una colina estaba siendo transformada. Y para cuando Brood llevó al buey hasta la entrada del pasaje que llevaba al túmulo y cogió el cuerpo de Anomander Rake en sus brazos, la cámara del interior ya estaba lista. Y cuando salió y se detuvo como si le sorprendiera ver esas decenas de miles de dolientes silenciosos que formaban un círculo alrededor de la base de la colina, ya se había alzado una enorme lápida, hendiendo el suelo cubierto de hierba.

Y después de haberla colocado en su lugar con una mano, Caladan Brood sacó su martillo. Para sellar el túmulo para siempre.

Anomander Rake fue enterrado en la oscuridad. Sin armas, sin regalos que lo acompañaran, sin riquezas ni sus más preciadas posesiones. No se preparó su carne contra los estragos de la descomposición. Ni siquiera lavaron la sangre y las entrañas que le cubrían el rostro. Ninguno de esos gestos pertenecía a los tiste andii, para quienes la partida del alma deja la carne ciega, insensible e indiferente.

La muerte lleva a uno al río de la oscuridad, el río que entra y sale de la ciudad en ruinas de Kharkanas, el vientre largo tiempo muerto, largo tiempo abandonado. Al río, y el río debe seguir su curso, seguir siempre su curso.

Caladan Brood selló el túmulo, y en la lápida de dolomía blanqueada colocó un símbolo que talló en la superficie de la piedra. Un antiguo glifo barghastiano, de significado preciso pero también poseedor de un sinfín de estratos, aunque eso solo es conocido por aquellos que en vida se enfrentaron a él cara a cara.

Un único glifo barghastiano.

Que decía «dolor».

Cuando Baruk hubo desaparecido dentro de su carruaje y el vehículo se hubo alejado con un estruendo rumbo a la venerable hacienda del alquimista supremo; cuando el enorme guerrero toblakai y Rapiña hubieron concluido su conversación y cada uno se hubo ido por su camino, el primero seguido por sus hijas y el perro renqueante; cuando en el lugar donde dos guerreros se habían enfrentado en combate mortal no había más que un montón de mampostería, hileras de sangre derramada oscurecida por el sol y las inertes formas de los Mastines de Luz muertos, cuando todo esto hubo pasado, dos figuras emergieron de entre las sombras.

Una apenas era visible a pesar de la intensa luz del sol, fantasmal, apoyada en un bastón. Y tras un momento de silencio, fue esa figura la que habló con voz ronca. Para empezar con una única palabra.

—¿Bien?

Su compañero respondió de la misma forma.

—Bien.

El bastón golpeó unas cuantas veces sobre los adoquines.

—Ya no está en nuestras manos —dijo entonces el compañero—, hasta el final.

—Hasta el final —asintió Tronosombrío—. ¿Sabes, Cotillion? Nunca me gustó demasiado Caladan Brood.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Crees...

—Creo —dijo Cotillion— que no tenemos que preocuparnos por eso.

Tronosombrío suspiró.

—¿Estamos satisfechos? Fue... delicado... el momento escogido. ¿Estamos satisfechos? Deberíamos estarlo.

—Los malditos Mastines de Luz —dijo Cotillion—, qué inesperado. Dos, sí. ¿Pero diez? ¡Dioses del inframundo!

—¡Eh! A mí me preocupó más la momentánea cordura de mi mago.

—¿Así es como lo llamas?

—Tuvo una oportunidad, muy pequeña, pero tuvo una oportunidad. Imagínate a ese empuñando a Dragnipur.

Cotillion miró a su compañero.

—¿Estás sugiriendo que no la habría entregado? Ammanas, en serio. Pero si fue todo cosa tuya. A mí no me engaña eso de que por lo visto se te declarase en rebeldía. Juraste que no intentarías robar la espada. Pero, por supuesto, nunca mencionaste nada de que uno de tus sacerdotes supremos lo hiciera por ti.

—¡Y habría sido mía! —siseó Tronosombrío con una rabia repentina—. ¡Si no hubiera sido por ese maldito gordo de labios grasientos! ¡Mía!

—De Iskaral Pust, quieres decir.

Tronosombrío se tranquilizó de nuevo y dio unos golpecitos con el bastón.

—Al final habríamos visto las cosas de la misma forma.

—Lo dudo.

—Bueno, ¿a quién le importa lo que tú pienses de todos modos?

—¿Y dónde está ahora?

—¿Pust? De vuelta en el templo, escudriñando los archivos del Libro de las Sombras.

—¿Buscando qué?

—Alguna estipulación, la que sea, que permita a un sumo sacerdote de Sombra tener dos esposas.

—¿La hay?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Bueno —dijo Cotillion—, ¿no lo escribiste tú?

Tronosombrío cambió el peso de pie.

—Yo estaba ocupado.

—¿Entonces quién lo escribió?

Tronosombrío no quiso responder.

Cotillion alzó las cejas.

—¡No me digas que Pust! ¿El Libro de las Sombras, donde a él se le proclama mago de la Gran Casa de Sombra?

—Se llama delegar —soltó Tronosombrío de mal humor.

—Se llama imbecilidad.

—Bueno, je, je. Yo diría que va a encontrar lo que está buscando, ¿no?

—Sí, con la tinta todavía húmeda.

Se quedaron callados durante un rato, hasta que Cotillion respiró hondo y emitió un largo suspiro.

—Deberíamos darle unos cuantos días, creo —dijo al fin. Y esa vez no estaba hablando de Iskaral Pust.

—A menos que quieras que te corten en pedazos, sí, unos días.

—No estaba seguro de que fuera a, bueno, aceptar. Justo hasta el momento en que... —Cotillion hizo una mueca y miró calle arriba, como si aguzara la vista por si alcanzaba a ver una figura solitaria, perdida, errante, que arrastraba una espada con una mano. Pero no, no iba a volver—. ¿Sabes?, me ofrecí a explicárselo. Podría haber aliviado su conciencia. Pero no le interesaba.

—Escucha esas malditas campanas —dijo Tronosombrío—. Ya me duele bastante la cabeza. Vámonos, aquí hemos terminado.

Y como así era, eso hicieron.

A dos calles de su casa, a Bellam Nom lo agarraron por detrás con brusquedad y lo empujaron contra un muro. Aquel meneo le provocó un dolor que le atravesó el brazo roto. Ahogó un grito, casi a punto de desmayarse, y se quedó mirando la cara del hombre que lo había abordado, luego hundió los hombros.

—Tío. —Y entonces vio detrás de Rallick otro rostro vagamente familiar—. Y... tío.

Rallick frunció el ceño y se apartó un poco.

—Estás hecho un desastre, Bellam.

—Todo el maldito clan Nom anda por ahí buscándote —dijo Torvald.

—Oh.

—No se puede tener al heredero de la Casa por ahí desaparecido durante días —lo reprendió Torvald—. Tienes responsabilidades, Bellam. Míranos, ni siquiera nosotros fuimos tan díscolos en nuestros años mozos, y nosotros no somos herederos de nada. Así que ahora encima tenemos que acompañarte a casa. ¿Ves qué carga nos has impuesto?

Y echaron a andar.

—Espero —comentó Rallick— que al otro con el que te has metido le haya ido mucho peor, Bellam.

—Eh, supongo que sí.

—Bueno, algo es algo.

Después de acompañar al joven por la verja y asomarse para asegurarse de que entraba de verdad, Rallick y Torvald se alejaron.

—Esa fue muy buena —dijo Rallick—, todas esas tonterías sobre nosotros en nuestros años mozos.

—El reto era mantener la seriedad.

—Bueno, tampoco nos portamos tan mal por aquel entonces. Al menos hasta que me robaste la novia.

—¡Sabía que no te habías olvidado!

—Sugiero que ahora regresemos con la dulce Tiserra, donde tengo intención de hacer cuando esté en mi mano por recuperarla.

—No pensarás en serio que nos va a hacer el desayuno, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Tiserra no es la sirvienta de nadie, primo.

—Ah, vaya. Entonces puedes quedártela.

Torvald sonrió para sí. Era tan fácil engañar a Rallick. Siempre había sido tan fácil, conseguir que terminara pensando justo lo que Torvald quería que pensara.

Rallick caminaba a su lado, satisfecho también porque con el rabillo de ojo podía observar la sonrisa

mal disimulada y un tanto engreída de Torvald. Tranquilizar a su primo jamás había sido problema para Rallick.

Era un consuelo, a veces, ver que algunas cosas nunca cambiaban.

Cuando hermana Rencor subió a la cubierta, vio a Navaja cerca de la popa, apoyado en la barandilla y con los ojos clavados en las plácidas aguas del lago. Rencor ocultó su sorpresa y se reunió con él.

—Regreso a Siete Ciudades —dijo ella.

Él asintió.

—Me viene bien.

—Ah, bueno, me complace contar con tu compañía, Navaja.

Él la miró.

—¿Conseguiste lo que querías?

—Claro que no, y... casi todo.

—¿Entonces no estás disgustada?

—Solo porque no conseguí hincarle los dientes a la tierna garganta de mi hermana. Pero eso puede esperar.

Si aquellas palabras sorprendieron a Navaja, no dio muestra de ello.

—Habría pensado que querrías terminar de una vez, ya que has venido desde tan lejos.

—Oh, hay propósitos y hay propósitos en todo lo que hacemos, mi joven amigo. En cualquier caso, es mejor que me marche cuanto antes, por razones que prefiero no explicar. ¿Te has despedido ya?

Navaja se encogió de hombros.

—Creo que me despedí hace años ya, Rencor.

—Muy bien, ¿soltamos amarras?

Muy poco tiempo después, con el barco alejándose con suavidad de la orilla con rumbo oeste, los dos se encontraron en la barandilla de babor y observaron el final de la procesión funeraria, allí, en un nuevo túmulo largo que se alzaba discretamente sobre las colinas circundantes. Multitud tras multitud de ciudadanos rodeaba el montículo. El silencio de aquella escena, con el débil y lejano repique de las campanas, la hacía parecer etérea, como una imagen pintada, solemne a través de la calima repleta de humo. Podían ver la carreta, el buey.

Rencor suspiró.

—Mi hermana lo amó una vez, ¿sabes?

—¿A Anomander Rake? No, no lo sabía.

—Su muerte marca el comienzo.

—¿De qué?

—Del fin, Navaja.

No supo qué responder a eso. Pasaron unos momentos.

—Dijiste que lo amó una vez. ¿Qué pasó?

—Que él consiguió Dragnipur. Al menos me imagino que esa fue la causa. Lleva un nombre muy apropiado, mi hermana.

Envidia.

Navaja le lanzó una mirada y al pensar en su nombre, el de la bella mujer que tenía a su lado, tuvo la sensatez de no decir nada, nada en absoluto.

La campana que no estaba allí por fin había cesado en su maníaco repicar y Scillara pudo trepar al tejado del templo y contemplar la ciudad. Vio el lago, donde un único barco había desplegado las velas para surcar la brisa matinal. Conocía esas velas y las siguió con la mirada durante un rato.

¿Quién iba a bordo? Bueno, Rencor seguro Y, si le quedaba algo de sentido común, Barathol. Con el sonriente Chaur a su lado, el niño gigante de amor infantil que jamás conocería la traición, al menos hasta el día, ojalá que décadas más tarde, en el que el herrero se rindiese a la vejez y se metiese en la cama por última vez. Casi podía verlo, el rostro, las arrugas profundas, la opacidad de sus ojos oscuros, y todas las pérdidas de su vida desprendiéndose, velo a velo, hasta que dejara de mirar hacia el mundo para siempre.

Chaur no lo entendería. Lo que sentiría se estrellaría a ciegas contra él, como un jabalí en un matorral, lo atravesaría por completo. Sería algo terrible de presenciar, ver al pobre niño enredado en las garras de un dolor que no era capaz de comprender, y una pérdida que no podía descifrar.

¿Quién lo cuidaría entonces?

¿Y qué había de la buena de Scillara? ¿Por qué no estaba con ellos? Ojalá lo supiera. Pero había llegado a entender ciertas verdades sobre ella misma. Estaba destinada, ahora lo creía, a proporcionar un dulce consuelo a almas de paso. Un puente reconfortante, sí, para aliviar la soledad de su viaje.

Parecía condenada a abrirle siempre los brazos al amante equivocado, a amar por completo, pero a no ser correspondida en ese amor. Era su patético repertorio en ese séquito de oportunidades desperdiciadas que garabateaban la historia de una vida torpe.

¿Podía vivir con eso? ¿Sin entregarse a la autocompasión? Suponía que el tiempo lo diría.

Scillara cargó su pipa, encendió unas chispas y aspiró una profunda bocanada.

Un sonido tras ella la hizo girarse.

Barathol se acercó a ella, le deslizó una mano tras la cabeza, se inclinó hacia delante y la besó. Un beso largo, profundo, decidido. Cuando por fin se apartó el herrero, Scillara ahogó un grito. Los ojos muy abiertos, clavados en los del hombre.

—Soy herrero —dijo él—. Si tengo que forjar unas cadenas para retenerte, lo haré.

Ella parpadeó y después soltó una ronca carcajada.

—Cuidado, Barathol. Las cadenas atan a dos.

El hombre tenía una expresión seria.

—¿Puedes vivir con eso?

—No me dejes elegir.

¡Surcad, amigos míos, los vientos del amor! Ahí, junto a un campanario donde se encuentran un hombre y una mujer, y allá fuera, en las velas que ondean tensas, donde otro hombre mira con fijeza al oeste y sueña con la dulce luz de la luna, un jardín, una mujer que es la otra mitad de su alma.

Una suave ráfaga que atraviesa una puerta, un suspiro dulce, cuando un guardia regresa a casa y su mujer lo envuelve entre sus brazos, después de haber sufrido una interminable noche de miedos, pero ya lo puede abrazar y todo va bien, todo está como debe, y los niños chillan de emoción y bailan en la cocina.

El río del dolor ha barrido Darujhistan y la mañana se extiende tras su estela. Hay vidas que reconstruir, muchas heridas que curar.

Una bolsa demonedas cae con un golpe seco sobre la mesa delante de una mujer que estrena una

viudedad dichosa, y esa mujer siente como si acabara de despertar de décadas de pesadillas, y este es, para ella, una especie de amor privado, un momento solo para ella y nadie más.

Rapiña entra con paso decidido en el bar, donde la aguarda Mezcla con lágrimas en los ojos; Samar Dev observa desde una mesa y sonrío, pero es una sonrisa melancólica y se pregunta qué puertas la esperan a ella, cuáles resultarán no tener el cerrojo echado, y qué podría haber detrás.

Y en un templo, Iskaral Pust echa secante sobre la tinta y su genio literario le provoca un graznido. Mogora lo contempla con expresión hastiada, pero ya sueña con aliarse con Sordiko Escrúpulo.

Los bhokarala están sentados en un apretujado grupo, intercambiando regalos de boda.

Dos guardias de una hacienda, tras una noche agitada, irrumpen en un burdel y no encuentran a nadie allí. El amor tendrá que esperar, pero ¿a alguien le sorprende de verdad su mala suerte?

En el umbral de un modesto hogar y taller, Tiserra se encuentra delante de los dos amores de su vida. Y, durante el más breve de los momentos, su mente se deja llevar por sueños locos. Después se recupera y, en tono ligero, pregunta: «¿Desayuno?»

Torvald se sobresalta por un momento.

Rallick solo sonrío.

Hay un hombre orondo, de interminable circunferencia, que camina con suma delicadeza entre los escombros de regreso a la taberna del Fénix. De nada servirá ser ajeno al dolor, aunque solo sea para resaltar la luminosa maravilla de cosas más dulces. Y así, aun cuando se lamenta a su manera (con pastelitos), también suspira con melancolía. El amor es una ciudad, sí, desde luego, una joya de ciudad en la que un millar de senderos serpentean entre sombra y luz, atraviesan aire rancio y aire fragante de capullos en flor, perfume de arrugar la nariz y estiércol de arrugar la nariz, y hay oro en polvo en las cloacas y renacimiento en el derramar de las lágrimas.

Y, por fin, llegamos a un niño pequeño que entra en una escuela de esgrima, atraviesa dorados torrentes de luz y se detiene a diez pasos de una mujer sentada en un banco, y dice algo entonces, algo sin sonido.

Un momento después, aparecen a trompicones dos diablillas y se detienen en seco, se quedan mirando a Harllo y luego sueltan un chillido y se lanzan hacia él.

La mujer alza los ojos.

Se queda en silencio un buen rato mientras observa a Miau y Hinty, que se aferran al niño. Y luego se le escapa un sollozo y hace un amago de darse la vuelta...

Pero Harllo no piensa consentirlo.

—¡No! He vuelto a casa. Eso es lo que pasa, ¡que yo vuelvo a casa!

La mujer no puede mirarlo a los ojos, pero está llorando de todos modos. Agita una mano.

—Tú no lo entiendes, Harllo. Esa vez, esa vez... No tengo buenos recuerdos de esa vez. Nada bueno salió de allí, nada.

—¡Eso no es verdad! —grita el niño, a punto de echarse a llorar—. Eso no es verdad. Estoy yo.

Como ya sabía Scillara, algunas puertas no puedes contenerlas. Atrevidas como la verdad, algunas puertas se derriban a patadas.

Piedra no sabía cómo lo iba a hacer. Pero lo haría. Lo haría. Así que miró a su hijo a los ojos, de un modo que jamás se había permitido hacer. Y no hizo falta más.

¿Y qué había dicho Harllo, en silencio, mientras permanecía allí, momentos antes de que lo descubrieran? Ay, pues lo siguiente: *Mira, Bainisk, esta es mi madre.*

Epílogo

Brama y dime entonces
No todos los relatos son un regalo
Cuando la angustia le da al cuchillo
Otra vuelta más
Y la sangre se diluye en lágrimas

Clama contra la injusticia
No todos los relatos son un regalo
En un mundo hostil de conflictos
Que nos deja sin nada
Obras que palidecen a lo largo de los años

Y yo te miraré a los ojos
Ni trémulo ni tímido
Mientras pliego la muerte dentro de la vida
Y me enfrento a ti
Con una infinidad de miedos mortales

Y diré entonces
Todos los relatos son un regalo
Y las cicatrices que llevamos los dos
Con facilidad se desdibujan
En la distancia que nos separa

La maldición del bardo
Pescador kel Tath

Nimander se encontraba en el tejado del torreón con los brazos apoyados en la fría piedra de las almenas; observaba la figura lejana de Spinnock Durav, que cruzaba el antiguo campo de la muerte. Un encuentro fatídico, inquietante, aguardaba a ese guerrero, y Nimander estaba preocupado, pues era por orden del propio Nimander por lo que Spinnock marchaba en busca de la mujer que amaba.

Garrapata de Piel llegó entonces a reunirse con él.

—Es una locura —dijo Nimander—. Debería ser Durav el que ocupase el trono. O Korlat.

—Es tu falta de confianza lo que nos resulta tan encantador —respondió Garrapata de Piel.

—¿Se supone que eso es divertido?

—Bueno, a mí me lo parece, Nimander. Yo me conformo con eso, la mayor parte de las veces. Escucha,

es muy sencillo, y es complicado. Su sangre corre con fuerza por tu interior, con más fuerza de lo que crees. Y te guste o no, el pueblo te seguirá. Escúchate. Spinnock Durav fue un buen ejemplo, me aventuro a decir. Recibió tu orden como un duro golpe, y luego partió a cumplirla. Ni una sola palabra de queja; tu irritada impaciencia le molestó.

—De eso se trata. No era asunto mío. No tenía derecho a sentirme irritado ni impaciente.

—Y sentías las dos cosas porque te importa, y eso que apenas conoces a ese hombre. Quizá no lo sepas, pero hiciste amigos en ese salón del trono, allí mismo, en ese mismo momento. Los ojos de Korlat brillaban. Y la suma sacerdotisa hasta sonrió. Como una madre, orgullosa e indulgente a la vez. Son tuyos, Nimander. —Vaciló y luego añadió—. Todos lo somos.

Nimander no estaba preparado para plantearse algo así.

—¿Cómo se encuentra Nenanda?

—Se recupera, tan susceptible como siempre.

—¿Y Clip?

Garrapata de Piel se encogió de hombros.

—Ojalá pudiera decir que recibió una cura de humildad.

—Ojalá pudieras.

—Está furioso. Se siente engañado, como si le hubieran hecho un desaire. Me temo que va a dar problemas, una espina eterna en tu costado.

Nimander suspiró.

—Seguramente sintieron lo mismo en el Andara, por eso lo enviaron a él a buscarnos.

—Con fanfarrias y clarines, sin duda.

Nimander se giró.

—Piel, de verdad, no sé si puedo hacer esto.

—A diferencia de Anomander Rake, tú no estás solo, Nimander. La carga ya no descansa sobre una sola persona. Ahora ella está con nosotros.

—Podría habernos dejado a Aranatha.

—Aranatha ya hace tiempo que no era Aranatha... Quizá tú no recuerdes cuando era más joven. Nimander, nuestra hermana era retrasada. Apenas una niña en su mente, por mucho que creciera hasta convertirse en una mujer.

—Yo siempre lo vi como... inocencia.

—Ahí está de nuevo, tu generosidad de espíritu.

—Mi incapacidad para discriminar, dirás.

Quedaron en silencio por un momento. Nimander alzó los ojos y miró el chapitel.

—Había una dragona ahí arriba.

—Silanah. Bueno, estaba muy unida a Anomander Rake, según me han dicho.

—¿Me pregunto adónde se fue?

—Siempre podrías despertar la sangre de Tiam de tu interior y averiguarlo, Nimander.

—Ah, no, gracias.

Spinnock Durav había dejado atrás Noche y había llegado al tramo arrasado que había sido el miserable campamento, donde en esos momentos se estaba construyendo un monasterio, aunque mientras tanto una tienda militar hacía las veces de templo, en cuyo interior moraba Salind, la suma sacerdotisa del Redentor.

¿Lo aceptaría?

Madre Oscuridad, óyeme, por favor. Por Spinnock Durav, que se puso en el lugar de tu hijo, una y otra vez. Dale paz. Dale felicidad.

En el Gran Túmulo había otros trabajadores, peregrinos en su mayor parte, levantando un montículo de enterramiento más pequeño para albergar los huesos de alguien llamado Vidente, que había sido elegido para que permaneciera en eterna vigilancia a los pies del Redentor. Era extraño y misterioso, cómo surgían aquellas ideas. Nimander se recordó que tendría que enviar allí una cuadrilla para ver si necesitaban algo.

—¿En qué estás pensando, lord Nimander?

Nimander hizo una mueca al oír el título.

—Estaba pensando —dijo— en las plegarias. Que parecen más... limpias cuando uno las dice no por sí mismo, sino por otra persona. —Se encogió de hombros, incómodo de repente—. Estaba rezando por Spinnock. En fin, eso es lo que estaba pensando. Bueno, la suma sacerdotisa dice que hay cosas de las que tenemos que hablar. Será mejor que vaya.

—Se dice que Anomander Rake se ponía a mirar el mar —dijo Garrapata de Piel cuando se volvió.

—Ah, ¿y?

—Nada. Es solo que me he fijado en que tú te has aficionado a contemplar la tierra, el Gran Túmulo. ¿Hay algo en el Redentor que te interesa?

Y Nimander se limitó a sonreír, luego entró y dejó a Garrapata de Piel mirarlo fijamente mientras se alejaba.

En una cámara dedicada a los rituales más arcanos, cuarenta y siete escalones por debajo de la planta baja de la hacienda del alquimista supremo, se habían colocado dos yunques de hierro dentro de un círculo grabado. Las antorchas de las paredes luchaban por alzar las llamas por encima de las bocas ennegrecidas.

Sentada a una mesa, a un lado, estaba la bruja, Derudan, con un narguile a su lado, el humo levantándose encima de ella como si ella misma echase vapor en el aire frío. Al borde del círculo se encontraba Vórcan, que ahora se hacía llamar lady Varada, envuelta en un ceñido manto de lana de color gris oscuro. La Gran Córvida, Arpía, caminaba como si quisiera medir las dimensiones de la cámara, torciendo una y otra vez la cabeza para contemplar los yunques.

Baruk estaba junto a la puerta, mirando a Vórcan y a Derudan. Los últimos de la Cábala T'orrud. La boca le sabía a cenizas.

Había sirvientes ocultos en la ciudad, sirvientes que en esos mismos momentos estaban trabajando. Para propiciar un maligno regreso, para despertar a uno de los tiranos de antaño. Ninguna de las dos mujeres presentes lo ignoraba, y el miedo era palpable con su persistente perturbación.

Sin embargo, el destino de Darujhistan —y el de la Cábala T'orrud— no era la razón que los había llevado allí.

La puerta se abrió de golpe con un crujido y entró Caladan Brood, que llevaba en una mano la espada Dragnipur. Se detuvo nada más entrar y miró con furia a Vórcan y luego a Derudan.

—Esto no tiene nada que ver con vosotras —les dijo.

Vórcan se inclinó.

—Disculpamos, caudillo, pero nos vamos a quedar.

Baruk carraspeó.

—Es culpa mía, caudillo —dijo—. Al parecer no confían en mí, no cuando puedo estar tan cerca de esa arma.

Brood hizo una mueca que dejaba los dientes al descubierto.

—¿Acaso no soy guardián suficiente?

Al ver la pequeña sonrisa de Vorcan, el que contestó fue Baruk.

—Me temo que la falta de confianza es mutua. Estoy más tranquilo con estas dos aquí, delante de nosotros, en lugar de, bueno, tener que sobresaltarme con cada sombra.

El caudillo continuó mirando con fijeza a Vorcan.

—¿Vendrías a por mí, asesina?

Arpía lanzó una carcajada seca ante la sugerencia.

—Supongo que no será necesario —contestó Vorcan.

Brood miró a Baruk.

—En menuda deplorable madriguera que vives, alquimista supremo. Olvídalo, es la hora.

Lo observaron entrar en el círculo. Lo observaron colocar a Dragnipur, apoyarla en los dos yunques. El caudillo dio un solo paso atrás y se quedó quieto con los ojos clavados en la espada.

—Es hermosa —dijo—. Un trabajo admirable.

—Deseo que puedas un día felicitar a su creador en persona —dijo Vorcan—. Pero no esperes que yo haga las presentaciones. No sé dónde acabarán repartidos, siempre que no sea en mi ciudad.

Brood se encogió de hombros.

—No soy la persona adecuada para tranquilizarte, asesina. —Cogió el enorme martillo que llevaba a la espalda y preparó el arma—. Yo solo estoy aquí para romper el maldito trasto.

Nadie habló entonces, y ni uno solo de los observadores movió un músculo cuando el caudillo dio un segundo paso atrás y levantó el martillo por encima de la cabeza. Lo sostuvo así suspendido durante un momento.

—Juraría —dijo con un murmullo bajo— que Ascuá está sonriendo en sueños ahora mismo.

Y el martillo cayó.

Pescador estaba esperando en el jardín, sintiéndose extrañamente fresco, renovado, cuando lady Envidia regresó a casa. Había caminado en medio de miles, hasta un túmulo. Había observado todo, como habían hecho los demás, como si fuera una extraña para el caído. Pero no lo era.

Fue a buscar un delicado decantador del más fino cristal verde nathii lleno de vino ambarino y cogió también dos copas, después salió a reunirse con el bardo. Este se levantó del banco en el que había estado sentado y habría dado un paso para acercarse a ella, pero entonces vio su expresión.

El bardo tuvo el buen juicio de ocultar su suspiro de alivio y la observó llenar las dos copas hasta el borde.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

Ella no quería hablar de los momentos que había pasado junto al túmulo. De hecho, jamás hablaría de ello. Ni con ese hombre ni con nadie.

—Caladan Brood —respondió—, eso fue lo que pasó. Y hay más.

—¿Qué?

Envidia lo miró y después se terminó la copa de un trago.

—Mi padre. Ha vuelto.

Oh, frágil ciudad...

Una llanura vacía era, bajo un cielo vacío. Un fuego débil parpadeaba al abrigo de su círculo de piedras chamuscadas, ya poco más que carbones moribundos. Una noche, una hoguera, y un cuento que se hilaba y se hilaba.

«¿Has visto alguna vez bailar a Kruppe?»

«No. Creo que no. Ni en persona, ni en palabras»

«Entonces, amigos míos, acomodaos esta noche. Y sed testigos...»

Y eso hicieron. Bardo y dios ancestral, y oh, cómo bailó Kruppe. Ciego a la amenaza de los ceños, ciego a la consternación, los ojos en blanco, ciego incluso al desdén, aunque nada de eso expresaban aquellos dos testigos. Pero más allá de ese frágil círculo de cálida luz, fuera, en ese inmenso mundo tan discordante, tan lleno de tumulto, de duros juicios y crueles alegrías, no hay forma de conocer el elenco de las caras expuestas.

No importa.

Se ha de bailar, y eso fue lo que hizo Kruppe, bailar, oh, sí, cómo bailó.

La noche va terminando, el sueño se desdibuja en la plata pálida del despertar. Kruppe se detiene, cansado más allá de toda razón. El sudor le corre por la desaliñada barba, su última afectación.

Un bardo permanece sentado, la cabeza baja, y dentro de un momento dirá: gracias. Pero de momento debe permanecer callado, y en cuanto a las otras cosas que diría, son entre él y Kruppe, y nadie más. Pescador permanece sentado, la cabeza gacha. Mientras un dios ancestral solloza.

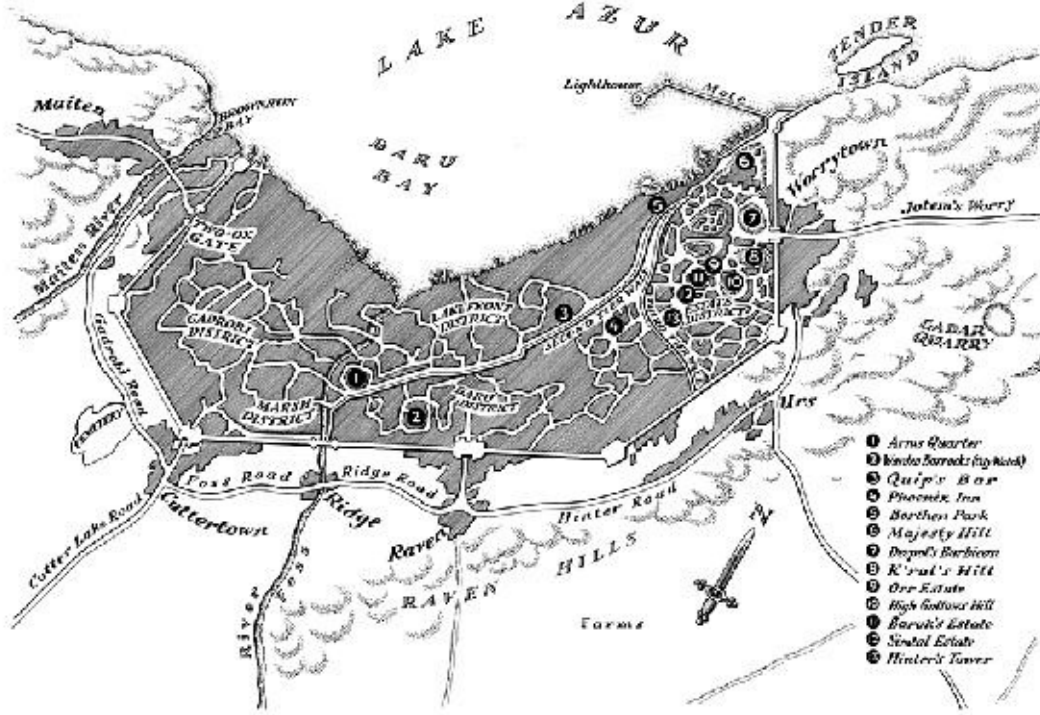
El relato se ha hilado. Se ha hilado del todo.

Baila en persona, baila en palabras. ¡Sé testigo!

Así termina el octavo relato
de Malaz: El Libro de los Caídos

Darujhistan

SCALE
0 1/2 1 m



- 1 Arns Quarter
- 2 Kanda Soreck (by road)
- 3 Quip's Bar
- 4 Phoenix Inn
- 5 Barthen Park
- 6 Majesty Hill
- 7 Doyal's Barbican
- 8 K'rad's Hill
- 9 Orr Estate
- 10 High hollow Hill
- 11 Baruk's Estate
- 12 Sinal Estate
- 13 Hunter's Tower